This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

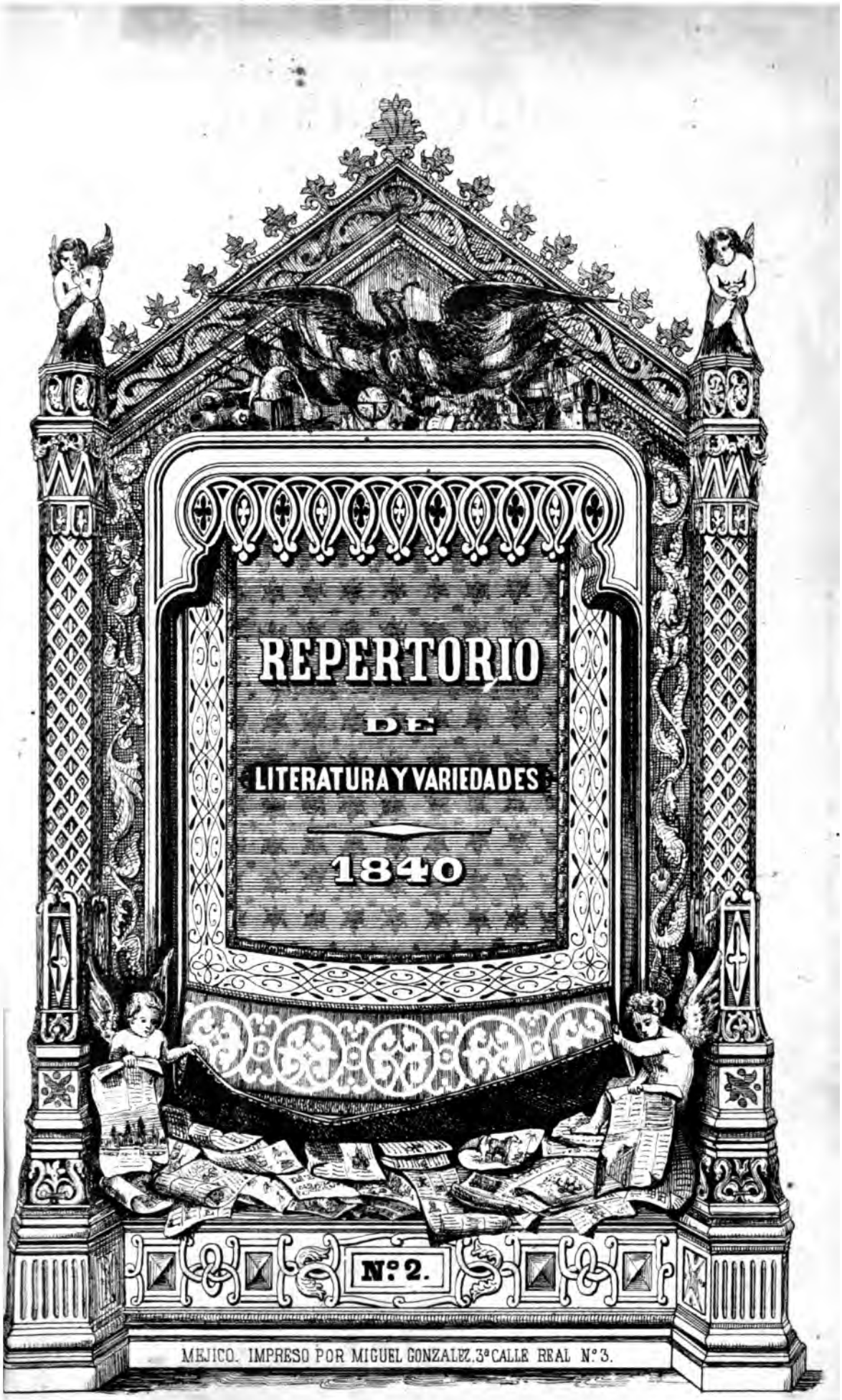
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAN DIEGO PUBLIC LIBRARY


REPERTORIO
DE
LITERATURA Y VARIEDADES
1840
Nº 2.
MEJICO. IMPRESO POR MIGUEL GONZALEZ. 3ª CALLE REAL Nº 3.

REPERTORIO

DE

LITERATURA

Y

VARIEDADES.

TOMO I.

MEJICO.

Imprenta del REPERTORIO,

CALLE DE SAN MIGUEL N. 5.

1841.

465453

Hemos dado fin al primer tomo del *Repertorio de literatura y variedades*. No han sido cortos los afanes que su publicacion nos ha costado, atendidos los obstáculos de no poca monta que hemos tenido que vencer para llevarla adelante. Pero parece que llegó ya el tiempo en que tuviesen los Mejicanos aquel anhelo de lectura é instruccion tan favorable para empresas como la nuestra. No obstante, á pesar de nuestros afanes por complacer á todos nuestros lectores, algunos de ellos no han quedado enteramente satisfechos, lo cual nos ha demostrado la verdad de aquella sentencia de Lafontaine, que dice que "es un necio quien pretende tener á todos complacidos."

Al tocar este punto, debemos repetir lo que ya en otra ocasion dijimos, á saber, que si nuestros lectores esperan á cada cuaderno un portento del ingenio, pesados serán los chascos que á cada paso llevarán, "pues no es cosa mui fácil sacar de muchos escritos contemporáneos algo que se parezca á aquellas obras maestras del ingenio, que cual brillantísimos meteoros, aparecen sobre el horizonte literario cada diez ó doce siglos, como si dijéramos las producciones de los Cervántes y las de algunos cuantos mas, acreedores por cierto á la eterna gloria que consigo llevan sus nombres."

Y no por esto que decimos se entienda que tenemos por despreciables la mayor parte de las piezas con que hemos llenado nuestras columnas: léjos de ser así, estamos en la persuasion de que son de las mejores que produce diariamente la prensa periódica europea, siendo de notarse que al entresacarlas de los periódicos y escritos de donde las hemos tomado, hemos hecho á un lado multitud de otros artículos, que aunque buenos, nos han parecido inferiores á los que hemos insertado. Usamos de este lenguaje sin temor de que se nos acuse de falta de modestia, porque nos contraemos á aquellas composiciones que tan solo hemos copiado; y aun podemos asegurar con fundamento que adornan nuestra obra artículos de autores de conocido mérito, pues sin contar con los escritos originalmente en nuestra propia lengua, y debidos á las plumas de Mesonero, Diaz, Blanco White, Moratin, Trueba, Heredia, Príncipe, Ochoa, Urcullu, Coll, Jérica, Torrente, Mora, Zorrilla, Gallego, Hartzenbusch, Romero y Larrañaga, el baron de Andilla, Zepeda, Garai y Heredia, Turla, Palma, Roca de Togóres, Rodríguez Rubí, Milanes, Rosell, &c., no son por cierto despreciables las producciones de Dumas, madama Foa, el vizconde de Martignac, Brot, Carle, Signol, Bory de Saint-Vincent, Lavallée, Janin, Comte, Altaroche, Merimée, Boitard, Muret, Masson, Adisson, Burger, Zshokke, Paulding y otros escritores extranjeros no inferiores á los citados.

Pero aun suponiendo que el número de artículos de poca importancia fuese mucho mayor que el de los de innegable mérito, todavía diriamos en nuestro favor lo mismo que se dijo en el mejor periódico literario que hemos tenido, esto es, que "nuestros compatriotas deben tener mucha, muchísima indulgencia con los periódicos de este género que se publican en nuestro pais; y la razon es, en nuestro concepto, clara: en todos los ramos del saber humano estamos todavía á los principios, y sin proteccion ni luz, apénas podrán los mas atrevidos dar un paso de tiempo en tiempo."

Si á nuestro *Repertorio* le falta aquel carácter de nacionalidad que tienen los periódicos de otros paises en donde se cultiva con anhelo la literatura, este es un mal irremediable por ahora, porque para evitarlo es necesaria la cooperacion de muchas personas, y por lo regular quedan mui mal recompensadas en nuestro pais las que dedican sus trabajos literarios á sus compatriotas.

Así pues, para llevar adelante nuestra empresa, no nos quedan mas medios que los ya empleados, á saber, copiar unas vezes, y traducir otras, si bien seria cosa mui grata y apreciable para nosotros dar preferente lugar en nuestras columnas á las producciones de aquellos de nuestros paisanos que tuvieran á bien honrarnos con ellas.

Ultimamente, redoblando nuestros esfuerzos, y en la confianza de que nuestros suscritores han de seguir favoreciéndonos como hasta aquí, esperamos que no tendremos que quejarnos de falta de patrocinio para la publicacion del segundo tomo que vamos á empezar, y que lo mismo sucederá para los subsecuentes. E.

ERRATAS MAS NOTABLES.

En algunos ejemplares hai los yerros siguientes:

Pág. 31 col. 1 lín. 39 está escrito: duedaron, debiendo decir: quedaron.

Pág. 33 col. 1 lín. 8 dice: quince dias: corríjase: quince meses.

Pág. 39 col. 1 lín. 10 y 11 dice: ocapado: léase: ocupado.

Dicha plana y columna lín. 12 dice: escribir: entiéndase: escribir á su vecina.

Id. id. lín. 15 dice: pelvos: léase: polvos.

En la pág. 290 col. 2 lín. 16 se puso: aquellaba en lugar de: aquella.

Plana 298 col. 1 lín. 39: dice: adiestrar en halcones: corríjase: adiestrar halcones.

Pág. 299 col. 1 lín. 55 está escrito: decian: léase: segun.

En la plana 300 col. 1 lín. 36 y 37 debe substituirse la frase: "verificándolo en la pieza titulada: Desdémona," con esta otra: "haciendo á Desdémona en el drama titulado: Otelo."

Las páginas 224 y 240 están erradas, pues la primera dice: 324, y la segunda 340.

Hai en el tomo otras varias erratas, inevitables en esta clase de obras, que no se apuntan aquí porque luego aparecen como tales aun á los lectores ménos expertos, y son de fácil correccion.

Indice alfabético de las materias que contiene este tomo.

A.

Abad (el) Duncanius, 155
Abades, 23
Abanicos, 23
Abdalah y Balsora, 6
Abdelómetro, 23
Abejas, 23
Abstinencia extraordinaria, 164
Abuzaid, 51
Academia, 23
Aceite, 23
Aceitunas, 23
Acero, 23
Acólitos, 23
Adarga, 168
Ademdai, 21, 25
Aduanas, 23
Adviento, 23
Aeronautas, 23
Afeite, 32
Agárico de encina, 32
Agata, 32
Agonizantes, 32
Agramadera, 32
Agricultura, 32
Agua, 32
Agua de Colonia, 32
Agujas, 32
Aguila blanca, 32
——— negra, 32
Agudeza de una aldeana, 236
Aguinaldos, *V.* Estrenas, 172
Ajedrez, 40
Alabarda, alabarderos, 40
Alajú, 40
Alambique, 40
Alcabalas, 40
Alcachofa, 40
Alcarrazas, 40
Alcómetro, 40
Alcatraz (el) de rapé, 186
Aldeano (el) de Corigliano, 113
Aldeanos noruegos, 105
Alfabeto, 16
Alfarero, 40
Alfileres, 40
Alfombras, 40
Algebra, 40
Almanaque, 40
Almidon, 40
Alteza, 40
Amantes (los) desventurados, 49
Ambidextro, (el) 148
Amenaza singular, 143
América, 40
Amianto, 48
Amor, (el) 191
Anatomía, 48
Ancla, Ancora, 48
Anécdota, cuento ó lo que se quiera, 250
Anemómetro, 48
Angel (el) del tiempo, 207
Anillo, 48
Anteojo de larga vista, 55
Anteojos, 48
Antigüedades de Méjico, 3
Anunciacion, 55
Añil, 55
Año, 55
Aparente descubrimiento de un planeta, 235
Apega, 56
Apellidos, 56
Apolinares, 56
Apología de la instruccion, 307
Arado, 56
Arcabuz, 56
Archiduque, 56
Arco, 56
Arco íris, 56
Arco íris (un) en cielo sereno 236
Arco de violin, 56
Arenques, 56
Argel moderno, 177
Ariete, 16, 56
Aritmética, 56
Armónica, 56
Arpa, 56
Arquitectura, 63
Arte de encuadernar, 158
Arte de tornear, 284
Artillería, 64
Ascension, 64
Astrolabio, 64
Astronomía, 64
Asuncion, 64
Atraccion, 64
Aúreo número, 64
Avellanas, 64
Azafran, 64
Azúcar, 64
Azuela, 16, 64
Azul de Prusia, 72

B.

Baile (un) de máscara, 273
Bailes de máscara, 72
Bala roja, 72
Baladron (el) cobarde, 275
Balanza, 72
——— eléctrica, 72
Ballena, 72
Ballesta, 72
Baluartes, 72
Banco, 72
Barba, barberos, 72
Barbería de vapor, 209
Barcos de vapor, 295
Barniz, 72
Barómetro, 72
Baron, 72
Baronet, 72
Barrena, 16, 72
Basa, 72
Basilios, 80
Batan, 80
Bayoneta, 80
Becerrillo, 57
Benedictinos, 80
Bergantin, 80
Berlina, 80
Bernardos, 118
Besamános, (el) 305
Biblioteca, 80
Bienes de la esperanza, 226
Blanqueo, 80
Blason, 80
Boa (el) atacando al tigre, 161
Bocina, 80
——— marina, 80
Bolsa, 80
Bomba, 88
Bordado, 88
Botánica, 88
Botas, 88
Botella de Leiden, 88
Bramante, 178
Breviario, 88
Brújula, 88
Brigadier, 88
Buena ventura (la) ó la criolla sultana, 105
Bula, 95

C.

Caballería, 95
Caballeros de Malta, 239
Caballo troyano, 16, 95
Cabañas primeras del mundo, 16
Cables, 95
Cacao, 95
Cadete, 95
Café, 96
Café (un) en Argel, 249
Calao, (el) 185
Cálculo diferencial é integral 96
Calendario, 96
Cáliz, 96
Calvinistas, 96
Cama, 96
Cámara lúcida ó clara, 96
Cámara oscura, 96
Campana, 104
Campana de buzo, 104
Campanillas, 104
Canal, 104
Cantáridas, 104
Canto llano, 104
Cantillon, 34, 42
Cáñamo, 104
Cañon, 104
Caoba, 104
Capelo, 104
Capuchinas, 104
Capuchinos, 112
Carbon de piedra, 112
Cardenal, 112
Carmelitas, 112
Carro, 16, 112
Carta relativa á la ciudad santa, 285
Carton-marfil, 112
Cartucho, 112
Cartujos, 112
Castaño, 117
Castañuelas, 117
Catálogo de las diferentes sectas derivadas del judaismo, 19
Catedral (la) de Méjico, 241
Cautividad (de la) en Argel, 157
Cazador (el) negro, 130
Celos (unos) dramáticos, 197
Cera, 117
Cerezo, 118
Cerveza, 118

Cestero, 118
Chimpanseo, (el) 9
Chinela, (la) 289
Chocolate, 118
Ciegos, 118
Cincel, 118
Cinta, 118
Cipres, 118
Circulacion de la sangre, 282
Ciruelas, 118
Cirujía, 118
Cistercienses, 118
Ciudad primera del mundo, 16
Clara, 286
Clarin, 118
Clarinete, 118
Clarisas, 118
Clérigos regulares menores, 261
Cloacas, 118
Coche, 118
Cohete, 118
Colchones, 118
Colores, 118
Comedia, 119
Comercio, 119
Compas, 119
Concepcion, 119
Concha, 128
Concierto monstruoso dado en 1615, 204
Cónclave, 128
Condes, 128
Condor, (el) 89
Conducta del hombre para con los animales, 134
Confesion de Augsbourg, 128
Conflicto entre el amor y el deber filial, 237
Conmemoracion de los difuntos, 128
Convento (el) de Santa María de las Huelgas, 66, 75
Corbata ó corbatin, 128
Coronel, 128
Corpus, 123
Correos, 128
Corridas de toros, 284
Costumbres de los turcos, 92
Crespon, 128
Cristianos, 128
Cruzadas, 136
Cuákaros, 136
Cuarenta horas, 136
Cuaresma, 136
Cuatro (las) FFFF, 275
Cuento (un) de vieja, 258
Cuerno, 136
Curtido, 136
Czar, 136

D.

Dados, 136
Daguerrotipo, 136
Dasímetro, 136
Décimas ó espinelas, 151
Decimales, 151
Defensor de la fe, 151
Delfin, 151
Descubrimiento del estrecho de Anian, 276
Desgracia (la) de ser feo, 243
Deuda de la Gran Bretaña, 28
Dialéctica, 151
Diamante, 152
Dibujo, 152
Dominicos, 152
Don, 152
Don Illan el mágico, 180
Dorado, 152
Dos (los) máscaras, 257
Dos (los) Robinsones, 313
Ductilímetro, 152
Duque, 152

E.

Eclipses, 152
Ecómetro, 152
Ejército, 152
Elaiómetro, 152
Electróforo, 152
Elegía, 152
Embutidos, 158
Emético, 158
Eminencia, 158
Empedrado, 158
Emperador, 158
Encajes, 158
Enseñanza mútua, 158
Eclíptica, 158
Epifanía ó fiesta de los Reyes, 158
Epitafio, 158
Epitalamio, 159
Escopeta, 159
Escritura, 16, 168
Esfera, 16, 168
Escuadra ó cartabon, 168
Escuadron, 168
Escudo ó adarga, 168
Escudo de armas, 168
Escuelas, 168
Escuelas pías, 168
Escultura, 168
Espada, 168
Esparto, 168
Espectro, (el) 47
Espejo, 168
Espinelas, *V.* Décimas, 151
Espiral, 168
Espíritu (el) de asociacion, 82
Esposa (la) del sol, 137
Espuelas, 172
Estampados, 172
Estampilla, 172
Estatuas, 172
Ester, 81
Esteras, 172
Estereotipia, 172
Estrenas ó aguinaldos, 172
Estribos, 172
Estudio de la geografía, 49
Estudios y talentos ligeros, 232
Estufas, 172
Eudiómetro, 172
Excelencia, 284

F.

Fábulas (las) de Pilpai, 164
Familia árabe del desierto, 185
Fantasma, (la) 28
Fantasmacopa,
Fantasmagoría,
Faro,
Farol,
Fastidio, (el)
Fastidioso (el)
Federico el jugador,
Feloplástica,
Fiesta de los Reyes, *V.* Epif
Fiesta de todos Santos,
Fin (el) del año,
Física,
Fisionotracio,
Flauta,
Flecha,
Flores artificiales,
Flota,
Fornarina,
Fortepiano,
Fósforo,
Frai Gregorio de Jerusalen
Frenología,
Fuegos artificiales,
Fuelle,
Fusil,

G.

Gaceta,
Galactróforo,
Galactrómetro,
Galvanismo,
Gas,
Gasa,
Gasómetro,
Gelatina,
Genciana,
Gendarmes, gendarmería,
Geocíclica,
Geografía,
Geometría,
Gerónimos,
Gitanos,
Globo terrestre,
Globos aerostáticos,
Grabado,
Gramógrafo,
Grana,
Granadas de artillería,
Grande de España,
Grande hombre (un) dand bola á sus botas,
Grua,
Guardia real,
Guardias de corps,
Guillotina,
Guitarra,

H.

Hamlet,
Hechizeros en Méjico,
Heliómetro,
Henómetro,
Herejes y brujas en el sigl XV,
Hermana (la) de la caridad,
Herradura,
Hierro, 16,
Hidrógeno,
Hidro-kel-metro,
Hijo (el) pródigo,
Hilado y tejido,

INDICE.

Hoja de lata, 200
Holómetro, 200
Homeopatía, 200
Honda, 200
Horno, 200
Hospicio de san Bernardo, 80
Hospicios, 200
Hospitales, 200
Husillo, 200

I.

Iconografía, 200
Iconóstrofo, 200
Iglesia (la) del vaso de agua, 165
Iluminacion por medio de la electricidad, 236
Iman, 200
Imprenta, *V.* Tipografía, 284
Incendios, 200
Incienso, 200
Indios bandidos, 30
Ingenieros, 200
Ingeniosos recursos de un ventrílocuo, 233
Ingertos, 16, 207
Inoculacion, 207
Inquisicion, 208
Intrigas (las) venecianas, 218
Introduccion, 1
Invencion de la santa Cruz, 208
Inyeccion anatómica, 208

J.

Jabon, 208
Jacobinos, 208
Jaguar, (el) 233
Jarabe, 208
Jardines, 208
Jarretera, 208
Jesuitas, 208
Jeloffes del Cabo Verde, 74
Juego de la barra, 72
——— de los bolos, 80
——— de damas, 136
——— de la taba, 283
Juegos olímpicos, 268

K.

Kaleidescopio, 208
Kalissa, (la) 289
Kruómetro, 208

L.

Lacre, 208
Lactómétro, 208
Ladrillo, 208
Lámparas, 216
Lanza, 216
Laud, 216
Lavativas, 216
Leche, (extracto de) 216
Lenorá, 73
Letras, 16, 216
Leyendas españolas de José Joaquin de Mora, 209
Libres, 216
Libro, 216
Lienzo de morera, 216
Linterna, 224
Lira, 224
Litografía, 224
Litotritia, 224
Lógico (el) y el nadador, 232
Lotería, 224
Lord Byron, 19
Loza, 224
Luteranos, 224
Luto, 239

M.

Magnetismo animal, 239
Maiquez, 30
Majestad, 239
Mal venéreo, 295
Maldecida, (la) 161
Males de la esperanza, 226
Manda pia forzosa, 240
Mano artificial, 240
Manómetro, 240
Manteca, 240
Mapa, 240
Máquina eléctrica, 152, 240
——— infernal, 240
——— de Jacquart, 240
——— neumática, 240, 262
Marfil, 240
Marfisa y Dorotea, 281
María, 240
Marido (un) en canton, 11
Mariscal, 240
Marmita americana, 240
Marques, 248
Martillo, 248
Martin, 58
Máscaras, 248
Matemáticas, 248
Matrimonio (un) chino, 33
Medias, 248
Medicina, 260
Megámetro, 260
Memorias de un ahorcado, y Recuerdos de un empalado, 169
Ménsula, 261
Mesa, 261
Micrómetro, 261
Microscopio, 261
Miércoles de ceniza, 261
Milagro, (un) 16
Mínimos, 261
Misa, 261
Modo fácil de conseguir un empleo, 93
Molino, 261
Monacordio, 261
Moneda, 261
Morir sin haber vivido, 153
Mortero, 261
Mosaico, 261
Mosquete, 262
Muerto (un) que habla, 128
Mujeres tártaras, 205
Muselina, 262
Museos, 262
Musulmanes del Indostan, 26
Música, 16, 262
Músicos en la India, 137

N.

Naipes, 262
Nankin, 262
Narizes remendadas, 15
Naves, 262
Navío hospital, (el) 4
Neron, caudillo de las islas Massacres, 194
Nuevo líquido contra incendios, 235
Números, 262

O.

Obeliscos (los) de Roma, 65
Obleas trasparentes, 262
Observatorio, 262
Obra de caridad á poca costa 5
Ofrenda (la) funeral, 17
Ojo artificial, 262
Ojos (los) de la novia, 193
Opera, 262
Orbitas, 262
Orden de Alcántara, 40
——— de san Andres, 48
——— del Arminio, 56
——— del Avis, 64
——— del Baño, 72
——— de Calatrava, 96
——— de Cárlos III, 112
——— de Cincinato, 118
——— de Cristo, 136
——— de la Cruz blanca. 136
——— de la Cruz estrellada, 136
——— de Dannemburg, 136
——— del Elefante, 152
——— de la Espada, 168
——— del Espíritu Santo, 171
——— de la espuela de oro, 172
——— de S. Estanislao, 172
——— de S. Estévan, 172
——— de la Estrella del Norte, 172
——— de S. Fernando, 183
——— de S. Fernando y Mérito de Nápoles, 261
——— de la Fidelidad, 184
——— de frailes menores, 260
——— de S. Genaro, 191
——— de los Guelfos, 192
——— de Guillermo I, 192
——— de S. Jorge, 208
——— de S. Juan de Dios, 208
——— de S. Juan de Jerusalem, 208
——— de la legion de honor, 216
——— de Leopoldo, 216
——— de S. Luis, 224
——— de la media luna, 224
——— de S. Márcos, 240
——— de María Luisa, 240
——— de S. Mauricio, 248
——— de Maximiliano, 248
——— de N. Señora de la Merced, 261
——— de Montesa, 261
——— de Santiago, 282
——— tercera, 262
——— teutónica, 284
Organo, 262

P.

Padecer y morir, 58
Padua, 217
Pan, 263

Panadero, 263
Panorama, 263
Pantógrafo, 263
Papel, 263
——— aterciopelado, 263
——— cristal, 263
Para lo que sirve la virtud, 90
Paracaidas, 263
Paragranizos, 263
Paraguas, 263
Pararayos. 263
Pasamanero, 263
Patines, 264
Pelo ó cabello, 264
Pelota, 264
Peluca, 264
Péndolas de ecuacion, 264
Perder la vista y el habla á un tiempo, 164
Perfumería, 264
Pergamino, 264
Perlas falsas, 264
Perpendículo, 16
Perros, (los) 225
Pesalicores, 264
Pesos y medidas, 16, 264
Pífano, 272
Pintor (el) de Weimar, 139
Pintura, 272
Pintura eludórica, 272
Pintura de esmalte, 272
Pirómetro, 272
Pistola, 272
Plata fulminante. 272
Platería, 272
Plaza Navona, 1
Plomada, 16
Plomo, 272
Plumas, 272
Pobres muchachos! 108
Poder de la voluntad humana 129
Poesía, 272
Poetas y versificadores, 138
Polígrafo, 272
Pólvora, 272
Porcelana, 272
Prensas, 277
Primer (el) rei cristianísimo, 41
Puentes, 277
Puertas, 277
Puntuacion, 278
Purificacion, 278
Púrpura, 278

Q.

¿Quién es mas feliz, el hombre ó la mujer? 106
Química, 278
Quinas, 278
Quinqué, 278
Quitasol, 278

R.

Rayá (el) de Baroda, 153
Recuerdo, (un) 229
Rehenes, 279
Relojes de varias clases, 279
Remo de nueva invencion para la locomocion aérea, 236
Reseña histórica de Turquía 201
Robo castigado por sí mismo, 11
Robo ejecutado con gracia y astucia, 238
Rueda de alfarero, 279
Rustan, 231

S.

Sangría, 282
Seda, 282
Seductor (el) y la víctima, 249
Seguros, 282
Sello, *V.* Estampilla, 172
Sembrador, 282
Sentimientos, (mis) 274
Señas, (las) 31
Sepultura, 282
Serpenton, 282
Serpiente (la) de cascabel, 257
Shaabaham y Buenseso, 116
Shakspeare. 297
Sierra, 16
Siete (los) infantes de Lara, 265
Silla, 282
Sistema copernicano, 282
Sobre la salud de los literatos, hombres de negocios y artistas, 195
Solideos, 282
Solsticios, 282
Sombreros, 282
Sordo-mudos, 283
Sultan (el) de Egipto, 214
Susto (un) en una posada, 181

T.

Tambor, 283
Tapiz, 283
Taquigrafía, 283
Teatinos, 283
Teatro de la Escala en Milan, 169
Tejido, 16
Telégrafo, 283
Telescopio, 283
Templarios, 283
Templo (el) de Brabante, 178
Templo del Sol de los antiguos Peruanos, 145
Terciopelo, 283
Termómetro, 283
Termómetro áreo, 56
Tiendas de campo primeras del mundo, 16
Timbal, 284
Tinte, 284
Tipografía, 284
Tirteo y sus poesías, 141
Títeres, 284
Tocado, (el) 121
Toneles, 284
Torneos, 284
Torno para hilar, 284
Toro de bronce, 284
Tragedia, 284
Tráfico de negros, 262
Transfiguracion, (la) 285
Tres (las) Marías, 279
Trinidad, 285
Trompeta, 285

U.

Uniforme, 294
Uso del garrote para mantener la paz en los matrimonios, 11

V.

Vacuna, 294
Vampiro, (el) 139
Vaso, 295
Vecinitas, (las) 38
Velas de embarcacion, 16
——— de sebo, 295
Veleta, 295
Venganza, (una) 143
Venganza de una mujer, 146
Ventilador, 295
Vidriado blanco, 295
Vidrio, 295
Vino, 296
Viñas, 16
Violin, Violon, Violoncelo, 296
Virtud (la) recompensada, 97
Volante, 296
Volar, 296
Volcanes, 18

Y.

Yesca, 296
Yunque, 296

Z.

Zapatos, 296
Zedazo, 296
Zelos (unos) dramáticos, 197
Zimosímetro, 296
Zodiaco, 296

COMPOSICIONES EN VERSO.

A D. Miguel Mata y Reyes, 205
A J*** 8
Amante (el) desengañado, 78
Ambas á dos, 100
Bolero (el) andaluz, 39
Bosquejo, 159
Cadena, 111
Cascada, (la) 280
Casera (la) del eclesiástico, 304
Coplero, (el) 62
Corruptor, (el) 119
Don Lope, 149
Elegía. En la muerte de la duquesa de Frias, 45
Epigramas, 304
Gloria y orgullo, 270
Ilusiones, 52
Impresiones de la noche, 14
Impresiones de la primavera 288
Luna, (á la) 811
Madrugada, (la) 183
Muchachas, (á las) 144
Muerte, (la) 94
Opulento (el) y el mendigo, 23
Oracion del justo en la muerte 168
Pajarillo, (á un) 144
Pretension (la) de lo clásico, 303
Qué es la vida sin amar? 199
Rei (el) en la procesion, 84
Romance negro, 304
Sayon, (el) 122
Suicidio, (el) 230
Trovador, (el) 71
Votos y juramentos andaluzes, 173
Zafadola, 250

REPERTORIO

DE

LITERATURA Y VARIEDADES.

INTRODUCCION.

sa principal que en nuestro concepto ha lo la permanencia de varios periódicos li- ı que se han empezado en Méjico, ha sido lo de su precio en comparacion de la gene- ısez de reales en el público. Así pues, parecido que la publicacion de un periódi- teratura y variedades, que á la belleza de ıcion reuna la abundancia de texto y la a en el precio, no puede ménos de ser bien de nuestros conciudadanos.

os detendremos aquí en probar que este pe- será, atendidos sus costos, el mas barato ıtos hasta el dia se han dado á luz en Mé- cluso el *Instructor* que viene de Lóndres, to se advertirá desde luego. Tampoco ıparemos en demostrar la utilidad de esta ; publicaciones, y únicamente nos limita- . decir con un literato español, "que el nú- ; periódicos de un pais está en razon di- ; la ilustracion de sus habitantes." Y por respecta á la clase de asuntos á que dare- ;ar en nuestras columnas, nos parecen ex- ı las promesas que regularmente se hacen ırospectos; ofertas siempre cumplidas en :o de un editor, y casi nunca puestas en ı á juicio de los lectores. Por esto nos ha ɔ preferible publicar desde luego un núme- ɔleto del *Repertorio*, que sirva como de . de lo que puedan ser los subsecuentes, en que este primero halle buena acojida, pues ntrario morirá en su propia cuna.

semana saldrá á luz un cuaderno del mis- año que el presente, y con una bella es- itografiada, siendo un real el valor de cada para los compradores de la capital, y real ı para los de Puebla, Querétaro y demas foráneos.

spachará en las alacenas de libros del donde dejarán las señas de sus casas las s que gusten de que se les lleven á ellas sus os.

:o 29 de junio de 1840.

La plaza Navona en Roma.

a Navona, que es una de las mas grandes de la parte actualmente habitada de Ro- ene unos 700 piés de longitud, se hallaba ıdida, en los mas remotos tiempos de la terna, en el Campo de Marte, sirviendo entónces, con el nombre de *Equiria*, para las carreras de caballos. Destinada posteriormente á la celebracion de las fiestas agonales, en honra de Jano, tomó el nombre de *Agonal*; y el emperador Alejandro Severo, que hubiera revivido los antiguos dias de esplendor de Roma imperial, á no habérselo impedido su muerte, acaecida á los 25 años de su edad el de 235, por mano de asesino, hizo un circo de esta plaza, que aun conserva la forma que entónces se le dió; de suerte que, segun algunos intérpretes bastante versados en etimologías, el nombre actual de plaza Navona no es mas que una corrupcion del nombre *Circus Agonalis*.

Varios trozos notables de arquitectura y escultura contribuyen á embellecer la plaza Navona, majestuosa por sus dimensiones. Decoran su recinto varias casas suntuosas, entre las cuales descuella el palacio Pamfili, y á uno de los lados se halla situado el lindo templo de Santa Ines, edificado por órden del papa Inocencio X, á mediados del siglo XVII, en el mismo lugar consagrado por la ilustre vírgen y mártir. Tres fuentes adornan lo interior de la plaza; dos de ellas fueron hechas por mandato de Gregorio XIII, que ocupaba el solio pontificio á fines del décimosexto siglo, y cuyo nombre es célebre por la reforma que hizo en el calendario. Ambas fuentes, de las cuales una está trabajada con mucho esmero, y tiene algunos adornos debidos al cincel de Miguel Angel, y la otra de graciosa sencillez, llamarian sin duda la atencion, á no ser por la proximidad de la del centro, que es la que cautiva todas las miradas. Esta fuente data del pontificado de Inocencio X, que amaba mucho la plaza Navona, porque era en cierto modo la cuna de la familia de los Pamfili, de la cual era miembro. Construyóla el caballero Bernin, célebre en los anales de la arquitectura francesa por el mal éxito que tuvo en el Louvre; pero anduvo mas afortunado en la plaza Navona, pues es considerada su fuente como una obra maestra. Compónese de un gran trozo de piedra tiburtina, adornado con cuatro hermosas figuras de mármol, que representan los cuatro principales rios de las cuatro partes del mundo, cuales son el Danubio, el Nilo, el Gánges y el de la Plata. Estas colosales estatuas son de mui buen dibujo y de grandiosa apariencia, distinguiéndose por varios atributos, entre los cuales se nota una palma mui bien representada: estas estatuas fueron fabricadas por unos discípulos de Bernin. Una de ellas, la que representa el Nilo, y ve para la iglesia de Santa Ines, tiene la cabeza cubierta con un velo, lo cual segun algunos críticos, es un modo ingenioso de representar el

nacimiento misterioso de este rio; pero, segun otros, esta fué una sátira de Bernin contra su rival el Borromini, pues en concepto de estos, tiene la estatua cubierta la cabeza por no ver la fachada de la iglesia, que fué obra del Borromini. La peña tiene grandes aberturas por los cuatro frentes, y por ellas corren las aguas de los cuatro rios: estas aberturas tienen la forma de cavernas, y en las que caracterizan á Africa y Europa hai un leon y un caballo que están apagando su sed en las corrientes aguas del Nilo y del Danubio. La eminencia de la peña es plana, y en ella está un pedestal, sobre el cual descansa un obelisco. Este obelisco, que mandó transportar de Egipto á Roma el emperador Caracalla, estaba ántes en el circo que este emperador mandó construir en la parte meridional de la ciudad, donde yacia sepultado entre los escombros, cuando lo sacaron de allí para pasarlo á la plaza Navona: tiene cosa de 50 piés de altura, y los geroglíficos que hai en él son tan preciosos que han dado materia para un enorme tomo en folio de investigaciones y explicaciones, cuya ingeniosa sagacidad podrá conocerse por esta sola cita: "En la eminencia de la faz oriental se ve un globo con dos alas y dos serpientes; estos son símbolos de la Divinidad: el globo indica su inmensidad y eternidad; la serpiente muestra su fecundidad y prudencia, y las alas son el atributo de su virtud espiritual, y de la universalidad de su presencia." El obelisco y el pedestal en que descansa son de un bello granito rojo. El conjunto del monumento es de un aspecto majestuoso, aunque algo extraño, y en sus pormenores se advierte mucho esmero.

La inauguracion de esta fuente se verificó de un modo dramático, mui conforme con el gusto italiano, y con el genio vanidoso de Bernin. De esta manera la refiere un viajero moderno: "Habiendo confiado Inocencio X este trabajo á Bernin, á pesar de la preocupacion de su ánimo, pasó á visitarlo cuando estuvo concluido, y permaneció dos horas enteras examinándolo. Aunque la fuente estaba concluida, todavía no corria el agua; y al momento de retirarse preguntó Inocencio á Bernin cuándo empezaria á correr el agua. "No puede ser tan pronto, respondió el artista; necesito algun tiempo para ello, pero haré lo posible por dar gusto á vuestra santidad." El papa, despues de darle su bendicion, se fué; mas apenas habia dado algunos pasos, cuando el estruendo de los chorros le hizo volver la cabeza, y transportado de gozo á vista de esto, exclamó: "Bernin, siempre ha de hacer V. de las suyas, y esta sorpresa que me ha proporcionado prolongara diez años mas mi vida." Y en el momento mandó traer cien monedas que repartió entre los operarios."

La plaza Navona es cada cierto tiempo teatro de una diversion que parece convertirla momentáneamente en su antiguo destino de circo, y recuerda las antiguas naumaquias, en las cuales se veia correr el agua, y flotar barcas sobre ella, en el mismo lugar en que poco ántes estaban combatiendo en campo cerrado los gladiadores y los leones. La plaza es algo cóncava como una concha, de suerte que el centro está á tres piés abajo del nivel de la circunferencia. En el mes de agosto, los sábados, domingos y dias de fiestas por la tarde, tapan las cañerías por donde corre el agua superabundante de la fuente, á la cual [illegible] toda el agua. En ménos de dos [illegible] toda la plaza, convirtiéndose en un [illegible] cundada de edificios, y en cuyo centro [illegible] las fuentes islitas ó peñas. Llegan [illegible] coches en gran número, como en el [illegible] de Paris, y se van colocando en hilera [illegible] del lago al son de una música militar. [illegible] táculo que presentan estos coches [illegible] en medio de las aguas es mui agradable [illegible] Entra la emulacion en los cocheros, [illegible] antiguos conductores de carros del [illegible] que con mas intrepidez se internan [illegible] son los que ganan la carrera. Millares [illegible] de agua saltan por todas partes, lanzadas por el movimiento de las ruedas y por los [illegible] los caballos, refrescando así á los patricios [illegible] ma moderna, que gustan mucho de los [illegible] cuáticos de la plaza Navona. Toda la [illegible] romana concurre á dicha plaza en el mom[illegible] la inundacion: las ventanas, los balcones [illegible] azoteas de las casas circunvecinas, se llenan [illegible] espectadores selectos, en tanto que los [illegible] de las clases inferiores se disputan las pi[illegible] las gradas, los ánditos y los puntos mas el[illegible] de la plaza, resignándose muchos, por no de[illegible] presenciar el espectáculo, á estar con los pi[illegible] el agua, y á sufrir que cuantos coches pasen [illegible] den buenas rociadas. Estos no son mas que [illegible] cidentes de poca monta, que contribuyen á la [illegible] version general; la aspersion de algun atre[illegible] curioso, la caida de algun desdichado Automedo[illegible] la rebelion de algunos caballos poco aficionados [illegible] al agua, la inmersion de algun pañuelo ó sombrero caidos de algun balcon, son otros tantos medios de bullicio y alegre algazara para el público. Rara vez hai accidentes mas serios que los mencionados; pero con todo, suele suceder que chocan algunos coches unos con otros, ó se resbala algun caballo, y si el accidente se verifica acia el centro de la plaza, es necesario acudir á él, pues los caballos pueden ahogarse, como ya se verificó en 1765 con los del príncipe Barberini: resbaláronse cerca de la fuente de Bernin, y ántes de poder levantarlos de allí se ahogaron. En otro tiempo se hacian con mas solemnidad las naumaquias de la plaza Navona, y duraban toda la noche; muchos cenaban, daban música y bailaban en el agua; pero como la prolongacion de la fiesta en las tinieblas acarreaba muchos desórdenes y accidentes, acia fines del siglo pasado mandaron los papas que la diversion concluyese ántes de anochecer, y así es que en el dia, tan luego como da la oracion, destapan las cañerías por donde se retira el agua, y el lago vuelve á quedar convertido en plaza ántes que lo obscurezcan las sombras de la noche. Pero sea como fuere, acude la gente tumultuosamente á estas inundaciones, y los Romanos del dia no desmienten su descendencia de los antiguos Romanos que solo pedian pan y circo. Esta inmersion no solamente tiene por objeto la diversion del pueblo romano, sino otro mas útil, pues sirve para limpiar la plaza, que es uno de los mas frecuentados y abundantes mercados de Roma.

Junto de la plaza Navona está la famosa plazuela de Pasquino, que con la encrucijada de Marforio era la tribuna popular de la oposicion de Roma moderna. Allí era donde se murmuraba y

PLAZA NAVONA.

nacimiento misterioso de este rio; pero, segun otros, esta fué una sátira de Bernin contra su rival el Borromini, pues en concepto de estos, tiene la estatua cubierta la cabeza por no ver la fachada de la iglesia, que fué obra del Borromini. La peña tiene grandes aberturas por los cuatro frentes, y por ellas corren las aguas de los cuatro rios: estas aberturas tienen la forma de cavernas, y en las que caracterizan á Africa y Europa hai un leon y un caballo que están apagando su sed en las corrientes aguas del Nilo y del Danubio. La eminencia de la peña es plana, y en ella está un pedestal, sobre el cual descansa un obelisco. Este obelisco, que mandó transportar de Egipto á Roma el emperador Caracalla, estaba ántes en el circo que este emperador mandó construir en la parte meridional de la ciudad, donde yacia sepultado entre los escombros, cuando lo sacaron de allí para pasarlo á la plaza Navona: tiene cosa de 50 piés de altura, y los geroglíficos que hai en él son tan preciosos que han dado materia para un enorme tomo en folio de investigaciones y explicaciones, cuya ingeniosa sagacidad podrá conocerse por esta sola cita: "En la eminencia de la faz oriental se ve un globo con dos alas y dos serpientes; estos son símbolos de la Divinidad: el globo indica su inmensidad y eternidad; la serpiente muestra su fecundidad y prudencia, y las alas son el atributo de su virtud espiritual, y de la universalidad de su presencia." El obelisco y el pedestal en que descansa son de un bello granito rojo. El conjunto del monumento es de un aspecto majestuoso, aunque algo extraño, y en sus pormenores se advierte mucho esmero.

La inauguracion de esta fuente se verificó de un modo dramático, mui conforme con el gusto italiano, y con el genio vanidoso de Bernin. De esta manera la refiere un viajero moderno: "Habiendo confiado Inocencio X este trabajo á Bernin, á pesar de la preocupacion de su ánimo, pasó á visitarlo cuando estuvo concluido, y permaneció dos horas enteras examinándolo. Aunque la fuente estaba concluida, todavía no corria el agua; y al momento de retirarse preguntó Inocencio á Bernin cuándo empezaria á correr el agua. "No puedo ser tan pronto, respondió el artista; necesito algun tiempo para ello, pero haré lo posible por dar gusto á vuestra santidad." El papa, despues de darle su bendicion, se fué; mas apénas habia dado algunos pasos, cuando el estruendo de los chorros le hizo volver la cabeza, y transportado de gozo á vista de esto, exclamó: "Bernin, siempre ha de hacer V. de las suyas, y esta sorpresa que me ha proporcionado prolongará diez años mas mi vida." Y en el momento mandó traer cien monedas que repartió entre los operarios."

La plaza Navona es cada cierto tiempo teatro de una diversion que parece convertirla momentáneamente en su antiguo destino de circo, y recuerda las antiguas naumaquias, en las cuales se veia correr el agua, y flotar barcas sobre ella, en el mismo lugar en que poco ántes estaban combatiendo en campo cerrado los gladiadores y los leones. La plaza es algo cóncava como una concha, de suerte que el centro está á tres piés abajo del nivel [illegible] la circunferencia. En el mes de agosto, los sábados, domingos y dias de fiestas por la tarde, tapan las cañerías por donde corre el agua superabundante de la fuente, á la cuel se l
toda el agua. En ménos de dos horas se
toda la plaza, convirtiéndose en una lag
cundada de edificios, y en cuyo centro
las fuentes islitas ó peñas. Llegan entó
coches en gran número, como en el Lon
de Paris, y se van colocando en hilera al
del lago al son de una música militar. E
táculo que presentan estos coches circula
en medio de las aguas es mui agradable á
Entra la emulacion en los cocheros, cua
antiguos conductores de carros del circ
que con mas intrepidez se internan en
son los que ganan la carrera. Millares
de agua saltan por todas partes, lanzada
por el movimiento de las ruedas y por los
los caballos, refrescando así á los patricio
ma moderna, que gustan mucho de los p
cuáticos de la plaza Navona. Toda la p
romana concurre á dicha plaza en el mon
la inundacion: las ventanas, los balcon
azoteas de las casas circunvecinas, se lle
espectadores selectos, en tanto que los
de las clases inferiores se disputan las p
las gradas, los ánditos y los puntos mas
de la plaza, resignándose muchos, por no
presenciar el espectáculo, á estar con los
el agua, y á sufrir que cuantos coches p
den buenas rociadas. Estos no son mas
cidentes de poca monta, que contribuyen
version general; la aspersion de algun
curioso, la caida de algun desdichado Aut
la rebelion de algunos caballos poco afic
al agua, la inmersion de algun pañuelo ó
ro caidos de algun balcon, son otros tant
vios de bullicio y alegre algazara para el
Rara vez hai accidentes mas serios que l
cionados; pero con todo, suele suceder
can algunos coches unos con otros, ó se
algun caballo, y si el accidente se verifica
centro de la plaza, es necesario acudir á
los caballos pueden ahogarse, como ya se
en 1765 con los del príncipe Barberini:
ronse cerca de la fuente de Bernin, y
poder levantarlos de allí se ahogaron.
tiempo se hacian con mas solemnidad las
quias de la plaza Navona, y duraban tod
che; muchos cenaban, daban música y
en el agua; pero como la prolongacion d
ta en las tinieblas acarreaba muchos de
y accidentes, acia fines del siglo pasado
ron los papas que la diversion concluye
de anochecer, y así es que en el dia, tan l
mo da la oracion, destapan las cañerías p
se retira el agua, y el lago vuelve á qued
vertido en plaza ántes que lo obscurezcan
bras de la noche. Pero sea como fuere,
gente tumultuosamente á estas inundacion
Romanos del dia no desmienten su desce
de los antiguos Romanos que solo pedian
circo. Esta inmersion no solamente tiene
jeto la diversion del pueblo romano, sino
útil, pues sirve para limpiar la plaza, qu
de los mas frecuentados y abundantes
de Roma.

Junto de la plaza Navona está la fam
zuela de Pasquino, que con la encrucijada
forio era la tribuna popular de la opos
Roma moderna. Allí era donde se murm

PLAZA NAVONA.

a de los magistrados, soltando contra e-
ıas agudas y chistosas pullas, y allí se
ıs carteles en que se satirizaba á aque-
ıi son conocidos con el nombre de *pas-*
endo este el modo con que se vengaba de
ıiores el pueblo romano.

La Mosaïque. Traducido por M. G.

IGÜEDADES DE MÉJICO.

ı sabios solo han querido ver en aquella
. globo tan impropiamente llamada Nuevo
ına vasta playa producida por la retirada
mal sana, pantanosa, habitada por pue-
ɜnerados, así como todas las producciones
la naturaleza, y cuya civilizacion poco a-
a anunciaba bastante que su estableci-
pénas contaba algunos siglos de existen-
ɜneralmente los hombres que han sosteni-
ıpinion no habian salido casi de su gabi-

eaccion contra las relaciones exajeradas
imeros españoles era desde luego indis-
, y el entusiasmo de algunos viajeros,
por los paisajes sublimes de aquella na-
vírgen, ha bastado para rehabilitar aquella
la tierra en la opinion de los europeos. El
ımboldt ha probado que la formacion de
an continente databa de la misma época
ıabia sido creado el otro hemisferio. En
l tiempo en que empezó á ser habitada
ımbre, los que han sostenido por aquella
a mui poco lejana, hubieran debido vaci-
ı de sentar su opinion, en vista de aque-
ımentos inmensos que se encuentran en
ades del Canadá, y que los salvajes dicen
lo construidos por el grande espíritu, de
ciudades casi enteras, descubiertas en me-
ıs bosques, que como la ciudad encantada
illy una noches, parece que esperan aun á
tantes, que salieron á celebrar una festi-

ɔ sobre todo tuvo sus templos cubiertos de
de oro, sus palacios tan extensos como los
s, y sus pirámides de mayor dimension
las de Menfis. Ademas de estas pruebas
ıles, se conservan aun fragmentos de li-
itos por los antiguos Aztecas (Mejicanos),
ban que sus anales remontaban de una
ɜierta al ménos al siglo VI, y que en una
n mas remota tenian un sistema de escri-
eguramente que unos pueblos que en el
tenian sus tradiciones escritas; un calen-
ı completo como el de los Caldeos; una
ɜn la cual se hallan indudablemente graves
ɔero que por su forma y por sus dogmas
efecto político mui saludable; un gobier-
sabiduría recuerda la de los Egipcios; se-
pueblo no puede merecer el nombre de bár-
ındo en el décimo siglo la Europa sep-
ıl se hallaba aun sumerjida en las tinie-

de pasar mas adelante diremos alguna
ıu escritura. Para que los dogmas, la
los secretos de las ciencias y de las artes,
conservarse de un modo mas estable que
ıdicion oral que cada siglo recibe altera-
ciones, el hombre debia poseer un medio de hacer á la palabra permanente, por decirlo así, ó en otros términos, un signo de la palabra aun mas fijo que la palabra misma: este signo es la escritura. ¿Pero ha sido inventada por el hombre, ó se le ha concedido por una inteligencia superior? Cuestion es esta que se ha debatido mucho tiempo, pero que aun no ha llegado á decidirse. Lo cierto es que los pueblos antiguos conocieron el arte de escribir. La palabra podia representarse de dos modos; ó por un corto número de caracteres que por una ingeniosa combinacion pudiesen explicar todos los sonidos de la voz humana (forma alfabética), ó figurando con mas ó ménos propiedad el objeto de que se trataba (forma geroglífica). Este sistema fué el que usaron los Egipcios, los Mejicanos y la que en el dia usan los Chinos, que aunque ménos sencilla y mas incompleta que la primera, ofrece ventajas incontestables. Una de estas era que lo vago de la expresion daba á las ideas un color misterioso mui poético, cuyo efecto se aumentaba aun por sus numerosas metáforas y comparaciones. Los Mejicanos, por ejemplo, para expresar la voz *volcan* figuraban una montaña superada por una lengua, como si dijese: "montaña que habla."

Si examinamos lo que nos queda de sus tradiciones, hallaremos pruebas aun mas concluyentes de la antigüedad de aquellos pueblos, y acaso estas investigaciones llegarán á proporcionarnos alguna luz sobre su orígen, cubierto hasta el dia con un velo impenetrable. Segun aquellas tradiciones, todos los hombres proceden de un mismo padre. Aquel Adan azteca se representa en sus geroglíficos arrodillado delante de un altar, con la mano derecha inclinada hasta el suelo, y elevada en seguida á la altura de la frente, especie de adoracion mui usada entre los Hindús. A Eva, ó á la mujer engañada por la serpiente, la representan conversando con uno de aquellos reptiles que en todas partes indica la figura del espíritu del mal, aunque en Méjico como en Egipto y Grecia designa asimismo el tiempo (Aevum) cuando se la pinta enroscada. En la isla de Java se ha descubierto recientemente un monumento análogo á la tradicion mejicana. Consiste en una serpiente que desde lo alto de un árbol conversa con una mujer. Su semejanza con el texto del Génesis es demasiado notable para detenernos á demostrarla. Detras de la mujer se advierten dos hombres luchando, uno de los cuales se ve derribado por el otro: inmediato hai dos vasos que al parecer deben contener ofrendas, uno de los cuales está caido. ¿No pueden ser estos el Cain y el Abel de los Hebreos?

Los Mejicanos, lo mismo que los Etruscos, los Guegos y los habitantes de las márgenes del Tíbet y del Boutan, atribuian al mundo diversas edades. Segun aquellos, ántes del sol actual habia habido otros cuatro que habian perecido sucesivamente en diferentes revoluciones del globo, y á los cuales se atrevian á señalar una época. A propósito de época no podemos dejar de decir algo sobre su calendario. Su año era de 365 dias, dividido en veinte meses de á 18 dias, entre los cuales intercalaban cinco dias mas. Conocian tambien el año bisiesto. Trece años formaban una *indiccion*, cuatro indicciones componian una *ligatura*, y en fin dos ligaturas hacian una *vejez* ó 104

años. En sus escritos, un círculo superado por plumas indicaba el cuadrado de veinte, ó cuatro cientos, y los círculos simples valian por unidades, modo de contar que en nada se diferencia de los clavos numéricos de los Etruscos.

La primera época de su cosmogonía es la de la tierra (Tlatonatius); la segunda la edad roja ó del fuego (Tletonatius); la tercera la del viento (Epecatonatius), y la cuarta la del agua (Atonatius). En el primer ciclo la especie humana es destruida por el hambre; otra version dice que fué la edad de los gigantes, cuyos huesos yacen en la llanura de Tlascala. Todas las historias de los tiempos primitivos empiezan por gigantes. En el segundo ciclo los hombres perecieron por el fuego. En el tercero, por un viento tan violento que despojó á la tierra de vegetales; y en el cuarto, por un diluvio, del cual solo escaparon dos personas, una de cada sexo, en un barco de cipres.

Aquí la tradicion azteca ofrece otro rasgo de semejanza con el Génesis. *Coxcox*, Noé mejicano, viendo que las aguas cedian, soltó al cuervo, el cual habiendo encontrado cadáveres que devorar, no volvió: soltó al colibrí, y este volvió con una flor. Entónces Coxcox descendió sobre la montaña Tlaloc. Despues del diluvio, *Xeluha* construyó la gran pirámide de Cholula, que quiere decir: levanta hasta el cielo; mas los dioses irritados la lanzaron sus rayos, y para evitar cualquiera otra tentativa dieron á los hombres treinta y tres idiomas diferentes.

Tan numerosas semejanzas entre las creencias de los pueblos aztecas y las de los semíticas, parecen indicar una comunicacion, y acaso un mismo orígen. Por lo ménos es cierto que los primeros vinieron de las costas occidentales de la América del norte, y se sabe que en aquel paraje están mui próximos los continentes, y que todos los años se abre una comunicacion cuando el invierno úne las dos tierras, por un puente de hielo en el estrecho de Bering: este orígen es casi indudable despues de los descubrimientos de la fisicología. Sabios modernos han afirmado que el antiguo idioma mejicano tenia una multitud de palabras cuya raiz era japona, sobre todo aquellas voces que no pueden encontrarse iguales en dos idiomas sin que procedan de un mismo orígen; quiero decir, las que sirven para expresar las relaciones sociales, las dignidades, las épocas del calendario. Cosa extraña; aquel idioma tiene iguales analogías con el vascongado, que como ya sabemos, no tiene relacion alguna con ninguna lengua europea viva, pero muchas con el *samscrit*, el *árabe* y el *japones*. La anatomía acaba tambien de confirmar esta verdad: los cráneos de los peruanos y de los aztecas presentan los caracteres de la raza mongola.

Como aquellos fósiles gigantescos que testifican la existencia de animales destruidos en las diversas revoluciones del globo, se hallan en los idiomas de todos los pueblos voces de un orígen desconocido, que probablemente no son mas que restos de una lengua primitiva mucho mas rica que las modernas. Un cántico mejicano empezaba por estas palabras: *Tulanian hulalaez*, que no son de ninguna lengua conocida, y cuyo sentido era un misterio para los hombres que tan continuamente las repetian.

Las artes en Méjico, aunque bastante adelantadas, estaban seguramente en el estado de ini en que se hallan aun en la China. Empe por eso ha de deducirse que aquellas razas f incapaces de adelantar; debe atribuirse á causas. En Grecia, donde la religion no er cosa que una serie de festividades en honor d dades placenteras, el arte no podia perma estacionario. En la antigua república de cala los sacerdotes formaban una vasta a cion, que pudiera compararse á los cuerpos d cos, ó á los bracmanes de la India. Para c var la influencia que en todas partes tienen los pueblos que se hallan en la infancia, rod á la Divinidad de sombras misteriosas, en la les solo ellos se hallaban iniciados. No se cian sino ídolos monstruosos que diariament jian víctimas, y estas víctimas eran hombres imaginacion reprimida por aquellos símbolo minables no podia tomar vuelo; hallábase tida á fórmulas que no la era permitido v Sus pirámides ó *teocalli*, no eran mas que al Una ancha escalera conducia á la plataform bre la cual se elevaban dos torres. El in de aquellos monumentos, que no eran mas na masa de barro revestida con una capa de ca, servia de sepultura á los principales de cion: allí se celebraban tambien aquellos misteriosos, casi siempre manchados de sang los crueles holocaustos tan comunes en tod pueblos; los sacrificios humanos.

En cuanto á los dogmas, las prácticas ex res, las ceremonias de la religion, y aquella por la cual todos los pueblos dirijen al ciel plegarias ó las expresiones de su gratitud, nada nos queda de ellas; el tiempo, ó mas b fanatismo lo han destruido todo. Si aun se tiesen algunos *autos de fe* en aquellas ruin testifican que en otro tiempo florecia allí u derosa civilizacion, desaparecerian de la su cie de la tierra con el pueblo que las levant

M. P

EL NAVIO-HOSPITA

Toda idea ó pensamiento que pueda contri que desaparezcan las antipatías que unas nes tienen contra otras, merece un reconoci to universal. Las máximas que dividen lo blos entre sí, suponiendo á unos enemigos otros, son falsas é inmorales; y por fortun mos que ya van desterrándose estas preocu nes, y que un nuevo instinto hace que tod yan reconociéndose como hermanos, y se a mutuamente. Aun se columbra á lo léjos poca feliz en que el mundo forme una s milia, cuyos lazos fraternales sean la igual la caridad.

El hecho siguiente es una prueba de lo q tamos diciendo, y una garantía de nuestras ranzas: así que, nos complacemos en darl la publicidad posible.

Bajo los muros de Greenwich (Inglater sobre el rio Támesis, se halla amarrado un guo navío de 104 cañones, llamado *the l nought*, destinado á admitir á su bordo á los nos enfermos de todos los paises. Así es qu quier marino que se ve atacado de una en dad en las orillas del Támesis, sea cual f

que hable, el pais donde haya nacido, el
i que se encuentre, es admitido y asistido
mente á bordo del *Dreadnought*, sin que
cesarias cartas de recomendacion ni apo-
so. Basta que sea marino y que necesite
socorros.

e el año de 1821, en que se organizó este
médico, hasta el año de 1831, en que el
ought ha reemplazado el antiguo y primi-
ío, se han socorrido cerca de treinta mil
os, entre los cuales se cuentan 745 sue-
oruegos, 495 prusianos, 473 americanos
Estados Unidos, 466 de las Indias Occi-
s, 383 daneses, 364 alemanes, 299 ame-
ingleses, 251 rusos, 232 portugueses,
las Indias Orientales, 192 italianos, 149
s, 111 franceses, 109 del mar del Sur,
ñoles, 90 holandeses, 66 nacidos en el
de la América meridional, 21 de la Nue-
nda, 20 chinos, 15 griegos, 9 de la Gáles
nal, y 7 turcos.

suscriciones públicas, donativos y legados
i ampliamente á los gastos de la institu-
Un marino llamado Juan Lidekker, que
l año de 1832, dejó al navío *Dreadnought*
de 45,101 libras esterlinas (mas de cua-
ones de reales) en mercancías, y ademas
o con carga, que se vendió en 10,082 li-
terlinas (mas de un millon de reales).

Semanario pintoresco.

OBRA DE CARIDAD A POCA COSTA.

nas crudo de un invierno iban caminando
enes, á los cuales salieron al encuentro dos
chitos saboyardos, que tiritando y con voz
e les pedian una limosna, diciéndoles que
mucho hambre. Los jóvenes quisieron so-
s, y así, volviéndose uno á otro, dijeron
n tiempo: "Dales algo;" pero desgracia-
e no podian poner en práctica estas bue-
posiciones, porque ninguno de ellos lleva-
blanca en el bolsillo, y los muchachillos
an mas y mas con sus lastimeras súplicas.
á compasion uno de los jóvenes, dijo á los
: "Vengan acá." Obedecieron los mu-
s, y á poco andar llegaron con su guia á la
de una pastelería, donde deteniéndose el
y sacando un papel de la bolsa, hacia como
afrontaba con él el nombre, número y posi-
la tienda. Entre tanto los muchachillos
an con los ojos las empanadas y los paste-
hasta que los sacó de aquel éxtasis su con-
diciendo en voz que pudiese percibir la
que estaba detras del mostrador: "Sí, a-
Y entraron.

eñora, dijo el mancebo con mucha corte-
ga V. la bondad de servir á estos chicos lo
ga de mejor.

unto puso ante los saboyarditos unos platos
rtidos de sabrosas pastas. Al principio es-
os muchachos con timidez; pero alentados
a mirada del mancebo, engulleron á dos

quieren mas, muchachillos? les preguntó el

Y los brillantes ojos de los chicos respondieron mas afirmativamente de lo que era necesario. Púsoles la señora mas pastelillos, y entónces el mancebo, acercándose á ella, le dijo en voz baja: Señora mia, quisiera yo que sin que lo percibieran estos diablillos, me oyese V. dos palabritas á solas ántes de arreglar la cuenta.

La buena pastelera no vaciló en entrar á la trastienda con el mancebo, viéndole un rostro tan afable, y en el cual se patentizaba su honradez.

Luego que estuvieron solos, tomando el jóven un tono grave y serio, le dijo:

—V., señora, tiene enemigos!

—Quién deja de tenerlos, señor mio?

—Ya, pero los de V. son furibundos.

—Ai Dios mio! cómo así?

—Oígame V.: he venido á esta casa por órden de juez competente: han ido á denunciar á V., diciendo que sus masas, mal preparadas y revueltas con materias dañosas, han perjudicado á muchas personas....

—Mire qué infamia!....

—Déjeme V. que le acabe de decir: ya se ha empezado á instruir la causa, y á correrse varios trámites judiciales: el juez ha querido tomar mas amplios informes, y á este fin he traido á estos chicos para hacer una prueba que parece cruel, pero que en efecto es necesarísima. Con todo eso, le aseguro á V. en verdad que no hubiera yo obrado de este modo si no estuviera persuadido, como lo estoi, de que esta es una calumnia que le han levantado á V.

—Ai, señor! doi á V. muchísimas gracias.... Pero aguardo.... estos pobrecillos se han cargado mucho la mano, no han bebido nada, y no seria extraño que si se ponen malos, digan que mis empanadas tenian veneno.

—Señora, V. sabe....

—Sí, sí, es necesario que echen unos traguitos para facilitarles la digestion.

Y sin esperar á mas, se llegó apresurada á donde los chicos estaban, y les dijo:

—Quieren beber algo, hijitos?

—Sí, señora.

Púsoles un vaso de buena cerveza, y luego que lo apuraron les dijo el mancebo que se fueran, tomándoles las señas de su casa. Entónces, volviéndose á la pastelera, le preguntó:

—Con que cuánto le debo á V., señora?

—Nada, caballero, nada.

—No, eso no puede ser.

—Ya digo, no es nada. No pierda V. de vista á esos chicos, y protéjanos contra nuestros envidiosos enemigos. Jesus! ¿qué dijera mi pobre marido si se hallase ahora aquí presente? ¡Qué colérico se pondrá cuando sepa lo que andan diciendo de él! Suplico á V., caballero, se interese por nosotros: mire que lo que quieren es perdernos, porque somos principiantes en el oficio.... Y se puso á llorar la hermosa pastelera.

El mancebo finjia que insistia en querer pagar, y la señora se obstinó en no recibir nada; ántes bien, dándole mil gracias, le suplicó tomase bajo su proteccion á ella y á su marido, lo cual prometió el jóven con la mayor gracia del mundo.

Le Voleur. Traducido por M. G.

ABDALLAH

Y

BALSORA.

Aun dura la fama del nombre de Helim en toda la parte oriental del globo: su dictado de *gran médico* se ha perpetuado entre los Persas hasta nuestros dias. Y con razon, porque Helim conocia las virtudes de todos los simples, comprendia la influencia de cada uno de los astros, y conservaba una mui profunda inteligencia con los arcanos de los símbolos, esculpidos en la silla de Salomon hijo de David. Era ademas gobernador del Palacio Negro, y jefe de los médicos de Alnareschin, el gran rei de Persia.

Alnareschin, el mas temible de cuantos tiranos habian hasta entónces reinado en aquella nacion, era de natural desconfiado y cruel, y habia dado muerte solo por celos y fútiles sospechas á treinta y cinco sultanas y á cerca de veinte hijos suyos, de quienes sospechaba que habian conspirado contra su vida. Harto, en fin, de cometer tantas crueldades con su propia familia, y temiendo la total extincion de la raza de los califas, llamó un dia á Helim, y le habló en estos términos:

— Helim, le dijo, yo admiro tu ciencia y el recojimiento de tu vida: quiero ahora manifestarte toda la confianza que pongo en ti. Solo me quedan dos hijos que aun no han salido de la infancia; llévatelos contigo, y edúcalos como si fueran tuyos; dirije su inclinacion al deseo del saber. De este modo se conservará la raza de los califas, y mis hijos me succederán sin aspirar á mi trono miéntras yo permanezca en él.

— Las órdenes del rei mi señor serán obedecidas, respondió Helim, despues de lo cual hizo un reverente saludo, y se retiró de la presencia del monarca. Recibió en su casa á los dos jóvenes príncipes, y desde entónces se ocupó con ellos en ejercicios de ciencia y de virtud. Amaban los dos hermanos á Helim, y le respetaban como á un padre, haciendo bajo su direccion tales adelantos, que á la edad de veintiun años llegaron á poseer el perfecto conocimiento de la literatura de todo el Oriente. Llamábase Ibrahim el mayor, y el menor Abdallah, y era su union tan íntima y perfecta, que llegó á hacerse proverbial en la Persia, donde para ponderar la amistad de dos personas se dice todavía que viven como Ibrahim y Abdallah.

Tenia Helim solo una hija,—prodigio de talento y de belleza, por lo que su padre no omitió en su educacion cuidado alguno que contribuyera á hacer de la hermosa doncella la mujer mas sobresaliente de su siglo.—El apartamiento en que por lo general vivian los jóvenes príncipes del resto de los hombres, daba mucho atractivo á sus frecuentes coloquios con esta tierna y amable vírgen; coloquios que fomentaba una secreta simpatía de conocimientos y de virtud. Abdallah, cuya alma dotó la naturaleza de mas delicadas sensaciones que la de su hermano, llegó insensiblemente á prendarse de su conversacion en tales términos, que miraba como perdidos los instantes que vivia separado de su querida Balsora, que tal era el nombre de la hija de Helim.—Mas la fama de su belleza se habia extendido hasta el pu llegar á oidos del rei, quien bajo pretexto de tar á sus hijos, pidió á Helim que le present su hermosa Balsora.—Prendado al punto, é mado en la contemplacion de tanta belleza y dor, mandó á la mañana siguiente llamar lim, y le hizo saber su designio de recomp su lealtad y méritos haciendo á su hija de Persia.—Harto bien conocia Helim la s de tantas infelices mujeres, elevadas á tan asiento, y por otra parte no ignoraba el se amor que Abdallah profesaba á la doncella.- ñor, respondió, léjos del gran rei de Persia la de mancillar la sangre de los califas, uniénd la hija de su médico!—Mas en vano; porque e impaciente y ejecutivo en su pasion, negan dos á toda excusa, dispuso en el acto que Ba fuese conducida á su presencia, sin permitir padre ausentarse del palacio, con el objeto de lumbrar á la tímida vírgen con todo el brill alto honor á que la destinaba. Balsora, dem do modesta para comprender el efecto que su lleza pudiese haber hecho en el corazon de compareció pocos momentos despues en su pre cia, conforme se le habia mandado.

Presentóse al monarca persa como una ce aparicion, pudorosa y radiante como una del paraiso de Mahoma; mas al entrever su tino, el vértigo se apoderó de ella, y cayó muerta á los piés del rei. Una lágrima brill los ojos de Helim, el cual despues que hubo to en sí Balsora, merced á sus auxilios, hizo sente al rei que aquel honor era demasiado g de é inesperado para deberse comunicar en sola entrevista, y por consiguiente que, previ beneplácito, él se encargaria de preparar el mo de la doncella á tan gran ventura. Fué conducida á la casa paterna, donde la memori Abdallah renovó su afliccion hasta el punto casionarla una terrible calentura;—accidente en breve llegó á noticia del rei. No hall Helim los medios de aliviar la desesperada s cion de su hija, despues de prodigarla toda e cie de consuelos é informarla de su proyecto, la á beber un compuesto que debia aletargarl espacio de muchas horas; y en seguida, co das las muestras del mas profundo descons corrió á noticiar al rei la repentina muerte de sora. Este, que por un hábito nunca interru do no consentia á ninguna especie de sentimi de humanidad acercarse demasiado al sagrad su corazon, no manifestó sensacion notable esta noticia; aunque por un escrúpulo de su pia reputacion, dijo á Helim que, supuesto qu dejaria de divulgarse por el imperio que Bal habia muerto estando próxima á ser esposa s era mui regular que fuese honrada como tal pues de su muerte, y que por consiguient cuerpo debia ser depositado en el palacio Ne entre los de sus difuntas esposas.

No fué menor la afliccion de Abdallah qu de su amada Balsora al saber el nuevo man del rei. Por lo tocante á los pormenores melancolía y á los medios por los cuales lleg saber aquel la incurable desazon de su hij historia de Helim informará de todo completa te á nuestros lectores: conténtense por ahora saber que el médico, algunos dias despues d supuesta muerte de su hija, dió al príncipe

de la misma naturaleza que la que habia trado á aquella.

le saber, pues, el curioso lector que es cos- entre los Persas el conducir misteriosa- i las personas de toda la familia real, poco despues de su muerte, al palacio Negro, a mansion de descanso de todos los que, ó den de califas, ó estuvieron por algun vín- parentesco enlazados con ellos. El jefe ıo de los médicos es el gobernador perpe- este palacio Negro, y su cargo es asistir á lia real en sus enfermedades, en vida, y amar y conservar sus cuerpos despues de rte. Dase á aquel panteon el nombre del Negro por el color de su fábrica, que es s rico y pulido mármol. Cinco mil pre- lámparas funerales arden en él perpetua- y dan paso á aquel solemne recinto cien as puertas de dos hojas, guardadas de no- r sendos etiopes, que solo permiten la en- ıor ellas al gobernador.

ıues de haber conducido Helim á este lugar po de su hija, que presto volvió en sí de su do letargo, cuidó de trasportar el de Abda- mismo paraje. Veló Balsora el sueño de do sin separarse de él en todo el tiempo que da produjo su efecto: Abdallah ignoraba ıcion de Helim al recibirla. Y por eso ıle seria describir su sorpresa, su júbilo, saciones que experimentaria al despertar brazos de su adorada, protejido por las a- aquel ángel de luz suspendido sobre su ca- r cuya inefable sonrisa le inundaba en un dorados pensamientos. Creia hallarse en sion de la bienaventuranza, donde el espí- Balsora, que juzgaba haberle precedido, nando la vida, flotaba enlazado con el su. aquella region resplandeciente, y le con- ıba por su venida. Presto conoció sin ço por ella el sitio en que se hallaba; man- e á pesar del horror de su lúgubre apara- arecia al enamorado oriental, en compañía ıora, mas dulce que la gloria de Mahoma. m, á quien todos suponian ocupado en em- ar los cuerpos de ambos jóvenes, visitaba ıaraje frecuentemente.—Faltaba tan solo dos enterrados amantes pudieran salir de itio, estando sus puertas, como ya hemos tan escrupulosamente custodiadas.—Mas nsideracion no era bastante á amedrentar mos, enajenados en la felicidad de su futu- te. Felizmente el mes Tizpa era ya en- y el primer dia de la luna llena estaba ıo. Y tiénese por tradicion entre los Per- ı las almas de aquellos de la familia real hallan en estado de predestinacion, á la a luna llena despues de su muerte salen por ta de oriente del palacio Negro, llamada a razon la puerta del paraiso, para enca- e á esta mansion de felicidad. No desper- lelim esta buena ocasion; así que, tomadas didas para la prefijada noche, vistió á am- enes sendas y flotantes vestiduras de seda abajadas en los mas afamados telares de la con una larga banda de lino, mas blanco ıieve, ondeando sobre el pavimento. Ciñó beza de Abdallah una guirnalda del mas nirto, y una de fresquísimas rosas á la de nosa Balsora,—y perfumó sus ropajes con los mas delicados aromas de Arabia. Dispuesto todo de esta manera, apénas apareció en el sereno firmamento la luna llena en todo su esplendor, abrió Helim la puerta del paraiso, y luego que hubo pasado la hermosa pareja, volvióla á cerrar, quedando todo en el mayor silencio. Al ver el peloton de negros, colocados á corta distancia de la puerta, dos tan deslumbrantes apariciones, marchando solemnemente á la luz de la luna, fascinados con el aroma de sus vestiduras, fácilmente se persuadieron ser las ánimas de los dos difuntos jóvenes, últimamente al panteon conducidas. Prosternáronse al pasar los espíritus, y permanecieron con los rostros en tierra, hasta tanto que aquellos se perdieron de vista. Contaron al dia siguiente su vision; mas la supuesta maravilla solo fué considerada por el rei y por otras muchas personas como un homenaje tributado, segun costumbre, á alguna persona de su noble familia.

Apostó Helim dos de sus mejores mulas á una milla de distancia del negro templo, sitio destinado de mutuo convenio para su entrevista: en efecto, allí los encontró, y los condujo á uno de sus caseríos, situado sobre el monte Khacan. Eran tan saludables los aires de este monte, que nuestro médico habia conducido allí en cierta ocasion al rei para que se restableciera de sus ataques de gota; servicio cuyo buen éxito habia valido al naturalista la cesion de la montaña entera, con el hermoso caserío y jardines de su cima. En este delicioso retiro vivian pues Abdallah y Balsora.

El cultivo de toda especie de conocimientos y la constante y mutua pasion en que vivian, hacian mui llevadera su soledad. Abdallah se dedicaba á los estudios acomodados á sus ideas y al paraje en que habitaba, con tanta constancia, que en el transcurso de mui pocos años convirtió á aquel monte en un jardin lleno por todas partes de plantas escojidas, y bosquecillos de preciosas flores. Ademas, Helim era demasiado buen padre para privarlos del mas mínimo atractivo que contribuyese á hacer agradable su retiro.

Pasados casi diez años de esta manera, murió el anciano rei, y le succedió en el trono su hijo Ibrahim, quien despues de la supuesta muerte de Abdallah habia sido llamado á la corte, y reconocido en ella como heredero del imperio persa.—Aunque inconsolable algunos años con la muerte de su hermano, no creyó Helim oportuno revelarle su secreto, persuadido de las fatales consecuencias que hubiera originado el llegar de alguna manera impensada á noticia del rei.—Mas tan luego como Ibrahim ascendió al trono, pensó en buscar la ocasion oportuna de hacerle una revelacion que á su modo de ver no podia ménos de serle mui grata, siendo tan humano y generoso aquel jóven príncipe.—La oportunidad vino en su busca con el suceso siguiente.—Salió un dia el nuevo rei con gran séquito á una batida, y habiéndose perdido en una vereda extraviada, atormentado por el hambre y la sed, llegó casualmente á la falda del monte Khacan: subió desalentado hasta su cima, y entró en la alquería de Helim para pedir algun refresco.—Tuvo este á gran ventura hallarse allí á la sazon, y despues de haber presentado á su señor las frutas y vinos mas raros y exquisitos, hallándole bastante satisfecho de su acojida, le anunció la llegada de la parte principal de su ofrenda;—y contóle en seguida la historia

entera de los sucesos que hemos referido al lector.

Maravillado el rei, al par que alborozado con la relacion de tan extraña aventura, y viendo á su hermano entrar á este tiempo en la pieza de refresco, acompañado de Balsora, saltó del sofá en que estaba reclinado, exclamando:

— Él es, mi Abdallah!

Se arrojó á su cuello, y vertió copiosas lágrimas de ternura. Pasaron algunos instantes en el mayor silencio, derramando todos dulce llanto de placer. Finalmente, el rei, reprendiendo suave y amigablemente á Helim por haberle privado por tanto tiempo de su hermano, abrazó á Balsora con el mayor cariño, y la dijo: "Esta vez no podrás ménos de ser reina;" para lo cual quiso en el acto hacer á su hermano monarca y señor de todas las naciones conquistadas en la opuesta orilla del Tígris. Pero las miradas de los dos amantes le hicieron bien pronto conocer la preferencia que daban sus corazones á su humilde retiro sobre tan magnífica y generosa oferta. Varió pues de intento, haciéndoles el presente, no ménos generoso, de cuanta tierra pudiese descubrir la vista en contorno desde la cumbre del monte Khacan. Abdallah continuó extendiendo sus primeras innovaciones; hermoseó toda aquella dilatada perspectiva con fuentes y arboledas, jardines y quintas de recreo, y de este modo llegó su posesion á ser el mas delicioso terreno del imperio: — por esto es aun conocido con el nombre de *Jardin de la Persia*. El califa Ibrahim, despues de un largo y feliz reinado, murió sin hijos, y le succedió en el trono Abdallah, hijo del virtuoso príncipe de este nombre, y de la hermosa Balsora. Fijó el nuevo monarca la residencia imperial en el monte Khacan; y desde entónces continúa el bello edificio que corona su alta cumbre, siendo el palacio predilecto de los reyes de Persia.

ADISSON. *Traducido por* E. de O.

A J.***

I.

Si supieras, mujer, lo que siento,
No quisieras mi canto escuchar;
No quisieras jamas que mi acento
En tu oido llegara á sonar.

Porque es triste y amargo mi canto,
Como canto de muerte y dolor....;
Si una hermosa enjugara mi llanto,
Dulces himnos cantara de amor.

Lleno entónces el hondo vacío
Que consume, oh hermosa, mi ser,
Mi destino olvidara, que impío
Me ha negado probar un placer.

De mi hermosa en el seno inocente
Reclinárame ébrio de amor:
Ella un beso pusiera en mi frente,
Y mui mas encendiera mi ardor.

Vieras, ai! de mi lira las cuerdas
Cuál vibraran con mágico son....
Cual un tiempo dichoso, te acuerda
Yo cantara mi ardiente pasion.

Al cantar mi amor puro, veheme
Su hermosura cantara tambien:
El laurel que adornara mi frente
Yo ciñera á su cándida sien.

Ella hiciera mi dicha en el mun
Y su nombre yo hiciera inmortal:
Fuera eterno mi amor y profundo,
Bien así cual amor celestial....

.....

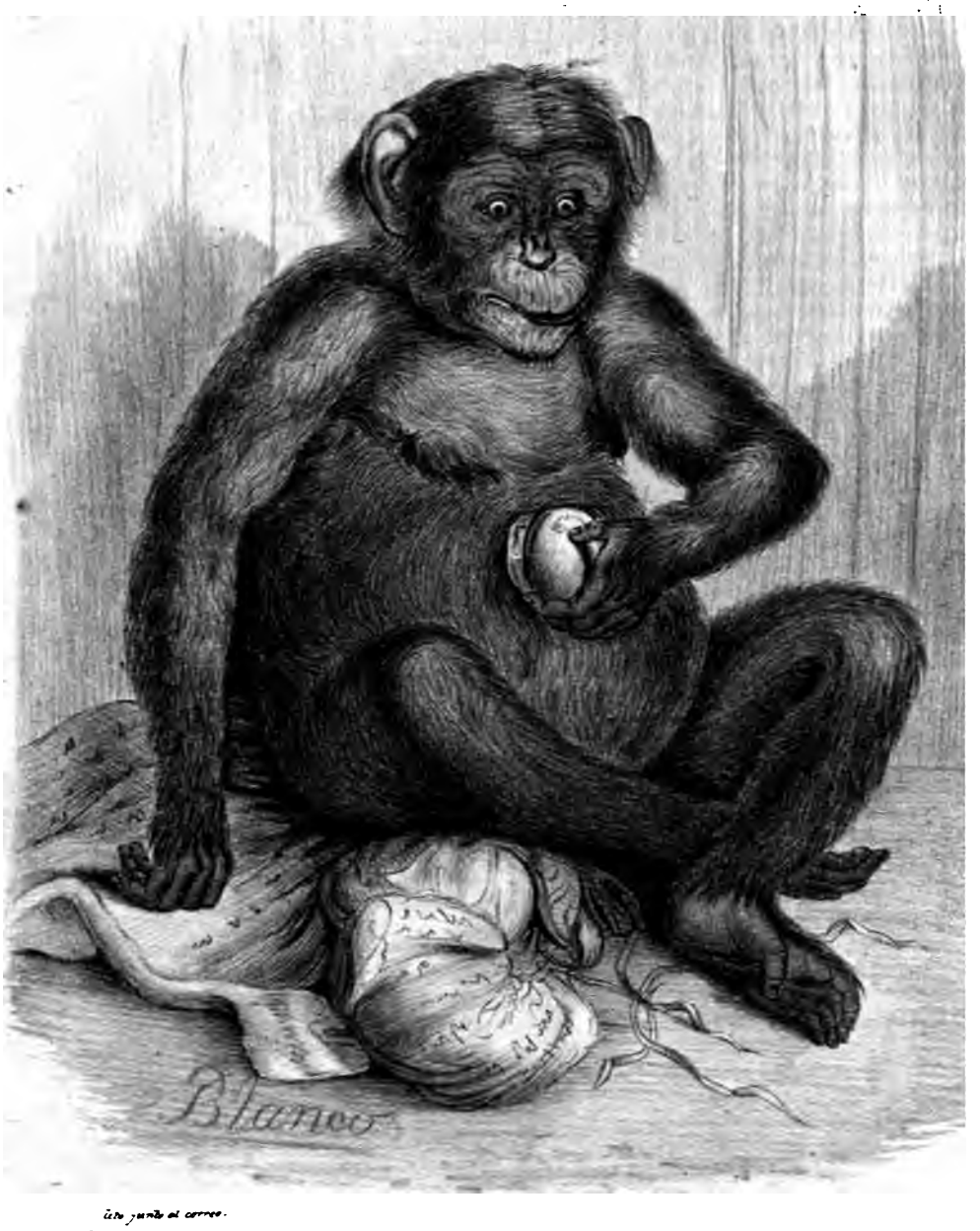
II.

¡Dulce es cantar, mujer, cuando se
Y una hermosa nos ama con pasion!
La mente entónces de placer se infla
Y se inflama tambien el corazon.
Dulce es cantar....! la lira poderos
Tonos produce de inefable amor,
Y al celebrar las gracias de su hermos
Deja de ser un hombre el trovador.
Porque entónces su voz es voz del c
Sublime inspiracion su mente inflama
Y hasta las nubes remontando el vuel
Para entrambos adquiere eterna fama
Porque entónces el alma del poeta
Empapada de célica harmonía,
Habla con el acento de un profeta,
Y rebosa en su canto melodía.
¡Dulce es cantar, mujer, cuando se
Y una hermosa nos ama con pasion!
La mente entónces de placer se inflan
Y se inflama tambien el corazon.
Mas ai! cuando en el seno lastimad
Se siente hueco el corazon, vacío;
Cuando al pobre poeta malhadado
Nubló la frente desengaño impío;
Triste es cantar! entónces su maña
Trocada en noche turbulenta y fria,
Suena su voz cual fúnebre campana
Que de un mortal anuncia la agonía..
Así, oh hermosa! mi cancion dolien
Llega á tu oido con amargo son:
Que *el soplo del pesar* nubló mi frente
Y la llama apagó del corazon.

III.

Mas por fortuna, oh placer!
No se ha apagado mi alma:
Aun ansio por una palma
Y el amor de una mujer.
Al contemplar á la hermosa
Aun late mi corazon,
Y una brillante ilusion
Hierve en mi mente fogosa.
Algunas veces deliro
Soñando felicidad;
Mas al ver la realidad
De dolor triste suspiro.
Si quieres cantos de amor,
Dime que me amas, mujer,
Y cantaré con placer
Tu hermosura y tu candor.

J. A. ZARRAGA



Lito. junto al correo.

CHIMPANSEO.

EL CHIMPANSEO.

De todos los monos, el chimpanseo y el orang-utang son los que mas se parecen al hombre, ó si se quiere, los que ménos difieren de él; y entre ambos animales, el chimpanseo es el que se lleva la supremacía, tanto por su conformacion orgánica, como por su inteligencia. El orang-utang es nativo de Sumatra, de Borneo y de las demas islas de la India, y el chimpanseo es originario de la costa occidental de Africa; ambos son los mas corpulentos de todos los monos, habitan entre los trópicos, y viven en la espesura de las inmensas selvas que cubren las regiones en que los ha colocado la naturaleza. Al primero de estos animales se le ha dado tambien el nombre de orang rojo y de pongo, y al otro el de orang negro ó joco, siendo el mismo á quien Tulpio llamó sátiro. Buffon le dió el nombre de joco; pero el individuo que tuvo á la vista era de mui corta edad, y lo ha representado mui incorrectamente. Ha sido este animal mui poco conocido hasta nuestros dias, y raras veces se le ha visto vivo en Europa; por lo cual dudaban varios naturalistas si en realidad debia ó no formar un género distinto del orang-utang. Por fortuna estamos en el caso de poder dar en este artículo nociones verdaderas acerca de esta cuestion, así como de las costumbres del chimpanseo, valiéndonos para ello de las observaciones que varios sugetos instruidos han hecho en un mono de esta especie recien llevado al jardin de la sociedad zoológica de Lóndres.

No está el chimpanseo tan exclusivamente organizado para trepar á los árboles como el orang-utang; porque en primer lugar, sus miembros inferiores tienen mas ensanche, y aunque inclinados oblicuamente acia adentro, puede la palma de los piés, ó llamémoslos manos posteriores, asentarse mui bien en el suelo, y la juntura de la cadera está asegurada con un ligamento, como en el hombre: es cierto que sus brazos son largos, pero no llegan mas que hasta las rodillas; fuera de que tanto los piés como las manos son mas cortos que los del orang-utang, y no tienen tanta apariencia de garras come en este; y si el dedo pulgar de la mano no tiene relativamente el mismo grado de desarrollo que en el hombre, esta mano ofrece en su conjunto y en sus contornos grandísima semejanza con la nuestra: el pulgar del pié es por lo contrario demasiado largo, cuando en el orang-utang se encuentra casi en el estado de rudimento. Este mismo animal tiene tambien mui pequeñas las orejas, y pegadas, por decirlo así, contra la cabeza, y el chimpanseo las tiene grandes y despegadas. Sin entrar en un exámen anatómico que nos distraeria mucho, notemos tan solo que la diferencia entre los cráneos de ambos animales no es ménos patente, pues el del chimpanseo es mas pequeño, mas ovalado, y tiene una prominencia huesosa arriba de las cejas; tambien es ménos ancha su mandíbula inferior, y mas pequeños sus dientes; por último, su ángulo facial tiene 35 grados, y el del orang-utang adulto es únicamente de 30.

Parécense mucho en la expresion de la cara, que es grave y aun melancólica, y mas en la especie india que en la africana. Ambos tienen el pelo largo y tieso; pero el del chimpanseo es negro, y el del orang-utang se vuelve rojo, de negro que era cuando el animal era de corta edad. En cuanto á la estatura, es cuatro ó cinco pulgadas mas grande la del orang-utang, suponiendo que ambos animales hayan llegado á su madurez.

Pero volviendo al chimpanseo de la sociedad zoológica de Lóndres, dicen que lo cojieron en la costa suroeste de Africa, á cosa de 120 millas tierra adentro, despues que á su madre, que lo tenia en los brazos dándole de mamar, la mataron de un balazo. Lo que desde luego llamó la atencion de los primeros que lo observaron, fué su apariencia de madurez, y su mucha semejanza con un negro anciano, raquítico y cascado; y no contribuian poco á hacerle parecer tal unos pocos pelos blanquecinos de su barba, y las grandes arrugas de su semblante. Así pues, á ménos de saber la historia natural de este animal, ó su edad, que era de diez y ocho á veinte meses, como se echaba de ver por sus dientes, cualquiera hubiese creido que era adulto, aunque por otra parte sus acciones eran las de un niño que corretea y se divierte solo. Mostrábase vivo y jovial, sin petulancia ni propension á causar daño alguno; estaba atento á todo lo que pasaba cerca de él, y examinaba todos los objetos que estaban á su alcance con semblante tan reflexivo, tan pensativo, que el espectador mas serio no podia ménos de sonreir al verlo. En la jaula en que lo metian algunas veces, habia un columpio, en el cual se mecia con gran gusto en diferentes posturas, que manifestaban á las claras cuán propio era para sostenerse en las movedizas ramas de los árboles. Ora se columpiaba colgado de un pié por un lado, y de una mano por el otro, ora saltaba con jovial vivacidad por la cuerda. Cuando se cansaba de estos ejercicios se revolcaba en el suelo, ó trepaba por las barras, ó bien se echaba á andar en cuatro piés, y esto con mucha rapidez, apoyando en el suelo las puntas de los dedos de las manos, y bajándose un poco mas acia adelante, aunque tambien andaba en dos piés, y con el cuerpo mui derecho, y era lo mas frecuente. Su andar no era como el del hombre, que levanta el talon descansando el pié en los dedos, sino que lo levantaba á un tiempo, y del mismo modo lo asentaba. Curiosísima cosa era el ver el vigor con que sus piés asian los objetos que se le presentaban, y con qué facilidad, estando en el respaldo de una silla, se dejaba ir para atras, y caia parado. Estos movimientos indicaban sin duda mucha fuerza corporal, que desde luego se echaba de ver en sus anchas espaldas, aunque tenia el abdómen prominente.

Era mui familiar, y jugaba con sus cuidadores como si fuera un niño, corriendo al rededor de ellos, ó subiéndoseles encima, y asiéndose de su cuello. Tratábanlo como á un niño, y le lavaban las manos y la cara, á lo cual se prestaba con mucha sumision y seriedad. Dicen que la risa es peculiar á la especie humana; pero este animal hace excepcion á dicha regla, pues por lo ménos ningun otro deja apercibir en su cara las emociones del gusto y alegría como este mono. Varias veces se observó que cuando al jugar con él le hacian cosquillas, presentaba en su cara todas las señales de la risa, puesto que parpadeaba, los ángulos de su boca medio abierta se elevaban, dejando los dientes de fuera, y aun se oia un ruido en su garganta semejante al de una risa sofocada. Si esto no es reir, que atribuiremos, no á una e-

mocion intelectual, sino á una sensacion agradable del cuerpo, es á lo ménos la señal mas parecida á la risa que hasta ahora se ha observado en un animal.

Este chimpanseo manifestaba siempre grandes deseos de tener lo que no se hallaba á su alcance, para abandonarlo luego que lo examinaba. Siendo naturalmente de genio dócil y pacífico, rarísima vez se enojaba, y cuando esto sucedia lo daba á conocer con un sonido ronco, levantaba los labios para arriba, miraba con fijeza y colérica expresion al individuo que lo habia ofendido, y sus ojos vivaces, aunque pequeños y sumidos en su órbita, hacian mas notable esta expresion. Por lo demas, no habia en los juegos y travesuras de este chimpanseo aquellas truhanadas, aquella incesante agitacion de los monos comunes, ni hacia los gestos que ellos al ver cualquier objeto que llama su atencion, ni se parecen sus voces; y precisamente estas particularidades, al parecer de poca monta, son las que dan superioridad al chimpanseo, asemejándolo un poco mas á un niño.

Lo mantenian con panecillos de harina, frutas, carne cocida, leche, &c.; le gustaba mucho el té; pero le desagradaba la cerveza y los licores fermentados. Cosa mui divertida era verlo con su taza de leche ó té en la mano, bebiendo como lo hiciera un hombre, y volviendo á poner la taza en su lugar. Para beber adelantaba los labios, que eran sumamente movibles, tanto, que podia introducirlos en un vaso con alguna bebida, y se la acababa sorbiéndola: otras veces aplicaba sus labios al agujero de un coco, y por él sorbia todo el líquido, volviendo despues á poner el coco en el lugar de donde lo habia tomado, con el mayor sosiego. Si se le daba un panal, lo cojia con mucha gracia, y lo comia de un modo en nada parecido á los que para casos tales emplean los monos en general.

Este chimpanseo, así como la mayor parte de los animales que viven en estado de dependencia, tenia sus favoritos ó amigos predilectos, siendo el primero de ellos la cocinera que guisaba la comida de los cuidadores, y despues las demas personas encargadas de cuidarlo. Cuando alguna de ellas se le acercaba, manifestaba su júbilo con señales nada equívocas, y aun distinguia sus pasos, y se ponia á esperarla. Luego que una de estas personas llegaba á él, manifestaba el animal su satisfaccion con el movimiento de sus labios, y un sonido suave; y si en tal momento se hallaba en libertad, se acercaba á la persona, y retozaba con ella mui gozoso. Algunas veces le parecia á la cocinera sobrado importuna esta predileccion con que el animal la miraba, pues no le era fácil separarlo de sí, y cuando alguien no se lo quitaba, la seguia asiéndola de la ropa, tal como lo hiciera un niño. Una ocasion abrió una ventanilla, y se puso á mirar por todos lados con la mayor atencion: uno de los cuidadores, temiendo que quisiese irse, le dijo: Entrese usted; y él lo hizo al momento, cerrando la ventanilla, no porque comprendiera las palabras que se le dijeron, sino por el tono con que el cuidador las pronunció, que bastante le dió á conocer lo que se le mandaba.

Bien sabido es que todos los monos tienen un miedo instintivo á las serpientes grandes, que acostumbran devorarlos: quisieron ver si un animal de tan corta edad que probablemente nunca habia visto una serpiente, se espantaba á vista de ella, para lo cual se le puso á la vista uno de estos animales: luego que lo vió se aterrorizó, y corrió á esconderse en un rincon: en vano fué poner una fruta sobre el canasto donde estaba encerrada la serpiente: bien hubiera querido el mono ver esta fruta; pero no se atrevió á acercarse al asilo de su formidable enemigo; sus gestos y movimientos daban claros indicios de su consternacion, y por nada quiso acercarse al canasto. Habiéndose quitado de allí á la serpiente, y puesto la fruta sobre una silla, se fué acercando el chimpanseo mui poco á poco, y con mucha precaucion é incertidumbre. Esta experiencia no deja dudar que el temor que todos los monos tienen á la serpiente es instintivo. No obstante, este chimpanseo no tenia miedo á los perros, pues habia en la misma sala una perra parida, y á pesar de los gruñidos y ladridos de la madre, se acercaba á ella, cojia los perritos, los examinaba atentamente, y despues volvia á ponerlos en su nido con mucho tiento hasta que cansado de esta operacion, se retiraba á su cama, se metia en las sábanas, cubriase bien, y metiendo la cara entre sus brazos cruzados en el pecho, se echaba á dormir.

Vestido con su chaqueta, y con el sombrero puesto, atraia al jardin zoológico á una multitud de curiosos que iban á visitarlo, y á los cuales causaba asombro, por su singular aspecto, y por su continente casi semejante al de un hombre; y lo que mas les causaba admiracion era su garbo y su inteligencia. Pero aun quedaba por saber si conforme fuera creciendo, iria aumentando ó disminuyendo esta docilidad é inteligencia, pues es sabido que la mayor parte de los jimios mas traviesos y retozones pierden sus graciosas cualidades cuando llegan á la edad madura, convirtiéndose en animales tan ásperos como irascibles y maliciosos. Esperando pues llegar á conocer el carácter, la disposicion y la inteligencia del chimpanseo adulto, porque no nos acordamos que de esta edad se haya visto ninguno en Europa, y creyendo que el chimpanseo de Lóndres viviese bastante para que los hombres doctos pudiesen formar opinion compteta y verdadera acerca de sus facultades, costumbres é instintos, han quedado frustrados tales deseos, pues el pobre animal murió hace poco. En las últimas cuatro horas de su vida no quiso separarse de la mujer á quien habria cobrado un cariño filial, digámoslo así; y un testigo de su muerte dice que las señales de tristeza que manifestaba, y sus quejidos, apénas se diferenciaban de los de un hombre. Dos dias despues abrieron su cuerpo, y aseguraron que su muerte provino de unos tumores escrofulosos que se le formaron en las glándulas mesentéricas y en el bazo, y de una ulceracion interior: probablemente hacia largo tiempo que tenia estos tumores. Los pulmones se hallaban en buen estado, lo que prueba que la temperatura de la atmósfera en que vivia el animal, como asimismo el régimen que habia seguido en los seis meses anteriores, eran bastante adecuados á su conservacion, y le hubieran prolongado la vida sin una causa preexistente de enfermedad.

La Mosaïque. Traducido por M. G.

Robo castigado por sí mismo.

Dice un periódico frances que habiendo un ladron robado un puerco que pesaba cinco arrobas, le ató los piés y las manos, y se lo echó á las espaldas, pasando la cabeza por la cuerda, y llevándola sujeta con las manos. Queriendo descansar un rato, se arrimó á una barrera, y descansó allí el puerco, el cual se resbaló del lado contrario de la barrera, y como sin duda estaba el ladron desprevenido, no pudo cojer la cuerda, que corrió hasta el cuello con el peso del animal, y á otro dia se le encontró ahorcado en aquel sitio.

DEL USO DEL GARROTE

PARA MANTENER LA PAZ

EN LOS MATRIMONIOS.

En un pueblo de Wurtemberg, llamado Baleugen, habia antiguamente una costumbre mui singular para mantener la paz en los matrimonios. Elejian los habitantes un hombre entre sus paisanos, al cual daban el título y encargaban las funciones de *datte* (que en dialecto suizo quiere decir padre); este á su vez nombraba de entre los electores á dos individuos para que lo ayudasen en sus tareas, encargándoles que se informasen de cuanto pasaba en las casas del pueblo. Tan luego como llegaban á descubrir que algun matrimonio se hallaba no mui bien avenido, acompañado el *datte* de su par de acólitos, llegaba por la noche á la casa de los desavenidos consortes, y llamaba á la puerta.—Quién es? Y él respondia con voz enojada: Aquí está el *datte* (como si en castellano dijéramos: Aquí está el *tata* para los que andan en el sol), y sin mas esperar daba la vuelta y se iba. Si sabia que la pareja proseguia en sus reyertas, volvia otra noche á llamar á la puerta como la vez primera; pero á la tercera entraba en la casa cuando ménos lo esperaban, y armaba un buen zafarrancho de trancazos con los culpables. Mas como algunas veces abusaban los *dattes* de su autoridad, se vió el gobierno obligado á abolir esta costumbre.

Cabinet de lecture. Traducido por M. G.

UN MARIDO EN CANTON.

Habia en Canton dos hermanos que se amaban tiernamente; no tuvieron el gusto de conocer á su padre, y su madre murió, dejándolos huérfanos y enteramente solos en una edad mui tierna. Song, que era el mayor, y ya tenia treinta años, á pesar de la tétrica energía de su carácter, de la tosquedad de sus costumbres, y de lo incivil de sus modales, habia educado con dulzura á su hermano Tsi, evitando lastimar con alguna severa reprension á aquella alma delicada y sensible, encerrada en un cuerpo gracioso; de manera que á los diez y ocho años de edad tenia Tsi aquel dulce mirar, aquellas facciones delicadas y aquella fresca tez de una linda jóven de la misma edad, circundándolo una nube de candor é inocencia, cual el plumaje de blanca paloma, ó el polvo ligero que da color y brillo á la pintada mariposa. Por amor á su hermano, habia retardado Song su enlace con la mujer á quien hacia tiempo adoraba, y que tan necesaria le era para el cuidado interior de la casa, cuando él tenia que ausentarse á sus asuntos de comercio; mas luego que vió florecer la hermosa planta que con tanto anhelo habia cultivado, pensó en su propia persona, y se casó. Nunca se viera hombre mas feliz: con dos criaturas, dechados perfectos de dulzura y bondad, á quienes amaba con toda su alma, y de quienes se veia correspondido con igual ternura, pasaba una vida dulcísima. Pero ai! qué es la dicha del hombre? Una reflexion, un pensamiento, una duda, una sospecha verdadera ó falsa puede transformar en atroces padecimientos la mas deliciosa existencia! Esto sucedió á Song. Una mañana resonaron en su oido estas palabras: "Tu esposa ama á tu hermano;" palabras que le traspasaron el corazon; porque los celos tienen eso de bueno, que el celoso lleva en sí mismo su pena y su suplicio. Mas el dolor que destrozaba las entrañas del pobre Song movian á compasion, y era por cierto digno de lástima el desdichado. Su esposa! su hermano! por quienes hubiera derramado la última gota de su sangre, lo engañaban en su presencia misma! Por mas que trata de desvanecer estas ideas, la evidencia habla: ¿no está mirando cómo baja la vista Tsi delante de su esposa, y cómo se le enciende el rostro cuando se encuentran sus miradas involuntariamente? Y la esposa, mas culpable todavía, porque sin duda ella es la que ha seducido al bello jóven, ¡con qué miramientos y ternura no lo asiste! ¡cómo cuida de que su ropa y vestidos estén limpios y aseados! ¡cómo procura que aquel huya de toda mala compañía que pudiese manchar la pureza de su alma! cuántos consejos no le prodiga! cuán suave es su mirar, y melodiosa su voz cuando le habla! Si el delicado mancebo padece algun accidente, no se quita ella de la cabecera de su cama hasta verlo restablecido, y ella misma prepara las medicinas, y con sus propias manos se las ministra. Y dígase al celoso que nada hai en esto que no sea del deber de una buena hermana; que la simpatía entre dos personas que tanto se asemejan entre sí nada tiene de particular, y que esta correspondencia de delicadas acciones ántes debia aumentar su felicidad; pregúntesele si no tiene mayores pruebas. Acaso las necesitan los celos? Luego que aquellas llegan desaparecen estos, porque no son mas que sospechas y delirio, que en este último caso dan cabida á otro sentimiento ménos amargo, el resentimiento del amor conyugal, ó del amor propio ultrajado. Atormentado Song por los celos, y ora meditando muerte, sangre y venganza, ora decidido á salir de esta vida para dejar que los culpables saboreasen su felicidad sin amargura ni remordimiento, cayó en una profundísima melancolía. Adivinó su esposa la causa de ella, y así dijo á su hermano: "Ya ves, Tsi, el estado en que se encuentra tu hermano; cree que le hacemos traicion: inútil seria desvanecer en él tal idea con palabras, esto no lo curaria, y ante todo es necesario salvarlo. Tú puedes hacerlo;

yo me quedaré con él para convencerlo con mi conducta de sus infundadas sospechas; tú, hermano mio, vete, vete de esta casa; instrúyete, proporciónate los medios de enriquecer, y de cuando en cuando pon el pensamiento en tu hermana: pronto nos volveremos á ver, porque es imposible que no abra Dios los ojos á Song, que tanto nos ama. Vamos, no llores; ántes ten valor para partir mañana. Adios, hermano, no llores;" y ella tambien lloraba al apretarle la mano. Iba sin duda á abrazarlo, porque sus rostros estaban bastante cercanos, cuando se presentó Song en el quicio de la puerta, cual muda estatua, con los ojos desencajados, y cruzados los brazos. Rompió en fin el silencio, y con voz dolorosa y sorda, que él procuraba en vano disimular, dijo: "Mañana mui temprano tengo que partir, porque voi á emprender un viaje bastante largo: que me preparen dinero y ropa limpia: tú, Tsi, te quedarás entretanto administrando la casa, y tú, señora, dijo despues de una pausa, volviéndose á su esposa, obedecerás á mi hermano como á mí mismo, y ya sé que eres mui dócil."

No puso cuidado Ta-Hio en la irónica significacion de estas últimas palabras; ántes bien se acercó á su esposo, y poniéndole las manos en sus brazos, y mirando con afabilidad y ternura el tétrico semblante de Song, le dijo: "¿Y por qué emprender este viaje tan repentinamente, enfermo como estás?" Pero no tuvo tiempo para acabar esta pregunta mirándole á la cara, porque tan luego como la habia empezado, dió la vuelta el celoso marido, y la desairada esposa iba á caer al suelo. Esta escena pasó de noche. El dia siguiente á las tres de la mañana, sin despedirse Song de su mujer ni de su hermano, partió, llevándose los dos caballos y el único criado que tenia. Júzguese cuál seria la inquietud y el dolor de los jóvenes: desde este momento temieron á Song, pero lo amaban aun. Él tenia ya formados sus proyectos; llevaba la conviccion en la cabeza, la rabia en el seno, y en el cinto un sable bien afilado. A la noche volverá, y castigará á los culpables con mayores pruebas de su delito. Detúvose á algunas leguas de Chang-Tong; larguísimo le pareció el dia, y en él tuvo tiempo de reflexionar; pero siempre se le presentaba á la mente la última escena que con sus propios ojos habia visto, y se arrepentia de haber entrado tan precipitadamente, porque con poco que hubiese aguardado, ya estaria su venganza satisfecha.

Desde las cuatro de la mañana estaban juntos en un mismo cuarto Tsi y Ta-Hio llorando amargamente, hasta que esta por fin dijo al mancebo: "Ya ves, hermano, cómo me calumnia mi esposo: perdónalo, porque sus tormentos deben ser grandes: él es bueno, volverá con nosotros; pero es necesario que no estén las apariencias en mi contra, y así, llévame á casa de mi madre: allí quiero pasar todo el tiempo que dure su ausencia sin ver á nadie, y cuando él vuelva y sepa que todos los dias lloro por él, me volverá su amor." Mui juicioso le pareció á Tsi este plan, y la misma confianza de la jóven lo consoló un tanto, y le hacia llevadera su desgracia. Concertaron el no verse durante la ausencia de Song, por grande que fuese el esfuerzo que para ello tuviesen que hacer, y que Tsi se dedicaria con toda actividad al cuidado de la casa. Las criadas de la jóven llevaron las cosas necesarias para su ama, y esta se refugió en casa de sus padres, quienes aprobaron su conducta, llorando con ella el engaño del esposo.

Vuelto Tsi á la desierta casa, echóse en un sofá con el corazon lacerado de dolor. ¡Cuántas mutaciones habia visto en doce horas! Y hélo ahí ahora solo, sola enteramente aquella tierna y delicada criatura que habia empezado su peregrinacion en la vida por un sendero de flores! Levántase, recorre toda la casa, entra á su alcoba, sale de ella, pasa á la de su hermano, donde á la noche habrá un sangriento drama, y no puede permanecer en un mismo lugar: sale por la ciudad, recorre los paseos mas solitarios, y vuelve á casa cansado, pero sin consuelo alguno.— Dónde está mi hermano? cuándo volverá? Esperaré volver á verlo? Ai de mí! me ha echado su maldicion, puesto que huye de mí. ¿Y acaso la merezco? seré culpable verdaderamente? Sondea temeroso las profundidades de su corazon, y viendo en él el vacío que ha dejado la separacion de Ta-Hio, y la ausencia de su hermano, se cree realmente culpable, y quisiera tener presente á Song, para echarse á sus piés, y pedirle perdon de los delitos que el inocente no tenia. Estaba en estas cavilaciones cuando llegó la noche, y lo sacaron de ellas unos golpes que oyó en la puerta de la calle, y al mismo tiempo una voz delicada, que decia: "Abrid, abrid pronto;" y entrando precipitadamente una mujer con el cabello suelto, y el vestido desordenado, se refugió en sus brazos, gritando: "Salvadme! salvadme!" Tsi quiso salir á pedir auxilio; pero ella le hizo seña de que no hiciese tal: poco á poco fué volviendo en sí la asustada dama; agitábala todavía una grande emocion, y sin cesar volvia sus miradas á la puerta suplicando por fin al mancebo que la cerrase bien. Este le dijo: "No tenga V. cuidado, señora tranquilícese: se siente V. mejor?"

—Sí; pero dónde estoi? En casa de Tsi? perdida soi, ai de mí!

—¿Cómo puedo inspirar á V. tanto temor, señora? qué tiene V.?

—Y cómo he de decirlo sin pudor? oh suerte desgraciada! no hai remedio, perdida soi!

Tsi no atinaba con lo que aquello significaba y sentado junto á la hermosa dama, que reparaba con una especie de confusion el desórden de su vestido, y sollozaba; con el corazon enternecido y las lágrimas en los ojos, le suplicó tanto que se explicase, y estaba tan cerca, tan cerca de la dama, como ella queria, que al fin le dijo esta como avergonzada:

"No forme V., Tsi, mala opinion de mí: tengo un marido celosísimo, y ha dado y venido en que cuando V. pasa por nuestra casa me lo queda mirando con mucha aficion, y que siempre está espiando el momento en que V. acostumbra pasar. Esta noche, tan solo porque estaba yo informándome de la partida de su hermano de V., y de la ida de la señora á casa de sus padres, se encolerizó mucho, y tomando un puñal, iba á matarme cuando he echado á huir, y no sé por qué fatalidad he venido á implorar socorro en esta casa precisamente. Bien sabe mi marido que no he podido ir mui léjos; sin duda me anda buscando por esas calles, y si por desgracia me ve salir de aquí, confirmará sus sospechas, y perderé á la vez honor

vida. V., Tsi, es de tan buen corazon, que espero no ha de querer exponerme á un peligro: sálveme, se lo suplico, permitiéndome que pase la noche aquí, que le prometo que mañana, ántes que mi marido se levante, ya estaré yo en mi casa, y á él se le habrá pasado la mohina."

Ruborizábase el doncel, y apénas comprendia por qué. Otro celoso ademas! y por una mujer hermosa en verdad, pero á la cual apénas habia visto una ú otra vez en la tienda de su hermano! Y no sabia que no decia la mujer una palabra de verdad, porque cabalmente el marido se habia embarcado el dia anterior para la Cochinchina, mui tranquilo y nada celoso, á pesar del anhelo con que la esposa trataba en aquel momento de justificar los celos que con el tiempo pudiera aquel tener.

— Pues bien, ya que V. vacila, será necesario resignarme á morir.

— No, no señora; pero la verdad es que no sé qué hacer, me hallo perplejo, porque mi hermano se ha ido, como V. sabe; mi hermana se ha llevado á las criadas; de manera que me hallo enteramente solo, y su reputacion de V....

— Ah! es verdad, tiene V. razon.... solos!.... la reputacion.... ya me voi.... pereceré....

— Válgame Dios! qué haré?

— Nada, nada, negarme la acojida.... Adios, Tsi.... mas si despues de mi muerte se atreve alguien á calumniarme, dará V. testimonio de la pureza de mi conducta. Adios.... y le tendió la mano.

— No, no abandonaré á V. Espérese V.; quédese, y pasará la noche en la alcoba y cama de mi hermana.

— V. es mi libertador. Y diciendo esto, le pasó al cuello los blancos brazos, como en señal de gratitud, y lo estrechó contra su seno.

Estas muestras tan vehementes de reconocimiento alarmaron algun tanto al buen Tsi; sintió una emocion desconocida, y lo agitó misterioso temor: condujo á la dama á la alcoba, dióle luz, y se retiró modestamente, recomendándole que se levantase mui temprano, para que volviese á su casa sin ser vista, porque él iba á recojerse á casa de un amigo, á fin de salvar al mismo tiempo la vida y el honor de la dama que en él ponia su confianza.

Asombrada quedó la mujer, sin poder proferir una palabra, y llena de cólera y furor vacilaba en si se acostaria ó no, hasta que se decidió á ello despues de haberlo reflexionado bien.

Tsi entre tanto andaba trémulo por la calle: pasó por delante de la casa de la dama, y vió que todo en ella estaba tranquilo; no habia luz, y el terrible celoso tampoco parecia por allí. No era por cierto el acero ni la cólera de los hombres lo que él mas temia, sino sus propios recuerdos, porque empezaba ya á llenarse su imaginacion de pensamientos é ideas que en vano procuraba desechar. Llegó á casa de su amigo, y en ella se encontró con una turba de jóvenes alegres, que estaban cenando y haciendo repetidas libaciones de licores europeos. Aunque era poco conocido de aquellos, lo recibieron con grandes aplausos, y su amigo corrió á abrazarlo y á ofrecerle asiento con todas las demostraciones de la mas cordial alegría y fraternidad. Tsi dijo que sus hermanos estaban ausentes, y con toda sencillez é ingenuidad, aunque un tanto desconcertado con las risotadas de los convidados, refirió su nocturna aventura, concluyendo su narracion con decir á su amigo que habia dejado encerrada á la dama, y que con su permiso pasaria él allí la noche.

Era Ming, el amigo de Tsi, uno de aquellos muchos hombres, que aunque dados á la maldad, conservan algunos sentimientos virtuosos en medio de un océano de vicios. Amaba á Tsi por su candor y su inocencia, y así es que estaba mortificado de oir las zumbas que los demas le daban; por lo cual, acercándose al doncel, le dijo al oido: "Retírate, Tsi, á mi cuarto; ve á acostarte, retírate, no te conviene estar aquí, porque ya están ébrios." Y Tsi, agradecido, se retiró.

— Bravo, Ming, bravo; mira qué linda jóven disfrazada de hombre te viene á visitar!

— Vamos, calavera, no hai que chancearse en el particular, que Tsi puede oir lo que de él se diga, y bueno será respetar en él la virtud que ya no tenemos.

— De lo cual me alegro.

— Una idea, señores! exclamó uno de ellos: cuando esté durmiendo le sacaremos la llave de la bolsa, é iremos á acabar de cenar á su casa con la bella desconocida.

— Bueno, sí, bravo, bravo!

— Nada de eso, señores; Tsi se ha acojido á mi casa, necesario es respetarlo.

Y pronunció Ming estas palabras con gran entereza; de manera que conociendo todos la firmeza de su carácter, ninguno se atrevió á replicar, sino que se contentaron con murmurar de él, diciendo por lo bajo: "Qué egoista! para él solo quiere la llave;" y continuó la orgía.

A las dos de la mañana iba ya Song entrando á su casa por la puerta del jardin. Llegó sin hacer ruido hasta la entrada particular que daba comunicacion al aposento de su mujer; allí se detuvo, porque le palpitaba tan fuertemente el corazon, que parecia querer salir del pecho: solemne es el momento: no tiene mas que levantar las cortinas del lecho conyugal, y salir de dudas: ¡verdad terrible, que va á volverle su tranquilidad, ó á hacerlo desdichado para siempre!

Adelanta el paso, hombre desapiadado! por qué tiemblas? no vienes á derramar sangre? ¿no llevas empuñado el agudo puñal? Por fin abre la puerta sin esfuerzo alguno; ya puede respirar....

— Ah! todo está bien!... dijo para sí; mas por qué habrán tomado precauciones? acaso me esperaban?

Adelanta, y el asombro, el furor de la desespecion y la rabia de la hiena le destrozan las entrañas, porque á la luz del crepúsculo ha visto en aquel lecho.... sí.... ha visto dos bellísimas cabezas dormidas una junto á otra, y murmurando en sueños dulces palabras de amor. No sigamos con la vista á este verdugo, que juzga, condena y ejecuta.... Ya sale de la alcoba.... Apartemos los ojos de este hombre sanguinario, que se encamina á casa de la madre de su esposa, con el semblante descompuesto por las mas furibundas pasiones, y llevando en la mano un talego manchado de sangre.... No lo veamos.... quizas esas dos formas globulosas que van en el talego serán.... sí.... no nos equivocamos. Para completar su venganza llamó el bárbaro á la puerta de la casa de la madre de su esposa.... entró, y vino al suelo priva-

do de sentidos, porque su propia esposa salió á abrirle. Qué escena tan horrorosa para todos! Imposible es detenernos á contemplarla.

Lleváronlo seis meses despues, cuando ya pudo hablar, ante un tribunal, y el juez pronunció esta sentencia: "Habéis obrado, Song, mui precipitadamente; pero la Providencia ha conducido vuestro brazo para castigar á un jóven libertino, y á una mujer culpable. Idos, la lei os absuelve." Sí, pero la sangre derramada siempre clama, sin piedad ni merced: el rostro de la víctima degollada se presenta siempre á la mente del agresor, y la desgracia traza en torno de él un círculo de reprobacion, al cual nadie quiere acercarse, porque es visto con horror y menosprecio. Y es mui justo sea así! porque hai muchos paises en que la lei absuelve al amor propio ofendido, ó á los celos sanguinarios.... Ta-Hio no quiso nunca volver á ver á su cruel esposo, y Tsi murió poco tiempo despues llorando á Ming.

Le Spectateur de Paris. Traducido por M. G.

Impresiones de la Noche.

Hai pensamientos que en la mente viven
en un rincon de la memoria echados,
cual los insectos que su ser reciben
de los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer; mas como aquellos
al soplo de una brisa se levantan,
crecen, vuelan, y al fin toman cual ellos
formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fe contrarias,
vagas visiones de la noche umbría,
bullir las vemos en la niebla fria,
nada en la esencia, y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria
silenciosa mansion, gracias postizas,
y que reciben faz, cuerpo é historia
en los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
y con murmullos infinitos suenan,
en las alas del viento van livianas,
y el alma, el viento y el espacio llenan.

Paso.... de cieno fábulas impuras!
paso dejad al noble pensamiento,
que anhela respirar auras mas puras
en el cóncavo azul del firmamento.

¿Piensas, turba de sueños impostora,
hacerle por el miedo tu vasallo,
como al son de la fusta cimbradora
ginete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones;
si el corazon cobarde os dió aposento,
hoi necesita, imbéciles visiones,
todo mi corazon, mi grande aliento.

Con la noche venís, y osáis con ella
turbar el corazon que en paz reposa;
mas de la noche en el poder se estrel
vuestro poder y ciencia mentirosa.

Paso!—mis ojos en su azul tendido
la paz que les robáis otra vez hallan,
y en los misterios de la fe perdidos
vuestros misterios de impureza callar

Para lanzar vuestra influencia imp
á la influencia celestial acudo,
y de la noche silenciosa, umbría,
la solitaria inmensidad saludo.

I.

¡Salve, tienda magnífica, colgada
de polo á polo sobre el aire manso
del caduco universo, destinada
á protejer el funeral descanso!
¡Salve, á quien mora en la escondida
detras de esa estrellada colgadura!
¡Salve, á quien vela el agitado sueño
de esos gusanos que á sus piés tendid
manchan con sus alientos corrompidc
la orla imperial del manto de su dueñ

II.

Sí, que á mis ojos se resiste en van
de la insondable eternidad el velo,
y yo veo, Señor, tu inmensa mano
tras el azul del transparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
infinito el abismo de tu ciencia,
infinito tu ser, y tú infinito:
no hai mas que tú, y tu soplo poderos
que anima el mundo, presta generoso
vida á la alma virtud, vida al delito.

III.

Que tú amasando el polvo de la na
con tu suprema voluntad un dia
diste al hombre esta espléndida morac
igual para el que fué y el que seria.
"Quieres vivir?—Tu aliento es el esp
Quieres tener?—El orbe es tu palacio
Quieres mandar?—Al señalarle nomb
puedes gozarlo é invadirlo todo;
Yo que á mi gloria te saqué del lodo,
fe y libertad te doi,"—dijiste al homb

IV.

Y el hombre fué; y el hombre enva
olvidando al Señor que le formara,
no partió por igual lo recibido;
se armó insolente, y le volvió la cara
Oidos dando al corazon villano,
el hermano lidió con el hermano:
el hijo con el padre en torpe guerra
el alma en las entrañas se buscaron,
y uno de otro en la sangre se bañaro
por un pié mas de la heredada tierra.

V.

De tu obra entónces, gran Señor, c

ingrata viendo á tu mejor hechura,
sobre el mundo tendistes ofendido
la densa sombra de la noche oscura.
Volviéndote á tu carro rutilante,
empuñaste las bridas de diamante,
tus caballos de fuego se lanzaron
por el espacio, y caminando á oscuras,
al choque de sus recias herraduras,
miles de estrellas en su azul brotaron.

VI.

Al ceño de tu cólera divina
los mundos con pavor se estremecieron;
confundióse su esencia peregrina,
y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad: sorbió el nublado
las ondas de la mar, y desbocado,
en hombros cabalgando de las nieblas,
su pedrisco do quier vertió sin tino,
y borrando los lindes del camino,
tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII.

¿Quién osará, Señor, en la memoria
la idea renovar de tu honda ira?
el mundo sabe la tremenda historia,
y aun al mentarla de temor suspira.
La obra de su poder atropellando,
seguias tú la creacion cruzando
sin término ni objeto, ni vereda,
y tus ojos, Señor, relampagueaban,
y las nubes errantes reventaban
de tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII.

Todo cayó á tus piés; todo en pedazos
á tornar se aprestó á su antigua nada;
pero su polvo tropezó en tus brazos,
y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
y al ver que de tus ojos las centellas
lo iban todo á incendiar, compadecido
la noche hiciste, que tendió en el cielo
su pabellon azul de terciopelo,
que en medio del zenit quedó prendido.

IX.

Tras él está velando tu pupila,
mansa tras él la creacion pasea,
y el universo de terror vacila
á su gran resplandor, si pestañea.
Las nubes con su luz se tornasolan,
el Oriente y Ocaso se arrebolan
con sus puros y espléndidos colores,
y á su dulce calor se alza indecisa
la perfumada y soñolienta brisa
que susurra en la yerba y en las flores.

X.

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
que ante los ojos de tu Dios colgada,
la lumbre de sus ojos te ilumina
sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazon, noche sombría,
que es tu manto de rica argentería,
prenda de que nacimos sus vasallos,
que al salpicarte Dios con tus estrellas,
nuestro orgullo alumbró con las centellas
que brotan de los piés de sus caballos.

JOSE DE ZORRILLA.

NARICES REMENDADAS.

HACE algun tiempo que M. Labat ha dado fin á una obra dedicada al virei de Egipto, intitulada: *Rinoplastia, arte de restaurar ó curar completamente las narices.*

Mui larga seria la historia que podria escribirse acerca de las narices que han sido cortadas, porque ha sido una de las crueldades mas frecuentes entre los antiguos. Diódoro Sículo cuenta que cortaron las narices, de órden de Actazan, á todos los habitantes de Kisapoor, sin perdonar á los niños de teta, por lo que se dió á aquel pueblo el nombre de Nasica-Topoor. Entre los Egipcios, los Griegos y los Romanos inflijia la lei este castigo á los adúlteros, y el marido ultrajado solia desempeñar la operacion *. Sixto Quinto cortaba las narices á los ladrones que dieron en su tiempo en infestar á Roma. Isabel, reina de Inglaterra (que tenia grandes narices), ordenó, por medio de un decreto, que se cortase las narices y las orejas á los que hablasen mal de su gobierno, y se burlasen de ella. El fatuo Cárlos II mandó cortar las narices al caballero Cowentry, que le habia lanzado una sátira mordaz, y el gran Federico II se valió del mismo expediente para calmar la exasperacion de un noble que se quejó de una injusticia.

La rinoplastia, ó remendadura de narices, fué un arte conocido por los antiguos, y traia su orígen de la India, donde se practicaba desde tiempo inmemorial. Galeno, que nació en Asia, recorrió el Oriente, y vivió muchos años en Alejandría, donde pudo recojer algunas noticias acerca de las operaciones que usaban los bramines; pero aquellos sacerdotes hacian un misterio del método que empleaban; y sus sucesores han evitado de tal manera descubrirle á los profanos, que aun en el dia, por mas influencia y dominio que tengan los Ingleses en aquellos paises, no pueden conseguir que los que le emplean les digan de qué medios suelen valerse.

Galeno dice que para remendar las narices es necesario echar mano de la cútis del rostro; y añade Celso que practicando grandes incisiones verticales cerca de las orejas, se puede llevar fácilmente la cútis acia el centro de la cara. Olaus Magnus, en su *Historia de rebus mirabilibus*, se calienta el celebro hasta el punto de creer que podrian remendarse unas narices aplicándoles un pedazo de una ave viva.

El método italiano ó calabres, que se debe á Tagliacozzi, estriba en remendar las narices acercando á la cara uno de los brazos del desnarigado, y aplicando al sitio conveniente un pedazo del brazo, miéntras sale la sangre, pedazo que deberá separarse de lo restante del brazo, al cabo

* A qué fin las narices inocentes?

de quince ó veinto dias, cuando se halle ya completamente adherido á la cara.

Gaeff, cirujano mayor de la institucion clínica de Berlin, y el célebre profesor Delpech, emplearon y perfeccionaron el método de Tagliacozzi.

En Boloña, en Nápoles y en la Calabria preferian la cútis del brazo á la de la frente; pero echaban mano de esta última desde la mas remota antigüedad los bracmanes, y mas tarde los bramines y los koomas.

M. Labat cita varios casos para establecer que las narices pueden volver á adherirse á la cara despues de haber estado separadas de ella completamente. Y tan persuadidos están en la India de que las narices una vez cortadas pueden volver á adherirse al rostro, que la lei previene que las arrojen al fuego; pero en Italia, en donde solian cortarse muchas en otro tiempo, se permitia al desnarigado recojerlas y cosérselas ántes que llegasen á enfriarse. En 1626, Antonio Molinetti, profesor de la universidad de Padua, hizo este servicio á un italiano de buena familia, que habia sido condenado á perder las suyas. Molinetti estuvo cerca del cadalso, y cojió las narices ántes que se enfriasen. Otra cuestion importante es la de saber si pueden acomodarse á un rostro las narices cortadas á otro individuo. Hai muchos en favor de la afirmativa, y este método se llama operacion mogoliana. Regularmente solia ser un esclavo el que cedia sus narices ó alguna tajada de carne para semejante operacion. En las Indias, pais de despotismo, en donde las castas privilegiadas con la mayor frescura cortaban las narices á un paria ó á un prisionero de guerra, se practicaba y se practica esta operacion con frecuencia.

Cuenta Dionisio, en su *Tratado de operaciones quirúrgicas*, que un ladron, habiéndose cortado una noche las narices, corrió á buscar un cirujano, que le pidió se las diese para pegárselas. Sus compañeros salieron al punto, cortaron las narices al primer sugeto que encontraron, y las llevaron calientes al cirujano, *que las acomodó y cosió perfectamente*.

Este método de servirse de la carne ajena no es desconocido en Italia; pero les repugnaba emplearle, porque creian generalmente que se resentiria de las enfermedades del que la habia dado, y se podriria cuando este llegase á morir. Contribuyó á acreditar esta opinion Van-Helmontz, en el siglo XVI, publicando formalmente la historia de un caballero de Brusélas, que vió de un dia á otro muertas sus narices. Quiso saber el por qué, y le dijeron que el ganapan que se las habia cedido acababa de morir. De esta historia burlesca hizo un remedo Voltaire en la novela de *Zadig, ó el Destino*.

JERICA.

UN MILAGRO.

En tiempo de Federico el Grande vió un soldado que una imágen de la Vírgen tenia unos aretes de diamantes mui buenos, y se los robó. Acusado el ladron, y convencido del delito, fué sentenciado á muerte: luego que lo supo, rogó que se le permitiera hablar al rei; se le concedió, y le dijo mui formalmente: "Señor, los católicos convienen en que la santa Vírgen puede hacer milagros, y yo por experiencia sé que es verdad, porque el otro dia al entrar en la iglesia, me hizo señas la santísima Madre; yo me acerqué, y entónces me dijo: "Cójete estos diamantes, porque eres buen militar, y estás en la miseria."

Atendiendo á lo expuesto, Federico mandó reunir á los doctores teólogos, para saber si la Vírgen santísima tenia facultad de hacer milagros: los doctores respondieron unánimes afirmativamente, y el soldado fué puesto en absoluta libertad; pero en la órden general de ese mismo dia se prohibió á todas las tropas prusianas el aceptar cosa alguna de la santísima Vírgen ni otro ningun santo, bajo pena de la vida.

El Pasatiempo.

ÉPOCAS DE VARIAS INVENCIONES, DESCUBRIMIENTOS, &c.

Por los años de 3870 ántes de J. C. edificó Cain una ciudad, á la que dió el nombre de Enochía por su hijo Enoch.

En 3004 construyó Jabel cabañas y tiendas de campo para vivir.

En 2904 Tubal-Cain inventó fabricar hierro y metales.—Su hermana Noema el hilar y tejer.—Se dice que Jubal inventó la música, observando el sonido armónico y agradable que formaban los martillos de la herrería de su hermano Tubal-Cain.

El año 2346. Noé fué el primero que plantó viñas, y sacó vino de las uvas.

1822. Invencion de las letras por Mnemon el egipcio.

1715. Prometeo, nieto de Noe, fué el primero que sacó fuego del pedernal.

1497. Trochilo inventó el carro: otros lo atribuyen á Erictonio, rei de Aténas.

1486. Atlas, rei de Mauritania y célebre astrónomo, inventó la esfera.

1234. Dédalo, ingenioso ateniense, inventó la azuela, la sierra, el perpendículo, la plomada, el barreno, y puso velas á las naves.

1220. Palamádes, hijo del rei de Eubea, dicen que inventó entre otras cosas el peso y las medidas, el arte de ordenar las tropas, y el juego del ajedrez.

1198. Epeo, hermano de Peon, segun Plinio, invento el ariete para batir las murallas, y se cree que construyó el caballo troyano.

1114. Abídes, rei de España, enseñó á ingerir los árboles, aumentó la agricultura, y dió leyes, &c.

1020. Pronápides, maestro de Homero, fué el primero que acia esta época empezó á escribir de izquierda á derecha; ántes se hacia á la inversa.

D. J. V.

Esto junto al Correo.

LA OFRENDA FUNERAL.

La Ofrenda funeral.

FRAGMENTO DE UN MANUSCRITO AMERICANO.

.....El lecho nupcial estaba preparado para recibir á los dos jóvenes esposos; una alegría candorosa matizada por el pudor brillaba en el rostro de la vírgen. Veíase en ella

"La juventud, la gracia halagadora,
El talle torneado,
Una risa mas dulce que la aurora
Cuando ilumina el soñoliento prado:
Su hechicera mirada, su festivo
Candor, su hablar suave,
El corazon mas fiero y mas esquivo
Domar pudieran, y el Amor lo sabe."

La satisfaccion, el amor propio, el orgullo que se ven pintados en el semblante de un general después de conseguir una espléndida victoria, estaban igualmente en el del amante que acababa de merecer la preferencia sobre poderosos rivales. Los años de continuos sobresaltos, de angustias, de zozobras, de dificultades vencidas para alcanzar la mano de la hermosa Angélica, habian desaparecido enteramente de la memoria de D. Fernando: lo pasado y lo futuro en nada perturbaban la ilusion de su dicha presente. No se descubria en su frente el mas leve celaje de inquietud que anunciase la próxima tormenta que preparaba el terrible naufragio de su felicidad. ¡Tan cierto es que nuestras dichas se parecen á aquellos encantadores sueños que en el momento en que por sus dios ignorados nos conducen á gozar de placeres ideales en un paraiso tambien ideal, la picadura de un imperceptible insecto es bastante para devolvernos á nuestros cuidados y penas verdaderas! El estruendo de la música ahogaba las voces de los que habiendo apostatado de la religion de Cristo, se entregaban, movidos de otras pasiones, al furor de la política, y favorecia agradablemente á mas de un amante para que sus coloquios no llegasen á otros oidos que no fuesen los de su querida. El lujo con que estaban adornadas las salas, las riquezas de los vestidos, las bellezas que los cubrian, la multitud de luces que hacian olvidar la claridad del dia, la delicadeza de los aromas, la profusion y variedad de dulces, frutas, licores y bebidas frescas y espirituosas, el movimiento producido por las contradanzas, y finalmente la alegría que se veia en todos los semblantes, hacian de la casa de D. Pedro Agustin Estamante una mansion de magas, un palacio encantado, tal como los que se ven descriptos en los cuentos árabes.

El relox de la ciudad acababa de dar las diez de la noche, cuando acercándose un criado de la casa al oido de D. Fernando, le dijo algunas palabras. El jóven recien casado salió en seguida con el criado; nadie notó su salida en medio del alborozo que reinaba en todos los ángulos de la casa de D. Pedro, suegro de D. Fernando. Este último, habiendo cojido su sombrero, bajó la escalera, y encontró en el portal un ayudante de la plaza, quien despues de mostrarle una órden superior por escrito, mandó que le siguiese. El esposo de la jóven Angélica, algo perturbado, se dejó conducir, como si fuese arrastrado por un poder sobrenatural: no bien habia andado ciento y veinte pasos, cuando el ayudante dió una voz, y de repente aparecieron seis soldados y un sargento. Entónces en lugar de dirijirse á la casa del ..... (el manuscrito estaba aquí en blanco, y no se podia saber si decia virei, presidente ó gobernador), fué llevado á la cárcel pública, y puesto sin comunicacion en uno de los calabozos mas seguros.

La noticia de este inesperado acontecimiento se propagó como un relámpago por entre todos los concurrentes al festin, primeramente con aquel aire misterioso y reservado con que circula cualquiera acontecimiento súbito de grande importancia, y luego con mas ó ménos franqueza y calor, segun el genio de las diversas personas que se ocupaban de tan importante asunto. La misma novia no tardó en saber lo que pasaba, á pesar de todas las precauciones que tomaron su padre y su tia doña Cármen, porque nunca faltan gentes indiscretas que sin ser llamadas se presentan á comunicar con la mayor calma los sucesos mas funestos.

A la alegría general sucedió el silencio de un naufragio, y en ménos de un cuarto de hora todos los convidados se retiraron á sus casas con el corazon oprimido de pesar. D. Pedro, acompañado de un amigo, salió luego de casa, dirijióse á donde estaba D. Fernando, mas no pudo conseguir hablarle. En vano hizo las mas vivas diligencias aquella noche para saber el motivo del arresto de su yerno; ni los empeños ni el dinero sirvieron en esta ocasion de nada: finalmente, cansado, afligido y despechado, volvió á su casa á consolar á su hermosa hija.

Esta ni lloraba ni decia una palabra; toda su afliccion estaba reconcentrada en lo mas hondo de su corazon. De un carácter diametralmente opuesto al de su tia, perspicaz y reservada, luego que supo la prision de su esposo, penetró toda la trama que estaba urdida, previó la venganza de un alto personaje irritado por los celos, y al retirarse á su aposento dijo á su padre con el acento de la inspiracion: "Preparad los vestidos de luto; Fernando va á ser sacrificado."

Efectivamente, en ménos de diez dias se concluyó el proceso formado á aquel jóven desgraciado por conspirador contra el estado, oida la defensa *pro forma*, y pronunciada la sentencia de ser pasado por las armas.....

Aquí faltaban algunas hojas del manuscrito: en ellas sin duda se referia el trágico suceso para el cual el lector ya debe estar preparado. Mas adelante la accion muda de escena. Doña Cármen y su desventurada sobrina están en una casa de campo de las cercanías de Boston en los Estados Unidos de América. Un médico ingles, llamado Mr. Redsand, es quien cuenta la historia de aquella familia á un amigo suyo en los términos siguientes:

"Hace tres años ahora en el mes de abril que recibí un recado para ir á visitar unas señoras que acababan de llegar de.... Fuí á la casa en donde posaban, entré en el estrado, y luego apareció una señora como de treinta años, que por lo que supe despues se llamaba doña Cármen, tia de otra mas jóven, que era la enferma. Despues de los cumplimientos de costumbre me presentó una

carta de recomendacion de un amigo mio, en la cual me referia como la sobrina de esta señora, de resultas de haber perdido de una manera trágica su esposo en el dia mismo de su casamiento, y su padre dos dias despues de la muerte de aquel, habia sufrido un trastorno mental, y venia acompañada de su tia á valerse de los recursos de la medicina, y de la práctica que yo tenia en estas en estas enfermedades. Mi visita se prolongó dos horas, durante las cuales observé atentamente á la enferma. La pesada mano de la afliccion no habia alterado nada la delicadeza de sus facciones; los ojos, ese espejo del alma, y una palidez no desagradable, eran los que publicaban enérgicamente la dolencia de la jóven doña Angélica, cuya funesta hermosura seria admirada aun en la capital de Inglaterra.

"Lo primero que hice fué ceder á estas señoras mi casa de campo, y tomar yo para mí otra mas pequeña contigua á la mia, exijiendo solamente que esperasen ocho dias. Entre tanto mandé erijir en el fondo del jardin de mi casa un pequeño pero elegante cenotafio. Cuando este estuvo concluido yo mismo acompañé á doña Cármen y á su sobrina á su nuevo domicilio. La vista del campo y el aroma de las flores produjeron en doña Angélica una sensacion agradable. Al dia siguiente de su llegada bajó al jardin acompañada de su tia; yo quise estar presente. Así que llegó al sitio del monumento lo miró primeramente con indiferencia; poco despues sus negros ojos se animaron, arqueó las cejas, un movimiento convulsivo desfiguró la graciosa forma de su boca, y cuando leyó: Aquí descansa D. Fernando, dió un grito espantoso, superior al que se podia esperar de su delicado cuerpo; una fuerte convulsion, para la cual yo estaba prevenido, se apoderó de ella; pero habiendo cedido á los socorros del arte, entró á serenarse. Llevada á casa, estuvo dos dias en cama, delirando por intervalos. Tres dias despues pidió á su tia algunas flores, entre ellas la rosa acacia, por ser la favorita de Fernando; aun mas, pidió ser vestida con el mismo simple trage que llevaba dentro de casa el dia de su casamiento ántes de ponerse el vestido de novia con que fué á la iglesia. Doña Cármen consultó conmigo, y yo mandó que se ejecutase todo lo que la enferma pedia. A medida que se vestia, un rayo de serena alegría brillaba en sus lánguidos y rasgados ojos. Cuando todo estuvo pronto, nos pidió que la acompañásemos, y con el mayor silencio nos llevó al lugar del cenotafio. Así que llegamos, ella se hincó de rodillas, y cojiendo la canastilla de flores, dijo: 'Fernando, aquí tienes estas flores; una vez cada semana serán renovadas por las manos de tu querida Angélica.'

"Esta *Ofrenda Funeral* fué presentada semanalmente durante un año. A su sencillo trage añadia solamente un elegante sombrerito para resguardar su cabeza. Doña Cármen era la que solia llevar la canastilla con las flores; su sobrina iba con cierto aire melancólico agarrada al brazo de su tia; y cuando llegaba al sepulcro recojia las flores marchitas, y ponia simétricamente las frescas.

"La alienacion mental desapareció poco á poco al fin de un año. Entónces doña Cármen compró en nombre de su sobrina una hermosa posesion inmediata á la mia, y allí es donde viven pacíficamente hace dos años estas señoras; la tia alegre, divertida y honesta; la sobrina am dedicada al estudio, á la música, á la pintur paisaje y al cultivo de las flores. En medi un parque que adorna su quinta, mandó leva un rico monumento á la memoria de su espos el dia primero de cada mes va á presentar al Ofrenda Funeral, compuesta de flores escoj frecuentemente regadas con sus hermosas l mas."

Jose de Urcullu.

VOLCANES.

La voz *volcan*, que deriva de *Vulcanus*, cuyo bre dieron los Romanos á su dios imaginari fuego, se aplica á aquellos montes que des de sus cimas ó flancos llamas, humo, ceniz corrientes de una materia derretida llamada En la cumbre de los montes de esta especie s lla una inmensa concavidad llamada *cráter*. los mas de los volcanes no apagados se elev á menudo mas ó ménos humo; mas las *erup* ó descargas de piedras, cenizas, lava, &c., a pañadas de altas columnas de fuego, explos violentas y conmociones de la tierra, tiene gar en intervalos irregulares, mediando á mucho tiempo entre uno y otro.

El Vesubio es el único volcan que se hall bre el continente de Europa, y en varias oc nes ha vomitado piedras, cenizas y torrent lava derretida; mas la erupcion del año 79 era cristiana fué tan terrible, que sepultó la dades de Erculano y Pompeya.

Pero la mas extraordinaria de las que se co va memoria es la que se verificó en abril de del monte Tómboro en Sumbawa, una de las del archipiélago Indio. Los terribles movi tos que sufrió la tierra durante esta erupcio sintieron por todo el espacio circular de ca mil millas de diámetro, y se oyó el estallid las explosiones á igual distancia. En el es de unas 300 millas al rededor del volcan ca mayor estrago y alarma. En Java, que dist millas, se cubrió la atmósfera á medio dia d bes de cenizas, que al caer cubrieron el sue varias pulgadas de altura, oyéndose de cuan cuando terribles explosiones; y en Sumbaw ron víctimas de la erupcion millares de i duos.

Es mui digno de observacion el que en el guo continente las cordilleras principales n tienen volcanes, al paso que las extremidad las penínsulas son los focos de estas conv nes; siendo así que en el nuevo mundo la i sa cordillera que recorre toda la costa del O Pacífico posee mas volcanes que no el a continente con sus islas adyacentes. El pr Jameson ha dado la siguiente tabla de los nes existentes:

Continente de Europa,	1.	(El Vesubio.)
Islas de idem,	12.	
Continente de Asia,	8.	Pen. de Kamtc
Islas de idem,	58.	
Continente de América,	97.	
Islas de idem,	19.	

continente de Africa no se ha descubier-
ingun volcan; pero en las islas se cuen-

gunos puntos, la tierra cubierta por las a-
Océano encubre el volcan, y ha sucedido
veces que se han formado muchas islas
ciones submarinas. Se cuentan en el O-
ios 52 volcanes.

JOSE GEFE DE VILLA.

CATALOGO

DE

3 DIFERENTES SECTAS

DERIVADAS

DEL JUDAISMO.

s. Llámabase así una secta de judíos
in en la mayor austeridad. Pretendian
ráctica de las obras que se llaman de *su-*
cion era indispensable. Los Fariseos
is sucesores.

tas. Secta que nació entre los judíos
s. Su nombre, derivado de *Micra*, signi-
ro texto de la biblia; y en efecto, despre-
as las interpretaciones de la Escritura, y
n al sentido literal de la lei escrita. Tu-
n en el siglo VIII, y se ha extendido en
evante.

s. Formaron desde su orígen una secta
Fariseos; pero eran ménos hipócritas y
nbres mas severas, admitian la inmortali-
lma y la vida futura. No creian en la
las mujeres, y se abstenian del matri-
Todos los bienes eran comunes entre

os. El fundader es desconocido; mas,
opinion general, tomaban su nombre de
que significa *separar*, porque afectaban
rse de los demas hombres por la austeri-
vida, y vivian separados de su sociedad.
la resurreccion de los muertos, y se ha-
ibles por una adhesion excesiva á las tra-
Josefo pertenecia á esta secta.

s. No reconocian mas señor que Dios.
Galilea fué el fundador.

ianos. Sectarios del tiempo de Jesu-
Reconocian á Heródes por Mesías.

enos. Llámabanse así entre los Judíos
res y las mujeres que durante un espa-
empo se abstenian de licores, y dejaban
cabello. Durante el nazarenato no a-
los funerales.

itas. Se abstenian del vino, huian de
ciones, y habitaban los desiertos. Fué
esta secta por Jonadab, hijo de Rechab,
el tiempo de Jehu, rei de Israel.

dios. Sectarios del tiempo de la refor-
lvino. Aparecieron en Silesia. Des-
as ceremonias judaicas.

rios. Judíos que observan el sábado con
que las demas fiestas.

Saduceos. Tomaban su nombre y orígen de Sadoc, discípulo de Antígono de Soho, célebre doctor de la lei, que despues de la muerte de Simon el Justo habia fundado en Jerusalen una escuela de teología. Los Saduceos decian que el alma es material, que el cuerpo no resucitará jamas, y que Dios limita las penas y recompensas á la vida presente. Estos judíos, que se han confundido con los Caraitas, eran los epicúreos de los Hebreos.

Samaritanos. Este cisma entre los Judíos lo produjo una sublevacion política de los Hebreos, cansados del gobierno de Roboam. Jeroboam se aprovechó del descontento general para erijir su trono, atrayendo diez de las doce tribus, con las cuales formó el reino de Samaria. Mas receloso de que sus súbditos, al cumplir los deberes religiosos en el templo de Jerusalen, le abandonasen, edificó los templos de Bethel y de Dun, y así estableció el culto en Samaria. De aquí el orígen de una division tan antigua como obstinada. Los Judíos sostenian que solo Jerusalen era el verdadero templo, y los Samaritanos decian que Dios podia ser adorado en cualquier lugar de la tierra; y en esta persuasion edificaron sobre el monte Garizim un templo con las mismas proporciones que el de los Judíos, para adorar al mismo Dios que ellos, y con las mismas ceremonias.

Estos creyentes existen hoi en Gaza, Damasco, el Cairo y en otros muchos puntos de Levante.

Talmudistas. Judíos que siguen el texto del Talmud de preferencia al de la Biblia.

R. T.

LORD BYRON.

En enero de 1808 apareció en la *Revista de Edimburgo* un virulento artículo, satirizando la coleccion de poesías que con el título de *Horas de ociosidad* habia dado á luz el año ántes un jóven, que aun no rayaba en los veinte de su edad. La ilustre sangre que circulaba por sus venas no habia hervido jamas con tanta fuerza en el pecho de sus altivos antepasados al recibir una afrenta de un villano, como ahora en el suyo al verse arrojado con menosprecio, cual objeto de mofa, ante un público respetable. Tamaña humillacion era insoportable para quien desde la infancia no habia podido sufrir ninguna, y excitado su noble orgullo hasta rayar en frenesí, lanzó á la cara de sus injustos censores la amarga y terrible sátira de *Los poetas ingleses, y los críticos escoceses.* A pesar de que ciego de cólera, y con la imprudencia de un jóven de veinte años, á nadie en ella perdonaba, no fué corta la reputacion que le granjeó.

Entónces por primera vez la curiosidad pública se fijó en el arrogante jóven que con tanta valentía habia sabido demostrar la superioridad de su genio: entónces la Inglaterra supo que en su seno existia un jóven poeta de carácter extraordinario é incomprensible; que habia criado consigo un oso en el colegio, dejándolo como aspirante á la primer plaza de alumno que vacase; que se habia mandado hacer una copa del cráneo de uno de sus antepasados, y que en medio de tan terribles rasgos se hallaba entregado á la crápula

puedo vivir sin pasar el dia entero doblado bajo el peso del trabajo.... pero necio de mí! ¿Es posible que no haya pedido al genio lo necesario pora comprar una cama y un tapete? Todos mis muebles se reducen á una estera, y algo mas se necesita para dormir y sentarse. A fe mia que no he de ser tan tonto si mi buen genio me cumple su palabra.

A los ocho dias aparécese de nuevo el genio. "Príncipe de las regiones invisibles, le dijo Ademdai, sábete que me he equivocado en la cuenta, y que me faltan muchas cosas para tener lo necesario. En primer lugar, mi comida es fastidiosa y mezquina. Arroz, arroz, y siempre arroz. Es necesario que un hombre goce de buena salud, y para esto debe de cuando en cuando regalar el apetito con alguna de tantas cosas buenas como Alá ha criado. Ademas, ¿no parece esta habitacion mas bien la cueva de un tigre, que la morada de un ser racional? — Tienes razon; pero no eches en olvido que solo he de concederte lo necesario, y que te retiro mi proteccion si me pides lo superfluo. Aquí tienes cuatro dinares de oro; compra lo que necesitas, y adios, hasta de aquí á ocho dias."

Apénas rayó el siguiente, cuando salió Ademdai á comprar los muebles de que necesitaba. Cuando los hubo colocado en los sitios que juzgó mas convenientes, echó de ver que la casa no merecia el gasto que acababa de hacer. El techo estaba en efecto hundido en muchas partes, las paredes torcidas, las puertas no cerraban bien; en fin, todo ello presentaba la imágen de la miseria y del abandono. Como le habian sobrado algunas monedas, trató de reparar tantas averías, y llamó á un arquitecto, el cual le dijo que todo el dinero que gastase en composturas era tirado á la calle. Ademdai empezó á recelar algun accidente funesto. "¿De qué me sirve, decia, la proteccion del genio, si no me preserva del peligro que me amenaza? La primera de las necesidades es la propia conservacion, y seria de ver que un favorito de los seres sobrenaturales muriese aplastado por un techo." Cuando se presentó el genio por tercera vez, Ademdai le hizo ver la necesidad imperiosa en que se hallaba de dormir tranquilo, y sin el temor de que se le viniese la casa encima. "Tienes razon, le respondió su protector; toma cincuenta dinares de oro, reedifícala." "Mi genio, decia Ademdai, conoce que merezco sus favores. En efecto, hasta ahora no le he pedido nada superfluo. Fortuna mia es tener tan poca ambicion, y contentarme con lo necesario."

La casa se transformó mui en breve en elegante habitacion. Pocas piezas, pero bien distribuidas; alcobas cómodas y retiradas; galería sobre el jardin, en fin, todo nuevo, y concluido con primor. Ademdai se divierte en adornarla; se reclina ya en un sofá, ya en otro; abre y cierra las puertas; cambia mil veces los espejos, en fin, pasa dos dias complaciéndose en visitar desde el granero hasta las guardillas; pero cuando se sintió cansado de tanto subir y bajar, y vió que estaba solo, sin tener alma viviente á quien dirijir la palabra, lanzó un suspiro, y exclamó: "¡Qué cosa tan triste es la soledad! Si yo tuviera una compañera amable á quien hacer partícipe de mi ventura.... Ah mujeres, mujeres! sin vosotras no hai nada bueno en el mundo."

Para distraerse de la tristeza que le inspir ta reflexion, salió á dar un paseo por las c de Bagdad. Al pasar por el bazar de los e vos, vió que la gente se agolpaba á una d tiendas principales, en que estaban de venta ta ó treinta infelices de ambos sexos. Los de Ademdai quedaron clavados en una jóve rostro lindísimo, de aspecto majestuoso, que raba en un rincon de la tienda la suerte qu destinaba la codicia de su amo. El sensib ven conoció por primera vez aquel sentim imperioso al que todos los otros ceden. Per melancolía que le inspiró la imposibilidad e se hallaba de poseer aquel tesoro de gracias cedió toda la amargura de la inquietud y d celos, cuando vió acercarse uno de los mas magnates de Bagdad, que mui en breve ent ajuste con el mercader. Este pidió desde dos mil dinares de oro. Es demasiado, di comprador.—Demasiado! respondió el merc georgiana, diez y ocho años, con una habi extraordinaria en el baile y en el canto, y t rece cara! El comprador ofreció mil y qui tos dinares, y Ademdai temblaba como un a do; mas el mercader se mantuvo firme, y el nate, que no estaba tan enamorado como A dai, volvió la espalda. Llegó la hora de c el bazar, y la esclava se retiró con su dueño, zando una mirada afectuosa al apasionado A dai.

Esta mirada acabó de subyugarlo. Vol su casa, y en lugar de cenar se echó sobre u fá, sin poder apartar de la imaginacion la he sa georgiana. Era precisamente el dia en c tocaba al genio. "Qué tienes? le preguntó al verlo tan abatido: suspiras? lloras? ¿no contento con lo que tienes? — Nuncio de la luntades de Alá, respondió Ademdai, conoze no merezco ni la centésima parte de los fa que me has dispensado; pero temo irritarte declaro la causa de mi afliccion. — Nada t dijo el genio; un hombre como tú no se afli motivo. Algo te hace falta sin duda, y solo de hacerte falta lo necesario. — ¿Crees tú q paz del corazon es necesaria á un hombre de — Sí. — Pues el mio se halla en la mas cr gitacion. Mi soledad me espanta: necesit compañera. — Dices bien: busca una dor honrada, pídela á sus padres, y cásate con — No hai mas que una mujer para mí en el do; la que me ha cautivado, la que reina e corazon; pero es esclava, y yo no tengo el d que vale. — Cuánto piden por ella? — Do dinares de oro. — Mucho dinero es; pero p que estás enamorado, si caes enfermo de la mas has de gastar en médico y botica. Aq tán los dos mil dinares: compra la esclava, feliz."

Ahora que Ademdai se halla con la he Arselli, en una casa decente, y sin tener que sar en nada mas que en gozar de su ve creerá el lector que se acabaron sus penas, nada mas tendria ya que pedir al benéfico n que tantos favores le habia dispensado. Pu fué así. La esclava creia, por el precio á habia sido comprada, que iba á manos de príncipe; que su residencia seria el harem m pléndido del Oriente, y que no tendria ma abrir la boca para poder disponer de las gala

suntuosas, y de las joyas mas ricas. Cuando se vió en una casa pequeña, modestamente amueblada, y obligada á servirse á sí misma, lo primero que hizo fué llenar de injurias á su amante, y rechazarlo con la mayor aspereza cuando este se le acercaba. El pobre Ademdai no sabia qué hacer. A sus caricias y requiebros respondia Arselli con denuestos y reconvenciones. No quiso probar bocado, ni permitió que su amante permaneciese en la misma pieza. Todo le parecia mezquino, incómodo y de mal gusto. Así pasaron ocho dias, que fueron para Ademdai ocho siglos de tormentos. Vino el genio, y Ademdai se arrojó á sus plantas, asegurándole que era el mas desventurado de los hombres. Refiriéle todo lo que pasaba, y le probó del modo mas convincente que le eran necesarios mil dinares de oro para no morir de desesperacion. El genio, convencido de sus razones, se los dió inmediatamente, y desapareció.

[*Concluirá.*]

NOTICIA HISTORICA
DE
VARIAS INVENCIONES,
DESCUBRIMIENTOS, &c.

Pareciendonos preferible el órden alfabético al cronológico que queriamos seguir en la insercion de esta serie de apuntes, por la facilidad que aquel presenta para hallar con prontitud la noticia que se desee, lo adoptamos desde este número, seguros de que será del agrado de los lectores.

Abades. Su orígen se remonta al tiempo del primer Concilio ecuménico de Nicea. Parece que los *abades* empezaron á usar la mitra, báculo y demas ornamentos episcopales el año 1091, bajo el pontificado de Urbano II; aunque otros son de opinion de que algunos *abades* los usaban ya acia el año de 1000.

Abanicos. Su uso es mui antiguo en el Oriente y en otros paises cálidos, de los cuales ha pasado á nosotros, y en donde se sirven de grandes *abanicos* de plumas para preservarse del calor, y espantar las moscas.

Abejas. Se dice que Aristeo, rei de Arcadia, fué el primero que enseñó á los Griegos el arte de criar las *abejas* para aprovecharse de la miel. Leemos en la Enciclopedia metódica, que un ingles llamado Wildam, hizo ver á los individuos de la Academia de las Ciencias y al público, que poseia el arte de domesticar las *abejas*, haciéndolas ir á su voluntad de un lugar á otro sin temor de ser picado; cuyo secreto descubrió despues en una obra que publicó.

Abdelómetro ó Bdelómetro. Este instrumento le inventó el doctor Salandiere en 1819 para reemplazar á las sanguijuelas; y aun se dice que es preferible á ellas. Mr. Deluil ha inventado tambien otro instrumento semejante, al que dió el nombre de escarificador.

Academia. Llamábase así un célebre paraje de Aténas que tomó el nombre de un tal *Academo* ó Ecademus, el cual cedió á los filósofos la casa de recreo que allí tenia para que estudiasen en ella, donde se fundó despues una escuela de filosofía. Platon, de vuelta de sus viajes, fijó su residencia en aquel sitio, en donde reunia á sus discípulos para conferenciar sobre materias filosóficas, por lo que fueron llamados *académicos.* La primera corporacion literaria que despues se ha conocido con el título de *Academia* fué fundada por Carlo Magno en sus últimos años.

Aceite. La invencion y el uso de este licor remontan á la mas alta antigüedad: los Egipcios atribuian á Mercurio el cultivo del olivo, y el arte de extraer el *aceite;* y los Griegos decian que esta invencion se debia á Minerva. Se ve en la Escritura que Jacob derramó aceite sobre el monumento que erijió en Bethel para perpetuar la memoria del sueño misterioso que allí tuvo. M. Blondeau, médico frances, inventó un *aceite* animal que extraia de los despojos de las reses muertas.

Aceitunas. El primero que inventó la manera de preparar ó salar las *aceitunas* dicen que fué un italiano llamada Picolini.

Acero. Se cree que Crouweley dió á conocer en Alemania el secreto de convertir el hierro en *acero;* aunque parece que los antiguos no le desconocieron.

Acólitos. En Roma los habia ya en tiempo del papa san Cornelio, acia el año 250, y cuidaban del servicio del altar.

Aduanas. El primero que las estableció parece que fué Augusto, para cubrir los enormes gastos que habian ocasionado las guerras civiles de Roma, á cuyo fin mandó que todas las mercancías, tanto extranjeras como del imperio, que se introdujesen en aquella capital, pagasen ciertos derechos. Estos se conocian antiguamente en España bajo el nombre arábigo de almojarifazgo.

Adviento. Antes del siglo sexto de la Iglesia los Cristianos, movidos de santo fervor, practicaban ya ciertos actos piadosos para prepararse á celebrar dignamente la festividad del nacimiento ó venida del Mesías; mas sin embargo, se atribuye á san Gregorio el Grande la institucion de las domínicas de adviento, que celebra la Iglesia con el mismo objeto.

Aeronautas. Segun se ve en el Diccionario Histórico Enciclopédico, entre las diversas maquinas que los hombres han imaginado para sostenerse en los aires, y volar por ellos, la primera fué las alas artificiales, inventadas á fines del siglo XV por el italiano Juan Bautista Dante, cuyos ensayos fueron desgraciados. Despues se han hecho otras invenciones con el mismo objeto; y á pesar de las repetidas tentativas practicadas en varias ocasiones, no se ha logrado dar á estas máquinas el grado de perfeccion que es de desear. Sin embargo, un relojero de Viena, llamado Mr. Degen, inventó en 1812 una máquina, con la cual logró elevarse á una altura de 54 piés, y volar en todas direcciones, cuyos repetidos ensayos dejaron completamente satisfechos á los muchos espectadores que los presenciaron.

D. J. V.

EL OPULENTO Y EL MENDIGO.

I.

Cien lámparas alumbran: sus reflejos
Ven de una noche de placer el fin,

Y cual sueño duplican los espejos
Las báquicas delicias de un festin.
El pérsico tapiz siente las huellas
Trémulas del amante,
Y en las frentes admira de las bellas
El alba perla, el índico diamante.
Rivales de la púrpura y espumas,
El aura, cual los céfiros, fragante,
Mueve sobre los rasos del turbante,
Aves del Nuevo Mundo, vuestras plumas.
Bellezas, luces, pedrerías, oro,
Tanto inmenso placer, todo á la mente
Presenta algun palacio del Oriente,
Algun festin del opulento moro.
Sobre cojines de luciente seda
Resuenan dulces ecos de cariño,
Y al beso abrasador se brinda leda
Ardiente mano de nevado armiño.
Prende sus llamas Cípris al ambiente,
Lo embalsama el perfume de las flores,
Y no hai beldad que su virgínea frente
No sienta coronar á los amores.
No hai beldad que rendida á su deseo,
No contemple á sus piés tierno Reinaldo,
Al que en la arena el grito del heraldo
Vencedor proclamara del torneo.
Los ojos centellean: la armonía
Aumenta los placeres del festin;
Y allá en errante y ciega fantasía,
¿No es verdad que olvidáis del hombre el fin?
¿No es verdad que ese Dios que humilde adoro
Duerme en olvido inmundo,
Y que creyéndoos reyes ya del mundo,
Juzgáis que vuestro rei es solo el oro....?
Bien: delirad! el tiempo es un torrente:
Vuestras inquietas horas
Vuelan como las horas del que gime:
Agotad de la orgia el ciego encanto:
Insensatos, gozad, gozad en tanto!
No me escucháis! en vuestro dulce sueño,
¡Qué cumbre excelsa se levanta al hombre
Donde no llegue su gigante empeño!
Quién puede arrebatarle tanta vida!
Os gritan en tumulto las pasiones:
Tenéis un trono! el orbe es un palacio....
Mas ai! de Circe os habla el labio yerto,
Y en tanto la existencia se desgaja.
Sois reyes, pero reyes de un desierto!
Vuestro trono es la lúgubre mortaja.
Agótad de la orgia el ciego encanto,
Insensatos, gozad, gozad en tanto.

II.

Llueve; la noche declina,
Y en la negra obscuridad
El relámpago ilumina
La adormecida ciudad.
Cuando aparece su brillo,
Como sombrío gigante,
Vese el gótico castillo
Aparecer un instante;
Y en el mármol del umbral,
Dó su sombra se retrata,
Luce cabellos de plata
La cabeza de un mortal.
Fija sus ojos en él,
Y animado de esperanza,
Avidas miradas lanza
A los rasgos del cincel.
Hiela; el infeliz de frio
Está temblando en la puerta,
Solo á los grandes abierta,
Al oro y al poderío.
Está debil, macilento,
Miéntras en su derredor
El opulento señor
Con embriagado acento
Brinda á un bello serafin;
Y con satisfechos ojos
Contempla inmensos despojos
Del opíparo festin.
Suspira.... en vano....! en el mundo
Nadie le atiende.... en el cielo....!
Llega en el clamor profundo;
Pero.... quién le da consuelo!

III.

Escúchase un rumor; se oye el crujid
De la brillante seda: la mañana
Va á iluminar el cielo; ya las gradas,
Ledas las damas pisan: la hora llega
En que tranquilo el que gozó en la noche
En blanda pluma á reposar se entrega.
Van desapareciendo: el pobre anciano,
Codiciando su pompa, triste implora;
Y alargando su mano,
Solo alcanza las lágrimas que llora.
"Cuántos mantos de púrpura!" su labio
Repite tristemente: "cuánto armiño!
Y el cielo ni una piél de humilde oveja
Para cubrir la desnudez me deja!
Socorred mi vejez; vedme cual sombra
Errante por los túmulos sombríos,
Y cubierto de míseros andrajos,
A par de vuestros regios atavíos.
Hiela; mas ricas pieles os calientan:
Alcázares de piedra os dan abrigo:
En vano brama el huracan.... yo en tan
Tengo el cielo por techo,
Y estos mármoles frios son mi lecho.
¡Magnates, una lágrima al mendigo:
La miseria es su yugo:
No seais, insensibles, su verdugo!"

IV.

Parten.... suena la rápida carroza.
Ni una sola mirada le consuela.
El mundo olvida cuando el mundo goza.
Infeliz! tu clamor el trueno apaga....
La tempestad absorbe tu gemido:
El frio, el hambre, ante su altar te humi
Y á bendecir al Dios que te destruye
Trémula se doblega tu rodilla.
Ves ya el inmenso océano del sueño,
Sin que una sola lágrima presida
El momento en que el hombre es un cadá
Y un recuerdo la vida.
Y para colmo de mayor tormento,
No teniendo en el mundo poderío,
Ni aun podrás al morir decir contento:
"Este sepulcro es mio."

El Baron de Andilla.

ADEMDAI.

[*Conclusion.*]

AI gozó por fin la inefable ventura de ver á su amada cuando le presentó veinte tra-
gníficos, soberbios collares de perlas y es-
ıs, y una coleccion de chales de los mas
os que produce el Tíbet; mas no pudo re-
ıu gozo cuando Arselli tomó una harpa, y
ı voz armoniosa y suave le dió á entender
sentidas coplas que premiaba su amor, y
z á su lado. Tres dias duró el éxtasis de
d en que estaba como anegada el alma de
ıi: al cuarto dia salió á dar un paseo,
retirándose á su casa al anochecer, obser-
ombre que rondaba la calle con cierta cau-
que no cesaba de mirar acia las paredes
ieza que Arselli ocupaba. Ademdai se a-
r reconoce al mismo sugeto que habia que-
nprarla. Púsosele de pronto una nube te-
delante de los ojos, y entró devorado de
desconfianza. Arselli le preguntó repe-
ces la causa de su inquietud, y él solo res-
con profundos suspiros. Rompió al fin el
, y le refirió lo que habia visto. "Adem-
ıle entónces la georgiana, Alá sabe que te
y que no tengo el menor conocimiento
hombre. Mi corazon es tuyo, y lo será e-
ente; pero de estos pesares tendrás muchos
ırso de la vida. En Bagdad hai un sin-
de hombres que cifran todo su gusto en
enamorado á las esclavas agenas. Un
solo no basta á burlar las astucias de es-
vados. — Tienes razon, respondió Adem-
o soi un insensato en no haber pensado án-
ıacerme de algunos eunucos fieles; pero
ne remedio, y ántes de pocos dias tendré
ı guarde, y quien intimide á los galanes."
el genio, y Ademdai le contó sus cuitas.
nujer bonita, dijo el genio, es un tesoro
ı el mundo codicia. Es necesario custo-
r los eunucos no son superfluos en seme-
ıcasiones. Cuántos has menester? — El
, respondió Ademdai, depende del grado
elos, y los mios son furiosos; sin embargo,
e con seis eunucos tendré lo suficiente. —
ıes lo que basta para comprarlos. — Ya,
necesario vestirlos y mantenerlos. — To-
ue has de gastar en estos objetos hasta mi
ı venida. — Bien; pero seis eunucos ne-
quien los sirva. ¿Cómo me he de com-
in tres ó cuatro esclavas que barran la ca-
ngan todo en órden? — Cómpralas con el
ıue hai en esta bolsa. Quieres mas? —
que no quiero mas que lo necesario."
eunucos, cuatro esclavas, Ademdai y su
no estaban mui á sus anchas en una casa
ı piezas. Era necesrio comprar otra, y
argo el genio de las razones de Ademdai,
na letra de cambio de tres mil tomanes,
a suma adquirió una soberbia mansion, si-
ı uno de los barrios mas concurridos de
. Los vecinos, que eran hombres acauda-
sitaron á Ademdai, y le dieron suntuosos
ı. Ademdai vió que era necesario cor-
er á esta urbanidad, y obtuvo del genio u-
na suma considerable, que fué á parar á manos de los cocineros.

En estos festines Ademdai se informó de las circunstancias de sus nuevos amigos, y supo por ellos mismos que cada uno tenia un numeroso harem, compuesto de las mas bellas jóvenes del Asia. Cuando se habló de este asunto, Ademdai bajó los ojos, y se puso de mil colores, pensando en el triste papel que hacia. En efecto, todos los renglones de lujo deben estar en proporcion, y el mahometano que tiene lo suficiente para cubrir su mesa de manjares exquisitos, pasaria por un mentecato si no poseyera una buena coleccion de buenas mozas. Ademdai hizo ver al genio que su amor propio estaba herido, y despues de una larga discusion sobre el número de mujeres que le correspondia, quedaron de acuerdo en veinte; más, cuarenta esclavas negras para servirlas. El genio, sin embargo, tuvo sus dudas acerca de la necesidad de un gasto tan extraordinario. "Me parece, dijo, que te vas volviendo un poco vanidoso. — Puede ser, respondió Ademdai; pero la vanidad es una cosa necesaria; porque si no fuera por ella, ¿cómo habian de vivir todos los que viven de satisfacerla?" El genio no supo qué responder á tan poderosa razon.

Llegó la primavera, y los vecinos de Ademdai vinieron á despedirse de él, para ir á residir durante tres ó cuatro meses á sus casas de campo. "Dónde tenéis la vuestra?" le preguntaron. Ademdai mudó de conversacion, y esperó con impaciencia la primera visita del genio. Cuando este se presentó, Ademdai le preguntó si la salud era necesaria al hombre. — "Sin duda, respondió el genio; sin salud de nada sirven todos los otros bienes. — Pues bien, continuó Ademdai, la mia y la de toda la familia peligra si nos quedamos esta primavera en Bagdad. Solo el aire del campo puede preservarnos de los perniciosos efectos de los primeros calores. En el camino de Basora hai una hacienda que me convendria perfectamente, y que su amo me venderá por una friolera. — Cuánto pide? — Diez mil tomanes. — Bien: qué mas necesitas? — Una hacienda requiere otros muchos perfiles; caballos, rebaños, jardineros, &c., &c. — Con veinte mil tomanes tienes para todos tus *et cèteras*. Presenta esta letra de cambio en casa del banquero Mahmud, y diviértete."

Dos meses habia pasado Ademdai en su deliciosa posesion, sin cansarse de admirar sus frondosas alamedas, sus acopados naranjales, sus estanques en que nadaban los peces mas raros del Asia, y sus caballerizas, pobladas de los mas bellos potros de Arabia. Al cabo de este tiempo sucedió que sus ovejas devoraron en media hora los sembrados de un pobre labrador, cuya pequeña hacienda lindaba con la de Ademdai. Quejóse el labrador ante el cadi, y este sabiendo que Ademdai era rico, sentenció en su favor. Las ovejas volvieron á los mismos sembrados; el labrador volvió á quejarse, y el cadi volvió á condenarle. Esta escena se repitió varias veces. Ademdai estaba aburrido. Para evitar en lo sucesivo nuevas molestias, creyó oportuno comprar el pedazo de tierra del pobre labrador, que solo debia costar una friolera; mas cuando el cadi iba á extender el contrato, murió el labrador *ab intestato*, y su posesion, segun las leyes, correspondia

al califa. Esta ocurrencia disgustó sobre manera á Ademdai. Consultó al genio, y convencido esto de la necesidad de no tener reyertas con los poderosos, aconsejó á su protejido que se presentase al califa, y le ofreciese una suma considerable por la hacienda que acababa de heredar.

Harun el Raschid el Grande estaba sentado en un trono cubierto de diamantes y de topacios. Rodeábanlo los grandes y los sabios de su corte, y en torno del magnífico salon de audiencia ardian los mas exquisitos perfumes. Ademdai se acercó temblando á los piés del gefe de los creyentes. Cuando se le dió permiso de hablar, alzó los ojos, y vió.... pero ¿quién puede pintar su sobrecojimiento? Vió en la persona del califa al númen benéfico que tantas gracias le habia dispensado. Quedó petrificado, inmóvil, sin poder desplegar los labios. "Ademdai, dijo sonriéndose el mas sabio de los monarcas, reconoce en tu soberano á uno de los armenios á quienes salvaste la vida. He querido recompensarte de un modo digno de mí y de tu generoso desinteres; pero al mismo tiempo he querido gozar de la satisfaccion de hacerte feliz, ocultándote la mano de donde provenia tu felicidad. Hace muchos años que estudio á los hombres, y miéntras más los estudio ménos los entiendo. He oido hablar de lo superfluo, y jamas he visto á los hombres de acuerdo sobre la significacion de esta palabra. Tú me has sacado de mis dudas. Por tu medio he llegado á conocer que esta es una de aquellas fantasmas néreas, que solo sirve de texto á las disertaciones de los filósofos, y que no tiene aplicacion á la realidad de la vida. Lo que se llama *necesidad* es un abismo sin fondo, que no bastarian á llenar todos los tesoros del universo. Retírate, Ademdai; conserva todo lo que te he dado, pero no esperes poseer jamas la hacienda del pobre labrador."

Ademdai regresó á su casa de campo, donde refirió á sus amigos cuanto le habia ocurrido. Dábanle estos la enhorabuena, y envidiaban su felicidad. Mas él respondia de mal humor: "¿De qué sirve todo lo que tengo, y por qué me llamáis feliz, cuando no puedo poseer la hacienda del pobre labrador?"

J. J. M.

Los Musulmanes del Indostan.

Las costumbres de los musulmanes del Indostan han conservado todo el caracter patrialcal que ordinariamente tienen entre los sectarios del islamismo. Los amos son mui venerados de sus esclavos, aunque estos tienen la libertad de hablar con ellos con entera confianza; los gefes de familia son mui bondadosos para con sus criados, y estudian el modo de hacerles llevadera su situacion, prodigando los mismos cuidados á los parientes pobres ó enfermos, aunque el parentesco sea de los mas lejanos. La afabilidad preside á todas sus relaciones sociales, y con el mas tierno afecto miran á sus familias, por lo cual son del todo espontáneos los actos de obediencia y piedad filial, mostrando los hijos un respeto ilimitado á la ancianidad de sus padres.

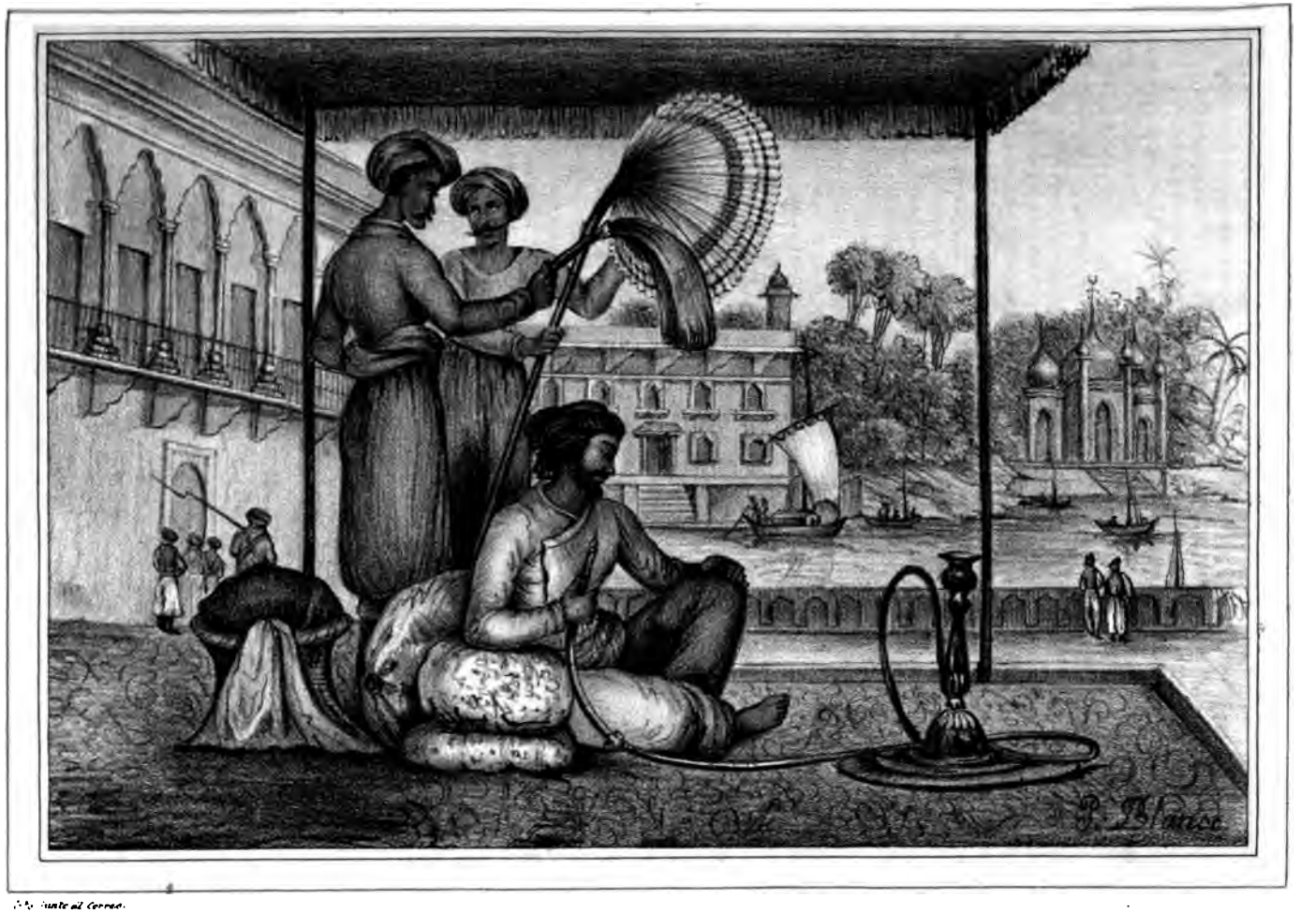
Las señoras musulmanas rara vez se por pié, porque este es un cumplimiento que re únicamente para recibir á las visitas de cion, ó á los parientes que por su edad son dores á este miramiento; y hacen estas rec nes con un donaire y con una gracia que tienen de afectacion. Levántanse, se cubr un inmenso velo, llamado *deputá*, que es la mas graciosa de su vestido, dan algunos pa cia adelante, y hacen un triple *salem*, incli se profundamente, y tendiendo la mano ho talmente á la altura de la frente.

La conversacion de las mujeres no car gracia ni de interes; gustan mucho de ella, tican con mucho juicio y urbanidad, dando giro epigramático á sus observaciones, y c estilo elegante y correcto. Y esto provie que las damas de categoría solo conversa hombres bien educados; á lo que se agrega tal la curiosidad femenina, que un padre, ó hermano no profieren ninguna palabra si ellas les pidan la explicacion, y de este mod servan para siempre su significacion en la ria. Las musulmanas miran las opiniones maridos con el mismo respeto que los hijos fiestan á las de sus padres, pues para ellas l labras de sus maridos son un oráculo, y así jan conducir por los consejos de estos.

Pasan su vida las musulmanas del Indost el *zenaná* ó gineceo, ocupadas tranquilame los negocios domésticos, y los pasatiempos llí se proporcionan parecerian niñerías á lo de un extranjero; pero la inocencia misma tos pasatiempos dan claras señales de la vi simplicidad de costumbres de las que hall ellos su diversion. Y es por cierto un er creer que es una desgracia para ellas el viv cerradas; al contrario, parece que no les di este modo de vivir. Si les está prohibido á ningun hombre, excepto á los parientes, mucha estrechez con las personas de su se algunas señoras de categoría tienen hasta doncellas que las acompañan, fuera de sus r tivas esclavas. Un zenaná con muchas si tas es un indicio de nobleza; y las señora no tienen mayores proporciones, tratan á l nos de tener á su lado algunas esclavas, p no pueden tolerar la soledad, en razon de q sociedad es una verdadera necesidad para la sulmanas desde la infancia, y el uso de fun tan precioso para ellas como para sus marid

La primera mujer de un musulman tiene pre á su cargo la direccion y el arreglo del ná, y en el dia llevan los hombres la regla casarse con mas mujeres que aquellas á q puedan mantener con decencia. El hijo p génito es el heredero, y á los demas se les a una legítima igual para todos.

La educacion de los hijos es un objeto i tantísimo en el zenaná; nada hai en ella d table para los varones, á lo ménos hasta e mento en que saliendo de la direccion de la jeres, se dedican á los estudios y juegos prop su sexo. Entre estos últimos figura en p lugar el cuidado de las palomas, á las cuale servan toda su vida una grande aficion. de casa se ejercitan ora en montar á caball elefantes, ora en probar el filo de sus sables piel de algun búfalo vivo, ó en ciertos pes



LOS MUSULMANES DEL INDOSTAN

ıcamas son tan duras que mellan las me-
as; pero prefieren el manejo de la lanza,
ven de ella con mucha habilidad. Solo
o del arco y de las flechas para matar á
ejas que entran á hacer perjuicios á sus
les gusta mucho asistir á espectáculos
ios, como son las luchas entre tigres, c-
búfalos y cocodrilos. Una de las diver-
voritas de los señores de alta gerarquía es
de tigres y leopardos, enseñados para el
pectáculos que dan á sus convidados des-
ın banquete.

ıacion que hace un viajero ingles del mo-
fueron recibidos él y sus compañeros de
un rico mahometano en Tanjora, da al-
riosos pormenores acerca de usos y cos-

La primera visita que hicieron á este
tano, que los trató con mucha cortesía, y
ıdió noble hospitalidad, se verificó por la
ando él acababa de dormir su siesta, y es-
ando su *chuka* bajo la galería de su casa.
ılo en la postura que representa la estam-
do en un rico tapiz, bajo un magnífico
Dos esclavos estaban á sus lados; uno lo
de los rayos del sol por medio de un pa-
hata de palma, y el otro espantaba las
los músticos con una cola de yack. El
o musulman invitó á los viajeros á que
á verlo á una habitacion que tenia en las
ı de la ciudad, y en la cual les dió un
o festin.

ıtro huésped, dice el narrador, tenia unos
cinco años, era de buena estatura, de mo-
ı finos, y de mucho garbo en toda su per-
Como muchos individuos de su nacion, era
ionado al lujo, y tenia un boato de prin-
uando fuimos á hacerle visita, nos reci-
ı una sala adornada con ricos espejos de
nglesa en marcos dorados, y del alto de
es, de modo que repetian las proporcio-
sala del modo mas vistoso. La mayor
los musulmanes gustan de hacer ostenta-
u opulencia, gastando enormes sumas pa-
ır y amueblar sus casas, y con todo eso
lujosas que cómodas."

ı á poco ya estuvo la sala llena de con-
y despues de abrazarse unos á otros, des-
echa la aspersion de agua de olor, y des-
eber á tragos cortos un licor acidulado,
ı á nuestra limonada, se sentaron todos
ñas alfombras de Persia, con bellísimos
estas alfombras estaban puestas sobre u-
blanquísima y de mui fino tejido. Los
lieron principio al festin, y por media ho-
ın que sufrir los ingleses la desacordada
l tocata, la cual concluida, entró una
de *bayaderes* (bailarinas), llamando la
las dos principales, tanto por la regula-
u fisonomía, como por su donaire y vese-
evaban pantalones de seda color escar-
os por abajo á la garganta del pié; po-
riba, llevaban dos argollas de oro, ceñi-
da pierna, y de ellas pendian unos cas-
ı plata, que sacudiéndose con el movi-
ı las bailarinas, producian un sonido bas-
ıdable. Tenian unas tunicelas abier-
elante, que solo bajaban un poco mas de
. Debajo de esta chaquetilla ó tunice-
n una camisa de fino lienzo, que les lle-
gaba hasta las rodillas, y en la cabeza un velo de gaza con una rica borla de oro en cada punta, cruzado por el pecho. Las bayaderes saben sacar mucho partido de este velo al bailar. Las alhajas con que se adornan estas mujeres son de gran precio por lo regular; y muchas veces llevan en el cuello riquísimas gargantillas de perlas ó de cuentas de oro curiosamente trabajadas. Por medio de un anillo de oro llevan colgada de la ventana derecha de la nariz una joya de gran precio, y sobre la frente, entre las cejas, llevan otra como las que se usaban en Europa.

Aunque estas bailarinas van generalmente acompañadas de las mujeres de mas mala vida, los Europeos mismos que viven en el Indostan no dan nunca un festin sin contar con algunas de ellas para divertir á la concurrencia. El viajero de que hablamos asegura no obstante que cuando estas mujeres son llamadas á casas decentes, no cometen falta ninguna contraria á la honestidad; y sus vestidos y posturas son mas modestos que los de las bailarinas de nuestros teatros.

Por lo demas, esta clase de fiestas no tienen variedad ninguna. La concurrencia, sentada en alfombras, forma varios grupos, que se ponen á charlar con muchos ademanes, mirando á las bailarinas, y estimulándolas con aplausos tan frecuentes, que no dejan percibir muchas veces las voces de los violines y tambores, con los cuales se consuma la fiesta.

Cediendo á las benévolas instancias de su huésped, los ingleses que concurrieron al indicado festin aceptaron la invitacion que les hizo para que lo acompañasen á otra dia á una caza al jabalí, la cual no presentó nada digno de contarse, sino los incidentes acostumbrados en semejantes correrias. Concluida la caza, se retiraron los cazadores á una tienda que pusieron en la ribera del rio. De allí á poco, sirvieron á la mesa las costillas del jabalí muerto por el mahometano, y á la extremidad de la mesa pusieron la cabeza del animal con sus colmillos, una naranja en la boca, y una guirnalda de yerba. A pesar de ser el musulman discípulo del Profeta, no escrupulizó de comer esta carne vedada, ni de beber vino, y esto lo hizo en presencia de sus criados, quienes, aunque escandalizados, no dieron muestras de ello. Segun nuestro viajero, no estaba el musulman mui persuadido de los dogmas de su religion, y era algun tanto aficionado á los licores, de manera que en esta ocasion bebió tanto, que ya no pudo proseguir su camino á caballo, sino que lo pusieron en una litera y lo llevaron cuatro de sus criados.

Violado el Alcoran en sus leyes suntuarias por los ricos musulmanes de la India, lo es igualmente en otros puntos por toda la nacion. Tal es por ejemplo la observancia de los dias feriados. Los viérnes, que para ellos son dias de fiesta, no se abstienen escrupulosamente de toda suerte de trabajo: léjos de esto, los criados están ocupados, y los talleres, compuestos de esclavos, especialmente los de los sastres y de las lavanderas, permanecen abiertos como los demas dias. Las señoras juegan á los naipes y á los dados, y las cantarinas y bailarinas tienen tanta ocupacion como los otros dias de la semana; en una palabra, se dan á toda suerte de diversiones, sin considerar que con esto violan un precepto de su religion. Sin duda guardarian este precepto si lo considera-

sen de todo rigor; pero únicamente ven el viérnes como un dia de felicidad, tanto, que regularmente elijen este dia para comenzar alguna obra importante, como la construccion de una casa, la siembra de un jardin ó de una huerta, la composicion de un libro, el arreglo definitivo de un matrimonio, &c. Los Musulmanes creen que en tal dia queda su alma mas pura despues de las abluciones de costumbre, y que debiendo consagrar á Dios todas sus acciones para alcanzar su bendicion, es cosa mui acertada emprender los viérnes aquellas obras en cuyo buen resultado se interesan.

El dia de año nuevo es una de las fiestas mas importantes para los Musulmanes. Su año empieza en el momento en que el sol entra en el signo de Aries. Este momento lo calculan los astrónomos prácticos que disfrutan sueldo de los principales vecinos de las grandes ciudades. Si se verifica á media noche la llegada del sol al indicado signo, se visten los Musulmanes, luego que oyen la señal, de color pardo obscuro; y si es á medio dia, de color carmesí. Sus trages son de color mas ó ménos obscuro, ó mas ó ménos claro, segun que la hora solemne es mas ó ménos próxima al dia ó á la noche. Esta regla es uniforme para todos, desde el rei hasta el último de sus súbditos. La fórmula de que usan en semejante dia para saludarse unos á otros es esta: "Tengáis un año feliz." El dia entero está destinado á diversiones, regalos mutuos, visitas y demostraciones de cariño. Los hermanos menores reciben regalos de sus mayores, y los preceptores de sus discípulos; los amos distribuyen dulces á sus esclavos; y últimamente, se socorre á los pobres con vestidos, dinero y comestibles.

La Mosaïque. Traducido por M. G.

DEUDA DE LA GRAN BRETAÑA.

Un periódico ingles ha hecho los cálculos siguientes relativos á la deuda de la Gran Bretaña, que era, segun él, de 700 millones de libras esterlinas ántes del año de 1828. Esta suma, en billetes de banco, de á una libra cada uno, cubriria un espacio de 4,516 millas cuadradas (es decir, 1,504 leguas); en guineas se podria hacer con dicha suma una línea de 10,521 millas y 558 yardas; en chelines tendria la longitud de 209,959 millas 1,048 yardas, ó poco mas ó ménos nueve veces la circunferencia de la tierra, la cual es de 23,038 millas. Esta suma pesaria en oro 14 millones 981,272 libras; en plata, 325,805,451 libras, y en cobre, 4,687,500 toneladas.

Para contar esta cantidad, á razon de cien piezas por minuto, durante doce horas diarias, se necesitarian 27 años, 6 meses, 2 semanas, 5 dias y 6 horas, suponiendo la suma en guineas; en chelines, 578 años, 8 meses, 2 semanas, 2 dias y 4 horas; y si fuese en moneda de cobre, y se hubiese empezado á contar desde la creacion del mundo hasta ahora, aun se necesitarian para acabar de contarla 1,100 y tantos años. Ultimamente para transportar el total de la deuda en cobre, se necesitarian 9,375 buques de á 500 toneladas cada uno.

LA FANTASMA

AVENTURA VERDADERA,

ACAECIDA EN SICILIA EL AÑO D

El último marques de A*** habitaba, d
na parte del verano, una de sus haciend
cercanías de Palermo. En el año de 18
ra, su hija única, se enamoró perdidame
jóven oficial de caballería á quien conoci
sualidad. Persuadida de que jamas obt
consentimiento de su padre para su enla
quel jóven, poco favorecido en bienes de
procuró por mucho tiempo vencer su pas
ro supo por fin que el gallardo militar
punto de salir de Palermo con su regimie
enamorada doncella le prometió conced
entrevista; aquella misma noche debia
jóven al pié de los balcones de su Laura
hora convenida, estaba ya esta en su ven
piando con impacientes miradas por entr
sa oscuridad la llegada de su amado, cu
un cuerpo que se movia á corta distanc
quinta, en una senda que conducia á la i
aldea. Creyó al principio que aquel p
su amante, pero pronto se desvaneció su
que veia era una figura gigantesca, ve
blanco, y cuyo paso lento y solemne no
guramente pertenecer á un habitante
mundo. Llena de terror, cerró Laura p
damente su ventana, y no se atrevió á
de nuevo al balcon; pero al dia siguient
mañana, entrególa una vieja, avecindada
dea, un billete de su amante, en que se la
de sus rigores, y la suplicaba que fuese n
la cita de aquella noche.—Laura, olvida
sus temores, prometió ser mas animosa q
che anterior.

A la misma hora estaba ya en su balc
pronto apareció en la misma senda, entr
boles, la misma figura blanca; con todo,
re Laura, á pesar de su temor, causar un
pesadumbre á su querido, y persuadida a
que ningun peligro corre en su cuarto, s
en la ventana. Prosigue la fantasma su
grave y solemne, y pronto desaparece en
bra.

Llena de inquietud y sobresalto, esper
mucho tiempo, pero en vano; no llegó e
guardaba con tanta impaciencia, y habie
dar las dos en el relox de la cercana capi
dida de cansancio y de zozobra, cerró tri
su balcon.

En tanto el oficial, llegada la hora de
saltó las tapias del parque, y se encamin
tando su corazon de amor y de esperanz
sitio donde debia aguardarle su amada.
ya á lo léjos la quinta, cuando llegó á s
un rumor de pasos, y vió dirijirse recta a
gigantesca aparicion de que ya hemos
Su sorpresa le hizo al punto echar mano
pada; hizo otro tanto el espectro, y em
furioso combate, que debia terminar bien
un modo funesto para el campeon mortal
yó bañado en su sangre á los piés de su
rio.—No bien hubo visto el espíritu v
tendido en tierra á su antagonista, cuand

rarse en lo mas mínimo de lo sucedido, prosiguió su marcha interrumpida un momento por aquel encuentro.

No podia ménos el marques de oir el choque de las armas, tan inmediato á su quinta. Llamó inmediatamente á sus criados, contóles lo que acababa de oir, y les mandó que recorriesen el parque en todas direcciones, á fin de apresar á cualquiera que se hallase en él á semejante hora. Los criados, aunque llenos de miedo, hicieron, por obedecer á su amo, largas pesquisas, pero todas fueron inútiles; ningun vestigio quedaba de los sucesos que acabamos de referir.

Fácil fué conocer que este resultado satisfizo mui poco al marques de A***; pero tuvo que contentarse con decir que acaso se habria engañado. Sospechó su hija no obstante la verdad del caso, y creyó que el oficial y la terrible fantasma se habrian encontrado en el parque y tenido el desafio que habia llamado la atencion del marques; por lo que al punto resolvió en su inquietud ir á la primera ocasion que se le presentase á visitar á la vieja de quien ya hemos hecho mencion, esperando obtener por su conducto noticias ciertas de su galan. Acompañada por su doncella, habia casi llegado ya á la salida del parque, cuando oyó, no sin grande asombro, los tristes y largos ahullidos que lanzaba á mui corta distancia el perro del guarda-bosque. Despues de haberle llamado muchas veces, aunque en vano, se adelantó para separarle del objeto que causaba su cólera ó su terror; pero se paró despavorida, horrorizada, al hallarse junto á un cadáver ensangrentado, mal escondido entre las malezas. En el delirio de su espanto, creyó reconocer el cuerpo de su amante, y cayó al suelo desmayada. Pronto los gritos de la criada atrajeron al sitio fatal á todos los vecinos de las cercanías, y entre ellos á la vieja consabida, objeto de la visita de Laura; mas cuando volvió en sí la pobre niña, recibió de aquella mujer un inefable consuelo, sabiendo que su amante estaba escondido en su cabaña, y que no habia recibido mas que una herida de poco peligro. De aquí infirió Laura naturalmente que el cadáver que habia visto era el de la fantasma, cuya aparicion la habia causado tan crueles sobresaltos, y volvió á la quinta lleno su corazon de angustia y de dolor. Durante la noche, su inquietud, su pena, su agitacion no la dejaron dormir, y tuvo un fuerte ataque de calentura; quiso respirar la fresca brisa de la noche y se levantó para abrir la ventana; ¡pero cuáles fueron su asombro, su terror, cuando vió de nuevo la horrible aparicion de la víspera! Creyó entónces que la vieja la habia engañado, y de nuevo se persuadió que la persona asesinada era el oficial á quien amaba. En esta terrible situacion pasó el resto de la noche.

La vieja sin embargo habia dicho verdad; el oficial estaba en su cabaña. Cuando supo este que Laura habia encontrado en el parque un cuerpo muerto, creyó que ántes de ser herido habia dado á su antagonista una cuchillada mortal. Hizo hacer al mismo tiempo el marques las mas rigorosas pesquisas; pero no solo fué imposible descubrir cosa alguna relativa al asesino, sino que ni aun se logró tan siquiera averiguar quién habia sido el asesinado. Circularon con este motivo en las cercanías mil varios rumores, tan desagradables todos para el marques, que concediendo solo de término á su familia algunas horas para hacer los preparativos del viaje, salió con toda precipitacion de la quinta á fin de establecerse por algun tiempo, á lo ménos, en otra parte de la isla.

Entre las muchas voces que propagó la credulidad del vulgo, fué una la de que se habia oido á la sombra de la víctima gemir en la capilla de la aldea, donde estaba enterrado el cadáver. Esta capilla pertenecia al marques; solo él tenia las llaves de sus puertas, que solo se abrian para celebrar los oficios divinos, ó algunas solemnidades religiosas.

Sin procurar, al ménos por ahora, descubrir la parte que podia haber de verdad en estos rumores, debemos interrumpir nuestra narracion para hacer saber al lector que poco tiempo ántes de estos sucesos, habia robado villanamente el marques de A*** á una jóven de extraordinaria hermosura, pero de baja extraccion, y que la habia puesto en manos de personas de toda su confianza en la aldea inmediata á su quinta. Era casado el marques, y por evitar el escándalo nunca visitaba á la jóven sino mui entrada la noche. Fácilmente inferirán de aquí nuestros lectores que la tal fantasma no era ni mas ni ménos que el mismo marques, el cual, conociendo la supersticiosa credulidad del pueblo bajo de Sicilia, tomaba aquel extraño disfraz para ocultar á los habitantes de sus dominios el secreto de sus amores y de sus escapatorias nocturnas. Encontróse en una de sus excursiones al oficial, en quien creyó ver á un enemigo que le aguardaba para asesinarle. Acabado el combate, logró este último, á pesar de su herida, llegar al sitio en que le esperaba su criado, el cual le trasportó con todo el cuidado que reclamaba su situacion á la cercana aldea.—No descubriendo el marques á su víctima, no pudo averiguar tampoco quién habia sido su agresor, y en este conflicto, no sabiendo sobre quién dirijir sus sospechas, creyó que su enemigo no podia ser otro sino un jóven con quien estaba tratado el casamiento de la que habia robado, mucho ántes de que cayese la infeliz en su poder. Una vez penetrado de esta idea el marques, sabiendo que aquella mujer estaba enamorada mas que nunca de su primer querido, y que él no era mas que un objeto de odio para su víctima, imaginó al punto que el plan de asesinato premeditado contra él era obra de los dos amantes; y celoso y cruel en extremo, resolvió tomar una terrible venganza de las dos personas que tan inocentemente habian excitado sus sospechas.

En la mañana que siguió al encuentro del oficial con la fantasma, recibió el jóven de quien acabamos de hablar una carta firmada por su querida, en que le pedia que se hallase aquella noche á la una en cierto sitio que le indicaba, para ayudarla á libertarse de la tiranía del marques. Cayó en la red el desgraciado amante, y acudió al sitio indicado en el billete, donde fué recibido, no por su amada, sino por tres asesinos que le despacharon á cuchilladas. Escondieron por de pronto el cadáver, hasta nueva órden, entre los matorrales, en los cuales le descubrió á la mañana siguiente, como ya hemos visto, la hija del marques. En el mismo dia desapareció misteriosamente de la casa en que la tenia escondida su raptor, la desventurada amante del jóven asesinado.

Ninguna novedad ocurrió durante los primeros

dias que siguieron á la partida del marques, á no ser la de que los gemidos de la capilla fueron adquiriendo alguna apariencia de realidad; haciansé oir no ya accidentalmente y por algunos individuos aislados, sino á todas horas y por todos los que pasaban por las inmediaciones del edificio. Esta circunstancia sobresaltó de tal modo á los habitantes de la aldea, que resolvieron registrar el interior de la capilla; rompieron las puertas; y los mismos misteriosos lamentos que habian motivado aquella violencia, condujeron á las personas que entraron á hacer el registro hasta las bóvedas sepulcrales que se extendian por los subterráneos del templo. Penetraron los mas atrevidos, y en aquellos tristes lugares descubrieron á la jóven que habia desaparecido tan de repente, próxima ya á morir de hambre, y en la mas horrible situacion que imaginarse puede.

Cuando, merced á los prontos auxilios que se la prodigaron, hubo recuperado la infeliz algunas fuerzas, contó que habia estado encerrada ocho dias en aquellos húmedos subterráneos, sin mas provisiones que un pedazo de pan y un cántaro de agua. Habianla metido primero, dijo, en unas bóvedas mucho mas profundas, donde para completar el horror de su situacion, estaba colocado tambien el ataud abierto de su amante asesinado. Era imposible que desde allí hubiera llegado su voz á los oidos de ninguna criatura humana; pero la desesperacion la habia dado fuerzas, y como cedió por fin la puerta á sus reiterados empujes, penetró en las bóvedas superiores, de donde sus lastimeros gemidos la habian hecho libertar del cruel destino á que estaba ya á punto de sucumbir. Aumentaba la atrocidad de una accion tan negra, la fria barbarie del marques de A***, el cual habia dicho á su víctima, al encerrarla viva en el sepulcro, y como para darla alguna esperanza que no pensaba realizar, que aun ignoraba si la dejaria definitivamente morir, pero que en todo caso la aconsejaba que estuviese preparada á cuanto pudiese acontecer, añadiendo, que si no iba á sacarla ántes de los tres dias, seria prueba de que habia decidido sacrificarla á su venganza.

La pobre muchacha recobró la salud; pero no pudo prevalecer su testimonio contra el oro, el influjo y las muchas y poderosas relaciones de su infame opresor.

The Metropolitan Magazine. Trad. por E. de O.

MAIQUEZ.

Isidoro Máiquez, natural de Cartagena en España, fué un tejedor de sedas que aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Cual seria la fuerza de su talento natural debe inferirse del que necesitó para formarse, cuando le faltaban los auxilios de la educacion, de la instruccion, del trato culto de la sociedad, en suma, cuando era necesario que buscase y hallara los principios de un arte que nadie enseñaba entre los Españoles. Máiquez, despues de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor extremadamente frio, que entendia y no expresaba sus papeles), pasó á Francia en 1799: vió en Paris el teatro frances, y n sitó mas. Estudió á Talma con una atenc flexiva de que él solo era capaz. La acc gesto, la entonacion, las transiciones, los mos de dolor, de alegría, de orgullo, de aba to, de rencor, de furia; cuantos afectos nen la imitacion trágica, otros tantos obs retuvo; y como su defecto único era la fi no halló en sí obstáculo ninguno que ven un solo resabio que destruir. Aun hizo m nació que no debia copiar sino imitar los e tes modelos que veia en el género trágic mico, y penetrada la razon del arte, variar ficar su declamacion, y establecer la línea be separar la expresion francesa, de la qu ser agradable á un auditorio compuesto d ñoles. Cuando volvió á Madrid se dijo al primeras representaciones que copiaba á en las mismas piezas que él repetia tradu nuestra lengua; pero cuando se le vió de ñar otras que se habian escrito despues volvió de Francia, se echó de ver que no copiante servil, sino un profesor eminente. bien se dijo que en la tragedia era mui bu tor, pero que solo hacia tragedias, y que dido él mismo de su nulidad para los car de las comedias españolas antiguas, siem abstendria de representarlas. Herido su o que era igual á su mérito, conoció la ne de sobresalir en todos los géneros, para dir á la ignorancia, y lo consiguió, represe personajes y afectos de tan diferente natu que parecia imposible aspirar en todos ello perfeccion; y él supo hallarla: *Garcia d tañar; Fenelon; El vano humillado; Oréstes; El pastelero de Madrigal; La c venta; El mejor alcalde el rei; La Jaira; co-hombre de Alcalá; El distraido; Pelay convidado de piedra*, &c.; en suma, las tra extranjeras, las españolas, las piezas lijer teatro frances, las antiguas y modernas del ñol, hallaron en él un actor que nunca ha semejante. Ensayaba á sus compañeros papeles que habian de hacer con él; pero trató de darles una instruccion metódica de ni les comunicó las máximas que él habia a do como principios seguros para acertar c Su habilidad fué un secreto: ni tuvo riva quiso discípulos. Murió en Granada en 1820.

Diccionario histórico.

INDIOS BANDIDOS

Los mayores riesgos que amenazan á los v que quieren recorrer los inmensos paises d dia no provienen de las fieras que aun al en esta parte del mundo, sino del encuentr na especie de hombres conocidos con el n de *togs* que infestan el pais, y llevan por re meter los mas atroces latrocinios; de mane al ver sus enormes atentados, cualquiera di el robo y el asesinato son para ellos el c miento de un precepto superior. Andan e

saltan las carabanas, ponen emboscadas, tentos con robar, ahorcan á sus víctimas, muestran la menor compasion, aun cuan- ciéndoseles resistencia, es del todo inútil ı. Nada es capaz de retraerlos de su : se exponen con intrepidez á los mayo- ros, y manifiestan ver con indiferencia la con tanta facilidad arrancan á sus se- . Varios de entre ellos han dado prue- ıtes del desprecio con que la miran, cuan- .icia humana les ha dado el condigno cas- ıce de estos asesinos, convencidos de ha- :ado á treinta y cinco viajeros, fueron los á morir del mismo modo. Su ejecu- acompañada de circunstancias espanto- propias del carácter de esta clase de , si tal nombre merecen.

o subieron al patíbulo, la serenidad de su la calma de sus miradas, su tranquilo e, la especie de curiosidad con que con- ı á la multitud que se agolpaba para ver- ndiferencia y desden que mostraban en el ıe iba á dar principio, mas los hacia pa- ıectadores que actores. Iban adornados cual si fuese para concurrir á una ale- ı, y de allí á poco se pusieron á entonar á sus dioses.

nismos quisieron ponerse al cuello el fa- corredizo; y habiéndoles dicho el ver- : sus turbantes y adornos estorbaban pa- racion, se apresuraron á quitárselos, y n atar las manos á la espalda con mucha . El mas jóven de entre ellos, impa- ver cuánto tardaban estos preparativos, ·itó de la plataforma, ahorcándose á sí o cual aplaudieron mucho sus compañe- ·co despues se dió la señal para derribar ɔrma, y que quedasen estos colgados; pe- seis lo duedaron, porque se rompie- cuerdas de los otros cuatro ajusticiados ıso repentino de sus cuerpos. No se las- ıl caer, ni tampoco hicieron tentativa al- a fugarse; ántes bien prosiguieron sus ɜn tanto que se volvia á levantar el patí- ı ajusticiarlos, mostrando la misma ente- los primeros.

es, aun hai todavía en la tierra hombres n el asesinato como una obra buena, y de sentir ningun remordimiento á la vis- tíbulo, suben á él con alegría, cual si recibir la palma de los mártires.

La Mosaïque. Traducido por M. G.

ıAS SEÑAS.

ıjador de España en Inglaterra, mui sa- erudito, pero taciturno y caprichudo, se ·mado ideas mui singulares acerca de la cia de los gestos, y opinaba que con es- dia mui bien suplir la habla, y que en universidades debia haber un profesor . Un dia que este diplomático se lamen- ɜnte del rei Jacobo, de la negligencia ıba en todas partes para cultivar este comunicacion, y de la falta de profeso- res capaces de enseñar esta importante ciencia, le dijo el rei por broma: "Justamente tengo un profesor tal cual lo deseáis, hombre por cierto habilísimo; bien es verdad que está empleado en la universidad mas lejana al norte de mis estados, porque se halla en Aberdeen, á cosa de seiscientas millas de aquí. — "Aun cuando estuviese á diez mil leguas, respondió el embajador, es necesario que yo lo vea, y así, mañana mismo me pongo en marcha." En efecto, á otro dia salió de la ciudad, y no queriendo el rei que lo cojiese en mentira, despachó un propio á la universidad de Aberdeen, anunciando la llegada del curioso viajero, y suplicando á los profesores que lo recibiesen bien, pero que se deshiciesen de él lo mas pronto posible. Fué recibido el embajador con gran solemnidad en la Academia; pero él nada queria ver sino al profesor de signos, del cual se informó con la mayor ansiedad. Dijéronle que por entónces estaba ausente, que habia ido á dar una vuelta por lo alto del pais, entre los montañeses de Escocia, para ejercer allí su arte, y que ignoraban cuándo volveria. — Pues esperaré á que vuelva, respondió el Embajador, así entendiera que habia de dilatar un año entero. Viendo los señores profesores que no les habia valido este ardid, y queriendo quitarse de encima á su excelencia, emplearon este otro expediente: habia en la ciudad un carnicero tuerto llamado Geordi, hombre mui faceto, y destrísimo en arremedar. Encargáronle que hiciera el papel de profesor de gestos, y le previnieron que en la entrevista que iba á tener con el embajador guardase el mas profundo silencio. Prometiólo así, y advertido aquel de que ya habia vuelto el profesor á quien esperaba, y que estaba aguardando su visita, le dijeron que se diese á entender con él por señas como pudiera, y lo condujeron á una de las salas de la Academia, donde en una poltrona, con una larga bata y tupida peluca, estaba sentado Geordi. Entró el embajador; y los profesores, impacientes por saber el resultado de tan extraña entrevista, se quedaron esperando en una pieza contigua á aquella sala. El embajador se acercó á Geordi, y levantó un dedo: Geordi, al ver esto, levantó dos dedos; y el embajador levantó entónces tres. Con ademan colérico, Geordi cerró el puño, y lo acercó á la cara del embajador, el cual sacó de la bolsa una naranja, y se la presentó. Geordi entónces sacó tambien de la bolsa una torta de pan, y se la enseñó con bastante complacencia: Quedó el embajador satisfecho, hizo un profundo saludo, y se retiró. Los profesores, deseosos de saber cómo se habia manejado para salir del apuro su cohermano el tuerto, preguntaron al embajador qué juzgaba de aquel hombre. — "Ah! es admirable, es un tesoro, respondió. Oigan ustedes: luego que entré, le presenté un dedo, queriendo decirle con esto que no hai mas de un solo Dios: Él entónces me enseñó dos, como quien dice que hai Padre é Hijo: enseñéle tres, para darle á entender que hai tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Al ver esto me enseñó el puño cerrado, lo cual significa que estas tres personas no son mas que un solo Dios. Saqué entónces una naranja de la bolsa para hacerle comprender la bondad de Dios, que nos da, no solamente lo que es necesario para la vida, mas tambien todo lo que contribuye á ha-

cer amable y deliciosa la existencia. Cuando esto hice, este hombre prodigioso sacó una torta de pan, y me la enseñó, como diciéndome que esto era lo esencial, y lo que debia preferirse á todas las necesidades del lujo y de la vaninad." Contentísimos los profesores con que el negocio les hubiese salido tan bien, despues de despedirse de su excelencia, pasaron á ver á Geordi, para saber cómo explicaba este el asunto.— Gran insolente es el tal embajador! les dijo; qué piensan ustedes que hizo? Luego que entró me enseñó un dedo para decirme que solo tengo un ojo; le presenté dos dedos, y así le dí á entender que mi ojo valia por los dos suyos: entónces él levantó tres, queriendo significar de este modo que entre los dos no habia mas que tres ojos. Irritado con tal impertinencia, le metí el puño en la cara, y ciertamente le hubiera asentado un buen zopapo, á no estar ustedes de por medio. Y no pararon aquí sus injurias, pues sacando de la bolsa una naranja, me la manifestó, como quien dice: vuestro pobre pais no produce mas que naranjas; pero yo á mi turno le puse á la vista una buena torta de pan, para probarle que no me cuido de los manjares exquisitos. Ya iba yo á soltársela y á desbaratarle con ella las narices, cuando tomó el discreto partido de retirarse, haciéndome un profundo cumplimiento. Y en verdad que hizo mui bien, porque ya empezaba yo á escaldarme, y solo siento no haberlo podido castigar como merecia por sus injuriosos gestos.

Le Petit Homme Cris. Traducido por M. G.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Afeite. Así se llama toda composicion para embellecer la tez. Segun el profeta Enoc, el ángel Azaliel fué quien enseñó mucho ántes del diluvio el secreto del afeite á las mujeres judías. Esta moda pasó del Asia á la Siria, la Caldea, la Grecia y la Italia. Los Cristianos la adoptaron desde al principio. Los Romanos añadieron al primer afeite, que era de antimonio, el blanco y el encarnado, que solo podian gastar en tiempo de Augusto las señoras de distincion. Las damas rusas, ántes de Pedro el Grande, se arrancaban las cejas, y las sustituian con una capa espesa de lápiz-plomo. No hai pueblo que no se pinte alguna parte del cuerpo, sea con el color que fuere: las negras del Senegal se pintan en todo el cuerpo flores y animales de varios colores; las Europeas se burlan de ellas; pero no por eso dejan de pintarse, hasta que llegan á una edad en que con los males consiguientes á esta extravagancia les acosa un inútil y tardío arrepentimiento.

Agárico de encina. A mediados del siglo pasado, habiéndose un leñador cortado un pié, para detener la sangre que corria en abundancia, se aplicó casualmente un pedazo de agárico ó de seta de encina, con lo cual volvió bien á su casa. El cirujano Brossard, á quien llamó, enterado d suceso, publicó el agárico como remedio sobera contra las hemorragias, lo cual comprobado p la experiencia, valió grandes recompensas al rujano, pero nada al pobre leñador.

Agata. Se deriva el nombre de esta pied preciosa del rio *Achates*, que riega el valle d Noto en la isla de Sicilia, y se conoce ahora co el nombre de Drillo, en cuyas márgenes se di que fueron halladas las primeras ágatas.

Agonizantes. San Camilo de Lélis, jóven m litar de la república de Venecia, fundó está orde de clérigos regulares, que fué aprobada ppr Si to V en 1585, y confirmada por Gregorio XI ea 1591.

Agramadera. Esta máquina, inventada e Francia hace pocos años por M. Laforest, oficia retirado, es mui sencilla, de poco coste, y sirv para la preparacion de los cáñamos, linos y otra plantas textiles, sin necesidad de ponerlas á cura ántes, ni de emplear ningun reactivo químico.

Agricultura. La primera y la mas útil de to das las artes, cuyo orígen se pierde en la noch de los tiempos. Los Egipcios atribuian el hono de su descubrimiento á Isis y Osíris, y los Griego á Céres y á Triptolemo: solo los dioses podian se autores de tan gran beneficio.

Agua. Hasta el siglo último se creia que el a gua era una sustancia simple, y se la considerab como uno de los cuatro elementos; pero despue de los ensayos hechos en 1776 por Macquer y Si gaud-Lafond, y en 1781 por Priestley y Caven dich, se conoció que el agua se componia de lo gases hidrógeno y oxígeno; y por último, el sabi Lavoisier en 1783 y 1785 hizo otros experimen tos para justificar aquel principio, y midió exac tamente la cantidad de dichos gases. Parece qu los Españoles consiguieron hace ya muchos año el convertir en agua dulce ó potable la del mar pues que en la Coleccion de viajes y descubri mientos de los Españoles, publicada por el seño Navarrete, se cita un documento donde se refier la escasez de agua que padecian aquellos, estand sitiados por los Turcos en una fortaleza en 1566 cuya falta suplieron en mucha parte con el agu del mar desalada por medio de alambiques. A mediados del siglo pasado se hicieron tambie muchos ensayos con el mismo objeto, y M. Pois sonier consiguió un resultado feliz, empleando a efecto una sencilla máquina destilatoria de su in vencion, y un polvo absorvente, por cuyo medi logró hacer potable el agua del mar. Posterior mente se han inventado y perfeccionado otras má quinas para el mismo fin.

Agua de Colonia. Se asegura que fué inven tada en 1727 por Juan Paulo Feminis, natural d Colonia en Alemania, quien confió el secreto Juan Farina, y este le ha trasmitido á sus des cendientes.

Agujas. Se lea en el Diccionario de artes qu segun los Musulmanes, las agujas fueron invent das por Enoc.

Aguila blanca. Esta órden de caballería fu creada en 1625 por Uladilao V, rei de Poloni

Aguila negra. Federico Guillermo, elector d Brandeburg, y primer rei de Prusia, instituyó e ta órden de caballería en 1701 para perpetuar l memoria de su coronacion, que se verificó este añ

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

JN GRANDE HOMBRE

DANDO BOLA A SUS BOTAS.

›mbre grande era igualmente mui buen ; circunstancia rarísima en los hombres . Tenia asimismo otras cualidades exce- ; en particular la de ser buen padre de fa-

ı ya quince dias que el grande hombre go- los placeres de la paternidad, y seis me- ia que el hijo del grande hombre ya no ı, por lo cual quiso retirarse á su aldea la nodriza Catarina, diciendo á su amo que ıico no necesitaba de ella, puesto que ya or su mano como una persona formal. El ıombre no queria que se fuese la nodriza, tenia sus preocupaciones el buen hombre, ba que una nodriza, cualquiera que su cla- , debia contarse como de la familia, por el e haber dado de mamar á alguno de los Y así, siempre que Catarina le hablaba él se hacia sordo, á pesar de las instan- la nodriza.

de advertirse que la lozana Catarina tenia s años, y ademas un robusto y corpulento natural de la misma aldea que ella, y de lbañil. Cuando Catarina se separó de 'edro su marido, este le dijo: "Ante todo go, mujer, que no te estés por allá mas de porque si es así, yo iré á traerte por bien ıl." Habiase ya cumplido el año, y hé › maese Pedro se presentó un dia en casa ıde hombre, quien luego que lo vió excla-

. aquí, Pedro! y qué quieres?
ngo por mi mujer.
eno; pero yo la necesito.
yo *muncho* mas; ¿ó le parece á V. que se › para vivir á cuatro leguas de su mujer? vamos, venga mi Catarina.
ra, quédate acá: ya se te dará un destini- casa.
é destino?
rás mi camarista, y con eso no será nece- ; Catarina se separe de mi hijo, ni tú de ı.
camarista! acaso sé ese oficio?
te enseñará: acepillar la ropa, y dar bo- ›otas me parece que no son cosas mui di- ; aprender.
› será para V., que tiene tantos alcan- o un pobre albañil como yo....
h! ya se te instruirá.
ién ha de instruirme?
.
ted? un grande hombre enseñar á dar bo- ›otas? Vaya, no se burle V. de mí, y dé- ıe en paz con mi mujer.
me burlo de ti, no te vayas; y mañana ıe mui temprano para que te dé la prime- n.
› dia, desde las cinco de la mañana, ya es- ›ié el grande hombre, que por lo regular aba á las doce, y con un mandil puesto ırpo, una bota en la mano izquierda, y o en la derecha, frotaba y frotaba la bo- anto que Pedro, con una bota tambien, prestaba la mayor atencion á la lecciencita que su bondadoso amo tenia á bien darle.

— Mira, Pedro, le decia este, ya ves; despues de untar la bola se coje un cepillo suave, como lo dice la receta que está en el bote, y luego se frota así hasta que el cuero se ponga mui lustroso.

— Sí, señor.

— Eh! mira qué lustre he sacado: qué te parece mi bota?

— Mui buena.

— Pues ahora haz tú lo mismo con la otra, y sobre todo te recomiendo el que te apliques. Mañana te enseñaré á acepillar la ropa, pues ya hoi no me alcanza el tiempo, porque tengo que estudiar un papel; pero te prometo que para mañana ya serás camarista, y así no nos separaremos de tu mujer. Qué contento se pondrá Pablito! porque quiere tanto á su nodriza....!

Y el grande hombre se separó de su camarista, derramando lágrimas de gozo.

Y el grande hombre se llamaba Talma.

Doce años despues de esta escena estaba la casa del grande hombre colgada de negro, y junto á un cadáver estaban rezando y llorando una mujer y un hombre. La mujer era Catarina, y el hombre maese Pedro.

L'Entr'Acte. Traducido por M. G.

Un Matrimonio Chino.

Puede decirse que entre los Chinos no hai matrimonios de inclinacion, porque por lo regular no se conocen los contrayentes hasta que se unen irrevocablemente. Sucede que en Europa algunas familias de alta gerarquía prometen á sus hijos para esposos, aun estando estos todavía en la cuna; pues los Chinos hacen mas, porque prometen á los que están por nacer, para lo cual dos mujeres preñadas se convienen en unir á los hijos que llevan en su vientre, se dan arras mutuamente como garantía de su promesa, y hecho este contrato, es indisoluble, á ménos que las dos criaturas sean del mismo sexo, ó que muera alguna de ellas; mas fuera de estos dos casos, solo es válido como impedimento para el matrimonio el que uno de los prometidos se enferme de lepra. Pero rara vez sucede que las madres se den el trabajo de arreglar en esta parte el porvenir de sus hijos nacidos ó por nacer; y lo mas frecuente es que si los hijos no se ocupan de los preliminares de su matrimonio, tampoco los padres ponen mano en ello, sino que este cuidado lo encargan á los corredores ó agentes de matrimonios; carrera de las mejores y mas activas de China, donde se mantiene por la accion simultánea de ambos sexos. Cuando corredores y corredoras traen entre manos algun casamiento, y cuentan con el consentimiento de los padres de los contrayentes, se procede á la celebracion de los esponsales el dia prefijado por la novia.

Esta ceremonia consiste en mutuos regalos que los terceros y terceras traen y llevan á los novios. En una de las canastillas enviadas á la novia deben ir algunas frutas, y cuatro rollos de monedas; en otra un buen jamon del peso de unas doce li-

bras; y en otro cierta cantidad de fideos. Cuando los truenos de los cohetes anuncian á los vecinos y vecinas la llegada de la persona que lleva los regalos, se presenta la novia en un aposento iluminado con cirios encarnados, y allí los recibe, y distribuye tajadas de jamon á todos los concurrentes. En el entretanto, mandan de esta casa al novio otros regalos semejantes, que consisten principalmente en frutas divididas en diez y seis porciones, y ademas recibe aquel de su futura suegra algunos regalillos de poca monta, y particularmente pepitas secas de calabaza; pero estas pepitas salen mui caras al novio, porque es de uso y costumbre que, en correspondencia, envíe este cierta cantidad de dinero á su suegro, como precio de la mujer que va á adquirir. Y esta suma, que regularmente no baja del equivalente de una onza de oro, ni pasa de cien pesos, debe ser dada con tanta exactitud, que el novio no recibe á su mujer hasta haberla entregado. Hecho todo esto, pasa el *casamentero* ó corredor á consultar á algun astrólogo, para que este señale un dia propicio para la boda; y entretanto tienen aquellas gentes por cosa mui útil el proverse de alguna carne de puerco, para entretener y distraer con ella al diablo (que siempre lo representan bajo la figura de un tigre), el cual con el gusto con que come la carne, olvida á los esposos, no los maleficia, y deja que se celebre la boda en paz.

El dia señalado para esta, se adorna la novia, y se pone un sombrero en forma de canasta, que cubriéndole la cabeza, le viene á caer circularmente hasta la cintura; y despues la ponen así cubierta en una litera bien cerrada, porque lo esencial es que ni vea, ni pueda ser vista. El acompañamiento, cuyo órden de marcha es de la incumbencia de los casamenteros, echa á andar lentamente y con ademan lúgubre, y la etiqueta exije que todos los acompañantes vayan sollozando recio.

Cuando la procesion se acerca á la casa del novio, se adelanta un correo para anunciar que ya llega la novia, gritando hasta desgañitarse: *Ahí está! ahí está!* A estas voces rompe una música de clarines, se sueltan al aire multitud de cohetes, acompañamiento de uso en todas las solemnidades de China, y el novio corre á toda priesa á encerrarse en su aposento. Los casamenteros, á quienes él debe recibir con una especie de sorpresa, con indiferencia, y como si no supiese á lo que van, lo sacan y lo llevan á la litera. Al llegar á ella debe mostrar una grande emocion; la abre temblando, y hace bajar á la novia, llevándola luego á una mesa, en la que toma asiento frente á ella. Despues de la comida, que en realidad solo es para el novio, porque la mujer no puede llegar un bocado á la boca, á causa del sombrerazo, pasan á la sala ambos esposos; y este es para el marido un momento solemne, porque entónces es cuando levanta el misterioso sombrero, contempla por primera vez las facciones de su compañera, y ve si la fortuna le ha sido propicia ó adversa. Pero sea cual fuere su suerte, disimula sus sentimientos, y muestra á su esposa grata satisfaccion. Esta primera prueba es la precursora de otra crísis mas temible y cruel para la novia. Cuando el marido termina sus exploraciones, todos los convidados son admitidos á dar su voto acerca de la hermosura ó fealdad de la novia, y esto lo hacen con sobrada ingenuid pues la etiqueta requiere que el marido disimu y así hablan con entera libertad. Rara vez succ que no abuse de este permiso alguna mujer que caso semejante haya tenido que sufrir alguna p lla de la novia, desquitando con usura sus ag vios. En todo el tiempo que dura esta expo cion, la que es objeto de ella, y está representa en la estampa sufriendo este suplicio, tiene q permanecer en rigoroso silencio, y con una imp sibilidad estoica, por fuertes y descompasadas q sean las palabras que se le digan. ¡Cuántas nemistades no se engendran en esta hora mall dada, y cuánto no procura grabar la novia en mente á ciertas y ciertas personas, para venga de ellas algun dia!

Las demas ceremonias nupciales, que se hac con la mas taciturna gravedad, á pesar de la bu que meten los músicos y farsantes, nada tienen notable, si no es el gran esmero con que cuid los contrayentes de sus vestidos nupciales, pues uso autoriza á los concurrentes para hacer cua puedan por cojerlos, en cuyo caso, tienen aq llos que rescatarlos á dinero contante. Y en v dad que esta retribucion eventual es la única nancia para los convidados, tanto mas dignos lástima, cuanto que están obligados á dar, en ca bio de las frioleras con que se les obsequia, re los de mas considerable valor, que son mirados mo el pago de los gastos que origina cada uno á pesar de lo costoso y engorroso que para los t tigos son las tales solemnidades, se afanan á c mas por disfrutar la honra de ser admitidos en na boda. Nadie puede concurrir á alguna de llas si no ha sido convidado en toda forma, es cir, si no ha recibido como esquela de convite gran pliego de papel encarnado, cuyos doble van combinados de manera que presenten una cena de letras, aunque no hai ninguna pintada

La mayor parte de los matrimonios chinos reciben sancion ninguna ni de la religion ni las leyes, y apénas se traslucen algunas ceren nias supersticiosas.

La Mosaïque. Traducido por M. G.

CANTILLON.

Cerca de un año hace ya que me contó Cantill la historia que voi á referir.

Cantillon es un hombre de cuarenta ó cuar ta y cinco años, moreno, alto, de buenas facc nes, que llevaba en la época de que hablo, 1.° enero de 1831, un sombrero de castor con un r to de galon, una levita de paño color de palo Campeche con un resto de vueltas encarnadas, nas botas con un resto de campana: al cabo los once meses que han pasado, todos estos res deben haber desaparecido.

Era, como ya he dicho, el 1.° de enero de 18 serian las diez de la mañana, y ya habia yo ar glado en mi cabeza la serie de visitas que es dispensable hacer uno por sí mismo en semeja dia. Habia establecido ya por calles una lista aquellos pocos amigos á quienes siempre es bue dar un abrazo y apretar la mano, aun en el p

Véase junto al correo

UN MATRIMONIO CHINO.

mer dia del año; de aquellos hombres simpáticos, en una palabra, á quienes solemos á veces no ver en seis meses, pero á quienes siempre se acerca uno con los brazos abiertos, y en cuya casa nunca deja tarjetas.

Mi criado habia ido á buscarme un cabriolé, y habia escojido á Cantillon, que debió sin duda esta preferencia á su resto de galon, á su resto de librea, y á su resto de campana; José habia olido un ex-colega. Su cabriolé ademas era de color de chocolate, en vez de estar pintorreado de verde ó de amarillo como los otros cabriolés de alquiler, y, cosa extraña, dos resortes plateados permitian bajar y subir su cubierta de cuero hasta el segundo muelle. Manifesté á José con una sonrisa de satisfaccion que estaba satisfecho de su inteligencia, entré en el birlocho, le di suelta por todo el dia, y me arrellané grandemente en un soberbio almohadon. Puso Cantillon sobre mis rodillas su carrik color de café con leche, produjo con la lengua un sonido semejante al que forman las letras reunidas brrrrrrrr! y echó á trotar el caballo sin ayuda del látigo que, durante todo el tiempo, quedó pendiente de su gancho, mas bien como un adorno indispensable que como un medio coercitivo.

—Adónde se va, nuestro amo?

—A casa de Cárlos Nodier, al arsenal.

Respondió Cantillon haciendo un movimiento con la cabeza que queria decir: No solo sé dónde es, sino hasta conozco ese nombre. Por lo que á mí toca, como me hallaba á la sazon sumamente ocupado en componer el *Antony*, y como el movimiento del cabriolé era mui suave, púseme á meditar sobre el fin del tercer acto, que no dejaba de darme bastante en que entender.

No conozco para el poeta instante mas feliz que aquel en que ve llegar á buen fin su obra. Hai que pasar ántes de conseguirlo por tantos dias de trabajo, por tantas horas de desaliento, por tantos momentos de duda, que cuando ve, en esta lucha del hombre y de la inteligencia, á la idea que ha examinado por todas sus faces, que ha atacado por todos sus puntos, ceder bajo la perseverancia, como bajo la rodilla del vencedor un vencido que implora perdon, tiene entónces el poeta un momento de felicidad, proporcionado en su débil organizacion al que debió sentir Dios, cuando dijo á la tierra: *Sea*, y la tierra fué:—como Dios, puede decirse en su orgullo: He hecho *algo de nada!*—he sacado un mundo del caos.

Verdad es que el mundo del poeta no está poblado mas que por media docena de habitantes, que no ocupa mas espacio en el sistema planetario que los 34 piés cuadrados de un teatro, y que suele nacer y morir en la misma noche.

Pero esto no importa; mi comparacion es buena. Prefiero la igualdad que eleva á la igualdad que humilla.

Deciame yo estas cosas entre mí; veia, como al trasluz de una gasa, á mi mundo ocupando su puesto entre los planetas literarios, y oia venir de una esfera vecina un rumor no equívoco de aplausos, que probaban que los que pasaban por delante de mi mundo le hallaban á su gusto, lo que me tenia en extremo satisfecho.

Esto no me impedia sin embargo, en medio de mi dulce éxtasis de orgullo, opio de los poetas, ser á mi compañero descontento en sumo grado de mi silencio, recurrir astutamente á cuantos medios estaban á su alcance para sacarme de él. Habiale yo dicho al entrar en el cabriolé que pasariamos cuatro ó cinco horas juntos, y verdaderamente le atormentaba la idea de que durante este tiempo guardaria yo un silencio mui perjudicial á su buen deseo de entrar en conversacion.—Compadecido de su pena, iba ya á dirijirle la palabra, cuando paró el caballo, y me dijo mi conductor:—Aquí es.

Habiamos llegado á casa de Nodier.

Salí al cabo de media hora: — "Taylor, calle de Bondy," le dije.

Aprovechó Cantillon aquel favorable momento para decirme de pronto:

—Ese señor Nodier ¿no es uno que hace libros?

—El mismo; cómo diablos podéis saberlo?...

—Leí una novela suya, cuando estaba en casa del señor Eugenio. (Y esto diciendo, exhaló un suspiro.) Una muchacha á quien la guillotinan su amante.

—*Teresa Aubert?*

—Ni mas ni ménos....—Ah! Si yo conociera á ese caballero, le habia de dar un famoso asunto para una historia.

—Ola!

—No hai ola que valga; y si yo manejase la pluma como manejo el látigo, á fe que no se lo daria á otro.

—Vaya. Pues dadme el asunto.

Miróme Cantillon con ojos maliciosos.

—A V.? A V. no es lo mismo.

—Por qué?

—V. no hace libros.

—No, pero compongo piezas para el teatro, y acaso esa historia me servirá para un drama.

—Con que V. hace trajedias?

—No, amigo mio.

—Pues qué hace V.?

—Dramas.

Acandiló en esto el labio inferior, haciendo un mohin de desden, con lo que claramente me dió á entender lo mucho que habia yo perdido en su opinion.

—Dramas, eh! ¿con que es decir que V. es romántico? El otro dia llevé á la Academia á un académico que los pone á los pobrecillos que no hai por donde agarrarlos. Oh! aquel, aquel hace trajedias; por mas señas que me recitó un pedazo de la última que ha compuesto, y....

—Pero veamos la historia.

—Es que... es tan triste! Hai muertes.

El tono de profunda conmocion con que pronunció estas pocas palabras, aumentó mi curiosidad.

—No importa: adelante.

—Pues, *adelante:* eso es mui fácil de decir; pero si luego lloro, no podré seguir adelante.

Miréle asombrado.—Ha de saber V., me dijo, que no siempre he sido conductor de cabriolé, como puede V. conocerlo por mi librea, (y me mostró con cierto orgullo los restos de su antiguo estado de lacayo). Diez años hace que entré á servir al señor Eugenio.... ¿V. no ha conocido al señor Eugenio?

—Eugenio de qué?

—Eso es lo que no podré decirle á V., porque nunca le oí llamar de otro modo, ni jamas le co-

nocí padre ni madre. Era un jóven alto, así como V., y de la misma edad. Qué edad tiene V.?

— Veinte y siete años.

— Pues eso es; la misma edad tendria. Pero no era tan moreno, y luego V. tiene el pelo ensortijado, y él le tenia rubio y laso.... En fin, era tan guapísimo! solo que siempre estaba tan triste, y eso que tenia sus diez mil francos de renta como un ochavo; pero ni por esas.... Yo creí por mucho tiempo que sufria del pecho. Pues como iba diciendo, entré á servirle, y nunca le oí una palabra mas alta que otra. Cantillon, mi sombrero.... Cantillon, engancha el caballo al cabriolé.... Cantillon, si viene Alfredo de Linar, dirás que no estoi en casa.

Porque ha de saber V. que el tal Alfredo de Linar le estomagaba.... vamos, sobre que no le podia ver ni pintado.... como que era un troneron! Adelante. Como vivia en la misma posada que nosotros, no habia medio de sacudirnos la mosca de encima.... Pues señor, sucedió que un dia.... Ahora que me acuerdo, á qué número vamos?

— Número 64.

— Aquí es. Só!!

Taylor habia salido, no hice mas que subir y bajar.

— Siga la historia.

— Vaya la historia... Pero ante todo, adónde vamos ahora?

— Calle de San Lázaro número 58.

— A Casa de M.lle Mars... esa sí que es toda una actriz.... pero no importa: adelante. Pues como iba diciendo, sucedió que íbamos una noche á un baile á la calle de la Paz; pongo el cabriolé y arrimo. Al dar las doce, sale mi amo de un humor de todos los diablos; se habia encontrado con el señor Alfredo, y parece que segun tengo entendido se hubieron de trabar de palabras; lo cierto es que mi amo venia diciendo: Es un trasto á quien tendré que dar una leccion. Habrá V. de saber que mi amo manejaba la espada y la pistola que no habia mas que pedir. Llegamos, pues, al puente de Luis XV, y cátese V. que pasa por junto á nosotros una mujer que iba sollozando, pero de un modo, que á pesar del ruido del cabriolé, la oiamos ni mas ni ménos que si la tuviéramos junto á las orejas. Mi amo me dice: Pára! Hágolo así, y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en el suelo.

"Era la noche tan oscura que no se veia uno los dedos de la mano. La mujer iba delante, mi amo detras; párase de pronto aquella en mitad del puente, sube en el antepecho, y oigo: Puun! Mi amo no se para en pelillos, zas! se tira de cabeza en el rio, y allá va eso.... Habrá V. de saber que.... eso sí! lo que es él, nadaba como un besugo.

"Yo me dije para mi coleto: Si me quedo en el cabriolé, no podré ayudarle mucho que digamos; por otra parte, como no sé nadar, si me tiro al agua, habrá que sacarnos á los dos, y estamos aun peor que ántes. No importa; dígole al caballo, á este mismo, por mas señas, que tenia cuatro años ménos sobre el pellejo, y dos celemines mas de cebada en la barriga: Quieto ahí, Cocó! No parece sino que me oia; el animalito se estuvo quieto como un muerto.

"En una carrera me planto en la orilla del rio; encuentro una lancha, y me meto en ella. ba amarrada con una cuerda; busco mi n ra cortarla; pero se me habia olvidado.. ha de ser! Entre estos dímes y dirétes zambullia como un perro de aguas.

"Tiro de la cuerda con tanto ahinco q si me descuido tanto así, caigo patas arr rio: afortunadamente me encontré tendi paldas en el fondo del bote. No es esta casion para contar las estrellas, digo pa cáteme V. de pié.

"Busco al punto los remos; pero quis blo que al dar mi voltereta tirase uno Remo con el otro, y empieza el barco á tas como un peon. Pues no dejo de h cho! digo para mi adentro, y me parec me faltaba razon, no es verdad, V.?

"Aunque viviera cien años, me acor mi vida de aquel momento. Qué horror la obscuridad, que el agua del rio pare Solo de vez en cuando arrojaba su espum ola, y luego se veia brillar por un instan tido blanco de la pobre mujer, ó la cabe amo, que salia del agua para tomar alie en una ocasion aparecieron los dos al mis po. Oí entónces al señor Eugenio, q Bien, ya la veo! y en un santiamen lleg to en que ondeaba el vestido un momen Entónces vi de repente salir del agua su separadas; las reunió al punto con un m to repentino, y desapareció.... Estaba y diez pasos de ellos, llevado por la corrie tando el remo entre mis manos, y exclam sesperado: Dios mio! Dios mio! Oh, nadar!

"Un momento despues volvió á apare ñor Eugenio: entónces vi que la tenia el cabello, y que la infeliz estaba desmay si hubiera V. visto entónces á mi pobre sonaba el aliento en su pecho como el c que forma una tabla al rajarse, y le qued la fuerza suficiente para sostenerse enci gua, porque como ella no meneaba pierna zos, pesaba como un plomo. Volvió m cabeza para ver cuál punto de la oril mas cerca, y entónces me vió. Cantill exclamó. Estaba yo en el borde de l con medio cuerpo fuera, alargándole el r ro ya! mas de tres piés faltaban para qu llegar á él. A mí! repitió. La sang helaba en las venas. — Cantillon! — U pasó por encima de los ojos. Quedé co abierta, clavada la vista en el sitio don desaparecido; pero pronto le volví á ver, reció que acababan de quitarme una mo corazon. Alargué de nuevo el remo: s acercado á mí el canto de una uña. A ñorito! valor! le grité. Él no podia r me. Suéltela V., le dije, y sálvese sol no, respondió.... no.... El agua le entró ca. Ah! yo entretanto sudaba á mares; que no es decible. Me parecia que to en derredor de mí, el agua, la orilla, los lejanos, y sin embargo solo tenia los ojo aquella cabeza que se sumerjia poco á p quellos ojos reventones que salian á flor que me miraban, y parecia que se iban rar: luego no vi mas que sus cabellos. bellos fueron hundiéndose tambien com

cuerpo, y solo un brazo salia fuera del agua con sus dedos crispados. Hice un esfuerzo desesperado; alargué el remo.... en fin! le puse el remo en la mano. Ah!"

Al llegar aquí se limpió Cantillon el sudor de la frente. Luego prosiguió:

"Bien dicen, que cuando uno se está ahogando se agarraria á un clavo ardiendo. Asió mi amo el remo con tanta fuerza, que sus uñas se veian clavadas en la madera; apoyé el remo por la mitad en el borde de la lancha, y con el equilibrio volvió á sacar la cabeza el señor Eugenio. Temblaba yo de modo que no sé cómo no solté el diablo del remo aquel; echéme de bruces sobre él, sujetándole con todo el peso de mi cuerpo, y con la cabeza apoyada en el borde del barco, y empecé á tirar poco á poco acia mí. Mi amo tenia la cabeza echada acia atras, como un hombre que ha perdido el sentido; pero yo tiraba con toda mi fuerza, y algo se iba acercando; en fin, alargué el brazo, le cojí por la muñeca, bien! lo que es entónces ya estaba seguro de que no se me habia de escapar. Mi mano le apretaba como unas tenazas.... ocho dias despues tenia en el brazo cinco cardenales.

"Mi amo no habia soltado su presa: á los dos los metí en el barco, y ambos quedaron tendidos en el fondo, tan rozagantes ni mas ni ménos uno como otro. Llamé á mi amo repetidas veces. A la otra puerta...! Quise darle algunos golpes en la palma de la mano; pero las tenia cerradas como si estuviera cascando nueces. Era cosa de morderse los codos de rabia.

"Empuñé de nuevo el remo, y traté de acercarme á la orilla; pero ca! Cuando tengo dos remos no soi un famoso marinero; con uno, eche V. la cuenta; la corriente se llevaba el barco como una pluma. Cuando vi que definitivamente me iba derechito al Havre, dije para mí: Afuera vergüenza! qué diablo! Pidamos socorro, que de ménos nos hizo Dios; y dicho y hecho, me pongo á gritar como un descosido.

"Hubieron sin duda de oirme los canallas que están en la casuca donde se auxilia á los ahogados, porque al instante botaron al agua su barca de todos los diablos, y á los cinco minutos ya habian echado el gancho á la mia. Lo mismo fué llegar á su barraca, metieron entre sal á mi amo y á la pobre mujer, como si fueran un par de arenques escabechados.

"Me preguntaron si yo tambien estaba ahogado, y respondí que no, pero que eso no le hacia, que si querian darme un traguillo de aguardiente, no me vendria mal. Las piernas se me doblaban como dos hilos.

"Mi amo fué el primero que volvió en sí. Echóse á mis brazos.... yo sollozaba, reia, lloraba. Para que se vea lo que es el hombre!

—Mil francos para vosotros, amigos, dijo mi amo á los que estaban socorriendo á la pobre muchacha, y dándola mil mejunges; mil francos para vosotros si vuelve en sí; y tú, Cantillon, mi salvador, mi amigo, vé á traerme el cabriolé.

"Aprieto á correr, llego á la plaza, y busco el cabriolé donde le habia dejado. V. le vió? Pues yo tampoco. Al dia siguiente nos le encontró la policía: parece ser que un aficionado á andar en piés ajenos se lo habia llevado así á lo tonto, á lo tonto.

"Vuelvo y digo: Adios mi cabriolé. Bien, me responde; tráete un coche. —Y la jóven? le pregunto. — Ya ha movido un pié, me dijo. Bravo! traigo un coche, y me encuentro al llegar con que ya habia vuelto en sí, pero aun no hablaba. La metemos en el coche, subo á la trasera, y digo al cochero: Calle de Bac número 31, y arrea, que es tarde!"

—Diga V., nuestro amo, ya estamos en la puerta de Mlle. Mars, número 58.

—Y se acabó ya tu historia?

—Acabarse! buenas y gordas! todavía no estoi en la mitad, y ahora falta lo mejor. Ya verá V., ya verá V.

Habia en efecto cierto interes en lo que me iba refiriendo. No tenia yo por mi parte mas que un deseo que manifestar á nuestra grande actriz, y era el de hallarla tan sublime en1831 como en 1830: al cabo de diez minutos ya estaba de vuelta en el cabriolé.

—Y la historia!

—Ante todas cosas, adónde vamos?

—Sigue todo derecho. La historia.

—Vaya con Dios. Quedábamos en qué? Ah! sí! Voi y digo: Cochero, calle de Bac, y listo. Al pasar por el puente, de nuevo se desmayó la pobrecilla: mi amo me envió á buscar un médico, y cuando volví me encontré á la señorita María.... ¿le habia dicho á V. que se llamaba María?

—No.

—Vea V.! Pues, como digo, me encontré á la señorita María tendida en una cama; una buena anciana la asistia. No puede V. imaginarse cuán hermosa estaba la pobre niña, con su rostro pálido, sus ojos cerrados, cruzadas las manos sobre el pecho.... Vamos, parecia una santa, y como estaba embarazada....

—Ah! exclamé, por eso sin duda se arrojó la infeliz al rio!

—Eso mismo respondió mi amo al médico cuando le anunció esta novedad: nosotros no habiamos reparado en ello. El médico la hizo respirar un frasquillo.... mala peste en él! no se me olvidará á dos tirones. Supóngase V. que va el doctor y le pone sobre la cómoda: yo, bárbaro de mí, viendo que la habia hecho volver en sí, digo: Pues esto no debe oler mal; y qué hago? voi, y así como quien no quiere la cosa, me escurro por allí con disimulo al rededor de la cómoda, y cuando veo que nadie lo echa de ver, destapo el frasco, y me lo meto por las narices. Allí fué Troya! parecia que acababa de respirar un centenar de agujas. Como vió mi amo que yo lloraba á lágrima viva, creyó que era de pena, y me dijo: Consuélate, amigo mio; el doctor responde de ella. —El tal doctor sabrá mucho, digo yo entre mí; pero no hai cuidado, que si llego á estar malo, no seré yo el pícaro que le llame.

"Durante este tiempo habia del todo vuelto en sí la señorita María, y no hacia mas que mirarlo todo con asombro, diciéndo: Qué es esto? dónde estoi? no conozco esta estancia! —No es extraño, la respondí, como que nunca ha estado V. en ella. Pero mi amo me dijo: Chito, Cantillon; y luego, como era tan ducho en esto de hablar á las mujeres como es debido, añadió dirijiéndose á ella: Tranquilícese V., señora; yo tendré para con V. todos los cuidados y todo el respeto de un hermano, y apénas lo permita el médico, la lle-

varé á V. á su casa. — Con que estoi enferma? dijo; y luego, como recapacitando y volviendo de su letargo, exclamó de repente: Oh! sí! sí! ahora me acuerdo de todo; yo he querido.... qué horror! Y V., caballero, V. es quien me ha salvado sin duda. Oh, si supiera V. qué mal ha hecho en salvarme! qué porvenir me espera tan amargo! — Yo escuchaba con mis cinco sentidos, rascándome las narices, que me escocian que ya ya! y así es que como no perdí ni una sola palabra, ahora se lo cuento á V. todo lo mismito que pasó. Mi amo la consolaba como Dios le daba á entender; pero ella no hacia mas que responder á todo: "Ah! si V. supiera!" Debió sin duda de cansarle oir siempre repetir el mismo estribillo, porque al fin se acercó á su oido, y la dijo: Todo lo sé. — Cómo! — Sí, sé que amáis, que habéis sido vendida, abandonada.... — Oh! sí! vendida! respondió, cobardemente abandonada! — Pues bien, la dijo mi amo, confíeme V. todas sus penas: no me mueve á hacerla á V. esta súplica una vana curiosidad, sino el deseo de serla útil.... me parece que ya no debe V. mirarme como á un desconocido.—Oh! no! exclamó, porque un hombre que expone su vida, como V. acaba de hacerlo, debe ser generoso; estoi segura de que V. no ha abandonado jamas á una pobre mujer, no dejándola mas alternativa que la de una pronta muerte ó un eterno oprobio. Sí, sí, yo se lo diré á V. todo.—Bueno, dije yo para mí, esto no empieza mal. Atencion.

—Pero ántes, añadió, permítame V. que escriba á mi padre, á mi pobre padre, á quien dejé una carta en que le decia adios, y que cree sin duda que he cumplido mi resolucion. V. permitirá que venga aquí, no es verdad? Oh! quiera Dios que en su amargura no haya cometido algun acto de desesperacion. Permítame V. que le escriba que venga al instante; conozco que solo con él podré llorar, y llorar me hará tanto bien!

—Escriba V., escriba V., la dijo mi amo, presentándola pluma y tintero; ¿quién se habia de atrever á dilatar ni un solo instante esta reunion solemne de un padre y una hija que se han creido separados para siempre? Escriba V., yo se lo suplico; no se pierda un momento. Oh! cómo debe sufrir su pobre padre de V.!

"Escribia entretanto unos gurrapatitos mui cucos; luego que acabó su carta, preguntó las señas de la casa en que se hallaba.—Calle de Bac núm. 31, la dije.

— Cielos! exclamó, y paf! cátese V. el tintero boca á bajo sobre las sábanas. Al cabo de un instante añadió con voz melancólica: Tal vez la Providencia me ha conducido aquí. La Providencia, ó no, dije yo para mí, buen puñado de sal de acedera se necesita para quitar esa mancha.

"Mi amo estaba todo turulato.—Comprendo esa turbacion, le dijo la jóven; pero cuando V. lo sepa todo, entónces no extrañará el efecto que han producido en mí las señas que acabo de oir; y le entregó la carta para su padre.

—Cantillon, lleva esta carta á donde dice el sobre. Toma un cabriolé para llegar mas pronto. Vuela!

"Me meto en el primer cabriolé que encuentro.—Veinte reales, compadre, si me llevas y me traes en un momento, le digo al conductor. Ya quisiera yo encontrarme muchas gangas de esta especie. [*Concluirá*]

LAS VECINITAS.

Atencion, vosotros, celibatarios de veinte á cuarenta!
El Curioso parlante.

No conozco plaga mayor que una linda vecina, y con todo eso juro á ustedes que el corazon se me quiere salir por la boca cuando miro un par de ojos bellos, una nariz aguileña, un pié breve y gracioso y un cuerpo esbelto y bien contorneado.

Pues parece que hace el demonio que la vecinita tenga todas estas excelencias, pues por lo regular es la mas hermosa de todo el cuartel, fresca como un pimpollo de rosas, y digna de la adoracion del universo entero, cuanto mas de un pobre vecino.

Creo que dije al principio que una linda vecina es una plaga para la humanidad masculina; pues no, señores; me arrepiento de haberlo dicho.

Pero no pueden ustedes figurarse cuántos trastornos han sufrido mas de cuatro mozalvetes, por el simple hecho de tener vecinitas hermosas.

Uno de ellos estudiaba con ardor de la mañana á la noche, y prometia á la patria un abogado distinguido, un médico laborioso, ó acaso acaso un literato de los de correr y parar. Y hé aquí que de la noche á la mañana se vuelve tan perezoso como un turco; todo el dia se está con el cigarrito en la boca, mirando volar las moscas: qué digo las moscas? Dichosa su familia si así fuese!

Pero no, señores, lo que mira no son las moscas, sino á la linda vecinita de enfrente, á aquella Cleopatra, á aquella Elena, á aquella Aspasia, modelo de perfecciones, mas hermosa que las hermosas reinas de la antigüedad, y mas linda que las damas y costureritas de nuestros dias, porque á todas estas hermosuras equivale.

Esta octava maravilla del mundo vive regularmente en la acera de enfrente, en uno de los pisos altos. ¡Miren ustedes si lo entiendo en esto de vecinas bonitas!

Pues, como iba á decir, abre la vecinita la vidriera á ciertas y determinadas horas, y sale á regar las vistosas macetillas: este es el momento de las tiernas miradas y prolongados suspiros; este es el momento en que el vecino, convertido en telégrafo, noticia á su vecina con sendos movimientos de brazos el estado revolucionario de su alma, y las gigantescas dimensiones de su amor.

En tanto que la cosa no pasa de dulces miradas, la donosa vecina paga en la misma moneda; pero en llegando á las señitas, y á ciertas bocales caricias enviadas con la mano, aquí es ello; enfurécese la hermosa, hace un gesto de desprecio al candente enamorado, y se entra, cerrando precipitadamente la vidriera, ó bien se queda recargada en el balcon, pero echando al vecino desdeñosas miradas, que le cortan sus eróticos vuelos.

¡Cuánto compadezco á ustedes los que tienen vecinas hermosas! Ya parece que los miro pegados en la ventana todo el santo dia, esperando á que salga la rutilante estrella del cuartel. Al menor movimiento de la vidriera ¡cómo les palpita el corazon! cómo tiritan de piés á cabeza al ver que se asoma al balcon una ninfa! pero oh desgracia! no es ella, no; no es la bella vecina, sino la recamarera, que sale á sacudir una alfombra....

Y despues que ustedes han suspirado mucho, y ando ya están inflamados cual pajuela fosfóri-, y cuando han perdido el color y el apetito á erza de alimentarse de sabrosas memorias, en-ces se ablanda el corazon de la vecinita, sale balcon, se sonríe, muestra los blanquísimos ntes, y se acaba de prender la papalina.

Y ustedes, que viven en el entresuelo, no ad-rten que todas estas monerías son por el veci-del piso superior, que hace quince dias está o-pado en la misma faena que ustedes.

Y guárdense ustedes mui mucho de escribir a cartita amatoria, porque esto es exponerse á ndes chascos, pues ó bien envolverá en ella dulces ó los pelvos de rosa, ó bien hará con e-otras cosas peores.

Ya se ha dado el caso de que algunos monarcas asen con pobres pastorcillas; pero cítenme us-s un vecino que se haya casado con su veci-de enfrente. A que no lo encuentran?

Bueno es burlarse del vecino que se enamo-le su vecina, pero no hai que criticarlo; por-en las tribulaciones de la vida, ¡cuántas veces ratamos de desechar nuestras penas, asomán-os al balcon á contemplar el lindo rostro de ecinita de enfrente!

L'Entr'Acte. Refundido por M. G.

EL BOLERO ANDALUZ.

¡ Por qué no veníz, mosuelaz,
á miz amantez clamorez?
vení! y aquí entre laz florez
repicá laz caztañuelaz,
y hasé con loz piéz primorez.
Gloria del mundo....! zalero
de la gente maz bisarra!
vení! que cantando ezpero
pá que bailés el bolero
al compàz de mi guitarra.
Dioz oz bendiga, miz ojoz!
adioz, Curra! bien manejaz
ese garbo. Fuera viejaz!
Niñaz! dejar loz antojoz
al escojer laz parejaz.
Porque de fiesta ez el dia,
como lo fué tós loz añoz,
y debemos á porfía,
en ves de tené regañoz,
tené bailando alegría.
Y viva, viva el zalero!
que no haya por Dioz quimera,
que eztá aquí Pepe Romero.
Vaya! ponése en primera,
porque ze empiesa el bolero.

A la lus de unoz ojoz
que me iluminan,
miz amantez quereyaz
triztez caminan;
y por coztumbre
se vuelven donde miran
su viva lumbre.

— Bien cantao, zandunguero....
— Mejor tú, Curra, mi luz;
al mirarte, el mundo entero
envidia al zuelo andaluz
cuando bailas tú el bolero.
Zigue! — Pepe, otra copliya!
— Zí zeñó, puez por qué no?
Zi la gente de Zeviya
es la octava maraviya....
Cuidado con desir no!

Cuando escuchaz miz coplaz
al ser de dia,
se dizipan laz zombraz
del alma mia;
mas si me dejaz,
vuelve á serrar la noche
de miz sozpechaz.

— Ui.... Curra! con eza vuelta
no he visto naa! Jesucrizto!
— Qué haz vizto? — Ya estáz absuelta.
— No tengaz la lengua zuelta.
— Zi te digo que naa he vizto!
— Zigue, mi Pepe, cantando.
— Pues zi por ello me muero!
Por verte, Curra, trensando,
me estuviera yo cantando
hasta la muerte el bolero.

Cuando pazo y te miro
en la ventana,
me parese que azoma
ya la mañana.
Me aserco, y luego
á la luz de tuz ojoz
me quedo siego.

— Ezaz coplaz dónde van?
— Y qué ze le importa á ozté?
— Me importa! — Pero y por qué?
— Porque zí! — Dichaz eztán,
y donde van no diré.
— Puez á desirme mui presto
dónde van ezoz cantarez,
que ya se me amozca el gesto.
— Pues mire ozté que echo el resto,
y ze revuelven loz marez.
— Ozté un tal! — Y uzté un cual!
— Pues tíreze uzté aquí afuera.
— Perico! — Déjame! — Ezpera!
— Romero! — Apartáze! mal
le va á zalir la quimera.
— Lo dise uzté? — No zeñor.
— Puez muere, infeliz! — No quiero.
— Por qué no? — Porque ez mejor
dejar eze torsedor
para despuez del bolero.
— Para despues? pues á cuenta
tome usté, zeñor gallina.
— Periquillo, á mí eza afrenta?
Si el alma ze me calienta,
me huelez á chamuzquina!
— Quién, yo? — Mire que le surro.
— Toma esa punta, guilache.
— Ai! — Cayó? — Sí. — Alzad al Curro,
y adioz, chicaz, que me ezcurro
asia San Juan de Alfarache.

T. R. R.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Ajedrez. Hai varias opiniones acerca del inventor de este juego, llamado en lengua persa *chah*, que significa rei, nombre de su primera y principal pieza. Unos creen que fué inventado en las Indias orientales á principios del siglo V por un bramin llamado Sissa, que de allí pasó á la Persia, y que despues vino á Europa. Otros suponen que Palamédes, príncipe de la isla de Eubea, hoi Negroponto, inventó el ajedrez durante el sitio de Troya; y por último, algunos atribuyen su invencion á un filósofo caldeo que vivia muchos años ántes de nuestra era.

Alabarda, alabarderos. Esta arma, llamada tambien hacha danesa, porque la usaban comunmente los daneses en sus ejércitos, pasó de Dinamarca á Escocia, de aquí á Inglaterra, y sucesivamente á Francia y España.

Alajú. Esta especie de turron, cuya invencion es mui antigua, era llamado *melilales* por los Griegos, quienes introdujeron su uso entre los Romanos, y de estos pasó á los Españoles.

Alambique. Se cree que este aparato es invencion de los Arabes, cuyo uso conocian ántes del siglo X; pero hasta fines del siglo pasado y principios del presente no se habia logrado darle la perfeccion que tiene en el dia.

Alcabalas. Esta contribucion parece que fué ya conocida en España en tiempo de la dominacion de los Romanos con el nombre de *vicesina;* aunque algunos historiadores señalan su orígen á principios del año 1342, bajo el reinado de Alonso XI.

Alcachofa. Se cree que esta planta es indígena de Andalucía, aunque otros suponen que lo es de Sicilia. Acia el año 1466 llevaron de Nápoles á Florencia algunas plantas de alcachofas, de donde pasaron á Francia algun tiempo despues.

Alcántara. (Orden de los caballeros de) Esta órden militar trae su orígen de la de San Julian del Perero, y tuvo principio en 1155; pero luego que Alcántara se recobró á los Moros, y se hizo asiento ó cabeza de la órden, tomó el nombre de dicha ciudad en 1218, y los caballeros dejaron la antigua divisa de un peral verde, tomando en su lugar una cruz verde flordelisada. Esta órden fué incorporada á la corona en 1495.

Alcarrazas. Se dice que los Egipcios conocian de tiempo inmemorial la invencion de estos vasos de barro, que pasaron á España con los Arabes, cuyo nombre conservan, y de aquí ha pasado su uso á otros paises.

Alcómetro. Instrumento inventado en 1824 para conocer la cantidad de alcohol que contienen ciertos licores, con mayor exactitud que con los demas instrumentos conocidos hasta el dia con el nombre de pesa-licores.

Alfarero. Este arte tuvo principio en el Oriente, y fué tan honrado de los Israelitas como menospreciado de nosotros. En la genealogía de la tribu de Judá, la sagrada Escritura hace n de los alfareros que trabajaban para el rei vivian en sus jardines. En Occidente se mucho mas tarde esta invencion.

Alfileres. Los alfileres de que ahora n vimos se empezaron á usar por primera ve glaterra, en 1669, en lugar de unas est mui sutiles de que se servian ántes las mu

Alfombras. Su uso es antiquísimo: la ria nos dice que los Babilonios sobresalie esta clase de obra, y que representaban e fombras infinitas figuras de diversos colore dolas ordinariamente para debajo de los este uso se ha conservado entre los orient los que ha pasado á nosotros.

Algebra. Unos pretenden que los Indic señaron á los Persas, y estos á los Arabes, que pasó á España, de donde se extendió á mas naciones de Europa; otros, que su i fué Diofante, matemático griego, que na mediados del siglo IV; pero lo cierto es q que el álgebra es mui antigua, el primer dió á conocer en Europa fué Leonardo á principios del siglo XIII, y por los años perfeccionó y simplificó Francisco Vieta mático frances.

Almanaque. Palabra tomada del ára expresar los calendarios, cuyo antiquísim viene de los Egipcios.

Almidon. Se dice que los habitantes la de Chio fueron los inventores del almid ta sustancia no se extraia en un principio del trigo; pero despues se ha sacado de va ces. A principios del siglo pasado, M. dreuil logró hacer almidon con la raiz de l llamada colocasia; y M. de Chise descub bien acia 1739 el modo de hacerlo de pata

Alteza. Antiguamente solo se daba es á los reyes como el mas honorífico; mas se dió á Cárlos I de España el tratamient jestad, y su hijo y sucesor Felipe II, por u mática, hizo despues exclusivo el dictado *za* al príncipe de Asturias, á los infantes é tas, y demas personas reales. En 1633 á usar en Francia por primera vez el card fante el título de *alteza real*, que se da á l cipes de la sangre, y despues tomó el de *a renísima* el príncipe de Condé.

América. Fué descubierta por Cristól lon, natural de Cologneto en la república nova. Tratado como loco por sus comp y por los Ingleses, y engañado vilmente Portugueses, fué protejido por los reyes C y salió para su expedicion del puerto de l Andalucía con tres frágiles barcos y nove bres el viérnes 3 de agosto de 1492. C débiles recursos descubrió el mundo, 71 d pues de haber salido de Europa, tambien nes, el 12 de octubre del mismo año; y de las fatigas y los peligros que sufrió, no dicha de dar su nombre á la tierra descubi nor que le usurpó el ambicioso florentino Vespucio.

GEFE DE VILLA, Y EYALIE

EL PRIMER REI CRISTIANISIMO.

Por muerte de su padre quedó Clodoveo I hecho caudillo de los Francos, fundadores de la monarquía francesa, por el año de 482 de la era vulgar.

Si Clodoveo fué educado por su madre, á ella debe atribuirse aquel amor de gloria que lo dominó. Ojalá hubiese podido inspirarle igualmente la humanidad é indulgencia que tanto brillaron en Childérico!

La primera accion de Clodoveo que ha llegado á nuestra noticia dió á entender á sus súbditos que tenian que habérselas con un príncipe que sabia hacerse obedecer. Entre los objetos que en un botin habia tomado un soldado, se hallaba un vaso de oro perteneciente á una iglesia. El príncipe se lo pidió al soldado para restituirlo; pero este le respondió: "Quiero la parte que me toca;" y partió el vaso de un hachazo. Por de pronto disimuló Clodoveo; pero un año despues de este suceso, al pasar revista general de sus tropas, pretextando negligencia y abandono en el equipo del soldado, le arrancó el hacha, y la tiró en el suelo. El soldado se agachó para recojerla, y en esta postura le descargó el rei un hachazo en la cabeza, diciéndole: "Así partiste el vaso de Soissons." Clodoveo solo tenia entónces veinte años; y esta accion, cometida en presencia de todo el ejército, indica una audacia no mui comun en esa edad; y muchas veces un hecho semejante basta para sentar la reputacion y fama de un príncipe.

Soissons, lugar donde pasó la escena del vaso, habia pertenecido á Siagrio, hijo de Egidio ó Gillon, y habiase retirado allí despues de la muerte de su padre, formando un estado pequeño de varias ciudades de la Francia, como Reims, Provins, Sens, Troyes, Chalons, Auxerre y su territorio. Y no solamente lo expulsó de allí Clodoveo, sino que lo persiguió hasta la Turingia, adonde se habia refugiado, pidiéndolo al rei de este estado con sobrada altanería: lo obtuvo, lo hizo morir, y así dió el primer ejemplo de la política que despues siguió, de no dejar viva á ninguna persona que pudiese incomodarlo.

Este sanguinario carácter se hubiera amansado con las tiernas insinuaciones de una mujer afable y sensible; pero parece que Clotilde no estaba dotada de un carácter semejante. Era hija de Chilpérico, rei de una parte de la Borgoña, y su hermano Gondebaldo, que poseia la otra parte, mandó asesinarlo para reunir el reino entero á su dominio. La sobrina conservó un vivo resentimiento por esta barbaridad, sin que bastase á sofocarlo la condescendencia de su tio en concederla á Clodoveo como esposa, aunque al dar su consentimiento para este enlace debia temer la ambicion de este príncipe, y el genio vengativo de su sobrina. Estas consideraciones que le expuso su primer ministro, lo determinaron á despachar unos enviados para que fuesen á alcanzar á la princesa, y la trajesen; pero ya ella estaba en territorio de su futuro esposo, desde donde mandó incendiar las aldeas mas cercanas á la frontera de Borgoña, enviando á las llamas producidas por estos incendios, de mensajeros, digámoslo así, de las venganzas que meditaba. Esta princesa tuvo desde luego y conservó siempre el mayor ascendiente en el ánimo de su marido, siendo la principal causa de la conversion de este al cristianismo, pues como criada en él, supo inspirarlo á Clodoveo, y hacia ya largo tiempo que le instaba á que lo abrazase, cuando una circunstancia imprevista lo determinó á ello.

Hallábase en guerra con los Alemanes en la otra parte del rio, y los ejércitos tuvieron un reencuentro en un paraje llamado Tolbiac, hoi Zulpich, cerca de Colonia. Combatian con encarnizamiento, y en lo mas fuerte de la refriega los Franceses cejaban, sin que pudiesen impedirlo los esfuerzos del rei. En tal conflicto exclamó: "Dios de Clotilde! juro que si me concedes la victoria, no tendré mas religion que la suya." Luego cambió de aspecto la escena, y habiendo vuelto espaldas los Alemanes, fueron completamente derrotados.

(496-507). Fiel Clodoveo á su promesa, eligió la ciudad de Reims para cumplirla, determinó á varios de sus soldados á que lo imitasen, é instruido por San Remi, se encargó de dar á sus soldados las instrucciones que habia recibido del obispo, y se unió con el clero para catequizarlos. Rara vez sucede que un rei que exhorta á los suyos no logre su intento. Dicen que entre hombres y mujeres llegaron á tres mil las personas del ejército y de la corte de Clodoveo que recibieron el bautismo con él, y no faltan escritores que hayan exornado esta ceremonia con un milagro, pues algunos de ellos dicen que no encontrándose el aceite preparado para la uncion en el lugar en que habia sido puesto, vino un ángel trayendo otro aceite en una redoma, á la que se dió el nombre de *ámpula;* pero los historiadores de aquel tiempo no mencionan este hecho. La ventaja de ganarse al clero, que tenia gran crédito en el pueblo, ha hecho creer á algunos malignos que la conversion de Clodoveo mas fué obra de política que de convencimiento.

Toda su vida estuvo en guerra este príncipe, viéndose vencido mui raras veces. Sus conquistas dan á conocer lo que era el reino cuando entró á reinar, y lo que fué despues en su poder. Ya por medio de tratados, ya por fuerza, reunió á él la Turena, el Maine, el Anjú y la Bretaña: un sitio que puso á Verdun lo hizo dueño de ella y de las tierras adyacentes, que forman la Lorena. Subyugó la Aquitania, compuesta del Albigense, del Ruergue, del Quercy y de la Auvernia, y la aumentó con la Saintonge, el Poitú, el Bordeles y el pais de Tolosa. Esta última conquista fué fruto de una victoria ganada en Vuglé, cerca de Poitiers, á Alarico II, rei de los Visigodos, que perdió allí la vida. Algunos de sus capitanes permanecieron en el mediodía de la Francia, donde fundaron reinos que despues fueron divididos en cortos principados, los cuales vinieron á quedar reunidos á la monarquía al cabo de mil años.

Mui poco tiempo ántes de esta expedicion habia conducido Clodoveo sus ejércitos contra la Borgoña, en donde Gondebaldo y Godegisilo se hacian guerra por los despojos de su hermano Chilpérico, padre de Clotilde, á quien Gondebaldo habia mandado asesinar. Clodoveo les dió favor alternativamente, y á ambos los debilitó mutuamente con este manejo. Godegisilo murió al retirarse de una batalla que le ganó Gondebaldo, quien, estrechado por el marido de su sobrina, se vió en la precision de pagarle un tributo que á la verdad

fué de poca duracion. Quizas lo esperaba así Clodoveo; mas el interes de la ambicion superó en su ánimo á la satisfaccion de una venganza que no le era personal. Veia con disgusto los progresos de los Visigodos, y se propuso paralizarlos, para lo cual contó con Gondebaldo como aliado, y este tomó parte en los peligros y en las victorias. Gondebaldo es el autor del código burguiñon conocido con el nombre de *lei Gombetta*, en que se permite el duelo á aquellos que no quieren atenerse al juramento.

Notóse que Clodoveo, ántes de salir á combatir con los Visigodos, pidió el consentimiento de la nacion, á la cual convocó el mes de marzo en campo abierto. Estas reuniones, imitadas por sus sucesores, y adoptadas por él probablemente segun el uso de sus antepasados, fueron llamadas *Asambleas del campo de marzo*, y *Asambleas del campo de mayo* cuando cambiaban de mes. Todos comparecian en ellas armados y preparados para el combate, y los soldados juraban por sus banderas, tenidas por ellos en alta veneracion. En la asamblea de que ahora tratamos se obligaron con juramento á no raparse la barba hasta haber vencido á los capitanes de Alarico.

(508-11). Esta guerra contra los Visigodos parecia una conspiracion de todos los habitantes de la Galia. Los Romanos, que poseian todavía algunas partes de ella, y tenian allí tropas, se unieron á los Franceses; y Anastasio, emperador de Oriente, que seguia titulándose emperador romano, aunque residia en Constantinopla, envió á Clodoveo los despachos de cónsul, y aun los de augusto ó emperador, con las vestiduras de esta dignidad. Vistióselas este príncipe en la iglesia de San Martin de Tours: ciñó en su frente la diadema, y acompañó esta ceremonia con grandes liberalidades que hizo al pueblo, siendo desde este dia llamado cónsul y augusto.

Lástima es que Clodoveo haya deslustrado sus victorias con asesinatos, ya provocados por él, ya cometidos por sus propias manos. Hizo asesinar á Sigeberto, rei de Colonia, por medio de Clodorico, su propio hijo, y despues castigó á este por mano de sus propios criados. Entónces se presentó en la frontera, como para vengar aquellas muertes; y los vasallos, que no sospechaban que hubiese tenido parte en ellas, se sometieron al vengador. Cararico, rei de los Morinos, y el hijo de este, fueron ordenados sacerdotes por disposicion de Clodoveo; mas temiendo que aspirasen á la corona, aunque les privaba de ella el sacerdocio, los hizo morir. Por medio de unos traidores se hizo de las personas de Renacario, rei de Cambrai, y de su hermano Riciario, que le fueron presentados con las manos atadas á la espalda. Viéndolos á sus piés, dijo al primero: "Por qué has deshonrado nuestra estirpe, dejándote atar como un esclavo?" Y á á Riciario: "¿Por qué no defendiste á tu hermano, y permitiste que lo atasen?" Y les hendió la cabeza con su hacha. [*Véase la estampa*]. A los que entregaron á aquellos desgraciados les pagó esta accion en cobre dorado, diciendo que aquella era la moneda propia para traidores.

Veia este príncipe con nimio respeto los consejos y las decisiones de los obispos, y como casi todos los monarcas de ese tiempo profesaban el arrianismo, excepto él, ganó de este modo el título de rei Cristianísimo que ha trasmitido á s cesores; y despues de tantos delitos y trabaj ra hacer un reino grande, murió en 511, de sus estados divididos entre sus cuatro hijos ry, Clodomiro, Childeberto y Clotario.

Extractado de ANQUETIL *por* M. G

CANTILLON.

[*Conclusion.*]

"Llegamos á una casa de pobre aparie llamo, y sale al cabo de los años mil una m portera refunfuñando. — El señor Dumon digo. — Ah! trae V. noticias de su hija? buenas.... Dónde es? — En el quinto piso, del pasillo. Subo los escalones de cuatro en tro; veo una puerta entornada; miro.... e en el cuarto un antiguo militar que ll sin hablar palabra, besaba una carta, y c ba un par de pistolas. Este debe ser el digo yo al verle, ó mucho me engaño.

"Abro en fin la puerta. Vengo de par la señorita María....

"Vuélvese el militar de repente, queda como un cadáver, y dice.... Mi hija!

— Pues! eso digo. ¿V. es sin duda el señ mont, antiguo capitan en tiempo *del otro?* zo con la cabeza señal de que sí. Pues caso, tome V. mi carta. La tomó.... no c que es exajeracion; tenia los cabellos tie bre la cabeza, y tanta agua le caia de la como de los ojos.

— Vive! dijo, vive, y tu amo la ha sal Condúceme acia ella al instante mismo, y toma....

"Busca en un cajon de la cómoda; coj tro ó cinco piezas de cinco francos que an por allí esparramadas, y me las pone en la Tómolas yo porque no pareciera que era h un desaire; echo una ojeada por el cuarto, para mi coleto: No estás tú mui sobrad digamos! Hago una pirueta, escurro la m detras de un busto del otro, y digo: Tanta cias, mi capitan!

— Estás pronto? Aguardando estoi ya. vamos; y dicho esto, empieza á bajar la es como un rayo, que aun no estaba yo en la y ya él habia llegado á la calle.

"En fin, entramos en el cabriolé. Sin crecion, mi capitan, le dije, ¿qué queria cer con aquellas pistolas que estaba V. c do? Y me respondió frunciendo las cejas una era para un miserable á quien Dios perdonar, pero á quien yo no perdonaré jam

— Bueno! dije yo para mí; ese es el pa la criatura. Y la otra?

— La otra era para mí!

— Mas vale que la cosa haya pasado a lástimas....

— Aun no se ha acabado todo, me dijo

* Con esta expresion suelen todavía los franceses design poleon. Esta frase tuvo origen durante la rigurosa reaccion debida en 1815 á la vuelta de los Borbones. T.

cuéntame cómo tu amo, Dios le bendiga! ha salvado á mi pobre María.

"Entónces se lo conté todo.... El pobre hombre sollozaba como un chiquillo. Oh! exclamó, dime el nombre de tu amo, á fin de que yo le bendiga, de que lo ponga en mi corazon al lado de otro nombre.

—El del otro, no es verdad?

—Oh! María, María! Y no hai peligro, es verdad? El médico responde de ella?

—No me hable V. de tal médico, porque es el mayor zoquete!....

—Pues cómo! Hai algun temor?

—No no; esto lo digo por mí; es solo relativo á mis narices....

"Llegamos en esto á casa de mi amo.

—Sostenme, amigo mio, me dijo el capitan; se me doblan las rodillas. Dónde es?

—Allí, en el segundo piso. No ve V. aquella luz?

—Oh! Sostenme, sostenme!!

"Pobre hombre! pálido estaba como un papel; le cojí del brazo, y miéntras andábamos juntos, oia yo latir su corazon como un reloj. Si fuese á hallarla muerta! dijo mirándome con ojos desencajados.

"En el mismo instante se abrió la puerta del cuarto del señor Eugenio, y oimos una voz de mujer que gritaba: Padre mio! padre mio!

—Ella es! ella es! exclamó el capitan; y aquel anciano que temblaba un momento ántes, se desprendió de mí como un muchacho, entró en el cuarto sin decir á nadie buenos dias ni buenas noches, y se precipitó acia el lecho de su hija, llorando y repitiendo: María, María! ángel mio!

"Cuando entré en el cuarto, era cosa que enternecia verlos en los brazos uno de otro, el padre frotando la carita de su hija con su cara de leon y sus bigotes canos, la enferma llorando, el señor Eugenio llorando, yo llorando. En fin, un aguacero.

—Es preciso dejarlos solos, nos dijo mi amo á la enfermera y á mí. Salimos en efecto los tres, y apénas estuvimos fuera, me coje aparte y me dice: Ponte de acecho para cuando vuelva del baile Alfredo de Linar, y dile que entre, que tengo que hablarle. Me planto de centinela en la escalera, y digo: No hai cuidado, no se me escapará.

"Al cabo de un cuarto de hora, oigo pasos en la escalera; era el señor Alfredo que subia cantando. Llégome á él con mucha cortesía, y le digo: Mi amo quisiera decirle á V. dos palabras.

—¿Y no hubiera podido esperar tu amo hasta mañana? me dijo con tono gruñon.

—Parece que no, pues....

—Bien, bien! Y dónde está?

—Aquí estoi, dijo el señor Eugenio, que nos habia oido. Hágame V. el favor, caballero, de entrar en este cuarto, y le indicaba el de la señorita María. Yo estaba como quien ve visiones.

"Abro la puerta, y vi al capitan que se estaba escondiendo en un gabinetillo; me hace señal con la mano de que no los deje entrar hasta que esté escondido, y digo en seguida: Pasen VV. adelante, caballeros: entra el vecino, mi amo se queda fuera conmigo, y cierra la puerta. Oigo una dulce voz que dice temblando: Alfredo! Oigo otra que responde asombrada: María, tú aquí!.... El señor Alfredo es el padre del chiquillo, digo callandito á mi amo. Sí, escuchemos.

"Al principio no oiamos mas que la voz de la señorita María, que lloraba y suplicaba. Al fin, oimos la voz del vecino, que decia: No, no, María, eso es imposible. Tú deliras.... yo no soi dueño de tomar estado.... dependo de mi familia, y seguramente no lo permitiria. Pero soi rico, y si á fuerza de oro....

"Entónces si que se armó un zipizape de mi flor! Allí fué ella!! Por no tomarse el trabajo de abrir la puerta del gabinete en que estaba escondido, el capitan acababa de echarla abajo de un puntapié. La señorita María lanzó un grito, y el capitan disparó un terno que válgame Dios! se venia la casa al suelo. Entremos! dijo mi amo.

"Y qué á tiempo!

"El capitan Dumont tenia al señor Alfredo debajo de su rodilla, y le retorcia el pescuezo como á un pajarito. Mi amo los separó.

"Levantóse el pobre caido, pálido, los ojos desencajados, rechinándole los dientes; ni siquiera echó una ojeada sobre la señorita María, que estaba desmayada; pero se acercó á mi amo, que lo esperaba con los brazos cruzados. Eugenio, le dijo, no sabia yo que su cuarto de V. era una caverna de asesinos; no volveré á poner los piés en él sino trayendo una pistola en cada mano. Está V? Así espero verle á V. — En efecto, le dijo mi amo, porque si viniese V. de otro modo, le haria salir al momento.

— Capitan, dijo el señor Alfredo volviendo la cara, no olvidará V. que tengo que pagarle una deuda.

— Y va V. á pagármela ahora mismo, porque no le he de dejar yo, vive Dios! ni un solo instante.

— Corriente.

— Ya empieza á amanecer, continuó el señor Dumont; puede V. ir á buscar sus armas.

— Yo tengo espadas y pistolas, dijo mi amo.

— Pues entónces se llevarán en un coche, repuso el capitan.

— Dentro de una hora, en el bosque de Bolonia! dijo el señor Alfredo.

— Está dicho, respondieron al mismo tiempo mi amo y el capitan. Vaya V. á buscar sus padrinos.

"En seguida se fué el señor Alfredo.

"Acercóse entónces el capitan al lecho de su hija, que todavía estaba desmayada; mi amo queria volver á llamar al médico. No, no, dijo el anciano, mas vale que lo ignore todo. María! hija de mi corazon! Si muero en el desafio, V. me vengará, caballero, y espero que no abandonará á la pobre huérfana, no es verdad? — Os lo juro por mi honor, respondió mi amo, echándose en los brazos del aflijido padre.

— Cantillon, tráenos un coche.

— Voi de un vuelo; iré con VV.?

— Sí.

"De nuevo abrazó el capitan á su hija, y dirijiéndose á la enfermera que la asistia: Socórrala V. ahora, la dijo, y si pregunta que adónde he ido, dígala V. que pronto estaré de vuelta. Ahora, amigo mio, salgamos.

"Entraron los dos en el cuarto del señor Eu-

genio, y cuando volví con el coche, ya me esperaban en la puerta de la calle; el capitan llevaba un par de pistolas en los bolsillos, y mi amo un par de floretes con punta afilada debajo de la capa.

— Cochero, al bosque de Bolonia.

— Amigo mio, dijo el capitan, si pierdo la vida, entregará V. esta sortija á mi pobre María: esta sortija fué de su madre, excelente mujer que está ahora gozando del Señor allá en la gloria.... Ademas, cuidará V. de que me entierren con mi cruz y mi espada; no tengo mas amigo que V., mas pariente que mi hija. V. y mi hija seguirán mi atahud al cementerio, y nada mas tengo que desear.

— A qué vienen esos pensamientos, capitan? Harto tristes son por vida mia para un antiguo soldado.

"El capitan sonrió tristemente. — Todo me ha salido mal desde 1815, amigo mio, le dijo, y una vez que V. me promete cuidar de mi hija, mas le vale un protector jóven y rico, que un padre viejo y pobre. Calló diciendo estas palabras, y como no se atrevió mi amo á hablarle mas por no aumentar su tristeza, ambos guardaron silencio hasta el lugar del desafío.

"A pocos pasos detras nos seguia un cabriolé en que venia el señor Alfredo con sus padrinos.

"Uno de estos se llegó á nosotros. — Cuáles son las armas del capitan? dijo.

— La pistola, respondió este.

— Quédate en el coche guardando las espadas, me dijo mi amo, y los cinco se internaron en el bosque.

"Aun no habian pasado diez minutos cuando oí dos tiros; ó el capitan ó su enemigo habian muerto, porque pasaron otros diez minutos de un silencio terrible.

"Yo me habia metido en el fondo del coche sin atreverme á mirar, cuando se abrió de pronto la portezuela.—Cantillon, las espadas, dijo mi amo.

"Cuando alargó la mano para tomarlas, vi que tenia en el dedo la sortija del capitan.

— Y.... y el padre de la señorita María?

— Muerto!

— Y estas espadas?

— Son para mí.

— En nombre del cielo, déjeme V. que le siga!

— Ven si quieres.

"Bajé del coche.... si V. viera! Tenia yo el corazon tan chiquito como un grano de mostaza, y temblaba de piés á cabeza. Mi amo entró en el bosque, y yo le seguí.

"No habiamos andado diez pasos cuando vi al señor Alfredo en pié, y riendo en medio de sus padrinos. Cuidado! me dijo mi amo, deteniéndome por un brazo. Di un respingo acia atras.... á poco mas pongo el pié sobre el cadáver del capitan.

"Mi amo echó sobre el pobre anciano, tendido sin vida en el suelo, una sola mirada; llegóse luego al grupo de los padrinos, dejó caer las espadas al suelo, y dijo: Vean VV., caballeros, si son iguales.

— Con que no quieren VV. dilatar la cosa hasta mañana? dijo uno de los padrinos.

— Imposible!

— Eh! no tengáis cuidado, compañeros, dijo el señor Alfredo; no estoi cansado. Pero beberé con gusto un vaso de agua.

— Cantillon, ve á traer un vaso de agua para el señor Alfredo, me dijo mi amo.

"La misma gana tenia yo de obedecerle que de que me ahorcaran. Pero el señor Eugenio me hizo ademan de que fuese yo al instante, y no tuve mas remedio que echar á correr acia la fonda que está á la entrada del bosque: en un santiamen ya estaba de vuelta. Presentéle el vaso, diciendo acá para mis adentros: Veneno se te vuelva, bribon! Tomó el vaso, y observé que no temblaba su mano; pero cuando me lo volvió, vi que le habia apretado tanto con los dientes que el canto estaba mellado.

"Durante mi ausencia se habia preparado mi amo para el desafío; solo se habia quedado con el pantalon y la camisa, cuyas mangas tenia remangadas hasta el codo. — ¿Nada tiene V. que mandarme? le dije acercándome á él. — Nada, me respondió; no tengo padre ni madre. Si muero (entónces escribió con lápiz algunas líneas en una hoja de su cartera), entregarás esto á la hija del capitan.

"Echó otra mirada sobre el cadáver del pobre anciano, y se adelantó acia su adversario, diciendo: Adelante!

— Pero V. no tiene padrino, observó el señor Alfredo.

— Uno de los de V. me hará el favor de serlo.

— Ernesto, pasa al lado del señor.

"Uno de los dos padrinos se puso junto á mi amo; cojió el otro las espadas, colocó á los dos adversarios á distancia de cuatro pasos, púsoles á cada uno una espada en la mano, las cruzó, y se apartó, diciendo: A ello, señores.

"En el mismo instante dieron los dos un paso acia adelante, y ambas espadas quedaron enganchadas una en otra hasta la empuñadura.

— Dé V. un poco atras, dijo mi amo.

— No hai para qué, respondió el señor Alfredo.

— Bien.

"Dió el señor Eugenio un paso atras, y volvió á ponerse en guardia.

"Pasé entónces diez minutos verdaderamente terribles. Giraban las espadas una al rededor de otra como dos culebras que pelean: solo el señor Alfredo tiraba estocadas: mi amo seguia con los ojos todos los movimientos de su espada, y paraba todos los golpes con tanta limpieza y serenidad como si estuviese ejercitándose en un asalto. Y yo! yo estaba que trinaba! Si hubiera andado por allí el criado del otro, me lo como!

"Continuaba entretanto el combate: el señor Alfredo reia con una expresion de amarga ironía: mi amo estaba cada vez mas sereno.

— Ah! dijo de pronto el señor Alfredo.

Su espada acababa de rozar el brazo de mi amo, sacándole un poco de sangre.

— No ha sido nada, respondió este; prosigamos.

"Yo sudaba cada gota como el puño.

"Acercáronse los padrinos; pero mi amo les hizo señal con la mano de que se retiraran. Aprovechóse su adversario de aquel movimiento para tenderse; llegó tarde la espada de mi amo para un quite de segunda, y la sangre corrió de su

recho. Tuve que sentarme junto á un
ı no podia tenerme en pié.
no obstante, el señor Eugenio conser-
ı su serenidad; pero por sus labios en-
ɔs se veia que tenia cerrados los dientes
mordiera algo. Caia el sudor de la fren-
adversario, y bien se conocia que iba
o fuerza.
mi amo un paso acia adelante; el señor
dió otro acia atras.
creí que V. nunca retrocedia, le dijo.
á tenderse el señor Alfredo; pero llegó al
ı tanta fuerza la espada de mi amo, que
enemigo se separó á un lado, como para
o: quedó por un instante descubierto su
la espada de mi amo se hundió en él
empuñadura.
endió su adversario el brazo, soltó la es-
solo quedó en pié, porque le sostenia la
ıtravesándole. Cuando la retiró mi amo,
el suelo de espaldas.
: he portado como hombre de honor? dijo
lrinos. Hicieron estos una señal afirma-
e acercaron al herido.
ónces me dijo mi amo:
ıelve ahora á Paris, y lleva un notario á
; que le encuentre sin falta al volver.
es para que haga testamento el señor Al-
ɔ merece la pena de tomarse ese trabajo,
í está revolcándose en el suelo como un
fuera del agua, y ademas echa sangre por
, lo que me da malísima espina.
ɔ es para eso, me dijo.
ıes para qué era? dije yo entónces, inter-
ıdo á Cantillon.
ıra casarse con la muchacha, me respon-
, y reconocer á su hijo.
lo hizo?
ɔmo un hombre. Luego me llamó á par-
: dijo: Cantillon, ahora vamos á viajar
ɔr y yo. Yo bien quisiera que te queda-
nosotros, pero ya debes conocer que tu
ia debe serle molesta.... Toma mil fran-
: doi mi cabriolé y mi caballo para que
e ellos lo que quieras. Y si alguna vez ne-
dinero, á nadie te dirijas mas que á mí.
tónces, como yo no tenia oficio ni benefi-
ıe hallaba con todo lo necesario para el
e metí á conductor de cabriolé.... Y esta
la historia.
lónde vamos ahora, mi amo?
mi casa; otro dia haré las demas visitas
faltan.
ıstanté me metí en mi cuarto, y escribí la
ı de Cantillon, tal cual él acababa de re-
la.

ıANDRO DUMAS. *Traducido por* E. de O.

ELEGIA.

: LA MUERTE DE LA DUQUESA DE FRIAS.

AL sonante bramido
l piélago feroz que el viento ensaña,
ızando atras del Turiá la corriente;
En medio al denegrido
Cerco de nubes que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el cárabo oscuro
Ayes despide entre la breña inculta,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de occidente se sepulta;
A los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frio,
Daré del mundo y de los hombres léjos
Libre rienda al dolor del pecho mio.
Sí, que el mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello mísero cargando
De uno en otro eslabon larga cadena,
No en jardin halagüeño,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna
Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira,
Que escenas solo de afliccion recuerdas;
Lira que ven mis ojos con espanto,
Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste!
Ven, lira del dolor: Piedad no existe.
No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¡Cuándo en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Mas digno fué y espléndido ornamento!
¡Y aquel mágico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mia!
Y qué? fortuna impía,
Ni su postrer adios oir me dejas?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
Ai! derramen sin duelo
Sangre mi corazon, llanto mis ojos.
¿Por qué, por qué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, señora?
¿Por qué al ménos contigo
La memoria fatal no te llevaste
Que es un tormento irresistible ahora?
¿Qué mármol hai que pueda
En tan acerba angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?
Aun resuena en mi oido
El espantoso obus lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron
A tu arribo marcial salva triunfante.
Con inmóvil semblante
Escucho amedrentado el son horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil á tus piés cayendo,
Y el agua que á su empuje se encumbraba,
Y hasta las altas grímpolas saltaba.
El dulce soplo de Favonio en tanto
Las velas hinche del bajel ligero,

Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
Salve, oh Deidad! del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada:
Salve, oh Deidad! de gozo enajenada
La ruidosa marina
Que á ti se agolpa y el batel rodea,
Levanta al cielo el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citerea.
Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gádes:
Absortas te envidiaron
El pié donoso y la mejilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito: no empero
Sentí en el alma el pasador agudo
De bastarda pasion, que á dicha pudo
Del honor y el deber la lei severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
¿Mas quién el homenaje
De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubria,
Que en cuerpo tan gallardo relucia,
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas, ai! qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Bétis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente,
Ya el primor ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavon matiza;
Ya la varia fortuna
Del cetro godo y del laurel romano;
O el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como el antiguo Encélado á una roca!
Pero otro don magnífico, sublime,
Mas alto que el ingenio y la hermosura,
Debiste al Criador, vivo destello
De su lumbre inmortal, alma ternura.
¿Cuándo, cuándo el gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazon? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apénas,
Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heroico hervir hacia.
Entónces agitado
Tu rostro angelical resplandecia
De mas purpúreo rosicler cubierto:
Del seno relevado
La extraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademan, los mal seguros
Acentos, la expresion.... Ah! Nunca
Tan insigne modelo
De estro feliz, de inspiracion divina,
Mostró Casandra en los dardanios m
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y solo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Solo á tu blando ruego
La amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor su herm
¿Quién sino tú, señora,
Dejando inquieta la mullida pluma,
Antes que el frio tálamo la aurora,
Entrar osara en la mansion del críme
¿Quién sino tú del duro carcelero
Ménos al son del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara Piedad, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heroico ejempl
Y que mi gratitud cuelgue en el tem
De la santa amistad digna cerona.
En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumia,
Cuando sordo á mis quejas
Rayaba apénas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo dia.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oido:
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta, estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos;
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atencion excita,
Que acia mí sin cesar la mano agita
Con labio mudo y sonreir funesto.
Salto del lecho, y sígole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.
Y á par que por oculto
Tránsito desparece
Como vision fantástica el Cerbero,
De nuevo extraño bulto,
Sombra confusa que se acerca y crece
La angustia dobla de mi horror prime
¡Mas cuál mi asombro fué cuando imp
A la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de *Piedad* divisa
Entre los pliegues del cendal flotante!
¿Por qué, por qué benigna,
Clamé bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, señora,
Esta morada indigna
Que tu respeto y tu virtud desdora?
Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,
Del placer celestial que el alma oprim
Hoi á tus plantas espirar consigo,
Mi fierro, mi prision, mi fin bendigo.
—A este oscuro aposento
No á que de pena ó de placer espires
La voz de la amistad mis pasos guia,
Sino á esforzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble

El que del crímen en su pecho sienta
El punzante aguijon; que al alma noble
Dó la inocencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni al son de los cerrojos se intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto será que el astro rutilante
Que jamas estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.
— Serálo, sí, lo juro;
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas, ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino.... No acabé; á deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo: Es tarde: baste ya, señora.
— Adios! adios! Del vulgo malicioso
Que al despertar del sol sacude el sueño
Temo el labio mordaz: adios te queda.
— Aguarda. —Adios!.... y en soledad sumido
Oigo, ai de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.
¡ Oh digno, oh generoso
Dechado de amistad! oh alegre dia!
¡ Y en dónde estás, en dónde,
Angel consolador, duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mia?
Gran Dios! ¡ y ni responde
D› su esposo infeliz al claro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
¡ Ni de su triste huérfana el lamento,
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternales!
Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En balde importunáis: hará el rocío
Del venidero abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrazó el estío;
Mas no esperéis que el túmulo sombrío
La devorada víctima devuelva,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oir que sordos ecos.
En él de bronce y oro,
Inclito vate, estallarán cinceles
Vuestro heroico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles....
Inútil afanar! La cien ceñida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasion.... En vano!
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo, encanto peregrino.
Mas ay! ¿ podrá su lira
Forzar las puertas del Eden divino?
¿ Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar en ti clavado?
A mas alto poder, mísero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirije
Que entre sollozos lúgubres exhalas;
Y al Ser inmenso que los orbes rije,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos; y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Dará benigno el cielo
Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.
Sí, que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

JUAN NICASIO GALLEGO.

EL ESPECTRO.

En las inmediaciones de Champery, ciudad de Saboya, estaba el antiguo palacio de Albertini. Un jóven llamado Barbarosa vino á parar algunos dias en él. Recibiósele cordialmente, y fuéle destinado un cuarto cómodo y elegante.

La familia Albertini y su jóven huésped, despues de haber pasado una noche mui agradable, se sentaron al rededor del fuego, y se divirtieron en contar historietas, ora sentimentales, ora novelescas, ora melancólicas, ora llenas, en fin, de acontecimientos sobrenaturales y sorprendentes.

Retiróse todo el mundo á las doce y media, y Barbarosa se recojió á su habitacion. Era una hermosa sala en el piso bajo con tres puertas: la primera daba á un gabinetito á la derecha, cuya ventana caia al patio; la segunda á otra pieza de la izquierda, cuya ventana daba á un bosque pintoresco, y la tercera era la misma por la cual acababa de entrar Barbarosa en su habitacion, despues de haber atravesado un prolongado cuarto y obscuro corredor.

Barbarosa con la imaginacion llena de las relaciones fantásticas de aquella noche, puso su luz sobre la mesa, miró al rededor de sí, vió un excelente fuego en la chimenea, al lado de la cual yacia vacío un magnífico sillon, y como no tenia las mayores ganas de dormir, sentóse y probó á pasar revista en su memoria á cuantos cuentos é historias acababa de oir. En unas hallaba gran verosimilitud, muchos absurdos en otras. La pesada campana del reloj de palacio dió las dos: Barbarosa apénas hizo alto en esta circunstancia; tan profundamente absorto estaba en sus meditaciones.... Pero de repente sale de su estupor á causa de un ruido extraordinario que salia del gabinete de la derecha. Escucha atentamente, y oye de tiempo en tiempo pasos claros y distintos sobre el piso de madera. Diríjese entónces sin ruido acia su cama, toma sus pistolas que tiene debajo de la almohada, colócalas sobre la mesa, vuelve á su sillon.... y todo queda sepultado de nuevo en un silencio sepulcral: solo se oia el viento silbar en torno del palacio, y conmover la antigua torre del reloj.

Barbarosa tenia clavados los ojos en la puerta del gabinete de la derecha, y cuando acababa de echar de ver por primera vez que estaba entreabierta, un golpe furioso la abrió de par en par. La luz pareció azulada, y la lumbre medio apagada.

Espantado Barbarosa, se levanta, pronuncia para sí una oracion ferviente, y vuelve á sentarse. De allí á poco óyese de nuevo el ruido, levántase otra vez precipitadamente Barbarosa, echa mano á sus pistolas, y permanece inmóvil en seguida.... grandes gotas de sudor frio corren por sus mejillas. No oyendo nada, empezaba á reponerse del pasado susto, cuando se renuevan los pasos y el ruido.... Desesperado el infeliz, invoca la proteccion del cielo, monta sus pistolas, é iba á dispararlas ya acia el misterioso gabinete, cuando le pareció oir un gran trueno que rasgaba el firmamento y sacudia la alta torre del reloj. Los golpes profundos y sonoros de la campana dieron las tres: sus ecos hondos vibraban debilitándose á los oidos de Barbarosa. Entónces un espantoso grito le aterró.... y hé aquí el horrible espectro que se adelanta con altivez acia el medio de la pieza. A tan súbita aparicion, Barbarosa, poseido de asombro y de terror, cae todo convulsivo en el sillon.

La fantasma viene armada de piés á cabeza, y cubierta toda de plumajes ó ropas negras: sobre su cabeza ondea una pluma negra majestuosamente: en vez de guante, lazo, banda ó favor de esta especie de alguna dama, lleva al cuello una especie de corbata roja como de sangre, y sobre la erguida frente una especie de flámula del mismo color: ninguna arma trae ofensiva; pero cubren sus hombros dos especies de rodelas hechas de plumas de algun extraño pájaro. La fantasma, en una palabra, traia botas y espuelas; miraba fijamente á Barbarosa con ojos de fuego; levantaba sus rodelas, sacudialas violentamente sobre sus lomos, exhalando al mismo tiempo enérgicas exclamaciones.

Entónces fué, y solo entónces, cuando se acordó Barbarosa de que no habia cerrado por la mañana la ventana del gabinete que daba al patio donde estaba el gallinero: de resultas de tan culpable negligencia, un enorme gallo negro se le habia metido por las puertas adentro, causando á aquella hora en su acalorada imaginacion tan horrible desórden y sobrecojimiento.

El Diorama.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Amianto. El arte de hilar esta sustancia fósil é incombustible fué conocido de los antiguos orientales, de los Griegos y de los Romanos, quienes se servian de la tela que hacian de amianto para envolver y quemar en ella los cuerpos de sus reyes, á fin de que sus cenizas no se mezclasen con las de la hoguera. Plinio asegura que este lino incombustible era extremadamente caro, y que su precio iba á la par con el de las mejores perlas. El secreto de hilar el amianto como antiguamente, parece que le volvió á encontrar en 1805 una señora italiana, llamada Leni Perpenti.

Anatomía. Los primeros conocimientos anatómicos se hacen remontar á la mayor antigüedad, y se atribuyen á los Egipcios, por la costumbre que tenian de abrir los cadáveres para extraerles ciertas partes internas, y embalsamarlos. El filósofo Alcmeon de Crotona, que fué el primero que escribió sobre la física, se dice que tambien hizo por primera vez la anatomía de algunos animales. Parece que los primeros que hicieron anatomía sobre cuerpos humanos fueron Herofilo de Calcedonia, que segun el Diccionario histórico vivia 570 años ántes de Jesucristo, y Eristrato; por lo que son mirados como los fundadores de esta ciencia, la que ha sido aclarada muchos siglos despues por el médico flamenco Vesel, que murió en 1364. La anatomía artificial ó en cera fué inventada por el siciliano Cayetano Zumbo, acia el año 1700.

Ancora. Su invencion es quizas tan antigua como la navegacion; pero hai diversas opiniones acerca de su inventor. Plinio cree que lo fueron los Tirrenos; y Pausánias dice que fué Mídas, hijo de Gordio. Las primeras áncoras eran de piedra y de madera, y solo tenian un gancho ó diente, hasta que despues de algunos siglos parece que Anacársis inventó la de dos.

Andres. (Orden de san) Fué instituida en Rusia por Pedro el Grande en 1698 para animar á su nobleza y oficiales á la guerra contra los Turcos. El motivo de elejir á san Andres por su patron fué porque, segun la tradicion, este apóstol fué el que plantificó el cristianismo en Rusia. La insignia es una cruz de san Andres con la imágen de este santo. Bajo el mismo título fué criada una órden militar en 1534 por Jaime V, rei de Escocia.

Anemómetro. Es un instrumento inventado en el siglo XVII por el arzobispo Huet para medir la direccion, duracion y velocidad de los vientos. Despues se han inventado algunos otros mui ingeniosos.

Anillo. Su uso es mui antiguo: en los primeros tiempos era señal de esclavitud ó sujecion; posteriormente fué un adorno para ambos sexos. En Roma el esposo enviaba ántes del matrimonio á la esposa un anillo de hierro sin piedra, para demostrar la duracion de su union. Los Cristianos adoptaron desde el principio la costumbre del anillo nupcial: el de los obispos comenzó en el siglo quinto.

Anteojos. El descubrimiento de los anteojos es uno de los mas preciosos para la humanidad. Los hai de muchas clases: los mas simples son los llamados antiparras ó gafas, cuya invencion se ha atribuido sin pruebas suficientes al monje Rogerio Bacon; pero se tiene por mas cierto que su inventor fué Alejandro Despina ó Spina, religioso domínico de Pisa, que murió en 1313. Otros pretenden que esta invencion se debe á un florentino llamado Salvino de Armati, que falleció en 1317. Los Ingleses han inventado unos anteojos que sirven para de noche, y con ellos ven desde mui léjos y en medio de la oscuridad los buques, las costas, la entrada de un puerto, &c. El autor de la invencion fué el doctor Hook; y aunque los objetos se ven al reves, este inconveniente es pequeño para los que se acostumbran al tal instrumento.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

Lito calle de Belhermitas n°11.

LOS AMANTES DESVENTURADOS.

DEL ESTUDIO

DE LA

GEOGRAFIA.

incipal fin de toda ciencia es extender los del entendimiento humano, ilustrarlo disi- las tinieblas de la ignorancia, y abrir nue- deros al saber, ninguna abraza, en mi con- n círculo mas vasto, ni presenta una com- n mas variada de tan apreciables objetos Geografía.

principios fundamentales son de la mayor l en todos los estados y condiciones de la por otra parte, saber bien cuáles son las di- s de la tierra y del agua; las subdivisiones erios, reinos y estados; los nombres de los y su respectiva situacion, es un ramo de es posible carecer sin estar dominado de i culpable ignorancia y desaplicacion: con sta parte de la Geografía es una de las mé- portantes, pues con ella solo se enriquece oria, en tanto que el discurso queda inerte, naginacion adormecida. Pero cuando del niento de los nombres y términos propios ciencias pasamos á su elevada contempla- uando consideramos la tierra poblada de di- aciones, y conocemos sus hábitos y religion, gresos y forma de gobierno, entónces la fia se reviste de una forma mas agradable, la mente de ideas grandiosas y sublimes. cuando esta ciencia se considere única- omo importantísima al comercio, no es por nos interesante su adquisicion. Mui útil duda conocer las producciones naturales triales de los diferentes paises, sus importa- y exportaciones; pero aun nos resta mu- saber; debemos amplificar nuestros con- por medio del exámen comparativo de los s y sus costumbres; debemos seguir las del orígen é influencia de las leyes, los e- e la civilizacion, y los diversos modos de todas sus anomalías y variedad de for- miéntras nos remontamos á tan sublimes cadas observaciones, de lo bueno podemos máximas propias para poder reglar nues- ducta ó ilustrar á los demas, y de lo malo r á evitar los funestos errores que la fragi- la preocupacion del hombre han esparcido digamente por el orbe entero.

pecto del tártaro y el hotentote, que apé- asan, que casi casi ni aun la figura tienen racionales, y que tan distantes se hallan vilizacion y refinamiento de nuestras so- s, nos hará conocer lo que es la naturale- l poderoso auxilio del arte y de la cien- absurda teología de las naciones bárba- donde una figura extravagante fabricada ombre mismo, una serpiente ó un despre- nsecto son el objeto de un falso culto, nos preciar la sublimidad de nuestra religion, ne por fundamento la conviccion inti- que hai un Dios que reune á las per- s todas un poder sin límites, y á quien emos como causa única de todo cuanto las instituciones de muchos pueblos incul- os que el hombre se mira reducido á la degradante condicion de esclavo, y donde el capricho mas bien que la justicia es la norma incierta que se sigue, nos enseñarán la estimacion que debemos á un gobierno que jamas se desvie un punto de la lei, y que esté sostenido por el mismo órden social.

Si las preocupaciones se han apoderado de nuestro corazon, nada hai ciertamente tan á propósito para arrancarlas de raiz, como observar las diferencias que realmente existen entre otras naciones y la nuestra, por la desemejanza de costumbres y de leyes mejor adaptadas en un pais que en otro á su situacion, clima y demas circunstancias locales.

Es seguro indicio de mui pobre ingenio y de una alma bien mezquina atribuir todo lo bueno exclusivamente al pais en que nacimos, y negar su mérito á todos aquellos que no piensan ni obran de la misma manera que nosotros; pero amar á nuestra patria de todo corazon, estudiar para promover sus adelantos, y hacer célebre su nombre, son cosas que nos ennoblecen al mismo tiempo como hombres y como ciudadanos.

Bajo todos estos aspectos, la geografía filosófica, si se la puede llamar así, estudiándola como es debido, sirve de instructor y guia; en una palabra, es la ciencia de la vida y las costumbres, de las leyes y el gobierno, y tan útil al hombre como rico ornato para el estudioso.

Traducido del ingles para el Repertorio, por L. M. de C.

Los amantes desventurados.

A darte vengo aquí el adios postrero:
Al grito de la patria voi lijero
Al campo del honor.
La libertad sagrada
Defenderá mi espada
Sin olvidar mi amor.

Este que yo te entrego bello ramo
De *mirto* dice bien lo que yo te amo,
Mi querida Leonor.
No temas que yo olvide
Lo que tu amor me pide,
Lo que pide mi honor.

El *amor en la ausencia* el mirto explica
Con su verdor y su fragancia rica:
Mi amor no menguará:
Y si el hierro enemigo
Acabare conmigo,
Tu amor no morirá.

Adios, Leonor, adios; un fiel traslado
De tu divino rostro va grabado
Aquí en el corazon:
No pienses que la ausencia
Con maligna influencia
Destruirá mi pasion.

Con estos versos se despidió de su querida el jóven D. Luis en la ciudad de Santiago, capital de Chile, pocos dias ántes de ir á reunirse á sus banderas. Los españoles, aprovechándose de las disensiones

que habia entre los jefes patriotas, reclutaron y disciplinaron nuevas tropas, y atacaron la poblacion de Rancagua el dia primero de octubre de 1814. El general D. Juan José Carrera y sus tropas se defendieron con valor durante cuarenta y ocho horas, y cuando despues de haber consumido sus municiones, se vieron obligados á evacuar la plaza, se abrieron paso con la espada en mano por medio de sus enemigos. El general Carrera y sus dos hermanos, O'Higgins y otros muchos ricos ciudadanos, entre los cuales estaba el jóven amante de Leonor, atravesaron las cordilleras, dejando al general español Osorio en posesion de todo el territorio de Chile.

La primera noticia que llegó á los oidos de la hermosa Leonor, cual acontece en semejantes ocasiones, fué la muerte de su amante, y como él no tuvo medios de hacer saber á su querida que aun vivia para amarla, ella quedó en la mayor incertidumbre. Esto favorecia extraordinariamente los planes de un rival de D. Luis, llamado D. Baltasar, hombre de mal carácter, avariento y sanguinario; y no falta quien diga que él fué el inventor de la noticia de la muerte de aquel valiente jóven.

Entre tanto D. Luis llegó, despues de mil trabajos, á Buenos Aires, y pasado algun tiempo se embarcó allí en compañía del general Carrrera para los Estados Unidos, á donde fueron con designio de solicitar socorros para libertar su patria.

Leonor, jóven de 18 años sumamente rica, habia perdido sus padres, y vivia en la compañía de un tio llamado D. Basilio, hombre de bien á carta cabal. Era solteron, y no podia tolerar que un jóven se casase ántes de los treinta años. Solo por este motivo se habia opuesto al casamiento de su sobrina con D. Luis, habiendo quedado por último definitivamente arreglado cuando este partió para el ejército, que luego que saliese á capitan se habia de casar con Leonor. Como ya era teniente, instruido, valiente y tenia buenas relaciones, esperaba que ántes de seis meses podria conseguir el ascenso apetecido; mas la fatal accion de Rancagua echó por tierra todos sus halagüeños proyectos.

Durante este tiempo D. Baltasar hacia la corte asiduamente á D. Basilio, y no perdonaba medio para caer en gracia, y merecer que Leonor aceptase sus obsequios. Pero esta linda jóven, ademas del aborrecimiento que le tenia, porque conocia su carácter perverso, habia tomado la resolucion de no casar con otra persona que no fuese D. Luis. No podia creer que él hubiese muerto, y al mismo tiempo no sabia cómo conciliar su silencio. Veinte meses habian corrido desde la separacion de los dos amantes; la salud de Leonor declinaba visiblemente: su único gusto era ir á un elegante jardin que tenia en su propia casa, y cuando se sentia cansada sentábase en un sofá, teniendo un ramo de mirto en sus dos manos, y en esta postura, entregándose enteramente á su pasion, y llorando muchas veces, repetia los versos con que se despidió su querido.

Un dia en que ella estaba como se acaba de decir, mas triste y abatida que de costumbre, vino rebosando en alegría una prima suya á ser la mensajera de felices nuevas. Pero observando que estaba reclinada en el sofá, se fué llegando despacito por detras, y cuando se puso justamente en contacto con él, levantó su hermoso brazo por encima de la cabeza de Leonor, teniendo una carta de D. Luis entre sus dedos, y sin decir palabra la dejó caer en el regazo de su prima. Sobresaltóse Leonor con tan inesperado accidente, vió la carta, reconoció la letra, abrióla, leyó su contenido, y entónces supo que muchas y muchas cartas habia escrito anteriormente, sin que ninguna hubiese llegado á sus manos, y concluia dando esperanzas de una pronta entrevista; mas pedia en esto la mayor reserva.

Dos meses despues del recibo de esta carta, estando una noche de verano juntas las dos primas, se presenta á ellas un hombre; á pesar de su disfraz, Leonor reconoce en él á su amante, y teme por su vida. D. Luis cuenta el objeto de su venida, el cual era para preparar los ánimos de los patriotas, y combinar los medios de ponerse en comunicacion con San Martin y O'Higgins, que estaban preparando una expedicion para libertar su patria. Esta entrevista duró cerca de una hora, y fué repetida tres noches consecutivas; mas en la última, cuando se retiraba para su domicilio oculto, fué agarrado por cuatro hombres.

D. Baltasar, que ardia en rabia por verse despreciado de Leonor, no solamente habia interceptado las cartas de D. Luis, sino que tenia espías que observaban quién entraba y salia de la casa de D. Basilio, y sospechando que pudiese ser su feliz rival, quiso él mismo ir con tres hombres á certificarse. Luego que descubrió que era el que sospechaba, alegróse su corazon de tigre, y en aire de triunfo lo llevó preso á la presencia del general Osorio. Este mandó que se hiciese una sumaria informacion, por la cual apareció ser D. Luis espía y conspirador, y como tal, condenado á perder la vida en un cadalso. Felizmente para el amante de Leonor el secretario del general, hombre de mucha influencia en el pais, se acordaba que tres años ántes D. Luis le habia salvado la vida en circunstancias mui parecidas, y quiso satisfacer esta deuda. Tanto hizo y trabajó, que consiguió que D. Luis fuese llevado preso á Valparaiso, y de allí embarcado al Callao, para que el virei del Perú resolviese lo que mejor le pareciese. Efectivamente, llegó á Lima, presentó las cartas que le dió el secretario de Osorio, y estas le valieron no solo el perdon, sino que debajo de su palabra de honor pudiese pasearse por las calles de la capital.

D. Baltasar en vista de esto trató de traidor al secretario, y armó una intriga para perderlo; mas este supo de tal modo envolver á su enemigo, que á poco tiempo consiguió que aquel infame saliese desterrado á cuarenta leguas al interior. D. Baltasar tuvo que ceder á la fuerza; al cuarto dia fué asaltado por una partida de indios, y asesinado en medio del camino.

D. Luis continuó en Lima, hasta que de resultas de haberla evacuado el virei La Serna, entró en aquella ciudad el general San Martin en el mes de julio de 1821. Entónces se embarcó en el Callao, y en el mes de setiembre llegó á Santiago. Despues de tantos trabajos y peligros, querido de sus compañeros, estimado de sus superiores, con el empleo de coronel, iba á ver recompensada su constancia, uniendo sus destinos á los de su querida Leonor con los sagrados vínculos del himeneo.

ı Dios en sus impenetrables juicios habia re-
ɔtra cosa bien diferente! La constitucion
e Leonor sufrió un terrible choque cuando
nte fué preso y condenado á perder la vida.
entónces fué decayendo su salud. La pro-
ı ausencia de D. Luis dió mas fuerza á su
de ánimo. Para colmo de males, pocos
tes de desembarcar su amante en Valparai-
lióse un buque en la costa, y perecieron al-
oficiales: creyóse generalmente que uno
ı era el amante de Leonor, y esta falsa no-
celeró la muerte de aquella interesante

e tanto llega D. Luis á Santiago, ignoran-
riste estado de su querida; corre á casa de
ve la consternacion pintada en el semblan-
dos. La prima de Leonor sale á recibirle, y
as palabras le cuenta como su prima muere
ı de la pasion que le tiene: al mismo tiempo
lida que su vista podria ser aun remedio efi-
ra su mortal dolencia, lo conduce á la pre-
de la enferma. D. Luis hizo un violento
o para contenerse: así que le vió Leonor,
suspiro, y pidiéndole la mano, le dijo:
zgué que habias muerto, y esta idea era bas-
ara desear unirme contigo en el otro mun-
que el destino se oponia á nuestra union en
Ahora, una vez que mi mal no permite que
an las ceremonias de nuestro casamiento,
en presencia de estos testigos un abrazo en
nio de la voluntad que me anima de ser tu
." — "Y yo tu esposo, mi adorada Leonor,"
dió D. Luis con la mayor agitacion.— "El
unque tarde se ha dignado oir mis ruegos,
ı enferma: Dios mio, recibid en vuestra
n celestial el alma de vuestra humilde sier-
Y pronunciando estas últimas palabras, voló
a á la morada de los justos.
ı dias despues, D. Luis fué enterrado al la-
u querida Leonor; y el pueblo todo de San-
loró y admiró la constancia y la pasion de
amantes desventurados.

Jose de Urcullu.

ABUZAID.

CUENTO ORIENTAL.

ı, hijo de Hanuth, ocupaba el primer puesto
os emires y visires, hijos del valor y de la
ía, que asisten en los ángulos del trono ín-
ıra servir en la paz y la guerra á la glorio-
eridad de Timur. Morad, en premio de
ıañas en muchas batallas y sitios, obtuvo el
ıo de una provincia; y las oraciones de sus
ıtes, á quienes habia hecho felices su admi-
ion, elevaron hasta las torres de Agra la
e su moderacion y sabiduría. El empera-
lamó á su presencia, y puso en su mano la
el tesoro y el sable del poder. La voz de
resonó desde las rocas del Tauro hasta el
Indico, y en su presencia todas las len-
nmudecian, todos los ojos se inclinaban.
ad vivió muchos años en la prosperidad;
ia aumentaba su riqueza, y extendia su in-
flujo. Los sabios repetian sus máximas, los caudillos aguardaban sus órdenes. La emulacion se ocultó en la caverna de la envidia, y el descontento se estremecia de sus propias murmuraciones. Pero la grandeza humana es breve y transitoria, como el olor del incienso consumido por el fuego. El sol se cansó de dorar con su luz los palacios de Morad; las nubes del pesar se acumularon en torno de su cabeza, y la tempestad del odio se desató, rujiendo sobre su morada.

Morad vió acercarse apresuradamente su ruina. Los primeros en abandonarle fueron sus poetas, y no tardaron en hacer lo mismo todos aquellos á quienes pagaba para que contribuyesen á sus placeres: ya solo se veian en su casa unos pocos cuyas virtudes habian merecido justamente sus favores. Morad conoció su peligro, y se postró al pié del trono. Sus acusadores se mostraban altivos y confiados, sus amigos se contentaron con permanecer en una fria neutralidad, y por fin la voz de la verdad quedó sofocada por las vociferaciones de la calumnia. Despojaron á Morad de su poder, priváronle de sus adquisiciones, y le condenaron á pasar el resto de su vida en sus posesiones hereditarias. Morad estaba ya tan acostumbrado al bullicio y á los negocios, á los pretendientes y lisonjeros, que no sabia cómo emplear sus horas en la soledad. Cada mañana veia con sentimiento salir el sol á imponerle un dia ocioso, y envidiaba al salvaje que vaga en el desierto y tiene que ocuparse continuamente en proveer á sus necesidades, de modo que ó pasa el tiempo en perseguir á su presa, ó en dormir fatigado en su guarida.

Sus disgustos viciaron su constitucion, y le atacó una fiebre lenta. Negóse á los remedios y al ejercicio, y yacia en su lecho impaciente y sin descanso, mas temeroso de la muerte que deseoso de la vida. Sus criados al principio duplicaron sus afectuosas atenciones; mas viendo que su celo no suavizaba el mal humor de Morad, ni su exactitud le satisfacia, se entregaron al ocio y descuido, y el que habia gobernado naciones se vió mas de una vez sin un criado que le sirviese.

En este melancólico estado envió á llamar á su hijo Abuzaid, que servia en el ejército, y alarmado al saber la enfermedad de su padre, voló á verle. Aun vivia Morad, y recobró una fuerza pasajera con los abrazos de su hijo: hízole sentar al lado de su cama, y le dijo: "Abuzaid, tu padre nada tiene ya que esperar ó temer de los habitantes de la tierra. La fria mano del ángel de la muerte le oprime, y el sepulcro voraz reclama su presa. Oye pues los preceptos de una larga experiencia, y que mis últimos consejos no sean inútiles. Tú me has visto feliz y miserable, has presenciado mi exaltacion y mi caida. Mi poder está en manos de mis enemigos, y mis riquezas han sido galardon de mis acusadores; pero la clemencia del emperador me ha conservado mi patrimonio, y su cólera no ha podido quitarme la sabiduría. Vuelve los ojos al rededor de ti, y cuanto veas ha de ser tuyo dentro de pocos minutos. Aplica tu oido á mis consejos, y estos bienes producirán tu felicidad. No aspires á honores públicos, no entres en los palacios de los reyes: tu riqueza te hace superior al insulto, y tu moderacion te hará inferior á la envidia. Conténtate con la dignidad privada, esparce tus riquezas en-

tre tus amigos, extiende cada dia tu beneficencia, y no dejes reposar tu corazon hasta que te amen cuantos te conozcan. En la cumbre de mi poder dije yo á la calumnia: Quién te escuchará? y al artificio: Qué puedes hacer? Pero, hijo mio, no desprecies la malicia aun de los mas débiles: acuérdate de que la ponzoña suple á la fuerza, y de que el leon suele morir por la picadura de un áspid."

Morad espiró pocas horas despues. Abuzaid, pasados los meses de luto, trató de arreglar su conducta á los preceptos de su padre, y de cultivar el amor de todos los hombres. Consideró con prudencia que la felicidad doméstica era la primera cosa que debia asegurar, y que ningunos tienen tantos medios de hacer bien ó mal como los que asisten á las horas de negligencia, oyen los raptos de la irreflexiva alegría, y observan los impulsos de las pasiones. Aumentó pues el salario á todos sus criados, y pagó con dones liberales sus esfuerzos extraordinarios. Pero cuando se congratulaba con la fidelidad y afecto que suponia en su familia, le espantó una noche el asalto que le dieron unos ladrones, los que presos declararon que un criado los habia introducido: el criado confesó que les habia franqueado la puerta porque tenia las llaves otro que no era mas digno de confianza.

Así se convenció Abuzaid de que no es fácil convertir á un dependiente en un amigo, y de que cuando muchos solicitaban el primer lugar en su afecto, cuantos no lo obtuviesen habian de quedar disgustados. Resolvió pues asociarse con unos cuantos jóvenes sus iguales en rango, escojidos entre las principales familias de la provincia. Con ellos vivió feliz algun tiempo, hasta que la familiaridad les quitó toda restriccion, y cada cual se juzgó autorizado para entregarse á sus caprichos y sostener sus opiniones. Incomodáronse entónces unos á otros con la contrariedad de sus inclinaciones y diferencia de sus sentimientos, y Abuzaid tuvo que ofender á algunos con su parcialidad, ó á todos con su indiferencia.

Determinó despues no unirse estrechamente con seres tan discordes, y obrar en un círculo mas vasto. Trataba á los hombres con universal cortesía, convidaba á todos á su mesa, y á ninguno admitia en su intimidad. Muchos á quienes habia negado su amistad desdeñaron luego su trato. Cada uno de los que venian á su mesa, atraidos por su abundancia y magnificencia, queria introducirse en su intimidad, se juzgaba confundido entre la muchedumbre, y se quejaba de que no le distinguian. Poco á poco fueron insinuándose todos, y todos encontraron igual negativa. Entónces la mesa se cubria en vano de platos exquisitos; la música resonaba en salones vacíos, y Abuzaid, reducido á la soledad, quedó en disposicion de formar nuevos planes de placer ó tranquilidad.

Ya resuelto á probar la fuerza de la gratitud, solicitó algunos sabios cuyo mérito estuviese oscurecido por la pobreza. No tardó su casa en llenarse de poetas, escultores y pintores, que nadando en inesperada abundancia, ejercitaron todas sus facultades para celebrar á su protector generoso. Mas á poco tiempo se olvidaron de la miseria en que ántes yacian, y empezaron á considerar á su patron como un hombre limitado, que se estaba engrandeciendo con obras de cuya ejecucion no era capaz, y que estaba sobrada pagado con que ellos se dignasen aceptar s neficios. Abuzaid oyó sus murmuracione despidió, y desde entónces quedó ciego á l gia de los colores, y sordo á la harmonía d negírico.

Cuando salian los artistas despedidos, m rando contra su patron arrepentido amena perpetua infamia, Abuzaid, que estaba en la ta, llamó á uno de ellos, que era poeta. met, le dijo, tu ingratitud ha terminado mis ranzas y experimentos. Ya he conocido la dad con que se afanan los que desean ser r pensados por la benevolencia humana. P determino ejercitar la virtud, y huir del vici contemplar la opinion de los hombres, y est suelto á no solicitar mas aprobacion que supremo Ser, único á quien estamos seguro gradar con solo procurarlo."

JOSE MARIA HEREDIA

ILUSIONES.

I.

Oh! ¡cuánto es grato en la cal
de la noche silenciosa,
cuando la luna amorosa
lanza trémula su luz,
Por la superficie llana
del mar, dó su rayo brilla,
volar en breve barquilla,
solo, en plácida quietud!

II.

¡Ver las ondas azuladas
por la prora divididas,
en espuma canvertidas,
en torno de ella bullir;
Y en el encendido surco
que tras sí la barca deja,
ver cual hirviendo se aleja
una onda, y otras, y mil!....

III.

El silencio de la noche
y de los tendidos mares,
siempre alivio en sus pesares
dieron al triste mortal;
Al que sin amor maldice
su existencia de contino;
al que condenó el destino
á interminable ansiedad.

IV.

El amador engañado
ve en las ondas inconstantes
las mudanzas incesantes
de un corazon desleal.
Ora apacible las mira
adormir su movimiento,
ora encrespadas del viento
crudas la playa azotar.

V.

Cuando aislado en los mares
oigo el suspiro del viento,
del alma endulzarse siento
el angustiado dolor.
Paréceme que responde
á mi acento lastimado,
cual eco dulce, enviado
del cielo consolador.

VI.

Otras veces me figuro
que trae á mi triste oido
el suspiro arrepentido
de la que infiel me olvidó;
De la que en mi tierno pecho
movió la pasion primera,
y despues con alma fiera
tan cruelmente me engañó.

VII.

Del mundo entonce olvidado
en mi ciego desvarío,
contémplola al lado mio
implorando mi perdon....
¡ Ilusiones, ai ! mentidas
que me halagan un momento,
y acrecen mas mi tormento
al disiparse veloz !

VIII.

¿ Por qué en tan dulces instantes
los mares no me sepultan,
y entre sus ondas ocultan
mi helado cuerpo, ai de mí ?....
Terminaran con mi vida
mis penas y mi amargura,
y en mis sueños de ventura
muriera entónces feliz.

A. Turla.

HECHICEROS EN MÉJICO.

El *Dia* del 24 de mayo del presente año de
se lee lo siguiente:
Se nos ha asegurado por varias personas fide-
as, que en la doctrina de Huehuetlan, curato
te departamento (*Oajaca*), quemaron los in-
en la semana pasada á tres individuos (dos
res y una mujer) porque dieron en que eran
ceros, y que por ellos habia entrado en el pue-
epidemia de viruelas. Las tres víctimas
ices de la mas brutal supersticion, fueron a-
das por un tropel, á la media noche, y con-
las entre mil golpes y tropelías al lugar del
ficio fuera de la poblacion. Allí fueron ata-
or los piés, y colgados boca abajo sobre una
de hoguera que de antemano tenian prepara-
Toda la noche duraron los verdugos en su
de fe, hasta que quedaron reducidos á carbon
uerpos de aquellos miserables, que como es
ponerse, espirarian en los mayores tormentos
esperacion".

MANUEL GARCIA.

Manuel del Pópulo Vicente García nació en Sevilla el 21 de enero de 1775. A la edad de seis años entró de seise en aquella catedral, donde aprendió los primeros rudimentos de la música, que le enseñaron D. Antonio Ripa y D. Juan Almarcha. No habia aun teatro en Sevilla en aquella época; pero la música sagrada gozaba grande estimacion. El jóven García, dotado de una voz de las mas agradables y de una extraordinaria inteligencia musical, sobresalió bien pronto, y á la edad de diez y siete años gozaba tal reputacion como cantor, como compositor y como director de orquesta, que su habilidad se extendió por varias poblaciones de Andalucía. El empresario del teatro de Cádiz le llevó á aquella ciudad, donde se estrenó con una tonadilla, en la cual ingirió algunos pasos compuestos por él. Como cantor obtuvo la aprobacion pública: su voz era un tenor hermoso, mui flexible y de mucha extension, particularmente en las notas altas; pero se veia tan atado en la escena, que aun los mas perspicaces no habrian podido descubrir el gérmen de talento dramático que tanto le ha ensalzado despues.

Pasó á Madrid, y se presentó por primera vez en un *oratorio*, única clase de diversion permitida entónces en España en tiempo de cuaresma. Los apasionados á la música le recibieron con la mayor benevolencia por su habilidad.

Despues de una larga permanencia en Madrid, donde cantó y compuso varias tonadillas, marchó á Málaga, en cuya ciudad compuso su primera ópera *El preso*, cuya parte poética es una imitacion de la pieza francesa *Le prisonnier, ou la Ressemblance*; y aunque le cojió la epidemia, que por aquel tiempo causó tantos estragos en aquella ciudad, tuvo la gran felicidad de escapar de tan terrible azote. A su vuelta á Madrid puso en moda las óperas en uno y dos actos, semejantes á las que por entónces se representaban en Francia. La mayor parte de los poemas que puso en música, eran traducidos del frances: los otros los compuso él mismo, en compañia de Bravo, literato de bastante mérito en aquel tiempo. Hé aquí el título de algunas de sus primeras óperas: *El preso por amor*, monólogo en un acto; *El Posaderol; Quien porfia mucho alcanza*, ópera en un acto; *el Reloj de madera; el Criado finjido*, en un acto; *el Cautiverio aparente*, en dos actos; *Los ripios del maestro Adan*, en un acto; *El hablador; Florinda*, monólogo; *El poeta calculista*, en un acto. Todas estas óperas se representaron sucesivamente en todos los teatros de España con buen éxito. García era uno de los pocos actores españoles que han compuesto música puramente nacional, la que tiene una fisonomía enteramente particular, y cuyo estilo es mui diferente del de las italianas, francesas y alemanas: varias piezas de su ingenio se han hecho populares, y en particular *El caballo*, cancion del contrabandista en su ópera *El poeta calculista*, es tan conocido, como lo son la *charmante Gabrielle* en Francia, y el *God save the King* en Inglaterra. Aun viven muchos que se acuerdan de la sensacion que causó el "*Yo que soi contrabandista*" cuando la cantó García por la primera vez hace cosa de 40 años.

Cuando este profesor se presentó en Paris, no habia jamas cantado en italiano, y la primera pieza en que lo hizo fué la *Griselda*, de Paer, el dia 11 de febrero de 1808. Un diarista, cuya opinion se respetaba mucho en aquella época, dijo: "García es un profesor jóven de distinguido talento: como actor se puede decir de él que tiene una fisonomía mui agradable y expresiva; su diccion es pura, su gesticulacion natural y animada, canta con mucha alma y mucho gusto, su voz es dulce y graciosa, de mucha extension, y extremadamente flexible. En él se deja ver un hombre hábil y mui ejercitado en el arte que profesa; su canto abunda en adornos, pero algunas veces los prodiga demasiado."

Como cantor, á nadie le debió García su talento sino á sí propio, pues ningun estudio habia hecho del arte del canto, reduciéndose todo para él á cantar y escuchar. El 15 de mayo de 1809 dió para su beneficio la ópera española unipersonal *El poeta calculista*. Esta pieza, la primera y la única española que hasta el dia se ha ejecutado en Paris, fué mui bien recibida, y se representó despues varias veces; pero García debió interrumpir su representacion á causa del trabajo extremado que le causaba, haciéndole el público repetir tres ó cuatro piezas de las siete que la componen, siempre que se cantaba.

En el año de 1811 salió García de Paris para Italia, y se presentó en los teatros de Turin, de Nápoles y de Roma: fué recibido de académico filarmónico de Bolonia durante su estancia en Italia, y Murat le nombró primer tenor de su cámara y de su capilla. Por este tiempo entró en relaciones con *Anzani*, uno de los tenores mas célebres de la Italia, y los consejos de aquel ilustre cantor le iniciaron en los secretos del arte del canto.

En 1812 hizo que se representase en el teatro de S. Cárlos de Nápoles *Il califa di Bagdad*, ópera en dos actos, imitacion del frances, la cual fué recibida con los mayores aplausos. En 1816 escribió Rossini de propósito para García los papeles de *Il barbiere di Sevigilia* y de *Otello;* pero García no ha creado, hablando técnicamente, mas que el papel de *Almaviva*. El rondó final de la *Cenerentola* fué compuesto primitivamente para García, y colocado al fin del segundo acto del *Barbero;* pero no se ha cantado de esta suerte sino en Roma. A fines del mismo año se ajustó García para el teatro italiano de Paris, que lo dirijia la señora Catalini, en el cual se presentó haciendo el papel de Paulino en la ópera *El matrimonio secreto*. *La Griselda, Cosí fan tute, La italiana in Algieri, Il califa di Bagdad, Le nozze di Figaro, La Semiramide* y otras varias óperas le abrieron un campo dilatado para lucir su talento como actor y como cantor. Habiendo García elejido á la señorita Cinti para hacer de primera dama en *El califa de Bagdad*, la proporcionó una bella ocasion para manifestar su talento, que oscurecido en los papeles de segunda clase, no habia podido desplegar hasta entónces. La pieza, el cantor y la cantora estuvieron entónces en mucha estimacion; pero de repente, dice el autor del *Rideau levé*, desapareció García con su califa. Culpable por haber sido aplaudido en *La Semiramis* mas que la misma reina de Babilonia; culpable por haber obligado á la augusta princesa á hacer algunos dias la *finta ammalata*, y gonzado de la mezquindad y regateos que al entrar en nuevo ajuste, se marchó á Ingl

La primera pieza que representó en L fué *Il barbiere di Seviglia*, en la cual hizo mera dama la señora Fodor. Pocas óper portantes se han compuesto en el largo cu su carrera dramática que no haya él ca García era uno de aquellos profesores que agradan á los empresarios de teatro, pero ra vez se encuentran: todos los papeles le bien; todas las piezas las cantaba con igu embarazo y facilidad, y jamas puso á su co tor en el tormento de hacer y rehacer sus nas. Despues de un año de residencia e dres, donde fué dignamente apreciado por lento, se volvió á Paris, cuyo público le es de haber oido por la primera vez la músi cantadora de Rossini.

En 1817 cantó la parte de Lindoro en la *La italiana in Algieri*, la primera de Rossi se representó en Paris. Para su benefici dar *Il barbiere* del mismo autor. No se digna la ópera de representarse en la ca Francia, y tuvo que elejir otra. Escarm de esto, al entrar en nuevo ajuste fué la p condicion que se habia de representar *Il b* y gracias á esta perseverancia singular, Pa gó á conocer esa obra maestra á los tres a haber salido á luz en Italia, y cuando la dian otras naciones de Europa.

García vivió en Paris desde fines del hasta principios del 1824, una de las époc brillantes de su carrera. Como actor y cantor desempeñó los papeles de Otelo, D vanni y Almaviva, en los cuales no ha te gual: como compositor dió á la Francia la *La mort du Tasse* y *Florestan; Il fazzolett* italianos; y al Gimnasio *La meuniere;* y profesor en canto vió salir de sus manos ca tiempo mismo á *Adolfo Nourrit, la cond Merlin, la señorita Tavelli y la señora Me lande:* por este tiempo fué cuando le nom primer tenor de la cámara y capilla del rei

Ajustado por el año de 1824 para *King's* de Lóndres, volvió García á Inglaterra, y bleció en la capital una academia de canto número de discípulos que asistian á oir sus nes pasó varias veces de ochenta. Allí ac educacion música de la mas celebrada de s cípulas, su hija Mariquita García, despues ma Malibran, que se estrenó el año de 18 *Il barbiere*, poniéndose desde su primera sentacion al nivel de los artistas de la mas l te reputacion. Poco tiempo despues sa Lóndres esta familia de profesores; y ha cantado en Chester, York, Manchester y ciudades, se embarcó en Liverpool para el mundo.

La compañía, cuya direccion estaba al c de García, que hizo tan grande sensacion e va York, se componia de García y Crivelli tenores; Manuel García, hijo, y Angrasan cantantes; Rosich, bufo caricato; las Barbieri, María García y su hija. *Il b* fué la pieza primera que ejecutaron, y que ron, por decirlo así, en familia. Mariqui cía hizo á Rosina, su hermano Manuel á su madre á Berta, y á Almaviva nuestro

Y aunque los Norte-americanos no tengan el sentido musical ni mui fino ni enteramente desarrollado, podemos mui bien concebir el asombro que les causaria oir cantar á una reunion de profesores que con razon les habria envidiado la ciudad europea mas aficionada y apreciadora del canto. Los habitantes de Nueva York no habian oido hasta entónces mas que algunas vibraciones de la ópera inglesa: García y su compañía les dieron á conocer sucesivamente el *Otelo*, *Romeo*, *Il turco in Italia*, *D. Giovanni*, *Il Tancredo*, *La cenerentola* y dos óperas de García, *El amante astuto* y *La figlia dell'aria*, compuestas para Mariquita y Angresini.

Siendo el clima de Nueva York poco favorable á un hijo de Andalucía, por lo tanto deseando García pasar á un cielo mas bello, salió de los Estados unidos para Méjico. Llegado á la capital de esta república, y bien léjos de encontrar en ella el reposo, no se pudo negar á las instancias que se le hicieron, y se puso á cantar y á componer mas que ántes. Inmediatamente se representaron tres óperas italianas con la letra original; pero los mejicanos amantes de la lengua castellana obligaron á García á componer óperas españolas, ó á hacer traducir las italianas. Entre las compuestas por García para Méjico deben citarse sobre todas *Abufar* y *Semiramis*. *El amante astuto*, á la que puso letra española, fué representada muchos dias consecutivos. La compañía, mitad indígena, mitad exótica, no valia cosa cuando llegó García; pero obligado á ser á la vez compositor, autor, director de orquesta, maestro de música y maquinista, vió bien pronto recompensado su trabajo, lo cual le hizo decir algunas veces con mui justo orgullo: "Podria sin duda presentar mi compañía de Méjico al público de Paris, seguro de que no la tendria por indigna de él."

A pesar del interes con que los Mejicanos veian á García, en fuerza de las circunstancias de aquel tiempo, tuvo que salir de este pais, y habiendo reunido lo mas precioso que tenia, se puso en camino para Veracruz. Llegado á Tepeyahualco, fué atacado el convoi en que él iba por una partida de bandidos enmascarados, los que hicieron á la fuerza que todos se tendiesen boca abajo miéntras saqueaban sus carruajes. Los ladrones, desde luego bien instruidos, se fueron derechos al de García, y su primer botin fué una cajita que contenia mil onzas de oro, fruto del trabajo y de la economía del desgraciado artista. Regresado García á Francia, se dirijió á Paris, ciudad predilecta suya, resuelto á fijarse en ella, y á entregarse enteramente á la enseñanza del canto. Volvió no obstante á aparecer en el teatro italiano, y se mostró digno de su antigua reputacion, siempre lleno de aquel númen, de aquel fuego creador que constituye al verdadero artista grande actor y músico consumado. Concluida su contrata, no admitió las brillantes ofertas del empresario de la Scala de Milan; se dedicó con nuevo ardor á la enseñanza, y falleció el 9 de junio de 1832. Todos los profesores distinguidos de Paris asistieron á su entierro. Hasta los últimos momentos estuvo García ocupado de su arte: toda su vida entera la consagró á él; dotado de una facilidad inconcebible, y de una actividad no ménos sorprendente, ha dejado un gran número de manuscritos.

Ademas de las óperas que hemos citado, hai otras cuyo mayor número no se ha ejecutado, y cuya lista omitimos por no hacer demasiado largo este artículo.

P. R.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Anteojo de larga vista. Este útil y admirable instrumento de óptica fué inventado á principios del siglo XVII por Jacobo Metius ó Metzu, hijo de un artista de Alcmear en Holanda, que hacia gafas. Su invencion fué, como otras muchas, efecto de una dichosa casualidad: teniendo Metius en una mano un vidrio convexo, y en la otra uno cóncavo, puso este por casualidad ó por diversion cerca del ojo, y retirando un poco el convexo, observó que veia los objetos que estaban algo distantes mucho mas grandes y mas claros, y esto le dió la primera idea de los anteojos de larga vista, que fuéron despues perfeccionados por Képlero y por Torriceli. — Hace poco tiempo que un tal William de Lansingburg ha inventado en los Estados unidos de América un instrumento llamado *anteojo de rio*, con el cual puede examinarse el fondo de los lagos, rios, &c., aunque sea de noche.

Anunciacion. Esta festividad es mui antigua; y aunque se ignora la época de su institucion, se sabe que en el siglo VII se celebraba ya en las iglesias griega y latina.

Añil. Esta sustancia, que se saca de las hojas de un arbusto llamado índigo, y tambien *añil*, originario de las Indias orientales, y que se ha naturalizado en la América, empezó á conocerse en Europa á principios del siglo XVII; desde entónces se extendió su uso, á pesar de las prohibiciones de varios soberanos de aquella época.

Año. Ha significado siempre un periodo de tiempo de mas ó ménos duracion. Algunos pueblos llamaron *año* á la revolucion que hace la tierra en 24 horas; otros á las revoluciones de la luna; otros á las cuatro estaciones; despues se contó cada seis meses, y últimamente cada doce, como hacian los Egipcios mucho ántes de Moises, dando á los meses 30 dias, y por consiguiente 360 al año. Los Griegos le dividian del mismo modo, y estos y aquellos intercalaron despues los cinco dias, 5 horas y 49 minutos que forman el año solar, esto es, el espacio de tiempo en que el sol recorre á nuestro parecer los doce signos del zodiaco. Entre los Romanos, al principio, el año era de 304 dias divididos en diez meses, de los cuales Rómulo dedicó el primero á Marte, el segundo á Vénus, el tercero al Senado, y el cuarto á la juventud; los otros seis se llamaron segun el órden de su colocacion. Numa añadió dos meses, dedicados uno á Jano, y otro á los sacrificios por los muertos, y ademas 90 dias cada ocho años, los cuales intercalaba de una vez, de donde se llamó año hiperbólico el que recibia la interca-

lacion. Julio César corrijió con su calendario juliano los errores consiguientes á este sistema, y arreglándose al curso del sol, estableció 365 dias, aumentando cada cuatro años un dia por las 5 horas y 49 minutos de diferencia, y formando así el año bisiesto; pero como para cada uno de estos faltan 44 minutos, con el objeto de evitar el adelanto consiguiente que produciria al fin de 131 años un dia entero y un minuto, el papa Gregorio XIII mandó quitar 10 dias al año de 1582, llamado juliano porque en él acababa el cálculo de Julio César; y se decidió que en adelante cada 300 años se omitiria el bisiesto, lo cual se observa aun entre los Católicos. — En cada pais y en cada época el año ha empezado diferentemente. La Francia cuando proclamó la república, comenzó el año el 22 de setiembre, dia de la proclamacion, y dió á cada mes un nombre análogo á las estaciones, contándolos todos de 30 dias, y añadiendo cinco al fin de ellos, que se llamaban *dias complementarios*.

Apega. Con este nombre se conocia una máquina inventada por Nábis, tirano de Esparta, á la cual habia dado la figura y el nombre de su mujer Apega, y la hizo poner vestidos magníficos que ocultasen las puas de hierro de que estaba erizada. Cuando alguno rehusaba darle el dinero que queria exijirle, le decia: "Ya que no he tenido talento para persuadirte, espero que Apega mi mujer te persuadirá." Al momento aparecia la figura ó máquina, la que abrazando al infeliz por medio de ciertos resortes, le atravesaba de parte á parte.

Apellidos. Parece que acia el siglo X tuvo principio el uso de escribir los apellidos ó sobrenombres; y algunos suponen que fué introducido en España por los Arabes; pero se cree que hasta el siglo XIV no se generalizó en Europa la costumbre de transmitir constantemente de padres á hijos los nombres de familia ó apellidos.

Apolinares. Estos juegos fueron instituidos en Roma en honor de Apolo el año 450 de la fundacion de esta ciudad.

Arado. Los Egipcios creian que Osíris fué su inventor; los Fenicios daban este honor á Dagon; los Griegos á Céres, reina de Sicilia, &c.: lo cierto es que el arado es quizá la máquina mas antigua. En su orígen era mui sencillo, y se reducia á un pedazo de madera largo y encorvado: en diversas épocas se han ideado mejoras en este útil instrumento, y en algunos paises se encuentra sumamente perfeccionado.

Arcabuz. Se dice que es la mas antigua de las armas de fuego. Parece que los arcabuces fueron empleados por primera vez en 1524 por el ejército imperial de Borbon contra el almirante Bonivet en el estado de Milan.

Archiduque. Federico IV fué el primero que tomó este título, y actualmente solo le usan los príncipes de la casa de Austria.

Arco. Casi todos los pueblos antiguos se sirvieron del arco y de las flechas, cuya invencion atribuyen algunos á los Filisteos.

Arco íris. Hasta principios del siglo XVII el arco íris habia sido mirado como un prodigio inexplicable; pero el ex-jesuita Marco Antonio de Dominno, arzobispo de Spaltro en Dalmacia, fué el primero que en 1611 demostró la causa que produce los colores de este brillante meteoro.

Arco de violin. Safo, natural de Mitilene en la isla de Lésbos, inventó el arco para tocar el violin y otros instrumentos. Los versos sáficos tienen el nombre de esta célebre poetisa, que floreció unos 600 años ántes de Jesucristo.

Arenques. Los primeros que se pescaron en Europa fué en las costas de Escocia, y los Holandeses han sido los que se han dedicado con mas esmero á este ramo de industria. En 1397 inventó el flamenco Guillermo Buckels el ingenioso método de salar y embarrilar los arenques, por cuyo medio se logra conservarlos mucho tiempo. Se dice que Cárlos V hizo elevar una estatua al autor de tan útil descubrimiento.

Areo (termómetro). Instrumento inventado hace poco tiempo en Francia por M. Hervieux para conocer con brevedad y exactitud el verdadero valor y fuerza de los licores. — El *areómetro* ó pesalicores de M. Homberg, de la academia de ciencias de Francia, fué inventado á fines del siglo XVII.

Ariete. Máquina militar en forma de cabeza de carnero, que empleaban los antiguos para batir las murallas: se dice que la inventó Epeo, príncipe griego, por los años 1198 ántes de nuestra era, aunque otros atribuyen su invencion á los Cartagineses.

Aritmética. Aunque su orígen es mui incierto, se puede considerar que sube á la mas remota antigüedad. Se cree que los Fenicios la aprendieron de los Egipcios, que aquellos la enseñaron á los Griegos, los que la trasmitieron á los Romanos. Estos y los Griegos solo empleaban en sus cálculos las letras del alfabeto; y los caracteres ó números que nosotros usamos parece que los introdujeron los Arabes en España, de donde pasaron á las demas naciones de Europa. En 1556 se publicó en Venecia el primer tratado de aritmética práctica por Nicolas Tartaglia. La famosa máquina aritmética para hacer toda clase de cálculos, aun sin saber esta ciencia, fué inventada por el ilustre Pascal en 1642, teniendo apénas 19 años. El célebre matemático ingles Saunderson, que murió en 1739, inventó tambien, á pesar de ser ciego, una aritmética palpable para resolver todas las operaciones solo por el tacto. Y por último, en 1786 inventó el lord Stanhope dos ingeniosas máquinas, con las que se ejecutan las operaciones aritméticas mas complicadas. La aritmética decimal fué inventada en Brújas en 1602

Arminio (Orden del). Fernando I, rei de Nápoles, instituyó esta órden militar en 1464.

Armónica. El célebre Franklin inventó en 1760 este instrumento músico, que consiste en una caja cuadrada, en la que están asegurados muchos vasos de vidrio con agua, y pasando el dedo mojado sobre sus bordes, producen unos sonidos melodiosos que se asemejan á la voz humana.

Arpa. Su orígen es antiquísimo: la que los antiguos llamaban trigonon, por su figura triangular, se cree que la inventaron los Misios: fué mui comun en tiempo de la caballería, y su forma y el número de sus cuerdas ha variado mucho con el trascurso del tiempo. El napolitano Lúcas Eustachio inventó á principios del siglo XVII el arpa con tres órdenes de cuerdas; y otro italiano, llamado Petrini, discurrió tambien una nueva arpa un siglo despues.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

BECERRILLO.

animales ilustres deben tener su Plutarco, ro de que ahora tratamos da amplia materia scribir su vida. Fué Becerrillo compañero Pizarros y de los Corteses en la conquista érica; y cuanto estos caudillos sobrepuja- gloria y fama á sus compañeros, así se dis- ó este perro, por sus hazañas y aventuras, to de los de su especie que sirvieron de au- s á los Españoles contra los desdichados nas. Y con todo eso, por una semejanza ar de su suerte con la de Pizarro, no habia para guerrero, sino para las faenas del , como lo indica el nombre de *Becerrillo* n regularmente muchos pastores de Espa- os perros que les ayudan á guardar sus ga- . Varios héroes han tenido el campo por cion de su niñez, y uno de ellos fué el mis- zarro, el cual, habiendo sido hijo natural de lalgo de Estremadura, tuvo por primera ocu- el guardar los puercos de una hacienda de lre; por lo cual puede decirse en rigor que incipios fueron mas humildes que los del Becerrillo, puesto que este guardaba gana- yor. En este oficio, y léjos de la vida la de la ciudad, adquirió precisamente to- uellas cualidades que constituyen el méri- un guerrero, endureciendo y vigorizando su , aprendiendo desde pequeño á sobrellevar ir grandes fatigas y privaciones, y última- , familiarizándose con los peligros, y acos- ndose á verlos con desprecio. Pero por lo ca á los primeros años de Becerrillo, así co- la infancia del célebre Pizarro, solo tenemos s mui incompletas y poco dignas de crédi- ro contando desde la época en que ambos n el suelo de América, nos los muestra la a como dechados de valor y audacia, y los tas han tenido buen cuidado de transmitir- s retratos. Uno de estos cronistas, del si- cimosexto, que llegó á las Antillas tres a- spues de la muerte de Becerrillo, y que por uiente pudo recojer algunas noticias recien- tivas á este célebre perro, cuenta las parti- lades de su vida en los términos siguientes: te perro pasó de Santo Domingo á Puerto tiempo en que los cristianos fueron á con- r esta isla. Era su cuerpo de color casta- nos el hocico, que era negro hasta los ojos, tatura mediana, sin tener nada de garbosa ante; pero era vigoroso, audaz y mui inte- . Los cristianos, al ver cuántas cosas a- sas sabia hacer este perro, tenian por cier- Dios se los habia proporcionado para que dase en su empresa; y á la verdad, en una cion compuesta de un corto número de sol- contribuyó en mucha parte á la conquista sla, pues corria por entre centenares de in- alcanzar al soldado cristiano que se fuga- igándolo á volver á su puesto, y si el fugiti- nia resistencia, ó no queria andar, al ins- o hacia añicos.

cedia algunas veces que se fugaba de no- un preso, y aunque ya estuviese á una le- distancia, era bastante decir al perro: "Ya el indio, anda á buscarlo," para que echase r, y á poco tiempo volviese trayendo al pró- fugo. Conocia á los indios conquistados como lo pudiera hacer un hombre, nunca los maltrata- ba, y los distinguia perfectamente de los pertenecientes á alguna tribu independiente, pues si uno de estos se hallaba en alguna reunion de los otros, por numerosa que fuese, luego era descubierto por el perro; de suerte, que en todas sus acciones se traslucia la razon y el discernimiento de un hombre, y de un hombre mui sensato.

"Tenia este perro sentada plaza como soldado, y como ballestero disfrutaba racion y media de pre, que percibia su amo cuando estaba en campaña. Este sueldo se daba por bien empleado, pues cuando marchaba con la tropa, cada soldado se sentia con mas ánimo y valor. Los Indios por su parte tenian mas miedo al perro que á los soldados, y no sin motivo, pues como conocian bien los escondrijos y las encrucijadas de los caminos, y eran ademas destrísimos en la carrera, podian ocultarse á los ojos de los Españoles, pero no á los del perro.

"Becerrillo ha dejado en aquella isla una raza de perros mui buenos, algunos de los cuales han seguido sus mismas huellas. Yo conocí uno de sus hijos, llamado Leoncico, que pertenecia al gobernador Vasco Núñez de Balboa, y tambien tenia asignado pre como soldado, y en ciertas ocasiones tenia racion doble. Estas gratificaciones las percibia el gobernador en oro ó en esclavos, y puedo asegurar, como testigo que he sido, que tanto por sueldos como por gratificaciones de diversas clases, ha proporcionado á su amo mas de 500 castellanos de oro; por donde se ve que este animal era de raro mérito, y hacia todo aquello que de su padre he contado.

"Pero volviendo á Becerrillo, es de saberse que murió en un encuentro que los Españoles tuvieron con los Caribes; encuentro en que indefectiblemente hubiera perecido el capitan Arango con toda su gente sin la asistencia de este animal. No sin trabajo pudo protejer el bravo perro á la corta fuerza de los Españoles, y ya se habia echado á correr tras de los prófugos para reunirlos, cuando al pasar un riachuelo le llegó una flecha envenenada que de la orilla opuesta le asestaron los enemigos, y murió casi en el mismo instante.

"Este encuentro costó la vida á varios cristianos, y con todo eso, los que quedaron vivos sintieron mas la muerte de Becerrillo que la de sus compañeros.

"Sin faltar en un solo punto á la verdad, pudiera yo citar de este perro hechos maravillosos; pero si quisiera escribir cuanto sé de él, tendria que hacer una narracion larguísima; y así me limitaré á contar la anécdota siguiente, que me han referido personas mui fidedignas, y testigos oculares del hecho.

"Hubo un reencuentro una noche entre los Españoles y las tropas del cacique Mabodomoca. Por la mañana del dia siguiente, un poco ántes de la llegada del gobernador Juan Ponce de Leon, el capitan Diego de Salazar tuvo la ocurrencia de dar á Becerrillo una india vieja que se hallaba entre las que habian quedado prisioneras la noche anterior, y con la cual no sabia qué hacer. Dió pues á la india un pedazo de papel viejo, y le dijo: "Ve á llevar esta carta al gobernador que está en el pueblo de Aimaco;" y esto lo hizo con la idea de que luego que la vieja estuviese á algu-

na distancia soltaria el perro tras de ella. Con efecto, luego que esta estuvo algo distante, é iba caminando gozosa pensando en que esta comision le valdria su libertad, vió venir al perro tras ella. Sobrecojida de espanto, se inclina acia el suelo, enseña el papel al furioso animal, y en lengua del pais le dice: "Señor perro, no me haga V. daño; voi á llevar esta carta de parte de los cristianos." A estas palabras se para el can, acércase á la vieja con mucho sosiego, la huele,

Alza la pata, la mea
Y prosigue su camino.

Esta accion llenó de asombro á los Españoles, y les pareció que encerraba algo de sobrenatural y misterioso, al considerar la natural ferocidad del animal, y la cólera que lo animaba cuando echó á correr. Viendo el capitan la clemencia del perro, lo llamó, y despues hicieron volver á la india, la cual llegó todavía trémula y desconcertada, creyendo que habian enviado á Becerrillo á decirle que se volviese. El gobernador llegó de allí á poco, y al saber lo que habia pasado no quiso ser ménos compasivo que el perro, por lo cual mandó que luego pusiesen á la vieja en libertad, y esta se aprovechó de la ocasion lo mas apriesa que le fué posible."

La Mosaïque. Traducido por M. G.

MARTIN.

Este es el nombre de un individuo que pocos años hace dió en Francia el espectáculo admirable de domar fieras por medios bastante ingeniosos, y cuerpo á cuerpo con ellas, como lo demuestra la estampa.

Si cuanto se ha dicho en el artículo anterior con relacion al instinto del perro, es portentoso, no son ménos admirables los resultados que obtienen la valentía, constancia é inteligencia del hombre, de los seres mas feroces y sanguinarios de la naturaleza.

Este comercio de la humana inteligencia con el instinto animal ha puesto de manifiesto en nuestros dias cuán maravillosos son los triunfos que la fuerza moral alcanza sobre la fuerza física. Si en los tiempos antiguos hubo un Milon de Crotona, á quien por sus combates con las fieras celebraron los poetas, y se le erijieron estatuas, en los tiempos modernos se ha visto á Martin domar y domesticar leones; empresa mas ardua y digna de un hombre que la de combatir con ellos. ¡Qué espectáculo tan grandioso é interesante el de un jóven gallardo y bien formado descansando dentro de una jaula entre un tigre y un leon, ó bien andando entre ellos, y por medio de gestos de amenaza ó mandato, halagos y caricias, templar y aun anonadar la furia de estos animales! Milon mostró al pueblo cuánto puede la fuerza humana, y Martin ha dado á conocer de cuánto es capaz la voluntad del hombre.

M. G.

PADECER Y MORIR.

I.

En una hermosa tarde de verano, cuando el sol despedia sus últimos rayos dorando la elevada cúspide de las montañas de la Suiza, y la fresca y perfumada brisa acariciaba el follaje de los árboles, y la naturaleza toda entraba en la morada del silencio, cubriéndose con un denso velo, cual la vírgen que huye del bullicio para entregarse en medio del rubor á los dulces sueños del amor, una jóven estaba sentada en la colina que terminaba el jardin de la señora de Ceriñy, y con candorosa admiracion contemplaba el dilatado y magnífico cuadro que á su vista se desenvolvia. En la expresion de sus rasgados ojos azules se notaba cierto aire angelical que revelaba la mas tierna sensibilidad, y la alegría mas profunda. Tambien revelaban sus miradas una curiosidad infantil, de modo que parecia estar ocupada en buscar el orígen del sublime misterio que encierra la terminacion de la luz del dia, y la aparicion de la sombría oscuridad de la noche. Sus torneados dedos jugueteaban con los rizos de su rubia cabellera; su esbelta cintura se doblaba con púdica voluptuosidad, y por su imaginacion resbalaba uno de aquellos dulces y lisonjeros pensamientos que nos ilusionan á los diez y seis años, y que muchas veces no duran mas que un dia, una hora, dejando tan solo un recuerdo, último rayo de alegría, último consuelo de la infancia.

Interrumpióla en sus meditaciones el eco de una voz mui grata para ella, que pronunciaba su nombre. Estremecióse, y volviéndose con viveza, divisió á corta distancia á Eduardo su primo, su hermano de adopcion, al hombre á quien desde mui niña se habia acostumbrado á amar, como se ama á una madre.

—Vengo resuelto á reñirte, dijo Eduardo con tono serio, aunque finjido: ¿son horas estas de estar en el jardin, en una noche tan húmeda?... tu tardanza tiene mui desazonada á mamá.

—Y tú no lo estabas? preguntó Ana sonriéndose maliciosamente.

—¿Te parece regular que me desazone por una chicuela que se complace en atormentar á cuantos la aman?

—No me riñas, Eduardo, replicó Ana colgándose de su brazo: era tan feliz en este momento... pensaba en tantas cosas.... no: en ti solo; en ti, que eres el único amigo que tengo, en ti, que eres mi hermano querido.... Ah! nunca nos separaremos; viviremos siempre al lado de mi tia.... es cuanto deseo.... Eres tan hermoso.... Sí, lo eres cuando me miras, porque tus ojos son mas expresivos, mas tiernos que los de los ángeles.... por qué los apartas de mí?

En efecto, Eduardo que miraba á Ana, enajenado de placer miéntras que ella estaba hablando, volvió de repente la vista á otro lado, y todo su cuerpo se estremeció.

Calla, niña, calla; si te oyeran se burlarian de ti.

—Eso es, ríñeme ahora. Ah! tú no me comprendes; no sabes que mi alegría nace de las penas que ayer tuve. Nunca se goza con mas placer de la felicidad que cuando se ha estado á punto de perderla.

—Explícate.

—Ayer debias marchar á Paris; lloré tanto!... esta mañana me dijo tu madre que ya no te ibas; mira qué contenta estoi.

Eduardo acortó el paso, le apretó dulcemente el brazo, y ella no se ruborizó. Educada en el re-

Mejor Bellamitas n.º 77.

MARTIN.

tiro, léjos de las crueles exijencias de la sociedad, que imponen como una virtud el disimulo en las mujeres, no alcanzaba que debia disfrazar sus pensamientos, y eran tan puros ademas, tan ingenuos, que estaba mui léjos de sospechar la interpretacion que daria Eduardo á tan dulces palabras.

—Te aflijia mi partida! dijo con voz conmovida.... segun veo, te seria mui cruel una separacion!

—Mui cruel!

—¿Y si algun dia fuera indispensable separarnos.... porque te casaras?....

—Nunca!

Hubo un momento de silencio.

—Y tú piensas en casarte? preguntó Ana con timidez.

Eduardo guardó silencio, y aceleró el paso.

A los pocos minutos se hallaban en la habitacion de la señora de Ceriñy.

II.

La madre de Eduardo era una señora de cincuenta años, alta y delgada; hablaba poco y siempre con sequedad; su mirada fria é indagadora revelaba en ella aquella profunda indiferencia tan propia de los corazones que no comprenden los pesares. En sus primeros años habia amado y padecido, é insensiblemente habia llegado á la frialdad de alma que la caracterizaba: desgraciada en un enlace que contrajo sin consultar su corazon, otro amor marchitó su vida: se vió en la necesidad de combatir su pasion con el deber, y enajenada en los brazos de su amante, se arrancó de ellos en el momento en que iba á sucumbir, y tuvo bastante virtud para decirle con frialdad: "No te amo! te detesto!".... Pero al pronunciar estas palabras saltaron las últimas fibras de su alma, y se apagó el sagrado fuego de su corazon. Desde entónces para ella no existió poesía, para ella no existieron sueños de felicidad, para ella no existió nada.... nada mas que orgullo. Habia agotado por sí misma toda la pasion de que es susceptible el corazon de la mujer, y sus ojos no se humedecian jamas, aunque presenciaran el triste cuadro de los mas agudos padecimientos.

Un sentimiento tan solo sobrevivió en su alma, el cariño que á su difunta hermana profesaba. Murió aquella en sus brazos, y al verla exhalar el postrer aliento enjugó furtivamente una lágrima. Adoptó á su sobrina, y durante el primer transporte le prodigó mil caricias; pero pasado aquel, recobró su característica frialdad, y la infeliz huérfana conoció entónces el vacío que deja una madre en el corazon de sus hijos.

Mui poco halagüeña fuera para Ana la vida, si no hubiese tenido á su lado á Eduardo, jóven de excelentes prendas, que erijiéndose en su maestro, fijó toda su felicidad en formar el tierno corazon de la graciosa niña, y con una solicitud, en cierto modo paternal, inclinó su alma á amar lo bueno y lo hermoso. Siempre juntos, eran cortos los dias para ellos, y cada uno encerraba un manantial de delicias. Ana no profundizaba el interminable porvenir, y nunca hubiera creido que pudiera desaparecer su tranquila y pura felicidad. Eduardo no era tan dichoso; aventuraba con frecuencia delante de su madre alguna que otra palabra acerca de la suerte de su prima, y aquella por toda respuesta guardaba un profundo silencio. Sabia que sus deseos serian contrariados por la que le dió el ser, porque conocia la ambicion desmesurada que la dominaba; y los mas crueles pensamientos turbaban sin cesar el encanto de las conversaciones que con Ana tenia.

La noche de que hablamos llegaron los dos jóvenes á la habitacion de la señora de Ceriñy: nunca la habian visto tan fria; riñó á su sobrina, y la infeliz dirijió á su primo una mirada bañada en lágrimas, como pidiéndole apoyo y consuelo; la velada fué triste y se pasó en silencio. La señora de Ceriñy fué la primera que habló para decir á Ana que se retirara á su habitacion. Eduardo iba tambien á salir, y su madre le mandó que se quedara.

—Mucho te inquieta, le dijo luego que estuvieron solos, la suerte de tu prima, y con razon, porque carece de bienes de fortuna, y es mui triste situacion por cierto presentarse pobre en el mundo y con el sello del infortunio.... Pero afortunadamente puedo ya cumplir la promesa que á mi hermana hice; su hija será feliz; el señor de Marans, nuestro vecino, ama á tu prima, y me ha pedido su mano.

—Cielos! murmuró Eduardo con voz ahogada. Y qué habéis contestado? añadió con ansiedad.

—He accedido á sus deseos, replicó la señora de Ceriñy encojiéndose de hombros.

Eduardo se puso pálido, y permaneció inmóvil delante de su madre.

—El señor de Marans, continuó finjiendo no haber notado la turbacion de su hijo, es un hombre de mérito á quien yo aprecio; posee inmensos bienes, y Ana será feliz.

—Madre mia, madre mia....! no la sacrifiquéis; es vuestra sobrina, yo la amo y soi correspondido; compadeceos de los dos.

—Tienes bienes que ofrecerle? tú no ignoras nuestra posicion; apénas podemos sostenernos en nuestra clase, y es preciso que contraigas tú tambien un enlace ventajoso.

—Jamas!

La señora de Ceriñy se sonrió irónicamente.

—Ana se casará con el señor de Marans, yo lo quiero, y tú marcharás mañana á Ginebra, donde es indispensable tu presencia para entablar las primeras diligencias de un pleito.... Puedes retirarte.

Dispuesto ya para marchar, bajó Eduardo al jardin, y se colocó al pié de la ventana de su prima, esperando á que se asomara. Fácil le habia sido leer en su candorosa alma; nunca se le habia ocultado el menor pensamiento de Ana; pero en el momento en que veia desaparecer para siempre su felicidad, en el momento en que se le arrebataban sus mas lisonjeras esperanzas, necesitaba oir de aquella angelical boca un "yo te amo!" esta sola palabra le hubiera infundido bastante valor para resistir á su madre, y para salvar á su amada.

Agitóse por fin la cortinilla blanca, abrióse la ventana, y se asomó á ella una mujer.... Era la señora de Ceriñy.

Eduardo inclinó la cabeza, salió lentamente del jardin, montó á caballo, y tomó el camino de Ginebra.

mas pensamientos que los suyos, mas sueños que sus sueños, arrancada de la poesía de sus ilusiones como una flor de su tallo, hija de la montaña, candorosa y pura que el mundo no podia comprender, aquella mujer en fin se moria!

Desde aquel momento consagró Eduardo su vida á Ana; quedóse á su lado; no queria perder ni una mirada, ni un suspiro suyo, porque conocia que la triste felicidad que experimentaba no podia ser mui duradera, y allí, y siempre allí, aguardaba el fin de aquel drama á cuyo desenlace estaba unida su existencia.

El señor de Marans le dejaba en plena libertad, cansado ya de los cuidados que exijia la quebrantada salud de su esposa. Varias veces le suplicó Ana que la dispensase de presentarse en las reuniones: al principio se opuso á ello; pero cuando llegó Eduardo accedió á sus deseos, y se ocupó tan solo de sus placeres.

La primavera habia aparecido otra vez, y Ana recobrado sus fuerzas: apoyada en el brazo de Eduardo daba algunos paseos por el jardin de su casa, y allí se abandonaba á su infantil alegría, y allí en sus recuerdos encontraba una felicidad sin límites. Tranquilizada con los cuidados respetuosos y tiernos de Eduardo, gozaba sin temor ni remordimientos del placer de oirle: le escuchaba con aquel sentimiento íntimo de admiracion, con aquella especie de respeto profundo que se profesa á la persona que se ama: era feliz!

Ana dirijia de vez en cuando una mirada lánguida y apacible al lado de la Suiza, y un dia que su marido estaba á su lado hablando con Eduardo, permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos fijos en el horizonte, y bañados en lágrimas, que sin sentirlas resbalaban por sus mejillas.

— Qué tenéis, Ana? preguntó el señor de Marans, sin poder disimular su mal humor.

Al oir su esposa aquella voz indiferente que la llamaba á la tierra, se estremeció, enjugó sus lágrimas, y murmuró tristemente:

— Estaba pensando que moriré sin volver á ver mi hermosa Suiza.... y sin volver á saludar la tumba de mi madre.

— Ai Dios mio! repitió el señor de Marans con su acostumbrada frialdad. Si me lo hubieseis dicho, hace ya tiempo que estarian satisfechos vuestros deseos.

— Es posible? exclamó Ana, ¿me acompañaréis á mis montañas?

— Eduardo se encargará de hacerlo: me es absolutamente imposible salir de Paris en la actualidad; dentro de algunos meses iré por vos.... Conque, Eduardo, consentís en reemplazarme?

Eduardo hizo un movimiento afirmativo, sin desplegar sus labios, y el señor de Marans se retiró.

El abandono de su marido, y el descuido con que la dejaba bajo la proteccion de su primo, afectaron extraordinariamente á Ana; pero Eduardo comprendió de otro modo aquella emocion, y creyó que su corazon pertenecia aun á su esposo, y que la indiferencia de este causaba todo su dolor, pues desde que se hallaba á su lado no habia visto nada en ella que le dijera: "Por ti he padecido y llorado!"

Mas desgraciado que nunca, se acercó á su prima, y le tomó la mano: su mision era mui penosa; pero habia jurado no abandonarla, y aun cuando debiera padecer, queria cumplir mento.

— Hermana mia, os acompañaré á montañas!

Ana se estremeció de alegría al oir p aquel nombre que le abria un nuevo pues escudada con él podia expresar sentimientos.

— Sí, contestó dirijiendo una mirada decimiento á su primo; volveremos hermoso pais, y veremos nuestros rico tal vez seré feliz, Eduardo.... feliz un di morir!

VII.

Una semana despues, seguia el cami nebra una silla de posta; iban en ella pálida y débil, y un caballero cuya vid estar consagrada á sostener aquella m no apartaba un momento la vista de la adivinaba sus menores deseos; si la son somaba á sus descoloridos labios, se tambien; si la veia feliz, era feliz; si la cer, padecia; en una palabra, su existe ba pendiente del aliento de la jóven.

Al cabo de muchos dias de camino ll Ginebra: Ana no quiso detenerse, y aq ma noche estaban en la casa de la señ riñy.

La madre de Eduardo no pudo reprin vimiento de sorpresa y de dolor al ver na; la apretó contra su corazon, y se v ocultar una lágrima: los padecimientos ban grabados en el semblante de Ana, ban para ella una acusacion grave; mujer fria y orgullosa, al contemplar á na y á su hijo, dominada por aquella gracia que habia provocado, se inclinó timidez delante de sus dos hijos, cuya so te y apacible parecia que le estaba dicie perdonamos...."

Aquella noche vió Ana con placer l cion donde pasó sus primeros años. Co tiempo, al abrir por la mañana sus vent piró los perfumes de las flores, y como tiempo vió á Eduardo, que la aguardaba un paseo.

Encontrando á cada paso agradables olvidó por un momento sus pasadas pe cobró su alegría, ménos estrepitosa, p sentida, y respirando el aire libre se fué do poco á poco.... Pero la brisa de las es mui fresca.... y puede matar!

El primer mes dió Ana largos paseo ñada de Eduardo; mas al segundo tuvo tarlos, porque sus fuerzas se debilita sin embargo feliz, á pesar de que fre presiones y repetidos accesos de fiebre mian.... Al cabo de algunos dias le fué mente imposible bajar al jardin, y últ pudo respirar el aire, que tanta falta le un terraplen de la misma casa.

VIII.

Se acercaba el otoño; la señora de C taba sumamente inquieta, y Eduardo quilo: hacia mucho tiempo que habia p da esperanza, y conocia que la únic

ıra podido experimentar en este mundo
:ia por momentos; iba á consumarse el
, y esperaba seguir á su prima.
rde en que Ana estaba mas débil que
empeñó en dar su paseo acostumbrado:
:n el brazo de Eduardo, y se dirijió á un
o, en otro tiempo testigo de su felicidad.
e uno al lado del otro; sus manos se
entrelazadas, y guardaron un momento
ɔ. Levantábase aire, la hoja amarilla
rbol y rodaba á sus piés.... el cielo es-
o.... era el otoño!
ıretó convulsivamente la mano á su pri-
ɔjos se cerraron, y su cabeza se inclinó
; Eduardo la rodeó con los brazos....
ɔones mala? le dijo conmovido. Retiré-
na.... Tendrás frio?
dijo abriendo los ojos.... estoi bien, soi
... Mira, Eduardo, añadió apoyando la
ı el hombro de su primo, mira, conozco
ueda poco tiempo de estar juntos.... en
lo al ménos.... hoi puedo comunicarte
mientos y decirte por qué muero.... tan

)....
hace mucho tiempo que lo sabias....
ıe encontraste en Paris, conociste que
o habia otro remedio; yo tampoco lo ig-
.. Dios no ha permitido que muriese lé-
pais.... conoció que habia padecido de-
y quiso que entreviera la felicidad en la
'or espacio de tres meses he gozado de
ora.... me siento mui débil.... Pero mue-
ta, porque estoi al lado de mi único ami-
ico hombre á quien amé.
!
do decirte esto.... No es un crímen....
soi tu Ana! otra vez soi tu amada...!
ıué te separaste de mí?
o la apretó entre sus brazos: selláronse
en la frente de la jóven... Pero ai! sus
lágrimas cayeron encima de un rostro
r la muerte!
ɜses despues, dos tumbas se elevaban en
le la señora de Ceriñy, y la desconsola-
: iba todas las tardes á orar y llorar de-
llas.

Traducido por G. F. Coll.

El Coplero.

Yo soi un mísero,
pobre coplero;
siempre pacífico,
nunca altanero.
No de retórica
busco el tesoro,
y el arte métrica
casi la ignoro.
No de los clásicos
sigo el sendero,
y el de románticos
seguir no quiero.
Ciencias diabólicas,
artes perversos,
frases altísonas,
nunca en mis versos:
Que nunca enérgica
pudo mi mente
lindas imágenes
pintar ardiente.
A muchos próvido
da el cielo santo
en númen férvido
férvido canto:
Númen espléndido,
númen divino;
dichoso símbolo
de alto destino.
A mí una cítara
solo me ha dado
que forma trémula
tono menguado,
Versos efímeros,
roncos acentos,
que suenan flébiles
breves momentos.
Pero en inútiles,
tristes cantares,
encuentro el bálsamo
de mis pesares.
Y nunca el ídolo
de alto renombre,
y gloria fúlgida
que oprime al hombre,
Pudo en mi cándido
pecho tranquilo
hacer su bárbaro,
pérfido asilo.
Sé que á su término
corre la vida,
con vuelo rápido
siempre impelida.
Trabajos ímprobos
nunca pretendo;
que en coplas fáciles
solo me entiendo.
Viva yo plácido
vida cuitada,
libre de insípida
pena malvada;
Y ya ridículas
llamen, ó buenas,
los sabios críticos
mis cantilenas:
Que nunca un mínimo,
pronto cuidado,
daráme el mérito
de lo cantado.

Manuel Garay y Heredia.

NOTICIA HISTORICA
DE
VARIAS INVENCIONES,
DESCUBRIMIENTOS, &c.

Arquitectura. Los antiguos historiadores pretenden que los Egipcios fueron los primeros que construyeron edificios simétricos y proporciona-

dos; pero como las reglas de su arquitectura no han llegado á nosotros, y solo nos quedan de ellos algunos edificios de una construccion sólida y colosal, se da la preferencia á los Griegos, que llevaron este arte al mayor grado de perfeccion, y á quienes somos deudores de los órdenes *dórico*, *jónico* y *corintio:* despues de ellos, los Romanos inventaron el *toscano* y el *compuesto*, que no son mas que una imitacion de los tres primeros órdenes. La arquitectura se resintió, como las otras artes, de la caida del imperio de Occidente. Durante este tiempo de barbarie, en el que las ciencias y las bellas artes fueron aniquiladas, los visigodos destruyeron los mas hermosos monumentos de la antigüedad. Entónces se vió nacer un nuevo método de construir, que se llamó *arquitectura gótica*, y que ha subsistido hasta Carlo Magno, el cual emprendió el restablecer la de los antiguos. La *arquitectura* fué cambiando despues insensiblemente de aspecto: los arquitectos de los siglos trece y catorce que tenian algun conocimiento de la escultura, solo hacian consistir la perfeccion de sus obras en la multitud de adornos que aglomeraban en ellas, por lo regular de un modo caprichoso; cuyo gusto debieron á los árabes, que le trajeron de sus paises meridionales, así como los vándalos y los godos habian traido del Norte el pesado gusto gótico. En fin, la *arquitectura* debe el haber recobrado su primera sencillez, su hermosura y sus proporciones, á la sagacidad y aplicacion de algunos arquitectos de estos últimos siglos.

Artillería. Algunos autores refieren su orígen al año 1330. Se cree generalmente que se usó por primera vez en 1346 en la batalla de Crecy, la cual ganaron los Ingleses por el espanto que causaron con seis cañones.

Ascension. Esta fiesta es de las mas antiguas y solemnes de la cristiandad, y fué instituida por los Apóstoles para celebrar el dia en que el Salvador subió á los cielos en presencia suya y de otros muchos discípulos, á los cuarenta dias despues de su resurreccion. A principios del siglo IV, la emperatriz santa Elena hizo edificar un templo sobre el monte Olivete, en el mismo sitio en que se obró tan glorioso misterio; y aseguran algunos autores que no siendo posible cubrir el paraje por donde ascendió el Señor, fué preciso dejar abierta la cúpula ó media naranja.

Astrolabio. Instrumento para medir los ángulos por grados, minutos y aun segundos. Antiguamente servia mucho para la astronomía: hoi solo se usa en la aplicacion de la geometría. El primero y mas célebre de estos instrumentos fué el de Hiparco en Alejandría: estaba compuesto de varios círculos que le daban cierta semejanza con nuestras esferas armilares, y con su auxilio el astrónomo descubrió 1,022 estrellas fijas. Ptolomeo se sirvió de él con igual objeto; pero por algunos inconvenientss que tenia el instrumento varió su figura, y le redujo á una superficie plana, dándole el nombre de *planisferio.*

Astronomía. Las primeras observaciones astronómicas las hicieron los Chinos: á estos siguieron los Caldeos con gran fruto: los Egipcios son considerados por algunos como profundos astrónomos, en vista de sus pirámides y zodiacos, aunque Ptolomeo, que escribió la primera obra completa sobre esta ciencia, y que vivia en el segundo siglo, hace poco caso de los conocimientos del Egipto. En tiempos posteriores apareció Copérnico, que echó por tierra el sistema de Ptolomeo, y creó uno cuyas bases serán al parecer eternas. Képlero, Tycho-Brac, Galileo y Herschell hacen honor á los siglos modernos por sus adelantos astronómicos.

Asuncion. El año 431 tenia ya culto público este misterio en la ciudad de Efeso, cuya iglesia mayor estuvo dedicada á la santísima Vírgen bajo esta advocacion; y desde dicho año se fué extendiendo esta festividad, de modo que á fines del siglo sexto se solemnizaba generalmente en las iglesias griega y latina, el mismo dia 15 de agosto en que la celebramos ahora.

Atraccion. El descubrimiento de la lei de la atraccion de los cuerpos se debe al talento prodigioso de Isaac Newton, que nació en Volstrop en Inglaterra el año 1642, el mismo en que murió el célebre Galileo, y dejó de existir en 1727, á la edad avanzada de 85 años.

Aúreo número. Así se llama el ciclo ó periodo de 19 años, por cuyo medio se ajusta el curso del sol y el de la luna, y se hace que los años lunares y solares empiecen en un mismo punto. Este cálculo ó ciclo, al que se da el nombre de *número de oro*, fué inventado por Meton, astrónomo griego, por los años 432 ántes de la era cristiana; y los atenienses sus compatriotas recibieron con tanto reconocimiento dicho ciclo, que le hicieron grabar en letras de oro sobre los monumentos públicos.

Avellanas. Parece que esta fruta es originaria del Ponto en el Asia menor, aunque otros dicen que lo es de Nápoles.

Avis (Orden del). Alfonso I de Portugal la instituyó en 1147 sobre el pié de órden militar y religiosa, con motivo de haber recobrado de los Moros la ciudad de Evora.

Azafran. Unos creen que esta planta la deben los Españoles á los Moros, y otros que la llevó á España un peregrino que vino de Levante.

Azúcar. Se lee en la Enciclopedia metódica que la caña de azúcar tuvo orígen en las Indias orientales, y que los Chinos conocieron desde la mas remota antigüedad el arte de cultivarla y de extraer de ella el azúcar, cuya preciosa produccion fué conocida en Europa dos mil años ántes que dicha planta. Esta parece que fué transportada á la Arabia en el siglo XIII, y que de aquí pasó á la Nubia, Egipto y Etiopia, donde se fabricaba mucho azúcar. A fines del siglo XIV se llevó la caña de la Siria á Chipre y á Sicilia; y desde que se descubrió la isla de Madera en 1420 trasportaron á ella los Portugueses las cañas de azúcar, cuyo cultivo progresó allí mui bien, lo mismo que en las Canarias. Luego que se hizo el descubrimiento de la América se llevaron tambien dichas cañas á la isla de santo Domingo, á la de Cuba, &c., donde se aclimataron y prosperaron maravillosamente. El azúcar de remolachas le descubrió un tal Margraff; el de setas Braconot; y otros químicos le han descubierto en las uvas, en las castañas, &c.

Azuela. Este instrumento de carpintería se dice que fué inventado por el ingenioso ateniense Dédalo, por los años 1234 ántes de Jesucristo.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

LOS OBELISCOS DE ROMA.

El obelisco es un monumento monólito, es decir, hecho de una sola piedra, y clavado en el suelo como una espiga: por lo regular es de cuatro caras, su forma es ligeramente piramidal y tronchada en el punto superior, donde remata con una punta de diamante llamada *piramidium*. Los Egipcios usaban los obeliscos principalmente para adornar la entrada de los templos y de los palacios. Pero ¿cuál seria el objeto esencial de los obeliscos? ¿servirian de agujas horarias para indicar la altura del sol, los dias y las estaciones, ó serian monumentos fúnebres, ó bien columnas triunfales? Esta última opinion, que á nuestro entender es la mas verosímil de todas, es la que siguen los anticuarios modernos, quienes han conseguido llegar á descifrar algunos grupos de geroglíficos, en los cuales se hallan los nombres de varios reyes ó gobernadores de Egipto.

Hai obeliscos de piedra arenisca; pero la mayor parte de ellos son de granito rosado, que se sacaba de las pedreras de Siena. Ademas del trabajo que es de suponer tenian los Egipcios para extraer estas enormes masas, y grabar en ellas los geroglíficos que contienen, lo que mas debe admirarnos, vista la multitud de estos monumentos, es la facilidad con que parece los transportaban de Siena hasta las bocas del Nilo, y mas que todo la dificultad de erijirlos. Lástima es que no nos haya transmitido Plinio los pormenores de esta segunda operacion, como lo ha hecho respecto de la primera. "Hallándose, segun él dice, las pedreras á corta distancia del rio, cuando ya estaba el obelisco enteramente acabado, abrian una zanja por abajo, y colocaban en ella dos barcas debajo del monumento, cuyas dos extremidades quedaban bien apoyadas: estas barcas llevaban al obelisco hasta el rio por medio del agua de que se abastecia el canal." Ya que no conocemos exactamente los medios de que los Egipcios se valian para erijir sus obeliscos, no podemos ménos de ver con interes, sobre el pedestal del que se halla en una de las plazas de Constantinopla, un obelisco entablillado de pedazos de madera, y levantado por medio de cabestantes. A pesar del estilo bárbaro con que está trabajado, es bastante precioso este bajo relieve por los indicios que con respecto á esta operacion puede ministrar, al ménos cual se practicaba entre los Romanos.

Admirados estos del gigantesco trabajo de los obelisco, tuvieron en mucho el tomarlos como trofeos conquistados sobre una industria maravillosa. Amiano Marcelino ha contado en Roma seis grandes y cuarenta y dos pequeños. Muchos de ellos figuran hasta el dia entre las riquezas monumentales de la ciudad eterna; pero yacen derribados y sepultados en el torbellino de las revoluciones que han pasado por Roma, y ha sido necesario volver á comenzar la obra difícil de levantarlos. Este trabajo mecánico se hizo bajo la direccion del arquitecto Fontana en tiempo de Sixto Quinto; y como ha sido descrito con bastante minuciosidad, creemos que será interesante para nuestros lectores que les demos una idea de él.

Cerca de la antigua sacristía de la iglesia de san Pedro yacia de tiempo mui atras oculto entre varios escombros uno de estos monumentos hecho de granito rojo, y consagrado, segun una tradicion bastante fabulosa, al hijo de Sesóstris. Este obelisco, llevado á Roma en tiempo de Calígula, no tiene ningun geroglífico, y es mui probable que tan solo sea una imitacion romana hecha en Egipto de los obeliscos egipcios. Tenia 111 palmos y medio de longitud (76 piés y medio), 12 de ancho en su base, y 8 en la cúspide. Varios papas, ántes de Sixto Quinto, habian concebido la idea de mandar transportarlo al centro de la plaza por donde se llega al mas magnífico templo del mundo; pero este proyecto no pudo por entónces realizarse por lo mucho que se exageraban las dificultades y los gastos para conseguirlo. Pero resuelto Sixto Quinto á superar todos los obstáculos, comunicó su idea de un modo solemne, por decirlo así, á los mas distinguidos matemáticos, ingenieros y arquitectos de Europa, y segun se dice, hubo quinientos que respondieron á esta invitacion, ofreciendo para el logro de la empresa, ya un modelo, un dibujo ó una disertacion. Como es de presumirse, los pareceres eran mui opuestos. El obelisco, sumerjido hasta su mitad en la tierra, se conservaba aun casi en posicion vertical; y el gran punto de la dificultad consistia en saber si se le habia de transportar en esta posicion despues de desprenderlo de los materiales que lo escombraban, ó si se deberia empezar por derribarlo. De esta opinion fué Fontana, quien contra el parecer mas generalizado, sostenia que era preferible llevar acostado el obelisco al lugar prefijado, y allí levantarlo; y despues de una experiencia que el mismo Fontana hizo, lográndosele mui bien, con un obelisco pequeño que en otro tiempo habia pertenecido al mausoleo de Augusto, tuvo el placer de ver aceptado su proyecto, y aunque el papa le dió dos compañeros para la empresa, consiguió al fin, á fuerza de representaciones, correr por sí solo los riesgos de una tentativa cuya honra ambicionaba para sí solo.

Imposible seria referir en este artículo todos los medios que empleó el arquitecto para sacar, mover y erijir un monólito de tan extraordinario peso; y así solo diremos que para toda la operacion necesitó Fontana 900 operarios y 140 caballos. Derribado el obelisco, ocupáronse de levantarlo á 3 palmos del suelo, lo cual se verificó en doce operaciones distintas, y en presencia de un inmenso gentío, que estaba obligado á guardar silencio, so penas mui severas. El sonido de la trompeta dirijia todos los movimientos, y el de los timbales indicaba los intervalos de descanso. Llevaron á la plaza el obelisco sobre cuatro rodillos, y para erijirlo en su pedestal esperaron por órden del papa á que pasase el tiempo de los fuertes calores: pasóse, y el dia 10 de setiembre de 1586 se efectuó el complemento de trabajo tan prodigioso. Empezóse la faena al despuntar la aurora, y quedó terminada al ponerse el sol en cincuenta y dos movimientos.

Esta masa, de una materia casi indestructible, permanece hasta el dia en el mismo sitio en que la colocó el arquitecto, es decir, en el centro de la magnífica plaza ovalada que circundada de la columnata bellísima, obra maestra de Bernin, sirve como de antesala al peristilo colosal de San Pedro. Una cruz de bronce, de diez palmos, remata el obelisco, y cuatro leones, de bronce igualmente, le sirven de apoyo. Las dos majestuosas fuentes que hai en cada lado de la plaza, dice un

viajero, completan dignamente su decoracion, ya se les mire á la claridad del sol, cuyos rayos forman en ellas brillantes iris, ya á la luz de la luna, que hace mas vistosa la blancura de sus aguas espumosas, que con su suave murmullo invitan á dulces meditaciones.

Es necesario tener idea clara del entusiasmo con que los habitantes de Roma miran los artes y todo cuanto puede acrecentar la magnificencia de la capital del mundo cristiano, para comprender los transportes de júbilo y las aclamaciones que recompensaron á Fontana de sus trabajos. Sus operarios lo llevaron en hombros como en triunfo al son de trompetas y tambores, y por dos veces cantó el Tasso la ereccion del obelisco y la cruz que lo domina. No se mostró Sixto Quinto ménos sensible al ver el éxito de esta empresa, pues mandó fabricar dos medallas en recuerdo de este acaecimiento, hizo noble á Fontana, y lo nombró caballero de la espuela de oro. A estos honores añadió las recompensas pecuniarias, dándole 5,000 escudos de oro, y asignándole una renta de 2,000 escudos para él y sus herederos. Quedóse Fontana con todo el maderaje y los demas materiales empleados en la operacion, lo cual le produjo unos 20,000 escudos romanos.

Lograda por primera vez esta empresa, ya no le fué difícil erijir otros tres obeliscos, accediendo á los deseos de Sixto Quinto. El del mausoleo de Augusto, de que ya hemos hablado mas arriba, y tiene 66 pies de altura, fué erijido en la plaza de santa María la mayor, detras de la Basílica; y las asiduas investigaciones que se hicieron en las ruinas de Roma antigua, hicieron hallar los otros dos últimos: el uno de ellos está en la plaza de san Juan de Letran, y el otro en la plaza del Pueblo.

El obelisco de San Juan de Letran es acaso el mas bello y colosal de todos los conocidos. El ilustre Thoatmosis II, el mismo rei Méris por quien se abrió el lago de su nombre, erijió este obelisco en Tebas, fué reparado por Cambises, que destruyó y derribó todos los otros, y despues transportado por mandato de Constantino, y últimamente desenterrado en fracciones de entre las ruinas del circo Mayor, bajo la direccion de Fontana. Este soberbio monolito de granito rojo, cubierto de una escritura admirable, ha sido tambien cantado por el Tasso, ¡tanto así inspiraban estos antiguos y misteriosos monumentos la imaginacion del poeta!

El último obelisco que levantó Fontana en Roma fué el de la plaza del Pueblo, que representa la estampa. Hallase en la extremidad de las tres grandes y hermosas calles que tiene el viajero en perspectiva cuando despues de haber pasado el puente Mulvio, hoi Ponte-Molle, llega á Roma por la antigua vía Flaminia. En su base tiene cuatro esfinges modernas, que un autor ha comparado á otras tantas hacerros poco enigmáticos; pero este adorno no impide que el obelisco compita en tamaño, belleza, perfeccion de sus geroglíficos y esplendor de su origen, con el de San Juan de Letran. Erijido en Heliopolis por el rei Ramses [illegible] el templo del Sol, fué transportado á Roma en tiempo de Augusto, y colocado en el [illegible] La inscripcion griega de este monólito prueba que los Egipcios conocian la Trini-

Estos son los obeliscos mas considerab Roma; pero esta ciudad posee ademas otr rios dignos de mencion, y entre ellos el qu viene de los jardines de Salustio, y que F mandó sacar de la plaza de san Juan de L donde yacia abandonado, para erijirlo frent Trinidad del Monte; el que se ve en la pla Panteon, y últimamente, el de la plaza del Citorio. Este obelisco fué primero erijido liópolis por el rei Psamético I, quien se ha presentado en él de un modo bien extraño, figura de una esfinge con cabeza y brazos d bre, y presentando una ofrenda al dios Fre Heliópolis fué transportado á Roma en tie Augusto, para servir de aguja á la meridia Campo de Marte, de donde lo desenterró den de Benedicto XIV el ingeniero Nicol baglia, debiéndose igualmente su elevac Pio VI.

La Mosaïque. Traducido por M

El Convento

DE

SANTA MARIA DE LAS HUELGA

Hacia tres dias que estaba yo en Búrgos, habia visto casi todas las preciosas curios que contiene esta célebre y antigua ciuda cuatro gigantones que figuran represent cuatro partes del mundo, y que no ostent extrañas vestimentas y graves fisonomías m en las ocasiones solemnes, habian ejecut debajo, ó por mejor decir, al nivel de mis bal sus danzas góticas y compasadas. Habia do ya con religiosa atencion la famosa ca fundada por el santo rei D. Fernando, y res da por aquel Cárlos V de colosal memoria nombre es ya por sí solo un monumento; admirado su inmensa bóveda, que pasma la inspira respeto, sus vastos pórticos tan imp tes por su mole, tan ricos y minuciosament fectos en sus detalles.

En medio de la plaza circular, bajo cuy ristilos circula á todas horas un inmenso g habia saludado ya la estatua del buen rei III, á quien la España debe cuanto posee e to á establecimientos útiles é industria produ

Habia hincado ya las rodillas con profun neracion ánte la milagrosa imágen del santo to de Búrgos, que conservan los agustinos convento, y á quien tantas romerías y mar sas curas y conversiones religiosas recomien la devocion de los pueblos; pero aun teni hacer una excursion, y ya se acercaba el mo de mi partida.

A un cuarto de legua de la ciudad se ha monasterio de santa María de las Huelgas tero retiro abierto á las vírgenes de Búrgos, ya superiora ejerce una autoridad sin límit bre doce conventos y veinte aldeas. Nun jan los viajeros de dirijir sus pasos acia terrible asilo, á cuya puerta parece que del detenerse todas las pasiones humanas, y a

PLAZA DEL PUEBLO

(Roma).

netran sin embargo con harta frecuencia para ivarse en el retiro é irritarse en el silencio los ·los, la sed de venganza y todos los sentimientos ncorosos y enérgicos del alma.

Habianme referido tan terribles historias acer-a de aquel famoso monasterio, del cual me ha-ian hecho ademas una descripcion tan imponen-e y sombría, que no pudo ménos de sentir una specie de vaga inquietud pensando en que iba á er el teatro en que habian pasado tantas escenas, cuyo solo recuerdo me hacia estremecer....

Salí, pues, para Santa María de las Huelgas en iquella disposicion de ánimo que nos hace propen-os á toda impresion profunda, y que, por decirlo si, las adivina y las desea. Al principio nada enia de triste el camino que seguiamos; despues le atravesar una risueña campiña, entramos en n bosque bastante espeso para guarecer al via-ero de los ardientes rayos del sol de España, pero o obstante oscuro para inspirar tristeza ó terror.

Sin embargo, á medida que ibamos acercándo-os al término de nuestro viaje, iba tomando a-uel pais un carácter mas adusto; los árboles se strechaban, las calles eran cada vez mas angos-s, mas sombrías; volviendo atras la cabeza, uscaba uno en vano la senda que habia seguido; ada parte del bosque parecia cerrarse sobre el e la habia pasado; creia uno separarse del mun-, que todas las comunicaciones desaparecian ccesivamente, y que era imposible volver del tio á que uno se dirijia.

Caminaba yo en silencio junto á mi guia, mé-s ocupado aun mi ánimo en el espectáculo que ofrecia á mis ojos que en los recuerdos que á iban unidos para mí, y en el cuadro vivo y ter-le que colocaba mi imaginacion en medio de uel marco tristísimo.

Despues de haber recorrido así una distancia cuya extension solo podia juzgarse por el tiem-, vi de repente alzarse en frente de mí un vasto ificio cuyo aspecto severo me pareció en per-cta armonía con el uso solemne á que estaba stinado. Una fachada sencilla y regular que esentaba á la vista tres largas hileras de venta-s estrechas y en un todo semejantes entre sí, recia indicar que una existencia perfectamente ual para todos era la que hallaban en aquel re-nto los seres á quien aquellas avaras aberturas stribuian en partes iguales el aire y la luz.

Distinguiase en el primer término del edificio a portada de hierro, detras de la cual se entre-ia una puerta lisa de madera de encina; alzá-se sobre ella una larga cruz de ébano que hacia saltar como una gran sombra la blancura de las redes, y que colocada allí como una misteriosa seña, claramente indicaba qué especie de via-ros se albergaban en aquella santa posada.

Entre el edificio y nosotros extendiase una an-a y hermosa pradera rodeada de un espeso en-rjado, por entre cuyas rejas penetraba agrada-emente la vista hasta los árboles del bosque.

Aquella pradera verde y plana no ofrecia en terreno la menor elevacion ni el mas pe-eño sulco: era una inmensa alfombra de verdu-en la cual en vano se hubiera buscado el mas queño accidente, ó la mas lijera variedad; tris-y fiel imágen de la vida tranquila y monótona que debian ser testigos aquellos lugares: ni un táculo, ni un sobresalto, ni un cuidado; una larga serie de dias uniformes, hasta el que debia sellar la muerte con su terrible indiferencia.

Llegamos al edificio hollando el césped que de él nos separaba; todo estaba silencioso y solitario. Los desórdenes de la revolucion y los azares de la guerra habian turbado la paz de muchos siglos en que reposaban aquellos santos lugares. Las vírgenes consagradas al altar habian abandonado su pacífico asilo; trémulas y atónitas, habian vuelto al mundo como proscriptas, y esperaban en la zozobra y la oracion el momento en que volveria á abrirse y á cerrarse sobre ellas su amado monasterio.

Llamó mi guia á la puerta principal, donde esperamos largo rato sin que nadie saliera á abrirnos; pero oiamos no obstante allá en el interior un eco leve al principio, luego mas sonoro, y que nos anunció por fin que del fondo de aquellas largas bóvedas se acercaba uno acia nosotros. Abrióse la puerta en efecto, y vimos á un eclesiástico, cuyos blancos cabellos y melancólica fisonomía inspiraban confianza y respeto. Cuando le manifesté mi deseo de visitar el monasterio, consideróme el anciano con atencion como para cerciorarse de que ningun pensamiento impío, ninguna curiosidad burlona me habian inspirado aquel deseo. Nada tenia yo que temer de este exámen, y en efecto me fué favorable.

Seguí sus pasos, y pronto me hallé con él en el interior de aquel recinto abandonado. Recorrí aquellos largos corredores divididos en iguales intérvalos por las puertas de las celdas, cuyas ventanas habia yo visto por fuera; visité los locutorios, especie de terreno neutral concedido á la ternura de las familias, y donde el mundo y la sociedad, separados por una reja de hierro, tienen para su mutuo consuelo algunas raras entrevistas. Entré en la capilla despojada momentáneamente de sus principales ornamentos, pero rica y hermosa sin embargo.

Explicábame el buen sacerdote con suma bondad el destino de cada una de las partes de aquel grande edificio. "Ya estamos por fin," me dijo despues de haber cruzado un ancho vestíbulo y llegado junto á una puerta mas grande y llena de ricas molduras que las demas, "ya estamos por fin en el sitio que ha excitado vuestra curiosidad, y que atrae á tantos viajeros. Esta habitacion es la que ocupa la abadesa del convento; aquí hallaréis reunidos el poderío y la humildad, armas de nobleza y un crucifijo, un modesto reclinatorio y un magnífico sillon; dó quiera la imágen de Dios que castiga, junto á la imágen de Dios que perdona.

"La abadesa de Santa María de las Huelgas, humilde y penitente como cristiana y como vírgen consagrada al culto del altar, es al mismo tiempo altiva, poderosa y severa, porque pertenece á una familia antigua é ilustre, porque es jefe de sus compañeras, porque ejerce una jurisdiccion absoluta y soberana no solo sobre el monasterio en que estamos, sino sobre otros muchos sometidos á la misma regla."

—Pero, pregunté al anciano, ¿cuál es el orígen de esa alta dignidad concedida á la abadesa de Santa María?

—La hija de de D. Juan II, me respondió, la que reinó despues bajo el nombre de Isabel la Católica, pasó su primera juventud en este con-

vento. Un dia en que se paseaba la princesa con sus jóvenes compañeras por la pradera que hemos cruzado, algunos secuaces de una bandería de descontentos rompieron el enverjado, y se precipitaron sobre la princesa para llevársela; pero advertida la abadesa por sus gritos, hizo tocar la campana en señal de alarma, y fué á colocarse al paso de los raptores, á quienes no opuso mas que su crucifijo, su valor y su alta reputacion de santidad; era preciso pasar sobre su cuerpo, ó arrancarla á viva fuerza del peligroso puesto en que se habia colocado. Nadie osó alzar una mano sacrílega sobre aquella santa mujer; vacilaron los bandidos, retrocedieron, y durante este tiempo llegaron fuerzas, y se salvó la hija de D. Juan II.

Las riquezas del convento, el extraordinario poderío de la abadesa, son el premio con que pagaron este servicio el rei D. Juan y despues su hija Isabel.

Esto me dijo el anciano, y miéntras escuchaba atento, pude examinar con interes el imponente pretorio desde donde rije la abadesa, la comunidad sumisa á su mando, y la modesta celda donde va á humillarse tambien la religiosa bajo el poder de Dios. Aquí no veis, me dijo el sacerdote, mas que á la que dirije y administra; entremos allí, y veréis á la que juzga y castiga. Esto diciendo, me introdujo en una sala cuya disposicion interior y carácter siniestro me inspiraron un sentimiento de terror y de compasion.

En el fondo y sobre un tablado bastante alto habia un sillon destinado á la abadesa. Encima del sillon veiase un Cristo cuya forma era mui semejante á la del que vi en el convento de los Agustinos: debajo y á ambos lados del tablado habia dos sillas destinadas á las inspectoras encargadas de ejecutar las órdenes de la superiora, y al rededor de la estancia una hilera de bancos reservados para las religiosas y las novicias.

En medio, en frente del sillon principal, veiase un taburete grosero, y á su lado una mesa sobre la cual no habia mas que un libro, un crucifijo y algunos misteriosos instrumentos, cuyo terrible uso adiviné al punto. Aquel taburete era el asiento del acusado.

A un lado habia una tribuna separada, con comunicacion exterior, para los testigos y aun para el público, cuando la superiora tenia á bien admitirle á presenciar sus juicios.

Despues de haberme dejado algun tiempo para contemplar aquel lúgubre aparato, abrió el anciano una puertecilla falsa, y me condujo por una escalera estrecha y oscura á los subterráneos del convento. Hallábanse allí los sitios destinados á la expiacion y á la penitencia, negros calabozos, bóvedas bajas de techo y húmedas, cadenas y cerrojos. Helóseme el corazon de espanto al entrar en aquellas mansiones de la desesperacion, y pedí con empeño volver al aire, á la luz, á la libertad.

Subimos en efecto por otra escalera, y de nuevo nos hallamos en uno de los anchos corredores que forman las grandes comunicaciones del convento. ¿No está habitada, pregunté al anciano, ninguna de estas numerosas habitaciones, y sois vos el único ser viviente en este vasto recinto?

—Una sola celda está ocupada, me dijo, y voi á llevaros á ella si os sentis con ánimo para ver al ser mas desgraciado y digno de compasion que hai en la tierra.

Vacilé un momento; abrió luego una celda cuya ventana enrejada dejaba ver la pradera y el bosque, y ví sentada junto á aquella ventana á una mujer jóven y hermosa, á pesar de la palidez de su rostro, y del mortal abatimiento que revelaban sus facciones marchitas.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, volvió la cabeza acia nosotros con lentitud é indiferencia, sonrió tristemente reconociendo á mi compañero, me miró sin curiosidad, y volvió á colocarse enfrente de la ventana. Acercóse el buen sacerdote á ella, y la cojió una mano: Abrasando! dijo, y la dejó caer con tristeza; siempre abrasado! No la abandona un momento la calentura. Pilar, prosiguió dirijiéndose á ella, qué buscas por ahí? —No lo sabes? respondió con voz ronca, pero animada; acabo de verle en el jardin; he querido precipitarme acia él; pero las dos espadas se han cruzado; ha corrido sangre, y le he visto caer.... he gritado, he pedido socorro; pero nadie ha acudido.... Padre mio, por qué no me respondiste? Tú tambien me abandonas!.... Sí, así es... ya no me queda otro recurso mas que la muerte.

Esto diciendo, cerráronse sus ojos, y cayó su cabeza inerte sobre el respaldo de su sillon. Retirémonos, me dijo en voz baja el anciano, y quiera Dios en su bondad concederla un momento de sueño tranquilo! Esto es lo único que podemos desearla.

Estaba yo profundamente conmovido y deseoso hasta lo sumo de saber qué serie de sucesos habia podido conducir á aquella jóven infeliz al colmo del infortunio. El anciano se anticipó á mis deseos. Puedo referiros, me dijo, lo que deseáis saber, porque harto bien conozco los detalles de esta triste historia; y me la refirió en estos términos.

El conde D. Francisco de Vivar pertenece á una de las primeras familias de nuestra noble Castilla; fué uno de sus antecesores aquel valiente Rodrigo, proclamado el Cid Campeador por la justicia de sus enemigos y la gratitud de su príncipe. No tuvo el conde de su enlace con la hija del marques de Alfuente mas que un hijo, el cual, único vástago de un tronco ilustre, era el objeto así de todos los cuidados como de toda la ternura de su padre. D. Alonso era su nombre.

Entre las familias castellanas unidas á la de Vivar por vínculos de deudo ó amistad, figuraba en primera línea la de González, justamente orgullosa por haber dado soberanos á su pais. D. Fernando González tenia una hija á quien solo llevaba tres años D. Alonso.

Los dos jóvenes habian sido destinados el uno para el otro desde su mas tierna infancia. Era para sus padres este proyectado enlace el asunto de todas sus conversaciones, pues veian en esta union de la sangre de los soberanos con la sangre de los héroes la gloria y felicidad de ambas familias. Criados ambos con este pensamiento, acostumbrados á mirarse como destinados el uno para el otro, esperaban Alonso y Leonor, sin que jamas se hubiese presentado á su ánimo sobre este punto la menor duda, la época en que permitiese su edad conducirlos al pié de los altares.

Alonso era valiente, generoso y sensible; amaba con ternura á la que le estaba prometida; pero este cariño nada tenia de exaltado, nada que turbase el reposo de sus noches ni la paz de sus dias.

conocian la vivacidad de sus sensaciones, de sus primeros movimientos, el ardor abrazaba todo lo que heria su imagina- se hubieran decidido á responder de que ı adquirida en su infancia bastaria á su ıventud, y de que algun accidente impre- gun capricho de la fortuna, no vendria á unos planes combinados con tanta discre- etenimiento.

cedia así con Leonor: sensible como D. dotada como él de un carácter impetuoso, alma ardiente, de una imaginacion fácil narse, Leonor habia concentrado en él so- sus pensamientos y todas sus facultades: mbre y la seguridad no habian hecho mas entar y acrecer un amor cuyo principio se ia en sus recuerdos con los primeros lati- u corazon, y cuyo fin ni aun la idea de la ıubiera podido hacerla comprender.

onso iba á cumplir veinte años, y Leonor apénas diez y ocho, que era la época fi- las dos familias para celebrar la boda. empezado ya los preparativos; dentro de ımanas recibiria Leonor de su amado el ı esposa, y ya no cabia en su corazon la ıe la aguardaba. Pero ah! este dulce e ventura, esta ilusion de toda su vida no alizarse jamas, y ya se acercaba el terri- ıento del desengaño!

.lonso pasaba una tarde por junto al con- e los agustinos. Serena y dulcemente o- en su union con la amiga de su infancia, ner su ventura bajo la proteccion divina, ır la milagrosa imágen del santo Cristo de

Entró en la iglesia penetrado de pro- ɔntricion, y se acercó al objeto de su pia- or. Cuando iba á empezar su oradion lle- ı oidos el eco de una voz triste y melodio- dirijia á la milagrosa imágen palabras su- s interrumpidas por amargos sollozos. La a curiosidad y el sentimiento de una tier- ɔasion, movieron á D. Alonso á acercarse ı que pronunciaba aquellos dulces acentos o le habian conmovido. Una jóven, cu- :iones no pudo distinguir bien, pero que le sumerjida en el mas profundo dolor, pedia ta imágen que socorriese á su madre mo- , y la aceptase á ella por víctima en vez e iba á morir. Despues de haber pronun- stas palabras, levantóse la jóven débil y , y se dirijió acia la puerta, pudiendo apé- enerse en pié. Arrastrado por un impul- untario, llegóse á ella D. Alonso como udarla á sostenerse; pero pasó junto á él ırle, y tuvo el mancebo que limitarse á se- ara socorrerla, en caso de que sus fuerzas lonaran enteramente.

de la iglesia la jóven suplicante, dirijióse :o paso acia la plaza donde se halla la es- ı Cárlos III, y entró en una casa de humil- ıencia. No habia aun caido la noche, por ıudo observar D. Alonso que cuando pasa- lla jóven por delante de las tiendas inme- . la casa en que entró, todos los que en e- ıallaban salian á la puerta, y la saludaban estras de aprecio y de interes. Fácil era informes por su conducto, y D. Alonso es- nasiado conmovido para no aprovechar a- casion de satisfacer su irresistible curiosi-

Tomó pues algunas noticias, y supo que aquella jóven se llamaba Pilar; que tenia diez y seis años; que era hermosa como nuestra señora de Loreto, buena, modesta y caritativa como ella; que todos cuantos la conocian la querian mucho; que todas las madres la proponian por modelo á sus hijas, y la codiciaban para esposa de sus hijos. Era hija de Diego Ruiz, hábil arquitecto y digno descendiente de aquel tan famoso Fernan Ruiz, á quien ha inmortalizado la construccion de nuestra gran catedral, de Diego Ruiz, conocido y apreciado de Búrgos como el hombre mas honrado de ambas Castillas.

Hacia ya algun tiempo que estaba enferma la madre de Pilar, y su hija iba todos los dias á implorar la proteccion del Cristo cuya imágen adoran los fieles en la iglesia de los agustinos. Veianla sus vecinos volver cada dia mas triste y azorada, lo que les hacia temer que su madre se hallase en gran peligro.

Retiróse D. Alonso despues de estas explicasiones, y fué á ver á Leonor, que le pareció hermosa y amable como siempre. Hablando con ternura de su próximo enlace, contó los dias que le separaban aun del que esperaba con tanta impaciencia, y se lamentó de que fuesen tantos.

No fué sin embargo la conversacion tan franca y tan íntima como otras veces. Hasta el dia anterior, contaba D. Alonso á su amada cuanto habia visto y oido; sus recuerdos y sus palabras apénas tenian un intérvalo. Ahora se acordaba de la jóven Pilar; pensaba en su dolor, en su profunda devocion, acaso tambien en su hermosura, y con todo, sin saber él mismo por qué, nada habló acerca de ella, y volvió á su casa ocupado el ánimo en otras ideas que en las de su enlace con Leonor.

Al dia siguiente á la misma hora, un sentimiento inexplicable para él le llevó de nuevo á la iglesia de los agustinos. Aun no habia llegado Pilar, de lo que se sintió D. Alonso pesaroso y como resentido, cual si aquella jóven le hubiera faltado á su palabra; y cuando ella llegó, alejóse él precipitadamente como si temiera ver á la que habia ido á buscar.

Pudo entónces verla mui á su sabor; la paz y el contento respiraban en su hermoso semblante. El cielo habia oido sus súplicas del dia anterior; su madre estaba fuera de peligro. Nada pedia ya Pilar en sus oraciones; ántes bien ofrecia el homenaje de su corazon agradecido á los piés del Cristo Salvador.

No ménos conmovido D. Alonso por su alegría que lo fué ántes por sus lágrimas, acercóse á ella con timidez para darla albricias por su ventura. Escuchóle ella con candor, y como la hablaba de su madre con afectuoso interes, la conversacion se prolongó naturalmente, como sucede entre dos personas cuyas almas se comprenden.

Aquella noche no fué D. Alonso á casa de Leonor.

Presentóse al dia siguiente en casa de Diego Ruiz para hablarle acerca de una quinta que pensaba construir en las orillas del rio Arlanzo, y Pilar volvió á ver con una alegría que no procuró disimular al que el dia ántes la habia hablado con tanta dulzura de la convalecencia de su madre.

No os repetiré, me dijo el anciano, todo lo que me dijo el desgraciado D. Alonso para hacerme

conocer como el tierno interes que le inspiró al principio aquella amable niña, llegó á ser al cabo de poco tiempo una pasion tan vehemente como funesta, de que participó tambien la que la habia inspirado. Estos detalles nos ocuparian mucho tiempo, y ademas, añadió con una sonrisa melancólica, bien conocéis que parecerian mal en boca de un anciano y de un sacerdote.

Advertia Leonor en tanto con inquietud la mudanza que se habia efectuado en las facciones, en el carácter, en la conducta de D. Alonso; sus visitas, ántes tan largas y tan frecuentes, eran cada vez mas cortas y raras; su lenguaje parecia distraido y violento; á veces, cuando le hablaba ella de la dicha que á entrambos esperaba, veia caer algunas lágrimas por sus mejillas, y salia sin responderla.

Ocupada exclusivamente en su amor, Leonor era indiferente á todo; nada habia turbado aun la completa seguridad de ser feliz en que vivia, y así procuraba averiguar con tierno desvelo las causas de la tristeza que observaba en su amado. Aflijiase la infeliz por D. Alonso; quejábase de que la rehusase una parte de aquel dolor que debia ser comun para entrambos; pero la idea de Alonso inconstante, de Alonso enamorado de otra mujer, no se presentaba jamas á su imaginacion. El gérmen de esa terrible pasion que el ardiente clima de España fecunda y desarrolla con tan cruel actividad, no habia caido aun sobre su corazon: Leonor no conocia los celos.

Acercábase el dia de la boda, y D. Alonso, subyugado por su pasion, y devorado por sus remordimientos, no habia declarado aun á su padre ni á la compañera de su infancia, que ya no le era posible cumplir los compromisos tomados en su nombre, y tantas veces ratificados por él; que era preciso renunciar á todos los planes de alianza y felicidad formados por las dos familias, y que Leonor, vendida y abandonada, quedaba condenada por su amante al oprobio y la desesperacion.

Despues de mil penosas angustias, decidióse á hacer una declaracion que ya no podia dilatarse mas, y prefirió confesárselo todo á Leonor ántes que á nadie. Tres veces leyó la infeliz, sin comprenderla, la carta que la revelaba su suerte; sus recuerdos, su razon, su amor sobre todo, luchaban contra el testimonio de sus ojos, y rechazaban la verdad como una odiosa quimera. Tuvo sin embargo que reconocerla por fin, y acordándose de aquella turbacion, de aquella tristeza de su amante, cuya causa nunca habia podido descubrir, vió en ella la terrible aclaracion de aquel doloroso enigma.

Lo primero que sintió Leonor al leer aquella carta fué una profunda indignacion; su primer pensamiento fué la venganza, y mil proyectos sombríos se estrellaron con impetuosidad en su exaltada imaginacion. Pero aquel estado violento no duró mucho; venció por fin el dolor, y derramó un torrente de lágrimas. Con todo, no manifestó la menor flaqueza; tomó una resolucion decisiva, y esta resolucion fué digna de ella y de la noble sangre de sus mayores.

Tenia Leonor una tia célebre por su virtud y alta sabiduría, que era hacia veinte años abadesa de este monasterio. Decidióse á pedir á aquella mujer respetable un asilo, un porvenir, y los consuelos de que tanto habia menester. Su familia ignoraba aun el imprevisto golpe que la amenazaba, porque quiso Leonor que supiesen al mismo tiempo su desgracia y su resolucion.

Salió pues de Búrgos la noble doncella, dejando á su padre la carta de D. Alonso, á la cual añadió estas palabras: "Padre mio, esta carta os habrá hecho conocer cuál es mi suerte. Hoi cumplo diez y ocho años, y este dia tan deseado me trae, en vez de la felicidad que yo esperaba, la desesperacion y el oprobio. Mi vida se acabó: voi ahora al convento de Santa María, de donde ya no saldré jamas. Yo espero, padre mio, que me perdonaréis la pesadumbre que os dará mi resolucion, y confio que vuestro resentimiento no seguirá á esta infeliz en su retiro, porque Dios querrá proporcionar mis desgracias á la fuerza que me ha dado para resistirlas."

Leyó González esta carta, temblando de cólera y de sorpresa: aquella injuria, aquella desgracia le conmovian igualmente, y su primer impulso fué vengar el honor de su familia. Empuña su espada, y vuela á buscar al que le ha ultrajado; pero D. Alonso le sale al encuentro, pálido, trémulo, pintados en su rostro el dolor y los remordimientos: Adónde vais? le dice, me buscáis á mi? qué me queréis? mi vida! ya es vuestra.... Tomadla, y os deberé mas que al mismo que me la ha dado.... tomadla, os digo, tomadla, qué os detiene? Por qué no me heris? ¿Y no os he herido yo, miserable de mí, en la parte mas sensible?.... ¿No he desgarrado el corazon de vuestra hija? ¿No he marchitado la hermosura, ofendido á la virtud?.... González, matadme, matadme por Dios! tal es vuestro deber.... lo exije el honor de vuestra familia ofendida. Noble descendiente de los condes de Castilla, yo os juro que deshonráis un nombre ilustre si dejáis vivir un solo dia, una hora, al culpable que ha ultrajado á vuestra hija!

—Don Alonso, respondió González, cuyo furor refrenaban hasta cierto punto los mismos esfuerzos con que procuraba el jóven provocarle; D. Alonso, defendeos! Conozco mi obligacion, debéis morir á los golpes de mi acero, aquí mismo, ahora, en este instante, ó yo debo sucumbir en la demanda; pero, lo repito, defendeos! Habéis podido ser perjuro; mas no podréis obligarme á ser asesino.

Acosado por estas palabras, y temiendo prolongar con su resistencia una venganza que anhelaba, púsose D. Alonso en guardia; pero en el instante mismo en que González se precipitaba sobre él, separó la espada que debia defenderle, recibió en mitad del pecho una profunda estocada, y cayó bañado en su sangre.

Delirante, fuera de sí, aterrado á vista de la sangre que acababa de derramar con funesta precipitacion, huye el desgraciado padre, sin saber adónde llevar el peso del infortunio que le abruma.

Quedó D. Alonso solo, sin movimiento, sin auxilio. Aun respira el infeliz; pero derrama mucha sangre, y sin duda va á perecer abandonado, porque nadie sabe la terrible catástrofe de que acaba de ser testigo aquel solitario jardin.

Aun queda sin embargo una esperanza. Por entre las rejas del jardin que dan sobre la calle, una mujer ha visto caer á un hombre mal herido; vuela á él, le reconoce, le incorpora y procura

;arrando sus vestidos atajar la sangre de que ıto se ve ella empapada tambien.
quella mujer era Pilar, á quien un tierno des- habia movido á seguir los pasos de D. Alon- :uya agitacion habia observado sin poder adi- .r la causa. Inquieta por sus misterios y agi- ı lenguaje, herida de un funesto presentimien- iguióle apénas se separaron, y llegó á la reja ardin en que habia entrado el jóven, en el ins- e mismo en que este acababa de sucumbir al e de su enemigo.
omo sus esfuerzos no eran bastantes para ata- la sangre de las heridas, empezó á gritar fu- a y desesperada. Acudieron á sus voces los dos del palacio de Vivar, reconocieron á D. ıso, y le llevaron á su estancia con toda espe- de miramientos y cuidados. No se ocupó Pi- en saber si debia ó no seguirle; le siguió y á instalarse junto á su lecho, sin advertir si- ıra el asombro de todos los que se agolpaban orno del moribundo.
Estaba á la sazon ausente de Búrgos D. Fer- do de Vivar, que habia ido á visitar una ha- ıda que se proponia regalar á los novios el dia a boda. Un correo, despachado al intento, le parte del peligro en que se hallaba la vida de ıijo, y aceleró el momento de su vuelta.

[*Concluirá.*]

EL TROVADOR.

I.

Linda flor de la hermosura,
extremo de todo encanto,
no desdeñes, ai! el canto
de un rendido trovador.
Cuando la noche sus sombras
tiende callada y serena,
su cancion amante suena
del arpa trémula al son.

II.

"—Amor es aquel hechizo
que hace todo grato y bello;
es de la gloria un destello
que diviniza al mortal.
Feliz quien sienta su llama,
su dulce y constante anhelo;
que acá en la tierra, del cielo
podrá las dichas gozar.

III.

Fuego es amor que del alma
las pasiones purifica,
y al mortal identifica
con su mismo criador.
Empero á pechos vulgares
no es dado sentir su llama,
sino á los seres que inflama
celestial inspiracion.

IV.

Con tal afecto te adoro,
señora, flor de hermosura;
no desdeñes la ternura
de un rendido trovador.—"
Cesó su cancion amante;
mas la insensible belleza
ni dió premio á su terneza,
ni dió crédito á su voz.

V.

Ingrata! si tú le vieras
triste, solo, delirante,
llamarte con voz amante,
y á tu nombre suspirar;
De su pasion y sus penas
entónces bien convencida,
quién sabe si enternecida
fin pusieras á su mal.

VI.

¿La vez primera recuerdas
en que tu acento escuchara,
y embebido contemplara
tu semblante encantador?
Era de noche, la luna
bañaba en su luz tu frente,
y los sueños de su mente
realizados en ti vió.

VII.

¡Cuánto tiempo sus ardores
ocultos tuvo en el seno,
y de amor y angustias lleno,
la calma pudo finjir!
Y hoi que ya sin resistencia
te entrega humilde su suerte,
¿podrás decretarle muerte
despues de tanto sufrir?

VIII.

Hermosa, no de su vida
la dulce ilusion destruyas,
ni el puro afecto rehuyas
que te ofrece el trovador.
El pensaba que á tu lado
su eterna dicha hallaria;
si tú le burlas impía,
podrá sufrir el dolor?

XI.

Si á tu ambicion le contenta
un pecho amante y rendido,
¿qué pecho en el mundo ha habido
que iguale al suyo en amar?
De tu afecto hacerse digno
será su eterno deseo,
y su solo y dulce empleo
tu amor y gracias cantar.

R. Panma.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Azul de Prusia. Unico color que las artes sacan del reino animal, y que, ademas de ser precioso por su uso, ha contribuido poderosamente á los progresos de la química. Su descubrimiento es hijo de la casualidad. En 1710, Diesbach, fabricante de colores en Berlin, vertió en su patio varios frascos de líquidos sucios, y advirtió con sorpresa que algunas piedras tomaban un color azul magnífico. Entónces descompuso los líquidos, y á fuerza de trabajo halló los elementos del color prodigioso, que empezó á fabricar, aunque reservando el secreto. Este fué publicado en 1724 por el ingles Woodwart, que se dedicó á penetrarle, y hoi su uso es generalmente sabido, y se halla mui modificado.

Bailes de máscara. Parece que fueron inventados por los Romanos, los que para divertirse con mas libertad en las fiestas saturnales se disfrazaban de diversos modos.

Bala roja. Su uso le introdujo el elector de Brandebourg en 1675, durante el sitio de Stralsund en Pomerania.

Balanza. La invencion de las balanzas remonta al tiempo del establecimiento del comercio, y su orígen debe ser, por consecuencia, de la mayor antigüedad. Sin embargo, el uso de las balanzas supone ya el de algunas artes anteriores necesarias para su fabricacion. Los Chinos se servian desde tiempo inmemorial de una balanza pequeña compuesta de un platillo y de un brazo, como nuestra balanza romana.

Balanza eléctrica. Así se llama un ingenioso aparato inventado en 1785 por el físico Coulomb, aunque tambien se dice que dicha balanza fué inventada por Winkler.

Ballena. La pesca de este animal, el mayor que se conoce, estaba en uso desde la mas remota antigüedad. Los Tirios, los Griegos, los Romanos y los Chinos la usaron desde los primeros tiempos. En Europa los mejores pescadores de ballena han sido los Vascongados, que han enseñado á los Holandeses y á los Ingleses. Estos últimos, los Anglo-americanos y las marinas de Holstein y de las ciudades anseáticas son los que hacen hoi esta pesca en grande.

Ballesta. Instrumento bélico para arrojar dardos y flechas, cuya invencion se atribuye á los Fenicios; aunque segun Vegecio le inventaron los Mallorquines.

Baluartes. Algunos atribuyen su invencion á un ingeniero de Verona llamado Micheli, que fortificó esta ciudad con baluartes triangulares, en lugar de torres redondas ó cuadradas que la defendian ántes. Otros dan el honor de esta invencion á Zisca, gefe de los husitas en Bohemia, y á otros varios sujetos; mas lo que parece cierto es, que el uso de los baluartes ó bastiones se introdujo en el reinado de Cárlos V, esto es, á principios del siglo XVI.

Banco. Parece que el primero que se fundó fué el de Venecia. El de Amsterdam fué establecido en 1609; el de Hamburgo en 1619; el de Paris en 1716; y se erijió en Banco Real en 1718: el de la Inglaterra se estableció en 1689 bajo Guillermo III; el de Viena en 1703 por el emperador Leopoldo; el de Dinamarca en 1736. En España se erijió el banco nacional de San Cárlos en 1782; al que se ha sustituido el nuevamente creado en 1829 bajo la denominacion de banco español de San Fernando.

Baño. (Orden militar del.) Llamóse así esta órden por el estilo de bañarse los caballeros al tiempo de su creacion. Se supone que la instituyó en Inglaterra Ricardo II, y la aumentó considerablemente Enrique IV en 1399.

Barba. Barberos. En todos tiempos ha sufrido muchas variaciones el uso de la barba, llevándola ya en su estado natural, ya rasurada toda, ó bien dándola cierta forma; y aunque la mayor parte de los pueblos antiguos la dejaban crecer, se sabe que algunos la rapaban toda, ó parte de ella. Dícese que los sacerdotes egipcios se rasuraban la cabeza, la barba y todo el cuerpo. Los Hebreos y algunos otros orientales se rapaban la barba del labio superior y de las mejillas: los Griegos empezaron á afeitarse en tiempo de Alejandro el Grande, cuyo uso siguieron hasta Justino, época en que volvieron á usar las barbas largas. En Roma hubo varias ocasiones en que alternó el uso de llevar la barba ya larga, ya cortada, y tambien hubo tiempo en que el llevarla rasurada era una marca de esclavitud. Los Rusos llevaban aun barba en el siglo último, hasta que el czar Pedro I mandó que se la quitasen, y á muchos hubo que hacerlo á la fuerza.—Parece que Ticiano Menas llevó de Sicilia á Roma los primeros barberos acia el año 300 ántes de Jesucristo, los que no solo cortaban los cabellos y la barba, sino tambien las uñas.

Barniz. Hasta el siglo XVI, en que los misioneros jesuitas entraron en la China, se ignoraba en Europa el arte de componer barnices: desde entónces se han hecho muchos ensayos, logrando en esta materia los mayores adelantos. La invencion del barniz que se da sobre el barro cocido se debe desde el siglo XIII á un alfarero de Schelestad, en la Alta Alsacia.

Barómetro. Instrumento físico inventado por Torriceli en 1643, para pesar el aire é indicar las variaciones del tiempo.

Baron. Parece que este empezó á ser un título de honor en Francia en el siglo sexto, y que en el noveno se aplicó á los grandes de aquel reino. Malcolm III, rei de Escocia, creó en el siglo once diferentes barones, y desde entónces se generalizó este título.

Baronet. Título de nobleza creado por Jacobo I de Inglaterra en 1611.

Barra. (Juego de la). Se cree que tuvo orígen en los juegos olímpicos que celebraban los Griegos: los Romanos se ejercitaban tambien en el juego de la barra.

Barrena. Instrumento de carpintería, cuya invencion atribuyen algunos al ateniense Dédalo.

Basa. Se vió por primera vez en las columnas del célebre templo de Diana en Efeso, construido unos 550 años ántes de nuestra era.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

LENORÁ.

BALADA ALEMANA.

, se levanta al rayar el dia: está libre de
:es sueños: — "Wilhelm! ¿eres infiel, ó
:es? cuánto tiempo vas á tardar aun?" —
a ido á la batalla de Praga, siguiendo al
:rico, y desde entónces no habia habido
: suyas.
:i y la emperatriz, cansados de sus san-
: querellas, apaciguándose poco á poco, hi-
:l fin la paz; y.... clings clang.... al son
rompetas y de los timbales, cada ejército
sus hogares, coronándose de alegres guir-

todas partes y sin cesar, en los caminos,
uentes, jóvenes y viejos hormigueaban pa-
:u encuentro. — "Loado sea Dios!" ex-
:n muchos hijos, muchas esposas. — "En
ra vengas!" exclamaba mas de una no-
ero ai! solo Lenorá aguardaba en vano un
: un beso.
recorre por todos lados las filas: en todas
regunta. De todos cuantos han vuelto
:no que pueda darle noticias de su queri-
:los que ya van léjos: entónces, arrancán-
cabellos, se tira al suelo, y se revuelca
rio.
adre acude. "Ah! Dios te ampare! ¿Qué
pobre hija mia?" y la estrecha entre sus

: madre mia! ha muerto! ha muerto! pe-
mundo y todo! Dios no tiene piedad!
infeliz de mí!
os nos ayude y nos perdone! Hija mia,
á nuestro Padre; lo que él hace está bien
: jamas nos niega su socorro.
: madre mia! madre mia! os equivocáis...
: ha abandonado: ¿de qué me han servido
:iones? de qué me servirán ya?
os mio! tened compasion de nosotros!
:noce el padre sabe tambien que no aban-
: sus hijos: el Santísimo Sacramento cal-
las tus penas.
: madre mia! madre mia! el fuego que
ra nada hai que pueda apaciguarlo.... nin-
ramento puede volver la vida á los muer-

cucha, hija mia, ¿quién sabe si el pérfido
rmado otras relaciones con alguna jóven
:ra?.... Olvídalo! anda, que no tendrá
! y las llamas del infierno aguardan su

: madre mia! oh madre mia! muertos es-
nuertos; lo que está perdido perdido, y la
: mi único recurso. Ojalá no hubiese na-
:ca! Antorcha de mi vida, apágate, a-
:n el horror de las tinieblas! Dios no tie-
d.... Oh qué desgraciada soi!
:s mio! ten piedad de nosotros! No en-
uicio con mi pobre hija: ella no sabe el
sus palabras.... no se las cuentes por pe-
Hija mia, olvida los pesares de la tierra;
n Dios y en la felicidad eterna, pues te
: esposo en el cielo.
madre mia! qué es la felicidad? Madre
mia, qué es el infierno?.... La felicidad se halla donde está Wilhelm, y el infierno donde él no está! Apágate, antorcha de mi vida, apágate en el horror de las tinieblas! Dios no tiene misericordia.... Oh qué desgraciada soi!"

Así la fogosa desesperacion despedazaba su corazon y su alma, y la hacia insultar la providencia de Dios. Ella se lastimó el pecho, ella se retorció los brazos hasta el ocaso del sol, hasta la hora en que las estrellas doradas resbalan suavemente en la bóveda del firmamento.

Pero qué ruido suena por de fuera?.... Trap! trap! trap!.... es lo mismo que el paso de un caballo. Y despues parece que se desmonta un ginete con un rechinar de armaduras; sube los escalones.... Oid! oid! la campanilla ha silbado dulcemente.... Kin lin gling!.... Y al traves de la puerta una voz grata habla de esta manera:

"Ola, ola! ábreme, hija mia! ¿Velas, niña, ó duermes? piensas siempre mí? nadas en alegría, ó en llanto?

— Ah! Wilhelm! ¿eres tú, tan tarde por la noche?.... Velaba y lloraba. Ai! he sufrido cruelmente.... De dónde vienes en tu caballo?

— No montamos á caballo mas que á media noche, y vengo del fondo de la Bohemia: por eso he llegado tan tarde para llevarte conmigo.

— Ah Wilhelm! entra primero aquí, pues oigo silbar al viento en la selva. Entra, querido mio, para que te estreche entre mis brazos.

— Deja silbar al viento en la selva, niña: ¿qué importa que el viento silbe? El caballo escarba la tierra; las espuelas resuenan; no puedo quedarme aquí. Ven, alma mia, cálzate; salta á las ancas de mi caballo, pues réstanos que andar cien leguas para precipitarnos en el lecho nupcial.

— Ai! ¿cómo quieres que andemos hoi cien leguas para precipitarnos en el lecho nupcial? La campanada de las once está vibrando todavía.

— Mira, mira cómo brilla la luna.... Nosotros y los nuestros vamos de prisa: apuesto á que te llevo hoi mismo á mi habitacion.

— Dime pues dónde está tu habitacion, y cómo es tu cama de novio.

— Léjos, mui léjos de aquí.... Silenciosa, húmeda y estrecha, seis tablas y dos tablillas.

— Hai sitio en ella para mí?

— Para nosotros dos. Ven, alma mia, sube á las ancas: el festin de la boda está preparado, y los convidados nos esperan."

La muchacha se calza, toma vuelo y salta á las ancas del caballo: cruza sus manos de azucenas al rededor del ginete que ama; y luego adelante.... Hop! hop! hop!.... Así resuena el galope.... Apénas respiraban caballo y ginete, y bajo sus pasos chispeaban los guijarros.

¡Oh cómo á la derecha, á la izquierda, volaban á su paso los prados, los bosques y los campos! cómo resonaban las puentes debajo de ellos!

— "Tiene miedo mi niña? brilla la luna.... *Hurra!* los muertos van de prisa. ¿Tiene miedo de los muertos?

— No; pero deja á los muertos en paz! — ¿Qué significa allá abajo ese ruido y esos cantos? adónde vuelan esas bandadas de cuervos? Escucha.... es el ruido de una campana, son los cantos de los funerales.

— Tenemos un muerto que enterrar."

Y la turba se acerca con acompañamiento de

cantos que semejan los roncos acentos de los habitantes de las lagunas.

"Despues de media noche sepultaréis ese cadáver con todo vuestro concierto de quejas y cánticos siniestros: yo llevo á mi esposa, y os convido al festin de la boda. Ven, sorchantre, adelántate con el coro, y entona el himno del matrimonio. Ven, sacerdote, ¡ nos echarás la bendicion para echarnos despues en el lecho nupcial! "

Han cesado cánticos y quejas.... el ataud ha desaparecido: sensible á su muerte, ved ahí á la turba que les sigue.... *Hurra! hurra!* aprieta los hijares del caballo, y despues adelante. Hop! hop! hop! así resuena el galope.... Apénas respiraban caballo y ginete, y bajo sus pasos los guijarros chispeaban.

¡ Oh cómo á la derecha, á la izquierda volaban á su paso los prados, los bosques y los campos, y cómo á la izquierda, á la derecha, volaban las aldeas, las villas y las ciudades!

— "Tiene miedo mi niña? brilla la luna.... *Hurra!* los muertos van de prisa. ¿ Tiene miedo de los muertos?....

— Ah! deja á los muertos en paz!

— Mira, mira! ¿ ves agitarse al lado de esas horcas aéreos fantasmas que platea y hace visibles la luna? Bailan en torno de la rueda. Ea, pícaros, acercaos! cuidado con que se me siga y se baile la contradanza de la boda.... Vamos al lecho nupcial."

Husch! husch! husch!.... toda la cuadrilla se lanza tras ellos con el ruido del viento entre las hojas secas; y luego adelante.... Hop! hop! hop! así resuena el galope. Apénas respiraban caballo y ginete, y bajo su paso los guijarros chispeaban.

¡ Oh cómo volaba, cómo volaba á lo léjos todo lo que alumbraba la luna al rededor de ellos!.... cómo huian el cielo y las estrellas sobre sus cabezas!

— "Tiene miedo mi niña? brilla la luna.... Hurra! los muertos van de prisa.

— Oh Dios mio! deja á los muertos en paz!

— Animo, negro caballo mio; creo que canta el gallo: pronto estará pasado el arenal.... Siento el aire de la mañana. Caballo mio, apresúrate.... Concluida está nuestra carrera, el lecho nupcial está á punto de abrirse: los muertos van de prisa.... Hénos ya aquí! "

Lánzase á rienda suelta contra una reja de hierro, toca ligeramente con la fusta.... Los cerrojos se quiebran, y las hojas se apartan gimiendo. El ímpetu del caballo lo lleva entre tumbas que aparecen por todos lados al resplandor de la luna.

Ah! mirad! en el mismo instante tiene lugar un prodigio espantoso: el manto del ginete cae pedazo por pedazo como yesca quemada: su cabeza no es ya mas que una descarnada calavera, y su cuerpo se convierte en un pálido esqueleto que tiene una guadaña y un reloj de arena.

El caballo negro se planta furioso, vomita centellas, y de repente.... ai! se sepulta y desaparece en lo profundo de la tierra; bajan ahullidos de los espacios del aire; levántanse gemidos de las tumbas subterráneas.... Y el corazon de Lenorá palpitaba de la vida á la muerte.

Y los espíritus, á la claridad de la luna, se formaron en rueda á su alrededor, y bailaron cantando así: "Paciencia! paciencia! aun cuand na destroze tu corazon, no blasfemes nu Dios del cielo! Libre está ya tu cuerpo ceda Dios el perdon á tu alma! "

BURGER. *Traducido por* A.

JOLOFFES DEL CABO VERDE

LA península del Cabo Verde, que tiene u leguas de largo, sobre una anchura casi i ciertos puntos, contiene una poblacion de doce mil habitantes de raza Joloffe. Un ó catorce villas componen la federacion cana de este paisecillo, que habiendo te rei antiguamente, ha sacudido su yugo v ños hace. Un senado, formado por los a de cada pueblo, dirije todos los negocios d pública. — Los sentimientos altivos y ge que inspira la libertad á cuantos la aman, efectos tan poderosos tanto en la parte fi mo en la moral de un pueblo, que se ha que estos Joloffes son una de las mas bell de negros que puedan encontrarse en toda ta occidental. La estampa que damos á r lectores, copiada de un dibujo mui exacto, idea precisa de la belleza de esta noble ra

El cultivo de la tierra, la caza, la pesc jido de los vestidos, y la busca del marfil cera, forman las diversas ocupaciones de l bres; y el cuidado de los hijos, y las faen riores de la casa, son, como en todas parte incumbencia de las mujeres, pero con la cia de que son consideradas por sus marid amigas y compañeras, y no como esclav se observa en otras tribus; y así es que e ral son esposas tan castas, cuanto excelen dres. Siendo los Joloffes caritativos, ho rios, buenos esposos y mejores padres, vicios tienen, que son la pereza y el amo venganza. Sus virtudes emanan de su c cion política, y los mencionados vicios tribuirse al ardor de aquel abrasado clima.

Todos los viajeros que han podido obse cerca esta interesante república, han hec lla descripciones á cual mas halagüeñas y s ras. Destinan al trabajo aquellos habitan parte del dia, y la restante al descanso; p go que llega la noche, todos los vecinos aldea se reunen para conversar y pasar el el sonido del tamboril convida á los afic al baile; y en tanto que algunas madres n alimentan á su hijuelos en su regazo, otra brincar y saltar á los de mas edad: todos gran, todos se regocijan; y todos aquellos de ternura y amor, sin los cuales el hombr la tierra un desterrado sin consuelo ni ap dos los afectos de madres, esposos, hijos y tes, desplegan su energía con toda libert el dulce poderío del vino de palma, de los de las muchachas, y de la perfumada bris deja sentir en las alfombras de esmeraldas bo Verde.

L'Avenir des peuples. Traducido po

JOLOFFES REPUBLICANOS.

El Convento

DE

SANTA MARIA DE LAS HUELGAS.

[*Conclusion.*]

Pasó la noche entera sin que se atrevieran los médicos á responder de la vida de D. Alonso, de quien no se habia apartado Pilar ni un solo instante. Cuando la preguntaban quién era, y por qué se quedaba allí á riesgo de comprometer su salud, respondia: "Cuando vuelva en sí, él lo dirá." Esto es todo cuanto pudo saberse; pero era tan hermosa, estaba tan aflijida, parecia tan buena, su desvelo era tan activo y tan útil al mismo tiempo, que todos la obedecian con una especie de veneracion.

Llegó al dia siguiente D. Fernando, que ya sabia el fatal estado en que se hallaba su hijo, aunque ignoraba las causas que le habian producido, así como todo lo que habia pasado durante su ausencia. Mas no tardó en conocer la terrible verdad; supo el amor de su hijo á una doncella de humilde cuna, el rompimiento del enlace que debia ser el consuelo de su ancianidad, el desafío que de esto se habia originado, y la herida acaso mortal que amenazaba arrancarle la única esperanza de su casa.

Quiso el cielo evitarle, al ménos por entónces, este amargo dolor. Los médicos, despues de haber levantado las primeras vendas, aseguraron que la herida no era mortal, y que á fuerza de tiempo, de tranquilidad y de cuidado era de esperar que sanase del todo.

Hablando de los auxilios que se le habian prodigado, designaron los facultativos á la jóven que le habia prestado los primeros socorros, que habia avisado á la servidumbre del palacio, y que, desde entónces, no habia abandonado un solo momento al que la debia la vida.

En medio de la turbacion producida por tantos varios y terribles sucesos, no habia reparado D. Fernando en la jóven extranjera; pero habiéndose obligado á fijar en ella su atencion lo que acababa de oir, quedó asombrado de su hermosura, de su dulce candor, de su inocencia, y de aquel abatimiento que anunciaba al mismo tiempo el cansancio que la abrumaba y el vivo interes que la sostenia.

Conmovido, pero algo asombrado en vista de aquel extraño interes, quiso hablarla de su gratitud y de los derechos que acababa de adquirir á su afecto; pero lo contuvo un vago pensamiento: adivinó que aquella mujer era la causa de todas sus desgracias, y su frente se armó de severidad. ¿Quién sois vos, señora, la dijo con cierta inquietud, y cómo os halláis aquí?"

En el momento en que la dirijia esta pregunta, anunciólo un criado que deseaba hablarle al instante un hombre que parecia sumerjido en el mas profundo dolor. Aquel hombre era Diego Ruiz, padre de Pilar, que desde la víspera habia estado buscando á su hija, y que iba á cerciorarse por mismo de si eran fundadas ó no sus terribles dudas.

Cuando entró Diego Ruiz en la estancia, fué Pilar á echarse en sus brazos; pero él la rechazó con indignacion, y dirijiéndose á D. Fernando: "Señor, le dijo, vuestro hijo ha hecho desgraciada á una familia sin mancilla. Detenido fuera de mi casa por mis ocupaciones, no he podido velar por mí mismo sobre esta hija que el cielo parecia haberme dado para llenar de dulzura mis últimos años."

Débil y confiada, su madre ha permitido que fuese ese jóven á ensayar en mi inocente hija el arte funesto de la seduccion; ha tolerado las largas y frecuentes visitas de vuestro hijo, y porque sabia que era gran señor, le ha creido hombre honrado. D. Alonso dijo que amaba á esta niña, que se casaria con ella á pesar del mundo entero, y la infeliz no vió que la engañaba. Su ternura de madre, acaso tambien su orgullo de madre, la han hecho mirar esta brillante ilusion como una feliz realidad; ha dejado formarse el mal, crecer, arraigarse, y yo, padre imprudente, y yo, padre culpable, no lo he sabido sino cuando ya no tiene remedio.

Cuando llegué ayer, me hallé con que mi hija estaba ausente; en vano la busqué por todos los sitios donde podia suponer que estuviera.... en vano la esperé toda la noche. Lo ois señor, vos que sois padre? esperé á mi hija *toda la noche*, y mi hija no vino; en fin, esta mañana me lo reveló todo, el secreto de ese funesto amor que hasta entónces su madre no se habia atrevido á confiarme; ese secreto me hizo preveer otro. Yo habia oido hablar confusamente del desafío de D. Alonso, de una jóven que le habia socorrido..... y seguido. Lleno de vergüenza, todo lo adiviné, y vine á cerciorarme de si en efecto tengo que llorar el que mi hija viva. Ahora la veo, y ya nada mas tengo que saber; mi suerte está decidida.

A pesar de su resentimiento y de su acerbo dolor, no fué insensible D. Fernando á la noble desesperacion de Diego; ántes le compadeció profundamente y procuró consolarle. "Yo ignoraba como vos, le dijo, la fatal pasion de mi hijo, y como vos, podria lamentarme con amargura, porque ella ha convertido tambien mi casa, hasta ahora tan feliz y pacífica, en teatro de los mayores infortunios. Con todo, tranquilizáos, buen Diego; el mal que os aflije no es tan grande como teméis. Vuestra hija es mui jóven todavía; el tiempo, la razon, la ausencia la curarán bien pronto de un amor sin esperanza, y podréis recuperar la calma que yo perdí ya para siempre.

—*Sin esperanza!* murmuró Pilar que parecia salir de un hondo letargo, y empezar entónces á comprender que su ventura no habia sido mas que un sueño. *Sin esperanza!* repitió Diego con amarga sonrisa. Bien lo decia yo: *Sin esperanza!....* y me habláis de calma, señor!! Gracias, noble conde, por vuestra generosa compasion. ¿Pensáis, señor, que puede hallar la calma quien ha perdido la honra? Pensáis, padre de familia, que hai felicidad para aquel cuya hija no puede ser la esposa de un hombre honrado? No, no; para el padre, ya no queda mas que oprobio é infortunio; para la hija el claustro ó la muerte!

Habia caido Pilar á los piés de su padre: Alzáos, la dijo, y seguidme; no os maldeciré, porque sois aun mas desgraciada que criminal; pero la mano omniponente del Dios á quien imploro descargará su cólera sobre esta casa que maldigo, y

su justa saña me vengará de la perfidia del hijo, y de la insultante compasion del padre.

Estas terribles palabras, pronunciadas con vehemencia, sacaron á D. Alonso del largo desmayo en que habia estado sumerjido por espacio de veinticuatro horas; abrió los ojos, incorporóse en su lecho con trabajo, y pareció como que procuraba reconocer el sitio en que se hallaba, y las personas que le rodeaban.—Pilar, eres tú! Ven, ven, ecércate á mí; conozco que la muerte me arrebata; solo tu mano puede ahuyentarla.

Al sonido de aquella voz amante, Pilar, que todo lo habia olvidado, quiere volar en auxilio del que la llama; pero el inflexible Diego la detiene y la obliga á que le siga. Vuelve á caer D. Alonso en su profundo letargo, y queda D. Fernando entregado á la mas honda amargura.

Cumplióse no obstante el vaticinio de los médicos; la fuerza de la juventud, los socorros del arte y los cuidados de la amistad, volvieron á D. Alonso la vida. Su convalecencia fué larga y penosa; pero al cabo de algunas semanas recuperó bastantes fuerzas para salir de su cuarto y pasearse por los jardines del palacio.

Volvióle con la salud el recuerdo de todas sus desgracias, pero no se atrevió á preguntar á su padre nada de lo que habia pasado desde la catástrofe que le condujo á las puertas del sepulcro, ni nadie juzgó prudente hablarle de aquellos sucesos. Sabia solo que González habia salido para Madrid, y que se creia que su hija Leonor habria ido con él.

Por lo que hace á Pilar, nada habia sabido acerca de ella desde el dia en que la vió desaparecer, conducida por un hombre en quien le habia parecido reconocer al desgraciado Diego. Miéntras su debilidad se lo habia impedido, luchó penosamente contra el imperioso sentimiento que le llamaba acia ella; pero apénas se sintió con fuerzas, resolvió ir á verla á su casa.

Burlando la vigilancia del enfermero que le custodiaba, salió por la puerta del jardin y llegó hasta la plaza, palpitando de placer y lleno de zozobra. Llega, mira las ventanas: todas están cerradas, todo anuncia una casa desierta. Llama, y nadie responde; vuelve á llamar, y le dice un vecino: Buscáis á Diego Ruiz? ¿Pues no sabéis todas las desgracias que le han sucedido? Su hija ha desaparecido, su mujer ha muerto de pesadumbre, y él se ha embarcado para Méjico.

Oh! miserable de mí! exclamó D. Alonso desesperado. He hecho infelices á cuantos me amaban, y vivo todavía! Por qué me ha libertado el cielo de la muerte? Mas ah! este castigo era demasiado leve. Cuál será, Dios mio, el que me reserva tu justicia?

—Os he dicho, repuso el vecino conmovido al ver la afliccion del jóven, que la hija de Diego habia desaparecido; pero puedo añadir que se la cree retirada en un convento; y aun os diré aquí en confianza, añadió con muestras de amable oficiosidad, que, segun me ha dicho una mujer de la casa, es ahora novicia en el convento de santa María de las Huelgas.

—Basta, disponed de mí; todo cuanto yo poseo no bastaria á pagaros el servicio que me hacéis. Tal fué la respuesta de D. Alonso, el cual se apresuró á retirarse, á fin de no inspirar sospechas. Pasáronse algunos dias, durante los cuales afectó el hijo del conde de Vivar la mas completa calma, á fin de inspirar á su padre una confianza necesaria para el logro de sus proyectos. Instruido este de la partida de Diego, y creyendo que su hija habria ido con él, sintió renacer la esperanza de arrancar al insensato mancebo á la fatal pasion que le habia perdido, y dejó de ejercer sobre él la activa vigilancia que, hacia ya algunos meses, miraba como un deber, y era para él una costumbre.

Apénas recobró su libertad, no perdió D. Alonso un solo dia; voló al convento en que nos hallamos, y buscó todos los medios posibles para verá Pilar y hablarla; pero por mucho tiempo fueron inútiles sus tentativas. Supo un dia por fin que una gran solemnidad debia reunir á todas las religiosas en la iglesia, que estaria abierta para los fieles: sobre estos datos formó su plan. Resolvió ir á la iglesia, donde reconoceria á Pilar y seria reconocido por ella; no podria decirla mas que una sola palabra, pero esto bastaria.

Llegó la hora de la ceremonia; la iglesia estaba llena de un inmenso gentío. D. Alonso, embozado en una larga capa, va á colocarse en el rincon mas oscuro de una galería reservada para las santas hijas del monasterio.

Adelántase con lento paso la comitiva, á cuyo frente va la abadesa con paso mal seguro, agoviada por el peso de los años, pero llena su frente de calma y majestad; su mirada severa y el imponente carácter de su persona, inspiran respeto y aun temor. Va á su lado una religiosa, en cuyo brazo se apoya la anciana; un velo blanco oculta el rostro de la novicia; pero su alta estatura, su noble y reposado continente la hacen notable á todos, y D. Alonso siente al verla pasar una agitacion inexplicable.

Siguen á la abadesa todas las religiosas, por órden de antigüedad; serias y graves, parecen enteramente ocupadas en la santidad del sitio y en la solemnidad del dia. Siguen detras las novicias; al verlas, late con violencia el corazon de D. Alonso; palabras confusas, movimientos involuntarios revelan la agitacion de su alma.

Pasan algunas novicias, cubiertas con sus blancos velos. Obsérvalas él, y queda mudo é inmoble. Pasa una por fin, cubierta tambien con un velo.... pero el corazon de D. Alonso la reconoce al punto. Pronuncia en voz casi imperceptible el nombre de Pilar: al oirlo, detiénese la novicia, mira, lanza un grito mal articulado, y vacila sobre sus rodillas. D. Alonso la coje una mano, pone en ella temblando un papel, la cierra apretándola con la expresion de un amor desesperado, y continúa la procesion sin que nada haga sospechar que aquella accion temeraria haya tenido ni un solo testigo.

Pilar (porque ella era en efecto), precipitada á pesar suyo en una accion criminal, indecisa entre el amor y el deber, titubea largo rato, y echa por fin sobre el papel que tiene en la mano una mirada anegada en lágrimas: "Pilar, si no te veo á solas un momento, siquiera un momento, muero, y tú serás la causa de mi muerte!"

Aquella prueba era demasiado violenta para una alma que no habia hallado aun en la religion y en la soledad armas contra su amor. Creyó en su inocencia que tenia que elejir entre dos crímenes, y su corazon la dijo que el ménos funesto seria aquel que la perdiese á ella sola.

ıda la ceremonia volvió á ponerse en mar-
›rocesion, miéntras esperaba D. Alonso
impaciencia y una ansiedad que apénas
ıntener, el momento en que le llegaria la
a. Llegó Pilar á donde él estaba, y le
paso con voz trémula y que solo él pudo
o exijes.... si nó me ves ántes de tres dias,
é muerto.
en hubo pronunciado Pilar estas palabras,
detuvo la marcha de la procesion un movi-
imprevisto: dos inspectoras, en quienes
ı reparado Pilar, le dan órden de que las
a abadesa, á cuya presencia la conducen,
la que ponga en sus manos el papel que
ɜ recibir. Obedece Pilar, y cae abruma-
l peso de la vergüenza y del dolor; man-
adesa que la lleven al convento por la
interior, y continúa sin mas novedad la
n un momento ántes interrumpida.
› de alegría y de esperanza, salió D. A-
la iglesia sin ver el movimiento origina-
u imprudencia; sin embargo, llamaron su
ı los rumores que al punto empezaron á
. Hablábase de una novicia acusada de
en, de una carta interceptada, de un pro-
ɜ evasion; hablábase de calabozo, de cas-
una sentencia terrible. Escuchó D. A-
stos rumores palpitando de inquietud, y
conoció la nueva desgracia que le amena-

acila el jóven un punto sobre el partido
e tomar; vuela al convento y pide ser ad-
á presencia de la abadesa; se niegan á in-
le, pero él insiste. Se trata, dice, de una
on de la mayor importancia, de denun-
crímen, de reconocer y castigar á un cul-
No hai que perder un momento. Con-
or fin la abadesa en recibirle; le introdu-
el locutorio, donde espera D. Alonso, an-
e un lado á otro á pasos agigantados, y en-
á la mas violenta exaltacion.
se una puerta, y entra en la estancia la su-
; en su noble rostro se ven grabadas la re-
on y el dolor: iba tambien con ella, cu-
como ántes con un velo, la jóven novicia
ıcompañaba en la iglesia.
ra, la dice D. Alonso con agitacion y ener-
o por vuestro Dios que es el mio, por esa
e venero, por vuestras virtudes que respeto
o, que la jóven que acaba de ser encerrada
en vuestra es inocente de la culpa que se
ta. Yo soi el culpable; á mí solo es á quien
castigar, si es un crímen ser fiel á los mas
s juramentos.
o de aquella voz trémula, al sonido de a-
palabras apasionadas, estremecióse y va-
momennto la novicia que acompañaba á la
ı; pero nada advirtió D. Alonso.
jóven, prosiguió, no os pertenece todavía;
juramento la encadena al pié de vuestros
y mil juramentos nos unen á ella y á mí;
zon es mio, como el mio es suyo, para mí
ıra ella sola!! Es mi esposa delante de
orque Dios ha recibido nuestras promesas,
castiga á los que quebrantan sus juramen-

Dios castiga á los que quebrantan sus jura-
!.... repitió la novicia con voz solemne; y
› el velo que la cubria, mostró á los ojos a-
tónitos de D. Alonso un hermoso rostro, el rostro de Leonor.

Quedó el jóven inmoble, como si un rayo hubiera caido á sus piés.—Leonor, dijo despues de un momento de silencio y de estupor, Leonor.... yo he querido morir; mi sangre ha corrido á manos de tu padre.... pero la cólera divina me ha arrancado á la muerte. Leonor! si la propia desgracia es una expiacion del mal ajeno de que uno es causa, jamas víctima alguna se vió mejor vengada que tú.... En nombre del cielo, Leonor, no me mires así, porque el acero de tu padre era ménos terrible que tus miradas.

—Te compadezco y te perdono, respondió Leonor procurando disimular su profunda agitacion. He consagrado á Dios todo el amor que te tenia, y ya siento penetrar la paz en mi alma como el premio de la mayor victoria de que es capaz la débil humanidad. Confieso que al verte ha vacilado un momento mi valor; pero el espectáculo de tu delirio y tu flaqueza me han hecho recuperar toda mi energía, recordándome mis deberes Lo repito, te compadezco y te perdono.

—Basta, dijo la abadesa con voz imponente y grave, aquí no tienen entrada los recuerdos del mundo. Jóven, ya sé ahora quién sois; habéis ofendido á mi familia y ultrajado á mi sobrina; Dios no me ha cometido á mí el cuidado de vengarlas; pero habéis turbado la paz de estos lugares, habéis causado un escándalo en el templo del Señor; habéis despreciado la santidad de nuestras leyes, y la majestad de nuestras ceremonias religiosas, preparado la criminal evasion de una vírgen reservada al altar, y á mí me toca reprimir estos desórdenes. Yo sabré cumplir mi deber. Vuestra cómplice va á ser juzgada en el acto, con arreglo al rigor de nuestras leyes, y luego os pondré á vos en manos de los que tienen la mision de castigar el sacrilegio: en su presencia podréis invocar, si queréis, como excusa, la vehemencia de vuestras pasiones, y el delirio de vuestra fogosa juventud.

Despues de haber pronunciado estas razones, llamó la abadesa á una inspectora que esperaba sus órdenes, la dijo algunas palabras en voz baja, púsose en pié y pasó á la sala del tribunal, que vimos poco ántes. Ocupó en ella su sitial, y lo mismo hicieron las religiosas y las novicias. Introdujeron á D. Alonso en la tribuna reservada, cuya puerta exterior custodiaban dos esbirros dependientes de la abadesa.

Reinaba en la asamblea el mas profundo silencio, y todos esperaban con inquietud á que llegase la acusada. Abrese en efecto la puerta que comunica con los calabozos, y entra la jóven novicia, echando en torno de sí miradas delirantes, insensatas, indiferente parecer á todo lo que está pasando. Empieza el interrogatorio, y la acusada ó no responde, ó sonríe con aire estúpido; la amenazan, y sonríe tambien.

Atónita la abadesa, manda que la acerquen á su asiento, adonde la conducen dos religiosas, sin que ella hiciese la menor resistencia.... Fija en tanto los ojos en esta imágen de Cristo que está colocada sobre el tablado, y cuya perfecta semejanza con el que se adora en el convento de los Agustinos ha llamado vuestra atencion; cae de rodillas, y exclama con acento de gratitud: Gracias te sean dadas, oh milagrosa imágen del Sal-

vador del mundo! tú no has desechado la humilde súplica de una pobre aflijida. Mi madre se ha salvado, mi madre vivirá! Hijo de Dios! tú fuiste ayer testigo de mi desesperacion; sélo hoi de mi alegría.... Y levantándose despues de un breve silencio, dijo con sorpresa y dolor: Cómo! no está ahi!.... Por qué no habrá venido?.... D. Alonso, D. Alonso, donde estás? aquí debiamos vernos, lo has olvidado ya? ingrato!

Pero D. Alonso ya no la oia; sus débiles fuerzas, reanimadas por un momento, no habian podido bastar á tantas y tan violentas conmociones. Su herida se habia vuelto á abrir, y miéntras todos tenian los ojos fijos en la novicia, cayó él anegado en su sangre. Acuden en su auxilio: Pilar le ve, y exclama: No, no! todavía no!.... aun no ha llegado el momento. Sé que la muerte se acerca; pero ántes de morir, tendrèmos esperanza, ternura, felicidad.... Insensata! qué digo? todo eso era un sueño: sangre, llanto, muerte, esto es para nosotros la realidad! Alonso mio, aquí estoi como te lo he prometido: espérame, huiremos juntos.... y su voz espira, y se cierran sus ojos, y cae sin sentido.

Todos los esfuerzos que se hacian para atajar la sangre que derramaba D. Alonso eran infructuosos: pocos momentos de vida le quedaban ya, y fuí llamado para suministrarle los auxilios que dependian de de mi santo ministerio. Cuando llegué, no daba ya Pilar ninguna señal de razon; Leonor arrodillada, imploraba la misericordia divina para aquel á quien tanto habia amado, y D. Alonso, respirando apénas, contemplaba sus dos víctimas, y no osaba mirar la santa imágen que yo le presentaba.—Padre mio, me dijo, Dios es justo: qué puedo esperar? Dios es justo, le respondí, hijo mio, para los que le han servido; pero Dios es clemente para los que le han ultrajado. Implorad conmigo su clemencia, y esperad. Hizo él oracion, y yo recé tambien con él: escuché la confesion de sus culpas y de sus desgracias; hice por su salvacion todo lo que me prescribian mi religion y mi carácter, y murió al fin en mis brazos, tendiendo acia mí y acia la hija de Diego una mirada cuya expresion comprendí mui bien, y que queria decir; Padre mio, os la recomiendo!

El cielo sabe que he respetado su última voluntad. La dolencia de esta triste víctima era incurable: quisieron volverla al seno de su familia; pero la infeliz ya no la tenia. Obtuve que se la diese un asilo en el monasterio y me encargué de todas las atenciones que exijia su estado.

Cinco años han transcurrido desde esta terrible escena. La abadesa ha muerto, y su sobrina le ha succedido; Leonor desempeña noblemente los deberes que la imponen su alta mision; pero siempre está triste, enferma, abatida, y fácil es conocer que no sin muchos combates ha vencido en aquella alma la religion.

Cuando las revueltas de nuestra patria y el terror inspirado por una invasion extranjera, dispersaron momentáneamente el santo rebaño, quedó sola aquí Pilar, sin advertir siquiera la soledad en que empezó á vivir desde entónces. A nadie conoce mas que á mí, y yo soi en efecto el único ser viviente que se interesa por esa pobre criatura."

Esto me refirió el buen sacerdote. Escuchéle profundamente conmovido, y salí del convento de santa María de las Huelgas llevando un miento de tristeza que solo pudieron dis tiempo y los grandes acontecimientos en mé parte....

Tres meses despues volví á pasar por B aun no habia yo olvidado la historia de Tomé informes acerca de ella, y supe, no s ga con dolor, que hacia pocos dias que hal jado de sufrir la pobre niña.

El Vizconde de Martignac.

Trad. por E.

EL AMANTE DESENGAÑADO.

Desierta yace la feliz ventana,
descanso de los brazos de mi esquiva
ni su mágica voz se oye lejana,
ni suena su laud, ni fugitiva
su sombra vaga en el opuesto muro,
en cuyo lienzo con la noche oscuro
traza la luz que arroja
la estancia refulgente
claro de tinta entre amarilla y roja
donde mi vista clávase impaciente;
y del vidrio engañada
que en el horno del alma enamorada
con aire de suspiro
solícita labró la fantasía,
su engaño acojo, y deslumbrado miro
ante mi vista abierta
de un mundo de placer y de alegría
la esplendorosa puerta;
y espera el corazon á cada instante
ver salir del Eden que va delante,
ver salir mensajero de ventura
un ángel de bondad y de hermosura.
¡Ai del amante que suspira en vano
Ai del que busca amor, y halla desvío!
¡Náufrago que á un bajel tiende la ma
y se la hiere marinero impío!
Y en ciego desvarío
miéntras vigor alcanza
sigue la senda cándida, espumosa
(fiel símbolo de frágil esperanza)
que en la rizada superficie undosa
tras sí bullendo deja
la corva quilla de luciente cobre
de la nave que rápida se aleja.
Lucha el mísero, y vence la pujanza
del piélago salobre
que brama de que el hombre se resista
lucha hasta que se esconden á su vista
sobre el hirviente azul la espuma blanc
tras el hirviente azul la oscura punta
del mástil elevado.
Exhala el nadador desesperado
un ai! entónces que el dolor le arranc
cierra los ojos, y los brazos junta,
y entrega al mar con despechado arroj
su cárdeno cadáver por despojo
que se sepulta como piedra inerte;
porque la accion robándole á la muerte
con la esperanza, en su veloz huida,
de aquel hombre que fué salió la vida.
Héme al pié de la reja sabedora
del congojoso afan del pecho mio
que una sierpe abrigó que le devora.

Héme aquí donde pierdo
los ayes que en liviano desacuerdo
del triste corazon al aire envío.
Sedientos de gozar mis ojos vagan
por la region fantástica risueña
donde ilusiones pérfidas me halagan,
donde feliz el ánimo se sueña;
y la espalda entre tanto
vuelvo á la realidad, embebecido
en el goce ideal del bien finjido:
porque es en este mar de acerbo llanto
privilegio el mayor de los mortales
poder entre el delirio y el olvido
soñar placeres padeciendo males.
Y males son los que la noche anuncia
lóbrega y temerosa;
males del huracan la voz pronuncia
tronando estrepitosa;
y el rayo serpeando por la esfera,
escribe en letras de color sangriento
la sentencia fatídica severa.
Fuego despiden que requema el viento,
el macizo sillar y la ancha losa,
cual si volcan sepulto
de Madrid bajo el sólido cimiento
tenaz abriese con empuje oculto
paso á la llama que su seno encierra,
taladrando las capas de la tierra.
De la nube que vela el firmamento
desprendiéndose rara el suelo azota
gruesa, pesada gota,
cuyo golpe levanta
del polvo humedecido
repugnante vapor, hálito ardiente;
con voz lúgubre canta
el agorero pájaro en su nido;
del benéfico sueño abandonado,
con el cuchillo de la fiebre herido,
lanza infeliz doliente
sobre potro de pluma
penetrante gemido prolongado;
vil pesadilla abruma
la mente de la púdica doncella,
gérmen fatal desenvolviendo en ella;
y de su labio, del coral envidia,
voz que huye, con afan articulada,
descubre las quimeras con que lidia,
y amedrenta á su madre desvelada.
Gime cada morada;
que bajo cada techo
sufre en sueños fantástica tortura
quien no se agita en doloroso lecho;
y al gemir allegándose el zumbido
del aire que murmura,
y la voz del cuidoso centinela,
de las nocturnas aves al graznido,
y al ronco trueno que la sangre hiela
al son de religiosa campanilla,
y el susurro de rezo misterioso,
que se oyen y se dobla la rodilla,
por sí temblando el corazon piadoso,
naturaleza en confusion tan fuerte
manda al hombre temer próximo daño;
y yo en delirio extraño,
provocando á la suerte
á que con brazo de rigor me oprima,
quieto en la orilla estoi de la honda sima
que socaba á mis piés el desengaño.

Sobrado conozco, bellísima ingrata,
que no hai en tu pecho amor para mí;
si empero piadosa te hallase mi pena,
tornárase gozo mi triste gemir.
No aspiro á que empañe tus claros luceros
de llanto amoroso rocío feliz,
ni pido á tu labio que trémulo se abra,
y lánguido diga dulcísimo sí.
De insecto pequeño, que es átomo vivo,
la estrecha pupila no alcanza á medir
la curva gigante que ciñe los orbes,
y aun caben en ella mil mundos y mil.
Tú, númen de amores, tú, sol de hermosura,
si quiero á tu esfera la vista subir,
hundido en el polvo del suelo me miro,
y tú te me escondes detras del cenit.
Mas si es tu belleza de estirpe divina,
por qué sus blasones desmientes así?
Con rostro de cielo, con alma de fiera,
mirarte es amarte, y amarte sufrir.
Al ídolo salta la sangre que arroja
de víctima herida la humilde cerviz;
y al ídolo en vano su turbia mirada
la res inocente levanta al morir.
Así cada dia con frente serena
los ayes escuchas que vuelan á ti
de aquel que postrado te muestra la llaga
que hicieron tus ojos con dardo sutil.
La queja del triste regala tu oido,
porque es de tu triunfo bastardo clarin:
tambien el balido de inerme cordero
deleita á la tigre que asalta un redil.
De lloro y suspiros al alma impusiste
acerbo tributo que ya te rendí.
¿No habrá una sonrisa, no habrá una mirada
que á tantos rigores dé plácido fin?
Ah! sí! yo confio; mi amor me asegura.
Perdóname, oh bella! si no conocí
que máscara adusta de fiero desvío
sagaz ocultaba legítimo ardid.
Quisiste que en rudo crisol de desdenes
mi fe sus quilates hiciera lucir.
Vencida la prueba, la harás de tu seno
joyal con que adornes su puro marfil.
Quizá de mi gloria ya toco el instante.—
Su voz he escuchado, sus pasos oí.
Balsámica el aura me avisa que llega,
y el alma á los ojos se quiere salir.
Oh! ven á esa reja, ven ya, mi señora,
y dulce tu labio de fino carmin,
vertiendo en mi pecho raudales de gozo,
le dé la esperanza de un plácido sí.

Cortó la voz al desdeñado amante
otra voz de suavísimo sonido,
lisonja sospechosa del oido,
caricia de enemigo mofador.
Palabras de pasion brotando ardientes
oyó el tímido siervo á su tirana,
y creyó que al dintel de la ventana
llegar no la dejaba su rubor.
"Tú eres mi único bien, ella decia;
tuyo es mi pecho que leal te adora;
cesa de darme nombre de señora,
que ya de tu querer esclava soi.
"Premio debido á la constancia firme
sabré en halagos desquitar desdenes;

contigo ya mi pensamiento tienes,
y en esta mano el corazon te doi."
Y viéronse dos sombras en el muro,
frente de la ventana luminosa,
y asido de la mano de su hermosa,
un doncel á la reja se asomó.
Un amargo gemido á los amantes
pudo turbar en tan feliz momento;
mas le apagó con su zumbido el viento,
y la noche ocultaba al que gimió.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Basilios. San Basilio, obispo de Cesarea, instituyó estos monjes en el Ponto el año 363. En España tuvo orígen la órden de los monjes basilios por algunos varones de conocida piedad que vivian en una soledad del obispado de Jaen, á los que aquel obispo dió la regla de san Basilio en 1540.

Batan. Segun Plinio, los batanes fueron inventados por Nicias de Megara; pero otros pretenden que el arte de batanar fué descubierto mucho tiempo ántes en Asia y en Egipto, y que no se conoció en Europa hasta despues de la guerra de Troya.

Bayoneta. Esta arma ofensiva fué inventada en 1670 en Bayona de Francia, de donde tomó el nombre. Se dice que los Franceses fueron los primeros que hicieron uso de ella en la batalla de Turin contra los confederados, en 1693.

Benedictinos. Esta órden religiosa fué instituida por san Benito á principios del siglo sexto, fundando su primer monasterio en el monte Casino, en el mismo templo que habia estado consagrado á Apolo. Su regla fué aprobada por san Gregorio Magno en un concilio celebrado en Roma el año 595, la que al instante abrazaron todos los cenobitas ó monjes de Occidente; siendo desde entónces esta órden una de las mas distinguidas. Las religiosas benedictinas las instituyó santa Escolástica, hermana de san Benito.

Bergantin. Embarcacion ligera que empezó á conocerse en el siglo catorce, cuyo nombre se deriva de la palabra francesa *brigand, bergante*, salteador, porque los piratas y otros malhechores hicieron uso de esta nave desde su principio, por ser mui velera.

Berlina. Este carruaje fué inventado en Berlin, capital de Prusia, por el arquitecto Felipe Chiese; aunque algunos atribuyen su invencion á los italianos.

Bernardo. (Hospicio de san). En el punto mas elevado del paso llamado el Grande san Bernardo, en los Alpes Peninos, á mas de 8700 piés sobre el nivel del mar, se halla situado este piadoso y útil establecimiento, fundado por san Bernardo de Menthon en el año 962, con el objeto caritativo de que los viajeros encontrasen siempre hospitalidad en aquella eterna mansion de los hielos. En este hospicio habitan algunos religiosos de la órden de san Agustin, siempre dispuestos á prestar los auxilios necesarios á las personas que por allí pasan.

Biblioteca. Se cree que Osimandia, rei de Egipto, fué el primer monarca que reunió un gran número de libros, y formó una biblioteca en Tébas, sobre cuya puerta habia esta inscripcion: *Medicina del alma.* Los Hebreos, los Babilonios, los Persas y otros pueblos antiguos tambien tuvieron bibliotecas públicas y particulares; pero la mas famosa de todas fué la de Alejandría, fundada por Tolomeo Lago, y aumentada por todos sus sucesores, la cual llegó á contener 700,000 volúmenes, entre los que se hallaban los libros mas raros y curiosos que se habian podido encontrar en todo el mundo conocido. Parte de ella fué presa de las llamas el año 48 ántes de Jesucristo; y cuando el califa Omar conquistó el Egipto por los años 640, acabó de destruirla, mandando que se calentase el agua de los baños de Alejandría con aquellos volúmenes, que fueron suficientes á dar pábulo al fuego por espacio de seis meses. La primera biblioteca pública que hubo en Grecia la fundó Pisistrato en Aténas por los años 530 ántes de la era cristiana. La primera que hubo en Roma la fundó Paulo Emilio, unos 170 años ántes de dicha era, y se componia de los libros llevados de Macedonia. La biblioteca Vaticana la estableció el papa Nicolas V en 1450. Desde esta época, y aun algun tiempo ántes, empezaron á fundarse las de las demas naciones modernas, y succesivamente se han ido enriqueciendo y mejorando.

Blanqueo. El sabio químico M. Berthollet, que murió en Francia en 1822, descubrió el interesante secreto de blanquear las sustancias vegetales por medio del ácido muriático oxigenado.

Blason. La heráldica ó ciencia del blason para arreglar y describir los escudos de armas, tuvo orígen en Francia acia el año 1150. Se cree que la palabra *blason* viene de *blazen*, que en aleman significa tocar la corneta, como se practicaba en los torneos á la llegada de cada caballero, á fin de que los heraldos saliesen á examinar sus armas.

Bocina. Instrumento que alarga la voz humana á una gran distancia. Fué inventado por el célebre jesuita Kircher, y perfeccionado por el ingles Morland.

Bocina marina. Es un instrumento de viento de los antiguos, cuya invencion se atribuye á Tirreno, hijo de Hércules, el año del mundo 2884.

Bolos (Juego de). Parece que este juego le introdujeron en Francia los embajadores de Siam en el reinado de Luis XIV.

Bolsa. Llámase así la lonja ó casa de contratacion en algunas plazas de comercio; y se cree que este nombre viene de que los banqueros de Brújas, ciudad de Flándes, se reunian antiguamente en una plaza inmediata á una casa magnífica perteneciente á la familia de *Wander-Bourse*; y *bourse* en frances significa *bolsa*.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

lito. antiguo S.º Clara n.º 6.

ESTHER Y SU HIJA.

ESTER.

D. Antonio de Sousa y Almeida, jóven de veinte años, salió de la ciudad de Rio de Janeiro para la de Nueva-York en los Estados-Unidos de la América del norte, mandado por su padre, con el objeto de ver mundo, de aprender el idioma ingles y entablar relaciones mercantiles con varias casas para las cuales llevaba cartas de recomendacion. Llegó sin novedad; fué bien recibido y obsequiado en todas partes, y deseoso de aprender en el ménos tiempo posible la lengua inglesa, pasó á vivir á una quinta á diez millas de la ciudad.

Seis meses hacia que vivia allí en compañía de una honrada familia, cuando una tarde saliendo, como tenia de costumbre, á dar un paseo á caballo, tomó á poca distancia de la quinta un sendero poco frecuentado. Habiendo andado poco mas ó ménos una legua, espantóse de repente el caballo; D. Antonio, que iba distraido, perdió el equilibrio y cayó al suelo, quedando por algunos minutos sin sentido. Al volver en sí abrió los ojos, y se encontró en medio de dos señoritas de belleza extraordinaria, que con el modo mas amable y cariñoso le estaban prodigando los socorros que podian en aquellas circunstancias. Como la casa de las dos jóvenes hermanas estaba inmediata, le condujeron á ella, y allí le subministraron otros remedios mas eficaces. Los dueños de la casa no permitieron que D. Antonio volviese á su domicilio por ser ya tarde, y para que no estuviesen esperándole despacharon un criado con la noticia.

Lo que al principio parecia una cosa insignificante vino dentro de pocas horas á presentar síntomas alarmantes; y solo quince dias despues de su fatal caida fué cuando los médicos le declararon fuera de peligro. Al fin de veinte y cinco dias pudo volver á su habitacion, yendo extraordinariamente prendado de la hermosura, talento y discrecion de la hermana mayor: de suerte que la misma que habia poderosamente contribuido para curarle de una grave enfermedad, introdujo en su pecho el gérmen de otra todavía mas peligrosa.

La figura de Ester era realmente la cosa mas hechicera que se conocia: sus negros y rasgados ojos estaban llenos de fuego y de dulzura; su boca parecia ser el modelo del arco del amor; y para hacer en pocas palabras su retrato era un prodigio de hermosura realzada por una modestia natural. Mas todo el hechizo de su belleza, todo el encanto de sus gracias, toda la magia de sus atractivos, todo el poder de sus virtudes, estuvieron á punto de estrellarse en la encendida imaginacion del jóven brasileño, cuando supo que Ester, su hermana Raquel y toda su familia adoraban á Dios segun el rito de Moises. Entónces sintió haber conocido á aquella jóven; mas ya no habia remedio; la saeta partió del arco, y penetró profundamente en su corazon; y en su edad, esto es, en la edad de las ilusiones, cuando las pasiones bullen, la sangre hierve, la voz del amor ahoga y sofoca los gritos reunidos de la prudencia, del interes, muchas veces de la religion. Así aconteció con D. Antonio: dos golpes recibió á cual mas terribles; el primero amenazó su vida, el segundo su pasion naciente. En ambos Ester salió vencedora; su cuidado, su diligencia, su esmero, su prevision y el interes que tomaba por el enfermo triunfaron de la dolencia: su belleza, la bondad de su corazon, el candor, la dulzura, la modestia y otros dotes de su alma inspiraron á D. Antonio una pasion tan violenta que en vano intentó luchar contra ella. O Ester, ó la muerte, fué el último resultado de la conferencia que el jóven enamorado tuvo consigo mismo: y Ester le correspondia con toda la modesta vehemencia de que era capaz su alma angelical.

Los que hayan navegado en el mar proceloso de una pasion amorosa; los que hayan visto consumir sus dias, abrasados por la llama que el amor enciende y atiza poderosamente con sus artificios, esos no se admirarán que un cristiano se enlace con una hebrea. Oposicion hubo y grande de la parte de los padres y parientes de Ester para que casase con un jóven de religion tan opuesta á la que todos ellos seguian; siendo este el primer ejemplo en su familia, que contaba muchas generaciones, de una relajacion, en su concepto, escandalosa y digna de vituperio. Oposicion encontró y mui terrible D. Antonio en su padre y sus tios, porque tenian aversion y antipatía no solamente al rito judaico, sino á las personas de los judíos, á pesar de que nunca habian tratado con ninguno que lo fuese. Figurábaseles, como á muchas personas en el mundo, que judío era sinónimo de malo, y por este motivo se irritaron altamente cuando supieron que D. Antonio trataba de casarse con la hija de un judío.

Mas á pesar de todos los obstáculos que se atravesaron, el casamiento se efectuó, conviniendo de antemano que Ester no seria obligada á renunciar á su religion; pero que los hijos ó hijas que llegasen á tener habian de seguir la religion de su padre.

D. Antonio á los seis meses de casado se embarcó con su esposa, y volvió á la casa paterna. Ester fué recibida con frialdad, con desden por los parientes de su marido: admiraron sí su belleza, y disculparon hasta cierto punto la pasion del mancebo. Mas la virtud en cualquiera parte que se abrigue, mucho mas cuando va unida á la hermosura, ejerce un imperio irresistible. Por eso la jóven hebrea fué insensiblemente ganando el afecto y amor de cuantos la trataban, y aquellos mismos que mas contrarios se habian manifestado al casamiento, y que con ménos civilidad la recibieron cuando llegó á la capital del Brasil, fueron despues sus mayores admiradores, y los que la tributaban testimonios mas positivos de respeto.

Feliz y pacíficamente corria la vida de aquellos jóvenes esposos; una hija llamada Salomé, como la madre de Ester, era el único fruto de su dichosa union. Ocho años despues de casados fallecieron el padre y los tios de D. Antonio.

Cuatro años mas habian pasado, cuando una noche, la misma en que el emperador D. Pedro, abdicando la corona imperial, se embarcó para Europa con ánimo de conquistar un trono usurpado á su hija, y la libertad á los Portugueses, en esa misma noche un incendio horroroso estalló súbitamente en la casa de D. Antonio, en el momento en que todos estaban entregados al sueño. Las llamas interceptaban la comunicacion con la puerta principal, y se iban enseñoreando del edificio, cuando el marido de Ester despertó al ruido y gritería de los que querian atajar el incendio, vió el peligro que le amenazaba, y sin perder mas

tiempo que el necesario para poner un capote, fué á salvar lo que mas amaba en este mundo, su mujer y su hija.

Los momentos eran críticos; un punto solo se presentaba libre, y era por un balcon que daba á la parte de atras de la casa. Una escalera de mano fué prontamente encostada al balcon. La operacion de bajar por ella de noche era peligrosa para señoras; mas no habia remedio. Ester bajó con dificultad la primera: el voraz elemento avanzaba con rapidez; la vida de Salomé estaba en inminente riesgo, porque con el susto se habia desmayado. En esta situacion, el padre la coje en sus brazos, y cuando agarrando con una mano el balcon, y sosteniendo con otra á su hija, iba á poner un pié en la escalera, falta esta de repente por la imprudencia de los que la sostenian. Un clamor general de los que estaban en la calle dió á conocer el peligro de Salomé y de su padre.

Entretanto el calor del incendio, adquiriendo mayor intensidad, se hacia insoportable. D. Antonio, cansado con el peso, estaba á punto de caer á la calle. Ester no pudo ver aquella escena sin entrar en una especie de delirio. Dos minutos tardaron todavía en colocar otra vez la escalera; y agarrándose á ella D. Antonio, bajó inspirando terror á los circunstantes, y cuando entre los vivas de alegría de la muchedumbre puso el pié en tierra, cayó desmayado en el suelo. A fuerza de remedios volvio en sí, y en compañía de su familia fué llevado á casa de unos parientes. Pero el choque que sufrió su espíritu fué fatal á su constitucion física. Su salud comenzó á debilitarse, y al fin de medio año la muerte puso fin á su penosa existencia.

Ester inconsolable mandó erijir un sencillo monumento, en el cual fué depositado el corazon de su marido, y allí se la veia continuamente en compañía de Salomé, dirijiendo sus plegarias, envueltas en lágrimas, á Jehová á favor de su esposo, y lamentando su infortunio.

JOSE DE URCULLU.

El espíritu de asociacion.

EL siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no es ningun rapaz que digamos, sino ántes bien entrado en años, como que para la próxima venitura ha de contar, si no miente el calendario, sus cuarenta navidades debajo del peluquin; pero él siempre tieso y rozagante, como aquellos señores mal criados, que empezaron á los doce años á hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavía su juventud á despecho de las arrugas que vienen á sorprenderles, sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar á decir: *esto me está bien.*

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años, lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviesos y vivarachos, que no bien se les ve inclinados á jugar con el tambor, luego al punto suelen calificarlos de futuros héroes; y si tal vez aciertan á aprender de memoria y á recitar con desparpajo una fábula de Iriarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sabios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion: e primeros hervores hubo quien al verle quim y pendenciero profetizó de él gigantescas e sas y asombrosas hazañas; y luego vimos q do era puro ruido y nada mas; así que mas decito le miramos recitar coplas, y manotear te, le apellidamos el siglo de las luces y de solofía: aficionóse despues á las cosas sólida mo los caminos de hierro, y las monedas d y luego le bautizamos de siglo material y a de la *positividad.* Pero en seguida le dió p plicarse al gas y á las cerillas fosfóricas, y me aquí á mi siglo calificado de inflamable, til y fantástico; siglo de la poesía craneoso y de las cartas de pega.

¿Quién, pues, no se ha dado de calabazad comprender y fijar el verdadero espíritu d siglo proteo, indefinible, incomparable; tr de niño, pausado de jóven, y mas entrado en saltarin y brincador? Muchas y mui buen bras se han escrito para definirle; muchos nos pinceles se han empeñado en dibujarle; él á lo mejor se ha tornado de espaldas al tante, ó hale dejado caer el tintero encima tareado escritor.

Váyanle VV. con estos ejemplitos al má tomar la medida al tal nene; quiero decir, nerle apellido que bien le cuadre, y hace por exclusivamente suya cualquiera de las tas cualidades que adornan á este autor de *dion,* á este cómico de la legua. No, sin menle negro al mancebo, y en aquel punto ra dará una voltereta, y veréisle tornado en co como un armiño.

Pero nadie podrá negarme que hai siem toda época alguna ó algunas cualidades n peciales que otras, sin que al reconocerlas mos por eso de creerlas exclusivas ni echarl mo quien dice, á reñir con las demas. Del modo que en cada semblante humano se adv una ó mas señales que le distinguen de los como por ejemplo, una berruga en la na cual es suficiente para poder apellidar á su *el hombre de la berruga,* sin que esto sea de aquel hombre sea todo berruga, sino es ya berruga existe en el hombre aquel.

Pues bien; entre estas cualidades fisiono (no la berruga) de nuestro siglo, coloco yo tros habian adivinado ántes, la mancomuni las ideas y en las acciones de los hombres, hablar en términos mas cultos, *el espíritu ciacion.*

Con efecto, por poco que observemos, v luego que esta es la cualidad primordial, el dominante de nuestra época; y así como o han refundido y representado, digámoslo un solo hombre, esta se multiplica y subdiv millonésimas partes, átomos imperceptibles todos los seres contemporáneos; de suerte parece sino que todos nacimos faltos de cosa, y que nos buscamos é incorporamos p tinto, para formar entre todos un juicio co ó una verdadera y sólida voluntad.—De aq tas asociaciones políticas, científicas y lite de aquí tantas discusiones y controversia tas obras enciclopédicas, tantas compañías guros mutuos, tanta gloria por accione matrimonio á partir gastos.

"Cuatro ojos ven mas que dos," dice un

ıes hai para todo; y tambien otro que di-
ménos bultos mas claridad." Si lo que
er los cuatro ojos es una cosa sola, y en
ı fijo, claro es que los cuatro verán la
osa que los dos.—Ejemplo.—Reunan
chos sabios en una junta, y sumen luego
idades de sabiduría.... ¿cuánto me dan
acan ménos que la que solia tener un sa-
!
ıare V. una bala á ese buque, señor sar-
—El buque no está á tiro, mi general.—
pare V. toda la batería.
esto decir que el espíritu de asociacion
, y mucho de bueno, no señores; esto lo
re decir es que la asociacion suele á ve-
' reñida con el espíritu; por lo demas
ıiega que es susceptible de mil aplicacio-
al mas importantes?—Por ejemplo,
en estos afortunados tiempos á cumplir
ıbriles un mancebo.... á qué se ha de a-
ha de ir á llenarse las manos de callos
ender un oficio mecánico con que ganar
tencia?.... ¿Atestará su caletre de *info-*
adquirir una profesion honrosa?.... ¿ó
y revolverá mares y tierra en busca é in-
ion de la verdad?
ménos que no; reúnese con otros com-
todos de su edad, y declárase como ellos
iterato; esto es ya de cajon, y literato en
aje moderno quiere que decir que conoce
ı, ó sea el alfabeto; la poesía es una plan-
ıl de suyo, que crece con las barbas.
dos *en comandita* traducen entre quince
una comedia en un acto, ó disuelven sus
un periódico por *tomas* semanales, ó bien
rozos y páginas enteras de acá y acullá,
ıen y planchan de nuevo en su laborato-
gote original. Y los que no están de
fórmanse en comision de aplausos, y re-
coro las glorias del compañero, y chillan
, predicando su entusiasmo al pobre pú-
ı en todo habia pensado ménos en sospe-
tenia un genio mas á quien adorar, y le
ıemira, y abre tanta boca, y dice como
ido:—"¡Vean VV. quién lo habia de de-
teniamos por un fatuo!"—Hé aquí el
de asociacion útilmente aplicado al in-

un pobre tendero que su vara se ha con-
ın la de Moises, que hacia saltar torren-
acia de las duras peñas; mira á su paisa-
iguo compañero manejando grandes ca-
ı dando la cara á formidables empresas.
embargo una diferencia; y es que el tal
es efectivamente poderoso, miéntras que
ıombre no tiene mas capital que su acti-
nacion.... No importa.... quién dijo mie-
ıóciase para explotanaquella con un tonto
ca faltan para bien de la humanidad) y á
res da con él en tierra, y luego con otros
y salta por encima de todos, y se va ele-
levando, hasta que de asociacion en aso-
para en asociarse con un magnate, y lue-
n ejército, y despues con un gobierno, y
aja los fondos del estado, y hace y desha-
y guerras, y forma oposiciones, y levan-
ıerios, y... vayan VV. á decirle al tal que
u de asociacion no es cosa buena.
viuda! tú contabas con el dia treinta del
mes; y hace muchos ya que los meses en España no tienen treinta; llamaste á la tesorería, y la tesoreria te respondió en hueco; hasta el perro guardador dejó de ladrar por falta de motivo; no tienes mas remedio, pobre viuda, que arrimar tu lumbre á la de tu vecino el cesante, ó traerte á tu celda al exclaustrado, ó rezar con las monjas por vuestros difuntos bienes, y aplicar á la puchera el espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion.*

Otra de las mas ingeniosas aplicaciones de esta *sociabilidad* es la que suelen hacer los inquilinos con sus caseros, declarándose dueños *in partibus* de la finca alquilada, y usufructuarios *in integrum* de su propiedad. Las damas de gran tono suelen celebrar tambien esta especie de *contrato social* con los mercaderes de calle mayor, pagándoles en sonrisas y amabilidad las blondas y rasos con que aquellos cuidan de proveerlas. Los elegantes rigoristas tienen por *asociado* al sastre, y abierto permanentemente en su libro el registro de la sociedad; y los parásitos y aduladores de pandilla se asocian á los poderosos, poniendo en fondo comun sus loores y simpatías, miéntras que por la contraria se ofrecen los palcos abonados, las doradas carretelas, y las salsas del cocinero.

Pero el adelantamiento mas positivo, lo que califica de grande al espíritu de asociacion de nuestro siglo, es su aplicacion al matrimonio, á este doble contrato de nuestra sante madre iglesia, ya convertido en triple por la moderna filosofía.

Con efecto, desde que los poetas modernos han renegado de la mitología, huyeron de su imaginacion todas las deidades posibles, y en la mujer no miran mas que un mueble de uso comun, y en el amor nada mas que un sentimiento de orgullo ó de comodidad. En vez de pintarle niño y alado, hácenle marchar barbudo y con piés de plomo; quitáronle la venda de los ojos, y aplicaron á ellos el catalejo de la investigacion y del cálculo; arrancáronle de las manos el arco y las flechas, y pusiéronle en su lugar un bolsillo y una pistola.

Vayan VV. con anacreónticas y cartas en vitela á estos señores *amargos*, que á los veinte años tienen ya *carcomida la existencia;* que no hallan posible el amor sin el ribetito del crímen, ó por lo ménos sin peligro de muerte; que entienden por otro lado, que los sentidos pueden marchar mui bien sin el auxilio del corazon, y que el suyo en fin vale mucha plata para entregarlé á dos por tres. Váyanles VV., digo, señoras doncellas, con las indirectas que ántes eran de uso comun entre vosotras de.... *qué malo es V!.... quién le creyera?.... Lo dice V. de véras?.... Dígalo V. á mamá....* A ellos, que no reconocen intimaciones ni proclamas, ni hijos ni padres posibles, ni categorías ni fórmulas, que empiezan por apear el tratamiento á la persona á quien se dignan dirijirse, y por llamarla *Mujer* á secas, como en otro tiempo decian los patriarcas de la lei antigua á la primera moza garrida que encontraban espigando en el desierto: "*Mujer, vente conmigo, y partirás mi tienda y mi lecho;*" y ellas cojian el cántaro bajo el brazo, y echaban á andar tras ellos á partir lo arriba dicho.

Pero ellos (los nuestros) ni siquiera hacen caso de vosotras, espigaderas virginales, que salís á espigar en el campo de la sociedad; y si os dicen por acaso que les sigáis, cuenta, que no es la

tienda lo que quieren con vosotras repartir. Pero no; en vano sois sus sus sombras; en vano os les presentáis á todas horas, y bajo las formas mas fantásticas y análogas á su indefinible voluntad; en vano seguís sus gustos, sus inspiraciones, sus manías; en vano remedáis sus acciones y apostura, y si ellos dejan crecer sus cabellos hasta la espalda, vosotras los dejáis colgar hasta la cintura; y si ellos procuran *triangulizar* su frente, vosotras seguís en la vuestra la misma geométrica proporcion: en vano palidecéis como ellos; en vano sonréis amargamente; en vano cantáis llorando y bostezáis en el baile; en vano quisierais morir para parecerles mejor. Ellos ni os reparan siquiera, porque su corazon.... oh! su corazon está *lanzado en las etéreas é insondables ilusiones de un fatídico porvenir*, y ni han observado vuestras lágrimas, ni vuestras ardientes ojeadas, ni vuestras gracias seductoras, ni vuestro traje sentimental.

Pero al fin son hombres, y al traves de esta fantástica existencia tienen sus horas de *positivismo;* horas en que la materia se rebela contra el espíritu, y lo deja como quien dice arrincenado y sin poder chistar; y en estas horas y en estos dias (ó sea noches) en que la flaca humanidad llama á la puerta, es cuando recuerdan que les falta una cosa.—Qué cosa es esta?—*La mujer.*—Y échanse por esos salones á buscar las mujeres del prójimo, con una seguridad que no parecen sino hermanos de la Mesta, que dan suelta al ganado en cualquier prado concejil.

Porque pensar que estos señores *escépticos* han de dudar de que las doncellas no les convienen, es pensar en lo excusado, y las razones son claras; 1.ª porque las doncellas se pagan mucho de esto del corazon, y el suyo ya queda expresado que es inenajenable; 2.ª porque ellas (las muchachas) si se les da un pié, luego piden la mano, y ya queda dicho arriba que su mano está armada para estos casos de un agudo puñal; 3.ª porque una soltera es una mujer completa, y á ellos para su objeto les basta un *fragmento;* porque aquellas en fin aspiran á un lazo terrible y duradero, y ellos no á otra cosa que á un desenlace pronto y feliz.

Por estas razones y otras muchas que yo me sé, igualmente materiales y tangibles, dijeron y dicen para su capote:—Mujer?—La del prójimo.—Uno... dos... tres... trinidad perfecta.—Ah del espíritu del siglo!—Y aparecióseles el *espíritu de asociacion.*

Y el *marido* desde entónces tuvo un esclavo mas á quien mandar, y la mujer un dueño mas á quien servir.

Aquel dijo: Quiero ser ministro; y su siervo se constituyó en adulador. — Quiero ser diputado; y su cliente se convirtió en candidatura ambulante. — Quiero ser periodista; y el amigo colaboró con él la pública opinion. — Quiero ser poeta; y el amante se obligó á entusiasmar al patio. — Quiero ser tonto; y el tercero en concordia fué tonto como él. — Quiero ser pobre. — Y el protector se encargó de pagar al casero.

En cambio de todos estos servicios, por premio de tantos sinsabores, el vice-marido pudo contar... ahí que no es nada!... *con media mujer.* Y qué mujer!... ¿Y habrá todavía quien se ria de los maridos?

No hai pues que extrañarse de que en el estado actual de nuestras costumbres, el matrimoni grado vínculo que en tiempos atrasados confi en uno dos corazones, se haya convertido e triángulo equilátero, y que sean homogéne marido y el amante. Ambos tienen á la n ambos la engañan, ambos la desprecian. E lo dorado se derritió, y quedó el barro tosco terial: lo que ántes exijia justa adoracion e por su culpa objeto de burla y menosprecio.

Tal sin duda es el raciocinio de muchos dos, y tal era tambien el que formaba respect esposa el jóven D....

Pero respetemos la memoria de un desgrac y hagamos gracia á nuestros lectores del eje práctico; basta por hoi haberles impuesto e teoría del espíritu del siglo, el *espíritu de as cion.*

El Curioso Parlante.

EL REI EN LA PROCESION.

I.

Cuando su luz y su sombra
mezclan la noche y la tarde,
y los objetos se sumen
en la sombra impenetrable,
en un postigo excusado
que á una callejuela sale
de una casa, cuya puerta
principal da á la otra calle,
dos hombres que se despiden
se ven, aunque no se sabe
ni cuál de los dos se queda,
ni cuál de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
ambos un pié acia adelante
parados en el dintel
están, y entrambos iguales.
Por fin, el mas viejo de ellos,
hundiendo el mustio semblante
entre el sombrero y la capa
en ademan de marcharse,
torció la cabeza á un lado,
pronunciando un *no* tan grave,
que bien se vió que era el fin
de las pláticas de enántes.
Sin duda el otro entendido
no encontró que replicarle,
pues bajando la cabeza,
callóse por un instante.
— "Buenas noches," dijo el viejo:
tartamudeó un — "Dios le guarde
el otro; mas decidiéndose,
hizo acia el viejo un avance:
— Mírelo bien, y cuidado
no se arrepienta, compadre.
— Nunca eché mas que una cuent
— Piénselo bien, y no pase
sin contar lo que va de él
á don Juan de Colmenáres.
— Señor, replicó el anciano,
en tiempos tan deplorables
ya só que lo pueden todo
los ricos y los audaces.
— Pues mire lo que le importa.

que rico y audaz señales
son con que marca la fama
á los que en mi casa nacen.
Callaron por un momento,
y continuando mirándose,
dijo el viejo tristemente,
aunque en tono irrevocable:
— Nunca lo esperé de vos;
mas tampoco vos ni nadie
puede esperar mas de mí.
— Pues entónces adelante,
idos, buen viejo, con Dios,
que estoi de prisa y es tarde.
Cerró la puerta de golpe
á escuchar sin esperarle
una respuesta que el viejo
tuvo tentacion de darle,
y acaso por su fortuna
quedó á tal punto en la calle,
para dársela á la puerta,
donde la deshizo el aire.
Volvió el anciano la espalda,
y en dos golpes desiguales
sus pasos descompasados
pueden de léjos contarse,
porque sus piés impedidos
deben á su edad y achaques
una muleta que marcha
un pié que los suyos ántes.
La esquina á espacio traspuso,
y á poco otro hombre mas ágil,
saliendo por el postigo,
siguió en silencio su alcance:
túvole al volver la esquina,
tendió los ojos sagaces,
y enderezó los oidos
atento por todas partes;
mas no oyendo ni escuchando
de que poder recelarse,
tomando el rastro del viejo,
echó por la misma calle.

II.

En un aposento ambiguo,
medio portal, medio tienda,
que hace asimismo las veces
de cocina y de despensa,
pues da su entrada á la calle,
y en confuso ajuar ostenta
camas, hormas y un caldero
colgado en la chimenea,
hai seis personas distintas
que hacen al pié de la letra
(salvo el padre, que está ausente)
una raza verdadera.
Un mozo de veinte abriles,
una muchacha risueña
de diez y seis, tres muchachos,
y una anciana de sesenta.
Y aunque á las veces nos turban
engañosas apariencias,
zapateros son de oficio
si á espacio se considera;
que está la estancia aromada
con vapores de pez negra,
que ribetea la moza,
y que el mozo maja suela.
— Mucho tarda, dijo el último,
padre esta noche, Teresa.
— Ya ha tiempo que ha anochecido.
— Muchacho, atiza esa vela,
y deja quieto ese bote.
Y esto diciendo en voz recia
el mozo, siguió en silencio
cada cual en su tarea,
el chico sitiando al bote,
ribeteando la doncella,
majando el mozo á compas,
y dormitando la vieja.
Con monótonos murmullos
arrullaban esta escena
el son de una escasa lluvia
de un aguacero que empieza,
el no interrumpido son
con que hierve la caldera,
y el tumultuoso chasquido
con que la luz chisporrea.
— Las nueve son? dijo el mozo.
— Oh! las ánimas suenan
con sus campanas, repuso
santiguándose Teresa. —
— Las ánimas, y aun no viene!
y echando atras la silleta,
se puso el mancebo en pié,
y encaminóse á la puerta.
Al ruido que hizo en el cuarto
despertándose la vieja,
dijo: Rezáis á las ánimas?
— Sí, señora, estése queda.
Asió el mancebo la aldaba;
mas la habia alzado apénas
cuando un espantoso golpe
venció la puerta por fuera.
Muerto soi, dijo una voz;
cayó un embozado en tierra,
y vióse un hombre que huia
al fin de la callejuela.
En derredor del caido
se agolparon, que aun conserva
algun resto de la vida
que le arrancan á la fuerza;
mas no bien le desenvuelven
por ver piadosos si alienta,
un grito descompasado
lanzó la familia entera.
Blasfemó el mozo con ira,
desmayóse la doncella,
y la anciana y los muchachos
en llanto á la par revientan.
— Padre, quién fué? preguntaba
sosteniendo la cabeza
del anciano moribundo
el hijo que llora y tiembla.
Echóle triste mirada
su padre, como quien lega
su razon y su justicia
en quien se fija con ella.
—*Juan*....
—Qué Juan?
—*de Colmenáres*,
balbuceó con torpe lengua,
y sobre el brazo del hijo
dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne
por un instante en la escena,
y á reunirse empezaron

Temblaron los mas audaces,
y el pueblo ansioso esperaba
una explosion en D. Pedro
mas recia que sus palabras.
Rompió el silencio por fin,
y en voz amistosa y blanda
el interrumpido diálogo
así con el mozo entabla:
— Qué es tu oficio?
— Zapatero.
— No has de decir, vive Dios,
que á ninguno de los dos
en mi sentencia prefiero.
Y encarándose D. Pedro
con los jueces que allí estaban,
dando un bolsillo á Blas Pérez,
dijo en voz resuelta y alta:
— Pesando ambos desacatos,
si con no rezar cumple él
en un año, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.

Tornóse D. Pedro al punto,
y brotó la turba osada
murmullos de la nobleza
y aplausos de la canalla.
Mas viendo el rei que la fiesta
mucho en ordenarse tarda,
echando mano al estoque,
dijo así ronco de rabia:
"La procesion adelante,
"ó meto cuarenta lanzas,
"y acaban, voto á los cielos,
"los salmos á cuchilladas."
Y como consta á la iglesia
que es hombre el rei de palabra,
siguieron calle adelante
palio, pendones y mangas.

J. DE ZORRILLA.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Bomba. Se dice que Segismundo Malatesta, célebre capitan del siglo XV, inventó los morteros y las bombas; pero esta invencion quizas se abandonaria en un principio por su imperfeccion: así es que Strada dice que un habitante de Venloo, en los Paises Bajos, que se ocupaba en hacer fuegos artificiales, fué quien inventó las bombas. Los habitantes de aquella ciudad, al pasar por ella el duque de Cléves, quisieron darle un nuevo espectáculo arrojando algunas bombas; pero una de ellas, que penetró en una casa, fué causa de un incendio que quemó las dos terceras partes de la poblacion. El duque se sirvió poco despues de esta funesta invencion en el sitio de Wachtendonch en 1588. En Francia se hizo el primer uso de las bombas en el sitio de la Motta en 1634.

Bomba. Máquina hidráulica que sirve para elevar el agua, cuya invencion se atribuye á Ctesibio, célebre matemático de Alejandría, por los años 120 ántes de Jesucristo. Tambien se dice que el uso de las bombas era ya conocido de los Griegos y Romanos, y que Ctesibio no hizo mas que perfeccionarlas. Marly, Liniere y otros han inventado despues nuevas bombas, logrando aplicarlas á diversos usos.

Bordado. El arte de bordar ó recamar es antiquísimo, y su invencion se atribuye á los Frigios.

Botánica. Ciencia cuyo objeto es el conocimiento del reino vegetal. Los primeros botánicos fueron los Egipcios; despues los Griegos, y últimamente los Romanos. Caido el imperio de estos, la botánica quedó en el olvido hasta que los Arabes comenzaron á escribir sobre ella. En el siglo XV se despertó el gusto por esta ciencia, y en el XVIII Tournefort le abrió una nueva era con su brillante sistema. En el mismo siglo y algunos años despues, cambió Linneo el sistema de Tournefort, y dividió las plantas en veinticuatro clases, con tal exactitud y discernimiento, que su método está generalmente recibido. El laborioso español D. José Antonio Cabanilles modificó el sistema de Linneo, y su obra es la que sirve de texto para la enseñanza en el suntuoso jardin botánico de Madrid.

Botas. Segun Plinio, las botas fueron inventadas por los Carienses. Los Griegos y los Romanos solian usar cierto calzado parecido á nuestras botas.

Botella de Léiden. Este instrumento de física lleva el nombre de la ciudad de Léiden porque en ella le inventó Cuneus en el año 1746.

Breviario. El nombre de este libro, que contiene el oficio divino, se halla ya en uso desde el siglo XI. En España se adoptó en 1088 el breviario romano en lugar del antiguo mozárabe, que es el que servia á los eclesiásticos despues que los Moros se apoderaron de la Península, no pudiéndose usar dicho breviario antiguo mas que en cinco parroquias y en una capilla de Toledo, y en otra de Salamanca.

Brigadier. En un principio se llamaban así los que mandaban en comision una brigada, hasta que Luis XV de Francia expidió en 1667 nombramientos para los brigadieres de caballería, y al año siguiente para los de infantería, cuyo grado se fué adoptando despues en la milicia de otras naciones.

Brújula. Algunos suponen que varios pueblos antiguos conocieron el uso de la brújula, cuyo secreto se perdió con el transcurso del tiempo. Los Chinos dicen que su emperador Chimingus, grande astrólogo, hizo uso de ella 1120 años ántes de Jesucristo. Pero los mas atribuyen su invencion á Flavi Goya, natural de Pisitano en el reino de Nápoles, acia el año 1302; y se cree que empezó á usarse en las embarcaciones unos cien años despues. M. William Clarke de Chatam ha inventado una brújula de un género nuevo, mucho mas perfecta que las antiguas. Colon fué el primero que notó la declinacion de la brújula en 1492.

GEFE DE VILLA, Y EYALLETA.

EL CONDOR.

ıR largo tiempo solo suscitó en la mente el mbre de este animal ideas vagas é inciertas, no presentando al pensamiento sino algo de exıordinario, y como el kraken y la serpiente maıa, únicamente era conocida esta ave gigantes- por descripciones obscuras é hiperbólicas. Haı autores que decian que las alas tendidas de este ıimal tenian mas de 20 piés de envergadura, y os afirmaban que con sus garras podia levantar ı toro, llevárselo á la cumbre de un monte y derarlo allí. Estas exageraciones fueron miradas r mucho tiempo como verdades, tanto mas, cuanto taban apoyadas en la autoridad de Buffon. Es gran escritor, de una imaginacion tan viva, se ejó seducir por el atractivo de lo maravilloso, y on su verba compuso un condor, tomando prestaas de las aves mas corpulentas de la tierra muhas de sus partes; pero las observaciones mas uiciosas han venido á destruir estas fábulas, haiendo que el condor pierda sus colosales dimeniones, sin que por esto haya perdido el lugar que a naturaleza le dió entre los reyes de la familia le las aves carniceras.

El condor, cuya conformacion manifiesta pernecer á la clase de los buitres, tiene, segun perıonas verídicas, de 12 á 14 piés de envergadura on las alas bien extendidas; su longitud es de 3 iés, y su grosor, exceptuando el de la avestruz, s el mayor de todas las demas aves. Su cabeza y una parte de su cuello están desnudos, como sucede con los buitres, y por toda su faz se extiende ma piel rugosa, de color violado, recojida á maera de cresta en la parte superior de la cabeza, que extendiéndose por el cuello presenta varias arrugas: ninguna pluma la cubre, y tan solo se ven algunos mechones de un pelo raro, corto y de color rojo en las mejillas y en la parte trasera de la cabeza. Esta parte árida y desnuda, de apariencia desagradable, y tan á propósito para entrar y escarbar en los sitios donde hai cadáveres enterrados, termina por abajo del pescuezo en una coronilla formada, no de plumas, sino de una pelusa suave, sedosa y tupida, tan blanca como la nieve, la cual contrasta enteramente con el plumaje del cuerpo, que es de color negro azuleado, excepto algunas plumas de las alas, que son color de perla. El pico, de unas dos pulgadas de largo, es recto, robusto y arqueado como un corchete en a mandíbula superior; es negrusco en su base, y amarillo en el resto de su longitud: las uñas son curvas, negras y de una pulgada de largo: últimamente, los ojos, de forma ovalada y circundados de cejas, son de un tinte pardo. Estas proporciones, formas y colores son las del condor que a llegado á todo su desarrollo, pues en su primera edad, ántes de tomar el vestido de la adolescencia, está cubierto de una pelusa larga, mui fina, algodonosa y blanquecina, que lo hace parecer mas corpulento de lo que es en realidad: después adquiere un plumaje moreno, y así es que, segun la edad y el sexo, así varía el aspecto del condor. La hembra, que conforme á las leyes generales que rijen en las aves de rapiña, es mas grueso que el macho, no tiene cresta, insignia de la virilidad, y las plumas de las alas que en el macho son color de perla, en ella son de un color osco. Sin tener la altiva é intrépida apostura del águila, es audaz el mirar del condor, y sus movimientos y su andar, aunque graves y lentos, no carecen de nobleza y garbo. Lindísima cosa es verlo atravesar los aires, para lo cual mueve las alas con tal vigor y ruido, que segun algunos historiadores, si un hombre se halla expuesto á los movimientos del aire producidos por este vuelo, viene á tierra ensordecido. Cuando el condor se para á descansar en una peña, su silenciosa inmovilidad tiene cierta cosa de melancólico, tétrico y siniestro.

Las regiones mas altas del aire, las cimas mas encumbradas de las Cordilleras, son los dominios del condor, que tan solo baja á las llanuras cuando le falta alimento en sus montañas. Gusta mucho de perderse volando entre las nubes, y de trazar círculos con su majestuoso vuelo al rededor de las mas escarpadas cumbres, llegando á elevarse á unas 2,000 toesas sobre el nivel del mar, y solo por casualidad se abaja hasta el punto donde concluyen las nieves que coronan los Andes. Y son tan constantes estas costumbres del condor, que de ellas han tomado algunas expresiones los habitantes del pais para designar los puntos mas elevados de las montañas. En estos altísimos parajes empieza la vida de estos animales: nubes, nieve y rocas áridas, este es el primer espectáculo que á su vista se presenta. La dura y pelada piedra recibe los huevos de la hembra, y los polluelos al nacer no encuentran ni plumas ni yerba donde descansar sus miembros: las alas maternales son su único abrigo, y esta educacion áspera hace que los condores sean tan adecuados á la vida salvaje que los espera en las montañas, poniéndolos en completa harmonía con los tristes lugares de que son únicos moradores, por decirlo así.

Los condores solo abandonan sus guaridas para salir á cazar, porque aunque se alimentan de cadáveres y carne podrida, como los demas buitres, son al mismo tiempo belicosos como las águilas, y les gusta devorar una presa conquistada por su fuerza y valor, á la cual dan luego muerte; y cuando el hambre les aprieta, bajan su vuelo, y parados en una peña, se ponen á observar la llanura. Gracias al admirable alcance de su vista, luego descubren alguna vicuña, un carnero ó cualquier otro cuadrúpedo: precipítanse entónces, lo asen con sus garras, lo levantan por el aire, y lo llevan á su vivienda de nieve, donde dan color á esta con la sangre de la presa. Estas son sus proezas mas vulgares; pero sucede algunas veces en tiempos de escasez que se reunen varios condores para atacar de mancomun al ganado mayor, como toros y caballos. Estos animales tienen pocos medios de defensa contra los condores, los cuales, reunidos en número de cinco ó seis, los atacan mordiéndoles el cuello y la cabeza, entrándoles las uñas, y aturdiéndolos con el movimiento de las alas. Si el cuadrúpedo no puede internarse en algun breñal, sucumbe forzosamente, y entónces los condores despedazan su víctima, y se la reparten entre sí. Tambien suele acontecer que los condores se reunen en mayor número, y obran de concierto cuando descubren un rebaño pastando en alguna llanura. Bajan á cierta distancia del rebaño, se distribuyen los puestos formando un cerco, y van acercándose á saltos, y aleteando mui fuertemente. Amedrentados los carneros, se

van juntando y apretando unos con otros; y cuando ya forman una masa que no puede ni moverse, ni huir, ni defenderse, levantan el vuelo los condores, é inmediatamente se dejan caer sobre el ganado, haciendo en él sanguinarios destrozos.

La caza del condor es uno de los ejercicios favoritos de los pueblos que moran abajo de las Cordilleras. Lo cojen de varios modos, ó bien á lazo, ó envenenándolo. En el primer caso, matan un toro, un caballo ó cualquier otro animal grande para que el condor no pueda llevárselo, lo ponen en un paraje descubierto, y prevenidos los cazadores con sus lazos, se ocultan por allí cerca. De allí á poco atisba el condor el cadáver, baja y empieza á devorarlo con una glotonería propia de buitres. Bien se guardan los cazadores de interrumpir su comida, y así esperan á que se replete de carne; y cuando ya está harto, en el momento en que empieza á hacer penosos esfuerzos para echar á volar, los cazadores se van sobre él con el lazo en la mano: es raro que atacado el condor en los momentos de la digestion, tan laboriosa para los animales voraces, se vaya, pues por lo regular, despues de unos cuantos saltos y esfuerzos inútiles, queda en poder de sus perseguidores. Para cojerlo del segundo modo, se encierran en el cuerpo del animal que sirve de cebo substancias venenosas que hacen caer al condor en una inercia letárgica, durante la cual puede cojérsele, aun sin el recurso del lazo.

La inmensa cadena de las Cordilleras, que atravesando la América del Sur en toda su longitud, corre del istmo de Panamá al cabo de Hornos, es la única region del globo donde vive el condor.

La Mosaïque. Traducido por M. G.

Para lo que sirve la Virtud.

I.

Era la pareja mas linda que se pudiera encontrar. Luisa, bella y graciosa, tenia uno de aquellos rostros expresivos que á primera vista causan mil lisonjeras impresiones, y que dejan un recuerdo vago y agradable despues de que ya no se los ve. Federico Darney, su marido, era lo que comunmente se llama un hombre bonito; su fisonomía, sin ser hermosa por naturaleza, guardaba una armonía admirable en todas sus partes; su frente era espaciosa, y dos cejas negras perfectamente dibujadas coronaban sus lánguidos ojos azules; sí, era una pareja encantadora, y en sus semblantes se veia dibujada una expresion tan marcada de felicidad, una confianza tan dulce en el porvenir, que todos los miraban, que todos les sonreian, como si hubieran querido manifestarles la satisfaccion y el placer que su dicha les causaba.

Un año hacia que Darney se habia casado, y en aquel intérvalo disfrutó de todos los placeres que son consiguientes á un enlace en que los intereses están de acuerdo con el corazon. Darney amaba tiernamente á su esposa, y nada negaba á sus deseos; todos sus caprichos quedaban al punto satisfechos, ninguno de sus gustos encontraba resistencia, y en los paseos, en los teatros, en las tertulias brillaba entre todas sus rivales, y su marido creia recompensados todos aquellos cuidados cuando ella se sonreia.

Ninguna nube habia oscurecido todavía su horizonte; ni una sola vez habia desaperecido la sonrisa de los hermosos labios de Luisa! pero toda felicidad humana tiene su término, y la graciosa jóven debia experimentarle.

Una noche estaba ya vestida para ir á un sarao que daba la señora de Riaucourt, antigua amiga de su madre, y viendo que su marido no iba á buscarla, segun tenia de costumbre, pasó algo incomodada á su despacho. Mucha fué su sorpresa al encontrarle envuelto en una prolongada bata, sentado en su bufete y mui ocupado en unas cuentas que ella no pudo entender, á pesar de haberlas recorrido con la vista.

—En qué estas pensando, Federico? exclamó Luisa; son las diez ya, te has olvidado del baile!

—No, querida, contestó Darney sonriéndose y atrayéndola acia sí; pero estoi mui ocupado, y pensé que quizas me sacrificarias ese placer.... Viendo que se ponia seria, continuó: pero no; sé injusto, estás demasiado hermosa para que sea yo el único que tenga el gusto de admirarte; vá, Luisa mia, vó pues á ese sarao; diviértete, sé feliz; yo me quedo para ocuparme de ti y de tus placeres.

Luisa se desesperó, rabió y juró que no iria sola á casa de la señora de Riaucourt. A esto se siguió una escena conyugal que debia destruir algunas risueñas ilusiones; y sin embargo, una hora despues se hallaba la señora de Darney en el baile, rodeada de un círculo de adoradores, y envidiada de todas las mujeres que luchaban inútilmente contra ella.

Desde aquella noche se acostumbró Luisa á ir á las tertulias y á los teatros sin su marido; la acompañaba la señora de Riaucourt, y su sobrino Alfredo era su caballero.

Y miéntras que la jóven se abandonaba á la seduccion del placer, el señor de Darney procuraba prevenir el desórden que gastos excesivos podrian introducir en su fortuna. Luisa no advirtió el sacrificio que su marido hacia, ni comprendió la tristeza involuntaria que de él se apoderaba. Federico no renunció por eso á su generosa resolucion, y siguió privándose de sus gustos para conservarle aquella felicidad de que él no gozaba.

II.

El esposo de Luisa se vió en la necesidad de hacer un viaje á Normandía para vigilar de cerca la ejecucion de mejoras urjentes en una hacienda considerable que representaba la mayor parte de sus bienes. Durante aquel tiempo se cansó Luisa de todas aquellas fiestas que habian fijado su atencion: sus triunfos por ser mui fáciles y demasiado repetidos, cesaron de deslumbrarla, y se encerró en su casa, donde solo recibia á algunos amigos. Pero se fastidió tambien de la soledad, como se habia fastidiado del bullicio y de la sociedad; y para llenar el vacío de su alma, se dedicó á la la lectura de novelas modernas. Algunos de nuestros autores le trastornaron la imaginacion con sus místicos pensamientos y con sus vagos y religiosos delirios; y muchas veces lloró

ınas heroinas que mueren, pobres flores ol-
despues de una vida de resignacion, de
os y de profundos y desconocidos dolores.
mañana se levantó persuadida de que era
lesgraciada de las mujeres. Su alma se
agrandecido, y dirijido sus miradas á otro
mundo aparte, mundo excéntrico. Pensó
a sufrir en silencio; su corazon no era
o, y su amor no podia ya humillarse hasta
prosaico de su marido.
ma estaba aislada en la tierra sin que otra
rese sus quejas y la consolase: sus meji-
decieron, la sonrisa abandonó sus rosados
us ojos perdieron el brillo y se cubrieron
velo de mortal languidez; volvióse distrai-
ocupada, y sus palabras llenas de amargu-
isteza y de desaliento, revelaban que ella
y todos creyeron que motivaba sus penas
cia demasiado prolongada de su marido.
iéronse los dias á los dias, y los meses á
es. Una mañana recibió carta de Dar-
n ella no le hablaba todavía de su regreso.
feliz! dijo con amargura.... Está tan tran-
. Sus cartas me hacen daño!.... y la lla-
ró la que en la mano tenia.
bo de una hora recorria otra en medio de
r turbacion; el papel era color de rosa, y
imas habian borrado otras tantas; termi-
í:
vida ó la muerte os pido, señora.... Si es-
concurrís al baile de mi tia, mi felicidad
á límites! ¿Os habréis compadecido de un
ado á quien extravía un fatal amor; ha-
nocido que es tiempo de borrar con una ho-
ıcer un siglo de tormentos?.... ¡Si supie-
isa, cuánto he padecido en seis meses!....
enid esta noche; os lo suplico en nombre
ıe en mas estima tenéis. Si rechazáis á
ıato capaz de todo.... hasta de cometer
en, mañana me pisaréis en el umbral de
puerta!.... No me hableis de deberes, no
estado de oiros.... me abraso.... deliro....
Luisa! vuestro amor.... vuestro amor, ó la

"*Alfredo de Riaucourt.*"

iado anunció una visita, y la trémula
ultó en su seno la carta que acababa de

III.

nueve de aquella misma noche la señora
ey habia acabado ya su tocador; el te-
la felicidad animaban su lindo semblan-
ndo su doncella le hubo abrochado el ri-
r de diamantes, y dirijido ella una mirada
faccion al conjunto de su hermoso trage,
la péndola. Las nueve no mas, murmu-
el baile no empieza hasta las diez.... Si
an el salon estando desierto, ningun efec-
ciria.... y ademas para qué tanta prisa?
á su doncella y le dijo: Que esté el co-
las diez; te llamaré cuando vaya á salir,
entres sin órden mia:
ndo estuvo sola se recostó en los mulli-
ıes de un sofá, apoyó en su blanca mano
sa cabeza, y soñó con el paso que iba á
ıcordó de su marido; pero su corazon en-
contró admirables argumentos contra el remordimiento.

—Oh! por qué ha rechazado mi amor?.... por qué me dejó sola en el mundo, sin apoyo y sin defensor?.... por qué tanta frialdad cuando yo queria amarle?.... Él, él solo ha destruido los encantos de nuestra vida. ¿Tengo yo la culpa acaso de que mi alma no haya podido humillarse hasta ese amor metódico y helado que tan fácilmente se acomoda, para no incomodar á nadie? Y ademas ¿qué podia hacer yo, débil mujer, contra el amor ardiente de Alfredo, contra esa pasion abrasadora que vence todos los obstáculos, y cuando no, se apaga consumida por su propio fuego? Oh! Así queria ser amada!.... qué importa el peligro? La felicidad que se experimente despues será mayor.... La muerte no se presenta horrorosa á quien sabe amar.... La muerte.... la veré venir sin temblar.... porque soi feliz; encontré el alma que la mia buscaba.... soi feliz!

Inclinóse su cabeza: risueños fueron entónces sus pensamientos, y la sonrisa apareció de nuevo en sus labios: dos meses habia luchado y padecido, y cuando estaba á pique de precipitarse en el abismo, despues de haberse justificado á sí misma de un crímen cuya profundidad no se atrevia á sondear, se creyó feliz.... Sus ojos se cerraron.... la imágen de Alfredo se colocó delante de ella.... y ella se quedó dormida.

Tranquilo era su sueño como el de los ángeles: su frente permanecia blanca y pura como la del niño que por la noche recibió el beso de su madre.... dormia, desfallecida por los combates interiores, por la lucha que la pasion sostenia con el deber; dormia mecida en la ola que debia sumerjirla.... Dormia en fin....

La péndola dió las once, y dormia todavía.

Una hora despues doce campanadas se sucedieron lentamente sin que ella hiciese el menor movimiento.

Despertóse en fin á la una.

Deslizóse su hermosa mano por sus cabellos á riesgo de destruir su elegante peinado.... acordóse de repente de Alfredo y del baile, dió un grito al ver el fatal horario que habia andado con tanta rapidez, tiró del cordon de la campanilla, y algunos minutos despues entró en los salones de la señora de Riaucourt.

IV.

Cuando entró en el baile, nada divisó Luisa, porque el resplandor de las luces la deslumbró: acercóse temblando á la señora de Riaucourt, y era tan violenta la emocion que experimentaba, que no se atrevió á levantar los ojos para buscar á Alfredo. Despues de haber pasado la última barrera, un tardío remordimiento se habia apoderado de su alma, abandonóla el valor, se avergonzó de su falta, su frente se cubrió de rubor, y bajó la cabeza para sustraerse á las miradas que le dirijian los concurrentes, como si temiese que penetraran su pensamiento.

Poco á poco fué tranquilizándose, levantó tímidamente los ojos, pero no vió á Alfredo. Helóla entónces un temor terrible; de nuevo se borraron los remordimientos y la vergüenza, y las mas crueles congojas los reemplazaron; sufria horriblemente, y sin embargo debia ocultar sus pade-

cimientos: ademas, le quedaba alguna esperanza, aun podia llegar. Pero sucediéronse las horas, y no pareció. La desgraciada Luisa conocia que las fuerzas la abandonaban: arrastrábanla en medio de las cuadrillas, y ella obedecia sin ver ni oir; parecióle que el suelo se abria debajo de sus piés, miles de luces jugueteaban delante de ella, un ruido estrepitoso fatigaba sus oidos; se ahogaba, se moria!.... La palidez cubrió su semblante, flaqueáronle las rodillas, secáronse sus ojos, y la rodearon cuantos cerca de ella estaban.

—No es nada, murmuró.... un vahido.... No es nada, pero no puedo bailar.

Insensiblemente fueron quedando desiertos los salones: las jóvenes tan hermosas y tan llenas de atractivos unos momentos ántes, desaparecieron como las hojas de las flores que el viento arranca y dispersa; los coches se alejaban rápidamente, y la triste Luisa permanecia inmóvil en su asiento, mirándolas marchar á todas, y no teniendo bastante fuerza para seguirlas.

La señora de Riaucourt se acercó á ella:

—Estáis desazonada, hija mia: mucho os agradezco que hayais venido; pero sentiria en el alma que con este motivo os hubieseis puesto mala.

—Nada de eso, señora, contestó Luisa haciendo un esfuerzo para sonreirse.

—Será preciso que os riña, replicó la señora de Riaucourt con amabilidad, vuestra melancolía inquieta á todos vuestros amigos: esta noche se lo decia á Alfredo.

—Luego ha venido! dijo la señora de Darney con voz ahogada.

—Sí, pero estuvo poco tiempo; casi casi le eché; tenia una cara que asustaba á todas mis convidadas.

—Oh! Dios mio!

—Qué decís?.... Estáis tan pálida!

—Sufro.... sufro mucho; permitid que me retire....no puedo permanecer aquí por mas tiempo...

Una hora despues estaba Luisa en su casa: luego que entró en ella se sentó en una silla, donde permaneció inmóvil por espacio de tres horas.

—Infeliz! infeliz!.... me aguardó .... y marchó desesperado .... se matará! Dios mio, concededme la gracia de que muera yo tambien!

¡Horrible dia fué el que siguió á aquella fatal noche, dia de angustias y de tormentos! Al menor ruido experimentaba Luisa un estremecimiento nervioso, y una fiebre ardiente la devoraba. Si sus ojos se cerraban un momento, volvianse luego á abrir, dando ella un grito espantoso .... se le figuraba ver el cádaver ensangrentado de Alfredo.

Veinte veces, buscando un vislumbre de esperanza, tomó la pluma para escribirle; pero la detuvo un sentimiento de pudor, un recuerdo de su marido, cuyo honor iba á comprometer.

Pasóse la noche sin que pudiera encontrar una hora de descanso .... ni tampoco llorar.

A las once del dia siguiente entró la señora de Riaucourt en su habitacion: Luisa se levantó, y al ver el descompuesto semblante de la tia de Alfredo, cayó de nuevo en su silla, sin proferir una sola palabra.

—Ah! hija mia, dijo la señora de Riaucourt sin reparar en su turbacion; vengo á buscar á vuestro lado alivio á mis penas; vengo á que me consoléis; me ha sucedido una gran desgracia!

—Me asustáis, señora, balbuceó Luisa.

—Ya sabéis cuánto queria á Alfredo; ya que le miraba como si fuera hijo mio: te tratado su enlace con una señorita de las fi mas nobles, y dentro de algunos dias debia se el contrato .... pero todo, todo se acab cias á una loca pasion indigna de él.

Luisa la miraba con sorpresa: Todo se decís?

—Sí.... No sé lo que me pasa.... Alfre herido de gravedad.

—Herido!

—Un desafío; una bala le ha fractu brazo.

—Un desafío?

—Sí, hija mia. Daria la mitad de mis para que no se supiera este incidente; p Paris ya no se habla de otra cosa: el casa se ha malogrado, y qué casamiento!

—Pero, señora.... quién ha ocasiona lance?

—Una bailarina de la ópera!!!

Ocho dias despues, se reunió Luisa con rido, pasó el verano en Normandía, y el in regresó á Paris mas fresca y mas hermos nunca. Mui pocas veces se le vió sin el se Darney: con frecuencia encontraba en l niones á Alfredo de Riaucourt: devolviale e do, y con una sonrisa tranquila, y apoyánd el brazo de su esposo, se alejaba, sin dejar de sí ni un pensamiento, ni un pesar.

Traducido por G. F. Col

COSTUMBRES DE LOS TURCOS

No es fácil formarse una idea exacta de la tumbres de un pueblo que, aunque visitad tinuamente, nos es apénas conocido; cuy ma han desdeñado los orgullosos sabios como guaje de una nacion bárbara, y sobre la cu consecuencia poseemos mui pocos datos bles. Unos han alabado en extremo á los T otros no han querido ver en ellos mas qu hombres crueles, fanáticos é ignorantes, qu llevado el hierro y el fuego á la hermosa pa los Pericles y de los Demóstenes.

Seguramente que cuando humea aun la derramada en los heroicos esfuerzos de la Grecia, cuando tantas lágrimas se vierten memoria de los héroes que perecieron en lucha, y cuando pueden oirse los cántico meros de los *Miriologos* con que las mujer raitas suavizan su viudez, no es el momen á propósito para disculpar á los Otomanos

Pero seria injusto considerar á estos mismo punto de vista que á los pueblos eu No son una verdadera nacion, sino mas b ejército que vivaquea sobre el campo de l Ellos gobiernan los paises sometidos co tierra conquistada, y los tributos que imp los súbditos no son á sus ojos mas que un (los llaman *rescate de las cabezas*). En lo gos, Armenios y Judíos no ven mas que un blos subyugados. Y ¿qué interes pueder rarles unos hombres á quienes no conoc bajo el nombre de *perros?* Soberbios pa

los extranjeros, no deponen su exterior orgulloso sino con aquellos á quienes reciben como huéspedes, y entónces la hospitalidad franca y generosa que les conceden recuerda las de los antiguos patriarcas. Su caridad acia los pobres no tiene límites, y está bastante bien demostrada por los numerosos establecimientos que llevan el nombre de *Karvanserals*. Cada señor emplea una parte de sus rentas en edificar hospicios, dotarlos, ó al ménos construir á las inmediaciones de un camino árido fuentes sombreadas por frondosas arboledas. Con la admirable hospitalidad de los tiempos primitivos, han conservado asimismo la mayor piedad: nunca sucede que un musulman emprenda un asunto importante sin haber ántes dirijido al cielo su plegaria; lleno así de confianza en la bondad de Dios, espera los sucesos con una santa resignacion, y cuando la desgracia llega á atacarle, en vez de derramar lágrimas, humilla su frente entre el polvo, y se consuela al pensar que Allah lo ha querido así.

En cuanto á su destreza en la guerra, sus títulos son bastante gloriosos: basta citar los hechos de los Mahometos, de los Solimanes, y de aquellos guerreros á los cuales no pudieron resistir ni los esfuerzos desesperados de Palcólogo, ni el brillante valor de los caballeros de Ródas, ni la audacia de los valientes italianos que comandaba Minotti. Si los turcos modernos distan en este particular de sus antepasados, no es porque carezcan de esfuerzo, sino porque en el dia, en que la sangre fria y el cálculo han reemplazado el ardiente valor de los antiguos, y deciden la suerte en los combates, los ejércitos otomanos mal disciplinados, sin táctica, y con una artillería débil y mal organizada, no pueden luchar con las naciones europeas, que si los vencen, es solo por estas ventajas.

Su gobierno en tiempo de paz es aun mas ruinoso. Un déspota débil ha gozado hasta aquí de un poder ilimitado para hacer mal; la venalidad escandalosa de los cargos públicos al que da mas por ellos; ministros rapaces; sacerdotes ignorantes y fanáticos que no tienen otra pasion que el espíritu de cuerpo; tales son las plagas que minaban poco á poco el imperio otomano. Verdad es que sus últimos soberanos han ensayado inútiles innovaciones; pero algunos han pagado con su cabeza esta temeridad, y solo por medio de un horroroso degüello fué como Mahamud pudo deshacerse del cuerpo de genízaros, dispuesto siempre á sublevarse. Despues introdujo tambien otros cambios en las costumbres de sus súbditos, procurando modificarlas á la europea, y por último su hijo y sucesor Abdul Medjid acaba de dar un gigantesco paso, concediendo á su pueblo una carta ó declaracion de derechos equivalentes á los que disfrutan las naciones europeas. En este momento, pues, en que se verifica tan notable transformacion, es cuando parece mas útil el estudio de un pueblo cuya originalidad está á punto de desaparecer.

Fuera del tiempo de guerra, el turco parece olvidar en la tranquilidad de su retiro las penas de esta larga peregrinacion que llaman vida. Para él la existencia es un sueño dichoso que debe terminar en el sepulcro, un banquete cuyas delicias es preciso apresurarse á saborear. Grave, silencioso, indiferente á todos los pequeños intereses de la tierra, pasa la vida dulcemente extendido sobre los cojines de su sofá en medio de las odoríficas nubes de su braserillo de perfumes ó de su pipa de ámbar. Saborea el rico café de Moka, y el opio le transporta en sueños al paraiso de Mahoma, donde brillan las hurís de los ojos negros; ó bien para disipar su fastidio, sus mujeres forman en torno suyo coro de danza acompañado de canciones voluptuosas y de la dulce armonía del laud. Terminada la comida, hace las abluciones de estilo; dirije al cielo su plegaria cuando la voz del *muezim* se deja oir desde lo alto de los minaretes, y se duerme en medio de los ensueños de amor, y en los brazos de su bella esclava circasiana.

Las mujeres, aunque custodiadas con cuidado, sin embargo no están absolutamente privadas de la libertad, como lo aseguran algunos viajeros. En primer lugar se procuran una especie de independencia con la posesion de su dote que las pertenece en propiedad: el uso de la la poligamia es tambien mui poco comun, sin embargo de que el Alcoran permite casarse con cuatro mujeres. Ademas, que ellas saben mui bien vengarse de un marido infiel, gracias á ciertas mujeres judias ó gitanas que tienen libre entrada en los harems. Por medio de ciertas flores colocadas de un modo convencional pueden sostener una correspondencia amorosa, y se citan afortunados aventureros introducidos en el terrible recinto, á pesar de los penetrantes ojos de los eunucos. Los cementerios turcos plantados de plátanos y cipreses son célebres sobre todo para esta clase de citas.

Las casas, á pesar de su poca apariencia recomendada por los peligros que rodean al que hace alarde de sus riquezas, están por lo general magníficamente decoradas en lo interior. Hermosos patios rodeados de galerías y adornados de fuentes; vastas habitaciones cubiertas con ricos tapices de Persia y artesonadas de maderas preciosas; suelos adornados de arabescos de oro y azul y de pinturas de flores; una sala de baños, de cuyo centro se eleva un surtidor de agua que cae con dulce murmullo en estanques de mármol; ventanas que en aquel hermoso clima dejan un libre acceso al aire y á las aves; balcones adornados de tiestos de rosas y jazmines; vastos jardines adornados de alegres kiosques y bosquecillos, en que la lila, el laurel, el tulipan y los naranjos mezclan sus hermosos colores, y el céfiro se recrea en una atmósfera de perfumes; en el sitio mas retirado el solitario *harem*; tal es la bella mansion donde el musulman, y sobre todo el habitante de Damasco, espera el dia en que se cumplan en él las promesas del Coran.

Semanario Pintoresco.

MODO FACIL

DE

CONSEGUIR UN EMPLEO.

Para el objeto citamos el ejemplo siguiente. En 1815, despues de la segunda abdicacion de Napoleon, fueron depuestos de sus empleos muchos individuos del tiempo de la administracion imperial: uno de estos fué un jóven de mucho mérito

y talento, y no sabiendo cómo reparar la injusticia que se le habia hecho, fué maquinalmente á pasearse á un lugar frecuentado por aquellas bellas parisienses que en ciertas ocasiones no saben negar cosa alguna.

Nuestro heroe las examinaba á todas con la prolijidad y atencion que podria hacerlo un mercader de esclavas en Turquía, y encontró por fin un modelo de hermosura y de gracias que era lo que él buscaba: sonrisa hechicera; labios de rosas; tez pura, tersa, blanca y delicada; dientes de perlas; ¡vamos, estaba formada como para robar corazones! Él la habló, la ofreció una suma considerable de dinero, y en virtud del contrato celebrado, ella se impuso de que debia pasar por su esposa quince dias mas ó ménos.

Nuestro jóven la hizo vestir con la mayor elegancia, la informó del papel que debia representar, y así todo bien preparado, se fué con ella á visitar á uno de los muchos *dispensadores de gracias* que hai en todas las naciones, el que otras veces le habia recibido con alguna sequedad. Entró en la casa, se hizo anunciar; salió S. E. y con mucha amabilidad y cortesía saludó á la jóven pareja: el marido, que así llamaremos á nuestro héroe, contó al dispensador tal vez por la décima ocasion, como se le habia despojado de su empleo, y que confiando en que se le repusiese en él, ó se le diese otro equivalente ó mejor, se habia determinado á tomarse la libertad de valerse al efecto de la poderosa mediacion de S. E., segun se lo habia aconsejado su cara esposa, que tenia el honor de presentarle en aquel instante, y señaló á su jóven compañera.

Esta desempeñó su papel durante la visita y despues de ella á las mil maravillas, de tal modo que nuestro jóven á los ocho dias ya habia conseguido un empleo mejor que el otro de que se le habia despojado.

Sucedido esto, se disolvió el supuesto matrimonio, y cada uno de los contrayentes tomó por su lado, y el dispensador solia decir de cuando en cuando: Cuán grande es el poder de una coqueta agraciada! cuánto pueden dos hermosos caballos árabes, ingleses ó andaluces!.... Sí, sí, esas cosas y otras semejantes, no hai duda, tienen sobre la tierra, particularmente en las cortes, mas poder que el mérito y la virtud.

El Pasatiempo.

LA MUERTE.

MIRADLE: sobre púrpura sentado
la copa del placer bebiendo está.
Oid: en su cantar regocijado
ai de dolor discorde sonará.
"El hombre, del mundo rei,
siervo de la muerte vive;
dicta á la tierra la lei,
de la nada la recibe.
Gloria y oprobio eslabona
pero en desigual razon;
seguros sus hierros son,
disputada su corona.
No halla el hombre criatura
que á su cetro no resista:
Dios le da la investidura,
y él el poder se conquista.
Osado en su frente á herir
insecto mísero viene,
que armas para herirle tiene,
y alas tambien para huir;
Y ante las aras se ve
de la muerte sin defensa
el ínclito ser que piensa
con una cadena al pié;
Y la segur del destino
le postra al golpe fatal,
cual troncha cañas de lino
granizada colosal.
Es resistir á la Parca,
es huirla insensatez:
con solo una mano abarca
del orbe la redondez.
El hombre en tal situacion,
para encubrir su flaqueza,—
con risible sutileza
forjó la resignacion;
Y quiso hacerse creer,
sofista consigo mismo,
que cabia un heroismo
en su falta de poder.
¿Por qué ese título falso
de rei, hombre, se te da?
Tú eres un reo que va
de la cárcel al cadalso,
Cuya muerte á proporcion
la retarda ó la acelera
lo largo de la carrera,
ó la prisa del sayon.
Ai! para haber de arrastrar
esa precaria existencia,
esclavo de una sentencia
que no se puede evitar,
Yo en el caso de elejir
hubiera dicho: Primero
quedarme en la nada quiero,
que nacer para morir."

Así el hombre delira y se atormenta,
luchando con idea tan cruel:
insecto que de flores se alimenta,
y labra acíbar en lugar de miel.
Tímido caminante en noche oscura
se asusta del benéfico pilar
que próximo descanso le asegura
tras largo y afanoso caminar.
Cáliz la vida por el fondo abierto
que al licor deja sin cesar huir,
y único punto al hombre descubierto
la muerte en el nublado porvenir,
¿Por qué dar á ese vaso y á esa meta
furtivas ojeadas de terror?
Mirarlos, sí, mas con la vista quieta,
y naciera del hábito el valor.
Despavorido huyó la vez primera
que vió el salvaje el bélico corcel,
y osado luego á la temida fiera
clavó el harpon, y se vistió su piel.
Si al término de todos los caminos
hai un despeñadero que rodar,
¿por qué en la hondura amontonar esp
Plumas donde caer conviene echar.

Y qué es morir? qué es eso que desvela
tanto al hombre que eterno quiere ser?
hallar al fin la libertad que anhela,
y un vestido prestado devolver.
No es el hombre la caja quebradiza,
forma perecedera si gentil,
que la mano del tiempo pulveriza
y restituye á su principio vil:
Allí dentro un espíritu se encierra
noble, puro, de orígen celestial;
aquello es hombre, lo demas es tierra,
y aquello no perece, es inmortal.
Sediento el hombre de ventura vive,
y apénas en la vida la entrevé:
¿será posible que la mano esquive
que de los cielos posesion le dé?
Breve es la vida. ¡Brevedad dichosa
que los dias acorta de ilusion,
y nos lleva en carrera presurosa
de la verdad á la feliz region!
Qué pide la virtud en la bonanza?
Qué anhela en la desgracia la virtud?
El piélago cruzar de la esperanza,
sirviéndole de barca el atahud.
El malvado que gima y se amedrente
de rendir á la muerte la cerviz;
huélguese en la miseria de viviente,
temeroso de ser mas infeliz;
Pero es al cabo por decreto eterno
desastroso el vivir del criminal,
y si en la muerte asústale el infierno,
su vida es otro infierno temporal.
Mezcla el hombre de espíritu y de lodo,
ya excepcionado de la lei comun,
¿por qué, si su alma sobrevive á todo,
mas privilegios pretender aún?
Esos orbes vivíficos de lumbre
que al mundo animan y le dan color,
florones de la diáfana techumbre,
ó joyas del vestido del Señor;
Esta del hombre equívoca morada,
cementerio con galas de jardin,
todo al voraz abismo de la nada
corre y en él encontrará su fin.
Y en medio del magnífico vacío
que llenará la eterna majestad,
el hombre girará con señorío,
satélite de un sol divinidad.
Plazo es la vida que emplear debemos
en adquirir felicidad mayor,
felicidad que adivinar podemos
en los goces que dan virtud y amor;
Y consumir en quejas vanamente
los dias de este plazo de merced
es, en vez de limpiar escasa fuente,
cegar su vena, y perecer de sed.
Muerte, centro de todo, lei temida
mucho rijiendo, al abolirse mas,
porque el dia fatal de tu caida
contigo al universo arrastrarás,
Angel eres que al alma aprisionada
libertas de prolija esclavitud,
y ya del roce con el cuerpo ajada
la vuelves á su hermosa juventud.
Muerte! si tú me guias á los brazos
de los seres que amé, de aquellos dos
que de mí se llevaron los pedazos
en el amargo postrimer adios;
Si al padre caro, si á la esposa amante
ya para siempre me uniré por ti;
si á la madre he de ver que tierno infante
primero la lloré que conocí;
Ven, que tú eres la dicha, errado el nombre;
tú haces la vida dulce de dejar,
y tú puerto seguro das al hombre
que errante boga por inquieto mar.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Bula. El papa Julio II concedió la bula de la santa cruzada en el año 1509, y temporalmente la renovaron sus succesores. Urbano VIII permitió que se imprimiese para facilitar su propagacion.

Caballería. La equitacion comenzó en el Egipto en tiempo de Oro, hijo de Osíris; pero el primero que formó un cuerpo regular de caballería, para que sirviese en la guerra, fué Sesóstris, 1650 años ántes de J. C.

Caballo Troyano. Se cree que le construyó Epeo, príncipe mui ingenioso, á quien tambien se atribuyen otras invenciones. Este caballo fué el ardid de que se valieron los Griegos para tomar á Troya, pues finjiéndose fatigados con tan larga expedicion, se retiraron, dejando en el campo un enorme caballo de madera en ofrenda á la diosa Minerva. Los Troyanos, seducidos por el prófugo Sinon, le introdujeron dentro de sus muros, derribando una puerta para darle paso; y miéntras se regocijaban par la retirada de los Griegos, se abrieron los costados del caballo, y salieron 50 guerreros, que mandados por Ulíses, hicieron acercar á sus compatriotas, y abrasaron á Troya.

Cables. Hasta hace poco tiempo las embarcaciones se sujetaban en los puertos y en las radas con cables de cáñamo; pero Samuel Brown inventó en Inglaterra en 1808 cables de hierro, que son unas cadenas capaces de resistir á toda borrasca y á todo escollo. Su uso es ya general, y solo tienen el inconveniente del peso cuando se ancla donde hai mucho fondo.

Cacao. Esta especie de almendra, que parece ser produccion primitiva de la América, era llamada por sus naturales cacahuatl, de donde formaron la voz cacao los primeros españoles que fueron al Nuevo mundo. Solo en este se conocia entónces dicho fruto, hasta que despues se llevó á España, y de aquí pasó á las demas naciones. Calcúlase que en Europa se consume anualmente para la fabricacion del chocolate cerca de 24 millones de libras de cacao.

Cadete. Luis XIV de Francia creó en 1682 varias campañías de hidalgos jóvenes (cadetes), para que se instruyesen en el arte militar. En 1776 se creó una plaza de cadete en cada compañía de todos los regimientos del ejército frances, y lo mismo se hizo despues en las demas naciones.

Café. Se cree que este árbol, parecido al jazmin, es originario de Asia, y que empezó á cultivarse en la Arabia feliz, donde parece que se introdujo el uso de beber la infusion del café en el siglo XV. Los Abisinios dicen que de su pais pasó el café á la Arabia, y que sus propiedades las descubrió el abad de uno de sus monasterios. De la Arabia pasó su uso á la Persia, y despues fué difundiéndose por todos los paises mahometanos, en los que se abrieron casas públicas para beber el café; pero de resultas del abuso que se hizo de esta bebida, estuvo prohibida por mucho tiempo en la Turquía y en Egipto. El café se introdujo en Europa un siglo despues que los Arabes le hubiesen adoptado, llegando á Marsella una corta cantidad por primera vez en 1644. Un comerciante ingles, llamado Eudouars, llevó á Inglaterra un griego que abrió en Lóndres el primer café en 1625. Un armenio estableció otro en Paris algunos años despues; y poco á poco se fueron estableciendo en los demas paises. Se ha calculado aproximadamente el consumo anual del café en Europa, y se supone que asciende á 120,000,000 de libras.

Calatrava. (Orden militar de). Desde que se tomó á los Moros la ciudad de Calatrava por los años 1147, sirvió á los Templarios de fortaleza contra las correrías de aquellos bárbaros; pero temerosos de no poderla conservar, se la volvieron al rei, sin que se hallase nadie que se atreviese á defenderla. Solo dos monjes del Císter, llamados frai Raimundo, abad de Fitero, y frai Diego Velázquez, se atrevieron á esta empresa, por lo que en 1185 D. Sancho III de Castilla hizo donacion del señorío de Calatrava á Santa María de la órden del Císter, y en su nombre al abad Raimundo y sus compañeros. Así principió esta órden, que despues adquirió muchas riquezas y autoridad, y fué una de las mas distinguidas: su insignia es una cruz roja, que no se diferencia de la de Alcántara mas que en el color. En tiempo de los reyes católicos se unió el maestrazgo de esta órden á la corona.

Cálculo diferencial é integral. Newton fué el primero que encontró este cálculo admirable; aunque tambien se ha sostenido que Leibnitz fué su inventor, lo que ha ocasionado disputas y querellas mui serias; pero los sabios han creido generalmente que ambos filósofos habian encontrado este cálculo, por la conformidad y penetracion de su gran talento.

Calendario. La etimología de este nombre viene de Calendas (calendæ) nombre con que los Romanos señalaban el primer dia de cada mes. Se dice que los Egipcios fueron los primeros que se sirvieron de calendarios. En el que formó Rómulo, el año constaba de 10 meses lunares; pero su sucesor Numa Pompilio le reformó añadiendo á enero y febrero. Julio César tambien corrijió el calendario el año 47 ántes de Jesucristo, pues observando que por ignorancia ó descuido de los sacerdotes encargados de arreglar el cómputo civil al astronómico, habia ya entre ambos en dicho año la enorme diferencia de 90 dias, mandó que estos se aumentasen al mismo, por lo que se llamó año de la confusion; que en adelante tuviesen estos 365 dias y medio, y que cada 4 años hubiese un bisiesto, segun lo habia calculado el astrónomo egipcio Sosígenes. En 1582 el papa Gregorio XIII hizo la última correccion del calendario, por lo que fué llamada correccion gregoriana. Se eligió para verificarla el mes de octubre, por no haber en él fiestas movibles, y de las que no lo son hai ménos que en los demas del año: á dicho mes se le quitaron 10 dias, y así al dia 5 se llamó 15, haciéndose ademas otras variaciones para que la division del tiempo en años tuviese en adelante la mayor exactitud. Esta famosa correccion la dirijió el célebre matemático italiano Lulio, y trabajaron tambien en ella varios sabios, y entre ellos los españoles Juan Salon, franciscano, natural de Valencia, y Pedro Chacon, canónigo de Sevilla. El calendario no contenia antiguamente mas que las fiestas eclesiásticas y los nombres de los santos, hasta que Juan Muller, acia mediados del siglo XV, añadió el curso del sol, de la luna y de los planetas.

Cáliz. Antiguamente los cálices eran los vasos comunes que generalmente se usaban para beber: en su orígen se hacian de tierra cocida, de madera y despues de vidrio, y se les daban diversas formas. Los cálices destinados al altar se llamaban vasos místicos, y se guardaban con el mayor cuidado en las casas de los sacerdotes: al principio fueron de las materias indicadas; pero se dice que el papa san Ceferino, y segun otros Urbano I, mandó en el siglo tercero que se usasen de plata ú oro.

Calvinista. Llámanse así los sectarios del heresiarca Juan Calvino, que nació en Noyon, en Francia, en 1509; principió á difundir sus errores en 1533, y murió en Ginebra el año 1564, á los 55 de edad.

Cama. Las primeras camas de los hombres fueron de hojas secas; tales las tuvieron los Romanos ántes de sus victorias; pero su contacto con los pueblos vencidos introdujo en Roma las camas artificiales, que con el tiempo llegaron á ser de ébano, marfil y plata maciza, cubiertas de púrpura y oro. Los Asiáticos, los Griegos y los Romanos, despues que Escipion el Africano volvió de Cartago, comian echados en camas mas estrechas y bajas que las de dormir. En el festin que César dió al pueblo despues de sus triunfos habia veinte y dos mil camas de á tres asientos cada una.

Cámara lúcida ó clara. Se da este nombre á un nuevo instrumento de óptica inventado por el doctor ingles Wollaston, y perfeccionado por J. B. Amichi, profesor de matemáticas de Módena.

Cámara oscura. El napolitano Juan Bautista Porta, profesor de física del siglo XVI, observó que cerrando las ventanas de su aposento se retrataban en el techo y la pared, como sombras, los objetos exteriores. Desde luego comprendió que este efecto era producido por un rayo de luz que entraba por un agujero de la puerta-ventana, é interponiendo en él un lente convexo, vió con sorpresa que las sombras aparecian con los colores naturales de los objetos que las producian: este fué el orígen de la cámara oscura, la que despues perfeccionó Gravesande.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

lito callejon. S. Clara. nº 8.

LA VIRTUD RECOMPENSADA.

La Virtud recompensada.

A aquellas almas jóvenes
Que en plácido sosiego
Arden en vivo fuego
De virtud y saber,
Un generoso estímulo,
Un público incentivo,
Léjos de ser nocivo,
Próspero debe ser.
Que al pecho mas frio
La gloria enardece,
La gloria que ofrece
Eterno vivir.

¡ué mágica influencia ejercen en el corazon
no las recompensas dadas á las bellas ac-
s! ¡Qué prodigios de valor no debió á una
e corona de laurel la república romana! qué
ıcion tan generosa no se vió por muchos si-
:n la Grecia movida por los honores que re-
ı los vencedores en los juegos olímpicos!
ɔ hemos visto en nuestros dias la estimacion
aban los Franceses á la cruz de la legion
nor instituida por Napoleon? ¿Los Españo-
la de Cárlos III y S. Fernando? Los Por-
ses á la de la torre y espada?
de los grandes premios que la sociedad tri-
ı los individuos que mas se distinguen en e-
lícito descender á tratar de aquellos que se
ɔuyen en la niñez y en la juventud, veremos
s efectos que producen no son ménos asom-
ı. Un libro, una medalla plateada, un lu-
: honor y preeminencia en la escuela, tal co-
tar sentado á la derecha del maestro, ¡qué
ıes que mueve, qué rivalidades que excita,
d de noble ambicion que despierta!
n persuadida la señora Somerville de la in-
ia que ejercian las recompensas en los tier-
ɔrazones de sus discípulas, habia establecido
casa de educacion situada en el campo á
ı millas de Nueva York, un premio anual
ıquella que se distinguiese entre todas sus
iñeras por su modestia, amabilidad y ade-
ıiento en sus estudios. Y no eran las maes-
ino las discípulas mismas, las que habian de
ar la feliz que merecia el premio.
a ceremonia se hacia en la víspera de S.
ɔor la tarde, dando cada jóven su voto por
ɔ, y motivándolo á favor de aquella que
nplaba digna de ser entre todas preferida.
e reunia mas votos era proclamada reina por
año, y coronada con una guirnalda de flores
las: un himno, compuesto por una de las
ras, alusivo al asunto, cantado por las que
ɔbresalian en el canto, y una merienda cam-
, terminaba aquella funcion, mas envidiable
ces que las que se gozan debajo de artesо-
rados en la compañía de personas que mues-
ı risa en el labio, y el dolo y la perfidia en
.zon.
este colegio ó casa de educacion habia en
de 1829 veinticinco señoritas: las mas jó-
contaban doce años, y las de mas edad no
n de diez y seis. Rosalía, nacida en Mé-
padres pobres, pero favorecida por su pa-
rico negociante de aquella ciudad, hacia
le dos años que estaba en casa de la señora Somerville cuando completó sus quince abriles.

Si mi pluma fuese capaz de delinear lo que es un ángel en figura humana, entónces podria hacer el retrato físico y moral de Rosalía. Alegre sin ser retozona, religiosa sin hipocresía ni fanatismo, obediente sin servilismo, generosa sin prodigalidad, limpia y aseada sin afectacion, franca, amable y tolerante para con sus compañeras, aplicada al estudio y á todas las labores de su sexo, siempre modesta, grave cuando la ocasion lo requeria, la mas adelantada de todas sus condiscípulas, Rosalía era cariñosa y verdaderamente amada de todas ellas. No habia una sola que no reconociese su superioridad, una que no desease ser como ella, y cosa rara en los colegios! Rosalía era la única en quien se estrellaban los tiros de la envidia y maledicencia!

Entre tanto el mes de S. Juan vino á poner en movimiento á las discípulas de la señora Somerville, sobre la eleccion de su futura reina. Una tarde de asueto, estando la directora y las maestras conversando en la sala principal sobre objetos indiferentes, recibieron una diputacion de cuatro niñas, quienes de la parte de sus compañeras presentaron un memorial con veinticuatro firmas, por medio del cual pedian que en lugar de hacerse la ceremonia de la eleccion el dia de costumbre, se les permitiese hacerla aquella misma tarde, y con mas razon habiendo unanimidad absoluta de votos á favor de Rosalía, sin que esta supiese nada. Las maestras pusieron algunas dificultades, haciendo ver que nada habia preparado, que el himno del triunfo aun no estaba hecho, ni la merienda dispuesta, &c. &c.; mas las cuatro plenipotenciarias supieron manejarse de tal modo, que instando por una parte, cediendo por otra, perorando y arguyendo, consiguieron que la peticion fuese favorablemente despachada, dejando para otra tarde la merienda.

En cuanto pasaba esto dentro de la casa, Rosalía, bien ajena de la inocente conspiracion de sus condiscípulas, habia ido á un sitio del parque dentro del recinto del colegio á donde acostumbraba retirarse á leer algun autor favorito sentada encima de la frondosa yerba. En aquel momento tenia entre sus manos un librito titulado: *Cartas sobre la educacion del bello sexo*, y estaba leyendo lo que sigue: — "Cuando te sientas poco dispuesta al estudio y al trabajo, acuérdate de tus padres, y esta memoria te dará fuerzas y ánimo. Piensa en tu regreso á la casa paterna, en la satisfaccion inefable que te aguarda, si en remuneracion de tantos desvelos te presentas en ella con un entendimiento enriquecido de conocimientos preciosos, y con un corazon animado por sentimientos loables." Y mas adelante: "Reflexiona ántes de escojer una amiga, que vas á participar de su reputacion. Entre pensar una buena accion y ejecutarla no debe mediar un momento. Lo bueno nunca se debe dejar para mañana."

Al acabar de leer esto sintió pasos, cerró el libro, y vió venir á Delfina, la amiga predilecta de su corazon, quien habiendo pedido á sus compañeras que le concedieran el favor de ser la mensajera de la feliz noticia para Rosalía, con una guirnalda que tejió prontamente corrió á donde ella estaba. Así que llegó al sitio "Yo te saludo, dijo, por reina nuestra, querida Rosalía: déjame que sin perjuicio de la coronacion que se ha

de hacer segun costumbre, coloque sobre tu cabeza esta guirnalda que mi amistad acaba de tejer para ti ahora mismo."

Rosalía, que no podia figurarse ser cierto lo que estaba oyendo, por no ser llegado todavía el dia de la eleccion, y que no queria, ni aun en chanza, que se le nombrase reina para alejar toda sospecha de que ella intrigaba para merecer una distincion tan honorífica, repelió con grave modestia el brazo de su amiga Delfina. Mas todo fué en vano: los vivas de sus compañeras, que en alegre tropel salian á su encuentro, vinieron á confirmar la eleccion, y Rosalía fué llevada en triunfo al salon principal del colegio, en donde pasaron el resto de la tarde entregadas á la mas pura alegría. Ocho dias despues se celebró la fiesta de la coronacion, y en aquel dia Rosalía dió cuatro vestidos cortados y cosidos por sus propias manos á otras tantas pobres huérfanas, habiendo comprado la tela con el dinero que su padrino le daba mensualmente para sus gastos extraordinarios.

Poco tiempo ántes de concluir el año de reina, Rosalía volvió á Méjico á su casa paterna; y tres años despues casó con un jóven y rico negociante ingles establecido en aquella ciudad. Los padres de ella viven en compañía de los jóvenes esposos: la fortuna los mira con ojos halagüeños, ó por mejor decir, Dios remunera en esta vida la acrisolada virtud de Rosalía, reservando para la otra premios de mayor valía que ha de gozar su alma angelical.

JOSE DE URCULLU.

EL FASTIDIO.

Si Neron, Calígula, Tiberio, Heliogábalo y otros muchos han sido tan tiranos, no debe culparse sino al fastidio. El fastidio es el mas terrible consejero de los reyes: los buenos príncipes son aquellos que jamas llegan á fastidiarse, y esta es la razon de que haya tan pocos, porque las virtudes que nacen del corazon son mas fáciles y mas comunes que aquellas cuyo orígen está en el carácter y en el espíritu. Una alegría constante seria en un rei una preciosa cualidad, y la mas infalible garantía de la felicidad de su pueblo. Las mejores naturalezas reales han sido casi todas mas ó ménos relajadas por el fastidio, y si ha habido tan pocos reinados intachables, consiste en que aun en medio de la mas elevada fortuna no es fácil evadirse algunas veces de esa molesta indisposicion, que tan desagradable influjo ejerce sobre una voluntad independiente.

El sultan Achmet III era un príncipe perfectamente bueno, soberanamente amable, y tan clemente como es posible serlo sobre el trono otomano; pero el sultan Achmet por mas ingenioso que fuese para inventarse cada dia nuevos placeres, no por eso dejaba de fastidiarse muchas veces. Por ejemplo, habia ideado enseñar la música á muchos millares de canarios, que á una señal que hiciese ejecutaban las mas graciosas y bien estudiadas sinfonías. Todos los dias se reunia la corte otomana en una galería cuyas paredes estaban cubiertas de jaulas, y disfrutaba de la delicia de un concierto de pájaros que duraba por lo general tres horas. Empero este placer unido á los recreos del serrallo y al cuidado de los negocios públicos, dejaba aun un vacío en la existencia de Achmet. Un dia, y en uno de aquellos momentos de fastidio, recorria el sultan á pasos lentos las arboledas de sus jardines. Acompañábale el visir Mohamed, que trataba en vano de divertirle por medio de chistes mezclados de agradables lisonjas; mas la frente del sultan no aparecia mas serena; y cansado el visir de sus inútiles esfuerzos, concluyó por caer en el sombrío y taciturno abatimiento en que su amo se hallaba sumerjido; porque el fastidio es contagioso.

Detúvose Achmet á la orilla de un terrado que dominaba los jardines, y despues de algunos momentos de una silenciosa melancolía, distinguió á lo léjos un esclavo griego que se ocupaba en cortar las ramas de un jazmin.

—Mohamed, dijo al visir, vé y traeme la cabeza de aquel esclavo.

Aunque sorprendido de aquel capricho tan extraño en las costumbres de Achmet, y que solo podia ser producido por el mas triste fastidio, no vaciló en obedecer. Achmet seguia con su vista indiferente á su visir que bajaba con presteza la escalera del terrado y se dirijia acia el esclavo; la distancia era bastante, y empleó cerca de un cuarto de hora para llegar. Al acercarse al griego, que era un jóven robusto y de agradable fisonomía, le dijo el visir:

—Cómo te llamas?—Marcópoli.—De dónde eres?—De Morea.—Está bien; ahora vuelve tu vista allá arriba acia aquel terrado. ¿Reconoces al que nos mira?—Es el sultan.—Vengo de su parte.—Y qué manda?—Que le lleve tu cabeza.—Cuál es mi crímen?—Esclavo, ¿te olvidas de que nuestro sublime amo á nadie tiene que dar cuenta de sus mandatos? El sultan está fastidiado, y le place distraerse viendo caer una cabeza. Calla pues, y tiende el cuello; Achmet lo quiere.

—Diciendo esto Mohamed, desenvainó su sable; pero ántes de que la hoja brillase enteramente á los rayos del sol, Marcópoli con la rapidez del relámpago habia desarmado al visir, y le decia con frialdad:

—Mal has hecho, Mohamed, en encargarte de semejante comision; los papeles se han invertido: de todos modos hai aquí un verdugo y una víctima; pero yo tengo el sable, y á ti te toca rendir el cuello.

Mohamed quiso huir, y Marcópoli le detuvo con su mano vigorosa, le derribó, y con el sable levantado le dijo en voz formidable:

—Ningun poder humano es capaz de salvarte; estamos solos, y el socorro llegaria mui tarde: despídete de la vida.

Esta fué la última palabra que oyó Mohamed. El esclavo derribó de un solo golpe la cabeza del visir, y tomándola en su mano, se dirijió con la mayor tranquilidad acia el terrado donde el sultan permanecia despues de haber observado estupefacto la escena que acababa de pasar; Achmet ya no estaba fastidiado.

—Luz de las luces, sublime emperador de los creyentes, le dijo Marcópoli poniendo á sus piés la cabeza del visir, vengo á humillarme á tus plantas como un esclavo, pero no como un cri-

orque léjos de haber cometido una accion
te he prestado un servicio.
:raña audacia, replicó el sultan; ¿crees
sclavo, miserable asesino, encontrar una
ara tu abominable atentado?
la me será mas fácil si me permitís ex-
:.
bla, pero despacha.
é breve: V. A. se dignó fastidiarse, y pa-
ıerse quiso ver perecer á un hombre: yo
porcionado este espectáculo; pero ade-
e añadido el interes de los detalles, lo im-
de la accion y la importancia de la catás-
Todo es poco para divertir á un sultan.
ıbais una cabeza, héla aquí; y estáis me-
do de lo que pensabais, porque en vez de
a de un esclavo que no hubiera destruido
fastidio, os traigo la cabeza de un visir
ırrojado de vos el fastidio por medio de la
. Hecho esto, V. A. me hará morir si
rada; siempre habré ganado media hora
útil; y ántes de morir le daré un buen

! un consejo! dile pues.
e un visir no debe durar mucho. Esta
la creo buena en política, porque las per-
ıe se eternizan en puestos elevados con-
or hacerse peligrosas. Tal es mi opi-
a cual he creido deber inmolar á Moha-
lichoso yo si esta accion os ha sido pro-
! Estoi seguro que algun dia reconoce-
tenia razon.
alabras de Marcópoli y la sangre fria con
pronunció conmovieron vivamente á Ach-
ontestó al esclavo:
tienes razon, no debes ser castigado. O-
me bastarán para apreciar tu accion en
valor. Vuelve á tu trabajo, y cuando
po te haré llamar para que recibas tu cas-
recompensa.
ıvestigaciones que se hicieron en los pa-
Mohamed probaron que el visir se ocu-
un proyecto de traicion: tratábase nada
ıe de entregar algunas provincias á los
s del imperio Otomano. Marcópoli fué
al divan; Achmet le presentó á sus con-
omo el salvador del imperio. Nombrá-
de pronto agá de los genízaros, y su for-
levó con tal rapidez que se vió elevado
de visir. Despues de haber ejercido por
las funciones de tan alto puesto, en cuyo
io desplegó toda su sagacidad, Marcópo-
dimision al sultan.
ıue es cierto para los demas, le dijo, tam-
s para mí; acordáos de mis palabras.
r no debe durar mucho." Yo he durado
y es bastante; me retiro en honor de
:ima que V. A. deberá erijir en regla
le.
ido en seguida de una brillante dignidad,
li se retiró á vivir á una provincia lejana
ital; y si Achmet conservó despues á sus
r mas de dos años, á lo ménos en sus
s de fastidio no pensó en derramar la
sus esclavos.
olamente en el trono donde el fastidio
nigo de la moral, de la virtud y de todos
s sentimientos. Esta plaga de la natu-
mana y de la sociedad ejerce la misma

influencia en todas las condiciones. La mayor parte de las malas acciones, de las imprudencias, de las faltas y de las locuras que diariamente se cometen, no deben atribuirse á otra causa. El fastidio es el genio maléfico de la humanidad, y los reformistas deberán dedicarse ante todas cosas á combatirle; pero ¿cómo y por qué medios, cuando toda la tendencia del progreso social se dirije por el contrario á extender y consolidar su dominio? Llevando todas las cosas á un punto de perfeccion, facilitando la comodidad de la vida, poniendo el bienestar y el lujo al alcance de todos, se propaga la uniformidad, y se aumenta prodigiosamente la parte que el fastidio tiene en nuestra existencia. "*El fastidio es la desgracia de las personas dichosas,*" dijo Walpole, y efectivamente hai mui pocas felicidades que no estén sujetas á él. La felicidad conyugal, la fortuna, la grandeza, pagan este tributo á la providencia, sin que el equilibrio se establezca entre las prosperidades y las miserias sociales; porque los desgraciados no están mas al abrigo que los que no lo son de los rigores del fastidio.

No hace muchas noches que un noble y opulento extranjero, el conde de....decia en una tertulia: "Daria 80,000 rs. al que me hiciese reir durante un cuarto de hora."

Hé aquí el mal del lado de la abundancia, el fastidio radical que produce la saciedad. Lo alegre de nuestro carácter impide por lo general que esta enfermedad llegue á un estado normal; pero lo mas notable que hai en este particular es que en Inglaterra, por ejemplo, donde el fastidio llamado *spleen* es una enfermedad mortal, nunca se ha visto al enfermo deshacerse por un medio bien sencillo del fastidio que sus riquezas le habian dado; y sin embargo no hai cosa mas fácil: en vez de arrojarse al agua, debieran precipitar al rio las riquezas; en vez de saltarse la tapa de los sesos, debieran abrasar los millones en efectivo ó en billetes de banco; en vez de quitarse en fin la vida, debieran quitársela á su fortuna, y el *spleen* engendrado por la riqueza huiria á la vista de la pobreza, desapareciendo el efecto con la causa.

Lo único que pudo hacer un *gentleman* en semejante caso fué analizar su situacion. Tenia ya entre sus dientes el cañon de la pistola, é iba á disparar, cuando le ocurrió la idea de componer una obra sobre el *spleen*. Queria apresurarse, porque la vida en realidad le era gravosa; pero poco acostumbrado á escribir, las ideas le venian á la imaginacion con lentitud, y se formulaban con trabajo. Su amor propio se hubiera resentido en dejar á la posteridad una obra imperfecta; así que empleó tanto celo, tanto afan, tanta paciencia, que el trabajo duró siete años: fuéle preciso correjir las pruebas, y en esta segunda ocupacion empleó otro año; finalmente cuando ya el libro estuvo releido, correjido, impreso y encuadernado, el mismo dia en que el librero hizo la publicacion, el autor tomó de nuevo su pistola, colocó el cañon entre los dientes, y como ninguna otra idea vino en su socorro en aquel fatal instante, se saltó la tapa de los sesos. El libro existe y está en mucha voga entre los Ingleses bajo el título de *Anatomía del fastidio*. Esto se llama ser consecuente.

Semanario Pintoresco.

AMBAS A DOS.

ROMANCE PRIMERO.

LAS CAÑAS.

Arde en fiestas y alborozo
la ciudad reina del Turia,
y solo gime entre tanto
aquel á quien se tributan.
Por entre blancos azahares
que el fresco ambiente perfuman
mil egregios caballeros
corren parejas y justan.
Y tales brutos cabalgan
cubiertos de oro y espuma,
que pone celos Valencia
á las playas andaluzas.
Sobre un tordillo rodado
el comendador de Cúllar
ostenta un mote que dice:
"Mi Dios, mis fueros, mi cuna."
¡Qué bien su genio celoso
en la celeste montura
muestra, y en el torvo ceño
el señor de Benejúzar!
Su fiero potro morcillo,
porque su blason reluzca
como en las noches de enero,
sujeta el conde de Luna.
Y con los trenques de plata,
y de esmeraldas las frutas,
un bravo alazan aguija
don Guillermo de Pertusa.
Mas á los viejos guerreros
fué contraria la fortuna,
que como es mujer, al cabo
á un nuevo galan adula.
Vicon Mercader se llama,
apena el bozo le apunta,
que para estrenar el casco
cortó la guedeja rubia.
Lleva en su adarga de gúlos
tres pesas de oro mui justas,
y *Ni res li fall* por mote
explica nombre y alcurnia.
Y á fe que miente la letra,
que en que le falta no hai duda
el corazon, pues lo ha dado
á la heredera de Alcudia,
De tamaña gentileza
que se moviera disputa,
si no tuviera una hermana,
que Dios hiciera otra alguna.
Hijas son las dos doncellas
del comendador de Cúllar,
hermosas como diamantes,
y como diamantes duras.
Al verlas los campeones,
á fuer de imparciales dudan
á quién elejir de entrambas
por reina de aquella lucha.
Y en la plaza de palacio
entapizada tribuna
levantan, y en ella un trono
que cubre dos sillas juntas.
Dividen el reino entónces
que la belleza sojuzga,
y subdividióse luego
su potestad absoluta.
Tanto que ya sus vasallos
dó quiera encuentran coyundas,
hallando en sola Valencia
mil reinas de la hermosura.
Al pasar el vencedor
tiende sus mantas la chusma,
y de la naya vecina
mil deidades le saludan.
Hasta el corcel orgulloso
sacude el airon de plumas,
y vuelve al sol porque brillen
sus doradas herraduras.
Y el polvo que deja en zaga,
como blanca niebla, oculta
del escuadron envidioso
las miradas taciturnas.
De hinojos está el mancebo
donde su amante le juzga,
y estas sentidas palabras
de trémula voz escucha:
"Vencisteis, el caballero;
Dios os conceda su ayuda,
y como este lauro agora
os dé mayores venturas.
"Vuestra es la prez y la gala
La voz se apaga y se anuda;
mas con los ojos le dice:
El alma tambien es tuyá.
Mil dulzainas y atabales
dó quiera entónces retumban,
y los heraldos su nombre
pregonan con voces rudas

Francisco I en tanto
cautivo de la hermosura,
olvida que es cautiverio
aun el mirador que ocupa.
Y dice al ver aquel lauro
que ajenas sienes circunda:
"Diera por él mis diademas
de Francia y Navarra juntas."
Entónces ai! suspirando,
con trémula mano busca
en su frente la corona,
y la espada en su cintura.
Un recuerdo de Pavía
todo su semblante anubla,
y al balcon vuelve la espalda
por no descubrir su angustia.

ROMANCE SEGUNDO.

LA RELIQUIA.

Apénas acia los montes
declina el sol de la tarde,
y el alto cenit adorna
con caprichosos celajes,
El cautivo rei de Francia
del regio aposento sale,
porque ver quiere á Valencia
ántes que á la corte marche.
Cubren con toldos la puente
porque del sol le resguarden,
y por el suelo han tendido
limoneros y arrayanes,

Que de mil plantas al choque
sueltan aromas suaves,
embalsamando la brisa
que el Turia lleva en su cauce.
El augusto prisionero
va pensativo, aunque afable,
que son en tierra extranjera
los regocijos pesares.
Y aunque lleva en vez de guardas
monteros que le acompañen,
no olvida que está cautivo,
y que es su honor el alcaide,
Su palabra la cadena,
y toda España su cárcel.
Con todo viste brocados,
y trae al pecho collares,
Que si es humilde en las glorias,
Es altivo en los desmanes:
la encomienda es uno de ellos
del santo Miguel arcángel,
Y el gran toison es el otro,
guarnecido de diamantes.
Cien caballeros le cercan
de esclarecido linaje,
Que de las fiestas del dia
acalorados departen.
Como una selva encantada
mece sus plumas el aire,
Y como grupos de estrellas
resplandecen sus ropajes.
Vicen Mercader ufano,
por hacer mayor alarde,
El laurel que ha conseguido
en vez de cintillo trae.
Y el rei dice al repararlo
entre afligido y galante:
"Si yo tuviera mi espada,
no lo ganara tan fácil."
El virei que está á su diestra
mira de soslayo al baile,
Y este con saña finjida
se vuelve á ver á los pajes:
y corteses y advertidos
para no desconsolarle,
Los toledanos aceros
recatan en los gabanes.
Así el lucido cortejo
cruza las estrechas calles,
Que abigarradas ostentan
guirnaldas y cortinajes.
¡ Oh cuánta plebe curiosa
se apiña por contemplarle!
Que siempre un rei la embebece,
y un prisionero le place.
¡ Oh cómo admiran las damas,
cómo envidian los amantes
Del monarca caballero
el majestueso donaire!
Y cuando alza el rostro pálido,
y sus negros ojos abre,
De amor dulce y compasivo
cuántos corazones laten!
"Perdióle, dicen, su arrojo,
y su traidor condestable....
"Es infeliz.... y es valiente....
y es mui galan.... Dios le guarde."
Llega por fin á la iglesia,
donde á recibirle salen
Hasta el cancel de la Almoina
prelado y capitulares.
Por millones las bujías
entre las bóvedas arden,
Dó quiera el incienso humea;
campanas y órganos tañen.
Y en tan confusa harmonía
luceros por todas partes,
Rosas y oro por alfombras,
y en torno nubes fragantes,
parece que el Dios del cielo,
condolido de sus males,
En una mansion de gloria
ha transformado las naves.
Mui devoto está el monarca
de hinojos en los sitiales,
Bajo el ponderoso escudo
del invicto rei don Jaime.
Y al mirar una custodia
que le han dejado delante,
Con espinas mui agudas,
y unas lises por remate,
hace señas á los suyos
que breve trecho se aparten,
Y así prorumpe, bañando
con lágrimas el engarce:

He aquí dónde, depuesto el regio manto,
prefirió á su diadema las espinas:
hélas aquí bañadas con el llanto
de mi abuelo san Luis.
¡ Ah, si cuando doblada la rodilla
los legasteis al suelo valenciano,
supierais que los leones de Castilla
han cortado esa lis!
Pero ¿ qué son los reinos de este mundo
á quien eterno omnipotente rije
el alto cielo, el báratro profundo
desde el trono de luz?
¡ Y el hombre, á quien sus crímenes perdona,
le da en premio á su inmenso sacrificio
esa rama de espinas por corona,
y por solio una cruz!

Alzase el rei mas sereno,
y mas consolado parte,
Porque es un bálsamo el lloro
que se vierte en los altares.
Mas cuando el digno arzobispo,
porque sus pecados lave,
El agua santa le ofrece
en los sagrados umbrales;
entre las nubes de incienso
dos bellezas celestiales
Aparecen: son las mismas,
son las reinas del combate.
Francisco por obsequiarlas
se quita veloz el guante;
Mas luego doña María
los ojos vuelve á otra parte,
y de Mercader recibe
un agua que al rei abrase.
Mas cortes ó ménos fiera
la menor, doña Violante,
va á tocar la regia mano
con una cruz de azabache;
El rei la cabeza vuelve;
y porque su accion no extrañen,
hace una cruz con los dedos
sobre su toison de esmalte.

Los ciegos que hai en la plaza
Tan solo por obsequiarle,
Cantan al son de sus tiples,
De pífanos y atabales,
Con voces de vino tintas,
aquel antiguo romance:
" Mala la hubisteis, Franceses,
en esa de Roncesválles."

ROMANCE TERCERO.

EL SARAO.

En una mansion brillante
que el oro y la plata adornan,
donde mil luces sustentan
duros cristales de roca;
Donde al mirar los matices
de las moriscas alfombras,
las mismas flores corridas
ocultaran sus corolas;
Al son de las dulces flautas
y de las marciales trompas,
para el baile se apercibe
la juventud bulliciosa.
El comendador de Cúllar
bien haya, pues lo ocasiona,
y presta cielo en que brillen
las valencianas auroras.
No empero con sus albores
el buen anciano se asombra,
que tiene soles por hijas
para eclipsarlas á todas.
De pronto en la sala de armas
se ve resplandor de antorchas,
y desde la puerta gritan:
" El rei de Francia, señoras."
El comendador le sirve,
y para aumentar la pompa,
cinco de sus paniaguados
se han agregado á la escolta.
Los canosos escuderos,
con libreas de oro y rojas,
las cortinas de Damasco
con agrio crujir arrollan:
Miéntras que los pajecillos,
gente descreida y loca,
la llama de los blandones
aproximan á las borlas.
Cuán ufano el caballero,
como un joyero sus joyas,
al huésped monarca ostenta
sus cuadros y sus panoplias.
" En estas tablas, le dice,
mi estirpe rica y devota
me legó de sus patronos
la venerable memoria.
" Del rei moro de Valencia,
mi abuelo, es esa marlota,
y esa cruz de un padre santo,
mui mi deudo por lo Borja.
" Del amante de Teruel,
que por lo Garces me toca,
es ese recio montante,
este espaldar y esta gola.
" De Aúsias March el gran poeta,
aquella ferrada cota:
esa de Rugier de Lauria:
de Jaime Febrer esotra.
" Esas armas, de Moncada;
mas arriba, de Cardona,
de Bélvis, de Fullalguer,
de Carroz, de Rocamora...."
—" Y añadid, le dijo el rei,
mis lises y mi cruz roja,
que tambien soi vuestro primo
por lo Beltran de Tolosa."
Y en esto se entra en la sala
y el razonamiento corta,
que si estima los blasones,
mas le placen las hermosas.

Recorre, pues, el estrado,
y con afable lisonja
á todo galan saluda,
y á toda bella enamora.
Y explicando con los ojos
lo que con la voz no logra,
de esta manera les dice
en elemosino idioma:
" ¿Qué te han hecho, bella niña
los corales y el aljófar,
que á la vergüenza los pones
junto al clavel de tu boca?
" ¡Oh cuán gallardo parece,
sobre una espalda de aurora,
rico manto de brocado
de plata y subido aroma!
" ¡Cuánto con negro velludo
amor y luto pregonan,
la palidez del semblante,
la blancura de las tocas.
" Poco luce el terciopelo
del color de la amapola,
que el carmin de vuestros labios
todo su brillo le roba.
" Si espinas no recataran,
que al cabo tambien son rosas,
tomara vuestras mejillas,
dejara vuestra corona."
Salvillas de plata en tanto,
pobladas con aúreas copas,
dó quiera al concurso ofrecen
hipocras dulce y alhójar;
Miéntras las anchas bandejas
en sus filigranas moras
sustentan los leves panes
que vió en sus hornos Mallorca.
Pero á la señal del baile
ya las cuadrillas se aprontan,
dejando la cabecera
que al rei Francisco le toca.

Y delante á unos sitiales
para buscar compañera,
dice: " La mas hechicera
no me cumple distinguir;
que habiendo en Valencia iguales
dos reinas de la hermosura,
todo pecho amante jura
á entrambas á dos servir.
" Yo vi en las patrias colinas
que baña el pobre Charenda,
beldades que la contienda

me enseñaran del amor.
Vi las frescas transalpinas
y las blancas alemanas,
y morenas sicilianas
con su garbo abrasador.
" Yo vi en la Francia que lloro
mil bellezas mui donosas,
y las que entre nieve y rosas
produce el gélido Rin.
Y miré las trenzas de oro
de las hijas de Bretaña,
y las que me envidia España
junto al navarro confin.
" Mas solo en vuestros semblantes,
bellas hijas de Valencia,
mostró Dios su omnipotencia ;
y juntar quiso á la vez,
en vivos ojos radiantes,
mirada lánguida y pura,
y entre nevada blancura
ardorosa morvidez.
" Venid, y en baile lijero
que yo estreche vuestra mano,
y mi cetro soberano
á vuestras plantas caerá.
Cautivo tengo mi acero
en los campos de Pavía ;
pero el alma que aun es mia
vuestra cautiva será."
En una bruñida luna
que dos dragones soportan,
desde el extremo distante
Vicen Mercader lo nota,
Y lanzando una mirada,
que fiel el espejo dobla,
de la constante María
la voluntad aprisiona.
Mudo lenguaje de amantes
que los profanos ignoran,
y que bien claro le dice
que de este modo responda :

" Guardad, el buen caballero,
guardad, el discreto rei,
para dueña mas cumplida
vuestro amor y vuestra fe,
" Que á la que es honrada y pobre
escuchar no le está bien,
sin que empañen sus oidos,
vuestras palabras de miel.
" Bien sé que sois esforzado,
que sois galan bien se ve :
sois monarca de un gran pueblo,
me hacéis en hablar merced :
" Bien sé que vuestros favores
codiciarán mas de cien,
y aun quién sabe si yo misma
los admitiera tal vez.
" Mas habré de desdeñarlos,
que sois sobrado cortes,
y yo mucho para dama,
y poco para mujer."
El rei se vuelve confuso
á Violante, que á su vez
le dice encendido el rostro
y con sonrisa cruel :
" Lo que mi hermana desecha
no siempre he de recojer ;
siquiera con dos coronas
llevéis ornada la sien.
" Y aunque sé que sois monarca,
me basta que sois frances,
y no he de dar yo la mano
al contrario de mi rei.
" Enjugad vuestros collares,
y ese toison componed,
señor, que de agua bendita
aun mojado lo tenéis.
" Y me acuerda lo que hicisteis
no ha mucho junto al cancel ;
para servicio mui poco,
y mucho para desden.

Francisco I entónces
de despecho se sonroja,
y dice : " Siempre van juntas
la hermosura y la victoria."
El comendador lo ha visto,
y con dos miradas torvas
llama á sus hijas aparte
en una repuesta alcoba ;
Y sin mirar los curiosos
que á la vidriera se agolpan,
de esta manera les dice
con voz iracunda y ronca :

" Oh bien hayan las doncellas
de tanta prez y valía,
que porque las dicen bellas,
juzgan que la cortesía
no tiene imperio sobre ellas.
Vuestros desdenes noté,
y vuestro injusto rigor
mal de mi grado escuché ;
y á fe de comendador
que de ello me avergoncé.
" A grosera ingratitud
no es disculpa la belleza,
el talento y juventud ;
porque daña la aspereza
aun á la misma virtud.
" Belleza es don otorgado ;
mas la dulzura y agrado
es de las hermosas lei :
si no respetáis al rei,
consolad al desgraciado ;
" Pero no he sentido, no,
que un monarca despreciéis,
que de reyes vengo yo ;
solo que no reparéis
que es mi huésped me enojó.
" ¿ Adónde va vuestro intento,
si sois rosas peregrinas
que brilláis por un momento,
y á todos claváis espinas
y á ninguno dais contento ?
" ¿ Dónde hubisteis la crianza,
que extraño la que tenéis ?
Nada alegraros alcanza,
con nadie os place la danza....
sino con quien vos sabéis....
" Pues de tanto remilgar

ya me he llegado á cansar;
y os prometo, vive Dios,
que agora habéis de bailar
de este modo *ambas á dos.*"

Y arrancando del tocado
las flores y las piochas,
por el cabello las prende,
y acia la sala se torna.
Mas tarde llega por cierto;
que finjiendo una congoja
el rei, se volvió á palacio,
y ya por la esquina dobla.
Y es fama tambien que dijo
al subir en su carroza:
"Mal hace quien por consuelo
á los placeres se arroja;
"Que es una mar el deleite,
y el columpio de sus olas
adormece al venturoso,
y al desventurado ahoga.
"Quien sirve de horrible ejemplo,
guai que no sirva de mofa;
que todo puede en el mundo
perderse, *ménos la honra.*"

MARIANO ROCA DE TOGÓRES.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Campana. Se atribuye á los Egipcios la invencion de las *campanas*, como la de tantas otras cosas; y tambien conocieron su uso los Persas, los Griegos, los Romanos y los Chinos. El año 400 de nuestra era hizo fabricar las primeras *campanas* para el uso de la iglesia el obispo san Paulino, en Nola, ciudad de la *Campania* en el reino de Nápoles, de donde tomaron el nombre que ahora tienen; pero su uso no se generalizó hasta que el papa Sabino mandó por los años 604 que se pusiesen en todas las iglesias, para convocar al pueblo á los oficios divinos.

Campana de buzo. Por medio de esta máquina se desciende hoi á una considerable profundidad dentro del agua, donde se permanece largo tiempo. Su utilidad es grandísima para los naufragios y la construccion de los puentes, y cada dia se perfecciona mas.

Campanillas. Estuvieron estas en uso entre los pueblos antiguos. El año 1204 mandó el papa Gregorio IX que se tocase la campanilla durante la celebracion de la misa.

Canal. Desde la mas remota antigüedad ha habido canales de riego y de navegacion. En Egipto hubo uno célebre que unia el mar Bermejo al Nilo, y el de Babilonia era mui famoso. Los Chinos han tenido muchos y mui buenos canales; pero la Italia, tierra clásica de casi todas las invenciones hidráulicas, ha adelantado cuanto es imaginable en este ramo. — El primero de Francia es el del Lenguadoc que une los dos mares; pero es mezquino en comparacion del de Caledonia en Inglaterra que los une igualmente, y que puede recibir fragatas de 32 cañones. — Los caminos y canales que faltan en España inutilizan la riqueza de su suelo.

Cantáridas. Un médico griego, llamado Alejandro de Tralle, fué el primero que empleó las cantáridas como vejigatorios contra la gota en el año 550. Se dice que los antiguos no desconocieron el uso de las cantáridas, aunque parece que eran de otra especie que las que en el dia usamos.

Canto llano. El papa san Gregorio Magno introdujo por los años 590 el canto llano, llamado tambien gregoriano, sustituyéndole al antiguo canto ambrosiano que estaba en uso en las iglesias; y con el objeto de facilitar el estudio de su nuevo canto, estableció en Roma algunas escuelas.

Cáñamo. Esta planta es indígena de Persia, de donde fué transportada al Egipto, y de aquí la llevó Pitágoras á Grecia.

Cañon. Se ignora el verdadero inventor de los cañones, pues aunque algunos convienen en que los ideó Bartolomé Sewartz cuando descubrió la pólvora, otros opinan que los Arabes establecidos en España fueron sus inventores; y aun se dice que los Chinos habian conocido la artillería algunos siglos ántes que se hiciese en Europa el descubrimiento de la pólvora. Las mismas dudas hai en cuanto á la época en que empezaron á usarse: dícese que los Venecianos se sirvieron de cañones desde 1300, y los Franceses en 1338; que los Ingleses los emplearon por primera vez en la batalla de Crecy dada en 1346, debiendo la victoria á seis cañones que tenian, cuyo uso aun era desconocido á los Franceses. En España parece que ya se habia hecho uso de la artillería muchos años ántes, y particularmente los Moros se sirvieron de ella en 1342, estando sitiados en Algeciras. Se cree que los Castellanos fueron los primeros que usaron la artillería en el mar, en el combate naval de la Rochela, el año 1371. Los primeros cañones eran de hierro. La máquina para horadar los cañones fué inventada por un tal Mr. Marits.

Caoba. Hasta principios del siglo pasado no se conoció en Europa esta madera preciosa, la cual fué traida por primera vez á Inglaterra por el comandante de un buque empleado en el comercio de las Indias Orientales, para servirle de lastre.

Capelo. Inocencio IV en el año 1246 dió á los cardenales el *capelo* ó birrete encarnado, para recordarles que debian estar dispuestos á derramar su sangre por Jesucristo.

Capuchinas. La fundadora de estas religiosas, que siguen la regla de santa Clara, fué la V. M. María Laurencia Longa, natural de Cataluña, y viuda de un caballero napolitano, que formó su primer establecimiento en Nápoles el año 1538.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

LA BUENAVENTURA,

ó

LA CRIOLLA SULTANA.

xa señorita de Martinica, en su travesía para rancia, á donde la enviaban sus padres para que mpletase su brillante educacion, fué hecha cau- ra por un corsario argelino, juntamente con to- . la tripulacion del buque que la conducia al ci- do destino.

Grande fué en el primer momento la afliccion la amable americana cuando se vió en poder de uellos bárbaros, y aun mas al pensar en el uso ofano que habian de hacer de los encantos que a mano tan dadivosa le habia prodigado la na- raleza. Empero vuelta de su primer estupor y recojimiento, y recorriendo con la rapidez que a propia de su imaginacion tropical aun los mas ignificantes accidentes de su vida, se acordó de e al darle una gitana la buenaventura, le habia ticinado que llegaria á ceñir una diadema.

Como en aquellos tiempos ejercieso todavía bas- nte imperio la supersticion, no es extraño que estra jóven americana, acalorada con esta idea ntástica, se resignase pronto á la variacion de su rte, lisonjeándose de que acaso por tales me- s podria realizarse el referido vaticinio. Es- halagüeños cálculos produjeron un efecto tan ndigioso en su ánimo, que al desembarcar en gel se presentó no ya con la tristeza y abati- ento de una cautiva que acaba de ser arrancada r sacrílegas manos del seno de su familia, sino n el aire jovial y triunfante de una princesa que á dictar leyes á los mismos déspotas de Oriente.

Así pues, cuando el cónsul de Francia se ofre- á rescatarla tan pronto como tuvo conoci- ento de la familia á que pertenecia, desechó con neza nuestra heroina aquel servicio, y manifes- um decidido empeño en no recobrar la libertad r tales medios, entregándose ciegamente al fa- ismo, ó sea á lo que el destino quisiera hacer ella, recorriendo hasta el último punto todos trances. Fué por lo tanto conducida al ser- lo del dei, el cual, esperando sacar un partido s ventajoso de este tesoro tan precioso, la en- á mui poco tiempo de regalo al gran señor.

ta jóven romántica, cuya peregrina hermosura una cualidad ménos picante para el soberano co que lo airoso de su cuerpo, el garbo de su rte, la viveza de su ingenio, y la alegría y jo- lidad de que rebosaba su alma, inspiró con sus cantos y artificios una pasion tan violenta en el ho de dicho monarca, que fué elevada rápida- nte á la dignidad de sultana favorita.

Tal fué la historia verdadera de la sultana *Va-* z, que fué madre del actual gran señor Maha- d II, que tanto trabajó por extender la ilustra- n en el imperio turco, y por suavizar las cos- bres de aquellos pueblos, y á quien debió su i- re hijo una gran parte de la instruccion en que listingue y supera á todos sus antecesores, y a- ismo ese sistema de liberalidad, órden y mode- on que ha introducido en su gobierno, y ese ritu de reformas y mejoras, con el que ha que- tado las barreras de barbarie que lo separa- de la Europa culta.

in entrar en ulteriores pormenores sobre el orígen de dicha sultana favorita, porque parece ha habido un verdadero empeño en ocultarlo, bastarán los apuntes que acabamos de dar, é igualmente la indicacion de la época de su muerte, que ocurrió en 1818, para que los exploradores de accidentes prodigiosos satisfagan por otros medios la curiosidad que no ha podido ménos de excitar este raro suceso en el mundo político, y que se recuerda y se recordará como una época de ventura para el imperio turco.

TORRENTE.

Aldeanos Noruegos.

LA Noruega formaba antiguamente uno de los tres reinos escandinavos, fué poblada por los mismos que poblaron la Suecia y Dinamarca, hablaba la misma lengua, y adoraba á los mismos dioses. Los Noruegos eran entónces intrépidos navegantes, y ellos fueron los que descubrieron las islas de Setland, de Feroe y la Islandia. Su vida era una vida aventurera, una vida de piratas; las costas del mar Báltico, así como las de Francia, tuvieron mucho que sufrir de sus incursiones, y sus proezas fueron cantadas por los escaldos: su historia ha sido escrita por Snorri Sturleson, bajo el título de *Heimskringla*. En el cuarto siglo se convirtió la Noruega al cristianismo, y en 1380 fué reunida á Dinamarca. El congreso de Viena la arrancó á sus antiguos reyes para unirla á la Suecia, y los Noruegos se sublevaron al principio contra esta medida, armándose y declarando que siempre habian de defender la legitimidad del rei de Dinamarca. Mas no duró mucho su ardor belicoso: el príncipe real de Suecia los venció despues de algunas ligeras escaramuzas, y en el mes de octubre de 1814 fué reconocida solemnemente la soberanía de la Suecia.

Pocos paises son tan pintorescos y curiosos como la Noruega. Está cortada por altas cadenas de montañas, y atravesada por espesos bosques; y las grandes y verdes llanuras, los lagos surcados por las barcas del pescador, las bahías donde entra el mar mugiendo, la desierta playa y los campos cultivados sorprenden á cada momento las miradas del viajero, y varían sin cesar el paisage, aumentando el efecto de esta extraña naturaleza las habitaciones noruegas. Estas son unas cabañas de madera, mui bajas, cubiertas de musgo por los lados, y con techo de césped. Es cosa lindísima ver en estío todas estas casuchas verdes y con flores en los techos. El pais es poco productivo, y aun algunas provincias son tan estériles que sus habitantes tienen por único alimento pescado seco y una especie de galleta hecha con corteza de pino. Con todo eso, la Noruega no está ménos poblada que los demas estados del norte: cuenta 1,100,000 habitantes, está gobernada por un virei, y tres diputados la representan en Suecia.

Tiene en el exterior un comercio mui extenso y su principal riqueza consiste en sus maderas de construccion, y en la pesca del arenque. Los aldeanos explotan igualmente minas de hierro y co-

bre, y venden anualmente sumas bastante considerables de manteca, sal, resina y pieles.

El noruego es activo é industrioso. Como todas las habitaciones están distantes entre sí, se ve obligado á proveer por sí mismo á sus necesidades, de modo que él mismo construye sus barquillas y cabaña, y es al mismo tiempo herrero, carpintero, albañil, y muchos hai que ademas de estos oficios saben los de tejedor, zapatero y sastre. Las mujeres cooperan por su parte á esta vida laboriosa, hilando la lana, cuidando de la casa y los ganados, y preparando el pescado.

Todas las faenas á que está condenado el noruego, todas las privaciones que experimenta, no le impiden ser hospitalario y generoso. Los extranjeros que han visitado la Noruega hablan de la desinteresada acojida que se les ha dado, y de la franca y jovial cordialidad con que se les ha recibido en la mas pobre cabaña del pescador como en la casa del rico mercader.

Estos hombres que viven en habitaciones aisladas y trabajos penosos, son sin embargo ilustrados é instruidos. Despues de trabajar en la fabricacion de sus instrumentos y en recojer su pescado, tienen todavía tiempo para entregarse á las ocupaciones del entendimiento. Las noches de invierno son largas en estas regiones del norte, y los habitantes las emplean en instruirse. Todos los Noruegos saben á lo ménos leer y escribir; no tienen escuelas públicas; pero en cada distrito hai maestros que andan de pueblo en pueblo, y de casa en casa, deteniéndose con cada familia ó muchacho el tiempo necesario para formar discípulos, y continuando luego su camino. Estos maestros ambulantes son pagados y alimentados por los vecinos en cuyas casas entran á enseñar. Reciben un salario mui corto; pero puede decirse que pertenecen á todas las familias á que dan lecciones, y cuando llegan á viejos van á pedir asilo á los que fueron sus discípulos, y acaban pacíficamente sus dias en su compañía.

La vida de los sacerdotes tambien es errante y consagrada al servicio de sus hermanos. Algunos de ellos tienen que atender tres ó cuatro parroquias, y andan de una en otra, ya para predicar, ya para consolar á los enfermos. Otros van á celebrar el oficio divino á varias isletas, y estos pasan la mayor parte de su vida navengando, pues aun las noches las pasan en sus barcas, y siempre están prestos á acudir al punto donde los llama su deber, andando como misioneros de uno en otro lugar.

Los Noruegos son mui apasionados á la música y al baile: su principal instrumento de música se parece mucho al de los Suizos: es un gran corno de madera, que saben manejar mui bien produciendo tonos bastante armoniosos. Muchas veces se detiene el viajero en medio de los agrestes valles de la Noruega, arrebatado al oir los tonos de dos instrumentos invisibles que suenan alternativamente, y cambian á cada instante sus notas suaves y melancólicas. Estos sonidos los producen los pastores de las montañas, que desde las mas altas peñas hacen resonar su cornamusa campestre, y cual los gondoleros de Venecia, cantan las estrofas de su canto nacional.

El invierno es la estacion en que los aldeanos noruegos se reunen con mas frecuencia, y se entregan al placer de bailar, beber y cantar juntos. Este es el tiempo en que todos los caminos y cuestas están cubiertos de nieve; así pues, por medio de sus trineos pasan de una á otra aldea con suma rapidez, y atraviesan con sus patines los rios y lagos, caminando á los puntos mas distantes. Estos patines son de madera mui sólida, forrados con piel de foca, y los hai que tienen hasta siete piés de largo. Sírvense de ellos con maravillosa habilidad: atado á los talones este raro calzado, ya no temen sumerjirse en la nieve ni correr riesgo alguno. De este modo emprenden viajes de muchas jornadas subiendo rios, y surcando valles en línea recta. En las guerras que la Noruega ha tenido que sostener, esta agilidad en servirse de los patines ha desconcertado varias veces al enemigo, pues se han visto batallones enteros aparecer subitáneamente cual banda de pájaros á la orilla de un rio, y cuando se les queria sorprender, daban media vuelta, y desaparecian con igual velocidad.

Los Noruegos han conservado en sus costumbres y hábitos un carácter tradicional. Son crédulos y supersticiosos como sus progenitores: creen en genios malévolos que habitan en el aire, en enanos que moran en las cavernas de las montañas, y en el espíritu infernal, que á veces se aparece en figura de un caballo negro.

Sus trages son los mismos que los de sus antepasados, y hace varios siglos que no han sufrido modificacion ninguna. Pero estos trages son mui variados, y cada provincia tiene el suyo. En unas partes usan los hombres grandes gorros acarnados como los frigios, y camisolas cortas; en otras sombreros de ancho vuelo, y vestidos que bajan hasta las rodillas: todos tienen el cabello largo, y los trages de las mujeres no son ménos variados, pues las unas usan corpiños de paño acotado, como los que gastan las Bernesas, y llevan el cabello á la espalda; y otras llevan un ancho gorro como turbante, una sobrecamisa que baja hasta la mitad del cuerpo, una corbata ceñida al rededor del cuello, y un jubon de paño. En general son de porte garboso, de cabellos rubios y de rostro afable y gracioso.

Magasin pittoresque. *Traducido por* M. G.

¿QUIEN ES MAS FELIZ,

EL HOMBRE, Ó LA MUJER?

He aquí una cuestion difícil, cuya resolucion acaso no es importante, que jamas será evidente, y que sin embargo interesa, como todo lo que toca al corazon y habla al sentimiento.

Algunos dirán que la mujer es mas feliz; otros que el hombre: sostengo lo primero: no espero poder manifestar todas mis ideas relativas al asunto; mucho ménos creo poder acertar: sin embargo, hagamos la comparacion.

Nace el hombre, y su venida al mundo es celebrada con aquel gozo solemne que siente un padre cuando se mira retratado en un ente que llevará su nombre y practicará sus virtudes, que será su orgullo en la infancia, y su sosten en la vejez. Y la mujer? En el nacimiento de esta no se experimentan las sensaciones que en el del hombre:

TRAJES DE LOS NORUEGOS.

idea general que se tiene de la desgracia la hace recibir con una ternura, con un ue equivale á cualquiera otra sensacion. mas delicadas de esta niña, su sexo, todo ı cuidados mayores que los que se impen- el hombre, porque el hombre nace y em- padecer.

ı infancia, por la idea de fortaleza que va la de varon, se le tienen á este ménos raciones que las que se emplean para con r; sin embargo, es mui corta la diferencia, ɔrece hacer distincion.

llega un dia para el niño en que tiene que ar sus estudios, y entónces es entregado á a de unos maestros que, como los nuestros algunas excepciones), no son capaces de s segundos padres: entónces tienen prin- s padecimientos: la cabeza del niño aun ıil, se encuentra recargada con noticias ctivo para él, se ve obligado á hacer dis- que tanto le fastidian como le fatigan, y su razon comienza á desarrollarse divisa ɔon sus futuras ocupaciones, y entrevé los que le esperan en su carrera. Las lec- la tiranía del preceptor, las chanzas acaso de los compañeros, todo lo incomoda, to- olesta, y sin embargo calla, porque el do- ıombre es mudo, porque el hombre padece queja.

ɔlegio en colegio gasta la mitad mas bella ·ida, padeciendo privaciones, incomodida- ılidades.... tal vez injusticias; quizá mira to despreciado, y sus labios no se atreve- ılbucear una queja.... no goza las delicias ɔiedad.... su seriedad prematura, la palidez ıstro, y sus miradas vagas é inciertas ma- ı que no tiene distracciones, pues que ɔra que no fuese momentánea seria en él en. Tal es la condicion de un jóven, ta- ɔenurias, que solo mui débilmente puede ıi pluma.

nte este tiempo de amarguras para el hom- nujer no se ha separado de los brazos de á: allí reclinada en el seno maternal ad- os conocimientos y las virtudes que han hacer de una niña un ángel celestial. La ia de sus padres, la suavidad de su yugo, ı el escudo que su virtud supo oponer á los vicio: y el hombre á qué peligros no es- ɔsto! qué riesgo corre de precipitarse en ıo! Su candor, su falta de experiencia, ıaleza ardiente y fiera, los atractivos de la todo parece impelerlo á seguir los terri- ıplos del pernicioso compañero; y la tirá- ɔecion que tiene que sufrir para libertarse desgracias, ¿no es un manantial de dis- de pesadumbres para el hombre?

ɔiene un tiempo en que para el hombre y mujer todo es ilusion; las ideas son para uevas, las sensaciones que experimentan ı y otro desconocidas: sienten casi al ɔmpo la necesidad de amar. El uno, im- or las severas reglas que rijen su conduc- ıede buscar un objeto con que llenar el ıe siente en su corazon; no hallará una responda á la suya; y si la llega á per- ı reflexionar, sin meditar, se entregará á ilusion, y tal vez se hará desgraciado, siempre, ya en uno, ya en otro caso. La otra ve á sus piés multitud de adoradores entre quienes puede elejir: quizá no se halla allí el que debe ser preferido; pero sus ojos.... mas bien su corazon pronto lo hallará en el inmenso círculo de la sociedad que la rodea, y ella sabrá atraérse- lo.... Son tan seductoras las mujeres!.... No pueden, es cierto, decir sin vergüenza, sin perder el decoro: *ámame;* pero sus ojos, su conducta, en una palabra, hacen lo que llamamos técnicamen- te *avances;* declaracion tanto mas vehemente cuanto que no quita al hombre el mérito de la su- ya, y suple por la declaracion mas férvida y elo- cuente. Tiene una jóven tantos medios de hacer caer á sus piés al hombre mas frio, que es imposi- ble que no se vea amada de la persona que desea. Una mujer inflama con una sola mirada; un solo sonido de su voz arroba, extasía.... y si esta cria- tura seductora tiene talento, al mismo tiempo que enciende y casi obliga á declararse, contiene y turba; y el jóven que en la sala estaba decidido, animado por una ojeada de compasion y de ter- nura, á hacer un esfuerzo á declarar su pasion, si un momento despues se halla solo con esta mujer que tan tiernamente hiere su corazon, se turba, un suspiro que no se atreve á exhalar le anuda la gar- ganta, enmudece, y no acertará á decir una pala- bra que tal vez haria su felicidad.... Y el ente que tan fácilmente gobierna al *hombre* no es verdade- ramente feliz.

Quizá un hombre ama á una mujer cuyos debe- res llaman acia otro, y no se atreverá ni aun á fi- jar sus apasionadas miradas sobre el prohibido ob- jeto de su amor: en un caso semejante la mujer sin perder su decoro obligará á su amado á decla- rarle su amor. Puede ser que sea engañada en todo caso; pero está en la edad de las ilusiones, y será feliz con su engaño. Ademas, es tan difícil engañar á una mujer! Pronto conocerá ella la falsedad de su amado, y entónces sus lágrimas correrán de sus lindos ojos, su tez perderá el color que tan suavemente la embellecia.... padecerá; pe- ro su dolor se exhalará en suspiros, y el llanto a- liviará su corazon; hermoseará el dolor sus facciones, y hallará un amante que fogoso y ardiente, á la par que tímido y tierno, le ofrecerá su amor a- caso sin exijir el suyo, y ella entónces se consola- rá de su pérdida, ó despedirá, tal vez despreciará al jóven, que sin tener el consuelo de llorar, será mui mas infeliz en este caso que la mujer en uno igual, porque aquel es mas constante que esta, que en su sensibilidad halla una razon para mani- festar la compasion que sintió á los ruegos de su nuevo amante.... compasion que sin ser criminal la hace inconstante!.... Y suponiendo que la mu- jer sea mas fiel á sus votos de amor que el hombre, ¿no es una dicha poseer esta cualidad?

El hombre cuando es engañado padece sobre el martirio de su amor el de verse ultrajado.... Mas el corazon humano es voluble, y tanto el varon co- mo la mujer llegarán á no sentir con gran vehe- mencia su desdicha; pero aquel lo hará despues de haber apurado hasta las heces el cáliz de la amargura.

En la desgracia la mujer siempre es vista con consideracion: su sexo reclama atenciones que no endulzarán las penas de un hombre que segun las ideas comunes no es acreedor á ellas, tan solo porque es hombre. La piedad mueve el corazon mas duro, y la conmiseracion enternece aun al

ser mas cruel cuando se trata de una mujer desgraciada; y la fuerza que se supone en el varon no lo deja esperar la compasion de sus semejantes, á lo ménos en el grado que se tiene por la mujer.

Me he extendido algo sobre el amor: parecerá que á mui pocos conviene lo que he dicho; sin embargo, he creido deber insistir en ello, porque qué ser no ha amado? Sí, el amor nos causa desgracias, tal vez amarga toda nuestra vida; pero qué desgraciados seriamos si el amor no existiese! nuestra existencia seria penosa, vacía, tal vez insufrible.... Todo en el mundo trae su orígen del amor, es por el amor y se dirije al amor. El de Dios, el de las criaturas.... todo es amor.

Despues de la tempestuosa juventud, á la que solo hemos dado una rápida ojeada, y de la virilidad, en que el hombre padece las angustias de la ambicion, y la mujer con mas juicio goza los mismos placeres, viene la vejez. Esta se anticipa para la mujer, así como el desarrollo físico y moral es en ella mas precoz. En el estado de ancianidad aun es mas feliz la mujer que el hombre: dotada aquella de mayor vivacidad, se mantiene de recuerdos, de ideas que en algun tiempo le disminuyeron los pesares que acaso tuvo. Goza aun de consideraciones; su sensibilidad aun existe, y ella mira con una melancólica calma aproximarse su fin.

El hombre camina cuando llega su vejez entre la burla y el desprecio; su humor atrabiliario y los desdenes del mundo lo retiran á la soledad, y lo mantienen allí con ideas tristes y terribles. Echa de ménos su fuerza; su cabeza comienza á flaquear; compara su existir presente con su fuego pasado, y sus meditaciones le hacen la vida mui penosa.

Pero el hombre, se me dirá, tiene mas medios, mas recursos, mas dignidad, mas libertad que la mujer, y si sus tormentos son mayores que los de aquella, mayores son tambien las fuerzas con que el cielo dotó á este ente, imágen de su criador, para resistirlos; no así la mujer, débil, sin libertad y sin medios, padece porque es mas sensible, mas tierna que el hombre. Y á pesar de esto, creo que la mujer es mas feliz..... Gobernar con una sola mirada al *hombre*, hacer la dicha de multitud de entes que sin sus tiernas atenciones serian infelices, y ser el consuelo de un padre, de un esposo, tal vez de un amante, que en sus cuitas vuelven á ella sus ojos, y encuentran allí la compasion y la ternura, son ventajas mas envidiables que la libertad y la fuerza del hombre; cualidades que solo sirven de un manantial de desgracias.

Pura como el rayo de luz que á la aurora ilumina la escarpada cima de los montes, cándida como el pensamiento de un niño, y hermosa.... la mujer viene al mundo para hacer felices.... nunca opacó su mente una idea de ambicion, jamas tuvo lugar en su ánimo el frenesí de la maldad; su educacion, sus costumbres y su naturaleza la han apartado de esas ideas, de esos hechos que hacen doblegar al hombre bajo el peso de ideas funestas, ó tal vez de remordimientos. ¿Podrá pues compararse la dicha del hombre con la de la mujer?

Mas este ángel, cuya mision es de bondad, que marca todas sus acciones con el sello de la benevolencia, carece de voluntad propia. Si tiene padre, no es libre: su voluntad no se manifiesta como la del hombre, con todos los caracteres de la dignidad y del poder: la mujer pasa del dominio del padre al del marido, y si estos faltan, aun tiene un señor, un déspota, un tirano, *el mundo, la opinion*; y sin embargo es mas feliz que el hombre, porque aunque su voluntad no es como la de este, aunque no se presenta con la energía que caracteriza á aquella, es mas insinuante y mas dulce; y las lágrimas y las súplicas, y el amor y la inocencia, hacen que su voluntad sea obsequiada en lo que es justo. ¿Y podrá negarse que es una dicha que la voluntad sea impotente para lo malo? ¿podrá ponerse en duda que esta felicidad es mucho mayor que la de poder hacer cuanto se quiera? Sobre todo, ¡qué pocas veces una mujer deseará lo malo!

Que la voluntad de una mujer no sea imperiosa como la del hombre, es aun una felicidad, porque esta no siempre es obedecida, y cuando lo es, muchas veces se obedece con repugnancia, con encono; y aquella, proviniendo siempre de persuacion, es recibida con agrado, y ejecutada con gusto. Tardará la mujer algunas veces en persuadir; pero su elocuencia es tan seductora, que lo conseguirá al fin..... Con solo esto la mujer es mui mas feliz que el hombre, porque ser obedecido voluntariamente y con placer es una dicha inconcebible.

N.

POBRES MUCHACHOS!

Hace un año tenia yo costumbre de ir siempre dos ó tres veces por semana á visitar el museo del Louvre, donde pasaba á veces dias enteros admirando las creaciones de nuestros grandes maestros, preguntándome con dolor qué se habia hecho de aquella fecunda inspiracion que los animaba, y comparando tristemente el entusiasmo de su siglo con la aridez del nuestro.

Paseaba un dia por mi galería favorita, la que contiene las escuelas italiana y española, y mis ojos recorrian atónitos todos los prodigios que encierra con tanta profusion: el retrato del Tintoreto, la *Concepcion* de Murillo, la *Joconda* de Leonardo de Vinci, la gran batalla de Salvator Rosa, de aquel admirable napolitano que desgastó su vida en tan pocos años, pintor, historiador, pordiosero y bandido; cuando vi de pronto ondular junto á este último y terrible cuadro una graciosa cabeza de mujer, de ángel pudiera decir. Pocos momentos despues ya estaba yo detras de ella, y entónces vi que se ocupaba en copiar un divino cuadro de Rafael, la *Virgen y el Niño Jesus*. Aquella union de una pintura hermosa y de una mujer hermosa, aquella mezcla de dos criaturas castísimas, una terrestre, otra divina; aquel ayuntamiento de dos inocencias, llenó mi alma de serenidad.

Acerquéme casi con timidez y conteniendo el resuello, á fin de no distraer á la jóven artista; mas apénas llegué junto á su silla, volvió ella maquinalmente acia mí su linda cabeza rubia.... Era un ángel, sí, un ángel! solo le faltaban dos alas y una aureola en la frente.

¡Pobre niña, y cuán otra debe estar ahora bajo

a losa que la cubre para siempre! ¡cuán ahogado debe estar su pecho, que en otro tiempo ondulaba con tanta suavidad bajo la blanca gasa que le cubria, encerrado ya bajo la negra mortaja y las cuatro tablas del ataud, adonde nunca penetran el aire y el sol! Sus ojos, tan brillantes algun dia, se han apagado! su blanca mano está seca! su voz muda!....

Mucho la quise, sábelo Dios, á aquella pobre Emilia, pero con un cariño puro, en que ni aun se traslucia el menor viso de amor.... ella amaba á otro, y el amor de Emilia no era cosa que se daba dos veces. La amé como á una hermana, con veneracion! ¿Por qué, Dios mio, tú que debias complacerte en tu creacion, marchitas en su cáliz la flor de primavera? por qué llamas tan pronto á tu regazo á aquellas dulces criaturas que nada tienen de terrestre mas que su nombre? Angeles del cielo, por qué pasáis tan rápidos sebre la tierra? por qué aparecéis y moris al mismo tiempo?

Volvió pues la cabeza á mi lado con delicada inocencia, y su rostro pálido se coloró algun tanto; pero aunque su mano temblaba un poco, prosiguió su trabajo.

Y yo por mi parte no podia apartar de ella mis ojos: seguia estático todos sus graciosos movimientos, y aquel dia pasé dos horas junto á ella.

En ella fuí pensando por todo el camino de mi casa.

Volví al dia siguiente al museo, donde ya mi hermosa desconocida estaba pintando al lado de su madre, mujer de unos treinta y seis años, y cuya cara tétrica y amarillenta me desagradó soberanamente.

Al separarme de ella para proseguir mi paseo por la galería, vi á pocos pasos un jóven de como hasta veinte años todo lo mas, que costeaba las paredes con aire inquieto. Seguramente aquel jóven era desgraciado; pero no pude entónces adivinar la causa de sus pesares: no se veia en su frente melancólica aquella palidez natural que todos creemos ver en la mujer ideal que se forma nuestra imaginacion juvenil: el abatimiento, la desesperacion, un desaliento profundo, habian cubierto su rostro de un velo sombrío.

Miróme muchas veces con una expresion que no pude penetrar; sin embargo, me pareció leer en ella mas pesadumbre que cólera. Sus ojos azules tenian tanta dulzura! Pobre muchacho!

Pasó varias veces junto á mí, como si quisiera hablarme y no se atreviera. Al instante me acerqué á él....

— Caballero, le dije, ¿tiene V. algo que decirme?

Sorprendióle sin duda esta brusca alocucion, y cuando le cojí la mano cariñosamente sentí que temblaba en la mia: entónces le repetí mi pregunta.

— En efecto, me respondió, quisiera hablarle á V., pero no me atrevo.

Llevémele al fondo de la galería: cuando pasamos por junto á la hermosa pintora, tembló con mas violencia su mano, y Emilia se volvió rápidamente, como si conociera el paso de mi compañero. Yo lo observaba todo.

Cuando llegamos al extremo del salon, fijé mis ojos en los suyos, y le dije: Amáis á esa jóven? indicándole con la vista á Emilia.

— Sí, me respondió haciendo un esfuerzo sobre sí mismo: cómo lo sabéis?

— Vuestra inquietud de ántes, vuestra agitacion de ahora, todo eso me lo revela. ¡Dichoso vos, caballero, que amáis á tan bella criatura! no extraño vuestros terrores cuando me visteis junto á ella.

— Vos tambien la amáis, me interrumpió; pero no lo extraño; es imposible verla sin darle todo su corazon..... No me quejo, no.... si no hubiera sido V., seria otro.

Y esto diciendo, tenia los ojos fijos en el suelo. Cojíle de nuevo la mano, y le respondí con dulzura: No amo á esa jóven....

Mucho trabajo me costó entónces contener los impulsos de su alegría. El pobre muchacho no hacia mas que repetir á cada instante: Con que no la amáis? es posible? Y reia, y cantaba y lloraba al mismo tiempo.

De todas mis dichas pasadas, ninguna durará mas que esta en mi memoria. Involuntariamente, sin costarme mas trabajo que el de pronunciar algunas palabras, acababa de hacer á un ser feliz.

— Me parece V. hombre de honor, me dijo: si queréis darme esta satisfaccion, iremos juntos al jardin de las Tullerías, y os contaré por qué casualidad hice conocimiento con esa mujer, y llegué á amarla.

— Bien, le respondí; pero segun eso, ¿renuncia V. á la dicha de verla hoi?

Sonrió entónces, y añadió con voz dulcísima:

— Por mañana y tarde atraviesa las Tullerías para volverse á su casa, y así la encuentro dos veces al dia: casi siempre pasa por la gran calle de árboles, y yo tambien paso por ella.

Salimos entónces, echó una mirada á Emilia, Emilia le miró tambien, y ambos se sonrojaron al mismo tiempo.

Luego que llegamos al jardin, puestos en sitio donde nadie podia oirnos, me habló en estos términos:

— Yo, caballero, soi pintor, pintor desde mi infancia, por vocacion decidida. No se opuso mi padre á mis deseos, y así á los quince años ya poseia yo una paleta, pinceles, lienzo y colores: á los quince años era yo feliz. Pero no lo fuí mucho tiempo. A los diez y seis años perdí mi padre, y con él todos mis recursos. Entónces me fué preciso renunciar, por decirlo así, á todas mis ilusiones de niño, á todos mis dorados sueños de jóven! La necesidad bramaba en mis oidos. Ah! cuánto he sufrido! Si V. lo supiera, amigo mio! Despues de haber esperado gloria, nombradía.... caer de aquella radiante esfera, tener por fuerza que ensuciar mis pinceles para vivir! Durante un año me resigné. Yo tenia pocas necesidades: al cabo de este tiempo pude entregarme á mis ocupaciones mas gratas, al estudio. Al cabo de un año presenté un cuadro en la exposicion; cuadro que me habia costado un año de trabajos concienzudos y de estudios severos: esperé que llamaria la atencion, y que acabaria mi miseria.... V. no es pintor, caballero, V. no es artista, dichoso V. mil veces! Si V. supiera lo que son las artes! de léjos deslumbran, de cerca son una cosa horrible; porque no basta que, algunos á lo ménos, tengamos que luchar contra las infinitas dificultades que nos rodean; tenemos que luchar ademas contra ciertos hombres que usurpan la opi-

nion pública. Dó quiera el pobre artista, tenga talento ó no, haya ó no producido una grande obra, dó quiera es rechazado; las cábalas le asesinan: cuando va á darse á conocer al mundo le enervan.... Ah! ya pasaron los buenos tiempos del arte! En otro tiempo un hombre de saber y de imaginacion se abria paso en todas las carreras: en el dia es preciso ante todas cosas ser cortesano y bajó. Si digo á V. esto, no es por defender mi primer cuadro, que probablemente seria malo.... pero hablo en nombre de todos los que trabajan, pasan dias sin placeres, noches sin sueño, y á quienes no se hace justicia.

Apretéle cariñosamente la mano: sus palabras me habian conmovido.

Luego prosiguió:

Tres años han pasado desde entónces. Ahora hará trece meses que, un dia, habiendo salido á la calle, encontré casualmente á la jóven á quien acaba V. de ver. Yo habia visto en algunos cuadros antiguos muchas bellas figuras, muchas celestes creaciones. Rafael ha pintado muchos ángeles en forma humana, y tambien el Albano, y Lawrence tambien, pero nunca jamas cosa tan perfecta, tan pura, tan suave! Seguíla, arrastrado por una fuerza invencible, y la vi entrar en el museo: entré yo tambien, y allí estuve con ella hasta las cuatro, en que salimos juntos. En toda la noche que siguió á aquel dia no pude cerrar los ojos: continuamente estaba contemplando á la blonda niña, sentada en frente de su caballete, y copiando á nuestros grandes maestros. Despues procuré no pensar mas en ella, no volverla á ver; pero fué imposible. Los dias siguientes fuí tambien al museo, donde estaba yo copiando á la sazon un gran cuadro; pero no pude volver á dar pincelada; en fin, de dos meses á esta parte estoi loco, ciego: de dia veo á Emilia, y por la noche trabajo para vivir. Bien conocerá V., caballero, que tenia razon para aborrecerle á V., que pasó ayer dos horas al lado de la mujer que amo, y á quien hoi volví á encontrar junto á ella.

Terminó aquí su relacion el jóven artista. Preguntéle entónces si habia hablado á Emilia alguna vez, y me respondió que no; que tan solo le miraba algunas veces á hurtadillas, y que á esto se reducian todas sus relaciones.

Continuamos paseando juntos por las Tullerías; de pronto apretóme el brazo con un movimiento convulsivo, y cuando alcé los ojos vi á Emilia y á su madre, que acababan de pasar á nuestro lado. La madre habia echado una mirada de desprecio á mi compañero, y la jóven se puso encendida como la grana.

— ¿No es verdad, caballero, que es una criatura angelical, me dijo, y que el que la posea enamorada será mui feliz?

— Sí, le respondí, y no pude decir mas porque la insolente mirada de la madre me habia aterrado.

Al dia siguiente volvimos á vernos.

En fin, tuve que salir de Paris, porque algunos asuntos de interes me llamaban á una provincia del mediodía: dejéle mis señas, le di un estrecho abrazo, y nos prometimos escribirnos.

Ya han pasado seis semanas: casi habia olvidado ya á aquel jóven, cuando recibí una carta de Paris, y leí lo que VV. van á leer tambien. Esta es su carta, ni mas ni ménos, que copio y doi al público sin alterar una sola frase. aquí.

II.

" Paris 24 de marzo — 1838

" Querido amigo: desde que no nos vemo cho se ha anublado el horizonte de mi vid poca ventura que habia empezado á sonreir ha abandonado, y ahora lloro dia y noche. do haya realizado algunos fondos, algunos nares de francos que se me deben aun de la de mi cuadro, — ya sabéis de cuál quiero h de aquel en que trabajaba de noche! — me dré entónces en camino para la Italia. que allí la naturaleza es bella, el sol ardien caso allí podré hacerme una nueva vida; allí podré olvidar que mi corazon ha sufri margamenta en Francia.... En fin, si no vivir allí, á lo ménos moriré, y nos reuni los dos en el seno de la eternidad. — Amig aquella mujer me ha amado! miserable d sin mí no hubiera muerto! Cuando se sepa de mí para ir á Marsella, ya sabe V. que a habia hablado á Emilia: hoi es el dia en qu no la he hablado. ¿No es verdad que es terrible amar y ser amado por un ángel, y r ber oido su voz? Seguramente le parece V. mis expresiones inconexas, delirantes; cuando el dolor roe el corazon, cuando los oj tán abrasados de lágrimas, se deja correr la por el papel: el alma y el dolor hablan....

" Seguí viendo á Emilia quince dias de de vuestra partida. De repente dejé de ver que me causó crueles inquietudes. Entónce menté amargamente el no haberla seguido n Una semana estuve sin verla, y ya conoci me era imposible vivir así. En fin, hallé dia por casualidad; iba ricamente vestida; bajo el rico tocado que la engalanaba creí c var cierto aire de desventura.... Pobre En Un hombre de unos cuarenta años la daba e zo; yo creí que era su padre. Quién no l biera creido?

" Cuando se ama á una mujer y cuando mujer es jóven y hermosa se cree siempre q amor no debe pertenecer mas que á un j Por qué no sucede siempre así?

" Seguíla á cierta distancia, y cuando me al volver casualmente la cabeza, creí disti una sonrisa en sus labios.... En efecto, no m gañé.

" Ahora, amigo mio, necesito fuerzas par seguir; las tendré.

Algunas lágrimas que habian caido en punto del manuscrito habian casi borrado la meras líneas que van VV. á leer.

" Aquella vez seguí á Emilia hasta la p de su casa, donde tomé informes. Una pc habladora, y á quien bendije entónces por las veces que la he maldecido despues, me que la madre de Emilia iba á casar mui en á su hija con el hombre á quien vi de bracer ella. No quise escuchar mas... De vuelta casa resolví, despues de haberlo pensado bie unirme con V. en Marsella. Aquella misn che hice mis preparativos, vendí algunos cu y fuí á tomar mi asiento.

" Al dia siguiente fuí á la diligencia. Oc me entónces una idea extraña; quise por t

er á ver los sitios donde tantas veces la
ito. Fuí pues á las Tullerías, y estuve
hora. Solo entónces me acordé de que
s ponernos en camino á las nueve en pun-
do volví ya era tarde. La diligencia
lido sin mí.
esperado volví á mi casa. Dijéronme en
ría que habia subido á mi cuarto una se-
a jóven.... Oyendo estas palabras, dudé
despierto ó soñaba.... Sin embargo, nin-
estro presentimiento me agitaba : subí sin
mi cuarto : la llave estaba en la cerradu-
.
ora me falta el aliento ; mi pluma me cae
anos, mis dedos se niegan á conducirla."
ien aquí habian mojado el papel algunas
....
leyendo lo que sigue :
mujer yacia tendida en el suelo ; Emi-
na carta sobre mi mesa, en la que me de-
su madre habia querido darle por esposo
re á quien no amaba ; que semejante en-
arecia imposible ; que entónces habia to-
resolucion de venir á verme ; que hacia
empo que conocia el secreto de mi amor;
ie habia venido con el objeto de no po-
necer sin oprobio á otro hombre.
aquí lo que contenia su carta : la pobre
biendo sabido mi partida para Marsella,
calle, y compró no sé cómo un veneno.
o la hallé, su alma acababa de separarse
erpo para elevarse al cielo, de donde
biera debido bajar....
dicho á V. lo que me ha sucedido, amigo
hora ya no creo en nada. Jamas, en mi
veré á encontrarme tan cerca de la feli-
ya sabéis cómo se ha desvanecido.
e ! acaso os escribiré aun otra vez ; pe-
recibís noticias mias, no os aflijáis, por-
abré dejado de sufrir, ya la habré segui-
ulcro donde ella descansa para siem-
.

ONSO BROT. *Traducido por* E. de O.

CADENA.

I.

rosa, y su boton desplega
n torno de punzante espina,
el agua que los piés le riega
fresca se inclina.
nera cuanto mas hermosa
n mira en el tranquilo espejo,
del agua sobre la haz dudosa
pinta el reflejo.
errante que al pasar murmura
aroma de su cáliz bebe,
abeja que su esencia apura
néctar la debe.
l huerto y de la selva gala,
ed brilla sobre el verde manto,
u sombra el colorin exhala
rústico canto.
lor mas bella...! ¿mas á qué su orgullo
zo helado su boton despoja,
y el agua lleva su infeliz capullo
hoja tras hoja ?

II.

Huye la fuente al manantial ingrata
el verde musgo en derredor lamiendo,
y el agua limpia en su cristal retrata
cuanto va viendo.
El césped mece y las arenas moja,
dó mil caprichos al pasar dibuja,
y ola tras ola murmurando arroja,
riza y empuja.
Lecho mullido la prensenta el valle,
fresco abanico el abedul pomposo,
cañas y juncos retirada calle,
sombra y reposo.
Brota en la altura la fecunda fuente...
¡ y á qué su empeño, si al bajar la cuesta
halla del rio en el raudal rujiente
tumba funesta !

III.

Lánzase el rio en el desierto mudo
la orilla orlando de revuelta espuma,
y al eco evoca, cuyo acento rudo
hierve en su bruma.
Su márgen ciñe pabellon espeso
de áspera zarza y poderoso pino,
y entre las rocas divididas preso
busca camino.
Lecho sombrío el rústico ramaje
que riega en torno misterioso ofrece,
y el pardo lobo y el chacal salvaje
de él se guarece.
La tribu errante, el viajador perdido
la sed apaga en su raudal corriente,
y el arco cierra que sobre el partido
cuelga del puente.
¿ mas qué la sombra, el ruido, y el perfume
valen del cauce que recorre estenso
si el mar le cava cuando en él le sume
túmulo inmenso ?

IV.

El mar....! el mar ! remedo tenebroso
de la insondable eternidad, espera
de la trompa final el son medroso
para romper hambriento su barrera.
Abismo cuyos senos insaciables
jamás encuentra su avaricia llenos
de misterios conserva inmensurables
siempre preñados sus jigantes senos.
Ese es el mar ! — Gemelo de *la nada*,
cinto que el globo por dó quier rodea,
centinela fatal que encadenada
la tierra guarda que sorber desea.
El mar....! como él hondísimo y oscuro
el misterioso porvenir se extiende,
y tras su negro impenetrable muro
nada mezquina la razon comprende.
El cerco de un sepulcro en su portada,
tras él se baja un escalon de tierra ;
pasado el escalon, la puerta hollada
se abre sobre la víctima, y se cierra.
Y allá van sin cesar conforme nacen,
á morir uno y otro pensamiento,

brotan unos donde otros se deshacen,
bullen, caen y se hunden al momento.

V.

Rosas la fuente en la montaña brota;
sécanse, caen y bajan con la fuente
al rio, que se va gota tras gota
al hondo mar que sorbe su corriente.

J. DE ZORRILLA.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Capuchinos. Esta órden fué fundada en Italia por Mateo Baschi, religioso menor del convento de Montefalconi, el cual habiendo creido oir una voz que le advertia que observase á la letra la regla de S. Francisco, se retiró á un despoblado con permiso del papa en 1525. Otros doce religiosos, impelidos del mismo espíritu, se reunieron con él, y vivieron en una ermita que les dió el duque de Florencia en sus dominios. El papa Clemente VII aprobó su congregacion tres años despues, y Paulo III la confirmó en 1535. El primer convento de este instituto se fundó en Camerino por la duquesa Catalina Cibo. Despues se establecieron en Francia en 1573, en Cataluña en 1578, y en Castilla en 1606.

Carbon de piedra. Parece que los antiguos le conocieron, pues Teopompo habla de haber sido descubierto en Tesprocia. En 1520 se consultó á la facultad de medicina de Paris sobre la supuesta insalubridad de este combustible; pero en Bélgica y en la Gran Bretaña se usaba ya generalmente desde un siglo ántes. En la historia de Edimburgo de Arnot se lee que los pobres recibian en lugar de limosna á la puerta de las iglesias pedazos de piedra, con los que se iban mui contentos para quemarlos en vez de leña, de que carecia el pais. Este feliz descubrimiento economiza mucha leña en las fábricas, y es un combustible ménos costoso que los demas.

Cardenal. Este título tuvo orígen en los primeros siglos de la Iglesia, cuando se llamaba *presbítero cardenal* al sacerdote principal de una parroquia que seguia al obispo. En el siglo XI solo se daba dicho título á sugetos mui distinguidos, pero que siempre eran considerados inferiores á los obispos, hasta que con el tiempo la dignidad de cardenal fué mirada como la primera despues del sumo pontífice. En un principio no hubo mas que 28 cardenales; pero su número se fué aumentando, hasta que Sixto V los redujo, y decretó que no pasasen de 70. En 1630, Urbano VIII les dió el título de eminencia, en lugar del de ilustrísima que ántes tenian.

Cárlos III (Orden de). En 1771 instituyó el señor don Cárlos III la real y distinguida órden que tiene su nombre, con el doble objeto de solemnizar el nacimiento del infante don Cárlos Clemente, hijo de los príncipes de Astúrias, y el de condecorar con ella á sugetos beneméritos, afectos á su persona, y que hubiesen acreditado celo y amor á su servicio, distinguiendo así el mérito y la virtud de los nobles; y S. M. puso esta esclarecida órden bajo la proteccion de la inmaculada Concepcion. Su insignia es una cruz de cuatro brazos de esmalte azul por lo interior, contorneados por fajas de esmalte blanco, formando ocho puntas que rematan en otros tantos pequeños globos de oro: entre los brazos hai cuatro flores de lis del mismo metal, y en el centro un medallon con orla de esmalte azul, que tiene por el anverso la imágen de la Purísima Concepcion, y por el reverso la cifra del fundador con el mote: *virtuti et merito*, y está pendiente de una corona real: su cinta es blanca con fajas laterales de color azul celeste. El collar de la órden se compone de castillos, leones, trofeos militares, y cifras del fundador.

Carmelitas. Esta órden religiosa y mendicante tuvo principio en el siglo XII, cuando Aimeric, legado de la santa sede, y patriarca de Antioquía, hizo que los ermitaños que estaban en la Siria se reuniesen en el monte Carmelo, donde en otro tiempo habian vivido los profetas Elías y Eliseo, que son considerados como los fundadores de esta órden. Alberto, patriarca de Jerusalen, les dió en 1205 una regla que el papa Honorio III confirmó dos años despues. Acia el de 1238 pasaron á Europa con el rei S. Luis algunos de estos religiosos carmelitas, y se establecieron en Francia. Esta órden fué reformada, con aprobacion de Pio V, por santa Teresa, religiosa carmelita del convento de Avila en Castilla, por los años 1540, para lo cual se valió de san Juan de la Cruz, y del padre Antonio de Jesus.

Carro. No se sabe de cierto quién fué el inventor de los carros. Unos atribuyen su invencion á Trochilo, otros á Tepomene, y algunos á Erictonio, rei de Aténas. De este se dice que observando cuando era jóven que tenia las piernas mui torcidas, y no queriendo presentarse así en público, inventó el carro, en el que ocultaba la mitad del cuerpo, y su defecto. Haya en esto lo que se quiera, lo cierto es que su uso es mui antiguo, y que en tiempo de Job eran mui comunes los carros en el Egipto.

Carton-marfil. Mr. Einslie ha inventado una preparacion, á la que ha dado el nombre de *carton-marfil*, que segun el informe de varios individuos de la sociedad de fomento de Lóndres, es preferible al verdadero marfil, tanto por su mayor blancura, como por la facilidad con que recibe los colores.

Cartucho. Su nombre se deriva del italiano *cartocchio*, cucurucho. Parece que los cartuchos no fueron conocidos hasta fines del siglo XVII, y que empezaron á usarse en Francia en 1744.

Cartujos. Esta órden de religiosos, fundada por san Bruno, tomó el nombre de un sitio mui áspero y desierto, llamado *Cartuja*, en las montañas del Delfinado en Francia, á donde se retiró con siete compañeros en el año 1084. En un principio no tuvieron regla particular, y siguieron la de san Benito, acomodándola á su género de vida; pero con el tiempo fueron formando sus estatutos, los que confirmó el papa Inocencio XI en 1582.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

EL ALDEANO DE CARIGLIANO.

LDEANO DE CARIGLIANO.

ion de la noche acababa de dar en la igle-
arigliano; los ganados entraban á reco-
empezaban á cerrarse las puertas de las
: era en fin la hora en que el fatigado
ega á su choza, y se pone á acariciar á sus
en tanto que se prepara la cena.
ia de las casuchas mas pequeñas de la al-
ban sentados junto á una mesita un man-
ma jóven; mas aquel no probaba bocado,
rostro de la mujer corrian lágrimas en a-
ia.
lloras. Margarita, dijo el marido repenti-
, ¿cómo quieres que tenga yo ánimo y

verdad, Pedro, no se paga á los acreedo-
lágrimas.
ra, querida, todavía contamos con un mes
o, y acaso cuando ménos lo pensemos lo-
s una buena ocasion. Ya sabes que han
do las turbulencias de Nápoles; Masanie-
uerto, y sus partidarios han echado á huir:
ble que el comercio se restablezca, y así
s vender la lana de nuestros carneros.
arita movió suavemente la cabeza, y vien-
u marido la miraba, hizo un esfuerzo por
con él, y le dijo:
s quiera que así sea!
así será, no hai que aflijirse, dijo el mari-
ernura; venga acá esa mano, Margarita,
le á soportar la afliccion con fortaleza.
onfianza en Dios, pues ya ves que hasta
os ha preservado de enfermedades, y por
d no hemos tenido el dolor de vernos au-
o de otro. Vé á traer á la chica.
chacha se levantó con presteza, pasó á
to, y de allí á poco volvió, trayendo en
s una niña de tres años.
ntate con ella á mi lado, dijo Pedro, por-
do miro á ustedes siento que se me en-
l corazon, adquiero ánimo, y me com-
a amarlas; por lo cual, aun cuando tu-
sudar sangre, haré cuanto me sea posi-
o vernos en la última miseria.
ecida Margarita al oir estas palabras,
su marido, y le dijo:
s, Pedro, tan bueno como un santo, y de
na padeceria yo seis meses por no verte
na hora.
verdad que en la afectuosa ternura de
as ha puesto Dios un manantial de con-
ra aliviar los sinsabores y amarguras de
Así pues, á poco rato ya no eran tan
los Pedro y Margorita, pues conocian
cioso era el uno para el otro; eran sus al-
lorosas y amantes, y por consiguiente se
n con facilidad de su desgracia con su

todo eso, era su situacion tristísima: lle-
atro años de casados, y aunque á los prin-
lo les habia salido bien, habian tenido
adecimientos en los dos últimos años.
sus siembras por causa del granizo, y
e en su ganado, y para colmo de infor-
urbulencias de Nápoles no les permitian
poco grano que tenian. Así es que, a-
or la necesidad, se vieron obligados á
ero prestado con mui crecida usura; y
como no podian pagar con puntualidad, iba creciendo la deuda cada dia mas, tanto, que en el momento á que ahora nos referimos, era ya inevitable la ruina que les amenazaba.

No obstante, la vista de la niña Laura disipó un tanto la tristeza de ambos esposos: la noche iba adelantando, y empezaban ya á cenar, cuando se abre la puerta de repente, y aparece un extranjero con el vestido descompuesto y cubierto de polvo: entra con precipitacion en la cabaña, y esta inesperada aparicion arranca un grito á Margarita, lo cual oyendo Pedro, se vuelve al incógnito, y le pregunta:

— Qué manda V.?

Mas este solo miraba al rededor de sí despavorido y desconfiado. Ultimamente, se acercó á la mesita, y tranquilizado sin duda al ver el rostro apacible de la aldeana, y la presencia de la niña, dijo:

— Soi un proscrito de Nápoles, y ando buscando asilo.

Pedro se levantó para hacerle una cortesía, y Margarita hizo otro tanto con ademan compasivo y respetuoso.

— Bien venido sea V., dijeron ambos al extranjero, y le señalaron un lugar junto á ellos.

Todo esto pasó con la mayor rapidez, y con tanta simplicidad cual si se hubiese tratado del negocio mas vulgar. Y en efecto, no era esta la primera vez que la cabaña de Pedro albergaba á un proscrito, pues las guerras civiles en aquella época tenian en la mayor desolacion á todas las ciudades de Italia; los partidos perdian y ganaban alternativamente, y las montañas estaban siempre llenas de proscritos que huian de la ira del vencedor; mas los aldeanos, que nada tenian que ver con los asuntos políticos, ofrecian hospitalidad á todos los partidarios indistintamente, sin informarse del bando á que pertenecian, sino de los padecimientos de que daban muestras en sus semblantes.

Despues de haber dado de cenar al extranjero, se apresuró Margarita á prepararle cama para que descansase. Habia en la extremidad de la cabaña un retrete poco notable y con escasa luz, y por considerar este lugar mas seguro, ocultaron en él al incógnito.

No obstante esto, pasó Pedro una noche mui inquieta, temiendo que alguno hubiese visto al extranjero entrar en su casa, y fuese por lo tanto descubierto. Así pues, ya deja entenderse cuál seria su disgusto cuando al amanecer del dia siguiente vió una multitud de soldados que por la noche habian llegado á la aldea. Corrió luego á dar esta noticia al extranjero, recomendándole que permaneciese oculto con la mayor cautela, y añadiendo que probablemente los soldados saldrian de Carigliano en el resto del dia, y entónces podria proseguir su camino con toda seguridad. Pero no sucedió así; los soldados no se fueron, y se supo que habian sido mandados de reten á aquel punto para apresar á los proscritos, por lo cual se vió Pedro obligado á seguir teniendo oculto á su huésped.

Así pasaron algunos dias sin que mejorase la suerte de esta familia. La presencia del extranjero los habia ocasionado un aumento en el gasto, y esto aceleraba mas su ruina, porque ya es mucho para un pobre tener que satisfacer el hambre

de otro. Sin embargo, no pasó á Pedro por la imaginacion la idea de deshacerse de esta nueva carga, obligando al proscrito á que saliese de su casa, pues bien sabia que esto era entregarlo á una muerte cierta; y así, por gravoso que le fuese el huésped que Dios le habia dado, lo conservó en su casa sin murmurar ni decir una palabra.

Tambien callaba Margarita, pero le costaba mayor esfuerzo. Su alma ménos magnánima comprendia mas difícilmente el entusiasmo de la generosidad; era mui bondadosa para no resignarse al sacrificio, pero demasiado débil para verse en el caso de hacerlo. Así pues, cuando todos se reunian en la mesita para cenar, se ponia á mirar con fijeza al extranjero, notaba su hambre, contaba los bocados que comia, y sentia como que se arrepentia de la hospitalidad que le habia dado. Mas si en este momento encontraban sus miradas las de Pedro, bajaba la cabeza avergonzada, porque se corria de dejar traslucir que habia entrado en su ánimo una idea de egoismo.

En cuanto al proscrito, era un hombre taciturno, hablaba poco, y parecia ocupado en cosas de mayor interes que las de la vida vulgar. Nunca manifestaba su agradecimiento sino con un gesto ó una mirada, y por lo regular, recargado en la mesa, y descansando su frente en una de sus manos, trazaba con la otra invisibles figuras, cuyas formas y posiciones parecia contemplaba. Mas con todo eso, nada tenian de inquietos sus arrobamientos; ántes bien eran apacibles y risueños. Fácil era descubrir en su semblante, arrugado mas bien por los padecimientos que por la edad, que su alma no albergaba ningun remordimiento, y que si sus labios permanecian cerrados, no era por cautela, sino porque en lo interior de su corazon habia grandes cosas que la palabra no puede explicar.

Pasaba el proscrito el dia entero oculto en su retrete, y como ya hemos dicho, tan solo de noche salia á cenar con la familia. Un dia que todos estaban sentados á la mesa, tocaron á la puerta, y Pedro se levantó para ir á espiar por un agujero quién llamaba.

— Es Pedrillo! dijo al volver mui asustado: pronto, señor, al escondite! este hombre es avariento y ruin, y si ve á V., todo se pierde.

El extranjero se ocultó á gran priesa, y Margarita toda temblorosa fué á abrir á Pedrillo, que seguia dando golpes á la puerta.

— Creia yo, dijo el viejo usurero al entrar, y echando por todas partes miradas inquisitoriales, creia yo que no apetecian ustedes mi visita.

— Y por qué no, maese Pedrillo?

— Ahí está el caso; por razones mas sabidas de Pedro que de mí, pues si no me he engañado, me ha parecido estar oyendo desde afuera hablar aquí en voz baja, y no faltan malas lenguas que digan que aquí hai otra persona á mas de V., señor Pedro.

— Y no se han equivocado, pues como V. ve, no estoi solo, contestó el aldeano señalando con el dedo á su mujer y á su hija.

Mas Pedrillo seguia paseando sus miradas por todos los rincones con grandísima curiosidad.

— Pues, amigo, continuó diciendo el viejo, venia yo á ver si me paga V. lo que me debe.

Margarita se puso pálida, y estrechó á su niña contra su seno.

— De véras no puedo, respondió Pedro e baja y triste.

— Pues en ese caso, la casita y los mueb garán por ustedes, hijos mios, porque no muchas ganas de perder mi dinero.

Al decir esto se habia acercado Pedrill mesita de donde el proscrito se habia levi poco ántes.

— Cáscaras, señor Pedro! dijo de repent parece que el que tiene para comprar pren mo esta, bien puede pagar sus deudas.

Y esto lo decia mostrando la gorra de terc que inadvertidamente habia dejado en la n extranjero al retirarse. Margarita dió un y Pedro, sin saber qué hacer, guardó silenci

— Tres cubiertos y tres sillas, añadió P en voz baja, y alzándola y dirijiéndose al al continuó:

— Siento haber espantado á la persona q ustedes estaba.

Y luego se sentó y se puso á platicar de indiferentes; mas al despedirse para retira mó á Pedro á parte, y le dijo:

— Bien hubiera yo querido conceder á yor plazo para que me pagase; pero todo l chado V. á perder con sus imprudencias, c metiendo mis intereses. V. recibe proscri su casa: si esto llega á saberse, su parader es la cárcel, y se le confiscan sus biene quiero exponerme á correr el azar, y así, ó ga V. dentro de ocho dias, como ya me l prometido, ó mando venderlo todo.

Al decir estas palabras se retiró Pedri jando á Pedro y su mujer consternados.

Sin embargo, al cabo de un instante cob mo el aldeano, y dijo:

— No me denunciará, porque si tal l me confiscarian la casa, y en este caso él p dinero: así es que por este lado no hai que y en cuanto á lo de venderme mis muebles, l tiempo que estamos amenazados de esta des y no por eso nos ha llegado; ántes sí nos h costumbrado á semejante idea. Bien hal ve un árbol donde guarecerse; pues Dios de ser ménos bondadoso para nosotros qu las aves.

Mas pasaron los ocho dias en crueles tias Pedro y su mujer. Sin medios ningu ra librarse del desastre que los amenazab podian salir de su conflicto por uno de s milagros que siempre esperamos, pero cuales no debe contar la razon. Ambos t de ocultarse sus angustias, para no entris uno al otro; ambos aparentaban calma y pero esta calma era finjida, y convulsivas risas, pues dentro de esta simulada tran se ocultaba un amarguísimo dolor.

El proscrito ignoraba lo que pasaba, por dro no queria añadir á sus penas este nue sabor, y decia á su mujer:

— Cuando llegue el caso extremo, ent diremos que ya no podemos darle asilo; tretanto no hai para qué apesadumbrarlo.

Pedrillo habia vuelto varias veces con texto de informarse si Pedro podia pagarl su verdadera mira era el saber lo que pasa casa. Poco faltó para que una noche diese al extranjero al salir de su escondi finjió que nada habia visto, y no dijo una

era el estado de cosas, cuando sobrevino u-
racia imprevista á la pobre familia de Ca-
: la niña cayó enferma. Pedro y Mar-
abian puesto en su hija todas sus esperan-
e era á un mismo tiempo su sosten y su
o. Esta delicada criatura, nacida un a-
ues del matrimonio de aquellos esposos,
añera de sus gozos y penas, era su único
y por decirlo así, ambos consortes se ama-
esta criatura, que era el vínculo vivo que
nlazadas ambas existencias. Júzguese
ia el dolor de los padres al verla con una
dad mortal. Todos los demas cuidados
ecieron con esta angustia, y en las dos pri-
oches, noches de desesperacion y llanto,
una sola vez á la mente de los dos espo-
lea de su ruina. Ai! ¿qué era para ellos
za si su hija vivia? el trabajo ó los hom-
lian restituirles los bienes perdidos; mas
e puede dar un hijo!
oches pasó Margarita orando junto al le-
su hija, rogando, cual Jesucristo en el
le los Olivos, *pasase de ella este cáliz.* O-
su oracion, y al tercer dia dió la enferma
de alivio. Ah! ¿quién es aquel que no co-
puro júbilo que produce en el ánimo una
esperada, aquella embriaguez en que cae
al contemplar al amado objeto que aca-
capar de la guadaña de la muerte? Aca-
a habian probado Pedro y Margarita fe-
mayor.
ro con la tranquilidad del ánimo viene la
n y la inquietud. Era ya la víspera del
l señalado por Pedrillo para el pago de la
la venta de la casa; y así conoció Pedro
llegado el momento de participar al pros-
que iba á suceder: hízolo con noble can-
extranjero lo escuchó sin proferir una
; mas cuando el aldeano levantó la cabe-
orrer una lágrima por la adusta mejilla
crito; dió un paso atras, y alargándole a-
nano, le dijo:
i tan pobre como tú, no puedo remediarte.
se cuide V. de mí, señor, que mi trabajo
con qué mantenernos; fuera de que cada
llevar su cruz en este mundo.
verdad; pero espero en Dios que te verá
lgencia. Esta noche partiré.
la noche, é iba Pedro á cerrar su puerta
e presentó Pedrillo, diciendo á aquel:
sabes que mañana has de pagarme: ven-
ordártelo.
stante presente lo tengo, dijo el aldeano
ntes.
ué has determinado?
rir las consecuencias de mi desgracia.
o quiere decir que no puedes pagarme.....
o quiere decir.
ó silencio el usurero por un momento, e-
mirada en rededor de sí para ver si al-
miraba, y acercándose mas á Pedro, le di-
o:
qué dijeras si te diese yo un arbitrio pa-
tiempo y pagarme en parte, sin necesi-
ender nada?
gen santísima! es posible? exclamó Pe-
o un paso acia atras.
eme, continuó Pedrillo con rápida soltu-
nes oculta una persona en esta casa.
Vamos, no hai que negarlo; mira que lo sé á punto fijo. Veinte ducados han prometido á todo aquel que entregue á un proscrito; vé á denunciar el tuyo al comandante de Carigliano, y recibirás esta cantidad.

— Santo Dios! qué se atreve V. á proponerme? contestó Pedro separándose del viejo.

— Un medio simple y fácil de evitar tu ruina, y de salir de apuros.

— Una infame traicion, señor Pedrillo....

— Traicion, traicion.... yo no paro mentes en la significacion de los vocablos. Si el gobierno patrocina las denuncias, justo lo hallará, no es verdad? pues ¿por qué quieres ser mas hombre de bien que el gobierno?

— Basta, Pedrillo, basta!

— En fin, piénsalo bien; si no haces lo que te aconsejo, eres perdido, porque mañana mismo pondré en venta todos tus muebles, y ni aun siquiera he de dejarte la cuna de tu hija, que aun está enferma.

— Fuera de aquí, Satanas! gritó Pedro empujando al usurero acia la puerta, fuera de aquí! tú quieres tentarme hablándome de mi hija; no lo conseguirás, malvado.

— Allá te las avengas, bestia, dijo entre dientes Pedrillo al retirarse.

Mas despues de haber dado algunos pasos volvió y dijo:

— Mira, Pedro, que lo que te aconsejo es por tu propio bien: puedes creerme que el corazon se me parte al considerar el estado en que vas á quedar reducido. Y en voz mas baja añadió: Oyeme, si te repugna el denunciar al proscrito, échalo fuera de tu casa, que yo me encargo de entregarlo, y en este caso iremos á medias de los veinte ducados.

Dió Pedro un empujon á Pedrillo sin responderle una palabra, y cerró su puerta con violencia.

Grande fué la agitacion en que lo dejaron las palabras que aquel hombre habia proferido, no porque temiese que Pedrillo denunciase al proscrito, pues en este caso viera confiscar una casa que ya tenia por suya, sino porque bien podia el viejo usurero acechar la fuga del extranjero, y ser con esto causa de su pérdida. Así pues, fué Pedro á ver al incógnito, lo llamó, y no recibió respuesta. Sorprendido entónces, abrió la puerta del retrete, entró, y no vió á nadie; mas la ventanilla estaba abierta, de lo cual infirió que el extranjero habia salido por ella.

— Sin duda, dijo para sí, no tuvo valor para despedirse de nosotros, ni querria exponerme con que lo hubiese acompañado hasta fuera de la aldea. Pobre hombre! Dios lo lleve con bien!

Y pasó á noticiar á Margarita la partida del extranjero.

Pasaron ambos esposos una noche tristísima, y al despuntar el dia se levantaron. De allí á poco llegó Pedrillo con los ministros de justicia que debian hacer el embargo.

— ¿Ya consultó V. bien con su almohada acerca de lo que tiene de hacer? preguntó en voz baja á Pedro; ¿ya está V. convencido de que no son de despreciar veinte ducados?

— El hombre á quien querias delatar está ya léjos de aquí, y en total seguridad, contestó el aldeano con desprecio.

— Eso queria yo saber; y supuesto que en tu

casa no se oculta ninguna criatura sospechosa, puedo hacer que entre en ella la justicia.

Con efecto, así lo hicieron los ministros que acompañaban á Pedrillo, intimando á Pedro, en nombre de la justicia, que pagase la deuda, ó se diese por desposeido de sus bienes.

— Ya no es tuyo nada de lo que hai aquí, añadió el ministro ejecutor; véte de aquí.

Volvió Pedro los ojos tristemente. Era necesario dejar aquella casa que habia heredado de su padre, donde habia pasado sus primeros años, y en la cual habia recibido á su esposa el dia de su casamiento. ¡Ya *no era nada suyo* en aquella casa donde dejaba tantos y tan dulces recuerdos! Enajenado de dolor, extendió los brazos el desdichado, como si hubiese querido abrazar las paredes; mas al cerrarlos encontró en ellos á Margarita y su hija, y exclamó con fervor y ternura:

— Venid á mí, venid, verdaderos y únicos tesoros mios! nada, nada he perdido, pues os poseo!

Y salió llevándolas estrechadas contra su seno.

Empero el esfuerzo habia sido grandísimo: detúvose á poca distancia de la puerta, se dejó caer en el verde césped, y volvió la afligida vista á su querida cabaña. Margarita se sentó en silencio junto á él, con aquella muda resignacion que encuentran las mujeres en los padecimientos irremediables. Ai! ¿quién fuera capaz de decir lo que pasaba en el corazon de Pedro? Hasta aquel momento habia sido su vida pura y sin mancilla de malas acciones; ni aun el soplo venenoso de la calumnia le habia alcanzado, y sin embargo se veia perdido y arruinado: la suerte condenaba á ser mendigo al hombre activo, amante y generoso, y con sus despojos enriquecia un malvado vil y despreciable! ¿Y qué mundo es este, en que para nada sirve la virtud, y donde los buenos son el juguete de los perversos! Oh, ¡cuán abatido estaria su ánimo al pensar en tales iniquidades! con qué dolor levantaria sus manos al cielo invocando la justicia divina!.... Mas pasados los primeros transportes, vuelven las almas rectas á su acostumbrada actitud, pues la base de la fortaleza es la paciencia.

Veia Pedro sacar de su casa los muebles, y cada uno de ellos le traia á la mente algun recuerdo interesante: ya veia la banquilla en que solia sentarse con su mujer y su hija, ya el lecho donde murió su madre, ya el espejo donde se miraba Margarita ántes de ser su mujer. Todo esto eran otras tantas saetas para su lastimado corazon; todos aquellos objetos yacian amontonados, é iba á abrirse con ellos almoneda. Ya habian empezado los mas codiciosos vecinos á llevarse á sus casas aquellos recuerdos, y cada uno de ellos se llevaba un pedazo de la vida del desgraciado Pedro. Mas de repente se suspendió la venta, se notó un movimiento en la muchedumbre que se habia agolpado á la puerta de la casa, y todos se preguntaban qué habia sucedido. Dos aldeanos pasaron junto á Pedro, y uno de ellos iba diciendo:

— Ha mandado llamar Pedrillo al conde de Corsino.

— Pues qué ha acontecido? preguntó Pedro.

Mas los aldeanos iban ya léjos, y no oyeron la pregunta.

Despues de haber vacilado por un momento, se levantó Pedro, y se acercó á la muchedumbre, á tiempo que llegaba el conde de Corsino, cuy sos siguió hasta dentro de la casa.

— Venid, señor conde, exclamó Pedrillo mos descubierto aquí pinturas extraordinari hemos querido mostraros ántes de tocarlas.

Condujéronlo al obscuro retrete donde estado oculto el proscrito, y Pedro siguió s sos. Entónces, á la luz de los hachones q bian encendido, percibió el aldeano por p vez que las paredes estaban llenas de figura mayor parte de ellas solo estaban bosque pero habia tanta destreza en los trazos, y t trevimiento, altivez y garbo en las actitud era imposible dejar de conocer habian si madas por un maestro consumado. El co Corsino se paró como extasiado ante aquell ravillosa composicion; era bastante intel en la materia, y habia destinado una parte riquezas á la formacion de una galería de tas pinturas, que tenia fama de ser una de l ricas de Italia.

— Pedro, dijo al aldeano que junto á é templaba admirado los bosquejos trazados paredes, ¿desde cuándo eres poseedor de es soro?

— Lo ignoro, señor conde, porque tambi yo estos dibujos por la primera vez.

Corsino miró de nuevo con atencion est mirables bosquejos, y exclamó:

— Vive Dios que solo hai un pintor en talia capaz de haber dibujado estas figuras, es Salvator Rosa!

— Es cierto, así se llama, dijo entre die aldeano.

— Qué quieres decir con eso?

Pedro miró al rededor de sí, y viendo qu ba solo con Pedrillo y el conde, refirió á es cuanto habia pasado, cómo habia dado asil partidario de Masanielo, y la larga perma del proscrito en aquel oculto aposento. que acabó su narracion, dijo el conde:

— Ya no hai duda, estos dibujos son de ne Salvator! Pedro, yo me encargo d tus deudas, y compro tu casa; pero huye mento, porque se sabrá que has dado asil proscrito, y te perseguirán.

La tarde de aquel propio dia, llevando P na buena suma de dinero, y acompañado mujer y su Laura, iba ya caminando alegr por el camino real de Milan.

Magasin pittoresque. Traducido por

SHAABAHAM Y BUENSESO.

Habia pues en aquel tiempo un cierto mu que adoraba al Profeta, y era puntualísi cumplir con las ceremonias de la lei: era dad un celoso mahometano el buen turco, que hacia con regularidad todas sus abluc jamas faltaba ningun viérnes en la mesqu ro tenia un grave defecto, y era hablar en contra los abusos del poder. Ibrahim B (que así se llamaba) habia viajado much sus viajes habia aprendido muchas cosas; do que estaba bien provisto de ideas nuev es el caso que en aquella época era pach

baham, príncipe que no siempre enten-
as; y hé aquí que Buenseso se tomó la
criticar los actos del poderoso gober-
ıdaba diciendo que no era de ese modo
. tratarse á los buenos musulmanes.
, algunos cortesanos, de aquellos man-
ndan adulando á los príncipes, le dije.

teza, hai un cierto individuo llamado
ıenseso, que tiene el arrojo de andar
tu administracion.
h! dijo el pachá, mui temerario es este

ıe á bien tu alteza mandarlo ahorcar
ɔcarmiente?
ɔro quiero hablar con él, y despues ve-

ı comparecer á Ibrahim Buenseso.
ıtás aquí, eh? le dijo el pachá: asegu-
lenguas que andas dándote tono con
gobierno: será cierto, amigote?
de las luces, topacio de los topacios,
le Golconda, zafiro desprendido de la
estial, yo no murmuro de ti; lo que ha-
rrir.
h! ¿con que tú sabes discurrir, eh pi-
Esto no es moco de pavo.... pero yo
urrir tantito contigo, para ver qué tal
s.... Dicen, verbi gracia, que tienes á
haya yo cerrado las escuelas de mi pa-
stos señores opinan que este es el úni-
pacificar la provincia.... ¿Qué respon-
!
rosísimo Shaabaham, un pueblo ilustra-
ɔso es feroz: al contrario, las letras
ı moralidad, y tu alteza tendria la glo-
ıibuir á los progresos de la civiliza-

ı que criticas mi modo de echar con-
ı.
o pudiera tu alteza dejar de emplear el
ɔbligar á los contribuyentes á pagar?
europeo dice que "mas moscas se co-
iel que con vinagre;" y una adminis-
ɔia y paternal hace amar esta misma
cion y al que de ella está encargado.
bien me aseguran que has declamado
ıtra la pretendida crueldad con que
ırcar á los que no obedecen mis manda-

achá! tú no eres dueño de la vida de
ɔs que están confiados á tu cuidado: el
ltan te ha dado el gobierno de esta pro-
ı que cuides de su seguridad y bienes-
ıra que degüelles gentes como carne-

musulman, discurres soberbiamente,
noso lógico, por lo cual te doi la enho-
ɔero supuesto que te llamas Buenseso,
ɔr que es en extremo peligroso tener ra-
ı el poder: yo lo siento por ti; pero
envenenado, y así, para que no conta-
ıs demas, me veo en la necesidad de
hai te abajo la cabeza.
ıaabaham una seña, cortando el aire
mente con la mano, ¡y la cabeza del
him Buenseso vino rodando á los piés

ıútil añadir que algunos dias despues de
esta chanzoneta de Shaabaham, cierta cantidad de individuos que temian correr la misma suerte que Ibrahim Buenseso, formaron congreso una mañana, y decidieron que valia mas comerse al lobo, que el que el lobo se los comiera. Y así, se pusieron en camino del palacio del tiranuelo, recojiendo y guardando en las faltriqueras cuantas piedras encontraron al paso, y despues se pusieron á apedrear las vidrieras del palacio, cuyo dueño, por desgracia suya y ventura de sus vasallos, espiró con una almendra encasquillada en la cabeza.

Desde este dia empezó una revolucion en las costumbres del pais, que obligó á los filósofos de aquella época á abandonar por algun tiempo sus observaciones, pues aunque la muerte de Shaabaham fué celebrada con los clamores de gloria y libertad, resultó que este acontecimiento produjo tal cúmulo de maldades, infamias, vilezas y desvergüenzas, que los succesores de Ibrahim Buenseso se preguntaban entre sí qué hubiera sido ménos malo, dejarse degollar para satisfacer los antojillos del déspota, ó que de un suceso tan plausible hubiesen emanado tan horrorosas consecuencias.

Cuando los verdaderos filósofos nos den parte de sus profundas reflexiones sobre esta cuestion, las daremos al público con la misma escrupulosa exactitud que lo hemos hecho con la relacion precedente.

SIGNOL. *Traducido por* M. G.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Castaño. Este árbol es originario de Sárdes en Lidia, aunque tambien se dice que lo es de la Etiopia, de donde parece que se llevó á España. El castaño de Indias fué transportado de Asia á Inglaterra acia el año 1550, de donde pasó á Viena unos 40 años despues. En 1615 se trajo de Constantinopla á Paris, y luego se ha aclimatado en otros paises. Este árbol, que generalmente sirve para adorno, es tambien útil para otras cosas, pues con las castañas que produce puede hacerse almidon, aceite para alumbrar, &c.

Castañuelas. Este sencillo instrumento parece que fué inventado por los Moros, quienes le introdujeron en España.

Cera. Parece que un griego llamado Lisistrato fué el primero que en tiempo de Alejandro el Grande hizo moldes de cera de figuras humanas. Los Romanos tambien empleaban la cera en hacer figuras y otras cosas. El pintor Andres Verrochio, que murió en 1488, introdujo el uso de amoldar con yeso los rostros de las personas vivas y muertas para hacer retratos, y fué el primero que ensayó el hacerlos de cera. La anatomía artificial ó en cera fué inventada por el italiano Cayetano Zumbo, que en 1701 presentó á la Aca-

demia de las ciencias una cabeza de cera á propósito para las demostraciones anatómicas.

Cerezo. Se cree que este árbol frutal fué traido de Asia á Europa por el cónsul Lúculo por los años setenta ántes de Jesucristo, despues de haber vencido á Mitridates. Su nombre latino *cerasus* parece que se deriva de Cerasunto, ciudad de la Capadocia.

Cerveza. Se cree que los pueblos privados de viñas buscaron en la preparacion de los granos una bebida que supliese al vino, ó inventaron la cerveza, cuyo uso es antiquísimo. La historia nos enseña que este licor pasó del Egipto á los otros pueblos, y que fué al principio conocido bajo el nombre de bebida *pelusiana*, el cual tomó de la ciudad de Pelusa, situada cerca de la embocadura del Nilo, donde se hacia la mejor cerveza. A principios de la era vulgar esta bebida era mui usada en las provincias del norte de Francia, en Flándes y en Inglaterra, y los españoles la bebian tambien en tiempo de Polibio.

Cestero. Este arte es mui antiguo. Se sabe que se ejercitaban en él los piadosos solitarios y los padres del desierto, para proporcionarse la subsistencia por este medio.

Chocolate. Cuando en 1520 los Españoles hicieron la conquista de Méjico, encontraron el uso del chocolate establecido en este pais de tiempo inmemorial, y fueron tan celosos de este descubrimiento, que le usaron mucho tiempo ántes que le comunicasen á las demas naciones. El primer chocolate fué á España de la provincia de Chiapa; se fué perfeccionando poco á poco, y á fines del siglo XVI ya estaba bastante extendido su uso en Europa.

Ciegos. En el año 1784 se fundó en Paris el primer establecimiento que se ha conocido para par asilo y una completa instruccion á los ciegos, del cual estuvo encargado M. Hauy. Este publicó dos años despues en la misma capital una obra relativa al arte que habia inventado para enseñar á los ciegos á leer, á imprimir y á ejecutar diferentes trabajos concernientes á los oficios, y para instruirlos asimismo en el conocimiento de las lenguas, de la historia, geografía, música, &c.

Cincel. El Asia y el Egipto conocieron el arte de manejar el cincel y el buril, y los Griegos fueron famosos en él. A principios del siglo XVIII Cellini y Germain se distinguieron en él particularmente.

Cincinato (Orden militar de). Washington instituyó esta órden en los Estados unidos de América en el año 1783, para recompensar los servicios que los militares habian hecho en favor de la independencia de aquel pais.

Cinta. El orígen de las cintas se remonta á la mayor antigüedad. Aunque el uso de las sandalias no fué comun en Egipto, se ven sin embargo en una estatua de Isis que las tiene atadas con cintas. Pietro della Valle dice haberlas visto en una momia. Los Judíos, los Griegos y los Romanos ataban su calzado, y le adornaban con cintas.

Cipres. Este árbol, que siempre ha servido para adornar los sepulcros y monumentos fúnebres, es originario de la isla de Chipre, de la que tomó el nombre.

Ciruelas. El árbol que las produce es originario de Damasco, capital de la Siria, y parece que fué trasportado á Europa en tiempo de las cruzadas.

Cirujía. En los monumentos del antiguo Egipto solo se hallan vestigios mui superficiales de este arte: las primeras nociones de la verdadera cirujía las tuvieron los Griegos, entre los cuales Esculapio hizo grandes progresos: despues Hipócrates, reuniendo las tradiciones antiguas, creó la ciencia de la cirujía.

Cistercienses ó *Bernardos.* En el año 1075 varios religiosos de la abadía de Molesme en Borgoña, deseosos de seguir á la letra la regla de san Benito, se retiraron con su abad san Roberto á un desierto, á cuatro leguas de Dijon, llamado *Cistercium* por los muchos algibes ó cisternas que habia en él, de donde tomó el nombre del *Cister* el primer monasterio que se fundó en aquel sitio, y que empezaron á ocupar aquellos religiosos en 1098. En 1113 entró en esta comunidad san Bernardo, que con el tiempo llegó á ser la honra y el esplendor de esta órden, y fundó muchos monasterios, por lo que los monjes cistercienses son conocidos comunmente con el nombre de bernardos.

Clarin. Este instrumento de viento es mui antiguo. Los Romanos tenian varias especies de clarines. Parece que los Moros los usaron por largo tiempo, y que de ellos pasaron á los Españoles.

Clarinete. Se dice que este instrumento fué inventado á principios del siglo pasado por un habitante de Nuremberg.

Clarisas. Las religiosas de este nombre las fundó santa Clara, natural de Asis en Italia, el año 1224.

Cloacas. A imitacion de los acueductos, destinados para conducir las aguas potables, los Romanos construyeron canales subterráneos para el desagüe y limpieza de las ciudades, á los cuales llamaron cloacas. Los pueblos modernos les han imitado, pero no tan suntuosamente. Las célebres cloacas de Tarquino Prisco minaban toda Roma, y las del edil Agripa eran tan grandes y numerosas que, segun la expresion de Plinio, debajo de la capital del imperio romano habia una ciudad navegable. La *cloaca máxima* ó principal existe aun, y es el objeto de la admiracion universal de los arquitectos; y todos ellas se contaban con razon entre las maravillas de Roma.

Coche. Parece que su uso se introdujo acia el siglo XV, y que el nombre de *coche* se deriva de una poblacion de Hungría, donde se supone que fueron inventados. En Viena se usaron los primeros coches por los años 1515; en Lóndres acia 1580, y en Paris no habia mas que tres en tiempo de Francisco I. A España los llevó de Flándes don Juan de Austria, y se generalizaron de tal modo, que fué necesario prohibirlos por una pragmática en 1577.

Cohete. El uso de los cohetes es mui antiguo. Los llamados *cohetes á la Congreve* se inventaron á principios de este siglo; y se cree que su autor no hizo mas que imitar ó perfeccionar unos cohetes semejantes, que desde tiempos mui remotos han estado en uso en la India.

Colchones. Segun Plinio, los Galos inventaron los colchones de lana.

Colores. El célebre Newton descubrió que la luz blanca que nos viene del sol ó de otro cuerpo

o, está compuesta de siete colores, que se simples ó primitivos, á saber, rojo, naran- narillo, verde, azul celeste, azul turquí y . Se dice que Pitágoras tuvo ya conoci- del principio de los colores.

edia. Su orígen remonta, segun la opi- lgar, á los cantos de los vendimiadores del los cuales se mofaban de los que encontra- paso, cuando iban sobre las carretas del la viña. Algunos poetas en vista de esto ron poemas burlescos, que cantaban entre personas sobre un carro, y cuya licencia á los magistrados á negarles su entrada en . Admitiéronse en fin, y aun se propusie- mios para los poetas y los actores, lo cual forma nueva y regular á la comedía, á i- n de la tragedia; aunque licensiosa, siem- nbraba á los individuos, y atacaba sus ac- Esta especie de comedia, llamada la *an-* nsultó impunemente á Eurípides y á Sócra- ro cesó luego que atacó á Alcibiádes, jefe pública, y promulgóse una lei por la cual ibió hablar mal en la escena de ningun vivo, y aun el nombrarle. Entónces co- la comedia llamada *media*, en la cual se sucesos conocidos de todos, pero varian- ombre á los personajes, ó poniéndoles más- arecidas á los originales. Por último, un dicto creó la *comedia nueva*, reducida á no hoi, la imitacion de la vida comun, y la general de los vicios. Los Romanos i- despues á los Griegos, cuyo primer autor se supone ser Aristófanes, y cuyo célebre lro fué el modelo de Terencio. En Es- ope de Vega, Solis, Moreto, Tirso de Mo- tros muchos han escrito comedias de un singularísimo; pero el inimitable y el ad- de todos los literatos del mundo, es el di- lderon, cuyo teatro está traducido en di- idiomas, y reimpreso en español en Fran- laterra y Alemania, miéntras apénas que- él algunos volúmenes descabalados en Es- En nuestros tiempos hemos tenido á Mo- hoi vive entre otros Breton de los Her- — Méjico debe gloriarse de haber sido la e Ruiz de Alarcon, como lo es de Goros-

rcio. Los primeros que le ejercieron fue- Fenicios en el Asia; hicieron á Tiro y á e primeros depósitos de las riquezas del distribuyéndolas despues á todas las na- y transmitieron á estas el genio del co- que primero adoptaron los Griegos y mas s Romanos, aunque con poco suceso.

vas. Se dice que este instrumento de ma- as fué inventado por Talus, sobrino de Dé- El compas de triseccion le inventó en Pa- Tarragon en 1668. El compas azimutal al astrónomo ingles Halley, que murió en El compas de proporcion se dice que lo José Byrse; pero en el Diccionario his- eemos que su inventor fué Justo Byrge.

epcion. Esta fiesta fué instituida á media- siglo XII, en el que el emperador Manuel o dispuso que se celebrase en todo el el dia 9 de diciembre, como se practica la iglesia griega. Los fieles de la latina n este ejemplo, con la diferencia de haber para esta solemne festividad el dia 8 del propio mes. El papa Clemente XI la enumeró entre las que están mandadas observar por la Iglesia.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

POESIA MEJICANA.

EL CORRUPTOR.

ESCENA NOVENA DEL ACTO SEGUNDO.

Clotilde agoviada por el pesar está como dormida. Eugenio entra por el foro.

Eugenio. Qué miro! es esto vision!
Ah Clotilde!.... qué abatida!
Un débil resto de vida
anima su corazon.
Me parece que dormita:
no veo que su cuerpo mueva.
Solo su seno se eleva.
¿De rabia, ó de amor palpita?
Entreabre su labio riente:
parece naciente rosa.
Duerme, Clotilde virtuosa!
duerme!.... Tú eres inocente.
Clotilde [*despertando*].
Quién me llama?
Eugenio. Amada mia,
mírame.
Clotilde [*se para*]. Favor! favor!
Eugenio. Calla: cese tu temor.
Clotilde. No redoblen mi agonía.
[*Reconoce á Eugenio, y se arroja á él retándolo con demencia*].
Tú eres?.... Eugenio adorado....
Sí.... yo te toco.... Tú eres....
Vienes á verme? me quieres?
Pérfidos! Me han engañado.
Eugenio. Sí, Clotilde, sí, yo soi.
Tu amante fiel. Vuelve en ti.
Clotilde. Dime, quién me trajo aquí?
por qué te hallo? dónde estoi?
Eugenio. Con tu Eugenio, con tu amor.
Clotilde [*volviendo de su delirio*].
Ah! qué palabra fatal!....
¿Has dejado á mi rival
para insultar mi dolor?
Retírate.
Eugenio. Tu martirio
aumentas. ¿Qué, no me miras
como siempre? Tú deliras.
Clotilde. Ojalá fuese delirio?
Ingrato, ¿qué es lo que he hecho
para que me hayas matado?
adorarte, haberte dado
bastante imperio en mi pecho.
Nada en tu favor alegas!
¿Quieres borrar tu falsía
con perversa hipocresía?
Pues bien, por qué no lo niegas?
¿Quieres que yo me revista
de mi pasada dulzura?
Soi tuya. Habla con presura.
Bajas tu criminal vista!

Eugenio. Perdóname.... Confundido
nada mas puedo decir;
mas juro por tu existir
que olvidarte no he podido.
Mátame. Yo me aborrezco:
abomino mis errores....
Termina ya mis dolores.
Clotilde! no te merezco.
Clotilde. Matarte!.... Veo la ironía
con que me hablas de esa suerte:
tú sabes bien que á tu muerte
presto seguirá la mia.
No, pérfido, yo te guardo
un suplicio mas crüel.
No ignoras que al coronel
para desposarme aguardo.
Eugenio. Está bien. Marchad, señora;
mas tal gusto no tendréis;
mui presto la nueva oiréis
de que murió el que os adora.
Ya conozco que lijero
vuestro pecho me abandona,
y que en ese hombre corona
de gracia un amor primero.
Yo, Clotilde, estoi de mas.
Reinad en su corazon.
Adios!
Clotilde. Fatal situacion!
Vuelve, Eugenio: dónde vas?
Eugenio. Clotilde, escúchame: siento
que te amo con frenesí:
si te pierdo, ¿qué hai en mí
que pueda darme contento?
Guárdate de que me ausente:
si yo doi un paso mas,
un cadáver hallarás
en vez de un amante ardiente.
Habla: me mandas morir?
dime que amas á mi hermano.
Clotilde. Eugenio! Eugenio inhumano!
ah cuánto me haces sufrir!
¿Presumes que si perdiese
la esperanza de reinar
en tu pecho podria amar
á otro por grande que fuese?
Por ti vivo: si agoviada
no he sucumbido al dolor,
es porque solo tu amor
me tiene á la vida atada.
Mi bien, vacilas en creer?
No. A tus ojos baña el llanto:
no es el lloro del quebranto;
son lágrimas de placer.
Soi toda tuya; tu esposa
fiel y constante en extremo.
Dime que infundada temo
á esa mujer, á esa Rosa.
Dime esto solo.
Eugenio. Por ti
juro que nunca la amé:
error pasajero fué.
Lo crees tú tambien?
Clotilde. Oh! sí!....
Si me engañases, gran Dios!
ah! cuán criminal serias!
Eugenio. Calla. Si viene Matías,
perdidos somos los dos.
Clotilde. Que venga, y en union suya
mi padre airado, severo:
á la faz del mundo entero
quiero decir que soi tuya.
Eugenio. Sabe que hai á tus razones
obstáculos poderosos.
Clotilde. ¿Mandan acaso orgullosos
en los libres corazones?
Eugenio. No; mas tu padre irritado
tal vez tomará medidas....
Las verá desvanecidas
un plan ménos arriesgado.
Clotilde. Dices bien.... Y el coronel
terriblemente ofendido
te matará.... Oh Dios! qué olvido!
Huye.... sí.... ocúltate á él.
Por mí yo no temo nada;
mas por ti todo.... ya vienen!....
Eugenio. No, Clotilde, ellos no tienen
una alma tan exaltada.
Vendrán despues.
Clotilde. Mas qué hare
Eugenio. Encuentro un solo expediente
en lance tan exijente.
Clotilde. Y cuál es?
Eugenio. Que nos fuguemos.
Clotilde. Qué horrible proposicion!
¿Y crees tú que la aceptasé,
y mi puro honor manchase
con tan terrible borron?
Eugenio, ¿qué es lo que has vist
para tener tal audacia?....
¿Te autoriza mi desgracia
para ultrajarme?
Eugenio. Desisto,
pues así vos lo queréis;
pero decidme, señora,
si os buscan dentro de una hora
mis enemigos, qué haréis?
Estamos en su poder;
son muchos y decididos:
para vernos desunidos
basta solo su querer.
¿Qué hai en mi solicitud
que sea imprudente ó audaz?
Clotilde, ¿me crees capaz
de mancillar tu virtud?
Cuando se teme el rigor
de un enemigo implacable,
¿será la huida culpable,
no mancillando el honor?
Como esposa te contemplo:
tú me das dicha tan alta.
¿La ceremonia nos falta?
nos iremos luego al templo.
Clotilde. Pero una huida.... no.... no.
Eugenio. Eres tenaz? aun vacilas?
Piensa que tú me aniquilas!
Bien! Aquí me quedo yo.
Vendrán esos hombres, sí:
te llevarán al altar;
pero ántes me han de matar
ante tus ojos.... Aquí!....
Clotilde. Qué idea, Dios mio! y es verdad
Eugenio. Tú puedes aun impedirla.
Una voz.... quieres decirla?
Clotilde. Dispon de mi voluntad.

M. Gutierrez.

Lith. Cathejon S. Clara. n.º 8.

EL TOCADO.

EL TOCADO.

Deja, le dijo Fabio,
que aliñe su cabeza,
y ya que no por dentro,
que la adorne por fuera.
A. M. Ochoa (mejicano).

ESTRAS bellas ó no bellas lectoras verán al frente de este articulillo una estampa que representa a mujer sentada, á quien está peinando un pequero engalanado á la moda, y un hombre, de leta mayor que su espada, tomando la altura l peinado con un instrumento astronómico. s colosales y extravagantes tocados del siglo terior prestaron asunto á la presente caricatu- y á otras muchas que se publicaron en la otra ıda, parodiando tan peregrina moda. Y aun presente no son poco objeto de burla los retra- que vemos de personas de aquel tiempo; re- tos que creeriamos caricaturas si no estuviéra- s convencidos de que real y verdaderamente stieron las pelucas, las chupas, los sombreros rontes, los túnicos de tapiz y otras preciosida- no ménos chuscas.

Nuestros chalecos, fraques, corbatas y som- ros altos darán motivo á los epigramas de nues- s nietos, y otros vendrán á reirse de las modas ras: tal es el mundo. Alguno sacará de esto consecuencia que todo lo que no se usa es ri- ılo; y yo diré que se engaña, pues las cosas daderamente bellas lo son en toda época, y las ículas no dejan de serlo nunca, si bien, por la stumbre de mirarlas se nos hacen al cabo fa- liares. Ridículos son, aunque se usen, los ıntos de nuestros colegiales, los trajes de nues- s doctores, &c. Ridículas fueron, aun cuando usaban, las risibles peinetas; invencion que á ces atribuyo á algun estúpido, y á veces á al- ıo que quiso divertirse á costa del sexo hermo- Oh elefante inventor! oh alma de cántaro! corazon henchido de malicia! ¡qué desaires ılgo, calabazas), qué desaires, digo, recibirias las mujeres, pues te vengaste de una manera ı cruel y rencorosa!!!!!!..... (He puesto dia docena de admiraciones y media de puntos pensivos, por ver si así le daba mayor energía apóstrofe). Volvamos al asunto. Ridículos ı los aretes, ridículos los gorros, ridículos los *ículos;* y por el contrario, lindos son los túni- ı modernos, los ahorcadores, los abanicos, las tijas, las mantillas y otras piezas de los trages ı ahora estilan nuestras mejicanas, y que no da- motivo de risa, y sí de admiracion, á las eda- venideras. Bellas son nuestras mejicanas, mas bellas ataviadas de la manera que en el

ısaron ya los trages de los antiguos griegos, ısaron los de los europeos del siglo XVI; y embargo, no nos reimos al ver un retrato de andro ó de Cortes, de Homero ó de Cerván-

Los trages griegos no pueden usarse ya en ıtros refinados siglos; pero al cabo adoptare- los del siglo de Cárlos V, si bien con algu- modificaciones.

qui era coyuntura de demostrar que la litera- de un siglo corre parejas con sus trages; que *ibres* cabezas de Homero y de Cervántes mal ɜran podido encerrarse en las pelucas de Boi- y de Voltaire; pero escribimos para las damas, y las damas, al ménos en nuestro pais, no se curan de semejantes bagatelas. Por eso quizá, y sin quizá, oimos en sus conversaciones: *Jefe de obra, Toileta, Frivolité, Promené, Hizo furor, Golpe de ojo, Me hizo gracia, Con respeto al respecto que al áccido se tiene, Las palabras del libreto, Fuí testiga por sí misma cuando la debutanta entró por la primera vez sobre la ecsena, haciendo de prima dona en la Semirámida del maestro Bellini;* y *hizo fiasco:* culta fraseología, comparable solo al rótulo que un ilustrado frances nos puso á la puerta de su taller:

ZAPATERIA FRANCESA PARISIENSE,

y á la de aquellos volatines que anunciaron:

Monsieur y madama Simon, empresarios de todas las diversiones en tiempo de Napoleon y de Luis XVIII, tendrán el honor de dar la carrera velociped, esto es, darán cinco vueltas á la plaza de toros en cinco minutos.

Cáspita! ¡qué adelantados están en la ciencia *velocípeda* los empresarios de Napoleon y de Luis XVIII!

Pero dejando á un lado estas pequeñeces, volvamos al asunto principal, que es el tocado. Ya el festivo Iglesias se burló de la moda de su tiempo en el siguiente epigrama:

Yo vi en Paris un peinado
de tanta sublimidad,
que llegó á hacer vecindad
con el ala de un tejado.
Dos gatos que allí reñian,
luego que el peinado vieron,
á reñir sobre él se fueron,
y abajo no los sentian.

Y el Quevedo mejicano don Anastasio María Ochoa, se burló tambien con su inimitable gracia y soltura del femenil peinado de nuestros pisaverdes:

El dulce hechizo
de tanto rizo,
que don Marcelo
lleva en el pelo
con grande entono:
mira qué mono! *

Si ambos poetas resucitaran y vieran el que ahora usan nuestras mejicanas, ciertamente que no se excitara la mofa de su musa. Suprimida

* *Están tomados estos versos de las* Poesías de un mejicano, *libro, si fastidioso en la parte seria, divertido y picante en la jocosa. Como su autor no nació en Madrid ni pasó los mares, poco caso se hace aquí de él, bien que al presente podemos elogiarlo ya sin que se lastime nuestro amor propio, pues que en la epidemia del cólera murió, pobre y desconocido.* [*Era poeta y mejicano*].

Para que esta nota tenga alguna relacion con el tocado, aconsejamos en ella á nuestras damas que cuando monsieur Perruque *las esté peinando diviertan su imaginacion con la lectura del tomo segundo de dicho libro, pues la vista se enturbia cuando los ojos están fijos por mucho tiempo en el espejo.*

la peregrina peineta, fué gradualmente bajando el peinado hasta el cuello, y ha dejado descubierta y no desfigurada la parte mas hermosa del cuerpo humano, la cabeza. Esa sencillez admirable cuánto agrada á la vista! cuán sublime es la cabeza de una mujer melancólica, sin trapujos ni peinetones, sin pirámides ni obeliscos! Pero los peluqueros no dejarán en paz la cabeza de nuestras damas: cuando vayan sintiendo la lijereza de sus bolsas, si han comenzado por los superfluos *tembladores*, acabarán por elevar á la prosperidad de su hacienda un arco triunfal sobre las cabezas de nuestras mejicanas, y una tumba á los bolsillos de maridos y padres.

Ya que desde los copleros
hasta los frios políticos
se nos van metiendo á críticos
y á hipócritas misioneros,
yo predico y doi consejos
sobre tocados y trages,
aunque expuesto á los ultrajes
de modistas y de viejos.
¿Mas todo ha de ser balazos,
y repúblicas, y leyes,
y dictadores, y reyes,
y gritos, y sombrerazos?....
Si al leer este articulito
alguna vírgen suspira
por quien lo escribe y delira,
todo eso me importa un pito.

I. Rodriguez.

EL SAYON.

CUENTO ROMANTICO EN VERSO ORIGINAL

de

D. GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA.

—

CUADROS.

El Barco.	*La Capilla.*
La Luna.	*El Caballero.*
El Castillo.	*La Cita.*
El Peregrino.	*La Fosa.*

—

EL BARCO.

Tremenda borrasca en noche lluviosa
Y oscura, agitaba las olas del mar;
El rayo silbaba con furia espantosa,
Chocaban los vientos con recio bramar.
Velero un navío los mares hendia,
Quebrados los cabies, deshecho el timon:
Votando en la popa furioso se via,
Cubierto de acero, sentado un sayon.
Brillaban sus ojos cual rayo de muerte,
Su voz mas que el trueno sonaba fatal;
Al ver los abismos que amagan su suerte
Maldicion! clamaba con grito infernal.
El voto protervo del fiero soldado
El viento en las nubes fatal repitió;
Maldicion! decia, y el cielo indignado
Al barco maldito un rayo lanzó.
Sus tablas la llama voraz consumia,
De fuego inundando al férreo sayon;
En medio al incendio, feroz sonreia,
Envuelto del humo en denso turbion.
Un débil acento se deja sentir;
Temblara el soldado, vacila un instante
Ahogado suspiro tornárase á oir;
Al fondo del barco penetra el gigante.
Crecia la hoguera del viento arreciad
Semeja el bajel un leño encendido,
Sepulcro le ofrece la mar irritada:
De nuevo el soldado se ostenta atrevido.
Un pálido bulto de rostro hechicero,
Imágen divina de acerbo dolor,
Sostiene en sus brazos con aire altanero
Y al pecho le oprime con bárbaro ardor.
En tanto el incendio dó quier le acosa
Y el leño se hundia, y el mar lo sumió;
El hombre á las aguas veloz se arrojara
Un *ai!* moribundo al golpe siguió.
Parece una sombra fantástica, leve,
El bulto surcando los mares audaz:
Lanzarle sus rayos el Dios no se atreve,
Que lleva en los brazos un ángel de paz
Las ondas hinchadas con furia terrible
Cien veces la presa le intentan robar;
Cien veces el hombre con mano invisibl
Su hermoso tesoro consigue salvar.
Y ya desmayarse sus brios sentia;
Su torva mirada su afan descubriera;
De pronto le anima dichosa alegría,
Que vido cercana la amiga ribera.
Ya toca su orilla. Ya el mar lo alejó.
Salvar la hermosura anhela el soldado.
Se agita, se esfuerza.... por fin la salvó.
Al verse en la playa cayó desmayado.

LA LUNA.

El estrépito violento
De los bravos aquilones
Se amansara.
Despejado el firmamento
De los negros nubarrones
Se ostentara.

La luna triste y sombría,
Tras de una nube, medrosa
Se mostró.
El rayo tibió que envía,
En la mar aun espumosa
Reflejó.

Pálida su luz derrama
Por el campo solitario,
Silencioso.
Cual la despide la llama
Que ilumina algun osario
Tenebroso.

A la débil claridad
Se ve tendido un soldado
en la arena;

Se retratan en su faz
Los tormentos á que el hado
Le condena.

Junto á él yace una doncella:
Cual la madre del amor
Es hermosa;
Y su frente pura y bella
Cual la imágen del pudor
Candorosa.

Un lamento penetrante,
Pavoroso resonara
En su oido:
Se turba el bello semblante,
Y temblando despertara
Al ruido.

Su seno débil latió:
Fija lánguida mirada
En la luna,
Que entre nubes se ocultó;
Llora entónces desolada
Su fortuna.

El astro torna á brillar:
La vista ansiosa revuelve
A su lado:
Y hubo casi de espirar
Mirando el ropon que envuelve
Al soldado.

—"Cielos! aquí mi asesino!
El bárbaro que me aleja
De mi esposo!
"Cuán funesto es mi destino!
Del hombre en poder me deja
Mas odioso!

"No empero me ha de rendir
Ni su mentida ternura,
Ni el puñal:
"Antes quiero sucumbir,
Sufriendo horrible tortura,
O el dogal;

"Que son mas tremendos males
Sufrir el latir violento
De aquel seno;
"O en sus brazos infernales
Respirar su impuro aliento
Por veneno.

"Oh tú, luna sosegada,
Diosa de la noche umbría,
Mi consuelo!
"Cuya lumbre desmayada
Fortalece el alma mia
Desde el cielo!

"¡Acaso tambien te admira
Mi aflijido caballero,
Y te llora!
"¡Acaso por mí suspira,
Y en tu brillo placentero,
Ai! me adora!

"Calma su acerbo dolor,
Sosiega el pecho cuidoso
De mi amigo.
"Dulce amiga del amor!
Yo tu númen poderoso
Le bendigo...."

EL CÁSTILLO.

Del letargo profundo y terrible
El sayon se despierta asombrado;
El acero blandiendo irritado,
Mira en torno con saña feroz.
Mas escucha á la jóven sensible,
Que á los cielos llorosa invocara;
Y su ceño del rostro pasara,
Cual relámpago pasa veloz.
Ya la lumbre
Bienhechora
De la aurora
Renacia.
La ribera
Con cuidado
El soldado
Recorria.
Ni una choza, ni aun mísera ruina
Dó albergarse el sayon encontró,
Y á la vírgen hermosa gritó:
"El camino es forzoso emprender."
Palidece la triste Malvina:
Con despecho el soldado la mira:
Una queja en sus labios espira,
Y su llanto cesó de correr.
Y afijida,
Adelanta
Débil planta
La beldad.
Y se erguia,
Cual palmera
Que abatiera
Tempestad.
A su lado el sayon impaciente
La contempla con lúbrico encanto;
Sus transportes infunden espanto
A la vírgen que marcha con él.
¡Cuál padece su pecho inocente,
Si se apoya en el brazo acerado!
¡Cuál al ver su mirar abrasado,
La atormenta suplicio cruel!
Sube encima
De alta peña;
Una enseña
Descubrió
El guerrero
Que gozoso,
Presuroso
Caminó.
Ya se encuentra en la vasta llanura:
Un castillo feudal poderoso,
Que en las nubes se ostenta orgulloso,
Se elevaba entre inmensos jardines.
Ancho foso tenia y de hondura,
Y robustas murallas alzadas,
Y de hierro las puertas pesadas,
Defendidas de recios fortines.
Y cantando
Se veia
Al vigía
Del ponton;
Separada
Con fiereza

La cabeza
Del lanzon.
Otros muchos cuidosos soldados
Por los muros armados vagaban;
Un estruendo espantable formaban
Con sus lanzas y duro crujir.
Un clarin les detuvo asombrados;
La doncella sentia pavor;
El sayon la juró por su honor,
O salvarla, ó por ella morir.
Y estrechando
Con locura
La hermosura
Celestial,
La encontrara
Desfallida,
Ni de vida
Dió señal.
A los vientos ondea orgulloso
De los bravos temido pendon;
Una muerte se ve por blason
Retratada en el lienzo fatal.
"Son amigos, exclama gozoso;
Oh! mi fiel corazon no mentia:"
Y acercándose altivo al vigía,
Pide entrada con voz sepulcral.
Escuchando
Altanero
Al guerrero
Le mandar,
El vigía
Sobre el foso,
Desdeñoso
Vese andar.
De despecho el sayon se enajena,
Por Beltran su venganza jurara,
Su espadon á la almena lanzara;
Diz que el hombre y el muro tembló.
De Beltran el renombre resuena,
El rastrillo veloz descendiera;
De soldados tropel acudiera;
"Es Beltran," en voz baja se oyó.
Que es un nombre
Conocido,
Y temido
Su puñal.
Asombrosa
Su pujanza,
Y su lanza
Sin igual.
Con espanto mirando al guerrero
Los sayones formados se ven;
Les observa con frio desden
Sus penachos al suelo inclinar.
En sus brazos el bulto hechicero
Sosteniendo, penetra veloz;
"Es Beltran," repetia la voz,
Y la puerta se vido cerrar.

EL PEREGRINO.

Desde una angosta tronera
De su prision tenebrosa,
Mirando las dobles rejas,
Malvina su suerte llora.
Surcan el cielo lijeras
Pardas nubes tormentosas,
Que del sol triste y opaco
Empañan la luz dudosa.
Ya sus últimos reflejos
Apénas las torres doran
Mal alzadas, y su disco
Desparece entre las rocas.
Brilla en los cielos la estrella
De la noche precursora,
Y las sombras por los campos
Se derraman presurosas;
El aura con blando ruido
Suspira triste en las hojas,
Y grato suena á lo léjos
El murmurio de las ondas.
Malvina solo gemia
Cuando el mundo en paz reposa,
Y sus ayes y suspiros
Fugaz el viento los roba.
Mas ya no gime, que el eco
De una cancion amorosa
La acuerda el romance tierno
Del trovador que ella adora.
Su seno se agita. Ai triste!
Mintió su esperanza loca,
No es el guerrero que amaba
El que la balada entona,
Sino un vigía, que alerta
Cantando pasa las horas.
Malvina al ver su delirio
Desconsolada solloza,
De nuevo el romance escucha,
Que sensible la enamora:
Ya no canta el centinela,
Es la voz mas armoniosa,
Suena en el fondo del bosque,
De amores dice la trova,
Y al sentirla mas cercana
Malvina escuchaba absorta.
Inquieto late su pecho,
La faz á la reja asoma,
Y de entre troncos espesos
Ve salir una persona.
Ancho sombrero, un cayado,
Y sobre el sayo dos conchas
En la grosera esclavina,
Ser peregrino denotan.
Acércase receloso
Mirando á las claraboyas;
Trae velado el semblante;
Al verla se desemboza.
Varonil rostro descubre
Y crecida barba roja:
Noble era el talle y donoso,
Su presencia majestuosa.
La dirije el extranjero
Cierta seña cautelosa,
Y desabrochando el sayo,
Un billete desarrolla.
Se acerca para arrojarle,
Malvina su intento nota;
Mas veloz desparecer
Se vió entre la selva umbrosa.
Suena el crujir de las armas,
La marcha marcada y sorda,
Y descubre seis guerreros
Que por la muralla rondan.
Ya se ausentó la patrulla,
El extranjero no torna,
Y por su suerte temblaba
La doncella cuidadosa.
En cada ramaje piensa

Que vislumbra una persona :
Suenan pasos : junto al foso
Vió aparecerse otra ronda :
Debajo de las ventanas
Descansa alegre la tropa,
Y forman horrible son
Las lanzas que al muro apoyan.
Los sayones se recuestan,
En los capotes se embozan,
Y alguna vez se perciben
Sus voces fieras y roncas.
Silencio despues reinara,
Y soledad espantosa
Para Malvina, que triste
Su muerta esperanza llora.
Abatida en su prision,
Sobre un escaño se arroja,
Cuando la voz tan ansiada
Otra vez su atencion roba.
Los sayones se levantan,
Registran la selva toda
Lanza en mano, sin hallar
Al que cantaba esta trova.

Trova.

" Tú, la infelice
Bella señora,
Tú, la que adora
Mi corazon :
" Ni fuertes rejas,
Ni alzados muros,
Están seguros
De mi lanzon.
" Lóbrega cárcel
Por sepultura,
A tu hermosura
No se dará.
" Que entre mis brazos
Trono dichoso
Amor piadoso
Te volverá.

" ¡ Guai del protervo,
Fiero tirano
Que así inhumano
Te arrebató !
" ¡ Guai del infame,
Mal caballero
Que así su acero
Vil mancilló ! "

La voz callara de pronto
En su cancion misteriosa ;
Un bulto vió deslizarse,
De cerca otros tres le acosan ;
El ruido de armas sonaba
Con pavor : Malvina implora
A su Dios, que al peregrino
Le conceda la victoria.

LA CAPILLA.

De un verde lago á la orilla,
Solitaria, una capilla
Misteriosa,
Gigantesca, en la espesura
Se levanta, de figura
Ya ruinosa.

Rotos en negros montones,
De piedra sus paredones
Por un lado :
Por el otro que existian,
A pedazos se caian
Del techado ;

Y su cúpula rajada,
Y su torre desquiciada
Por el viento,
Amaga sobre el santuario,
De torcido campanario
Su hundimiento.

La noche sigue callada,
La pura luna argentada
Blanqueó
La capilla antigua y vieja
Donde negrusca corneja
Se anidó.

Ni una lámpara lucia ;
Solo el viento allí mujia
Pavoroso.
Se oye de un manto el crujido,
De un paso el sordo estampido
Receloso.

Y luego en la oscusa puerta,
La faz del sayo cubierta,
Se asomara,
Cual fiero espectro, un hombron;
Esclavina y sombreron
Le adornara :

Descubre el rostro divino....
Es el mismo peregrino
Que cantó.
Sobre un zócalo quebrado,
De tosca piedra labrado,
Se sentó.

A poco rato en la escarcha
Siente resbalar la marcha
De un corcel :
Aparece en la espesura,
Gigante férrea figura,
Un doncel.

A pié le sigue un soldado ;
Lleva encaparazonado
Un bridon.
El peregrino al mirarlos,
Corrió gozoso á abrazarlos
Con pasion.

— " Don Rodrigo ! — Galaor !
— Oh magnánimo Rodrigo !
¿ Vos aquí, mi tierno amigo,
Mi leal consolador ?
Nunca mi pecho dudara
De afecto tan cuidadoso,
Que os creia generoso
Por ser noble y por ser Lara.
— Dispensadme, amigo mio,
Consolemos vuestras penas.
Y Malvina ? — Entre cadenas.
— Romperlas pronto confio ;
Conmigo vienen, Galaor,

Cien apuestos caballeros,
Que han jurado defenderos
Y defender vuestro honor.
Una noche me he tardado;
Sin duda me esperariáis,
O acaso me culpariáis
De indolente ó descuidado.
Ya por fortuna llegué:
Marchemos presto á la gloria:
Es segura la victoria
Donde Galaor esté.
— ¿Cómo pagaros, fiel Lara,
Lo mucho que ya os debí?
— En esto me sirvo á mí,
Y en no hacerlo me injuriara.
Deudo de Malvina soi,
Vuestro amigo verdadero,
De la Vírgen caballero;
Juzgad si empeñado estoi
En tan honrosa demanda.
Vuestra esposa salvaré,
Que en ello empeñé mi fe
Al cruzarme de esta banda.
— Abrazadme. — Dulces lazos.
Galaor, la noche declina;
Antes del alba á Malvina
Estrecharán vuestros brazos."

Se desprende en el momento,
Llamando con sordo acento,
"Rui-Cebállos."
Se acerca este presuroso,
Y presenta respetuoso
Los caballos.

Recruje el arzon de acero
Bajo el peso del guerrero
Don Rodrigo,
Que montó con lijereza,
Y espera con gentileza
A su amigo.

Salta tambien orgulloso
Sobre un alazan fogoso
El campeon.
Y seguido del de Lara,
A media rienda soltara
Su troton.

EL CABALLERO.

Apénas su faz mostró
Por oriente el nuevo dia,
Cuando distante sonó
Ruidosa trompetería
Que los montes atronó.
Confuso se oye el trotar
De corceles corredores;
El sol se ve reflejar
En aceros brilladores
Que forman de luz un mar.
Hidalgos de gran valia,
Caballeros de valor,
Cien ginetes conducia
El amante Galaor
Por salvar la que queria.
Era el guerrero galan,
De mui bizarra apostura;
Monta un fogoso alazan,
Tan arrogante en bravura
Cuanto es bravo el huracan.
Marcha el bruto generoso
Con noble paso gentil,
De su ginete orgulloso,
Que muestra ademan hostil
Y de venganza ganoso.
Lijero viene el troton
A guisa de guerrear;
Sobre él se ve al infanzon
Diestro en los aires vibrar
Su ponderoso lanzon.
Y en lo ufano del guerrero,
Y en lo altivo, y en el brio
Del gallardo caballero,
Entre el denso polverío
Semeja á Mavorte fiero.
A su lado se ostentara,
Inmóvil como una roca,
El home-rico de Lara;
Al combate les provoca,
Su continente aterrara.
Ordena bien su escuadron
Galaor á la batalla,
Y picando su bridon,
Se adelanta á la muralla
Donde se via el sayon:
Y le grita: — "Mal nacido,
Guerrillero desleal,
Tal honor no has merecido;
Mas hoi te acepto rival,
Que verte quiero rendido.
"Depon tu orgullo, malvado,
Dobla ante mí la rodilla;
Tu pronta muerte ha llegado:
Vengadora mi cuchilla
Sacrificarte ha jurado.
"Hierro empuña cortador,
Escoje lanza pesada
Y corcel batallador:
Ya te aguarda en la esplanada
Tu enemigo Galaor."
Cual fantasma colosal,
Inmóvil desde el torreon,
Escucha el reto fatal
El furibundo sayon,
Y sonriera infernal.
Su manopla requirió
Involuntaria el acero:
Entre dientes blasfemó,
Y con ademan severo
Detras del muro se hundió.
Ya tornara á parecer,
Ya le espera el adalid,
Chilla el rastrillo al caer,
Ya caminan á la lid,
Ya se les vió arremeter.

LA CITA.

La tarde opaca declina;
El trueno de tempestad
Confuso zumba á lo léjos;
El silbo del huracan
Muje en las cimas riscosas
Con tristísimo bramar.
Densa niebla triste y fria
Con su manto funeral,
La tierra envuelve en vapores

De siniestra oscuridad.
Dos voces broncas se escuchan
Cabe un negro peñascal:
Era sombría una de ellas,
Y expresaba autoridad.

" Se ha perdido, decia;
El hado de las armas fué contrario
A la esperanza mia.
Dí, ¿ cuántos caballeros,
Entre el feroz tumulto confundidos,
Por fraude en el alcázar penetraron?
— Señor, veinte guerreros
Fieles y decididos,
Ni aun juzgo mas del escuadron quedaron.
— Dentro de poco, replicó el primero,
A media noche, cnando el bronce duro
Con tañir plañidero
Y tono sepulcral marque las doce,
Me encontraréis sin falta junto al muro.
Habréis ya arrebatado
Con sigilo el cadáver del caudillo,
Que se encuentra ultrajado
En la indigna mansion de infiel castillo.
De ese tranquilo bosque en la fragura,
Dó el viento es libre, y aun su tierra pura,
En muestra de dolor,
Al noble Galaor
Le darán nuestras manos sepultura."

Aquí su voz comprimida,
Acaso por su penar,
Un eco lúgubre exhala
Que arrebató el huracan.
Despues las voces se oyeron,
Con confuso murmurar,
Largo rato entre las peñas;
Al fin se dejó escuchar:

" A Malvina salvar, ó morir todos:
Si no es posible, que tambien sucumba;
Que mas bien que exponerse al deshonor,
Y del sayon al criminal ardor,
Querrá estrecharse al que adoró en la tumba."

Tornóse todo al silencio.
Luego se oye rechinar
La dura marcha en la arena
De dos personas, fugaz.
— Lo entendiste? — Sí señor.
— A las doce. — Descuidad.
Y despues tambien sonaron
Con ronco seco chascar
Dos manoplas aceradas,
Que cual prueba de amistad
Apretarse parecieron,
Y ya no se vido mas.

LA FOSA.

Derrama la noche al mundo adormido
Tinieblas tan densas que infunden pavor:
Ostenta la luna su disco encendido
Cual sangre, entre nubes de rojo color.
De aguda campana el bronce sonante
Zumbando, las doce tristísimo dió;
Revibra en los aires el eco punzante,
Y lúgubre en ellos su son se perdió.
En ancho ropaje camina embozado
Un bulto medroso de inmensa estatura:
Fugaz se desliza con paso callado;
Crujia en su marcha la oculta armadura.
Orilla del foso inmóvil quedó;
Enclava en el muro su vista radiante
Cual lumbre, y su fuego al bosque alumbró;
Un rayo parece que lanza el gigante.
Reinaba silencio tranquilo, horroroso;
En pié permanece con aire aflijido;
A pocos instantes sonó pavoroso
Por dentro á los muros un sordo silbido.
Fugaz en las torres antorcha brillara,
Y rápida oculta su triste fulgor:
Entónces el bulto, pausado silbara;
Prolonga el sonido un eco de horror.
De nuevo aparece escasa, sombría,
La luz en la almena del fuerte castillo;
De sordas pisadas el ruido se oia:
Abrióse en silencio secreto portillo.
Profunda caverna semeja su entrada;
Mil sombras por dentro parecen vagar:
Feroz comitiva avanza enlutada;
Las lanzas en lo alto se ven relumbrar.
Veinte hombres serian de torvo semblante,
De atléticas formas y negro vestido:
Les sale al encuentro el bulto arrogante,
Y marcha á su frente con paso atrevido.
Delante un soldado llevando la cruz,
Le sigue, los otros formaban hileras:
En medio conducen un negro atahud,
Y el féretro cubren plegadas banderas.
Lijeros recorren el bosque fragoso,
Ni un canto guerrero se oia entonar:
Allí se respira eterno reposo,
La muerte domina tan triste lugar.
Descansan las andas, la fúnebre tropa
De veinte azadones veiase armada;
El gefe desprende del hombro su ropa,
Tambien en sus manos relumbra la azada.
Seis negros hachones en torno lucian,
Su llama despiden dudosa y oscura,
En tanto las lanzas la tierra partian;
Un hoyo preparan fatal sepultura.
Envueltos en humo feroces cavando,
Las furias parecen que aborta el averno:
El bulto la frente sudosa limpiando,
Se ostenta impasible cual Dios del infierno.
Ya tienen cavada la lúgubre tumba,
El cuerpo remueven con santo temor:
El yerto cadáver cayendo retumba,
Por siempre del mundo pasara Galaor.
La tropa enlutada dobló la rodilla,
Se oyeron sus preces al cielo elevar;
El gefe blandiendo la enorme cuchilla,
Venganza! sobre ella les hizo jurar.
Venganza! gritaron con ronco furor,
A un tiempo sus armas clavando en la fosa;
Venganza! repite lejano clamor,
Y rápidos cruzan la selva fragosa.
En breve su marcha dejó de sonar,
Las nubes se cubren de un velo morado,
Densísimo y rojo, y vense elevar
Inmensas columnas de un humo abrasado.
Ardian los bosques con fuego horroroso,
Del recio castillo los muros ardian,
En medio el incendio voraz, espantoso,
Mil ayes de muerte confusos se oian.
Beltran y Malvina los dos sucumbieron,
Y todos los bravos la noche fatal.

Del gran poderío que aquellos tuvieron,
Cenizas y polvo quedó por señal.
Cadáveres mil la luna blanquea,
Un yermo desierto alumbra su luz:
Impávido, solo, el bulto pasea,
Y un muerto examina de blanco capuz.
Suspira apartando los negros escombros,
Un cuerpo divino de entre ellos alzara:
Se aleja acia el bosque llevándole en hombros:
El muerto es Malvina, el hombre el de Lara.

UN MUERTO QUE HABLA.

Viniendose á indultar á la capital uno de los antiguos patriotas, llamados insurgentes, le cojió la noche en un monte, y no viendo por allí cerca ni siquiera una cabaña donde alojarse, determinó pasar la noche en un árbol, donde trepó con mucho trabajo por ser la noche mui oscura. A cosa de las doce oyó un tropel de caballos, que paró al pié del árbol en que estaba, y cuyos ginetes se decian mutuamente: "Sube á bajarlo," de lo cual infirió que iban en su seguimiento; y temiendo que si ninguno subia y él no bajaba, lo harian descender á balazos, no hallándose dispuesto á ejecutar semejante tramoya, les dijo: "Señores, yo bajaré;" y produciendo en ellos estas palabras un efecto diametralmente opuesto al que esperaba, se fueron á todo escape por donde habian venido. Nuestro hombre se quedó admirado, y por mas conjeturas que formó en lo restante de la noche, no adivinó la causa de tan inesperada fuga. Al amanecer encontró un ahorcado en el mismo árbol, y de aquí infirió que viniendo sus parientes por el cuerpo, al oir su respuesta, creyeron firmemente que el muerto les habia hablado.

El Amigo de la Juventud.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Concha. El arte de labrar la concha de tortuga para hacer diferentes objetos es mui antiguo. Se dice que Homero atribuye á Mercurio el primer uso de la concha, y que Plinio es de opinion que Carvilius Polius fué el primero que trabajó dicha materia en Roma en tiempo de Sila. En el de Neron se descubrió el secreto de teñir la concha imitando á las maderas preciosas.

Cónclave. El papa Gregorio X convocó un concilio general en Leon de Francia en 1274, y en él se dispuso, entre otras cosas, que despues de la muerte del pontífice, los cardenales presentes esperasen diez dias á los ausentes, al cabo de los cuales todos entrasen en cónclave, esto es, en una pieza cerrada *con llave*, en donde debian permanecer hasta verificarse la eleccion del nuevo papa. Esta y otras disposiciones de dicho concilio fueron despues modificadas; y por útltimo, la santidad de Gregorio XV estableció definitiv mente las ceremonias y formalidades que deb observarse en el cónclave.

Condes. Su nombre viene del latin *com* compañero; porque en su orígen llamaban así l Romanos á los favoritos del emperador, y á l que le acompañaban en sus viajes. Se daba ta bien el nombre de *comites* á los acompañantes adjuntos que tenian los duques para la administr cion de justicia en las ciudades; y en ausen de estos solian tener la autoridad de mandar l tropas y las provincias. En España hubo ya tiempo de los Romanos algunos gobernadores c el título de condes; y los castellanos á mediad del siglo IX dieron este mismo título á algun grandes.

Confesion de Ausbourg. Se dió este nom á la profesion de fe que los luteranos presentar al emperador Cárlos V en la dieta de Ausbou en 1530, compuesta primeramente por Lutero, reformada despues por Melanchthon, que la red tó en 28 artículos.

Conmemoracion de los difuntos. Este aniv sario, que por via de sufragio por los fieles difu tos se celebra el 2 de noviembre, le instituyó s Odilon, abad de Cluni, que murió en 1048; y l go fué admitido por toda la iglesia católica.

Corbata ó corbatin. Creese que los Croat fueron sus inventores, y que su uso se generali entre las demas naciones por los años 1600.

Coronel. Se dice que este grado militar no f conocido hasta principios del siglo sexto.

Corpus. En el año 1249 el obispo de Lieja rijió una carta á su clero, ordenando que se ce brase en aquella diócesis una fiesta en honor Santísimo Sacramento el juéves siguiente á la mínica de Trinidad. El papa Urbano IV ex dió una bula en 1264, por la cual instituyó e festividad, señalando para ella el mismo juéves su establecimiento en el obispado de Lieja. procesion que solemniza esta festividad fué es blecida en 1316 por disposicion del pontífice Ju XXII.

Correos. El establecimiento de los correos mui antiguo, y los primeros de que se hace me cion parece que fueron establecidos por Ciro, de Persia. Los Griegos tenian correos á pié y caballo: los primeros, que se llamaban *hemerod mos*, eran célebres por su increible velocidad, pu andaban hasta treinta leguas por dia: los segu dos cambiaban de caballos casi como se hace ah ra. Augusto fué el primer emperador roma que estableció postas arregladas, extendiéndola todas las provincias del imperio; y las casas posta de distancia en distancia fueron establec das por Diocleciano; pero con la decadencia d imperio quedó enteramente abandonado este sist ma de comunicaciones. Los correos debieron restablecimiento, bajo el nombre de mensajerí á la universidad de Paris, que las puso en uso p ra que la multitud de estudiantes que concurri á ella pudiesen comunicarse con sus familias.

Crespon. Esta tela fué inventada en la ciud de Bolonia en Italia, y no se conoció en Fran hasta que en el año 1667 la llevó un tal Burg

Cristianos. Este nombre se dió por prim vez en Antioquía, acia el año 40 de la era vulg á los que seguian la lei de Jesucristo.

Gefe de Villa, y Eyalieta.

Poder de la voluntad humana.

Un córcego llamado Lúcas Antonio Viterbi fué condenado á muerte el año de 1821, por el real tribunal de Bastia, con motivo de un crímen de que el acusado protestó siempre estar inocente. Apeló, y volvió confirmada la sentencia de muerte; por manera que ya le era casi imposible escapar del patíbulo; pero el sentenciado se propuso con todas véras no servir de espectáculo á un público desapiadado.

Estaba Viterbi en la cárcel de Bastia, cuando supo el dia 2 de diciembre la confirmacion de la sentencia, y luego formó la resolucion de dejarse morir de hambre. Nada fué capaz de hacer mudar de resolucion á aquel carácter implacable, y Viterbi murió en la noche del 20 al 21 del propio mes, siendo de advertir que el largo suplicio de este hombre extraordinario fué tan cruel como el de Tántalo, pues el carcelero cuidaba todos los dias de llevarle de comer y de beber.

Los tres primeros dias padeció Viterbi los tormentos del hambre, y los soportó con admirable valor, y en estos tres primeros dias no se puso débil ni se notó en él ningun movimiento muscular; sus ideas eran tan coordinadas como siempre, y pudo escribir, segun lo tenia de costumbre.

Del quinto al sexto dia succedió á la necesidad de comer la imperiosísima de beber, y llegó la sed á un grado tal, que el sexto dia empezó Viterbi á mojarse los labios de cuando en cuando, y á tomar algunos buches de agua, haciendo gárgaras con ella para aplacar el fuego que le quemaba el gargüero. En este momento estaba un poco débil; pero conservaba sonora su voz, los movimientos del pulso no habian perdido su regularidad, y el calor del cuerpo permanecia en su estado normal. Continuó Viterbi escribiendo este dia, y por la noche gustó algunas horas de un sueño bastante quieto, sin que experimentase la menor degradacion ninguna de sus facultades morales, y sin quejarse de ningun dolor local.

Aunque el ardor de la sed iba haciéndose cada vez mas intolerable, hasta el dia 10 se limitó Viterbi á hacer gárgaras sin tragar ni una gota de agua; pero cediendo aquel dia al exceso del dolor, tomó el jarro de agua que siempre le ponian, y bebió algunos tragos. Tres dias ántes habia empezado á debilitarse, y esta debilidad hacia sensibles progresos: la voz estaba mas apagada, las pulsaciones eran ménos regulares, y el frio comenzaba ya á hacerse sentir; mas con todo eso, continuaba Viterbi escribiendo, y por la noche hallaba algun alivio en el sueño.

Del 10 al 12 fueron los síntomas los mismos, si bien hicieron algunos progresos. Mas no vaciló la constancia de Viterbi un solo instante; dictó sus apuntes, los leyó y firmó. En la noche del 12 al 13 presentaron los síntomas un carácter mucho mas grave, pues la debilidad fué extrema, el pulso era casi nulo, y la voz estaba mui apagada; el frio habia ido ganando terreno, y la sed fué mas ardiente que nunca. El dia 13, creyendo el desdichado que ya estaba próxima su muerte, y juzgando que no podrian dilatarla mas algunas gotas de agua, volvió á tomar el jarro, y bebió por dos veces. Hecho esto, sintió que el frio era mas intenso, y dándose el parabien de haber logrado su intento, se tendió en el lecho, diciendo á los soldados que lo custodiaban: "Miren ustedes qué bien me acomodo." De allí á un cuarto de hora preguntó si habia licor ó aguardiente, y no teniendo el conserje ni uno ni otro, pidió vino Viterbi, y bebió cuatro cucharadas. Luego que las tomó cesó el frio, sintió el infortunado algun calor, y durmió cuatro horas.

Cuando despertó, es decir, el dia 14 por la mañana, sintiendo Viterbi que habia restablecido sus fuerzas, se incomodó mucho con el conserje, pues decia que lo habia engañado, y dió de cabezadas contra las paredes con tal violencia, que sin el auxilio de los soldados, que no lo perdian de vista, infaliblemente se hubiera matado. En los dos dias siguientes resistió con firmeza á la tentacion de beber, mas hizo algunas gárgaras. De noche sentia alguna debilidad, pero mui lijera, y por la mañana tenia un poco de alivio.

El dia 16 á las cinco de la mañana casi eran ya nulas sus fuerzas, su pulso apénas se sentia, su voz se percibia con trabajo, su cuerpo estaba mui frio, y era de creer que este dia espirase. A las diez empezó á sentirse mejor, pues sus fuerzas se restablecieron un tanto, era la voz mas clara, y estaba el cuerpo mas caliente, durando este estado, con mui lijeras variaciones, hasta el 17 de diciembre. De este dia al 20 se afirmó Viterbi mas y mas en la voluntad de morir; rehusó con entereza toda especie de alimentos, y aun resistió á la sed que lo devoraba, pues no entró una sola gota de agua en su cuerpo, aunque tomó algunos buches para humedecerse la boca, y de cuando en cuando se mojaba los párpados, porque decia que así sentia que se le mitigaba su devoradora sed.

El dia 19 reapareció el hambre con mas fuerza que nunca, y fueron tales los dolores que sentia Viterbi, que derramó por vez primera algunas lágrimas; pero esta alma fortísima se indignó contra sí misma al pagar este tributo á la frágil humanidad; y se le oyó decir en un momento en que recobró su energía: "Insisto, suceda lo que sucediere, pues no ha de ser mas fuerte el cuerpo que el alma. La fuerza del espíritu nunca varía; mas la del cuerpo se consume de dia en dia."

Despues de pronunciar estas palabras, para lo cual hizo grande esfuerzo, le acometieron los calofríos con mas frecuencia y rapidez, tanto que tuvo que abrigarse el infeliz.

El dia 19 sintió algunos dolores en el corazon; pero duraban poco, y solo se manifestaban por intervalos. El mismo dia sintió Viterbi por la primera vez zumbarle los oidos. A la una y media tenia la cabeza cargada, aunque conservaba clara la vista, y continuó hablando, casi como lo tenia de costumbre, y haciendo algunas señas con las manos.

El dia 20 declaró Viterbi al conserje y al médico que no queria ni aun humedecerse la boca, y sintiendo que se acercaba su muerte, se acostó en su cama, y preguntó á los soldados, como lo habia hecho pocos dias ántes, si estaba bien acostado, y luego añadió: "Ya estoi pronto á partir!" Estas fueron sus últimas palabras.... Y esta vez no dejó la muerte burlada la voluntad del hombre esforzado que quiso librar á su familia de la vergüenza de ver á un miembro suyo en un patíbulo. El dia 21 salió de esta vida el desgraciado Viterbi.

Magasin universel. Traducido por M. G.

HAMLET.

HAMLET. Ai! pobre Yorick!.... Yo le conocí, Horacio.... Era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros.... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita.... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número.... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito. Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad.... Ve al tocador de alguna de nuestras damas, y dila para excitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de experimentar esta misma transformacion.... Dime una cosa, Horacio.

Horacio. Cuál es, señor?

Hamlet. ¿Crees tú que Alejandro metido debajo de tierra tendria esa forma horrible?

Horacio. Cierto que sí.

Hamlet. Y exhalaria ese mismo hedor?.... Uh! [*Tira la calavera*].

Horacio. Sin diferencia alguna.

Hamlet. ¡En qué abatimiento hemos de parar, Horacio!.... ¿Y por qué no podria la imaginacion seguir las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

Horacio. A fe que seria excesiva curiosidad ir á examinarlo.

Hamlet. No, no por cierto. No hai sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos el barro.... ¿Y por qué con este barro en que él está ya convertido no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire....

SHAKSPEARE. *Traduccion de* MORATIN.

Tal es la escena representada por el señor Eugenio Delacroix en una pintura de la cual es copia nuestra estampa. No ha sido posible darle aquel colorido de melancolía que tanto resalta en el original; mas el continente pensativo de Hamlet nos muestra un habitante del Norte, y al notar su complexion pálida y enfermiza, bien se advierte que el cuerpo ha sucumbido á los dolores del alma. Como por contraste, se ve en las facciones de Horacio una tristeza pasajera, y su actitud demuestra que no está mui ocupada su imaginacion, como la de Hamlet, que no quisiera separarse de aquel lúgubre sitio, que abandonaria Horacio gustoso. Piensa este, como la mayor parte de los hombres, que la muerte es uno de aquellos misterios que no deben profundizarse en demasía: ¿qué interes, qué doloroso encanto hallaria en meditar lo que pasa mas allá de los límites de nuestra existencia temporal? La hora en que debe cesar esta existencia no se presenta á la mente de Horacio sino como la hora en que llega el fin de todas las cosas, la hora de la nada. Así pues, ¿no tiene razon en creer que seria excesiva curiosidad examinar este punto?

Magasin pittoresque. *Traducido por* M. G.

EL CAZADOR NEGRO.

ERNESTO ó Alberto (no me acuerdo cuál de los dos) rei de Bohemia, era aficionadísimo á la caza, tanto que pudiera llamársele el Nemrod de su tiempo. Sus largas y frecuentes cacerías se extendian desde la ciudad de Praga hasta los mas remotos confines de su reino, cubierto en aquella época de espesos bosques.

Un dia que de vuelta de su acostumbrada cacería se acababa de sentar á la mesa con sus caballeros, y animado de un regio apetito estaba haciendo cuartos un enorme jabalí que él mismo habia matado, y habia mandado asar enterito, como se acostumbraba en los tiempos de Homero, entró de repente en la sala el montero mayor, y dijo al rei:

—Un desconocido, señor, quiere hablar con V. M., si se lo permite, y....

—Aun cuando sea un ángel ó un santo el que me quiere hablar, que espere hasta que yo acabe de comer. Vamos, Hans-Veller, creia yo que eras mas prudente, y entendias mejor tu obligacion.

El montero mayor era buen cortesano, y así, inclinándose profundamente, se aventuró á replicar:

—Perdóneme vuestra graciosa majestad; pero ese hombre quiere al instante una respuesta, y dice que no ha de aguardar.

—Con mil Satanases! exclamó el monarca abandonando el jabalí y dando un salto; con que no quiere esperar? ¿Y quién demonio se atreve á mandarme tal recado?

—Un hombrecito, señor, un hombrecito que apénas tendrá la estatura de sus perros.

—Sus perros dices? ¿pues qué clase de bicho es el bribon?

—Ya iba yo á hablar de él. Trae dos perros que corren como rayos.... Caramba! ah, qué criaturitas!

—Qué, serán mejores que mi bravo Molch?

—Molch á su lado es un falderito mimado: sobre que no se hallan otros iguales en toda Alemania....

—Pues entónces ya no hai obstáculo; vé á traerme en el momento á ese hombre y á sus perros.

El montero mayor salió, y de allí á poco volvió acompañado de un hombre cuya estatura apénas llegaria á vara y tercia, pero mui proporcionado para su cuerpo. Era negrísimo, tanto, que ni aun en los ojos tenia blanco ninguno, y sus dientes parecian de azabache. Llevaba una chaqueta encarnada abrochada hasta el cuello, que le bajaba hasta media pierna, y botines con acicates tan tersos, que parecia acababan de salir de manos del herrero. En sus hombros flotaba un manto verde, y su cabeza no tenia mas adorno que un copete prodigiosamente grande y lanudo, igual en tamaño á los mas enormes turbantes de los topchis de Constantinopla. De una cuerda,

HAMLET.

ı bastante negligencia llevaba en las ma-
nducia á sus dos perros, cuyas ardientes y
s miradas anunciaban á primera vista su
a y vigor.

entóse el dueño de los animales ante la i-
asamblea con tanto desacato é indiferen-
ıo si se hallase en una reunion de tahures;
ıes de haber hecho al rei una especie de
ı, se quedó inmóvil en medio de la sala,
o á los caballeros con aquella desdeñosa
lad que da á conocer una alma singular-
altiva y dueña de sí misma. El primer
o, que gracias á su corpulenta estatura y
streza en el manejo del venablo, habia lle-
este puesto, vió al negro de mal ojo : el e-
orrespondió al gigante sus miradas, y el gi-
ajó los ojos.

Y tú eres el que no puede aguardar y suje-
nuestra voluntad ? preguntó el rei.
í, respondió el negro, y este *sí* resonó co-
ujido de impetuoso viento.
uién eres tú ?
uién soi yo ? tengo muchos nombres, y tú
llamarme Reichter Brand. Estos perros
os, que es todo lo que te importa saber.
res el petulante mas desvergonzado que he
lo ; pero veamos tus perros.

anso monarca y los cortesanos se pusieron
inar los perros como peritos en la materia.
ieron en que eran buenísimos, y alababan
maneras las cualidades que los perros apa-
ın tener.
uieres venderme estos perros ? preguntó el
e.
o he venido á otra cosa, respondió Reich-

uánto quieres por ellos ?
yeme. Caza mañana con estos perros, y
or ellos todo lo que cojan.
ombre ! exclamó el rei contentísimo con el
no solamente te daré toda la caza, sino
n con que hacer una buena salsa. — Seño-
ñana temprano tenemos cacería ; cuento
tedes.
oco á poco, dijo el arzobispo de Praga, que
presente ; V. M. ha olvidado que su au-
ija estuvo enferma de peligro, y que hoi es
del dia de san Martin. Acuérdese V. M.
romesa que hizo á este santo, por la salud
lustre hija, de abstenerse en su dia de toda
on ó ejercicio profano. Mañana no debe
salir de casa, sino quedarse en ella, y ayu-
an y agua.
áspita ! dijo el rei, quién se acordaba ? di-
i bien : dejaremos la caza para pasado ma-
entretanto tú serás mui bien atendido,
er.
o puedo quedarme hasta pasado mañana,
etermínate.
la ! con que no te puedes quedar, eh ? Y
or tu vida, ¿ qué negocio tan importante
ener una personita tal como la tuya ? Mi-
go, quédate, que no perderás nada.
odos los tesoros del mundo no son bastan-
ı detenerme. Rei de Bohemia, ó mañana,
.
aldito porfiado ! gritó el rei, ¿ cómo te a-
oponerte á mis mandatos ? te digo que te
has de quedar, que la cacería será pasado mañana, y que los perros serán mios.

— Siempre que mañana me encuentres aquí, pierdo mis perros, repuso el indócil negro.

— Yo te aseguraré : con veinticuatro horitas de encierro te se aplacará la locura.

Quiso un cortesano poner por obra los deseos del monarca ; se acercó al enano, y cuando se halló á corta distancia, uno de los perros se le fué encima, y lo echó á tierra, de donde no lo dejaba levantar, porque tenia la pujanza de un leon.

La caida del cortesano despertó la admiracion del rei, y aumentó sus deseos de hacerse dueño de aquellos perros. " Quisiera yo, decia entre dientes, que san Martin cayera en otro dia." Y dirijiendo la palabra al arzobispo, le dijo : "Hombre, no pudieras relajar mi voto ?"

— Imposible, respondió el prelado, vuestra promesa fué hecha ante el sumo pontífice, y solo él puede dar la dispensa.

El rei dijo para sí mismo : " No creo que san Martin pierda gran cosa si en lugar de mañana, ayuno otro dia, ú otros dos si fuese necesario." Y en voz alta preguntó : Dónde está Pedro el Tambor ? Que me busquen á Pedro el Tambor.

Este Pedro el Tambor era un filósofo frances, de la secta de Rabelais, á quien habia querido quemar la universidad de Montpellier por heterodoxo, judío, herege, cismático, deista, ateo, luterano y epicúreo ; mas habiendo tenido la buena suerte de escapar del martirio, se habia refugiado en Bohemia, donde lo tenia ligado á la corte una pension de cincuenta florines, sirviendo al rei de bufon, de filósofo y de teólogo. Los enemigos de Pedro el Tambor (porque quién es aquel que no los tiene ?) decian que la propagacion de sus ideas revolucionarias habia de dar al traste con la caza y con el trono ; mas al príncipe, que no sabia prever las desgracias tan de léjos, le parecia su filósofo mui agudo como gracioso, y mui cómodo para casuista. Así pues, Pedro el Tambor contaba con la proteccion del rei contra los envidiosos ataques de la ortodoxía indígena, y en los casos difíciles seguia el rei por lo regular la opinion de aquel.

Luego que Pedro el Tambor se compuso la filosófica barba, entró á la sala con ademan grave y alegre al mismo tiempo, y el rei le dijo : " Bien venido seas : solo tú puedes sacarme del aprieto en que me hallo ; " y lo impuso del asunto.

No dejan de tener despejo los filósofos cortesanos ; y así, sin titubear un instante, contestó Pedro el Tambor : " Vamos, señor, V. M. es mui escrupuloso y modesto. ¿ Era necesario que decidiera yo cosa de tan poca monta ? La solucion del problema está hecha en dos palabras : si faltáis á vuestra promesa enteramente, pecáis sin duda ; pero si en vez de un dia consagráis dos á san Martin, sale este santo real é indisputablemente ganancioso. La alta sagacidad de V. M. me hace esperar que será de mi propia opinion."

— Cierto que sí, dijo el rei, al cual nunca le habia parecido su casuista tan admirable ; todas mis dudas quedan disipadas, y mañana cazaremos.

En seguida mandó que atendiesen bien á Reichter y sus animales, y volviendo á sentarse á la mesa, siguió circulando la botella de una manera capaz de ahogar en el vino los escrúpulos mas añejos.

*

La mañana del dia siguiente fué serenísima, y los árboles, desnudos de sus hojas, parecia que lloraban diamantes. Dejando el ciervo el lugar de su descanso, se sacudia para desprender de su cuerpo el blanco rocío que lo cubria; y alegre y festivo brincaba y retozaba, entre tanto que una numerosa cuadrilla de cazadores se reunia ante las puertas del palacio de Praga. Salió el rei, y se puso al frente de sus nobles, con el montero mayor, sus ayudantes, Reichter y sus perros á los lados. Sabian que en un monte vecino andaba un hermosísimo ciervo, por lo cual el monarca y su acompañamiento se encaminaron acia aquel paraje. Todos respiraban alegría y placer; pero de cuando en cuando se entristecia S. M., pues aun le quedaban algunos restos del escrúpulo que la lógica del filósofo no habia podido disipar del todo.

Junto al rei cabalgaba Reichter Brand en un caballito tan negro como él, y del mismo tamaño que sus perros. En su fisonomía habia cierto no sé qué de maligno y satírico, que de cuando en cuando aparecia mas maligno y sombrío. Sus ojos, excepto las pupilas, eran tan negros como lo demas de su cuerpo; pero aquellas tenian un brillo sobrenatural, y á cortos intervalos despedian centellas que iluminaban toda su faz. No hablaba sino para responder al príncipe; pero su regio compañero temblaba al oir al negro hablar consigo mismo en una lengua que mas parecia un sordo zumbido que voces articuladas.

El ciervo! el ciervo! gritaron el montero mayor y sus gentes, y los clamores de los demas respondieron á estos gritos. A corta distancia y en la cima de una colina vieron al noble cuadrúpedo, que tenia la vista clavada en ellos como esperándolos; levantó la cabeza y la sacudió cual si los desafiara, y despues, echando una mirada al rededor de sí, dió un salto por un collado, y desapareció. Fuéronsele al alcance los perros, ladrando terriblemente, pero dejando percibir los ladridos de los de Reichter, que eran mas fuertes y espantosos. Hombres y animales, todos soltaron la carrera al mismo tiempo; de modo que los cascos de los caballos, los ahullidos de los perros y el sonido del cuerno formaban una salvaje armonía.

Mas á pesar de la rapidez de la carrera, ni aun los mas fogosos caballos podian alcanzar al ciervo, cuya singular lijereza llenaba de asombro á los mas experimentados cazadores. Los perros mismos, ya cansados de correr, se veian unos á otros como admirados; pero los que iban mas cerca del ciervo eran los de Reichter Brand.

Así volaban todos por montes, valles, precipicios, bosques y rios. A ambos lados veian desaparecer el terreno y las peñas, como si se precipitasen unas sobre otras por una especie de omnipotente magia.

Ya habia mas de dos horas que duraba esta fatiga, cuando se hallaron los cazadores en una llanura circundada por los mas espesos bosques de Bohemia. El ciervo parecia incansable, y los perros de Reichter lo seguian siempre á la misma distancia. Nada se percibia por la llanura sino un hombre que se divisaba allá á lo léjos, y caminaba acia los cazadores con todas las apariencias de venir mui cansado. Y aunque todavía estaba distante, se quitó el sombrero en señal de respeto al rei; pero ántes de cubrirse ya se le habia ido encima y lo habia echado al sue de los perros de Reichter, que se habia se de la línea recta. Y fué la muerte de aqu graciado tan violenta, que ninguno oyó s trer quejido.

"Esa caza para mí, para mí!" gritó el dando una risotada que se repitió en mil con gran espanto y terror de los cazadore en el mismo instante, cual si estuviesen d de sobrenatural velocidad los caballos del n ca y del enano, fueron á caer con la rapid pensamiento al paraje donde se hallaba el ver todavía caliente. Inclinóse el negro pearse para tomarlo, y levantándolo en el a lo echó al hombro izquierdo, donde quedó ta do como si estuviese atado con cincuenta s

Horrorizado el monarca, y asombrado de trema velocidad de su caballo, apénas podia rar: el acompañamiento habia desaparec su vista, y no veia mas que á su feísimo con ro y sus perros; y la llanura por donde corr de inmensa extension.

Despues de haber entrado por un ten bosque, salieron á un risueño prado, y p por delante de una mui bonita casa de cam fuera de la cual estaban jugando dos niño hermosos. Su madre, que estaba asomada ventana, les hablaba desde allí y se reia con Al ver esto, el corazon del rei se comprir dolor y tristeza en tanto grado, que tuvo qu rar los ojos para no ver á los dos diabólicc ros echarse sobre aquellas criaturas; pero do dejar de percibir los gritos del negro, qu pues de los espantosos ladridos de sus perr taba: Para mí! para mí! poniéndose en s á dar tremendas risotadas.

Abrió el rei los ojos, y ya no vió el prad tumbaban las pezuñas de los caballos en u reno quebrado, cuyo confin lo formaba una me montaña que enfrente se distinguia. E cipe sentia ansias mortales, é interiormen cia: Desdichado de mí! ¿para qué habré brantado mi promesa? ¿para qué habré ac ñado á este monstruo y á sus abominables p

La rapidez de la carrera era sobrenatu así, el cansancio triunfó del rei de Bohemi párpados se le fueron cerrando poco á po ruido que hacian los caballos le parecia y suave, apénas llegaba á su oido; su aliento como detenido; sus labios se ennegrecieron nia la boca tan seca que le parecia que el p y la lengua eran de una sola pieza: cesó de oir, y aun de sentir los horribles sacudim del caballo, que tanto lo habian atormentadc lamente abria un poco los ojos de cuan cuando, á causa de los terribles ladridos perros, y de los infernales gritos que su con ro daba cada vez que descubria alguna víct

Por fin la frescura de la noche y lo puro re sacaron al príncipe de su letargo. Los mientos de su caballo ya eran mas tolerab caminaba por una senda que parecia enta de verde y tupido césped. La noche era tremo fria, y aun algo obscura; pero pudo guir á su lado al maldito negro, cuya carga bia aumentado considerablemente. Sacó zas de flaqueza, y con toda resolucion dijo no: Malvado! qué tratas de hacer conmig es tu objeto?

—Ya lo sabrás.

—Al ménos dime quién eres.

—Ya te lo he dicho, soi el caballero Reichter Brand. Algunos me llaman el caballero Lijero, y otros el caballero Negro; pero ninguno me llama por mi verdadero nombre.

—Y cuál es ese nombre?

—Para qué lo quieres saber? ¿Ves aquellas opacas estrellas, y aquellas sombrías colinas?

—Veo las estrellas, y distingo las colinas.

—Bueno. Y la tierra que vamos pisando es firme, ó no?

—Tal lo parece; pero que hace esto al caso?

—Oyes el estruendo de la cascada?

—Lo oigo; pero y bien, qué sucede?

—Calla!.... Las estrellas caerian del cielo, las colinas se desgranarian, la tierra temblaria, la cascada suspenderia la caida de sus aguas, toda la naturaleza se trastornaria, si aun con la mas imperceptible voz se pronunciase el verdadero nombre del que va á tu lado. Calla! que el Cazador Negro va contigo, y lo que puedes hacer es azotar y espolear á tu caballo, pues todavía no vamos á la mitad del camino.

Estas palabras helaron la sangre del rei, quien se decia: Ojalá no hubiese violado mi voto, ó á lo ménos que la silla del caballo fuese mas blanda!

De repente y por entre la obscuridad descubrió el rei una roca perpendicular que estaba enfrente de él á ménos de un tiro de ballesta. Detente! dijo al negro, ó nos estrellamos las caras en esa peña! Mas no habia acabado de decir estas palabras, cuando su caballo dió una salida tan fuerte, que fué á parar al centro de la roca, cual si fuera de aire impalpable. Dió otros dos saltos con tal ímpetu, que el monarca largó los estribos, cayó al suelo, y se levantó de allí adolorido y deslumbrado, porque se halló en una caverna cuyas paredes estaban decoradas con estalactites tan brillantes como los diamantes de Golconda. En medio de este extraño aposento habia una mesa tan suntuosa como abundante, y al rededor veintiuna sillas, de las cuales ya estaban ocupadas diez y nueve.

Todos los circunstantes estaban vestidos de cazadores, y todos se levantaron de sus asientos para recibir al príncipe, señalándole el presidente el asiento que debia ocupar. Sentóse el rei, y echando su compañero al suelo la carga que llevaba, se acomodó á su lado.

—Come (le dijo el negro presentándole una pierna de venado), ó bebe (y le dió un gran vaso).

Gustó el rei el vino, y poniendo el vaso en la mesa, dijo: Hombre, qué malo está tu vino!

—Ahora lo tendremos mejor, repuso el presidente; porque largo tiempo ha que hemos estado esperando que se completase el número, y ahora que has venido á completarlo, es fuerza que te agasajemos; pero come, que el cansancio te ha de haber abierto las ganas.

—Mas tengo sed que hambre, dijo el rei, y se volvió á empinar el vaso; y despues, sacando su cuchillo de caza, le entró á la cena con todo vigor. Estaba sabrosísima, por lo cual echó en olvido en aquel momento cuanto le habia pasado; pero luego que satisfizo su apetito, se levantó de la mesa, y se acercó á calentarse á una buena luminaria que allí habia. Púsose á ver el horrible monton de cadáveres que habia llevado Reichter; tembló su cuerpo, y sospechando que habia comido carne humana, se volvío á la mesa para observar los platos.

—No tengas cuidado, le dijo el presidente, que conoció su intencion: esa caza que tanto te repugna está reservada para nuestros superiores.

Tranquilizóse el rei; pero de allí á poco se puso á reflexionar, diciéndose á sí mismo: ¿Y qué he de hacer aquí con unos seres cuya naturaleza me es desconocida? Oh Bohemia! oh mi palacio de Praga! cuándo volveré á veros?

—Nunca! contestó una voz ronca que lo hizo temblar de piés á cabeza. Volvió los ojos, y vió á su lado al presidente, que era un hombre largo y flaco, cargado de años, y tan pálido como la muerte.

—Conque aquí he de quedarme para siempre?

—Para siempre! No obstante, hai un medio para que se liberte todo aquel que aquí viene, ántes que se cierre la entrada de este retiro, y ya no pueda salir de él jamas.

—¿Y cuál es ese recurso, cuál esa esperanza? Decídmelo! decídmelo por Dios!

—Silencio! gritaron á un tiempo todos aquellos hombres: silencio! no vuelvas á pronunciar ese nombre, si no quieres morir.

—Oye, dijo el presidente, la esperanza que te quedo es esta: sube á caballo; tu amigo Reichter Brand saldrá por delante de ti; tú tratarás de darle alcance, y si lo consigues en el término de veinticuatro horas, libre serás.

—Pues esperemos á mañana para hacer esta prueba, porque el terreno de este pais es mui quebrado y muele mucho.

—Nada, ni una hora, ni un minuto. Ya lo ves, tu amigo está esperándote á caballo. Vamos, Reichter, afuera: arriba, rei de Bohemia: síguelo.

Dijo, y el negro penetró por entre la peña, como lo habia hecho al entrar. Montó el monarca, y un momento despues ya estaba corriendo tras de Reichter, en medio de las mas espesas tinieblas, y guiándose por los pasos del caballo del negro. Y parece que el enano estaba de buen humor, y queria dar al rei algun partido, porque de cuando en cuando soltaba la carcajada, y así lo guiaba. Algunas veces volvia la cabeza, y el príncipe veia brillar sus ojos en la obscuridad como dos meteoros que despedian una luz azufrosa y sepulcral.

Por montes, valles, riscos, prados, torrentes y rios corria el uno, y el otro perseguia. Salió la aurora, y entónces vió el rei que se hallaba en una region inculta y desierta. Delante de él, á distancia de una milla y arriba de una eminencia descubrió al maldito negro: picó los hijares de su veloz corcel, y subió á la loma, abajo de la cual se extendia un inmenso y tranquilo mar, en cuyas aguas andaba ya el negro hendiendo las olas. Precipitóse el rei sin titubear, y apretaba por alcanzar á Reichter.

Pero hé aquí que repentinamente se obscureció el cielo; la superficie de las aguas empezó á convertirse en espuma, y los vientos se desencadenaron con pavorosos bramidos. La tormenta se acercaba á los dos compañeros cada vez mas, hasta que llegó á estallar con toda su rabia; pero las terribles risotadas del negro, que se distinguian en medio del choque de los elementos, servian de brújula al monarca.

Combatida una nave por la tempestad, trabajaba por defenderse, cuando desprendiéndose un rayo de las nubes, la incendió en un momento de la popa á la proa. El rei estaba junto á la nave; vió cómo la tripulacion echó un bote al mar, y en él se refugiaban todos los que en aquella iban, y vió tambien al negro, que dirijia su caballo sobre aquella débil y recargada embarcacion, que al momento se volcó, y la risa infernal del homicida no dejaba percibir las moribundas voces de sus víctimas. Pero se cebó tanto en saciar su sevicia con aquellos desgraciados, que olvidó que venian en su seguimiento. Echóse el rei de un brinco sobre el negro, cuando este estaba mas descuidado, y afianzándolo por el pescuezo, gritó: "Para mí! para mí!".....

— Dios y el gran san Martin me favorezcan! exclamó el arzobispo de Praga. Pues está bonito el modo con que se despierta V. M.: ya me arranca las orejas, y ahí ha echado á rodar la silla que estaba junto á la cama.

—Silencio! dijo el rei de Bohemia con voz triunfal.... pero qué es esto? dónde estoi? Justo cielo! Válgate Dios por sueño! Y contó su sueño al arzobispo y á los demas cortesanos.

Qué cosa tan extraordinaria! dijo al acabar su relacion: cuánto se parece esto á la realidad! todavía oigo aquella horrible voz! ¡Percibo aun aquellos tremendos ecos, y todavía me zumban las orejas!

— Y á mí tambien, dijo el arzobispo.

— Y lo que hai de peor es, continuó el monarca, que tengo tan molidas las asentaderas, que parece que todavía estoi montado en aquella maldita silla.

ZZZ. *Traducido por* M. G.

DE LA CONDUCTA DEL HOMBRE

PARA CON LOS ANIMALES.

Parece que entra esencialmente en la armonía de la naturaleza, que unos animales sirvan para conservacion y alimento de la vida de otros animales. Algunas especies de estos transmiten á otras una vida que han comprado con la muerte de otro ser para perderla á su vez, y transmitirla de este modo á sus semejantes. Insectos, aves, réptiles, cuadrúpedos, peces, &c., se dan entre sí sangrientos combates por conservar su vida; eternamente están haciéndose una guerra exterminadora, y el hombre se halla interpuesto entre ellos.

Solo la imperiosa voz de la necesidad puede hacer admitir al moralista semejantes sacrificios. Pero atormentar sin grandísima necesidad á los animales, tanto á los que nos son útiles como á los que no lo son, hacerlos morir lentamente con un suplicio continuado, esto es lo que naturalmente conmueve los sentidos, turba é irrita el alma: el instinto, la razon, todas las facultades morales se mancomunan para ver con indignacion tal costumbre, y para demostrar su funesta influencia en la moral pública y privada.

Nunca hemos podido, dice Voltaire, tener idea del bien y del mal sino con relacion á nosotros. Los padecimientos de un animal nos parecen tales, porque siendo nosotros animales como ellos, juzgamos que si nos hallásemos en igual caso, padeceriamos y seriamos dignos de compasion; y nosotros la tendriamos de un árbol, si se nos dijese que experimenta dolor cuando se le corta, lo mismo que de una piedra á los golpes del martillo; pero con todo, nos compadeceriamos del árbol y de la piedra ménos que de un animal que padece, porque aquellos objetos son ménos parecidos á nosotros.

¿Temerá maltratar á sus amigos, si es que los tiene, á sus hijos, mujer y parientes, aquel que sin necesidad haya estropeado á su caballo ó á su perro? ¿tendrá alguna consideracion ó algun respeto á sus padres aquel que acostumbrado á la dureza é insensibilidad, haya maltratado prolongadamente, vendido ó abandonado á sus animales domésticos? No sin duda: nuestros órganos y nuestras facultades morales, en el estado de salud, tienen una medida determinada de suavidad y sensibilidad.

Roto este equilibrio por la costumbre, se endurecen y se desnaturalizan cada vez mas; y así es que abierta esta primera puerta á la inhumanidad, pasa por ella la mayor parte de las acciones que atacan y debilitan la moral pública.

Si meditásemos en la vida privada de aquel que ha llegado á ser peligroso para sus semejantes, si considerásemos su primera educacion, y los primeros ejemplos que le han sido dados para con los animales, cesarian de causarnos admiracion los crímenes que asombran nuestra razon y estallan en la sociedad; pues veriamos una gradacion lenta, que la conducta bárbara de los hombres para con los animales ha hecha nacer; veriamos figurar esta conducta eminentemente entre las causas de todas las desgracias, y como uno de los principales motivos de su inmoralidad. ¿No repetimos con frecuencia aquel proverbio que dice que "quien ama á los animales ama á las gentes?" ¿Y qué otra cosa es un proverbio sino el eco de la experiencia, repetido por las generaciones sucesivas?

No es racional, decia Plutarco, uno de los mas grandes moralistas de la antigüedad, usar de las cosas que tienen vida y sentimiento como usamos un zapato ó cualquiera otro utensilio, es decir, tirándolos cuando ya no nos sirven. Aun cuando solo fuera por excitarnos siempre á la humanidad, es necesario acostumbrarnos á ser mansos y caritativos hasta en los actos mas pequeños de bondad.

El caballo, el buei, el asno, &c., se ven mas ó ménos maltratados. Segun la aberracion de los verdaderos principios de humanidad, y la gerarquía de la utilidad y de su empleo, todos participan de nuestros bárbaros tratamientos. ¿No vemos, en verdad, á cada paso, y especialmente en las grandes ciudades, animales flacos, débiles y enfermos, tirando carruajes ó llevando cargas físicamente superiores á sus fuerzas, y obligándoseles á andar en fuerza de la irritacion dolorosa, y por decirlo así, convulsiva, ocasionada por los azotes? Los unos están mal mantenidos, mal cuidados y agoviados con el trabajo: las hembras se ven obligadas, contra su propio instinto, á separarse de sus hijos, y padecer esta dolorosa separacion tan solo por darnos, muchas veces con

le medios artificiales y malsanos, una
rabundante, cuya posesion se disputa
y el interes mas de lo que seria nece-
afirmar ó mejorar la salud del hombre.
ados que se tienen con estos animales
ientes, pues no están basados en la hu-
ıi tienen mas medida que la codicia de
: muchas veces los albergan en esta-
odos y malsanos, que producen enfer-
pidémicas y contagiosas, y así se au-
: el maltrato de los animales, ejercido
ɔnsecuencia inevitable de los primeros
tros animales, y frecuentemente sobre
s mismos, castigados de este modo, é
ımente advertidos de su barbarie.
ıde se descubre en toda su fealdad este
ato, es en el uso que hacemos de los a-
e nos sirven de alimento. ¿ Quién no
ıuma crueldad con que se les procura
ıasta el punto necesario para la delica-
estros estómagos ?
ıs hai cuyos pormenores no debe ver
delicado y sensible, dice el señor Gre-
ıtas dos cosas son los litigios y las co-

se enfermó y estuvo mui apesadumbra-
ɜntero, porque en un banquete que dió
ımigos sirvieron en la mesa un par de
ancas que le habian sido regaladas vi-
ı se crea que esta es una flaqueza, sino
a real de la naturaleza y de la bondad,
ıan sus derechos en el corazon del

se buscan instrusciones anatómicas y
ı en las entrañas de animales vivos, so-
utilidad de estas crueles experiencias,
oncierne al arte de curar, puede justifi-
studiosos que á ellas se dedican.
ıresentar un hecho que ántes de ahora
rse dado á conocer. De toda notorie-
ı que el señor Champeau, fisiolsgista y
ıinguido, habiéndose ocupado en Leon
seguidos de sacrificar á la investiga-
trucciones y verdades fisiológicas un
ro de perros, pasó despues á visitar á
que tenia uno hermosísimo. Este per-
levaba con familiaridad con el anató-
en hacia muchas fiestas, salió esta vez
ıtro luego que aquel llamó á la puerta,
y en el momento se le erizaron los pe-
ındo an gran furor este amigo tan pa-
ı entónces, se arrojó sobre él con toda
a determinacion de aquel que quiere
vengados á sus semejantes.
ıcorro del suegro, dueño del perro, sin
a de otras tres ó cuatro personas, y sin
da fugada del yerno, verosímilmente
o este víctima de sus experiencias, ó
hubiera llevado por todos los dias de
imborrables señales de su celo cientí-

ıble que no solamente los animales que
ı en largos tormentos puedan hasta
o envenenar nuestros humores con sus
ɜ, cuando se comen estas carnes, sino
ınsmitan al exterior, al espirar, una
acusadora, si me es permitido expre-
en los vestidos de sus verdugos impri-
otente desesperacion, y legan á otros
animales de su especie el deseo furioso de vengarlos.

¿ Y qué diremos de las crueldades que se ejercen contra los animales, sin mas motivo que el de divertirse con ellos ? ¿ No vemos todavía en los arrabales y en los pueblos celebrar una fiesta de un modo que no se puede concebir con calma ? Cuelgan de una pierna en un poste algun animal, una gallina por ejemplo, ó una rata, &c., y despues va desfilando cierto número de muchachos con regularidad, y cada uno á su vez apalea, ó tira piedras ó flechas á los animales que están colgados, para arrancarles las cabezas ó los piés ; y el muchacho que logra el inicuo triunfo de arrancar al animal el último suspiro, despues de un suplicio tan bárbaro, y despues de un martirio tan horrible, es recompensado y regalado por sus camaradas, y conducido con pífanos y tambores. Los padres de los muchachos rien y aplauden, aunque algunas veces se conmueven al ver tan lastimoso espectáculo ; tanto así conserva sus derechos la naturaleza, aun en los momentos en que mas se la ultraja y desconoce ; y los niños pequeños, que ven asustados estos espectáculos, acaban por acostumbrarse á ellos, y hacen en su tanto lo que han visto hacer á los mas grandes.

En los dos pueblos mas civilizados de la antigüedad habia espectáculos en que se veian igualmente animales que combatian con otros animales, y aun con hombres. Esto se hizo á los principios para dar al pueblo el genio belicoso y el gusto de los combates, el hábito del valor, el de ver sin emocion correr la sangre, para tener ménos repugnancia de derramar la suya al luchar con sus enemigos ; pero despues se convirtió esta costumbre en una diversion placentera.

Los combates de hombre á hombre, para conseguir los mismos fines, fueron instituidos entre los Romanos principalmente, en tiempo de los emperadores ; pues habiendo dejado de ser un placer las luchas de los animales, por la misma costumbre que tenian de verlas, ya no se contentaron sino con los gladiadores mas inhumanos, los mas crueles, y por consiguiente los mas agradables á este pueblo, que habia aprendido á combatir y subyugar al mundo.

Así es como caminando de la temerosa ignorancia á la supersticion, y de esta á la crueldad, se encallece la sensibilidad, se apaga en el corazon de los hombres, y con esta educacion llegan á la inmoralidad.

Ciertamente, las costumbres públicas de la mayor parte de los pueblos modernos son mui diferentes de las que acabamos de indicar, porque bajo este aspecto hai un gran progreso : ya no hai arenas públicas por donde corra á torrentes la sangre de hombres y animales, con aplausos de la desvergonzada muchedumbre. Solamente en los suburbios de algunas pocas grandes ciudades es donde todavía hai combates de osos, perros, gallos, &c. Estos restos de barbaridad deberian desaparecer con la intervencion de una policía que seriamente se ocupase de la mejora de las costumbres públicas.

Creemos que una buena educacion que se dé al hombre desde la cuna, y lo conduzca por la costumbre hasta la edad de razon ; una práctica continua de lecciones de humanidad, en todas ocasiones y en los objetos mas mínimos respecto

de los animales; ejemplos evidentes por todas partes, é instrucciones, que ilustrando á la mas grosera simplicidad, demuestren la sensibilidad de los animales, y su semejanza con nosotros, á lo ménos en cuanto á esta cualidad; estos son los remedios eficaces para curar los tristes abusos que acabamos de indicar. Este asunto está íntimamente enlazado con los vínculos de moralidad que unen á los hombres entre sí; y mucho tiempo hace se ha dicho: "Sin buenas costumbres, de nada sirven las leyes."

BORY DE SAINT-VINCENT.

Traducido por M. G.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Cristo (Orden de). Fué instituida en Portugal el año 1318 por Dionisio IV, y al siguiente aprobada por el santo padre Juan XXII, el cual permitió que de los bienes de los Templarios en dicho reino se fundase la milicia llamada de Cristo. En otros paises se crearon tambien varias órdenes bajo la misma denominacion.

Cruz estrellada (Orden militar de la). Fué creada en Viena por Eleonor de Gonzaga, y aprobada por el emperador Leopoldo I en 1668.

Cruz de hierro (Orden de la). Federico Guillermo III, rei de Prusia, instituyó esta órden militar en 1813, para condecorar con ella á los que se habian distinguido por su valor y patriotismo.

Cruz blanca. Esta órden militar la fundó en 1814 el archiduque de Austria y gran duque de Toscana.

Cruzadas. Se dió este nombre á las expediciones que los cristianos emprendieron contra los infieles para la conquista de la Tierra santa, porque los que iban en ellas llevaban una cruz roja sobre sus vestidos y en sus estandartes. La primera cruzada se formó por los años 1095, siendo uno de los principales caudillos que la dirijieron Godofredo de Bullon, duque de Lorena, que conquistó á Jerusalen y casi toda la Tierra santa. Despues en el espacio de cerca de dos siglos se formaron otras varias cruzadas, siendo la octava y última la que marchó el año 1270, mandada por san Luis, rei de Francia.

Cuákaros. Un fanático ingles llamado Jorge Fox, creyéndose inspirado de Dios á la edad de 19 años, se puso á predicar por las plazas, templos y casas particulares: al cabo de algun tiempo logró este entusiasta hacer bastantes prosélitos, y fundó en 1658 la secta de los cuákaros ó tembladores. Uno de sus mas acérrimos sectarios fué Guillermo Penn, el cual, despues de la muerte de su padre, que habia sido vico-almirante de Inglaterra, recibió del gobierno, en lugar de grandes sumas á que era acreedor, la propiedad de una provincia de la América septentrional, á donde marchó en 1680, llevando en dos navíos muchos cuákaros, que se establecieron en aquel pais, llamado Pensilvania, del nombre de Penn, el cual fundó allí la ciudad de Filadelfia.

Cuarenta horas. Instituyóse esta rogativa por primera vez en la ciudad de Milan en 1556: cuatro años despues la santidad de Pio IV permitió á la archicofradía de Roma el celebrar la estacion de las cuarenta horas; pero no se estableció en todas las iglesias de aquella capital hasta que el papa Clemente VIII expidió una bula al intento en 1592, y poco á poco se extendió por toda la cristiandad.

Cuaresma. El orígen de la cuaresma sube al tiempo de los Apóstoles, aunque hasta mediados del siglo III no se determinase el tiempo de los ayunos, cuya piadosa costumbre ya se habia generalizado mucho. Entónces la Iglesia dispuso que la cuaresma se compusiese de las seis semanas que anteceden á la Pascua, debiéndose ayunar todos los dias de ellas, excepto los domingos; y así se practicó, hasta que en el siglo V se añadieron los cuatro ayunos de la Quincuagésima para completar cuarenta, en memoria de los cuarenta dias que ayunó el Salvador en el desierto, de cuyo número parece que viene el nombre de *cuaresma*.

Cuerno. Se dice que Alfredo el Grande, rei de Inglaterra, inventó á fines del siglo IX el arte de volver el cuerno transparente, del que se servia para hacer una especie de linternas.

Curtido. Plinio atribuye la invencion de este arte á Tiquio, natural de Beocia. Su uso es hoi mui general y mui útil por la multitud de objetos para los cuales sirve la piel de los animales.

Czar. Creese que el título de czar que se da al emperador de Rusia es una corrupcion de *césar*, y que le tomó por primera vez Juan Basilowitz, gran duque de Moscovia, en 1580.

Dados. Se cree que Palamédes, príncipe griego, inventó el juego de los dados durante el sitio de Troya, bien que otros opinan que fué inventado por los Lidios unos 600 años ántes de la era cristiana.

Daguerrotipo. El célebre pintor del Diorama de Paris M. Daguerre inventó el año pasado de 1839 un prodigioso aparato, al que ha dado el nombre de *daguerrotipo*, con el cual y por medio de la luz natural se estampan en láminas de metal con cierta preparacion todos los objetos que se quiera copiar, y estas miniaturas salen tan correctas y acabadas, cuanto son obra de la Naturaleza misma. El gobierno frances no ha visto con indiferencia tan portentoso invento; ántes bien ha recompensado los desvelos de su autor, asignándole una renta vitalicia de diez mil francos anuales. M. G.

Damas. Este juego parece que fué inventado por los Alemanes en la edad media.

Dannebrog ó Dannemburg (Orden de). Instituyó esta órden militar Valdemaro II, rei de Dinamarca, y la reformó en 1808 Federico IV.

Dasímetro. Instrumento que sirve para medir la densidad de cada capa de aire de que se compone la atmósfera, inventado por M. de Jouchy en 1780.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

MUSICOS INDUS.

MUSICOS EN LA INDIA.

No conocen los Indús mayor placer que el de la música: con ella celebran sus fiestas, sus procesiones solemnes ó burlescas, la mayor parte de sus ceremonias religiosas, y es la principal diversion en sus tertulias. Al recorrer la India tiene el viajero que oir continuamente el sonido del tambor, de los timbales, de las trompas y de otra multitud de instrumentos tan diferentes entre sí por su forma como por el efecto que producen. Los Indús, flemáticos por naturaleza, se animan, se extasían con los toscos y salvajes acentos de su música; se ponen como electrizados, pues sus ojos se animan repentinamente, y brillan con el fuego del entusiasmo. Cuentan los Indús como cien instrumentos distintos, todos construidos segun principios científicos, y muchos de ellos de una estructura complicadísima.

Parece que la música llegó antiguamente á un alto grado de perfeccion en la India. Existen varias obras antiquísimas escritas en lengua sanscrita, en las cuales se advierte que la parte científica de aquel arte está tratada con rara inteligencia y profunda erudicion; pero en la actualidad está en mucha decadencia, segun el sentir aun de los mismos indígenas. No solamente el populacho se da al estudio de la música; mas tambien las personas de categoría. Y lo que hai de notable es que su diapason es igual al nuestro: y así es que el viajero ingles Mr. Crawford notó que el *vina* de los Indús, que es su principal instrumento de cuerdas, estaba templado de la misma manera que el clave europeo que este viajero llevó á la India, lo cual hace creer que la música de los Indús tiene el mismo orígen que la de los Griegos antiguos y la de los Arabes del tiempo de los Califas.

Los cuatro músicos que representa la estampa están sentados sobre un tosco tapete y ante un pórtico para divertir al dueño de la casa y á sus amigos: de los dos músicos que están colocados en el centro, el uno está tocando el *sarinda*, que es un instrumento mui parecido al violoncelo, y el otro dos tamborcillos con los dedos. El músico de la izquierda canta y al mismo tiempo toca una especie de guitarra de tres lados, de invencion mui reciente; y el personaje de la izquierda es el principal cantor, quien igualmente lleva el compas con ambas manos.

Extractado del Magasin universel por M. G.

LA ESPOSA DEL SOL.

Tres años hace habia en Montmartre, en casa del doctor Blanche, que cura toda clase de demencias al reves de sus demas colegas de la medicina, esto es, prodigando á sus enfermos los mas exquisitos cuidados, y dejándoles gozar de libertad, habia, decimos una mujer cuya locura era singular é interesante. Esta infeliz, jóven aun, de rostro dulce y angelical, no tenia otra manía que la de figurarse casada con el sol, y decia que este, cubierto su rostro con un velo transparente de nubes, la habia prometido ser suyo eternamente en un hermoso dia de otoño. Desde entónces ella pertenecia al sol, como el sol le pertenecia á ella, pues habia sentido sobre la mano el ardiente ósculo de su esposo, y desde entónces ya no existia mas que para él. El sol era su gloria, su placer y su triunfo: levantábase por las mañanas ántes de que aquel despidiese sus primeros destellos desde el cielo, y fijaba en él la vista esperando á que saliese su esposo, al que saludaba con sus miradas como los pájaros le saludan con su cántico; como el rio le saluda con su murmullo; como la rosa le saluda con su perfume. Cuanto mas hermosa estaba la naturaleza al salir el sol, cuanto mas sereno aparecia el cielo, cuanto mas placentera estaba la creacion entera, tanto mas feliz era la pobre loca; ¿no era su divino esposo el que por dó quier arrojaba su luz y su calor? ¿no era él el rei del mundo? ¿no habia pasado ella toda la noche soñando con el vivificador de la creacion?.... El alma del mundo era tambien su alma. Así, en un éxtasis perpetuo y celestial, seguia el curso del sol, y procuraba recojer hasta sus menores rayos: cuanto mas se remontaba aquel al firmamento, tanto mas crecia su entusiasmo poético. Apénas se podia lograr de la loca que hiciese las comidas acostumbradas; tan ocupada estaba con su pasion! Y aun para hacerla tomar algun alimento preciso era decirla que su divino esposo habia dorado aquellos manjares, madurado el trigo y sazonado los frutos: vertia en su honor una gota de leche por la mañana, y vaciaba despues el vaso á su salud: luego, cuando comenzaba á morir el dia, y cuando comenzaba á perderse el rayo luminoso detras del Sena, la tierna esposa se ponia tan inquieta como puede estarlo la mujer de un pobre pescador, cuyo marido se halla ausente hace dos meses, y que oye mujir el mar. — Qué será de mi esposo? decia la loca. Con tal de que no se hiera en el camino, gran Dios, consiento en perderlo. — Poco á poco iba haciendo lugar el sol á la noche: entónces juntaba sus manos sobre el pecho la pobre loca, y con un tono misterioso y con una voz dulcísima decia á su esposo: "Espérame! espérame!...." En seguida entraba en su cuarto á toda prisa, porque no queria hacerle aguardar.

Feliz y singular locura! dichoso delirio! Tener unida su alma al cielo por un rayo de este astro vivificador; no sentir otra pasion que la de un cielo sereno; no temer sino á las nubes que velan al astro del dia; ser feliz siempre que la naturaleza es feliz; abrir su alma al dulce calor, como hace la tierra, y recibir de él su benéfica influencia; entonar por lo bajo un cántico á su amor, y no tener celos mas que de la yerba de los campos!.... tal fué la vida de esta pobre loca por espacio de diez años. Y no por eso dejó de tener pesares, lo mismo que si no estuviese demente; pues así que venia el invierno, y que miraba palidecer el rostro de su esposo, y temblar bajo la nieve, como haria un jóven herido de muerte; así que veia aquella gloria inmensa oscurecida por espesas nubes, lo mismo que sucede á los mas grandes hombres, cuya gloria oscurece la envidia; entónces la desgraciada mujer era en efecto la mas triste de las criaturas; entónces no habia reposo, sonrisa, cántico ni alegría en su alma. ¡Cuán largos le parecian los dias de invierno, cuando veia que su esposo descaecia y temblaba,

apoyando su cabeza fatigada sobre las montañas cubiertas de hielo! Aquellos eran padecimientos efectivos; era un mal de amor como el que sienten de siglo en siglo las compañeras privilegiadas de algunos genios desgraciados.

Así, cuando en la primavera la pobre loca del doctor Blanche encontraba á su esposo como le habia dejado en el mes de mayo; cuando le veia mas resplandeciente que nunca; cuando veia que las hojas de los árboles anunciaban su venida; entónces tornaba á su corazon la dulce alegría; entónces la pobre mujer se quitaba el luto, y vestia su mas rico trage, y cantaba su mas dulce himno: "Regocijaos en el cielo y en la tierra, astros del firmamento y ondas del manso rio; regocijaos todos, regocijgos, ángeles de los cielos y hombres de la tierra.... mi esposo estaba ausente y enfermo, y ya ha vuelto con salud; el sol se hallaba ausente; pero ahora regocijaos, ya está de vuelta." Y en efecto, la naturaleza entera obedecia á la pobre loca; la naturaleza entera se regocijaba con la vuelta del esposo de la infeliz loca.

Un dia, hace tres años, el sol á la mitad de su carrera lanzaba sus rayos mas puros sobre la tierra. Sentada la loca sobre la yerba, seguia los pasos de su augusto esposo en el cielo. Nunca habia estado tan lleno de amor el corazon de aquella pobre mujer; nunca habia sido tan tierna su mirada; nunca su sueño habia estado tan cerca de la realidad. Entendianse tan bien ella y su esposo, que marchaba este mui lentamente sobre ese manto azul del firmamento para tener tiempo de verla de rodillas delante de sí. Pero de repente ese poderoso rayo de la naturaleza se detiene y oscurece; de repente desaparece el sol, no como otras veces, por grados, sobre las orillas del rio, despues de haber sacudido el polvo brillante de su túnica y de sus piés, sino que se detiene súbitamente, se oculta y no se le ve ya. — Dónde se ha escondido? Sí, exclama la desventurada, sí, mi esposo está en casa de mi rival: sí, me es infiel.... veole que parte á la mitad del dia, y no por eso á la noche vendrá.—Y como ella no vivia sino para verle durante el dia, mas que para esperarle durante la noche, para saludarle á la aurora, para cantarle en la primavera, para admirarle en estío, para bendecirle en otoño, para llorarle en invierno, para amarle en todos tiempos; al verle desaparecer así sin saber dónde, ni saber si volveria, murió la pobre mujer durante el eclipse; murió de celos, de desesperacion y de amor.

Apénas habia un segundo que no respiraba, cuando el sol, libre de su inocente encuentro con la luna, proseguia tranquilamente su camino; pero ya era demasiado tarde; todo aquel drama se habia terminado, y el inmortal esposo, objeto de tan violento cariño, no hirió ya con sus rayos mas que unos ojos cerrados y extinguidos. Sí.... sí: la pobre mujer era cadáver, porque el triste y calmoso auxilio que el sol la envió, y que se detuvo sobre ella como para pedirla perdon de su involuntaria ausencia, no fué capaz de despertarla, ni de reanimar su corazon helado.

J. Janin. *Traducido por* N.

Poetas y Versificadores.

Poeta llama el vulgo á todo el que tiene l tumbre (*la mala costumbre* iba yo á decir) cribir á roso y belloso unos rengloncitos desi que se llaman versos. Ahora bien, el *vulgo* e numeroso de lo que *vulgarmente* se cree, y p la tal denominacion de *poeta* se ha extendic de lo justo, y honrádose con aquel título á m que están muy léjos de merecerle.....

Claro está, y sabido es de todo el que tie dedos de frente, que no es *poeta* el que v. gr dar los dias á su suegra, se levanta por la m ta mui temprano el dia 13 de enero, y desp haberse comido nueve uñas, de haberse des un labio, y de haberse lacerado ambas á ventanas de la nariz, saca en limpio ur este estilo:

DECIMA ACRÓSTICA.

Grande es hoi nuestra alegría;
Ufanos todos estamos;
Mira como te abrazamos,
En el dia que es tu dia.
Recibe, señora mia,
Saludable cumplimiento;
Inexplicable contento
Nos entra solo con verte.
Dios te guarde, pues tu muerte
Al fin es un sentimiento.

A estos tales, infelicísimos disparat plaga nefanda, de que solo pueden librar gunos siglos de adelantos generales en e dio de las bellas letras, que extienden el bu to hasta en las clases ínfimas de la sociedad to es que nadie les llama *poetas*. Pero ha no tan malos, á quienes sí se les llama y se ellos poetas, cuando solo son *versificadores*

La *poesía* no está en la versificacion, no el metro; está en las ideas, en el concepto lenguaje y tono de la composicion. El *po* que sabe hablar al corazon con el lenguaje imaginacion ardiente: lo que el poeta dig ser bueno y nuevo; y decirlo ha de una nueva y buena. Debe usar de imágenes g sas, de comparaciones oportunas, de giros brillantes y escojidas; debe conmover pa suadir, y persuadir para convencer.

Esta es la *poesía;* y de aquí se infiere q sía puede haber, hablando en estricto rig sin que haya verso, y sobre todo, que el v es la poesía.

Fr. Luis de Leon dice así pintando el a grado: "Oh grandeza de amor! Por ti las tiernas doncellas abrazaron la muerte la flaqueza femenil holló sobre el fuego císimos amores fueron los que poblaron l mos. Amándote á ti, oh dulcísimo bien! ciende, se apura, se esclarece, se levanta, ba, se anega el alma, el sentido, la carne."

El conde de Cervellon pinta el amor en estas palabras que pone en boca de I "¿Vosotros me queréis matar porque am fonso, ó porque él me ama? Si porque l no es delito: si porque me ama, no es deli Si correspondo á sus cariños, ¿no los debo decer como preceptos? y si no los corre

) achacarme una ceguedad que él se la-
mi permiso? Pero ¿para qué me valgo
la? yo le quiero, yo le amo, yo soi la mi-
ı vida: matadme pues, matadme, y ma-
entrambos; que este lazo que á mí me i-
ıs fácil es romperle que desatarle."
ırece ningun disparate llamar *poesia en*
sos dos trozos maravillosos de pasion a-
capaces ambos de conmover á un procu-
l número; y cuando Fr. Luis de Leon re-
ıus obras poéticas los sentimientos de a-
iente de la criatura acia su criador, y
Huerta y otros han puesto en verso los
ı y el trágico fin de la enamorada de Al-
II, por cierto que no es el metro el que
os conceptos, sino que únicamente sirve
los mas dulces y gustosos cuando pasan
lo de camino para el corazon.
ıtrario los versificadores, que solo atien-
ıtar unas cuantas palabras con cierta dis-
ı de acentos, y digan ellas lo que quieran.
omeracion de palabras medidas y compa-
ce versos, pero no hace poesía: sus fa-
s, pues, son versificadores, mas no poetas.
ıer aquí ejemplos de este linaje de versifi-
in poesía, mal contagioso de que se han
los jóvenes de nuestra época, porque han
do harto mas fácil agradar á las orejas
esar á los corazones, no tengo mas que
rios, ó hacer yo mismo una composicion
lase mui sonora, mui armoniosa, y tan
desatinos como vacía de sustancia, ó bien
nidad de las que ahora corren por este es-
ın grande aplauso. Lo primero me es
e, y lo segundo me traeria muchos quebra-
cabeza.
ıos pues á los *versificadores* llamarse *poe-*
ignorante vulgo aplaudir sus biensonan-
rates; bastante es el atreverse un escri-
emporáneo á decir que no es lo mismo lo
lo otro, y mas cuando al pobre crítico se
probar que él mismo no tiene maldita la
lo otro ni de lo uno.

E. E.

L VAMPIRO.

el capitan Steadman en sus *Memorias*
xpedicion de cinco años contra los negros
s del Surinam, que al despertarse un dia
tro de la mañana en su hamaca, se en-
ıñado en sangre coagulada, sin haber ex-
ado dolor alguno. Sobrecojido de es-
ató de averiguar la causa de aquel extra-
ente, y hé aquí el modo de explicarla.
sido mordido, dice el expresado capitan,
npiro ó espectro de la Guayana, llamado
Españoles *perro volador*, que es una espe-
urciélago de monstruosa corpulencia, el
ıa la sangre de los hombres y de los ani-
éntras que están sumerjidos en un pro-
ño, y á veces hasta el punto de quitarles
Procuraré describir del mejor modo que
ısible el artificio de que se vale este ene-
migo de los seres animados para hacer sus estragos.

Cuando trata de atacar á una persona, se asegura primero, por medio de su delicado instinto, de que está profundamente dormida, se dirije acia los piés, y con sus espaciosas alas en forma de abanico principia á derramar un fresco agradable, que adormece mas y mas á la designada víctima de su voracidad: procede en seguida á darle una picada mui suave en la punta del dedo grueso del pié, la cual no abre mas brecha que si hubiesa sido dada con la punta de un alfiler, y sin embargo de lo angosto del orificio, es tan activo el mañoso esfuerzo con que se dedica inmediatamente á chupar, que hace concurrir á aquella parte toda la sangre del cuerpo.

Cuando se ha llenado bien el buche, deja la presa por un momento para descargarlo, y vuelve en seguida á su sangriento empeño una y mas veces, de modo que algunos pacientes no llegan á despertar hasta el otro mundo, ni este horrible animal se separa de su víctima hasta que se ve postrado por su misma replecion.

Al ganado suele caerle á la oreja, ó á aquellos sitios en que corre la sangre espontánea y fácilmente. Despues de haber aplicado ceniza de tabaco á la herida, que es el mejor remedio que se conoce, examiné la sangre que habia derramado, y segun el cálculo del cirujano que hice llamar para que me prestara los auxilios necesarios, no bajaria de doce á catorce onzas.

TORRENTE.

El pintor de Weimar.

—Sí, señora, diez años hace que no han tocado mis piés los umbrales de la casa paterna. Quince años tenia yo cuando salí de ella, y desde entónces no he hecho mas que viajar por Italia y por Alemania, sin hallarme bien en parte alguna, inquieto, siempre triste, dedicado exclusivamente á mi arte, que no basta para satisfacer mi alma. Lo ideal en las artes y en los afectos es mi continuo tormento: yo quisiera crear una obra inmortal, rafaelesca, sublime, y me consumo en vanos esfuerzos. Cuando termino un cuadro, empiezan por admirarle, y yo.... yo al punto veo sus defectos, y ansio perfeccionor mi estilo, estudiando, meditando, miéntras mis rivales intrigan y hacen fortuna, desacreditándome á mí; y esta injusticia me indigna, como si la injusticia no fuera cosa natural en los hombres. Un afecto profundo, íntimo, me consolaria: le busco, y no hallándole, vivo solitario, aislado en medio de la sociedad.

El jóven que hablaba así daba el brazo á una señora ya entrada en años. Era galan en extremo, tenia largos y rubios cabellos que le caian á un lado sobre la frente, dejando descubierta una de sus sienes, y llevaba la cabeza expuesta á la fresca brisa de la noche, tan deliciosa despues de un dia de verano. Su rostro parecia marchito, macilento y sulcado ya por algunas arrugas; pero sus ojos brillantes revelaban la llama interna que le consumia.

Iba junto á él, silenciosa, una jóven de singu-

lar hermosura. Su talle esbelto, flexible, se destacaba sobre la densa atmósfera de la tarde, puro y admirable en sus proporciones; cada uno de sus movimientos descubria una gracia nueva. Un escultor hubiera hallado tal vez algunas incorrecciones en su semblante, que nada tenia de aquella perfeccion antigua que la medianía de los artistas y escritores vulgares se afana, aunque en vano, por reproducir; pero el armonioso conjunto de sus mórbidas facciones, el encanto de aquellas formas delicadas, su fisonomía móvil, angelical, un no sé qué de triste y resignado en su frente de nieve, un alma tierna enfrenada por una inocente timidez; todo esto la constituia en un ser aparte, encantador, celestial, primitivo. Aquella hermosa llevaba la cabeza un poco inclinada acia adelante.

A corta distancia detras de ellos arrastraban seis caballos, subiendo una cuesta mui áspera, una enorme diligencia. Abrazaba la vista desde allí las hermosas llanuras de la Sajonia, sulcadas de colinas, y la inmensidad de un pais salpicado de ruinas y de verdura, y colorado por los reflejos oblicuos del sol, que se escondia entre dos montañas de nubes purpurinas.

— Digno sois de compasion! respondió al artista la señora anciana á quien daba este el brazo. La jóven bajó su velo agitado por la brisa.

— Tambien me sucede á veces encerrarme meses enteros, y vivir aislado con las ficciones de mi pincel: entónces al ménos soi feliz; me rodeo de seres que me aman, como les amo yo. Todos cuantos me conocen saben que es tan fácil hacerme sufrir con una palabra, que no sé en verdad cómo hai quien ataque á un hombre tan inofensivo como yo lo soi. Sin embargo, añadió, á veces he dado pruebas de energía; todo despotismo me irrita, y entónces mi palabra estalla repentina, pintoresca, concisa, cáustica, vehemente; mi imaginacion, rechazando el sarcasmo, acosa y confunde á los burlones, y siempre hai en mí un corazon propenso á amar, un corazon rico en afectos dulces, profundos, exaltados, inagotables! Y el jóven se golpeaba el pecho con violencia.

— Y dejáis por mucho tiempo á Viena? preguntó la anciana.

— Voi á Weimar, en cuyas inmediaciones habita mi padre una casa de campo. Diez años hace ya que no le he visto. Ahora vengo de Roma, y solo he estado diez dias en Viena. Mi familia me desdeña porque quiero ser pintor; nunca me escriben, nunca se informan de mí, y vivo en una soledad que solo sirve para avivar mas y mas mi natural propension á la melancolía.... Pero yo no sé qué es esto; á medida que me voi acercando á Weimar, siento que se me oprime cada vez mas el corazon.... Quién sabe? tal vez la fatalidad, que por dó quiera me persigue, me espera en los umbrales de la casa paterna, donde se me figura que no puedo entrar sin estrellarme en un nuevo infortunio que me espera allí, desapiadado, terrible!

— Desechad esas tristes ideas, le dijo la anciana; tenéis talento, y vuestra familia os perdonará. La jóven, sin decir palabra, acabó de ocultarse el rostro con su velo. Flechaba el sol sus últimos rayos, tendidos como una red de hilo de oro sobre la verdura de las praderas, y nuestros tres viajeros se detuvieron un momento para contemplar aquel grandioso y magnífico espectáculo de la naturaleza, lleno de calma y de serenidad.

— Admirable perspectiva! exclamó el jóven aleman: todo es grandioso y sencillo en la naturaleza.... la naturaleza! esa eterna desesperacion del artista!.... El infinito está allí! Dios está allí! Nosotros somos perecederos; todo lo que emana de nosotros es débil é imperfecto. El alma sola domina y desdeña lo que no puede crear sino con la ayuda de órganos insuficientes! ¡Pero el amor participa de la inmortalidad en las almas puras! el amor nos acerca á Dios!

Tendió la jóven sus hermosos ojos en derredor, para ver si se acercaba la diligencia; apénas podia tenerse en pié.

Subieron los tres al carruaje, donde estaban solos. Durmióse la anciana en su rincon, y en breve procuró el artista entablar una conversacion con la jóven, que no tardó en adormecerse. Brillaba la luna serena y pura sobre el horizonte; su luz vacilante, penetrando por la ventana de una de las portezuelas, iluminaba aquel bello rostro juvenil; y no se atrevia el pintor á despertarla, y ya no estaban mas que á dos leguas de Weimar! Pocas horas hacia que viajaba con ella; al verla tan hermosa, latia con violencia su corazon, suspiraba, no podia apartar sus ojos de ella... Sabia que aquella mujer iba á un pueblecillo pequeño á treinta leguas de Weimar, y se propuso seguirla apénas hubiese abrazado á su familia. ¿Cómo habia de renunciar para siempre á ver á aquel ángel? No, no; estaba resuelto á seguirla.... Durante su sueño creyó ver deslizarse dos lágrimas por sus mejillas. Alentado en vista de aquella afliccion cuya causa ignoraba, trémulo, palpitante, se aventuró á cojerla una mano, y estampó en ella sus labios con delirio....

Temblaba aquella mano entre las suyas, y no daba sin embargo la jóven señal de despertarse... Entónces él, con suma lentitud y con mil precauciones, la sacó del dedo un anillo de oro que llevaba, lo que la hizo agitarse algun tanto; pero no se despertó.... á lo ménos no abrió los ojos.... Y luego, fuera de sí, deslizó en el dedo que tenia asido una sortija mui sencilla y semejante en un todo á la que sustraia ó acaso le daban por medio de aquel sueño prolongado y cómplice tal vez....

— Nuestras almas están unidas! dijo el aleman reclinando con timidez su frente en el seno de la hermosa. Estremecióse esta profundamente, y lanzó un débil suspiro.... pero ya la diligencia atravesaba con estruendo las calles de Weimar.

Detúvose la diligencia algunas horas en la posada del correo. Las dos viajeras se despidieron de nuestro pintor, y subieron á su cuarto: la despedida de la jóven revelaba una agitacion mal reprimida.

Asomóse el pintor á su ventana, que caia sobre el patio, decidido á ponerse de nuevo en camino, y á seguir á la mujer con quien se habia unido por aquel místico enlace. "Digan los hombres lo que quieran, discurria él para sí, ya existen relaciones íntimas entre nosotros, ya están unidas nuestras almas." Interrumpió sus vagas meditaciones el ruido de una carretela tirada por cuatro soberbios caballos que entraba en el patio. Apeáronse de ella dos hombres, y pocos momentos despues volvieron á entrar en ella, acompañados de dos señoras.... Era ella? Sí, sí! Entónces

creyó verla, pálida, dolorida, asomarse á la portezuela, y pronto desapareció entre las sombras del crepúsculo.

Hallóse entónces solo, oh! mui solo! Jamas habia sentido tan oprimido su corazon; jamas su soledad acostumbrada le habia parecido tan profunda, tan amarga: jamas!.... Le parecia que le habia abandonado su vida.

A la madrugada del siguiente dia montó á caballo, y corrió á escape tendido hasta la quinta de su padre; pero este la habia vendido hacia ya tres meses, y el nuevo propietario dijo al pintor que ignoraba la residencia del antiguo dueño. No volvió hasta la noche á Weimar el jóven aleman; seis leguas le separaban de la ciudad.

Al dia siguiente uno de sus amigos le indicó el nombre de la ciudad en que habitaba su padre, y no pudo el jóven artista reprimir un grito de sorpresa al oir aquel nombre!.... Aquel nombre encerraba un misterio, un misterio terrible!

— Sin duda llegáis para la boda? le dijo aquel amigo.

— La boda?

— Vuestro padre va á casarse con una jóven lindísima.

— Cielos!

— Y acaso se haya celebrado ya la boda.

— Ya!....

— Ha salido á recibirla á Weimar.

— Cuándo?

— Ayer mañana.

— A las dos?

— A las dos de la madrugada.

— ¿En una carretela tirada por cuatro caballos?

— Sí.

— Infeliz!

Sale, corre precipitadamente como un loco. Aquella misma noche salia una diligencia; entra en ella, y llega por fin á la ciudad, en una turbacion indecible, abrumado el cuerpo de cansancio, desgarrado el corazon de angustia.

Su padre está en el campo. — Un caballo de posta! exclama, y monta en él, y vuela al encuentro de su infortunio, desgarrando con sus espuelas los hijares del caballo.

Llega; un antiguo criado que sale á abrirle le reconoce apénas.

— Mi padre?

— Está con la señora.

— Se ha casado?

— Esta mañana.

Esto decian en frente de la puerta de la quinta: ábrese una ventana, y asómase á ella una mujer jóven y hermosa....

— Quién es esa mujer? dijo.

— Vuestra madre.

— Oh!!! exclamó el jóven artista poniéndose de repente mas pálido que la nieve.

Monta á caballo, y huye á todo galope. Jamas ha vuelto á pisar los umbrales de la casa paterna.

G. D.

TIRTEO.

Tirteo, ateniense, floreció en la olimpiada 23, 684 años ántes de Jesucristo. Era por este tiempo en Aténas maestro de gramática, cuando los Lacedemonios para la segunda guerra de los Mesenios, por disposicion del oráculo délfico que habian consultado, pidieron un general á los Atenienses. Estos, bien por desprecio, como algunos quieren, bien, como otros afirman, temiendo el engrandecimiento de sus émulos, escojieron al cojo Tirteo para que los mandase en cumplimiento del oráculo. El éxito de la guerra fué contrario á las malignas intenciones de los Atenienses, pues Tirteo, sin embargo de ser nuevo en el arte de pelear, y de haber encontrado á los Lacedemonios abatidos por reveses anteriores, los inflamó de tal manera con sus versos, que olvidándose de la vida, y codiciosos de una muerte gloriosa, pelearon hasta derrotar completamente á los Mesenios. Los vencedores manifestaron su agradecimiento, concediendo á Tirteo los derechos de ciudadano, cosa que jamas concedieran los Espartanos á ningun extranjero. Dejó escritos Tirteo, segun el testimonio de Suidas, cinco libros de cantos guerreros, y una obra de preceptos morales en versos elegiacos. Esta ha perecido, y de los cinco libros solo restan los cortos fragmentos que ahora se traducen, conservados en varios autores. Estobeo los recojió, y el docto aleman Cristóbal Adolfo Klotzio los ilustró con un largo y curioso comentario, haciendo de ellos una edicion separada, única que segun mis noticias se ha publicado así.

POESIAS DE TIRTEO.

CANTO I.

¡Oh qué bello es morir por la querida
Patria! Varon, en los combates fuerte,
Con los primeros expondrás tu vida.
Mendigando infeliz quisieras verte?
Del que abandona su natal campaña
No sabes, no, la desdichada suerte?
Desamparado vaga en tierra extraña;
Los hijos, la mujer, el padre anciano,
Familia desolada, le acompaña.
Le aborrecen dó quier, y clama en vano;
De la indigencia al peso ya caido,
Nadie le prestará piadosa mano.
Que afrentó su linaje, y ha perdido
Hasta las nobles formas del semblante,
Y su infamia y su mal ha merecido.
Oh destino cruel del hombre errante!
No el desdichado habrá ningun consuelo,
Ni respeto, ni gloria en adelante.
Tú á la batalla por el patrio suelo
Valiente corre, y por tus hijos muere;
Deja de infame vida el torpe anhelo.
Manten la fila, y denodado muere;
Mantenla firme; oprobio á aquel cobarde
Que á la fuga en la lid principio diere.
Iras pon en tu pecho, en iras arde;
Con hombres las habrás en la pelea;
No el amor de la vida te acobarde.
El anciano aguerrido no se vea
Por ti con mengua tuya abandonado,
Que su rodilla débil ya flaquea.
¿Vergüenza no será que atropellado
Yazga á tus ojos al primer momento
De sienes ya rugosas el soldado?

Allí en el polvo, mírale sangriento
Su cabello nevado, y barba cana,
Yace exhalando el animoso aliento.
Nudo su cuerpo, ni de heridas sana
La parte del pudor con mano amiga
Cubre el ultraje de la turba insana.
Espectáculo atroz! Y á la enemiga
Hueste no vas? Al jóven animoso
Morir conviene, juventud le obliga.
Saliendo de las lides victorioso,
Lo acata el hombre, la mujer le queire;
Pero aun es á las bellas mas hermoso
Si en los primeros batallando muere.

CANTO II.

Animo, raza del invicto Alcídes,
Mírate fausto Jove en su alta cumbre,
Y tú salir al campo no decides?
No temas la enemiga muchedumbre,
No tiembles; quien embraza fuerte escudo
Solo debe temer la servidumbre.
Carga odiosa es la vida; á ti el sañudo
Hado de muerte tan amable sea
Como la luz del sol amarse pudo.
¡ Cuánta gloria, mancebo, te acarrea
Hazaña digna del sangriento Marte!
Cuán terrible es el Dios en la pelea!
Bien lo sabes, á fe; que en una parte
Si tu ejército vence, derrotado
Es en otra, y huyendo se reparte.
Del estrecho escuadron que avanza osado
A la hueste enemiga, pocos mueren,
Y muriendo á los suyos han salvado.
Aquellos que en la lid no resistieren
Hostil encuentro, tímidos varones,
Una afrentosa esclavitud prefieren.
Guerreros, agotando sus razones,
¿ Quién bastará á decir el gran tormento
Del que sufre la infamia y los baldones?
¡ Mísero jóven, al fatal momento
Que huyere del combate! ya le alcanza,
Le hiere por detras hierro violento.
Cadáver en el polvo, mientra avanza
Orgulloso el contrario, infame queda,
Rota la espalda al bote de su lanza.
No, que ignominia tal no te suceda.
Da un paso, y firme! Clávate en el suelo,
Muérdete el labio, y tu furor no ceda.
Aguarda el duro choque sin recelo:
Un ancho y grueso escudo te defiende;
Que de los dardos pára el raudo vuelo.
Pero la diestra mano es la que ofende;
Blande tu lanza, y el penacho altivo
Sacude, y corre, y las falanges hiende.
Con señalados hechos en el vivo
Combate se acredita el buen guerrero,
Y entre los dardos discurriendo activo.
Llega á las manos y descarga fiero
Sobre algun enemigo el ancha espada,
Y á tu campo lo lleva prisionero.
O bien, la lucha singular trabada,
Oponle piés á piés, escudo á escudo,
Y tu fuerte celada á su celada.
Y estréchate á su pecho, y del membrudo
Brazo su lanza desprender procura,
O cójele del pomo el hierro agudo.
Mas ántes guarde formacion segura
Todo escuadron: de escudos guarecido
el de lijera y fácil armadura,
Y á la nube de piedras escondido,
Dardos sin fin al enemigo asesta;
Y siempre amparador y protejido,
Esté detras de la pesada hueste.

CANTO III.

No el de robustos piés, que la victoria
Consiga en el luchar, nombrado sea,
Ni de él se haga la menor memoria:
Así tenga la talla ciclopea,
Y el muscular poder, así delante
Del Aquilon corriendo se le vea;
Así mas bello el juvenil semblante
Nos muestre que Titon, y su tesoro
Al del avaro Midas se adelante.
Si es tan dulce en su acento y tan sono
Como Adrasto, y cual Pélope si alcanza
Tanto regio poder, tanto decoro,
Si el mas glorioso fuere, mi alabanza
No entre los hombres llevará primero,
Como le falte la marcial pujanza.
La lleve el impertérrito guerrero
Que se arroja valiente al enemigo,
Ni en medio tiembla del estrago fiero.
Esto es valor; en el valor te digo
Que el alto premio está de los varones,
Y el valor es del jóven mas amigo.
¡ A tu cara ciudad qué lauro pones
A combatir impávido saliendo
En los primeros fuertes escuadrones!
Si en tu puesto clavado, conociendo
No haber infamia que á la fuga iguale,
Grata ofrenda del alma estás haciendo;
Si tu ardor entre todos sobresale,
Si animas á morir al de tu lado,
Tú eres el hombre que en batallas vale.
Parte, corre veloz al erizado
Enemigo escuadron, rómpelo y sigue,
Y atraviesa de dardos el nublado.
Caerás, caiste; oh gloria! así consigu
La patria honor, el padre gran renombr
Que el pesar de tu pérdida mitigue.
Y quién habrá que sin dolor te nombre
¿ Quién tu pecho verá, y el ancho escudo
Pasado en partes mil, que no se asombre
Lágrimas dan en su lamento agudo
Jóven y anciano; la ciudad entera
Al grave duelo resistir no pudo.
Tu envanecida tumba se venera,
Tus hijos y tus nietos, tu linaje,
Ilustres son hasta la edad postrera.
Que no el tiempo voraz con impio ultr
Acabará tu nombre, aunque inclemente
Contra tu cuerpo sin cesar trabaje.
No muere, no, la fama del valiente
Que á mano de Mavorte en la pelea
Víctima ha sido de su arrojo ardiente.
Mas del hado de muerte libre sea,
Y en la lid arrebate la victoria,
Y vivo, y salvo, y triunfador se vea:
Aquí ya empieza su eternal memoria
Hónralo el jóven, hónralo el anciano,
Pasa la vida en deliciosa gloria.
Y, ya la barba y el cabello cano,
Pleito ninguno habrá, y acatamiento
Verá en su pueblo el alto ciudadano.
Y todos, cuando llegue, de su asiento

in, y el anciano cariñoso
o suyo cederá al momento.
s el tiempo, jóven valeroso,
l tiempo que tu ardor se avive :
tan grande gloria aspire ansioso,
s armas, y la lid no esquive.

CANTO IV.

cuando en vil ocio ? ¿ Tan sufridos
ncebos, que la Grecia os vea ?
alzaréis los ánimos caidos ?
comarca toda que os rodea
favorte ; ¿ y la quietud infame
lusos que guardada os sea ?
armas volad, la trompa clame ;
o combata hasta dejar la vida,
a la deshonra, y vil se llame.
id por la patria, y la querida
y por los hijos salga el fuerte,
e así la gloria merecida.
ié á los hados temerá ? ¿ La muerte
o quiera al decretado instante ?
ejar la inevitable suerte ?
npo, al campo, empuñe la pesante
junte valor junto al escudo,
barse la lid entre delante.
no huya : ¿ del morir quién pudo,
un númen inmortal descienda,
o escapar fiero y sañudo ?
tos huyendo la marcial contienda
o de los dardos, de su techo
al umbral la muerte horrenda ?
el cobarde sin algun derecho
lar amor ; murió el valiente,
blo gime en lágrimas deshecho.
la lid se salva, reverente
semidios ; y él sobresale
ndo cual torre entre su gente,
zañas y ardor un pueblo vale.

JOSE DEL CASTILLO Y AYENSA.

Amenaza singular.

adocenada desempeñaba en un teatro
la parte de graciosa : llegó la noche
cio, y concluida la comedia, en la que
el la agraciada, se levantó el telon
incipio á una tonadilla. Tan luego
ó á cantar la reina de la funcion, se
carga de silbidos : siguió aquella can-
público siguió silbando : hacia ya diez
habia caido el telon, y sonaban aun
con mas fuerza. No habiendo me-
ner silencio al público, y no siendo
ra conseguirlo las amonestaciones ni
s de la autoridad, salió al proscenio
y dirijiéndose á los espectadores, di-
a serenidad : " Si no callan ustedes,
pezar la tonadilla." Cesaron inme-
os silbidos, y reinó el mas profundo

N.

UNA VENGANZA.

Un pobre zapatero vivia en una accesoria contigua á una pulquería cuyo dueño era astuto como él solo, y el cual para ganar parroquianos mandó poner en su puerta un rotulon que decia :

PVLQÉRIA, DEL TYGERE PVLQES FI,
NOS. DEL RANHO DE SANTA. CRVS YO.
COTEPEQÉ ?

El zapatero, como que no sabia leer, resistió fácilmente á la tentacion de su vecino ; pero este, viendo el poco efecto que le surtia su letrero, lo substituyó insidiosamente con una graciosa pintura, en la que se distinguia una gran tina y algunos vasos rebosando la blanca bebida. La boca se le hacia agua al pobre zapatero cuando veia el licor pintado tan á lo vivo ; y así, se esforzaba por apartar la vista de aquella pintura ; mas á su pesar se fijaban en ella sus miradas. Ultimamente, un dia dijo para sí : Con medio real que yo gaste, ni mas pobre ni mas rico. Y entró á la pulquería á beberse un buen vaso.

A otro dia volvió á hacer lo propio, y lo mismo los dias siguientes.

Pero llegó uno en que no tenia blanca.

— ¿ Cómo, vecino, le dijo el pulquero luego que lo vió pasar, qué, hoi no tiene V. sed ?

— Dinero es el que no tengo, vecino, respondió el zapatero.

— No le hace : ¿ qué, cree V. que no puedo fiar á un vecino honrado, como lo es V. ?

Con este ofrecimiento, el pobre zapatero se fué cargando la mano con tanto fervor, que al cabo de algun tiempo ya subia la cuenta á una regular cantidad. El pulquero cobraba, y el zapatero prometia y no daba, y aquel seguia fiando por no perder parroquiano y dinero.

Un domingo, habiéndose vestido de gala el zapatero con una chaqueta de paño pardo con botones de metal, y sombrero nuevo, pasó por delante de la puerta del pulquero, el cual le echó garra, y metiéndolo á su tienda, lo despojó, quitándole chaqueta y sombrero, y juró que no habia de volverle sus prendas hasta que pagase toda su cuenta. El zapatero se aflijió, amenazó y suplicó al pulquero que se las devolviera (porque justamente iba á un bailecito, en el que estaba esperándolo una morena para bailar con él el primer jarabe); pero el pulquero se mantuvo inflexible, y el otro tuvo que volverse á su accesoria mohino y en cuerpo.

Para hacerse ruido y distraerse algun tanto de aquel sinsabor, se puso á acabar un par de zapatos que tenia pendientes, cantando en alta voz y metiendo mucha bulla.

El dia siguiente se levantó mui alegre y satisfecho, porque ya habia discurrido una venganza.

Parado en su puerta, se puso á desmigajar una torta de pan, y las pollas del pulquero vinieron á comerse las migajas. Al otro dia hizo la misma maniobra, y las pollas volvieron con la misma familiaridad ; el tercer dia ya entraron hasta adentro de la accesoria, y el cuarto, cuando estaban mas entretenidas recojiendo migajas, el zapatero cerró la puerta, tomó una funda de almohada, y fué desplumando pollas y echando plumas en la

funda. Así que concluyó esta operacion, cosió la funda y echó las gallinas á la calle, las cuales, semejantes al hombre de Platon, fueron entrando á su casa mondas y lirondas.

Dicen que una buena conciencia es la mejor almohada; pero el zapatero descubrió que la venganza tambien las proporciona mui buenas.

Estando durmiendo, con la cabeza recostada en la dicha almohada, llegó el vecino, y dió tales golpes á la puerta, que por poco la echa abajo.

Pero ni por esas se levantó el zapatero.

—Oiga V., vecino, le gritó desde afuera el pulquero, mis gallinas están sin plumas, y hai quienes digan que así las han visto salir de esta casa.

—Quién se lo ha dicho á V., vecino?

—Quién? el tendero y la frutera de la esquina.

—Pues, señor, la frutera y el tendero le han dicho la pura verdad.

—¿Y no me pudiera V. decir, dispensando la molestia, quién ha desplumado á mis pobres gallinas?

—Ya se ve que puedo decirlo, no hai en ello molestia ninguna.

—Pues bien, dígame V. quién las desplumó?

—Nada es mas fácil vecino, yo fuí.

—Cómo? usted?

—Sí, señor, yo mismo.

—¿Y podré saber por qué se ha tomado V. la libertad de desnudar á mis pobres animales?

—Ciertamente. Ha de estar V. que hace algunos dias que sus gallinas están viniendo á comerse el pan, sin que me valga espantarlas, y tampoco me lo pagan, por mas que se los cobro: este es el motivo por que he pelado sus pollas; pero tan luego como me paguen, les devolveré sus plumas.

—Qué infamia!

—No es tanta como la de habérseme despojado de mi chaqueta y sombrero el domingo pasado: se acuerda V.?

—Y qué quiere V. hacer con las plumas!

—Lo que ya he hecho, una buena almohada, en la cual estoi recostado.

—Ya lo verá V. con el alcalde.

—Como V. quiera.

—Ahora mismo, ahora mismo voi á presentarme contra V.

—Vaya V. norabuena: adios.

No sabemos cuál ha sido el resultado de este asunto.

El Pasatiempo.

A LAS MUCHACHAS.

LETRILLA.

Niñas que leyendo aquesto
Mostrarán ceñudo el gesto,
Sí las hai;
Pero que de lo leido
Saquen el fruto debido,
No las hai.

Niñas pulidas y bellas
Como el sol y las estrellas,
Sí las hai;
Pero de tal condicion
Que no tengan presuncion,
No las hai.

Niñas que á los doce abriles
Cuentan las gracias á miles,
Sí las hai;
Pero que estén sin su mueble,
Aunque en edad tan endeble,
No las hai.

Niñas que á dos, tres y cuatro
Les dicen: "Yo te idolatro,"
Sí las hai;
Pero niñas que por esto
Logren casarse mas presto,
No las hai.

Niñas que en la edad de amor
A todos muestran rigor,
Sí las hai;
Mas que de tal entremes
Mo se arrepientan despues,
No las hai.

Niñas solteras de treinta,
Y aun de cuarenta y cincuenta,
Sí las hai;
Mas de genios tan extraños
Que no se quiten los años,
No las hai.

Niñas que á un tonto sonríen,
Y de él á solas se ríen,
Sí las hai;
Mas niñas que por el pronto
No quieran pillar un tonto,
No las hai.

M. A.

A UN PAJARILLO.

¿Que tienes, dime, pajarillo hermoso,
Que el vulgo bello de las aves dejas,
Y el aire turbas con dolientes quejas,
Triste y lloroso?
¿Acaso huyendo del azor la ira,
Te hirió la flecha con veloz carrera?
¿Arde en tu pecho ponzoñosa y fiera
De amor la vira?
Cayó tu nido por ventura al suelo?
Son tus hijuelos del halcon despojos?
¿Por qué turbado los dolientes ojos
Alzas al cielo?
"Soi desdeñado: mis amores trata
"Con asperezas y doblez oscura
"Mi pajarilla, y me aborrece dura,
"Pérfida, ingrata."
Ah! cesa, cesa de tu amargo llanto,
Pobre avecilla, que tambien mi pecho
Llora desdenes en dolor deshecho:
No gimas tanto.
Ven á mi seno, y en igual retiro
Dulce alianza y amistad haremos,
Y libres ambos de doblez seremos,
Y tú del tiro.

M. A. P.

TEMPLO DEL SOL

DE

LOS ANTIGUOS HABITANTES DEL PERÚ.

Ofrecen tanto interes las antiguas costumbres religiosas de los Peruanos, que creemos que esta noticia será mui del agrado de nuestros lectores. Así, hagamos ahora la descripcion del famoso templo que aquel pueblo tenia consagrado al Sol; descripcion tomada en su mayor parte del peruano Garcilaso de la Vega.

Como las bellezas de aquel templo, dice este historiador, son superiores á lo que la creencia humana puede concebir, acaso no me atreveria á hablar de ellas, si los escritores españoles que han escrito acerca del Perú no estuviesen de acuerdo en este punto; pero ni lo que ellos han dicho ni lo que yo pueda añadir será bastante para dar una idea exacta de la riqueza de aquel monumento religioso.

Las cuatro paredes del templo estaban forradas en toda su extension de placas de oro. En el altar mayor estaba la imágen del Sol, hecha tambien de oro, pero de doble grosor que las demas placas. Esta imágen, de una sola pieza, tenia la faz redonda, y estaba circundada de rayos y flamas, siendo el único ídolo que habia, porque no tenian otro aquellos Indios ni en este templo, ni en otro alguno, y tan solo adoraban al Sol, por mas que digan algunos autores.

Cuando los Españoles entraron á la ciudad de Cusco, tocó por la suerte esta imágen del sol á un caballero castellano tan dado al juego, que en una noche la jugó y perdió, dando esto orígen á aquel proverbio que dice: "Jugar el sol ántes de amanecer."

A ambos lados de la imágen del sol yacian los cuerpos de los reyes del Perú, colocados por órden, segun su antigüedad, y tan bien embalsamados, sin saberse cómo ni de qué manera, que parecian vivos. Cada uno de ellos estaba sentado en un trono de oro sobre una placa del mismo metal.

Todas las puertas del templo del Sol estaban cubiertas de láminas de oro, y ademas, al rededor de las paredes de este templo habia una placa de oro en forma de corona ó guirnalda de mas de una vara de ancho.

Al lado de este templo se veia un claustro, cuyas cuatro paredes estaban adornadas por arriba con una guirnalda de oro puro de una vara de ancho, como la de que ya se ha hablado. Cuando los Españoles la tomaron, pusieron en su lugar una de hoja de lata de la misma anchura.

Al rededor de este claustro habia cinco pabellones en forma de pirámides. El primero estaba destinado á servir de albergue á la Luna, hermana y esposa del Sol, y madre de la familia de los incas. Sus puertas y paredes estaban cubiertas de placas de plata, por analogía al aspecto de la Luna, cuya imágen estaba representada como la del Sol, con la diferencia de que era de plata, y con rostro de mujer.

La morada mas próxima á la de la Luna era la de Vénus, de las Pléyadas y demas estrellas en general, que decian los Peruanos eran las criadas de la Luna, y vivian tan cerca de su señora para poder servirla con mas comodidad. El motivo porque pensaban que las estrellas estaban en el cielo para el servicio de la Luna, y no del Sol, es porque las veian de noche, y no de dia.

Esta morada y su portal estaban forrados de placas de plata, como la de la Luna, y su techo representaba un cielo sembrado de estrellas de diferentes tamaños. El tercer aposento estaba consagrado al relámpago, al trueno y al rayo.

No eran estas tres cosas miradas como dioses, sino como los criados del Sol, y tenian los Peruanos la misma opinion que los paganos de Roma y Grecia, los cuales creian que el rayo era un instrumento de la justicia de Júpiter. Si sucedia que cayese un rayo en una casa ó en cualquier otro paraje, se convertia para los Peruanos en objeto de tan grande abominacion, que tapaban luego las puertas con piedras y lodo, para que nadie entrase á aquel sitio, y si caia el rayo en campo raso, señalaban con lindes aquel punto, y ninguno se acercaba á él.

La cuarta tienda ó aposento estaba consagrada al arco íris, porque procedia del Sol. Este aposento estaba cubierto de oro, y sobre placas de este metal estaba figurado, con todos sus colores, un arco íris, que se extendia de pared á pared, y cuando los Peruanos lo veian en el cielo, se tapaban la boca con la mano, porque creian que por poco descubiertos que tuviesen los dientes en estas ocasiones, se les podrian sin remedio.

El quinto y último aposento era el del gran sacrificador y de los demas sacerdotes que asistian al servicio del templo, los cuales debian estar entroncados con la sangre real de los incas. Este aposento, forrado de oro en toda su extension, servia de sala de audiencia, y en ella se deliberaba acerca de los sacrificios y de las demas cosas concernientes al servicio del templo; mas ninguno podia comer ni dormir allí.

En las paredes de este aposento habia nichos cuyos contornos estaban adornados de piedras preciosas, y principalmente de esmeraldas y turquesas.

Fuera de los cinco grandes pabellones que acabamos de mencionar, habia tambien en la casa del Sol otros varios aposentos para los sacerdotes y criados, de la clase de los incas llamados privilegiados; pues ningun indio, por nobilísimo que fuese, tenia entrada en aquel sagrado recinto si no era inca. Tampoco entraban las mujeres, ni aun las doncellas, ni las mujeres del rei. Los sacerdotes servian el templo por semanas arregladas á los cuartos de la luna, y en este tiempo no veian á sus mujeres, ni salian del templo para nada.

Los indios que servian en el templo de criados, como porteros, barrenderos, cocineros, sumilleres, guardaropas, y los que cuidaban de las joyas, &c., eran de la misma nacion y de las mismas ciudades que los que servian en la casa del rei; porque habia ciudades obligadas á proveer de oficiales á la casa del inca y á la del Sol. Es de notarse aquí que en ambas casas, á causa de la relacion que existia entre padre é hijo, no habia ninguna diferencia en el servicio; solamente las mujeres no entraban nunca en la casa del Sol, y no se hacian sacrificios en el palacio del inca; pero en todo lo demas se seguia el mismo régimen en ambas casas.

Terminaremos esta descripcion de las maravi-

llas del templo de Cusco, indicando un género particular de adornos cuya riqueza y rareza debian eclipsar á todos los demas, y cuya existencia apénas es creible, sin embargo de estar atestiguada por varios historiadores españoles, y por el mismo Garcilaso de la Vega. Cuenta este autor que habia en el templo del Sol una multitud de árboles frutales y de flores, todo de oro, plata y piedras preciosas, fabricados con mucho arte. Esto supone que los artífices peruanos eran sobresalientes, y mucha su destreza, atendida la dificultad que para esta clase de trabajos hallaban en la simplicidad, ó mas bien tosquedad de los instrumentos que para ello empleaban.

Entre los templos mas famosos consagrados al Sol en el Perú, y en algun modo comparables al de Cusco, habia uno en la isla llamada Titicaca que era mui célebre. Este templo era objeto particular de veneracion para los Peruanos, porque sus sacerdotes decian que los primeros incas, hijos del Sol, permanecieron allí cuando este Dios los envió á la tierra para que enseñasen á los pueblos bárbaros sus deberes religiosos y los secretos de las artes.

Este templo estaba servido del mismo modo que el de Cusco, y se recibian en él muchísimas ofrendas de oro y plata, en forma de utensilios y muebles preciosos. El reverendo padre Valera, al hablar de las prodigiosas riquezas de este templo, dice que habia montones de objetos preciosos, y que con el oro y la plata que habia quedado de las ofrendas hechas en aquella isla se podia construir otro templo entero solo de plata y oro macizos; y añade que los Indios echaron todos estos tesoros al agua que circundaba la isla luego que supieron que los Españoles habian llegado al Perú, y que se tomaban cuantas riquezas encontraban.

"Cuando un indio, dice Garcilaso de la Vega, poseia siquiera un solo grano de maiz ó de cualquiera otra semilla procedente de esta isla, para ponerlo en sus graneros, creia firmemente que nunca en su vida careceria de pan; tan grande así era la supersticion de estos pueblos por lo que atañia á las cosas en que intervenian sus incas, por pequeñas y poco importantes que fuesen."

Magasin universel. Traducido por M. G.

Venganza de una muger.

A fines del siglo XV gemia la Córcega entregada á los horrores de la mas espantosa anarquía. En vano los pueblos, buscando un remedio á sus males, habian elevado sucesivamente á la cumbre del poder á algunos de los mas poderosos señores de la isla; en vano, porque apénas empezaba cualquiera de ellos á restablecer algun tanto la tranquilidad, apénas empezaba á dar algunos visos de duracion á su dominio, los propietarios de los grandes señoríos, los jefes (i caporali) como los llamaba el pueblo, impacientes por sacudir el yugo de toda autoridad superior á la suya, suscitaban con su ayuda algun nuevo pretendiente que disputase al gobernante su efímero poderío.

Los Corsos, siempre volubles, siempre ansiosos de novedades, enemigos por instinto de cuan manejaban las riendas del gobierno, los aban naban al punto para echarse en brazos del reci venido, á quien no tardaban luego en abandor tambien para seguir la bandera del nuevo com tidor. De este modo elijieron sucesivamente poco tiempo y sin resultado alguno ventajoso p ra la felicidad del pueblo, á Sambucuccio d' Al do, á Giudicello da Gaggio, á Sigurano dal P no, á Carlo da Casta, á Vinciguerra y á Colo bano.

En el año 1463 dieron el mando supremo de isla á Carlo dalla Rocca, que recibió al mis tiempo el título de defensor del pueblo; título q mereció en efecto, pues logró en aquella época continuas revueltas intestinas conservar por esp cio de cuatro años la paz del pais, á pesar de l esfuerzos que hizo para turbarla Giovan Paolo Leca; despues de este breve intervalo de tranq lidad murió Carlo dalla Rocca asesinado en su l cho. Disputáronse entónces el dominio de Córcega Tommasino da Campo Fregoso y la d quesa de Milan, la cual, despues de haber vencid al primero en una gran batalla, quedó única y al soluta señora de la isla; pero, conociendo que n podria sino á costa de grandes sacrificios conse var la posesion de aquel territorio, de la cual n la resultaba ademas ningun beneficio positivo, bandonó enteramente su soberanía al vencido, quien tenia prisionero en su poder.

A los horrores inseparables de estas discordi civiles se unian mil odiosas venganzas individu les. Esos atroces rencores entre diversas fam lias, y aun á veces entre los hijos de una mis madre, rencores de cuya implacable energía se la Córcega presenta ejemplos; esos rencores leg dos de padres á hijos como una herencia siemp aceptada con entusiasmo, recibian de las disens nes políticas nueva y mas terrible actividad. F guraban entre los hombres mas poderosos de la i la, Giacomo de Gentili di Brando y Vicentello d Gentili di Canari. Oriundos ambos de la mis estirpe, estaban sin embargo divididos por aqu llas animosidades que no se extinguen en la sa gre de un enemigo, y que persiguen hasta á sus hi jos, hasta á sus últimos descendientes. Uno y tro habian abrazado partidos opuestos, y alterna tivamente vencedores ó vencidos, siempre habia sido los dos en sus mutuas relaciones ó persegu dores ó proscriptos.

Miéntras conservó su influencia en el gobier Carlo dalla Roca vivió Giacomo miserable y fu gitivo; pero cuando pasó el poder á manos de Tom masino pudo vengarse Giacomo, saciando su re cor en los herederos de su enemigo, porque Vice tello habia muerto gloriosamente peleando por s causa. Arrojó á los hijos de Vicentello de su se ñorío de Canari, y estos se vieron precisados á bu car un asilo en el continente; mas no tardó e verse derribado Tommasino, y el gobierno de l Córcega pasó á manos del tribunal de San Jorg de Génova.

Las continuas guerras en que ardió por much tiempo la isla, impidieron á los propietarios pro criptos reclamar los bienes de que habian sido des pojados; pero cuando se restableció por fin algu tanto la tranquilidad, hicieron valer sus antiguo derechos. Vicentello habia dejado dos hijos, un legítimo, Vicencio, demasiado jóven aun para m

r sí mismo sus bienes, y Napoleon, que le
algunos años, pero que ningun derecho te-
herencia, pues era bastardo. Napoleon,
argo, fué el que pasó á Génova á reclamar
re de su hermano los bienes de que habia
pojado; y habiendo obtenido su completa
on, administró de vuelta en Córcega las
el señorío de Canari, en beneficio del jó-
encio, hasta que llegó este á la edad en
ermitió la lei manejarlas como su único
lero propietario.
nemigo Giacomo habia desaparecido de
, y como todos sospechaban que se habria
lo en Cerdeña ó en el continente, vivian
enor inquietud los hijos de Vicentello, u-
ntre sí por los vínculos del mas estrecho
Habia dado Vicencio á su hermano en
d absoluta cincuenta de sus vasallos, que
manifestarle de este modo su gratitud por
icios que de él habia recibido; todo indica-
u amistad duraria hasta la muerte.
on por aquel tiempo á los dos hermanos
chas veces, al caer la tarde, se veia en la
de una montaña vecina una figura blanca
iosa. Los que habian sido bastante ani-
ara contemplarla decian que tenia cara de
que parecia jóven y hermosa; pero todos
persuadidos de que era una fada, porque
que habian intentado acercarse á ella se
visto desaparecer casi de repente entre
bras de los peñascos ó detras de las male-
que se pudiera dar con ella, ni mucho mé-
inar dónde se escondia.
a de acecho una tarde Napoleon en el bor-
barranco poco ancho, pero bastante pro-
esperando con la paciencia propia de un
á que saliesen algunos conejos de una ma-
que tenia junto á sus piés, cuando llamó
ion un lijero rumor. Alzó la cabeza e-
e al pecho su ballesta; pero quedó inmo-
sombro viendo sentada, en el opuesto bor-
arranco, una jóven cuyo semblante le era
punto desconocido.
o en sí del primer movimiento de sorpre-
le causó aquella inesperada aparicion:—
liz casualidad, dijo á la hermosa extranje-
odido traeros á estas ásperas rocas que a-
atreven á cruzar nuestros villanos y sus
compañeras?
hai en esto casualidad ninguna, respon-
allarda desconocida; todos los dias vengo
me en este mismo sitio.
es quién sois? repuso Napoleon. Esa
cintura que ciñe un ropaje sútil, esas ma-
blancas, esas facciones tan delicadas no
en seguramente á la hija de alguno de
groseros montañeses, y no existe al mis-
po en todas estas cercanías castillo algu-
l digno de tan apuesta castellana.
preguntáis quién soi? replicó la incóg-
so algun dia me será permitido decírselo
eon, al hijo primogénito de Vicentello;
ra debo callar. Teneos! añadió, viendo
oleon se disponia á atravesar el barran-
tentéis acercaros á mí, porque seria em-
a, y me obligariáis á huir.
tuvieron estas palabras á Napoleon en su
pero no habia llegado aun al fondo de la
ndo ya se habia alejado la incógnita; y
despues que á fuerza de trabajo logró trepar hasta el opuesto borde, ni aun pudo distinguir siquiera el camino que habia seguido la hermosa fugitiva.

Volvió Napoleon al siguiente dia, y la halló sentada en el mismo sitio. Todas las tardes le llevaba su curiosidad á la montaña, y siempre eran inútiles sus esfuerzos para acercarse á aquella mujer; si él seguia un lado del barranco, estaba ella siempre en el opuesto, y al dia siguiente se quejaba de que hubiese intentado sorprenderla.

Llegó en fin la curiosidad de Napoleon á un punto tal que no le era ya posible contenerla; todo en el mundo lo hubiera dado por saber quién era la extranjera, y á esta primera pasion se agregó con el tiempo un sentimiento mas tierno. Pasaba á veces noches enteras escuchando los dulces cantos de aquella misteriosa hermosura, cuya mágica voz se unia á los acentos del bandolin; todas las noches la llevaba flores nuevas; ataba su ramillete á una flecha ó á una piedra y le lanzaba de este modo al otro lado del barranco. Ya muchas veces la habia enviado de esta suerte lazos y flores.

—Cuándo podré en fin saber quién sois? decia una tarde Napoleon; ¿cuándo me permitiréis que estreche entre mis manos esas manos tan blancas que siempre se alejan de mí como aquellas frescas umbrías que ve huir el árabe en el desierto á medida que se va acercando á ellas?

—Mi desgracia quiere, respondió la hermosa, que esté destinada á no poder decir quién soi mas que al señor de Canari; solo él podrá estrechar mi mano entre las suyas. ¿Por qué, Dios mio! añadió, por qué han de privaros injustas leyes de una herencia que os habia dado la naturaleza? No sois vos el primogénito? Y no sois vos ademas quien ha hecho que vuelvan estos dominios á manos de sus antiguos posesores?

Recordábale otras veces que la sociedad le escarnecia con el título de bastardo, y que empañaba su blason una barra de ilegitimidad. Adquiriendo de dia en dia nuevo ascendiente sobre su ánimo, aquella mujer le empleaba en inflamar en su corazon una celosa animosidad contra Vicencio. No tardó en lograrlo, y para pasar de los celos al odio la senda es fácil y resbaladiza.

Una tarde, la del 15 de agosto de 1481, si hemos de creer al historiador Fileppini, logró irritar sus pasiones en mas alto grado que nunca.

—Hoi es vuestro cumpleaños, le dijo; recibid de mis manos ese agasajo..... Ahí van vuestros derechos al señorío de Canari.

Recojió Napoleon el objeto que acababa de echar á sus piés, y halló en una cubierta de tafilete mui bien doblada un riquísimo puñal con mango de marfil primorosamente labrado: guardóse el puñal en el cinto, y volvió al castillo de su hermano, meditabundo y sombrío. Habia hecho todo aquel dia un calor insoportable, por lo que le esperaba Vicencio con grande impaciencia para disfrutar en su compañía, jugando al ajedrez, de la frescura de la noche.

Napoleon, enteramente embebido en lo que acababa de decirle la incógnita, perdió varios juegos seguidos; circunstancia que, aunque indiferente al parecer, contribuyó no poco á irritar su cólera, que ya apénas podia reprimir desde que volvió aquella tarde al castillo. Habian empezado ya los dos hermanos otra partida, cuando con un movi-

miento involuntario derribó Napoleon algunas piezas; quisieron volver á colocarlas en su lugar, pero no quedaron de acuerdo sobre el modo como estaban colocadas. Originóse de aquí un altercado, en que dijo Vicencio á su hermano algunas expresiones bastante duras; y este entónces, no pudiendo ya contenerse por mas tiempo, asió el puñal que llevaba en la cintura, y se le clavó en la garganta á Vicencio, que cayó muerto en el instante mismo.

Apénas se extendió la nueva de aquel horrible asesinato, quisieron todos los nobles de las cercanías unánimemente armarse contra el fratricida. No se sentia Napoleon con bastantes fuerzas para hacer frente á todos los que empuñaban las armas contra él, tanto mas cuanto no estaba mui seguro de que le fueran fieles sus nuevos vasallos de Canari, por lo cual, despues de haber consultado á la incógnita, se decidió á pasar á Génova, donde esperaba, con ayuda de sus amigos y mediante algunos sacrificios pecuniarios, obtener del tribunal de San Jorge el perdon de su crímen y la investidura del señorío de Canari; pero inmediatamente despues de su llegada fué preso por órden del tribunal, y conducido á Córcega, cuyo gobernador le condenó á ser decapitado en el sitio mismo en que habia asesinado á su hermano.

Cuando le conducian para sufrir la sentencia de muerte al castillo de Canari, vió al pasar por enfrente de la puerta principal á la jóven extranjera, vestida de blanco y coronada de flores. El desdichado reo obtuvo de sus guardias el permiso de dirijirla algunas palabras.

—Voi á morir, la dijo; ¿podré al menos ahora saber quién sois?

—No seria completa mi venganza si lo ignoraras, respondió la jóven, cuyos ojos centelleaban de alegría. Soi la hija de Giacomo de Gentili di Brando. Infeliz!.... ¿cómo no hizo desconfiar de mis palabras al hijo de Vicentello un instinto de rencor hereditario? Infeliz, infeliz!!!.... Mi mano era demasiado débil para vengar á mi padre desterrado y fugitivo; pero yo he dirijido tu brazo, yo te he dado el puñal; por mí, solo por mí has sido tú fratricida! Yo te aconsejé que fueras á Génova cuando podias huir á las montañas que te ofrecian un asilo seguro; yo he denunciado tu crímen al tribunal, y á mí me debes tu sentencia de muerte..... Si el último descendiente varon de la familia de Vicentello va á morir á manos del verdugo es á causa mia! por mí..... por mí, la hija de Giacomo de Gentili!!!....

Quiso Napoleon precipitarse sobre su enemiga; pero estaba atado de piés y manos; contuviéronle los soldados, le arrastraron al patíbulo, y pocos minutos despues rodó su cabeza á los piés del sangriento tajo.

J. Lavallee. *Traducido por E. de O.*

EL AMBIDEXTRO.

Si abren VV., señores lectores, el Diccionario de la lengua castellana impreso en Paris el año de 1838, edicion de don Vicente Salvá, hallarán VV. en la pág. 56, col. 1.ª, lín. 29, la voz AMBIDEXTRO, no solo escrita con X, sino explicada tambien en los siguientes términos: "usa igualmente de la mano izquierda que d recha: *utrâque manu pro dextrâ utens.*" Y VV. me dirán que eso ya se lo sabian sin dad de registrar el Diccionario, yo sin e me atreveré á contestar, que ni registrár sin registrarlo podrán VV. adivinar, si y los digo, la oculta virtud de esa palabra e rias de literatura, ni la relacion que tiene historia particular de mi vida, algo mas im te de lo que á primera vista parece. Con ven VV. que nunca con mas justa causa h do escribirse un artículo.

Es pues el caso, que yo tuve unos padre VV. los habrán tenido, quiero decir, enemi clarados de toda clase de *zurdos*: así es qu sus conatos desde mi mas tierna infancia jieron constantemente á impedirme el us mano izquierda, á pesar de mi decidida i cion á manejar esta mano mas bien que l Yo no sé por quién estaria la razon: puc der mui bien que ni ellos ni yo la tuvi Sea de esto lo que quiera, tanto pudieron prensiones y tanto me arredraron las zurr ántes de los cuatro años habia conseguid darme completamente de mi mano izqui usar de la derecha en todo y por todo: c comia, con esta bebia, con esta manejaba po, con esta jugaba á la pelota..... en un bra, con ella aprendí á amañarme para tod hai que hacer. Lo mismo les habrá suc la mayor parte de VV., señores lectores; p vamos á mi cuento.

Andando el tiempo llegué á la edad de bertad, y en esta época comencé á hacer nicos en eso que llaman literatura. Poco entre VV. que hayan tenido una vocaci pronunciada, ninguno que la haya excedid ganlo si no las innumerables odas, soneto llas, epígramas, comedias, tragedias y en picos que por espacio de ocho ó diez año ron como por encanto de la pluma al pa así continué largo tiempo, y así proseguí jar hasta que me vi hombre hecho y derech ra me preguntarán VV. qué composicio entre tantas como escribí las que merece tuarse; á cuya pregunta, si he de ser hon puedo ménos de contestar que ninguna. VV. que no puedo hablarles con mas ing y candor. ¿Es posible, decia yo cuando l á conocer, que todas mis tareas se hayan r á perder el tiempo? ¿Es posible que al c tantos afánes me encuentre escribiente en escritor? Y teniendo chispa como la t númen que es mas chispa, y genio que es n númen..... ¿todo ha venido á reducirse á labas por renglon, ocho renglones por oc cien octavas por canto épico? Y así d por los demas géneros de poesía, y siempr á salirme la misma cuenta. Comencé pu flexionar sobre la causa que pudo influir mis adelantos estuvieran tan léjos de co der á mi vocacion y á mi estudio, y á fu discurrir, y cavilando que te cavilarás, vi finalmente en el verdadero motivo de mi literaria. No lo tomen VV. á broma, señ tores: todo el secreto consistia en un *quid* en haber escrito mis composiciones con l derecha, y no con la izquierda. ¿Quién

que esto pudiera ser trascendental nada
ue á la literatura? Pues no lo duden VV.;
ato que escribe solamente con la mano de-
odo lo mas que puede conseguir es quedar
le la otra. Si VV. escriben así, con su
o coman: yo por mi parte conocí mi error,
ez conocido, formé el proyecto de escribir
zquierda cuantas composiciones hiciese en
ivo. Y aquí comienza la segunda época
storia de mi vida literaria.

ame Dios, y cuánto trabajo me costó a-
e á escribir vice-versa de la mayor parte
ombres! Poro tanto conato puse, y tan-
erzos hice, que en poco ménos de un año
a ya la pluma que era un primor. Ya se
a uso de la mano que sobre estar en el la-
el cual se inclina el corazon, era la que
nente queria yo manejar cuando niño; y
s que el que sigue su inclinacion natural,
rto ménos que vencer que el que la con-
Pero saben VV. lo que me sucedió? Un
liametralmente opuesto al primero; olvi-
n tales términos de mi mano derecha que
e acordaba dónde la tenia. Así es que
uedar lo mismo que ántes, esto es, manco,
ola diferencia de habérseme pasado el mal
a mano á la otra. Bendito sea Dios!
s tropezones cuesta el maldito arte de es-
unque solo sea medianamente! Hecho
is de mis nuevas obras, vino á resultarme
drama mio, pongo por ejemplo, era á los
que los actos á los cuadros, los cuadros á
nas, y las escenas á la mano izquierda;
ecir, que en todos mis escritos me parecia
especie de *mano siniestra* que los abruma-
su peso, sin distincion de prosaicos ó poé-
rtos ó largos, alegres ó tristes. Es ver-
en mis segundas composiciones habia mas
as animacion, mas fuego que en las pri-
pero esto mismo me acababa de conven-
ue todo era efecto de haberlas escrito con
mas cercana á la parte donde el corazon
chas veces con mas vehemencia de la que
ster. En resumidas cuentas, ninguna de
mposiciones mereció tampoco leerse.
e daba á los diablos. ¿Conque ni mi clá-
echa ni mi romántica izquierda me sirven
cribir? Esta era mi cancion cotidiana,
dirijiendo un dia la vista maquinalmente
Diccionario de la lengua, que *por casuali-*
ia abierto sobre la mesa, lo primero con
iezo es nada ménos que la palabra que va
e de este artículo, con su definicion caste-
su correspondencia latina, y sobre todo
X como una casa, signo indubitable de
n y de enlace, y por consiguiente del mu-
ilio que deben prestarse ambas manos.
i! dije entónces: el ser literato consiste
mbidextro. Y diciendo y haciendo, co-
i ensayar en literatura el manejo de am-
os, ni mas ni ménos como lo puede ensa-
pianista principiante. Hidalga resolu-
Poco tardé á convencerme del modo mas
y palpable de que el grande arcano de
en literatura consiste solo en no ser man-
an VV. qué vulgaridad! Y no solo con-
r mi nuevo método escribir ménos mal
s, sino que tuve la complacencia de redu-
dianas algunas de mis peores composicio-
nes. La receta es mui sencilla: toda mi tarea se redujo á correjir con la mano derecha las composiciones que habia escrito con la izquierda, y vice-versa; y de este modo conseguí que la mano del corazon comunicase calor y vida á los frios y helados cuadros que la otra habia trazado, y que esta, como mas distante de aquel, templase la exageracion y el fuego que la izquierda habia vertido en demasía. No es posible en los estrechos límites de un artículo esplanar de cabo á rabo toda la bondad de este método, y por lo mismo me limitaré á decir que una serie de largas y repetidas experiencias me pone en el caso de sentar como proposiciones terminantes las siguientes observaciones que he tenido lugar de hacer, y que en chanza ó en véras, me parece que significan algo. 1.ª Que el escribir con solo una mano, cualquiera que sea, ofrece el terrible inconveniente, ademas de la manquera, de cansar el pulso, ó sea el de hacerlo temblar con notable perjuicio de la composicion. 2.ª Que hai escritos cuyo desempeño parece mas propio de la mano zurda que no de la derecha, v. gr., este artículo, y asuntos en que debe emplearse la mano diestra mas bien que la siniestra, v. gr., el drama moderno. 3.ª Que para evitar el cansancio y el temblor del pulso en las composiciones que exijen escribirse con una sola mano, es preciso pararse á reflexionar de cuando en cuando, con intérvalos proporcionados al grado de cansancio ó de temblor que se experimenta. 4.ª Que lo primero que debe hacerse ántes de empezar una obra, es tomarse el pulso en la mano destinada á escribirla. 5.ª Que á veces es preciso agarrar la pluma con ambas manos, especialmente en todos aquellos casos en que el asunto es mui ocasionado ó resbaladizo. 6.ª y última. Que el ser literato no consiste en ser exclusivamente clásico ni romántico, sino en ser ambidextro. Rúmienlo VV., señores lectores; no creo que haya otra receta. Yo á lo ménos, miéntras no se me convenza de que mi tercera tentativa está expuesta á los mismos inconvenientes que las dos primeras, procuraré ser, para escribir lo ménos mal posible,

Unas veces zurdo,
Otras veces diestro,
Todas ambidextro,
Y alguna ambizurdo.

Quiero decir, que escribiré en prosa, en verso, en verso y prosa, alegre, triste, festivo, tétrico.... en fin, segun me dé el naipe, y como Dios me ayude.

M. A. P.

DON LOPE.

Suena el clarin. *El moro*,
Gritan cien voces fieras.
El rico peto de oro,
Las moradas banderas,
El atabal sonoro
Y las huestes guerreras,
Gloria ilustre de España,
Brillan en la campaña.

II

Luce al frente, excitando
Noble castaño al trote,
Jóven de aspecto blando,
Rubio el tufo y bigote.
Jamas tuvo Fernando
Lanza de cuyo bote
Repitiese mas lances
Castilla en sus romances.

III

Cubre altiva cimera
De pluma variada
La blonda cabellera,
Cual vid ensortijada.
El broquel una hoguera
Representa, y grabada
Letra que dice: *Luego*
Será ceniza el fuego.

IV

De nuevo, *El moro*, grita
La turba y en el llano
Muchedumbre infinita
De ejército africano
Parece. La concita
Con invencible mano,
Con espantosos ecos,
Mustalí de Marruécos.

V

Cuyo aspecto atezado
Cubre en pliegues undosos
Gaban verde y morado.
Relámpagos fogosos
De furor concentrado
Vierte al mirar: rugosos
Los carrillos de heridas,
Que costaron cien vidas.

VI

Las dos masas opuestas
Vacilan agitadas
De intenso afan; apuestas
A morir; impulsadas
Por pasiones funestas,
Las filas conturbadas
Ondean; los troteros
Relinchan altaneros.

VII

Y en medio de esta escena
Confusa, en un instante
La mirada serena
Cambia en volcan tonante
Don Lope. La melena
Se le eriza: arrogante
Da espuelas al castaño
Con desórden extraño.

VIII

Que Mustalí se ofrece
De repente á sus ojos,
Y el ánimo oscurece
Negra turba de enojos;
Y el pecho se estremece,
Y de vislumbres rojos
Se cubren las mejillas,
Y manchas amarillas.

IX

Ni aguarda ni medita;
Sanguinosa venganza
Sus pasos precipita
Y aguija su esperanza.
" Don Lope, " en vano grita
Voz de amistad. No alcanza
Su poder al que abriga
Sed de sangre enemiga.

X

Tal el milano hambriento,
Posado en alta roca,
Deja raudo el asiento,
Si su avidez provoca
La víctima. Violento
Ya el de la hoguera toca
Las musulmanas filas,
Pasmadas y tranquilas.

XI

" Malsin, " clama, " perverso
Que con indigno ultraje
Mancillastes el terso
Lustre de mi linaje:
Follon, del universo
Vil escoria, salvaje
Marroquí, negro inmundo,
Que execra y odia el mundo:

XII

" Muerte traigo, ó mi furía
Se extinguirá en la muerte.
Sangre pide mi injuria,
Derrámela el mas fuerte.
De tu brutal lujuria
Cayó víctima inerte,
Cayó en nefando dia
La que fué hermana mia. "

XIII

" La que fué puro centro
De virtud, y aunque hermosa
Mayor belleza adentro
Guardaba pudorosa;
Hasta que en un encuentro,
De alhaja tan preciosa
Se hizo dueña tu mano
Con designio villano. "

XIV

" Y como sucio insecto,
Que el capullo deshoja,
Tu labio en soplo infecto
Flor virgínea despoja

De su lustre, y abyecto
Desperdicio, se arroja
La infeliz á la huesa,
Que la aguardaba ilesa."

XV

"Sal, forzador injusto,
Sal, cobarde maldito,
Si no lo impide el susto
Que acompaña al delito:
Sal, que el decreto justo
Del saber infinito
Señaló la barrera
De tu infame carrera."

XVI

Dijo, y como la rama
Se estremece al silbido
De uracan que derrama
Bóreas aterido,
Mustalí, á quien inflama
Ya el furor, combatido
Por su rabia funesta,
No atina á dar respuesta.

XVII

Sale empero, y veloze
Lope la espuela agita,
Y al marroquí feroze
La bestia precipita,
Que el riesgo desconoce.
Su audaz empuje evita
Mustalí y se repara,
Y al triunfo se prepara.

XVIII

Mas en vano, que el ceño
Del español no afloja,
Y en el segundo empeño
Su punta en sangre moja;
Ya del contrario dueño,
Leve al suelo se arroja,
Y lo estrecha y agarra,
Y el seno le desgarra.

XIX

Sin vida al moro viendo
La hueste musulmana,
Lanza bramido horrendo.
La juventud lozana
De Castilla, al estruendo
Corresponde, y ufana
Del triunfo de Don Lope,
Parte unida al galope.

XX

Chocan cual dos torrentes
Que de montes lejanos
Descuelgan sus corrientes,
Arabes y cristianos.
Leones inclementes
Los héroes castellanos,
Voz de piedad no escuchan
Y frenéticos luchan.

XXI

Vencen, y el alarido
De la victoria suena,
Cual tremendo estampido
Que los aires atruena.
Mas lúgubre ruido
Pronto el júbilo enfrena,
Y repentino espanto
Cambia el júbilo en llanto.

XXII

Lívido, mustio, frio
Yace el joyel de España,
Sobre el césped que un rio
De sangre pura baña.
Jamas deber mas pio
Cumplió mas noble hazaña,
Que la que inmortaliza
Su hoguera y su ceniza.

J. J. de Mora.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Décimas ó espinelas. Este género de poesía, que ahora se conoce con el nombre de *décimas*, por constar de diez versos, tuvo en un principio el de *espinelas*, porque fué inventado por el poeta español Vicente Espinel, que nació en Ronda en 1544.

Decimales. El arte ventajosísimo de calcular las operaciones matemáticas por medio de las fracciones decimales fué inventado por Regiomontano, astrónomo célebre del siglo XV.

Defensor de la fe. Este título, que conservan los reyes de Inglaterra, fué concedido por el papa Leon X en 1520 á Enrique VIII y sus sucesores, con motivo de sus escritos contra el heresiarca Lutero.

Delfin. Título que se da al príncipe heredero de la corona de Francia, el cual tomó por primera vez en el siglo XII Guido IV, señor de Vienes, y le conservaron sus descendientes, hasta que Humberto, último príncipe del Delfinado, habiendo perdido sus hijos, y cansado de guerras, se hizo domínico, y cedió aquella provincia en 1349 á Felipe de Valois, rei de Francia, con la condicion de que en adelante el primogénito del rei se titulase *delfin*.

Dialéctica. Zenon Eleátes fué el primero que formó las reglas de la dialéctica, llamada así porque su obra estaba escrita en forma de diálogo. Los sofistas se apoderaron de este arte para defender el pro y el contra de todas las cosas: Luciano se burló de ellos, y Sócrates los combatió con la rectitud de su juicio, su ironía y su carácter. Los escolásticos del siglo IX embrollaron todas las ciencias por este medio: muchos gran-

des hombres se empeñaron despues en desenmarañarlos, especialmente Bacon en el siglo XVI, y sus luces reconquistaron el imperio de la verdad; sin embargo, aun hoi dia existen pensadores célebres en cuyos raciocinios hai mas artificio que realidad.

Diamante. Se cree que esta piedra preciosa fué desconocida por mucho tiempo, y que hasta algunos siglos ántes de la era cristiana no se conoció su mérito. Los antiguos, que ignoraban el arte de tallar los diamantes, solo usaban los que tenian un pulimento natural, ó que ofrecian una cristalizacion regular. La talla de los diamantes tuvo orígen en el año 1476, y la inventó Luis Berguem, natural de Brújas, en Flándes; y el secreto de grabar dicha piedra se debe á Clemente Birague, que vivia á mediados del siglo XVI. Newton fué el primero que conjeturó que este cuerpo debia colocarse entre los cuerpos combustibles; y el célebre y desgraciado Lavoisier parece que lo confirmó despues de varios experimentos. Los mayores diamantes vienen de la India, y entre ellos se cita el del rajá de Matun, en Borneo, que pesa 300 quilates, y es el mas grueso que se conoce: el del emperador del Mogol pesa 279; el del emperador de Rusia, comprado en 1772, tiene 193 quilates; el del emperador de Austria 139; y en fin, el del rei de Francia, que se conoce con el nombre de Pitt ó de Regente, costó dos millones y medio de libras, aunque su valor se estima en cinco millones, y pesa 547 granos. El mayor diamante que se ha hallado en el Brasil pesa solo 93 quilates; no ha sido tallado, y pertenece al rei de Portugal.

Dibujo. Se hace remontar este precioso arte á la mayor antigüedad. Los Griegos le daban un orígen novelesco, atribuyendo su invencion á la jóven Dibutada, que inconsolable porque su amante Polemon debia ausentarse de la ciudad de Sicyone, en el Peloponeso, donde habitaban, y queriendo al ménos conservar la imágen de su querido durante su ausencia, fué siguiendo con un carbon los contornos que marcaba su sombra en la pared, y así dibujó á su amante. Tambien se dice que el corintio Ardícas, que vivia ántes de la guerra de los Persas, fué el primero que imaginó el sacar los contornos de las figuras con un solo color. De todos modos, lo cierto es que en muchas ciudades de Grecia habia una especie de academias de dibujo, donde le aprendian los jóvenes de condicion libre.

Dominicos. Esta órden religiosa, llamada tambien de predicadores, fué instituida por santo Domingo de Guzman, aprobada por el papa Inocencio III en el concilio de Letran en 1215, y confirmada al año siguiente por su sucesor Honorio III, bajo la regla de san Agustin y ciertas constituciones particulares.

Don. Parece que este título de honor, originario de España, solo se daba antiguamente á los santos, y que los Españoles le dieron junto con el título de rei á Pelayo; pero aunque esta es la opinion mas comun, hai otras varias en cuanto á la época en que se introdujo su uso en España, suponiendo unos que fué en tiempo de Froila, y otros en el de don Juan II por los años 1400; y que en un principio el *don* se daba únicamente á los personajes de mayor categoría, cuyo uso se ha ido despues generalizando.

Dorado. Este arte no era desconocido antiguos, bien que no lo poseyeron con la cion que los modernos. En el Diccionario tes se lee que el uso del dorado se introdujo ma despues de la destruccion de Cartago, durante la censura de Lucio Mummio se e ron á dorar los techos de las casas de aque pital, haciéndose los primeros ensayos so artesonados del Capitolio; y en adelante fué tan grande, que los particulares hacian los techos y las paredes de sus habitaciones

Ductilímetro. Instrumento para cono ductilidad de los metales, inventado por R en 1822.

Duque. Este título se deriva del latin conducir, y los emperadores romanos fue primeros que le dieron á sus lugar-tenientes nerales que conducian ó mandaban las leg Luego se concedió el título de duque á los nadores de algunas provincias, á cuyo car taban los asuntos civiles; y en este concep bia ya duques en España en tiempo de los nos, aunque tambien se dice que algunas provincias fueron gobernadas por duques nos mil años ántes de Jesucristo.

Eclipses. El filósofo Táles de Mileto, los siete sabios de Grecia, que floreció 60 ántes de Jesucristo, fué el primero que con causa de los eclipses, y los predijo. M. ha calculado que despues de un periodo d años vuelven á repetirse los mismos eclipse gual dia, hora y minutos.

Ecómetro. Instrumento inventado en 17 M. Salvador, para medir la duracion de lo dos, y determinar sus diversos valores.

Ejército. Parece que acia mediados del XV empezó á haber en Francia un ejército puesto de tropas permanentes, cuyo sistema doptó despues en las demas naciones. guamente en Rusia la fuerza permanente tia en unos 2500 hombres llamados este hasta que Pedro el Grande los abolió, y or ejércitos como en las otras potencias.

Elaiómetro. Instrumento inventado en por M. Duquesne para pesar los aceites.

Eléctrica (Máquina). Su primer invent Hauksbec; y Nairne discurrió despues otr sencilla y perfecta. La máquina eléctri disco fué inventada por Ingenhouz, y luego rada por Cuthberston.

Electróforo. Instrumento de física que va por mucho tiempo la electricidad que se excitado, cuya invencion se atribuye al pr Wilk, aunque otros dicen que le inventó el Volta en 1774.

Elefante (Orden militar del). Esta órd la mas honorífica de Dinamarca, y fué inst por Cristierno I en 1458, bien que otros o que la fundó Canuto VI. Su insignia es u fante con una torre encima, adornado de di tes, y pendiente de una cinta azul celeste q lleva sobre el hombro derecho.

Elegía. La invencion de este género de sía se atribuye al poeta griego Callino, que ció 776 años ántes de la era cristiana.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA

Morir sin haber vivido.

ances llamado Pedro Legrand, que acaba de en Dijon, á la edad de 71 años, ha dejado a de su puño la siguiente

CURIOSA MEMORIA.

todas cosas advierto que en mi concepto de- bajarse de la vida humana todos los momen- dolor, de pena, de fastidio, de desespera- de sueño y de deseos. Sobre esta base pa- acer cuenta de la mia.

los tres años me destetaron; á los seis sabia r, aunque mal; á los siete me rompí la ca- y no curé hasta los nueve. Por conse- ia debo rebajar estos nueve años de mi exis- a, porque nadie se atreverá á sostenerme que ir chupar leche agria de una mala nodriza, ber hablar, y romperse la cabeza.

os nueve años comencé mis estudios, y co- nia la cabeza descompuesta á causa de mi , era bastante torpe para aprender; de suer- al cabo de dos años ya conocia casi todo abeto. La letra Z me valió unos cuatro- s azotes, y las otras veinticinco poco mas os; pero en fin, á los doce años ya sabia costa de mi sangre y mi pellejo. Entón- tenté aprender el latin, y únicamente pude guir olvidar mi propia lengua; de manera los quince años no sabia mas que mantener- pan y agua, y parecia un esqueleto. Con ni que rebajar por de pronto otros seis años.

os quince, mi padre me puso de escribiente procurador, y allí empezó otro nuevo géne- martirio para mí. Levantábame á las seis, el despacho, encendia la lumbre, y en fin, todo lo que me mandaban, y sin embargo, el rador siempre quejándose de mí, y mi padre re castigándome injustamente. Con que os otros cinco años en este martirio.

mplidos los veinte, mi padre mui enojado que él llamaba mi torpeza, me puso de ma- á bordo de un buque que iba á las Indias; s á VV. pensar lo que allí sufriria, lavando repuente, trepando á los palos, plegando las y todo al compas del látigo del grumete; y uró cuatro años, hasta que á los veinticua- mpadecido mi padre, me puso una tiende- le mercería, y me casó con la muchacha Ur- apañigos, hija de un tornero vecino nuestro, nia unos cuatro mil pesos de dote hipoteca- bre una fábrica de papel.

esto fuí dichoso una noche; pero al si- e dia observé que mi esposa tenia un tumor pierna, por lo cual es verdad que la pobre ió mil perdones, y tuve que concedérselos nsideracion al dote. Pero por qué tanto u- ldita riada echó abajo la fábrica de papel, y la el dote de mi Ursula; de suerte que no edó mas que la mujer, y el tumor por añadi-

Pero en fin, á los treinta años tuve la for- le perder aquella de resultas de este, y am- dejaron en paz. Bájense pues los seis a- e habia pasado en maldecirlos.

mas, como lo general de los hombres, yo he lo la tercera parte de mi vida, y algo mas, le decir verdad: con que hai que bajar veinticuatro años de un tajo. Vaya otro año largo que he ocupado en buscar la llave de mi papelera, que se me perdia cuatro veces por semana, porque, digo, me parece que no es vivir buscar una llave. Tres años en afeitarme, peinarme y lavarme las manos. Cinco años en rabiar de las muelas, y curarme constipados y otras frioleras. Dos años perdidos en conversaciones insípidas, como por ejemplo: Cómo está V.? — Para servir á V., y V.? — A los piés de V. — Ha visto V. qué frio hace? — Ya, ya; qué inviernito, &c., &c., &c.

Seis meses en cepillar el sombrero, y otros seis en ponerme los guantes: un año maldito en los entreactos del teatro: otro año lo ménos en leer las grandes obras de nuestros poetas, y otro en quejarme de los malos guisos de las cocineras. Total 71 años.

Posdata: Los treinta dias que he vivido son los que precedieron á la noche de mi boda. Creiame dichoso contemplando á mi futura por la fachada; pero como luego que reconocí el edificio me burlé de mí mismo y de aquellos dias, los doi desde luego por nulos y de ningun valor. No me queda pues mas que una noche de goce positivo; pero de esta noche me burlo ahora. Con que ya muero á los 71 años, sin haber vivido un solo dia.

Semanario Pintoresco.

El Rajá de Baroda.

Baroda es una vasta y populosa ciudad de las Indias orientales, con calles anchas y sucias, llenas de cerdos que van y vienen por todos lados, y no dan por cierto idea de las inmensas riquezas que poseen los comerciantes indígenas y europeos: las casas en general son mui altas, hechas de madera, y con techos inclinados de tejas. El palacio del rajá, que es un antiguo edificio del mismo género, tiene cuatro pisos, y está situado en la plaza principal: hai tambien algunas pagodas regulares; pero fuera de estos edificios, ningun otro merece la menor atencion. Extramuros de la ciudad está el cuartel de las tropas de la Compañía de las Indias, que viene á ser un pueblo totalmente ingles, semejante á los que hai en los alrededores de Lóndres, con casas de ladrillo y jardincillos cercados de ramas y troncos de árboles: la iglesia cristiana, que está en el centro, y es de construccion gótica y elegante, puede contener de cuatrocientas á quinientas personas.

El actual rajá de Baroda es un hombre de talento, que gobierna por sí mismo sus estados, sin tomar consejo de sus ministros, y comportándose con tanta justicia como vigor. Su único defecto es el excesivo apego que tiene al dinero. El territorio que posee es considerable, mas no contiguo, sino formado de fracciones de provincias singularmente mezcladas con las posesiones de la Gran Bretaña y de varios rajás independientes; sus rentas, que ascienden á unos cuatro millones de pesos, exceden á todas las evaluaciones que se pudieran hacer, atendida la extension de su territorio, cuya mayor parte es estéril, y no pueden atribuirse sino á la fertilidad y poblacion de los distritos que en efecto son productivos. Por lo de-

mas, el rajá de Baroda es, despues de Ranjit-Sing, el mas rico y poderoso de los soberanos de la India.

El señor Ebert, obispo de Calcuta, nos ha dejado algunos pormenores relativos á un viaje que hizo á Baroda. Los pasajes mas curiosos de su relacion son los siguientes: "A cosa de tres leguas de la ciudad encontramos al residente británico, que salió á recibirnos: díjome que habia visto salir al rajá de su palacio, y que lo hallariamos en la arboleda que está fuera de los muros de la ciudad. Apretamos el paso para no hacer esperar á su alteza por mucho tiempo, y al cabo de dos horas vimos en efecto una muchedumbre de soldados, casi todos árabes, unos cabalgando en caballos ó camellos, y llevando consigo gruesos manojos de cohetes, y otros á pié, armados de sables y arcabuces. Las tropas estaban tendidas en una calzada, en cuya extremidad divisamos varios elefantes, entre los cuales sobresalia el del rajá por el esplendor de su arnes. En resúmen, el rico y pomposo espectáculo que se presentó á mi vista fué superior á lo que yo esperaba, y estimuló mi curiosidad tanto mas, cuanto que era enteramente asiático, sin la menor mezcla de la etiqueta y ceremonial europeos que habia yo visto en otras cortes. Al llegar á aquel sitio nos apeamos, y continuamos andando á pié por entre las dos filas de soldados, hasta que llegamos adonde estaba el rajá. Despues de los cumplimientos de estilo, me preguntó su alteza qué dia determinaba yo visitarle, y contesté que dos dias despues, oido lo cual, montó en su elefante, y entramos á la ciudad por rumbos diferentes.

"El dia señalado pasamos el residente y yo, acompañados de la mas numerosa comitiva que pudimos reunir, á hacer la visita al rajá, quien nos recibió segun las reglas mas rigorosas de la etiqueta oriental, en una sala larga y angosta, á la cual se sube por una malísima escalera. Estaba esta sala entapizada de alfombras encarnadas, con cortinas en las ventanas, una multitud de pésimos cuadros ingleses colgados en las paredes, algunos candiles pendientes del techo, y una fuentecilla en medio. A una de las extremidades habia en el suelo un monton de cojines que formaban el trono de su alteza, y á la derecha de este trono habia una hilera de sillas, en las cuales tomamos asiento. En la noche hubo música, baile y cena; y lo único que hubo de extraordinario fué que el príncipe, ya fuese por cortesía, ó por antojo, nos concedió una audiencia privada en su propio aposento, que era un cuarto pequeño, en el cual habia varios objetos de lujo y comodidad, procedentes de Europa, y dos estampas, la una de Bonaparte, y la otra del duque de Wellington. La víspera de mi partida, al caer de la tarde, pasó el príncipe con gran comitiva y todo boato á pagarme la visita y despedirse de mí. Llevó consijo á su hijo, niño de seis años, que es mirado como gran personaje, y á quien se le guardan todas las consideraciones debidas al heredero presuntivo de la soberanía. Todos se pusieron á parlar unos con otros: el rajá me hizo saber que tenia una hija casadera, y que ya le tenia un marido excelente, pero que carecia de dinero para los gastos de la boda, y que por tanto esperaba que el gobierno ingles le prestase una suma con un premio equitativo. Durante estas pláticas, hacian poderíos los músicos y las bailarinas por agrada. mas nadie se dignaba celebrarlos con una mirad ó un aplauso, excepto yo, que prestaba oido á l música, la cual no carecia de armonía, aunque er lánguida y monótona. En cuanto á las bailari nas, eran feas, como lo son generalmente todas e llas, é iban vestidas con unas anchas enaguas en. carnadas, y su modo torpe y desairado de bailar, nada tenia que pudiese halagar la vista de un europeo."

A estos pormenores añadiremos otros relativos á las costumbres y al carácter de los Indios de este pais. En los meses de agosto y septiembre, cuando mas abundantes están sus mieses, se entregan á la holganza, al baile y juego; ó bien yacen acostados ó sumidos en frívolas contemplaciones, ó bien se ponen á jugar á la pelota ó á un juego semejante al de los dados, al cual tienen muchísima aficion. Son estos hombres mui hospitalarios, y siempre elijen lo mejor que tienen para dar al extranjero que llega á sus puertas. Si al entrar un guerrero en una casa extraña no lo invitan á comer inmediatamente, se da por ofendido, aun cuando acabe de comer en su propia casa. En estas ocasiones no basta ofertar la comida ordinaria, porque esto seria una grosería, sino que es necesario servir á la visita manjares mas selectos, como azúcar, aceite de oso, miel, y ron cuando lo hai. Si, como sucede con frecuencia, no hai ya en la casa que comer, se avisa luego, y esta razon se acepta como disculpa suficiente.

Su facultad de soportar un trabajo continuo es á la verdad extraordinaria; las mujeres mismas pueden viajar tan apriesa como un caballo, llevando á las espaldas una carga mui pesada. Su disciplina respecto de los niños no es por cierto severa: azotar es una cosa rara entre ellos, y este castigo es mirado como el mas vergonzoso de todos; y así, regularmente castigan las faltas de los muchachos metiendo á estos en el agua; de lo que se infiere que son mas sumisos en invierno que en verano. Mas todavía existe en este pueblo una mala costumbre, el infanticidio; matan principalmente á las hembras, y sin duda debe atribuirse este uso á la dificultad de contraer buenos matrimonios, y á la vanidad, pues no tratan de escudarse con la tradicion. Entre los Minas existe una lei que les faculta á deshacerse de sus hijas, y aun hacen intervenir al cielo en este acto bárbaro; de modo que en cada ciento y cincuenta familias, tan solo se cuentan treinta hembras por ciento noventa varones. El rajá de Budi ha prohibido el infanticidio en sus estados, á consecuencia de las representaciones del último agente político ingles, y el gobierno general ha escrito á este príncipe, dándole las gracias por accion tan justa.

Los guerreros indios, para recorrer distancias cortas, no marchan mas apriesa que los europeos pero son capaces de soportar la fatiga por muchísimo tiempo, andando doce ó catorce horas sin descansar, y despues de comer con precipitacion y en mui corta cantidad, quedan bastante repuestos para emprender nueva jornada. Sus principios militares son pocos y simples, pero notables por su sagacidad, y singularmente adecuados al carácter de las guerras que tienen que sostener. La circunspeccion, quizá mas que la audacia, es el rasg

Allegri s. Clara n° 8.

EL RAJA DE BARODA.

característico de su sistema; destruir al enemigo con el menor riesgo posible para sí mismos, es su principal mira; por lo cual es un error decir que carecen de disciplina: sus maniobras son poco variadas, pero las ejecutan con mucha prontitud y destreza. Son mui supersticiosos, y tienen en gran veneracion á sus mágicos, que por lo regular son viejos y decrépitos.

Magasin universel. Traducido por M. G.

El Abad Duncanius.

CRÓNICA ALEMANA.

A fines del siglo XIII, veianse aun en Liebenthal (Siberia) las ruinas de un monasterio consagrado á San Florencio, al que nadie, sobre todo durante la noche, se acercaba sin sobresalto y terror. El grande Alberto en su libro *de decretis mulierum et naturæ*, da un dibujo de estas ruinas, y las designa bajo el nombre de *Iglesia del Caballo blanco.* [*Albi equi ecclesia.*] Alberto refiere su historia del modo siguiente.

Vivia en Liebenthal en 1158 cierto abad llamado Duncanius, que rejia á los monjes confiados á su autoridad con tanta prudencia y discrecion, que pronto adquirió en todo el pais circunvecino gran renombre de santidad. Recurrian todos á él en las grandes tribulaciones de la vida, y no ménos acudian los fieles á su iglesia por él, que por las reliquias de San Florencio, que se conservaban en la sacristía guardadas con gran veneracion en una urna de plata maciza. Tan considerable llegó á ser con el tiempo la afluencia de los peregrinos, que fué preciso elevar tiendas de campaña y chozas de madera en los alrededores de la abadía para albergar á tantos devotos.

Una noche, acabados los últimos oficios, cuando se disponia el abad á volver á su celda para gozar en ella el descanso que tan necesario le era, despues de los activos trabajos apostólicos á que se habia entregado durante todo el dia, vió en la nave solitaria á un peregrino que á pesar de los esfuerzos que hacian los hermanos legos para persuadirle de que se retirara, se obstinaba en quedarse en la iglesia, so pretexto de que tenia secretos importantes de que solo el abad podia ser depositario. Como parecia el tal peregrino algun pobre vasallo sin proteccion ni amparo, quisieron los religiosos echarle por fuerza; pero se abrazó á una de las sutiles columnas de la iglesia, y no hubo fuerzas que bastasen á arrancarle de aquel sitio. Viendo esto, dijo el abad Duncanius á los hermanos que dejasen aquel desconido que se le acercara.

—¿Qué me queréis hermano, le dijo, y por qué como los demas peregrinos no habéis en todo el dia recurrido al arbitrio de la confesion para acercaros á mí?

—Yo no soi hermano tuyo; yo no me confieso jamas; yo no me dejo ver mas que de noche.

—Te compadezco sin maldecirte, y sin embargo, ¿qué cosa hai en el mundo mas digna de ser maldita que un pecador que persevera en el pecado?

—Yo no sé lo que quieren decir esas palabras imbéciles: *bendecir y maldecir.* Otra palabra conozco yo que vale mas que esas dos, y es esta: *poder.* Yo te la enseñaré si quieres.

—Qué queréis decir?

—Escucha! ¿Será preciso para que me comprendas que me despoje de esta forma ridícula para mostrarme á tus ojos con la corona en la cabeza, con alas en la espalda, con la guadaña en la mano?..... Pues mira!.....

Y en vez de un mendigo, vió Duncanius en pié, enfrente de sí, á un espíritu infernal. Su primer impulso fué ahuyentar haciendo la señal de la cruz al enemigo del género humano; pero el ángel maldito le detuvo el brazo.

—Insensato! le dijo, oh! no desperdicies por tu vida la dicha que se te presenta! Tus noches pasadas de rodillas sobre las heladas losas de una celda, las privaciones de los ayunos, los tormentos de la maceracion, tu sangre vertida por las aceradas puntas de la disciplina, la cruel aspereza del cilicio, dime, de qué te han valido? Ni aun siquiera para consumar el mas pequeño milagro! Ni aun siquiera para ahuyentarme á mí! Porque de un año á esta parte no me he separado un punto de tu celda; siempre ha estado allí, á tu lado, turbando tus plegarias, aguijoneando tus sentidos con tentaciones, privándote de reposo durante la noche, privándote de reposo durante el dia.... Yo..... yo te ofrezco el don sublime de trastornar á tu albedrío el órden de la naturaleza! A tu voz se alzarán los muertos de entre el polvo de sus sepulcros; á tu voz bramará la tempestad. Tendrás imperios, ejércitos, poderío; tu caballo relinchará caracoleando en medio de un campo de batalla; entre las nobles castellanas y las mas hermosas doncellas, todo será rivalidad sin fin para agradarte, para obtener una mirada tuya..... ¿Y crees que te pido tu alma en cambio de esto? No, nada te pido; pero me pareces un hombre demasiado eminente para continuar en esa miserable vida, y por eso solo vengo á ti. Luchando contigo, he sabido apreciar lo que vales..... Toma este libro; usa de los secretos que te revelará por él una fuerza mágica, y arroja ese hábito para no volver á verle jamas.

Desapareció el demonio, y halló el abad un libro rojo á sus piés.

Al principio no quiso tocarle; pero poco á poco fué cobrando ánimo, le cojió en la mano, le leyó, y al punto los caracteres empezaron á brillar como lumbre en las páginas malditas. A medida que pronunciaba Duncanius las palabras mágicas, mil extrañas y fantásticas figuras revoloteaban entre la densa oscuridad del templo, y le mostraban castillos, armaduras, coronas, hermosas damas, combates, y todas las cosas en fin de que le habia hablado el falso peregrino. Y al mismo tiempo multitud de genios se prosternaban á los piés del fraile, y le decian:

—Manda, manda, porque somos tus esclavos, porque obedeceremos á una señal de tu mano, á un movimiedto de tu cabeza, á la mas leve indicacion de tus ojos.

—Ello en fin, dijo entre sí Duncanius, una vez que á nada me comprometo, y pues no hago mas que usar de un poder sin aventurar en lo mas mínimo la salvacion de mi alma, dispongamos á nuestro albedrío, y sirvámonos del libro mágico

para la mayor gloria de Dios. Así será víctima el demonio de sus artificios, y el tentado triunfará del tentador.

Y luego añadió con alta voz:

—Espíritus de los castillos y de los edificios, en nombre de vuestro rei y de las temibles palabras que voi á pronunciar, acabad de construir el ala de la abadía, que por falta de dinero está sin acabar hace dos años y medio.

Al oir esta órden, pusiéronse en pié los demonios lanzando gritos de alegría; oyóse un sordo rumor, y el ala de la abadía apareció acabada, brillante con sus airosas ojivas de mármol, con sus esbeltas columnas llenas de elegancia, y de vidrios pintados de mil colores. Veíase en la fachada la imágen de un caballo blanco, y en caracteres profundamente grabados en la piedra se leia este lema:

TERMINÓ ESTE MONUMENTO UNA PALABRA DEL ABAD DUNCANIUS.

La nueva de tan gran milagro se extendió en alas de la fama por todos los paises inmediatos, y aun por la Europa entera. Duncanius, venerado como un santo, sintió pronto que penetraba la vanidad en su corazon; apénas podia reprimir la espresion de su tristeza, cuando era por casualidad mános numerosa la afluencia de los fieles que acudian á visitarle y á pedirle su intercesion para con Dios, ó bien una palabra de su boca para curarlos de los males que los aflijian; y al mismo tiempo, si algun príncipe ó alguno dama de ilustre cuna llegaban á la abadía con una numerosa comitiva de pajes y de escuderos, brillaba la alegría en sus ojos, y palpitaba su corazon con orgullo.

Sin embargo, nunca se habia atrevido á recurrir de nuevo al poder del libro mágico.

Aconteció un dia que un gran señor vecino, mui poderoso, fué con gran copia de gente á poner sitio á Liebenthal, y tuvo el abad, segun la costumbre de aquellos tiempos, que montar á caballo, vestirse su armadura y pelear contra el enemigo al frente de sus vasallos de San Florencio.

En la época á que se refieren los sucesos que cuenta Alberto el Grande, los eclesiásticos iban á la guerra. Esta usanza duró hasta el reinado de Luis XII.

A pesar de haber hecho prodigios de valor, fueron rechazados los habitantes de Liebenthal en una salida que intentaron. Huian cobardemente dispersos, cuando se apeó de su palafren el abad Duncanius, le atravesó con su espada, hizo otro tanto con los caballos de los mas aterrados fugitivos, y gritó blandiendo su hacha: Muerte al primero que huya! Al ver aquella accion heroica, al oir aquella voz tremenda, detuviéronse los fugitivos y empezaron de nuevo el combate....pero de nuevo les fué contraria la fortuna.

Desesperado el abad, se acuerda entónces del libro mágico; le saca de su seno; leo las palabras que contiene, y herido el enemigo de súbito terror, se dispersa y se entrega sin defensa al furor de los habitantes de Liebenthal, atónitos en vista de aquel nuevo milagro de Duncanius.

Llevaron al abad en triunfo los vencedores á su ciudad, bendiciéndole y repetiendo su nombre como el de un santo.

Pronto llegó á ser Duncanius mas poder todos los príncipes y señores de aquella co Rodeóse el culpable abad de fausto y gran entregó al torrente de sus pasiones, y no p no alguno á sus deseos ni al poder de sati los que le daba el libro mágico.

Quince años despues de la visita hecha canius por el misterioso peregrino, entregá abad en su espléndido palacio á mil proye ambicion, cuando gritó en sus oidos una v rible:

—Ya te ha llegado tu hora! Sígueme, me perteneces!

—Qué dices? Yo pertenecerte! No, n que jamas firmé ni consentí en el pacto propusiste.

—Así es en efecto la verdad; pero m ese libro y á los deseos que ha hecho nace te has revolcado en el fango de los siete p capitales, has cometido crímenes, has perd alma para toda la eternidad. ¡Insensat creias poder servirte del poder del demonio pertenecer al demonio algun dia! Insen Ven, ven, porque eres mio!

Y cojiéndolo entre sus poderosos brazos llevó consigo á los abismos. Cayó en el instante un rayo en la abadía, de la que daron mas que ruinas, entre las cuales da por la noche con horrible algazara los e infernales, y á las cuales nadie podia ac sin terror.

Esto no obstante, muchos años despue vieron algunos monjes de la órden de San aquel terreno de la antigua abadía de San cio, y construyeron en él una iglesia de q quedaban reliquias en 1640.

ENRIQUE ZSHOKKE. *Traducido por E.*

De la cautividad en Arge

Los cautivos de Argel eran ó del *belic*, ó no, ó de los particulares, pues apénas un rio hacia una presa, y que por el tormento palos habian hecho declarar á cada cautivo lidad y riqueza y la de los demas, eran pr dos al dei, á donde acudian regularmente l sules. Se examinaba rigurosamente si e sajeros ó de la tripulacion, y se comenzaba parto.

Primero tomaba el dei de cada ocho un jiendo lo mejor, como capitanes, carpinte cribanos, y ademas las mujeres bonitas y se presumian ricos; y dejaba el resto para madores y el *taifa*, que se los repartian p tad, y los llevaban al *baptistan* ó mercado, se hacia la primera venta á los revendedor tos los paseaban por las calles, proclama calidades, profesion ú oficio, y el precio ban de cada uno, que no era nunca mui porque la venta definitiva se hacia en pr del dei, que tenia la preferencia.

El precio de la primera tasacion se repa mitad entre los armadores y el taifa, y la ó aumento pertenecia todo al gobierno.

Los esclavos del belic llevaban un a hierro al pié, y estaban distribuidos en tre

les, en las que se les encerraba todas las noches, despues de haber pasado rigorosa lista. Durante el dia los empleaban en servicio de la regencia, haciéndoles llevar los bagajes de los turcos, ó trabajar en los arsenales; algunos eran condenados á trabajar con cadena, ya por sujecion ó castigo, ya para hacerles desear mas el rescate, haciéndoles mas dura la esclavitud. Alguna vez el dei enviaba á la mar á aquellos en quien tenia mas confianza, y les dejaba el tercio de la piratería que hacian. Otros que tenian algun dinero establecian tabernas, ó las alquilaban á los judíos, que no les tomaban mas que el 3 ó 4 por 100 en cada una, lo que hace al año un 50 por 100, sin contar los subidos derechos que tenian que pagar al dei, á proporcion del vino que vendian, cuyo precio les fijaba todo igual, fuera bueno ó malo. Sin embargo, habia algunos que lograban reunir bastante para pagar su rescate, que no bajaba de 1000 á 1200 pesos fuertes; pero eran raros los que querian la libertad.

Las tabernas eran tan oscuras y hediondas como hoi dia, y los judíos y aun los moros las solian visitar con igual devocion que los cristianos, y el tabernero tenia el derecho de despojarles de sus vestidos si no pagaban su escote. Daban á cada esclavo tres panecillos al dia por único alimento, dejando que su industria ó la caridad de los cristianos supliesen los demas.

Trabajaban en invierno y verano desde el amanecer hasta ponerse el sol, y solo les dejaban de descanso los viérnes de cada semana.

Los cautivos de particulares eran mas ó ménos desgraciados segun el carácter de sus amos, el suyo propio y su habilidad; algunos lo pasaban tan bien que compraban la seguridad de ser siempre esclavos del mismo dueño ó familia, y renunciaban á volver á su pais. Pero esto no era comun, porque como los dueños deseaban el rescate, que les valia mucho dinero y regalos, los trataban mal y con mas crueldad cuanto mejor rescate esperaban, y así esta desgracia recaia ordinariamente sobre la clase mejor y mas acomodada.

Los curas y religiosos tenian el consuelo del *hospital español*, que miéntras no podia rescatarlos pagaba á sus dueños para que los dejaran acudir á dicho establecimiento á ayudarles en sus piadosas tareas.

Tanto el dei como los particulares alquilaban sus esclavos, reteniéndose los dos tercios de lo que ganaban, ó mas, segun la avaricia del dueño.

En medio de tantos trabajos y de tan miserable espectáculo, resplandecia la piedad española, que sin distinguir lenguas ni naciones consolaba á todos los cautivos cristianos. Los padres trinitarios erijieron en un principio algunas capillas, siendo la primera la que vino á ser con el tiempo hospital general, encima de la cárcel de Belic, (calle de *Baba-Zoun*, de que apénas existen ya restos). En ella se daban á los enfermos los consuelos espirituales y corporales que permitia la limosna, hasta que reunidos todos los establecimientos en este solo, se aumentaron los medios y las comodidades. Su fundador fué el padre Sebastian del Puerto, del convento de trinitarios descalzos de Búrgos, celoso por la redencion de cautivos, que habiendo venido por la primera vez á Argel en 1546, rescató 200 esclavos, y compadecido de las miserias de los demas, pidió de nuevo limosna, y fundó el hospital en 1551. Habiendo vuelto con el emperador Cárlos V, que lo habia hecho su consejero cuando quiso sitiar á Argel, se dice que predijo el naufragio de la armada, y murió cargado de años y de méritos en 1556. Este hospital fué casi enteramente reedificado en 1612 por los padres Bernardo de Monroyo, Juan de Aguila y Juan de Palacios, á quienes un acontecimiento bastante comun los retuvo en esta ciudad. Fué el caso que una mora de las mas ricas de Argel, hija de Mahomet Aga, fué aprehendida en la mar y conducida á la isla de Córcega. En esta isla conoció algun cristiano que se encargó especialmente de su conversion, y que hablándole al alma, logró que se hiciera cristiana para hacerla su mujer. En efecto, así lo hizo, tomando el nombre de *María Eugenia*, en lugar del de *Fátima* que ántes llevaba; y habiendo rehusado siempre el dinero que le ofrecian para su rescate, murió cristiana en 1639. Los enviados á procurar su redencion, irritados de no haberla conseguido, esparcieron la voz de que habian usado con ella las mayores crueldades para obligarla á hacerse cristiana, lo que irritó tanto al dei (que sabia irritarse fácilmente, porque esto le procuraba regalos y dinero para apaciguarle) que hizo al momento poner presos á estos religiosos que amenazó de quemar vivos, é hizo confiscar el dinero que le habian pagado por 300 esclavos, y volver estos á la esclavitud. Sufrieron con tanta paciencia su suerte estos buenos padres, que al cabo de algun tiempo y de regalos al dei, les dió la libertad, pero nunca el permiso de volver á España, y ellos se dedicaron enteramente á la reparacion del hospital y al socorro de los miserables cautivos hasta que perdieron la vida. El padre Bernardo de Monroyo volvió por otra causa semejante á entrar en prision, en la que murió tan llorado de los cautivos, que á pesar de su pobreza, rescataron su cadáver, que fué enterrado por Fr. Luis de los Angeles. En fin, este hospital fué notablemente aumentado por Fr. Pedro de la Concepcion, que se dedicó con tanto celo á la defensa de los cautivos y de la religion católica, que murió quemado.

En dicho hospital se recibian los cristianos de todas naciones, y á las mujeres enfermas se les pasaban medicinas, y las visitaba el médico cada dos dias; tambien se vendian medicinas á los turcos en provecho del establecimiento.

El cementerio estaba fuera de la puerta de *Babalnet*, y era tambien efecto de la rara caridad de otro español capuchino, confesor de D. Juan de Austria, que habiendo caido prisionero recibió de dicho príncipe su rescate, que él empleó en comprar y fundar un cementerio, y habiéndoselo enviado de nuevo, en rescatar algunos esclavos, dedicándose él voluntariamente al servicio de estos, y murió cautivo, dejando edificados á los mismos infieles. En él hai enterrados una multitud de varones eminentes en verdadera caridad; (lo está tambien el hijo del general Bourmont y un comandante, que murieron en el asalto de la plaza de 1830). Todas estas concesiones costaron mil trabajos, humillaciones y sacrificios de toda especie, y les costaban continuamente á dichos religiosos, pues eran el blanco de la irritacion continua del dei.

Todas las potencias tenian cónsules en Argel,

con solo el objeto de hacer ménos cruel el tráfico de su piratería, que no pudieron impedir en mui repetidas expediciones, la mayor parte desgraciadas, de las cuales las mas notables por todos estilos fueron españolas. Casi todos los reyes eran tributarios de la regencia argelina bajo formas mas ó ménos humillantes. El único medio de conservar la amistad del dei era el oro, los regalos y aun las humillaciones. Todo se hacia pagar en esta tierra de degradacion, los saludos de la plaza, las visitas, hasta el asiento. En 1778 el comandante de la escuadrilla veneciana que traia el regalo al dei, quiso estar sentado á su audiencia, lo que le costó 6,000 duros.

Hé aquí los tributos que se pagaban al dei hasta el año 1830, época de su ocupacion por los Franceses.

Las Dos Sicilias, 24,000 duros y un regalo de 20,000.

Portugal, id.

La Toscana por un tratado de 1823 no pagaba tributo, mas sí un regalo consular de 25,000 duros. La Cerdeña debió á la Inglaterra el no pagarlo; pero hacia un gran regalo á cada cónsul que enviaba.

España, id.

Inglaterra, 3,000 duros á cada cambio de cónsul.

Estados unidos, id.

La Holanda, que cooperó al bombardeo de 1816, id. Hanover y Breme bajo la proteccion de la Gran Bretaña no pagaban tributo, mas sí un gran regalo á cada nuevo cónsul.

Suecia y Dinamarca, 15,000 duros al año en madera de construccion y municiones de guerra, 10,000 duros cada diez años, y 6,000 á cada nuevo cónsul, y por esto el dei tomó la maña de hacerlo cambiar cada dos años, y se consintió no á mudar el cónsul, mas sí á pagar el regalo.

La Francia, á pesar de los tratados, hacia fuertes regalos, y á menudo.

Cuando los regalos ó tributos tardaban, el dei fijaba al cónsul un término, como si este fuera señor de los elementos, y si pasaba, despedia al cónsul ó le aprisionaba. A mas de estos regalos habia otros para los ministros, empleados y mediadores, pues ya se ha dicho que allí nada se hacia sin el dinero.

Semanario pintoresco.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Embutidos. Se cree comunmente que el arte de embutir, que es mui antiguo, pasó de Oriente á Occidente cuando los Romanos trajeron á Europa los despojos del Asia.

Emético. Su efecto es el vómito, y fué descubierto por Rogerio Bacon.

Eminencia. El pontífice Urbano VIII concedió este título de honor á los cardenales en 1638, á los cuales se daba ántes el de señoría ilustrísima.

Empedrado. Parece que los Cartagineses fueron los primeros que empedraron sus ciudades y sus caminos. Roma, exclusivamente ocupada en la guerra, no adoptó este ejemplo sino dos siglos despues de la expulsion de sus reyes.

Emperador. Daban este nombre los Romanos á los generales del ejército, y se deriva del latin *imperare*, mandar. Se llamaba emperador en un sentido particular un general que despues de haber conseguido una ilustre victoria, era saludado con este nombre entre las aclamaciones de sus soldados, y despues honrado con este título por un decreto del senado. Para esto era necesario haber ganado una batalla donde hubiese habido 10,000 enemigos muertos, ó haber conquistado una ciudad considerable. Augusto recibió veinte veces el título de emperador por igual número de victorias. César fué llamado emperador por el pueblo romano para manifestar el poder soberano que tenia en la república: en este sentido, Augusto y sus sucesores fueron llamados emperadores.

Encajes. Se dice que este lijero y gracioso adorno se remonta á la mayor antigüedad; sin embargo, nada se ha encontrado en las obras antiguas sobre los encajes, á pesar de las muchas indagaciones que se han hecho. Solamente en una obra publicada en 1587 se halla que el señor Federico Vinciolo, veneciano, habia inventado ciertas especies de puntos hasta entónces desconocidos.

Encuadernar (Arte de). El arte de encuadernar los libros debe su orígen al descubrimiento del papel y de la imprenta, pues ántes no se hacia mas que rollar el pergamino, las hojas ó las cortezas en que estaban escritos los libros.

Enseñanza mutua. Acia el año 1770 vivia en Paris un militar retirado, llamado M. Paulet, que aunque solo poseia mui cortos bienes, no pudiendo resistir á sus filantrópicos sentimientos, convirtió su casa en asilo de los pobres huérfanos. Para instruirlos le inspiró su ingenio la feliz idea de que los niños mas adelantados enseñasen lo que habian aprendido á los otros, sin dejar él de dirijir á todos. Este plan de enseñanza mutua tuvo el mejor éxito, y no tardó en correr la fama de semejante instituto, tanto, que habiendo llegado á noticia de Luis XVI, le reconoció por sí mismo, y persuadido de sus ventajas, le otorgó un socorro de 30,000 francos. Los Ingleses atribuyen la invencion de este método á Lancaster, que á fines del siglo pasado concibió tambien la idea de un sistema semejante, la desarrolló y puso en práctica; y tambien al doctor Bell, que parece publicó acia la misma época un plan de instruccion fundado en los mismos principios.

Eolipila. Instrumento que consiste en un globo de metal con un tubo estrecho, el cual lleno de agua y puesto al fuego, despide el vapor con gran violencia: su invencion se atribuye á Heron el anciano por los años 120 ántes de nuestra era.

Epifania ó fiesta de los Reyes. Esta solemne fiesta, cuyo nombre viene del griego, y significa manifestacion, porque en aquel dia manifestó é Mesías su divinidad á los gentiles, es mui antigua y era ya mui comun en el siglo VI.

Epitafio. Los Atenienses escribian los nom

bres del muerto, de su padre y de su tribu, en la inscripcion que ponian en su sepulcro. Los demas pueblos casi siempre han añadido el elogio del muerto. El de los espartanos muertos en la defensa del desfiladero de las Termópilas, decia: "Caminante, ve á decir á Esparta que hemos muerto aquí por defender sus leyes." Habialos tambien burlescos y satíricos.

Epitalamio. Canto nupcial nacido en Oriente, aunque se supone inventado por el poeta griego Stesícore (que no existió hasta la olimpiada 42), sin duda porque le arregló al ritmo de la música, y le añadió coros. Teócrito entre los Griegos, y Catulo entre los Romanos, fueron los que en la antigüedad sobresalieron en este género. En Holanda llaman epitalamios á unas estampas grabadas en honor de los recien casados, inventadas por Bernardo Picart.

Escopeta. Se dice que fué inventada en 1492: la escopeta de viento en 1560 por Guter, habitante de Nuremberg, ó segun otros, por Marin, vecino de Lisieux en Francia, que presentó una á Enrique IV.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

BOSQUEJO.

I

¿Es ese el mismo, en cuyas anchas venas
Sopló ambicion de gloria y sed de fama
Torrentes de vigor, en las arenas
Por do su linfa espléndida derrama
Nilo fecundo? ¿El que fijó en almenas
Altivas, arrostrando hierro y llama,
El pendon de la cruz? ¿Es ese el mismo,
Cuyo acero aterraba al islamismo?

II

¿Es ese el mismo, que llevaba impresa,
De juventud la roja lozanía,
Cual flor primaveral, pomposa, ilesa,
Que el cáliz abre al resplandor del dia?
¿El que brillaba en belicosa empresa
Con ciega intrepidez y lozanía,
Cual si el peligro fuera su esperanza
Y centella de Júpiter su lanza?

III

Dó el ornado broquel? ¿dó el noble casco,
Ceñido de albas plumas? ¿dó está el peto
Que rechazó, cual sólido peñasco
De hinchado rio inmóvil parapeto
Flecha de Libia y filo de Damasco?
¿Dónde el relinchador, dónde el inquieto
Y espumoso alazan, que raudo supo
Llevarlo en medio del contrario grupo?

IV

¿Son esos ojos, mústios y empañados
Por torva y melancólica vislumbre,
Los mismos que en sus orbes dilatados
Del cielo reflejaron la alta lumbre?
¿Que con un mirar solo á los soldados
Mostraron fin glorioso, cual la cumbre
Que adorna el sol con su esplendor divino,
Conduce al solitario peregrino?

V

Hora vedlo, cuál surca la honda traza
Su frente ajada, pálida, deshecha;
Donde en horrible vínculo se enlaza
Con odio y con temor rabia y sospecha.
Alguna sierpe oculta despedaza
Su corazon, ó con lazada estrecha
Lo oprime, y seca, torpe y escondida,
Las fuentes del placer y de la vida.

VI

Cuál de profunda y lóbrega caverna
Lanza un mirar que hiela y petrifica
De horror al hombre justo; no es la tierna
Señal de alto dolor, que santifica
Ruego encendido á la Piedad eterna:
No es la resignacion que sacrifica
Su padecer — es hórrido despecho,
Es designio feroz no satisfecho.

VII

Es misterio infernal, ó negro abismo,
Con cuyas vaporosas ilusiones
Se aletargan en mudo parasismo
Razon y sentimiento; y en prisiones,
Que en vano desacierto forjó él mismo,
Sin poder ya romper sus eslabones,
Gime, y no quiere mano compasiva
Que desvanezca el mal que lo cautiva.

VIII

Fué dichoso y amado, y noble objeto
De justa loa y reverente estima;
Y en lid ruidosa ó en privado reto
No hai en su nombre quien baldon imprima.
Benigno el hado en plácido decreto
Le abrió el sendero de encumbrada cima;
Sonrióle el poder, y dióle entrada
Y asiento en su magnífica morada.

IX

De joyel esplendente y rica gala
Ceñido amor, en corte bulliciosa,
Donde el suspiro inflamador exhala,
Mas eficaz que en selva silenciosa,
Sus sienes adornó. La noble sala,
Miéntras en la armonía estrepitosa
Retembló del sarao, fué la escena
Dó amor lo ató con mágica cadena.

X

Hoi desamor universal circunda,
Y lúgubre terror mora en su pecho.
Cubre los secos miembros ropa inmunda,
Mísera choza con hendido techo,
Que despiadado el aguacero inunda,

Sus pasos aprisiona en giro estrecho;
De su encuentro ominoso, en terror vano,
Huye despavorido el aldeano.

XI

Tuvo un amigo, en guerras y en amores
Socio fiel, y en el goze y en la hazaña.
Jóvenes ambos, y ambos triunfadores;
Súbita la sospecha vil empaña
La íntima union. Los hierros vengadores
Se cruzan. Ciega al mísero la saña;
Y atónita lo ve la turba inmensa,
Herido, desarmado, sin defensa.

XII

El circo numeroso de guerreros
Y príncipes que miran el combate,
Celebran con aplausos lisonjeros
Al que su orgullo rencoroso abate.
No abriga el vencedor designios fieros;
Ni dentro el seno la ponzoña late
De rencor. Deponiendo el agrio encono,
"Toma tu acero," dice, "te perdono."

XIII

Cual infernal hechizo, que provoca
Conjuro infando de region maldita,
Y dócil al perverso que lo invoca,
Sus negras alas horroroso agita,
Y por las mudas auras se desboca,
Las plantas y los árboles marchita,
Los verdes tallos vuelve en hilos flojos
Y viste el prado de ásperos abrojos;

XIV

Así en el alma del vencido labra
Funesta destruccion, total ruina
De virtud y nobleza, la palabra
Te perdono, y los jugos contamina
Del corazon, sin que sus senos abra
Ya mas á puro afecto. En honda mina
Sangrienta enemistad concentra el brio
De la venganza y del furor sombrío.

XV

Te perdono, retumba en sus oidos
Noche y dia, en el bosque y en la tienda:
Como cuando en ferozes alaridos
La fiera anuncia destruccion horrenda;
Como cuando en sonoros estampidos
Afloja el noto á su furor la rienda,
O la tierra sacude sus cimientos
Y convierte el alcázar en fragmentos.

XVI

"No mas," dijo: "perezca;" y asegura
Con vil intento el acerado filo.
La noche vela con tiniebla oscura
Las retiradas márgenes del Nilo.
Allí espiar al vencedor procura,
Cuando vuelva feliz del grato asilo
De la que adora; allí vengar la ofensa,
Que dobló su altivez, iluso piensa.

XVII

Lo ve, lo asalta y le desgarra él
Y.... no era su rival.... era la he
Cayó, y con rostro cándido y sere
"Tu mano," dice, "ha sido gene
Si al que está de virtud y gloria ll
Cuanto tú de ignominia y de afre
Protervia, salvo al recibir la mue
Dijo, y en resto inmóvil se convi

XVIII

Con la centella del siguiente dia
La nueva se propaga. El camp
Hierve en indignacion y en grite
Que él oye oculto en peñascoso a
Cubre su nombre maldicion impía
Que exhala el adalid con agrio ac
Venganza pide el eco fulminante
Venganza jura el infeliz amante.

XIX

¿Dónde irá que feroz no lo persig
Su renombre execrable? Se de
Del manto, y talabarte, y la lorig
Y el rostro desfigura. Incierto l
La maleza, y el hambre y la fatig
Su fuerza antigua y su vigor sus
De quier humana voz llegue á su
Escucha el triste lance repetido.

XX

Mendiga el pan de choza en choz
De las ciudades el rumor, do exci
Sangrientas iras el delito horrend
Y en plebe airada indignacion co
Por las regiones que ilustró venci
Del musulman la turba infiel, tra
Cual insecto á quien da la luz as
Y se oculta en ruinas y en escom

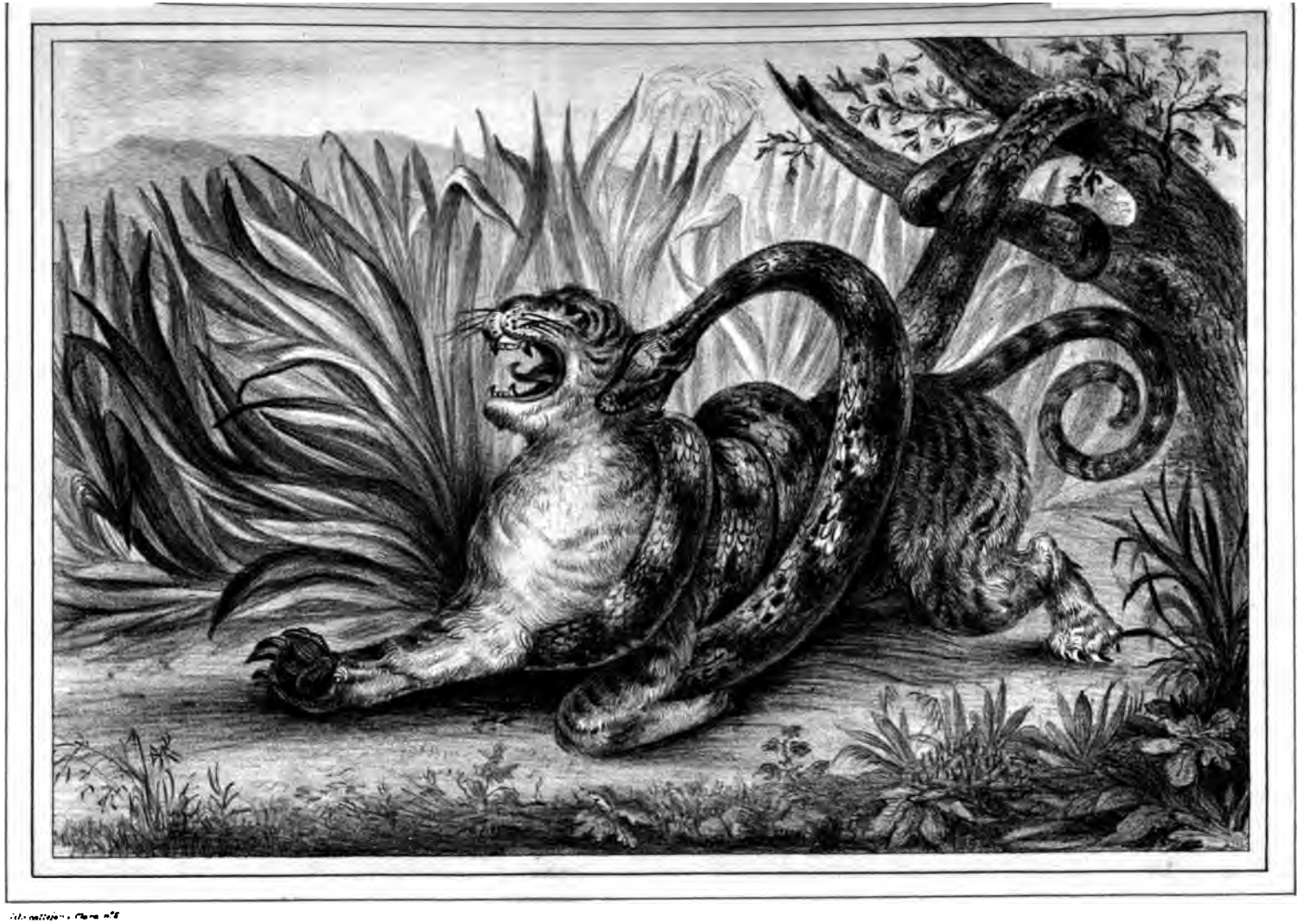
XXI

Tras largo, y lento, y tormentos
Triste aldea que en áspera quebr
Da al oscuro pastor pobre retiro,
Le sirve de sepulcro ó de morada
Donde responde el lánguido suspi
De la naturaleza amortiguada
Al bramar de huracanes inclemen
Y al rujido de horrísonos torrent

XXII

Un mes fué un siglo de infernal t
De terror, y de angustia, y de vi
Con que el devorador remordimi
Espanta sus inciertas sensacione
Un siglo de agitado sufrimiento
Que, ora en calma terrible, ó co
De despecho, sus miembros desp
Y los vitales nudos desenlaza.

J. J. DE



EL TIGRE Y EL BOA.

l Boa atacando al Tigre.

ı el mas grande de los animales de su ór-
|ue pertenecen aquellas monstruosas ser-
le treinta y aun cuarenta piés de largo,
segun se dice, de devorar hombres, gace-
ıalos.
grandes reptiles, aunque desprovistos de
, no son ménos temibles por su fuerza y
La astucia en ellos suple á la fuerza.
o el boa en un árbol, sumido en el agua
bajo la yerba, se pone en acecho á espe-
, á la cual sofoca y hace pedazos enre-
en su cuerpo, cual el Laocoon de que ha-
ılio. Muerto el animal, lo echa el boa
, lo cubre de baba y de una saliva mui
y se pone á devorarlo, empezando por la
En esta especie de degluticion, las dos
las del boa se dilatan muchísimo, y pare-
aga un bocado mas grande que su boca.
. sorprendido algunas veces á este mons-
pado en tan penosa operacion, y entónces
arle muerte, porque no puede huir, ni e-
ra de la boca el enorme bocado. Cuan-
ha comido todo el animal, ó una porcion
ıble de su cuerpo, queda en un estado de
imiento provenido de lo penoso de la di-
r la abundancia del alimento. Recójese
en sitios apartados, y allí permanece in-
sta que su esófago y estómago terminan
ion de la sustancia animal, ablandada de
:o por la prutefaccion, y macerada por la
ımica y vital de los sucos que produce el
gestivo.
nbre de boa, empleado por Plinio, indica-
ı él, las costumbres de esta serpiente, que
uiendo al ganado, á fin de pegarse á las
as vacas para alimentarse con su leche;
. version popular á que Plinio se refiere,
cable á alguna otra especie de culebra de
roduce Europa, pues los verdaderos boas
en al nuevo continente.
las diversas especies de boas hai una, de
iremos algunas palabras. Esta es el boa
(boa constrictor), llamado vulgarmente
ı sierpes: su longitud y fuerza, y la belle-
: colores llaman mucho la atencion, y han
a de que los salvajes le hayan tributado
particular, dándole los nombres de Xal-
loignacu, Giboya y Ianca Acanga.
vino es acaso la mayor de las serpientes.
Adanson fragmentos de estos animales,
ın mas de dos piés de circunferencia.
lar es que tenga unos cincuenta piés de
.l andar por la yerba, la quiebra y aplas-
si una persona lo hiciese de propósito.
ıo no ataca al hombre, ántes parece que
y es lentísimo en sus movimientos. Por
r yace enroscado á orilla de los riachue-
ando presa, y en esta postura forma un
unos siete piés de diámetro, en cuyo
ıtá la cabeza, que levanta de cuando en
algunos piés sobra esta especie de espi-
mirar si se acerca algun animal. Ya
mas arriba que luego que descubre presa
á ella y se le enreda en el cuello para so-
Si el animal es mui potente, hace un es-
ır llevarlo á tirones hasta el tronco de al-
l, donde enlazando con su cuerpo animal
y tronco, se hace mas fácilmente dueño de sus movimientos, y se aprovecha de la resistencia del árbol para romper á su víctima los miembros, pecho y cabeza.

El boa figurado en la estampa que acompaña á este artículo, es el boa gigante (boa gigas). Esta especie, que es la mayor de todas, habita las regiones cálidas de América, especialmente en la Guiana. En Cayena le dan el nombre de Depona. Sus escamas son cuadradas, y á lo largo de su lomo hai una serie de manchas ovaladas, pardo-oscuras y dispuestas de dos en dos transversalmente.

Achille Comte. *Traducido por* M. G.

LA MALDECIDA.

El pueblo de Inglaterra es quizas el ménos dispuesto á conmoverse. La noticia de un acontecimiento, que en cualquier otro pais alarmaria una poblacion entera, rara vez penetra hasta el hogar doméstico, y en todo caso nunca turba la tranquilidad. Hai sin embargo una circunstancia en que un vivo sentimiento de curiosidad reemplaza á esa indiferencia, y es la de anunciarse un asesinato, sobre todo cuando presenta un carácter bien pronunciado de audacia y crueldad. El culpable y su crímen son el objeto de todas las conversaciones, y los explotan de todos modos los periodistas, autores dramáticos y pintores. Los que no se contentan con esos detalles acorren para ver con sus propios ojos la navaja ensangrentada, ó la pistola instrumento del asesinato, encontrado en un camino desierto, ó en la orilla de un estanque de cristalinas aguas. En fin, cuando el asesino ha pagado su tributo á la justicia, los aficionados á curiosidades conservan en sus gabinetes todo cuanto puede recordar á la posteridad aquel gran personaje, desde la silla en que se sentó por la primera vez á meditar su crímen, hasta la cuerda fatal que ahogó su postrer suspiro.

Despues de haber manifestado estos sentimientos cuya moralidad apreciará el observador filosófico, manifestaremos á nuestros lectores, que circuló en Londres, hace años, la noticia de un horroroso asesinato. La justicia se habia apoderado del culpable, ó por mejor decir, del que graves sospechas designaran como á tal. Sin embargo, ninguna prueba existia, y despues de muchos interrogatorios, decidieron los magistrados que se le pusiese en libertad.

La víspera de este dia fué á visitarle una jóven en la cárcel. Su hermosa cara anunciaba las penas que devoraban aquel corazon; sus vestidos eran los de la última clase del pueblo; pero por sus modales y lenguaje fácilmente se adivinaba que aquella condicion no habia sido siempre la misma. Parece que á consecuencia de desgracias sin cuento, careciendo de todo recurso, se habia decidido á casarse con aquel hombre, sobre el que pesaba una acusacion criminal. No habrá necesidad de decir que no era ni el amor ni la piedad lo que cerca de él la conducia. Acababa de saber que le habia engañado infamemente; aquel miserable tenia otra esposa. Despues

de una acalorada explicacion, se irritó contra ella en términos que la golpeó, la pisoteó y hasta la amenazó con la muerte; la infeliz pidió socorro, y en el exceso de su resentimiento soltó algunas expresiones que fueron recojidas por los testigos de aquella escena, y en las que acusaba á su marido como á autor del crímen que se le atribuia. De nuevo empezaron las pesquisas contra Blak (así se llamaba el acusado), y Marta, su esposa, fué detenida, á fin de obtener declaraciones positivas.

Los esfuerzos de los magistrados y de los ministros de la religion fueron por mucho tiempo inútiles; pero un dia, como si el horror se hubiese apoderado de su alma al recordar el crímen cuyo castigo pedia la justicia, ó bien fuese que su corazon, puro en otro tiempo, tuviera necesidad de aliviarse del peso que le oprimia, se puso de rodillas, y con las manos juntas, bañados los ojos en lágrimas y atestiguando de su inocencia con el cielo, declaró que su marido habia cometido el asesinato, y que ella habia hecho los mayores esfuerzos para salvar la víctima.

Esto bastó para decidir la conviccion del jurado, en cuya presencia se rectificó Marta en lo dicho. Al dia siguiente las puertas de la cárcel se abrieron: Blak marchó á la muerte, y Marta salió en libertad.

Pero qué libertad! su declaracion que habia conducido á su marido al cadalso, la convirtió en objeto de odio y de desprecio. En semejantes casos se forma mui pronto la opinion pública. Los primeros dias que estuvo Marta en la cárcel, recaian en ella algunas sospechas de complicidad; pero despues de su manifestacion, todos creyeron que era la única culpable. Animado Blak con esos rumores, le atribuyó todo el crímen, y hasta en el mismo cadalso renovó tan odiosa acusacion. El populacho, inclinado siempre á recibir toda clase de impresiones, entregó desde aquel momento á la execracion el nombre de Marta Blak.

El sacerdote que habia asistido al criminal en sus últimos momentos fué el único que dudó de su sinceridad. Le habia visto morir insensible á sus exhortaciones, y con el corazon lleno de odio y de turbacion. Pero esta duda ningun socorro podia prestar á la desgraciada Marta, porque la turba que la habia sentenciado se sublevaba contra ella, furiosa y desapiadada. Habiase refugiado al salir de la cárcel en un arrabal de la ciudad; pero los gritos del populacho reunido delante de la puerta no tardaron en helar de espanto la caridad que la habia recojido. Se vió arrojada á la calle, abrumada de injurias y de malos tratamientos hasta que, echada de la ciudad, la abandonaron moribunda en la orilla de un foso. Allí al ménos encontró el sosiego! ¿Pasó acaso por su lado alguna buena samaritana? No. Los que la habian visto en las calles vecinas acudieron á su vez, y Marta, echada de nuevo, se vió en la necesidad de huir á la inmediata parroquia, donde algunos hombres ménos crueles la salvaron de las manos de sus perseguidores.

La misma acojida tuvo en todas las partes donde esperaba encontrar un asilo, un sitio en que respirar. El terror que ella infundia la precedia como una llama ardiente; y mucho ántes de que llegase á una ciudad, villa ó aldea se la esperaba ya. Con dificultad se creerá, á no ser que se tenga conocimiento exacto de las costumbres del pueblo ingles, el bárbaro encarnizamiento con que unos la rechazaban, y el terror supersticioso que con su presencia experimentaban otros, como si consigo llevara la maldicion del cielo.

Existia sin embargo una humilde morada cuyos habitantes abrigaban sentimientos mas humanos; era la de un labrador llamado Beltran, ya entrado en dias, que habia abandonado su pais natal para establecerse en una aldea del condado de Surrey, con su mujer y una hija de doce años. Poco despues de su establecimiento murió su esposa, consumida por un violento pesar. Esta muerte y el dolor que la causó habian dejado en el rostro de Beltran la indeleble expresion de una profunda melancolía. Vivia retirado, trabajaba á jornal, y pasaba los dias festivos con su hija, evitando todo trato con sus vecinos, quienes veian en él un hombre poco sociable, pero bueno, y acabado á causa de profundos pesares, que respetaban sin conocerlos.

Esta morada fué la única en la que el anuncio de la próxima llegada de Marta Blak no alteró la tranquilidad. La niña Sara notó que su padre no habia añadido la menor palabra á las alarmantes relaciones de las comadres, ni tampoco á las de los compadres, no mas tranquilos que ellas; observó tambien que no se habia conmovido cuando le aconsejaron amigablemente que no dejase salir á su hija, y que se colocase á la puerta como sus vecinos, armado con un palo, á fin de impedir que la perversa Marta entrase en su casa, tanto mas cuanto que el rio que corria á poca distancia de su cabaña era el límite de la parroquia, y probablemente llegaria por aquel lado.

Pocos momentos despues salió Beltran á su trabajo, dejando mui inquieta á la jóven Sara, la que se propuso correr el cerrojo de la puerta al menor ruido que oyese. Ocupóse en seguida en los quehaceres domésticos, y se estremeció al recordar que debia ir por agua al rio, donde tal vez encontraria á Marta. Juzgó imposible exponerse á tanto peligro; pero necesitaba agua para preparar la comida de su padre, y despues de haber dirijido una corta pero ferviente súplica á Dios para que le preservase de toda desgracia, tomó el cántaro y se encaminó al rio.

Habia ya andado unos cien pasos, cuando se le figuró oir á lo léjos una confusa gritería. Detúvose para escuchar, y como el ruido se acercaba, regresó corriendo á la cabaña, en cuya puerta encontró á su padre, que la estaba esperando. Sorprendido este al verla trémula y agitada, y con el cántaro vacío, le tomó cariñosamente la mano, diciéndole:

—Adivino, Sara, lo que tienes. No te atreves á ir al rio, porque temes encontrar á Marta Blak.

Sara se echó á llorar. Su padre continuó:

—Por qué temes á esa mujer?

—No la temo tanto como la odio, replicó Sara.

—La odias, hija mia!.... Qué daño te ha hecho? ¿Has olvidado que Dios manda que amemos á nuestro prójimo?

—Pero no al perverso.

—Sí, hija mia, debemos amarle y compadecerle, aunque aborrezcamos el delito que cometió. Pero quién te ha dicho que Marta sea criminal! Sus jueces la han absuelto por inocente, y son mucho mas sabios que esa turba ciega que la acu-

sa. Vé pues á buscar el agua que necesitas, y ten valor. Aquí te aguardo.

Tranquilizada Sara con las palabras de su padre, enjugó sus lágrimas y se encaminó al rio.

Los clamores que un momento ántes sembraron el terror en su corazon, se oian mas cerca. Subió á una colina, desde donde divisó un gentío inmenso que, dando espantosos gritos, se dirijia acia donde ella estaba. Era Marta, á quien hombres, mujeres y niños perseguian tirándola piedras y todo á la cara. La fatiga y el terror habian desconcertado el semblante de aquella infeliz mujer; tenia los ojos desencajados, los piés descalzos é hinchados, y de sus vestidos conservaba solo algunos andrajos.

En esta forma llegó al rio, perseguida siempre por la turba que se empeñó en que le atravesara; Marta vaciló, y los mas osados, levantándola entónces en alto, la arrojaron al agua á pesar de sus súplicas y lastimeros gritos. El espanto reanimó sus agotadas fuerzas: un esfuerzo desesperado la llevó á la orilla opuesta, y desapareció entre un bosquecillo que allí cerca habia. A poco rato se retiró la turba dando ahullidos de alegría, y Sara se quedó sola, sobrecojida á la vez de piedad y de terror.

La pobre niña se apresuró á llenar su cántaro, y marchaba ya precipitadamente á reunirse con su padre, cuando al pasar cerca del bosquecillo oyó unos gemidos ahogados. Dirijió la vista acia aquel lado, y divisó á la desgraciada Marta, tendida en el suelo, con los ojos levantados al cielo, é hinchado el pecho de sollozos convulsivos. Sara habia formado una idea mui poco ventajosa de aquella desgraciada: creia que era una fantasma horrorosa: así es que fué mucha su sorpresa cuando acercándose, vió á una jóven hermosa aun, y cuya fisonomía, á pesar de la palidez de la muerte que la cubria, llevaba el sello de la bondad; nada indicaba en ella los dos crímenes de que la acusaban, la perfidia y el asesinato. Algo mas tranquila acercóse á Marta, que haciendo un esfuerzo violento, se puso de rodillas y le dijo:

—Perdon! piedad! hija mia; salvadme de ellos; salvadme tan solo esta vez. Pueda yo respirar un dia, una hora..... quiero morir aquí, no me digáis dónde estoi. Sois jóven, inocente; sois tambien buena?

—Y si yo soi buena, no sois vos mala?

—No! replicó Marta con una vehemencia que parecia el último esfuerzo de la naturaleza moribunda; no, soi inocente! No merezco mi horrible suplicio, al ménos por el delito de que se me acusa. Mi crímen está en haber desobedecido á mis padres, en haberlos deshonrado, abandonado; mi desesperacion la motiva no saber á dónde ir para implorar su misericordia, porque yo los obligué á expatriarse. Pero.... silencio!.... no ois? Oh! perdon! no me descubráis.

—Nadie viene, respondió Sara; pero aguardad un momento.

Y marchó en seguida á referir á su padre cuanto aquella jóven le habia dicho.

—Vuelve á su lado, dijo Beltran á su hija con voz conmovida. Pregúntale qué apellido lleva, y cuál es el pueblo de su nacimiento. Díle que no me depositar en ti su confianza, y llévale tambien algunos alimentos. Infeliz! tal vez no se habrá desayunado hoi!

Sara ejecutó con interes lo que su padre le habia mandado, y cuando regresó á su casa le encontró llorando y puesto de rodillas delante de una imágen de la Vírgen. Luego que la vió se levantó enjugándose las lágrimas, y cuando supo que la jóven se llamaba Mary Ware, y que habia nacido en una aldea del condado de Warwick, cayó en una silla cubriéndose la cara con las manos.

—Infeliz de mí! dijo sollozando; mis presentimientos no me habian engañado; era ella! ¿Qué delito he cometido, Dios mio, para que así me castigues?

Asustada Sara al ver el desconsuelo de su padre, le prodigó mil caricias, sin atreverse á preguntarle cuál era la causa de tanto pesar. El anciano adivinó los deseos de su hija, y quiso satisfacerlos.

—Hija mia, le dijo cariñosamente, ha llegado el momento en que debo revelarte un secreto que creí pudiera ocultarte para siempre. Antes de retirarme con tu madre á esta aldea, teniamos otra hija, que era nuestro orgullo, nuestra amor, y su sin par hermosura formaba el encanto de nuestro ojos. Nada escaseamos en su educacion, porque entónces éramos ricos; pero nos abandonó, y yo, en el exceso de mi desesperacion, de mi furor..... El cielo la ha castigado con demasiada severidad, yo la perdono. ¡Y luego era tan jóven, y le tendian tantos lazos!.... El que me robó mi hija habia prometido casarse con ella, y la abandonó despues de haberla deshonrado: esto es cuanto hasta ahora he sabido de tu hermana. Creia yo que habia muerto!.... Su pobre madre no la verá.... Yo solo participaré de la vergüenza y de la alegría de su regreso.

—Luego, dijo Sara pálida y trémula, Marta Blak es.....

—Tu hermana, hija mia. No te avergüences de llamarla tal si está arrepentida.

—No, padre mio, la compadezco y la amaré. Pero seguidme si os lo permiten vuestras fuerzas. Apresurémonos á conducirla aquí; la ocultaremos y la defenderemos.

El anciano se levantaba para seguir á Sara, cuando oyeron muchas personas que se acercaban á la cabaña. Sara se estremeció acordándose de su hermana; pero se disiparon sus temores al ver entrar á los dos inspectores de la parroquia y á muchos vecinos de la aldea, precedidos por un anciano, cuyos vestidos anunciaban un eclesiástico.

—Habéis visto á Marta? dijo un inspector dirijiéndose á Beltran.

—No temáis confesarlo, añadió el ministro, que notó su turbacion. Léjos de acriminaros por haberla recibido favorablemente en vuestra casa, como creo, vengo á agradecéroslo. Es inocente.

—Inocente! exclamó Beltran, que apénas podia sostenerse; tal era la emocion que experimentaba. Estáis seguro de lo que decís?

Tengo de ello una prueba convincente. Yo ofrecí los últimos consuelos de la religion al miserable que por venganza la acusó, despues de haber sido sentenciado. Estaba bien persuadido de que él era el único culpable, y el tiempo que todo lo aclara ha manifestado que no me engañé. Hace algunos dias que un criado del verdugo me trajo un papel que encontró en los vestidos del criminal. Era el principio de una carta que di-

rijia á uno de sus cómplices, y que la pronta ejecucion de la sentencia no le permitió concluir. En ella se queja de las declaraciones de Marta, y manifiesta el pesar de no haberla sacrificado á su seguridad, despues de lo que ella hizo para oponerse á su crímen. En fin, ese escrito, que obra ya en poder de la justicia, la justifica, completamente, y vengo á sustraerla á los bárbaros tratamientos que sufre, y á ofrecerla todos los socorros que pueda necesitar.

—Los encontrará aquí, respondió el anciano, en cuyos ojos brillaban el enternecimiento y la alegría. Esta es su casa.

—Sois pariente suyo?

—Soi.... su padre.

Despues de una sucinta relacion se dirijieron todos adonde Marta estaba. Sara, que los habia precedido, salió al encuentro á su padre, diciéndole: Todo lo sabe, y os aguarda; pero en nombre del cielo apresuraos. Parece que va á espirar.

Avivaron el paso, y cuando llegaron al bosquecillo, vieron á Marta apoyada en el tronco de un árbol. Tenia los ojos cerrados, y permanecia al parecer insensible á cuanto á su alrededor pasaba. Su padre la abrazó sin que ella lo notara. Al cabo de un momento abrió los ojos y los clavó en el autor de sus dias. Hacia mil esfuerzos para hablar; pero su lengua estaba seca, y sus blancos labios se movian convulsivamente sin poderse unir; en fin, dijo con voz casi ininteligible:

—Padre mio.... una palabra.... una sola palabra vuestra.

—Dios te perdone y te bendiga así como yo lo hago, querida hija mia, dijo el anciano derramando copioso llanto.

Marta hizo un movimiento para contestar. Un rayo de alegría reanimó su fisonomía, y poco despues inclinó la cabeza.

—Acercaos, dijo el anciano al ministro, que inmóvil miraba aquella escena de dolor. Acercaos; tambien necesita vuestro auxilio; se muere.

El ministro se puso de rodillas, y todos oraron. Marta comprendió cuanto á su alrededor pasaba; y el movimiento de sus labios indicaba que ella tambien oraba. A poco se fué deslizando por el tronco del árbol, y cayó al suelo arrojando un profundo suspiro.

—Ha muerto! exclamó el desgraciado padre miéntras que Sara dió un grito penetrante.

—Está en el cielo, respondió el ministro.

—Sí, en el cielo! y pedirá por su padre, que fué mas culpable que ella! Yo he sido la causa de todos los tormentos que ha sufrido. Yo, su padre, atraje sobre ella la cólera de Dios.... La maldije!!!

Traducido por G. F. Coll.

LAS FABULAS DE PILPAI.

En el reinado de Soliman II, un molá llamado Ali-Chelebiban-Salek, creyó hacer un bien á los Musulmanes traduciendo en lengua turca las *Fábulas de Bidpai*, á quien regularmente llamamos *Pilpai*. Despues de veinte años de trabajo dedicó el molá su traduccion al sultan, intitulándola *Humaiounnamé*, ó libro imperial. Habiendo mandado sacar dos copias de su obra, regaló una al gran visir, suplicándole entregase la otra al sultan. El autor esperaba alguna recompensa, ó unos cuantos elogios á lo ménos; mas no quedó poco sorprendido cuando habiéndole llamado el visir, le afeó muchísimo que hubiese empleado en trabajo tan frívolo un tiempo que hubiera podido dedicar al exámen de alguna cuestion de derecho turco. Por fortuna del traductor de Bidpai, era Soliman tan ilustrado como necio su visir; era aficionado á la literatura, la protejia, y quedó mui prendado con la traduccion de Ali-Chelebiban, á quien elevó á la dignidad de cadi, abriéndole así la puerta á una brillantísima carrera. Añade la historia que el visir se sonrojó mucho de su equivocacion; mas lo cierto es que desde aquel tiempo, es decir, desde mediados del siglo XVI, fueron conocidas en Europa las fábulas de Bidpai.

Magasin universel. Traducido por M. G.

Perder la vista y el habla a un tiempo.

El capitan de un buque mercante traia ciertos efectos de contrabando á bordo, y deseaba ponerlos salvos en tierra: habló á un dependiente del resguardo, que era su conocido, diciéndole: "Si os pongo unos anteojos que en lugar de cristal tengan dos onzas de oro, veréis con ellos? — Seguramente no, contestó el guarda; y si me ponéis seis ú ocho mas en la lengua y en los labios, os prometo que indudablemente perderé á la vez el uso de la vista y el de la palabra." El capitan hizo la prueba, é introdujo sin riesgo su contrabando.

El Pasatiempo.

Abstinencia extraordinaria.

Existe multitud de ejemplos de una privacion absoluta de alimento por mucho tiempo. El capitan Bligh, comandante del navío ingles *the Bounty*, hizo cosa de cuatrocientas millas en una lancha, con diez y siete hombres de su tripulacion, y sin mas alimento, por espacio de diez y siete dias, que un pajarillo que apénas pesaba algunas onzas. Catorce hombres y mujeres del navío ingles *Juno*, habiendo naufragado en las costas de Arracan, vivieron veintitres dias sin tomar ninguna clase de alimento, muriendo de hambre tan solo dos individuos al cabo de cinco dias.

En opinion de Rhedy, los animales soportan la falta de alimento mas tiempo, y esto consiste quizá en que no los desvela el pensamiento de qué comerán á otro dia. Un gato de algalia vivió diez dias sin comer, un antílope veinte, y otro tanto un gato montes: un águila vivió veintiocho dias, un mes una ardilla, y treinta y seis dias varios perros, sin probar el menor bocado. En las memorias de la Academia de ciencias se halla la historia de una perra que habiendo quedado encerrada por descuido en una casa de campo, vivió cuarenta dias sin mas alimento que la funda de un colchon que hizo pedazos. En ciertos autores

ue un cocodrilo puede permanecer sin pro-
nento por espacio de dos meses, un escor-
s meses, un oso seis, un camaleon ocho, y
ora diez años. Lo de la víbora no es mui
á la verdad.
ant tenia un escorpion que vivió cerca de
sin comer, y léjos de que sus fuerzas se de-
n con tan larga abstinencia, mató inme-
ente á otro escorpion mui vigoroso y no
ento que pusieron junto á el. Juan Kun-
erró un sapo entre dos tiestos, y catorce
lespues lo encontró vivo. Algunas tortu-
vivido diez y ocho meses privadas de to-
ento; un escarabajo permaneció por tres
estado de completa abstinencia, y despues
tiempo tuvo fuerzas para echar á huir. Cí-
almente un ejemplo de dos serpientes que
sin comer y encerradas en una botella
cinco años.
Magasin universel. *Traducido por* M. G.

a iglesia del Vaso de agua.

che del año de 1815, volvia á su casa mui
el cura de san Pedro, pueblo de España
á algunas leguas de Sevilla, y lo estaba
do con impaciencia su ama la señora Mar-
mujer de unos setenta años de edad. A
e la general pobreza de los Españoles, no
a dejar de admirar la suma escasez con que
buen clérigo, que se vislumbraba al traves
y limpieza de la habitacion. La señora
ita tenia ya preparada la cena del cura,
componia de un plato de olla podrida, he-
las sobras de la comida, aunque bien sa-
s y disimuladas.
o que el cura entró, aspiró el perfume del
, y dijo:
endito sea Dios, Margarita! qué grato me
or de este guisado! ya se me hace agua la
r gustarlo. — No hai remedio, camarada,
. que rezar su rosario en hacimiento de
, por haber hallado en casa de su huésped
alado manjar.
ir la palabra *huésped*, volvió la cabeza
ita, y vió que un forastero acompañaba al
Descompúsose su semblante al verlo, y no
ultar el enojo que se advirtió en la mirada
ó al extranjero, y luego al cura, quien ba-
jos y dijo en voz baja con la timidez de un
e teme los regaños de su padre:
aya, Margarita, no te disgustes; donde
a que coman dos, no es difícil que haya
s: ciertamente no habrias querido que de-
morir de hambre á un cristiano que hace
s no prueba bocado.
irgen santa! contestó el ama, que cristia-
as parece salteador.... Y se salió de allí
rando entre dientes.
tras esto pasaba, el que acompañaba al
habia quedado en pié é inmóvil en el qui-
a puerta. Era un hombre de alta estatu-
rajoso, cubierto de lodo, y cuyo negro ca-
jos brillantes y larga carabina, no inspira-
verdad el mayor interes.

— Qué, he de irme por fin? preguntó el extranjero.

— Jamas el que entró por mis puertas ha sido despedido, y nunca será mal recibido. Ponga V. á un lado su carabina, recemos el *Bendito*, y vamos á la mesa.

— Nunca me separo de mi carabina, porque como dice aquel proverbio: "Dos amigos hacen uno solo;" y como mi carabina es mi mejor amigo, la tendré á mi lado; pues aunque V. me ha recojido, y me permite que no salga de aquí hasta que quiera, hai personas que pueden obligarme á salir contra mi voluntad, y tal vez sin cabeza.... Pero bebamos y comamos: á la salud de V., señor cura.

Este sacerdote era hombre de buen comer; pero se quedó admirado al ver la voracidad de su compañero, el cual, no contento con soplarse toda la olla podrida, vació la bota del vino, y no dejó ni migaja de un pan que pesaba sus diez libras. Al paso que comia, echaba á su rededor inquietas miradas, y se estremecia al ruido mas mínimo. Habiendo el viento cerrado con fuerza una puerta, echó mano á su carabina, y la preparó, como dispuesto á vender cara su vida; mas como el ruido pasó pronto, se volvió á acomodar en su asiento, y acabó de cenar.

Con la boca llena todavía, dijo al cura: Aun falta que me haga V. el mayor favor; mire V., estoi herido de este muslo, y hace ocho dias que no me curo la herida. Déme algunos trapos viejos, y dejaré de incomodarlo.

— No me causa V. incomodidad ninguna, respondió el cura (á quien su huésped, á pesar de lo alebrestado que se hallaba, habia estado divirtiendo con sus agudezas y jocosidades). Yo soi medio cirujano, y así no tendrá V. que sufrir ni la pesada mano de un barbero, ni que vendarse con trapos sucios; y si no, va V. á verlo.

Diciendo esto, sacó de un ropero un estuche, en el que nada faltaba; y despues de levantarse las mangas de la camisa, se puso á ejercer las funciones de cirujano. La herida del extranjero era profunda, porque la bala con que habia sido herido le habia traspasado el muslo; de manera que necesitaba de valor y fuerzas sobrenaturales para poder andar.

— No ha de poder V. proseguir por hoi su camino, le decia el cura al tiempo que le sondeaba la herida con tanto tino como un médico: pase V. aquí la noche, que con una noche de descanso reparará sus fuerzas, la inflamacion disminuirá, las carnes se deshincharán....

— No puedo, me precisa irme ahora mismo, interrumpió el forastero: ciertas personas están esperándome, y otras me andan buscando; y esto lo dijo dando un suspiro. Ea, ya acabó V. su curacion? Bueno, siento algun alivio, y me parece que estoi tan despejado como si no tuviera herida ninguna. Deme V. una torta de pan, páguese de todo con esa pieza de oro, y adios, hasta otra vista.

El cura rehusó la moneda con desagrado, y dijo:

— No soi hospedero, no vendo mi hospitalidad.

— Pues como V. quiera, repuso el desconocido; dispénseme V. y adios, huésped mio.

Diciendo esto, tomó el forastero la torta que

Margarita le trajo por órden de su amo, aunque con mucho mal humor. De allí á poco desapareció el hombre por entre el follaje de un bosque que circundaba la casa, ó por mejor decir, la cabaña del cura.

Una hora despues se oyó un fuerte baleo, y el forastero volvió á presentarse en la casita cubierto de sangre, herido del pecho, y pálido como un moribundo.

— Tenga V., dijo al cura, presentándole varias monedas de oro; mis hijos.... en la barranca.... junto del rio.... Calló, y entrando una patrulla con los fusiles al hombro, y no hallando resistencia de parte del herido, lo ataron, permitiendo despues que el cura pusiese unas vendas en la nueva herida del infeliz. Pero á pesar de todas las razones que alegó el sacerdote acerca del riesgo que corria un hombre tan gravemente herido, no por eso dejaron de poner á su preso en un carro, y llevárselo.

— Vaya! dijeron los soldados: que muera así, ó que muera colgado, todo es lo mismo: siempre ha de morir el célebre salteador José.

Dió este gracias al cura, haciéndole seña con la cabeza. Despues pidió un vaso de agua, y como el cura tuvo que inclinarse al suelo para ponerle el vaso en la boca, le dijo el moribundo:

— Ya sabe V.... mi encargo.

El cura le contestó con un gesto, dándole á entender que comprendia.

Cuando los soldados se fueron, el buen anciano, no obstante las reflexiones que Margarita le hacia para que no saliese de casa en aquella noche, él no hizo caso; salió, atravesó una parte del monte, se dirijió acia la barranca, y, junto al cadáver de una mujer, muerta sin duda por alguna bala perdida de la patrulla, vió á un niño de pecho, y otro de cuatro años, que tiraba á su madre del brazo para despertarla, porque creia que estaba dormida.

Ya se puede imaginar cuál seria la sorpresa de la buena Margarita cuando vió al cura volver con dos criaturas.

— Santos y santas del cielo! ¿qué quiere V. hacer con esos niños, señor? Apénas tenemos con que vivir mui parcamente, y V. se trae esos niños.... Vaya! tendré que ir á pedir limosna de puerta en puerta para poder sostenernos todos. Y quiénes son estas criaturas? los hijos de un vagamundo, de un salteador.... vaya.... puede ser que ni aun estén bautizados.

El niño de pecho se puso á gritar.

— ¿Y cómo hará V., señor cura, para alimentar á esta criatura? porque no tenemos proporciones suficientes para pagar una nodriza; y así será necesario criarlo con limeta. Y no sabe V. las malas noches que va á hacerme pasar: ya se ve, como que V. no ha de desvelarse! Vírgen santa! si parece que esta criatura no tiene mas que seis meses! Por fortuna tengo en el jarro una poca de leche; voi á calentarla; cómo ha de ser?

Y haciendo á un lado su mal humor, tomó al niño de los brazos del cura, lo mecia, le daba muchos besos, y acercándose á la lumbre, con una mano hacia caricias á la criatura, y con la otra atizaba la hornilla para calentar el jarro de leche.

Luego que el chiquillo satisfizo su hambre, lo acostó, y pronto se durmió. Vamos con el otro. Miéntras que estaba cenando, Margarita lo desnudaba y disponia una especie de colchoncito con el manteo del cura; y el buen señor hacia al ama la relacion del modo cómo habia hallado á los niños, y cómo se los recomendó José.

— Todo está mui bueno, contestó la señora Margarita; pero lo que importa saber es cómo los mantendremos.

El cura tomó el Evangelio, y leyó en alta voz estas palabras:

"Aquel que siquiera haya dado de beber un vaso de agua á uno de estos parvulillos por amor de mí, en verdad os digo, no perderá su recompensa."

— Amen, dijo la señora.

Al dia siguiente mandó el cura enterrar el cuerpo de la mujer que habia encontrado muerta junto á la barranca, y rezó por su intencion las oraciones de los difuntos.

Doce años despues estaba el señor cura, que ya pasaba de los setenta de edad, calentándose afuera de la puerta de su casita. Era en invierno, y habia dos dias que no se habia dejado ver el sol por lo cargado de las nubes. Junto al cura estaba un niño como de unos doce años de edad, leyendo un libro en alta voz, y dirijiendo la vista con cierta envidia de cuando en cuando acia un jovencito de diez y seis años, alto y robusto, que estaba trabajando con actividad en el cultivo de una huertecita dependiente del curato. Margarita, que por su extrema vejez ya no podia leer, estaba escuchando.

En este instante se oyó el ruido de un coche, y el mas pequeño de los dos muchachos exclamó con admiracion: Ai, papá! qué coche tan hermoso!

En efecto, un coche magnífico, que venia de Sevilla, paró á la puerta de la casa del cura, y un paje de rica librea se acercó al anciano, y le pidió un vaso de agua de parte de su amo.

— Cárlos, dijo el cura al niño que estaba leyéndole, vé á dar un vaso de agua á este señor, y añádele un poco de vino, si acaso gusta de tomarlo. Anda pronto.

El señor del coche mandó abrir la portezuela, bajó y se acercó al cura. Tendria como cincuenta años de edad.

— Qué, son sobrinitos de V. estos niños? preguntó al cura.

— No, señor, son mas que sobrinos, respondió este; son hijos mios, hijos adoptivos.

— Cómo así?

— Sí, señor, voi á contar á V. cómo pasó el caso, porque me inspira V. confianza, y ademas, como soi pobre, viejo y falto de experiencia en las cosas del mundo, necesito un consejo prudente para asegurar la suerte de estos muchachitos.

Y le contó la historia que ya se ha leido mas arriba, la cual concluida, le preguntó:

— Y qué me aconseja V. que haga?

— Será menester, respondió el caballero, comprar á cada uno un par de charreteras de capitan del rei; y para que sostengan una decencia correspondiente á su gerarquía, se les dará una pension de cuatro mil ducados.

— Señor, contestó el cura medio enfadado, le pido á V. consejo, no chanzonetas.

— Ademas de eso, prosiguió el caballero, será necesario tambien componer la iglesia parroquial de V., edificándose á su lado una bonita casa cu-

ıl, quedando ambos edificios cerrados con una ermosa verja de fierro. Mire V., aquí traigo en ı cartera trazado el plano de la obra: veamos le gusta á V. A la parroquia pienso titularla: ı *iglesia del Vaso de agua.*

— Qué es esto ?.... qué me quiere V. decir con o ?.... Pero.... sí.... ya recuerdo, aunque vaga- ente: esas facciones, esa voz....

— Lo que quiere decir todo eso es que yo soi D. osé de la Ribera, y que hace doce años me lla- aban José el Salteador. Logré evadirme de la ircel: los tiempos han mudado, y de capitan de ıdrones me he convertido en jefe de faccion. V. é mi huésped, y ha servido de padre á mis hijos. ne vengan, que vengan á abrazar á su padre, a- ıdió extendiendo los brazos acia los jovencitos, ıienes se precipitaron en ellos.

'Y luego que los hubo abrazado, derramando un rrente de lágrimas, alargó la mano al cura, y le jo: Vaya, padre mio, ¿ qué, no se encargará V. ; la iglesia del Vaso de agua ?

El cura se volvió acia la vieja Margarita, y su- amente conmovido, dijo:

" Aquel que siquiera haya dado de beber un va- ı de agua á uno de estos parvulillos por amor de á, en verdad os digo, no perderá su recompensa."

Courrier des Etats-Unis. Traducido por J. C.

POESIA MEJICANA.

LA ORACION DEL JUSTO EN LA MUERTE.

Oui, j'espère, Seigneur, en ta magnificence:
Partout à pleines mains prodiguant l'existence,
Tu n'auras pas borné le nombre de mes jours
A ces jours d'ici bas, si troublés et si courts.
Lamartine.

Llegó ya la severa
Hora, en que de mi cuerpo desprendido,
El espíritu espera
Que aquel por quien ha sido
Le llame al juicio recto, tan temido.

Ai justo Dios !.... ya siento
Salir al alma por mi débil boca....
Ya me falta el aliento !....
Y mi fuerza es tan poca,
Que á ti mi mente y no mi voz invoca.

Abre, Señor, tu seno;
Ese tu seno por mi bien herido:
Y de bondades lleno,
Abre, yo te lo pido,
Los brazos que á la muerte has extendido.

Lo dispuso tu ciencia,
Y mi última hora, Padre, ya ha llegado:
Recuerda tu clemencia:
Tenga puerto sagrado
La alma cuya salud tanto ha costado.

Ingrato, es cierto, he sido:
Olvidé tu favor y maravillas;
Pero ya arrepentido
Me has visto, y las sencillas
Lágrimas descender por mis mejillas.

Confirma, oh Padre amado !
La voz que dice al seno comprimido
Que he sido perdonado,
Y en mi oracion oido,
Y que en tu amor mi llanto has confundido.

¿ No eres tú el que dejando
El trono y las grandezas celestiales,
Y la forma tomando
De míseros mortales
Padeciera por ellos tantos males ?

¿ De quién, Señor, ha sido
La sangre que lavó nuestros pecados ? . . .
¿ Quién tiene prometido
Bienes no imaginados
A los que vivan á tu lei ligados ? ....

¿ Y cuyo, oh Padre ! fuera
El santo amor que imaginó el portento,
Que á todo un Dios hiciera,
En sacrificio incruento,
Nuestro sosten, y vida, y alimento ?

Padeciste por mí
Cuando perverso fuera tu enemigo:
¿ Podré esperar en ti
Ahora que te bendigo,
Y tu lei santa con firmeza sigo ?

Si del cielo me han hecho
Indigno mi tibieza y mi pecado,
Con sangre de tu pecho
Mi impureza has lavado,
Y con tu muerte el cielo conquistado.

En mi auxilio presento,
Señor, tus oraciones y obediencia,
Tu humildad, sufrimiento,
Tu llanto, tu clemencia,
Tus méritos en fin .... mios por herencia!

Herencia sacrosanta,
Que clavado en un leño me dejaste,
Cuando en angustia tanta,
A aquel me encomendaste
Que tu divino espíritu entregaste.

Ven, oh Padre ! y la boca
Que suspira la muerte, á aquella herida
De tu pecho la toca;
Y de mí desprendida
Nazca en él mi alma á la perpetua vida.

Ah ! .... La dulce esperanza
Bulle en mi corazon .... Ya pienso verte !....
Mi espíritu se lanza
Para siempre á poseerte ....
Para siempre !.... gran Dios !.... Ven muer-
te, muerte !

Noviembre 9 de 1840.

M. Gutierrez.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Escritura. El orígen de este precioso arte es del todo desconocido, y tan antiguo que parece lo mas razonable suponer que fué uno de los conocimientos con que el mismo Dios enriqueció al padre del linaje humano. Los Egipcios, que querian atribuirse la invencion de todas las artes, suponian que la escritura nació entre ellos, y que fué inventada por Thot; pero es de creer que este no hizo mas que perfeccionar los geroglíficos que pintaban los objetos, primer medio empleado para representar las ideas, y que se fué abandonando luego que se conocieron las letras ó caracteres alfabéticos. No es posible fijar la época en que estos fueron inventados; y entre los pueblos que se disputaron la gloria de esta invencion, parece que solo puede atribuirse á los Asirios, ó bien á los Egipcios, de los que pasó á los Griegos, y de estos á los Romanos. Unos y otros escribian en un principio sobre las hojas y cortezas de ciertos árbales: luego se sirvieron de unas tablitas enceradas, y tambien de pieles de animales, &c. Los Orientales comunmente escriben de derecha á izquierda; los Chinos de arriba abajo, y todos los demas como nosotros, de izquierda á derecha, cuyo uso parece que introdujo Pronápides, maestro de Homero. Los antiguos escribian las palabras seguidas y sin dejar entre ellas ningun espacio ó blanco; pero por los años 630 se principió á separarlas unas de otras.

Escuadra ó cartabon. Este instrumento fué inventado por Pitágoras, aunque tambien se atribuye su invencion á Tales de Mileto.

Escuadron. Se atribuye á Cárlos V el sistema de dividir la caballería en escuadrones.

Escudo ó adarga. Arma defensiva que se dice fué inventada por Acristo, rei de Argos.

Escudo de armas. Creese que su orígen viene de los torneos, que comenzaron en el siglo X en Alemania, en los que los caballeros llevaban pintados sobre sus escudos y cascos un leon, un sol, estrellas ú otra divisa, para ser distinguidos por sus damas, y se hacian apellidar caballeros del sol, del águila, &c. Despues se emplearon figuras que representaban dignidad, cargos honoríficos, sucesos memorables y acciones ilustres mas útiles á la patria, por lo que en el dia los escudos de armas son signos de honor y de nobleza, concedidos por los soberanos en recompensa de alguna hazaña militar ó de algun servicio importante hecho al estado.

Escuelas. Desde la mas remota antigüedad hubo escuelas públicas en la Persia y en la Grecia: las de Aténas eran célebres, y se enseñaba en ellas á leer y escribir, despues la gramática, la poesía y la música. Homero era leido con veneracion; y Alcibiádes dió una bofetada á un maestro de escuela, porque no tenia entre sus libros los de aquel gran poeta. En Roma habia escuelas para niños y niñas: enseñóse en un principio la gramática, la lengua griega, despues la latina y la retórica. A los Griegos, que daban casi todos estos estudios, quisieron unirse posteriormente otros compatriotas suyos para enseñar la filosofía; pero les hicieron mucha guerra los magistrados, y sobre todo el severo Caton, queriendo que los Romanos prefiriesen la gloria de obrar bien á la de ser elocuentes.

Escuelas pias. El fundador de esta piadosa congregacion fué san José de Calasanz, el cual desde niño se dedicó á instruir á los de su edad en los deberes de la religion. Siendo ya sacerdote, pasó á Roma, en donde siguió ocupándose en enseñar á los niños las primeras letras y la doctrina cristiana; y algunos eclesiásticos de conocida piedad se juntaron con él para ayudarle en tan útiles tareas. Al cabo de algunos años, el papa Paulo V, persuadido de la utilidad de este instituto, le erijió en congregacion en 1617, bajo el nombre de *Congregacion paulina.* Estos eclesiásticos no hacian entónces mas que votos simples; pero en 1621 el papa Gregorio XV les permitió el hacer votos solemnes, y les dió el nombre de clérigos regulares de las Escuelas pias.

Escultura. Su orígen se remonta á la mas distante antigüedad. Los Egipcios se vanagloriaban de haberla descubierto: los Griegos atribuian su invencion al padre de Dibutada, alfarero de Sicyone, el cual, prendado de la obra de su hija (Véase *Dibujo*), que habia delineado en la pared la sombra de su amante, imaginó el rellenar de arcilla aquellos contornos, por cuyo medio hizo una figura de perfil, la que coció en el horno, dando de este modo la primera idea de la *escultura.* Pero sea de esto lo que se quiera, es mui dificil señalar la época y el lugar en que tuvo orígen este arte, cuya invencion tampoco puede atribuirse á un pueblo solo.

Esfera. Se atribuye la invencion de la *esfera* á Anaximandro, discípulo de Tales de Maleto; aunque tambien se da este honor al célebre Arquímedes.

Espada. Su nombre se deriva de la voz griega *spatha*, y su inventor parece que fué Belo, primer rei de Asiria.

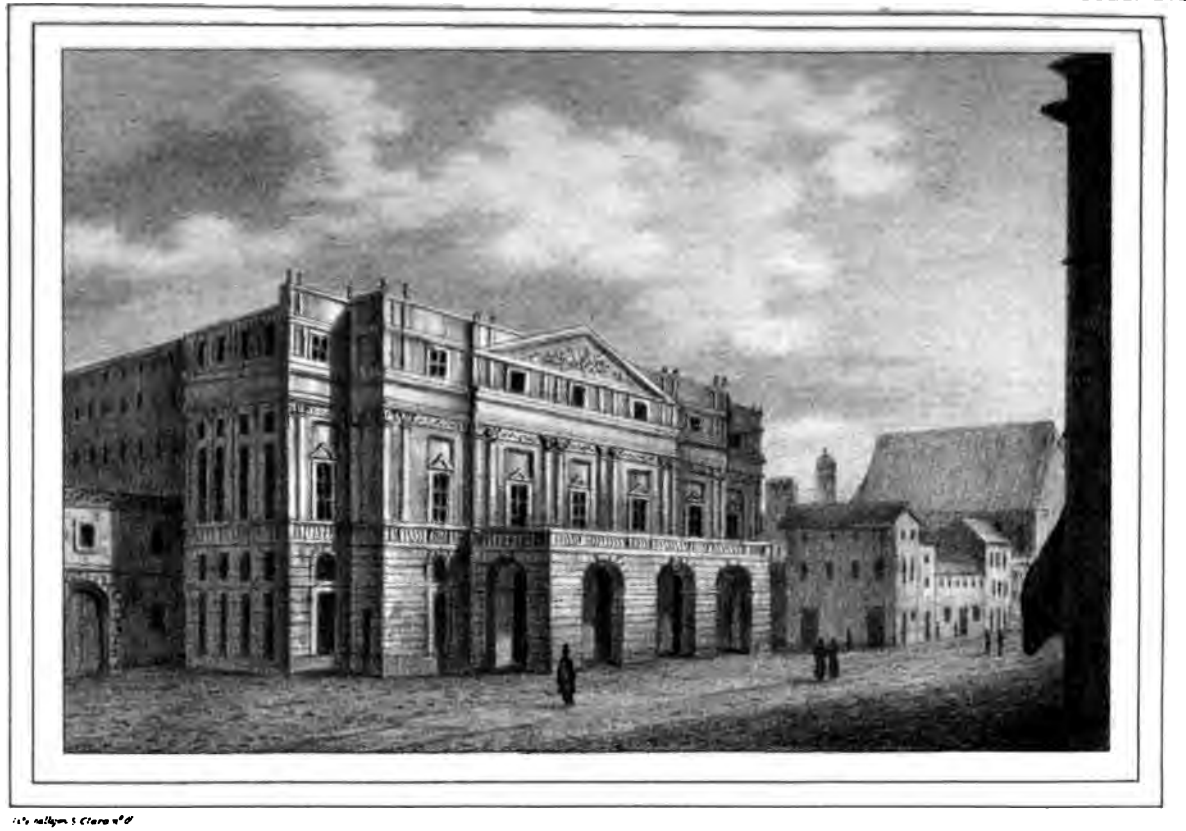
Espada (Orden militar de la). Gustavo I de Suecia instituyó esta órden en 1522, y Federico I la restableció en 1748.

Esparto. Segun el testimonio de varios autores, los antiguos fabricaban cuerdas, cestos y otras cosas con el *esparto*, que tanto abunda en España. Sin embargo, estaba reservado para nuestros dias, segun dice Bowles, la invencion de curar el esparto, hilarlo como el lino y cáñamo, y hacer de él telas mui finas y primorosas. El inventor de este nuevo arte (que parece era español) halló favorable acojida en el señor D. Cárlos III, quien le concedió muchos privilegios, y le hizo suministrar una gran suma de dinero para establecer sus fábricas.

Espejo. Los pueblos de la antigüedad generalmente usaron *espejos* metálicos de un brillante pulimento para reflejar los objetos, cuya invencion se atribuye al primer Esculapio. Los *espejos* de cristal azogado parece que fueron inventados por los venecianos en el siglo XIII.

Espiral. Se atribuye al célebre Arquímedes la invencion de esta línea curva.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.



Lith. nella Lith. S. Clara n° 8

TEATRO DE LA SCALA.

(en Milan.)

ıtro de la Escala en Milan.

ro de *la Scala* es el mayor de toda Italia, del mundo entero; ha sido edificado en el ıaraje en que ántes estaba la iglesia de *laria della Scala*, cuyo nombre ha conser- El célebre arquitecto Piermarini trazó los de este teatro, que se estreno en 1778.

chada se compone de un soportal con cin- , arriba de los cuales hai un órden de co- de órden compuesto, que sostienen un áti- fronton, cuyo bajo relieve representa á la ntentando retardar la partida de Apolo.

se por dos puertas grandes que hai en el ɔ interior, en cuyo medio están las tres en- el patio; á ambos lados hai escaleras es- ı para los palcos, y en el vestíbulo hai va- s que sirven de cafés, y cuerpos de guar- iendo ademas otras dos salidas para los ı algun accidente.

tio es vasto y de forma elíptica; segun la ıliana, solo una parte de él tiene asientos; or hai seis hileras de palcos; los tres pi- riores se componen de treinta y nueve, y ı tres solo de treinta y seis: la entrada y el palco imperial ocupan el espacio de ɔos.

de cada palco hai un saloncito, de que ıacer uso los espectadores para refrescar ɔsar; cosa que no existe casi en ningun o- o de Europa.

ɔscenio está adornado de un bello órden . Esta parte del edificio es casi la única terior de los teatros de Italia que admite on arquitectónica, porque no hai galerías atros que pudieran variar la monotonía ridad de la serie de palcos superpuestos. ɔ eso, á pesar de no haber barandales ni y á pesar del corto número de asientos e el patio, pueden caber en el teatro de la 3200 espectadores: sus dimensiones son o gigantescas; la longitud del edificio no 169 brazas milanesas (310 piés), y su an- de 64 brazas (117 piés). Esta sala, nífica en otro tiempo, fué pintada en 1807 ɔlebre decorador Perego; y desde esta é- solo se le tenia en el mas completo aban- ıo que aun hacia ya nueve años que esta- ı la limpiarian ó no, cuando habiéndose tierra el techo en 1832, repusieron el edi- ıpletamente.

ɣasin pittoresque. *Traducido por* M. G.

MEMORIAS

DE

ı AHORCADO,

Y

ɔUERDOS DE UN EMPALADO.

El ahorcado resucita.
Lafontaine.

Los picaros de los turcos me clavaron es un asador.
Rabelais.

rá posible, caballero, que sea V. uno de esos audaces bandidos sicilianos de quienes he oido contar tan entretenidas historias de robos y asesinatos, y cuya vida aventurera inspiró tantos grandiosos pensamientos á Salvator Rosa?

— Sí, repuso mi acompañante, yo fuí en mis tiempos uno de esos valientes sicilianos, un jovial y atrevido bandolero que limpiaba á un hombre los bolsillos en mitad de un camino real, tan hábilmente como puede un raterillo frances escamotar una miserable bolsa en la feria de una aldea.

Dichas estas palabras, bajó la cabeza y lanzó un profundo suspiro.

— Paréceme, le dije con muestras del mas vivo interes, que debe V. echar mui de ménos aquella agradable vida.

— Pues no la he de echar de ménos, caballero? Vivir de otra suerte no es vivir. Nada iguala en la tierra á un digno habitante de las montañas. Figúrese V. un jóven á los diez y ocho años, vestido de una casaca verde con botones de oro, los cabellos elegantemente trenzados y sujetos con una ligera redecilla encarnada, una rica faja de seda en la cintura, de la que penden sus pistolas, un ancho sable que le arrastra expidiendo un sonido formidable, una carabina brillante como el oro sobre el hombro derecho, y á su lado un cuchillo damasquino de encorvada empuñadura: figúrese V., repito, un jóven bandido armado de esta manera, apostado en la cima de una roca, desafiando el abismo que se abre bajo sus plantas, siempre cantando y batiéndose con soldados y pasajeros; ora haciendo alianza con el papa, ora con el emperador, rescatando al extranjero como á un esclavo, bebiendo alegremente los mejores vinos de nuestra hermosa Italia, siendo la delicia de las tabernas y de las buenas mozas, y siempre seguro de morir en un patíbulo ó en un lecho de gran señor. Vea V. aquí la deliciosa existencia que he perdido!

— Perdido!.... Paréceme sin embargo que no ha de haber sido cosa fácil prenderle á V., y que si se ha retirado de esa buena vida, será porque habrá querido hacerlo.

— Eso es mui fácil de decir, replicó el bandido; pero si le hubieran á V. ahorcado como á mí.

— Ahorcado! á V.!

— Sí señor; ahorcado, ni mas ni ménos, y quién lo habia de decir? por un exceso de devocion. Estaba yo escondido en uno de aquellos impenetrables desfiladeros de Terracina, cuando se levantó una noche la luna tan brillante y pura, que me acordé de que hacia ya mucho tiempo que no habia yo ofrecido el diezmo de mi botin á la Madona. Era justamente aquel dia el de la fiesta de la Vírgen, dia de júbilo y de devocion para toda la Italia. Yo solo no habia ofrecido en aquel solemne dia mis fervientes oraciones á la madre de Dios, y al punto resolví cumplir aquel deber de todo buen cristiano: bajé al valle en alas de la mas viva impaciencia, admirando el brillante reflejo de las estrellas en el ancho lago, y llegué á Terracina cuando estaba toda la ciudad espléndidamente iluminada: era la noche tan clara cual si brillara el sol en mitad del firmamento. Ocupado exclusivamente en mi devocion á la santa Madona, atravesé la muchedumbre de los lugareños italianos que tomaban en las puertas de sus casas y chozas la fresca brisa de la noche, sin pensar en que todos tenian entretanto fijos los ojos en mí. Llegué á los dinteles de la iglesia; solo

estaba abierta una de las compuertas; en la otra se veia extendido un gran cartel; en él estaban escritas las señas de mi persona y la talla ofrecida por mi cabeza. Entró en la iglesia, una hermosa iglesia italiana, con sus arcos festoneados, su rico pavimento de mosaico, su aérea cúpula, su altar de mármol blanco, sus perfumes, y los últimos sonidos del órgano, despertando los mas profundos ecos de la torre. La santa imágen de la Madona estaba coronada de flores; prosternéme á sus piés con profunda contricion, y la ofrecí su parte de mi botin; una cruz de diamantes que habia brillado algun dia en la garganta morena de una jóven siciliana, y un cofrecillo ingles de un trabajo primoroso. Pareció satisfecha la Vírgen de mi homenaje, y me puso en pié lleno de paz y seguridad para volver á mis montañas, cuando al salir por la puerta de la capilla me echaron la garra unos cuantos esbirros, y me metieron en un calabozo, de donde no podia escaparme, porque ni habia por allí casada ó doncella que me pusiese en libertad, ni tenia oro con que sobornar al carcelero.

— Y le ahorcaron á V.?

— Me ahorcaron al dia siguiente. No quiso la justicia que se extendiese la noticia de mi prision, y pocas horas bastaron para levantar un cadalso y hallar un verdugo. Fueron pues á buscarme mui de madrugada, sacáronme de mi calabozo, y en la última reja me hallé una cáfila de penitentes italianos, blancos y negros, grises, calzados y descalzos, todos con un cirio encendido en la mano, cubierta la cabeza de un *sambenito* que no dejaba ver mas que un agujero redondo, á manera de ojo en mitad de la cara; parecian otras tantas fantasmas. Delante de mí, cuatro sacerdotes murmurando entre dientes el oficio de difuntos, me precedian al lugar del suplicio, llevando en sus hombros un atahud. Llegamos por fin á la horca, levantada sobre una airosa colina; multitud de blancas mayas formaban una alfombra de flores á sus piés; alzábanse á su espalda las montañas, teatro de mis proezas, y á pocos pasos delante abria su inmensa boca un precipicio, en el que se derrumbaba con sordo bramido un rápido torrente, cuyos húmedos vapores llegaban hasta mí; en rededor del patíbulo todo era perfumes y claridad. Adelantéme impávido y sereno hasta el pié de la escala de madera; pero echando entónces una postrera ojeada sobre mi atahud y midiéndole con los ojos: Esa caja no es bastante grande para contener todo mi cuerpo, exclamé, y por Dios que no he de dejarme ahorcar si no traen otra que me venga ajustada. Esto dije con aire tan resuelto, que el jefe de los esbirros, llegándose á mí: — Seguramente, hijo mio de mi alma, me respondió, que tendriáis razon para quejaros si ese atahud hubiera de conteneros todo entero; pero como sois mui conocido por vuestras hazañas en toda la comarca, hemos decidido, apénas hayais dado vuestra alma á Dios, cortaros la cabeza y clavarla en la picota mas alta de la ciudad. Ya veis por consiguiente que no os faltará espacio en ese atahud.

Estas razones me convencieron; subí la escalera, y en un abrir y cerrar de ojos llegué á lo alto de la horca. Era tan admirable el espectáculo que se ofrecia á mi vista desde aquella altura, cuanto novicio el verdugo, por lo que tuve tiempo para echar una postrera ojeada sobre la muchedumbre que se apiñaba en derredor de mí. Algunos mancebos temblaban de furor, algunas muchachas lloraban lágrima viva; otras por el contrario, se alegraban sin rebozo: en medio del gentio vi á un bandolero, como yo, cuyas miradas me prometian venganza. Paseábame yo en tanto sobre la viga transversal de la horca, encima del precipicio. — Vas á matarte, me gritó el verdugo desde abajo; espera, que allá voi yo. Llegó en fin; pero estaba de todo punto mareado; sus piernas temblaban como dos mimbres, y no era extraño.... aquella cascada á sus piés!.... aquel sol esplendente sobre su cabeza!.... En fin, me ciñó la cuerda al pescuezo, me empujó acia el abismo, quiso apoyar su inmunda planta sobre mis hombros; pero estos hombros son fuertes y robustos; ningun pié humano puede hacer huella en ellos. Los piés de mi verdugo se resbalaron; terrible fué el choque de su cuerpo contra el mio!.... Al principio se asió con ambas manos á un palo de la horca; luego fué cediendo lentamente una de aquellas manos crispadas, amarillas.... y un momento despues cayó con sordo estruendo en el abismo. Las aguas arrebataron su cadáver.

Esto me dijo el bandido. Aquella horca, ceñida de flores y de verdura, aquella escena de muerte referida con tanto desenfado, me interesaba en sumo grado, porque jamas habia podido imaginarme que llegase á ser la horca un agradable asunto de alegres memorias, porque nunca habia visto teñida la muerte de tan risueños colores. Al contrario, no parece sino que todos los que han beneficiado esta mina, tan fecunda en sensaciones, han procurado á porfía ensangrentar mas y mas la escena, como si en nuestra vida social no fuese la pena de muerte una accion vulgar, una especie de multa que todos pueden pagar, una multa al nivel de todas las haciendas. Así la consideraba el bandido italiano; sabia que la horca era el contra de su profesion, y su alma era demasiado justa para lamentarse de ello. Quise pues saber qué habia sido de su vida despues de este suceso, y él prosiguió sin hacerse rogar:

— Me acuerdo como si fuera ahora de la mas mínima sensacion que experimenté entónces, me dijo, y á fé que no se me daria un bledo de tener que volver á las andadas de aquí á una hora. Apénas caí de la horca con la cuerda al pescuezo, sentí un vivísimo dolor en la garganta, pero nada mas; el aire llegaba á mis pulmones lentamente; pero en tal disposicion, que la mas pequeña parte de aquel aire bienhechor me volvia á la vida; ademas, ligeramente mecido en medio de la atmósfera, la respiraba por todos los poros de mi cuerpo. Más diré; me acuerdo de que no carecia de encanto para mí aquel suave meneo. Veia yo los objetos como al trasluz de un velo de gasa; un hondo silencio fatigaba mis oidos; yo pensaba en algo, pero no sé en qué; solo una vez sé que se me vino á la memoria el dinero que habia ganado el dia ántes á mi compañero Gregorio. De pronto me faltó el aire, nada vi, dejé de sentirme columpiado .... ya estaba muerto.

— Con todo, le dije, aun anda V. por estos mundos de Dios, y á fe mia que le doi por ello el mas cordial parabien.

— Lo debo á un gran milagro, me respondió gravemente el bandido. Muerto estaba hacia ya

, cuando cortó la cuerda mi compañero, s volví en mí, encontraron mis ojos s miradas de una mujer que, inclinada rostro, me volvia la vida y el alma; u- mas pura y mas enérgica. Aquella mu- una voz italiana, una gracia italiana, perfecciones de una doncella italiana. un momento que salia del sepulcro, y que en de Rafael me recibia en sus brazos. , señor, mi historia de bandolero: he pro- la jóven María volverme, si puedo, hom- ien, y espero lograrlo por amor de ella, y ndamento, pues ya, sin ir mas léjos, ten- s difícil de obtener para llegar á ser hom- ado — entre ustedes — un frac limpio y rero nuevo.

dias despues, hallándome en una socie- migos en la casa de campo del baron de nté la historia de mi ahorcado.

itoria produjo poco efecto, porque real- era verdadera y creible mas que en bo- ndido italiano; en la mia no pasaba de ento asaz inverosímil.

por mi parte, dijo despues de un breve si- eneral uno de los circunstantes, no tengo iente en creer que haya sido ahorcado e- o, así como yo he sido empalado.

esto decia era un venerable musulman ellemente reclinado en un ancho sofá, despues de haberse pasado varias veces por la hermosa y poblada barba blanca ia sobre él pecho:

oado sea el profeta Mahoma, que me ha netrar una vez en mi vida en el harem eza!

de punto en esto la atencion, y todos u- ente rogaron al musulman que refiriese ia. Hízolo él en estos términos:

nombre es Hasan; mi padre era rico, y . Como buen turco, no he tenido en mi que una pasion, la pasion de las mujeres: ademas era delicadísimo en esta mate- vano recorria yo en mis buques los mas mercados del Oriente; apénas hallaba en os una mujer bastante hermosa para mí. a diá en que no me hiciesen ver nuevas mujeres negras como el ébano, mujeres como el marfil; pero cada vez estaba yo contento de mi suerte, y nunca podia re- á pagar el coste de una buena yegua por r que no fuese completamente á mi gus- cia sin embargo por instantes mi impa- una noche en que llegó esta á su mas o de exasperacion, me decidí á penetrar em del palacio imperial.

no trataba de ocultarme, y escalé las ta- errallo, cual si no hubiera tenido á su ser- ultan genízaros ni eunucos, nadie reparó Penetré afortunadamente los tres impe- circuitos que defienden el sagrado ha- énas empezó á rayar el dia, eché una mirada á aquel inviolable santuario. ué mi sorpresa cuando al blanco y pálido r del primer sol, pude conocer que las del sucesor de Mahoma se parecian á to- ue habia yo visto hasta entónces. Mi i- on desengañada no podia dar crédito á a- ste realidad, y ya empezaba á arrepentir- me de mi tentativa, cuando se echaron de repente sobre mí los centinelas del palacio.

Si se descubria mi temeridad, era evidente que debian pagarla al punto mi cabeza y las de aquellas desgraciadas mujeres á quienes sorprendí durante su sueño: resolvióse pues que no se hablaria de aquel suceso á su alteza, y esto no obstante, sacado con sigilo de aquel formidable recinto, fuí conducido al suplicio á que me habia hecho acreedor mi loca osadía.

Acaso no sepan VV., señores, qué cosa es el *palo*. Llámase así un instrumento agudo, colocado en la cima de nuestros edificios, y que se parece no poco á esos pararayos que han inventado los Europeos, como para desafiar al destino á cada instante. Tratábase de ponerme á caballo sobre aquel palo, y para hacerme conservar mejor el equilibrio, me ataron á cada pié dos balas de cañon. El primer dolor fué atroz: la punta de hierro iba clavándose lentamente en mi cuerpo, y el sol del segundo dia, cuyos punzantes rayos se desplomaban sobre las brillantes cúpulas de Constantinopla, seguramente no me hubiera hallado vivo á la hora de las doce, si no se me hubieran soltado por fortuna las balas de ambos piés: cayeron con estrépito, y como no era ya entónces, merced á esta feliz circunstancia, tan insoportable mi tormento, empezé á esperar que no moriria. Hermosa es la mar de Constantinopla; aquella mar es una inmensa llanura blanca, salpicada de pequeñas islas cubiertas de verdura, y surcada en todas direcciones por los buques de Europa. Desde la altura en que yo me hallaba comprendí que Constantinopla era la reina de las ciudades. Estaba yo á la sazon como un águila encima de ella; veia á mis piés sus brillantes mezquitas, sus palacios bizantinos, sus pensiles suspendidos en los aires, sus vastos cementerios, tranquilo refugio de los bebedores de aguamiel, é invocaba en mi gratitud al dios de los creyentes. Llegaron sin duda mis súplicas á los oidos del Todopoderoso, porque un sacerdote cristiano me libertó, poniendo á grave riesgo su propia vida; llevóme á su cabaña, y sus caritativos y eficaces socorros me volvieron pronto la salud. Apénas me hallé enteramente restablecido, volví á mi palacio, donde todos mis esclavos se prosternaron á mis piés: compré al siguiente dia las primeras mujeres que se me presentaron; llené de tabaco mi larga pipa de ámbar, la empapé en agua rosada, y si pensé alguna vez en los nudos de su alteza y en su cruel suplicio, fué solo para tener presente en la memoria que es preciso comprar las mujeres como ellas son, y sobre todo, para recordar con orgullo que Dios es Dios, que Mahoma es su profeta, y que Stamboul es la perla del Oriente.

J. Janin. *Traducido por* E. de O.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Espíritu santo. Bajo este título se han insti-

tituido varias órdenes en distintas ocasiones. En 1195, Guillermo Guido, conde de Montpeller, fundó la órden del Espíritu santo, con el objeto de socorrer á los peregrinos que regresaban de la cruzada; y el papa Inocencio III la instituyó tambien en Roma con el hospital del mismo nombre. En 1579 creó Enrique III de Francia otra órden con la misma denominacion, en memoria del dia de Pentecostes, en el cual habia nacido, fué elejido rei de Polonia, y subió al trono de Francia. Ademas han existido otras órdenes del mismo nombre.

Espuela de oro (Orden de la). Fué instituida por Pio IV en 1559, para que los caballeros hicieran la guardia en su palacio. Su divisa es una cruz de oro con ocho brazos, esmaltada de rojo, de la que pende una espuela de oro.

Espuelas. Las conocieron los antiguos, aunque no hai pruebas de ello en los monumentos. En otro tiempo era señal de distincion. En la edad media la caballería turca las usaba de un pié de largo para espolear á los caballos en las ancas.

Estampado. El arte de estampar varios dibujos sobre las telas es mui antiguo, pues segun Herodoto, los pueblos de las cercanías del mar Caspio imprimian en sus telas dibujos de animales y flores, cuyos colores eran tan permanentes que duraban tanto como la lana de que se hacian los vestidos. La primera fábrica de telas de algodon pintadas ó estampadas que se vió en Europa fué establecida en Inglaterra.

Estampilla. Se dice que D. Juan II de Portugal introdujo en 1486 el firmar con estampilla ó sello, por hallarse enfermo.

Estanislao (Orden de san). Esta órden militar fué instituida en 1765 por Estanislao Poniatowski, rei de Polonia, la cual renovó en 1815 el emperador de Rusia Alejandro I.

Estatuas. Las primeras que se levantaron fueron en honor de los dioses, despues en el de los héroes; y en Roma fueron tantas las de los particulares, que los censores P. Cornelio Escipion y M. Popilio hicieron quitarlas en el año 596 de la república, bastando para el ornato público las alzadas por los decretos del pueblo y del senado.

Estéban (Orden de san). Con esta denominacion fueron creadas dos órdenes militares, una en 1560 por Cosme de Médicis, primer gran duque de Toscana, y es una de las mas distinguidas de Italia, y la otra en Hungría en tiempos mui remotos, la cual fué restablecida en 1740.

Esteras. Su invencion es mui antigua, y parece indudable que tuvo orígen en el Oriente. Los antiguos anacoretas se ejercitaban en hacer esteras, y algunos se cubrian con ellas. Los Orientales las usan aun para dormir y para sentarse encima.

Estereotipia. Método de imprimir con caracteres fijos, inventado por Didot y d'Herhan, por el cual se hacen muchas impresiones de una misma obra sin necesidad de componer ni correjir de nuevo, resultando así mas correctas y mas baratas. Hoi se funde cada página por separado, lo cual aumenta la economía. Otros dicen que el primer autor de esta invencion fué un platero de Edimburgo, que la hizo en 1739; mas los Franceses dan este honor á un compatriota suyo, y sostienen que en 1735 usaba ya este método el impresor Valleyre.

Estrella del Norte ó polar (Orden de la). Esta órden militar fué creada en 1748 por Federico I, rei de Suecia: su distintivo es una estrella pendiente de una banda negra.

Estrenas ó aguinaldos. La costumbre de hacer regalos el dia de año nuevo tuvo orígen el año séptimo de la fundacion de Roma, por el presente que Rómulo hizo á Tacio, rei de los Sabinos, de algunos ramos cortados en un bosque consagrado á la diosa *Strenua.* Desde entónces los Romanos se obsequiaban mutuamente el primer dia del año, regalándose frutas ú otros objetos; y esta costumbre pasó despues á los Griegos y á otros pueblos.

Estribos. Los Griegos y los primeros Romanos ponian piedras de distancia en distancia en los caminos para montar á caballo. Hasta el tiempo de Teodosio las sillas de los Romanos no eran á propósito para llevar estribos. El emperador Mauricio, que vivió á fines del siglo sexto, hace mencion de ellos en un tratado del arte militar. La forma de los estribos ha sido varia, y los ha ha habido hasta con iluminacion para de noche. Amurato II, emperador de los Turcos, murió en 1480 á la violencia, segun se dice, de un veneno tan sutil que traspasó sus botas desde un estribo anchísimo en que le habian puesto.

Estufas. Los Romanos tenian dos clases de estufas; una consistia en hornos subterráneos, que por medio de unos conductos comunicaban el calor á las habitaciones; y la otra en estufas portátiles para colocarlas donde se queria. Sin embargo, es de presumir que las estufas, cuyo uso es tan comun en los climas frios, deben su orígen á los habitantes del Norte. En 1686, M. Dalesme imaginó una nueva estufa, en la que una corriente de aire bien dirijida forzaba al humo á descender al brasero y á convertirse allí en llama. Posteriormente M. Vicente de Montpetit inventó acia el año 1770 una estufa hidráulica mui económica y saludable: luego se han discurrido otras diversas especies de estufas.

Eudiómetro. Instrumento para conocer la cantidad de gas oxígeno que hai en el aire, inventado en el siglo XVII por Cayetano Fontana. Despues han ideado y perfeccionado otros instrumentos de esta clase M. Reboul, Volta, &c.

Fantasmacopa. Máquina de óptica inventada en Lóndres en 1808 por Walkers.

Fantasmagoría. El inventor de la fantasmagoría ó arte de representar fantasmas por medio de una ilusion óptica, fué Robertson, que en 1796 empezó á causar la mayor admiracion con tan singular y sorprendente espectáculo.

Faro. Torre sobre la cual se enciende fuego de noche para que sirva de señal ó de guia á las embarcaciones. Su nombre viene de la isla de Faro, en la cual Tolomeo Filadelfo hizo construir una.

Farol. Se atribuye su invencion á Alfredo el Grande, que reinaba en Inglaterra á fines del siglo IX, en cuya época no conocian los Ingleses otro modo de medir el tiempo que con velas encendidas de ciertas dimensiones. Este soberano dividia las 24 horas del dia en tres partes iguales; una para los ejercicios de piedad; la otra para el sueño, la lectura y la recreacion; y la tercera para las atenciones de su reino. Para esto se servia de seis velas, que alumbraban cada una cuatro horas; mas siendo inexacta esta medida, porque

ıire las hacia arder sin igualdad, imaginó el ɜer una especie de linterna ó farol de cuerno ɜsparente para colocar la vela.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

Votos y juramentos andaluzes.

En el barrio del Purchel,
detras de la calle Ancha,
está la del Santo Cristo
como en lo antiguo llamaban.
Es calle de poco paso,
y parece que olvidada
está entre las otras calles
que la circuyen y abrazan.
Porque en tanto silencioso
el tiempo por ella pasa,
las otras han adquirido
con mil aventuras fama.
Ha habido en ellas festines,
y música, y algazara,
pendencias de todas clases
y nocturnas serenatas:
Encuentros maravillosos
donde con pocas palabras,
se han terciado los estoques
con sombreros y navajas;
Donde ha habido guitarrazos
y canciones extremadas,
y donde alguno ha perdido
sin jugar lo que llevaba.
Y en tanto que la del Cristo
está muda y solitaria,
escuchando desde léjos
el rumor de sus hermanas,
Un tesoro de hermosura
allá en su silencio guarda,
que el majo Lúcas Moreno
sabe bien dónde se halla.
Allí vió por vez primera
entre las sombras á Clara,
que es hija de Estéban Siérpes,
mejor dicho, Estéban Calma.
Allí fué donde al abrigo
de su cigarro y su manta
pasó las horas penando
un amor sin esperanza;
Donde le inspiró canciones
su ardiente amorosa llama,
que en son de queja entonó
al compas de su guitarra,
Y donde por fin su prenda,
vencida de pruebas tantas,
se dejó ver una noche
en la entreabierta ventana.

— Prenda mia.... (dijo Lúcas
al ver á su linda Clara),
¿por qué quieren esos soles
tener á oscuras mi alma?
¿Por qué me jases pená
elante de esa ventana,
pasando en claro las noches
miéntras tú estás sosegaa?
¿No escuchastes las playeras
que te cantaron mis ansias,
cantares que son mas tristes
que toa la semana santa?
— Señó Lúcas, sí escuché,
y cuando escuchando estaba,
sin poderlo remediá,
se me saltaron las lágrimas.
— Qué dice usté, resalaa!
y fué mi cantá la causa?
— Sí señó.
— Bendita seas
que así mis amores pagas.
— Cállese usté, señó Lúcas,
que no está á mucha distancia
mi padre, y pudiera ser
que escuchara esas palabras.
— Naa me importa que lo sepa,
y el barrio tambien, mi alma.
— A mí sí, porque no gusta
de amores por la ventana,
y sus gustos hace buenos
con el poder de la tranca.
— Ai Jesú! ¡probe infelis
si á hasor tal cosa yegara!
— Qué hiciera usté?
— Con los ojos
le partiera las entrañas.
— A mi padre?
— Y es verdá,
entónses.... lo perdonara.
— Es de véras?
— Sí, mi vida,
porque ya no me acordaba
que tu padre es un sagrao
para el que tanto te ama.
— Pues júrelo usté con prenda.
— Pues no basta mi palabra?
— No señó, que quien se olvía
tan presto del que me guarda,
no es mucho que no se acuerde
lo que promete á quien ama.
— Bien dicho! toma este laso
que aquí en mi chambergo campa,
y de respeto y amores
sirva de prenda, mi Clara.
Mas no quisiera, mi reina,
que subiera á tu ventana
sin que otra prenda tus manos
á las mias arrojaran.
— Y cuál le puedo yo dar?
— Cualesquiera.
— Vaya en grasia.
Y diciendo esto la niña,
buscó entre las verdes ramas
de las flores que crecian
delante de su ventana,
una prenda que pudiera
gustar al que la esperaba.
En tanto Lúcas Moreno
preludiando en su guitarra,
con mucho garbo un jaleo
de aquellos buenos de Málaga,
mas que nunca enamorado
de aquella flor solitaria,
con dulce voz entonó
una tiernísima caña.
Al viento dió sus cantares
con tan armónica pausa,
con tan lánguidos acentos
y débiles consonancias,
que arrebató el corazon

de la que el canto escuchaba,
obligándola á decir
de amores cautiva el alma:
— Bien cantao, mi señor:
toma esta prenda y repara,
es una flor con espinas
que punsa á quien mal la agarra.
— Ai mis ojos! yo sabré
sin que me pinche tomarla,
y en lugar de aqueste laso
poner á tu rosa blanca.
— Cuide usté no lleve el viento
sus hojas y esas palabras.
— Primero se yevará
mi persona en cuerpo y alma
que á sus hojas, y que mienta
en lo que digo, mi Clara.
— Sí lo espero del que sabe
entoná con tanta grasia:
y adios ya por esta noche,
que se acerca la mañana.
— Adios, mi gloria y mi vida,
ya se cumplió mi esperansa,
dando fin á mis temores;
adios, gloria de las majas;
aquí tendrás por las noches
á Lúcas y á su guitarra,
que entonarán maraviyas
debajo de tu ventana.
Dijo, y la calle adelante
con direccion á la playa
siguió el galan, rasgueando
unas boleras robadas;
y cuando ya sus acentos
perdidos por la distancia
ya lánguidos, armoniosos
escasamente sonaban,
se mostró por el oriente
rica de luz la mañana.

—

Una noche, y dos y mas,
el majo Lúcas volvió,
y á la hermosa enamoró
con las coplas que cantó
de su guitarra al compas.
Y allí estaba hasta la aurora;
desde la sombra hasta el dia
pasar las horas solia,
y sus votos repetia
á su maja encantadora.
Y ella mostrando galana
sus hechizos seductores,
escuchaba sus amores
fantástica entre las flores
de su arabesca ventana.
Y así en amorosa vela
disfrutaban de otro sueño,
mágico, dulce, halagüeño,
de la vida el mas risueño,
sin pesares ni cautela:
Todo era amor y armonía,
y sentimiento y ternura:
en la noche quieta, oscura,
suspiraba la hermosura,
y el galan de amor moria.
Y si alzaba su cantar,
lo arrullaba el manso viento,
de su boca el dulce acento,
y el sonoro movimiento
de las olas de la mar.
Y la emblemática flor
que en el sombrero llevaba,
en prueba de fe mostraba,
y en ella despues juraba
á su maja eterno amor.
Y otra flor quiso despues,
y Clara se la arrojó,
y á pedir otra volvió,
y Clara se la negó,
porque no quiso dar tres.
Y queriendo en su porfía
tercera flor alcanzar,
pensó hasta arriba trepar,
y aquella flor arrancar,
y tambien su lozanía.
Hai quien dice no subió,
y otros diz, que aunque villana
diligencia, no fué vana,
pues subió hasta la ventana,
y dicen que la alcanzó.
Pero el tiempo fué perder
contando esta travesura,
que en vano el vulgo murmura,
porque era la noche oscura,
y nadie lo pudo ver.
Solo es cierto que el galan
que tanto en su amor soñaba
y por Clara deliraba,
con el tiempo que pasaba
se fué calmando su afan.
Y al fin, de ventura escasa,
ella su amante perdió,
y la flor se marchitó,
y aquel amor se pasó,
que todo en el mundo pasa.

—

Está la calle sombría,
solitaria y sin rumor;
no se escucha del cantor
la dulcísima armonía.
Nada en torno de ella suena;
no turba el son amoroso
el fantástico reposo
de aquella noche serena.
Ni el viento como ántes zumba,
porque ora débil suspira;
ni la mar inquieta gira,
ni en las arenas se tumba.
Que al soplo del manso ambiente
sus flotantes aguas riza,
y allá en la playa desliza
sus ondas lánguidamente.
¡Cómo esperar que esta calle
quedase de amores muda,
que si es la misma se duda,
ó acaso un desierto valle!
Solamente en su ventana
Clara entre flores está,
meditando en lo que va
desde un ayer á un mañana.
Recuerda, y alcanza á ver
se marchitaron sus flores,
y volaron sus amores
para acaso no volver.

Y aquel proceder impío
le arranca abundante lloro,
de ricas perlas tesoro,
de aquellas flores rocío;
Y exhala tan dulce aroma
la misteriosa ventana,
cuando en vez de la mañana
por ella Clara se asoma,
Que confunde los olores
su imágen de amores muda,
de tal modo que se duda
si es su aliento ó son las flores.
Allí al acabarse el dia
un recuerdo la llevaba,
y siempre por él tornaba
cuando la noche volvia.
Y solo ardientes suspiros
eran allí su consuelo;
suspiros que el aura al cielo
llevó en invisibles giros.
Mas pudo á tanto llegar
lo que Clara suspiró,
que su padre la escuchó
en silencio sollozar;
Y dizque dejando el lecho,
se acercó á saber su pena,
con la mirada serena,
y con temor en el pecho.

—

Qué tienes tú, Clara mia?
(le pregunta Estéban Siérpes)
¿por qué estás á la ventana
y con ese sonsonete?
Qué demonios te ha pasao?
cuéntamelo, aquí me tienes.
—Padre mio.... no era naa,
estoi tomando el ambiente,
que fresco desde la mar
asia esta ventana viene.
—Y esas lágrimas, Clariya?
—Estas lágrimas?.... á veses
sin saber por qué ni cómo
se me hasen los ojos fuentes.
—¿Y los suspiros que dabas
son tambien de los do á veses?
—Sí señó.
—¿Y esa carita
que de vigilia parese,
á veses así la pones
lo mesmo que ahora la tienes?
—Sí señó.
—Sabes qué digo?
—Qué, padre mio?
—Que mientes.
—No señó.
—Digo que sí,
y malos mengues me yeven
á la rastra de un buchí
si me has dicho lo que sientes.
—Sí, padre.
—Sobre que no....
yo diré por dónde viene
el viento que así te pone....
y permita Dios no yegue
á mis piños el manró,
si no asierto lo que tienes.
—No quiera el sielo, señó
que usté mis penas asierte....
ni me pida usté tampoco
que yo misma se las cuente.
—Sobre que yo bien desia
no era aquello lo que sientes,
ni que esas lágrimas eran
tampoco de las de á veses.
Tú en la ventana al serene
con achaque del ambiente,
tú yorando y suspirando
en tanto tu padre duerme....
Vamos claros, dí, muchacha,
lo que te aflije y te duele;
suelta sin miedo la muí,
y no sigas en tus trese,
porque ya sabes que soi
tu padre, y me yaman Siérpes.
—¿Y si despues que lo diga
de saberlo se arrepiente?
—Arrepentirme! y por qué?
—Porque es mi pena de suerte
que alcansa á nosotros dos;
y así, padre, no se empeñe
en saber secretos mios....
—Muchacha! pues aunque fuesen
los secretos mas ocultos
de toa la cristiana gente.
—No quiera usté que los diga.
—Sí quiero, y erre que erre.
—Por Dios, padre.
—No hai remedio.
—Y si os pesa?
—Que me pese.
—Y si luego....
—Vamos presto,
que ya la sangre me yerve.
—Pues entónses sepa usté....
y aquí Clara suspiró,
y á su padre refirió
de sus cuitas el por qué.
Y despues siguió llorando
de angustia y dolores llena,
y al ver su estremada pena
dijo Estéban murmurando:
—Tiene rason la muchacha,
y pues que yora, lo siente.
Es menesté que su padre
la perdone y la remedie.
Vete, Clara, á descansar,
porque el dia andando viene,
y yo te pondré mañana
donde mas flores no entregues.
Y despues que quedó solo,
puesta la mano en la frente,
dijo, con muestras de enojo
y con acento solemne:
—Yo haré te vuelva la flor
ese chaval insolente,
y si no, que se prepare
y la fila se encomiende,
porque he de perder mi nombre
si no le pinto un javeque.

—

Apaga su lumbre el sol
en el lejano horizonte,
y las nieblas á su luz
se despliegan é interponen:

Gime el viento, y de las olas
el igual sonante choque,
son los ecos que acompañan
allá en la playa la noche.
Recatado, silencioso,
discurre por ella un hombre,
y cuya planta se duda
si acaso en la arena pone,
Porque cruza tan veloz,
rasgando las sombras dobles,
que se ignora si es el viento,
ó si es un hombre que corre.
Al verle pasar, dijeron
las viejas supersticiones,
si era un trasgo ó si eran dos
que giraban uniformes;
O algun fantástico ser
de los que no tienen nombre,
que llevaba algun mensage
tampoco se sabe á dónde.
Pero es miedo lo que lleva,
porque le sigue otro hombre
que hace tiempo le persigue,
y su objeto se le esconde.
Andaba errando por plazas
y torcidos callejones,
y siempre su incierta ruta
iba siguiendo aquel hombre.
Pero ya están en la playa,
y sin trabas que lo estorben;
el remedio de su espanto
el primero en sus piés pone.
Mas el segundo corrió
al ver que el primero corre,
y ya cerca dice: "Lúcas,"
y ambos quedaron inmobles.
— Qué se ofrece?
— Dos palabras.
— Pues á desirlas mui presto.
— Me conose usté, compare?
— Conoserlo? no por sierto;
y no se arrime usté tanto,
porque si no.... nos veremos.
— Pues asérquese usté aquí.
— Asercarme yo? no quiero,
que tiene usté mala cara.
— Pues entónses yo me aserco.
— Jesucristo! no se arrime
sin resar un padre nuestro.
— Un padre nuestro, y por qué?
— Porque yo soi mui tremendo
si le llego á echar á alguno
de verás los sinco deos.
— Sabe usté lo que le digo?
— Qué es lo que dise?
— Que pienso
está uste, si no me engaño,
pirrándose de canguelo.
— Yo canguelo? no señó:
¿quiére usté ver al momento
como yamo con mi arrojo
hasta en las puertas del sielo?
¿quiere usté ver como arranco
de los mares los simientos,
y luego con ellos corro
mas velos que el mismo viento?
Ai compare! usté no sabe
cómo lás gasta Moreno.
— Usté no sabe cuál es
de Estéban Siérpes el genio?
— Madre mia! ¿Será usté
Estéban Siérpes!
— El mesmo,
dijo Estéban, acercándose
al arrogante mancebo.
— No me toque usté á la ropa,
porque mi ropa es de fuego.
— No es á la ropa, compare,
donde tocarle yo quiero.
Usté conose á mi Clara?
— Sí señor, y qué tenemos?
— Usté la entonó cantares?
— Sí señor, y de los buenos.
— Y usté rondó por mi caye?
— Sí señor, si bien recuerdo.
— ¿Y por qué dejó la ronda,
sus cantos y sus requiebros?
— Porque me puse mui ronco
de estar de noche al sereno.
— Y usté conose este laso?
— Este laso? Dios eterno!
— No sabe usté de quién es?
— Sí señor, de mi sombrero.
— No entiende usté lo que pide?
— Yo!.... no señó, no lo entiendo
— Pues yo se lo explicaré
sin andar con mas rodeos.
Está pidiendo se cumplan
unos cuantos juramentos
que una noche á una mujer
en la ventana se hisieron.
Está pidiendo una flor
que un hombre sin fe y sin freno,
en otra noche arrancó
á fuersa de amantes ruegos.
La mujer es hija mia,
el hombre es Lúcas Moreno,
y si el último no cumple
sus votos y juramentos,
que encomiende su alma á Dios
y se cuente entre los muertos.
Calló Estéban, y siguió
á sus voces el silencio.
Lúcas Moreno vacila
entre el temor y el deseo:
ignora qué responder;
pero al mirar lo resuelto
que Estéban busca el bolsillo
y saca de él.... un pañuelo,
pensando que era otra cosa
dió un salto acia atras diciendo:
—Eh! compare! no hai por qu
yo me caso, no hai remedio;
venga esa mano de amigos
y envaine V. ese asero.
Pues no quiero que se diga
de Lúcas en ningun tiempo,
que desoyó las rasones
de Estéban Siérpes su suegro.
— Así le quiero yo á usté
y así acaba nuestro pleito.
Vámonos asia mi casa,
y sírvale á usté de ejemplo
que el hombre debe cumplir
sus votos y juramentos.

T. Rodriguez Rubí

ARGEL MODERNO.

e un viajero español, residente en Argel, es- á un compatriota suyo á fines del año 1839.

oo amigo: En 8 de noviembre de 1839, s á la terrible inhospitalaria tierra donde spañoles sufrieron esclavitud; hoi su puer- leno de buques europeos, sus comunicacio- Francia son fáciles y seguras por medio s de vapor, y los buques de guerra fran- eguran la costa y el continente. La ciu- ce una cantera, toda enjalbegada por de s casas están amontonadas unas sobre o- on de una forma exterior parecida á las ildes del mediodía de España.

npo es mui hermoso, siempre verde y ame- rado de blanquísimas casas de recreo, aun o de los Moros; fertilidad á mi ver enga- es en ninguna parte he reconocido pro- a la agricultura, á pesar del mucho esme- eño que han puesto los nuevos colonos ntarla. Cada cual explica este triste fe- á su manera: el que mas sólidas razones s claramente lo explica, es á mi enten- Pellissier en sus Anales argelinos, cuya no es del caso trasladar aquí, porque alar- masiado esta mi carta.

i lo léjos el famoso castillo de Cárlos V, triste de la malograda intrepidez de los es, pues allí colocaron sus baterías, que no sido infructuosas á no haber tambien pe- ntra ellos los elementos. Por el mismo icaron los Franceses en 1830, mas felices ertados; allí murió el hijo del general it, que fué sepultado en el cementerio de ioles.

lles de la ciudad son tan estrechas, os- ortuosas, que un europeo no se puede, sin rmar idea de ellas. Vense llenas de mo- es, beduinos, espahis, kibales, negros y idíos y judías, y de un enjambre de euro- con ellos se confunden, ya por lo sucios, or lo desalmados, pues aquí vienen todos o pueden parar en su pais. De sus va- as han formado un baturrillo, que todos con tal de que el dinero les sirva de io. Aquí vi realizado lo que decia mi co de filosofía, "que no se perdieron to- nguas en la torre de Babel, que quedó enguaje universal el de la accion, cuyo io indispensable es el dinero." Los Mo- den y saben muchas palabras españolas, todo tiempo ha habido aquí esclavos de n. En el dia se cuentan en esta ciu- 5000 españoles, y hasta cerca de 8000 regencia: esto solo demuestra las ven- nos habia de producir la colonizacion te y progresiva de este pais, sin tener de ménos á ninguno de cuantos van, ya se ha dicho ántes, son de los que no ar en su pais.

as son como un conventito cada una, porterías ó esquifas, en donde se dejan as, y hai fuentes para lavarse los piés, ra ancha pero incómoda, un claustro, y las habitaciones sin ventana ninguna á que es mui bueno para evitar el calor. ombre entra en ellas; solo las mujeres se visitan, en cuyo caso suelen estarse un par de dias, y comen y duermen juntas; y en este tiempo el amo de casa no entra á ver á su familia por no ver á la forastera.

Los pisos y aun las paredes están cubiertos de azulejos idénticos á los nuestros; ¿y no lo han de ser si vinieron de Valencia ó de Italia? pero se conservan nuevecitos, porque no sufren el martirio de los clavos y herraduras, que tanto martirizan tambien á las limpias y económicas amas de casa. Zelosías, puertas, aldabas, rejillas, todo tiene un no sé qué de simpático con nuestra tierra; simpatía que he creido hallar en muchas cosas.

Uno de los objetos de primer interes en este pais, son las tiendas moras; estas son pequeñas y sin lujo, pues dicen los moros, que todo el que se pone en una tienda lo ha de pagar el comprador, y cuanto mas lujosa esté la casa, tanto mas cara se venderá la mercancía. No acostumbran á regatear, supongo es porque no mercan las mujeres, y tambien porque muchos moros ricos tienen la tienda mas que por especulacion por entretenimiento, pues en ella reciben á sus amigos, y hablan con muchos á quienes no podrian recibir en su casa. Así no suelen tener mas que mercancías limpias y agradables, como bordados, cordones, gomas, esencias, &c. La de jazmin se vende á 1600 reales vellon la onza; la de almizcle á 500, y la de rosa á 140. Las tiendas francesas, por el contrario, son lujosas por de fuera, pero mui caras por dentro; es indispensable el regatear, y aun así salen todos diciendo, que los mas judíos de todos los judíos de Argel son los cristianos.

Estuve en tiempo de ramadan ó cuaresma, que dura 30 dias, durante los cuales no comen de sol á sol, ni se permite fumar, ni tomar café, ni placer ó diversion de ninguna especie. En este tiempo rezan mucho su trisagio, diciendo 33 veces: "No hai sino un Dios;" 33 "Dios es grande," y 33 "Gracia de Dios." Estos rosarios son parecidos á los nuestros, pero de coral, pasta de ámbar, dientes de pescado, y tal vez de perlas: á moros que no parecian mui ricos los he visto llevar de 60 duros. Cuando bostezan se tapan la boca, como nosotros hacemos la cruz para que no entre el mal espíritu, y cuando estornudan dicen tambien: "Dios te ayude."

Otro de los objetos que llama la atencion del forastero, son los baños, en cuya explicacion no me detendré, porque todo el mundo conoce los baños turcos de vapor. Desde las doce hasta las cinco de la tarde es el tiempo destinado á las mujeres, y desde las seis en adelante el de los hombres.

Las mezquitas en donde ántes, segun el dicho del Profeta, ningun mal creyente podia poner el pié, se pueden visitar hoi dia con mucha facilidad, descalzándose los piés y guardando la debida compostura. Son de varias formas, mas ó ménos ricas, y adornadas con muchos versículos del Alcoran, y celebran sus oficios al anochecer, cuando todo el mundo ha concluido su trabajo. El culto se reduce á cánticos del Alcoran, sin mas ceremonia que la de levantarse, humillarse y besar la tierra por dos veces; lo que imitan todos, y se repite tanto que los tiene en continuo movimiento. Al entrar hai una fuente en donde muchos se lavan los piés ó los brazos, otros la cara,

y algunos beben. La compostura y devocion es general, tanto entre los viejos como entre los jóvenes, que no afectan, como entre nosotros, desprecio de las prácticas religiosas. Hai dos sectas, la alefí que siguen los turcos, y la melequi los moros; pero difiérese mas en la legislacion que en el dogma: así hai en Argel dos jueces ó cadís, uno para cada una, que juzga sus desavenencias, y está en la calle de Bab-el-huet. Las barberías llaman tambien la atencion por su singularidad y por la simpatía que guardan con las nuestras antiguas. Son, como estas, un sitio de recreo y distraccion, tertulia y café, pues con el mismo juego y con los mismos cacharros con que se calienta el agua para hacer la barba, se confecciona el café, y el mismo tiempo que se habia de perder en esperar, se aprovecha para averiguar las noticias, murmurar del prójimo, indagar secretos domésticos, &c. La operacion de afeitar es aun mas cómica que la de Fígaro, y los ejecutores de la misma destreza y buen humor que los nuestros, lo que prueba que son descendientes *pur sang* de la misma raza árabe que los nuestros. Afeitan la cabeza, los brazos, la frente y los sobacos; el paciente parece de goma elástica, y el barbero lo manipula con la misma destreza y descuido que los nuestros.

Antes era permitida la prostitucion, y ahora tan tolerada, que dudo que en ninguna otra parte encuentre un extranjero mas medios ni mas variados de satisfaccion al libertinaje. Las costumbres moras tengo entendido son mui licenciosas, y las mujeres y aun niñas mantienen (segun se me ha asegurado) conversaciones no toleradas en Europa; prueba de ello parece un espectáculo público escandalosísimo, que en tiempo de cuaresma ó ramadan ocupan la noche, que no se puede pasar por ser tiempo santo, en orgias ni festines: llámase *las sombras de Garagus*, y es tan licencioso y brutal que un europeo no puede, á ménos de verlo, formarse exacta idea de él; sin embargo, los niños de doce á catorce años lo frecuentan á sabiendas de su familia, lo que prueba que no lo tienen por malo, pues lo permiten en el santo tiempo de ramadan.

El comercio se reduce enteramente á importacion, y las tiendas de lujo á la francesa son, como se ha dicho, mucho mas caras que en Francia. Los españoles se dedican por lo regular á la agricultura, al comercio de verduras, frutas, cigarros y comestibles. La mayor parte son insulares ó alicantinos, y estos los que cuidan mejor las haciendas, y los que ménos han perdido en las tierras; pero faltos de capitales, de créditos y de reputacion, entran en sus empresas bajo los mas desfavorables auspicios: otro tanto sucede á los mas de los colonos, y esta es una de las causas del atraso de la agricultura en este pais.

De Mahon, Palma, Torrevieja y Alicante llegan continuamente falúchitos con frutas, granos, huevos, aceite, y aun verduras, y un gran número de pasajeros y pasajeras que creen llegar á la isla de Jauja, y tienen que volverse poco tiempo despues quizá peor de lo que fueron, no por culpa del pais, sino porque pensaron ganar dinero sin capital, y tal vez sin trabajar. Sale de Argel cada semana un barco de vapor para Tolon, y cada quince dias uno para Bona y otro para Oran. Si desde Cartagena hubiera uno de comunicacion para este último puerto, serian mucho mas f económicas las comunicaciones con Tolo islas Baleares. Creo que el único obstác se opone son las cuarentenas, que tanto can al comercio y tan poca utilidad repor en dia, habiendo ya en dichos puntos junta nidad, boletas y patentes como en los dem tos de Europa, y nuestros correspondient sules y vice-cónsules. El de Argel reci bien á los españoles, y mira mucho por s reses que le dan harto en que entender, sie neralmente estimado de los nacionales y autoridades de aquel pais. Posee esta ci museo naciente de historia natural y de a dades, con una cátedra de árabe y otra d ces, anejas al colegio: hai una biblioteca con obras modernas, y unos 60 volúmenes critos árabes que contienen como unas 80 originales, algunas de mucha estimacion que solo cuentan pocas hojas; la mayor pa de poesía ó religion. Tienen tambien trata ginales del dei con algunos príncipes cri que no hacen gran favor á estos por los con que ensalzaron á aquel jefe de pirata do uno de los mas originales el de *mui hon ñor*. El mas honroso que vi fué el de un general español, trinitario calzado, para el del hospital de cristianos cautivos.

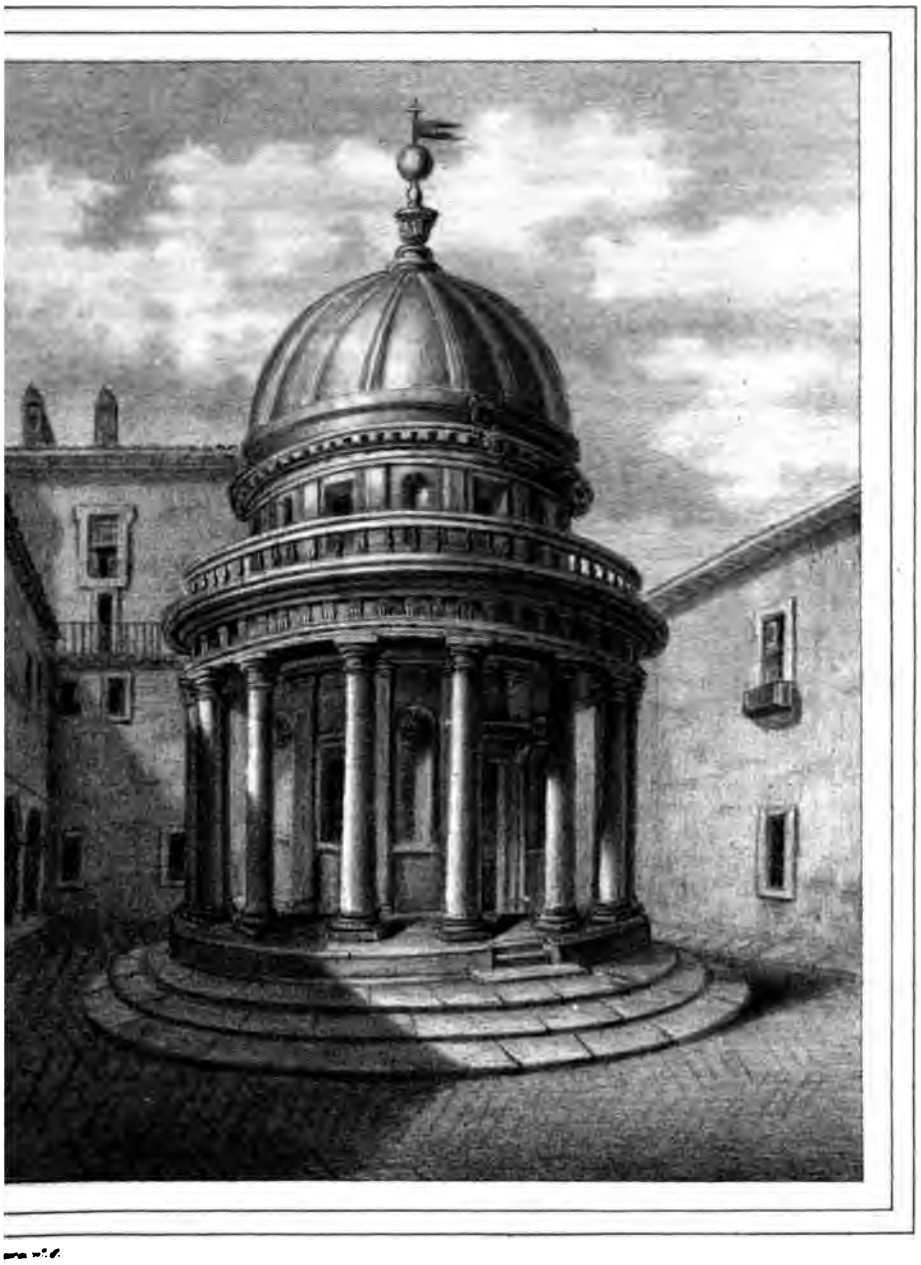
Tal es Argel en el dia, sin hablar de la actuales del muelle y de otras muchas co pueden ser el objeto de otros artículos. quiera enterarse de lo que cuesta á la Fra mantenimiento y defensa, de los diversos de colonizacion, de los trabajos ó proyecto nificacion del llano pantanoso del Espid otros pormenores, puede consultar los Anal regencia de Argel de M. Pelicier, impre 1839, las obras de M. Genty de Bourg, el V nuestro célebre Badía, y otros varios.

C. DE

Bramante.

El hermoso templecillo circular que rep nuestra estampa, debe llamar la atencion por hallarse en medio del claustro de San *in Montorio* en Roma, que es el lugar do martirizado el santo apóstol, como por se las mas graciosas y elegantes obras maes arquitectura, y contada entre las obras m madas de Bramante, uno de los mas dies quitectos del mundo.

Francisco Lázaro Bramante de Urbin en Castel-Durante, territorio de Urbino, e Se aplicó primeramente á la pintura; pe do sus talentos y su gusto mas á propósi la arquitectura, se dedicó á ella, hacie gresos maravillosos. Construyó en Náp convento de la Paz, y adquiriéndose con e gran reputacion, el papa Alejandro VI le su arquitecto. Julio II le dió el emplee pector de sus edificios, y de órden del mis tífice ejecutó el magnífico proyecto de ju Belveder al palacio del Vaticano; obra d admiracion, si no la hubiesen desfigurado versas variaciones ó mudanzas que despue



TEMPLO DE BRAMANTE.

(en Rome.)

ı ella. Bramante hizo determinar á Ju-
ı demoliese la iglesia de san Pedro para
r otra mas magnífica, y que (si ser pudie-
ıbiese una igual en el mundo. Adoptóse
y se empezaron á levantar los cimientos
la nueva basílica en 1506, hasta llegar al
ıiento con una prontitud increible; pero
ecto no tuvo la satisfaccion de ver su o-
ramente ejecutada, pues murió en 1514 á
de setenta años. Aquel edificio fué con-
por diferentes arquitectos, principalmen-
liguel Angel, que reformó el plan ó hizo
gunas variaciones, las cuales contribuye-
ho á la perfeccion de aquel famoso tem-
amante, hombre tan recomendable por
bles prendas personales como por sus ta-
ıntaba al ingenio de la arquitectura un
licado en la música y la poesía. Sus o-
e la arquitectura, la estructura del cuer-
no, y la perspectiva, fueron impresas en
n 1756. Entre los numerosos edificios
célebre artista, fuera del ya mencionado
pio de este artículo, se cuenta el claustro
dres de la Paz en Roma, y la fuente de
ra. Se le censura no obstante el haber
ı, á fin de construir una nueva iglesia de
o, las bellas columnas de la antigua basí-
ıtruido soberbios sepulcros y excelentes
. Llevó á Roma al célebre Rafael de
haciendo con él las veces de padre; pero
icio hecho á las artes apénas puede hacer
su orgulloso vandalismo, cuyo resultado
in fruto para Bramante, pues de sus tra-
ıcipitados en San Pedro, solo quedan ya
: denominados la torre de la media naran-
ıgallo, Perusi y Miguel Aegel han des-
ır su parte lo que habia construido mui á
.

N.

FIN DEL AÑO.

de diciembre del año, entre once y
a noche, el jóven Cárlos de.... tomó una
que tenia pendiente de la cadena de su
con ella abrió una cajita de caoba, de la
ı un libro infolio forrado de tafilete ne-

co inclinada á la melancolía que se ha-
ra alma, por poco aficionado que sea
spíritu á las ideas filosóficas, dificil es
uir un año sin entregarse á sólidas re-
. Si es un año de nuestra juventud, es
. que se desprende de ese collar de ilu-
ıe ensarta nuestra imaginacion. Si un
ıestra edad madura, un nuevo fruto del
ıuestra vida: ó si un año de nuestra ve-
ıcalon que descendemos acia la tumba....
de.... es un jóven como hai muchos, mas
ı se cree, en el mundo en que vivimos.
ına apariencia frívola y ligera oculta un
recto y una razon inalterable, y nunca
r una cosa seria sin examinarla, ni da
in saber bien dónde sienta el pié.
merciantes tienen un gran libro donde
os guarismos de sus negocios, un regis-
tro oficial en el cual se desarrolla su fortuna mercantil sobre una doble columna de pérdidas y utilidades. El libro de Cárlos era mui semejante en la forma, solo que en lugar de su fortuna era su vida la que se hallaba anotada en partida doble sobre aquel registro, en el cual todas las noches escribia el bien ó el mal que habia hecho, lo que habia ganado ó perdido, la felicidad y la desgracia de aquel dia. La mayor parte del tiempo se reducia á una nota igual; porque en la vida ordinaria son raros los sucesos, y la existencia de Cárlos, al abrigo de una modesta fortuna, se pasaba en una tranquila independencia.

El último dia y la última hora del mes de diciembre, estaban próximos á espirar, y Cárlos hizo su balance; sumando pues su diario, queria saber lo que el año le habia producido, ó lo que le habia costado para el presente y para el porvenir. Trataba únicamente de adicionar los dias felices y los dias fatales, marcados cada uno con una señal particular; y nada mas fácil despues que hacer el balance de los sucesos buenos y malos.

Antes de entrar nuestro jóven en los pormenores de esta recapitulacion, hojeó su libro desde la primera hasta la última página, y vió con sorpresa que de los 365 dias de que se compone el año, solo 16 estaban anotados con la señal de un suceso cualquiera. Los demas no habian dejado ningun recuerdo, y su historia se limitaba á estas palabras.

— "Me levanté; me desayuné; me paseé; comí; cené, y me fuí á acostar."

Los teatros, los saraos, las visitas, eran unas variaciones demasiado leves. Y esta monotonía no hai que atribuirla á la vida ociosa que llevaba Cárlos. Las personas ocupadas pasan una vida por lo ménos tan uniforme como la suya. De nueve á tres en el bufete, si son empleados particulares; en el despacho, si son funcionarios públicos; en el tribunal, si son curiales ó magistrados; en la caja ó en la bolsa, si son comerciantes; tal es el empleo regular del tiempo: todos los dias se repiten las mismas ocupaciones, y el mismo guarismo cero se repite en el libro de su vida.

"Así es, decia entre sí tristemente, que no he vivido mas que 16 dias en este año; lo restante del tiempo he vegetado. Si saco la cuenta por horas, encuentro que he empleado tres mil, esto es, la tercera parte del año, en dormir; seiscientas en vestirme; ochocientas en comer: el fastidio ha tenido una parte no pequeña, y la casualidad no ha querido favorecer los momentos que me restaban disponibles. ¿Deberé quejarme, ó me daré por contento?"

Era preciso separar de la balanza cincuenta semanas sin pérdidas ni utilidades, sin accidentes de ninguna especie. De los 16 dias que se habian preservado de esa monotonía, ocho llevaban la señal de la felicidad y otros ocho la de la desgracia. Pero acaso la igualdad de esta particion deberia desaparecer por la importancia mas ó ménos grande de los sucesos.

Dos veces en el año se habia visto en peligro de morir. En el servicio público habia adquirido un ataque pulmonar, yendo de patrulla en una cruda noche de enero, porque así lo exijia la salud del estado. Su caballo se le habia desbocado en otra ocasion, y lo habia arrojado en una zanja profunda. Tambien es cierto que en dos ocasiones se

habia visto en ocasion de hacer fortuna. Le habian propuesto que tomase parte en una especulacion cuyo éxito excedió á todas las esperanzas, y en la que hubiera ganado diez mil duros si hubiera aceptado. Una de sus tias le propuso casarse con una hermosa jóven; habia vacilado algun tiempo, y por fin se decidió por la negativa. Tres meses despues la misma jóven habia adquirido una herencia inesperada que ascendia á algunos millones; pero entónces era indispensable renunciar á tan ventajoso partido, porque los millones aspiraban nada ménos que á una corona ducal.

Un amigo á quien Cárlos sirvió de testigo en un desafío, quedó muerto en el campo. Una mujer á quien amaba le habia hecho traicion. Le habian robado una precissa repeticion, miéntras admiraba un magnífico cuadro en la exposicion de artes. Una comedia que habia tenido la debilidad de componer, sin necesidad, se la habian silbado; tales habian sido sus desgracias durante el año.

Sin embargo, el año habia tenido mui buenos principios. El dia 2 de febrero habia recibido una carta en que le anunciaban la muerte de un pariente remoto suyo, y con ella la herencia de 12,000 pesos que en la particion le habian cabido. Poco despues habia adquirido por dos duros un cuadro de un célebre pintor, que valia mas de 500. Las demas aventuras del año consistian en seis conquistas femeniles de mas ó ménos precio.

Hecha pues la cuenta, se encontró que el balance del año producia una suma igual de utilidades y de pérdidas. La dicha y la desgracia en lo pasado eran iguales, y nada habia ganado ni comprometido para el porvenir.

La balanza estaba igual en ambos lados; pero era preciso quitar del platillo del año finado un año ménos de existencia, y en el platillo del nuevo unas cuantas canas mas; este último hizo inclinar la balanza acia aquel lado, y le dió á conocer *que el año que ménos se pierde, se pierde un año.*

Semanario pintoresco.

DON ILLAN EL MAGICO.

Al que mucho ayudares, y non te lo gradesclere,
Atiende ménos del aun cuando mas oviere.

Señor conde, dijo Patronio, en Santiago avia un dean que avia mui gran voluntad de saber el arte de la nigromancía; e oyó decir que don Illan de Toledo sabia ende mas que ninguno que fuesse en aquella sazon: e por ende vínose para Toledo para aprender de aquella ciencia, y el dia que llegó á Toledo enderezó luego á casa de don Illan, e fallólo que estaba leyendo en una cámara mui apartada, y luego que llegó á él recibiólo mui bien, y díjole que non queria que le dijesse ninguna cosa de lo porque viniera, fasta que uviesse comido: y pensó mui bien del, e fízole dar mui buenas posadas, y todo lo que ovo menester; y dióle á entender que le plazia mucho con él. Y despues que uvieron comido, apartóse con él, y contóle la razon porque allí viniera, y rogólo mucho afincadamente que le mostrasse aquell cia, y que él avia mui gran talante de la der. Y don Illan dijo, que él era dean, bre de gran guisa, y que podria llegar á g tado: y los hombres que tienen gran es que todo lo suyo han librado á su volunta dan mucho aina lo que otri ha fecho por e que él se rezelava, que de quel oviesse ap aquello que él queria saber, que le non fari bien como él prometia. E el dean le pro le asseguró que de cualquier bien que él que nunca faria sino lo que él mandasse, tas fablas estuvieron desde que uvieron y fasta hora de cena. Y desque su pleito fi assossegado entre ellos, dijo don Illan a que aquella ciencia non se podia aprender en lugar mucho apartado; y que luego, e cho, le queria mostrar dónde avian de esta que uviesse aprendido aquello que él que ber. E tomóle por la mano, e levóle á mara, y en apartándose de la otra gente, una manceba de su casa, e díjole que tuvie dizes para que cenassen en essa noche; non las pusesse á assar fasta que él ge l dasse. Y desque esto uvo dicho, llamó e entraron amos por una escalera de pie bien labrada, y fueron descendiendo por el gran pieza, en guisa que parescian tan baj passava el rio Tajo sobre ellos. E desq ron en cabo de la escalera, fallaron una mui buena en una cámara mucho apuesta avia, dó estavan los libros y el estudio en vian de leer. Desque se assentaron esta rando mientes en cuáles libros avian de zar. Estando ellos en esto, entraron do bres por la puerta, y diéronle una carta enviaba el arzobispo su tio, en que le fazi que estava mui mal doliente, y que le en rogar, que si le queria ver vivo, que se fue go para él. Al dean pesó mucho con est vas, lo uno por la dolencia de su tio, lo al zelo que avrian á dejar su estudio tan ain zo sus cartas de respuestas, y enviólas al po su tio. Y dende á quatro dias llegar hombres á pié, que traian otras cartas al d que le fazian saber que el arzobispo era fi que estavan todos los de la iglesia en su el y que fiavan por la merced de Dios, que e en él; y que por esta razon non se quej *presurase*) de ir á la iglesia; y que mejor ra él en que lo esleyesen, seyendo él en o te, que non estando en la iglesia. Y den bo de ocho ó siete dias vinieron dos es mui bien vestidos, y mui bien aparejados, do llegaron á él besáronle la mano, y mo le las cartas, y cómo le avian esleydo p bispo. Y cuando don Illan esto oyó, fué to, y díjole como gradescia mucho á Dio tas buenas nuevas que llegaran á su casa Dios tanto bien le fiziera, que le pedia por que el deanazgo que fincaba vacado que á un su hijo: y el electo le dijo que le que quisiesse consentir que aquel deanaz víese un su hermano; mas que él le faria la iglesia en guissa que él fuesse pagad le rogaba que se fuesse con él á Santiag levase con él aquel su fijo. Y don Illa que lo faria: y fuéronse para Santiago, do allá llegaron fueron bien rescebidos, y

honradamente. Y desque moraron hi un tiempo, un dia llegaron al arzobispo mandaderos del papa con sus cartas, en como le daba el obispado de Tolosa, e que le fazia gracia que pudiesse dar el arzobispado á quien él quisiese. Y cuando don Illan esto oyó, retrayéndole mucho afincadamente lo que con él avia passado, pidiéndole (pidióle) de merced que le diesse á su fijo. Y el arzobispo le rogó que consintiesse que lo uviesse un su tio hermano de su padre; y don Illan dijo, que bien entendia que le fazia gran tuerto; pero que lo consentia en tal que fuesse seguro que ge lo enmendaria adelante: y el arzobispo le prometió en toda guisa que él lo faria; y rogóle que fuesse con él á Tolosa y que levasse á su fijo. Y desque llegaron á Tolosa fueron mui bien rescebidos de condes y de cuantos homes buenos avia en la tierra. Y desque uvieron hi morado fasta dos años, llegáronle mandaderos del papa con sus cartas, en como le fazia el papa cardenal, y que le fazia gracia que diesse el obispado de Tolosa á quien él quisiesse. Y entónces fué á él don Illan, y díjole, que pues que tantas veces le avia fallescido de lo que con él pusiera, que ya aquí non avia lugar de le poner excusa ninguna que le non diesse alguna de aquellas dignidades á su fijo. Y el cardenal rogóle que consintiesse que uviesse aquel obispado un su tio hermano de su madre, que era home bueno anciano; mas que pues él cardenal era, que fuesse con él para la corte, ca assaz averia en qué le fiziesse bien. Y don Illan aquejóse ende mucho; pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuése con él para la corte. Y despues hi llegaron, fueron mui bien rescebidos de los cardenales y de cuantos en la corte eran, y moraron hi mui gran tiempo. Y don Illan afincando cada dia al cardenal que le fiziesse alguna gracia á su fijo, él poniale sus excusas. Y estando así en la corte, finó el papa, y todos los cardenales elejieron aquel cardenal por papa, y estonce fué á él don Illan, y díjole que ya no le podia poner excusa de lo non cumplir lo que le avia prometido. Y el papa dijo que non le afincasse tanto, que siempre avria lugar en que le fiziesse merced segun fuesse razon. E don Illan se comenzó á quejar ende mucho, retrayéndole cuántas cosas le prometiera, e que nunca le avia cumplido ninguna; e diciéndole que aquello rezelara él la primer vegada que con él fablara. E pues aquel estado era llegado, y no le cumplia lo que le prometiera, que ya no le fincava lugar en que atendiesse del bien ninguno. E deste afincamiento se quejó mucho el papa, y comenzóle á maltraer, y diciéndole que si mas le afincasse, que le faria echar en una cárcel; que era herege y encantador, y que bien sabia él que no avia él otra vida nin otro oficio en Toledo, donde él morava, sino vivir por aquella arte de la nigromancía. E desque don Illan vió cuán mal le galardonava el papa lo que él habia fecho, despidióse del, e solamente non le quiso dar el papa que comiesse por el camino. Entónces don Illan dijo al papa que pues él non tenia que comer, que se habia de tornar á las perdizes que mandara traer aquella noche. E llamó la mujer, y díjole que assasse las perdizes; y cuando esto dijo don Illan fallóse el papa en Toledo, dean de Santiago, como lo era cuando hi vino. Y tan grande fué la vergüenza que ovo, que no supo qué le decir, y don Illan díjole que fuesse en buena ventura, que assaz avia probado lo que tenia en él, y que se tuviera por mal aventurado si le uviera dado parte de las perdizes.

El príncipe don Juan Manuel.

Un susto en una posada.

El camino que debian seguir Antonio y José, para pasar á Pau, donde habia escasez de carpinteros, era fácil y directo; mas José persuadió á Antonio á pasar ántes á Arrens á casa de un tio suyo para sacarle algunos reales. Así pues, tuvieron que encaminarse por el lado de los Pirineos. Su viaje fué feliz, aunque engañados á cada paso con la respuesta favorita de los habitantes de aquel pais, quienes, cuando se les pregunta por un pueblo cualquiera de aquella comarca, responden siempre: "Adelantito, señor;" y tan acostumbrados están á no dar mas respuesta que esta, que un dia, preguntando yo á uno de ellos qué hora era, me contestó: "Adelantito, señor." Pero volvamos á nuestros viajeros.

Antes de llegar á Arrens, se acercaron á la primera posada que les deparó la suerte, con el fin de pasar allí la noche, y al llamar á la puerta, José dijo á Antonio en voz baja:

—Por aquí no hai mas que salteadores y facinerosos: quién sabe si allá adentro habrá algunos de ellos.

Antonio se rió al oir las palabras del medroso José; mas dejó de reirse luego que se les abrió la puerta de la posada, y vió que dentro habia una docena de hombres sentados en rededor de una luminaria. Nunca habia visto Antonio hombres de semejante catadura. Eran robustos, no estaban mal vestidos, y calentábanse silenciosamente; pero luego se advertia que al menor ruido que se escuchaba de la parte de afuera, se llenaban de inquietud y sobresalto. Solo de cuando en cuando soltaba alguno de ellos una ú otra palabrita, y se oyó que uno dijo á otro:

—No ha estado malo. Cuántos tú?

—Dos.

—Y en dónde están?

—Enterrados con los otros; ya me entiendes.

Antonio y José se miraron al oir esto, y se pusieron pálidos como unos difuntos. En este momento entraron, sin llamar á la puerta, dos gendarmas, á cuya vista se hicieron los doce hombres una señita maliciosa, y los que llevaban pistolas al cinto las ocultaron á toda prisa. Uno de ellos, que estaba fumando, comenzó á entonar una cancioncilla. Acércaronse á él los gendarmas pidiéndole el pasaporte, y él con mucho desenfado sacó de debajo de la chaqueta un papel mugriento en compañía de un cuchillo de dos tercias de largo, con cuya punta se puso á escarbar su pipa en tanto que uno de los gendarmas leia el pasaporte.

—¿Se llama V. Luis Baldera, y es V. español? preguntó al fumador.

—Pues qué, dice ahí Luis Baldera? contestó este.

—Claro está, pues si V. se llama así.

—Entónces así me llamo, supuesto que ahí lo dice.

—Y es V. comerciante?

—Qué, dice comerciante?

—Sin duda; pero de véras es V. comerciante?

—Pues no ve V. que lo dice la leyenda?

—Y qué anda V. haciendo con ese cuchillo? ¿no sabe V. que está prohibido entrar armado al territorio frances?

—Armado! ¿es decir que en Francia no puede uno tener con qué limpiarse los dientes y rebanar el pan? Vaya, que hasta los alfileres han de prohibir!

Al paso que hacian los gendarmas su inspeccion, miraban mui seguido acia la puerta, de lo cual infirió Antonio que estaban esperando refuerzo para llevarse á aquellos malhechores, y no sabia qué hacer para instruir á los gendarmas de la conversacien tan sospechosa que habia oido; pero Luis Baldera dijo á estos:

—Qué, ya se van tan pronto? pues qué mal modo han visto? quédense á cenar con nosotros.

—Con mucho gusto, respondieron los dos.

—Estos no son gendarmas, dijo Antonio para su capote, sino que sin duda lo son finjidos, y de la misma laya que los otros bribones.

Cenaron en buena paz y compañía; y cuando llegó la hora de retirarse cada cual á su aposento, oyó Antonio que decia Luis Baldera al posadero en voz mui baja:

—Mételos al cuarto.... ya sabes....

—Sí, ya estoi.

—Quiero otro! gritó imprudentemente Antonio.

—Otro qué? preguntó el posadero, que no habia echado de ver que Antonio estaba escuchando.

—Qué ha de ser? dijo Antonio, y continuó en voz casi imperceptible: otro cuar....

—Allá va el otro vaso que quiere, hijo mio, y despachemos pronto, que ya es mui tarde: retírese á su cuarto, y allí le enviaré el vino.

José y Antonio subieron á su aposento por una ruin escalera, cual carneros conducidos al matadero. Observaron que todos los ladrones habian ido saliendo furtivamente, sin llevar velas y sin que nadie los condujese, como era regular. El posadero llevó á José y Antonio á una espaciosa pieza con una cama en un rincon, y despidiéndose de ellos, los dejó solos. Ambos empezaron á temblar como azogados, y temblaron muchísimo mas cuando vieron que el posadero los dejaba encerrados con llave. Ya entónces se tuvieron por muertos, y su primera idea fué la de tratar de evadirse. Mas, oh desgracia! no tenia el cuarto ventana, y el cabo de vela que les habia quedado estaba ya agonizando. No se atrevian ni aun á hablar, y Antonio se sentó á llorar en la cama, en tanto que José, mas confiado en sus fuerzas, andaba buscando casi á tientas un garrote ó cosa semejante; y no encontrando nada, dijo:

—No soi hombre si no ahogo con las manos á uno de esos canallas ántes que me lleguen al cuero.

—Yo, pobre de mí, dijo Antonio, á nadie puedo ahogar, y así me degollarán mui á su sabor.

—Eso no te aflija, repuso José, pues en tal caso yo despacharé dos.

En esta plática estaban cuando se apagó la vela. La oscuridad les hizo ver una cosa que no habian visto ántes, una claraboya por donde se veia la luna. La claraboya estaba á cosa de dos varas y media del suelo: José subió á Antonio en sus hombros, y este se puso á mirar lo qu por allí afuera. Sabe Dios lo que veia; que veia era cosa horrible: sabe Dios lo q pero lo que oia era cosa espantosa, porque blaban muchísimo las piernas, sucedien tanto por concomitancia con las de José, preguntó mui quedo:

—Qué hai por ahí?

—Lo que hai, respondió Antonio, es q malvados están cargando unos sacos mui g donde llevan los cadáveres de los viajeros.

—Los cadáveres! cómo así?

—Sí, ciertamente, porque otros que junto á la pared decian mui quedito: "N en el saco," y Luis, ya sabes cuál, el sinv za que le habló al gendarme, respondió: córtale la cabeza."

Helado se puso el cuerpo de José al oi razones, y de repente oyó pasos en la es Todo su valor echó á volar, y los dos se ac en la cama, finjiendo que estaban dormidos tró el posadero en el cuarto, con una lint la mano, y acompañado de Luis Balder decia á aquel:

—Crees que sean capaces de delatarno

—Bah! respondió el huésped, son unos carpinteros que van para Arrens.

Oh Dios! qué noche para José y Antoni cerraron el ojo en toda ella. Cuando vie primeros rayos del sol intentaron salir del y hallando la puerta abierta, bajaron preci mente, y pusieron piés en polvorosa; posadero, viendo esto, los llamó gritando:

—Ea, ea! mis amigos! ¿qué, se salen gar la posada?

—No, contestó Antonio; solo querian mar un poco de aire: cuánto debemos?

—Tres reales de la cena y dos de la ca nueve reales.

—Aquí los tiene V., dijo Antonio.

Y como estaba tan turbado, sacó la b que llevaba unos cuantos escudos de oro, y so imprudentemente á la vista del huéspe abriendo tanto ojo, no pudo ménos de exc

—Cáspita! qué lindos escudos de oro!

—Cómo escudos de oro? no, no son de lo parecen; pero....

—Pues qué, son falsos?

—Falsos? no por cierto, no.... pero.... tenga V. sus doce reales, y adios.

—Mil gracias, y pasarlo bien.

Echaron á andar, y habiendo encontrad campesino, supieron por él que habian e camino, y se hallaban á seis leguas de Tomaron un guia, y al anochecer llegaron del tio de José. Despues de los saludos zos de costumbre, iba este á contar su a cuando lo primero que vió fué á Luis Bald sentado en un rincon, estaba fumando su p todo sosiego. Al verse ambos, quedaro sorprendidos. El tio hizo sentar al sobrin só con Luis á otra pieza. Arriesgáronse caminantes á espiar por la puerta, que sol ba entornada, y su espanto llegó al colmo reconoció Antonio los sacos de cadávere sin duda á dar voces; mas impidiólo Pedr con su enorme cuchillo una tremenda esto en uno de los sacos, y por la herida salió u ro.... de café en grano. Tomó unos cuan

tio, los examinó, y merecieron su aproba-
Lo mismo y mas encarnizadamente se ma-
Luis con otro saco, el cual produjo azúcar;
uedaba aun otro ensangrentado, y señalados
los miembros de un hombre. Acercóse Luis,
el saco, y con efecto, sacó de él un cuerpo
o....
s salteadores eran unos contrabandistas, y el
re asesinado un enorme y suculento puerco.

Le Lutin. Traducido por M. G.

LA MADRUGADA.

Necio y digno de mil quejas
el que ronca sin decoro
cuando el sol con rayo de oro
da en las domésticas tejas.
¿ Puede haber cosa mas bella
que de la arrugada cama
saltar, y en la fresca grama
del campo estampar la huella ?
Campo digo, porque pierde
la mañana su sonrisa
en no habiendo agreste brisa,
mucho azul y mucho verde.
No hai que gozarla en ciudad :
en todo horizonte urbano
se estaciona de antemano
triste pavorosidad.
Luego veo tanto edificio
alto, serio.... angustia dan :
el alba, el sol allí están
como sacados de quicio.
No : yo he de andar á mis anchas
una campiña florida,
por ver del alba querida
la faz vírgen y sin manchas:
Verla en oriente lucir
diáfana, rosada, bella,
como una casta doncella
que enamora al sonreir.
Yo no sé cómo hai cabeza
tan interesada y fria
que no ame, al rayar el dia,
la hermosa naturaleza.
Vedla rejuvenecerse :
vedla rodar con el rio,
brillar pura en el rocio,
con los árboles mecerse,
Arrastrada en el reptil,
fiera y alzada en el bruto,
dulce en el colgado fruto,
risueña en la flor gentil.
Oh Dios ! allá en mis niñezes,
ántes de brotarme el bozo,
¡ con qué sencillo alborozo
vine á ver esto mil vezes !
Ya una errante mariposa
con su matiz me atraia ;
ya olvidado me ponia
á contemplar una rosa.
Siempre alegre ; ya se ve,
nunca entónces cavilaba,
ni mis cejas arrugaba
algun triste no sé qué.
Despues como entré en mas años,
y como vi una hermosura,
tuve por triste locura
ver sol, montes y rebaños.
Qué ingrato fuí ! Pero bien
se vengó naturaleza.
Aquella ingrata belleza
olvidóme con desden.
Vertí un mar de llanto : el alma
no se me hallaba sin ella :
al fin una amiga estrella
dolióse, y me puso en calma.
Oh ! qué dolor tan agudo
es olvidar !.... Pero al cabo,
rotos los grillos de esclavo,
curóme el médico mudo ;
El tiempo, el tiempo veloz,
que tiñe nuestras cabezas
de blanco, y tantas bellezas
deja sin luz y sin voz.
De entónces acá me place
ver la escena matutina
segunda vez ; medicina
celestial que me rehace.
Con todo, mis cicatrices
se ensangrientan, y suspiro
á donde quiera que miro
dos amadores felices ;
Y aun con ménos ocasion.
Si oigo el susurro altanero
de dos palmas, en lo interno
se me angustia el corazon.
Si en un ramo miro á solas
dos aves cantar querellas ;
si relucir dos estrellas ;
si rodar dos mansas olas ;
Si dos nubes enlazarse
y por el aire perderse ;
si dos sendas una hacerse ;
si dos montes contemplarse ;
Me paro, y con ansiedad
recuerdo que á nadie adoro :
miro tanto enlace, y lloro
mi continua soledad.

J. Jacinto Milanes.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Feloplástica. Es el arte de trabajar el corcho, cuya sustancia empleaban los Romanos casi en los mismos usos que nosotros. Augusto Rosa inventó en Roma el arte de imitar los monumentos antiguos por medio del corcho.

Fernando (Orden de san). Fernando IV, rei de Nápoles, instituyó esta órden en memoria del restablecimiento de la tranquilidad de sus estados. En España fué creada la real y militar órden de san Fernando en 1811 por las cortes, y Fernando VII aprobó su último reglamento en

1815. La cruz es de oro para los generales y oficiales, y de plata para los demas militares.

Fidelidad (Orden de la). Esta órden militar, una de las mas distinguidas de Dinamarca, fué instituida en 1672 por el rei Cristiano VI. Con igual denominacion creó otra órden militar Cárlos Guillermo de Baden en 1715, y fué renovada en 1803.

Física. Esta ciencia nació entre los bracmanes, los magos y los sacerdotes egipcios, de los cuales pasó á los Griegos, y de estos á Italia, desde donde se difundió por toda Europa. El primer físico griego fué Táles; despues se enseñó esta ciencia en las escuelas de Pitágoras, Platon, Aristóteles y sus sucesores. Hoi es la parte mas cultivada de la filosofía, y cada dia se multiplican los conocimientos en la historia natural, y en la física experimental. Esta última ha hecho de pocos años á esta parte infinitos descubrimientos de la mas alta importancia, tales como la fluidez de los cuerpos, el orígen de las fuentes, las propiedades de la luz, la formacion física de los meteoros ácueos, las causas del hielo, el frio, &c.

Fisionotracio. Instrumento con el cual se calca en un momento un retrato al natural. Los primeros que publicaron esta especie de retratos fueron Quenedey y Chretien en 1788.

Flauta. Este instrumento de música parece que fué conocido desde la mayor antigüedad en la Fenicia y en el Asia superior, de donde pasó á la Frigia y al Asia menor. En 1806 inventó M. Laurent unas flautas de cristal de excelentes propiedades.

Flecha. La invencion del arco y las flechas se atribuye á los Filisteos.

Flores artificiales. El arte de hacer flores de mano es mui antiguo, pues, segun Plinio, las damas de Roma y de Aténas solian usar este adorno en sus cabezas. Parece que los Chinos trabajaban ya antiguamente las flores artificiales; y algunos suponen que esto arte pasó de ellos á los Italianos, y de estos á los demas eurepeos. Un suizo inventó los moldes ó hierros para cortar las flores. Se dice que la célebre salamanquina doña Cecilia Morillas, que nació en 1593, inventó en España las flores de mano; pero es de inferir que esta señora no hizo mas que introducirlas en la Península, ó bien llevarlas á mayor grado de perfeccion.

Flota. Las flotas mas antiguas fueron las fenicias, que dominaron largo tiempo el Mediterráneo y pasaron al Océano por el estrecho de Gibraltar el año 1250 ántes de J. C. 600 años despues, los Egipcios, bajo el reinado de Bocchoris, crearon una marina, y en el reinado siguiente crearon una flota que dió vuelta al Africa y entró en el Egipto por el Mediterráneo, pasando el mismo estrecho. En el combate naval de Accio, la flota de Octavio se componia de 260 bajeles, y la de Marco Antonio de 220. La flota enviada por el emperador Leon I, llamado el Grande por sus aduladores, para conquistar el Africa, se componia de todos los bajeles de Oriente, y conducia 100,000 hombres. En los tiempos modernos la flota mas formidable fué la preparada durante tres años por Felipe II para destronar á Isabel, reina de Inglaterra, la cual se componia de 130 bajeles armados con 1,630 cañones y 20,000 soldados, ademas del equipaje, que era de 8,000 hombres.

Fortepiano. Este instrumento fué inventado acia el año 1760 por Mr. Silberman en Freyher en Sajonia, de donde pasó esta invencion á Inglaterra, y allí se construyeron los primeros fortepianos que se vendieron en Francia.

Fósforo. Un químico de Hamburgo llamado Brandt, habiendo imaginado poder hallar la piedra filosofal en la orina, trabajó muchos años inútilmente sobre este líquido; y en 1669, despues de haber destilado una gran porcion de orines, encontró en el recipiente una materia luminosa, fácil de inflamar, á la que luego se llamó *fósforo.* Brandt la manifestó á muchas personas, y en particular al químico Kunckel, ocultando su preparacion; pero este, despues de la muerte de Brandt, averiguó con poco trabajo el secreto del fósforo. Sin embargo, este descubrimiento estuvo oculto, hasta que en 1737 un aleman comunicó el secreto á la Academia de las ciencias de Paris, la que lo publicó.

Frenología. Ciencia fundada á principios de este siglo por el doctor Gall, médico aleman, llamada en su cuna *cranología*, la cual analiza exclusivamente el celebro del hombre, y segun la cual, la aptitud y las inclinaciones de este dependen de la figura de su cabeza. Spurzheim ha simplificado y perfeccionado esta ciencia, que hoi llama la atencion de todos los sabios.

Fuegos artificiales. El fuego se ha empleado en todos tiempos y en todas las naciones como señal de alegría y de fiesta pública; y aunque se debe á la pólvora la invencion de los fuegos artificiales, sin embargo, los antiguos los imitaban en muchas partes sin necesidad de la pólvora. En la Enciclopedia metódica titulada de Artes y oficios mecánicos, leemos que el poeta Claudiano, hablando de las fiestas dadas al público bajo el consulado de Teodoro, que vivia en el siglo VI, 800 años ántes de la invencion de la pólvora, dice que se veian fuegos que corrian serpenteando por encima de las decoraciones, sin quemarlas ni ofenderlas, que hacian una infinidad de vueltas y revueltas, y diferentes circunvalaciones en forma de círculos ó globos de fuego. Se encuentra tambien la descripcion de una especie de cohetes en un poqueño tratado de las maravillas del mundo, hecho por un cierto Alberto, que vivia 300 años ántes de la invencion de la pólvora. El italiano Vanochio, que escribió sobre la artillería en 1572, atribuye á los Florentinos y á los Sieneses el honor de ser los primeros que han hecho fuegos artificiales sobre teatros de madera adornados con pinturas, estatuas é iluminaciones, y dice que estas estatuas echaban fuego por la boca y por los ojos. Se sabe, dice la Enciclopedia citada, que la invencion de la pólvora y el uso de los fuegos artificiales eran conocidos de los Chinos muchos siglos ántes que lo fuesen en Europa.

Fuelle. Se atribuye su invencion al escita Anacársis, que fué muerto por los años 550 ántes de nuestra era. En 1760 inventó el ingles Smeaton una máquina llamada fuelle cilíndrico, y tambien bomba de aire.

Fusil. El fusil propiamente dicho parece que fué inventado en Francia en 1630, y empleado acia 1671: ántes de esta época se usaban los arcabuzes y mosquetes. Las llaves para los fusiles se inventaron en Nuremberg en 1517.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

EL CALAO.

Lith. vallejon 1 Clara n.º 6

FAMILIA ARABE.

IL CALAO.

mera figura de la estampa es la de un ca-
alao, al cual ha dado Levaillant el nom-
calao de casco cóncavo. Los ca-
n notables por las formas extraordinarias
de algunos de ellos, parece que pertene-
clusivamente á las Indias y al Africa. La
encia de su pico ha hecho que se les dé el
de pájaros rinocerontes. Sus modales y
bres se asemejan mucho á las de los cuer-
s piés se parecen á los de los martin-pes-
; y tienen alguna semejanza con los tuca-
su enorme pico, sobre el cual hai una pro-
ia que en algunas especies llega á ser tan
como él. La forma de estas excrecen-
ría mucho segun la edad; casi no son aun
ibles en los pájaros mui pequeños, y gra-
nte van adquiriendo las dimensiones y for-
rticulares que han servido para distinguir
edades y especies que hai en el subgénero
alaos de casco. Pero se equivocaria mu-
aquel que para la distincion de las espe-
o se atuviese á la conformacion del pico,
en el calao de la India, el casco, que es
or arriba, se parece al cuerno del rinoce-
el calao bicornio de China, tiene el cas-
lido en dos partes.

calaos son tristes y taciturnos; su vuelo es
el ruido particular que hacen con las alas
o los da á conocer desde léjos.

ceñores Quoy y Gaimard encontraron al-
calaos en varios árboles de nuez moscada,
nto les gusta mucho, tragándolo sin partir,
género de alimento hace que sea mui sa-
a carne de estas aves. Aunque sus alas
nui grandes, se les oye volar desde léjos,
uerza con que hienden los aires. Esta a-
ejemplo del influjo que tienen las locali-
n las costumbres de los animales, porque
donde vive rodeada de fruta, se sustenta
, y en los desiertos de Africa se alimenta
de cadáveres; anda siguiendo las huellas
azadores para aprovechar las entrañas de
ales grandes que estos desechan, y aun
r sí misma animales pequeños, como ra-
tones. Esta costumbre ha hecho que los
dopten al calao por animal doméstico,
mismo fin que nosotros tenemos gatos en
casas.

alaos en Africa, en las Indias y en Nue-
nda. Aunque ya habia dicho Bontius que
ie llamada rinoceronte se mantenia de
cuerpos muertos, y que tambien comia
ratones, era mui general la opinion de que
era el principal alimento de estas aves.
vaillant comprende á todo el género en el
e Bontius, diciendo positivamente, en su
natural de las aves de América y de las
que á pesar de la facilidad con que en el
oméstico se acostumbran estos animales á
utas, legumbres y pan, no son natural-
ugívoros, sino que se alimentan de insec-
s, lagartijas y pequeños mamíferos que
n con las mandíbulas, ya muertos, y los
nteros, y á falta de estos alimentos co-
ne muerta, lo que igualmente aseguran o-
tros autores. Y esto es tan cierto, cuanto la misma construccion del pico lo manifiesta claramente, pues no es posible que quiebren sustancias duras con este instrumento, que no tiene fuerza por la mucha distancia de las mandíbulas al punto de apoyo.

Se ha dividido el género calao en dos subgéneros: el primero comprende los calaos de casco, y el segundo los calaos sin casco, cuya mandíbula superior es lisa. En cuanto á las variedades de especies, su distintivo es la forma particular de la prominencia del pico.

Extractado del Magasin universel por M. G.

Familia árabe del Desierto.

El gran desierto de Egipto comienza casi bajo los muros de Jafa. Imposible es describir la novedad y magnificencia de vegetacion que se ostenta por ambos lados del camino, á una distancia de mas de dos leguas. Parece aquel sitio un bosque variado de todos los árboles frutales y de flores de Oriente. Este bosque, divido en porciones con cercas de mirtos y jazmines, está regado con el agua que brotan las bellas fuentes turcas, empabellonadas de sicómoros y palmas. En cada uno de estos puntos hai un pabellon ó tienda, donde va á pasar algunas semanas de la primavera la familia que lo posee. Con tres estacas y un pedazo de tela forma su casa de campo una de estas venturosas familias. Las mujeres duermen dentro de la tienda, y los hombres afuera, debajo de los limoneros. Su alimento es frugal; solo de cuando en cuando comen un corderillo, que ha sido criado por los niños de la familia, y esto únicamente en dias de mucha solemnidad.

Jafa tiene en su cielo y tierra cierta cosa de mas grandioso y animado que ninguno de los demas sitios de Oriente; solo halla descanso la vista en los inmensos arenales del desierto de Egipto, donde no se estampa en el horizonte sino la figura de algun camello que á lo léjos se divisa. Todos los trages de los habitantes ó viajeros que recorren estos caminos son pintorescos y extraños; ó bien son beduinos cubiertos con su inmenso capote de lana blanca, ó bien armenios de largas túnicas listadas, ó judíos de todas las partes del globo, vestidos con los trages propios de los paises de donde proceden, ó soldados egipcios de chaquetas coloradas, ó últimamente, algun agá turco que va caminando con altivez, montado en un hermoso potro del desierto, y seguido de árabes y esclavos negros: á veces se ven tambien algunas pobres familias sentadas en un terraplen, comiendo en escudillas de madera arroz y cebada cocidos.

Una poblacion, en general ruin é inhospitalaria, habita los pueblos situados en el límite del desierto: estos pueblos son otros tantos asilos en que se refugian los delincuentes, pues á la menor tentativa que hace la autoridad para aprender á los malhechores, huyen estos al desierto, llevándose consigo á su familia y cuanto poseen. Cuando un viajero es atacado en alguno de estos pueblos, no puede contar con la proteccion del cheik, porque muchas veces es este el instigador y cóm-

plice de los robos. El gobierno no puede obrar contra ellos, y con el mayor trabajo logra el pago de los tributos. Para viajar por estos parajes, cuya mala fama se extiende por fortuna bastante léjos, es necesario no dejar las armas de la mano ni de dia ni de noche. El pueblo de Kanká es uno de los mas peligrosos, pues es tal la audacia de sus habitantes, que muchas veces han robado las tiendas de los generales, levantadas en medio de un campo de veinticinco mil hombres. Estos habitantes son afamados por su fuerza, destreza y agilidad. En los meses de enero y febrero, que es cuando sus siembras están en toda su madurez, y tienen las cañas hasta cinco piés de altura, no es prudente salir al campo despues de puesto el sol, porque como los tránsitos son mui estrechos, y por ambos lados hai grandes maizales, se esconden en ellos los ladrones para esperar á los viajeros, á quienes dejan adelantar un poco; pero un momento despues se echan sobre ellos por todos lados y los despojan.

Cuando los ladrones árabes del desierto llegan á saber que en alguna casa de las cercanías hai guardados frutos en abundancia, dinero ó efectos de valor, se reunen en número de tres ó cuatro, no llevando mas armas que unos sables mui cortos y un azadon, y de este modo se acercan de noche á la poblacion. Para que no puedan cojerlos van desnudos enteramente, y llevan el cuerpo untado de grasa. Luego que llegan al pié de la casa que intentan robar, clavan unas estacas de madera y suben por ellas sin mucha dificultad; descerrajan las puertas, y con la mayor prisa é indistintamente se llevan cuanto encuentran á la mano. Algunos minutos les bastan para vaciar enteramente una casa, y es cosa rara que hagan el menor ruido en todas sus maniobras, y mas raro cojerlos cuando huyen.

Los Arabes son por naturaleza bribones y de mala fe, especialmente para con los cristianos: engañar á un *kafer* (impío) es, por decirlo así, una obra meritoria para ellos; y así los robos domésticos son frecuentísimos en Egipto, pero nunca considerables. Lo que el árabe busca en el robo es, no una riqueza fácilmente adquirida que lo saque de trabajos para el resto de su vida, sino una taza de café ó un poco de tabaco para su pipa; es demasiado ratero y mui poco previsor para pensar en robar cantidades de importancia.

Magasin universel. Traducido por M. G.

El alcatraz de rapé.

Es mi tio un amable anciano de sesenta y tres años, y mi tia una buena vieja de sesenta. A ninguno de los dos conozco defecto; pero sí les sé á cada uno su manía: no puede mi tio tomar un polvo (y eso que toma mucho) sin exhalar un suspiro de contento y quietud, y sin guiñar el retrato de una dama pintada en su caja de polvos. La manía de mi tia consiste en andar recojiendo con mucho cuidado todos los pedacillos de papel que andan por el suelo, quemándolos despues, aunque tenga que encender una vela para estos autos de fé. Y si se le pregunta por qué hace esto, —¿Qué sé yo, responde, si en estos papelitos, que por negligencia ú olvido andan rodando, hai acaso algun secreto importante, que se juzga destruido porque se ha perdido ó tirado el papel que lo encierra? Ademas, ¿no es una materia de chismes y murmuracion para los vecinos la carta mas insignificante ó algun apunte de gastos? Y en cuanto á los desahogos de la amistad puestos en el papel, ¿no pueden llegar á ser motivos de burla y chocarrerías para los ociosos y críticos? Ai! solo de pensarlo me estremezco, como que fuí una de las que han caido en la trampa. Es verdad que me congratulo por el buen resultado de mi asunto; pero bien hubieran podido convertirse las cosas en mi daño, y me hubieran hecho llorar por muchos años, en vez de avergonzarme por algunas horas únicamente; y así, quemen, hijitos, quemen los papelillos que encuentren en el suelo, por insignificantes que sean; quemen hasta los apuntitos que ya no les sirvan.

De este modo se explica mi tia; y si separándose alguno de ella, encuentra con mi tio al tiempo de tomar su polvo y echar una miradilla al retrato, en el momento exclamará: "Ai rapé! ¡qué lugar tan distinguido ocupas en la historia de mi vida! ¡Tú has decidido de mi suerte, y no puedo llegarte á las narices sin recordar tiernamente y con satisfaccion mi aventura!"

Entónces mi buen tio no se hace de rogar para contar su aventura, porque (como ya ustedes sabrán) es algo hablador. El mayor gusto que se le puede dar, es oirle contar su historia, pues el buen hombre se complace tanto en hacer la relacion siguiente, como en sorber polvos. Cuenta su historia una vez al dia por lo ménos, y siempre del mismo modo. Empieza tosiendo con una sonoridad de buen agüero; mi tia, acostumbrada á este llamamiento, corre á sentarse junto de él, y entra mi tio en materia de este modo:

HISTORIA DE MI TIO.

A los veinte años de edad era yo un muchacho de buena estatura, y favorecido por la naturaleza, como pueden ustedes notarlo en ese retrato que está colgado entre esas dos ventanas; pero en despique, tratado con mucha parcimonia por la fortuna. Habia quedado huérfano; y como mi padre, que fué oficial de marina, me habia destinado á seguir la misma carrera, me habia colocado con el señor Villaret, á quien servia yo de ayudante, y con el cual debia embarcarme para hacer mi primera campaña.

Entre tanto que se verificaba mi partida, que no debia retardarse mucho en aquel tiempo de lucha europea, iba yo á pasar todos los ratos que me dejaban mis ocupaciones á casa del señor Rubard, que habia sido armador, y á quien mi padre, cuando fué capitan de navío, habia ayudado á hacer fortuna. El señor Rubard se habia retirado de los negocios algun tiempo hacia, y vivia tranquilo con su familia en Paris, poniendo todo su esmero en la educacion de su hija Elisa, que entónces tenia diez y siete años.

Fuí perfectamente acojido en casa del señor Rubard, que veia yo como la mia propia: así es que vivia con Elisa, y la consideraba casi como hermana.

Elisa era bellísima muchacha, y para evitar

uchos pormenores acerca de su belleza, diré en na palabra que era esta tan cabal que en mi vi- a vi cosa semejante.

Teniale yo un afecto vago, que no podia com- ender, la veia con grandísimo gozo, y cuando is ocupaciones me separaban de ella, sentia co- o que me faltaba algo. Pero todo esto me pa- cia que era efecto de la amistad, sentimiento ui natural entre dos jóvenes que han crecido y vido juntos: nunca me habia yo preguntado si a amor lo que le tenia, y ahora me alegro, por- e este descubrimiento hubiera sido terrible para í. Elisa era mui rica y yo mui pobre para pen- r en casarme con ella; y por otro lado me pre- aba de ser mui honrado para seducir á la hija mi benefactor, de mi segundo padre.

Por fortuna no me vi en este caso; y aun hu- era vivido en una quietud completa, á no haber lo por la perspectiva de una partida, que segun anunciaba, no dejaba de tener sus riesgos. Con ecto, el señor Villaret estaba en Brest esperan- las órdenes de la Convencion, y ya corria la ticia de que la armada iba á darse á la vela pa- protejer á la escuadra que conducia las semi- s de los Estados-Unidos. Villaret me habia ndado avisar que yo debia ser de los primeros embarcarme, y de un dia á otro estaba espe- ndo la órden de ir á reunirme con él.

Una tarde entré á casa del señor Rubard, con fin de llevar al teatro á la señora y á su hija, ien al mismo tiempo de estar adornándose para lir, se puso á echar un largo sermon contra el pé y los que lo usan, porque vió en mis manos a cajita de dulces que le pareció caja de pol- s; y no debo pasar aquí en silencio que uno de principales rasgos distintivos del carácter de isa, era una profunda aversion á los polvos. empre que se le presentaba la ocasion hablaba l de ellos, dirijiendo mil pullas y sátiras á cuan- en la reunion en que ella se hallaba los acos- mbraban. Mas como sus agudezas eran siem- graciosas, se reian y aplaudian al hermoso ora- r. Esto entusiasmaba á Elisa, y así, se produ- con mas vehemencia; y ¡desgraciado de aquel e era el objeto de su cáustica censura! Por fin, dicó tanto contra el tabaco, que obligó á su pa- á que dejase esta costumbre; y aun los pisa- des que la rodeaban llegaban á hacer á su elo- encia el sacrificio de sus cajas de polvos, salvo, entiende, el tomar otras cuando no estaban en presencia.

Excusado es decir que para vivir en paz con mi mpañera, siempre me habia guardado de tomar aco; bien es verdad que en esto no tenia nin- n mérito, porque mi abstinencia provenia mas n de antipatía natural á este uso, que de los a- temas de mi linda compañera.

Aquella tarde, miéntras que Elisa estaba echan- mil pestes contra el rapé, y acababa de compo- se, me estuve divirtiendo en dibujar con el lá- una figurita que representaba un hombre to- ndo polvos, la cual le regalé por broma luego e la concluí. "Gracias por el regalo, caballe- o, dijo la madre. Mira, Elisa, dale en recom- nsa el librito de memoria en que pintaste un re- to el otro dia." "Ya no nos alcanza el tiem- , respondió; y ademas está el librito para que lo vean gentes, tiene mil borrones y apuntes he hecho en estos últimos dias. — No le ha- ce, dijo sonriéndome, así lo quiero. — Vaya, Eli- sa, no te hagas de rogar con Mauricio.... Ah! ya caigo en la cuenta; no quiere enseñarlo por- que es su retrato de usted. — Mi retrato! pues ahora tengo mas curiosidad de verlo." Ya no podia Elisa hacerse rogar mas, y con tanta mas razon, cuanto que nos hallábamos en su misma re- cámara, donde no tenia mas que acercarse á su escritorio y sacar el librito.

Hízolo así con ademan de repugnancia, y esta pantomima me llamó la atencion, no perdiendo de vista á mi querida compañera; y observé que des- pues de haber sacado el cuaderno, le arrancó con ligereza algunas hojas, que con disimulo colocó al otro lado de la papelera. Por desgracia no pu- dieron quedarse allí las hojitas, sino que se resba- laron y vinieron á dar al suelo; y mas por curio- sidad que por comedimiento, corrí á levantarlas, y lo hice con tanta rapidez, que Elisa no pudo es- torbarlo, pues en la turbacion en que se hallaba, apénas tuvo tiempo para retirar las hojas de un puntapié, diciéndome: "No se tome V. esa mo- lestia, son unas hojas llenas de borrones; la cria- da las levantará. — Sí, señorita," dijo María. Y Elisa, que tenia gran empeño en separarnos, solo me dió tiempo para ver mi retrato, que era pare- cidísimo al original. Me lo guardé en la bolsa, y despues de darle las gracias, salimos de casa.

En el teatro estuvo la muchacha preocupadísi- ma: cuando yo le hablaba, conocia que se turba- ba en sus respuestas, y esto me podia mas de lo que se puede imaginar: ya era esto mas que cu- riosidad, porque la curiosidad no causa tantos tor- mentos; de suerte, que si yo hubiera pensado que estaba enamorado de ella, hubiera creido que eran celos.

Habiendo ido poco despues el señor Rubard á reunirse con nosotros al palco, pude ya despedir- me de las señoras, dando por pretexto de mi sepa- racion un fuerte dolor de cabeza, y me volví á ca- sa, porque aquellas hojas de papel me tenian tras- pasada el alma, y conservaba la vaga esperanza de que preguntando por ellas con sagacidad á la criada, ó por cualquiera otro medio, acaso podria verlas. Tanta curiosidad, es fuerza confesarlo, ya empezaba á parecerse mucho á los celos.

Iba yo discurriendo un plan de ataque contra la recamarera, cuando oigo la voz de esta, que esta- ba en un estanquillo inmediato á la casa, rega- teando el precio de un embolturio de gacetas vie- jas y otros papeles que el estanquillero estaba pe- sando. Concluyóse el mercado á satisfaccion de ambos; la criada salió con un puño de cuartos en la mano, y el estanquillero se puso á hacer alca- traces con aquellos papeles.

Ocurrióseme una idea.... Esta venta de papel viejo.... Elisa mandó quemar las hojas del libri- to que con tanta precipitacion me habia impedi- do tomar.... ¿Si estarán las hojas entre estos pa- peles? Entré al estanquillo con pretexto de com- prar una onza de rapé, y miéntras que me despa- chaban, eché una mirada en aquel monton de pa- peles, y con indecible alegría y fuertes palpitacio- nes de corazon, reconocí la letra de Elisa en al- gunos pedazos. Junté tres de ellos como maqui- nalmente, los cojí, me los guardé sin que el es- tanquillero lo echase de ver, ó si lo vió, no quiso disputar por tan poca cosa, y me fuí con este ha- llazgo á casa.

Luego que entré en ella, extendí los papelitos con una emocion que me turbaba todo: temblaba mi mano.... Ai! ai! cómo me olia entónces á celos! Oigan ustedes lo que aquellos papelitos decian, y lo que no he podido olvidar en mas de cuarenta años que hace que esto pasó:

"Dia 22.... á las diez.

"Cuánto pesa en mi corazon este secreto! Pero no lo sabrá, no, nunca.... el papel es mi único confidente.

"No creia yo amarlo tanto como lo amo. En ocho dias que he dejado de verlo, he conocido que mi vida depende de la suya. Quisiera consagrarle toda la mia."

"22.... á medio dia.

"Ha pasado un entierro por la calle.... está lloviendo: qué tristes pensamientos me atormentan! si lo perderé! Ai! ya lo veo, este amor va á hundirme en una sima de dolor y desgracia."

"23.... á medio dia.

"Anoche fuí al baile; pero no estuve pensando en otra cosa mas que en él. Ni las miradas halagüeñas, ni las atenciones con que me cumplimentaban, nada, nada ha ocupado mi pensamiento sino él.

"Oh si él me amase! ojalá me amase, y solo me amase á mí! cuán feliz seria!.... y.... lo confesaré? me envanezco al pensarlo y me complazco en tal idea...."

"23.... á las diez de la noche.

"Me habia propuesto no escribir ya; pero no sé qué me impele á revisar y leer estos apuntes. Me gusta estar enteramento sola sondeando mi corazon, pensando libremente en él, alegrándome, llorando, gozando y padeciendo. Ya me considero feliz, ya siento los mas crueles tormentos. Pobre cabeza mia! cuánto padeces! Y mi pobre corazon! Ai! con qué vehemencia palpita! Pero no, entremos en razon. ¿No es bien insensato este amor? quisiera yo que quien me lo ha inspirado estuviera lleno de defectos, para no amarlo; pero qué digo? cuán digna de compasion soi! No, no quisiera amarlo; mas sin él qué es para mí la vida?....

"Pero acaso me ama? ¿no hai en el mundo jovencitas bellas que le sepan agradar mas que yo?

"Este pensamiento traspasa mi corazon. Vivo como si no viviera. Me alegro sin motivo, y del mismo modo me entristezco.... Vaya, no pensemos mas en esto, y tratemos de olvidarlo con el sueño. ¡Pero aun mi último pensamiento es suyo!"

"24.... á las nueve de la mañana.

"Qué mal he dormido!.,.. Por todas partes me persigue su imagen sin cesar; y aun en los momentos de descanso lo estoi mirando en sueños: no oigo, no percibo mas que una sola voz, un nombre, un nombre que penetra mi corazon, el nombre de...."

Maldita suerte! aquí acababan las tres hojitas: *el nombre de* terminaba el último renglon: el nombre, el nombre que queria yo justamente descubrir, y que me hubiera dado la clave de este enigma, empezaba sin duda á la hoja siguiente, que quizá ya habia salido del estanquillo, á donde no podia volver por no hacerme sospechoso ó ridículo.

Sentia yo que me abrasaba, mi rostro estaba inflamado. Oh! entónces sí me convenc estaba celoso.

Sí, la amaba yo, como bien me lo dab der mi lastimado corazon; y mi amor h do dormitando en el tranquilo seno de la pero este accidente lo despertó en mí.

¿Y quién será este hombre á quien tanto ardor? Sin duda será alguno de varados petulantes que la andan rodear bailes y en las tertulias. Con cuatro melosas habrá engañado á la imprudent ra que su corazon arde en amor, se "Acaso me ama?"

—Oh! si yo lo conociera, le beberia l Sí, lo mataria.... Y á ella?.... No volv á verla.

Sin embargo, entrando en reflexion, quilicé: me puse á considerar que no d á Elisa por la sola razon de que no m mucho mas cuando no la habia dicho un de amor: era mui libre; ¿y qué título para constituirme censor de sus accio deber, como amigo, era ampararla, y tal turar algun consejo en caso necesario. dia yo ser desgraciado sin que ella tuvi ninguna.

Al dia siguiente me levanté encendid cólera, dimanada de un amor despreci un amor propio herido en la parte mas sé: lo que sí aseguro es, que sentia ansi les, y que andaba buscando el medio de Elisa algun tanto del mal que á mí me taba; cuando estando en esta idea, des mis ojos el alcatraz de rapé que habia la víspera. "Ahora sí, dije, ya tengo vengarme: á las claras no puedo reñir c porque ni tengo derecho para ello, ni es ¿pero quién me puede quitar el gusto de tarla, poniéndome á tomar mucho, much lante de ella? Cuando vea que á pesar natemas me pongo á tomar tabaco, es m quiera tenérmelo á mal y se incomode; mui de adrede tomaré mas; se picará, p así verá que quiero quebrarle la cabeza; vez tal vez resultará de esto alguna ex y yo sabré.... por último, verá que no h gun caso de su opinion." Este proyec reció mui adecuado para conseguir m Muchachadas!

Al salir de mi cuarto me entregaron del señor Villaret, en la que me anuncia escuadra se iba á dar á la vela de allí me ordenaba salir dentro de tres dias á dar para el puerto de Brest, donde ya e nida, y á donde habia de embarcarme *gador*, que debia hacer parte de la e En cualquiera otra ocasion me hubier mucho pesar semejante mandato; pero tado furioso en que me hallaba, estoi por me causó placer. "Mejor! dije para n separaré mas pronto de ella, y la dejaré e

Fuí al cuarto de Elisa y la hallé sola componer mi semblante y manifestarle Qué, han salido el señor y la señora? l té. —Papá salió á un negocio de impor mamá me parece que anda por allá afue nia yo.... á despedirme de ellos. —Cón usted? (é hizo un ligero movimiento). - ñana, ó á mas tardar, pasado mañana.

polvo; pero Elisa estaba tan preocupada, que no puso cuidado). — Qué, va V.... á embarcarse? — Sí, señorita, vamos á entrar en campaña. (Aquí me rellené de rapé las narices, de modo que los polvos me caian por el lubio al tiempo de hablar; y creí que Elisa lo habia observado esta vez; pero lo que habia llamado su atencion fué el tono serio con que le hablaba, y no los polvos). — *Señorita!* Qué quiere decir esto? por qué razon no me llama V. Elisa, como siempre? — Porque no puedo.... ya tener esa franqueza.... se ve uno en ciertos casos.... (No sabia yo qué responder, y por disimular estuve sorbiendo rapé hasta por seis veces: las narices se me hacian pedazos de los ardores, y empezé á estornudar con tanto vigor, que Elisa lo echó de ver. — Ya toma V. rapé?.... Ai! qué asco!.... pero en verdad que está V. hoi mui trocado, querido Mauricio. — Querido Mauricio! (un estornudo) Guarde V. para otro (gran estornudo) esas dulces palabras.... (otro estornudo) no soi yo quien merezco llamarme querido.... de V. (otro y otros estornudos que se fueron multiplicando hasta hacerme perder el aliento). — No comprendo lo que quiere V. decirme; explíquese bien.

Contéle por qué casualidad habian venido á caer en mis manos las hojas de su librito de memoria: ella se avergonzó y bajó los ojos, entre tanto que yo luchaba con una tempestad de estornudos. "Cuidado, le dije luego que pude hablar; amores como estos son mui peligrosos.... Cuánto me compadezco de V., Elisa!" Levantó los ojos, y me echó una mirada que no pude comprender; pero en ella advertí un agregado de confusion, dolor y despecho; no se atrevia á hablar; mas su mirada habia sido mui significativa. "El interés con que veo.... con que veia, quiero decir...." (Y volví á rellenarme las narices hasta mas no poder). Elisa frunció las cejas, y con un tono en que manifestaba bien á las claras su enojo, me dijo: — Caballero, extraño estos modales en V.; le agradezco sus consejos, y lo felicito por la bonita costumbre que ha tomado; ¡qué bien le sienta á V. tomar polvos! Levantóse precipitadamente poniéndose las manos en los ojos, y me dejó estornudar á mis solas. Estaba yo contentísimo con haberme manejado con carácter y firmeza, y salí de la casa despues de despedirme de la señora Rubard, la cual me obligó á que volviese á la noche.

Cuando volví, hallé jugando á madre é hija; y la acojida que esta me hizo fué la mas fria y reservada. Tomé parte en el juego, y mirando que Elisa me ponia mala cara y aparentaba estar enojada conmigo, quise quebrarle los ojos acudiendo á los polvos; pero la desgracia era que ya se me habian acabado; y así, encargué á la criada que me los fuese á comprar. — Qué, dijo la señora Rubard, ya toma V. polvos? sin duda quiere V. quebrar con Elisa. — Me los ha mandado el médico.... porque tengo mui cargada la cabeza." Elisa levantó los hombros y meneó la suya.

Entró el señor Rubard, y frotándose las manos una contra otra, dijo: "Vamos, es negocio concluido: en esta noche quedo despachado." Y despues, dirijiéndose á mí, me dijo: ¿Qué tal, querido Mauricio, te gusta mucho la marina, ó preferirias quedarte conmigo?"

Antes de responder, me quedé mirando á Elisa; pero la criada me interrumpió diciéndome: "Señor, aquí está el rapé." A esta palabra distinguí en los labios de Elisa una sonrisa desdeñosa, y entónces respondí al señor Rubard con toda decision: "Ya está dicho.... mañana mismo debo partir. — Lo siento, tengo una empresa entre manos que debo producirme buenos reales, y para la cual necesito un dependiente, ó mas bien, un compañero, un hombre de toda mi confianza, y habia puesto la mira en ti: contigo estaria yo contentísimo, y no nos separariamos. (No pude contener aquí un suspiro.) Pero cómo ha de ser! no hablemos ya de esto; cada uno tiene su vocacion."

Abrí el alcatraz.... Y qué es lo que veo? Letra de Elisa.... sí.... suya es.... página 4.... Examiné temblando el primer renglon, y vi, poniéndome pálido como la misma muerte, que decia: *Mauricio....* y añadí mentalmente, recordando las últimas frases de la hoja anterior: 'nombre que penetra mi corazon, el nombre de Mauricio." Con que á mí es á quien ama? Fué tanta mi emocion, que poco me faltó para caer desmayado de la silla al suelo.

Elisa, que habia observado todos mis movimientos, se demudó al reconocer y ver en mis manos aquella hoja. Y yo, apuntándole con el dedo aquel nombre fatal, eché en ella una mirada que queria decir: "¿Ya ves, Elisa, por qué estaba enojado y triste? Perdóname si no acerté, si me irrité contigo, si traté de humillarte.... perdóname, hermosa mia!" Y en voz alta dije al señor Rubard: "Me quedo, señor, me quedo con V." — Mejor, me dijo este buen hombre: mañana escribiré yo mismo al señor Villaret, dándole parte de nuestras nuevas disposiciones. Tú permanecerás siempre con nosotros en nuestra misma casa, y yo te diré cómo te has de manejar en tu nuevo destino.

Estaba yo como embriagado en mi alegría, y veia á Elisa sonreirse de contento. Era demasiada felicidad para mí, tanto, que no pudiendo ya contenerme, me levanté como loco, y fuí á abrazar á Elisa, á la señora Rubard, á su esposo, y creo que tambien abrazé á la criada. Esta locura equivalia á la mas completa declaracion de nuestro amor; y para explicarla, lo conté todo como habia pasado, mostrando como comprobantes las hojas del librito. Causó esto mucha risa al señor Rubard, y este buen padre me dijo: "No hai nada perdido, Mauricio; te casarás con Elisa, esa era justamente mi intencion; solamente queria yo esperar á que estuvieras mas adelantado; pero la suerte lo ha decidido de otro modo; dias mas, dias ménos, no le hace."

Y ya no me embarqué en el *Vengador*, y me casé con Elisa.

Para conseguir de esta que me dejase seguir tomando polvos, me vi obligado á poner su retrato en mi cajita, siendo esta la única que me permite, y hace mas de cuarenta años que vivimos en buena paz y compañía.

Fin de la Historia de mi tio.

Cuando mi tio concluye su relacion, mi tia prosigue diciendo: — "¿Ya ven ustedes á todo lo que nos exponemos con dejar rodar los papeles escritos? Si conforme cayeron estas hojas, por mi descuido, en manos de un hombre honrado, hubie-

ran venido á dar á las de algun licencioso ó á las de alguna comadre chismosa y murmuradora, ¿no me hubiera expuesto á las rechiflas, cuando no á la vergüenza? Y si Mauricio hubiera sido un hombre sin delicadeza, ¿no pudo haberme perdido? En todos estos casos, estas hojitas pudieron haber causado la desgracia de una mujer. — Y ya ustedes ven, añade despues mi tio, por qué tributo un culto tan ferviente al rapé. Si no me hubiera ocurrido la necia idea de tomarlo para mortificar á Elisa, no hubiera conocido tan venturoso secreto con el alcatraz del estanquillero. Sin duda que lleno de desesperacion me hubiera embarcado, y algunos dias despues me hubiese tragado el mar con el *Vengador*, como sucedió á cuantos iban en él. Y una vida tranquila y dulce al lado de Elisa, ¿no es preferible á la mas honorífica y gloriosa muerte?

Luego que concluye mi tio, da un abrazo á su cara costilla, y se pone en disposicion de volver á contar su historia cuantas veces se quiera.

ALTAROCHE. *Traducido por* M. G.

EL AMOR.

ENTRE las pasiones que al hombre asedian, ninguna seguramente puede disputar la preferencia á la del amor, porque nuestros primeros padres conocieron ya sus efectos, experimentaron sus rigores, y entraron en averiguaciones que la civilizacion sucesiva hizo mas profundas, aunque sin fruto. De aquí nace que no hai expresion en nuestro idioma que, despues de haber merecido tantos exámenes y definiciones, haya dejado un campo tan vasto para entrar á discurrir por ella con la misma libertad que si nada se hubiese edificado sobre los infinitos cimientos sentados por ingenios felices que dejaron correr sus plumas en los momentos en que acaso miraban sus almas víctimas de impresiones violentas.

La corrupcion de las costumbres y el abuso que la sociedad ha hecho hasta de las instituciones de naturaleza, que por traer un orígen tan venerable debieron respetarse, son causas en que apoya la mala inteligencia, la siniestra interpretacion dada al amor para envolver en la oscuridad del crímen al sentimiento mas grato de nuestra existencia, al móvil de las acciones del hombre, y al que dispone en fin hasta de sus procederes, así en lo político como en lo moral. El verdadero amor nada tiene en sí que no sea puro; y no alcanzamos cómo en un siglo en que se presume vivir bajo luces mas claras de inteligencia y saber que las que brillaron en otras épocas, se proscriba por algunos entes ridículos una voz en que fundan la destruccion de las costumbres, y presagian la ruina de sus hijos.

Por amor no solo entendemos la pasion que mueve á los dos sexos, inspirando deseos voluptuosos, ni es posible sujetar á tan estrecha órbita una expresion que comprende mayores ideas, y es susceptible de una extrema latitud. Llámase amor vulgarmente al torpe deseo, á los lascivos impulsos y á las imágenes lúbricas que asaltan á la imaginacion en los diferentes periodos de la vida humana; y bajo la salvaguardia del amor se disfraza la infame y mezquina pasion del interes, la descompuesta ambicion de honores, y hasta los brutales deseos. ¡Con qué energía asegura un jóven haber inspirado amor á una belleza, y rendídola á sus obsequiosas palabras! ¡con qué calor pretende pintar á sus amigos el triunfo debido á su mérito, ó cuando ménos á su inteligencia! Insensato! ¿y podrá la sociedad oir sin rubor tan vana jactancia? ¿Qué otra cosa presentan muchas de nuestras tertulias que imbecilidad en unos, y despego á la naturaleza en otros, codiciosos de hallar la felicidad donde al fin existe su ruina?

Entre la aridez de cumplidos impertinentes, ¿puede llamarse amor á la finjida solicitud con que un galan aparenta rendirse á los piés de su señora, sin que seguramente le obligue á ello otra idea que la de un criminal pasatiempo, para vanagloriarse despues al mostrar inscrito un nombre mas en el catálogo de sus conquistas? Imposible es contemplar con impasibilidad estas escenas tan repetidas en la sociedad, y que se desprecian cual nimiedades, sin premeditar que llevan envueltas en sí mayor trascendencia que la que aparentaban en sus primeros efectos. El amor que nace de la inclinacion entre dos personas de diferente sexo, no es en nuestro sentir un simple afecto motor de deseos que satisfechos extinguirán aquel pasajero ardor, y por consiguiente nos hallamos discordes con los que así opinan.

El amor fué venerado entre los antiguos como una divinidad, porque opinaban que á su abrigo se perfeccionaban las almas ilustres de nacimiento, siendo emprendedoras de grandes acciones, y por ello era esencial en los caballeros andantes el servir á una dama, á quien, como á un ser superior, dirijian todos sus sentimientos y dedicaban sus acciones. "Ah, si mi dama me viese!" decia Floranes trepando á los muros en un asalto. Sin embargo, la juventud inexperta debe prevenirse contra los delirios que ocasiona el amor cuando degenera en frenesí. Su acceso es dulce y risueño: su perspectiva parece la de la felicidad; pero mil amarguras se esconden entre sus engañosas caricias, y de aguzadas espinas están cubiertas las rosas que él mismo hace nacer.

El amor impuro no nos lisonjea sino para tiranizarnos despues cruelmente; de suerte que el filósofo Crátes aseguraba que una vez poseido el hombre de esta pasion, solo podia desvanecerla una de tres cosas, el hambre, el tiempo ó el cordel, aunque destinaba á los locos esta última receta.

Hasta aquí hemos tratado del amor que se fomenta entre dos personas capaces por su posicion de poderse agradar; pero aun conocemos otra clase de amores, que si no tan violentos, tienen asiento en el corazon, y se afianzan con profundas raizes.

El amor conyugal nos da una idea completa de ello, y en los repetidos ejemplares que tenemos de él se funda este dictámen. Preguntando á Valeria, dama romana, por qué rehusaba recibir un segundo esposo, respondió: "Porque el primero no ha muerto sino para los otros; él vive y vivirá siempre para mí." Prueba de amor conyugal es la que dieron las mujeres de Winsperg en 1138, en que el duque de Witemberg, que se opuso á la eleccion del emperador Conrado III, fué en-

ı aquella ciudad, viéndose despues obli-
ler á la fuerza. El emperador hizo gra-
nujeres de que saliesen libres cada una
ga que mas estimase, y la varonil espo-
ue, aprovechándose de esta ocasion, to-
ıarido sobre sus hombros, y lo mismo
mujeres á los suyos, enterneciendo tan-
ıdo, que los perdonó á todos.

A. DE I. Z.

NOTICIA HISTORICA

DE

IAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

A principios del siglo XVII empezó
se en Venecia un periódico semanal,
l se pagaba una pequeña moneda llama-
, de donde tomó el nombre : despues fué
ndose el uso de las gacetas en las de-
ıles de Europa. El médico Teofrasto
fué el primero que empezó á publicar
en Paris en 1631.

óforo. Instrumento en forma de cono
ıon artificial para mamar los niños, in-
ı 1809 por M. Desgranges.

ómetro. Instrumento para conocer la
r la bondad de la leche, inventado por
de Veaux.

ismo. Llámase así la causa de ciertos
ıctricos ocasionados por el contacto de
ıterogéneos, ó á lo ménos de diferente
ra, cuando son semejantes. Galvani,
ı medicina en Bolonia, disecando unas
ıes del siglo pasado, observó que el con-
ıertos metales producia convulsiones en
ros despedazados de aquellos animales;
riencia en experiencia, llegó á conven-
ue, tocando á todo ser animal con las
un arco de diferentes metales, como
extremo y plata ú oro en el otro, las
es se experimentan al momento. Vol-
ıe la famosa pila, y otros, han trabajado
ın este descubrimiento, que ofrece hoi
ıedio de distinguir la muerte real de la
de volver á la vida á los ahogados y
y de preservar el hierro del orin oca-
r el aire ó por la humedad. La física,
y la medicina han logrado ya algunos
galvanismo; pero no todos los que fue-
ıcar, y que quizá logren un dia.

El alumbrado por medio del gas hidró-
vencion moderna del ingles Murdoch.
extrae comunmente del carbon, y bas-
ıas de este, si es bueno, para obtener
piés cúbicos de gas, y con ellos una
te durante 40 horas. El gas de aceite
ıroduce una llama mas brillante aun,
ue generalmente usan en Inglaterra.

Parece que esta telilla de seda se in-
no por primera vez de *Gasa*, ciudad de
de donde tomó el nombre. Su inven-
cion se atribuye á una mujer llamada Pámfila, natural de la isla de Cos.

Gasómetro. Instrumento propio para medir los gases, inventado por Lavoisier, y perfeccionado por Seguin acia 1798.

Gelatina. Sustancia alimenticia extraida de materias animales. Papin, profesor de Estrasburgo, fué quien inventó en 1682 la *olla* de su nombre para extraer la sustancia de los huesos por medio de la ebullicion. Hoi se hace sin ella, y solo con el ácido muriático. Una onza de gelatina seca vale tanto como una libra de la mejor carne; y sirve ademas para cola y papel, y para clarificar el vino blanco.

Genaro (Real órden de san). Fué instituida en Nápoles en 1738 por el señor don Cárlos III de España, cuando era rei de las Dos Sicilias. La insignia es una cruz de ocho puntas, de oro, esmaltada de blanco, con flores de lis; tiene en el anverso la imágen de san Genaro, patron de Nápoles y de la órden, y en el reverso un libro abierto con dos ampollas.

Genciana. Las excelentes propiedades de esta planta parece que fueron descubiertas por *Gentius*, rei de Iliria, del que tomó el nombre de genciana.

Gendarmes. Gendarmería. Llamábanse así antiguamente en Francia los soldados pesadamente armados de todas piezas, cuyo nombre se aplicó en tiempo de Henrique IV á una compañía de preferencia, que fué la primera guardia real que tuvieron los reyes franceses: actualmente es un cuerpo destinado á auxiliar las operaciones de la policía de Francia.

Geocíclica. Esta máquina, que representa el movimiento de la tierra al rededor del sol, parece que fué inventada en el siglo XVII por el astrónomo Nicolas Muller.

Geografía. La invencion de esta ciencia la atribuian los Egipcios á Mercurio, los Griegos á Atlas, y los Chinos la daban un orígen mas antiguo. Mas el primer monumento de geografía de que hablan los autores antiguos es la carta que Sesóstris, rei de Egipto, mandó hacer para dar á su pueblo una idea de la extension de su imperio. La geografía tardó mucho tiempo en ser una ciencia fundada sobre principios ciertos, y los errores y opiniones absurdas que habia acerca de la figura de la tierra, no empezaron á disiparse hasta que los Griegos asiáticos, reuniendo las luces de los astrónomos caldeos, juzgaron que formaba con las aguas un cuerpo esférico. Táles de Mileto fué el primero que lo aseguró; grabó sobre una plancha de cobre la tierra y el mar, y construyó una esfera, aunque otros atribuyen la invencion de esta á su discípulo Anaximandro. El uso de las cartas geográficas fué despues mui comun entre los Griegos, y de estos pasó á los Romanos el gusto del estudio de la geografía. Los siglos de barbarie que siguieron á la decadencia del imperio romano, sofocaron esta ciencia, que desterrada de Europa, como las demas, encontró en Asia un acceso favorable entre los Arabes. Alamon, califa de Babilonia, hizo traducir el Almagesto de Tolomeo, y que dos astrónomos recorriesen las llanuras de Senar para medir un grado del gran círculo de la tierra. Por último, la geografía no empezó á progresar rápidamente en Europa hasta el siglo XVI. F. de la Guillotier fué el pri-

mero que publicó un mapa de Francia en 1584.

Geometría. Unos han atribuido la invencion de esta ciencia á los Hebréos, y otros á los Egipcios: lo cierto es que la geometría tuvo orígen desde el momento en que los hombres se repartieron las tierras y ensayaron el modo de medir la extension de sus propiedades y señalar su figura. Del Egipto pasó esta ciencia á la Grecia unos 700 años ántes de la era cristiana, en donde varios sábios la fueron enriqueciendo sucesivamente con muchos descubrimientos. Los Griegos comunicaron á los Romanos la geometría; y cuando la decadencia del imperio ocasionó la de las ciencias, esta se refugió tambien entre árabes, hasta que los mismos la volvieron á la Europa acia el siglo XIV. Despues de esta época, Descartes, Pascal, Leibnitz, Newton y otros sábios, dieron mayor brillo y extension á la geometría con muchos descubrimientos y aplicaciones interesantes.

Gerónimos. Esta órden religiosa tuvo orígen por algunos hermanos de una congregacion de Toscana que observaban la regla de san Agustin con varias constituciones sacadas de los escritos de san Gerónimo, los cuales vinieron á España á mediados del siglo XIV, se establecieron en Aragon, Castilla y Portugal, y se retiraron á vivir en chozas y grutas, tomando el nombre de Gerónimos. En 1370 establecieron los ermitaños de Castilla su primer monasterio en Lupiana, en la diócesis de Toledo, cuyo instituto aprobó tres años despues el papa Gregorio XI; y á poco tiempo los de Aragon y Portugal siguieron su ejemplo, abrazando tambien la vida monástica. Despues se fundaron en Italia otras tres órdenes religiosas ó congregaciones de gerónimos.

Gitanos. Este pueblo errante, que se halla diseminado por todas las naciones, parece que es originario de las Indias orientales, aunque varios autores opinan que lo es de Egipto. Su primera aparicion en Europa fué por los años 1417; y se cree que vinieron á España diez años despues.

Globos aerostáticos. Algunos creen que los antiguos tuvieron ya conocimiento de los globos aerostáticos; sin embargo, la opinion mas comun es que sus inventores fueron los dos hermanos Montgolfier, vecinos de Annonai en Francia, que concibieron el proyecto de imitar con el aire fijo ó gas, una especie de nube artificial capaz de sostenerse en la atmósfera. Para esto formaron un gran balon de lienzo forrado en papel, le llenaron de humo de paja y de lana, logrando verle subir á mil brazas de elevacion, con general asombro, el dia 5 de junio de 1783. La fama llevó á Paris esta novedad, y M. Charles, profesor de física, junto con los hermanos Robert, construyeron un globo de tafetan engomado, de 12 piés de diámetro, que lleno de cierto gas voló en dos segundos 480 brazas, perdiéndose entre las nubes á vista de un numeroso concurso, reunido en el campo de Marte.

Globo terrestre. La invencion de esta máquina se atribuye á Anaximandro, y la del globo celeste á Atlas.

Grabado. El arte de grabar planchas para sacar cópias ó estampas por medio de la impresion, tuvo orígen á principios del siglo XV. El mas antiguo de todos fué el grabado en madera, cuya invencion se atribuye á unos alemanes; y se cree que en el año 1425 hicieron la primera l que representaba á san Cristobal. . El gral buril sobre metal, parece que fué inventa el año 1480 por un platero de Florencia, ll Tomás Finiquera ó Finiguerra; bien que l manes disputan á los italianos el honor de e vencion. En el siglo XVI se inventó el g al agua fuerte; unos creen que por un pi Nuremberg llamado Alberto Duro ó Dure tros por Francisco Mazzouli, llamado comu te el Parmesano. El arte de grabar sob mantes le inventó el milanés Clemente Bi Este ingenioso artista vino á Madrid de ór Felipe II en 1564, y grabó sobre un diam retrato del desgraciado príncipe don Cárlos bre otro las armas de España. El grab varios colores fué inventado en Inglaterra año 1720 por el aleman Jaime Le Blond, e para imprimir una misma cosa empleaba n planchas; y luego se han discurrido otros dos mas sencillos. Posteriormente se han plicado los métodos de grabar, siendo mucl que se cuentan en el dia.

Gramógrafo. Máquina para cortar el inventada en 1791 por M. Rohberger.

Grana (Color de). Un holandés llamad bel parece que descubrió el secreto de t color de grana, el cual solo confió á su hij ta á su marido Cuffler, quien hizo el prim de esta invencion en Leyden, á fines de XVII.

Granadas de artillería. Se dice que fu ventadas lo mas tarde en el reinado de F co I de Francia, y que se usaron por prime en el sitio de Wachtendonc en 1588; per creen que los moros las usaron ántes en E de donde pasó esta invencion á las naciones nas. Las granadas de mano fueron inve posteriormente.

Grande de España. Cárlos I (V de Ale concedió en 1520 el título de grande de E á varios de los señores españoles que ántes maban *ricos-homes*.

Grua. Máquina para levantar peso, in da por Padmora, y perfeccionada despues. antiguos conocian una máquina mui semej esta.

Guardias de corps. Parece que su pri institucion se verificó en el reinado de Cárl de Francia, por los años 1423, y que Lui reformó despues este real cuerpo. En E fué creado por Felipe V, en 1704, habiend do despues varias alteraciones en diversas é

Guardia real. La guardia real de infa fué creada en España en 1704, y la de ca ría en 1824.

Guelfos (Orden militar de los). Jorge I Inglaterra creó esta órden en 1815.

Guillermo I (Orden de). El rei de los P Bajos Guillermo I fundó esta órden milit 1815.

Guillotina. La invencion de esto suplici tribuye al doctor *Guillotin*; pero se cree qu no hizo mas que proponer en 1790 el uso de lla máquina antigua, para evitar á los reos res padecimientos.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA

Los ojos de la novia.

El castillo de Montmorot estaba situado en medio de un bosque que servia de morada á un genio temible, llamado *Vuivre*. En 1543, á cuya época se refiere la leyenda de la que extractamos esta historia, habitaba el castillo un señor mui rico, y á quien amaban y respetaban sus vasallos por su extremada amabilidad. Pero el buen señor era viudo y viejo, dos cosas que le disgustaban extraordinariamente; por cuyas razones vivia retirado en sus dominios en compañía de una jóven que habia adoptado hacia algunos años. Quién era esa jóven? de dónde procedia?.... Una tarde de invierno en que el anciano baron estaba sentado delante de la chimenea, oyóse de pronto el penetrante sonido de un clarin en la puerta exterior del castillo. A tan inesperado ruido corrieron á las armas todos los soldados, bajóse el puente, y con gran sorpresa de los escuderos, no se vió á nadie en el extremo opuesto. Algunos que se adelantaron á sus compañeros encontraron en la orilla exterior del foso á una niña envarada de frio. El baron creyó ver en tan extraño acontecimiento un favor del cielo, que le proporcionaba á la vez la ocasion de hacer una obra buena, y un consuelo en su ancianidad. Insensiblemente fué tomando cariño á aquella abandonada criatura, no tardó en amarla con cariño, y al fin la adoptó solemnemente.

En la época en que empezamos esta historia, Evora tenia diez y siete años. Era mui hermosa, pero tenia un carácter sumamente desigual. Habitualmente estaba sumerjida en una tristeza profunda, de la que salia de repente para abandonarse á los excesos de una alegría extravagante ó de una cólera indomable. Sin embargo, estaba al parecer dotada de un corazon bueno y sensible, porque lloraba sus faltas que desconsolaban á su padre. Una de sus rarezas consistia en buscar la soledad y la oscuridad: por la noche se escapaba del castillo, é iba á vagar por los campos, sin que fuese posible descubrir ó hacerle confesar la causa y el objeto de tan extraña manía. Estos defectos, cuya mayor parte ocultaba el baron con paternal cuidado, no impidieron que mui altos y poderosos señores, atraidos por su hermosura y riquezas, solicitaran su mano con las mas vivas instancias. Uno de ellos, cuyos títulos y bienes no cedian en nada á los de sus rivales, y que les excedia á todos en figura personal y hazañas caballerescas, fué el preferido por el baron, y el corazon de Evora rectificó la eleccion paternal. El 12 de junio fué un gran dia para los habitantes del castillo y del pueblo de Montmorot; dia feliz y bendecido que debia alumbrar el enlace de la hermosa Evora con el noble caballero Raul de Morvilliers. Sin embargo, pareció largo al impaciente caballero, porque la ceremonia religiosa no debia verificarse hasta despues de anochecido. A la hora indicada se buscó en vano á Evora; habia desaparecido sin que nadie pudiera dar la menor explicacion acerca de este particular.... El anciano baron está corrido de vergüenza, y pálido de cólera. Los escuderos recorren los campos. Raul vaga sin direccion fija por los alrededores del castillo. Veinte veces ha pasado ya, fatigado y desesperado, por las inmediaciones de la laguna que los habitantes de Montmorot no se atreven á pisar, porque creen que es la morada favorita de la *Vuivre*: sigue el primer camino que se le presenta, y llega al fin del valle: de pronto divisa á Evora sentada en una piedra y dando penetrantes suspiros. Se precipita acia ella, la llama.... Evora se levanta y quiere huir; pero Raul la detiene entre sus brazos. Hace vanos esfuerzos para escaparse. Huid! exclama con terror.

— Soi yo, dijo Raul; mírame y nada temas.

— Huid!

— ¿Qué funesta turbacion se ha apoderado de tu alma? Evora, vuelve en ti.

— Huid!

— Me ha engañado mi amor? dijo el caballero levantándose: noble hija de las montañas, temes perder tu libertad?

— Escucha, dijo Evora como si estuviese inspirada: te he amado ántes de que mis miradas se atrevieran á decírtelo: amaba tu noble figura, tu belicoso rostro y tu porte caballeresco; amaba la brillantez de tu dorado casco, el ruido de tus espuelas y tu intrépida firmeza encima del fogoso corcel. Estaba triste cuando te hallabas ausente: temblaba en tu presencia, y tu solo nombre me hacia estremecer. Y ahora daria por ti, por un acento de tu voz, por una mirada de tus ojos, mi belleza, mi juventud, mi vida, los abrazos de mi padre, el aspecto de estas montañas en que he nacido, ese cielo, ese aire que me embriaga á tu lado, y esta pulida corona virginal que destruyo á mis piés! Pero un fatal secreto pesa sobre mi destino; secreto que si tú conocieras, me arrebataria para siempre tu amor, que tan grato me es, y por el cual he sido criminal.

— Criminal!....

— No me preguntes: si me amas, vete, déjame sola, y te juro por mi amor que me verás mañana.

— Imposible! el honor y el amor me encadenan á tu lado.

Oyóse el relox del castillo. Evora se estremeció, un sudor frio cubrió su cuerpo, y cayó á los piés de su amante. Por piedad déjame, Raul, dijo dominada por una violenta congoja.

— Ven, contestó el caballero.

— Raul, en nombre de tu padre....

— Ven!

— Por tu espada de caballero....

— Ven!

— Raul, compadécete de mí.

— Y tú compadécete de mi amor, de mi vida, porque mi muerte es inevitable si este suplicio dura mucho tiempo.

El relox del castillo dió las doce.... Evora hizo un esfuerzo sobrenatural, y desapareció.... Raul la buscaba con la vista, á pesar de la inmensa oscuridad, y divisó junto á él una forma monstruosa que se arrastraba entre la yerba.

— Desgraciado! le dijo una voz que se parecia á la de Evora, por qué no has accedido á mis súplicas? Tu loca obstinacion ha destruido nuestra felicidad.... Tu vida me pertenece ahora; pero siento por primera vez que el amor puede aun mas en mí que el feroz instinto que me anima: aléjate....

Raul, que al pronto se habia quedado petrificado de terror, se tranquiliza al oir aquella voz que tan grata le es.

— Monstruo abominable! exclama, espíritu de las tinieblas! en vano tratas de amedrentarme.

Y sacando la espada, descarga repetidos tajos sobre la cabeza del monstruo, que retrocedió dando profundos gemidos; pero la espada salta en pedazos.

—Quién eres? dijo Raul aterrado.

—Soi Evora, Evora, que te amaba, y á quien has perdido.

—Te creo, porque tu voz es dulce como la suya, y tus ojos brillan tambien como los suyos. Y fascinado por las miradas del monstruo, avanzaba acia él con los brazos abiertos.

—Ya no es tiempo, continuó la misma voz; y el monstruo se fué alejando rápidamente, con los ojos clavados en Raul, hasta que se sumerjió en el lago.

El caballero se detuvo cuando ya nada veia: luego oyó á su alrededor una voz que decia:

—Ya no me volverás á ver. El cielo me habia sentenciado á sufrir en la tierra este doble y fatal destino. Iba á cometer un nuevo crímen casándome contigo: la justicia divina le ha impedido. Esos ojos que te hechizaron son dos diamantes, en los que está mi existencia. Te los doi. Adios. Acuérdate de Evora.

Dos diamantes cayeron á los piés del caballero, cuya brillantez y pureza admiró largo rato, y cediendo á un movimiento involuntario, alargó la mano, y los recojió.... Un amargo grito atravesó el aire.... Y el caballero emprendió solo y pensativo el camino del castillo de Montmorot.

El baron murió de pesadumbre. Raul colgó su armadura de caballero en la capilla de un monasterio que hizo levantar en el valle en que pasó la anterior historia; y en ella se conservan aun los restos de la espada del desgraciado caballero, y una leyenda destinada á perpetuar la memoria de este acontecimiento.

N.

EL REI NERON,

caudillo de las islas Massacres.

El capitan americano Morrell, comandante del brick llamado el *Antártico*, de Nueva York, descubrió el año de 1830 el grupo de las islas Massacres, en el Océano Pacífico. Apénas ancló el navío, cuando los naturales, casi tan negros como los Africanos, empezaron á acercarse en sus canoas, aunque quedándose á alguna distancia, y manifestando con sus ademanes curiosidad, asombro y temor. Aproximáronse un poco mas á la embarcacion, y suspendieron el movimiento de sus remos, como no atreviéndose á acercarse mas. En vista de esto, enarboló el capitan Morrell una bandera blanca en señal de amistad, y les manifestó varios collares de avalorio y otras cosas, que relumbraban con el sol. Así se consiguió que se llegasen mas al navío; pero cuando vieron de cerca los palos y las jarcias, se atemorizaron tanto, que por algun tiempo no se resolvieron á pasar á bordo del bajel. "Entre aquellos hombres, dice el capitan, distinguí á uno, á quien luego reconocí por caudillo de los demas, y al cual, por no saber su nombre, di el de *Neron*. Su porte era atlét su mirada llena de majestad y nobleza, é iba ac nado del modo mas singular con flores y conc en la cabeza y en el cuello, llevando en brazos piernas anillos y brazaletes de finísimo ca Despues de mucho tiempo conseguí persuadirl que pasase á bordo de mi nave con algunos de suyos, aunque costó gran trabajo que accedie ¿Quién tendrá palabras para pintar su admiraci cuando se vieron en el puente? Quedáronse m dos y como sin sentido; ni hacian el menor m vimiento, ni aun movieron un pié hasta que to á Neron del brazo, paseándolo con todas las c mostraciones posibles de cortesía."

Tranquilo un tanto al ver la benevolencia esta conducta, empezó Neron á volver de su aso bro, y á dar señales de excesiva curiosidad. Ex minó rápidamente los mástiles, las velas, el pue te, los cables, las anclas y cuanto estaba á su v ta, pasando de un objeto á otro, palpándolo to con ambas manos, preguntando el uso de cada c sa, aunque sin esperar respuesta, y poniendo lu go las manos en otro objeto. Ultimamente, puso á dar brincos en el puente como un lo riendo y haciendo exclamaciones de sorpresa ternativamente; y cuando alguna cosa le llama mucho la atencion, exclamaba *rett-stiller*, que qu re decir: qué lindo! Sus compañeros tambien interesaban mucho en los objetos de que se vei rodeados; mas no se atrevian á expresar sus e saciones en presencia de su jefe. El capit Morrell invitó á Neron á bajar con él á la cá ra; pero él se resistió hasta que tres de sus gen acometieron ántes esta arriesgada empresa, cual hicieron con visible repugnancia. Sin bargo, apénas entraron á la cámara, cuando espanto hizo en ellos lugar al asombro y á la miracion, porque vieron la multitud de fusiles, tolas y sables que por todas partes la decorab ponianse las manos en los ojos como deslumb dos, exclamando: *rett-stiller*; grito que al inst te repetian los compañeros que se habian que do en el puente. Enseñáronles despues un e jo, cuya vista los llenó de miedo; se quedaron algunos momentos atónitos de terror, miránd unos á otros, y mirando despues con much sombro la imágen reflejada en el espejo; mas go que reconocieron en él sus propias figuras abrazaban, hacian gestos mui graciosos, se re con todas ganas, y daban ahullidos de júbilo.

Cuando Neron oyó este bullicio, ya no pudo sistir mas tiempo al deseo de bajar; y así, en brinco se puso en la cámara, y miéntras la re traba con la vista, hacia muchísimas exclama nes de gozo y sorpresa. De allí á poco llega al rededor de la nave mayor número de barcas nas de naturales negros y desnudos como los meros, que venian de las otras islas, y daban i cios de incredulidad al oir las cosas maravill que les contaban los que estaban á bordo del vío. Mas pronto quedaron convencidos por propios ojos de que nada se les exageraba. señóseles entónces la cocina, ofreciéndoseles y algun otro alimento que rehusaron con m repugnancia. Los cañones llamaron despu atencion del caudillo negro, quien estaba ans simo de saber para lo que servian; pero no entónces decente ni político satisfacer su cur dad en este punto. El capitan Morrell se li

Indo castigado S. Claro n.º 6.

NERON.

Caudillo de las islas Massacres.

á tomar una poca de pólvora, y á quemarla delante de ellos en el puente, lo cual les causó tanto asombro, que vinieron al suelo; mas viendo que no les habia sucedido mal ninguno, se levantaron luego sin temor, dando á entender que lo que acababan de ver se parecia al relámpago y al trueno. Cuando ya empezó á quedar satisfecha su curiosidad, y á calmarse su entusiasmo, hicieron los del navío algunos regalos á Neron y á sus principales secuaces, y ellos se manifestaron mui agradecidos. No quiso Neron ser ménos cortes, y así despachó á tierra algunas canoas, las cuales volvieron de allí á poco cargadas de cocos y otras frutas. Entónces, accediendo Neron á la súplica del capitan Morrell, permitió que llegase este á tierra, acompañándole en su propia canoa, y el teniente del navío iba por detras en la chalupa del *Antártico*, bien provisto de hombres y armas.

Llegados á la isla, llevó Neron á sus huéspedes á su casa, que solo se distinguia de las demas en que era mas alta y extensa; tomaron algunos refrescos, que principalmente consistian en frutas y peces de varias especies, y sentándose despues en unas alfombras, formaron los jefes, acompañados de algunas mujeres bastante bonitas y enteramente desnudas, un círculo al rededor de los extranjeros; pero á quien trataban con mas miramiento y atencion era al capitan Morrell, á quien sin duda consideraban como caudillo de una tribu poderosa de alguna isla lejana. Concluida la comida, regaló el capitan á la reina un par de tijeras, un cuchillo pequeño y algunas cuentas de vidrio que su Majestad aceptó con mucha gracia, quedando mui prendada del obsequio, especialmente de las tijeras. Tanto estas como el cuchillo excitaron la admiracion de todos; cosa mui natural para aquellas gentes que nunca habian visto un pedazo de hierro ni acero, y cuyos mejores utensilios eran de concha ó piedra. "Ya que se sosegó su alborozo, sigue diciendo el capitan Morrell, su curiosidad se dirijió á mi persona misma. Con todo eso, ninguno se atrevió á tocarme, excepto Neron, y aun este lo hizo con muchísimo tiento. Bien satisfecho de que era yo de carne y hueso como él y sus semejantes, y convencido de que no se podia hacer desparecer el color blanco de mi cútis, que él creia artificial, se volvió á sus consejeros mui sorprendido, y habló con ellos acerca de este maravilloso fenómeno. Todos los asistentes le escucharon con mas admiracion que respeto, quedándose inmóviles y con las bocas abiertas. Entónces me suplicó Neron que me desabrochase la chaqueta y la camisa para ver si todo mi cuerpo era blanco: esto aumentó su admiracion, y todos se acercaron á mí para cerciorarse de que mi color era natural. Satisfecha su curiosidad en este punto, regaláronme las mujeres algunos collares de conchas que se quitaron del cuello, de los brazos y de las piernas. Imitaron los hombres esta muestra de cortesía, dándome igualmente sus adornos. Habria como cuatrocientas de aquellas gentes observándonos, y de repente entonaron un cántico en coro, levantando la voz viejos y jóvenes, mujeres y niños, y dando á entender que á mí me celebraban: yo por mi parte les daba las gracias por medio de sonrisas y ademanes de gratitud. Terminado el concierto, di á entender á Neron que queria ver toda la isla, suplicándole me hiciese favor de acompañarme, lo cual hizo de buena gana, tomando algunas gentes de acompañamiento. Seis hombres iban de guias por delante de nosotros, y yo caminaba sin armas para dar una prueba de la confianza que tenia en aquellos habitantes, que á la verdad eran de genio mui apacible. Al atravesar el bosque, todos se empeñaron en divertirme, para lo cual bailaban, jugueteaban, corrian y hacian mil cabriolas, como muchachos que acaban de salir de la escuela. Todo cuanto miraban mis ojos tenia para mí un aspecto de juventud y lozanía que me hacia contemplar aquella isla como una creacion reciente. En el centro de la isla vi unos montoncillos de coral formados simétricamente, y supe por Neron que aquel sitio era el cementerio real, donde tan solo eran enterrados los caudillos y guerreros de distincion, pues los demas eran sepultados en las aguas del mar."

Los habitantes de las islas Massacres tienen sobre seis piés de estatura, son bien proporcionados, garbosos, de mucho vigor, nerviosos, un tanto gruesos, y ágiles en extremo; sus brazos y piernas son bien torneados, y como la mayor parte de los insulares del Océano Pacífico, sus piés y manos son pequeños en proporcion á las demas partes del cuerpo. La forma de su cabeza es mui graciosa; la cútis de hombres y mujeres es suave y delicada al tacto; su cabello es un poco crespo, pero sedoso y dócil. Todas sus facciones son regulares; pero su fisonomía tiene un aspecto feroz cuando no la anima el placer. Pintarrájanse todo el cuerpo de un modo tan extraño que se desfiguran completamente, poniéndose mui feos. Las mujeres son casi tan corpulentas como los hombres, no ménos esbeltas y con bellísimas dentaduras. Sus vestidos se reducen á un jubon hecho con la corteza delgada del cocotero, que apénas les llega á las rodillas; pero la mayor parte de aquellos habitantes, tanto hombres como mujeres, andan enteramente desnudos, y sin mas adornos que los ya mencionados de collares, sartas de conchas, brazaletes, &c. Los caudillos tienen por distintivo un penacho de plumas mui gracioso. Sus instrumentos de guerra son mui numerosos, y sus principales armas consisten en arcos, flechas, lanzas, mazas y hachas.

Extractado del Magasin universel por M. G.

SOBRE LA SALUD

DE LOS LITERATOS, HOMBRES DE NEGOCIOS Y ARTISTAS.

Los dedicados á las ciencias y artes, y sobre todo los que se entregan á un trabajo mental continuo, se conducen por lo regular peor que las gentes ménos instruidas en punto á cuidar de su salud. Absorbidos en sus estudios y meditaciones, descuidan de sí propios, y se exponen á una multitud de enfermedades. Daremos en pocas palabras las reglas fáciles que deben observar para precaverse de ellas.

Para concebir cuán expuesta se halla la salud de los literatos, basta tener presente que á las operaciones mentales acompaña un cansancio mas sensible y durable que á los trabajos corporales, y

que dos órganos tan importantes, como lo son el cerebro y el estómago, no pueden trabajar simultáneamente, sin que sean imperfectas las funciones de alguno de ellos, y esto es lo que casi siempre sucede al estómago de aquel cuya cabeza trabaja mucho. La vida sedentaria que llevan, las meditaciones abstractas á que se entregan, son la causa comun de los dolores de cabeza habituales, de las frecuentes jaquecas y las congestiones cerebrales, la apoplegía y aun la demencia. El estómago y el cerebro son los órganos mas expuestos á las enfermedades; pero sufre tambien la vejiga y los riñones, y les amaga el mal de piedra por la mala costumbre que contraen de contener la evacuacion por no dejar el trabajo de la mano. La postura que tienen en su bufete ejerce una presion continua sobre los órganos contenidos en el vientre, y los predispone á inflamaciones, á menudo mui perjudiciales en ellos. Las veladas, como que invierten el órden de la naturaleza que tiene destinada la noche al reposo, dañan mucho á la salud, prescindiendo de lo que perjudican á los órganos de la respiracion los vapores que exhalan las materias combustibles que se emplean en alumbrarse. El aire reconcentrado que respiran, el aseo de que á veces suelen cuidar poco, la soledad, la aplicacion continua de la vista, son otras tantas causas, cada una de las cuales contribuye á deteriorar su constitucion física y á arruinar su salud.

Las reglas generales de higiene, no tienen que sufrir modificaciones notables en su aplicacion á este punto, pues no se trata sino de contrabalancear con el bien entendido uso de los agentes que esta ciencia pone á nuestra disposicion la influencia poco favorable de algunas de las circunstancias en que se constituyen los literatos. Por lo mismo les será tanto mas necesario un aire puro, cuanto á que permanecen habitualmente encerrados; teniendo cuidado de renovarle y mantenerle en una temperatura media en todas las estaciones del año. En invierno es mejor tener en el gabinete chimenea ó brasero bien encendido que estufa, porque el calor no es tan fuerte, y es mas completa la renovacion del aire. No obstante, una estufa bien arreglada tiene la ventaja de dar un calor igual sin causar la molestia de cuidar de ella. Conviene tambien que entre la luz en la pieza en que se trabaja, pues la obscuridad, ademas de que influye en todo el cuerpo, determinando una especie de laxitud, cansa mucho los órganos de la vista. Para trabajar de noche conviene una luz pura y que no vacile, como la que dan los quinquets perfeccionados. Una pantalla de papel blanco ó de cristal mate, conteniendo en cierto modo la luz, hace mas suave su impresion.

El vestido del literato debe ser abrigado, suave y ligero, y sobre todo holgado, para no dar lugar á opresion en ninguna parte del cuerpo, pues sabe mui bien toda persona estudiosa cuán imposible es dedicarse seriamente al estudio cuando se siente uno incomodado, por poco que sea. El calzado abrigado les es mucho mas preciso, por motivo de que cuanto mas ocupada está la cabeza, suelen estar los piés mas frios. No dudamos pues aconsejar el uso de medias de lana la mayor parte del año, ó el tener bajo de la mesa un calientapiés, forrado de piel de oso ú de carnero.

El cuidado en el aseo y limpieza es indispensable para resarcir la poca transpiracion. Los b
ños tibios son mui útiles, bien como medios
limpiar la piel, bien como propios para calmar
estado de excitacion y de picor nervioso que acom
paña siempre á una atencion demasiado vehemen
te ó seguida por mucho tiempo. Son por lo mi
mo provechosas las friegas secas ó aromáticas h
chas con frecuencia por todo el cuerpo.

El alimento merece una atencion particular,
no debe ser indistintamente de toda clase, pue
los que son de fácil digestion para el robusto la
brador no lo son sino de mui dificil para el está
mago delicado del sabio. Las legumbres y fruta
los huevos, el pan bien cocido y las carnes frescas
en corta cantidad deben ser el alimento habitu
de este, absteniéndose cuidadosamente de carne
saladas y ahumadas, de los fritos y toda especi
de pastelería crasa. Son útiles como condimen
tos los aromas. Las comidas deben ser moderadas
das y hechas con lentitud, para que la mastica
cion sea perfecta, y el estómago no trabaje tanto
El ponerse al trabajo inmediatamente despues d
haber comido es incómodo, y rara vez deja de se
perjudicial, por la desazon que engendra una di
gestion interrumpida.

La bebida mas conveniente á las personas mu
estudiosas es el agua pura, y no deben usar de
vino sino con mucha moderacion: el café y el té
que suelen usar con exceso, son mui á propósito
para deteriorar su salud. El verdadero secret
para trabajar mucho sin fatigarse y tener sien
pre las ideas frescas y claras, es el de la sobrie
dad, como puede probarse con innumerables ejem
plos, siendo sobre todo necesaria esta templanza
cuando se trata de hacer un esfuerzo en el trab
jo. Entónces es cuando el té y el café dan un
actividad prodigiosa, por decirlo así, á las facult
des intelectuales; pero no debe olvidarse que es
tos medios artificiales de excitar la mente redu
dan por último en daño de quien los emplea, po
el estado de abatimiento que se le sigue, hacien
do atrasar mas de lo que se ha adelantado violen
tamente.

El ejercicio es en los literatos el mejor medio
de equilibrar la influencia perjudicial de un trab
jo mui prolongado. La declamacion y la lectu
ra en alta voz son provechosas, con tal que se ha
gan en tiempo oportuno, es decir, cuando el está
mago se halle desembarazado; pero no es este e
jercicio capaz de suplir por los demas: el paseo, e
montar á caballo, el juego de bolos, el de villa
cuando el tiempo no permite salir, proporcionan
otros tantos medios de conservar la salud, exci
tando en primer lugar una suave transpiracion
y proporcionando tambien á los órganos del pen
samiento algunos momentos de un descanso qu
les es necesario. Para hacer ejercicio no deb
aguardarse á tener tiempo, sino que, como dic
Buchan, todo literato debe mirar el hacer ejerc
cio como un negocio esencial, y atender á sus ho
ras de recreo tanto como á sus horas de estudio
En la division de sus horas debe el estudioso f
jar las de su descanso y distraccion; sin lo cu
no podrá continuar largas tareas.

Es un buen método el de hacer ejercicio de
pues de la comida, con tal que no sea violen
ni la comida haya sido inmoderada. Suele pr
guntarse qué parte del dia es la mejor para e
tregarse al estudio, y en general se cree que

a, siendo mui bueno acostarse temprano y
ar; las veladas cansan mucho, y particu-
te cuando para resistir al sueño se echa
lel té, el café, y á veces de los licores. El
medio de trabajar de noche sin que impor-
sueño es el de comer ligeramente, dar des-
a paseo, y ponerse luego al trabajo. El
de un jardin, las obras de ebanistería y los
frescos en su respectiva estacion son tam-
edios ventajosos de distraccion de los estu-
rios.

es indiferente para la salud la postura que
a miéntras se trabaja. Los que son cortos
a y se inclinan sobre un bufete demasiado
aben mui bien esto por los dolores de estó-
y de espaldas que padecen. Conviene pues
entado cómodamente en un asiento media-
te blando, y delante de una mesa que ten-
atril bastante inclinado para poder estar
cuerpo casi recto. De cuando en cuando
que trabaja levantarse y dar algunas vuel-
la pieza para descansar; pues el cambiar
icion es un excelente medio para disipar el
icio.

ueño es mas necesario acaso á los literatos
os que ejercitan solo sus facultades físicas.
dormia constantemente nueve horas de las
uatro del dia, lo que no admira si se consi-
u prodigiosa actividad. Conviene pues á
ratos dormir bastante para reparar el can-
del cerebro, y debe tenerse por mui mal
a el de privarse del sueño.

hombres de vida sedentaria tienen por lo
evacuaciones lentas é incompletas, y mu-
as los que trabajan de cabeza, en quienes
o activa la traspiracion, habituales los cons-
y penosa la secrecion de la orina; depen-
las mas veces estas dos últimas incomodi-
le que resisten á las necesidades naturales
abandonar el trabajo. Este mismo celo
estudio suele asimismo hacerles negligen-
el aseo y la limpieza, que tanto contribu-
a conservacion de la salud. Los baños se-
ui útiles á los sabios y literatos, y se les de-
onsejar tanto mas cuanto parece que los
y no los usan sino con precauciones mui
uas.

o lo dicho tiende á minorar la extremada
tibilidad, familiar á todos los que trabajan
mente, como artistas, sabios y literatos, cu-
siones son generalmente vivas, y su sensi-
moral exquisita. Los medios higiénicos
restablecer hasta cierto punto el equilibrio,
enir las afectaciones mas ó ménos graves
pueden ser causa sus ocupaciones. A ellos
larmente toca el apreciar debidamente la
cia que ejerce lo físico sobre lo moral.

suave filosofía es la que sobre todo debe
r las pasiones, cuya accion ha quitado la
muchos de aquellos hombres destinados á
gloria y las antorchas de su siglo.

Semanario pintoresco.

Unos celos dramaticos.

chas cosas son parecidas y comparables la poesía y la pintura, pero en no pocas son desemejantes. Vaya un ejemplo.

El pintor no puede retratar objetos que nunca ha visto: si pinta figuras caprichosas, invencion de su fantasía, el original de aquellos monstruos no se hallará en parte alguna; pues el poeta, y sobre todo, el poeta dramático, pinta la lucha interior de pasiones que jamas ha sentido brotar en su alma, y las retrata al vivo, sin haber podido hacer aquella copia sobre extraños modelos, pues una cosa es la exterior demostracion de los afectos del ánimo (que esa el actor es quien la imita), y otra las ideas que nacen de cierta combinacion de sentimientos.

Macbeth, asesino, vacilando entre el estímulo de la ambicion y el horror del delito, se halla en una situacion en que jamas pudo encontrarse Shakspeare, quien no quitó la vida á ningun rei, que yo sepa, para ceñirse su corona. Tampoco Voltaire habia sido cómplice en el envenenamiento de *su marido*, y sin embargo pintó los remordimientos de Semíramis, como Sófocles el terror de Edipo, sin haber sido parricida, ni incestuoso, ni víctima del cruel destino.

Estas reflexiones me ocurrieron á mí hace la friolera de doce años en cierta temporada en que quise meterme á autor dramático. Mis apuros eran grandes, porque yo queria expresar con natural verdad una pasion celosa, y por entónces no habia yo tenido celos todavía: bastaba que una mujer me dijese una vez "te quiero" para que yo me lo creyese á pié juntillas, pareciéndome imposible toda mudanza, y tan irracional como injusta cualquier sombra de sospecha. Sabia yo sin embargo, así de oidas, que existian los celos en el mundo, y me resolví á hacer todo lo posible porque su envenenada saeta me punzase, para poder trasladar á mi drama, y dar al personaje ficticio, los sentimientos que yo experimentase realmente.

A este fin me valí de cierto amigo, teniente de la guardia, jóven de bellísima figura, talento despejado, osadía militar, y aire de calavera; y le supliqué encarecidamente que se tomase la molestia de enamorar y galantear con todo empeño á una muchacha con quien yo estaba en amorosa correspondencia, y de cuya ternura me creia en pacífica y eterna posesion. El teniente pensó por de pronto que yo estaba loco, ó que por equivocacion me habian dado en lugar de agua, despues del chocolate, algun otro líquido de los que contienen su parte de alcohol; pero en fuerza de mis instancias, viéndome inaccesible á todas sus observaciones, y por último, informado de que yo queria absolutamente sentir en mi pecho sosegado la pasion de los celos, aceptó la comision con mucho mas gusto que si le hubieran dado el encargo de atacar un reducto ó tomar una brecha por asalto.

Para facilitar mi plan, finjí yo aquella noche en la tertulia no sé qué motivo de rencilla, y me alejé como enojado de la muchacha, dando espacio para que mi contrincante se acercase. No se hizo de rogar mi buen amigo, pues que sin tardanza tomó asiento á su lado, y comenzó á hablarle al oido, miéntras yo los observaba de léjos, esperando que me principiasen á inquietar los celos, con la misma frescura que aguarda el chispazo quien por mera diversion se pone en contacto con una máquina eléctrica, y creyendo del mismo modo que en el momento en que yo quisiera cesaria la

impresion desagradable de la celosa electricidad.

Fijos la atencion y los ojos en mi querida y en mi forzado rival, noté que la señorita al principio se sonreia, y como que se alegraba de que los chicoleos del oficialito le diesen ocasion para tomar venganza de mi repentino desvío. Esta situacion duró algunos minutos, y el chispazo de los celos no agitaba mis nervios todavía: aun no estaba cargada la máquina. Poco á poco la niña fué mudando de semblante: tomó cierto aire de seriedad, encendiéronse sus mejillas, y con la respiracion cortada, y los labios entreabiertos, miraba lánguidamente y de soslayo al teniente de la guardia; con cuya transmutacion coincidió cierta especie de calofrío que á mí me subia por la espalda, y no sé qué movimiento de pulsacion un poco mas frecuente. Continuaba mi comisionado, que debia de ser experimentado perillan, en su porfiado secreteo; continuaba mi amada escuchándole con visible delectacion, y continuaban mis tiritones y mis trasudores, ni mas ni ménos que si me entrase una horrorosa terciana. Mi inquietud era inexplicable; mil extrañas ideas me acudian al pensamiento; pareciame que el amigo se iba excediendo de mis instrucciones .... últimamente, conocí que empezaba á tener celos; pero celos tan áridos y prosaicos, que en lugar de facilitar mi intento y de inspirarme versos sublimes que poner en boca del celoso galan que yo queria crear, me hicieron olvidar del drama, y del teatro, y hasta del orígen de mi indiscretísimo proyecto. Pensé, pues, en poner término á la burla, y atravesando la sala, convidé á bailar á mi querida; pero ella, con gran sorpresa mia, se negó, pretextando una jaqueca repentina. Sin embargo, el teniente se retiró conociendo sin duda en mi gesto el feliz resultado de sus tentativas: yo ocupé su silla, y me apliqué á restablecer las cosas al ser y estado en que se hallaban al principiar la noche. Vano intento! Mi bella desleal me escuchaba distraida, y ni apreciaba mis obsequios, ni respondia á mis preguntas, ni satisfacia mis quejas. Con esto me entró de nuevo la terciana, y se fué graduando hasta el punto de fiebre mas ardiente. Para colmo de desesperacion la ingrata tuvo la desfachatez de abandonarme para pasar á otra sala donde se jugaba al *ecarté*; seguíla de allí á poco, y vi, no sin grande enojo, que su diabólico instinto la habia llevado á buscar á mi teniente, con quien estaba en la mas animada conversacion. Furioso ya, y sin poder contenerme, me llegué á los dos, y respectivamente les dije en medio minuto improvisadas injurias que en otra ocasion me hubieran costado dos horas de estudio detenido para hallar entre todas las de nuestra lengua las frases mas picantes y ofensivas, siendo el resultado que el oficial se echó á reir mui frescamente, y la señorita me dijo que tuviese la bondad de irme enhoramala. Viéndome yo tratado de aquella manera, salí precipitadamente de la casa, y eché á correr como un frenético, meditando sangrientos proyectos de venganza. Tal era el estado de mi cabeza, que en lugar de volverme á mi posada anduve rodeando calles desalentado, y al cabo de una hora vine á parar otra vez casi al mismo punto de donde habia partido. No habia aun echado de ver mi error, cuando al doblar de una esquina un grupo de gente se me acerca: conocí que eran personas que venian de alguna tertulia: adelantada á cierta distancia iba una pareja estr unida por el brazo, y conversando secre y amorosamente: el hombre era un ofi guardia, la mujer una gentil y esbelta La luz de un farol hirió sus rostros.... eran mi fementida amada y mi rival d Luisa mi novia, y mi amigo Federico.

Al dia siguiente escribí dos cartas: breve de desafío á Federico; otra mui la convenciones á Luisa. En contestacio tras dos á la hora y media: una mui la derico, probándome que no debiamos re mui lacónica de Luisa, intimándome mos reñido para siempre.

Así aprendí yo lo que eran celos: mi quedó sin concluir, y yo dudando de cu se valdrán los autores para pintar los c do así que sin sentirlos no se conocen, tidos le quitan á un hombre la gana de

E

Que es la vida sin a

Todo es pálido despojo
Del hastío y del dolor;
Todo causa triste enojo
Si no lo anima el amor.

Vagara el hombre con incierto pa
Por el desierto estéril de la vida
exhausto de placer,
Y allá mirara en el perdido ocaso
Su mísera existencia maldecida
hundirse y perecer;
Si el Hacedor al arrojarle al munc
Valle de llanto, donde osado alzar
su alcázar el dolor,
A su abrasado labio moribundo
Alguna vez piadoso no acercara
la copa del amor.
¿Qué fuera el hombre en el munda
Al duro remo de la vida atado,
cual ilota servil,
Sin ese don consolador del cielo
Que ablanda el corazon emponzoñ
de efímero reptil?
Fuera un bajel en procelosos mar
Roto, oscilante sobre inmensa tum
sin guia ni timon;
Que entre el clamor de fúnebres c
Al sumerjirse entre las ondas, zun
con fatídico son.
Fuera una sima cavernosa, oscura
Dó nunca el astro bienhechor del
osara penetrar:
Cuerpo sin alma, mágica figura,
Aborto de la ardiente fantasía,
espacio por llenar.
Tigre arrullado al belicoso estruei
Del ronco parche y hórrido estam
de atronador cañon
Oyera el grito matador, horrendo
Sin sentir en su pecho endurecido
latir el corazon.
Viera á sus plantas el sepulcro al

Bebiendo ansioso de la parca insana
el álito glacial;
Ansioso de arrojar en el desierto
De su existencia efímera y mundana
el despojo mortal.
Y pasara en la tierra cual rastrea
La vil culebra sobre inmundo cieno,
hollando con desden
La fresca planta que el vergel sombrea,
Y el áureo caliz de la rosa lleno
de aromas del Eden.

Mas ese Supremo Ser
Que al hombre en su maldicion
Predestinó á padecer,
La ofreció por compasion
El amor de una mujer.
Le dió para su ventura
Una angelical belleza
Llena de gracia y ternura,
De candor y de hermosura,
De pasion y gentileza.
Le dió en ella á respirar
Una aromática esencia;
Le dió una vida que amar,
Y un dios á quien adorar
Con frenética vehemencia.
A su aspecto candoroso
Ebrio el hombre de alegría,
Vió en él golfo tenebroso
De su existir proceloso
Que un faro brillante ardia.

Entónces la barca atara
Que á otro mundo le pasara:
Su esclava existencia amó,
Y á Dios humilde rogó
Que navegar le dejara
En el golfo en que nació.
Placer encontró en vivir;
Sus penas trocó en placer,
Y vió en su mente nacer
El sueño del porvenir,
Desde que llegó á sentir
Las caricias de otro ser.
Ya su fiereza rendida
Dió entrada á la compasion,
A ese destello de vida,
A esa dulce sensacion
Que imprime en el corazon
Una lágrima vertida.
Y la maldad inclemente
Perdió en él su poderío,
Cual en las ondas del rio
Pierde su espuma el torrente,
Cual se deseca la fuente,
Cual se evapora el rocío.

¿Qué importa mirar el campo
Cubierto de ricas flores,
Y esmaltado de colores
Al prado fragante olor
exhalar?
¿Qué importa que en raudo vuelo
Pueblen el aire las aves,
Y que en cánticos suaves
Saluden al resplandor
luminar?
¿Qué importa que en blanca plata
Del claro y undoso rio
Pueda el pez á su albedrío
El ancha cola escamosa
sacudir?
¿Y que en escondida mata
Duerma la liebre serena,
Y se mire en la colmena
A la enjambre laboriosa
rebullir?

Todo es pálido despojo
Del hastío y del dolor;
Todo causa triste enojo
Si no lo anima el amor.

Así cantaba un doncel,
Y al propio tiempo escribia,
Y llanto de amor vertia
Sobre el húmedo papel.
Iba á añadir un renglon
Y se detuvo un momento,
Arrobado el pensamiento
En fantástica ilusion.
Pensó que la hermosa Laura,
Cual la silfide ligera,
Le miraba placentera,
Y columpiaba en el aura
Su trenzada cabellera;
Y que una mano de nieve
Su mejilla acariciaba,
Y de su pecho exhalaba
Suspiro ardiente aunque leve,
Que sus venas inflamaba.
Mas ah! que el dorado sueño
Se huyó cual en la tormenta
La luz del cielo se ahuyenta
Con su brillo y su calor.
Y el doncel tornó á su letra,
Lleno de rabia y sonrojo;
Todo causa triste enojo
Si no lo anima el amor.

C. Diaz.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Guitarra. Este instrumento de música se llamaba antiguamente *guiterna*; y aunque no se puede determinar su orígen, se presume que vino de la Arabia, en donde era conocido desde tiempos mui remotos; y es probable que los Moros introdujeron la guitarra entre los Españoles.

Heliómetro. Instrumento para medir el curso del sol, inventado por Eudemon y Meton de Aténas por los años 440 ántes de la era cristiana. En 1747 inventó Bouguer en Paris otro heliómetro destinado á medir el diámetro aparente de los astros.

Henómetro. Este instrumento, propio para fijar el término de la fermentacion de los vinos en

las cubas, fué inventado por el abate Bertholon.

Herradura. Los caballos de los Griegos y aun de los Romanos en un principio no las tenian; sin embargo, estos herraban sus mulas, no con hierro, por su escasez, sino con otro metal. Las que tiraban de los carros de Neron gastaban herraduras de plata, y las que servian á su mujer Popea las llevaban de oro. Pero ninguna de estas herraduras tenia clavos, sino que se sujetaban con correas.

Hidrógeno. Este gas, que es uno de los principios constitutivos del agua, y al que se llama tambien gas inflamable, fué descubierto en los primeros años del siglo XVII, aunque pasaron muchos años ántes que se conociesen exactamente sus propiedades.

Hidro-kel-metro. M. Pitot inventó este instrumento para medir la velocidad de las aguas.

Hierro. Tubalcain inventó el arte de trabajar el hierro y otros metales.

Hoja de lata. Se dice que fué inventada en Francia, y que el secreto se perdió por muchos años cuando los protestantes tuvieron que emigrar, de resultas del edicto de Nántes dado en 1686; siendo Reaumur el que dió á conocer de nuevo dicho secreto en el siglo pasado. En 1727 se estableció cerca de la ciudad de Ronda en España una fábrica de hoja de lata, la cual salia mas perfecta que la de Inglaterra; pero los Ingleses, celosos de la extraordinaria prosperidad á que llegó esta fábrica en pocos años, lograron sobornar algunos operarios, que incendiaron el almacen de carbon, y todo quedó reducido á cenizas.

Holómetro. Instrumento compuesto de tres reglas movibles para medir toda clase de alturas, inventado por Abel Tullo acia el año 1564.

Homeopatía. Nueva doctrina médica, fundada á principios de este siglo por el aleman Hahnemann, cuyo principio es que *los semejantes se curan con sus semejantes*, es decir, que una enfermedad se cura con los medicamentos que, administrados á un hombre sano, producirian una enfermedad semejante; por ejemplo, la quina, que produce en un sano la calentura, la cura en un enfermo; la anémona, que causa un resfriado de cerebro, le cura, &c. Esta doctrina, que tantos partidarios y tantos enemigos ha encontrado, es quizá hija de Hipócrates, aunque disfrazada, y hará probablemente una revolucion en la medicina.

Honda. Sus inventores, segun Plinio, fueron los Fenicios. David venció con ella á Goliat. Los Mallorquines fueron famosos en la antigüedad por el manejo de la honda, que usaban los ejércitos persas, cartagineses, griegos y romanos, y que las armas de fuego han desterrado completamente. Los Árabes sin embargo la manejaban aun diestramente en Oran en 1832, contra las tropas francesas.

Horno. Suidas refiere que un Egipcio llamado Asmos, ideó hacer hornos cuadrados; los cuales despues fueron de una pieza, despues de ladrillos, de barro, &c. Estas obras están mui léjos de su perfeccion, que será completa cuando se consuma ménos combustible y se cueza el pan miéntras arda aquel. Los hornos que tenian los Egipcios para sacar pollos, se hallan hoi mejorados considerablemente.

Hospicios. El primero de estos establecimi tos de beneficencia parece que fué instituido p el emperador Trajano, quien hacia llevar allí niños pobres de ambos sexos para alimentarlo instruirlos á expensas del estado.

Hospitales. Estas casas de asilo para los p bres enfermos y achacosos, tuvieron orígen en l primeros siglos del cristianismo. San Lorenz diácono de la iglesia romana, fué el primero qu acia el año 258 juntó un gran número de enfe mos y pobres, los cuales eran cuidados y mante nidos con las limosnas de aquella iglesia. Per el primer hospital, propiamente dicho, parece fu establecido por los años 380 de nuestra era, po una piadosa dama romana llamada Fabiola, la qu hizo construir una casa de campo para reunir e ella los enfermos y achacosos, en donde se le proporcionaban los alimentos y auxilios necesa rios. En el siglo VI construyó el emperador Ju tiniano el célebre hospital de san Juan en Jeru salen.

Husillo. Máquina en la cual la potencia d una vuelta entera para que la resistencia haga u paso. Los mas célebres son el de *Arquímede* que sirve para elevar agua, y el *husillo sin fi* de que se usa para levantar cuerpos mui pesado

Iconografía. Con este nombre se conoce método inventado en 1796 por M. Redoute pa imprimir de varios colores por medio de una sol plancha, cuyo procedimiento perfeccionaron e 1802 los profesores Audebert y Vicillot.

Iconóstrofo. Instrumento de óptica que par ce fué inventado en 1793 por M. Bachelier, p cuyo medio se ven los objetos vueltos al revés, sirve para los dibujantes y grabadores.

Iman. La virtud atractiva de esta piedra l sido conocida desde la mas remota antigüeda Segun Plinio, su descubrimiento fué efecto de casualidad, pues parece que un pastor llama *Magnes*, estando sobre una de estas piedras, no una grande dificultad en levantar los piés, cu calzado estaba herrado con clavos, y asimism en retirar su cayado que tenia un hierro al extr mo. Unos creen que el nombre latino *magn iman*, le tomó de dicho pastor, y otros de la ci dad de *Magnesia*, en cuyas inmediaciones dic que sucedió el caso referido. El primero q ideó el hacer imanes artificiales fué Saveri, en siglo XVII.

Incendios. Se dice que el holandes Vande Heyden inventó en 1699 la primera bomba pa atajar los incendios, en la cual se han hecho p teriormente mejoras de entidad: y otros divers sugetos han discurrido tambien varias máquin con el mismo objeto.

Incienso. Sustancia compuesta de goma y cina que se extrae de una especie de enebro q crece en la Arabia en las playas del mar Rojo

Ingenieros. El cuerpo de ingenieros debe establecimiento en Francia al mariscal de Vaub que vivia en el siglo XVII: ántes eran mui po los que se dedicaban á esta profesion. En Es ña fué creado este real cuerpo en el año 1711 el de ingenieros de marina en 1770.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

Aguador Turco.

Lith. Castillejos y Clara nº 8.

Turco de Damasco y Turco de Tunez.

Reseña histórica de Turquía.

Este imperio, que solo cuenta cuatro siglos de antigüedad, se extiende por Europa, Asia y Africa. Los Turcos, en su orígen Escitas, formaban en el siglo XIII una tribu esparcida por las orillas del mar Caspio, la cual fué llamada tambien de *Tártaros ogusianos*, siendo sin duda un resto de la monarquía turquestana, que, segun los historiadores del Bajo imperio, comprendia en el siglo VI todo el pais situado entre el Mar Negro y la China. Los Turcos abrazaron la lei de Mahoma despues del califato de Omar, á cuya secta han permanecido fieles. Pasados cincuenta años de la destruccion del califato de Siria, se levantó un jóven conquistador llamado Osman ú Otoman, á quien se atribuye la fundacion de la monarquía que lleva su nombre, y despues de un reinado glorioso que duró 27 años, en 1326 dejó á Orcan el mas jóven de sus hijos su nuevo estado, compuesto de una parte de la Bitinia, de la Frigia, la Capadocia, la Lidia, la Caria, &c. Orcan conquistó de los Griegos á Nicea y Galípolis, y envió á su hijo Soliman Chelebí á combatir los Tracios y los Búlgaros. Este príncipe, que sitió tambien á Constantinopla, pereció en medio de sus conquistas en Europa, cuando Amurátes I, segundo hijo de Orcan, sucedió á este en el año de 1360. El primer acto de gobierno del nuevo sultan fué el establecimiento de su corte en Andrinópolis, y despues de haber quitado á los Griegos toda la Tracia, derrotó á los Búlgaros y á los Servios, y fué el fundador de la famosa milicia de los genízaros, que fueron al principio el sosten del trono otomano, y despues los árbitros. Bayaceto, proclamado emperador en el campo de batalla de Casovia, año de 1390, emprendió nuevas conquistas contra los Griegos, y siendo ya dueño de la Macedonia y de la Tesalia, estrechaba el sitio de Constantinopla, cuando sabedor de que Tamerlan se le aproximaba, marchó al encuentro del conquistador tártaro, quien le venció é hizo prisionero. Despues de los reinados poco memorables de Mahomet I y Amurátes II, como tambien de las dos abdicaciones temporales del sultan á favor de Mahomet II, este príncipe, ciñendo por tercera vez la corona imperial en 1451, al cabo de una serie de victorias, puso fin al imperio de Oriente con la toma de Constantinopla en 1453. Apoderado el sultan de la capital, procuró emposesionarse del resto del imperio y de las islas que dependian del mismo. El acontecimiento mas memorable del reinado de Bayaceto lo fué la monstruosa alianza entre el papa Alejandro VI y los Turcos contra Cárlos VIII, rei de Francia. Este príncipe, que habia causado graves perjuicios á los Venecianos, tuvo que acceder á la paz que le propusieron, cuando los vió capitaneados por el famoso Gonzalo de Córdoba; y los genízaros, que se habian rebelado varias veces durante este reinado, proclamaron á Selim I en 1512, contra la voluntad de Bayaceto, que queria abdicar á favor de Acmet, otro hijo suyo. Durante su reinado, aliándose con los Venecianos, humilló á la Persia, conquistó la Siria, destruyó á los mamelucos, y reunió el Egipto á su imperio. Otra serie de triunfos empezó con el reinado de Soliman el magnífico en 1520, quien quedó vencedor en Buda, capital de Hungría, y los Moldavos y Valacos le prestaron obediencia para evitar la esclavitud. En aquel tiempo el famoso pirata Barbarroja hacia tremolar la media luna en las costas berberiscas, y despues en los fuertes de Ródas que Mahomet II habia intentado tomar, aunque en vano. La capital del Austria fué el muro donde se estrelló la fortuna de Soliman, que tambien habia probado sitiar á Malta. En el momento en que vacilaba el poder de Cárlos V ante los Turcos, el rei de Francia Francisco I, animado de una odiosa rivalidad, hizo alianza con los últimos, siendo mengua de las potencias cristianas. La famosa guerra de Chipre, terminada por la célebre victoria de Lepanto, ocupó una gran parte del reinado de Selim II, y siendo este sultan el primero que infrinjió los convenios celebrados con los cristianos, convirtió en mezquitas sus principales iglesias. El poder otomano habia llegado al mas alto grado de prosperidad; pero fué disminuyendo á medida que dejó de extenderse. El primer acto del imperio de Amurátes III, en 1575, fué mandar que quitasen la vida á cinco hermanos suyos, y que echasen al mar dos sultanas preñadas. Este príncipe, aunque habia llegado á la edad de 31 años sin haber tomado parte en los negocios públicos, supo manejarlos con alguna habilidad y tino. Sobrevinieron dos campañas contra los Persas, y estos acontecimiectos suministraron á los genízaros un alimento, aunque inútil, á sus turbulencias. Estalló luego en Hungría la guerra que Sinan bajá concluyó felizmente con la derrota del archiduque Matías, y la toma de Raab, que fué vendida á los Turcos por la traicion de su gobernador el conde de Hardec. Al subir Mahomet III á un trono manchado con la sangre de sus hermanos y la de diez sultanas que dejó en cinta Amurátes en 1595, abandonó las riendas del gobierno, pasando su vida en un reposo voluptuoso, que al fin tuvo su castigo con los sufrimientos de una decrepitud anticipada. Empezaron bajo el reinado de este monarca las intrigas del serrallo, y por una consecuencia funesta del desórden, recayó la autoridad suprema en poder de las mujeres, aunque la lei les priva de ella rigurosamente. Acmet I, ménos indolente que su padre, y mucho mas humano que sus predecesores, empezó á reinar en 1603 á la edad de 15 años, y reprimió primeramente algunos bajás que creyendo oportuna la ocasion de hacerse independientes, solicitaron al intento la alianza del sofí de Persia. Continuaba la guerra con una alternativa de sucesos en la Baja Hungría, y Acmet, á fin de reunir sus fuerzas contra el sofí y los bajás rebeldes, firmó una tregua de diez años con el emperador Rodulfo, y varios tratados con las demas potencias europeas. Estos grandes preparativos no tuvieron otro resultado que el de volver á la dominacion del sultan varios sandjiaks que se habian separado ántes, y admitir las pacíficas proposiciones que le hizo la Persia. La paz profunda que gozaba el imperio fué turbada por algunas hostilidades de parte del gran duque de Toscana, que dió impulso al emir de los Drusos Fakhreddim á declarar la guerra contra Acmet; pero el jóven sultan murió en el momento de ir á pelear en persona contra su adversario, en 10 de noviembre de 1617. Mustafá I, su hermano segundo, despues de un reinado insignificante de cuatro meses, fué depuesto, y substituyóle Osman I hijo de Acmet, á quien los genízaros no tarda-

ron mucho en sacrificar, reponiendo otra vez á Mustafá. El reinado de Osman, que pereció en 1622 á la edad de 17 años, solo fué señalado por una campaña desgraciada contra los Polacos. Apénas hubo recobrado Mustafá el poder soberano de que era indigno, los genízaros le encerraron por segunda vez en un calabozo en el año 1623. Amúrates IV, llamado el borracho y tambien el victorioso, mandó en persona una grande expedicion contra la Persia, se apoderó de Bagdad, y fué tanto su esmero en complacer á los genízaros, que parecia serle indiferente el amor de sus pueblos. Derramóse mucha sangre miéntras reinó, y acabó de hacer odiosa su memoria con el asesinato de su hermano Bayaceto; pero tuvo no obstante habilidad para contener la ruina del imperio, que empezaba á florecer cuando ocurrió su muerte, y le sucedió Ibrahim en 1640. El nuevo sultan, tan cobarde como valiente fué su padre, no quiso tomar parte alguna en los sucesos militares de su reinado: dirijió pues la guerra contra los Cosacos el gran visir Mustafá, que se apoderó de Azof, y el capitan bajá Yusuf, y Muza bajá, jefe de una expedicion contra los Venecianos, atacaron la isla de Creta, se apoderaron de la Canea, fueron rechazados en Candía por los heroicos defensores de Foscolo, y por último, perdió Ibrahim á un tiempo el trono y la vida, en una sedicion de los genízaros, en 1649. Mahomet II, proclamado emperador á la edad de 7 años, fué gobernado al principio por su abuela y su madre, las sultanas Kiosem y Lerkham; pero habiéndose descubierto una conspiracion tramada por la primera, ella misma fué víctima de su loca tentativa. La firmeza del gran visir Kiuperti abrevió los turbulencias de la minoridad de Mahomet, y Candía cayó en poder de los Otomanos despues de una heroica resistencia; pero con la muerte del gran visir terminó la prosperidad del imperio turco. Bajo el el gobierno de Cara Mustafá, sobrevino una guerra imprudente contra el Austria y la Polonia, cuyos resultados fueron la pérdida de una parte de la Hungría y de la Morea, y de Corinto y Aténas. Rebeláronse otra vez los genízaros, y destronando á Mahomet en 1687, aclamaron emperador á Soliman II, hombre incapaz de contener todos los desastres que amenazaban la destruccion del poder otomano. El nuevo sultan se vió en la precision de irse á refugiar á Andrinópolis, y en tanto el emperador Leopoldo, internándose en la Servia y Morosini, al frente de una escuadra veneciana, abrió el camino para la conquista del Peloponeso con la toma de San Mauro, Coron y Prevesa. Ocurrió una nueva revolucion en el serrallo, y esta novedad elevó al trono en 1631 á Acmet II, príncipe inepto, que vió la isla de Chio arrebatada por los Venecianos, y acumularse sobre su cabeza los mayores desastres: estando en la agonía, supo la liga formada en 1695 contra la Puerta por el Austria, la Polonia, la Rusia y los Venecianos. Su sucesor Mustafá II se puso inmediatamente en campaña, y orgulloso de algunas ventajas que habia conseguido sobre los Venecianos, rehusó la paz que se le ofrecia, y pasó el Danubio y el Thyesso para sitiar á Peterwaradin; pero el príncipe Eugenio le forzó á aceptar una batalla, en la cual fué derrotado completamente en Zentra. Al mismo tiempo la toma de Azof por Pedro el Grande abrió el camino de la Circasia á los Rusos, envolviendo, digámoslo así, la Tur ropea, miéntras que los Venecianos entret resto de sus fuerzas en el Archipiélago. traccion que causó á las fuerzas rusas Cá de Suecia, salvó al imperio del peligro q menazaba, celebrándose al fin la paz d witz. Al cabo de tres años depusieron á fá los genízaros, poniendo en su lugar á III en Constantinopla, en el año 1703 príncipe, dominado por el temor, mani principio su inclinacion á la paz, y ocup aumentar sus tesoros; pero Cárlos XII, q recibido del sultan un honroso asilo, logró su repugnancia, y le decidió á declara guerra á la Rusia en 1711. Las ventaj primera campaña fueron á favor de los T el czar accedió por fin al famoso tratado d pero las dos partes estuvieron á punto de al cabo de algun tiempo. Despues de u dicion contra los Persas y la reconquista d rea á los Venecianos, el presuntuoso visir di quiso medir sus fuerzas con el princip nio, y las armas otomanas se estrellar siempre contra de aquel héroe. Firmó en Passarovitz; pero un nuevo inciden las fiestas del serrallo. La revolucion d ganes contra el sofí de Persia Haseim i tregar este reino desmembrado á la Prusi gunos tiranos subalternos, y el sultan se ra tomar parte en la presa. Pero en medi negociaciones establecidas con este objet vantó un guerrero oscuro, el famoso Tam kan, cuyas empresas empezaban á alarma perio otomano, cuando á consecuencia de surreccion fomentada entre los genízaro famoso Patrona Kalil, Acmet fué reempla su sobrino Mahomet V, ó Mahamud, en 1 nuevo sultan señaló su advenimiento al t la abolicion de la contribucion extraordin mada *bedead*, últimamente establecida po y que fué causa principal de la insurrecci medio de las turbulencias de Constantin pénas sofocadas con arroyos de sangre, proscrito por el sultan logró algunas ven bre los Persas, y en 13 de diciembre de 1 rió Mahamud con el sentimiento de habe extender el poder de la Rusia en el pais de mas acá del Boristenes, límite de amb rios. Su hermano Osman III, durante l de su reinado, señalado con el terrible inc Constantinopla en 1753, cometió cruel áuditas aun contra aquellos que le hac nentes servicios, y falleció no obstante d natural, dejando el trono á Mustafá III e Para evitar las nuevas desgracias que ame al imperio, necesitaba este un gran princ ro Mustafá solo tenia cualidades vulgare batimiento de la Puerta era extremo de los desastres que le habia hecho experim Rusia, en desquite de la humillacion en q por algunas ventajas que los Otomanos c ron al principio: los whabis, secta fan nació bajo el reinado precedente, amena Meca; el Egipto se habia sublevado, los daban ya los primeros pasos acia aque pendencia que habia de costar tanta sang talina II, dueña de la Crimea, minaba p partes los cimientos del poder otomano, se separaban muchos bajás. Consiguió

nte Mossou Oglou un triunfo pasajero contra
rebeldes, y este acontecimiento consoló á Mus-
á en sus últimos momentos: su hermano Ab-
l-Amid, ó Acmet IV, le sucedió en 1774. La
xima campaña debia ser una guerra de exter-
nio; los generales Romanzof, Senvarof y Ka-
noki, que mandaban las fuerzas rusas, habién-
e saciado de hacer estragos, impusieron á la
erta, atemorizada de tantos desastres, la paz de
utschouk-Kaynardji, en julio de 1774, median-
la cual quedaron libres los Tártaros de la Cri-
a, preparando su reunion al imperio de Catali-
. El divan tomó entónces aliento, y dedicóse
la mayor actividad á preparar un armamento
midable, de modo que en el viaje que hizo por
entacion la emperatriz de Rusia á la Crimea,
José II, esta soberana quedó sumamente sor-
ndida al ver la escuadra otomana anclada en
embocadura del Dniester. Hassan bajá, que
ia auxiliado con celo los esfuerzos del sultan
a afirmar su poder, volvia de Egipto, donde a-
aba de someter los beyes sublevados, cuando se
o á la cabeza de aquella escuadra formidable,
briéndose la campaña en 1788 con la famosa
alla de Oczakou, pagó bien caro el triunfo que
ó en ella el general Souvarof. Los imperia-
aliados de los Rusos invadieron la Moldavia, y
ian ya tomado á Tubacz y algunas otras pla-
fuertes á presencia de José II, cuando un ata-
repentino de los Turcos le obligó á replegar-
hasta Largost; y por último, la toma de Oc-
ou á los Rusos dió fin á la campaña, costando
ida á 25000 otomanos. Este fué el último a-
tecimiento del reinado de Abdul-Amid, quien
ió en 7 de abril de 1786, y le sucedió su sobri-
Selim III. Omitimos trazar aquí el bosquejo
reinado de este último príncipe, que fué preci-
do del trono en 1807, y al año siguiente le
mplazó su hermano Mahamud, emperador rei-
te. Los grandes y recientes acontecimientos
Turquía han manifestado la influencia que po-
ejercer en un imperio decrépito el genio de un
scipe tal como Mahamud; pero es de temer
no puedan impedir la ruina que amenaza al
o de Turquía la introduccion de la táctica eu-
a en sus ejércitos, la supresion de los geníza-
, ni otras varias medidas de la mayor importan-
, que han sido insuficientes para reprimir á los
agos en la carrera de su independencia.

Tal es la historia de un imperio interesante ba-
muchos aspectos. Para describir las costum-
s y los usos de sus habitantes seria necesario
longar demasiado este artículo; y así, reser-
donos para otros el hablar de un pueblo tan va-
aun en sus trages, como puede notarse en la
unda figura de la estampa, que representa en
ner lugar un turco de Túnez, y en segundo u-
de Damasco (aunque el letrero litográfico dice
contrario), solo añadiremos por conclusion que
igados la mayor parte de los turcos á beber a-
pura, son mui delicados en este punto, y mu-
veces van á acarrearla hasta los parajes mas
tantes los aguadores de profesion.

D. H.

EL FASTIDIOSO.

La pluma tiembla en la mano del escritor al ir á trazar en imperfectas líneas el bosquejo de uno de los caracteres mas indefinibles, mas extraños, y sin embargo mas comunes de nuestra mísera humanidad. Con efecto, ¿cuál de mis lectores al escuchar aquel epíteto no siente ver delante de sí aquella fantástica procesion de seres enojosos y antipáticos que pueblan el mundo, y que parecen expresamente concebidos para no dejarnos aficionar demasiado á sus glorias perecederas? La pluma, vuelvo á decir, tiembla en la mano del escritor, al ir á atacar de frente aquellos seres terribles y numerosos, aquella fantástica pesadilla del sueño que llamamos vida; y aprovechando un corto instante que le dejan en paz, cierra su puerta con dobles guardas, y todavía dominado por el recuerdo de su vision, esgrime su péñola, templa su paleta, y en desahogo de su tormento ensaya á trazar así el espíritu y la forma de sus verdugos:

El fastidioso es un ser casi humano, mitad hombre y mitad piedra berroqueña, con la pesadez del dromedario, la actividad de la pulga y la perseverancia del mosquito: se alimenta como la sanguijuela, de la sangre humana que consume: se adhiere, como la ostra á la roca, al infeliz sobre quien pesa su fatalidad: tiene la locuacidad monótona é irreflexiva del papagayo; la impasibilidad del jumento, y el importuno halago de un perro casero.

Su vida generalmente es larga, y goza de sus facultades hasta sus últimos momentos; rara vez pierde el uso de sus miembros y sentidos, aunque suele á veces quedarse algun tanto sordo, lo cual, léjos de contrariarle, le sirve mas bien para no aguardar respuesta y hablar constantemente.

La salud del fastidioso es excelente, y como diriamos en lenguaje moderno, *providencial*, porque si enfermase, podrian sus desgraciados amigos disfrutar algunos instantes de desahogo, y no cumpliria así su mision sobre la tierra, que es apurar la paciencia del prójimo.

Por esta razon el fastidioso es gran madrugador, y emplea pocas horas en el adorno de su persona, para ocuparlas en seguir constantemente á sus víctimas. Es amigo de visitas extemporáneas, y no hai hora en el dia ni en la noche asegurada contra su aparicion. Pasea mucho, y viaja tambien en persecucion de aquellos á quienes no puede hallar en casa; y si alguno, huyendo de su irresistible dominacion, tuviera la ocurrencia de irse á esconder en las arenas del Desierto, ó en las heladas islas del Polo, esté seguro de que por el correo anterior habia salido el fastidioso con el objeto de esperarle á su llegada.

Los caracteres amables y bondadosos son aquellos en que mas frecuentemente hace presa, sin que esto sea decir que un genio regañon ó indómito pueda bastar tampoco á alejarle, porque no hai ira posible ante un hombre que á todo da la razon; que si sonréis, rie á carcajadas; llora si suspiráis; si os quejáis de frio, corre á escarbar el brasero; os quita las motas del vestido, os deja la acera en la calle, y os cubre con el paragua cuando llueve, todo con el objeto de que sufráis su monótona y cansada relacion. El que pretenda conjurarle con su frialdad y despego se equivoca; el fastidioso no entiende de indirectas; al desden responde con cortesía; á la distraccion con perseverancia: si os pilla con el sombrero en la mano para salir de casa, dice que os acompañará porque va casualmente por el mismo camino; si es-

táis en la cama, se sienta á la cabecera, y os asegura que él experimenta los mismos síntomas, aunque seáis mujer y estéis con los dolores de parto; si le cerráis, en fin, vuestra puerta, vuelve por la ventana á deciros que dejó olvidado el baston.

En la calle es inútil el caminar de prisa, porque él hallará medios de saliros al paso para deteneros en una encrucijada combatida de los vientos contrarios; allí os bloqueará entre el guardacanton de la esquina y un coche parado: os cojerá los botones del chaleco, ú os arreglará el lazo de la corbata, miéntras que se informa cuidadosamente de la salud de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestros amigos y del obispo que murió en la mar: todo esto intermediado con sendos polvos de tabaco que os ofrecerá, y que os hará tomar aun cuando no lo gastéis.

Otras veces, y en una concurrencia ó diversion en que os halléis complacidos, sentados tal vez al lado de una mujer hermosa, os preguntará por la vuestra, si sois casado, ú os llevará aparte con mucho misterio á un extremo de la sala, para deciros en confianza que se ha publicado la bula, ó que se murió Cárlos III. En política os recitará palabra por palabra el discurso que habéis leido en el Diario por la mañana. En literatura hará en plena tertulia el análisis, ó mas bien diseccion de la comedia que todos han visto, escena por escena; y si tal vez permite á los demas tomar la palabra, á cada una que pronuncien aplicará un cuento vulgar y sabido de todo el mundo, diciendo á cada paso: "Se van ustedes á reir mucho," sin reparar en que él es el único que se rie.

Hombres son estos dotados de una gran memoria, que retiene todos los sucesos públicos y privados de que han sido testigos, desde el motin de Squilace hasta la coalicion de los aguadores, complaciéndose en repetirlos con desastrosa prolijidad. Su vista es perspicaz como la del lince, y jamas olvida las facciones de aquel á quien una vez ha fastidiado. Distínguele desde una legua, corre á él, le agarra del brazo, y á trueque de que le escuche una hora, le lleva á su casa ó le convida á tomar café.

Pero el fastidioso que á mas de fastidioso es desgraciado, es el último término, el *nec plus ultra* del fastidio. Aunque os encuentre cuatro veces al dia, todas cuatro os ha de encajar la historia lamentable de su desgracia, desde que nacieron sus bisabuelos y los bisabuelos de su mujer. Y ¡cuidado con que os oiga suspirar de impaciencia ó de desesperacion! porque interpretando vuestros suspiros por signos de lástima ó de interes, y creyendo que ha logrado enterneceros, redoblará sus esfuerzos y exclamaciones, sin considerar que vosotros probablemente hallaréis mui natural el que á hombre semejante le engañe su mujer, se le subleven los hijos, y le abandonen los criados por no aguantarle.

El fastidioso feliz suele repetir con énfasis que "él no se fastidia nunca," y es mui natural que así suceda, por la misma razon que la muerte no muere jamas.

Por lo demas, ¡míseros mortales destinados á evitar el fastidio del fastidioso! si una vez ha llegado á marcaros como sus víctimas, no hai poder en la tierra bastante á libertaros de su dominacion, porque su omnipresencia es la de Dios, y su fatalidad la del destino. Con la vista del os distinguirá entre mil, y con las alas de truz os alcanzará en la carrera. Unicam muerte pondrá fin á vuestro tormento, y tal que os haga llegársela á desear, pedidle que sea repentina, pues de lo contrario est puestos á experimentar su larga agonía, y de fastidio ántes que él.

Pero colguemos en fin aquí la péñola, que el lector venga á advertirme de que he do los frenos, y que el pintor se ha conver el modelo que intentó bosquejar.

Semanario pintoresco.

Un concierto monstruoso en

Las grandes fiestas musicales son mui comu el dia, y cuentan ya mas de dos siglos de o cia, segun el *Avondbode*, que describe un co to monstruoso dado en 13 de julio de 16 Dresda, por órden del elector Juan Jorge jonia.

Este concierto era el episodio de Holof la letra fué escrita por *Matheseus Plaumen* compuesta la música por el chantre de la Hilario Grundmaus. El elector quedó tan fecho del programa del compositor, que le cinco toneles de cerveza con encargo par de que nada escaseara.

Todos los artistas de Alemania, de He del pais de Vaud, de la Polonia y de la Ital ron invitados á tomar parte, con sus discípu la gigantesca fiesta musical de Dresda, don de el 9 de julio de 1615, dia de San Cirilo, llaban reunidos 576 instrumentos y 919 c sin contar los aficionados de Dresda.

Los instrumentistas llegaron armados de cabeza con todos los instrumentos conoci aquella época, y con otros muchos de nu vencion nunca vistos en Dresda. Un tal Ra de Cracovia, llevó en un carro tirado por oc las una verdadera máquina de guerra musi enorme contrabajo que tenia siete anas d El artista de Cracovia habia adoptado mu niosamente para su instrumento una esc que le permitia dar vueltas desde la punta d go hasta las puentecillas de su contrabajo, do su arco por las tres cuerdas (probablem tros tantos cables de nave). Un estudia Witemberg, llamado Rumpler, se habia er do de cantar la parte de Holoférnes, con l dicion de poder entrar en voz en la taber medeciendo su gaznate de artista con un cerveza, á costa del ordenador de la fiesta.

Tomadas todas las disposiciones y lle dia tan deseado, todos los artistas ocupar respectivos puestos: la orquesta estaba c al lado de un bosquecillo; todas las colina diatas estaban coronadas de espectadores bian acudido hasta de los paises mas remo ra disfrutar de tan original como atronad monía. Y temiendo que el bajo de Rapo dominase bastante los instrumentos y las v chantre Grundmaus inventó otro, que enco el mismo sitio, en forma de molino de vie tre cuyas aspas colocó gruesos cables, q

tro artistas situados en los ángulos se encargaron de hacer roncar, frotándolos con un gran pedazo de madera dentellado.

A un lado de la orquesta habia un gran órgano cuyas teclas agitaba á puñetazos el padre Serapion, y para timbales, en reemplazo de una caldera de cervecero que el chantre Grundmaus habia creido de mucho efecto, hizo colocar el elector algunas bombardas, cargadas por el polvorista de la corte, que las disparó segun requería la partitura.

La ejecucion produjo un efecto mágico. La *prima donna* Bigazzi, de Milan, se distinguió por los gorgoritos que en abundancia hizo; pero se esforzó en tanta demasía, que espiró tres dias despues del concierto.

El primer violinista de la época, Juan Scioppo de Cremone, ejecutó con el instrumento á la espalda varias piezas concertantes. El estudiante Rumpler cantó una aria obligada del contrabajo Rapotzki que hizo temblar las colinas, y el final se hizo con tanta verdad, que los cantores extranjeros, que figuraban los Asirios fugitivos, y los coristas de Dresda, que eran los Israelitas vencedores, trabaron en medio del paroxismo de su artístico delirio un combate á pedradas, que hizo reir extraordinariamente al elector, el cual tuvo que emplear la fuerza armada á fin de evitar que el campo quedara cubierto de cadáveres. El chantre de la corte fué gratificado por el elector con un barril de *Niersteiner* y cincuenta florines del pais, por el celo con que habia organizado el concierto, y por el maravilloso éxito que este habia tenido.

N.

LAS MUJERES TARTARAS.

Un viajero suizo que ha vivido muchos años entre los Tártaros nogais, pueblo de la Rusia meridional, refiere los pormenores siguientes acerca de la condicion de las mujeres en aquellas tribus. Esclavas mas bien que compañeras de sus esposos, pasan su vida en servirles y trabajar para ellos, no se atreven á sentarse á comer en su compañía, y solo el miedo del zurriago puede estimularlas al desempeño de sus deberes.

El nogais se cree dueño absoluto de su mujer, porque la compra; y en este pueblo el sexo femenino es una propiedad del masculino; el padre vende á sus hijas, y el hermano á sus hermanas, considerándose á estas como una porcion de la herencia, con la que carga uno de los hermanos por cierto precio que se le prefija. Una viuda pertenece de derecho al pariente mas cercano de su marido, que puede tenerla en su poder ó venderla, segun mejor le parezca.

En cuanto al marido, no tiene derecho de vender á su mujer, pero sí de despedirla, si no gusta ya de ella; mas en tal caso no puede reclamar el dinero que haya pagado á su padre, á no ser que medien quejas fundadas contra ella. La mujer no tiene por su parte medio alguno de sustraerse del dominio de su marido.

Un marido ó un pariente es el que pide á una jóven en casamiento, informándose de la dote que tiene en vestidos, utensilios domésticos, &c., que llevará á su futuro esposo, y con arreglo á esta dote se determina el precio de la novia; pero se tiene tambien presente su familia y edad. Determinado el precio, se dice que vale tantas ó cuantas vacas. Se paga, segun los convenios estipulados, en dinero, en vacas, caballos, bueyes ó carneros.

Una vaca equivale á 20 rublos en papel, ó á 8 carneros; dos vacas á un caballo ó un buei. El precio regular de una jóven de sangre nogais pura, es de 30 vacas ó 600 rublos (casi 9000 reales) y á veces asciende hasta mas de mil rublos. Una jóven kalmuka no vale mas que cinco ó seis vacas. Las viudas se venden por lo general á ménos precio que las solteras.

Los nogais pobres se ponen á servir por muchos años, á fin de ahorrar para poder comprar una mujer. Los nogais ricos adelantan alguna vez á sus criados la cantidad necesaria, con la condicion de que ambos consortes quedarán en su servicio hasta que desquiten la deuda con su trabajo.

Aunque el Alcoran permite tener hasta cuatro mujeres, rara vez toman los nogais mas de dos, y por lo comun no se casan con la segunda sino cuando lo exije el bien de la casa. En este caso la mujer primera se ocupa en los quehaceres mas fáciles, y cargan sobre la segunda los mas penosos, como los de llevar el agua, moler el grano, &c. La favorita del marido suele á veces mandar y tiranizar á sus compañeras; y sin embargo, puede decirse en general, que la poligamia no ocasiona en las familias nogais las desavenencias que, segun nuestras ideas, deberian suponerse.

Semanario Pintoresco.

POESIA MEJICANA.

A don Miguel Mata y Reyes.

Con su fácil pincel . . . . . .
del hombre nos ofrece el fiel retrato.
Martinez de la Rosa. — Poética.

Copiar quisiste mi rostro,
y tu ejercitada mano
manchando el lienzo liviano
le daba vida y calor.
¿A quién retratar querias
dibujando mi semblante?
¿al librero, al estudiante
ó al hijo del labrador?

Clavo en el lienzo mis ojos,
y luego mi vista advierte
la tristeza de la muerte
deslizándose en mi faz;
y melancólico, y mudo
contemplo estampada en ella
la devastadora huella
de mi destino falaz.

¿Qué significa esa niebla
que ante mí vaga inconstante?....
Unidas en mi semblante
miro con admiracion

de mi pasajera dicha
las centellas moribundas,
y las tinieblas profundas
de mi constante afliccion.

Pero en mi alma consternada
de asoladoras pasiones
combaten los aquilones,
retumba la tempestad;
y si tras borrasca impía
queda tranquila un momento,
es de cuerpo sin aliento
su yerta tranquilidad.

Yo solo sé lo que encierra
este corazon llagado:
á tu pincel no le es dado
sus secretos revelar;
que únicamente el Eterno,
con singulares señales,
el alma de los mortales
sabe en el rostro pintar.

¡ Oh si los mares soberbios
surcar, como tú, pudiera !....
¡ Oh si, cual tú, poseyera
de tu pincel el poder !
Porque ¿ quién no se conmueve
cuando entusiasmado pintas ?....
Cómo se mezclan las tintas !
cómo das á un lienzo ser !

Si yo tu pincel tuviera,
copiara cierta cabeza
con su apacible tristeza,
su mórbida languidez;
con sus soñolientos ojos,
y su mirada doliente,
y su pensadora frente,
y su blanda palidez.

O bien ardiendo volara
mi imaginacion á Otumba,
donde halló funesta tumba
el mejicano infeliz.—
Allí Castillo, Alvarado,
Sandoval, mozo y sensible,
y Cortés de faz terrible
y de altanera cerviz.

U olvidando desdeñoso
esas sangrientas memorias,
que el vulgo apellida glorias,
y carnicerías yo,
ya con pincel atrevido
y entusiasmo religioso
pinto el cuerpo majestoso
y el rostro del Hombre-Dios.

No con Rafael le buscara
en el Tabor conmovido,
de luz y gloria vestido,
transformado en lo que fué;
mas sentado en una roca
orilla el mar meditando,
y las olas reventando
bajo su tranquilo pié.

O cuando escucha su nombre,
y, abriendo la turba luego,
vuela á socorrer al ciego
con tierna solicitud.
Y aquella vez que, notando
que al muerto amigo lloraba,
dijo: *Ved cómo le amaba,*
la atónita multitud.

O cuando opone sereno,
con majestad y blandura,
su inalterable dulzura
á la rabia de Caifas;
y el senado tenebroso
que levantarse ya veo,
y decir: *De muerte es reo,*
y luego mudo quedar.

Mas ai ! que en vano del Cristo
recuerdo la triste historia !
¡ en vano sueños de gloria
agitan mi corazon !....
Si de Shackspeare ó Klopstock (a)
tuviera la fantasía,
¡ con qué fuerza trazaría
un drama de la *Pasion !*

— Sigue, sigue tu destino:
copia la naturaleza
con su fealdad y belleza,
con su frialdad y calor;
y lleguen á ver mis ojos
pintada por ti la saña
del tigre de Nueva-España,
de Muñoz visitador. (b)

Diciembre 7 de 1840.

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

---

[a] *Klopstock es el autor del admirable poema de* El Mesías; *segun parece, Shakspeare es el primer poeta dramático que ha existido del cristianismo acá: cualquiera de los dos pudo haber escrito un magnífico drama sobre la* Pasion; *Calderon de la Barca, sin los resabios de su siglo, lo hubiera llevado á cabo, y su drama seria el primero del mundo, porque la* Pasion *es el asunto mas dramático que conocemos. Pero entre tantos de la* Pasion *que han producido en su infancia los teatros modernos, ninguno merece mencionarse. Mil ochocientos años ha que el asunto existe, y el* drama *no aparece: el que lo emprenda, tiene que luchar cuerpo á cuerpo con los Evangelistas y con Klopstock, poetas de primera magnitud. Entre nosotros, solamente la musa melancólica y religiosa de don José Joaquin Pesado pudiera poner la planta en la arena con ménos desconfianza y ménos riesgo de salir desairada.*

[b] *Cuando estos versos se escribieron, pensaba el señor Mata emprender un cuadro con este asunto. Ojalá lleve á cabo ese ú otro! con tal que sea de nuestra historia; que si la poesía y la pintura la tomasen á su cargo, trataríamos quizá de estudiarla, ó leerla por lo ménos, y no nos seria tan desconocida como ahora.*

El angel del tiempo.

Por comision especial del supremo gobernador del universo, el ángel del tiempo anunció á los habitantes de la tierra, que se hallaba encargado de distribuir entre ellos mil años de vida mas de los señalados á cada uno. El eco de su trompeta llegó á gran distancia, y difundiéndose por ciudades, montañas y valles, penetró hasta los polos del mundo. A bandadas corria la gente desde los términos de la tierra á reclamar la porcion del divino don; pero, cosa extraña! todas aquellas caravanas solo se componian de gente anciana, pues los niños, divertidos con sus juveniles juegos, ningun caso habian hecho del llamamiento; los jóvenes y las mozas corrian perdidos en los laberintos de amor, y aun los hombres y las mujeres de una edad media, demasiado ocupados se hallaban de los negocios de la vida para pensar en la muerte.

El primero que presentó un memorial pidiendo algunos años mas de vida, fué un viejo de mas de ochenta años, doblado como un arco por la vejez.

—Seguramente, le dijo el ángel, querrás vivir algunos años mas por amor á tus hijos y compañeros de tu juventud.

—Ah! exclamó el anciano, todos han muerto ya!

—¿Es decir que eres rico y te hallas lleno de honores?

—Nada de eso. He perdido mi buen nombre, y me veo en la última miseria; mas sin embargo, deseo llegar hasta los cien años, y gozar un poco mas de la vida.

El ángel le concedió el privilegio de vivir hasta los cien años, con lo que se retiró el viejo temblando de alegría.

El segundo suplicante era un viejo enclenque, á quien llevaron cargado en una litera. Apénas hizo su súplica, el ángel le replicó:

—Ya, ya te entiendo. Eres apasionado de los encantos de las mujeres, te gustan las bellezas de la tierra, de las aguas y del firmamento, y deseas contemplarlas por algunos años mas.

—Qué va á ser eso! respondió el viejo, si hace ya diez años que estoi ciego!

—Pues bien, te deleitarás entónces con la música de los pájaros, el murmullo de las aguas, el eco de los montes y todas las armonías del universo, y traes el empeño de oirlas algunos años mas.

—Tampoco hai nada de eso, replicó el viejo, pues estoi tan sordo como una tapia, y escasamente he podido oir tu trompeta.

—Ya, ya caigo en ello: te gustan los buenos bocados....

—Ojalá! mucho tiempo ha que mi débil salud no me permite semejante regalo. Hace ya mas de siete años que vivo á leche y migas de pan, y soi el viejo mas achacoso del mundo.

—Pues entónces para qué d..... quieres alargar mas tus miserias? Qué gustos puedes tener en esta vida?

—El gusto de vivir, replicó el anciano; y el ángel le concedió algunos años mas de vida.

La tercera persona que se acercó al escabel del ángel, fué una arrugada vieja tan encorvada que casi con la cara tocaba la tierra, y ademas temblaba como una paralítica. No le quedaba ya un solo diente, y los ojos se le veian allá como en el fondo de unos tubos: sus descarnadas mejillas se parecian á dos pedazos de pergamino arrugado, y apénas podia pronunciar su súplica, porque una tos continuada ahogaba su voz y casi le cortaba la respiracion.

—Vengo, dijo la vieja, á pedir la gracia de unos veinte añitos mas de vida, para poder tener el gusto de ver, ántes de morir, crecidos y formados los cipreses que he plantado al lado de los sepulcros de mi marido, de mis hijos, de mis nietos y de todos mis queridos parientes. Me veo abandonada de todos los mios, y de cuanto queria yo en este mundo; he quedado solita y sin siquiera uno que hable por mí; en esta virtud, oh ángel benéfico, te suplico me hagas la gracia que te pido.

—Si bien convengo en alargar tus dias, no me es dado aliviarte de tus enfermedades y padecimientos; ántes bien se aumentarán aquellas y estos, dijo el ángel.

—Mas que así sea, replicó la vieja, pues sé que no me pueden matar ántes que se cumpla el tiempo que me concedas.

—Cumplido es tu deseo, concluyó el ángel con cierta sonrisa, vete con Dios y sé dichosa.

—¡Cosa extraña por cierto, exclamó un sábio que tambien habia ido á pedir algunos años mas de vida para completar unas aclaraciones sobre el Apocalípsis, y habia sido testigo de la demanda de la vieja; cosa por cierto extraña! repitió recojiendo con desprecio los labios, que la mas miserable y desvalida criatura codicie todavía una vida privada de toda clase de gustos!

—Calla, necio, replicó el ángel en voz de inefable desprecio: lo que te conviene es adorar la bondad de la Providencia, que ha ordenado que el hombre viviese para ser viejo, y que al mismo tiempo ha dispuesto que el amor á la vida supliese la falta de todas sus fuentes de placer. Anda, toma la gracia, y vete á concluir tus comentarios sobre el Apocalípsis.

J. K. Paulding.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Ingertos. El descubrimiento de los ingertos se cuenta de varios modos; pero parece que dimana de un pastor que componiendo su pobre choza, metió sin pensarlo una ramita viva de árbol en el tronco de otro árbol recien cortado, en el que prendió, descubriéndose así el admirable arte de ingertar dos plantas distintas, que luego ha recibido tantas adiciones nuevas.

Inoculacion. Arte de dar las viruelas á los que no las han tenido para evitar los desastres que causan. Se practicaba de tiempo inmemorial en el Asia, y fué introducida de nuevo en Constantinopla á fines del siglo XVII por una mujer de Tesalónica. En Inglaterra hicieron la experiencia en seis reos condenados á muerte, á los cuales no

causó el menor mal; y de ellos pasó la inoculacion á la familia real, propagándose despues, y apresurándose todos á inocular á sus hijos.

Inquisicion. Este tribunal eclesiástico, instituido para inquirir y castigar los delitos contra la fe, tuvo principio por los años 1229. Entónces fué cuando propiamente se empezó á establecer una inquisicion ordenada, que dependia enteramente de los obispos. Pero el papa Gregorio IX, observando que no se procedia con todo rigor contra los herejes, confió tres años despues solo á los domínicos el tribunal de la inquisicion. En 1251 el papa Inocencio IV la estableció en Italia, confiándola á los domínicos y á los franciscos juntamente con los obispos, dándola entónces el nombre de santo oficio. En España la inquisicion no fué recibida en un principio mas que en Aragon, hasta que en el año 1478 los reyes don Fernando y doña Isabel la establecieron en Castilla, independiente de los obispos, con autoridad del papa Sixto IV.

Invencion de la santa cruz. Esta fiesta se instituyó en memoria del hallazgo de la santa cruz de Jesucristo, verificado por los años 326: parece que se celebraba ya en Roma en tiempo de san Gregorio, y que no se generalizó por toda la iglesia hasta el siglo VIII.

Inyeccion anatómica. Arte de llenar con un licor colorado los vasos de los animales, para estudiar sus ramificaciones luego que se endurecen y se ponen tirantes. Este descubrimiento, que tanto ha contribuido al conocimiento de la economía animal, se debe á Cristóbal Wren, que le hizo en 1650. Swammerdan sustituyó al licor una preparacion de cera, y enseñó en 1666 este método en Van-Hord y en Had.

Jabon. Los antiguos no conocian esta composicon, y usaban en su lugar para lavar la ropa de ciertas plantas y de tierras arcillosas. En algunas partes los salvajes se sirven aun para este uso de varias frutas, y las mujeres de Islanda de una lejía de ceniza y orines. Se dice que el jabon fué inventado por los antiguos Galos; otros creen que lo fué en Savona en Italia, y algunos que en Francia en 1477.

Jacobinos. En el año 1217 la universidad de Paris cedió á los religiosos domínicos la iglesia de *Saint-Jacques* (Santiago), de donde les vino el nombre de jacobinos: abolidos estos en Francia, los individuos de una furiosa sociedad secreta que se formó en Paris en tiempo de la revolucion, se reunian y tenian sus clubs ó juntas en el convento de domínicos de aquella ciudad; y de aquí fué el llamarlos jacobinos, así como á todos los que siguen los principios de aquella secta.

Jarabe. Se cree que los Arabes fueron los primeros que dieron á conocer estas preparaciones, que tambien fueron conocidas de los Griegos.

Jardines. Los Persas, los Griegos y los Romanos tuvieron jardines magníficos; los Babilonios sus admirables pensiles ó jardines suspendidos en el aire; Salomon sus jardines de frutos y flores; los Galos el palacio de las Térmas edificado por Juliano; y en los tiempos modernos todas las naciones tienen los suyos, siendo dignos de verse los de Inglaterra.

Jarretera. La órden militar de la jarretera ó de la *liga*, fué instituida por Eduardo III, rei de Inglaterra, acia el año 1349. La opinion mas comun es que hizo esta institucion con motivo de una liga que la condesa de Salisbury, su dama, dejó caer en un baile, y el rei se apresuró á levantarla, lo que ocasionó en los cortesanos una sonrisa maligna, y llenó de rubor á la condesa. Entónces Eduardo dijo: *Honni soit qui mal y pense;* "Deshonrado sea el que piense mal de esta accion;" y juró que los que se habian burlado de aquella liga se tendrian por mui dichosos en llevar otra igual. Otros pretenden que esta órden tuvo su orígen en la batalla de Creci, en la que Eduardo hizo poner su liga al extremo de una lanza para que sirviese de guia en el combate; y últimamente, algunos atribuyen su institucion á otras causas.

Jesuitas. Esta órden de religiosos, á los que el concilio de Trento llamó clérigos regulares, fué instituida en 1534 por el español san Ignacio de Loyola, el cual en 1540 obtuvo del pontífice Paulo III la confirmacion de su instituto, bajo el título de *compañía de Jesus.* El santo fundador habia dado este nombre á su nueva milicia para manifestar que su deseo era el de combatir á los infieles bajo la bandera de Jesucristo. Elejido general de la órden en 1541, tuvo el gusto de verla establecerse en Italia, en España, en Portugal, en Alemania, en los Paises Bajos, en el Japon, en la China, en América, y en 1550 en Francia.

Jorge (Orden de san). Bajo este título se han instituido en diferentes épocas y paises varias órdenes militares.

Juan de Dios. El santo de este nombre fundó en Granada en 1538 la órden hospitalaria de la Caridad, llamada tambien de san Juan de Dios, la cual aprobó el papa Pio V en 1572, dando á los religiosos de ella la regla de san Agustin.

Juan de Jerusalen (Orden de san). El rei de Prusia instituyó en 1812 una órden militar con esta denominacion, que igualmente se daba á la de los caballeros de Malta.

Kaleidescopio. Este juguete de óptica, por cuyo medio se representan estrellas y guirnaldas mui graciosas, que pueden variarse hasta lo infinito, fué inventado por el doctor ingles Brewster en 1818.

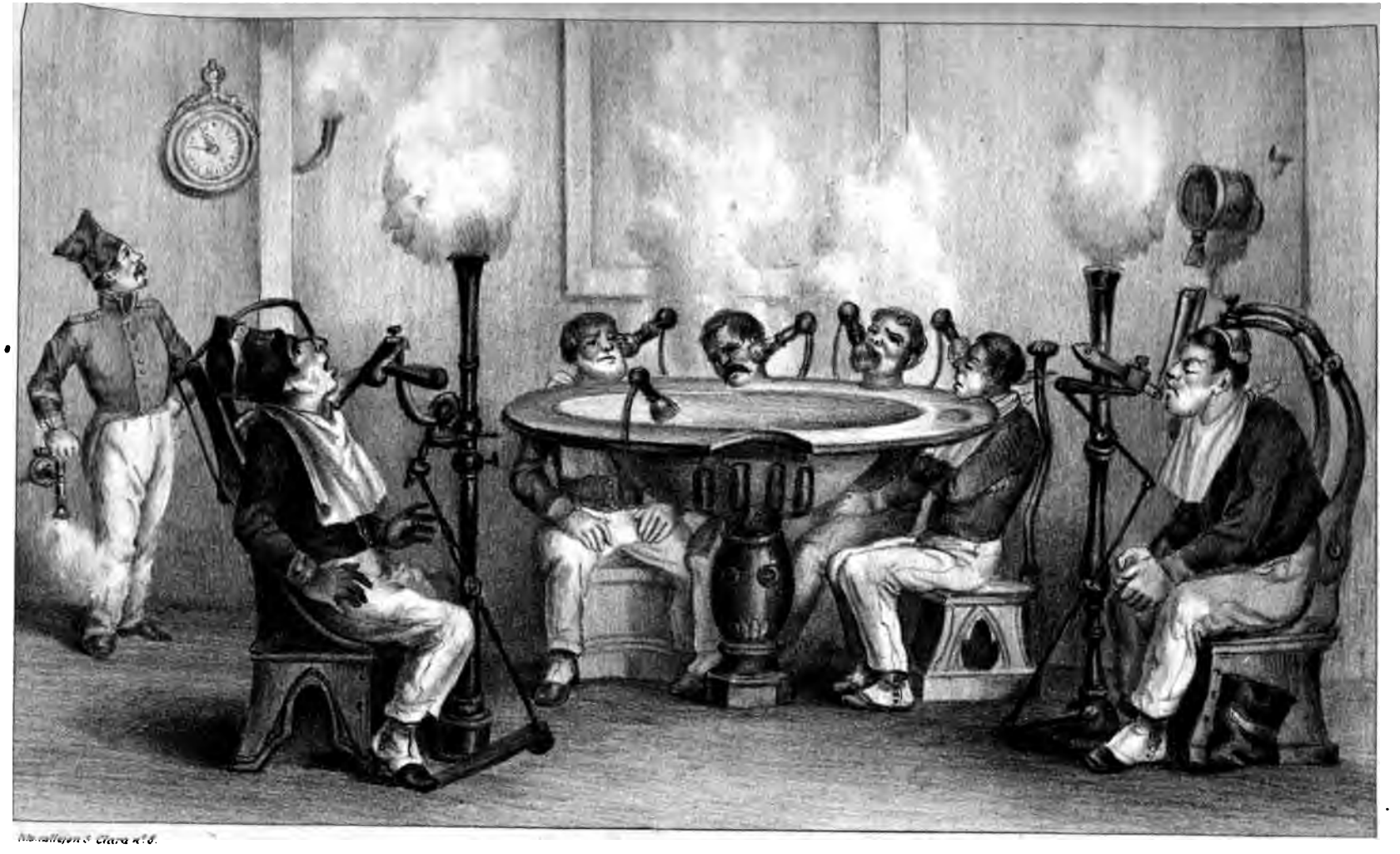
Krióметro. Instrumento inventado en 1820 por Flaugergues para conocer la intensidad de las heladas y del frio.

Lacre. Es originario de la India oriental, de donde los Venecianos le llevaron á Europa. España fué la primera que le elaboró, y de aquí se le nombra en varios paises *cera de España.*

Lactómetro. Este instrumento, por cuyo medio se conoce la cantidad de nata que puede producir la leche, fué inventado en Lóndres por sir José Banks en 1817.

Ladrillo. El uso de los ladrillos es antiquísimo: los primeros edificios de Asia eran de ladrillos secados al sol ó cocidos al fuego, y se mezclaba en su composicion paja ó astillas de caña y betun. Con estos ladrillos fué construida la ciudad de Babilonia por Nembrod. Los célebres muros de que Semíramis hizo rodear dicha ciudad, y que los Griegos contaban en el número de las maravillas del mundo, fueron construidos con estos materiales.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.



BARBERIA DE VAPOR.

BARBERIA

DE

VAPOR.

Son tantas las aplicaciones que se han dado al vapor en estos nuestros venturosos tiempos, que ya no se sabe que hacer con él. No solamente hai buques de vapor que dan la vuelta al mundo en siete horas y media, sino que tenemos ademas, como quien no dice nada! chocolate de vapor, ingenios y talentos de vapor, y al paso que vamos todo lo hemos de evaporar. Y son tantos los vapores que esta manía nos cuesta, que sabe Dios lo que seria de nosotros si ya hubiésemos logrado inventar el dinero de vapor, aunque tiene alguna semejanza con él (si no es en lo pesada) nuestra vanda moneda de cobre. Pero dejando esto á un lado, deben saber nuestros amados lectores que un tal M. Grandville, de oficio frances (qué maldito son los Franceses!) y semicaricaturista de profesion, ha inventado en una hoja de papel una máquina barbífica con la cual quedan rasurados seis hombres en cinco minutos.

Infeliz de ti, estirpe rapadora! desventurados barberos, ¿hasta dónde se extenderá vuestra desdicha con los repetidos ataques que ha sufrido y sufre vuestra *bárbara* profesion? No se trata ya, como pocos años hace, de desollarnos las caras con piedra pómez, segun nos lo aconsejaron en un periódico de esta capital, ni tampoco de hacernos picadillo el rostro por nuestra propia mano todas las mañanas ántes de tomar el chocolate, como nos lo recomiendan y enseñan todos los extranjeros de las doce tribus que viven entre nosotros; no, el asunto es ahora mas serio de lo que parece; quedar rasurados seis hombres en cinco minutos! aya, que es mano para que el mas sanguinario barbero se eche de cabeza en la caldera de la tal máquina. Esta consiste en una colosal bacía, obligada á pileta de agua bendita, á cuyo rededor se sientan los pacientes á recibir la jabonadura por medio de unas escobetillas que se les pasean por la barba. A ambos lados hai un asiento donde se colocan despues aquellos ajustando sus cabezas con unos hierros, y hecho esto, empiezan las navajas que están prendidas en los tubos laterales á desempeñar su oficio mui bonita y diestramente, segun se advierte en la estampa. Están figurados en ella un cabo y seis soldados: el primero está moviendo con la mano derecha la clave de la máquina, y tiene fija la vista en el reloj que se halla colgado en la pared de la barbería para ver el tiempo que se gasta en la operacion: los soldados la están sufriendo con resignada paciencia, y si no se equivoca nuestra vista, deben ya haber caido algunos barberos en la caldera, porque por los dos lados donde están las navajas van saliendo las almas de dos de ellos, aunque un tanto evaporadas.

Pero no obstante lo que llevamos dicho, no nos atrevemos á asegurar que la máquina barbífica ha llegado á toda su perfeccion; y á pesar de la confianza que tenemos en ella, no aconsejamos á nadie que le confíe su barba, especialmente si se trata de echar abajo una polaca, porque no han de ser mui apetecibles los tajos, cuchilladas, reveses y puntadas que tenga que sufrir el rostro de un barbudo, ni ha de ser mui sabroso que le afiancen á uno las narices unas tenazas de frio y sólido hierro, con otros inconvenientes de poca monta que omitimos por no fastidiar; de suerte, que para entrar á rasurarse á una barbería de vapor se necesita tener mucha fe en los adelantos científicos del dia, y una cabeza de vapor.

M. G.

LEYENDAS ESPAÑOLAS,

POR

JOSE JOAQUIN DE MORA.

DON OPAS. — ARTICULO PRIMERO.

> Miéntras mas elevado es el objeto,
> Debe ser mas enérgico el ataque.
> *Don Opas.*

Tal es lo que el señor Mora se ha propuesto en estas leyendas, y no cabe duda que lo ha cumplido. No es cazador de liebres y palomas, sino de tigres y panteras: sus tiros se dirijen al pueblo y á los poderosos. En todos sus versos da á conocer que es español, y que ama á su patria; pero este mismo amor le hace conocer los defectos de que adolece, y se los reprende con energía. Es liberal, pero no de estos liberales de nuevo cuño que hacen *progresar* á España en la desmoralizacion y el francesismo. Es religioso, pero no fanático; romántico, pero no copista de los franceses: en su poesía no hai afectacion ni horrores; lo que hai es entusiasmo, filosofía, amor á los buenos, rencor á los malos.....

La versificacion del señor Mora es admirable; y si á veces disuelve diptongos que no pueden disolverse sin hacer lánguido el verso, y si otras varía el acento en palabras en que no es permitido mudarlo, lo hace pocas ocasiones, y son lunares tan pequeños que hasta me parece inútil indicarlos aquí. Pero lastima en verdad ver á un poeta de tanta nota como el señor Mora, salpicarse con el inmundo cieno que brota de las zarzuelas (ó sean *vaudevilles*) francesas traducidas en Mejico y en España, de las comedias de Breton y Gorostiza, y de tantas otras piezas que abastecen nuestro malhadado teatro, convirtiéndolo de escuela de moralidad en bacanal de impureza. Que los ingenios medianos prostituyan su pluma para hacer reir á los necios, es una cosa natural; pero que un Mora los imite, causa indignacion y lástima á la vez, y no puede uno ménos de exclamar:

Tu quoque! tú tambien, padre Mariana!

Lea el señor Mora la conversacion que sobre la poesía tuvieron don Quijote y el caballero del Verde gaban, y luego borre ó reforme en *Don Opas* la estrofa 27 de la parte primera y la 44 de la tercera. Quien tan caballerosamente defiende á la mujer, (parte III, 49 á 53) debia tener mayor consideracion con sus lectoras. A pesar de lo dicho, las

Leyendas deben andar en manos de todos, y es uno de los pocos libros modernos que harán mucho bien á nuestra república, si la juventud que está creciendo lo estudia y medita.

El asunto de esta leyenda es la pérdida de España por la traicion de don Opas. Es lo mismo que cantó Saavedra en su *Florinda;* pero como ambos poemas son de tan diverso género, no puede haber punto de comparacion.

" Canto las aventuras de don Opas

no es el primer verso de esta leyenda, y ya ve el lector que desde el principio se le fué el santo al cielo al amigo Mora, pues que olvidó ó no supo que Homero comenzó la Iliada con lo de *Canta, diosa, la cólera de Aquiles* (Se omite el original por estar en griego), Virgilio con lo de *Arma virumque cano*, pues ya los sabios se han calentado la cabeza para darnos la utilísima noticia de que los cuatro primeros versos no son del autor (De grande ahogo hemos salido!), y Taso: *Canto l'armi pietose.* De donde concluyo que el poema es malo, *y el que no imita no será imitado.*"

Así me decia el otro dia un amigo de D. José Gomez Hermosilla, no poco irritado (la bílis es patrimonio de estos señores) con la lectura de *Don Opas*, pues no estaba ajustado á las reglas del *Arte de hablar*, ni estaba aprobado tampoco por la *real academia.* Pero yo que he dado en la manía de creer que todo el mundo debe escribir y publicar lo que se le antoje, pues por fin y postres don Tiempo va separando lo bueno de lo malo; yo que no creo ni migaja en la infalibilidad de las consabidas reglas; yo que me duermo con la regularidad del tio Metastasio, y se me pasan las horas con la irregularidad de mi paisano Ruiz de Alarcon; yo que pido á las musas

sentir, gozar, ver vivos los objetos;
no asistir á la triste anatomía
de frios y desnudos esqueletos;

yo, en fin, gusto de *Don Opas*, pésele á quien le pesare. Porque *Don Opas* es un poema admirable — brillantes descripciones, reflexiones profundas, riqueza de poesía.... vamos, el lector camina por aquel laberinto de octavas sin acordarse de que hai otra cosa en el mundo fuera de *Don Opas.*

Despues de un discurso moral en que los malos sacan la peor parte, abre la escena el conde don Julian y Tarif, moro que revela al dicho conde su deshonra, y le propone dineros y ejércitos para combatir al rei. El conde duda si aceptará, porque es mui duro abrir la España á gente enemiga de su lei; pero no es una duda fria é indiferente; son dos pasiones opuestas que asaltan su corazon y se lo disputan encarnizadamente.

Como el hombre que en grave pesadilla
Del mal y el bien los dos extremos toca,
Y ya á su mente la esperanza brilla,
Ya en horrible despecho se desboca;
Ora lo amaga bárbara cuchilla,
Ora lo besa perfumada boca,
Y no sabe qué juzgue, ni qué crea,
Y tiembla, y suda, y gime, y titubea;

asi el padre infeliz vacila entre dos contrarios afectos; pero se decide á consultarlo con d pas, personaje dibujado en toda la leyenda na fuerza increible, y así lo hace. Aquí e protesta destacar su crítica contra los mal elevados puestos que ocupen:

Yo, á quien fortuna vacilante agita,
Cual hoja que huracan feroz menea,
Y ya con puntas ásperas me irrita,
Y ya mi faz en dulce soplo orea;
Lo que el social comercio necesita,
Lo que es obligacion, lo que es tarea,
Pago sumiso en rutinera prosa;
Pero escribir en verso es otra cosa.

Si de pronto en la mente conmovida
Inesperado rapto sobreviene,
Ya mi vida se cambia en otra vida,
Que en region mas sublime se mantie
Ni el poder con su fuerza me intimida,
Ni la opinion adusta me contiene;
Y saboreo en esta altura un goze,
Que el vulgo de coplistas desconoce.

. . . . . .

El que en sus venas lánguidas la fiebre
Calorosa no siente en que me inflamo,
A quien pagare mas, grato celebre,
Y orne su frente con pomposo ramo.
Despues, dócil cuadrúpedo, al pesebre
Acuda, y coma lo que diere el amo;
Y si se digna hacerle una caricia,
Reciba sus palmadas con delicia.

Que así viven millones de individuos,
Oficinas llenando y tribunales,
Y comiendo gustosos los residuos
Que arrojan sus patronos liberales.
Siempre dó sopla la fortuna, asiduos,
Siempre al poder sumisos y leales,
Cuando de ser poder el poder cesa,
Se quitan de su vista á la francesa.

Sin detenerme en elogiar estos hermoso sos, sigo adelante, llevando al lector de la m presentándole las flores que mas roban mi cion en tan florido jardin. Pero como ni tre exquisitos dulces, ó mujer entre pre blondas, no sé por cuáles octavas decidirme, siera presentar al lector todas á la vez. M tentaré solamente con decirle que el libro s de en la librería de D. Mariano Galvan R portal de Agustinos núm. 3, en bellísima e y buena pasta, al moderado precio de tres y si quisiere obsequiar á alguna persona de timacion de uno ú otro sexo (aunque si es dido, preferirá el hermoso al feo), podrá, si dinero, comprarlo en tafilete, pagando u mas, por supuesto en plata, porque el cobre cias á la vigilancia del gobierno en la pe cion de los falsarios, corre hoi al seis por y D. Vicente Salvá (editor de las Leyen tan fino amante del dinero como buen gr co), no querrá admitir ni una tercera parte bro. No se parece á mí, que yo tomaria me dieran, con tal que me dieran algo (no no, aunque es el regalo mas exquisito q encontrado los galanes para obsequiar á

mas, segun los poetas franceses y españoles que los copian), pues si consigo tener que comer,

yo comeré modesto humildes sopas.—
Vuelvo á tomar el hilo de Don Opas.

Esta leyenda se compone de digresiones:

las digresiones dan mui buenos ratos.

Oigan los Mejicanos esta, y no la echen en co roto:

Sé que el pueblo se enfada algunas vezes;
Sé que suele tambien hacer justicia.
Mas si se agitan de un barril las hezes,
¿No se mezcla al buen vino la inmundicia?
Furia, pillaje, envidia son los juezes
De esta sangrienta causa. La malicia
De un necio grita, y luego siguen otros,
Como al manso las vacas y los potros.

La víctima cedió, y el candidato
Circundado de aplauso se presenta:
Hai *Te Deum*, cohetes y aparato;
Do quiera el gozo público fermenta.
Pasan meses, y el pueblo mentecato
Dice con faz hundida y macilenta,
Despues de derramar llantos opimos:
"¿No era mucho mejor el que perdimos?"

La causa de este mal es un sofisma,
Que adopta ciegamente el hombre honrado:
Con la revolucion y con el cisma
Piensa que está el achaque remediado.
La libertad es buena por sí misma;
Mas no nace en terreno abandonado.
Si no la fertiliza diestro surco,
Tan libre será el libre como el turco.

La libertad es cosa que se aprende,
Que cuesta siglos de experiencia amarga:
Un pueblo no la estudia, y no la entiende,
Sino tras lucha sanguinosa y larga.
Lo bueno cuesta caro. ¿Qué pretende
La rebelion? Al suelo echar la carga?
Fácil es: con pandillas y alborotos
Los vínculos mas fuertes quedan rotos.

Si tras el alboroto y la pandilla
Sale un disertador, ó muchos de ellos,
Con un plan especioso, donde brilla
Cúmulo vasto de principios bellos;
La gente al nuevo régimen se humilla;
Deslumbran á la masa sus destellos;
Se dan la enhorabuena los cofrades,
Y todos ven llover felizidades.

Y llueven en verdad cargo y ascenso,
Y se crean empleos infinitos,
Y se embriagan en sūave incienso,
Mui orondos, los nuevos favoritos;
Y el porvenir *ofrece un campo inmenso*,
Segun los periódicos, escritos
Con severa razon y estilo culto,
Y sin un galicismo ni un insulto.

Empero conservar esa conquista
No es tan fácil. Los hábitos añejos
Pervierten la razon, turban la vista,
Dan color de verdad á errores viejos:
De aquí resulta una existencia mista,
Cambio incesante de hombres y consejos,
Favoritismo, tropelía, engaño;
Lo mismo exactamento que hubo antaño.

Podia el señor Mora tomar un púlpito en cada uña, y echarse á predicar por estos mundos!.... Don Opas le dice á su sobrino que no sea tonto, y que admita de luego á luego las ofertas del moro; y acaba la primera parte con digresiones sumamente poéticas y filosóficas: no hablaré de lo que en ellas se dice, porque lo mejor era copiarlas; pero no pudiéndose esto, solamente pondré una octava para excitar la curiosidad del entendido lector:

Y á propósito, ¡qué ruin pobreza
La del célebre idioma castellano!
Justicia es la verdad y la pureza,
Y *justicia* es un juez y un escribano.
Y así cuando me oprima con fiereza
Fallo vendido por proterva mano,
Diré correctamente y sin malicia:
"Qué cosa tan injusta es la justicia!"

Mas como este admirable poema es una enciclopedia, tambien se trata en él de poesía, y en el fin de la primera parte se burla el poeta, entre otras cosas, del asonante y el verso suelto (ó como él malamente llama, *verso blanco*). ¿Quién les habia de decir que Mora, en vez de acariciarlos,

cual á orillas del Támesis solia,

se rebelara contra ellos de una manera tan inicua?.... Y al ver esto, ¿cómo esperar constante amor en este mundo?.... Esposa sencilla y melancólica, á quien abandona el esposo por seguir á una fea mujer de corazon dañado, mira la modesta armonía del verso suelto, menospreciada por el insípido campaneo de los pareados. Amante infeliz que ves á tu amada correr en pos de quien vale ménos que tú, contempla al sonoro y valiente romance, olvidado por octavillas de ocho sílabas, estrechas y encajonadas, y sin aquella rotundidad siquiera de las quintillas.

Y cierto no trocara mi figura
por ese que de mí se está riendo....
Trocara mi ventura.

Esto pudiera decir el asonante y el verso suelto, y el señor Mora estotro:

Pues soi por los cabellos arrastrado
de un tan desatinado pensamiento....

Dice el poema:

En venturoso dia el verso *blanco*
Renació para gloria de Castilla;
Con eso la poesía no es estanco,
Ni un poeta la octava maravilla.

Con que la poesía consiste en la rima?.... De verdad, señor Mora?.... Ahora salimos con esa?.... —Manía es de los escritores hacer consistir la

bondad de una obra en aquello que mas facilidad tienen de hacer. Yo me acuerdo haber leido un articulillo (algo insípido como este mio) de Breton de los Herreros, en el cual me quiere hacer creer su señoría, que lo que constituye la bondad de un drama es la versificacion fácil y la rapidez del diálogo. Con que nada mas que en esto consiste? ¿Con que en lo que únicamente sabe usted hacer, señor Breton, está el *todo* de un buen drama? ¿Pues por qué me dormiré yo con algunas comedias de usted, á pesar de su buena versificacion y fácil diálogo? Cierto que es cosa extraña.... Pobre *Conjuracion de Venecia!* Pobre *Sí de las niñas!* Pobre *Celestina!* ya no son buenos dramas, porque el señor Breton no quiere. — Pues mal que le pese á usted, señor Breton de los Herreros (sin querer por esto rebajar su mérito, pues yo soi el primero en ponderar su rica versificacion y sus sales cómicas), digo que mal que le pese á usted, daria de buena gana por la *Conjuracion de Venecia* (aunque no está en verso ni aparecen en él cocineras), daria pues todas las comedias de usted, con el tomito de *Poesías* de ribete.

Pero volviendo á Mora. Su principal mérito no consiste en la versificacion y rima, aunque pienso que no tiene superior en uno y otro, sino en ser gran poeta, gran filósofo, hombre de recto corazon y elevadas ideas, y escritor que tiene poderoso influjo sobre la fantasía y la razon del lector.

Si el público admite este artículo con indulgencia, daré otros sobre el mismo poema.

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

La hermosa Fornarina.

LA posteridad ha conservado mui pocas noticias sobre la historia de la célebre querida de Rafael, de aquella mujer de una hermosura prodigiosa que tan grande imperio ejerció sobre el corazon y el ingenio del príncipe de los artistas; y las pocas noticias que han quedado solo dan una idea incompleta de aquella jóven, á quien es preciso colocar entre la *Laura* del *Petrarca* y la *Beatriz* del *Dante*.

El influjo de la Fornarina fué, por decirlo así, el principio de una nueva era para la pintura, y sobre todo para aquella parte del arte, acaso la mas importante de todas, la del idealismo en la realidad; esto es, aquel sentimiento religioso y moral á cuyo impulso debemos las obras maestras de la escuela italiana.

El sentimiento del ideal existia ciertamente en los cuadros ó en las estatuas de las escuelas que han precedido á la de Rafael, pero existian en el estado místico. El tipo austero y meditativo de las Vírgenes de Duccio, de Cimabue, de Masaccio, no era sino la personificacion de la vida ascética; y al ver sus semblantes pálidos y serios, sus miembros agudos y huesosos, se conocen las austeridades de la penitencia y las vigilias de la contemplacion. En las *madonas* de Rafael se halla un órden de ideas perteneciente á mas completa inspiracion. Rafael es otro Pigmaleon: ha sabido idear y trasladar al lienzo la belleza abstracta, la mas pura de la forma humana, al tiempo que da á esta belleza un alma, foc te de todas las virtudes; en una palabra, l do enlazar el estilo con la expresion mora ta idealizacion de la materia habia sido intentada para representar á la madre d hasta que Rafael llegó á prendarse de la rina.

Aquella mujer llegó á ser, por decirlo a nio protector de la pintura: las Vírgenes fael pintaba participaban de sus graciosos nos, de sus formas tan castas y tan positi vez, que no nos cansamos de admirarlas. tas veces ideaba una Virgen revestida de t bellezas terrestres, ya fuese *Maria* ó *Gal* imágen de Fornarina se interponia siemp su idea y su pincel, y la modesta hija del ro (*Fornarina* se deriva de *fornaja*, pana representaba incesantemente á la ardiente nacion del artista.

El que quiera formarse una idea de lo aquel amor, que se represente la posicion fael y la de Fornarina. Cuando Rafael v lla mujer tan amada, era ya reputado por los principales pintores que habian existid tal la admiracion acia sus obras, que le h conducido en triunfo al capitolio, y como trarca, le hubieran coronado. Como Rub apreciado por los grandes, y á su imitaci como príncipe (*moda pittore, moda princip* palacio que se habia hecho construir. S bre era pronunciado por todos, y su imáge ser venerada en el corazon de una multit lustres señoras romanas. ¿Y cómo olvida le habia visto aquella noble y hermosa ca quel semblante en el que se reflejaban las llas cualidades del corazon? Hallábase de aquella modestia y de aquella amenida encuentran en los hombres que á una gra de talento saben unir una afabilidad y una ra de costumbres que de repente agradan y mas pueden olvidarse. La Fornarina, po beya, no poseia mas que su belleza; per grande era preciso que fuese esta belleza p Rafael la elevase hasta él! Con qué ard amarla! En cuanto á ella, debió prenda artista con aquel amor exclusivo y sin lím caracteriza á las mujeres romanas: Forna pues el ídolo de Rafael; se mezcló en to ensueños, y se colocó en todas sus creaci

Ved aquella divina mujer de formas ju en pié sobre la concha marina que la sirve ro, y rodeada de dioses y tritones. No es tis ni Amfitrite; es *Galatea*, á quien ha p Fornarina las proporciones esbeltas y el de su cuerpo, y su semblante cándido, n por un sentimiento de voluptuosidad. ¿ vor un admirable tipo de la fe sin límites, d lla devocion inflamada que no puede equiv vedla en la *Transfiguracion*. En el prin no, aquella figura de mujer arrodillada en y manifestando á un niño el milagro que s á sus ojos; aquella mujer es tambien For En todas partes se la ve, así en los altar en las paredes de los palacios de sus M sean estos papas ó príncipes. Rafael m á todos la imágen de su amada Fornarina, de todas sus concepciones. En el pabel jardin del palacio de Borghese se ve un

ıl fresco por Rafael; este retrato repre-
'ornarina; en la galería Borghese se con-
o. Pero el retrato mas verdadero, el mas
), es el que se halla en el palacio Barbe-
ı una figura de medio cuerpo, notable por
trañeza de estilo; está desnuda hasta la
y levanta hasta su seno finos y trasparen-
es: se la ve sentada debajo de un empar-
odeada de flores: una especie de turban-
su cabeza. En el brazo izquierdo lleva
lete sobre el cual se lee: *Raphael Urbi-*
oble y vigorosa italiana de tez morena é
cuerda por la amplitud de sus formas las
nosas Vénus de la antigüedad. La na-
poco ancha, pero los ojos son grandes
de fuego; la frente vasta é inteligente;
de la cabellera de un castaño que tira á
.ro. Parece que los maestros de las es-
ı Italia han conservado el gusto tradicio-
ıs antepasados los poetas romanos, que es-
en tan alto grado los cabellos dorados;
n comam. Horacio, Ovidio, Propercio,
al cantar en sus inmortales versos los
y la hermosura de las Pyrrhas, de las Ja-
de las Callidias, no se han olvidado de
admirable color de la cabellera de sus a-

tribuna de la galería de Florencia hai o-
ıto de mujer que ha querido atribuirse á
y considerar como el de la Fornarina, pe-
sino una invencion de don Antonio Ra-
ıgs, que grabó aquella pintura, y quiso por
lio dar voga y celebridad á su obra.
el dia nos es poco ménos que seguro el
el rostro de la mujer que tanto influjo
ın el corazon del jefe de la escuela ro-
ısto es decir que nada ó mui poco se sabe
ıtoria particular. En el siglo XVI se es-
ɔco; no habia entónces esa curiosidad in-
ue se apodera con avidez de los mas mí-
ormenores de la existencia de un hombre
La atencion se fijaba sobre cada una de
s que salian de su taller; las admiraban
ısiasmo; pero el individuo respiraba tran-
tras de su obra. El coronista se ocupaba
la productiva, y olvidaba los hechos de la
vada. Esto es lo que casi siempre hizo
A Rafael, por ejemplo, nos le manifies-
en el obrador de su padre, en Urbino; lue-
escuela de Perugino; le sigue de allí á
ia, á Róma y á otras ciudades que enri-
ɔn sus obras maestras; pero se contenta
ɔribirlas, y calla sobre la vida privada del

detalles de la historia de Rafael nos son
ɔnocidos, con mayor razon deben serlo
'ornarina. Mui poco es lo que sobre este
ar nos revelan las tradiciones populares de
Su verdadero nombre nos es desconocido,
sabe la calle en que habitaba. Inmedia-
puente que conduce á la *Strada Balbi* se
casita vetusta que sirve aun de despacho
y que se conoce por *la casa Fornarina*;
ida contiene las palabras italianas que a-
ı de anotar, y parecen indicar bastante
ɔ en ella habitó la querida de Rafael. Si-
ı una calle casi desierta y en cuartel po-
ıentado, la mayar parte de curiosos viaje-
ros se guardan de visitar aquellas ruinas cuya existencia apénas presumen.

Vense sin embargo algunos estudiantes alemanes que van á aquel lugar á cumplir una voluntaria peregrinacion; porque en aquel sitio fué donde *Rafael Sanzio de Urbino*, jóven y lleno ya de talento, en el año 1508, yendo á casa del rico banquero Agustiño Chigi, para quien estaba pintando las paredes de una capilla, vió por primera vez á la hermosa Fornarina que despachaba panecillos, (*pognettes*) en la tienda de su padre. Olvidóse en un momento de los frescos por concluir y los bosquejos comenzados, á pesar de los buenos consejos y amistosas amonestaciones de su protector. Las visitas matutinas del jóven pintor á la tienda del panadero se hicieron tan frecuentes y retrasaban tanto su obra, que despues fué conocida bajo el nombre de *Stanze di Rafael*, que Chigi, impaciente por ver concluidos sus bosquejos, no tuvo otro recurso para atraer al artista á su obrador que invitar á la hija del panadero á que viniese á habitar su palacio, lo que en efecto ejecutó; y desde entónces el maestro, absorto de amor, continuó sin interrupcion sus trabajos empezados.

Fornarina no se separó jamas de Rafael, y permaneció á su lado hasta la muerte. Cuando este pintó los célebres frescos del Vaticano, Fornarina era su compañera inseparable, el genio inspirador que presidia á sus estudios. El papa no veia con placer la pasion del pintor á la hija del panadero, y la continua presencia de esta en el palacio le desagradaba. Un dia le preguntó con un énfasis y amargura difíciles de disimular: — Quién es esa mujer? — Si su santidad me lo permite, contestó Rafael, le responderé que es *mis ojos*. Calló el papa, y Fornarina continuó siendo el alma encarnada del artista.

El mundo con el espíritu de injusticia que le caracteriza ha hecho pesar sobre esta mujer la desgracia que en la fuerza de la edad y del talento precipitó á Rafael en el sepulcro. Atribuyen su temprana muerte al abuso en los placeres del amor. Cuando vió que su fin se acercaba, hizo separar de su lado á su querida, y en sus disposiciones testamentarias la aseguró con qué vivir decentemente: poco despues murió, y su muerte, como una calamidad pública, esparció el luto y la desolacion en toda Italia.

Es bien triste la historia de esos hombres, de esos raros ingenios cuya frente, en la flor de la juventud, se ve ya coronada de la brillante aureola de la gloria. Cuando se espera verlos llegar con la edad á una perfeccion infinita, verlos recorrer regiones á las cuales ninguna inteligencia ha podido alcanzar, deslumbran al mundo con una luz repentina, semejante á la de esos meteoros que aparecen sobre la tierra; pero esa luz se desvanece luego, y desaparece de repente.

Iguales ejemplos nos presenta la historia de la música. Mozart, Weber y Bellini resplandecieron y murieron como Rafael. ¡Cuántos hombres ilustres, víctimas de igual destino, no encontraríamos en la literatura! Los pensamientos vivificantes, las poderosas creaciones, los trabajos de un espíritu de energía, parecen exijir una dilatada existencia, y apénas llenan el espacio de algunos años gloriosos, sí, pero febriles y devoradores. El espíritu demasiado ardiente desgasta su

fuerza y su energía en perjuicio de la fuerza y la energía del cuerpo. El equilibrio indispensable entre el cuerpo y el espíritu se destruye para siempre, y la vida se extingue en medio de los mas sublimes esfuerzos. Estos hombres viven demasiado para vivir mucho tiempo.

Así es como el amor de un hombre de talento hizo inmortal la belleza de una simple hija del pueblo; extraño capricho de la fortuna, que dispuso que la imágen de una mujer sin nombre, humilde retoño de una familia plebeya, habitante de un arrabal oscuro y desierto, fuese para siempre el ornamento de los palacios y del genio. ¡Cuántas grandes princesas á quien pueblos enteros ensalzaron en vida, habrán envidiado el perpetuo *apoteósis* asegurado por el divino pincel de Rafael á la hermosura de Fornarina!

Semanario pintoresco.

EL SULTAN DE EGIPTO.

CUENTO TURCO.

En una junta de doctores mahometanos convocada por el sultan de Egipto se ofreció tratar de un pasaje del Alcoran en que se cuenta que el arcángel Gabriel arrebató á Mahoma en espíritu, y sacándolo de la cama en que dormia, le mostró cuanto los siete cielos contienen. Hízole ver al mismo tiempo el empíreo y el infierno; é introduciéndolo á la Divina Presencia, el Profeta gozó de diez mil y ochenta comunicaciones con el Ser Supremo. Todo esto se verificó en tan corto espacio, que el lecho estaba aun caliente cuando Mahoma volvió á él; y aun hai comentadores del Alcoran que aseguran que Mahoma llegó á tiempo de enderezar una botija que se habia volcado al empezar la vision, sin que el agua hubiese tenido lugar de derramarse.

El sultan, como presidente de la junta, propuso el siguiente argumento contra la explicacion de los Doctores. Segun vosotros, hai siete cielos, cuya distancia intermedia requeriria quinientos años de viaje para atravesarla. Esos cielos son ademas sólidos y gruesos — ¿cómo pues es posible que Mahoma penetrase las esferas, caminase tanto espacio, y viese y oyese todo lo que el Alcoran dice? Los doctores dieron sus respuestas; pero el sultan era duro é incrédulo, y la consulta se concluyó dejándolo obstinado en su argumento.

Una disputa de esta clase, entre los doctores mas reverenciados de los pueblos mahometanos, y el poderoso sultan de Egipto, no podia quedar de puertas adentro del palacio. Corrió su fama por todas partes, y llegando á los oidos del célebre jeque Chahabebdin, quien unia en sí el saber mas profundo del Alcoran con las ciencias ocultas y misteriosas llamadas *Mekaxefa* (el arte de leer los corazones), y *Algaib-an-alabsar* (el arte de hacerse invisible), lo movió á presentarse al sultan, aunque no habia podido hallarse en la junta.

La veneracion en que los jeques eran tenidos hacia que hasta los príncipes mirasen á Chahabeddin como su igual. El sultan lo recibió en el principal salon del palacio: hízolo sentar junto á sí sobre un tapete riquísimo, y despues de haber bebido con él los sorbetes mas deliciosos, guntó la razon de su venida. "Gran señ pondió el jeque, he oido que en una cons los doctores de la lei, negasteis la verdad d mosa vision del Profeta, oponiendo á su r una multitud de razones. No vengo á c con vos, sino á haceros ver por experien pia cuán fácil es al poder supernatural de vorecidos del cielo verificar lo que á los h parece imposible. Haced que traigan á e lon una gran tina, y que la llenen de agua esclavos ejecutaron esta órden en pocos r tos. "Ahora bien, dijo Chahabeddin, tene desnudaros, quedando solo con una toalla la cintura." El sultan se desnudó, é hizo el jeque mandaba. Acercándose inmediat á la tina, rodeado de sus ministros y ofi "Solo os queda una cosa que hacer, conti sabio, y es que zabulláis la cabeza en el ag

Apénas habia el sultan sumerjido la cara do, transportado de un modo inexplicable, desnudo, y con la toalla á la cintura, á l del mar en una costa desconocida. "Válg Profeta! exclamó con asombro, qué traic infame es esta! Si vuelvo á Egipto, yo meto á Chahabeddin que no le pese la cab bre los hombros muchas horas. Pero qué de hacer en este caso? En vano es que amenazar á quien no teme mi enojo."

A poca distancia del mar se descubria u te, y en él se veian unos leñadores emplea desgajar las ramas de que iban á formar ces. A ellos pues se dirijió el cuitado sult diendo que hiciesen por él lo que estuviese poder. "Yo soi, les dijo, un pobre navega he perdido mi buque en unas peñas, á poca cia, y me he salvado en una tabla en el est veis." — "Buen hombre, respondieron los dores, lo único que podemos hacer por ti, e estos zapatos y esta manta: ambos están de agujeros; pero algo es algo. Diríjete p senda á la ciudad que está al otro lado de loma, y Alá te ayude, como puedo."

En este trage andrajoso se enderezó el acia el pueblo; y cuando llegaba á las pr casas, vió á un herrero que le pareció, por tro, hombre bondadoso. A este pues se ac contándole la finjida historia del naufragic plicó le aconsejase cómo habia de ganar l "Las costumbres y leyes de esta ciudad, herrero, son mui favorables á los extranje quieren avecindarse en ella. Tú eres jóve mal parecido; y no será mucho que hag fortuna. Vete al baño de las mujeres, sié la puerta, y pregunta á cada cual de las yan saliendo si tiene marido: la que te re que no, está obligada á casarse contigo." hombre en la situacion del sultan nada le inconveniente ó gravoso, con tal que le pro ne medios de vivir; mucho ménos cuando h ser á tan poca costa como ofrecerse por m y ¿quién sabia si la mujer que le habia d en suerte seria hermosa y rica? Pregunt por el baño de las mujeres, y sentándose á l ta, estuvo aguardando un rato; cuando h que sale una mujer bellísima, y adornada c pas que denotaban ser de alta condicion. deseoso y abochornado, el sultan, cruzan manos sobre el pecho, y haciendo un profu

verencia, dijo: "Princesa y señora mia, arido?" La dama, con semblante hala- espondió: "Sí tengo;" y pasó adelante. suerte la mia, dijo el sultan; pero ánimo , pues segun veo, el herrero no me ha en- "

o rato vió venir otra; pero cuanto la pri- hermosa, otro tanto era esta fea y des- e. "Válgame el Profeta! dijo nuestro nte; si me cabe en suerte esta fantasma, isiera pasar la vida cavando. Pero, se- lijo el herrero, no me es permitido dejar inguna sin hacer la pregunta de estilo." gado en esto la dama, y el sultan con la le preguntó: "Señora, tenéis marido?" esta "sí tengo," sacó al buen hombre del y sobresalto en que se hallaba; pero no asado dos minutos cuando otra mujer mas a anterior apareció á la puerta del baño. cido de mí! exclamó el sultan. Pero e hacer! el hambre crece, y si no he de no á costa de enamorar una de estas ta- ágase la boda cuanto ántes." Tal es el la necesidad, que el sultan se llegó á la lama, con el ánimo hecho de ser su mari- el puesto estaba ocupado, y tuvo que vol- oner en espera.

to se abrió por cuarta vez la puerta del ié aquí que se presenta una de las belle- singulares que se habia visto en todo el Olvidóse el sultan de su hambre en un , y solo se acordó de los andrajos que lo sintiendo en su corazon tener que llegar- estado á hablar á la hermosa criatura cercaba. Abochornado y confuso, le pre- tenia marido. Mirólo de piés á cabeza y con aire enojado y desdeñoso, le res- on un *no* seco, y pasó adelante. "Voto el sultan entre sí, que el herrero me ha . Esta mujer no tiene marido, y no obs- e deja de este modo. Esta desgracia la i capa rota.

sazon aumenta el hambre, como todos sa- l sultan estaba para darse á una deses- completa, cuando una esclava negra le si era él el extranjero que se habia ofre- marido á una señora. Al oir que sí, le iguiese, y en poco tiempo se halló nues- ipe en una casa hermosa y ricamente a- Guiólo la esclava al estrado, y luego r acia sí seis doncellas magníficamente y detras de ellas la dama á quien habia ltimamente la pregunta de estilo. "Ya vuestra casa, marido y dueño mio," le di- ma sonrisa encantadora. — "Bellísima espondió el sultan, cómo podré creer á y oidos? ¿No fuisteis vos la que me res- is con tanto desden?" — "Las costum- uestro pais, contestó la dama, requieren len en público; pero sus leyes nos man- humildes y amorosas al punto que recibi- estros maridos en casa."

no querria pintar pormenores que dejo á nacion del lector. El sultan vivió con siete años, viendo nacer un hijo ó hija cual de ellos. Acostumbrado al lujo de ipe, no habia placer que se negase á sí á su mujer. El caudal de esta era gran- tremo; pero los gastos anuales subian de modo que cuando quisieron mirar por sí, la familia estaba ya sumerjida en pobreza, y los acreedores no habian dejado mas que las paredes de la casa.

"Qué hemos de hacer ahora? dijo la mujer del sultan; tus hijos perecen, y yo no tengo á quien acudir por consuelo. Por tus manos han pasado mis riquezas, y todas han desaparecido. Tus manos pues nos deben mantener, trabajando." Atónito con la multitud de sus recientes desgracias, el sultan salió de su casa, y se dirijió á la del herrero, su primer consejero y amigo. Contóle todo lo que le habia pasado, y pidióle su parecer en el caso presente. El herrero se encojió de hombros, y sacando dos monedas del valor de un real de vellon, las dió al sultan, aconsejándole que comprase un cordel, no para ahorcarse, como supondrán varios de mis lectores, sino para hacerse mandadero de plaza; ocupacion en que podria ganar pan, si le ayudase la fortuna. Maldiciendo la que le habia traido á tal condicion, el sultan se fué al bazar ó mercado; compró su cordel, y se arrimó con él á una esquina. En breve vino uno á preguntarle si queria hacer un mandado, y poniéndole á los hombros un saco de cebada que lo agoviaba, le hizo marchar al otro cabo de la ciudad, en pago de lo cual le dió el valor de real y medio.

Con tal recado, molido del peso y camino, y desollado por el pescuezo y hombros con la aspereza del costal, se presentó á media tarde ante su mujer é hijos, todos hambrientos, y por consiguiente, todos de malísimo humor. Compró con el dinero un par de hogazas de pan bazo, y cenaron como pudieron; pero cuando llegó la mañana y vió el maldito cordel, que le recordaba la ocupacion del dia, el pobre sultan salió desesperado, con intencion de poner pronto fin á su vida y su miseria. Fuése á la orilla del mar, y llegando al sitio en que se vió primero, cuando metió la cabeza en la tina, empezó á denostar á Chahabeddin, causa y autor de todas sus desgracias. "Mágico infame! exclamó, qué diera por cortarte la cabeza de un solo tajo! Pero en vano me entretengo con estos deseos de impotente venganza. La muerte es mi único remedio." Dijo; y dando un salto, se echó al mar cabeza abajo.

Apénas empezó á sentir la falta de aliento, cuando acosado de las ansias de la muerte, quiso sacar la cabeza al aire. Sacóla en efecto, y queriendo nadar á la orilla, extendió los brazos con la mayor violencia. Sin saber con lo que tropezaba, sintió que dos obstáculos que se oponian á su nadar habian caido. Abrió los ojos desatinado, y se vió en seco, con dos esclavos negros en el suelo, á quien habia derribado. Lo cierto es que, en cueros, á excepcion de la toalla que lo ceñia, y rodeado de sus criados y cortesanos, el sultan acababa de sacar la cabeza de la tina.

Al ver á Chahabeddin, se arrojó á él como un furioso, y á no haberlo contenido los circunstantes, lo hubiera sofocado, por falta de espada con que cortarle la cabeza. "Qué furor es este?" dijo Chahabeddin. — "¿Tal me preguntas, infame, respondió el sultan, habiéndome tenido siete años fuera de mi reino, poniéndome al fin en la necesidad de vivir como mozo de cordel?" Mirábanse unos á otros los presentes, como que sabian que el sultan no habia estado medio minuto

con la cabeza en el agua. Pero Chahabebdin con voz pausada y serena les explicó todo el misterio, haciéndoles ver que en el mundo intelectual en que habia pasado la vision del sultan, mil años son como un solo dia. — *Mensajero de Lóndres.*

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Lámparas. Unos han atribuido la invencion de las lámparas á los Hebreos, y otros á los Egipcios; pero lo cierto es que su uso es antiquísimo en el Oriente, y se considera anterior al tiempo de Abraham. Antiguamente se celebraba en Egipto una fiesta mui solemne llamada de las lámparas, y otra semejante se celebra en la China desde tiempo inmemorial. Los Griegos y los Romanos tambien hicieron uso de las lámparas en los templos y en las casas particulares, especialmente en los dias de fiestas, de regocijos y de iluminaciones; y aun se dice que hubo tiempo en que se toleró el indicar por medio de lámparas encendidas las casas de prostitucion. Los modernos tambien hacen uso de varias clases de lámparas que se han ido inventando sucesivamente con diversas aplicaciones: tales son la lámpara de Argan, llamada comunmente quinquet; la lámpara neumática, en la que se puede propagar la luz en todas direcciones; la lámpara ignífera, que se enciende por sí misma; la lámpara de seguridad para el uso de las minas, sin que haya la contingencia de que se inflamen los gases que se desprenden en ellas; y otras varias inventadas ántes y despues de las indicadas.

Lanza. Se atribuye á los Españoles la invencion de esta arma, usada desde la mas remota antigüedad, aunque Plinio cree que los Etesenios fueron sus inventores.

Laud. La invencion de este instrumento músico, que estuvo mui en uso entre los antiguos, parece que se debe á la casualidad. Haciendo un médico curioso la anatomía de una tortuga para observar sus partes internas, tocó casualmente en algunos nervios tirantes de la parte disecada, que dieron un sonido agradable por medio de la cavidad de la concha; con cuyo motivo inventó un instrumento que se cree que fué el laud. Dícese que los Arabes le trajeron á España, y que con él acompañaban sus romances.

Lavativas. Se cree que los primeros que usaron las lavativas fueron los Egipcios, los cuales, observando que la cigüeña se las administraba á sí misma con el pico cuando queria descargar el vientre, aprendieron de esta ave el uso de las lavativas. Otros suponen que el íbis, ave del Egipto parecida á la cigüeña, fué la que enseño á los Egipcios dicho uso.

Leche (Extracto de). La invencion de este extracto sólido para obtener leche á todas horas y en cualquiera estacion, se debe á don Segundo Colmenáres, quien por tan útil descubrimiento ha conseguido en 1829 privilegio exclusivo por cinco años para asegurar su propiedad. P
don Manuel Iglesias Vazquez ha invent
bien una pasta ó extracto de leche semej

Legion de honor (Orden de la). Fué
da por Bonaparte cuando se le nombró có
petuo de la república francesa en el año
ra premiar con ella los servicios relevant
á la patria, tanto en la carrera civil co
militar. Luis XVIII dió á esta órden u
organizacion en 1816.

Leopoldo (Orden de). El emperador
tria instituyó esta órden en 1808 para p
cualquiera de sus vasallos que por su r
hiciese acreedor á ello.

Letras. Generalmente se atribuye
cion de las letras ó caracteres á los A
los Egipcios, y se cree que Cadmo, hijo
nor, rei de Fenicia, fué el primero que
su uso en Europa cuando llegó á la Gre
ca de 1600 años ántes de nuestra era.
fabetos griego y romano eran mui redu
sus principios, y se fueron aumentando
el último, que solo tenia en un principio
tras, en tiempo de Ciceron constaba ya
tidos.

Letras de cambio. Los judíos perseg
todas partes, fueron echados de Franci
posicion de Felipe el Largo, en 1318; y
dose entónces en Lombardía, inventar
tras de cambio para llevar consigo sus

Librea. Se dice que su orígen viene
tumbre que tenian antiguamente alguno
príncipes de regalar á sus criados en ci
del año algunos vestidos, á los que se ll
breas, del verbo *librar*, entregar.

Libro. La palabra libro se deriva
nombre que los latinos daban á una e
membrana ó corteza interior de los árbo
la cual escribian, y con ella formaban s
Estos consistian antiguamente en unas t
cha membrana, ó bien de papiro, de p
&c., las cuales solo estaban escritas po
y se rollaban por lo regular en una e
baston ó cilindro: los Romanos llamaba
rollos *volúmen*, cuyo nombre se aplica á
modernos, aunque su forma es mui distin
do se fué generalizando el uso del perg
empezó á dar á los libros la forma cuad
no por esto se desterró enteramente el
llarlos como se ha indicado. (Vease *En*
dor.)

Lienzo de morera. Entre las mucha
ras y útiles que se han descubierto por c
una de ellas es la preparacion de la cor
morera blanca para hacer de ella lien
medianos y finos. Un tal M. Olivier S
vivia en Francia en tiempo de Enrique
unas cuerdas de la corteza de dicho árb
tas á secar en lo alto de su casa, se la
viento á un foso, donde permaneciero
dias en el agua pantanosa: de allí las s
ra lavarlas en agua clara y tenderlas d
despues de secas, viéndolas aparecer p
hizo macerar para separar las durezas
que pulverizadas dejaron la materia bla
ve, y hecha manojos; y peinada á la r
cáñamo y lino, resultó propia para hila
y reducirla á lienzo.

GEFE DE VILLA, Y

PADUA.

capital del Paduano y una de las mas
ı é importantes ciudades de la Italia supe-
á situada á siete leguas de Venecia, sobre
ıiglione y el Brenta, y defendida por va-
tes. El año de 568 incendió Atila á Pa-
obligó á los habitantes á refugiarse á
ınas en que fundaron á Venecia. Otras
é arruinada esta ciudad por los temblores,
palmente por el de 17 de agosto de 1756.
cuencia de estas desgracias, quedó redu-
poblacion á 30,000 almas, número poco
onado á su extension, á la belleza del cli-
la fertilidad de su territorio. Despues de
e del tirano Ezzelino, acaecida en 1406,
Venecia á Padua, y en lo sucesivo siem-
eguido sujeta á aquella.
ırte antigua de la ciudad está mal cons-
a poca anchura de las calles y la falta de
n de los pórticos que hai en ellas le dan
:to triste y sombrío. Padua tiene dos tea-
arias plazas espaciosas, entre las cuales
e la *dei signori* (de los señores). La ar-
:a de las casas es mui uniforme y de poca
mas los edificios públicos son bastante no-

tedral, fundada en 1125, quedó concluida
por el obispo Estéban de Carrara, y fué
da en 1524 por el célebre arquitecto ve-
Santiago Sansovino. En la lista de los
ɔs de la catedral de Padua está inscrito el
nombre del Petrarca, quien al morir legó
o su biblioteca, y una preciosa Vírgen
:o.
dia han abandonado los fieles casi ente-
la catedral, y su piedad los estimula á
la iglesia consagrada á S. Antonio de

o este santo en Lisboa el año de 1195,
talia de resultas de una borrasca que so-
en un viaje que habia emprendido para
'ertir infieles. En Italia estudió teología;
con mui buen éxito; pasó á enseñar á
lier, despues á Tolosa, y últimamente á
londe murió en 1231 á la edad de treinta
ios.
esia de S. Antonio es uno de los mas be-
umentos que el arte gótico levantó en Ita-
endo sido comenzada en 1255 por Nicolas
ué concluida en 1307; tiene seis cúpulas
campanarios. El altar de la capilla de
gata está adornado con un magnífico cua-
'iépolo, que representa el martirio de la
en una vasta capilla que está detras del
e llama el Tesoro de S. Antonio, hai, se-
n, 780 reliquias, y entre ellas la barba y
ı de dicho santo. Los armarios en que
as reliquias tienen arriba una imágen de
ıio en una gloria que forma un grupo e-
echo de una sola pieza de mármol. En
ıai un crucifijo de bronce y un candela-
ıismo metal que tiene doce piés de alto,
Andres Riccio, y el mas bello de cuantos
:alia; pues no puede entrar en parangon
i aun el candelabro de Andres Bresciano
que se halla en Venecia, en la iglesia de santa María della Salute. El coro está rodeado de doce bajos relieves de bronce mui bien trabajados, y figurando pasajes del Antiguo Testamento. Tambien hai allí un retrato de S. Antonio que pasa por auténtico. La antigua capilla de S. Antonio está adornada de pinturas curiosísimas, que datan del décimotercio siglo. La capilla nueva es magnífica, tiene muchos relieves de mármol blanco que representan la vida del santo, y trabajados por los cinceles de Minello di Bardi, Gerónimo Campagna, Sansovino, Cataneo Danese, los Lombardos y Ticiano Aspetti. En el altar está el cuerpo del santo, que es visto con mucha veneracion. Es de notar que en Italia todas las capillas consagradas á S. Antonio de Padua son, despues de los altares dedicados á la Vírgen, los que contienen mayor número de milagros. En la iglesia de *Ara coeli* en Roma, por ejemplo, no solamente las paredes de la capilla están llenas de retablos y milagros, sino aun las columnas.

La iglesia de S. Antonio de Padua tiene cuatro órganos célebres, veintiseis capillas y una multitud de mausoleos, siendo los mas célebres de ellos los de los generales paduanos Catarino Cornelio, Pedro Sala y Alejandro Contarini, y en la plaza está la estatua ecuestre del mismo general, hecha de bronce por Donatello.

La iglesia de santa Justina, construida conforme á los planes de Andres Riccio, merece ser citada despues de la de S. Antonio. Delante de la fachada hai dos grifos, uno de los cuales tiene un soldado armado, y el otro un leon. Estos dos trozos de grosera arquitectura parece que son antiquísimos. La pintura del altar mayor, que representa el martirio de la santa, es una de las obras mas acabadas de Pablo Veronese. En una capilla se conserva con mucho esmero un atahud en el que se dice estuvieron los restos de S. Lúcas.

Junto al gimnasio ó colegio hai un sepulcro antiguo, que se dice ser el de Antenor, uno de los troyanos que se refugiaron en Italia cuando la toma de Troya, el cual, segun Virgilio, fué el fundador de Padua. Esta invencioncilla arqueológica solo se funda en cuatro versos latinos, harto medianos en verdad, que están grabados en el monumento, que fué descubierto en el siglo décimotercio, en una excavacion que se hizo en el mismo lugar donde ahora está el hospicio de Niños expósitos. Este mausoleo se compone de un sarcófago colocado sobre cuatro columnillas, y superado de una especie de baldoquin de cuatro caras, sostenido por cuatro pilares.

El palacio de Justicia fué comenzado en 1172 por Pedro Cozzo, y concluido en 1306. En él hai una espaciosa sala de audiencia llamada el *Salone*, que tiene 300 piés de largo y 100 de ancho y alto, sin mas sosten que las paredes, en las cuales aun existen algunas pinturas del Giotto, retocadas por Zannoni. En esta sala está el llamado monumento de Tito Livio, nativo de Padua, que segun posteriores informes, fué de un liberto de Livia.

Magasin pittoresque. Traducido por S. A.

LAS INTRIGAS VENECIANAS,

ó

Frai Gregorio de Jerusalem.

Hallabase Venecia en su mayor auge cuando un jóven aleman llamado Alberto, movido del deseo de aumentar la herencia que acababa de recibir, empleándola en especulaciones mercantiles, llegó á aquella célebre ciudad, que cual señora del Adriático, parecia nave grandiosa que flotaba sobre sus olas: —ahora yace como casco barado que la tormenta echó sobre la costa, triste, solitario y desbaratándose poco á poco. Reia la mar bajo los rayos del sol que, despues de la larga carrera de un dia de verano, iba á ocultarse tras las distantes cumbres del Apenino, cuando el bajel que conducia á Alberto desde Trieste echó el ancla. Rodeáronlo en breve varias de las góndolas que cubrian los canales que sirven de calles á Venecia, y en breve se vió nuestro pasajero en medio de aquella ciudad de disolucion y placeres. La novedad de los objetos, el contraste entre la gravedad alemana y la alegría bulliciosa de los Venecianos, la estacion del año, y mas que todo, la juventud é inexperiencia de Alberto, dieron en un punto por tierra con todos sus planes mercantiles. No habia ventana en que no clavase los ojos, atraido de los que con negro brillo centelleaban, ya tras las entreabiertas celosías, ya á las claras, y como para hacer alarde de su belleza. "Poco á poco, dijo al gondolero; ¿á qué viene esa priesa, remando como si nos siguiese una galeota turquesca?" "Señor mio, respondió el taimado veneciano, por lo que hace á mí, seguro estoi de que no me han de tomar los corsarios que empiezan á dar caza á vueselencia.? "A mí? cómo? no os entiendo, buen hombre. Pero decidme ¿qué príncipe vive en aquella gran casa á la derecha? Sin duda tiene visita esta tarde ..... cuatro, cinco .... qué se yo cuántas bellezas están al balcon." "Todas son de casa, mi amo. A lo que veo, vuesa señoría se halla mas que dispuesto á visitar á esas señoras. Animo pues, y al avance." Alberto empezó á atufarse con las respuestas del gondolero; pero habian llegado en esto bajo la ventana en que tenia fijos los ojos; y tal fué la sonrisa halagüeña con que fueron recibidas sus miradas, que creyó que habia sido transportado en sueño á un mundo de placeres y encantos. De mas buen humor con el gondolero le preguntó cómo podria procurar entrada en la casa? "Solo con llamar á la puerta, señor mio. Yo he sido gondolero de esa familia, y sé que las señoras de ella son en extremo aficionadas á extranjeros. Si gustáis, apénas dejemos vuestro bagaje en la posada, volveremos aquí y os desembarcaré á la puerta."

Deseoso de seguir el consejo, aunque algo receloso al mismo tiempo de verse expuesto á un bochorno, pues la casa, segun su aspecto, no podia ser de mala fama, Alberto quiso probar fortuna; y poniéndose uno de sus mejores vestidos, volvió á entrar en la góndola, que con curso mas apresurado que ántes llegó á los escalones ó desembarcadero del que á él se le figuraba palacio. Recibiólo el portero con respeto, y en breve se vió en un salon adornado, donde las damas que habian atraido sus ojos lo dieron la bienvenida con la mayor cortesía. A las excusas que hizo de su atrevimiento, le respondieron asegurándole que las costumbres venecianas lo permitian, y que supuesto que su presencia y los sugetos que habia nombrado, para quienes traia cartas, aseguraban que era persona decente, tenian mucho placer en que aquella casa fuese la primera en que pusiese los piés.

En breve fueron llegando varios caballeros que frecuentaban la casa, y bien pronto se hallaron todos tan bien avenidos y amigos, como si hubieran vivido en intimidad muchos años. Música, baile y juego vinieron á divertirlos en sucesion no interrumpida. Ganó como unos cuarenta ducados Alberto, y habiendo logrado una cita para la mañana siguiente, de la jóven á quien le habia tocado obsequiar aquella noche, se retiró loco de contento á su posada, jurando en su corazon que Venecia era el verdadero paraiso en la tierra.

Habiendo visitado al banquero en cuyas manos tenia sus fondos, la curiosidad le sugirió hacer algunas preguntas sobre la casa que habia visitado la tarde ántes. La respuesta, aunque bien intencionada, le fué mui poco agradable. Por ella supo que la casa, aunque no de la peor clase, tenia pésima fama en la no escrupulosa Venecia. "Tened cuidado con el bolsillo," concluyó el banquero. "Hombre mezquino, dijo entre sí Alberto, siempre pensando en el dinero. Pero las doce son, y es tiempo de ir á encontrar á mi Giannetta al salir de misa en la plaza de san Márcos."

Mas segura que el mismo reloj de san Márcos, nuestro aleman halló á su hechicera en aquella confusion prodigiosa y animada de gentes de todas naciones, cada cual en su trage propio, cada cual hablando su lengua, y todos tan alegres y confiados, como si se hallaran en su pais nativo. Ni es necesario, ni acaso seria posible, seguirlo en el laberinto de disipacion y placeres en que se perdió de vista á sus correspondientes mercantiles. Seguianlo á lo léjos los penetrantes ojos del banquero, quien por el hilo de sus cuentas descubria en qué estado se hallaba el ovillo de su bolsa, y cuán pronto tendria que devanar la última vuelta. El incauto Alberto se apercibia de esto mismo, y aun los compañeros y cómplices en sus desbarros no tenian muchas dudas sobre la catástrofe que se acercaba.

Llegó entretanto el dia en que Alberto puso su firma á la libranza que daba fin á su caudal, de que hasta el último sequin habia venido á Venecia. Ya habia notado, por muchas semanas ántes, cierta frialdad y despego en la jóven que hasta entónces parecia solo vivir para él y por él. El festejo que de todos los visitantes recibia, en tanto que con incauta franqueza dejaba que su continua mala suerte en el juego barriese el montos de doblones que cada noche apilaba delante de sí al empezar la banca, se habia convertido en cierta especie de mofa sorda, y en un general desvío de los que ántes lo rodeaban todo el dia. La pasion loca que habia concebido por Giannetta lo devoraba mas que nunca, como si el despecho y los celos la enconasen, convirtiéndola en una especie de fiebre. Varias veces le habia ocurrido el pensamiento de poner fin á la inmensidad de males que se le presentaban en perspectiva; mas nunca con la vehemencia que cuando el criado que ha

iado á casa del banquero pidiendo una pe-
cantidad de prestado, puso en su mano una
i que le daba la negativa en términos poco
s. Era esto á la caida de la tarde, cuan-
ado de la engañosa esperanza que como re-
empeña mas y mas en el camino de la per-
á los que se entregan á las pasiones, sin
s jamas hasta que los derrumba hasta el úl-
recipicio, Alberto se preparaba á probar
, por última vez, al juego. Esperaba, no
aclarar las dudas en que lo tenia la con-
le su querida; y si en ambas cosas lo bur-
suerte, ya habia determinado acabar con su
uella misma noche.

sta agitacion y combate de afectos se ha-
lberto, cuando un gondolero dejó á su puer-
illete, en que Giannetta le anunciaba su
inacion de no verlo mas, alegando razones
es y ridículas, que no dejaban duda del mo-
infeliz enamorado. Hizo mil pedazos el
y pisando los fragmentos, tomó la capa ve-
a, de noche, y embozándose en ella, se diri-
n café retirado que los mercaderes turcos
frecuentar para tomar opio. Compró al en-
a porcion de este soporífico, bastante á qui-
rida á veinte, y retirándose á una de las co-
das en que la sala estaba dividida, se arrojó
na silla con el desaliento que generalmen-
ede al último frenesí de furia en semejan-
os.

as habia tenido tiempo para echar una mi-
i derredor, cuando una persona cuyo bulto
divisó al pasar, echó una carta sobre la
desapareció. La sombra que habia atra-
y el sonido de la carta, que dió de plano
i tabla, llamaron la atencion distraida y
i del infeliz mancebo. Fijó los ojos en el
rito, y halló que decia: "Al señor Alber-
Turemberg, con toda priesa." La extrañe-
caso interrumpió la serie de ideas funestas
cesar habia ocupado su imaginacion du-
s últimas veinticuatro horas: tomó la car-
pió el sello, y halló en ella las siguientes
s: "Qué intentas, jóven temerario? Por
rdes toda esperanza? El cielo á quien o-
con tu desesperacion, me ha hecho saber
gracias para remediarlas. Mañana cuan-
rezca haz oracion ante el altar de la Vír-
está en el claustro interior de San Fran-
— Quien vela en bien tuyo."

il seria pintar la multitud de afectos que
isteriosas palabras excitaron en el alma de
. El modo con que la carta habia llega-
manos se le figuraba sobrenatural. La
idad con que habia venido á atajarlo cuan-
a á consumar el suicido intentado, no po-
parecer provenir sino de cierta persona
a. Con tal aviso, á tal tiempo, no era
pasar mas adelante en el intentado crí-
'El cielo, dijo entre sí, que tan claramen-
a libertado de mi desesperacion, me dará
de restablecer mi fortuna."

alir de su posada en todo el dia, aguardó
á que el sol se pusiese; y batiéndole el
como si se le quisiera salir por la boca,
r los solitarios claustros de San Francis-
do ya se necesitaba el auxilio de la lám-
ardia á la entrada del patio interior en
ba el noviciado. Con cierta especie de
calofrío pasó bajo el arco intermedio, y al fin divisó el altar de la Vírgen, que estaba al otro lado del cuadrángulo. Llegado que fué á él, hincó las rodillas, y aunque poco acostumbrado á estos actos de devocion, no pudo ménos que sentirse poseido de un cierto abstraimiento pavoroso, que mas parecia efecto sobrenatural que resultado de las circunstancias externas. Absorto y confuso se hallaba Alberto sin poder reducir el tumulto de sus pensamientos ni aun á aspiraciones sueltas con que implorar el auxilio del cielo, cuando el eco de los silenciosos claustros llevó á sus oidos los mesurados pasos y el arrastrar de la larga túnica de un religioso que se acercaba al altar. Un movimiento involuntario le hizo ponerse en pié, y volverse acia el ángulo de donde se oia el ruido. En efecto, vió venir un fraile con la capucha calada, que se dirijia á él. "Alberto, le dijo en voz baja al acercarse, por el saber de tus pasos é intenciones que te mostró mi carta de anoche, puedes inferir que no me eres desconocido. Si tienes cautela y eres capaz de guardar un secreto, tu fortuna se verá bien pronto restablecida. Conoces á Mocénigo?" — "Sí le conozco, aunque no puedo decir que le he tratado," respondió el jóven. "Bien sé, replicó el fraile, que aunque trata á Elvira, la hermana de Giannetta, nunca va públicamente á su casa. Pero aunque te parezca extraño que una persona de mi profesion te proponga volver á un lugar de disipacion, la seguridad del estado veneciano lo requiere. Tu pobreza te ha echado de las puertas de tu querida; pero en poder de tu banquero hallarás medios que te franquearán otra vez la entrada. Mocénigo conspira contra su patria. El hecho es cierto, pero faltan pruebas. Insinúate con Elvira, gana su confianza con dones y promesas, encubre tus miras para todos, continuando en la intimidad con su hermana. Si lograres averiguar aunque sea un indicio, con tal que pueda servir de prueba al suspicaz tribunal de los diez, tu fortuna es segura. De todos modos empieza á gozar el premio en los fondos que hallarás depositados á tu órden. Pero ten presente que el menor desliz de tu lengua te confina para siempre á una de las mas oscuras prisiones de estado. Dentro de treinta dias cabales te espero aquí para darme noticia de lo que hayas hecho."

Sin aguardar respuesta ni pedir consentimiento á comision tan peligrosa, el fraile volvió la espalda, y en breve se ocultó en la oscuridad de los claustros.

Pasmado quedó Alberto por algunos instantes, á efecto de la sorpresa que las palabras del fraile le causaron. Dióse priesa á dejar el convento, retiróse á su posada, y aunque buscó reposo á su agitado espíritu en el sueño, solo aumentó el apresuramiento febril de su sangre, con la multitud de ideas extrañas y confusas que poblaron su cerebro durante una especie de duermevela en que de cuando en cuando caia. Amaneció, y con la primera luz salió de su casa ansioso de respirar el aire fresco y libre. Continuaron sus cavilaciones hasta que fué hora de abrirse el banco; y mas bien por averiguar si las imágenes que le presentaba la fantasía eran efecto de objetos reales, que por la esperanza de hallarse con nuevos medios de volver á ver á su Giannetta, se acercó á preguntar al cajero si tenia algunas noticias de

sus corresponsales. —"Cuatro mil ducados fueron puestos ayer á vuestro *Ha de aver*, pero sin nombre. El sugeto que los entregó no quiso decir de dónde venian." "Poco importa, dijo Alberto: supuesto que son para mí, os estimaré me mandéis quinientos á mi posada." "Así lo haré sin falta," concluyó el banquero.

Bendito fraile! exclamó entre sí el aleman. ¡Santo mas milagroso que ninguno de los que yo trataba en otro tiempo de lisonjear con misas!.... Pero en qué diablo de zambra me ha metido? Cómo saldremos de ella? No hai que olvidarse, amigo Alberto, que aquí en Venecia desaparecen los hombres como por escotillon, y pudiera ser.... Pero á qué acongojarse ántes de tiempo? Si yo cumplo con mi comision, no tengo por qué temer. Oh Giannetta, Giannetta! taimada y poco de fiar eres; pero no puedo vivir sin ti! Ánimo, y vamos á su casa.

El oro es el metal mas prodigioso que ha formado la naturaleza. Su influjo se extiende á distancias increibles. Con tal que un hombre tenga á su mando una buena porcion de este mineral poderoso, le veréis el reflejo en la cara, aunque él se halle al un cabo, y su tesoro al otro del diámetro de la tierra. Una tira de papel encantado lo transporta en pocos minutos á su faldriquera: los demas hombres sienten el poder oculto del metal, y hasta las selvas y peñas le abren paso. Como Gianetta no tenia la menor semejanza con montes ni riscos en cuanto á dureza, aunque se les parecia algo en lo enmarañado de su carácter, no es extraño que los cuatro mil de pico, que esperaban tranquilos la firma de Alberto para volar á las blancas manos de la tal niña, obrasen una mudanza completa en la determinacion de no verlo mas. Al entrar inesperadamente en la sala, se empezó á aglomerar una especie de nube sobre las negras cejas de Giannetta. Pero no bien hubo Alberto anunciado que su antigua amistad no le permitia dejarla ignorante de la honradez de uno de los deudores de su padre, que le habia enviado una considerable suma, sin que él la pidiese ni la esperase; ni la primer sonrisa con que la primavera anuncia la huida del invierno, es mas placentera que la que congratuló á Alberto por su buena fortuna.

Pasados los primeros raptos de alegría, no pudo ménos nuestro héroe que empezar á sentir lo dificultoso de su encargo. Presuroso, y empeñado en no perder tiempo, al dia siguiente empezó á dedicarse á Elvira con achaque de la amistad desinteresada que el ser obsequiante de su hermana requeria. Poco, empero, agradaban á Giannetta estas filosofías de amistad y desinteres. Celosa naturalmente de su hermana; rival oculta á causa de la ambicion que le hacia envidiar el cortejo de un hombre tan poderoso en Venecia como Mocénigo; la sospecha de que hasta su casi desplumado aleman parecia inclinarse al iman principal de la casa, puso el colmo á su enojo, y la determinó á no guardar término en su venganza.

Jamas habia Alberto hallado á su Giannetta mas que meramente placentera. ¡Cuál seria su placer cuando la vió ahora con todos los síntomas de enamorada! La primera indicacion de esta mudanza fué el pedirle celos. Celos pedidos por una querida! ¿Dónde está el hombre que no se ha saboreado con el primer trago de esta copa engañosa, agradable y picante en la superficie, y mas amarga que acíbar en el fondo? Bien conocia Boscan este sainete del amor, cuando en sus planes de felicidad contaba el que su amada,

. . . . "Alguna vez me pida celos,
Con tal que me los pida blandamente."

Parte de este deseo concedió á Alberto la fortuna: la otra se la llevaron los vientos; quiero decir, que aunque Giannetta le dió el gusto de manifestarse tan penetrada de su amor que no podia sufrir que hablase á su hermana, lo hizo de un modo tan opuesto á la blandura apetecida por el poeta, que lo acosaba de muerte de un cabo al otro de las veinticuatro horas. Desatentado el incauto jóven entre la loca persecucion que sufria y la necesidad de ejecutar la comision de que pendia, no solo su bienestar, sino la seguridad de su persona, no sabia cómo proceder. Pasaban entretanto los dias, y no adelantaba paso con Elvira, á quien apénas podia dirijir la palabra: tal era la incesante guardia que le hacia Giannetta. Cerca de tres semanas habian pasado de este modo, cuando la astuta celosa mudó de repente su plan de ataque. Descuidóse al parecer de los pasos y proceder de Alberto, y empezó á manifestarse aficionada á un oficial rico, del lado allá de los cincuenta, que ántes por no saber qué hacerse que por interes mas vivo, frecuentaba la casa. Aquí perdió los estribos el pobre Alberto: su pasion por Giannetta era harto loca para que este torbellino de afectos no le acabase de quitar el tino. Rogó, enojóse, amenazó, acarició; todo en valde. Giannetta se mantenia firme en la determinacion que juraba haber tomado, de romper para siempre. Solo un momento pareció titubear, y como si la pasion renaciente la ablandase á su pesar, con ojos bajos, cual si quisiera ocultar las lágrimas que empezaban á llenarlos, dió al agitado Alberto el nombre de ingrato, acusándolo por la milésima vez de haberla abandonado por Elvira.

No ménos veces habia estado el incauto jóven á punto de comunicar el importante secreto que, á su parecer, le restituiria el sosiego, calmando á su celosa amante; mas las últimas palabras del fraile resonaban aun en sus oidos, y el temor de una prision perpetua le cosia la boca. Pero en la agitacion de aquel momento le faltó la resolucion, y cediendo á una necia ternura contó á Giannetta su aventura con el fraile y la comision de que estaba encargado.

La astuta Giannetta, aunque incapaz de adivinar el secreto, conocia demasiado á Venecia para no haber ántes sospechado que alguno de los agentes de las cabezas de partido se estaba valiendo de las dificultades pecuniarias y la sencillez de Alberto, para sus fines particulares. Algunas vislumbres de que por medio de Elvira se intentase dañar á Mocénigo se habian presentado á su imaginacion; y estas confusísimas dudas la habian aguijado á sonsacar á Alberto, no ménos que la envidia que tenia á su hermana.

La alegría que animó sus ojos cuando se halló dueña de secreto tan importante, se le figuró al infeliz Alberto prueba indudable del ardor con que lo amaba; y ni una sombra de sospecha le anubló el corazon, aunque acababa de poner su vida en manos de una mujer liviana. Embebecido

ıatinado amor, que ahora mas que nunca pábulo constante en las caricias de Gian- confiado en los pasos que esta le asegura- ıabia tomado para averiguar la traicion de go, creia las bien urdidas patrañas con que da le llenaba la cabeza cada dia, y vivia peranza de llevar al fraile los mas impor- nformes.

ı el dia aplazado, y aunque Alberto solo esperanzas y promesas para el fraile, no se olvidó de la cita en el claustro. Des- de Giannetta, dándola á entender dónde ; retiró á su posada esperando que anoche- Hízose oscuro, entró en su góndola, y sal- n tierra á poca distancia del convento, se ıó con ménos temor que la primera vez altar de la Vírgen del noviciado. No bien incado la rodilla, cuando el arrastrar de los y el blando pisar de las sandalias anun- a venida del religioso. Llegó; alzóse Al- preguntando en voz baja qué noticias mpezó dando disculpas de no haber ade- cuanto quisiera en su comision; pero a- do que en pocos dias esperaba tener prue- or lo ménos indicios vehementes del trato ínigo con ciertos espías.

ien habia pronunciado el nombre de Mocé- ıando, á un leve escombrarse del fraile, sa- uatro embozados de detras de los cuatro , en tanto que el finjido religioso puso un l pecho del desgraciado Alberto. "Muer- si hablas, ó si haces la menor muestra de ıuir." Los cuatro esbirros (que no eran s que se habian presentado de improviso) learon, y en breve se halló en una góndo- e le vendaron los ojos y aseguraron las Remaba el gondolero en silencio, y guar- absoluto los ministros de la policía vene- in que se oyese por un buen espacio mas ausado sumerjir de los remos, y los ahoga- iros del preso. Puesto en tierra, sin des- , oyó el abrir de puertas pesadas como de ı ó palacio, y subiendo por escaleras espa- ıero en lugar tan solitario que no daban e el eco no repitiese, se halló encerrado en ento pequeño, donde, por falta de luces, de servia el que le hubiesen quitado la ven- s ojos.

ue Alberto no sabia otra cosa del fraile, en un mes ántes habia hablado, que lo que , la noticia que dió Giannetta á Mocéni- ı para que el tribunal de los Diez, de que niembro, se apoderase de la persona del : de Galeotto, su enemigo; y frai Grego- erusalem se hallaba á este tiempo en una le estado. Tenia frai Gregorio fama de ser retirado de los religiosos franciscanos de . Faltábale, empero, cierto aire de manse- sin el cual la mayor austeridad no alcan- : opinion de santo. Aun el carácter y ancias de su retiro tenian un cierto tono ntropía, que no le conciliaban el afecto de onas piadosas. Jamas se le vió en el púl- ı el altar, aunque contemplativo, jamas dió s de afectos ó ternura; y en el confesona- iel morena y tostada de su rostro, el ceño ntrecejo poblado lo daba, el reflejo de los ros como el azabache, que relampaguea- ı unas pestañas largas y del mismo color, las pocas veces que se levantaban del suelo; y en fin, hasta el modo de hablar sentencioso, lacónico y como enojado, ahuyentaba á los penitentes de las clases inferiores, y solo se le conocian por dirijidos algunos de los principales de Venecia, de quienes parecia huir, no recibiendo ni pagando visitas. La edad de frai Gregorio tocaba en los cincuenta. Su persona era delgada, aunque naturalmente forzuda. Hasta las mas leves huellas de la juventud habian desaparecido en ella; pero de un modo tal, que nadie sabria decir si por efecto de una vida penitente, ó de la violencia de pasiones que le habian carcomido el corazon. De su historia lo que se sabia en el convento era únicamente, que hallándose algunos años ántes en Nápoles, como soldado, en uno de los tercios españoles, se habia retirado del mundo, tomando el hábito de los conventuales de san Francisco. Inquieto, al parecer, y deseoso de huir de sí propio, habia procurado que lo enviasen á Jerusalem, donde estuvo algun tiempo. Llamado otra vez por sus superiores á Europa, hacia como tres ó cuatro años que se hallaba en Venecia, donde su retiro y la agitacion interna que parecia ser su orígen, habian crecido visiblemente. En estos últimos dias, y en consecuencia del informe de Giannetta, los espías de Mocénigo, que, como confesor de Galeotto, lo tenian por objeto constante de sus pesquizas, habian doblado su actividad en observar sus acciones. Por otra parte, Galeotto no dejaba de tener cierta sospecha de que su plan de ataque habia sido descubierto; y creciendo el recelo al paso que se acercaba el dia de la cita entre Alberto y frai Gregorio, concertó con el último que faltase á ella por aquella vez, siendo fácil darle otra, si el secreto no habia trascendido. En consecuencia de estas disposiciones, frai Gregorio habia salido aquella mañana para hacer una visita en el convento armenio, que ocupa una de las pequeñas islas vecinas á la ciudad. Siguiólo la policía á lo léjos, y cuando vieron que no podian cojerlo hablando con el aleman, como quisieran, prepararon la escena que se ha pintado en el claustro, y al mismo tiempo aseguraron la persona de frai Gregorio.

El empeño de Mocénigo y su partido, era implicar á Galeotto en el crímen de conspiracion contra su persona, que como inquisidor de estado, era sagrada por las leyes. Para esto bastaria que Alberto declarara que frai Gregorio era quien lo habia comisionado. Pero á pesar del mas severo interrogatorio, el aleman persistia en que no le era posible reconocer al religioso que le habia hablado. Determinóse pues por los Diez que á la noche siguiente se verificase un careo, despues de haber examinado los papeles de Alberto, de que los esbirros se habian apoderado.

El reloj de San Márcos habia sonado la media noche, cuando frai Gregorio y Alberto fueron conducidos al tribunal de los Diez, entrando por puertas diferentes. Las colgaduras de paño negro, los vestidos del mismo color que usaban los jueces y los ministros del tribunal, disminuian la luz de cuatro velas de cera, puestas de modo que diesen de lleno sobre las caras de los presos, á fin de observar la expresion y mudanza de los semblantes. El contraste de la oscuridad general hacia resaltar sus personas, de modo que parecian figuras de algun célebre artista, que se salian del cuadro. A

un lado, algo cerca de la mesa principal, se veia á frai Gregorio como lo habemos descrito, echada atras la capucha, los brazos cruzados, las manos metidas en las anchas mangas del zayal, y los ojos en el suelo, sin haber echado ni una mirada á los jueces ni al otro preso. Alberto, mas atras, volvia los ojos con una especie de desasosiego, medio atemorizado, medio quejoso, como que le faltaba la experiencia de las desgracias humanas y de lo inexorable de la mala suerte, que daba á su compañero su compostura. Su edad no pasaba de veintidos años: medianamente alto, ojos, ni tan claros como los del Norte, ni tan oscuros como los del Mediodía, pero que parecian negros en la luz en que entónces brillaban. El pelo negro y rizado daba realce á una piel que sin ser blanca, como podria esperarse en un aleman, tenia toda la transparencia que se necesita para que ni lo trigueño domine, ni lo sonrosado dé en ojos. Si la expresion del rostro no era de actividad mental ni afectos vehementes, tenia en el mirar pintados al candor y la benevolencia. Su primer impulso fué hablar á los senadores; mas luego le fué impuesto silencio, mandándole que respondiese á las preguntas que le harian. La primera fué que dijese el nombre del religioso con quien habia hablado en los claustros de San Francisco. Al responder que no lo sabia, le instaron á que dijese si conocia al que estaba presente. Aseguró que no: repitióse la pregunta tres veces; y oyendo la tercera negativa, el presidente tocó la campanilla, y Alberto fué conducido fuera de la sala. Por lo que hace á vos, frai Gregorio, vuestro carácter retarda el expediente que probablemente sacará la verdad de boca de ese jóven. Confesad pues, si queréis escapar el tormento que, segun parece, se está ya aplicando á vuestro compañero.

Oiase en esto la voz levantada de Alberto, que hablando á los verdugos, sin haber aun roto en quejido, daba muestras de dolor agudo que ya se hacia insoportable. El silencio que por pocos momentos se apoderó del tribunal, dió cumplido efecto á un gemido agudísimo, que concluyó con un sonido sordo como de persona que se desmaya. Los cabellos se hubieran erizado á cualquiera no acostumbrado á semejantes escenas; y aun las facciones secas y rígidas del fraile se demudaron, aumentándose su palidez. Sonó la campanilla otra vez, y el presidente, que no habia quitado los ojos de sobre el religioso preso, "Confesad, le dijo, ó preparaos á ocupar el puesto que, por ahora, va á dejar vuestro compañero."—"Extraña demanda, contestó con voz pausada frai Gregorio, la de que confiese lo que no sé; de que admita una acusacion sin mas fundamento que una vaga sospecha. Mi conducta anterior me absuelve de ella."—"Vuestra conducta, padre, ha tenido siempre algo misterioso. La historia de vuestra vida está incompleta. Qué erais ántes de tomar el hábito? Por qué ocultáis el pais de vuestro nacimiento?"—"Porque nada tiene que ver mi patria con mis desgracias."—"Mas de lo que acaso os convendria decir, contestó el presidente; pero oigamos, continuó, lo que dirá el jóven aleman."

Salia en efecto el infeliz pálido como la muerte, sosteniéndose sobre los hombros de los ministros de justicia, ó mas bien sostenido por ellos, pues, segun se veia, el tormento le habia quitado el uso de los brazos. Faltábanle las fuerzas para hablar, y fué preciso darle una pequeña banqueta para que respondiese sentado á las preguntas y careo, que continuó de esta manera:

"Aunque os decis aleman, vuestros papeles dan indicios de que no nacisteis en aquellos dominios." "No señor, respondió Alberto, Madrid fué el lugar de mi nacimiento; pero aun no tenia un año cuando mi madre, que era natural de Nuremberg, me llevó allá, acompañada de un hermano suyo, bajo cuya proteccion me ha criado." "En Madrid? exclamó Mocénigo, clavando los ojos en el jóven como si tratase de reconocer sus facciones: cómo se llamaba vuestro padre?"—"El nombre de mi padre es un secreto que no me es posible revelar por ahora," contestó Alberto. "Oh! dijo el presidente, semejantes secretos no se admiten en este sitio, á no ser como agravacion del delito en que estáis implicado. El impulso viene sin duda de mas alto, y apénas hayan pasado veinticuatro horas, cuando el tormento os hará decirnos lo que sabéis de vos mismo, ya que no ha bastado esta noche para haceros reconocer á este religioso."

"El tormento otra vez! dijo Alberto con voz que el terror enronquecia. Señor, continuó dirijiéndose al presidente en tanto que las lágrimas corrian hilo á hilo por sus descoloridas mejillas, si no habéis nacido de las piedras, si los pechos de una madre os alimentaron en vuestra infancia, no me obliguéis á romper el juramento que hice á la mia, mujer desgraciada! cuando estaba para espirar. Contentaos con saber los hechos de la triste relacion que me hizo al darme su bendicion postrera, y no me preguntéis los nombres."—"Oigamos la historia, contestó el presidente, que luego sabremos cómo sacar los nombres en claro."

Sentado como se hallaba Alberto, con labios mas moreteados y trémulos que cuando salió del tormento, y sin la menor accion por hallarse sus brazos sin poder ni movimiento, contó su historia de este modo:

"Mi madre fué á España cuando apénas tenia seis años, con la suya, que en calidad de azafata de la reina, la habia seguido desde Alemania. La belleza de su persona y la gracia de sus modales, hicieron á mi infeliz madre el encanto de la corte, apénas dejó el convento en que se educó bajo la proteccion de la reina. Mas bien por afecto que por su empleo de camarista, su señora apénas la perdia de vista, complaciéndose en tenerla á su lado, hasta que, como intentaba, pudiera darla en casamiento á uno de los magnates de la corte. Mas la suerte habia hecho que la bella alemana (así la llamaban comunmente) fijase la vista en uno de los caballeros jóvenes, cuyo empleo le obligaba á vivir en palacio, cerca de la persona del rei. Era el enamorado de familia noble, como lo denotaba la cruz de Santiago que llevaba al pecho, y habia mostrado en varios encuentros un temperamento tan fogoso, que á no ser por lo agradable de su persona y la finura de su cortesanía, que le ganaban el afecto del monarca, mas de una vez estuvo para perder su empleo. No es del caso contar por qué trámites creció el afecto de una parte y otra, á pesar de las dificultades que la etiqueta de palacio ofrecia á cada paso. El trato, aunque á hurto, era diario, y cuando los amantes no podian hablarse, no les faltaban oca-

siones de entenderse por papeles. Mi padre, llevado de la vehemencia de su carácter, propuso un casamiento secreto, y mi madre, aunque no ignorante de las funestas consecuencias que para entrambos podian resultar del enojo de la reina, cedió su mano y su persona. Un año habia pasado, sin que la imprudente conducta de los jóvenes esposos tuviese resultas que obligasen á descubrir su enlace, cuando un embajador extranjero, cuyo nombre y patria verdaderamente ignoro, concibió tal pasion por la bella alemana, que cuanto influjo poseia (y era grande por su carácter diplomático) lo convirtió en instrumento de conseguirla por mujer. Halló desden donde no lo esperaba, y mezclándose el resentimiento con el deseo, se convirtió en persecucion lo que al principio fué cortejo. La reina misma se empeñó en persuadir á mi madre, y en proporcionar al embajador ocasiones en que ganase su afecto. No se daban estos pasos sin que su marido los observase; y como, por temor de que su vehemencia y ardimiento le hiciese declarar su enlace, exponiéndose á la pérdida de su empleo, mi madre le ocultaba la propuesta del embajador, se envenenaba su pecho con los mas funestos aunque ocultos celos. Mal aconsejada al fin por su azorada imaginacion, determinó fiarse del honor de su enamorado perseguidor; y en una de las visitas en que las instancias del extranjero subieron al mas alto punto de ardor, mi desgraciada madre se echó á sus piés, rogándole que no la aflijiese, pues estando casada de secreto, en vano solicitaba su amor. Disimuló el mal intencionado amante, y preguntó el nombre de su afortunado rival; díjoselo mi madre, y creyó que en aquel punto habian concluido sus males; pero esta confianza fué el verdadero principio de sus desgracias.

"Un casamiento clandestino en palacio cuando acababan de ponerse en toda su fuerza las leyes civiles y eclesiásticas que lo prohiben, era delito que el rei no podia perdonar. Apénas habian pasado veinticuatro horas, cuando mi padre fué conducido al alcázar de Segovia, y mi madre encerrada en un convento. Desde aquel instante cesó toda comunicacion entre los desgraciados esposos. Mi padre, no sé como, logró escaparse de su prision, y ni mi madre ni ninguno de sus parientes ó conocidos supieron jamas su paradero. A poco tiempo de estar en las descalzas reales, mi madre percibió que lo era, y comunicando su estado á la reina, recobró su libertad, aunque no su honra, que, por la severidad de las nuevas leyes, solo podia quedar limpia por medio de un casamiento solemne con el autor de mi existencia. Confiaba en la nobleza de su esposo que no la abandonaria; pero al cabo de dos años de temores y esperanzas, tuvo que conformarse con su desgracia, y jurando no volver á pronunciar el nombre de quien tan cruelmente la habia abandonado, se volvió á Alemania, donde pasó el resto de sus dias con su hermano, quien me adoptó por hijo. Allí murió pocos años ha, habiéndome confiado mi historia pocos dias ántes de su muerte."

"Segun lo que oigo, dijo á esto Mocénigo, vuestro verdadero apellido es Guevara." La sorpresa que estas palabras causaron á Alberto le hicieron casi desmayar de nuevo. Mocénigo, volviéndose acia sus compañeros, dijo con aire insolente, aunque no enteramente exento de compasion al miserable objeto que tenia á la vista: "¿Quién dijera que al cabo de tantos años, despues que aquel villano español me puso á la muerte en Madrid, habia su hijo de conspirar con mis enemigos en Venecia?" "Segun eso, replicó uno de los senadores, vos fuisteis el enamorado que separó á los dos amantes." "Travesuras de la juventud! replicó Mocénigo con una sonrisa maligna. Lo extraño es que con tener parte tan notable en la historia que este mozo nos cuenta, y no obstante haber probado el acero del asesino, jamas le vi cara á cara."—"Veráslo ahora," exclamó una voz que hizo resonar la sala; y en un momento Mocénigo cayó herido mortalmente á los piés del fraile.

Pintar la confusion que se siguió á esta herida, seria imposible á la pluma. Acudieron unos al moribundo, y rodearon otros con espadas desnudas al matador, quien, con ojos en que momentáneamente habia sucedido el abatimiento á la fiereza, volviéndose acia donde estaba Alberto, "Dejadme, exclamó, dejadme abrazar á mi hijo, al desgraciado hijo á quien, sin conocerlo, he traido á tan miserable estado, y haced de mí lo que quisiereis." Al decir esto arrojó en el suelo, destilando sangre la cabeza y brazos de la cruz que acostumbraba llevar entre el cordon y el pecho, y cuya parte inferior servia de vaina al puñal con que habia herido á Mocénigo. "Oidme, señores, por pocos momentos ántes que me conduzcan á la muerte lenta y horrible que de cierto me espera. Si la parcialidad de estado no os cierra los oidos á la voz de la naturaleza, confesad que el hombre á quien he quitado la vida, no me ha pagado con ella ni la mitad de los males que me atrajo con sus viles intrigas. Ese hombre cruel, separándome de cuanto mas amaba, me obligó á andar errante y mezclado con los foragidos de España por mas de dos años, despues que escapé de la fortaleza donde me hizo encerrar su influjo. La narracion de ese desdichado á quien he venido á reconocer por hijo cuando yo he sido el instrumento indirecto de reducirlo á un estado en que la muerte debe serle apetecible, ha puesto ante mis ojos todas las maquinaciones con que ese vil hombre causó mi ruina. Suyas sin duda fueron las cartas falsas que, estando aun en prision, me informaron que mi mujer habia consentido en anular legalmente nuestro casamiento, y falsificada debió de ser la firma de la desgraciada á quien creí traidora. Atreviméá entrar de noche en Madrid, y atraje sobre mí la persecucion mas violenta, de resultas de haberlo herido. Acojíme á los montes con los bandidos, hasta que horrorizado de mí propio, me embarqué disfrazado para Jerusalem, donde tomé este hábito. Habianse ya casi borrado las huellas de la pasion violenta que me hacia ansiar por venganza, cuando la desgracia, ó mi destino, me obligó á vivir en Venecia. La vista diaria de mi enemigo renovó mis antiguos odios: traté de causar su ruina, aunque no por medios violentos, si fuese posible evitarlos. Qué me importa ya ni el mundo ni mi propia vida? A no ver á ese desgraciado objeto, á ese hijo á quien he venido á reconocer á las puertas de una muerte cruel y violenta, el placer de mi venganza me haria triunfar de vuestros verdugos." Diciendo estas palabras, se arrojó al cuello de Alberto, que desmayado á fuerza de sus dolores, y

de los encontrados afectos que la escena toda habia excitado, yacia mas muerto que vivo en los brazos de los que lo custodiaban.

El presidente dió sus órdenes en secreto. Vendaron los ojos y ataron atras los brazos del fraile, y poniéndolo en una góndola con el desfallecido Alberto, los desembarcaron junto al puente llamado de los *Suspiros*, que conduce á las prisiones de estado. Abiertas quo fueron las puertas que conducian á dos calabozos subterráneos, y observando frai Gregorio que los iban á separar, exclamó con vehemencia: "Dejadme abrazarlo por la última vez." Esta súplica quedó sin otra respuesta que una débil voz que se retiraba, diciendo: "Oh, no nos separéis! permitidme morir con mi padre!"

Mensajero de Lóndres.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Linterna. Su invencion es antiquísima. Se dice que la que servia al filósofo Epitecto fué vendida en tres mil dracmas, y que no se estimaba en ménos la de Diógenes. La abadía de san Dionisio en Francia conserva en su tesoro, como una pieza curiosa y antigua, la linterna de Júdas. La máquina de óptica, llamada linterna mágica, fué inventada por el P. Kircker, jesuita de Fulda, que murió en 1680.

Lira. La fábula atribuye la invencion de este instrumento á Lino, maestro de Hércules, y dice que Orfeo, Apolo, &c. le perfeccionaron.

Litografía. Bajo este nombre, compuesto de dos palabras griegas que significan piedra y escritura, se entiende el arte de dibujar ó escribir sobre una piedra para multiplicar por medio de ella los ejemplares del grabado. Su inventor fué Sennefelder, cantor del teatro de Munich, quien á principios de este siglo publicó sus primeros ensayos; y algunos inteligentes, conociendo desde luego las ventajas que podrian sacarse de este nuevo descubrimiento, inclinaron al rei de Baviera á que comprase el secreto. En 1806 estableció aquel gobierno en Munich un taller bajo la direccion de Sennefelder, donde á nadie se dejaba entrar. Durante algunos años no se hizo en Francia ni en Inglaterra el aprecio que merecia esta interesante invencion, y hasta 1814 no se estableció en aquella nacion el primer obrador litográfico. Este arte no habia recibido mejora alguna desde su invencion hasta poco tiempo hace, que, por la aplicacion é inteligencia de MM. Chevalier y Langlumé, puede decirse que la litografía ha logrado una nueva vida.

Litotritia. Trituracion mecánica de la piedra dentro de la vejiga. Fué conocida de los antiguos Egipcios, y Ammonio de Alejandría fué llamado *lithotomos* ó *cortador de piedra*, por haberse dedicado á esta operacion en aquella ciudad hace mas de veinte siglos. Pero de su método al actual hai tanta distancia, que puede este llamarse nuevo. Los hombres mas célebres en este ramo han sido Filagrio, á principios de la era vulgar, Alsaharavio en el siglo XV, Hilden en el XVI, Colot en el XVIII, y Rodriguez de Málaga, Segalas, Amussat, Bancal y otros, en el presente.

Logaritmos. El escoces Juan Neper, baron de Merchiston, inventó los logaritmos acia principios del siglo XVII; aunque tambien se atribuye su invencion á Justo Birge, constructor de instrumentos de matemáticas, que floreció á fines del siglo XVI.

Lotería. El orígen de este juego es mas antiguo de lo que comunmente se cree, supuesto que los Romanos lo conocieron, y algunos opinan que le inventaron para hacer mas amenas las fiestas saturnales que se celebraban á mediados de diciembre, á las que se daba principio distribuyendo gratuitamente billetes á los concurrentes, quienes solian obtener por este medio alguna ganancia considerable. Unos creen que el nombre de lotería se deriva del italiano *lotta*, lucha, porque parece que el jugador lucha con la fortuna y con los demas jugadores; y otros que viene del aleman *lot*, que significa suerte. Parece que la renovacion del juego de la lotería se debe á don Celestino Galiani, monje napolitano, quien le introdujo en su patria en el siglo pasado; aunque otros dicen que se debe á un genoves llamado Benito Gentile, el cual, por medio de esta invencion, se libró de la muerte. La lotería se estableció en Génova en 1729, desde donde se fué extendiendo por las ciudades de Italia, Alemania y Francia: por último se introdujo en España en 1763, habiéndose celebrado la primera extraccion en Madrid el dia 10 de diciembre de dicho año: desde esta fecha hasta fin de diciembre de 1831 se has verificado 750 extracciones.

Loza. Su uso es mui moderno en Europa, y comenzó en el siglo XV, descubierta por Lucca de la Robbia, en Florencia. Llamósela *vidriada*, y protejida despues su elaboracion por el duque de Urbino Guidobaldo, hizo tales progresos, que tomó el nombre de *porcelana italiana*. Con la muerte de Guidobaldo cayó en Italia este ramo de industria fabril, y comenzó en Francia, descubierto por Bernardo Palissi en 1580. A mediados del siglo XVIII apareció otra loza en Inglaterra superior á las anteriores, y creada por el célebre Wedgwood, que es la mejor que hoi se conoce. — En España hai tierra para loza excelente, y ha habido fábricas que se han perdido.

Luis (Orden de san). Esta órden militar de Francia fué instituida por Luis XIV en 1693.

Luna (Orden militar de la media). Se dice que la instituyó en 1523 el emperador de Turquía Soliman II, llamado el *Magnífico*, en memoria de la conquista de la isla de Ródas: otros suponen que la fundó Mahometo II.

Luteranos. Sectarios que siguen la doctrina del heresiarca *Lutero*, que nació en 1483, empezó á publicar sus errores en 1517, y murió en 1546.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

LA HERMANA

DE LA

ARIDAD.

as que las creencias huyen y la fe falta á
s almas, ¿ no es extraño y maravilloso que
el mundo seres cuya vida se pasa entre
y la cama de un enfermo? ¿ No es cosa
le que haya aun en Francia jóvenes que
dad sincera renuncien libremente á los
la tierra por ir á abrazar un crucifijo,
s que la corrupcion, la impiedad ó la indi-
son la única herencia de los humanos?
s son las que dan este ejemplo al mundo,
parecen criadas para pasar la vida son-
y las que llevan la corona de espinas!
e no desearian adornar su frente sino con
La mujer, á quien se califica de viva, lige-
ichosa, inconstante y de una perpetua a-
d, vedla al pié de la cruz orando por el
culpable, rogando por vos y por mí, vedla
or de una cama piadosa y solícita, tratan-
rza de cuidados y de amor religioso, de
los males de un pobre enfermo, y esto no
, un dia ó una semana, sino toda su vida,
a en el santuario y en el asilo de los des-
s. Para el hombre tendido en el lecho
r, la hermana de la caridad es un ángel
elo y de esperanza, es un rayo divino en
una noche sombría y triste, es una dul-
fable en medio de las amarguras de una
fermedad. ¡ Cuántos sufrimientos han pa-
énos crueles en presencia de estas pobres
la religion! ¡ Cuántos moribundos han
do su último suspiro ménos terrible oyen-
dulces palabras que la hermana sublime
ba en sus oidos! ¡Cuántos secretos,
terribles misterios han sido arrancados
timo aliento de un moribundo!....
cristianas! la lengua del hombre es im-
para hablar dignamente de vuestra sagra-
ion: mucho será si logramos siquiera
deros: existe tanta distancia de vosotros
s, como lo que hai del cielo á la tierra.
rgo, vivís bajo el mismo sol que nosotros,
el mismo aire, hoyáis la misma tierra:
sotros nacéis de madres mortales, y como
tenéis una cuna y un sepulcro. Pero es
perio de la religion, tal el poder de la
que os hacéis de una naturaleza superior
tra, pasáis por en medio de nosotros, y
sentidos dejan de percibiros, nuestras fu-
grías no excitan vuestra envidia, huís de
s, y no sois conocidas sino de aquellos
cen.
ermana de la caridad que se ve con sú
gro y su crucifijo sobre el pecho, no es
una mujer que está condenada á eterna
Ella no dirá ni oirá jamas palabra de
Despues de haber admirado á estas santas
no sé qué triste sentimiento entra repen-
e en mi corazon. ¡ Qué jóven puede ver
legre á una jóven partir para el cielo, sin
cir nada á la tierra! ¡ Qué jóven no en-
l crucifijo esos tiernos besos de una boca
de veinte años! ¡ Bastantes espinas crecen en el mundo para quitarnos así las únicas flores que nos habian dejado! ¡ Por qué la caridad viene á quitar de este modo lo que habia sido prometido al amor!

Pero qué hablo? yo he encontrado una de estas mujeres en un dia que no soñaba sino en vanas esperanzas de amor: era una jóven robusta y hermosa, sumamente cortada, encendida por un amable pudor, y llevando la vista clavada al suelo: su andar se asemejaba á la fuga: se hubiera dicho que el ruido de los hombres la espantaba, y que se apresuraba á salir de en medio de la multitud profana. Ha pasado delante de mí como una de esas visiones que algunas veces ve un jóven en sueños, dejando en pos melancólicos sentimientos: ha pasado como uno de esos ángeles que acostumbraban visitar á los hombres en los primeros tiempos: la jóven despareció para mí, y no la recuerdo sino como se recuerda una aparicion de la noche.

Quien quiera que seas, jóven, á quien he visto con túnico y manto tosco, cada mañana te dice el espejo cuán hermosa eres, ¿y qué respondes á este discreto testigo de tus encantos y de tus secretos dolores? ¿ Tu amor para Dios te basta, y tu alma tierna y pura no llama en su ayuda otra alma que ame la tuya? Oh! si tu crucifijo es tu amigo, si la soledad no entristece tu vida, sigue, sigue para siempre en tu santuario; guarda tu pacífica dicha, porque al fin este mundo de que te has separado no merece un suspiro.

T. DE J. M. A.

LOS PERROS.

Con el nombre genérico de canes [*canis*] designan los naturalistas no solamente las diversas variedades de la especie doméstica, sino tambien otros muchos animales, como el lobo, el chacal, el zorro, y en general todos aquellos carniceros que tienen semejanza con ellos en cuanto á su forma y costumbres. Definidos así, constituyen un género numerosísimo que habita en todas las partes del mundo, y se distingue de los demas digitígrados, tanto por el número de sus dedos, que es de cinco en las manos y cuatro en los piés, como por la disposicion de su sistema dentario. De todos los animales de la misma tribu, los perros son los que tienen las extremidades mas largas, y por eso son tan ágiles en la carrera, lo cual y lo exquisito de su olfato los hace tan propios para cazar. Estos animales son sin contradiccion los mas inteligentes de su género, pues sin hablar de las pruebas que el perro doméstico nos da de su sagacidad, cualidad que pudiera atribuirse á la educacion que recibe, ¿ quién no conoce las estratagemas del lobo, y las astucias de la zorra? ¿ Quién no ha oido hablar de las conspiraciones que traman contra los rebaños, y de los medios que emplean para engañar á los pastores?

Las diversas especies de este género son demasiado comunes, no solo en los paises desiertos en que gozan de toda su libertad, sino aun en las cercanías de las ciudades y poblaciones.

Se ignora de dónde proviene nuestro perro doméstico, y es por consiguiente imposible describir sus costumbres en el estado salvaje; mas ya hemos tenido conocimiento de perros que habiendo ántes vivido en domesticidad, se les ha dado su libertad por muchos años, viviendo todo este tiempo en la soledad. En este estado son mui sociables, se reunen por centenares para cazar de comun acuerdo, se alimentan ya de carne viva, ya de carne muerta, viven en madrigueras comunes, y últimamente, observan la misma conducta que los chacales. Sus costumbres en el estado doméstico son conocidas de todo el mundo, y todos saben cuán útiles son por sus preciosas cualidades. Siendo como son guardianes tan fieles cuanto inteligentes, cuidan la casa con el mayor anhelo, defienden al ganado con tanta actividad como el mas entendido pastor, y prescindiendo de su genio naturalmente carnicero, van á recojer la caza y vienen á entregarla intacta al amo. Tan sumisos y apacibles en su esclavitud, cuan orgullosos y crueles en su libertad, obedecen á la menor seña de su amo, y aun se acercan á él para recibir azotes cuando han dado motivo para ello. Y no se crea que el interes es la norma de tan nobles acciones,—no,—porque tan apegados están al infeliz que los tiene trabajando y muertos de hambre todo el dia, como al rico que los mantiene con exquisitos manjares, sin exijir de ellos el menor servicio. Tanto por uno como por otro exponen su vida, y por defenderlos no temen hacer frente á los mas terribles animales, como son el tigre y el leon. ¿Y qué diremos del perro del ciego? ¡cuán apreciable no es un animal que, por decirlo así, da vista al desdichado á quien la naturaleza ó la enfermedad privó de tanto bien! ¡con qué circunspeccion y cuidado va por la calle huyendo de los carruajes que cruzan! ¡con qué tino sabe andar, ya de prisa, ya despacio! Si está el camino libre, precipita el paso, y si hai algun obstáculo, la acorta y va con todo sosiego haciendo á un lado á la gente para conducir á su amo. Al llegar á una encrucijada, se detiene por un momento para ver si por alguna de las cuatro calles hai algun carruaje, y si así es, espera con paciencia á que pase: en caso contrario, pasa con toda rapidez la bocacalle para mayor seguridad de su dueño. Con sobrada razon corresponde este al animal con todo su afecto,—porque son dos compañeros, dos amigos inseparables para quienes todo es comun, el bien y el mal; si uno tiene hambre, el otro tambien; y si hai abundancia para uno, la hai igualmente para el otro. ¡Cuán sublimes lecciones de virtud dan á los hombres estos animales! Si quisiéramos hablar aquí de todas las que los adornan, llenariamos mucho espacio, y nos hariamos fastidiosos, y así, contentémonos con lo dicho.

De los dos animales que están figurados en la estampa, el primero es un perro de caza español, á cuya familia pertenecen los mas inteligentes de todos, y el segundo es el dibujo de un perro que llevó á Paris el hijo del célebre Buffon en 1783. Este perro era hasta entónces de una raza desconocida en el mediodía de Europa, y le dió Buffon el nombre de *gran perro de Rusia.*

S. A.

Contribuciones que paga un ingles.

Lord Brougham, en un discurso que pronunci relativo á las contribuciones que se pagan en I glaterra, las enumeró del modo siguiente:

"Pagamos contribuciones por todo cuanto n entra por la boca, por todo lo que nos cubre cuerpo, y por nuestros calzados.

"Contribucion por todo lo que es agradable la vista, al oido, al tacto y al gusto.

"Contribucion por todo lo que hai sobre la tie ra, en el agua, y debajo de la tierra.

"Contribucion por todo lo que nos viene del e tranjero, ó se produce entre nosotros.

"Contribucion por las materias primas, y p el valor que les da la industria del hombre.

"Contribucion por las salsas que abren al hom bre el apetito, y por las drogas que le dan la s lud.

"Contribucion por la piel de armiño con que e juez se adorna, y por la soga que despacha al cri minal.

"Contribucion por las donas que se dan á l novia, y por los clavos con que se cierra el cajo del difunto.

"De suerte que en cama, á bordo de una em barcacion, al poniente, al levante, es necesario pa gar.

"El muchacho azota su muñeco que ha pag do contribucion, con un látigo que tambien la h pagado.

"El hombre adulto monta un caballo contribu dor, conduciéndolo con un freno contribuyente, caminando por un suelo que tambien contribuy

"Ultimamente, un ingles agonizando todav echa un medicamento que ha pagado 7 por 1 en una cuchara que ha dado 15 por 100, y recuesta en una cama que ha contribuido con 22 por 100; hace su testamento en un papel s llado del valor de ocho libras esterlinas, y espi en brazos de un boticario que ha pagado cien bras por adquirir el derecho de hacerlo morir... Sus propiedades tienen que pagar entónces de 2 á un 10 por 100, fuera de los enormes derech que se exijen por enterrarlo en un cementeri sus virtudes quedan grabadas en una lápida q paga su contribucion, y solamente cuando ya halla reunido á sus abuelos es cuando deja de tar contribuyendo."

Magasin pittoresque. Traducido por S. A

BIENES DE LA ESPERANZA

A la esperanza se ha dado el nombre de gota c dial que Dios derramó en nuestra copa para q tar á la bebida de la vida la parte de amargura desabrimiento; ha sido llamada asimismo la tal de la salvacion que sostiene á los hombres que errantes como náufragos en este piélago temp tuoso. Colocada á las inmediaciones del hom como una tierna madre á la cabecera de su enfermo, lo mece entre sus brazos, lo arrima á inagotable pecho, y lo nutre con una leche calma todos los dolores; ella vela pegada á su litaria almohada, y lo adormece con la magi sus cantos.

La esperanza es un tributo que la desventu

Perro de caza español.

Perro Ruso.

la fe llevan sobre el altar de la Providencia. Chateaubriand ha dicho que es santa aquella religion que ha hecho de la esperanza una virtud. La religion prescribe la conformidad en los grandes trabajos, y ¿por qué no ha de tener el derecho de prescribirnos la esperanza? Dice el aleman Paul que son injustas las quejas que algunos dirijen á la Divinidad por haberlos arrojado á este mundo para ser desgraciados, ya que no puede negarse que la misma Divinidad ha impreso en los corazones de todo ser racional la piedad y la esperanza.

El hombre es inclinado naturalmente á la esperanza, y no sobrellevaria el peso de sus penas y quebrantos, si un sentimiento, aunque vago, no le dijese desde el fondo de su alma que mañana será mas feliz que hoi, que cesarán sus trabajos, y que tendrán recompensa sus sudores:

Piú che il desio che il temore affrena,
E la miseria di speranza piena.

La esperanza es un bálsamo para las heridas del alma. El hombre de mérito, desatendido y olvidado, espera justicia del tiempo; el hombre honrado que sufre una acusacion inicua, espera justicia del cielo. ¿A quién, dice madama de Stael, á quién no ha ocurrido en medio de sus angustias y aflicciones sentir en el fondo de su corazon una confianza que le hace entrever mui próximo el término de sus males, á la manera de la música celestial que llegaba á los oidos de los piadosos anacoretas de la Tebaida para anunciarles el refrigerante manantial que iba á brotar del seno de una roca? La esperanza brilla todavía con el último rayo que anima nuestra existencia, y cuando este rayo se extingue sobre los cárdenos labios del moribundo, el alma del justo dirije sus miradas mas allá de la tumba, y la esperanza celestial le hace ver un plácido descanso en regiones mas felices. Si la impiedad es tan horrible, consiste en que se precipita en el abismo sin esperanza; y si el infierno se nos pinta con colores de tanto terror y alarma, es porque aquel rayo divino no penetra en la tenebrosa cárcel de los condenados.

Todo lo que encontramos en el mundo de mas dulce y agradable tiene su emblema en la esperanza, y de ella saca su principal resplandor. Las flores son la esperanza del año, los hijos la esperanza de los padres, la brillante juventud la esperanza de la patria. Todo crece en el mundo, y todo florece por la esperanza; por ella se embellece el tiempo presente, y si llegase á faltar, seria tristísima la oscuridad del porvenir. Los héroes de altas empresas todo lo han fiado á la esperanza de la fortuna, y sobre esta diosa han fundado sus atrevidos planes y la seguridad de sus triunfos. Al emprender Alejandro su expedicion contra el Asia, repartió á sus amigos todas las haciendas y bienes particulares que poseia en Macedonia, y habiéndole preguntado qué era lo que se reservaba para sí, contestó: "La esperanza."

Muchas veces se pierden los hombres y se pierden los imperios, porque entró en ellos la desconfianza, porque cedieron á los primeros reveses y contrastes, y porque no esperaron en el tiempo, en el valor, en la justicia, en la magnánima paciencia, en los mismos caprichos de la suerte, y en el exceso de los males y de un acerbo dolor.

Los Romanos, que eran un pueblo verdaderamente grande y digno de mandar el universo, decretaron el honor del triunfo al cónsul que fué vencido en la terrible batalla de Cannas, solo porque no habia desesperado de la salud de su patria.

Este dulce sentimiento engaña las mas de las veces; pero se ha gozado á lo ménos de una grata ilusion. Habriamos sido doblemente infelices si no nos hubiera consolado la esperanza. Sucede con frecuencia que la idea de un bien que se espera, es mas suave que el bien ya alcanzado. Decia un ministro al hablar de un hombre de mérito, al cual se habia limitado á lisonjear con buenas razones: "Yo le he dado mas hoi con la promesa que le he hecho, que cuando le haya concedido verdaderamente la gracia que me pide."

Si el cielo no ensalza al momento nuestros votos, es sin duda por no quitarnos el placer de la esperanza. Llamamos por lo tanto infeliz nuestro destino cuando nos hallamos en una clase humilde y con pocos recursos para salir de ella. La idea de abrirnos un camino mas ancho y de mejorar nuestra condicion, comunica una grande animacion y fuerza á nuestras facultades morales, y á cada paso que damos vamos adelantando en la halagüeña senda de la esperanza.

El Reinaldo de Ariosto no quiere arrimarse á los labios el vaso fatal, porque desea mantenerse mas tiempo en una lisonjera espectativa. El jugador no descubre de un golpe todos sus naipes, sino que los va sacando uno por uno para gozar gradualmente del placer y prolongar las vivas agitaciones de la esperanza.

La esperanza tiene el carácter mas dulce de todos los bellos sentimientos, está en relacion con los corazones afligidos, no abandona á los hijos de la desgracia, aunque hayan sido abandonados por todos sus amigos. Cuando todas las divinidades protectoras se alejaron de la tierra, la esperanza, segun la tradicion de los gentiles, la esperanza sola se quedó con los hijos infelices de los hombres. Prodigio incomprensible: ¡los hijos del placer, á los que la fortuna prodigó las riquezas y las comodidades, se desprenden de la vida sin turbacion, y al parecer sin sentimiento, en tanto que los que arrastran una vida triste y penosa tienen ménos tranquilidad é indiferencia para perderla! En qué consiste esta anomalía? En que quien ha gozado ya de todo lo que el mundo ofrece de mas hermoso y deleitable, nada tiene que desear en la tierra, en tanto que el desgraciado espera siempre que han de terminar sus males, y que llegará por fin la época de cojer él tambien la fruta deliciosa que todavía no ha gustado.

Esta dulce esperanza es para el hombre lo mismo que la balsámica brisa que despues de un dia ardoroso viene á refrescar la naturaleza; es la compañera de la imaginacion y de sus sueños mas lisonjeros, y nos hace vivir de un modo fantástico y brillante, alimentándonos con los mas gratos prestigios; crea una felicidad ideal con su poderoso talisman; finalmente, es la que precede á todo goce, y que tiene mas suavidad que el mismo bien apetecido.

Decia un escritor ingles al hablar de la amable deidad consoladora de los desgraciados: "En su jardin de delicias nace una guirnalda por cada esfuerzo, un bálsamo para cada pena. El peregrino cansado de caminar por la áspera senda de la vida, descansa bajo estas plácidas som-

sombras, y los sueños de paz retozan á sus alrededores. Aunque ningun placer haya inundado mi corazon, nada me importa, con tal que me quede la esperanza. Me es indiferente que las horas del placer hayan sido distantes y cortas como las visiones de los ángeles. Mi vida se alegró con dulces sueños, y mi alma gozó de la calma que los mismos derramaron sobre ella."

Queriendo un sugeto de mucho talento pintar con colores de la imaginacion y del sentimiento los dias de la alegría, del amor y de los placeres de la risueña primavera de los años, decia á una amiga suya antigua: "Usted en aquellos dias de tan dulce memoria era tan hermosa como la esperanza." Y en efecto, ¿qué cosa hai mas bella que este sentimiento vivificador? ¿Qué realidad mas feliz puede compararse con este amable sueño? El arco celestial es su imágen, su color es verde; da una ala al placer, quita una espina al dolor, y es el mismo placer con hojas y flores.

MALES DE LA ESPERANZA.

La esperanza no es siempre un bálsamo para las heridas del alma, y mas bien puede considerarse como medicina inútil y peligrosa, ó como el sueño de un enfermo delirante. Por lo regular se alimenta de necias ilusiones, y cierra los oidos á los consejos de la razon, y á las lecciones de la experiencia.

La esperanza aumenta el catálogo de los delitos. Si el malvado no esperase sustraerse al brazo de la justicia; si el traidor no esperase que habia de quedar encubierta su alevosía; si el hombre vil y bajo no pudiera lisonjearse de sobrevivir á sus cobardes ó ignominiosos manejos; y finalmente, si se pudiera hacer perder á los hombres la esperanza de la impunidad, seria mui diferente la conducta de todos.

Régulo decia á los Romanos:

L' onor di Roma,
Il valor, la costanza,
La virtú militar, padri, é finita,
Se speme ha il vil di libertá, di vita. (*)

Por causa de la esperanza pierde el hombre la dignidad, la noble altivez y la libertad; por ella se vuelve bajo y servil; se postra y se encorva á las personas que pueden concederle empleos, riquezas, ascensos y fortuna.

Por otra parte, ¿qué consuelo da la esperanza si va siempre acompañada del temor? Y cuál es el resultado de la esperanza? El mismo que el de las predicciones, que de ciento sale una verdadera. Aun cuando llega el bien, es siempre menor de lo que se esperaba, y suele presentarse comunmente cuando ya el deseo se ha disipado en largas y vanas ilusiones.

Nosotros, dice Bossuet, arrastramos de continuo la larga cadena de nuestras burladas esperanzas. El que se figura no hallar en el curso de los sucesos probabilidades contrarias, se expone á muchos chascos, y en tal caso las contrariedades mas insignificantes se convierten en duras penas.

Un poeta ingles dice mui oportunamente alegoría, que los hombres no son introduc trono de la esperanza sino por un camino so, por un declive áspero y desigual, que s la senda escabrosa, que despues de haberse nado un poco, son detenidos, rechazados y pitados en el abismo; y que son mui pocos jeros que llegan á la cúspide conducidos mano de la fortuna; y que aun la mayor p los agraciados se queja de la cortedad del cio y de los trabajos que ha sufrido para al lo; poquísimos los que se retiran contento tisfechos de su adquisicion, y ménos toda que guiados por la sabiduría se van á desc los amenos bosques del contento.

Triste consuelo es para nuestros males una esperanza que mui pronto se disipa; y cen con razon el nombre de crueles los qu jean con pomposas promesas que nunca cumplirse. Se cuenta que habiendo sido á un pretendiente una gracia que solicita mucho empeño, se arrojó á los piés de su no, agotando todos los recursos de su eloc para expresar su gratitud. Creyó el monar no lo habia entendido, y le replicó: "T equivocado, crees que te he concedido la gr es todo lo contrario." "No, señor, no est vocado; yo doi gracias á V. M. por haber tado pronto la esperanza, libertándome de nes é inquietudes que son propias de quien guardando una resolucion, y que tiene que su tiempo en hacer cuentas galanas y cálc sonjeros."

"Vana ilusion, dice Moore, déjame al en mí descanso. Por qué vuelves, engaña rena? Vete: yo estaba triste, pero gozab quilidad. Una luz subitánea ofende á los o estuvieron cerrados mucho tiempo; es me decer que nutrir vanas esperanzas. Un n to de felicidad vale por un siglo de esperar

Vale mas pensar en los males, que espe bienes; si se observa esta regla, nos serán sensibles las desgracias cuando lleguen á c bre nosotros, porque nos hallarán preparad frirlas, y será mas intenso el placer que no nique la prosperidad, cuanto ménos conten ella. La esperanza no es la diosa cons de los miserables, y sí de los dichosos; ac brados estos á los prósperos sucesos, tiener para esperar; lo pasado les endulza el po se fian en su buena estrella, y se abandon propicia suerte; pero el que tiene el corazo rado con constantes aflicciones, contrarie reveses, en qué puede fundar su esperanza sar dice al piloto en medio de una desecha ca: "Qué temes? Llevas á César y su fo

Estas enérgicas palabras infundieron un co valor en el pecho de aquel piloto, quien do por imposible que un hombre tan ilust fortunado fuese subyugado por la desgrac plegó nuevo vigor y decision, y llevó la h salvamento. Cualquiera otro se habria mado, y habria sido víctima de su desconfi abatimiento.

El miserable que no cuenta mas que u no interrumpida de amargos chascos, trist engaños, reveses y contrariedades, ¿qué fru de sacar de la esperanza? Nada mas que plemento de su ruina, como sucede no po

[*] *El honor de Roma, el valor, la comstancia, la virtud militar, en fin, la patria es perdida, si al criminal le queda esperanza de libertad y vida.*

ces á los pretendientes alimentados con sus efímeros halagos y con vanas promesas, y como se ve todavía con mayor frecuencia entre los aficionados al juego de la lotería, quienes por quemar incienso á tan engañosa é ingrata divinidad, empeñan ó venden el ajuar mas precioso de su casa, ó emplean los cortos recursos que tanta falta han de hacerles para socorrer sus mas urgentes necesidades.

Finalmente, ¿qué puede hacer la esperanza en un corazon dilacerado por el dolor y por la afliccion? Lo mismo que el suave rocío sobre las arenas del desierto. La esperanza sazona siempre las dulzuras de la felizidad, y mui pocas veces mitiga las amarguras del infortunio.

TORRENTE.

UN RECUERDO.

FRAGMENTO DE UN VIAJE.

VIAJABA yo en 1831 por el departamento de Michoacan, cuando llegué al pueblo de Tlalpujahua: llevaba conmigo una carta de recomendacion para un anciano religioso del convento de S. Francisco: este hombre tenia un carácter afable y modesto, y al momento que le enseñé mi recomendacion me trató con la mayor fineza posible y me condujo á su celda, diciéndome: "Un religioso que hace voto de pobreza no podrá presentaros un alojamiento digno de vos; pero sí pasaréis la noche en el aposento que habitó otro tiempo un hombre celebre, á quien me glorío de haber visto en su última hora; venid, y cuando estemos en él, os referiré quién era este hombre." Seguí á mi conductor hasta una celda, sin duda la mas retirada del convento: entramos, tomamos asiento, y el anciano habló de esta manera:

"En esta estrecha celda, tan sombría y melancólica como la imágen de la muerte, se veia en otro tiempo, allí una alacena embutida en la pared, que contenia algunos libros forrados en pergamino y unos legajos de papeles amarillos y pulverulentos, allí una mesa de madera toscamente trabajada y una silla que apénas podia tenerse en pié. La mañana de que os hablo tenia la mesa una velá encendida; adornaba esa pared la imágen de nuestro Padre, en aquel rincon frente de esa ventana por donde entraba una escasa claridad; descansaba en un miserable lecho el guardian de nuestro convento, pálido y desfigurado por la aguda enfermedad que lo atormentaba y que soportó sin quejarse; sus miradas todavía eran vivas, penetrantes y llenas de fuego; se paseaban en todas direcciones hasta fijarse en un religioso que estaba sentado en su cabecera, quien con la capilla calada y las manos metidas en los manguillos, lo contemplaba y suspiraba.

—Su caridad ha pasado mala noche, dijo el enfermo, ¿por qué no se retira á descansar un instante?

—Descanso cuando cumplo con mi deber, y estoi contento á la cabecera de mi prelado.

—Las fatigas del cuerpo necesitan reposo, estoi un poco aliviado: vaya á descansar.

—No, padre; en tanto que no estéis fuera de todo peligro, no he de abandonar este lugar.

Quedaron en silencio algunos instantes, en que el enfermo parecia hablar consigo mismo.

—¿Quisiera su caridad llamarme al comendador, para darle algunas instrucciones?

—Iré al momento, padre, dijo el religioso. Se levantó y marchó: tan luego como el enfermo se cree solo, se sienta trémulo, macilento; párase con dificultad, y camina, sosteniéndose de las paredes, hasta llegar á la mesa; abre la alacena y toma los manuscritos, lee los rubros de los legajos, sus facciones se animan de improviso, y vaga una sonrisa en sus marchitos labios al leer: *Mis poesías*, y exclama enajenado:

¡Hijos de mi imaginacion acalorada en los bellos dias de mi juventud! ¡cuán agradables fueron los ratos que empleé en escribiros! ¡con qué delicioso placer me entregaba á los sublimes éxtasis de la encantadora poesía! Solo ella mitigaba el ardor de aquellos dias en que agitado por las pasiones, no podia encontrar en ninguna parte el reposo que me era necesario: vosotras servisteis de consuelo tantas veces á mi alma lacerada por las desgracias inherentes á la humanidad; mitigasteis la negra melancolía que me devoraba, cuando vestí el sayal, calcé las sandalias y abrazé la vida monástica, tan solo por obsequiar la voluntad de un padre cuya memoria me es siempre grata. Vosotras, en fin, me hicisteis gozar el único placer que se puede gustar en esta vida miserable. Hoi sobre el borde del sepulcro os dirijo el último adios.... un adios tan tierno como el que dirije un padre á sus hijos.... Vosotras viviréis, y las almas sensibles al leeros derramarán una lágrima por su autor; y su memoria no perecerá, como no pereceréis vosotras. Sí; conservaréis el nombre de su autor hasta la mas remota generacion. Oh delirio! ¿adónde me arrastran las mundanas ilusiones? ¿qué sois vosotras para perpetuar la memoria de un mortal desgraciado? No, no quedaréis expuestas á ser el ludibrio, el el juguete de los severos críticos, de los profundos sabios; sois la expresion de una alma sensible y apasionada; sois tiernas y sencillas como el corazon que os dictó; incapaces de mover á esas almas sublimes, demasiado elevadas para conmoverse con vosotras: pereceréis conmigo, conmigo ireis al sepulcro! ¡adios!

Y diciendo esto, puso fuego á sus composiciones; mas cuando vió salir la última chispa, las lágrimas brotaron de sus ojos, y volviendo á acostarse, exclamó: "He concluido ya mi obra; nada quedará de mi memoria sino un recuerdo de mis amigos:

"Parece que me toma de la mano
Una ciega deidad; mi propia suerte
Que tropezando en diferentes males,
Me lleva por los rumbos de la muerte
Hasta tocar las puertas celestiales."

Dijo, y cayó en una especie de adormecimiento profundo que duró cerca de un cuarto de hora: luego entreabrió los labios, y comenzó á murmurar á media voz:

"En mi lúgubre idea,
De la brillante imágen de mi padre
Un rayo centellea....
Así me lo pintó mi dulce madre,

Mi dulce madre.... sí, tampoco existe:
Con su esposo bajó al sepulcro triste."

Exhaló un suspiro, abrió los ojos, y se encontró rodeado de toda la comunidad, que postrada con cirio en mano, rezaba en voz baja el *Misserere*. Esta escena, los recuerdos que le atormentaban, y los esfuerzos que habia hecho al levantarse, abreviaron su existencia; intentó pronunciar algunas palabras y no le fué posible; hizo un esfuerzo, y murió...."

Mi huésped no pudo proseguir porque las lágrimas se lo impedian; despues de un largo silencio, me tomó de la mano, me condujo á una galería subterránea, y me dijo: "Hé aquí el sepulcro de mi mejor amigo; tributad una lágrima á su memoria." Acerquéme con respeto, y leí:

Frai Manuel Navarrete aquí reposa;
Mas su alma habita otra mansion dichosa.

F. DE P. E.

EL SUICIDIO.

A MI MADRE.

¿Por qué mi corazon en su agonía
rompe mi pecho con latir violento,
y una memoria impía
es áspero dogal del pensamiento?
¿Por qué en reedor de mis sentidos vuela,
sus alas negras triste desplegando?
¿por qué mi sangre hiela
ese recuerdo lúgubre y nefando?
El mundo seco rechinando gira,
y ardiendo entre montañas de humo y fuego,
como una inmensa pira,
vela mis ojos, y me deja ciego.
Y de ese sol la espléndida lumbrera
solo es un disco pálido y sombrío,
que apénas reverbera
para alumbrar el pensamiento mio.
¿Qué es entónces el mundo ante mis ojos,
de flores y de pájaros cubierto?
erizado de abrojos,
un abismo insondable en un desierto.
Un abismo insondable á cuya orilla,
cargado con el peso de mi pena,
doblego la rodilla
roto mi llanto en anchurosa vena.
Y al verle ante mis piés, profundo, inmenso,
un vértigo la vista me oscurece;
y entónces nada pienso,
y el corazon sufriendo desfallece.
Nada pienso; mas siento desgarrada
el alma al contemplarse estremecida,
tan cerca de la nada,
llena de juventud, llena de vida.
Morir, gran Dios! abandonar sereno
ese mundo en que gozan tantos seres!
apurar su veneno,
y nunca haber gustado sus placeres!....
Por la noche cambiar la luz del dia!
ai! por la noche eterna, tenebrosa!
y con la mano mia
de mi sepulcro levantar la losa!!!...
Gloria, amistad, amor, todo ha volado,
todo ha sido ilusion, ó negro dolo,
todo me ha abandonado,
y en medio de mi mal me encuentro solo.
Yo bien sé que se goza en la floresta
el manso arrullo de embozada fuente,
si en la abrasada siesta
se inclina sobre céspedes la frente:
Y á la sombra de un álamo frondoso
se oye cantar en su elevada copa
con trino misterioso
de colorines á la alegre tropa.
Si allí tendido se oye el eco blando
del ancho rio que los prados riega,
sus aguas arrastrando
entre los juncos de la fresca vega,
Y embalsamada el aura con las flores
aspirar su fragancia y sus aromas,
cruzando ruiseñores
que vuelan en tropel con las palomas.
Sí, goza el alma cuando está tranquila;
no cuando inútil y pesada carga
el corazon destila
gotas de hiel que la existencia amarga.
Se goza cuando halagan la memoria
de la tierna amistad dias serenos,
cuando se tiene gloria,
y una mujer, ó su recuerdo al ménos.
Entónces que hai placeres, ó hai orgullo
la vida es dulce, plácido el ambiente,
deleitoso el murmullo
de la cansada y solitaria fuente.
Entónces el morir es desconsuelo,
y nadie cambia sin amargo llanto
la tierra por el cielo.
Tal vez el alma allí no goce tanto.
Pero yo, que en mi ardiente fantasía,
girar uno tras otro cien placeres
encantado veia,
y constancia y amor en las mujeres;
Yo, que al cojer la mano de un amigo,
y al estrecharla el corazon le daba;
y él, en pago, conmigo
ó estaba indiferente, ó se burlaba;
Yo, que soñé la gloria que ambiciona
con delirio febril mi pecho ardiente,
y al tocar su corona
solo espinas hallé sobre mi frente;
Adoré á una mujer pensando que ella
la huella de mis males borraria,
y mas profunda huella
con sus desdenes esculpió la impía.
Mujer encantadora y hechizera,
ángel puro de luz del firmamento,
vision vaga y ligera
como el perfume que acaricia el viento,
Mi amor desde el sepulcro te saluda;
tal vez me adores cuando en raudo vuelo
del cuerpo, que la anuda,
el alma se desprenda y suba al cielo.
Que allí verás los surcos que ha dejado
con fuego escritos mi pasion ardiente,
si el alma retratado
lleva el martirio que en el mundo siente.
Y dichosos allí, sin que ninguna
voz humana deshaga nuestro encanto,
á nuestros piés la luna,
los dos velados con etéreo manto;
Entre un raudal de amor y de delicias

mos, mi bien, eternamente,
uras caricias
arán mi enardecida frente.
que tú me amarás, y entre las nubes
e el celeste cántico sonoro,
tonen los querubes
será en tu boca un " yo te adoro."

. . . . . .

ilusion! delirios! sueños vanos,
momento embriagan miéntras pasan,
luego inhumanos
s recuerdos por mi mal me abrasan.
la hai tras de la tumba! Nada!...horrible,
le idea, que me arranca llanto!
eré insensible
dolor, y aquí padezco tanto...!
acaso una vez pálida, hermosa,
esa mujer la muerte mia
mi helada losa,
grimas tampoco sentiria?
osible! imposible!... Seco y yerto,
sion profanando de la calma,
ntara el muerto,
esqueleto se tornara el alma.
lágrima suya! Si ahora apénas
ma amigo, acaso indiferente,
ierve en mis venas
mo ardiendo derretida fuente!
lágrima suya! Hermosa idea,
me á morir quieto y sereno,
que yo lo vea
mis labios el mortal veneno.
eternidad con males ó con bienes,
o ó el infierno, ai Dios! acaso
fondo contienes,
mi único bien, funesto vaso!!!
os, por siempre adios, sueños floridos,
recuerdos de mi edad primera,
mi mal perdidos
el fiero dolor que me exaspera.
os, madre, tambien, ai! ese llanto
d por piedad, que me acobarda,
n nuevo quebranto
nomento que la muerte tarda.
me miréis así, que nueva lucha
va tempestad mi pecho siente:
uestra pena es mucha,
lo dice vuestro lloro ardiente.
don, madre, perdon! yo me olvidaba
estro amor en mi angustiada suerte,
pasion pagaba
ido con mi muerte vuestra muerte.
viviré, perdon!... dadme un abrazo
iable cual ántes, madre mia....
ez vuestro regazo
l puerto feliz de mi agonía.

A.

RUSTAN.

CUENTO.

o hospodar de Valaquia era hombre inge-
ivilizado. Cultivaba las letras y se daba á todas las diversiones de que gozan los hombres cultos en Europa. Su tertulia se componia de artistas y literatos, y uno de los ejercicios que en ella se practicaban era componer un cuento en que debian figurar cierto número de palabras determinadas por la suerte. Cuando le tocó su vez al hospodar, las palabras sorteadas fueron:

Satanas,
Pasta,
Sultan,
Elefante,
Diamante,
Píldora y
Acibar.

Sobre las cuales compuso el cuento siguiente:

Un pobre musulman llamado Rustan, hombre devoto y honrado, habia gastado todo lo que poseia en encender velas y lámparas á todos los santos del Alcoran, sin que uno solo de ellos le hubiese dado la menor seña de proteccion. Exasperado contra la ingratitud de los favoritos de Mahoma, trató de pasar á las filas enemigas y darse á *Satanas*, el cual no tardó en responderle, probándole de este modo que era mas servicial que el profeta. Subió del averno en una nube de humo que en lugar de oler á azufre trasminaba el jazmin y la violeta. Cuando la nube penetró en la guardilla de Rustan, se abrió de pronto, y apareció en medio de ella un jóven hermoso y vestido con el mayor gusto. Rustan, que aguardaba un diablo hecho y derecho, con las uñas retorcidas y su poco de astas y rabo, quedó atónito y suspenso.

— Perdonad, le dijo: creo que me he equivocado. He llamado al diablo, y vos no tenéis traza de serlo.

— No importa, amigo mio, respondió el padre de la mentira. Dame parte de tus cuitas, y cuenta con mi proteccion. Yo soi un príncipe de buena *pasta*, que miro con indulgencia los errores y las flaquezas de los hombres. Yo puedo serte mucho mas útil que Mahoma, el cual te prometerá mucho y no te cumplirá nada. Los preceptos que te impone son letras de cambio que pagará en la otra vida; pero yo pago al contado, y no hago penar largo tiempo á mis acreedores. ¿Quieres ser *sultan*, muftí, bajá ó conquistador? Habla: tus deseos serán medidos.

— Ardentísimo é infernal potentado, respondió Rustan, como conozco mis defectos naturales, mi propension á apoderarme de los bienes ajenos, mi envidia, mi pereza, *et cetera*, *et cetera*, *et cetera*, lo que me convendria es ser soberano de una gran nacion, para tener todas las oportunidades posibles de dar rienda suelta á mis apetitos.

— Bravo, bravísimo, contestó el príncipe del averno con infernal sonrisa. Tú eres el hombre que me conviene. Voi á darte gusto, voi á hacerte sultan; pero ten cuido con lo que voi á decirte. Mi poder no es tan ilimitado como te parece. Se me han impuesto ciertas condiciones á las que tengo que someterme de por fuerza. Si te elevo á la alta dignidad que te he prometido, ha de ser con la cláusula de que no has de entablar disputa, ni cuestion, ni riña con hombre que sea mas poderoso ó mas fuerte que tú. Si no lo haces así, allá te las avengas, porque yo no respondo de las consecuencias.

—Calentísimo señor, replicó Rustan, esas son cuentas mias. Venga acá el imperio, y yo me las entenderé con los que tengan que hacer en mis estados. Daos prisa, que se me está haciendo la boca agua. Deseo ser vuestro representante á la faz del mundo, y manifestar al género humano que no desmerezco tan alto y magnífico destino.

Apénas habia pronunciado estas palabras, la nube desapareció, y con ella el mezquino camaranchon de Rustan, el cual se halló de pronto sentado en un trono resplandeciente, en medio de un salon suntuoso, y respirando los mas deliciosos perfumes de la Arabia. Rodeábanlo innumerables esclavos de ambos sexos, muchos de los cuales le presentaban manjares exquisitos en platos de oro guarnecidos de rubíes y de esmeraldas. Rustan comió como un buitre, bebió como un suizo, y salió á dar un paseo por las galerías de su palacio. Al asomarse á la ventana vió en el patio una numerosa caravana. Pregunta qué significa aquello, y nadie le responde. Los esclavos se miran unos á otros pálidos y confusos. Al fin amenaza á uno de ellos, el cual le responde: "Sol de los soles, es uno de los cien reyes que tienen la dicha de ser tus tributarios. Tiene la temeridad de pedirte permiso de besar el polvo de tus chinelas. Llámase Ali-Cachi-Gutu-Jamad, y viene montado en un *elefante* que es mejor que el mejor de los tuyos.

—Mejor que el mejor de mis elefantes! exclamó furioso Rustan. Esclavos, que le corten la lengua al punto á ese profano. Esta órden fué ejecutada en un momento, y el pobre esclavo no volvió á pronunciar palabra en el resto de sus dias. Mas esto no bastó para calmar la cólera del sultan de nuevo cuño. Baja como un frenético al patio con la cimitarra desnuda en la mano. Pregunta por el célebre elefante, y sin mas cumplimientos le atravesó el corazon. El pobre animal vaciló y dió en tierra con todo su volúmen; mas al mismo tiempo, de la torre de marfil que traia á cuestas cayó un enorme *diamante* que el sultan tributario intentaba regalar á su nuevo señor. El diamante vino á dar justamente en la nariz de Rustan. El golpe fué terrible, y no tardó en producir hemorragia, inflamacion, espasmo y calentura. Los médicos acudieron y llenaron el aposento de jarabes, *píldoras*, tinturas, infusiones, esencias y elíxires, mas todo en vano. Próximo á exhalar el último suspiro, Rustan vió al ángel de la muerte que le presentaba dos vasos. Uno tenia *acíbar* en el borde y miel en el fondo: otro acíbar en el fondo y miel en el borde. "Ya lo entiendo," dijo el infeliz.... y espiró.

J. J. DE MORA.

De los estudios y talentos ligeros.

Lo que se llama ligereza es las mas de las veces cierta facilidad y franqueza unida con la fuerza y con la rapidez. Tal fué aquella vírgen de la que habla Virgilio, la cual corriendo como el céfiro, pasaba por encima de las espigas de los campos casi sin doblarlas.

La ligereza en un hombre no puede ser considerada rigurosamente como frivolidad. El elíxir es la esencia mas pura de las plantas aromá abeja salta de flor en flor y chupa los ju perfectos; ligero es el céfiro, pero fecund dines de la naturaleza; bailan las Gracia gereza, y forman la corte de la hermosur

Es innegable que en los estudios debe principalmente lo sólido y lo grave; pero se necesita de brillantez y amenidad en de las letras, de las ciencias y de toda instruccion: es preciso que esta se comu la via del recreo.

Decia el caballero Temple que en los b bros se debia encontrar la doctrina unid amenidad, y que el árbol de la ciencia hal tar siempre cubierto de frutas y flores. Minerva estaban en continuas disputas y dicciones; se veian por una parte los Ta las Musas, y por otra las Gracias y los Apolo se empeñó en conciliar ambas divi El monte Parnaso, esa noble esperanza de tas, fué dividido en dos colinas, la una de les fué consagrada á las Musas, y la o Gracias, y el gusto unió las dos cimas p de una senda mui suave. Los poetas h que la fantasía tiene plumas, para manife su vuelo es rápido, vivo y ligero. Tamb dicho que la rima inspirada es un fuego lámpago, para denotar que de la luz y d procede la velocidad, la ligereza y el bril

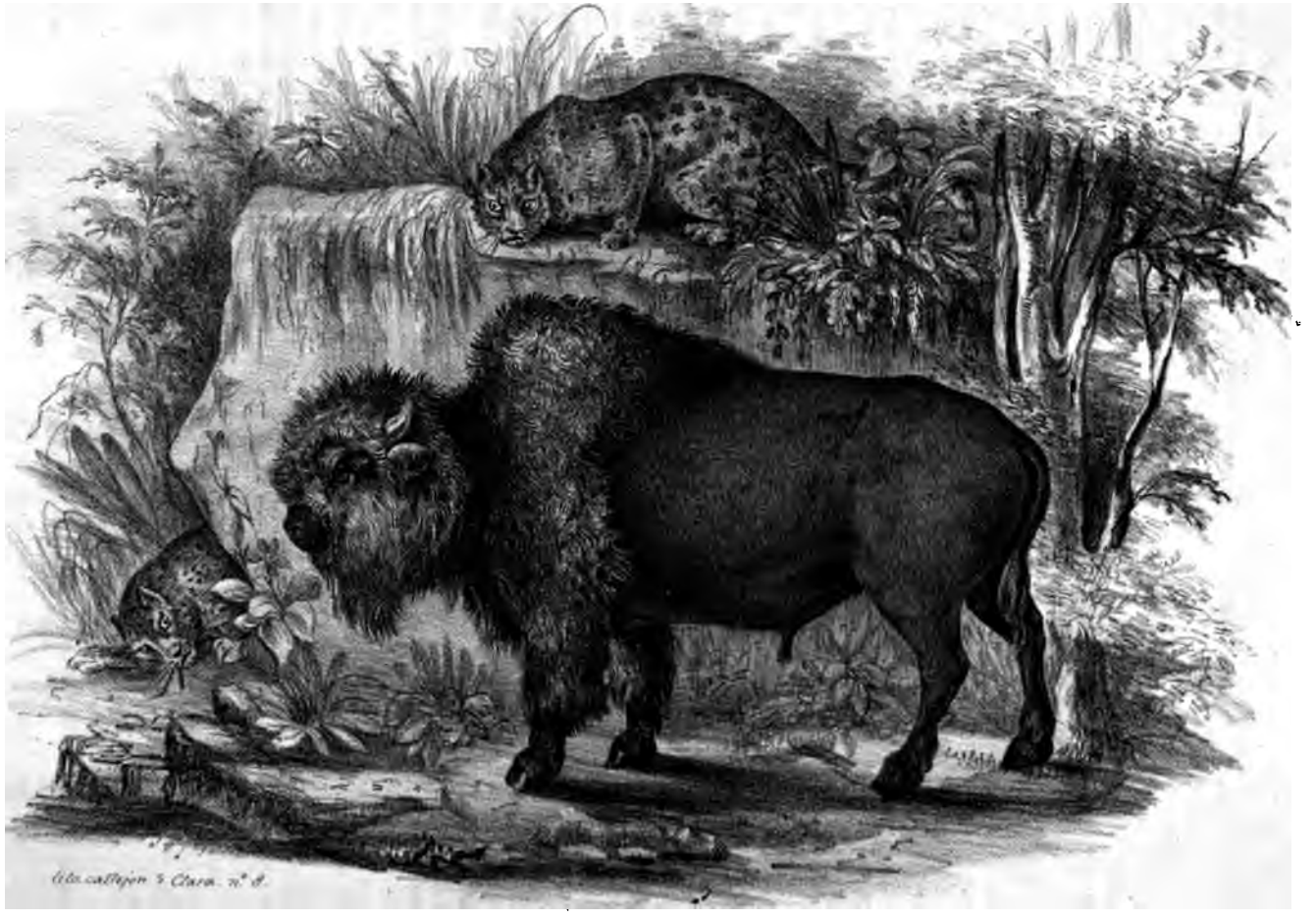
Por lo demas no se sabe si los talentos son mas ventajosos que los talentos sólid son los que abren en el mundo los cami anchos de la fortuna. Los hombres quie se les divierta, y el autor amable es repu neralmente por sabio. Refiere el escrito ti que un jóven de mucha habilidad pidió pleo en la aduana, diciendo que habia p verse su instancia. "Bravo, dijo el mini alegro que la poesía venga á solicitar u y á ilustrar la entrada y salida de las merc Tambien la he puesto en música, dijo el te: "Bravísimo, excelente, replicó el n quiero oirla;" y al instante se sentó al p tocó con maestría. "Pues todavía he he y es el haber compuesto una danza," la cu so á ejecutar á las mil maravillas. Su cia no pudo ménos de quedar asombrado posible que se negase el deseado empleo ven de tanto mérito y de tanta variedad tos, de los que sabia sacar partido con ta lidad. Se ha dicho que todo lo que brilla n pero tambien es verdad que no brilla tod es oro.

TORREN

EL LOGICO Y EL NADAI

UN lógico y un nadador iban embarcad mismo buque. El lógico dijo á su con "Has estudiado lógica?" El otro mani no entendia ni el nombre. "Ai! ai! razonador, la mitad de tu vida has estad en un océano de ignorancia." En esto tó una tormenta, y el nadador dijo al lógic aprendido á nadar?"—"No," respondió "Ai! ai! continuó el nadador, toda tu ha ido en fabricar castillos en el aire."

Rasgos histór



Bisonte y Jaguares.

EL JAGUAR.

El jaguar [*felis uncia*] pertenece á la familia de los gatos, como el tigre, el leon y la pantera á la cual es mui parecido, aunque mas grande, mas fuerte, y acaso mas feroz. Este animal habita en América, y lo singular es que en las partes templadas de este vasto continente es mucho mas feroz y temible que en las regiones cálidas. Desde Méjico hasta el sur de los pampas de Buenosaires es en extremo comun, y el mas sanguinario de toda la América. Multiplícase mucho en las pantanosas selvas del Parana, del Paraguai y en los paises vecinos, en cuyos puntos acontecen los accidentes mas tristes y lamentables. Tambien hai jaguares en la Guayana y en el Brasil; pero estos son ménos feroces ó ménos atrevidos, y solo acometen al hombre cuando los acosa el hambre, ó son atacados por aquel.

Cuando la conquista de América, engañados los Españoles por la ferocidad de este animal, lo calificaron de tigre, cuyo nombre ha conservado por mucho tiempo en Méjico; en la parte del norte lo llamaban pantera, y este es el nombre que aun en el dia le dan muchos habitantes de la América septentrional. Era tal el temor que le tenian los antiguos Mejicanos, que ni aun se atrevian á hacerle la menor resistencia. Cuando una reunion de indios caminantes oian su rujido, en lugar de prepararse para defenderse de algun modo, detenianse consternados, formando un círculo, dentro del cual guarecian á sus mujeres é hijos, y despues se ponian á esperar con sobresalto, ansiedad y resignacion á que viniese el animal á llevarse alguno de ellos. Verificado esto, seguian su camino los restantes, derramando lágrimas por aquel que habia sido escojido por víctima, y cuyos últimos gemidos aun se dejaban percibir. Y ya ha habido ocasion de observar que si á una reunion de hombres europeos é indios acontecia tal desgracia en el camino, el animal siempre elejia su presa entre estos últimos. Mas luego que los indígenas aprendieron á manejar el fusil, otra fué ya su suerte; y parece que la costumbre que despues adquirieron en luchar contra este enemigo, tenido hasta entónces por invencible, es lo que les ha inspirado una audacia que raya en temeraria imprudencia; y así no es raro ver en el dia la valentia con que un gaucho montado á caballo se va encima de un jaguar, lo laza del cuello, y consigue ahorcarlo, arrastrándolo de la cuerda á todo el correr de su caballo.

El jaguar de Méjico acostumbra atacar al hombre, excepto en campo descubierto y de dia; pues en tal caso lo que hace es buscar mui despacio un escondrijo donde ocultarse, y si lo halla, se pone allí á esperar al desprevenido viajero, sobre el cual se arroja de improviso cuando ya está cerca. Y si por casualidad se le encuentra dormido al pié de algun árbol, ó en algun breñal, no hai que huir, ni dar gritos, ni hacer el menor movimiento, y el único partido que queda es el irse retirando poco á poco para atras, poniendo los ojos mui fijos en los suyos, y deteniéndose si él da algun paso acia adelante en ademan de acometer. Cuando esto ve, se detiene tambien, y solo vuelve á adelantar luego que camina el perseguido. Así, pues, andando para atras y parándose alternativamente puede uno llegar á acercarse á alguna poblacion, y en llevando armas y queriéndolas emplear contra el animal, es necesario ser mui certero y matarlo de un solo tiro, porque si no es así, sino que tan solo queda herido, infeliz del hombre! en el acto es víctima del feroz animal.

En los bosques de la Guayana y del Brasil se oye todos los dias su voz, á la salida y al ocaso del sol. Sus gritos son agudos con una fuerte aspiracion pectoral; se oyen á gran distancia, y se necesita mucha experiencia para distinguirlos de los de otros animales que tanto abundan en los bosques. Tambien tiene el jaguar otro grito distinto, que indica estar irritado ó atacando alguna presa, y este grito se parece á un extertor mui fuerte de un agonizante, y al concluir se percibe un eco tan terrible que eriza el cabello.

De noche es cuando busca presa; pero si no la encuentra en las tinieblas, no por eso se retira á recojerse; ántes bien se oculta en algun escondrijo, entre peñas ó en algun árbol bajo, y medio dormitando y medio despierto, se pone en acecho de algun animal, sobre el cual, por grande y fuerte que sea, se arroja con la velocidad del rayo, dando un espantoso rujido. Muchas veces, y esto sucede en el norte de la América, se precipita sobre un bisonte [*bos americanus*] que es mas corpulento é indomable que un toro. Agárrase de su cuello y hombros con las uñas, clavándolas á mas de una pulgada de profundidad, y con los agudos dientes y las fortísimas mandíbulas le hace mil heridas y le rompe el cráneo: el bisonte en impotente rabia da terribles rujidos, corre, abaja la cabeza, la sacude por el suelo, hiere la tierra con las astas, rompe y embiste cuanto encuentra, y se revuelca por la arena; mas todos son inútiles esfuerzos; imposible le es quitarse de encima á su cruel enemigo, quien concluye su obra haciéndole pedazos la cabeza, comiéndole los sesos y llevándoselo despues á una maleza para hartarse con su carne.

Pero esta clase de luchas es rara, porque solamente en una época del año se da el caso de que se encuentren ambos animales. El bisonte es salvaje é indomable; habita en estío el norte de la América; frecuentando tan solo las selvas y savanas mas desiertas; y así, únicamente cuando baja de los yelos del norte á las savanas pantanosas del sur de la América septentrional, es cuando suele encontrarse con el jaguar, siendo aquella region el límite divisorio que nunca traspasan ambos animales, pues ni el primero baja nunca mas acia el mediodia, ni el segundo se interna mas acia el norte.

Boitard. *Extractado por* M. G.

INGENIOSOS RECURSOS

DE

UN VENTRILOCUO.

Mr. Brodeau, literato de mucho crédito del siglo XVI nos ha dejado una relacion mui curiosa del favorable partido que un ventrílocuo, llamado

Luis Brabante, que servia á Francisco I de Francia en la clase de ayuda de cámara, supo sacar en varias ocasiones de su habilidad en el ejercicio de aquella arte. Era este un jóven de buen nacimiento, pero de escasos recursos; y habiendo tenido la desgracia de enamorarse de una señorita hermosa y heredera rica, recibió crueles desaires de la misma, y una negativa absoluta de sus padres, cuyas miras se dirijian á un punto mas elevado; pero la ceguedad de su amor, y la esperanza, que nunca abandona aun al hombre mas miserable, mantenian en todo su vigor aquella ardiente pasion, si bien debia desahogar en silencio la amargura de sus penas, por no exponerse á una despedida violenta si insistia en sus ruegos.

Ocurrió á este tiempo la muerte del padre de la señorita, de cuya circunstancia trató Brabante de valerse en su provecho. Habiendo pasado á hacer una visita de duelo á la viuda, que no tenia la menor idea de la habilidad ventrilocual del aspirante á la mano de su hija, aguardó el momento mas favorable de calma y silencio, y cuando la hubo preparado á recibir impresiones de duendes y aparecidos, con discursos relativos al futuro destino de los que fallecen, hizo oir gemidos y lamentos como si partiesen de algun ser invisible.

Asustada la viuda con aquel ruido inesperado, prestó atentamente su oido, y percibió con claridad las siguientes palabras: "Da nuestra hija en matrimonio á Luis Brabante: este es un mozo rico y de carácter excelente. ¡Ojalá yo no hubiera sido tan caprichudo en negársela, y me habria ahorrado las penas que estoi sufriendo en el purgatorio! No hai otro medio para libertarme de este tormento que la pronta celebracion de este santo enlace. No rehuses este alivio á mis padecimientos; alivio que coincidirá perfectamente con la felicidad de nuestra hija, pues no es posible hallar un marido que mejor la convenga."

Atónita quedó la viuda con estas palabras, y mas cuando fijando atentamente la vista sobre el futuro yerno, única persona que se hallaba en la habitacion, no observó el menor movimiento en sus labios en el acto de proferirse aquellas voces, ni su sonido indicaba que salieran de cerca, sino de algun hondo subterráneo, cuando por motivo alguno podia tener la menor idea de tan mañoso artificio. Así pues, cuanto mas meditaba en todas las circunstancias de aquel caso extraordinario, mas se confirmaba en la idea de que el alma de su marido era la que habia venido del otro mundo á comunicarle las citadas prescripciones; y por lo tanto, sin titubear, le concedió la mano de su hija, pues no de otro modo podia tranquilizar su conciencia, y llevar á mejor vida á su difunto.

Ajustado ya este matrimonio, le faltaba al ingenioso Brabante un elemento mui preciso, tanto para sostener por algun tiempo sus imposturas, como porque no quedase desmentida una parte mui esencial de la embajada del otro mundo, que consistia en las decantadas riquezas, de las que carecia totalmente, siendo su estado mui triste y precario, y estando limitados sus recursos al corto sueldo de su empleo. En su consecuencia dirijió todas sus miras acia un judío viejo de León de Francia, llamado *Cornuto*, que á fuerza de usuras y bellaquerías habia acumulado inmensos bienes, y de quien habia sabido que se hallaba asaltado de contínuos escrúpulos de conciencia, efecto de las trampas, fullerías y pérfidos manejos á que habia dedicado toda su vida.

Fiado en esta última circunstancia, qu favorecer prodigiosamente sus designios, tr bante de entrar en relaciones íntimas con lento israelita, lo que consiguió con su hi y artificios. Cuando creyó que era tiem tuno de dar principio á su industrioso pla rijió á hacer una cariñosa visita al viejo y en lo mejor de una conversacion místic pungida, en que Brabante pasaba en revis los padecimientos de la raza hebráica, y digios del antiguo testamento, deteniéndos sucesos que mas debian lisonjear sus gust clinaciones, hizo una transicion como por cia acia los demonios, espectros y penas condenados, pintando con tan vivos col tormentos eternos de los que habian pe gracia del Señor por sus robos, estafas, demas crímenes, que el pobre judío se pus blar como un azogado.

Aprovechándose Brabante de este mom favorable, recurrió á todo el esfuerzo de s dad ventrilocual, y dejó percibir clara y mente una voz semi-sepulcral, que pronu siguientes palabras llenas de todo el énf mejor pudiera conmover el encallecido del viejo israelita: "Cornuto, si conserv recuerdo afectuoso del padre que te dió e quien heredaste una parte de tus riqueza te enseñó el modo de adquirir las demas q tituyen tu opulencia, no desoigas su voz sus penas. Mi ciego amor acia ti, y mi a dejarte inmensos bienes, me hicieron des ejercicio de obras de misericordia; á esta perdonable debo los inauditos tormentos q sufriendo en el purgatorio; tú puedes pr narme la salida de este lugar de martirio zar de la bienaventuranza eterna; dedica te de tus bienes á obras piadosas, y siendo las mas meritorias la redencion de cautiv Luis Brabante, que se halla en tu compa buena suma á fin de que la destine á ta ble objeto."

Atónito quedó el usurero Cornuto, y estarlo ménos Brabante, el cual en todo es po habia permanecido estático sin hace nor movimiento con sus labios, que era principal de su deslumbradora habilidad fué sin embargo el que rompió el silenci sando misteriosamente que era cierta su cion en auxilio de los pobres cautivos, en les invertia todos los fondos de que podi ner; y que bendecia la mano del cielo qu querido servirse de un agente tan oscur mérito, cual él se reconocia, para tan pia signios.

El usurero judío, naturalmente sospec mo lo son todos los de su creencia y prof cedió tan pronto á las excitaciones de aq lagrosa vision, sino que pidió un dia de para pensarlo, y asimismo otra aparicion la mañana siguiente en despoblado, para diera convencerse de que aquellos eran a cielo y no intrigas profanas para arrancar nero.

Fué por lo tanto citado Luis Brabante sitio aislado en medio del campo, sin qu cha distancia hubiera edificio alguno, ni

matorrales, por temor de que sobre dichos pudieran establecerse tubos de comunica- otros emisarios ó conductores de la voz .' Esta extraordinaria precaucion y des- za del judío, hizo que el ventrílocuo hubie- pelar á todos los recursos de su ingenio y d, á fin de que por ningun título pudiera ubierta su portentosa travesura.

éndose reunido en el punto que creyó el dia ser mas seguro, empezó Brabante á n juego su habilidad de un modo admira- r cualquiera parte á donde Cornuto volvia le parecia oir sollozos, gemidos, tristes r voces lastimeras, tan semejantes á lo que ta de las almas del otro mundo, que no pu- s de convenir en que habia sido real y ra la vision del dia anterior; y lo que aca- 'encerlo fué la aglomeracion repentina de d de voces que á un tiempo lloraban y ro- o fuera sordo á sus plegarias, pues no de do salvaria de aquellas penas y angustias, á su desgraciado padre, sino á toda la fa- ues que todos estaban sufriendo por igual saber: por su falta de caridad, miéntras abitantes de este mundo.

pudo resistir mas el duro corazon de Cor- tos ataques dados contra su bolsa; ya le que todos los patriarcas y profetas del an- nuevo testamento iban á caer sobre él por dad y falta de religiosa devocion, y que hallar ni en esta ni en la otra vida sino ruina y tormentos, si prontamente no da- cion al mandato divino; asi pues, volvió to á su casa, pálido y desencajado, huyen- uellas lúgubres y sepulcrales voces que lo an por todas partes, pues que Brabante en cuidado de no interrumpir su diabólico sino los momentos necesarios de tomar al- nto, y de dirijir á Cornuto algunas pala- solatorias en un tono natural, para man- r este medio mas viva la ilusion, y desva- ejor toda clase de desconfianza.

s hubieron penetrado por los umbrales de de Cornuto, abrió este su caja y entregó y astuto ventrílocuo diez mil pesos bien , con los cuales quedó habilitado el fa- lar para celebrar sus bodas con lujo y ion.

tos habrá que desearian tener el raro ta- ntrilocual, si no para ejercer trampas y pecuniarias, á lo ménos para humanizar de ciertos corazones, y alcanzar la blan- ciosa mano de damas esquivas, y el con- nto de padres soberbios y ambiciosos! s tratarian de derribar por este medio las reras que los separan de la posesion de jeto demasiado encumbrado! Empero no ya en el siglo XVI, y no habia de ser tan el dia ejercer con igual fortuna esta cla- anerías.

'ARENTE DESCUBRIMIENTO

DE

UN PLANETA.

blioteca universal de Ginebra del mes de enero de 1836 se publicó una carta que el señor Cacciatore, director del observatorio de Palermo, habia escrito al capitan Smith, astrónomo ingles. Dice el expresado Cacciatore que en el mes de mayo de 1835 vió cerca de la décima sétima estrella de la duodécima hora del catálogo de Piazzi otra estrella de sétima á octava magnitud, y que habiendo tomado la distancia de ambas, quedó admirado cuando á los pocos dias en que la atmósfera le permitió continuar sus observaciones las encontró mas separadas.

En tres dias se habia movido el nuevo astro diez segundos en ascencion recta por la parte del Este, y poco ménos de un minuto acia el Norte. Segun la lentitud de su movimiento, calculó su situacion mas allá de Urano.

Varios puntos de comparacion inducen á creer que este nuevo astro fuese el mismo que habia descubierto cuatro años ántes el astrónomo Wartman, cuya relacion, que se halla en el número 151 del Instituto, termina con dejar consignada su opinion de que este globo luminoso es un planeta que describe al rededor del sol una órbita mui extensa, y que si se quiere admitir la lei de progresion de las distancias al sol que siguen aproximativamente los demas planetas, debe el de que se trata estar dos veces mas léjos del sol que Urano, y necesitará de 243 años para su completa revolucion.

NUEVO LIQUIDO

CONTRA

LOS INCENDIOS.

El señor Gaudin, de Paris, empleado en la oficina del cálculo de longitudes, discurrió que mezclando con el agua una sal de fácil solucion y capaz de resistir al carbon hecho áscuas, habia de ser mui fácil cortar los incendios. Despues de varios ensayos que practicó, llegó á convencerse de que no se podia hallar una sustancia mas á propósito que el cloruro de cal, que puede proporcionarse en todas partes con la mayor abundancia y con mui poco costo, y que reune la ventaja de ser mui rápida su fusibilidad y solubilidad, y de ser muy íntima su adherencia ó penetracion por la madera incendiada.

Derramando una solucion moderadamente concentrada sobre los carbones hechos ascuas, los cubre al momento de una costra vidriosa que suspende en el acto la combustion en todos los puntos de la superficie. Cualquiera otra sal que se use, cubrirá la madera de una costra porosa que en poco tiempo se volatilizará ó se disipará en polvo.

Añade el citado Gaudin que el cloruro de cal obra sobre la madera y sobre los metales mas bien en el sentido de conservacion que de destruccion, por lo cual se puede rociar sin ningun temor la superficie de un buque si se viese amenazado de incendio.

Ni aun los bomberos recibirán el menor daño aunque les caigan encima algunas partículas de esta sal en el acto de sus trabajos, porque el mismo Gaudin se inyectó en los ojos algunas gotas

de dicha solucion, y no experimentó mas ardor que si hubiera sido agua de mar.

REMO DE NUEVA INVENCION

PARA

la locomocion aérea.

En un número del *Instituto* se halla un artículo relativo á la invencion hecha por el señor Aimé de una nueva palanca que puede aplicarse al movimiento de los globos. Dicha palanca seria un remo de tafetan engomado, y dispuesto de un modo que pudiera hincharse con el gas hidrógeno, y el cual estando constituido de un peso específico inferior al del aire atmosférico, presentaria una resistencia de la que resultaria necesariamente un punto de apoyo capaz de imprimir á la navecilla del globo aerostático un movimiento de progresion en la direccion que se quisiera, y con la misma facilidad con que los remos dan impulso á una lancha sobre el agua.

Dejando á la experiencia la resolucion acerca de la importancia y del mérito de la invencion de Aimé, debemos expresar en honor del entendimiento humano, que vendrá tiempo en que correr por el aire será cosa tan comun como viajar por los mares. ¿Quién sabe que con el curso del tiempo no lleguemos á ver el mundo tan cubierto de globos de vapor como ya empieza á estarlo de buques y carruajes movidos por este poderoso agente, y que se vaya en un salto de Asia á América, que sea tambien una bagatela volar de un polo al otro, y que se suba y baje á la luna por mero pasatiempo?

ILUMINACION

POR

medio de la electricidad.

Un cierto Lindsay ha inventado en Lóndres una clase de iluminacion, en la cual nadie habia pensado hasta ahora, sin embargo de lo conocida que es la luz de la electricidad. Acaso no se habia creido posible hacerla permanente sin grandísimos aparatos; mas luego se ha descubierto que era mui fácil su ejecucion. No ha llegado á nuestra noticia con precision el método del señor Lindsay; pero sabemos que esta luz eléctrica supera á todas las demas, y que no da olor alguno, ni produce humo. Como el aire no es un alimento necesario para dicha luz, puede ser conservada dentro de un cuerpo diáfano como el cristal: se enciende sin el concurso de sustancias eterojéneas, puede enviarse á paises lejanos, y una caja de mediana capacidad basta para contener el aparato que la produce. Si esta invencion es tal como la hemos visto descrita, podrá ser aplicada con grandísima utilidad á los almacenes de materias de fácil inflamacion, y servir tal vez de nueva linterna de seguridad en las escavaciones de las minas. Si á fuerza de ensayos, y simplificando su aparato, se la pudiese destinar para la iluminacion de puntos mui espaciosos en donde ahora se debe encender mucho número de velas ó candilejas, se evitaria la molestia del humo que aun los aceites mas bien purificados despiden siempre, y acaso podria generalizarse con mas economía que la iluminacion del gas.

La iluminacion eléctrica seria todavía superior á la luz *Drummond*, de la que han hablado tanto los periódicos de Europa, y que la encarecen sobre todas las conocidas, dejando mui atras la lámpara de Argand, pues que se pretende que con un pedacito de cal del tamaño de una cabeza pequeña de alfiler se obtiene tanta luz como con un tubo de gas. Dicha luz de Drummond, que se forma con la cal sumergida en una llama alimentada por el gas oxíjeno, se está ensayando en la actualidad para aplicarla al alumbrado de Paris y á los fanales de los puertos de mar.

Un arco-íris en cielo sereno.

En una hermosa mañana del mes de febrero de 1836, á las diez y cinco minutos, vió el astrónomo Wardman, de Ginebra, mui próximo á su zenit, y al noroeste del sol, un arco-íris luminoso y que presentaba con el mayor brillo todos sus colores. Su figura era circular, se extendia cien grados en su circunferencia, y sus puntas no eran verticales sino paralelas al horizonte. El sol se hallaba fuera del centro frente á su mayor convexidad. La atmósfera estaba sosegada, el centígrado del aire libre marcaba 0°, 5; el igrómetro de Saussure 85°, y el barómetro 0°, 736.

Dice el citado Wardman en el núm. 152 del Instituto, que este arco-íris tan extraño no estaba acompañado de ningun parelio, y que por mas que trató de explorar su proximidad al sol, no pudo ver en parte alguna la reflexion del disco solar. A las 10 y 45 minutos habia cesado este fenómeno, y el cielo se conservaba siempre en el mismo estado de serenidad; á las once y media principiaron á agruparse algunas nubecillas ligeras por las regiones superiores de la atmósfera, y al medio dia estaba todo nublado. La parte mas extraordinaria de este fenómeno se encuentra en la circunstancia de que hubiera estado el cielo perfectamente sereno miéntras que duró el arco-íris; lo cual está en absoluta contradiccion con la opinion reconocida y admitida, de que no puede haber arco-íris sino bajo un cielo nebuloso. Una sola razon se halla para explicar esta anomalía, y es la de que los vapores del agua pueden hallarse en el aire en estado tan diminuto, que no turben de modo alguno la trasparencia, es decir que formen nubes invisibles.

Agudeza de una Albeana.

El ingenio es poco mas ó ménos como la razon que no basta tenerla, sino que es preciso hacerla valer. Empero aquel ingenio, que consiste en saber hallar ardides y estratagemas, si se nos permite usar esta palabra, debe ser acompañado de la franqueza necesaria para conducir á felix te-

mano las cosas pensadas. La ejecucion es por lo regular mas dificil que la invencion; de la falta de valor ó destreza procede comunmente el malogro de los planes mas bien combinados.

Una aldeana, natural de Toscana, habia ido al mercado de la ciudad inmediata, y entretenida distraidamente en varios negocios se dejó pasar la hora, de modo que era ya de noche cuando pensó en su regreso. Viendo la dificultad de poder andar dos leguas que la separaban de su aldea, estaba discurriendo el modo de salir de tan penosa situacion, cuando su agudísimo ingenio le sujirió el siguiente recurso. Se dirije á casa de un famoso comadron, á quien ella habia visto en el año anterior de visita en casa de una dama que pasaba el otoño cerca de su aldea; llama á la puerta, sale una criada á responderle. Qué se le ofrece á V? le preguntó esta.

—Tengo grande urgencia de dar al señor doctor, dijo la aldeana, un recado de parte de la condesa B.

—Entre V., buena mujer; venga V. conmigo. Ha ocurrido alguna desgracia?

—Desgracia? No; pero puede ocurrir si el señor cirujano no tiene la bondad de poner al momento su carruaje y de ir volando á casa de mi pobre señora.

Con estas y otras razones, la criada del comadron, que la acompañaba, llegó hasta la puerta de la habitacion de su amo, é introdujo á la aldeana.

—Señor doctor, por amor de Dios, venga V. pronto á visitar á la señora condesa B., mi buena ama, la cual está con los dolores de parto hace ya algun tiempo; padece horriblemente, y se teme mucho por su vida; corra V. por caridad, no se detenga un instante; su vida está en el mayor peligro, y solo V. con su esmero é inteligencia puede salvarla.

—Sí, sí, tienes razon; Carolina, dijo volviéndose á su criada, corre, que pongan mi caballo al carrocin; mas tú ¿cómo has venido á la ciudad? Has hecho el viaje á pié?

—Oh, no señor, le contestó la aldeana; he venido con el mayordomo del conde R. que accidentalmente pasaba por delante de nuestra casa, y me ofreció un puesto en su carruaje. Ya que he cumplido con mi encargo, iré á pasar la noche en casa de una amiga mia, porque ya es tarde y así á pié....

—Te acompañaré yo á tu casa.

—Oh, no; no quiero darle esta molestia.

—No seas boba. Si no hubiera lugar....; pero caben tres cómodamente en mi carricoche.

Dicho y hecho, ya el carrocin estaba pronto; suben á él el comadron y la aldeana, y echan á andar con ligero paso. Antes de una hora estaban ya en el palacio; la aldeana sin desconcertarse dijo que se parase el carruaje á la puerta del jardin, y ella se apeó primeramente dando por razon la de ir á avisar para que abriesen la puerta principal. Se escurre en el entretanto por un lado de la casa, y á los pocos minutos vienen los criados á abrir la puerta indicada. La condesa á la noticia de la llegada del cirujano, á quien apreciaba sobre manera por su habilidad en la profesion, salió al momento á recibirle; mas cuál no fué la admiracion del facultativo cuando vió que le salia al encuentro aquella señora que suponia debiera estar en la fuerza de sus dolores!

—Cómo es eso? V. aquí? Qué locura es esta? Estar en pié en estos momentos!

—Cómo en pié? Quisiera V. que me fuera á la cama al Ave María?

—Qué dice V., señora? No me ha enviado V. á buscar porque se hallaba mui aflijida por los dolores de parto?

Al ver la formalidad y buena fe con que el cirujano pronunciaba aquellas palabras, tanto la condesa como sus criados soltaron una carcajada de risa que se prolongó por algunos minutos. Cuando ya se hubo calmado, la condesa quiso que le explicasen aquel misterio, y el cirujano le contó todo lo que habia ocurrido. No fué desagradable á la condesa esta ingeniosa chanza que le proporcionaba el placer de tener en su casa á una persona que tanto estimaba. El cirujano tomó asimismo parte en la diversion, si bien al principio se hubiera mortificado considerablemente su amor propio, y aplaudió la travesura de la aldeana, la cual no solo habia sabido imaginar aquella extratagema, sino llevarla á cabo con gran franqueza y maestría.

Se hicieron exquisitas indagaciones para descubrir aquella heroina campestre, y por fin se llegó á saber que era la mujer de un pescador de aquellas inmediaciones, que habia servido dos años en casa de un abogado, en donde habia oido frecuentemente relaciones de esta clase de trapisondas y engaños; y de tan buena escuela habia sabido tomar lecciones tan delicadas.

CONFLICTO ENTRE EL AMOR

Y

EL DEBER FILIAL.

Un especiero de Smirna tenia un hijo al cual dió la mejor educacion que permitia el estado del pais y lo limitado de sus recursos. Sin embargo, la buena índole y el talento sutil y penetrante de este jóven lo elevaron mui pronto á empleos de confianza, como lo fué el de *naib* ó diputado del Cadí, con cuyo carácter debia inspeccionar los mercados, examinar los pesos y medidas, y evitar los fraudes que son tan frecuentes entre algunos revendedores.

Algunos amigos del especiero, que tenian motivos para sospechar de su buena fe en materias mercantiles, le previnieron que anduviese mui precavido, porque se estaba haciendo una requisa mui escrupulosa en todas las tiendas, y que atendida la rectitud é integridad del inspector, debia creerse que si lo encontraba en alguna falta veria sacrificados los vínculos de la sangre á los dictados de la justicia.

Se rió el viejo usurero de tales advertencias, y aguardó impávidamente la hora de la visita, sin cuidarse de sustituir exactos instrumentos de su comercio, á los cortos y falsos de que se valia en perjuicio del público y en mengua de su honor y conciencia. Llega con efecto su hijo el inspector, le intima secamente que le ponga de manifiesto sus pesos y medidas; se le rie el viejo en sus barbas, y procura eludir la cuestion con un aire impertinente de superioridad y de truanesca petu-

lancia. Insiste el oficial de justicia en que se dé pronto cumplimiento á su órden, se reviste de una imperturbable severidad, se procede violentamente al reconocimiento, y con mui poco trabajo se le prueban sus trampas y fullerías.

En el acto fueron hechas pedazos las medidas y pesos falsos, el especiero fué condenado á pagar una multa de cincuenta pesos, y á recibir cincuenta palos en las plantas de los piés. Todo fué ejecutado en el acto sin que el Naib descubriese la menor debilidad; pero no bien se habia dado cumplimiento á este castigo, cuando apeándose de su caballo se arrojó á los piés de su padre y los bañó con sus lágrimas, diciéndole con tono compunjido:

"Padre mio, ya he cumplido con la obligacion que tengo contraida con mi Dios, con mi soberano y con mi patria, así como con el empleo que ejerzo; permítame V. ahora que con mi respetuosa sumision cumpla con lo que debo al que me ha dado el ser. La justicia es ciega, es el poder de Dios en la tierra, no tiene ni debe tener consideraciones ni aun por los vínculos mas sagrados de parentesco. Dios y el respeto que se debe á la propiedad ajena se sobreponen á todos los lazos de la naturaleza. V. ofendió los derechos de la justicia, luego era preciso que V. sufriese el merecido castigo; solo me queda el desconsuelo de que haya tenido que aplicarlo la misma mano que desearia ardientemente ocuparse tan solo en dulcificar su vejez con toda clase de beneficios y bendiciones. Mi conciencia no me ha permitido obrar de otro modo. Condúzcase V. mejor en lo sucesivo, y no me ponga en el duro trance de violentar los impulsos de mi respeto filial y de mi tierno amor.

Un acto tan extraordinario de virtud y de imparcial justicia, grangeó tanta popularidad al hijo del especiero y elevó su fama á un grado tan sublime, que resonó por todo el imperio turco, y luego que llegó á noticia del sultan, fué premiado generosamente tamaño heroismo, nombrándolo cadí de la provincia, y sucesivamente mufti de la religion, que es el término de la carrera de los hombres mas beneméritos y de mas virtud y devocion.

ROBO

ejecutado con gracia y astucia.

El arte de apropiarse los bienes ajenos ha hecho inmensos progresos de algun tiempo á esta parte. Ya el latrocinio ha llegado á ejecutarse con maneras tan delicadas y con formas tan políticas, que necesita el comerciante, el forastero, y los viajeros en particular, una gran prudencia y un estudio profundo para descubrir los ocultos escollos y los peligros secretos en que tropiezan á cada momento. La siguiente anécdota podrá demostrar á qué grado de perfeccion ha llegado la ciencia del robo.

El señor Esquí ...., uno de los médicos mas célebres de Paris, especialmente para las enfermedades mentales, vió llegar un dia mui temprano á su casa una señora de cerca de cuarenta años, bastantemente hermosa y fresca todavía para su
Al entrar el coche en el patio, anunciaro
criados la condesa C., y con este título por
fué presentada al sabio doctor. Ya desde su
meras palabras aparentó la condesa estar po
del mas fiero dolor, y todos sus ademanes in
ban una agitacion extrema en su ánimo:
que tiene el honor de hablaros, caballero, e
mujer penetrada de la pena mas cruel; teng
solo hijo que forma mis delicias y las de mi
so." Aquí principiaron las lágrimas que co
ron con mas profusion que las que derramó
misia sobre el túmulo de Mausolo. "Sí, s
mio, desde algun tiempo á esta parte estamos
jidos é inconsolables: este jóven se halla en
edad en que las pasiones se desarrollan con
ria, y por mas que nos esmeramos en satis
todos sus deseos, franqueándole libertad y di
da sin embargo con frecuencia señales de lo
y habla siempre de diamantes y de joyas qu
vendido ó regalado, todo por supuesto de un
do incoherente y desatinado. Mi esposo y y
figuramos que se ha enamorado de alguna he
sura pobre, y que para sastifacer todas sus n
sidades y sostoner el lujo, ha debido contrae
gunas deudas; mas esto no pasa de mera co
tura, y no podemos por lo tanto adivinar los
tivos de su locura."

—Pues bien, madama, contestó el docto
hai cuidado, tráigame V. á su hijo.

—Mañana al medio dia sin falta lo tendr
aquí.

El médico la acompañó hasta el coche q
aguardaba con armas emblasonadas, lacayos
do el lujo de una gran señora, que no dejó de
lumbrarlo. Al dia siguiente se habia apead
ta gran condesa en una tienda de los mas
joyeros de Paris, y despues de haber exami
las principales halajas, habia concluido por
tar en 10,000 pesos un hermoso terno de bri
tes. Despues de mucho regateo y larga co
sacion, cojió sus brillantes y sacó la bolsa
pagarlos, pero no encontró sino 2,000 pes
billetes de banco, que desplegó uno por uno
inspirar mayor confianza, y luego que los
pasado todos en revista, dijo al joyero volvi
selos á poner en el bolsillo. "No tengo a
completo, será mejor que V. envíe á mi cas
guno de sus dependientes para que pague mi
rido.

El amo de la tienda hizo una seña y sali
de sus oficiales lleno de altivez y orgullo p
alto honor que refluia sobre él yendo en el
mo coche con una señora de tanto explendo
pénas llegaron á casa del señor Esquí .... su
dama precipitadamente la escalera y dice al
tor: "Aquí tiene V. á mi hijo, yo lo dejo
V. y me voi." Saliendo entónces de aquel
bitacion se dirijió acia el mozo de la tienda
dijo: "Mi marido está en el gabinete, ent
que él le saldará la cuenta." Obedece el
y ella volvió á entrar en su coche; y no bie
bia salido de la puerta de la casa, cuando l
ballos echaron á correr á gran galope, y de
recieron todos en un instante.

—Venga V. acá, señorito, le decia el m
al mozo de la tienda, ya V. sabe de qué se
vamos, dígame V. lo que tiene, y cómo est
esa cabeza.

e cómo se halla mi cabeza? Mui buena,
o; pero lo que ahora me urge es la fac-
os diamantes.
lo entiendo á V., ya estoi; y rechazan-
mente la nota, continuaba diciendo: sí,
que quiere V. decirme.
es si ya V. sabe la suma, no hai mas que

está bien, tenga V. un poco de paciencia
na; dígame dónde ha cojido esos diaman-
ha hecho de ellos? Hable V.
ballero, aquí se trata de que V. me pague
a mil francos.
! oh! y por qué?
mo por qué? replicó el jóven, cuyos ojos
aban á medida que se iba adelantando el

game V., y por qué debo yo pagarlos?
que la condesa acaba de comprar en es-
nto esos diamantes en nuestra tienda.
amos lucidos; ya vuelve á su manía....
én esa condesa?
su señora de V.; y en el entretanto vol-
sentarle la cuenta.
or mio, dijo entónces el doctor con se-
debe V. saber que yo tengo la fortuna de
co y viudo; y que esto debiera bastarle
V. acabase de una vez con esas pesado-
ravagancias."
joyero no pudo aguantar mas, y se entre-
esos tan furiosos, que se vió precisado el
llamar á sus criados para que sujetasen
mozo, el cual gritaba hasta perder el a-
"Al ladron! al asesino!" Pasado un
e ora volvió á calmarse, y haciendo una
onada relacion de lo ocurrido, una luz ter-
ezó á aclarar la ofuscada mente del doc-

no se trató de averiguar y de descubrir
es de este robo tan astuto como raro y
condesa, coche, armas emblasonadas, co-
acayos, caballos, todo habia desapareci-
seamos que esta historia sirva de leccion
os que se ejercitan en el comercio, y es-
nte á los joyeros, los cuales deben con-
en su memoria como un monumento in-

TORRENTE.

NOTICIA HISTORICA

DE

RIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

La costumbre de manifestar con seña-
iores el dolor que se experimenta con la
le aquellas personas que se aman, es an-
; pero en el modo de expresarlo ha ha-
ha variedad en cada pueblo. El uso del
ro, ó al ménos de color mui oscuro en se-
to, es tambien mui antiguo, pues los Grie-
Romanos le llevaban durante el duelo.
que antiguamente en España los lutos eran
blanca, y que se usó por última vez en
la muerte del príncipe don Juan, en 1497. En él dia se usa generalmente en Europa el color negro en el luto; en la China el blanco, en Turquía el azul ó violado, en Egipto el amarillo, en Etiopia el pardo, &c.

Magestad. Segun se manifiesta en el Diccionario histórico enciclopédico, los reyes de Aragon usaron el título de magestad, alternando con el de serenidad, alteza y señoría, mucho ántes del reinado de Cárlos I, (V de Alemania); y parece que este monarca no hizo mas que perpetuar el uso de dicho título cuando dispuso por los años 1519 que en adelante se diese á los reyes de España el tratamiento de magestad. Guthrie dice que el título que se daba al rei de Inglaterra en tiempos pasados era *su gracia* ó *su alteza*, hasta que Enrique VIII tomó el de magestad para ponerse á nivel con Cárlos V. Los reyes de Francia parece que principiaron á usar este título despues del año 1559, los de Prusia desde 1701, y los de Portugal despues de 1557.

Magnetismo animal. Era conocido de la antigüedad y consiste en ciertos efectos físicos que un hombre hace experimentar á otro. Mesmer, médico aleman, fué el primero que observó estos efectos é inquirió su orígen. En el siglo pasado, el marqués de Puységur agregó á ellos el somnambulismo, y se sirvió de él como medio de curacion. En medio de la credulidad del vulgo que no piensa, y los sarcasmos de una estupidez orgullosa que tampoco piensa, la academia de medicina de Paris ha confesado que el magnetismo y el somnambulismo existen; dejando no obstante en duda el bien que de ello puede sacar la medicina, á pesar de que muchos médicos han sido testigos de los felices resultados de su aplicacion en mil circunstancias. El tiempo quizá ilustrará completamente este fenómeno y destruirá las preocupaciones que se oponen á su admision.

Malta (Caballeros de). La Orden militar de los caballeros de *san Juan de Jerusalen*, conocidos en el dia bajo el nombre de caballeros de Malta, tuvo orígen desde el tiempo en que aquella ciudad santa estaba aun en poder de los infieles. Algunos comerciantes de Amalfi en Italia, que se hallaban en la Siria, obtuvieron el permiso para construir frente á la iglesia del Santo Sepulcro un monasterio de benedictinos, en donde los peregrinos cristianos pudiesen encontrar hospitalidad. El abad de este monasterio fundó en 1080 un hospital, que puso bajo la direccion de Gerardo de Provenza, cuya iglesia tuvo al principio el título de *san Juan el Limosnero*, y luego el de *san Juan Bautista*, del que se derivó el nombre de *hospitalarios* de *san Juan de Jerusalen* que se daba á los hermanos legos empleados en el servicio de aquel piadoso establecimiento. Estos tuvieron que armarse algun tiempo despues para custodiar y defender á los peregrinos que iban á la Tierra Santa, y eran molestados continuamente por los Arabes; y constituidos así en una nueva milicia, dejaron la regla de san Benito, tomaron la de san Agustin, y en 1119 elijieron por su primer Gran Maestre al citado Gerardo, logrando al año siguiente que el Papa Calisto II confirmase la institucion de su Orden, que mui luego esparció su fama por toda la tierra. En 1310 se apoderaron de Rodas estos caballeros, y se mantuvieron en posesion de esta isla hasta 1522, en que arrojados

de ella por los Turcos, pasaron á establecerse en la de Malta, que les cedió Cárlos V, de la cual tomaron el nombre que aun conservan. La insignia, que traen comunmente al pecho pendiente de una cinta negra, es una cruz de oro de ocho puntas, que simbolizan las bienaventuranzas, esmaltada de blanco, coronada, y con cuatro flores de lis entre los brazos.

Manda pia forzosa. Fué establecida en 1811 con el objeto de formar un fondo especial destinado á aliviar la suerte de las personas que hubiesen padecido por defensa de la religion y de la patria con motivo de la invasion de las tropas francesas.

Mano artificial. El P. Sebastian Truchet, religioso carmelita, y célebre mecánico natural de Leon de Francia, inventó á principios del siglo anterior dos manos artificiales, que despues concluyó Mr. Duquet por ocupacion de aquel, y fueron usadas por un oficial sueco que habia perdido las suyas en una batalla. Posteriormente otros sugetos han inventado varios brazos y manos artificiales que imitan mui bien los movimientos naturales.

Manómetro. Instrumento inventado en 1807 por el célebre Bertollet.

Manteca. Se dice que en las Indias orientales se usaba la manteca desde tiempo inmemorial, y que los Holandeses quizá aprenderian allí su uso, el cual han propagado despues en Europa. Los Griegos tambien conocieron la manteca; pero empezaron á servirse de ella bastante tarde; y los Romanos solo la empleaban como remedio y no como alimento.

Mapa. Se dice que Sesostris, rei de Egipto, inventó los mapas ó cartas geográficas por los años 964 ántes de Jesucristo, para manifestar á sus vasallos los estados que poseia. Anaximandro, discípulo de Táles, perfeccionó despues los mapas de Sesostris.

Máquina de Jacquart. Tiene el nombre de su inventor, fabricante en Leon de Francia, el cual ha sujetado á un movimiento mecánico la operacion de levantar en el tejido de telas de recamado los hilos correspondientes, que ántes levantaba un muchacho por medio de cuerdas siguiendo la indicacion del tejedor. Esta máquina fué hecha pedazos en la plaza pública, y su autor estuvo tres veces á riesgo de perder la vida. La concurrencia extrangera venció al fin las preocupaciones, y hoi no se usa otra máquina en Leon.

Máquina eléctrica. Es la que sirve para excitar y desenvolver la electricidad.

Máquina infernal. Se dió este nombre á unos barcos cargados de pólvora y metralla, que empleó por primera vez en 1585 Federico Jambelli, ingeniero italiano, cuando Alejandro de Parma puso sitio á la ciudad de Amberes, desde la cual se arrojaban por el rio abajo: uno de ellos al reventar dió tan horrendo estallido, que parecia hundirse el cielo, y causó la muerte á mas de 500 hombres. Tambien se llamó máquina infernal á un tonel lleno de mistos colocado sobre un carreton, que se puso en la calle de san Nicasio de Paris el dia 24 de diciembre de 1800, con el objeto de quitar la vida á Napoleon al tiempo que pasaba al teatro.

Máquina neumática. La que sirve para extraer ó á lo ménos rarificar el aire de un tubo. Aunque en rigor el vacio jamas se logra sino sobre la columna de un barómetro, basta sin embargo la rarificacion de esta máquina para las experiencias. A los primeros golpes del émbolo, el tubo se llena de un vapor oscuro, efecto de los cuerpos de que está cargado el aire. Rarificado este, pierde su fuerza, los cuerpos caen en remolino, el vapor desaparece, y entónces se pueden observar los efectos de la rarificacion. Una manzana arrugada, por ejemplo, colocada dentro del recipiente, se desarruga y aparece fresca; una botella delgada y bien tapada se rompe; un pájaro muere en medio de convulsiones; un gato hace las mismas muecas que si maullase, salta, se hincha, espuma y rebienta; una campanilla no suena; una luz se apaga, &c. A tan preciosa máquina se deben casi todos los conocimientos que tenemos sobre la presion del aire, la respiracion, la combustion y la evaporacion de los líquidos. Los Ingleses atribuyen su invencion á *Boyle* y los Alemanes á *Oton Guerich.*

Marcos (Orden de san). Esta Orden de caballería fué instituida en Venecia en el año 737.

Marfil. Parece que los Griegos trabajaban el marfil desde tiempos mui remotos, y tanto en Grecia como en Roma y en otras partes se servian del marfil antiguamente para hacer estátuas y ciertos muebles de lujo, &c.

María. La fiesta que celebra la Iglesia para solemnizar la memoria del Dulce Nombre de María, fué aprobada por el Pontífice en 1513 para la ciudad y obispado de Cuenca, desde donde se estendió á toda España, pasando despues á otras naciones; y en memoria del triunfo conseguido por las armas cristianas sobre los Turcos que habian sitiado á Viena en 1683 se generalizó esta festividad á toda la Iglesia.

María Luisa (Real Orden de). La reina de España doña María Luisa de Borbon instituyó esta Orden en 1792 para condecorar con ella á las damas de su corte que mas se distinguieran por sus servicios, prendas y calidades.

Mariscal. En su orígen los mariscales eran unos empleados en la caballeriza real, inferiores al condestable ó conde del establo; mas cuando este cargo llegó á ser uno de los primeros y mas honoríficos del estado, el de mariscal fué tambien mui distinguido. Parece que el rei don Juan I de Castilla dió por primera vez en 1382 el título de mariscal de campo á Fernando Alvarez de Toledo y Pedro Ruiz Sarmiento; y Francisco I fué el que creó en Francia los primeros mariscales de campo.

Marmita americana. Es una olla de invencion inglesa, en la cual los alimentos no se cuecen sumergidos en el agua sino espuestos al vapor, con lo cual pierden mucho ménos sabor segun los gastrónomos. Consta de dos vasos, uno exterior y hondo que contiene una pequeña cantidad de agua destinada á suministrar el vapor, y otro interior cuyo fondo no llega á la superficie de la agua hirviendo, y en el cual se ponen los alimentos sean de la clase que fueren. Una tapa mui bien ajustada impide salir al vapor y reconcentra la temperatura interior. Las ventajas de la marmita americana sobre toda clase de ollas son, que el cocido nunca puede estarlo mas ni ménos de lo que se quiere; que los alimentos no sufren alteracion alguna, y que consume poco combustible.

La Iglesia Catedral

DE

MEJICO.

La santa iglesia catedral de Méjico fué fundada por el emperador Cárlos V y el papa Clemente VII en bula de 9 de setiembre de 1530, y erijida en metropolitana por Pablo III en 1547.

El conquistador Fernando Cortes, despues de haber destruido la antigua ciudad de Moctezuma, al reedificarla y repartir sus sitios entre los españoles, aplicó á los regulares de san Francisco el que se hallaba ocupado por el templo mayor de Méjico, á fin de que demolido este, se edificase una pequeña iglesia, y las habitaciones correspondientes para doce ministros que debian servirla.

A poco tiempo se les dió á estos regulares el sitio que actualmente ocupa el convento de san Francisco, y se les compró en cuarenta pesos el del antiguo adoratorio, para edificar en él la antigua catedral, como se verificó por disposicion del capitan general Cortes y del arzobispo Zumárraga. El templo salió suntuoso para aquel tiempo, y tenia su puerta principal acia el poniente, frente al Empedradillo, y su testera ó cabezera al oriente. El rei Felipe II, deseoso de hacer una obra mas suntuosa, mandó derribar la antigua catedral en el año de 1552, para construir de nuevo la actual, á la que se dió principio en el año de 1573, siendo arzobispo don Pedro Moya de Contréras. Esta obra duró noventa y cuatro años, finalizándose en el de 1657, bajo el gobierno de don F. Márcos Ramiro de Prado, que hizo su solemne dedicacion el dia 22 de diciembre, habiendo sido el costo de esta obra el de 1,759,000 pesos, que costearon los reyes Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Cárlos II.

El edificio ocupa uno de los principales lugares de la plaza mayor, y sus dimensiones son de ciento cincuenta y cinco varas dos tercias de norte á sur, y de setenta y tres de oriente á poniente, sin contar con el terreno que ocupa el atrio y cementerio, que es de mucha amplitud, circundado por todos sus lados de ciento veinticuatro postes de cantería de dos varas de alto, y de los cuales penden para su resguardo ciento veinticinco cadenas de fierro.

Por la parte del oriente llamada de los canónigos le sirve de resguardo un hermoso enrejado con puertas tambien de fierro. En su fachada principal que mira al sur tiene tres puertas compuestas cada una de otros tantos cuerpos, de los cuales el primero es de órden dórico, el segundo jónico, y el tercero corintio, con estatuas y bajos relieves. Sus torres son dos, y cada una consta de dos cuerpos, el primero dórico, y jónico el segundo, sobre cual descansa una bóveda en figura de campana, en cuyo remate se halla un globo que recibe la cruz de cantería.

Hasta enèro de 1787 solo existia el primer cuerpo de la del lado del oriente; pero en ese año se continuó esta, y se dió principio á la del poniente, y ambas se concluyeron en el año de 1791, habiendo sido su costo el de 194,000 pesos.

Su altura desde la parte superior de las cruces hasta la superficie del atrio es de noventa y dos varas dos tercias. La campana Doña María, colocada en la torre del oriente, se estrenó en el año de 1754, y su peso es de ciento cincuenta quintales. La campana mayor, llamada Santa María de Guadalupe, se colocó en la torre del poniente en el año de 1792; su altura es de seis varas, su vuelo de doce, y su costo total fué de 10,400 pesos. Hai ademas otra tercera campana de ciento cuarenta y nueve quintales de peso, que se colocó en el año de 1793. En los arcos de ambas torres están colocadas siete campanas de ménos peso que las primeras para los toques de la santa iglesia, y diez esquilas, entre las cuales dos son de gran peso y magnitud, las que tocadas á vuelo en un repique general, hacen mas recomendable la hermosura de esta magnífica obra. Las cornizas de los cuerpos de ambas torres están decoradas de una balaustrada adornada de jarrones en el primer cuerpo, y en el segundo de estatuas colosales que desde abajo parecen de tamaño natural, tienen tres varas de alto y representan á los Doctores de la Iglesia ó Patriarcas de los órdenes regulares. En medio de las torres, y sobre la puerta principal se halla el reloj, cuya carátula es de metal dorado, teniendo en sus remates por adorno tres estatuas de cantería de mui buen gusto, que simbolizan las virtudes teologales con los signos de sus atributos respectivos, hechos de metal dorado. Las demas puertas están distribuidas por el órden siguiente: dos en el lado del norte, y las otras dos en los costados de oriente y poniente, una en cada lado. El interior de este edificio es de órden dórico con mui buenas bóvedas; sus naves son cinco, tres abiertas y dos cerradas, y en las primeras se ven catorce machones con columnas por cada uno de sus cuatro lados, de cuyos capiteles arrancan los arcos que van á concluir en otros que quedan en su frente, y en los intermedios que se hallan colocados en los machones que separan los claros de las catorce capillas distribuidas en los lados de las dos naves laterales. Estas capillas están cerradas con balaustras de fierro y retablos de blanco y oro al estilo moderno. Se hallan repartidas entre las bóvedas, cúpula, linternilla, lunetos y capillas, ciento cuarenta y siete ventanas. La cúpula y linternilla son de figura octogonal, y en el casco se halla pintada al fresco la Asuncion de María Santísima, como patrona de esta santa iglesia, á la cual sirve de fondo una hermosa gloria, y en el primer término, sobre el cuerpo de luces, se ven en diversos grupos los antiguos patriarcas y las mujeres mas célebres de que hace mencion la historia sagrada del Antiguo Testamento.

La nave principal la ocupa entre los intercolumnos anteriores á la cúpula por la parte del norte el altar mayor, que tenia un ciprés que aunque antiguo era bello y majestuoso, el cual tenia dos cuerpos, el primero formado en su parte exterior de columnas de madera; las inmediatas al tabernáculo eran de jaspe, las que formaban este de plata, y las que se hallaban dentro de él de oro. Se hallaban repartidas en este cuerpo las estatuas de los doce Apóstoles; en el segundo cuerpo estaba la imágen de la Asuncion de María Santísima, como titular de esta santa iglesia, y colocados igualmente los Evangelistas,

Doctores y Patriarcas; mas todo fué destruido con el objeto de hacer otro cipres nuevo de jaspe al estilo moderno, que se está construyendo en Europa desde el año de 1837. A los lados del presbiterio se hallan los dos ambones, que lo mismo que el púlpito, son cada uno de una sola piedra de tecali, y se estrenaron con el templo. El cipres se dedicó en 16 de setiembre de 1743. El presbiterio, que tiene cuatro graderías de ascenso, está circundado de una balaustrada formada de un metal conocido con el nombre de tumbago, adornada con estatuás con candeleros para colocar hachas: sigue toda la crujía por ambos lados hasta llegar al coro por todo su contorno, y sirve para formar las tribunas, dentro de las cuales y sobre los costados del coro se hallan colocados dos hermosos órganos. Lo interior del coro está adornado con una buena sillería, habiendo sido formada la crujía y portada del coro en la ciudad de Macao de China, y habiéndose estrenado en el año de 1730.

Por la parte del norte, en los dos extremos del edificio, se hallan colocados en el del poniente la sala del cabildo, clavería, contaduría de diezmos, y la biblioteca pública de la iglesia, que es un edificio exterior, y separado aunque contiguo á ella.

Esta biblioteca fué donada á la catedral por los ilustres capitulares don Luis y don Cayetano de Tórres. En la parte del oriente queda la sacristía, ante-sacristía, chocolatero y colegio de Infantes. Finalmente, por la fachada principal, acia el ángulo del oriente, se ve otro templo en una superficie de cincuenta y cuatro varas cuadradas, cuya planta forma una cruz de iguales dimensiones: su estructura y distribucion en su interior es mui buena por los tamaños tan proporcionados de su arquitectura; sirviendo este templo de parroquia, y comunicándose interiormente con la misma catedral; es de tres naves, tiene mucha luz, sus colaterales son magníficos, sus adornos mui ricos, y por consiguiente los paramentos mui preciosos y exquisitos. Tiene este templo colocadas en sus ángulos cuatro capillas, que sirven, la primera de sacristía, la segunda de cuadrante ó despacho, la tercera de depósito para los cadáveres, y la última para el depósito del Divinísimo Señor.

La catedral de Méjico posee alhajas de mucho valor, y paramentos eclesiásticos mui ricos. Entre las primeras deben contarse como mas notables el servicio del altar, todo de oro, compuesto de seis blandones de vara y media de alto, seis ramilletes con sus jarras del mismo tamaño, cuatro candeleros de media vara, dos incensarios, dos navetas, una cruz guarnecida de piedras preciosas con su peana y pequeño frontal de lo mismo, otra de filigrana, dos atriles, dos palabreros, y dos portapases. La imágen de la Asuncion, titular de esta santa iglesia, es toda de oro, adornada de mui rica pedrería, y cuyo peso es de seis mil novecientos ochenta y cuatro castellanos. La imágen de la Concepcion es toda de plata, con peso de sesenta y ocho marcos: la lámpara de plata que adorna el frente del presbiterio ó cipres, tiene de peso cuatro mil trescientos setenta y tres marcos, de los cuales mil setecientos diez son dorados, y el resto blancos, y cuyo costo, segun la cuenta que presentaron los plateros Estrada y Cruz, que fueron quienes la fabricaron, asciende á 71,343 pesos 3 reales. Esta pieza consta de cinc cuatro candeleros, su altura es de ocho varas, su diámetro mayor de tres y media cunferencia de diez y media, y se halla pe de una cadena y perno de hierro que pe seiscientas cincuenta libras.

La custodia principal fué comprada á d Borda, tiene vara y ochava de alto, pesa y ocho marcos de oro: su frente se halla de cinco mil ochocientos setenta y dos dia y su reverso de dos mil seiscientas cinc tres esmeraldas, quinientos cuarenta y cu bís, ciento seis ametistos, y veintiocho zafi catedral la compró en 100,000 pesos; per lor es de 50,000 mas.

El copon grande tiene diez y ocho ma oro, con mil seiscientos setenta y seis diar el cáliz pesa diez y medio marcos de oro ciento veintidos diamantes, ciento cuarent esmeraldas, y ciento treinta y dos rubís. todia de los domingos de Minerva tiene t cuatrocientos diamantes, mil cuatrocienta raldas, y ochocientas cincuenta perlas.

Todas estas alhajas fueron donacion de rador Cárlos V; y ademas de todo esto h te cálices de oro, los mas adornados con tes y piedras preciosas, y seis platillos de sus vinajeras y campanillas. El servicio ta es abundantísimo; hai dos juegos de h compuestos de seis piezas cada uno, mul ramilletes, doce incensarios, doce bland dos y media varas, seis docenas de cálic najeras, seis docenas de candeleros, y do nas de candeleros para tercerillas. Hai tatuas de plata, un sagrario mui grande p mente cincelado, dos candiles de dos va veinticuatro albortantes cada uno, y cuat madores de dos varas de alto, todo de plat las naves de la iglesia se hallan distribuid te candiles de plata.

Los paramentos eclesiásticos son los me toda la república. Cárlos V regaló m mui ricos; posteriormente se hicieron otra ciones por varios reyes y particulares, chos han sido fabricados por cuenta de sia.

El cabildo se compone de veintiseis cap por el órden siguiente: los cinco primeros nidades, dean, arcedean, chantre, maestr las y tesorero; cuatro canónigos de oficio ral, magistral, lectoral, y penitenciario; merced, seis racioneros, y otros tantos m cioneros. Hai gran número de capellane ro, monacillos con el nombre de infantes servicio de acólitos, y una orquesta en la bajan los mejores músicos.

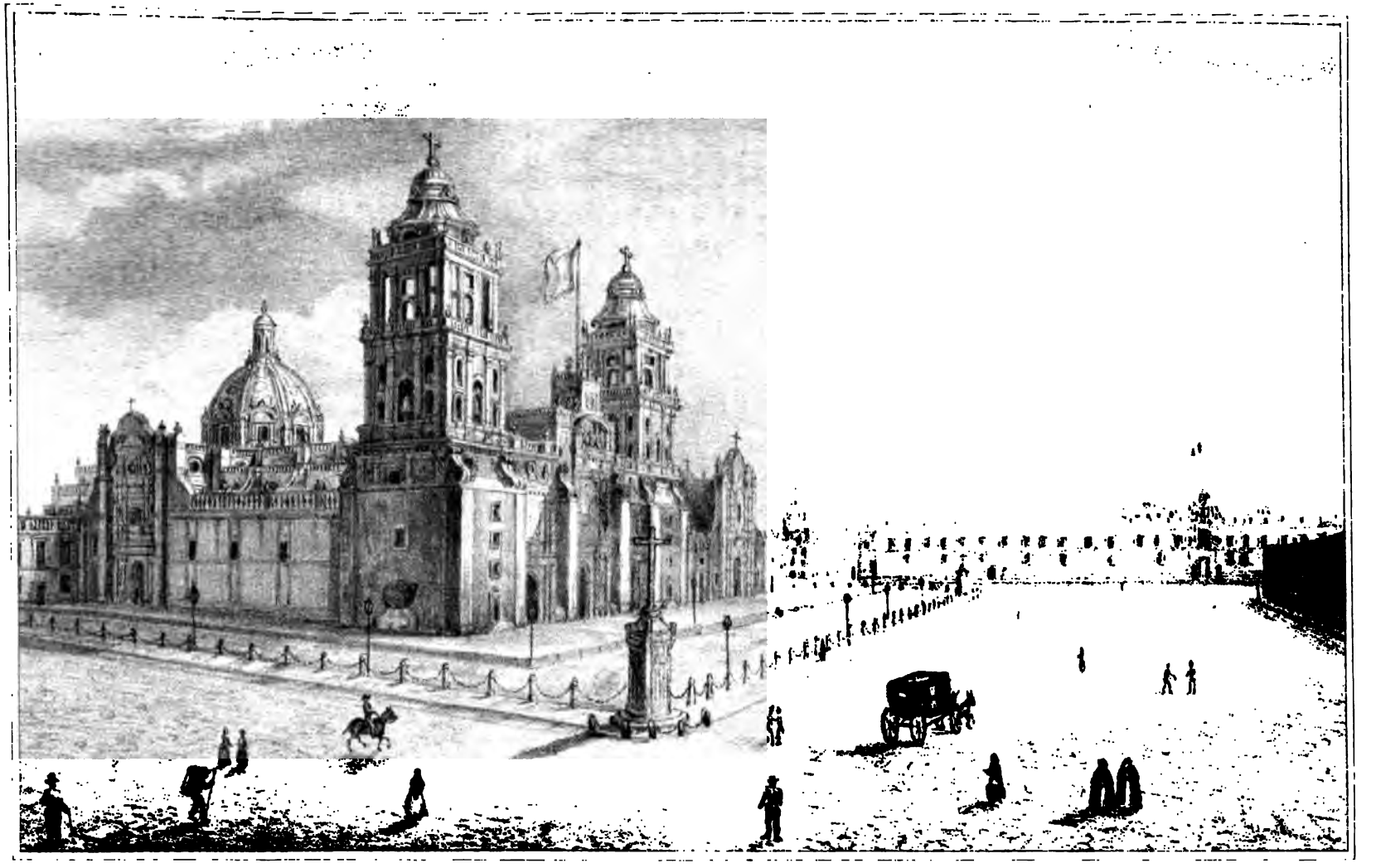
Dias en que se toca la campana mayor, n Santa María de Guadalupe.

ENERO.

El dia 1, de la Circuncision del Señor.
El dia 6, de la Adoracion de los Santo

FEBRERO.

El dia 2, de la Purificacion de Nuestra
El dia del beato Felipe de Jesus, prot mejicano.



MARZO.

El dia 19, del Santísimo Patriarca señor san José.

El dia 25, de la Encarnacion del Divino Verbo.

El domingo de ramos, al tiempo de la entrada del Señor.

El juéves santo, al tiempo de la gloria.

El sábado de gloria; el domingo de resurreccion, á las cuatro de la mañana, y los tres dias de pascua.

MAYO.

El juéves de la Ascension del Señor.

Los tres dias de pascua de Espíritu Santo.

JUNIO.

El domingo de la Santísima Trinidad.

El juéves de Corpus, y toda la octava.

El dia 24, de san Juan Bautista.

El dia 29, de san Pedro y san Pablo.

AGOSTO.

El dia 6, de la Transfiguracion del Señor.

El dia de san Hipólito y Casiano.

El dia 15, de la Asuncion de Nuestra Señora, titular de Méjico.

SETIEMBRE.

El dia 8, de la Natividad de María Santísima.

El dia 15, del Dulce nombre de María.

NOVIEMBRE.

El dia 1, de Todos Santos.

El dia del Patrocinio y presentacion de María Santísima.

DICIEMBRE.

El dia 8, de la Purísima Concepcion.

El dia 12, de la maravillosa aparicion de María Santísima de Guadalupe.

El dia 24, á las diez de la noche, para los repiques para entrar á coro, y los dias de pascua.

Joaquin Saavedra.

La Desgracia de ser Feo.

El dia 10 de noviembre de 1799 fué el destinado por el cielo para que yo viese la luz del mundo, en el momento mismo de verificarse un eclipse de sol, como si ya por este medio hubiera querido el Ser Supremo manifestar que todo habia de ser triste, opaco y sombrío en mi persona. Fué mi patria un antiguo caseron situado sobre la punta de los mas horribles escollos del condado de Cornualles: estos fueron los preliminares de una vida combatida por una serie no interrumpida de chascos, desaires, malogros, fastidios y burlas mortales.

El presidente Montesquieu abomina la conducta de aquellos pueblos que ahogan al nacer los hijos de una fealdad mui marcada; perdóneme el señor presidente si le digo que no tienen razon, y que aquellos pueblos saben mejor lo que hacen. Tómense ustedes el trabajo de leer atentamente mi vida, y convendrán en que si mis padres me hubiesen ahogado en el Támesis en el momento mismo en que mis párpados se abrieron á la luz por la primera vez, me habrian hecho un eminente servicio.

Como mi madre no contaba mas que siete meses de embarazo, y como por lo tanto nadie me esperaba tan pronto en el mundo, y á la verdad que no hacia falta alguna, fuí mui mal recibido. Silbaba el viento, bramaba la tempestad, las barcas de los pescadores que habian salido á la mar en aquella mañana acababan de estrellarse contra las rocas de la costa. Qué tiempo tan feo, Dios mio! exclamaban las viejas del lugar. Jesus, qué cosa mas horrorosa! Pero este tiempo tan feo se habia hecho tan solo para mi, cuyo fatal destino era preciso que se anunciase por tormentas y huracanes. Por lo general es un objeto de desagrado todo niño que nace á los siete meses; si á esta fatalidad se agregan una frente huesuda, un cráneo disforme, miembros dislocados, músculos torcidos, y finalmente un cuerpo, por decirlo así, hecho al reves, no deberá extrañarse que se hubiera tratado de arrojarme del mundo, al que acababa de llegar tan impertinentemente; pero como decidieron los médicos en consulta, sin embargo de lo horroroso de mi figura, que reunia las condiciones orgánicas de la especie humana, me dejaron con vida. ¡Ojalá así no hubiera sido, y se me habrian evitado tantas desgracias y pesadumbres! Las criadas me miraban con horror; mi madre, que era naturalmente compasiva, al entrar en el cuarto, si casualmente se fijaban sus ojos sobre mí, los volvia de repente á otro lado exclamando: Pobrecito, qué feo es! no se le puede mirar! Ya siendo grandecito no me permitian que saliese de mi estrecha habitacion, ni aun para ver á los parientes mas cercanos de la familia; y aunque yo era el primogénito, se me tenia en igual reclusion, siendo objeto de lástima para mis padres, y de befa y escarnio para los demas. De ese sistema de desprecio participaban asimismo los criados de la casa, de modo que estando un dia oculto detras del balcon, oí que conversando uno de ellos con otro, le decia: "¿No es lástima que este hermoso parque y castillo hayan de ser de aquel monstruo de fealdad?"

Ya ustedes adivinarán que se trató de echarme de casa tan pronto como se pudo dar un colorido disculpable, como lo fué el de mi instruccion. Me pusieron primeramente al cuidado de una excelente señora de la vecindad, que se encargaba de dar la primera educacion á los niños. Era mi destino el verme perseguido por todas partes: todas las faltas eran mias, todo lo malo que se hacia en la casa era mio; si la pared aparecia manchada, si se veia lodo por alguno de los cuartos, si las cortinas estaban descompuestas, si se rompia alguna silla, si se descascaraba algun mueble, de todo era yo el autor; yo era quien martirizaba al gatito, quien habia abierto la jaula para que el canario se marchase, y quien habia arrojado á la calle los gorros de la maestra: en fin, todos los muchachos, criados y criadas inventaban á porfía las mayores atrocidades para que recayesen sobre mí la culpa y la pena. Mi fealdad, pues, era el blanco de la persecucion universal, y parece que

yo ejercia el monopolio de todas las iniquidades cometidas y por cometer.

Los demas muchachos eran tratados con una benevolencia verdaderamente maternal: para ellos eran los mejores bocados, estaban exentos de reprensiones; yo era el que pagaba por todos. ¡Cuántas veces ocurria que un criado al traerme á la mesa un plato que contuviese sustancias gratas y suculentas, hacia como que se equivocaba para entregarlo á otro! ¡Cuántas ocurria que al pasarme una ala ó una pierna de pollo, se habia tenido ántes el cuidado de despojarla de la parte mas blanda y jugosa! Estos primeros chascos y contrariedades me ponian furioso; y sus efectos no podian ser otros sino el de que se fuera formando mi carácter triste, ceñudo y atrabiliario; pero la misma naturaleza, que me habia hecho tan feo, me habia impreso otro signo que era el de la debilidad: así, pues, la cólera y el despecho que yo nutria secretamente, no podian manifestarse sino por quejas pronunciadas en voz baja y entre dientes, lo cual acrecentaba todavía las causas que me hacian aborrecible.

Pobre de mí! Entré en un colegio; mas no hubo en él ningun cambio á mi favor. Aunque mis facultades intelectuales no eran mas obtusas que las de la mayor parte de mis compañeros, y aunque tampoco podia decirse que mi mayor torpeza fuera la causa de ser ridiculizado, me vi con todo condenado, merced á mi horrible fealdad, á ser vejado y atormentado por toda clase de penalidades. Eduardo el Feo (este es mi nombre) me decia uno, nosotros vamos á jugar á la pelota, cuidado con mezclarte en nuestro juego, porque estando tú de por medio, no podria ménos de ser mui fea la partida. Muchacho, gritaba otro cuando ya estábamos reunidos en el dormitorio, envíame tu almohada que es mas blanda que la mia; ya que no puedes ser agradable, sé á lo ménos útil.

Si habia que hacer alguna comision de molestia ó incomodidad, ya se sabia que era á mí á quien se endosaba. No me hable V. de prisioneros de estado, ni de la vida de los frailes en su soledad ascética: nada es comparable con los trabajos que los colegiales hacen sufrir á cualquiera de sus camaradas que elijen por blanco de sus persecuciones. Cuanto hai de malo en la naturaleza del hombre, tanto se adopta y se ejecuta contra el infeliz; no se le da cuartel, no se le tiene compasion; de dia, de noche, durante la clase, en el tiempo de la recreacion, siempre los mismos tormentos, sin que la víctima pueda descansar sino cuando los perseguidores están cansados de hacerle travesuras.

Figúrese, pues, el lector cuál no seria mi felicidad cuando á los quince años me sacaron de esta infernal morada, y me llevaron á casa del doctor Pancracio, que debia tratarme como si fuera su hijo, y encargarse de la última parte de mi educacion. El doctor Pancracio tenia un hijo llamado Cárlos, oficial de marina, y tenia al mismo tiempo puesta la mira á dos beneficios eclesiásticos que debian ser provistos por mi padre. Tanto por esta razon, como porque dicho mi padre ejercia la mayor influencia sobre los miembros del consejo del almirantazgo, y podia contribuir poderosamente á los adelantos del jóven Cárlos, me trató siempre con toda clase de consideraciones y cariñosos miramientos. Qué buen hombre era el doctor Pancracio! Filántropo excelen rable! Mis dedos gafos, mi calva, m destartalados, y lo subido de mi fealdad las partes de mi cuerpo, no le hacian n na; siempre me tenia reservada la mej té, la mejor azúcar, los mejores boca distinciones eran para mí de un precio ble por la misma razon de la novedad. los ojos de esta familia pasaba yo por personaje de la casa, no podia ménos d algunos actos de vanidad y de exaltad dándome un aire de importancia y de pretension.

La casa del doctor Pancracio era mi p en ella ejercia yo mi imperio, pues que lo que queria, y cuando estaba de mal dos callaban por via de deferencia y re llegué á cumplir diez y ocho años; y familia me tenia bastante olvidado, el las finas atenciones de estas buenas gen que yo mirase con indiferencia aquel Llegó la condescendencia del doctor has to de llevarme á un baile que daba la vi especiero, la cual, desde que habia mue rido, dejándola considerables riquezas, h tado una vida de fausto y ostentacion. na señora tenia una hija casada con un crédito, y para que todo el mundo siempre que hablaba de ella decia: " doctora." Dos ó tres muchachos de color de azafran, que habrian podido pas feos si yo no hubiera hecho su apologí nian el resto de aquella familia, comp en ella la mas preciosa criatura que h del mostrador de un especiero, como lo Matilde. Oh encantadora muchacha! quien crea que tuvo el valor de bailar Es verdad que ella se estremecia al mi temblaba cuando yo le cojia la mano; estos síntomas reunidos me hacian cree producidos por los mismos sentimiento que mi pecho habia principiado á abrig

¡Ah, lector mio, si supieras cuánto s cómo bendije á mi dama por no habers á mi invitacion! ¡y qué sensacion ta no experimenté al ver que se ponia colo do me acercaba á su lado! Por poco que seas me preguntarás si la alteracion blante de Matilde era producida por el tristeza, ó bien por la causa que habis la loca presuncion de atribuirle; sea c ra, yo me creí el hombre mas feliz de l cuando me detengo á considerar las du nes que me tuvieron encantado en aqu me vienen ganas de mudar el título de culo, y de poner al frente de mis mem *fortuna de ser feo.*"

La esposa del doctor Pancracio hab do el misterio de mis apasionados se y la bondad característica de su alm placia en favorecerlos: así, pues, cuando gun billetito de Matilde, tenia el may de enviármelo al momento, y cada un billetes, que yo recojia con la mayor di depositaba en una arca destinada al mentaba al mismo tiempo mi tesoro y Sin embargo, yo no habia hecho toda claracion en forma; me revestí, pues y me decidí á acometer esta atrevida e

na mañana del mes de mayo: la misma za se presentaba risueña á mis esperan- árboles principiaban á cubrirse de flor, y resplandecia con aquella dulce luz que a- a renovacion del año. La casa de Ma- un edificio antiguo y de mal gusto, que ba sobre el declive de una colina, y cuya hallaba embellecida por un parque deli- e habia sido adquirido de un antiguo feu- tré allí, pues, como un individuo de la fa- n pasar recado alguno, crucé por corre- galerías sin encontrar á nadie; volví á el frente opuesto; y al llegar al remate pequeña alameda, descubrí al objeto de entes suspiros, que se paseaba por ella, y ido de mis pasos se volvió rápidamente, con voz balbuciente: "Ah, caballero! o está aquí, bien puede V. creerme; no í;" y en seguida se metió como una cor- l bosquecillo inmediato.

nblor de su voz expresaba una agitacion aordinaria, que yo no pude equivocarme . causa de aquella turbacion. ¿Y cuál r esta, sino mi inesperada presencia y el e insensiblemente se habia introducido en con? No hai hombre por horroroso que deje de tener estos arrebatos de vanidad. mará Matilde, me decia yo á mí mismo, mor nervioso será el síntoma de una pa- en vano se esfuerza por ocultar. Pobre na! No te apures, hija mia, yo te pro- rresponder á tu amor con largueza.

e cruzando estas reflexiones por mi ima- , del mismo modo que el relámpago que bre el firmamento; y sacando fuerzas de a confianza, que comunica el presenti- le un próximo bien, corrí tras ella, resuel- solarla con las palabras mas cariñosas y mas finas protestas, olvidando mi fealdad, lono de mis padres y la distancia de rango queza que mediaba entre ambas familias. o tanto, que mui pronto la alcancé; ya jido su blanca mano y la estrechaba tier- ; ya habia principiado mi elocuente dis- n las protestas comunes de amor y cons- cuando se presentó de repente un lacayo iar á Matilde que su mamá la estaba es-

al lector para que me diga si puede ha- or crueldad que la de ver turbadas é in- idas nuestras sensaciones mas agradables nportuna presencia de un esclavo en li- Me quedé cortado y sin saber lo que me sin embargo, para distraer mi dolor me scribir por la noche una carta ardiente, al le expresaba con la retórica apasiona- rimer amor todo lo que el lacayo me ha- rbado de decirle por la mañana. Era mi n entregar á Matilde el fruto de estas lu- nes nocturnas, que se componia de ocho en cuarto; y para llegar mas pronto sal- ncima de una cerca de cardos y cambro- n cuyas espinas se quedó una parte de idos. Empero me hallé mui pronto de- una de las ventanas de mi dama, en el o en que habian sido arrojados por ella los tos de una carta recien escrita. Cono- que aquellos caracteres habian sido traza- mi adorado tormento, los recojí con el mayor cuidado, y cuando ya los hube reunido y clasificado, no pude ménos de aplicar á ellos con entusiasmo mis ardientes labios. Hacia ya algun tiempo que consideraba aquellos caracteres como mi propiedad legítima; así, pues, no hice escrúpulo alguno en descifrar y leer la carta, que decia así:

"Mi querida señora: tengo que pedir á V. un favor, y espero de su bondad que no me lo ha de negar; ya V. sabe que acaba de llegar mi hermana María: el estado de su salud es muy débil; la delicadeza de sus nervios nos pone en el mayor cuidado, y como no está acostumbrada todavía á una fealdad tan completamente original como la del pobre Eduardo, tememos que su aspecto la espante y la trastorne. Procure V., pues, hacer de modo que no venga á vernos en tanto que esté María con nosotros. Esta mañana entró improvisamente, y el modo que yo tuve de despedirlo habrá debido parecerle bastante extraño. No sé qué disculpa habria podido hallar para dar un cierto colorido á mi descortesía, si en el momento en que cojió mi mano con transporte, y en que á pesar de sus esfuerzos me pareció mas horrible que nunca, no hubiera llegado el criado á interrumpirnos. Procure V., amable señora, entretenerlo sin que lo lleve á mal, é impedir sus visitas hasta que se haya marchado mi hermana. Ruego á V. que me dé las noticias que haya tenido de su hijo Cárlos y de su viaje; cuando V. le escriba se servirá decirle que conservo mui cuidadosamente su retrato, que me creo feliz con él, y que espero con ansia su regreso. En cuanto á lo que concierne á este desgraciado Eduardo, el cual veo con lástima que no es responsable de la triste figura que Dios le ha dado, me refiero á su tacto de V. y á su conocimiento del mundo.

MATILDE."

La lectura de esta carta me dejó sin sentido; pero volviendo de mi ingrata sorpresa y aflictivo desengaño, determiné salir de la casa del doctor Pancracio, y tomando una silla de posta, me dirijí acia Londres. Este es un gran foco central, me decia á mí mismo, en donde todo se pierde, en donde se confunden los individuos en el eterno torbellino de las pasiones y bulliciosos pensamientos. Lóndres deberá ofrecerme la esperanza de ser olvidado, y tal vez la de no ser el último de los hombres en la parte de ventajas físicas. Para consolarme en mi triste situacion fuí recojiendo todos los apotegmas y máximas usadas por los hombres feos: yo tenia, por ejemplo, una barba cuadrada en su raiz y puntiaguda en su remate como *Terencio*, una gran berruga como *Saint-Evremond*, dientes desiguales como *Swift*, manchas coloradas en la cara como *Ciceron*, espaldas elevadas y aplastadas como *Samuel Johnson*, era calvo como *Haendel*, tenia una pierna torcida como *Hogarth*, y la nube que empañaba uno de mis ojos no era por cierto mas desagradable que la de *María Estuardo*, reina de Escocia.

Así pues, poco á poco, y á fuerza de recurrir á la fuente del amor propio, me habitué á mirarme como un caballero de presencia mui regular. Juan Wilkes, cuya fealdad no era ménos chocante que la mia, solia decir: "En clase de buenas fortu-

nas, si me pongo en parangon con los demas hombres, tan solo una semana es la que les llevo de atraso." Felipe Thicknese habia establecido tambien como axioma, que no podia decirse completamente feo el hombre jóven; y como yo llegaba escasamente á los treinta años, me parecia estar bastante distante del punto fatal.

Gracias á este repertorio de dichos viejos y de paliativos mas ó ménos hábiles, mas ó menos ridículos, y mas ó ménos falsos, volví á tomar aliento, y me lancé con impavidez en el mundo, no sin las mayores precauciones para no tragar otra vez el anzuelo de aquellas esperanzas amorosas que me habian puesto en ridículo: cambié totalmente de plan: ya no pensé en amar, sino en ser amado. Amado yo! ya veo que te ries, lector mio. ¿Amado con tantas deformidades, y por complemento con una cabeza verde, gris y roja? ¿Pero de qué serviria la civilizacion, si no se hallasen los medios de suplir con el arte todos los defectos de la naturaleza? Entre los varios anuncios que veia repetidos con frecuencia para dar el color de ébano al pelo azafranado ó á las canas, me determiné á preferir la untura tiria del doctor Barbarena. Sacrifiqué en efecto algunas guineas al gusto de tener mi cabello negro y lustroso; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando al dia siguiente de la operacion observé que me habia quedado una tinta verdosa, que me daba el aire de una náyada de la antigua ópera!

En tanto que yo estaba ocupado en purificar mi cabeza con frecuentes inmersiones y reiterados esfuerzos, á fin de quitar de mi pelo aquel viso amarillento, mil veces peor que el ético color que le era natural, me entregaron una carta de un amigo de colegio, á quien yo consideraba como mi fiel Acátes, sin embargo de que habia ocurrido desgraciadamente que este hombre se me hubiera atravesado en el camino cuantas veces me habia lisonjeado yo de algun buen resultado, y siempre que se entablaba algun plan que podia prometerme alguna afortunada adquisicion.

Tenia su carta por objeto convidarme á comer en casa de una señora viuda, mui celebrada por su hermosura y por su erudicion; pero con la restriccion de no poner los ojos en una hermana de la misma, de la que parecia estar enamorado, ¡tan desmedidos eran los elogios que hacia de aquella divinidad de diez y seis años! Leí una y mas veces este gracioso billete, y con vanidad lisonjera el párrafo en el que me prevenia no mirar á la fresca divinidad. ¿Yo dejarme cojer otra vez por ninguna mujer que tenga todavía la leche en los labios? Viva mi amigo sin cuidado; bien puede dormir tranquilo; toda mi alma va á dedicarse á la viuda literata: bajo la triple prerogativa de sabia, hermosa y viuda, debe tener una delicada sensibilidad y el mas fino discernimiento. Sí, ella sola será el objeto de mis ardientes suspiros, y ella sola sabrá entenderme.

Toco al momento la campanilla, viene mi criado de confianza, y le doi doce guineas para que me traiga un ramo de violetas y ciertas baratijas de casa del joyero. Si supieras, oh lector, cuánto cuesta el ser feo! Mis violetas dobles, que el florista mas célebre de Lóndres me conserva siempre, aun en los meses de diciembre y de junio, me cuestan ciento cincuenta libras esterlinas cada año; y no de otro modo se puede contar seguramente con esta clase de adorno, que es tal vez el mejor talisman para interesar á las damas. Aun que uno sea mas feo que Tersites, con un hermoso ramo de violetas, está seguro de merecer una mirada y aun un cumplimiento de tantas belleza que sin aquella circunstancia no habrian fijado de modo alguno su atencion.

El hombre feo, independientemente de sus mayores gastos, necesita discurrir mucho para remedi la ingratitud con que lo ha tratado la naturaleza solo á fuerza de esmero y aseo en su persona pu de hacerse algun lugar en la sociedad. Deseo de no ser desairado en la visita de la viuda literata, me llené de aceites y perfumes; y armado d toda la elegancia que cabe en un hombre que de sea agradar, y de toda la amabilidad que se necesita para encubrir una horrible figura, me presen té en casa de dicha señora. Qué mujer tan encantadora, Dios mio! Qué conversacion tan dulce y animada! Cuán finos y expresivos sus cumplimientos! Confieso que á la media hora me tenia ya conquistado. Su hermana era en verdad mui bonita; se parecia á una rosa todavía en su capullo; pero era algo coqueta é impertinente, y si se quiere, demasiado hermosa para un hombre tan feo como yo: así, pues, no me ocurrió faltar al encargo de confianza que me habia hecho mi amigo, y me dediqué por entero al servicio de la viuda.

Esta me parecia la mujer mas hermosa de todas, su juicio el mas exquisito, su talento el mas prodigioso. La frescura de su tez, lo airoso de su talle, y el garbo de su cuerpo, combinado con una parte de coquetería sentimental de las damas francesas, me tenian enajenado. Qué mañanas tan deliciosas que pasé en su compañía! ¡Cómo se lisonjeaba mi vanidad cuando hallándome al lado de mi hermosa viuda, oia que al anunciar su criado alguna visita, contestaba que no estaba en casa! No estar en casa sino para mí? Qué alegría! Qué satisfaccion! Nuestra conversacion era animada, y abrazaba indistintamente todos los ramos de ciencias y literatura; pero no habiamos llegado todavía á las honduras del corazon. Me habia propuesto ser en esta parte mas circunspecto, confiando en que se habia de presentar espontáneamente el modo de insinuarme; y en el entretanto me esmeraba en obsequiarla y complacerla por todos los medios imaginables.

Algunos dias despues que yo le hube regalado un ejemplar de *Shaftesbury*, cuyo principal mérito consistia en lo raro de su edicion, y que por lo tanto podia ser considerado como una galantería de primer órden, recibí de la hermosa viuda una esquela. Era esta la primera que llegaba á mis manos; y ¡cuán grande no es el placer de que se inunda nuestro corazon cuando viene de una mujer que se ama! Una sensacion deliciosa se difunde por todas las venas, y pone las fibras en bulliciosa accion. Dicho billete se reducia á suplicarme que la acompañase á ella y á su hermana á las dos del dia siguiente, á casa del frenologista De-Ville, de ese hombre que con tanto acierto ha explotado la pasion de los ingleses por la novedad y la originalidad, y que ha vaciado mas figuras que el mismo Fídias.

Tres horas estuve para bosquejar una contestacion que fuera completamente de mi gusto; contestacion por supuesto ardiente y expresiva. Lle

gué con efecto á la cita algunos minutos ántes de la hora indicada: ya mis dos elegantes compañeras estaban prontas para hacer un despliegue público de sus gracias: colocado en medio de ambas, nos dirijimos á pié acia el sitio designado. Cruzamos por la larga y espaciosa calle de *Strand*, en donde se halla por lo comun una coleccion bastante copiosa de fealdades humanas y de curiosidades fisiológicas. Cada vez que tropezaba con alguna de ellas me llenaba de consuelo; pero fué mui diversa la sensacion que experimenté cuando vi que dos señoritas que pasaron por nuestro lado soltaron la carcajada, haciendo señas maliciosas acia mi persona. ¿Seria porque les habria chocado mi fealdad, ó porque esta fuera mayor de cuantas abrigaba aquella populosa ciudad? Ya desde entónces me quedé mohino y abochornado. Los poetas tienen razon en decir "que la vida es una comedia para el hombre que piensa, y una tragedia para el hombre que siente."

El señor De-Ville nos dió su leccion de frenología, y nos enseñó con mucha claridad la correspondencia de nuestros órganos. Es de advertir que en aquella época estaban las damas de Lóndres dominadas por una manía científica: su espíritu vivia en medio del gas y de los sistemas químicos; hablaban de minerales y de ecuaciones, como hoi de flores y de cintas, y en particular era su pasion favorita el estudio de los cráneos. Todos los que creian estar dotados de algunas facultades distinguidas, corrian á hacerse vaciar en yeso á casa del citado frenologista: mis dos damas me invitaron á que hiciera yo lo mismo: sus cuchicheos, sus sonrisas y sus miradas oblicuas me descubrian una penosa verdad, que era la burla que estaban haciendo de mí. Me resistí por lo tanto á sus instancias; y cuando la mas jóven de ellas vió que iba á frustrárseles su pérfido designio de divertirse á mis expensas, se arrimó á decirme al oido: ¿Cómo quiere V. que se dé la mano á un hombre que no se aviene á prestar su cabeza por un rato?

Estas palabras me hicieron entrever que la viuda no estaba distante de aceptarme por marido. ¿Será posible que yo llegue á casarme con una viuda literata, con una abogada de las ciencias y de las artes? Qué gozo! Qué felicidad! Ya no resistí mas tiempo, y me rendí á discrecion. Héme aquí ya sentado en una poltrona y sufriendo el mas ridículo suplicio por amor y galantería. Desde el seno del profundo retiro en que estaba enterrado vivo, oia las risotadas y la broma de dichas señoras. Duraban todavía las convulsiones de la alegría cuando se hubo concluido la operacion; levanté la cabeza y observé que ambas se disputaban una cuartilla de papel, en la que la mas jóven habia trazado algunas letras. Como yo manifesté deseo de saber el motivo de aquella alegría, y aun de tomar parte en ella, me entregaron el papel, que contenia un epígrafe concebido en los términos siguientes: "Habiendo la naturaleza despedazado el molde que habia servido para la formacion del caballero Eduardo, era de absoluta necesidad la operacion del señor De-Ville, quien al clasificarlo á la cabeza de los seres anómalos y no descritos, ha merecido la gratitud de los amantes de la historia natural, por haberles conservado una muestra tan curiosa."

Indignado con una burla tan pesada, me volví á la viuda, y preguntándola si tambien ella habia tenido parte en aquel insulto á mi persona, y si podia sufrir que se me faltase de aquel modo á las consideraciones que se me debian, Recuerdo, amigo mio, me contestó, haber leido en la magnífica edicion de la obra que V. me ha regalado un párrafo que dice: "No siempre hacemos nosotros el ridículo de quien nos burlamos, sino que ya lo encontramos hecho." Sin entrar en mas explicaciones cojí mi sombrero y me salí furioso para no volver á ver jamas aquellas damas tan ingratas, desleales é impertinentes, protestando asimismo huir para siempre de las mujeres sabias, sentimentales y galantes, puesto que de parte de todas habia recibido iguales chascos, burlas y quebrantos.

Ya han trascurrido tres años desde esta aventura; tengo ahora treinta y cuatro: ha dicho un poeta que con el aumento de los años van desapareciendo nuestros placeres: uno solo tenia yo que era la esperanza, y aun de esta me ha privado el mismo tiempo. Se acabó el amor para mí ya no hai que pensar en matrimonio, ya esto es hecho y olvidado. ¡Adios, tiernos arrebatos del corazon, sueños dulces y brillantes! Ya soi demasiado viejo para descender á esas miserables intrigas: mi loca generosidad para con un sexo ingrato ha disminuido notablemente mi patrimonio. Desde la moza de talle corto hasta la dama de alto copete, todas me han despreciado; y lo que es peor, que una buena parte de mi hacienda ha quedado entre las manos de estos invencibles enemigos. Amigos mios, repetiré sin cesar, "cuán caro cuesta el ser feo!"

¿Continuaré todavía la historia de mis desgraciadas expediciones? Sí, añadiré otra, y será la última. Aunque habia tenido tantas y tan amargas lecciones de mis desbarros galantes, el amor propio me las hacia olvidar mui pronto. Habiendo sabido que una de las señoras mas hermosas de Lóndres, miledi Emelina, habia hablado de mí muchas veces con suma bondad, no pude ménos de presentarme á ella y de declararme su mas rendido caballero. Me invitó un dia á que la acompañase á la ópera; acepté loco de contento tal distincion; estuvimos solos en el palco hasta el último acto de la *Medea*. Todo fué sublime en aquella noche; pero yo era ménos aficionado á la belleza ideal que á la positiva, y no me ocupé en todo aquel tiempo sino en contemplar los encantos de aquella preciosa dama, y sobre todo su bien torneado brazo de una blancura fascinadora, y adornado de preciosos hoyos en el codo, que podian considerarse como los sepulcros del amor. Cada cual tiene su gusto; ya me iba animando y trataba de expresar una parte de mis volcánicos afectos, cuando entró en el palco mi amigo Augusto, y trastornó todos mis planes. Se detuvo largo rato en dulce conversacion, y se despidió de nosotros á la puerta del teatro.

Pasé al dia siguiente á hacer una visita obsequiosa á miledi Emelina, y la encontré bañada en lágrimas, si bien á mi entrada se esforzó en aparentar una falsa sonrisa. Oh cielo! le dije con un aire de compasion y galantería, quién ha podido aflijir á V.? Me será permitido saber la causa de su llanto? Quién es el bárbaro que se atreve?.... Sus lágrimas se redoblaron todavía, y despues de haber lanzado algunos suspiros, dijo:

"Lord Williams es tan cruel para conmigo y tan injusto, que me ha armado una horrorosa reyerta á causa de haber ido anoche al teatro con V." Cómo! repliqué arrojándome á sus piés y cojiendo una de sus manos con delirante transporte; qué dice V., mi querida Emelina? Ha reñido con V. porque yo estaba en su compañía? Ella retiró su mano con presteza, y asomando la sonrisa al traves de sus lágrimas, me contestó: "Celoso de V.? oh, no, mi buen Eduardo! quién puede estar celeso de su figura? Tranquilízese V.; el motivo de la indignacion de Williams ha sido porque su amigo de V. Augusto habia estado con nosotros en el palco, aunque bien puede asegurarse que apénas se detuvo unos diez minutos."

Grande fué mi bochorno por este nuevo chasco de amor propio. Ya está visto, yo soi incorrejible: lleno de ira me levanté aparentando gravedad, cojí mi sombrero, me despedí con frialdad de aquella señora, y salí apresuradamente de su casa, volviendo á hacer una protesta mas ardiente y positiva que las anteriores, de no volver ya en toda mi vida á mezclarme en lances y empresas amorosas.

Quise entónces lanzarme á la vida política, é hice todos mis esfuerzos para ser elejido miembro del parlamento; pero como tenia contra mí todas las mujeres, perdí el trabajo de mis combinaciones, y se disiparon mis guineas sin resultado alguno.

La desgracia de ser feo me persigue en todas partes: mi padre ha muerto hace ya algunos años; mi corona de baronet es rica y honrosa; tengo una dignidad de par en la familia; si entre las mujeres que lean estas dolorosas confesiones se hallase alguna que quisiera tomar en consideracion estas ventajas sociales, y correr un velo complaciente sobre la rudeza de mis facciones y deformidad de mi figura, me tiene pronto á alargarle mi descarnada mano. Esto es hecho, no me queda mas remedio que el de insertar un anuncio en los diarios para ver si alguna alma caritativa se compadece de mí.

New Monthly Magazine.

Traducido por D. Mariano Torrente.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Marques. El orígen de los marqueses es mucho mas moderno que el de los condes; y en un principio se daba aquel nombre á los oficiales encargados de la custodia ó guarda de alguna marca ó frontera. Dícese que el marquesado de Villena, creado por el rei don Enrique II de Castilla, fué el primero que hubo en España; bien que otros suponen que muchos años ántes se titularon marqueses algunos condes de Barcelona y de Urgel.

Martillo. Los Egipcios atribuian su invencion á Vulcano, igualmente que la del ayunque y las tenazas; Plinio y otros aseguran que le inventó Cinyra, hija de Agriope. Siendo tan necesario, debe ser mui antiguo.

Máscaras. Su uso es mui antiguo, pues que se sabe que los sacerdotes egipcios se ponian una especie de máscaras cuando daban de comer á los animales sagrados. Los primeros actores que hubo en Grecia se pintarrajaban la cara para representar sus farsas, á cuya costumbre sustituyeron el uso de las máscaras de diferentes especies, que distinguian con los nombres de cómicas trágicas, satíricas, &c.: los Romanos las usaron igualmente, no solo en el teatro, sino tambien en ciertas fiestas, lo mismo que los Griegos. En un principio se hacian las máscaras de cortezas de árboles y de las hojas de algunas plantas; mas luego se hicieron de cuero y aun de madera. Las máscaras que se usan en el dia tuvieron principio en Italia acia el año 1575, y casi al mismo tiempo en Francia.

Masones. Hai varias opiniones acerca del orígen de esta secta: unos creen que sus fundadores fueron los templarios que escaparon de la proscripcion en que se vió envuelta toda la Orden á principios del siglo XIV; y otros atribuyen su orígen á una asociacion de albañiles y arquitectos que se formó en Inglaterra el año 287, con el objeto de fomentar la arquitectura, ó mas bien el ramo de albañilería, cuyos individuos fueron llamados hermanos albañiles, ó hermanos masones. Esta asociacion puramente artística en su orígen, fué mas ó ménos floreciente en diversas épocas en Inglaterra y en Escocia: admitió en su seno personas de todas profesiones, y entre ellas sugetos de la mas alta categoría; y separándose de su primitivo objeto, empezó á tener asambleas secretas, y creó en 1646 el primer grado de la masonería simbólica. Entónces sus individuos, para distinguirse de los albañiles comunes, tomaron el nombre de franc-masones ó masones libres.

Matemáticas. Ciencia de las cantidades. En la India estaba mui adelantada ántes de la era histórica de las naciones europeas. Transmitida de los Caldeos á los Egipcios, á los Griegos y á los Romanos, pasó al fin á los Arabes y penetró en Europa, donde ha llegado al grado de perfeccion que tiene hoi.

Mauricio. (Orden militar de san). Fué instituida en 1434 por Amadeo III, primer duque de Saboya.

Maximiliano José (Orden de). El príncipe de igual nombre instituyó esta órden militar en 1806, cuando el electorado de Baviera fué elevado al rango de reino.

Medias. Durante mucho tiempo no se llevaron mas que medias de tela, pues que la aplicacion del punto de aguja á esta parte del vestido no llegó á verificarse hasta el siglo XVI. Se dice que Enrique II de Francia llevó en 1559 las primeras medias de seda hechas á la aguja: estas se hacian ya en España algunos años ántes. Los Ingleses pretenden que el telar de medias fué inventado por un ingles; mas los Franceses dan el honor de esta invencion á un compatriota suyo.

Gefe de Villa, y Eyalieta.

luctor y la víctima.

che era cuando dos jóvenes estudiantes
n el cuartel de la calzada de Antin: á
luz de los reverberos percibieron en la
na gran casa á una mujer pobremente
como esperando á alguno.
, dijo uno de los jóvenes, déjame por un
irar á esta ninfa de las regiones bajas:
que ha escojido mui mal el teatro pa-
sos.
avo, calla por tu vida, no la afijas mas,
iado padece la infeliz.
la conoces?
conozco.... es la pobre Rosa.
marchita, no es verdad?
í, marchita por la desgracia, por el aban-
istavo, prosiguió el jóven oprimiendo vi-
l brazo de su amigo, en esa palidez, en
a hai todo un drama: esa mujer que su-
es una crítica viva de las costumbres
que se llama el de las luces.
te suplico que me cuentes su historia.
años hace, dijo Julio, era ella mui her-
mi pueblo se le llamaba la Rosa de ma-
ena y alegre, fresca y pura como un
s los jóvenes de allí estaban enamora-
mismo, cuando la veia risueña llevar á
leche ó frutas, siguiendo sus pasos, ex-
s de un suspiro.
o el que acabo de oir?
es de compasion. Yo la miraba en el
estre los domingos: ningun cuidado,
quietud habia pasado aun por su frente
seis años: todas sus facciones y todos
nes manifestaban una alegría inocente;
gen de la felicidad. Algunas veces la
iglesia; y estudiando sus miradas tier-
nas, creia descubrir una alma que la e-
abria hecho sublime, una inteligencia
tura hubiera hecho superior: todo esto
n decir á Rosa una palabra, porque te-
su dicha. Entónces fué cuando Fe-
brun fué á pasar dos meses á su casa de
e no estaba léjos de la cabaña de la jó-
rico es bien apersonado, elegante y de
Los placeres lo llamaban á la capital,
ia escojer frívolos amores; pero por o-
su madre habia consentido en pasar dos
ella: dos meses léjos de Paris era un
ió á Rosa, y resolvió seducirla por pa-
.. Al principio se manifestó mui severa
uchacha; pero ¿cómo habia de resistir
ia á una gracia desconocida en su al-
guaje engañador y tan nuevo para ella
ccion, á las mentidas lágrimas cuyo uso
nocia Federico? Cada dia destruia un es-
btenia un sacrificio: como el muchacho
na mano indiferente despedaza y echa
as hojas de una flor blanca y pura, el
distraerse destruia la dicha y el porve-
ven! introducia el puñal de los remor-
en un corazon que el cielo habia forma-
paz y el amor, sin ver en esta obra sa-
a cosa sino un nombre de mas inscrito
os de su galantería.
ejando á Rosa desolada y aniquilada,
apénas un frio adios: no le reiteró sus
ngañosas, ni le habló de himeneo ni de
volver á verla, quedando entregada sin piedad al menosprecio y á la humillacion: yo he visto á esta apacible y graciosa criatura odiada de todos los que la rodeaban, y casi arrojada del asilo paternal.... Los jóvenes que tanto la habian amado apénas le dirijian al pasar una mirada de menosprecio; las compañeras de su infancia huian de su presencia, y era para todos objeto de reprobacion. La desgraciada no pudo soportar esta cruel posicion: desechada por el menosprecio, y atraida por una vaga esperanza, vino sola y á pié á esta ciudad de egoismo y de bullicio. Mucho tiempo tardó en encontrar la casa de Federico, en cuya busca le ayudé hasta lograrlo, y en ella es donde la ves.... Aquí lo esperá cuando su alma está mui oprimida, para dirijirle cuando pasa una mirada suplicatoria, y hacerle oir un gemido de tristeza.... pero para hablarle, jamas!....

— Y *él*, dijo Gustavo con emocion, cuál es su castigo?

— Él! su vida es dulce en la apariencia, gloriosa si se quiere: se ha batido en duelo, derramando la sangre de un hombre, y con este bautismo horrible ha lavado sus numerosas perfidias: dicen en el mundo que es ligero, pero generoso y bravo, y por eso los hombres valientes son sus amigos: las mujeres amables le sonríen; su jóven hermana lo cuida esmeradamente, y su madre lo idolatra. Sus dias se pasan en el arrobamiento de los placeres, miéntras que su víctima está entregada al oprobio, y sufre los tormentos de una lenta y cruel agonía.

— Y por qué?

— ÉL ES RICO, Y ELLA ES POBRE! ÉL ES HOMBRE, Y ELLA ES MUJER!

T. de J. M. A.

UN CAFÉ EN ARGEL.

Los musulmanes pasan una buena parte de su vida en los cafés, á los cuales entran como á las diez de la mañana para no salir de ellos hasta la noche. Estos puntos de reunion tienen en Turquía y en Argel la misma fisonomía. Sus simples adornos y su consumo no pueden ser comparables de modo alguno con los de los nuestros. Hacen el café mui aguado, lo toman sin azúcar y con el asiento, porque no lo cuelan, pareciéndose mucho al que se usa en Inglaterra. La poca fuerza de este licor y su baratura hacen que los musulmanes beban muchísimo al cabo del dia.

Al placer que esta bebida proporciona se añaden los de la pipa, de la música, y á veces el juego de damas. En cuanto á las conversaciones, son bien raras, y aun en estos lugares de distraccion conservan turcos y moros su calma y taciturnidad. Encuclillados gravemente en los bancos del café, permanecen inmóviles horas enteras, aspirando de cuando en cuando y con mucha lentitud bocanadas de humo que conservan el mayor tiempo posible en la boca, arrojándolo despues; de suerte que á poco rato ya está la pieza llena de humo. Apénas llega un parroquiano y se sienta en el banco, cuando el mozo, sin esperar á que se le pida nada, le lleva una lumbre para que encienda su pipa, y una tazita de café mui caliente

metida en otra taza mas grande con agua, de modo que se puede tomar con la mano sin quemarse.

El café se prepara en grandes cafeteras de hoja de lata que siempre están colocadas en hornillos negruscos que por lo regular están en medio de la pieza, y otras cafeteras mas chicas sirven para distribuir el licor. A ambos lados de la cocina hai un monton de leña para atizar el fuego.

En todos los cafés de mediana importancia hai uno ó varios músicos pagados por el dueño de la casa. Estos músicos tocan la guitarra ó el violin de dos cuerdas, y tambien se acompañan con el tímpano, especie de tambor formado de un simple vaso de barro con un pergamino restirado. Su música y sus cantos tienen regularmente toda la monotonía y languidez del carácter asiático, y son mui adecuados para poner á los concurrentes del café en aquel estado de apacible somnolencia que tanto gusta á los Otomanos. Algunas veces, cuando tocan la guitarra, salen los músicos de su estado letárgico, y se acompañan con una pantomima mui del agrado de los Turcos, y un tanto ridícula para los Europeos. Parpadeando y moviendo la cabeza por todos lados es como quieren los cantores dar expresion á sus cantos, pero esto lo hacen de mui mala gracia. Los asuntos de sus canciones, sacados de su historia, son á veces tan jocósos que hacen reir á los mas formales.

Hai en Argel como sesenta cafés, entre los cuales apénas habrá unos cinco ó seis que merezcan ser vistos. Los demas son demasiado estrechos. El mas notable de todos está situado en la calle de la Marina, no léjos de la mezquita, y se compone de varias galerías angostas, pero mui largas, sostenidas con columnillas de mármol. En la parte que da á dicha calle hai una sala en cuyo centro salta un chorro de agua que refresca deliciosamente aquella estancia.

La estampa que va con este artículo es copia de un dibujo de M. Lessort. Notarán nuestros lectores la postura del moro jóven que sentado en un taburete formado de bolillos reunidos unos con otros, tiene su pipa con un pié y una mano.

Como los musulmanes viven mucho tiempo sentados y descalzos, se acostumbran á emplear los piés para muchos usos, y especialmente para el desempeño de varias profesiones industriales.

Magasin universel. Traducido por M. G.

ANECDOTA, CUENTO Ó LO QUE SE QUIERA.

Vivia en cierto lugar, que por buenos respetos se calla su nombre, pero sí se puede decir la provincia, que era sin duda la Alcarria, y si no, una de las de Andalucía, ó por lo ménos alguna otra, que la encontrará en el mapa el lector que sea curioso, si por casualidad es de las descubiertas hasta ahora; vivia, repetimos, un clérigo, á quien le habia hecho creer el diablo que era hombre de provecho para el púlpito; pero era en realidad tan malísimo predicador, que un cura de la ciudad inmediata se quejó al obispo, y este le recojió la licencia de predicar. Resentido el clérigo, le dijo un dia al cura que la poca caridad que habia ejercitado con él habia de costar al pueblo centenares de vidas. Escandalizado el cura de tal amenaza, le denunció al obispo, acusándole de abr designios sanguinarios contra los feligreses. obispo horrorizado le hizo llamar para respo á tan gravísimo cargo, del cual se excusó el rigo diciendo: "Estoi enteramente inocente crímen que se me imputa, y el señor cura del prender á interpretar las palabras mas carita mente, porque lo que yo di á entender fué, pues me quitaban de predicador, me iba á me médico."

Rasgos históricos.

ZAFADOLA

I

No el territorio inmenso, no es el brillo
De la esplendente pompa, ni el cuchillo
Siempre amenazador, lo que afianza,
Ni hace estable el poder. La bienanda
La paz, la dicha, la segura y fuerte
Proteccion, con que ampara al vulgo in
Mano piadosa y firme; y, mas que todo,
Calor suave, que en humilde lodo
Brotar hace la flor amable y pura;
Beneficencia, madre de ventura,
Fuente de amor y de placer, en eso
Consiste su vigor. Nunca el exceso
De irresistible autoridad arranca
Bendiciones al mísero, cual franca
Y activa la bondad, cuando desciende
De la alta cumbre, y al humilde tiende,
De orgullo exenta, el ala protectora.

Bajo el imperio de la raza mora,
Ya terminado el bárbaro exterminio
De la invasion, partieron el dominio
Cien reyezuelos, que con fuerte espada
Subieron á los tronos de la nada.
Los unos buenos y los otros malos,
Cual sucede entre rusos y entre galos,
Y donde quiera que uno se engrandece
A costa de la turba que obedece.
Feliz nacion, si de un Neron escapa!
Rueda, que apénas hoi luce en el mapa,
Y que solo al producto de su cepa
Debe que algun mortal su nombre sepa,
Fué en otro tiempo corte de un caudillo
Sugeto racional, hombre sencillo,
Y en siglo como aquel, raro en su clase
Cuyo gobierno se apoyó en la base
De dar á cada cual lo que pedia,
Si el propio bienestar no se ofendia.
Parece fácil máxima, y lo fuera,
Si su oficio el que manda conociera;
Mas no es así. Negar, ponerse serio,
Gesticular con aire de misterio,
Y ver en cada ruego una asechanza;
Tal es la ciencia del poder. No alcan
Mi cortedad arcano tan profundo.
Que viva cada cual en este mundo
Segun le guste mas, segun le cuadre,
Con tal que no me muerda, ni me ladre,
Ni me sirva de estorbo en el camino,

Lito callejon S. Clara n.º 8.

Interior de un Cafe en Argel.

No es un bién para todos? El mezquino,
Que solamente por dañar nos daña,
Será mas que una estúpida alimaña?

Zafadola (que así apellidan todos
Los escritores árabes y godos
Al rei de quien hablamos) no era de esos
Jefes erguidos, inflexibles, tiesos,
Que tienen por desdoro la sonrisa,
Y que, para ponerse una camisa,
Llaman al mayordome de semana.
Aunque fiel á la secta musulmana,
No castigaba cual mortal insulto
Que cada cual se abandonase al culto
De su eleccion. Cristianos y judíos,
Sin ser encarcelados por impíos,
Ni temer ya la hoguera, ya la soga,
Uno en iglesia y otro en sinagoga,
Adoraban en paz al Infinito
Con himno vario y con diverso rito.
No hubo alguacil en Rueda, ni escribano:
El, á la puerta del lugar, temprano,
Cada dia fijaba su pretorio,
Y sin papel sellado ó repertorio,
Con provecta intencion y ánimo puro,
Sacaba al litigante de su apuro.
Si álguien en el tributo se atrasaba,
Él por la puerta sin llamar entraba,
Y, "Hombre, decia, ¿juzgas tú que pueda,
Si no me pagan, gobernar á Rueda?
Paga con dos mil santos, si no quieres
Que salgan á la plaza tus enseres."
Y si el contribuyente respondia
Que estaba miserable, y no tenia
Trigo en granero, ni dinero en arca,
Sonriendo apacible el buen monarca,
"Pues bien, aunque no está mui rico el trono,
Le decia, esta vez te lo perdono.
Pero si no me guardas el secreto,
Quince dias de cárcel te prometo."
Su gusto principal (y era buen gusto)
Fué siempre aligerar el peso injusto,
La torpe humillacion, la dura carga,
Que á la clase infeliz la vida amarga;
Del magnate opresor la altivez fiera
Doblar con fallo pronto y lei severa,
Y desterrar la frase *privilegio*,
Como cosa de magia ó sortilegio.
"No señores, decia, no mas frases:
De las categorías y las clases
Debemos olvidar hasta los nombres:
Todos nacemos unos, todos hombres.
La Providencia bienhechora y sabia
Dictó esta regla á la feliz Arabia:
Que allí se heredan reses y ganados,
No títulos, derechos ni dictados.
Quien del comun nivel salir pretenda,
Deje á su actividad libre la rienda,
Trabaje, pene, agote el tiempo, sude;
Verá cuán pronto la opinion acude,
Y en torno de él levanta aplauso y grito.
¿De qué sirve á los godos el prurito
De fijar en exóticos blasones
Barras y cruzes, tigres y dragones,
De raza antigua la gloriosa escena?
Esa gloria no es propia, que es ajena:
El que quisiere gloria, que la gane.
Fuerza es que de este mal mi reino sane,
Si hemos de ser amigos." Por supuesto,
Con este sabio y liberal repuesto
De máximas y leyes, conseguia
Fijar la paz, el órden, la alegría
En sus estados ricos, aunque cortos.
Los cristianos estaban medio absortos,
Viendo en un moro tales procederes.
Moros, cristianos, hombres y mujeres
En paz gozaban plácida ventura:
Tanto, que un sabio y respetable cura
Subió al púlpito, y dijo: "No seamos
Ingratos á los bienes que gozamos:
Bendigamos las manos que protejen."
Y se puso á cantar: *Salvum fac regem.*

Como al raudal tranquilo que la vega
Con blanda espuma cariñoso riega,
Jugueton, trasparente y cristalino,
Fuerte borrasca en el peñon vecino
La turbonada lóbrega prepara,
Que en cieno va á tornar su linfa clara;
Tal al felize límite de Rueda
De la fortuna la inconstante rueda
De léjos apercibe, cual si exhausta
Fuera de bienes, turbacion infausta,
Que va á cubrir de llantos su recinto;
Terror, fugas y azares, laberinto
De infortunios, penoso y sanguinario;
De la ambicion forzoso colorario.

II

Sonaron en la corte de Marruécos,
Cual poderoso estímulo, los ecos
Que lanzaba en España la morisma
Victoriosa y feliz; y como el prisma
Hermosea los rayos que divide,
Tal la ambicion del jefe que preside
Las marroquíes turbas, con la fama
De conquista tan célebre se inflama.
Dominaba allí entónces la caterva
Dde los ferozes mohabitas, sierva,
Mas que vasalla, de un atroz caudillo,
Cuya legislacion era el cuchillo;
Cuyas órdenes raudas y crueles
Ponian en accion cien mil infieles.
Era Halí el nombre de esta fiera, y como
Raudal que vierte de su excelso domo
Atlas nevado, embravecido fluye,
Y selva y roca en su correr destruye;
Tal el capricho atroz del mohabita
Sin estorbo se lanza y precipita,
Y toda inútil resistencia acalla.
"Ya dobló el cuello la íbera canalla,"
Dijo, "al Koran, y de ventura lleno,
Domina en toda España el agareno.
¿Y dejaremos que á sus anchas goze
Solo tan rica presa, y que destroze,
Dueño feliz, con imperiosa diestra
La que podria ser víctima nuestra?
No será. Derroquemos esa silla,
Que esplendorosa nos insulta y brilla
Sin rival. De los límites estrechos
Del Africa salgamos, y deshechos
Caigan á nuestros piés, y en polvo hundidos,
Los que por ciego azar favorecidos,
Tiñen en sangre hispana sus laureles."
Dijo, y surcan las aguas cien bajeles.
Recíbelos Iberia, como el lago
Al destructor torrente, y fiero estrago

Marca sus huellas, desde el mar de Alcides
Hasta Toledo, y en horrendas lides
De hermanos con hermanos hierve Iberia,
Y cunden la desdicha y la miseria.

Zafadola entre tanto reflexiona
Que no está mui segura su corona,
Cuando unas mas altivas y potentes
Pasaron de unas frentes á otras frentes.
Ya el invasor á Rueda se aproxima;
¿Y cómo podrá ser que lo reprima
Con poca hueste y con exiguas arcas,
Cuando no resistieron los monarcas
De Toledo, de Córdoba y Sevilla?
Para que no lo cubra esta mancilla
Y mantener su dignidad suprema,
Echa mano de rara estratagema.
En el divan convoca á sus mujeres,
Majistrados, caudillos y proceres,
Alcaides, y santones, y alfaquíes,
Alférezes, imanes y cadíes;
Y despues de pintar breve y sucinto
Los males que amenazan el recinto
Donde él impera, dice: "Lo que importa,
Es salir á la larga ó á la corta,
Por fas ó néfas de este mal horrendo;
Es agarrarse de un carbon ardiendo;
Es, si largo mi reino, pillar otro,
Aunque se cambie un asno por un potro.
Ahora veréis si yo sé urdir la trama.
Reina Alfonso en Leon, de quien la fama
Cuenta las mas extrañas maravillas:
Jamas hubo un guerrero en las Castillas
Mas activo, mas bravo, mas astuto.
El no se va á las ramas, sino al fruto,
Ni adolece de adusta intolerancia,
Mal que del godo á la gavilla rancia
Cual contagioso vírus inficiona.
De rígido cristiano no blasona,
Ni condena severo nuestro rito;
Ni la poligamia es un delito
Que alarma su conciencia generosa,
Puesto que á mas de la legal esposa,
Dicen que tiene esposas ilegales.
Estas ya veis que son buenas señales.
Tentémosle la ropa, si os parece;
Porque si el invasor sigue en sus trece,
Y no hai quien ponga á sus progresos muro,
No es probable que Alfonso esté seguro;
Ni si vé que á su auxilio fácil corro,
Que desprecie soberbio mi socorro.
Qué decís de mi plan?—"Que es excelente,"
Responden; y el monarca diligente
Dispone una magnífica embajada.

Dióle Alfonso en Leon soberbia entrada,
Pues en tiempos tan crudos y tan malos,
Recibir grandes cestos de regalos
Y ofrecimientos de amistad sin coto,
No era cosa de echar en saco roto.
Pronunció el diplomático su arenga,
Y el buen Alfonso le responde: "Venga
Cuando guste mi amigo Zafadola,
Y verá si mi afecto se acrisola,
Y con servicios útiles se arraiga.
Esta casa es mui suya. Venga y traiga
Sus mujeres, con tal que así le cuadre
(Supongo que serán ciento y la madre):
Venga á pasar aquí dichosa vida;
Que no le faltará casa y comida,
Para su majestad, socias y socios."
El activo encargado de negocios,
Gozoso de llevar tan buen despacho,
Hizo el zala-melec; montó en un mach
Y atravesando rio, llano y cuesta,
Entregó á los seis dias la respuesta.

III.

Alfonso, el que al rei moro prestó asilo,
Era un rei singular, por otro estilo.
De manos de su madre doña Urraca,
Gruesa de cuerpo, aunque de mente fla
Recibe un cetro carcomido y roto:
Siendo escena de vicios y alboroto
Leon, y de disturbios y pobreza,
Miéntras estuvo Urraca á su cabeza.
Alfonso quiso enderezar el carro;
Y sin temor de fiebre ó de catarro,
Trepando montes y pasando rios,
De cien rebeldes sometió los brios;
Quitó al rei de Aragon provincias bellas
Que atrevido usurpó; fijó las huellas
En las soberbias barras, y seguro
Dentro del reino, como en alto muro,
Pensó en cortar los vuelos al mohabita,
Y hacerle en su region una visita.
De Zafadola la cortes oferta
Abrió á sus intenciones ancha puerta.
Recibiólo en magnífico aparato;
Mandó que se le hiciese el mismo trato
Que á su persona, dióle treinta villas
Del Duero en las espléndidas orillas;
Partió con él su trono, y en palacio
Le reservó cortes un gran espacio
Do tuviese el serrallo y la mezquita.
Siempre del rei la corte el uso imita:
Su voluntad ó su aficion es norma,
A que dócil la turba se conforma.
Zafadola en Leon era el capricho
De todo palaciego insecto ó bicho.
Se esmeraban marqueses y barones
En darle francachelas y funciones;
Llevábanlo á cazar zorras y liebres;
Y en tanto él despoblaba sus pesebres
(Por no quedarse atras en bizarría)
De los troteros que la Arabia cria,
En premio de tan nobles homenajes.

Uno solo entre aquellos personajes
Desde el principio lo miró sañudo.
Era un cierto Farfan, de temple crudo,
Cejijunto, callado, frio y torvo,
Uno de esos nacidos para estorbo
De la familia humana; repulsivo
De gesto y de mirar; no tan altivo
Como amenazador; no tan severo
Como despreciador del mundo entero;
Cuya ojeada silenciosa y dura,
Revela una intencion secreta, oscura,
Que ninguno adivina y todos temen.
¿Y es dable que en amor tambien se qu
Esos pechos de mármol, y que atize
Su llama en tanta nieve, y martirize
Cual mansa oveja al tigre sanguinoso!
Farfan cayó en la red, perdió el reposo,
Y uniéndose el amor á índole fiera,
Quiso que Zafadola lo perdiera:

Así el maligno al inocente inmola.
La perla del harém de Zafadola,
Saled, mora graciosa y vivaracha,
De bellas formas y de linda facha,
Morena, bien armada, algo rolliza,
De Farfán las potencias esclaviza.
Del serrallo la tétrica clausura
No era en España tan severa y dura
Como en Bagdad; y entónces mucho ménos,
Pues no era dable en límites ajenos
Disponer, cual si fuera en propia casa.
El rei, de conocida buena masa,
Dejaba que tomasen sus mujeres
Parte en las diversiones y placeres.
Farfán en una de estas ocasiones,
Dejando campo libre á sus pasiones,
Se aproximó á la bella; le habló claro;
Y viéndola algo indócil, sin reparo
Se dejó atras la raya del decoro,
Allí á vista y paciencia del rei moro:
El cual era indulgente; mas no tanto.
La beldad ofendida soltó el llanto,
Y el rei sin alboroto y sin despecho,
Dijo en voz baja al ofensor: "Mal hecho:
No sabes que una esposa es propia alhaja?
Quien ultraja á Saled, mi honor ultraja.
Qué! ¿tenéis por costumbre los cristianos
Hablar á las mujeres con las manos?"
El cristiano, mordiendo sus enojos,
Lo mira adusto con rugados ojos,
Y le vuelve la espalda, prometiendo
Vengar su deshonor de un modo horrendo.

IV

Ya la bandera de Leon tremola
Sobre el muro de Rueda, y Zafadola,
Con ventajoso cambio satisfecho,
Cede á Leon su trono y su derecho.
Si ganó ó perdió Rueda en el contrato,
No lo dice la historia, ni yo trato
De resolver problema tan oscuro.
Un hecho solo tengo por seguro,
Y es que se vieron en aquellos dias
Campos sin cultivar, casas vacías;
Y que en lugar de herreros y albañiles
Llenóse de abogados, ministriles
Y escribas la ciudad; de sacristanes,
Curas, monjas, priores, capellanes
Se vieron acudir nubes espesas.
Se acabaron las útiles empresas
Del comercio y la industria, y en rincones
Quedaron los telares. Procesiones,
Novenas y otras ceremonias pias
Ocupaban las noches y los dias;
En lugar del afan y del susurro
De la activa labor (segun discurro,
Grato indicio que holgura y paz promete)
No se escuchaba mas que el sonsonete
De plática, y antífona, y responso.

Mas ya era tiempo de que alzase Alfonso
Grito amenazador, pues las cuadrillas
Invasoras poblaban las orillas
Del Tajo, del Pisuergua y del Jarama.
Noble y valiente ardor su pecho inflama:
Su actividad, cual onda cristalina
Que desciende del monte á la colina,
Y huerto, y prado, y bosque, y llano riega,
Incansable y fecunda se despliega.
Su genio da al trabajo noble empuje:
Ora en el yunque, ora en la fragua cruje
Dócil el hierro, y se adelgaza ó tuerce.
La entusiasmada juventud se ejerce
Desde el alba en el llano polvoroso;
Miéntras acuden su raudal copioso
Pingües riquezas á las hondas cajas.

Intentos viles y pasiones bajas,
Que en ambiciosos ánimos se encienden,
Los altos planes del honor suspenden.
Manda el rei que los grandes y barones
Reunan en Atienza sus pendones,
Donde él sus fuerzas congregar debia;
Y entónces la perversa rebeldía,
Soltando el freno á su designio injusto,
La voz desoye del señor augusto.
No fué la plebe, no, modesta y parca,
La que negó servicios al monarca:
Los que activaron el impuro fómes,
Eran duques, marqueses, ricos-homes.

Que enardecido un pueblo se levante,
Porque llegó á su término el aguante
Con que sufrió diez siglos de injusticia;
Que abuse cautelosa la malicia
De aquel primer impulso, y que lo arrastre
Al homicidio, al robo y al desastre,
Y que de males océano horrendo
La sociedad inunde; — ya lo entiendo:
La nacion mas rendida, dulce y mansa,
De padecer y de gemir se cansa.
Cuando llega el cansancio á cierto punto,
El sanguinario y bárbaro conjunto
De opresiones, y robos, y miserias,
Que secaron las lánguidas arterias
Del pueblo, con poética energía
Se ofrece á su exaltada fantasía.
Harto de humillacion y vilipendio,
Brota en sus mazas el voraz incendio
De indignacion frenética y venganza,
Y con rabiosa ceguedad se lanza,
Cual onza hambrienta al crímen y al destrozo.
Sus manos baña con impuro gozo
Quizá en sangre inocente; se recrea
Feroz en el suplicio, y la tarea
De despojo, de muerte y ostracismo
No es inhumanidad, que es patriotismo.
En la crísis fatal callan ó mueren
Razon, piedad, filosofía: hieren
El cielo los dolientes alaridos
De los sacrificados y oprimidos:
Miéntras que la sangrienta y cruda masa
Por recriminacion corta y escasa
Tiene aquella explosion que la enajena,
Recordando la bárbara cadena,
Cuyas lívidas y hondas cicatrizes
Recientes aun están en sus cervizes.
El filósofo explica fácilmente
La causa de este mal. La lei potente
De la incesante reaccion que agita
De los orbes la máquina infinita,
Comprende al ser humano; y quien recarga
Tanto sus fuerzas que su aliento embarga,
Su orgullo dobla y su esperanza ciega,
Ya sabe que el fatal término llega,
Donde en ferozes, aunque breves luchas,
Una generacion venga otras muchas.

Pero los que del trono participan
El banquete magnífico, y disipan
Debajo de su sombra y á su amparo
Sudor que al infeliz cuesta tan caro,
¿ Por qué dirijen su rebelde encono
A ese mismo poder, que desde el trono
Sus arcas hinche y su vigor sostiene ?
Qué ! ¿ No tiene bastante, cuando tiene
Feliz magnate rentas abundosas,
Poder, lustre, dominio y otras cosas ?
Pues tal fué la nobleza en otros dias,
Cuando las encumbradas dinastías,
O compraban del noble el pupilaje,
O gemian en polvo y en ultraje.

No es mas precaria la abatida suerte
Del esclavo infeliz, víctima inerte,
Sometida al capricho de un verdugo,
Que la de un soberano, puesto al yugo
De envanecida y fiera aristocracia.
Jamas de su ambicion el hueco sacia
La prodigalidad culpable y ciega
Del rei, que á su poder blando se entrega.
Piensan que el cetro es nada sin su apoyo,
Y como de un arroyo y otro arroyo
Forma el Niagara su potente espuma,
Ven en el trono y su poder la suma
Del poder que ellos deben al acaso.
Estorban entre el rei y el pueblo el paso,
Y á vezes uno solo los delitos
Paga de ancho tropel de parasitos.

V

Alfonso dijo un dia á Zafadola :
" No puedes ignorar la batahola
Que anda en Leon : ni juzgues que la plebe
Deja de comportarse como debe.
Del pobre no hai que hablar : lo sacrifico,
Y se calla la boca ; pero el rico
Mas apetece, miéntras mas engorda.
Ya no es posible hacer la vista gorda :
Farfan con otros diez malas cabezas
Ocupan importantes fortalezas.
Yo mañana saldré contra Gonzalo,
Que es el mas poderoso y el mas malo :
Tú de Farfan te encarga, y dale un susto."
El moro respondió : " Con mucho gusto."
Y de hueste moruna y española
Forma una buena masa Zafadola,
Y sale á combatir á aquel perverso,
Que en torre colocada en el reverso
De peñascosa y alta serranía,
La cólera de Alfonso desafía.
Sanguinoso fué el sitio, pero breve ;
Pues aunque exasperado aquel aleve
Viendo al rival feliz batir su muro,
Sostuvo con teson el lance duro ;
El incansable sitiador lo estrecha,
Y á las pocas semanas por la brecha
Con su aguerrida tropa se introduce,
Y la humillada guarnicion reduce.
No fué ménos feliz en su campaña
Su gran amigo Alfonso, y, cosa extraña !
El mismo dia entraron en la corte,
Por el sur uno, y otro por el norte.
Farfan encadenado y conducido
Por Zafadola, al rei besó el vestido.
El moro deja al rei con su vasallo,
Y va á dar una vuelta á su serrallo.
Pero á los cuatro dias de repente
Sale de su prision el delincuente,
No solo perdonado, sino amigo ;
No solo sin recelo de castigo,
Pero colmado de bondad y dones,
Y otra vez alistado en los pendones
Que su conducta vil cubrió de cieno.
Entónces dijo á Alfonso el agareno :
" No me meto en camita de once varas ;
Pero estoi viendo aquí cosas mui raras.
¡ Con que al traidor que ofende tu corona,
Con generosidad se galardona,
Cubriéndolo de honores y riqueza,
En lugar de cortarle la cabeza !
Entre nosotros reina otra costumbre :
El Koran recomienda mansedumbre ;
Mas no que al delincuente el justo halague
Pues dice : *Quien tal hizo, que tal pague* :
Precepto lleno de inmortal pericia.
Porque no nos cansemos, la justicia
No es mezquina invencion del ser humano :
Trazó sus leyes la potente mano,
Que separó la luz de la tiniebla
Y de esplendores los espacios puebla.
Quién eres tú para turbar sus leyes ?
Gusanos son ante su faz los reyes,
Como dice el Koran ; *ceniza el trono.*
No nacen mis consejos del encono,
Ni pienses que á Farfan odio ni envidio.
Pero tú ya bostezas del fastidio
Que ocasionan en ti tantas arengas :
Pues, hijo mio, allá te las avengas."

VI

Es la locomocion una de aquellas
Cualidades, mui nobles y mui bellas,
Segun las circunstancias y personas.
Si al verso, por ejemplo, te aficionas,
¿ Cuál ha de ser el estro que te arrulle,
Convertido en perpetuo bulle-bulle ?
¿ Cómo será filósofo el que pasa
Todo el dia de Dios fuera de casa,
Evaporando el jugo de la mente
En giro vago y charla impertinente ?
Los filósofos pues y los poetas
Deben tener sus facultades quietas.
En los reyes la cosa es mui distinta :
La adulacion ó el interes les pinta
Lo que existe con pérfidos colores :
La espina cubre de agradables flores :
El mal y el bien aumenta y disminuye,
Segun lo que á sus miras contribuye,
Y así de nuestra especie los separa,
Y su ruina y destruccion prepara.
Si el rei no ve la cosa por sus ojos,
Se expone á mil engaños y sonrojos.

Bien conocia Alfonso lo que vale
Rei que anda, y corre, y vuela, y entra, y sal
Ver y creer — tal era su divisa.
Ni hubo rei que anduviera mas aprisa,
Ni quitase la vida á mas caballos.
En todas sus provincias los vasallos
Lo estaban aguardando por momentos ;
Y sus acelerados movimientos
(Cosa no vista en gentes de su clase)

daban tiempo á que en el reino entrase
desidia que infesta á las regiones,
nde son desidiosos los mandones.

ás," dijo Alfonso; "la afligida España
estra inaccion y negligencia extraña.
mos á libertarla de esos perros,
e doblan su cerviz con duros hierros."
n esta elocuentísima proclama
su gente los ánimos inflama;
estandarte vencedor tremola,
puesto á su derecha Zafadola,
n paso acelerado y gran denuedo
a proxima á los muros de Toledo.

Torrentes, rayos, vientos, terremotos,
e estáis desde los siglos mas remotos
viendo á los poetas mazorrales,
ando pintan las furias y los males
guerra, de invasion y de conquista,
itaos por ahora de mi vista.
rrentes, vientos, terremotos, rayos,
qué serán sino débiles ensayos
lado del destrozo y la ruina,
e vierte Alfonso por do quier camina?
hueste pulveriza y desmorona
s muros de Jaen, y de Carmona,
de Murcia, y de Córdoba, y Sevilla.
ferazes cosechas ni semilla
rastro deja, ni aun inútil paja;
la alta cima á la llanura baja
sangre cunde y el incendio vuela,
de la muerte el soplo frio hiela
s resortes vitales, en la anchura
nde sus bienes prodigó natura.
mohabita que con vida escapa,
sierra escabrosísima que tapa
lvática espesura, se guarece;
éntras que en negros humos desparece
alcázar, la torre y la mezquita.
Zafadola el zelo debilita,
ra ayudar á la horrorosa empresa,
l Koran la doctrina que profesa.
fiel al rito muselin blasona;
ro entre su creencia y la corona,
la corona da la preferencia,
el segundo lugar á su creencia.
mismo hizo el famoso Enrique cuarto;
quién no está de sus elogios harto?
mismo! No: que anduvo mas aprisa —
ndió su capital por una misa.

VII

espues de estos destrozos inhumanos,
Alfonso refregándose las manos,
Dijo: "Ya despaché en Andalucía;
Ahora le toca á Portugal; y el dia
Que allí tambien despache, daré un brinco,
Y sabrá el de Aragon cuántas son cinco.
Tú, Zafadola, aquí mandando queda:
Andalucía vale mas que Rueda:
Tropas te dejo moras y cristianas:
Miéntras someto yo tierras lejanas,
Tú de estas posesiones saca fruto.
Si te va bien, me pagarás tributo,
Y si no, tan amigos como ántes."
Dijo Alfonso, y poniéndose los guantes,
El aguijon aplica al potro bayo,
Y desparece mas veloz que el rayo.

Creyendo Zafadola estar en Rueda
(Porque no es dable que mudarse pueda
De temple natural activo brote),
La blanda oliva empuña, y no el azote;
Y el resultado fué, que en cuatro meses
Los males, los trastornos, los reveses
Que el desórden produce y la anarquía,
Inundaron su pobre monarquía.
Siguió á su yerro el escarmiento raudo.
No al despotismo aterrador aplaudo,
Cual la plebe servil, que ve en el trono
La imágen del Eterno; ni perdono
La corrupcion del pérfido sofista,
Alquilado al poder, para que vista
Con frases elegantes y sonoras
El horror de sus miras destructoras;
Pero tampoco apruebo la blandura
Criminal, que á los malos asegura
Paz y reposo en vez de hierro y palos.
Ai del que capitula con los malos!
Gran cosa es la piedad: mui santa y buena;
Mas no cuando á su sombra desenfrena
La impunidad al crímen y lo adula,
Y miéntras sus esfuerzos estimula,
Prepara al hombre honrado negro abismo.

Y de la libertad digo lo mismo:
Llámese libertad, ó como quiera,
Se engaña quien la elogia ó vitupera,
Si ignorá á quién se aplica y en qué caso.
Supongo que frenético traspaso
La lei humana y la divina, y huello
Los derechos mas santos, y atropello
Justicia, honor, virtud, y los destrozo.
Me lleva un ministril al calabozo,
Y allí sin libertad y luz me tiene.
Supongo que á mi auxilio luego viene
Mado amigá, y me dicen: "Salte fuera:
Ya tienes libertad."— Diga cualquiera
Si tal nombre en tal caso significa
La noble cualidad que dignifica,
Consolida y ensancha la ventura
Del fiero hijo del Támesis; la pura,
Radiante antorcha que en Westminster luce.
Una misma palabra se traduce
De cien modos segun la circunstancia:
Yo á las vozes prefiero la sustancia.
No importa que me clamen: "Eres libre;
Constitucion ya tienes que equilibre
Los poderes." Palabras, frases, humo.
Con todo ese aparato, yo me abrumo,
Y otros gozan: yo sufro, y ellos rien.
En escribir y en perorar se engríen
Los que entroniza la opinion por sabios.
Bien trabaja la pluma, y bien los labios;
Pero en la vida oscura y retirada,
Qué bien se sigue de esta bulla? — Nada.
Una constitucion es un folleto:
No es mas, si no me saca de un aprieto.
Y si me pone en otros, y si amarga
Mi mísera existencia, y si la carga
Que llevo á cuestas, dobla; y si perturba
La dicha de mi hogar, y si á la turba
Sucia, ignorante, descarada y ciega,
Mi honor, mi dicha y mi ventura entrega,
Y una nacion entera gime y llora; —
No es folleto, es la caja de Pandora.

VIII

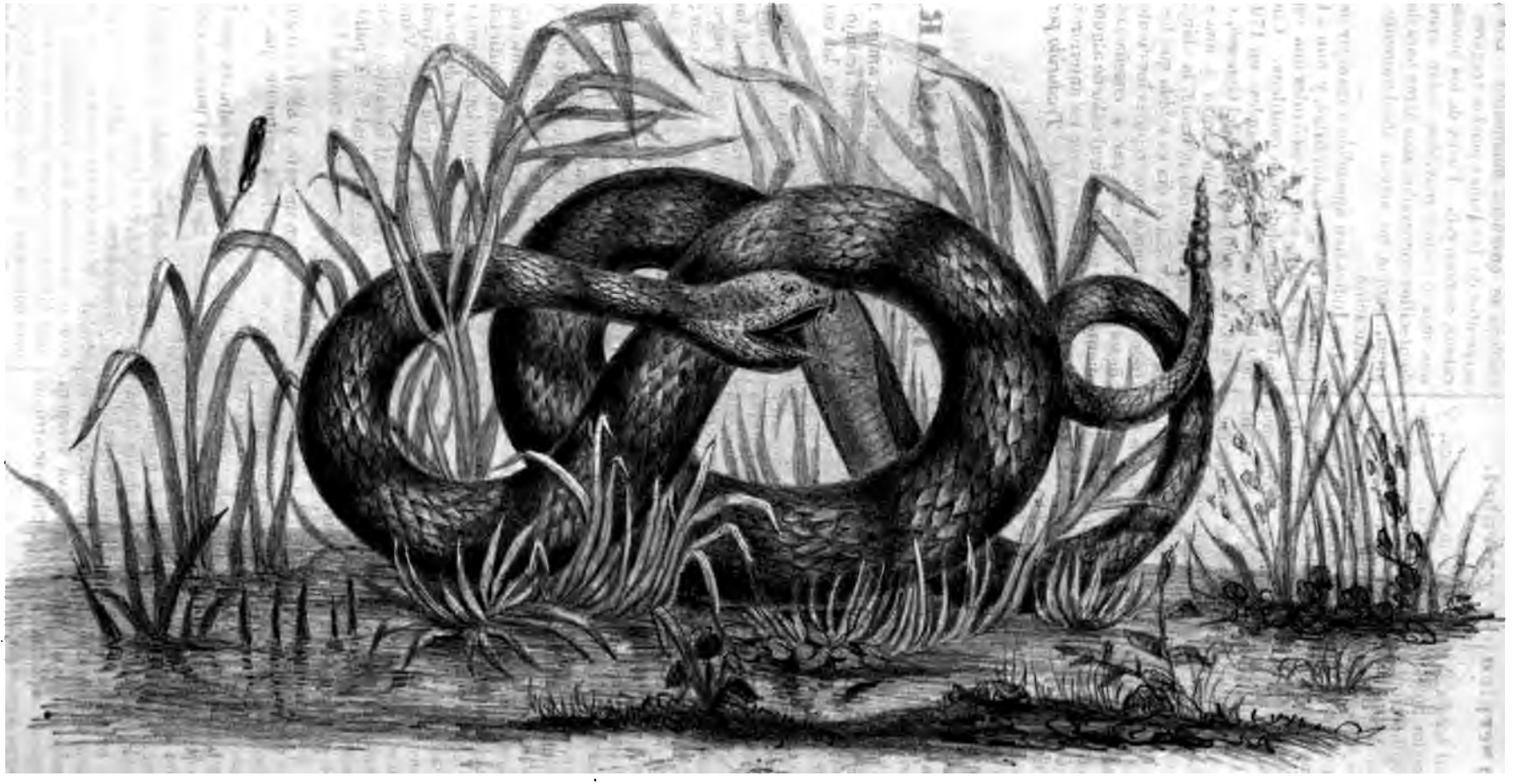
Creyendo pues el moro que podria
Con el perdon, la paz y la amnistía
Tranquilizar los pueblos de su mando,
Con caja y añafil publica un bando,
Que autoriza á rebeldes y malsines
A vivir sin temor en sus confines.
El manto del olvido, por supuesto,
Hacia gran papel en el contesto
De la pieza oficial (frase exquisita
Que desde Galia nos llegó fresquita,
Y por venir de Galia y de su corte,
Le dió la Cobachuela pasaporte),
Y este manto cubrió con sus remiendos
Los delitos mas torpes y tremendos.
Vinieron en tropel los criminales,
Que ocultos en espesos matorrales
Estaban aguardando su exterminio.
Recobraron su añejo predominio
La corrupcion, la intriga, el desacato;
Y sin disfraz, sin miedo y sin recato
Dejaron sus cavernas y garitas,
Preñados de ambicion los mohabitas.
Comenzaron en grande los trastornos:
Hoi en Benamejí, mañana en Bórnos
Se enarbola el pendon del descontento:
Los malos se reunen ciento á ciento,
Y despues mil á mil. El buen monarca
Vuela de una comarca á otra comarca,
Y cuando en una el daño se apacigua
Retoña en otra la raiz antigua.
Ya su tropa no puede darle abasto,
Y en vano corre de su imperio vasto,
Sin respirar, la extensa superficie.
Ya de sus indulgencias y molicie
Reconoce, aunque tarde, el agrio fruto.
"Si yo la hubiera echado de absoluto,
Otro gallo sin duda me cantara,"
Solia repetir; y, cosa rara!
El que daba otra vez sabios consejos,
Cuando miraba al infortunio léjos,
Hora que el infortunio se avecina,
En el desliz que censuró, se obstina.
Zafadola, en conflicto tan amargo,
Al buen amigo Alfonso escribe largo,
Y la contestacion no fué tardía.
Alfonso un cuerpo formidable envía
De infantes y ginetes, todos bravos.
Pero los reyes son tambien esclavos
Del error, y un error cometió Alfonso,
Que no cometeria el mas intonso:
Ordena que Farfan el cuerpo mande.
Funesta distraccion de un hombre grande.

IX

Figúrese el sensato en tal contienda
Cómo estaria la real hacienda.
Ademas de que en tiempos tan infaustos
Estaban los bolsillos algo éxhaustos,
Odiaba Zafadola los tributos
Directos ó indirectos, pues "los frutos
De la industria, decia, son sagrados,
Y no quiero que giman mis estados
Bajo el yugo despótico del fisco.
Es forzoso tener pecho de risco,
Para gozarse en la desgracia ajena;
Y un trono es deleznable como arena,
Si en maldicion y en lágrimas se funda,
Y el odio de los pueblos lo circunda."

Un sistema económico tan raro
Debia al fin y al postre salir caro.
Zafadola se hallaba en mil conflictos,
Tanto que sus vasallos mas adictos
Decian entre sí: "Bueno es lo bueno;
Mas nadie sirve sin el pancho lleno,
Y no será posible que resistan
Nuestros brazos, quedándonos *per istam*."
Y cuando los adictos dicen esto,
Qué otras cosazas no diria el resto!
Llegó en fin á tal cabo la penuria,
Que de la queja se pasó á la injuria;
De la injuria al motin y á la amenaza;
Y no encontrando Zafadola traza
De llenar, cual debia, tanto empeño,
Perdió la gana de comer y el sueño,
Y ganó la terciana y la ictericia.
Mas llega á la sazon á su noticia
Que de Farfan la hueste vencedora
Despojos opulentos atesora;
Que en Jaen, y Granada, y Antequera
Almacenó copiosa sementera
De oro, y plata, y brocados, y joyeles;
Y suponiendo á los caudillos fieles
A tan notorio y santo compromiso,
Da al perverso Farfan exacto aviso
Del estado infeliz en que se hallaba.
La mitad del botin le demandaba,
Como cosa debida al pacto estrecho
Que tiene con Alfonso. "En su provecho
Dice, trabajo; justo es que me asista,
Si quiere asegurar esta conquista."
A demanda tan simple y tan modesta
Pasan los dias sin llegar respuesta.
El moro determina ir en persona;
Y hallándose Farfan en Archidona,
Allí le sale Zafadola al paso.
Breve fué su discurso, pero al caso.
Y la contestacion aun fué mas breve,
Pues volviendo la espalda aquel aleve,
Ni aun se dignó decirle una palabra.
En un hombre de honor mas brecha labra
Que infortunio, desprecio. Zafadola,
Mas encendido ya que una amapola,
Por el brazo sañudo lo detiene,
Y con amarga voz le reconviene
Su falta de pudor y cortesía.
Semejante ocasion Farfan queria,
Para justificar negra venganza.
Entónces á la víctima se lanza,
Con un puñal el seno le destroza,
Y en sus dolores últimos se goza.
Cuando dieron á Alfonso la noticia,
Era mui de esperar que su justicia
Como trueno estallase, porque el moro,
A mas de ser su amigo, fué un tesoro
De virtudes amables y sencillas.
Pero el dominador de las Castillas
Se jactaba de ser un buen cristiano.
La muerte de un infiel mahometano
Era cual la de un gato ó la de un perro.
"Poco habrá que gastar, dijo, en su entierro

J. J. DE MORA.



Le Serpiente de Cascabel.

erpiente de cascabel.

ıabita el continente de América, y nente en los terrenos cálidos y hú- os trópicos, donde es tan opulenta la 'Si su instinto lo impeliese á hacer rmidables medios de destruccion que na plaga para los parajes en que vi- os despoblaria, porque su ponzoña es y activa que la de todos los reptiles ie, y tanto mas dañosa, cuanto mas l clima; pero por fortuna solo em- nal su ponzoña para defenderse; al hombre si este no lo provoca, y án- l, aun cuando no tenga por qué te-

ientes ponzoñosas se distinguen por rganizacion de sus mandíbulas y de venenosos. Un pedículo huesoso y ovible, sostiene las quijadas superie- ın un diente largo, agudo, corvo y ıdo en una glándula situada abajo ta glándula da un humor venenoso y ıuando el animal no quiere emplear ɔculta este diente en un repliegue que cía. La cabeza de estas serpientes ɟular ó ensanchada por los lados, olmillos ocupan mas espacio. La nbien mui larga, y el tragadero mui ando todos los dientes venenosos en superior.

ıa es la opinion que atribuye á las poder de fascinar, ó mas bien aturdir nspirándole miedo. Varios autores iten esta fascinacion, opinando que os efluvios que con el aliento echan s; pero este aserto carece de funda- que ha dado lugar á que esté tan ge- dmitida esta opinion de fascinacion, ıa mas que el terror que inspiran las orque los animales, así como el hom- ɔptibles de sentir este súbito terror al perado de estos reptiles; de lo cual se que el miedo es la única y verda- ɔ la decantada fascinacion de la ser- cabel.

lo este nombre á causa de un órgano que tiene en la extremidad de la co- en unos anillos cónicos, movibles y ıe provienen de los despojos anuales e piel, y se transforman en una mem- ruidosa como el pergamino, cuyo mo- ncia la proximidad del animal. Ya serpientes con cuarenta y cincuenta nes en la cola.

ı las serpientes de cascabel son astu- no su cerebro es mui pequeño, no es engun mucha inteligencia. El oido ɔdo, la vista, parece que son los mas sus sentidos. Sus costumbres son ı: estando desprovistas de miembros, ınsportarse con rapidez de un lugar saben dar saltos bastante grandes. enroscan, levantan la cabeza, y ex- como un resorte por la viva y repen- ion de todos sus músculos, se arrojan gran distancia.

ıles tienen la facultad de tragar ani- ces mas grandes que ellos, porque su esófago se ensancha muchísimo. Las grandes serpientes de las Indias pueden tragarse enteros cabras, ciervos, &c. Fuera de los huesos palatinos, mas ó ménos movibles, están armadas de dientecillos encorvados acia atras para detener la presa, porque no sirven absolutamente para la masticacion.

Los Indios han aprendido á manejar estas serpientes sin riesgo, á aturdirlas, y aun á fascinarlas, por decirlo así. Enséñanles una especie de baile acompasado á una cantilena. Cuenta M. de Chateaubriand que hallándose en 1791 en el alto Canadá, en las orillas del Genessé, vió cómo un natural sosegó de un varazo á una serpiente de cascabel, y tocando la flauta, la obligó á que le siguiese. En el dia es sabido que los juglares indios arrancan á estos reptiles los dientes ponzoñosos ántes de empezar á enseñarlas. Estos dientecillos se renuevan al cabo de algunos meses, y son tan ponzoñosos como los anteriores.

Magasin universel. Traducido por M. G.

LOS DOS MASCARAS.

Un dia del último carnaval, mi amigo Angelo y yo nos abriamos paso con gran trabajo por entre el inmenso gentío que atascaba las calles y las plazas.

De vez en cuando llamaban la atencion y excitaban la algazara de los espectadores algunas máscaras .... Pobres máscaras, en verdad, las de nuestro pais! Algunos pobres diablos pagados por la policía para aparentar que se divierten; otros infelizes que han empeñado los vestidos de sus mujeres para alquilar un disfraz con que encenegarse en el fango de las calles y de los vicios! Y todo esto sin gracia, sin poesía, sin ingenio. Oh! pobre y triste carnaval!

Y sin embargo, la muchedumbre se divertia, porque nunca habia visto cosa mejor.

Pasaron dos máscaras por delante de nosotros; un Purchinela y un Arlequin, repitiendo uno y otro á todo yente y viviente los groseros equivoquillos y añejos conceptos que ya de puro oidos causan hastío .... La gente reia á carcajada tendida.

Angelo, mi amigo, no reia. — "Vámonos de aquí, me dijo, vámonos al instante; la vista de esos dos máscaras me hace mal." Y pálido, agitado, me arrastraba por el brazo como si huyera de un gran peligro.

Entramos en un café, y allí le pregunté la causa de aquella extraña agitacion que habia mostrado.

— Bajo los burlescos disfrazes que llevan esos dos hombres, me dijo, hai para mí recuerdos mui amargos.

— No puedo comprender cómo diablos ....

— Escucha, prosiguió.

Ya sabes que pasé el último invierno en Florencia. Entre varias casas en que me presentaron, se distinguia con especialidad la de la condesa Gherardi, cuyos bailes reunian las mujeres mas hermosas y la mas escojida sociedad de Florencia. Bajo las ventanas de su palacio, decorado con todo lo que pueden inventar el gusto y la

riqueza reunidos, extendiase un magnífico jardin hasta las orillas del Arno; — jardin y palacio, todo poblado de estatuas, todo soberbio, elegante, mágico!

Hoi hace un año justo, dió la condesa un gran baile de máscaras; los mas grotescos disfrazes, los trages mas suntuosos llenaban sus espléndidos salones. Todo allí era objeto ya para admirar, ya para reir; veianse allí todas las épocas y todos los paises, personajes históricos y caprichos burlescos, realizados en fin los mas extraños delirios de la imaginacion. Todo allí respiraba alegría y desembarazo; todo era chispa, donaire, talento.... era en verdad un baile delicioso.

Halléme en Florencia con uno de mis amigos íntimos, un compañero de colegio, Alfredo; — él tambien habia sido presentado en casa de la condesa, y me admiraba en verdad de no verle en aquella fiesta, á él tan loco y tan amigo de bailes y de placeres. Iba ya á recorrer uno á uno los salones para buscarle entre el gentío, cuando se oyó un gran rumor junto á la puerta, acia la cual se precipitaban todos con aplausos y carcajadas sin fin, causados por la aparicion de Alfredo, disfrazado de Purchinela, como ese máscara que acabamos de ver.... Su cara estaba pintorreada del modo mas ridículo. Su porte era al pié de la letra el del personaje que representaba; su boca un diluvió inagotable de chistes y de bufonerías. Estaba verdaderamente admirable.

Otro máscara dividió con Alfredo los honores del baile: era este tal un arlequin, ligerísimo, gracioso, esbelto, bajo su trage de cien colores, haciendo mil gestos de gato, hablando en voz de chiquillo, jugando con su espada de carton, y su sombrero en forma de cola de conejo, y tocando la guitarra para las damas. Es pues el caso, que habia en aquel baile una florentina llamada María, una de aquellas bellezas meridionales, de ojos grandes y cabellos negros, la cual, segun pública voz y fama, contaba á Alfredo en el número de sus mas vehementes apasionados; una de aquellas mujeres cuyo amor es la felicidad del cielo, ó bien el infierno y la muerte. Es de advertir que segun noticias, otros muchos galanes habian precedido á Alfredo en el corazon de la hermosa florentina, y aquel pobre muchacho, tan jovial, tan bueno en su trato, me habia dicho muchas veces con amargura: — Angelo, esa mujer es coqueta, y yo, yo conozco que soi zeloso.... Mira, esa mujer me ha de costar la vida.

Entre los rivales de Alfredo descollaba por sus brillantes prendas el jóven marques Albani; este sin embargo, vencido por los desdenes de su amada, habia salido de Florencia, segun decian las gentes, despues de haber jurado que nunca mas volveria á ella, sino llamado por María. Con esta declaracion de Albani tranquilizaba María la zelosa ternura de Alfredo, y mi amigo sin embargo no podia ménos de aborrecerle. Aquel era el único odio que habia entrado jamas en su corazon.

El Arlequin acababa de pararse delante de María; con la careta negra, que forma parte del trage de este personaje, estaba admirablemente disfrazado: en aquel momento tocaba á la guitarra unas seguidillas españolas. De locura en locura, Purchinela se acercó á Arlequin; y entónces, al ver una sortija cuyos reflejos hacia brillar el bergamasco, recorriendo sus dedos sobre las cuerdas de su guitarra, cesó de pronto la alegría chinela, y fué por cierto cosa extraña qu se tan serio aquel rostro, bajo sus sulc verrugas postizas; que quedase en aquell meditabunda el festivo Purchinela bajo joroba, y su heteróclita vestimenta. Lu acabó Arlequin sus seguidillas, vi á Alfre carse á él. Sus ojos centelleaban, los quin centelleaban tambien por entre la ras de su careta. Dijéronse algo en voz apretaron la mano, y aquella escena trági ció á los espectadores el contraste mas del mundo con lo grotesco de sus trage convinieron en que aquella era la mejor carnaval que se habia visto en toda l Despues de haberse dicho aquellas pocas uno y otro, mas alegres que nunca, volvie menzar sus bromas y sus enredos, y lu pues de una postrer escena caricata, des ron por la puerta principal, como dos cóm se meten entre bastidores, al son de un aplausos y carcajadas.

Todos creyeron que habian ido á prepa vas diabluras, y esperaron su vuelta co ciencia.

En cuanto á mí, no sé qué funestas ide saron entónces por la imaginacion.

El tiempo pasaba, y ellos no volvian; zaba á despuntar el alba, é iba pronto á sol en el oriente. Para coronar dignar quella noche de placeres, propuso la cond rardi un paseo por el Arno en una elega paciosa góndola. Todos aceptaron aq pensamiento con notable alegría.

Cosa extraña! Dos señores de las Luis XIV y de Fernando de Médicis no en la antesala sus espadas que se habia para tomar parte en el baile.

Bajó la muchedumbre al jardin de pr al dar vuelta á un bosquecillo de azahar, jóvenes y hermosas damas que iban delar demas, se pararon de repente lanzando un horror.... todos acuden.... Bañado en s atravesado de parte á parte de una estoc pretando aun entre sus dedos frios la en ra de una espada, yacia un hombre en Purchinela.

Arlequin y Purchinela acababan de combate á muerte.

Purchinela era mi amigo, era Alfredo!

No me preguntes ahora por qué me c dolorosa impresion ver á esos dos másca

Teodoro Muret. *Traducido por* E

Un cuento de viej

Porque habéis de saber que el que no brujas no cree en Dios; que hai gentes t que dicen que esas son fantasías de las vi contecíos que se cuentan para dormir ch pero es porque no han visto lo que estos han de comer la tierra.

Así hablaba la tia Caquirucha, sent puerta de su humilde figon, á una famili bres espigadores, que buscando un abrigo dores del sol, se guarecian durante la si

, de la seca espadaña hacinada en la te-
re de la casucha. Ni Goya pudo imaginar
ratos de inspiracion un grupo tan pinto-
omo el que formaba esta coleccion de entes
s y miserables, ni Hoffman en sus mo-
: de embriaguez soñar tamaños abortos co-
que narró á su auditorio la respetable po-
con una gravedad doctoral. Cinco eran
ntes que rodeaban á la vieja, sin contar en
mero á un galgo mestizo, con mas hambre
a, y mas olfato en las narizes que lastre
stómago.

lvese á anudar el hilo del interrumpido dis-
/ la Caquirucha continúa :

: como os iba diciendo, sabed de tan cierto
: brujas como que nos habemos de morir, y
renden las artes malas con el demonio ó
ienquiera que sea (porque esto no está a-
o), y hacen mal de ojo á las criaturas, y se
por los aires á los grandes cuando se les an-
arman danzas y orquestas en las nubes
se muere un escribano. Tambien hai sa-
es, aunque estos pobres van ya de capa
esde que ahorcaron á dos en una semana,
carraron á otro en un horno, como si fuese
oncillo. No hai que decir que esto es
, porque ha pasao en mis tiempos, y me a-
otoadía del correjidor que los sentenció;
ue le lavaba la ropa mi agüela, que en paz
e.

los saludadores matan? dijo á la sazon un
lo chiquillo que estaba entre los oyentes.

o, hijo mio, continuó la vieja, porque no
dicos de profesion. Es verdad que de-
algo de yerbas, y que tienen pato con el
o; pero son unos tios campestres, así como
e que está presente, que andan de cuasi-
modo, y no gastan faldones, ni baston con
como los dotores, de que Dios nos libre.
adadores, para que lo entiendas, son unos
s que se pasan una barra ardiendo por la
y no se queman; que sacan tan frescos u-
da de una caldera de aceite hirviendo, sin
rse siquiera las manos, y que pisan con los
calzos sobre las ascuas, como tú andas
a parva de trigo.

Pues cómo es, replicó de nuevo el chicue-
ese saludador que V. cuenta salió chus-
del horno?

rque el diablo se descuidó aquel dia, re-
Caquirucha, y no se acordó de untarle ánu-
ue le encajaran en él.—Tambien hai, aña-
ues tomando un poco de aliento, difuntos
parecen, y duendes que regüelven las ca-
ntran y salen haciendo visajes feos y te-
. Esta casa que veis, donde vivo yo á
acias como buena cristiana, era del mismo
aquel molino que hai allá abajo junto á la
, que por mal nombre le llaman el *molino
de*, y cuando yo era chiquitica sucedieron
as cosas que da espanto el uirlas.

! cuéntelas V., cuéntelas V., exclamaron
todos los circunstantes con la mayor al-

Cuéntelas V., repitió la chiquilla dejan-
er una torta que tenia entre las manos....
hizo un gesto afirmativo, los oyentes a-
las bocas para escuchar mejor, el perro
hocico en la direccion de la torta, y la
tuvo principio de la siguiente manera :

Pues señor, habéis de saber que hará como cosa de setenta años, dia mas ó ménos, que el abuelo del señor Faco el herrador del lugar, tenia tratos y contratos con el tio Antonio el molinero, y este tio Antonio tenia una mujer mui arrogantona y bien parecía, que se llamaba Juana. Pues señor, habéis de saber que por este tiempo habia en el pueblo una bruja mui ladina que llamaban la tia Garrucha, la cual traia enzizañados á muchos matrimonios, y daba los malos á quien queria, y se escapaba de noche por la chimenea, dando ahullidos como una loba, y hacia cosas tan fuera del aquel que es natural, que toíco el lugar estaba metido en un puño; y los señores de justicia, cuando pasaban por delante de la bribona, se quitaban la montera, y la hacian el mondiú de puro miedo y asuros que les daba su hechizería. Pues señor, como iba diciendo, el abuelo del señor Faco, que era hombre de malas mañas, y andaba siempre hecho un perdío, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se metió un dia de rondon en casa de la Garrucha, y la pidió que hiciese de manera que le diese el tio Antonio su molino, y que la Juana le quisiese á él, y no quisiese á su marío, como Dios manda. Habiais de ver allí cómo la bruja escomenzó á hacer redondeles en el suelo con una vara de junco, diciendo muchas oraciones en latin y no sé cuántas palabrotas, y cómo dió una patada en un ladrillo, y el ladrillo se levantó, y salió un bote de hojalata, y del bote de hojalata salió un monigote mui feo con unos vigotazos.... Pues señor, vamos á lo prencipal, que es el probe molinero, el cual saliendo una noche para el pueblo con una carga, al llegar mui cerca de la huerta de Panucho, vió una mujer sentada en una piedra que le pidió de limosna un poco de harina para hacer una torta. Él, que tenia mui güenas entrañas, y hacia muchas caridades, mas que se la dió sin pensar en tal cosa, y siguió su camino.

Vamos á que cuando venia de vuelta, se topa á la mesma mujer, que encarándose con él, le da un cacho de torta, y dice : "Come, Antonio, que tendrás necesiá, y arrea la mula de priesa, que haces falta en el molino, y tu mujer está con un fraile." Entónces el probe mozo echó á andar, y sintió un desfallecimiento tan grande en el estógamo, que se comió la torta; pero apénas hubo acabado de tragarla, cuando los demonios se le repartieron por el cuerpo, y empezó á echar humo por las narizes y por la boca, y á torcer los ojos y dar unos gritos tan ferozes, que la mula espantada derribó los costales, y echó á correr por los campos sin poderse contener. Por fin, arrastrando y como pudo, el desdichao Antonio se golvió á su molino, cuando vido que por una ventana se descolgaba un fraile de san Francisco con unas barbas que daba espanto el mirarle. Entró todo asustao en su casa, y busca por aquí, busca por allí, mas que no encontró á su mujer. Pues señor, empieza á sentir un ruido como si arrastrasen cadenas, y un rumor de cerrojos, y un caer de peñascos sobre el techo, quebrantando las tejas, que parecia que Dios le llamaba á juicio, y que se hundia la casa. Ai! se me olvidaba decir que la rueda del molino andaba ella sola sin que naide la tocase, y que todo el trigo se puso negro, como si le hubieran desaumao con azufre. Pues señor, el probecico Antonio, sin saber lo que se hacia, echa á correr rio abajo, sin parar un minuto, y al llegar

á la *charca de la perdiz*, como quien va al camino de Madril, se sienta en una piedra á descansar; cuando cátate que sale del agua un monigote mui feo con un gorro colorado en la cabeza, y dempues de aquel sale otro, y dempues otro; en fin hasta doce monos, todos con gorros de color: luego que los vido se puso á tiritar como un azogue; pero ellos sin hacerle daño nenguno, se pusieron á armar un baile mui extraño, haciéndoles el son desde las nubes con pandeiretas no se sabe quién; pero yo aprendo que serian los diablos; porque ¿quién sino ellos se habia de poner á cantar á aquellas horas? Pues como iba diciendo, dempues que arrematarón el baile, sacaron una red mui larga, mui larga, y se pusieron á pescar; y á poco tiempo sacaron un pez que tenia una cabeza mui disforme, y una cola lo ménos de dos leguas; cuyo pez, así que se sintió fuera del agua, comenzó á quejarse y á llorar como una criaturica recien nacida. Pero esto no es nada: ya veréis, ya veréis.

Aquí la Caquirucha hizo una breve pausa para dar un tiento á la redoma, y prosiguió así:

Estábamos en el pez que lloraba como un niño, y ahora sabréis que dempues se apareció en una nube la mesma mujer de la torta, que, segun se dice, era ni mas ni ménos que la tia Garrucha, la bruja de quien hablamos ántes. Es de advertil que esta hechizera, como todas las demas presonas que deprenden la magia negra, se mudaba la fisonomía del rostro cuando se le antojaba, y así es que el molinero no la conoció. Pues señor, traia un candil en la mano zurda, y una navaja en la derecha: dió con la luz en los ojos al pez, el cual al continenti se puso tan manso como una paloma, y dejó de llorar: abrióle el pecho la bruja con la navaja, y le sacó una vejiguita, le echó á la charca, y al instante y como mano de santo se desepararon las aguas, y salió de ellas un cuervo con alas blancas, que comenzó á revolotear, hasta que apagó la luz. Entónces la tia Garrucha cojió al probe Antonio de un brazo, y montándole á caballo encima del cuervo, le dijo: "Tente firme y no tirites, que en dos horas te voi á llevar á Valencia para que veas á tu mujer." Y como si fuera un relámpago echaron á volar los dos, y otoadía no se ha güelto á saber lo que se ha hecho del probecillo.

—¿Y la molinera (dijo con vehemencia y prontitud la jóven espigadora) qué se hizo despues de ese acontecío tan prodigioso?

—La molinera, continuó la vetusta, anduvo rodando por el mundo, hasta que se acomodó á servir en casa del picaron que solecitó la perdicion de su marío; y malas lenguas dicen.... pero dejemos de mormuraciones, porque á cada uno su alma en su palma. Vamos á que desde el dia en que Antonio se fué por los aires caballero en el cuervo, naide se atrevió á acercarse al molino ni á pescar en la charca, porque se sentia un ruido que daba pavor, así como si arrastraran cadenas por el suelo y dieran aldabazos en las puertas: á mas de esto, todas las noches á la mesma hora se veia asomar un candil en la ventana que cae á la acequia, y se oian unos gemidos como los que dan las almas en pena; por lo cual dieron las gentes en decir que aquel molino era del duende; y habiendo ido el señor cura y la señora justicia con el guisopo y los santos evangelios á echarle de allí, tuvieron que volverse atras, porque no pudieron resistir el fetor del azufre que habia al rededor de la casa, y porque vieron salir por la mesma ventana donde estaba el candil un brazo largo y seco envuelto en una manga de fraile.

Al llegar á este punto, los dos chiquillos, sobcojidos de pavor, creyendo ver ante sus ojos el fraile de la manga, se arrojaron en los brazos de su madre, haciendo un gesto simultáneo de espanto: entónces el perro acechador se avalanzó de un salto sobre la torta que quedó abandonada en el suelo: una vieja pordiosera, que completaba el número de los oyentes, dió un grito, y enarboló el garrote para pegarle: entre estos vaivenes, la frágil mesa pierde el equilibrio, y la redoma rueda con estruendo, haciéndose mil pedazos contra las piedras, y rociando la seca arena con el licor de Baco: la Caquirucha se levanta enfurecida de su asiento, y vomita imprecaciones contra los chicos y los perros: la espigadora imita su ademan, y la devuelve injuria por injuria y manoteo por manoteo: el marido sale á su defensa, y jura no volver á pisar el umbral de la hospedería.... Adios, plácidos coloquios! adios, envidiable paz de la cabaña! El miedo de un chiquillo y la golosina de un galgo acaban de derrocar en este punto tu imperio: la civil discordia ha arrojado ya su fatal manzana sobre esa mesa de pino, y dado brusco fin al *cuento de la vieja*.

C. Diaz.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Medicina. La ciencia de la vida y el arte de mantenerla en su estado normal y de volverla á él cuando le pierde. Esta ciencia no ha tenido patria; su cuna ha sido la tierra entera, y su orígen el hombre. En Egipto la ejercian los sacerdotes como una ciencia secreta; en Grecia se reverenciaba á Esculapio como Dios de la medicina. Esta se practicaba con mucho misterio en los templos, y era propiedad hereditaria de los Asclepiadeos, á cuya familia pertenecia Hipócrates de Cos. Este, reuniendo las tradiciones de sus mayores, hizo de la medicina una ciencia libre de la cual fué fundador, y que reunida despues á la filosofía de Platon, degeneró en una dialéctica que ocasionó diferentes sectas, hasta que Galeno las aniquiló con la suya. Hoi es la ciencia mas complicada que existe, y la que necesita por lo mismo mayores conocimientos.

Megámetro. Instrumento inventado en 1767 por un marino frances para medir la distancia de los astros entre sí.

Menores. (Orden regular de frailes). Fué instituida por san Francisco de Asis, que desde sus primeros años se entregó á los ejercicios de piedad, y dejó la casa paterna para desprenderse de cuanto poseia y observar una vida penitente. Su ejemplo encontró mui luego imitadores, y ya te

a un gran número de discípulos cuando el papa Inocencio III aprobó su regla en 1210. Al año siguiente obtuvo de los benedictinos la iglesia de nuestra señora de los Angeles de Porciúncula, cerca de Asis, que fué la cuna de la órden de los religiosos franciscanos ó menores, que no tardó en extenderse en Italia, España, Francia y Alemania.

Menores (Clérigos regulares). El venerable san Agustin Adorno, que murió en Nápoles en 1591 en opinion de santidad, fué el principal fundador de esta congregacion. San Francisco Caracciolo contribuyó mucho á la institucion y progresos de esta órden.

Mensula. La invencion de este instrumento de geometría práctica se atribuye á un aleman.

Merced (Orden de nuestra señora de la). Esta órden religiosa y militar, cuyo primitivo objeto fué la redencion de cautivos, la fundó en Barcelona san Pedro Nolasco, en 1218, aunque algunos dicen que fué en 1223, dándola desde luego el título de congregacion de la *Misericordia* ó de la *Merced.* El papa Gregorio IX aprobó esta órden en 1230, y cinco años despues la confirmó bajo la regla de san Agustin. Asimismo tuvieron principio en Barcelona las monjas *mercenárias* por los años 1265.

Mérito de Nápoles (Orden de san Fernando y del). Fernando IV, rei de Nápoles, creó esta órden en el año 1800 para premiar los servicios y la fidelidad de sus vasallos.

Mesa. Las de los antiguos eran en un principio mui bajas sin adorno alguno; despues las hicieron de maderas preciosas adornadas de mosaicos y embutidas de nácar, perlas y ébano, lujo introducido en Grecia con sus conquistas en el Asia. En Roma durante la república no se usaban manteles, limpiándose las mesas, y lavándose los convidados á cada servicio; despues se adoptaron los manteles de telas pintadas con rayas de púrpura, y aun los hubo de oro en tiempo de algunos emperadores.

Micrómetro. Instrumento para medir el diámetro de los astros, cuya primera invencion se debe al holandes Huyghens desde 1659: despues se han inventado otros varios micrómetros.

Microscopio. Unos atribuyen la invencion de este instrumento á Zacarías Jansen; otros al italiano Fontana; pero la opinion general da este honor al holandes Drebbel en 1621: posteriormente se han inventado otros varios microscopios tan útiles como ingeniosos.

Miércoles de ceniza. En el siglo IX dispuso la Iglesia que en este dia empezase la penitencia pública de los pecadores escandalosos, que debian ser absueltos el juéves santo; y entre otras ceremonias que se practicaban, era una de ellas el ponerles un saco ó cilicio, y cubrirles de ceniza la cabeza. Muchas personas justas, movidas de un santo fervor, y queriendo participar de las humillaciones de aquellos pecadores, se presentaban con ellos, y su buen ejemplo fué cundiendo poco á poco, de modo que acia el siglo XI todos los fieles concurrian á tomar ceniza el miércoles de la quincuagésima, que por este motivo se llamó *miércoles de ceniza.*

Mínimos. Orden religiosa fundada por san Francisco de Paula, confirmada en 1507 por Julio II. El fundador dió á estos religiosos por humildad el modesto nombre de mínimos, y les prescribió una cuaresma perpetua.

Misa. En los primeros siglos de la Iglesia los sacerdotes podian celebrar varias misas en un mismo dia. En el concilio de Salgustad (1022) se redujeron á tres; pero á fines del siglo XI el papa Alejandro II ordenó que solo se celebrase una, excepto el dia de Navidad, que debian decir tres misas. Las mismas pueden celebrar el dia de Muertos.

Molino. Dícese que los molinos de agua ó aceñas se inventaron en tiempo de Ciceron; pero se ignora su autor. Los de viento son mas modernos: se cree que fueron inventados en Asia, y que no se conocieron en Europa hasta el tiempo de las cruzadas.

Monacordio. Este instrumento de música, que sirve por lo regular para aprender el órgano, es mas antiguo que el clave, y se cree que los Alemanes fueron sus inventores.

Moneda. Su orígen es antiquísimo. En la Sagrada Escritura se hace ya mencion de varias piezas de plata en tiempo de Abimelech y de Abraham. El primer sello que tuvieron las monedas se componia de puntos; mas luego en vez de estos se grabó sobre aquellas la figura ó la cabeza de toda especie de ganado, que era en lo que consistia en aquellos tiempos la principal riqueza y comercio: y por esto la moneda se llamó pecunia, de la palabra *pecus*, que significa ganado. El legislador puso despues su efigie sobre cada moneda para que el público tuviese en ella mas confianza, é impedir así que fuese alterada sin que se conociese: á las piezas así marcadas fué á las que se llamó monedas, de la palabra latina *moneo*, avisar, porque el sello de los príncipes avisa su valor. El primer romano que vió grabada su efigie en la moneda fué J. César. Acia el año 1550, Mr. Aubry Olivier sustituyó el volante al martillo para sellar las monedas. La máquina para hacer el cordoncillo fué inventada en Francia por el ingeniero Costaing en 1685.

Montesa (Orden militar de). En el año 1317 el rei de Aragon obtuvo permiso del pontífice para que de los bienes de los templarios en el reino de Valencia, se fundase una nueva órden de caballería bajo la regla del Císter, sujeta á la de Calatrava, aunque con su maestre particular. El principal asiento y convento de la órden se fundó en la villa de Montesa, que ántes era de los templarios, de donde tomó el nombre. Su insignia es una cruz llana de gules. El maestrazgo de esta órden fué incorporado á la corona en 1587.

Mortero. El uso de los morteros es bastante antiguo. Mr. Blondel cree que los hubo desde el tiempo de los cañones mas antiguos, y que no servian mas que para arrojar piedras y balas rojas. Las primeras bombas lanzadas con el mortero fueron empleadas en el sitio de Vachtendonch en 1588. Maltus, ingeniero ingles, fué el primero que introdujo el uso de las bombas y de los morteros en Francia.

Mosaico. El arte de tallar, pulir y reunir mármoles de diferentes colores, para formar sobre un fondo de estuco toda suerte de dibujos, parece que fué inventado por los Persas, pues la Sagrada Escritura dice que Asuero, uno de sus reyes, hizo construir un pavimento de mármol tan bien trabajado que imitaba á la pintura. Los Asirios co-

municaron este arte á los Griegos, que fueron los que mas le perfeccionaron, y de estos pasó á los Romanos.

Mosquete. Se atribuye la invencion de esta antigua arma de fuego á los Moscovitas; aunque otros creen que se debe á los Tártaros.

Muselina. Se pretende que en 1670 fué cuando por primera vez se llevaron muselinas de la India á Inglaterra, en donde se introdujo su fabricacion muchos años despues; y en Francia empezaron á fabricarse á principios de este siglo.

Museos. Los primeros que han existido son el de Délfos, el templo de Juno en Sámos, y la ciudadela de Pálas en Aténas.

Música. Parece que este arte comenzó en el Egipto; y segun Diódoro, Hérmes fué el inventer de la armonía de los sonidos, y de la lira de tres cuerdas. Los Griegos la atribuian á los dioses, y Herodoto á Cadmo, que la introdujo en Grecia del Egipto. Segun algunos, Terpandro, contemporáneo de Licurgo, inventó los primeros modos; aunque otros dicen que Pitágoras, habiendo oido casualmente la armonía de los mazos sobre un ayunque, observó que su diferente sonido provenia del peso, con lo cual halló una escala de sonidos, y formó la lira de siete cuerdas, que le sirvió de modelo para hallar los siete tonos principales de la voz. Despues Olimpo descubrió los semitonos. Perdido este arte en los siglos de barbarie, Gui Aretino le resuscitó con la invencion de las siete notas que conocemos, y la pauta para escribirlas, aunque con letras, hasta que en 1330 el frances Mocurs inventó las notas. En 1684 Le Maire inventó la octava nota *si*, que ha sido adoptada generalmente.

Naipes. Se dice que fueron inventados en Francia el año 1391 ó 1392 por el pintor Jacquemin Gringoneur, para distraer al rei Cárlos VI de su fatal enfermedad; mas por lo que leemos en varias obras, se deduce que los naipes son mas antiguos, y que ántes de dicho año eran ya conocidos en España.

Nankin. Esta tela, que en España se llama *mahon*, porque de la isla de este nombre iba mucho á la Península cuando los Ingleses la poseian, empezó á fabricarse en la ciudad de Nankin, en la China, de donde tomó el nombre.

Naves. En España se inventó el forrar los fondos de las naves de planchas de metal: estos forros que ahora son de cobre, fueron en un principio de plomo. El ingles M. Watson ha inventado en 1830 un método para impedir que las naves se sumerjan, lo que se consigue revistiéndolas de tubos llenos de aire, cerrados herméticamente.

Negros (Tráfico de). M. J. Morenas, en una obra que ha publicado en Francia en 1828, hace remontar el orígen del odioso é inhumano tráfico de negros á la dominacion de los Arabes en España, muchos siglos ántes de la época de 1443, á la cual se asigna comunmente la introduccion de los primeros esclavos negros en Lisboa.

Neumática (Máquina). Fué inventada por Oton Grike de Magdeburgo, en 1654.

Números. Se cree que los Arabes inventaron los números, y que los llevaron á España, desde donde pasó su uso á Francia, y luego á las demas naciones, sustituyéndose entónces á las letras del alfabeto romano, que ántes servian para los cálculos; pero algunos dicen que fueron por los Indios, de quienes los aprendier bes.

Obleas trasparentes. De la jaletina sos ha logrado hacer madama Buché lentes obleas trasparentes, y una espe tan ingles, por cuyas dos preparacion nido patente de invencion en Francia.

Observatorio. Los sacerdotes calde ban los astros desde las torres del temp pero en rigor el primer observatorio construido sobre el monte Mocattam del Cairo por el califa Hakem. El de tia tres siglos ántes que los misioneros en la China. En Europa los primero de Tycho-Brahe en la isla de Huesse landgrave de Cassel, en el siglo XVII.

Ojo artificial. Leemos en el Dicc Artes que, segun algunos naturalistas, cion de los ojos postizos se debe á un que habiendo perdido uno de los suy hueco de su órbita con una mezcla de algunas plantas de diferentes colores, globo de una composicion casi del mism ojo natural que le quedaba: la imitac perfecta que no se conoció hasta que mono, cuya industria y sagazidad no jar de causar admiracion, si el hec cierto.

Olímpicos. (Juegos). Fueron instit tablecidos por Iphito en honor de Hérc 776 ántes de Jesucristo, y se celebrab tro años en el solsticio de verano, en l Olimpia en el Peloponeso.

Opera. Parece que la ópera tuvo los años 1494, cuando el poeta Rinuc tancias de tres caballeros florentinos, nados á la música y á la poesía, escri ma, tomando el argumento de la fábul el cual pusieron en música un composi de aquella época, llamado Peri, y el co Corsi, en cuyo palacio ejecutaron aqu ra ópera el autor y sus amigos; com la orquesta de un clave, una harpa, un laud. Cuatro años despues se repres teatro de Florencia la primera ópera tulada Euridice, escrita por el mismo mismo compositor. La primera óper gular fué representada en Nápoles en Francia en 1649.

Orbitas. El célebre astrónomo Ké primero que observó que las órbitas pla son circulares sino elípticas.

Orden tercera. Cuando san Franci volvió de la Tierra Santa á Italia, 1224, instituyó la órden tercera para nar á los seglares el medio de tener u mejante á la de sus religiosos, sin pr obstante toda la austeridad de la regl lir de sus casas.

Organo. Segun lo que han dicho a jeros, los Chinos han tenido mucho ti que los demas pueblos cierta clase de ó pequeños. Causeus dice que este instr traido á Europa por un chino que vin misioneros. La opinion mas comun e mero que se vió en Francia fué envi por Constantino Coprónimo al rei Pe la sazon se hallaba en Compiegne, y

la iglesia de esta ciudad. Carlo Magno recibió otro órgano del emperador Miguel; y se dice que imitaba el ruido del trueno, el sonido de la lira y el del címbalo. Muratori dice que en este tiempo habia ya órganos en Italia. Este instrumento fué perfeccionándose por grados: un tal Bernardo, hábil músico de Venecia, fué el primero que aumentó los cañones del órgano, é inventó los pedales por los años 1470. El primer registro fué imaginado en 1615 por el holandes Timoteo, constructor de órganos. Despues se han perfeccionado mucho mas estos instrumentos.

Pan. El arte de preparar este precioso y esencial alimento tuvo diferentes progresos, lo mismo que todas las demas invenciones humanas. Se empezó, dicen los antiguos, por comer los granos segun la naturaleza los producia, y sin ninguna preparacion; pero la simple observacion de que estos granos eran primero molidos por los dientes, que luego aquella sustancia se desleia con la saliva, y que en este estado, despues de haber sido removida y amasada con la lengua, bajaba al estómago, donde recibia el grado de coccion que la hacia propia para convertirse en alimento nutritivo, esta simple experiencia, dice el filósofo Posidonio, fué suficiente para convertir el trigo en pan, haciendo operaciones análogas, cuales fueron molerle entre dos piedras, amasando la harina con agua, y cociendo aquella masa en un principio sobre la ceniza caliente, ó de otro modo, hasta que se inventaron los hornos.

Panadero. El oficio de panadero es mui antiguo: los Hebreos, los Griegos y otros tenian hombres á propósito para preparar y cocer el pan. Los panaderos no pasaron á Europa hasta el año 583 de la fundacion de Roma, en cuya ciudad habia ya en tiempo de Augusto hasta 329 panaderías públicas.

Panorama. Cuadro circular, horizontal, que presenta en perspectiva la vista de una ciudad ó de un paisaje. Su inventor fué el aleman Breyssig de Dantzig. El primero que se vió en Inglaterra fué en Edimburgo, hecho por Roberto Barker en 1793; y el americano Fulton les introdujo en Francia en 1800. En Lóndres y Paris hai edificios construidos con este objeto especial; pues el espectador debe estar aislado en el punto céntrico, y separado del cuadro, el cual ha de recibir la luz por la parte superior. Los cosmoramas, dioramas, &c., son imitaciones del panorama.

Pantógrafo. Instrumento inventado en 1820 por M. Gatteaux, para copiar figuras. Consta de cuatro reglas paralelas dispuestas de tal manera, que siguiendo con una punta fija en una de ellas los contornos de una figura, un lápiz puesto en otra regla reproduce el mismo dibujo, mas ó ménos grande, segun la posicion en que se coloca el lápiz.

Papel. La palabra *papel* viene de *papiro* [*papirus*], nombre de una planta de Egipto, de la que los antiguos Egipcios hacian un grande uso, no solo para fabricar papel, sino para otras cosas. Seria mui largo el especificar las diferentes materias sobre las que los hombres en diversos tiempos y lugares han imaginado el escribir: baste decir que una vez hallada la escritura, se practicó sobre todo lo que podia recibirla y conservarla: tal fué sobre las piedras, los ladrillos, las hojas y cortezas de árboles, el papiro, &c. Este, llamado tambien papel de Egipto, fué abandonado acia el siglo IX por la introduccion de otro papel que se hacia con algodon machacado y reducido á una especie de masa, con la cual se formaban unas hojas delgadas. Se cree que en el siglo XIII empezó á usarse el papel de trapo viejo, sobre cuya invencion no están acordes los autores, pues unos la atribuyen á los Alemanes, otros á los Italianos, á los Griegos, &c. En la Enciclopedia metódica (de donde se ha traducido y extractado este artículo), al hacer mencion del papel, se lee entre otras cosas que el papel de algodon se introdujo en Africa y en España por los Arabes, y se hizo uso de él hasta que los Españoles, conociendo que podian servirse del lino, mui comun en el reino de Valencia, imaginaron el emplearlo para fabricar el papel en lugar del algodon que tenian que comprar en los paises extranjeros: así es que el papel mas antiguo es el de Valencia y el de Cataluña. Las provincias meridionales de España le adoptaron mas tarde; y de España pasó á Francia, en donde vemos una carta de Joinville á san Luis, muerto en 1270, y un documento del duque de Borgoña con la fecha de 1302, ambos escritos sobre este papel, que de Francia pasó á Alemania, en donde se le encuentra en 1312, y en Inglaterra en 1320.

Papel aterciopelado. Se ha creido por largo tiempo que los Ingleses eran los inventores de los papeles que imitan toda clase de tapicerías para adornar las habitaciones; mas parece que el verdadero inventor fué un tal Francois, establecido en Ruan, que le descubrió en 1620.

Papel cristal. Mr. Quenedey ha logrado este nuevo y útil producto de la jaletina que se extrae de los huesos, al que ha dado el nombre de papel jaletina ó papel cristal.

Paracaidas. Máquina destinada á retardar el descenso de los cuerpos, ofreciendo una gran resistencia al aire. Se emplea ordinariamente por los aeronautas para bajar á tierra abandonando los globos. Su inventor fué M. Lenormand, que la ensayó por primera vez en Montpellier en 1783. Su paracaidas era un círculo de catorce piés de diámetro con una cuerda gruesa, un cono de lienzo forrado ó de tafetan engomado, impermeable al aire, y un armazon de mimbre por defuera. Montgolfier hizo despues varios ensayos, y mas tarde Garnerin se aventuró el primero con un nuevo paracaidas hecho por él á bajar desde un globo.

Paragranizos. Este aparato para preservar las tierras del azote de la piedra ó granizo, fué inventado en el siglo pasado, y muchos habian propuesto su uso hace mas de cincuenta años en Francia, en Italia y en Alemania; pero por desgracia no se adoptó hasta mucho tiempo despues.

Paraguas. Se puede considerar que el paraguas tiene la misma antigüedad que el quitasol, pues ambos vienen á ser una misma cosa, aunque se emplean en distintos usos.

Pararayos. Los conductores metálicos ó pararayos fueron inventados por Franklin en 1757.

Pasamanero. Este arte es antiquísimo: se sabe que los ornamentos del templo y de los sacerdotes de Jerusalen tenian obras de pasamanería. El manto y la túnica del rei bárbaro que se ve en Roma, están guarnecidos de franjas, que tambien usaron los Israelitas, Armenios, Partos, &c.

Patines. Son unas suelas de madera con una hoja de acero por debajo, cuadrada por el talon y encorvada acia arriba por la punta, las cuales se sujetan al calzado para resbalar sobre el hielo. Este género de ejercicio es mui antiguo en el norte, y se cree inventado en Holanda mas por necesidad que por diversion. Segun Ratier, las lecheras de este pais llevan sus cántaros sobre la cabeza, van haciendo media, y corriendo con la increible rapidez de hacer seis leguas por hora, para vender su leche en varias poblaciones. Fitz-Stephen, escritor ingles, refiere que en el siglo XIII los jóvenes de Lóndres corrian patines sobre el hielo del rio Serpentin con la velocidad de la saeta, y que en Edimburgo habia un club de patinadores, cuya destreza fué famosa en los tres reinos de la Gran Bretaña. En Noruega el ejercicio de los patines es el complemento forzoso de toda educacion militar: así es que maravilla el ver á sus intrépidos soldados deslizarse como el rayo por la pendiente de una montaña, sin otra ayuda que dos flexibles tabletas de pino sujetas al calzado, y volverla á subir casi con igual rapidez, apoyados solamente en un chuzo. En 1819 se han hecho patines de ruedas para correr en terreno llano sin hielo.

Pelo ó cabello. El uso de llevar el pelo corto ó largo ha tenido mil variaciones en todas épocas y en todos los pueblos. En España se mandó en 1808 que todos los empleados civiles y militares llevasen el pelo cortado, cuya moda adoptaron mui luego las demas clases. Ya hace muchos años que un tal Girault de Tours, de oficio armero, inventó el fabricar telas hechas de pelo solo, ó bien de pelo y lana.

Pelota. El juego de la pelota es tan antigua y estaba tan en uso en tiempo de Homero, que los héroes de la Odisea se divierten mas de una vez con él. Herodoto atribuye su invencion á los Lidios, y Plinio dice haber sido su autor un llamado Pytho. Entre los Griegos se llamaba á la pelota *esferística*, á causa de su redondez, y los Romanos la llamaron *pila*, de donde vienen el nombre vascuence *pilota*, y el castellano *pelota*. Los Romanos que habian imitado los gimnasios de los Griegos en la construccion de sus termas y de sus palestras, establecieron tambien en ellos sus *esferisteras* ó juegos de pelota. Plinio asegura que poseian y amaban tanto los Romanos este juego, que no solo se ejercitaban en él en los gimnasios, sino tambien en sus casas y en sus quintas.

Peluca. El arte de hacer pelucas tuvo orígen en Francia en el reinado de Luis XIII; aunque otros dicen que los antiguos ya conocieron su uso. Antes de dicha época los calvos se cubrian la cabeza con una especie de solideos; pero despues se imaginó el coser á estos unos cabellos postizos. Luego se discurrió el entretejer los cabellos en una especie de cinta, la que se iba cosiendo por todo el solideo hasta cubrirle de pelo, y se ataba tambien sobre él una cabellera que acompañaba á la cara y caia sobre el cuello, á lo que se llamaba entónces *peluca*. Con el tiempo se logró darlas mayor perfeccion, de modo que podian suplir el defecto de los cabellos naturales; y entónces este arte pasó á las demas naciones. Las primeras pelucas estaban tan cargadas de pelo, y este era tan largo, que comunmente pesaban dos libras: las mas estimadas eran las rubias. En la Enciclopedia metódica se lee, á mas de lo dicho, que los cabellos de un hermoso color rubio, fuertes y de un largo proporcionado, valian en un principio de 50 á 60 y hasta 80 libras la onza, y que las pelucas se vendian hasta en 1000 escudos cada una: tal seria la enorme peluca con que se representa á Luis XIV en los retratos.

Péndolas de ecuacion. Estas péndolas, destinadas á señalar el tiempo verdadero y el tiempo medio, tienen dos minuteros, y el uno indica por su marcha regular la hora media, miéntras que el otro, atrasando ó adelantando por un mecanismo particular, que le hace estar siempre acorde con el sol, señala la hora verdadera, cuya diferencia entre estas dos especies de horas indica la ecuacion del sol, de donde se deriva el nombre de estas péndolas, que fueron inventadas en Inglaterra acia el año 1692. La primera péndola de ecuacion que se conoció estaba colocada en 1698 en el gabinete de Cárlos II, rei de España.

Perfumería. Este arte, que es una de las mas agradables industrias que se conocen, fué cultivado desde la mas remota antigüedad. Moises ha dejado en sus libros la composiciou del perfume que se ofrecia al Señor en el altar del oro, y la del que servia para ungir al sumo sacerdote y á sus hijos, lo mismo que el tabernáculo y los vasos santos. Los Hebreos embalsamaban los muertos con perfumes tan exquisitos como los que Ezequías guardaba en sus tesoros, y como los que empleó Judit para cautivar á Olofernes. Al lujo y á la riqueza de los vestidos agregaban los Babilonios la voluptuosidad de los perfumes. Los Griegos y los Romanos los miraban no solo como un homenaje debido á los dioses, sino tambien como un signo de la presencia de los inmortales; así es que en los poemas de estos pueblos, las divinidades no se manifiestan jamas sin anunciar su aparicion con el olor de ambrosía. Segun la costumbre de los antiguos que quemaban perfumes sobre los sepulcros, Antonio recomendó al morir que esparciesen sobre sus cenizas yerbas olorosas y vinos, y que mezclasen aromas al dulce perfume de las rosas.

Pergamino. Euménes, rei de Pérgamo, descubrió el secreto de preparar las pieles para escribir en ellas, é inventó el pergamino, que se llamó papel de Pérgamo.

Perlas falsas. Fueron inventadas en Francia por un tal Jacquin en el siglo XVII.

Pesalicores. Este instrumento, llamado tambien areómetro, que sirve para conocer la diferencia del peso específico de los licores, fué inventado por el célebre químico M. Homberg. Despues han ideado otras clases de pesalicores Farenheit, Beaumé y otros.

Pesos y medidas. Su orígen es tan antiguo como desconocido. Eutropio atribuye su invencion á los Sidonios; los Cretenses la atribuian á Mercurio, los Argivos á Feidon y los Griegos á Palamédes ó á Pitágoras. La uniformidad de pesos y medidas entre todos los pueblos seria un progreso admirable en las relaciones mercantiles. En España hai tanta variedad de uno y otro, que apénas habrá quien conozca la mitad de los pesos y medidas que se usan.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

Lit. Salleron S. Clara n.º 8.

El Hijo Prodigo

L HIJO PRODIGO.

ı que va con este artículo es copia de el célebre Víctor Adam, y representa ɜl hijo pródigo de que habla la parábo- ɜre el evangelista san Lúcas en el ca-

Esta linda parábola, que dió asunto ɔara la composicion de una de sus me- ı dramáticas, se lee del modo siguien- lísima traduccion del P. Amat:

Un hombre tenia dos hijos, ı cuales el mas mozo dijo á su padre: e la parte de la herencia que me toca. ɜepartió entre los dos la hacienda.

e pasaron muchos dias que aquel hijo recojidas todas sus cosas, se marchó á ı remoto, y allí malbarató todo su cau- o disolutamente.

ues que lo gastó todo, sobrevino una ıbre en aquel pais, y comenzó á pade- ad.

ɜsultas púsose á servir á un morador de ra, el cual le envió á su granja á guar-

leseaba con ansia henchir su vientre rrobas *y mondaduras* que comian los adie se las daba.

viendo en sí, dijo: ¡Ai cuántos jorna- ıa de mi padre tienen pan en abundan- ıs que yo estoi aquí pereciendo de

yo iré á mi padre, y le diré: Padre contra el cielo y contra ti:

soi digno de ser llamado hijo tuyo: ıo á uno de tus jornaleros.

ɜsta resolucion se puso en camino pa- e su padre. Estando todavía léjos, a- ıdre, y enterneciéronsele las entrañas, á su encuentro, le echó los brazos al dió mil besos.

ı el hijo: Padre *mio*, yo he pecado con- y contra ti, ya no soi digno de ser lla- ıyo.

ɜl padre *por respuesta* dijo á sus cria- ı, traed aquí luego el vestido mas pre- ı *en casa*, y ponédsele, ponedle un a- ɜedo, y calzadle las sandalias;

ɜd un ternero cebado, matadle, y coma- ıremos un banquete:

ɜue este hijo mio estaba muerto, y ha habiase perdido, y ha sido hallado. Y on principio al banquete.

base á la sazon el hijo mayor en el la vuelta, estando ya cerca de su ca- ıncierto de música y el baile;

ıó á uno de los criados, y preguntóle ser aquello;

l respondió: Ha vuelto tu hermano, a mandado matar un becerro cebado, recobrado en buena salud.

esto, indignóse, y no queria entrar. u padre á fuera, y empezó á instarle

ɜl le replicó diciendo: Es bueno que ıá que te sirvo, sin haberte jamas des- n cosa alguna que me hayas manda- me has dado un cabrito para meren- amigos;

ra que ha venido este hijo tuyo, el cual ha consumido su hacienda con meretrizes, luego has hecho matar para él un becerro cebado.

31 Hijo mio, respondió el padre, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos;

32 mas *ya ves que* era mui justo el tener un banquete y regocijarnos, por cuanto este tu hermano habia muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se ha hallado.

Los siete infantes de Lara.

Estaba doña Lambra sentada junto á una ventana que daba sobre el jardin, en actitud meditabunda, y sumerjida al parecer en profundas reflexiones. No se veia en su rostro señal ninguna que indicase aquel sereno placer que debe brillar en las facciones de una mujer, miéntras duran los regocijos á que han dado motivo sus bodas: las de doña Lambra con Rui Velázquez, señor de Villaren, se habian celebrado en Búrgos algunos dias ántes con toda la pompa y magnificencia posibles. ¿Era tal vez su marido para ella un objeto de odio ó de temor? No; el amor y la conveniencia habian contribuido de consuno á que se efectuara aquel enlaze. Su enojo actual tenia por causa un insulto supuesto, y las ideas que la ocupaban tenian por único objeto el plan de una venganza tan pública como cruel.

Gran número de huéspedes llenaban el palacio del señor de Villaren, y dispersados ahora en sus inmensos jardines, entretenianse en presenciar diferentes juegos de fuerza ó de habilidad; pero la dama en cuyo obsequio se celebraban aquellos brillantes festejos no tomaba la menor parte en la alegría que inspiraban. Sus ojos negros y penetrantes se dirijian frecuentemente á un grupo de jóvenes caballeros, y sus ardientes miradas revelaban la cólera en que ardia. Los mancebos que así atraian la atencion de doña Lambra eran siete hermanos, hijos de D. Gonzalo Bústos, señor de Sálas de Lara y pariente de Rui Velázquez, que habian provocado la saña de aquella mujer por una circunstancia que, aunque fútil en sí misma, produjo los mas desastrosos resultados. Miéntras la comitiva nupcial se dirijia á la iglesia, hubo una lijera reyerta entre Alvar Sánchez, primo de la novia, y Gonzalo González, el menor de los siete hermanos; y aunque los amigos de entrambos la apaciguaron en breve con su intervencion, doña Lambra, mujer orgullosa y vengativa, se creyó insultada personalmente, y solo se ocupó desde entónces en los medios de tomar venganza. Tal era la causa que cubria á la sazon su hermosa frente de una nube sombría.

No pudiendo ya refrenar por mas tiempo su ira y su rencor, llamó á su escudero, y le dió órden de que fuera á insultar á los siete hermanos: el medio que le indicó para lograrlo fué hacerles la mayor injuria que podia recibir un caballero en aquella época, y se reducia á llenar de sangre una calabaza y echársela encima al que se queria ultrajar. El escudero, contando con la proteccion de su señora, se apresuró á obedecer sus órdenes: acercóse á los infantes de Lara, y tomando todas las precauciones posibles para no errar

el golpe, vació sobre González la calabaza llena de sangre. Llenos de sorpresa é indignacion los siete hermanos, volviéronse coléricos al insolente escudero, que temblando de miedo, corrió á refugiarse al lado de su señora.

—Vive Dios, doña Lambra, exclamó González, que vos sois quien le mandó hacerme tal afrenta, porque si no, jamas hubiera osado insultarme ese villano. Él mismo prueba que es fundada mi conjetura, refugiándose al lado de su señora; pero sea como fuere, el miserable recibirá su castigo.

Precipitáronse los siete hermanos con espada en mano acia doña Lambra, la cual exclamó montada en cólera:

—Alto ahí, señores! pronto se arrepiente quien obra con precipitacion. No toquéis á este hombre; yo le protejo, y miraré cualquier ofensa que le hagáis como un insulto directo hecho á mi persona.

—Vanas son vuestras amenazas, señora, respondieron unánimemente los siete hermanos; ha de morir el infame....

Cubrióse este lo mejor que pudo con la falda del largo manto de su señora; pero no respetaron aquel santuario los furiosos hermanos. A pesar de los agudos gritos del culpable, y de las amenazas de doña Lambra, le sacó González arrastrándole por los cabellos, del refugio que creia haber hallado, y el infeliz, cubierto de heridas, espiró, tiñendo en su sangre las nupciales galas de la recien casada; funesto presagio, pero en que no hicieron alto entónces los siete hermanos; tan exclusivamente los ocupaba el deseo de la venganza!

La confusion á que dió orígen esta sangrienta escena, atrajo al sitio en que acababa de pasar á gran número de caballeros, y entre otros á Rui Velázquez, esposo de doña Lambra.

—Señor! exclamó ella, ved qué afrenta acaban de hacernos estos insolentes hermanos. Si sois hombre, recibirán dentro de poco el castigo que exije tamaño ultraje.

Sonrieron con desden los infantes de Lara, y limpiando sus espadas, que humeaban todavía con la reciente sangre de su víctima, se retiraron sin hacer el menor caso de la indignacion de que eran objeto. Luego que se hubo calmado la primera efervescencia de la ira, empezaron el señor de Villaren y su esposa á discurrir con mas sangre fria en los medios de vengarse de aquel insulto. Lo primero que le ocurrió á Rui Velázquez fué elejir seis de los mas valientos entre sus deudos y amigos, y enviar un cartel de desafío á los siete hermanos. Este era seguramente el medio mas noble y honroso de tomar satisfaccion de su agravio; pero doña Lambra se opuso á ello, porque veia en aquel proyecto una perspectiva de venganza demasiado incierta.

—Hombres tan viles, exclamó con altivez, no merecen ser tratados como nobles caballeros: su insolencia los hace indignos del castigo á que es acreedor el último de los criminales. A la astucia y no á las armas debemos recurrir en este trance fatal: ademas, ¿seria justo arriesgar unas vidas tan preciosas como la vuestra y las de vuestros nobles deudos contra las de esos infames? No; es menester que sean castigados de un modo proporcionado á la perversidad de su conducta!

Dejóse persuadir el señor de Villaren por los argumentos de su esposa, ó por mejor deci á sus ruegos, y se determinó á seguir su p Habia en los argumentos de doña Lamb tenacidad, y era tal la ciega indignacion Velázquez, que fácilmente consintió en l cabo proyectos indignos de un buen ca La perfidia, esa escoria de los vicios socia el medio que adoptó Velázquez para efec proyecto; mas como nunca falta un nomb poso con que encubrir los vicios mas odi perfidia en aquella ocasion se llamó profu lítica. El señor de Villaren, aparentando da pena por los tristes sucesos acaecidos poca de sus bodas, envió un mensaje á G Bústos de Lara, manifestándole su deseo ambas partes sepultasen en el olvido cuant sucedido, y de que las dos nobles familias nuasen viviendo bajo el pié de una amist dial, como hasta entónces. Persuadido de Lara de la sinceridad de este mensaje, mui gustoso la proposicion de su pérfido a hízole decir que por su parte sentia en el arrebato de sus hijos, y aun recomendó á fantes que enfrenasen mejor su cólera en sivo. Rui Velázquez los convidó á todo banquete espléndido, y hubo entre ambas p na reconciliacion sincera al parecer: doñ bra abrazó al jóven Gonzalo González, qu que mas aborrecia de los siete hermanos, entónces cesó en apariencia todo motivo cor entre ambas familias.

Dejó así pasar algun tiempo Rui Veláz cabo del cual fué á ver al padre de los infa ra hablarle de un asunto mui importante.

—D. Gonzalo, amigo mio, le dijo, no probaros mejor la sinceridad de mi apre alta opinion que tengo formada de vuestro que suplicándoos tengáis á bien encargaros comision que es para mí de la mayor impor Sabéis que el rei moro de Córdoba me de suma considerable, y nadie está mas en es reclamarla eficazmente de aquel infiel qu zalo Bústos de Lara. Sus talentos y sus son seguras garantías del buen éxito de e presa, si consiente en encargarse de ella: pues que así lo haréis, con tanto mas cuanto destino esta suma para servir de do hermana doña Urraca, á quien quisiera, p trechar aun mas los vínculos de amistad q unen, ver casada con vuestro hijo primogé

Aceptó al punto Gonzalo Bústos la co que le dió su falso amigo: preparóse á p habiendo recibido de Rui Velázquez una c crita en árabe para el rei de Córdoba, enca acia aquella corte algunos dias despues c comitiva poco numerosa. En aquella ca plicaba el pérfido Villaren al rei moro que dar muerte al portador, añadiendo que de t do pagaria la deuda que iba á reclamar el ciado Gonzalo. Apénas se presentó el s Lara en la corte de Córdoba, y entregó denciales, fué desarmado al punto y metid calabozo. Indignado el cristiano de esta nable traicion, pero sin medios de vengar que devorar su rabia en la soledad de su No fué sin embargo el rei moro bastante para conformarse enteramente á los deseo Velázquez: perdonó la vida á Gonzalo, p la firme resolucion de no restituirle jam

atria y á su familia. Informó sin embargo al señor de Villaren de que habian sido ejecutadas sus intenciones, y de que nunca mas volveria á importunarle la presencia de su enemigo.

Rui Velázquez y su indigna esposa recibieron esta noticia con una alegría feroz, y saboreando ya el placer de haber logrado una parte de su venganza, solo pensaron en los medios de hacerla renacer igualmente sobre los siete hermanos. Ignoraron pues algun tiempo los jóvenes infantes la suerte de su padre; pero no tardaron en advertir que se alargaba demasiado su permanencia en Córdoba, y los mas funestos presentimientos se apoderaron á su imaginacion. Era en efecto mui singular que no hubiesen recibido noticia alguna de Gonzalo Bústos, y que no volviese á Castilla ninguno de los que le habian acompañado. Entregados por fin á la mas seria inquietud, trataron de encaminarse á Córdoba, á fin de saber qué habia sido de su padre; y esta ocasion le pareció la mas favorable al señor de Villaren para poner el sello á sus crueles proyectos de venganza.

Aparentando el mas profundo dolor é indignacion, fué un dia á ver á los siete hermanos, y les dijo con voz balbuciente que tenia que darles mui fatales noticias.

—Oh nobles infantes! les dijo, cuánto me aflije tener que anunciaros un suceso tan desastroso! Ya sabemos cuál ha sido la suerte de mi desgraciado amigo, de vuestro ilustre padre.

—Qué significa esa agitacion? exclamó el mayor de los hermanos. Por amor de Dios, señor de Villaren, explicadnos este misterio.

El pérfido Rui Velázquez respondió, despues de un breve silencio:

—Pluguiera á Dios que nunca hubiera pensado yo en encargarle de aquella fatal comision! Fatal, sí, pues me cuesta mi mejor amigo, sin haberme sido de ninguna utilidad. Vuestro noble padre ha sido traidoramente asesinado por órden del bárbaro rei de Córdoba. Este infiel, resuelto á no pagarme la suma que me debe, ha sacrificado sin duda á mi excelente amigo, á causa del empeño con que hacia valer la justicia de mis derechos. Pero el infame asesinato del valiente Gonzalo Bústos no quedará impune: por cada gota de sangre suya, torrentes correrán de sangre mora. Valientes infantes, preparémonos á la guerra; empuñad las armas, convocad á vuestros vasallos; ántes de tres dias es preciso que estemos en camino para Córdoba.

La sorpresa de los siete hermanos al recibir la inesperada noticia de la muerte de su padre, fué tan grande cuanto profunda su afliccion. Persuadidos de que sin duda era cierto lo que acababa de contarles el señor de Villaren, no concibieron la menor sospecha de su perfidia; ántes por el contrario, lo agradecieron el zelo que mostraba en castigar la ferocidad del rei moro; escucharon sus consejos con la mayor deferencia, y le prometieron seguirlos al pié de la letra. Separáronse llenos de dolor y resentimiento, sin pensar por el pronto en otra cosa que en los preparativos de su expedicion contra los moros.

Triunfante doña Lambra al prever el logro de sus diabólicos planes, no perdió ninguna ocasion de sostener á su marido en su pérfida resolucion, cuidando al mismo tiempo de no dar á los siete infantes ningun motivo de sospecha. Ayudaron pues á sus verdugos las mismas víctimas á llevar á cabo sus proyectos, tan cobardes como crueles. Era el plan de Rui Velázquez retirarse con sus soldados apénas llegase á presencia de los moros, y abandonar á los infantes para que fuesen sacrificados por sus implacables enemigos. Dió aviso en secreto al rei de Córdoba de que si ponia su ejército en campaña, conseguiria una victoria tan fácil como completa.

Preparáronse pues igualmente á pelear los moros y los cristianos. Reunieron los infantes como hasta doscientos de sus vasallos, hombres intrépidos, con quienes podian contar á toda prueba, y que, aunque pocos en número, casi equivalian á un ejército entero: ademas, como el señor de Villaren habia prometido poner en campaña dos mil hombres bien apercibidos de todas armas, tenian suma confianza en tantas fuerzas reunidas: llegó el dia de la partida: los siete hermanos, ardiendo en el deseo de vengar á su padre, y gozando ya en sus mentes de la victoria, formaron sus tropas en frente del palacio del señor de Villaren. Púsose el ejército en movimiento, y al cabo de algunos dias de marcha se halló en presencia del de los moros, que era numeroso y formidable; porque el rei, fiándose poco en las promesas de un traidor, que podia mui bien tratar de engañarle, habia puesto en pié de guerra todas sus fuerzas, fiando la victoria mas bien al valor de sus guerreros que á la traicion de un pérfido aliado. Envió pues bajo el mando de sus mejores capitanes al encuentro de los castellanos tropas dos veces mas numerosas que las que se dirijian contra él.

No desanimó á los infantes de Lara la vista de unos enemigos tan superiores en número: ningun obstáculo parecia insuperable á su impetuoso valor y sed de venganza. Impacientes de pelear, propusieron el combate para el dia siguiente, y así se lo prometió en efecto Rui Velázquez.

Entre los vasallos que seguian á los siete hermanos habia un anciano que en vez de abandonarse á la esperanza, mostraba siempre en su fisonomía el temor y la inquietud. Aunque era de clase bastante subalterna, tratábanle los infantes con mucha confianza y cariño; y no ménos á aquella que á este tenia derecho el anciano, pues los habia servido de ayo desde la infancia, mostrándoles siempre un cariño sin límites, y una fidelidad á toda prueba á la familia de Gonzalo Bústos.

Nuño Salido (tal era el nombre de este fiel criado) se avistó en secreto con los infantes la noche que precedió á la batalla, y les aconsejó con lágrimas en los ojos que no tomasen parte en ella, y que al punto se pusiesen en camino para volver á Castilla.

—Perdónete el cielo, Nuño Salido! dijo el mayor de los hermanos; ¿y es posible que aconsejes á los infantes de Lara semejante bajeza, cuando una causa tan sagrada les ha hecho tomar las armas? Calla, calla: si los años han helado la sangre en tus venas, no intentes apagar el ardor de la que corre por las nuestras. Si temes por tu vida, vuelve á Castilla, nadie te lo impide; pero querer que renuncien los infantes de Lara á esta gloriosa empresa, es vana tentativa, inspirada por la demencia.

—Hijos mios, respondió el anciano, no hacéis justicia á mis sentimientos. No es el temor de la

muerte el que me hace hablaros de este modo; pocos son los dias que he de vivir; pero aunque fueran tan numerosos como los que promete al hombre la flor de su juventud, no temeria arriesgarlos por tan buena causa.

—Por qué pues nos aconsejas que volvamos á Castilla?

—Sois demasiado generosos, demasiado crédulos para concebir la idea de una traicion: incapazes de cometer un crímen, no podéis creer que otro sea capaz de cometerle. Yo soi viejo, y una triste experiencia me ha enseñado á no fiarme en las apariencias, casi siempre engañosas, y á mirar con desconfianza á los hombres. Creedme, nobles mancebos; no es cierta ni sincera la amistad que os muestra el señor de Villaren: le he observado con atencion, y en sus miradas y en sus discursos he visto demasiado doblez para que me sea posible tener confianza en él. Ademas.... esta noche pasada he tenido un ensueño terrible, que amenaza con una espantosa catástrofe á la casa de Gonzalo Bústos de Lara, si desgraciadamente toma parte en la batalla de mañana.

Escucharon sonriendo los siete hermanos las palabras del anciano, y no hicieron el menor caso de sus consejos, atribuyendo al carácter tímido y suspicaz de la edad madura aquella desconfianza, hija sola de la prudencia y del cariño. Preparáronse pues á la lid con intrépida resolucion, conservando las mismas esperanzas de vencer que hasta entónces habian tenido.

No bien hubo rayado el dia tomaron las armas los cristianos: adelantáronse denodadamente contra los moros, y estos se prepararon á recibirlos con la misma intrepidez. Acercóse Rui Velázquez á los infantes, y les felicitó por la gloriosa venganza que iban á tomar de la muerte de su padre. Los siete hermanos y sus fieles vasallos se colocaron en las primeras filas del ejército, é invocando en alta voz la proteccion de Santiago, se precipitaron sobre sus enemigos. En aquel terrible momento se realizaron los temores de Nuño Salido, y se hizo evidente la traicion del señor de Villaren, el cual, apénas vió á los valientes hermanos peleando contra los moros, cuando en vez de ayudarles, dió á sus tropas la señal de retirada, y se alejó con ellas del campo de batalla. Conocióle el primero Nuño Salido, y lanzó un gemido profundo: entónces los sarracenos, seguros de la victoria, rodearon el pequeño escuadron de héroes consagrados á una muerte cercana. Reconocieron con horror los infantes la perfidia de que habian sido víctimas; pero era ya demasiado tarde para retroceder.

—Traicion! exclamó uno de ellos; nada puede salvarnos; pero que sea á lo ménos tan gloriosa nuestra muerte cuanto lo fué nuestra vida.

Pelearon los nobles mancebos con el arrojo de la desesperacion, y muchos moros probaron la robustez de aquellos brazos juveniles; la indómita resolucion que los animaba sorprendió á todos los enemigos. Un sentimiento no ménos noble y heroico excitaba los esfuerzos de todos sus vasallos, y no hubo entre ellos un solo hombre que pensase en abandonar á los desgraciados hermanos para salvarse. Pero ¿qué podia hacer el valor de doscientos hombres contra mas de cuatro mil? Continuaba el combate con el mismo encono, aunque continuamente disminuia el número de los combatientes, cayendo uno tras de otro los cristianos cubiertos de heridas y muriendo con un valor digno de mejor suerte. Dos de los infantes habian ya mordido la arena; pero la vista de sus cuerpos ensangrentados y cubiertos de heridas, léjos de desalentar á los otros cinco, confortó su intrepidez, y los estimuló á nuevos esfuerzos. Corridos los moros de que durase tanto tiempo el combate, los atacaron con nuevo furor, y alcanzaron una completa victoria, aunque mui disputada, que puso fin á aquella desigual pelea. Los siete hermanos de Lara, junto á los cuales pereció Nuño Salido, quedaron en el campo de batalla, y todos sus vasallos recibieron una muerte gloriosa, excepto unos treinta, que fueron hechos prisioneros. Ni uno solo volvió á Castilla á llevar la noticia de tan desastrosa aventura.

El jefe de los moros hizo cortar la cabeza á los siete infantes de Lara; trofeo que, segun la bárbara costumbre de aquellos tiempos, quiso presentar al rei de Córdoba: clavaron pues en las puntas de sendas picas las cabezas de los desgraciados hermanos, y el ejército victorioso se dirijió á la capital del rei moro.

Varios sucesos importantes habian pasado en aquella corte desde que Gonzalo Bústos fué hecho prisionero. El rei habia desistido considerablemente de su rigor, y sin descuidar la custodia de su prisionero, le dejaba gozar de cierta libertad. Los infortunios del noble castellano inspiraron compasion á una jóven mora, hermana del rei, y pronto á la compasion sucedió un sentimiento mas tierno. El mas profundo secreto cubrió por algun tiempo su mutuo cariño; pero no tardó el rei moro en concebir algunas sospechas, y pronto sus sospechas se trocaron en certidumbre. No fué menor su admiracion que su despecho cuando supo la conducta de su hermana, y solo esperó para hacerla perecer á que naciera el fruto de sus amores clandestinos. En cuanto al niño y á D. Gonzalo Bústos, los guardó para una venganza mas terrible, cuyo plan le ocupaba sin cesar, aunque no habia tomado aun ninguna resolucion fija.

Dió á luz un hijo su desgraciada hermana el mismo dia en que se supo en Córdoba la noticia de la victoria alcanzada por las tropas musulmanas, é inmediatamente la hizo el rei asesinar secretamente: conservó el niño, no por compasion, sino porque le creia un medio excelente para aumentar el horror de los tormentos que preparaba á su desgraciado padre. Recibió el horrible presente de las cabezas de los siete infantes con una alegría feroz, y concibió un plan de venganza verdaderamente diabólico. Dió órden para que se preparase un magnífico festin, y finjiéndose conmovido de los males que habia sufrido Gonzalo en su prision, desde que se descubrió el secreto de sus amores, mandó que rompiesen sus cadenas y que le trajesen á su presencia. Cuando vió al señor de Lara, díjole que habia resuelto devolverle la libertad, en consideracion así á sus largos infortunios como á las súplicas de su hermana, y le convidó al espléndido banquete que se preparaba.

Gonzalo Bústos, que ignoraba el trágico fin de sus hijos y de la princesa, no dudó en manera alguna de la sinceridad del rei moro, y le manifestó su gratitud por tan generosa conducta: siguiéndole pues al salon del festin, lleno de las mas lisonjeras esperanzas. Soberbios eran los preparat

banquete; el esplendor de la vajilla de oro pedrerías que engalanaban la mesa des- sus ojos. Luego que hubieron tomado a- s convidados, mandó el rei descubrir al- latos que estaban colocados en el centro esa .... y .... qué horrible espectáculo se entónces á sus ojos! Los platos conte- te cabezas ensangrentadas .... los ojos a- pero apagados .... los cabellos empapados re y cubiertos de polvo.... Volvióse el nzalo Bústos, y enseñándole con el dedo rrible espectáculo, le dijo con un acento ra alegría:

íralas, Gonzalo, míralas bien! Este es iete que te ha preparado el rei de Córdo- te sorprende y te admira?

do el desgraciado señor de Lara hubo e- na ojeada sobre aquellos horribles despo- ó un grito de agonía y de desesperacion. las facciones de sus hijos estaban atroz- lesfiguradas, un solo instante le bastó para erlos; porque quién podria engañar los o- n padre? Tan terrible, tan frenética fué peracion, que el mismo rei moro no pudo por mas tiempo aquel espectáculo: un nto de compasion penetró en su alma va, por lo que hizo sacar del salon á Gon- stos, casi privado del uso de sus sentidos, ó que le llevaran á su calabozo. Pronto ció por la conducta y discursos incoheren- este mísero padre, que su razon no habia resistir aquel choque terrible, y cuando lo rei resolvió no llevar adelante su vengan- donó tambien la vida á su sobrino, y aca- siblemente por cobrarle gran cariño. Per- e Mudarra, este era el nombre del niño, algunas vezes á ver á su padre, y como s años despues de aquel horrible festin le que saliese de su prision y discurriese li- e por los salones y jardines del palacio, stado de idiotismo sombrío.

ar del lastimoso estado de su razon, tuvo sin embargo algunos lúcidos intervalos, los cuales no hacia mas que hablar á Mu- el asunto que absorbia todos sus pensa- Supo por el mismo rei moro la traicion Velázquez; y siempre que hablaba de ello rra, insistia tenazmente sobre los detalles rfidia de aquel traidor. Crecia entre tan- arra, y ya anunciaba las grandes prendas to debian ilustrarle algun dia. Tendria veinte años, cuando su padre, rendido al la edad y de las amarguras, pagó el últi- uto á la naturaleza. El jóven Mudarra ó nada de cuanto le habia dicho su padre, voto solemne de vengarle, aun á costa de

n de dos años habian pasado ya, cuando a, sintiéndose capaz de dirijir una empre- sgada, resolvió pasar á Castilla, y castigar no de su padre y de sus hermanos. Co- su proyecto á los fieles castellanos cauti- n la batalla que tan funesta fué á los siete s, y que se habian quedado en Córdoba leales á la persona de Gonzalo Bústos, hacia ya mucho tiempo que el rei moro los uesto en libertad, y concedídoles permiso lver á su patria. Aplaudieron todos la ge- resolucion de Mudarra, juraron defenderle hasta la muerte, y poniéndose bajo las órdenes de este jóven denodado, penetraron en Castilla resueltos á vengarse ó morir.

No ocultó Mudarra el motivo de su llegada, por lo que pronto acudieron á reunirse bajo sus banderas todos los vasallos y amigos de la familia de Gonzalo Bústos. Su viuda doña Sancha, madre de los siete infantes, á quien solo habia hecho sobrellevar su amarga vida la esperanza de vengarse algun dia, le envió víveres y dinero: el conde de Castilla empeñó su palabra de que no intervendria en aquel asunto, dejando á entrambas partes el cuidado de terminarle como quisieran.

Apénas supo Rui Velázquez que se acercaba el enemigo, marchó acia él, le atacó, fué completamente derrotado, y á pesar de la superioridad de sus fuerzas, tuvo que retirarse á Búrgos. Siguióle á aquella ciudad el implacable Mudarra, y al punto le mandó un cartel de desafío, provocándole á combate singular; pero el señor de Villaren recibió con desden el desafío de un bastardo moro, como él decia, y le rehusó con desprecio.

— A fe mia que esto parece increible, dijo. Un renegado, el bastardo de una mujer mora, un villano á quien nadie conoce, osa provocar al señor de Villaren en su mismo palacio.

De nuevo le aconsejó doña Lambra que emplease algunos medios secretos para desembarazarse de tan molesto enemigo; mas no era fácil recurrir con buen éxito á la traicion por segunda vez, pues bien podian haber escarmentado cuantos tuvieran que habérselas con Rui Velázquez en el ejemplo de los de Lara.

Rui Velázquez, sin curarse de los peligros á que le exponia su indolencia, no hizo caso alguno de las amenazas del jóven Mudarra. Un dia, al volver solo de una cazería, habiendo dejado atras á sus monteros, hallóse á un desconocido que se acercaba á él con rapidez: aquel hombre, á quien por la distancia no habia podido conocer al principio, era su mortal enemigo.

— Cómo, bastardo vil! tú aquí? exclamó el señor de Villaren: vete, infame, ó el sonido de esta bocina hará que vengan aquí mis palafreneros á castigar tu insolencia. Vete, repito; libértame de tu odiosa presencia.

— Satisfaré tus deseos, vil asesino, respondió Mudarra; los satisfaré, sí.... porque dentro de algunos momentos uno de nosotros dos no podrá ver al otro.

— Osarias levantar el brazo contra mí?....

— Ahora lo verás, respondió el jóven echando mano á la espada: mi resolucion es inmutable: defiéndete, si no quieres que te mate sin resistencia.

Sorprendido el señor de Villaren al ver la tenacidad de su enemigo, y no pudiendo persuadirse á que Mudarra insistiera en atacar, si él continuaba rehusando el combate, exclamó con voz imperiosa:

— Déjame continuar mi camino, miserable bastardo, y no insultes por mas tiempo á un noble castellano.

— Este bastardo vengará á su padre y á sus hermanos, exclamó Mudarra desenvainando su espada. Defiéndete, ó muere, infame, traidor, cobarde asesino!....

Púsose entónces en defensa Rui Velázquez, y desplegó todo su vigor y destreza en resistir al fu-

rioso ataque de Mudarra, quien, al cabo de pocos momentos, le tendió sin vida á sus piés.

— Oh padre! oh malogrados hermanos mios! exclamó, ya estáis vengados en parte; pero la furia horrible, la tigre que ha sido la causa principal de vuestra temprana muerte, respira aun, ¡y aun no he cumplido mas que la mitad de mi obligacion!

Volvió luego á Búrgos, donde convocó una asamblea de los principales deudos y amigos de la familia de Gonzalo Bústos, para deliberar sobre el castigo que debian imponer á la cruel doña Lambra. Estaban divididas las opiniones, y sucesivamente fueron propuestos varios é ingeniosos medios de castigarla, cuales eran encerrarla en un calabozo, y dejarla en él morirse de hambre; arrancarla los ojos, y tenerla cautiva hasta su muerte; lapidarla; quemarla viva. Todos convinieron en que ningun suplicio seria bastante cruel para aquella perversa criatura.

Despues de una discusion bastante acalorada, decidióse por fin que la víctima seria lapidada, luego quemada, y arrojadas sus cenizas al viento, y se fijó para el dia siguiente la ejecucion de esta sentencia. Los partidarios de Mudarra emplearon toda la noche en tomar las posibles precauciones para que ningun obstáculo se opusiese al cumplimiento de sus deseos. Hicieron que quedasen sobre las armas sus soldados, rezelando que los amigos de doña Lambra intentasen defenderla. Empezaba apénas á amanecer, y toda la ciudad estaba sumerjida aun en el silencio y en el sueño, cuando una docena de los mas leales y decididos amigos de Mudarra colocaron sus tropas de modo que ocupasen todas las bocas de las calles por donde debia pasar la víctima; y despues de haber tomado esta precaucion, viendo que todo favorecia su horrible designio, pasaron al palacio de Villaren.

Imposible seria pintar el terror y la angustia que se apoderó de aquella malvada mujer cuando despertándose sobresaltada, vió delante de sí á su mortal enemigo. Pronto conoció que no tenia que esperar compasion alguna de Mudarra, y la certidumbre de una muerte cercana la hizo agotar de antemano todos los dolores de la agonía: sin embargo, procuró, aunque en vano, aplacar su justa cólera, echándose á sus piés, olvidando su altivez y su orgullo, humillándose en fin del modo mas abyecto y servil. Todo fué inútil.

— No, tigre, no, respondió Mudarra con voz de trueno; no obtendrás un perdon que tú no concediste jamas. Tu sentencia está pronunciada, y vas á sufrirla. Si tienes que dirijir al cielo alguna plegaria, que sea corta!

Arrastrada fué por las calles la miserable doña Lambra, apénas el sol empezaba á brillar en las puertas del oriente, prometiendo un dia puro y sereno.... ¡Qué contraste con el estado en que ella se hallaba! Sus ojos desencajados giraban frenéticos en sus órbitas; sus negros cabellos caian desgreñados sobre su frente y sus espaldas; sus piés descalzos; cubierto apénas su cuerpo con las ropas de dormir! La altiva, la orgullosa doña Lambra se deshacia en inútiles súplicas, sin poder hacer que brotara una sola chispa de piedad del corazon de sus numerosos enemigos. Era un espectáculo verdaderamente horrible ver á tantos guerreros armados contra la vida de una sola mujer. Ejecutóse en fin en todo su rigor la sentencia pronunciada contra ella, y á los gritos de la víctima llenáronse las vent las circunvecinas casas de personas en cuy blantes se leia el horror que les inspiraba espantosa escena.

Poco tiempo despues de esta catástrofe cristiano Mudarra, y recibió el bautismo glesia principal de Búrgos, en medio de u pa espléndida y de los mas brillantes re en el mismo dia García Fernández, conde tilla, le nombró caballero, y le declaró l legítimo del solar, hacienda y honores d dre. La viuda de Gonzalo Bústos, satisf valor y perseverancia que habia desple castigar á los que ella miraba como sus e personales, y aun mas, pues habian hecho á su marido y á sus hijos, resolvió adopt hijo suyo. He aquí cómo se hizo la ce de su adopcion, inmediatamente despues su bautismo.

Púsose doña Sancha por cima de sus un gran manto de seda, cuyas mangas extraordinaria anchura. A presencia de rientes mas cercanos hizo entrar á Mudar na de estas mangas, y cuando sacó la ca cima del hombro, y se halló junto á la Sancha, ella le dió un beso en la frente, y sentó á su familia con el título de hijo su gran festin terminó esta curiosa y singul monia: asistió el conde de Castilla al b y dió repetidas pruebas de benevolencia al nuevo cristiano y nuevo caballero.

Probó Mudarra desde aquel dia en lo que era digno de los honores que le habian s feridos, como tambien del ilustre tronco descendia. Su adopcion en la familia de su conducta durante toda su vida borraro gitimidad de su nacimiento. Fué Mudarr mer ascendiente de la familia de los Ma una de las casas mas nobles é ilustres de sus despojos mortales fueron depositados nasterio de san Pedro de Arlanga.

TELESFORO DE TRUEBA. *Traducido por* I

GLORIA Y ORGULLO

LEJOS de mí, placeres de la tierra
fábulas sin color, sombra, ni nombre
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el homb

¿Qué es el placer, la vida y la fo
sin un sueño de gloria y de esperanz
una carrera larga é importuna,
mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas
que velas el harem de las mujeres,
opio letal que el sueño facilitas
al ébrio de raquíticos placeres,

Léjos de mí! — No basta á mi re
el rumor de una fuente que murmur
la sombra de un moral verde y pom
ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa
del báquico festin, libre y sonoro,
de esclavos viles la menguada tropa

ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
tengo aliento de estirpe soberana;
por llegar á gigante enano vivo;
no sé ser hoi y perecer mañana.

Yo no acierto á decir: "la vida es bella,"
y descender estúpido al olvido;
amo la vida, porque sé por ella
al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasion que llaman *Gloria*
brota en mi corazon la ardiente llama,
luz de mi ser que abraza la memoria,
voz de mi ser inextinguible clama.

Gloria! ilusion magnífica y suprema,
ambicion de los grandes, en quien quiso
velar Dios esa mística diadema
que nos dará derecho al paraiso;

Nada es sin ti la despreciable vida,
nada hai sin ti ni dulce ni halagüeño;
solo en aquesta soledad perdida
la sombra del laurel concilia el sueño.

Solo al murmullo de la excelsa palma
el noble orgullo con su aliento agita;
en blando insomnio se adormece el alma,
y en su mismo dormir crea y medita.

Zéuxis, Apéles, Píndaro y Homero
bajo ese verde pavellon soñaron,
César, Napoleon y Atila fiero
bajo ese pavellon se despertaron.

Por ti el delirio del honor se adora,
por ti el hinchado mar hiende el marino,
por ti en su gruta el penitente llora,
y empuña su bordon el peregrino.

Por ti el soldado se vendió á sus reyes,
y lidia agora con porfia insana;
no por esas que ignora pobres leyes,
por comprar una lágrima mañana.

Por ti le canta el orgulloso amante
dulces trovas de amor á una querida;
porque tal vez un venturoso instante
tenga en su canto prolongada vida.

Por ti del negro túmulo en la piedra
ambicioso el mortal graba su nombre;
porque tal vez entre la tosca yedra
otro dia al pasar le lea un hombre.

Por ti acaso el cansado centinela
que incendió una ciudad en la batalla
su cifra indiferente miéntras vela
pinta con un tison en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
por ti con templos y palacios pisa;
por ti su gesto satisfecho asoma
tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por ti vencida se incendió á Corinto,
por ti la sangre en Maraton se orea,
por ti una noche con aliento estinto
tumba Leonidas demandó á Platea.

Por ti trofeos el cincel aborta
y álzanse torres con tenaz porfia;
porque es la vida deleznable y corta,
y todos quieren prolongarla un dia.

Por eso velo con la noche oscura
sobre un volúmen carcomido y roto,
y una mañana sueño de ventura
y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
el blando son del agua me adormece,
y entre pardos y errantes nubarrones
de la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
del aura que los árboles menea,
de la tórtola triste el ronco arrrullo,
y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
los antiguos y góticos castillos,
y el granizo se estrecha en sus cristales
ó azota sus escombros amarillos.

Oh! si sentís esa ilusion tranquila,
si soñáis que en mis cánticos murmura
ya el aura que en los árboles vacila,
ya el mar que ruje en la tormenta oscura;

Si al son gozais de mi cancion que miente
ya el bronco empuje del errante trueno,
ya el blando ruido de la mansa fuente,
lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llamo á las cerradas rejas
de una hermosa, á cuyos piés suspiro,
sentís tal vez mis amorosas quejas,
y os sonréis cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparicion nocturna
la raza evoco que en las tumbas mora,
os estremece en la entreabierta urna,
respondiendo el espíritu á deshora;

Si lloráis cuando en cántico doliente
hijo extraviado ante mi madre lloro,
ó al cruzar por el templo reverente
la voz escucho del solemne coro;

Si alcanzáis en mi pálida mejilla
cuando os entono lastimosa endecha
una perdida lágrima que brilla
al brotar en mis párpados desecha;

Todo es una ilusion, todo mentira,
todo en mi mente delirante pasa;
no es esa la verdad que honda me inspira,
que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,
no los recuerdos de olvidada historia;
es un raudal que inunda de consuelo
este sediento corazon de gloria!

Gloria! madre feliz de la esperanza,
mágico alcázar de dorados sueños,
lago que ondula en eternal bonanza
cercado de paisajes halagüeños:

Dame ilusiones, dame una armonía
que arrulle el corazon con el oido,
para que viva la memoria mia
cuando yo duerma en eternal olvido.

Léjos de mí, deleites de la tierra,
fábulas sin color, forma ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

Gloria, esperanza! sin cesar conmigo
templo en mi corazon alzaros quiero,
que no importa vivir como el mendigo
por morir como Píndaro y Homero.

J. Zorrilla.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Pífano. Esta especie de flauta pequeña, que se acompaña ordinariamente con el tambor, fué introducida en Francia por los Suizos, y se empezó á usar en tiempo de Francisco I, despues de la batalla de Marignan.

Pintura. Su orígen se pierde en la noche de los tiempos. Los Egipcios pretendian dar el honor de esta invencion á Philocles, y los Griegos á Cleante de Corinto y á Telephano del Peloponeso. Pero lo que se sabe de cierto es que de todos los pintores que hubo ántes de nuestra era, Apéles fué el mas hábil, y que de la Grecia pasó este arte á Italia, donde adquirió mucha reputacion, y floreció hasta la decadencia del imperio romano. Por largo tiempo estuvo la pintura sepultada en Occidente; pero renació de nuevo en Florencia por los desvelos del famoso Cimabué, el cual por los años 1270 sacó de entre las manos de ciertos griegos los deplorables restos de este arte; sin embargo, en su tiempo solo se pintaba al fresco y al temple, lo cual duró hasta que á principios del siglo XV el flamenco Juan Van-Eick, natural de Brújas, encontró el secreto de pintar al olio; bien que se dice que este secreto le aprendió de Antonello de Mesina, que era el verdadero inventor. Un siglo despues apareció Miguel Angel, que excedió á cuantos le habian precedido, y tuvo la gloria de formar la escuela de Florencia, así como Rafael estableció la de Roma. Desde entónces la pintura ha sido ejercitada en varios paises por genios felices, que han sabido dar á sus admirables obras la verdad, las gracias y las riquezas de la naturaleza.

Pintura eludórica. Esta es una pintura en miniatura que inventó en el siglo pasado M. Vicente de Montpetit, y tomó la denominacion de eludórica, de dos palabras griegas que significan aceite y agua, porque ambos líquidos concurren á su ejecucion.

Pintura de esmalte. La pintura de esmalte, ó mas bien sobre esmalte (como dice el Diccionario de Artes) es mui antigua, pues se sabe que estuvo en uso entre los Toscanos en tiempo de Pórsena; bien que fué, como todas las artes, mui imperfecta en los principios. En 1632 un platero de Chateau-Dum descubrió los colores metálicos y el modo de servirse de ellos, cuyo secreto comunicó á otros artistas, que despues llevaron este arte al grado de perfeccion que tiene en el dia.

Pirómetro. Instrumento para medir la accion del fuego sobre los metales y otros cuerpos sólidos, inventado por Musschenbrock en 1740.

Pistola. Se dice que los habitantes de *Pistoya* en Toscana inventaron las pistolas acia el año 1551.

Plata fulminante. Esta composicion fué descubierta en 1789: ni la pólvora ni el oro fulminante pueden compararse á dicha composicion, á la que el menor contacto hace detonar.

Platería. El arte de trabajar el oro y la plata es mui antiguo. Moises refiere que los Israelitas pidieron á los Egipcios al tiempo de marchar desierto una gran cantidad de vasos de oro y plata; y Homero en su Odisea dice que Elena, la esposa de Menelao, recibió en presente una soberbia rueca de oro y una canasta de plata con bordes de oro mui fino y mui bien trabajado. Este arte ha llegado en el dia al último grado de perfeccion.

Plomo. El arte de fundirle y trabajarle, que es mui antiguo, ha sido mejorado notablemente en el siglo pasado, sustituyéndose á la fundicion en planchas la que se hace en hojas, cuyo grueso tiene la igualdad de que carecia el de aquellas.

Plumas. El primer instrumento con que se escribió fué un punzon de madera ó de marfil; luego que se usó la escritura propiamente dicha, las cañas sirvieron de plumas, y hasta el siglo quinto no se adoptaron las de las aves. De algunos años á esta parte se han introducido las metálicas, que se van generalizando mucho.

Poesía. Inútil es buscar su orígen, pues se halla en todos los paises y en todos los tiempos. Los primeros monumentos de la historia hebrea son cánticos sagrados; la cuna histórica de la Grecia existe en los poemas de Homero, y el primer historiador de Escocia fué el bardo Ossian. Los Galos tuvieron tambien sus bardos hasta el siglo XII en que aparecieron los trovadores; y España lee las mas interesantes páginas de su historia en sus romanceros.

Polígrafo. Máquina para sacar muchas copias á la vez por un mismo original, inventada por M. de Cotteneuve por los años 1769, y perfeccionada despues por M. de Brussy.

Pólvora. Muchas son las opiniones que hai acerca de la época y del autor de tan mortífera invencion, segun vemos en la Enciclopedia Metódica, en el Diccionario de Artes y en otras obras. En ellas se dice que Polidoro Virgilio pretende que su descubrimiento se debe á la casualidad de haberse introducido algunas chispas en el mortero en que un químico tenia una mezcla de nitro, azufre y carbon, la cual se inflamó é hizo saltar con gran violencia la piedra que le cubria. Tevet atribuye esta invencion á Constantino Anelzen, monje de Friburgo. Belleforest, Scalígero y otros, dicen que la pólvora fué inventada en Ferrara por Partólomé Schwartz, que en 1380 enseñó su uso á los venecianos. A pesar de lo referido, parece que la pólvora fué conocida en España muchos años ántes, pues segun leemos en la Coleccion de los Viajes y Descubrimientos de los Españoles, publicada por el señor de Navarrete, estos hicieron ya uso de los truenos ó de la pólvora durante el sitio de Zaragoza por don Alonso I de Aragon, por los años 1117 y 1118; y posteriormente se usó tambien en otros sitios, y entre ellos en el de Córdoba en 1280, en el de Gibraltar en 1306, &c.

Porcelana. Ha sido conocida desde la mas remota antigüedad en la China y en el Japon; pero se ignora el nombre del inventor y la época de su descubrimiento. Por largo tiempo se trabajó en Europa para imitar la porcelana, lo que no se consiguió hasta el siglo XVII, en el que la casualidad hizo que el baron de Boeticher descubriese en Sajonia su composicion.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

Un baile de máscara.

mos dos meses estaba yo una mañana en-
en mi cuarto acabando de despachar al-
untos, cuando repentinamente entró y se
á mi vista mi amigo Antonio, con el
e desfigurado, los ojos desencajados, y
ando en todos sus ademanes que su men-
laba en el mayor extravío.
é tienes, Antonio? le pregunté; qué te
ido?
! me contestó, déjame respirar; no sé lo
asa; me parece un sueño, ó acaso estaré

decir esto tomó asiento, descansando la
n ambas manos.
ale yo con admiracion y silencio, sin sa-
atribuir tan extraño desórden, y notan-
curiosidad, me dijo:
ngo del cementerio de santa Paula.
lesde qué hora entraste en él?
de las siete.... Maldito baile de máscara!
pude acertar entónces con la causa del
o de mi amigo, porque no comprendia
que ver el cementerio de santa Paula
aile de máscara.
eme atento, me dijo Antonio despues
o de silencio; tú me has de perdonar ha-
un secreto para ti; pero voi á revelár-

bla, amigo.
te acordarás del baile de máscara que
año pasado....
que se dió en el teatro principal?
mismo. Has de saber que luego que sa-
me fuí derechamente al teatro, cuya sa-
ba llena de numerosa concurrencia. A-
titud de payasos, figurones, dominós, Ar-
Purchinelas, viejos y moros, que se mo-
mpas y sin compas, y muchos de los cua-
sar junto á mí, me decian con voz mas
chillona: *Ya te conozco, Antonio; — No
ntoñico? — Qué triste estás, Antonio!* y
es por este estilo. Rompió la música,
es fué cosa de ver cuál se agitaban y da-
lidos de júbilo aquellas extrañas criatu-
o se agarraban unas á otras, tomándose
nos, de los brazos y aun del cuello: ora
grandes ruedas, y brincaban y saltaban
el menor caso del compas, ora acompa-
dos en dos, se dejaban arrastrar del paso
e la galopa, dando y sufriendo sendos
es, pateando con toda fuerza, cual si fue-
úmenos, y saludándose mutuamente con
nos, y otros con groserías. Cansado yo
inquieto y diabólico espectáculo, y mas
deseando pasar en mi cama el resto de
porque ya sabes que nunca he sido ami-
velarme, traté de retirarme, cuando ai! a-
za lo doloroso de mi historia.... Al salir
ntra en la sala una jóven con careta, que
fidez y torpeza con que entraba, se co-
estaba acostumbrada á semejantes far-
é en ella mi vista, aunque con modes-
rañé mucho verla concurrir sola á aque-
n. Debió sin duda conocer mi pensa-
orque acercándose á mí, me dijo con una
ical que hizo palpitar mi corazon:

— Cuánto engañan las apariencias, caballero! Si es V. tan bueno y honrado como me lo parece, tome mi brazo y entremos, porque no es bien visto que una mujer venga sola á esta clase de espectáculos.

No habia acabado de pronunciar las últimas palabras, y ya tenia yo en mi brazo el suyo. Dimos algunos pasos por la sala, y observé que los suyos vacilaban, y que se apoyaba con mas fuerza en mi brazo.

— Se siente V. mala, señorita? le pregunté.

— No, caballero, me respondió; es cosa de nada.... un desvanecimiento.... Y hacia esfuerzo por seguir adelante.

Tres vueltas dimos por la sala, pasando por entre aquella multitud de máscaras, y al cabo de un rato me dijo mi compañera:

— Extrañará V. mucho el verme aquí sola y de brazero con un hombre á quien no conozco: en qué mala opinion me tendrá V.! ya lo comprendo! pero dígame V., sabe lo que son zelos?

— Ai! sí, por mi desgracia.

— Entónces me disculpará V., puesto que ya sabe cuán poderosa es la voz de aquella pasion que nos dice al oido: Anda y desengáñate por tus propios ojos; vé á ver cómo ultraja tu amor el dueño de tu corazon. A tales vozes es uno capaz de....

Iba yo á decir algunas palabras, cuando fijando la vista mi compañera en un par de dominós que pasaban por delante de nosotros, me lo impidió, diciendo:

— Calle V., calle V.; y me obligó á ir siguiendo las huellas de aquellas dos figuras: yo obedecia como un niño, porque tan grande así es el poder de una pasion verdadera. El mas alto de los dos dominós era hombre evidentemente, y el otro mujer: ambos hablaban en voz baja; y mi compañera me dijo casi entre dientes:

— Él es, él es; esa es su risa: bien me lo decian en la carta. Ai, Dios mio! dame fuerza para soportar tan amargo desengaño.

Seguiamos á los dos dominós por cuantas partes andaban, y mi pobre compañera me hacia partícipe de su agitacion: sentia yo cómo palpitaba su seno y cómo temblaban sus miembros, experimentando no sé qué turbacion en mi alma.

Ultimamente, subieron á los palcos ambos dominós, y nosotros siempre tras de ellos cual si fuésemos sus sombras: entraron en un palco, cerrando luego la puerta, lo cual visto por mi compañera, se acercó á ella para escuchar lo que hablaban.

— Si quiere V. escuchar, le dije en voz mui baja, pasemos al palco inmediato, que está abierto y vacío. Siguió mi consejo, y poniendo un cojin en el suelo, se hincó en él, y pegó la oreja en el tabique que dividia ambos palcos. Yo me quedé en pié algo retirado de ella, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y la mente llena de ideas de amor. ¿Es posible, decia para mí, que haya un hombre tan insensible que vea con indiferencia hermosura tan peregrina; que olvide por otra el acento de esa voz que tan dulcemente se insinúa en el alma? ¿Quién no diera la mitad de su vida por ser amado de tan perfecta criatura con el ardor y frenesí que manifiesta?.... Estas eran mis reflexiones, cuando vi que aquella mujer se

levantó del cojin, y con los ojos centellantes y la voz cortada, se acercó á mí, me tomó una mano, y me dijo:

— Créamelo V., caballero, soi hermosa, doncella, y tengo diez y nueve años.... y me ultraja! y me es infiel! y se burla de la pasion que le tengo! ¡Oh si pudiera dar á otro mas digno que él este corazon lleno de tiernos y ardientes sentimientos!....

Ya no pude contenerme: estreché en mis brazos aquel ángel de amor.... imprimí un beso en la mano de aquella beldad.... y con esto solo conseguí hacerme el mas desdichado de los hombres. Su contestacion fué:

— Oh! no; jamas podré desterrar de mi alma á ese pérfido; suyo es mi corazon, suya mi vida. Caballero, si soi de véras acreedora á su estimacion, y si se precia V. de tener honor y delicadeza, no me siga por Dios, ni trate de saber nunca quién es esta desdichada. Adios....

Dijo, y se fué, dejándome solo y luchando con mis sentimientos.

Y nunca mas volví á ver á la que robó mi reposo: diez meses han transcurrido ya, y no he logrado encontrarla: en el teatro, en el paseo, en la alameda, en los templos, por todas partes la he buscado; y siempre que veia á lo léjos una mujer de estrecha cintura, estatura esbelta, andar gracioso y pié breve, luego me acercaba á ella, y conocia mi error. Oh! no era ella! tan solo de noche en mis ensueños he visto aquella divina mujer! ¡Cuántas vezes la he mirado en mi imaginacion sin la careta que me ocultaba parte de sus gracias! En fin, desde aquella aciaga noche vivo ardiendo en el amor insensato de una mujer á quien no conozco, siempre esperando, y mirando siempre frustadas mis esperanzas, zeloso sin saber de quién, sin atreverme á hablar á nadie de mi ceguedad y locura, y últimamente, devorado, aniquilado y lleno de desesperacion.... Y para que mejor comprendas hasta qué grado llegó mi desventura, toma esta carta y leela.

La carta decia:

"Acaso no se habrá V. olvidado de la infeliz y zelosa mujer enmascarada que muere por no poder olvidar....

"Al recibo de esta ya habré salido de esta vida. Pase V. al cementerio de santa Paula, infórmese de cuáles son los sepulcros mas recientemente abiertos, y el que tenga en la lápida grabado el simple nombre de María, ese será el mio. Arrodíllese V. delante de él, y ore por mí."

— Así lo hice, continuó diciendo Antonio: ayer recibí esta carta, y hoi fuí al cementerio, y permanecí dos horas arrodillado ante aquel sepulcro.... entiendes bien?.... ante el sepulcro en que yace aquella mujer!.... Voló al cielo aquella alma candorosa y ardiente, y su bellísimo cuerpo estaba cerca de mí, desfigurado y acaso corrompido; pero ¡cuánto hubiera yo dado por haber podido estrechar contra mi pecho aquel inerte y adorado cadáver! Dime, ¿conoces situacion semejante á la mia? Ahora pues, acabaron mis esperanzas.... nunca, jamas volveré á verla! ¡Oh si me fuese dado darle vida, infundiéndosela con el fuego abrasador de mi pasion! Ha muerto, amigo, y la amo, la adoro como si viviera, como un insensato; y si supiese de cierto que en la otra vida no me habia de ser desconocida como lo fué en esta, al instante me mataria por ir á reunirme con ella.

Al decir esto, me arrebató la carta de las manos, le dió mil besos, y se puso á llorar como un niño.

Abrazélo, y no sabiendo cómo consolarlo, lloré con él.

M. G.

MIS SENTIMIENTOS.

He prescindido

de mis amigos siempre que me he visto en algun padecimiento; de los ingratos á quienes ya no he podido ser útil; de los viciosos que me han parecido incorrejibles; de la esperanza de enriquecer; de la de tener mujer humilde y mansa de corazon; y del deseo de que mis opiniones merezcan la aprobacion general.

Quiero mucho

á todos los Mejicanos, sean quienes fueren, altos ó chaparros, gruesos ó flacos, trigueños, azules, blancos, vestidos ó encuerados, escoceses ó yorkinos, liberales ó serviles, centralistas, feos ó hermosos; pero declaro que aunque los quiero tanto, el cariño qué tengo á las Mejicanas es un dedito mas grande que aquel, y el que profeso á los suscritores del *Repertorio de literatura y variedades* mayor que el que tengo á mis lindas y feas paisanas; de suerte que me entristezco si sé que alguno de ellos está arrancado y no puede pagar su suscricion, y me pongo tan alegre como una pascua cuando tienen los bolsillos repletos de reales, y no quedan á deber nada.

No me gusta

que se odien unos á otros; que tan solo se tenga consideracion á las riquezas; que se llame talento á la presuncion, chiste á la grosería, y bondad á la hipocresía; que se repute á la impudencia por dignidad, á la desvergüenza por franqueza, á la simulacion por prudencia, á la apatía por moderacion, á la jactancia por valentía, al libertinaje por libertad, y al frenesí por patriotismo. Ménos me gusta que haya oro para el vicio, lodo y desprecio para la virtud, poder arbitrario contra el humilde é indefenso, é incienso para la intriga y traicion.

Sufro con paciencia

las flaquezas y gorduras de mis prójimos los necios, los imbéciles, los idiotas, los fatuos, los pedantes, los presumidos, los avarientos, los egoistas, los holgazanes, los golosos, los supersticiosos, los que charlan mucho y trabajan poco, y otros animales domésticos por este estilo.

Respeto y estimo

á un buen padre de familia, á una mujer sedentaria que cumple con sus deberes, á un hijo obediente y respetuoso, á un juez íntegro, á un abogado

Lith. callejón Clara n.º 8.

El Baile de Mascaras.

desinteresado, á un comerciante de probidad, á un criado fiel, á un rico caritativo, y á un pobre que vive contento con su suerte.

Miro con veneracion

la ancianidad, la inocencia y el infortunio.

Celebro

el valor que lucha con la adversidad, la resignacion bajo el peso del sufrimiento, el desinteres en el seno de la miseria, la calma en el momento del peligro, y la gratitud que sobrevive á la prosperidad.

Miro con desprecio

á los embusteros, á los maldicientes, á los aduladores y á los revolucionarios.

Disculpo

las faltas que hacen cometer la inexperiencia, el abandono, la miseria, la ignorancia y la flaqueza.

Tengo miedo

á los ladrones, á los borrachos, al rayo, á los perros y á mi novia.

Tiemblo

cuando oigo decir pronunciamiento, cuartillas de cobre, contribuciones y libertad de imprenta.

Regalo

consuelos, palabras, esperanzas y consejos, aunque para mí los quisiera.

Me encocoran

un hombre mui lloron, y una mujer que por nada llora; los pantalones de polaina; los ojos de las mariposas; los jóvenes taciturnos; las mujeres que fuman puro; los políticos de café; los que dicen *agur* en lugar de *adios;* los que hablan mas que de priesa, y las que hablan mas que despacio; las niñas mui formales, y las matronas mui risueñas.

Bostezo y casi me duermo

cuando tomo en mis manos el periódico.... Alto ahí! eso sí que no. Dios mio! qué iba yo á hacer? ¿Hablar mal de los publicistas? criticar á los autores? Dios me libre de tamaña maldad! No; es necesario ser justos: murmurar de los periodistas! este seria el mayor de los atentados. ¿No son ellos las antorchas ambulantes de la civilizacion? ¿no son las mas firmes columnas y los mas sólidos apoyos de la pública felicidad? ¿no son ellos los órganos (aunque destemplados muchos) por donde se transmite lo que llamamos opinion general? Y sabiendo esto, ¿tendria yo corazon para decir que me causan sueño aquellas frases rotundas, floridas, pomposas y magníficas? Léjos de esto, me llenan de entusiasmo y admiracion, y cuanto mas leo, mas me admiro, y cuanto mas me admiro, mas se exalta mi fantasía, hasta que de allí á poco.... caigo.... en un profundísimo letargo. M. G.

EL BALADRON COBARDE.

Cuando el general Bligh no era mas que capitan de uno de los regimientos irlandeses, viajaba con su esposa por uno de los condados de Inglaterra, y al llegar á una posada de una aldea miserable, mandó que se le sirviese la comida, que era por cierto mui mezquina. Llegaron al mismo tiempo algunos mozalvetes troneras del pais, y sabiendo que no habia en la casa otra cosa que comer sino lo que se iba á servir á esta pareja matrimonial, preguntaron quiénes eran aquellas personas. Contestó el posadero que no las conocia, pero que se figuraba que el caballero era un oficial irlandes.

Ah, ah! dijo uno de la comitiva; siendo irlandes, le bastará una sola patata. Ea, mozo, toma este reloj, dijo sacando un magnífico reloj de bolsillo; llévalo arriba, y pregunta á ese caballero qué hora es.

El señor Bligh, como puede mui bien imaginarse, no quedó de modo alguno complacido con una embajada tan insolente; pero reconcentrándose un momento en sí mismo, tomó el reloj, y encargó al criado que hiciera presente su atencion á los sugetos que lo habian comisionado para aquel intento, y que les dijera que él les daria una contestacion ántes de marcharse. Este mensaje serio, formal y amenazador, produjo el favorable efecto de que se dejara pasar libremente la comida al cuarto de Bligh; y luego que este hubo concluido, se puso debajo del brazo un par de pistolas de arzon, y bajando la escalera con mucha calma, se presentó de repente delante de aquella juventud bromista y alborotadora.

Un profundo silencio fué el primer efecto que produjo la imponente aparicion del denodado capitan: volviéndose en seguida acia los que tenia á su mano derecha, preguntó á varios de ellos por la embajada que habia llevado el criado, y todos negaron el hecho. Se dirijió á los de la izquierda, quienes aparentaron igual ignorancia. Entónces les dirijió la palabra en los términos siguientes: "Yo creí, caballeros, que fuesen ustedes otra clase de gente: el criado me trajo, no há mucho, un recado insolente de algun individuo de la casa, á quien vine á satisfacer en debida forma, como podrán ustedes observar (enseñándole las pistolas); pero ya veo que me he equivocado, ó que no ha salido de este cuarto aquella fanfarronada."

Viendo que nadie le respondia, se despidió de toda aquella reunion con gran política y desenfado, recibiendo de la misma toda clase de atenciones y cumplimientos, no habiéndose atrevido ninguno de ellos á reclamar el reloj, ni á preguntar de nuevo la hora á quien hallaban tan firme y resuelto á darles una severa respuesta. El capitan Bligh se metió en su coche, y se marchó con dicho reloj en el bolsillo, el cual llevó siempre consigo, y á su muerte lo legó á su hermano el dean de Elphin juntamente con una herencia colosal.

Recreo literario.

Las cuatro FFFF.

Volvia desde Salamanca un estudiante de con-

cluir curso para su tierra. No llevaba muchos cuartos; y así, en todas las posadas ajustaba su bolsa con la huéspeda, para que no se le acabase ántes de concluir su viaje. Era suma la economía de que usaba. Sucedió que llegando á hacer noche á una posada, donde la huéspeda era mujer de lindo entendimiento, lindo modo y mucho agrado, le preguntó qué queria cenar. Respondió que un par de huevos. — No mas, señor licenciado? dijo la huéspeda. A lo que el estudiante dijo: Bástame, señora, que yo ceno poco. Trajéronle los huevos, y al tiempo de cenarlos le propuso la huéspeda unas truchas mui buenas que tenia por si las queria. Negóse el estudiante al envite. Mire, señor licenciado, añadió la huéspeda, que son mui ricas, porque tienen las cuatro FFFF. — Cómo las cuatro efes? replicó el estudiante. — ¿Pues no sabe, señor licenciado, repuso la huéspeda, que las truchas para ser regaladas han de tener cuatro FFFF? — Nunca tal he oido, dijo el estudiante, y quisiera saber qué cuatro efes son esas, ó qué significa ese enigma? — Yo se lo diré, señor, respondió la huéspeda: quiere decir que las truchas mas sabrosas son las que tienen las cuatro circunstancias de *frescas*, *frias*, *fritas* y *fragosas*. A lo que el estudiante dijo: Ya caigo en ello; pero, señora, si las truchas no tienen otra F mas, para mí no sirven. — Qué otra F mas es esa? preguntó la huéspeda. — Señora, que sean *fiadas*, porque en mi bolsa no hai con que pagarlas por ahora. Agradó tanto la agudeza á la huéspeda, que no solo le presentó las truchas graciosamente, mas le previno la alforja para lo que le restaba de camino.

Floresta española.

DESCUBRIMIENTO

DEL

ESTRECHO DE ANIAN.

Todos los geógrafos han impugnado el viaje del capitan Ferrer Maldonado, y con particular empeño el descubrimiento que se le atribuye del paso del estrecho de Anian, llamado ahora estrecho de Bering. Yo no me atreveré á emitir con confianza mi opinion sobre este punto, porque carezco de datos positivos: me limitaré por lo tanto á dar los extractos de dicho viaje, sacados del manuscrito español que el caballero Cárlos Amoretti halló en la biblioteca de Plasencia de Italia, y que publicó en 1812: para ilustrar en lo posible esta materia, daré á su continuacion algunos apuntes sobre los viajes que posteriormente han emprendido acia aquel punto otros célebres navegantes.

Dice el manuscrito que habiendo salido Maldonado de Lisboa (en 1558), navegó con la proa al N. O. por el espacio de 525 leguas hasta que descubrió la isla de Frislanda á los 60 grados; (isla que ya no existe, pues que, segun opinion acreditada, ha sido destruida por terremotos y erupciones de volcanes, y sumerjida por la mar). Tomó entónces el rumbo del O., y navegó 100 leguas, corriendo por la misma latitud hasta la tierra del Labrador y principio del estrecho de este nombre ó de Hudson: examinando detenidamente aquellos parajes, vió que la embocadura tenia 34 leguas de ancho; que la tierra en la parte del Labrador era baja; que la costa opuesta del estrecho presentaba montañas mui altas entre dos canales uno de los cuales se dirijia al N. E., y el otro al N. O. Tomando este último, navegó unas 9[illegible] leguas, hasta que llegó á los 64 grados. Habiendo observado que el estrecho cambiaba aquí de direccion, navegó con la proa al N. hasta los [illegible] grados, en cuya latitud, como echase de ver que cambiaba segunda vez de direccion, y que el canal conducia al N., corrió por el mismo 100 leguas, hasta que llegó á los 75 grados, en que termina el referido estrecho del Labrador, que dice tiene 300 leguas de largo y unas 45 en la parte mas ancha. Cuando el navegante español salió del citado estrecho, que fué á principios de marzo, era el frio tan intenso, que se veia precisado á romper el hielo que se formaba en los bordes de la nave; mas no creyó por eso que pudiese llegar al exceso de congelar el mar, lo que le pareció mui dificil, atendida la extension de estas aguas y sus grandes corrientes.

Empezando á bajar de latitud y navegando al O. S. S. O. por el espacio de 975 leguas, halló la de 71 grados, en la que descubrió una tierra mui elevada: desde aquí volvió á tomar el rumbo acia el O. S. O., y navegando otras 115 leguas llegó á los 67 grados, en cuyo punto halló el tan deseado estrecho de Anian, ahora de Bering: sigue diciendo que este estrecho tiene 14 leguas de largo, su entrada por el N. algo ménos de un cuarto de legua de ancho, y por ambas costas dos peñascos cortados perpendicularmente; su salida acia el S. mas de un cuarto de legua de ancho, en medio un pequeño islote, entre el cual y el continente de Asia, del que está mui cerca, solo pueden penetrar barcos pequeños en razon de su poco fondo; pero acia el continente de América es mui cómoda la navegacion, aunque sea para tres navíos de frente. A su salida por esta parte halló un puerto espacioso, en el que dice pueden fondear 500 naves: el territorio contiguo es mas hermoso, alternado por llanuras y colinas que podieran con la industria ser susceptibles de cultivo. En las márgenes de un rio que entra en este puerto, vió frutas excelentes, uvas y otras producciones propias de climas templados: tambien perdizes, conejos y venados con pintas negras y blancas, dos especies de cerdos, algunos búfalos y otros animales, aunque ninguno feroz, y asimismo mucho pescado y frutas de mar.

Habiendo estado surto en este punto desde principios de abril hasta mitad de junio, tuvo lugar para hacer varias exploraciones, en una de las cuales vió venir por la parte del S. en direccion acia el estrecho un gran buque de 800 toneladas habiéndose aproximado á él, le dijo la tripulacion en latin, que fué la única lengua en que pudieron darse á entender, que venia de una ciudad llamada *Robr*, perteneciente á la Tartaria, en la que habia cargado brocados, sedas, porcelanas, plumas, piedras preciosas, perlas, oro y otros efectos de valor. Maldonado colijió de la conferencia que tuvo con estos navegantes, que eran moscovitas habitantes del mar Blanco, á donde regresaban por dicho paso de Anian.

Habiendo Maldonado zarpado el ancla, navegó

r las costas de América hasta los 55 grados: sde aquí tomó la direccion O., y despues de ha- r corrido 137 leguas, descubrió una tierra mui atada, y montañas mui elevadas que tomó por Tartaria ó China: siguiendo la misma costa, internó en el mar del Sur, recorrió el Japon, Molucas, la India y las islas, y por fin toda la sta occidental de la América del Sur.

Este es en sustancia el viaje que se atribuye á aldonado. Añade el editor del manuscrito que sabe cómo disculpar á la España de haber des- idado las considerables ventajas que tal descu- imiento debia producirla, siendo probado que por te medio podia ahorrarse una buena parte del mino para las Filipinas, China y Japon, y de- as puntos ó establecimientos en aquellos mares; conservando el dominio del referido estrecho, odia hacerse dueña del comercio de la especería e las Molucas, y dar mayor fomento á sus pose- iones: acaso el temor de que otra nacion se apo- erase con el tiempo de aquel estrecho, y se apro- iase las expresadas ventajas con detrimento de as posesiones españoles, indujo á la corte de Ma- lrid á tener oculto este viaje.

Ya he indicado que carezco de datos auténticos ara asegurar este descubrimiento: los viajeros nodernos lo niegan del modo mas terminante, y ostienen que es impenetrable el paso del mar Pa- cífico al Glacial; entre ellos Cook y Clerke, que ntentaron en vano cruzarlo por la parte del S., y que se vieron precisados á retirarse por los in- mensos hielos; lord Mulgrave, Vancouver, Mea- res y otros, cuya atrevida empresa, acometida en la misma direccion, no tuvo mejor resultado que la de los anteriores navegantes; y Hearne, Mac- kenzie, y recientemente el capitan Parry y otros que emprendieron sus expediciones por el Atlán- tico sin que fueran mas afortunados en sus pla- nes. Resta saber si el malogro de estos insignes via- jeros puede atribuirse á la mala estacion, tiempos mas rígidos, y frios mas penetrantes que habrán ex- perimentado en sus expediciones por estos mares, siendo bien sabido que las estaciones son mas blan- das unos años que otros; ó si el citado viaje es u- na graciosa invencion de Maldonado. Hai sin embargo una circunstancia que obra en favor de este, y es la navegacion que en 1819 hicieron los Rusos desde el mar Blanco acia el E., y los Ingle- ses desde la bahía de Hudson acia el O. Se ase- gura que si estas dos expediciones hubieran conti- nuado su rumbo por algunas leguas mas, como pa- rece pudieron efectuarlo, se habrian llegado á cruzar: en tal caso se fortificaria la idea de que son penetrables estos mares, y de que es posible entrar en el estrecho, objeto de tantas disputas é ndagaciones. Saldrá quizá con el tiempo algun navegante afortunado que enriquezca al mundo omercial con este feliz reconocimiento.

TORRENTE.

Tanto para dar á conocer á nuestros lectores s ventajas y desventajas que habria, suponiendo existencia de la comunicacion entre ambos ma- s, como las nuevas diligencias que se han he- o para averiguarla, daremos otra vez algunos xtractos de los viajes del capitan Ross, que no ejan de presentar interes aun bajo otros muchos spectos. M. G.

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCIONES,

DESCUBRIMIENTOS, &c.

Prensas. Las primeras impresiones parece que se ejecutaron por medio de prensas mui imperfec- tas, que solo consistian en un cilindro que se ha- cia rodar sobre el papel; mas con el tiempo se discurrieron invenciones mui ingeniosas para per- feccionarlas. El lord Stanhope inventó en 1815 la prensa que lleva su nombre; Woden inventó o- tra en 1819, y Gilberto Burks otra en 1820.

Puentes. Ninguna nacion ha construido puen- tes mas sólidos ni mas magníficos que los Roma- nos. La mas imponente y la mas maravillosa de todas las construcciones que nos quedan de ellos en este género, es el soberbio puente de Gard en Francia, el cual tiene tres cuerpos, presentando de esta manera á la vista del espectador otros tan- tos puentes, colocados unos sobre otros. En el primero de estos cuerpos hai solo seis arcos, el segundo tiene once, y en el tercero se cuentan hasta treinta y seis. Uno de los puentes moder- nos que mas se acercan al tipo de la construccion antigua, tanto por la forma como por el ornato, es el que en Paris llaman *puente nuevo*, el cual fué comenzado en 1578, segun el plan del arquitecto *F. Andronet du Cercan*, y acabado en 1604 bajo la direccion de *G. Marchant*. En el siglo pasado los Ingleses comenzaron á extender los puentes de hierro, de los cuales ya se ven no pocos en Fran- cia. En ellos nada hai de piedra sino los pilares, y todo lo demas de la construccion es de hierro. Mucho mas modernos son aun los *puentes colgan- tes*. Llámanse así porque efectivamente están col- gados al aire, en lugar de estar apoyados sobre pi- lares. Estos puentes, que se han generalizado bastante en mui poco tiempo, están colgados de una y otra orilla de los rios, sin que haya nada que los sostenga en toda su longitud, y ofrecen un espectáculo vistoso y al mismo tiempo sorpren- dente.

Puertas. Entre los Griegos las puertas se a- brian acia fuera, y entre los Romanos acia dentro, teniéndose por mas noble lo primero que lo segun- do: así es que se miró en Roma como una singu- lar distincion de honor el permiso concedido á Marco Valerio Publícola de abrir su puerta acia fuera, al estilo de los Griegos. Las puertas de los antiguos no rodaban como las de nuestros dias sobre goznes, sino que se abrian y cerraban sobre quicios. Tambien habia diferencia entre las ho- jas, pues estas eran una, dos ó mas, segun las cir- cunstancias. En algunas casas del Herculano se han hallado puertas cuyas hojas eran de már- mol. En otro tiempo se pintaban las puertas de diferentes colores; se grababan inscripciones en ellas, y se colgaban á ellas como trofeos los des- pojos de los enemigos vencidos en la guerra ó los de los animales muertos en la caza. Los dias de fiesta y de regocijo se coronaban las puertas con guirnaldas de toda clase de flores, y con follaje de árboles plantados solemnemente. Por el con- trario, en los lutos se hacia uso del cipres. Los

primeros romanos colocaban las figuras de los dioses á las puertas de las ciudades, cuyo uso han imitado despues los cristianos; y sus descendientes sustituyeron á ellas las de los emperadores, de donde nació la costumbre de poner las armas de los príncipes á las puertas de las ciudades que les pertenecian. Todo el mundo sabe que la corte del gran señor tiene el nombre de *Puerta Otomana* ó de *Sublime Puerta*, cuyo orígen es el siguiente. Mosthadem, último califa de la raza de los Abásidas de la primera dinastía, hizo colocar sobre el umbral de la puerta principal de su palacio de Bagdad un pedazo de la famosa piedra de la Meca. Como debe suponerse, todos los señores de la corte hacian á esta piedra honores extraordinarios, que prodigaban igualmente á un paño de terciopelo negro, prendido encima de la misma puerta; y nadie entraba por ella sin haber tributado á uno y otro objeto las mayores muestras de respeto y veneracion. Una puerta tan venerable y tan respetada no tardó en salir de la esfera comun de tal, y llamóse al poco tiempo la *Puerta por excelencia*, dando en seguida su nombre á la residencia misma de la autoridad.

Puntuacion. Si se ha de dar crédito al eclesiástico don Bernardo de Montfaucon, la puntuacion de los manuscritos no remonta mas que á la época de Aristófanes el gramático, el cual se supone por algunos inventor de los signos que distinguen las partes del discurso. El punto, colocado unas veces en la parte mas alta, otras en la mas baja, y otras en medio del espacio inmediato siguiente á la última letra, era el único signo empleado por los antiguos. Cuando se le ponia en la parte inferior del grueso del renglon, como se pone hoi al fin de un periodo, indicaba solamente una ligera pausa, mui semejante en esto á nuestra coma; cuando se le ponia en medio del grueso del renglon, como ahora se pone la raya que une dos palabras para que compongan una, denotaba una pausa mas grande, pero no concluia el periodo, á semejanza de nuestros dos puntos con corta diferencia: finalmente para terminar el sentido se ponia el punto en la parte superior del ancho de las letras, es decir, en el lugar que ocupa entre nosotros el punto, cuando ponemos punto y coma, y su efecto era igual absolutamente á nuestro punto final. Despues se dividió la segunda pausa en dos. Desde hace muchos siglos, la primera de estas pausas se designa con una coma, el miembro del periodo con dos puntos, el semi-miembro con punto y coma, y el final con un punto.

Purificacion. Esta fiesta, que se celebra para honrar el misterio de la presentacion de Jesus al templo, y de la Purificacion de la Vírgen de nuestra Señora, fué instituida por el papa Gelasio en el año 492, ó por el papa Virgilio en el de 536.

Púrpura. El perro de un pastor, que apacentaba su ganado cerca del mar, rompió casualmente en la orilla unas conchas, y la sangre que salió de ellas le tiñó el hocico de un color maravilloso. Inmediatamente se estudió la manera de aplicar este color á las telas, y logróse en efecto, resultando de aquí la invencion de la púrpura. Algunos pretenden que este descubrimiento se verificó en el reinado de Fénix, segundo rei de Tiro, algo mas de 1500 años ántes de Jesucrito; otros suponen que fué en la época en que Minos reinaba en Creta, es decir, unos 1439 años ántes de la era cristiana; pero la mayor parte de los escritores está de acuerdo en atribuir la invencion de teñir las telas de color de púrpura al Hércules Tirio. El rei de Fenicia, á quien ofreció aquel en homenaje sus primeros ensayos, quedó, á lo que se dice, tan sorprendido y contento de la hermosura de este nuevo color, que prohibió su uso á todos sus vasallos, reservándole exclusivamente para los reyes y para el heredero presuntivo de la corona.

Química. Ciencia cuyo objeto es el análisis de los cuerpos á fin de reducirlos á sus principios primitivos y conocer las propiedades de estos. La primera obra escrita sobre la química fué la del árabe Geber, el cual vivió, segun se cree, en el siglo IX; pero sus escritos tienen un lenguaje tan misterioso, que es mui dificil entenderlos. Este inconveniente no fué sin embargo tan poderoso que impidiese muchos descubrimientos felizes; y los Arabes continuaron cultivando esta ciencia, á la cual se aplicaron los Griegos hasta la toma de Constantinopla. Acia el siglo XIII apareció la química en Europa, y dedicáronse ardorosamente á su estudio los pocos hombres instruidos que habia en aquella época. Alberto el Grande y Rogerio Bacon fueron los primeros que la cultivaron gloriosa y provechosamente; y los trabajos de Bermann, Scheele, Priestley, y sobre todo de Lavoisier prepararon el prodigioso desarrollo que han logrado todos los ramos de esta ciencia de cincuenta años á esta parte. Siglos enteros habian sido necesarios para el descubrimiento de un pequeño número de cuerpos y de algunas de sus combinaciones; y mui pocos años han bastado para los descubrimientos innumerables que conocemos. La composicion del aire y de los metales, el galvanismo, la naturaleza de los álcalis y de las tierras, la formacion de numerosas sustancias, la combinacion de los colores, y la naturaleza del cloro, son otros tantos beneficios debidos á la química, con los cuales, y mediante el estudio de Bertollet, Pronst, Richter, Davy, Thenard, Bercelio y otros, se han creado tantas industrias nuevas, entre ellas el dorado sobre los metales, la aplicacion del vapor á diferentes máquinas, las fábricas de jabon, de ácidos y de sal almoniaco, el uso del carbon de piedra, la preparacion del acero, la estraccion del azúcar de las remolachas, los tintes, el alumbrado por medio del gas, y otras varias operaciones, cada cual mas rica y mas preciosa. El inmenso desarrollo de la química en estos últimos tiempos no parece haber llegado á su fin; y si los descubrimientos que faltan no son quizá tan brillantes como los conocidos, se necesita aun de mayor perfeccion y exactitud que la lograda actualmente para conseguir toda la facilidad y toda la economía posibles en los productos.

Quinas. Alfonso I de Portugal venció á cinco reyes moros en la batalla de Urique el año 1139, y en memoria de este triunfo puso cinco escudos, que se llaman quinas, en las armas de Portugal.

Quinqué. Algunos le dan tambien el nombre de lámpara de Argan en memoria de su inventor; y el de quinqué ó quinquet, que en el dia prevalece como nombre propio, se introdujo irónicamente para burlarse de uno que suponia haberle inventado.

Quitasol. El uso de los quitasoles es mui antiguo, pues ya era conocido en la antigua Persépolis: se les ve de la misma forma que los nues-

los monumentos que quedan de aquella udad. Eliano habla de aquellos con ıcellas de Aténas se hacian cubrir en nias sagradas. Tambien se ve un qui- ı mujer representada sobre un vaso e-

. Es mui antiguo que una persona se oder de otra, para asegurar el cumpli- un tratado, de una promesa ó de una ıda. En su orígen cualquiera deudor uno de sus hijos ó de sus parientes mas ıl acreedor, para garantizar el pa- ɔuda en el término prescrito; pero or- ın el derecho civil una potestad inde- de semejantes transacciones, y capaz r la ejecucion de los contratos, cesaron ı entre particulares, quedando única- ɔertenecientes al derecho público. Es- en el dia y existirán siempre, pues trata entre enemigos igualmente pode- no reconocen otro juez que la fuerza, le entre las naciones, respecto unas de lo comun se exije una garantía para el nto de sus pactos. Entónces se dan en rsonas y cosas, y se guardan hasta la le lo convenido, siendo una lei de dere- o que todo aquello que está en rehenes como sagrado. En otro tiempo, cuan- ıa en Paris la urna de santa Genoveva, daba la santa ampolla, tenian que que- glesia en rehenes personas de alto ran- ue se restituian á ella las reliquias.

arena. Estos cuentan muchos años dad: algunos dicen que era de esta cla- ıizo Platon, y le servia de dia y de no- refiere Ateneo.

agua. Estos relojes, llamados tam- dras, fueron inventados por Ctesibio, temático de Alejandría, por los años de nuestra era.

torre ó de campana. Todos los medios iguos podian tener para medir el tiem- limitados á los cuadrantes solares, á ras y á los relojes de arena; y hasta el arece que se habia ignorado absoluta- ivision del tiempo por medio de máqui- estas de ruedas y muelles. Algunos ı atribuido la primera invencion de los ın religioso llamado Gerbert, que des- ıpa bajo el nombre de Silvestre II, y di- zo uno mui ingenioso en 996; mas pa- ste pretendido reloj no era mas que un solar. El primer reloj de que la histo- encion es el de Ricardo Walingfort, a- ın Albano en Inglaterra, que vivia en segundo, el que inventó Santiago Don- ɔ médico y matemático de Padua: este reloj, que señalaba todas las horas, los es, el curso del sol y el de la luna, fué n la torre del palacio de dicha ciudad, atencion de muchos sabios que concur- ɔrle.

péndola. Los relojes de gran volúmen ı insensiblemente á los artífices á cons- as pequeños para el uso de las habita- ıl holandes Huigens parece que fué el e los relojes de péndola á mediados del .

faltriquera. Se cree que fueron inventados estos relojes acia el año 1660 por Roberto Hooke, matemático ingles. Para construirlos tuvo que vencer muchas dificultades, pues fué preciso sustituir al peso otro motor, que fué el resorte espiral de acero, y á la péndola otro regulador, que fué el volante. Hooke, Huygens y el abate Hautefeuille se disputaron la invencion de dicho resorte espiral; mas segun dice el Diccionario histórico, es mas probable que el primero fuese el verdadero inventor. La cadenilla de acero ó cuerda del reloj, que está trabajada con mucho ingenio, fué inventada por un ginebrino llamado Gruet, que vivia en Lóndres, y que por este medio hizo un gran servicio al arte de relojería, sustituyendo esta cadenilla á la cuerda de vihuela que ántes se usaba.

Reloj de repeticion. La invencion de estos relojes se debe á un ingles llamado Barlow, que la imaginó en 1679, aplicándola primero á las péndolas, y despues á los relojes de faltriquera.

Reloj marino. Este instrumento para medir las longitudes fué inventado en 1673.

Rueda de alfarero. Dícese que la inventó el ateniense Talo, sobrino de Dédalo, con lo que excitó la envidia de su tio, quien por esto parece que le mató.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

Las tres Marias.

HABIA en un arrabal de Madrid uno que vivia en una casa de vecindad, el que era dado al vicio del vino, y todas las noches se embriagaba, y habia tomado por estribillo el zurrar á su mujer, la que era buena cristiana, y llevaba con mucha paciencia las zurras que continuamente la daba su marido embriagado; y como en las casas de vecindad no falta quien aconseje, la decian unas vecinas que por qué habia de sufrir á un marido borracho que continuamente la zurrase y diese tan mala vida; que si queria, entrarian, y la librarian de tanto castigo y molestia como la daba; á lo que no condescendió por considerar si por esto le vendria mayor daño; pero una de ellas, que era bastante truana, le dijo no era necesario que llamase á nadie, para que él no se quejara de esto, sino es que podia decir, como tenia de costumbre: "Sea por amor de Dios y por su santa pasion," y las demas cosas buenas que solia decir, y finalizar con "Las tres Marías me valgan;" y que entónces entrarian ellas, y veria el buen efecto que esto habia de producir, haciéndolo de modo que no le quedase el menor rezelo de conocerlas, ni saber quién eran. La mujer, viendo su buena intencion y deseo de aliviarla en sus trabajos, se conformó, y determinaron para la noche siguiente las tres vecinas el disfrazarse; y habiendo llegado esta, y venido como acostumbraba el marido, empezó á tomarla con la mujer y zurrarla, la que empezó con las exclamaciones que siempre decia, viniendo á parar en decir: "Las tres Marías me valgan." Las vecinas, que estaban ya prevenidas y oyeron la seña, entran con el disfraz que tenian prevenido, y sin hablar una palabra le dieron tal zurra entre las tres, que si la mujer no las modera metiéndose en medio, dan fin con el borracho, y solo con pala-

bras descatonadas le dijeron: "Dé gracias á Dios y á los ruegos de su mujer, que si no fuera por estos, no quedaria para contarlo;" y se salieron del cuarto. La pobre mujer se halló mui aflijida, procurando el recojerlo y meterlo en la cama, considerando que la zurra habia sido demasiado excesiva. Llamó á un cirujano, el que luego que le vió lleno de cardenales, preguntó que de qué habian procedido, hallándose perplejos marido y mujer para responderle; pero él, que ya se habia espabilado con la gran zurra que tenia en el cuerpo, dijo al cirujano: "V. sangre ó haga las medicinas necesarias, porque esto no es otra cosa que un milagro, por tener una santa por mujer." Al cirujano esto no le satisfacia para sangrarlo, y qué era la medicina precisa que mas le convenia; y viendo lo perplejo que este estaba, le dijo: "Mire V., sángreme y no se detenga, que esto no es otra cosa sino es que por largo tiempo há he tenido la costumbre de tomarme un poco de vino por las noches; y como me habia de entrar por hablador, por valiente ú otras cosas, me entraba por zurrar á mi mujer, lo que ha llevado con gran paciencia, hasta que Dios se ha cansado de sufrirme; y esta noche, entre sus buenas palabras, llenas de paciencia y amor de Dios, la oí decir: 'Las tres Marías me valgan.' Lo mismo fué nombrarlas, que entraron, y me pusieron como V. ve; y por despedida me dijeron que diera gracias á Dios y á mi mujer, que si no fuera por sus ruegos, no quedaria para contarlo; pero mi fortuna ha sido el tener una mujer santa, que si como invocó á las tres Marías, que ya ve V. cómo me han dejado, hubiera invocado á las once mil Vírgenes, señor cirujano, me hubieran dejado sin pellejo ni habla para poderlo contar: V. sángreme, que á mí no me queda que hacer mas que mudar de vida, y venerar á mi mujer como á una santa, y vivir en esta forma hasta la muerte."

Floresta española.

LA CASCADA.

I.

¡ Bien haya el dulce quejido
de la tórtola inocente,
á cuyo arrullo querido
responde con fiel gemido
la voz de su amor ausente!

¡ Bien haya la brisa pura,
que el vuelo llevando ufana
acia la selva cercana,
con suave acento murmura
el canto de la mañana!

En himnos mil de armonía
formáis sublime concierto;
sin sus acordes seria,
cascada, tu melodía
el espanto del desierto.

Esa voz que en tu hondo seno
muje y la tierra conmueve,
quién á elevarla se atreve?
quién ha lanzado ese trueno
sobre tu espalda de nieve?

De fuente humilde nacida
que tus furores extraña,
vagaste un tiempo perdida
por la cumbre carcomida
de tu desnuda montaña:

Y cauces mil recorriendo,
prendada de su belleza,
acopiaste con presteza
y vertiste con estruendo
las perlas de su riqueza.

De entónces tu ardiente enojo
ni diques halló ni brio
que freno diese á su arrojo.
Altiva con el despojo,
conquista de tu albedrío,

Te estrellas de roca en roca
sin que tu fuerza sucumba:
¡ fuerza tenaz que derrumba
cuanto tu saña provoca
al báratro de tu tumba!

¿ Cuál flor de puros colores
podrá contrastar osada
tus tumbos asoladores?....
Pues no respetas las flores,
adios, tremenda cascada.

II.

Vedla de léjos. ¡ Cuán bella
entre torrentes de espuma
desprende su leve bruma
como su velo una estrella!
Al diáfano seno deja
sus tornasoles el dia,
y en cambiantes mil envía
el íris que los refleja.
Cuando sus ondas dilata
y entre peñascos se mece,
su inmensa mole parece
monstruosa sierpe de plata:
sierpe que recta camina
salvando escollos sin cuento,
cegados con el aliento
que de su boca fulmina.
Tiempo será que su frente
ceda á la lei del destino,
y que borre un torbellino
la huella de su corriente;
que ese monte audaz humano
con fácil planta nivele,
y lo que fué no revele
ni aun el musgo de un pantano.
En sus victorias vencida,
finjiendo ardor y recreo,
así, burlando el deseo,
veloz nos deja la vida.
Oh esperanza! oh sombra vana!....
amad su risueño encanto,
los ojos negad al llanto;
mas nunca digáis "mañana!"

Cayetano Roselle.

Ale original. J. Clark sc.

MARFISA Y DOROTEA.

Marfisa. ¿Habrá, señoras mias, un jarro de agua para una mujer que viene del campo, y fatigada de poca salud?

Dorotea. Désela Dios á tan gentil disposicion, bizarro talle, gallardo aseo y hermosa cara: éntre y siéntese para beberla, descansará tambien, y si es servida, enviaré por una silla para que vuelva á su casa.

M. ¡Qué conformes palabras con la hermosura del dueño! conformáronse el cuerpo y el alma: tal licor para tal vaso.

D. No bebáis, que os hará mal, sin comer algo. Trae una caja, Celia, ó mira si ha quedado algun bizcocho de los que me envió mi confesor.

M. Bésoos las manos: el agua quiero sola.

D. No beháis tanto.

M. Buena está, y no pierde por el olor del búcaro.

D. Llevácsele con otros dos, que son de la misma tierra.

M. Tantas mercedes? este solo llevo por vuestro....

D. Mas habéis dado que recibís, aunque fuera de oro.

M. Cuanto hai en vuestra casa lo es: qué aseo! qué limpieza! un nácar parece toda la casa, y vos la perla.

D. Despues que estáis vos en ella podrá parecerle.

M. Habéis estado indispuesta?

D. Y con gran peligro.

M. No se os parece: qué mal tuvisteis?

D. Un castigo.

M. De qué?

D. De un atrevimiento.

M. Parecen males de amor, y en vos no pueden ser otros.

D. Dije lo que no pensaba, y pensando en lo que dije, solicité mi muerte.

M. Creo que he oido que á vuestra puerta mató un don Fernando á otro caballero.

D. Quién os dijo tan gran mentira? mas pienso que debió de ser él mismo.

M. No le conozco, mas sí á una dama mui suya, á quien él lo dijo.

D. Dama mui suya?

M. Ella se alaba de eso.

D. Celia?

Celia. Señora.

D. No escuchas esto?

C. Habrán engañado á esta dama.

M. Tambien pudo ser posible, perdonad mi desalumbramiento, si este caballero os importa, ó es acaso el dueño de vuestra casa.

D. Ni me importa, ni es el dueño; pero tengo una amiga á quien él engañaba, y por ella me pesa.

M. Con qué la engañaba?

D. Con amores, con caricias, con idolatrías, con papeles discretos, con versos amorosos, con amanecer á su puerta, con zelos y con lágrimas.

M. Lloran los hombres?

D. Este era tan lisonjero, que decia que ya él no era hombre, porque transformado en su dama, habia perdido el ser, y podia tener con disculpa esta condicion, que en las mujeres la tiene en quien las lágrimas son piedad, hermosura y consuelo, como mayorazgo de su imperfeccion.

M. Si él las llorara por vos, disculpado estaba, que sois un ángel, y mas ahora que el vestido blanco os sirve de alba.

D. No era yo cierto, que si lo fuera, no le hubiera dado causa para que se partiera.

M. Luego no está en Madrid?

D. Fuése á Sevilla; pero cierto que me hacen sospecha vuestras preguntas, y si es que venís á informaros, para qué tomasteis agua? que mejor era para mí, pues vos sois el juez de este tormento.

M. Ni vengo á dárosle, ni vos lo merecéis: pasé acaso, y las conversaciones nuevas traen mil despropósitos y hacen caer en semejantes yerros; mas no debéis de maravillaros, que como es ordinario en los hombres, en sacando una espada para ver los filos, sacarlas todos los que están presentes, así en nosotras en sacando una sus pensamientos, las demas desenvainan los que tienen por mejores. Aseguraros puedo que en mi vida vi á don Fernando.

D. Pues si queréis verle, podréis presto. Dame, Celia, el escritorillo de los embustes; no os haga escrúpulo el nombre, que en verdad que no soi hechicera, que le llamo así por las bagatelas que tiene, vocablo de un señor italiano, que me le ferió á un instrumento que yo tenia, y que él codiciaba.

M. Debiades ser vos el instrumento; porque el escritorio es el mejor que vi en mi vida, y tengo dos mui buenos.

D. No seré galan con vos, aunque le alabéis, porque le estimo en mucho.

M. Qué tiene esta naveta?

D. Papeles son.

M. Podré ver la letra?

D. Parece que venís zelosa.

M. Díjelo pensando que era vuestra, para ver cómo escribís, que para todo tenéis gracia; y si es como habláis, escribiréis altamente.

D. Lo uno y lo otro hago mal. Este es el retrato.

M. Tan mozo es este caballero?

D. Hízose cuando le apuntaba el bozo; ya le tiene, aunque poco.

M. Buena cara.

D. No es lindo, pero todo junto es gentil hombre.

M. Perdonad que os pregunte, cómo le tenéis si no es vuestro?

D. Por la buena mano de Pelipe, que todos estiman tanto.

M. Queréismele feriar, si no os importa?

D. Si vos decís que no le habéis visto, para qué queréis su retrato?

M. Por saber si os importaba.

D. Ya os dije al principio que este era el escritorio de los embustes.

M. Disculpa bastante.

D. No la tenéis vos de pedírmele.

M. Ya os dije la causa por qué he codiciado ser amiga vuestra, y quisiera que desde luego no me encubriérades nada.

D. ¿Sobre qué trato queréis vos tan aprisa mis pensamientos? Lo cierto es que, aunque mas los encubráis, se os ven los vuestros.

M. Soi agente de la amiga que os dije, y solicito su pleito; habéis tenido cartas de este caballero?

D. Mas parecéis juez que solicitador: amainad

la libertad, que como tengo pocas fuerzas, y me lleváis cuesta arriba, me voi cansando.

M. Es clavicordio aquel?

D. Es clavicordio.

M. Tambien tenéis arpa?

D. Si la tañéis, holgaré de oiros.

M. Nunca tuve mas gracias que el desearlas; ya soi vuestra amiga; cuando estéis mas fuerte y de mejor humor, vendré á oiros.

D. Vos me lo dejáis tal, que no acertaré á serviros.

LOPE DE VEGA.

NOTICIA HISTORICA
DE
VARIAS INVENCIONES,
DESCUBRIMIENTOS, &c.

Sangre (Circulacion de la). El sistema de la circulacion de la sangre parece que le descubrió en 1628 el ingles Harvey, profesor de anatomía: otros creen que este descubrimiento se debe al médico italiano Andres Cesalpino; pero muchos dan este honor al célebre español Miguel Servet, natural de Villanueva en Aragon.

Sangría. El primer ejemplo que se puede citar de la sangría tiene una antigüedad tan respetable que es del tiempo de la guerra de Troya. Habiéndose caido desde lo alto de una casa Syrna, hija del rei Damato, la asistió Podalira, hermano de Macaon, y la curó haciéndole una sangría en cada brazo. Damato, reconociendo este beneficio, dió al sangrador su hija en matrimonio, y por dote el Quersoneso.

Santiago (Orden de). Parece que esta órden fué instituida por los años 1170, y se cree que tuvo orígen con motivo de las continuas molestias que sufrian antiguamente los muchos peregrinos que concurrian á visitar el sepulcro de Santiago, ya por las correrías de los Moros, ya por la esterilidad y aspereza de aquellos lugares, pues para remediar tales contingencias, los canónigos de S. Eloy, que tenian su convento fuera de la ciudad de Santiago, y otras muchas personas nobles y ricas, determinaron edificar algunos hospitales donde fuesen recibidos los peregrinos, y custodiarlos por los caminos. En 1175, por una bula del pontífice se señalaron las leyes en que debian vivir los soldados de la órden de Santiago, y fué nombrado primer gran maestre de ella un sugeto llamado Pedro Fernández. Tiene por divisa una cruz roja en forma de espada.

Santos (Fiesta de todos los). Esta festividad fué instituida por el papa Gregorio IV en el año 835.

Seda. La palabra *seda* se deriva de *Sérica*, region de la India mas allá del Gánges, de donde se supo por la primera vez en tiempo de Pausanias que venia la seda y sus tejidos, que ya hacia algun tiempo se habian extendido en Grecia y aun en Roma. Por los años 555 de la era cristiana dos misioneros trajeron de la India á Constantinopla los primeros gusanos de seda, y enseñaron el modo de criarlos y de sacar la seda. En España parece que la introdujeron los Arabes ántes del siglo XII. Las telas de seda fueron tan raras entre los Romanos durante muchos siglos, que se vendian á peso de oro; y se cree que el emperador Heliogábalo fué el primero que usó en Europa vestidura toda de seda. M. Bon fué el primero que hizo el ingenioso descubrimiento de hilar los capullitos de seda en que las arañas encierran sus huevos, con la que se hicieron algunas medias y manguitos. Despues hizo M. de Reaumur algunos ensayos sobre esta materia.

Seguros. El asegurar los barcos ó las mercaderías de su cargamento es bien antiguo, pues cuando los judíos fueron echados de Francia en 1182, bajo el reinado de Felipe Augusto, inventaron las pólizas ó cartas de seguros, sirviéndose de ellas para transportar sus efectos á todos los paises á donde fueron á establecerse.

Sembrador. Se han inventado diferentes especies de sembradores con el objeto de economizar y distribuir con igualdad los granos al tiempo de sembrarlos. M. de Condamine inventó una de estas máquinas, quizá la primera, que llamó *sembrado-sembrador*. El caballero Lucatello imaginó otra nueva máquina de esta clase que se llamó sembrador de España, con el cual hizo en el Retiro de Madrid sus ensayos á fines del siglo XVII; y el rei quedó sumamente satisfecho de esta invencion.

Sepultura. Los antiguos quemaban los cuerpos sobre hogueras para recojer sus cenizas, como sucede aun en la India, donde á pesar de los esfuerzos de los viajeros europeos, no se ha podido enteramente la hórrible costumbre de quemar vivas á las viudas con los despojos de sus maridos. El uso de quemar los cuerpos cesó entre los Romanos bajo el imperio de los Antoninos, mucho ántes de que se concediese á los fieles la permanesa y fatal licencia de enterrar los muertos dentro de los templos. Los Abazes y otros pueblos del Cáucaso, en lugar de enterrar los muertos, los encierran en el tronco de un árbol hueco que les sirve de ataud, y que atan en lo mas alto de un árbol grande.

Serpenton. Instrumento músico que sirve de bajo, llamado así á causa de su figura, é inventado por M. Edme, canónigo de Buxerre, acia el año 1590.

Silla. Se ignora el orígen de las sillas de montar. La primera noticia que se encuentra en la historia acerca de las sillas se refiere al año de 340. En dicha época hubo un combate librado por Constancio á su hermano Constantino, y los historiadores dicen que el primero penetró hasta el cuerpo de caballería, en medio del cual se hallaba el segundo, y que le derribó de la silla, y le echó por tierra.

Sistema Copernicano. El sabio Nicolas Copérnico, natural de Thorn en Prusia, estableció el nuevo sistema planetario que lleva su nombre, despues de haber meditado profundamente y trabajado en él por espacio de 31 años: murió á los 70 de edad en 1543, á pocos dias de haberlo publicado.

Solideos. Los primeros solideos de cuero negro fueron inventados en 1649 por un tal Le Maître. El cardenal de Richelieu fué el primero que llevó en Francia solideo.

Solsticios. Faino, astrónomo griego, descubrió el tiempo de los solsticios el año 456 ántes de nuestra era.

Sombreros. Se cree que el uso de los sombreros

s de fieltro se introdujo en Francia á principios l siglo XV, y que entónces empezaron á llevar- en el campo: á mediados de dicho siglo ya se saban en las poblaciones en tiempo de lluvias; y ajo el reinado de Luis XI en todo tiempo. El ombrero con que Cárlos VII hizo su entrada pú- lica en Ruan el año 1449, es uno de los primeros e que se hace mencion en la historia de Fran- ia. En el reinado de este príncipe fué cuando os sombreros sustituyeron á las caperuzas que án- es se usaban. Se dice que en Bretaña los ecle- iásticos usaban sombreros 200 años ántes. El rzobispo Tristan de san Lázaro introdujo en Francia los sombreros forrados de verde que traen los arzobispos y obispos.

Sordo-mudos. Se cree que el P. Ponce, espa- ñol, que murió on 1584, fué el primero que inven- tó el arte de enseñar á hablar á los mudos, sobre cuya materia escribieron tambien otros dos espa- ñoles llamados Castro y Pereira. Posteriormen- te Wallis en Inglaterra y Hamman en Holanda, se dedicaron á la instruccion de los sordo-mudos, y publicaron algunas obras con este objeto; pero la perfeccion de esta invencion, en cierto modo milagrosa, estaba reservada al célebre abate de l'Épée, que á mediados del siglo pasado creó el arte de enseñar á los mudos á pensar con órden, y á combinar sus ideas.

Taba. El orígen del juego de la taba se pier- de en la noche de los tiempos. Ya se jugaba á la taba en la época del sitio de Troya, y los a- mantes de Penélope se entregaron á este recreo á a puerta del palacio de Ulises. Mas tarde los Romanos dieron el mismo nombre á otros juegos n que los niños se servian de bolitas ó de piedre- uelas. Millin, refiriendo la manera con que se ecutaba este juego tan sencillo, dice que ordina- amente se jugaba con cuatro tabas marcadas on puntos como nuestros dados. Las diferentes radas que se hacian tenian nombres particulares dioses, de héroes, de hombres ilustres, y aun de rtesanas famosas, con que las distinguian los riegos: la tirada mas favorable se llamaba gol- s de Vénus. El considerable número de tabas e se han hallado en el Herculano prueba cuán omun era este juego entre los Romanos, á lo mé- os en Italia. Las tabas descubiertas en el Her- ulano estaban hechas, segun Winckelmann, con os astrágalos ó huesos de los corvejones del ca- rito.

Tambor. Este instrumento es mui antiguo, su- puesto que se le encuentra entre los Hebreos.

Tapiz. Los tapizes tienen un orígen mui anti- guo: Atalo, rei de Pérgamo, que instituyó al pue- blo romano por su heredero, tenia su palacio ador- nado con tapizes magníficos, bordados de oro. Los Griegos y los Romanos tambien los usaron; y el arte de fabricarlos se introdujo poco á poco entre las demas naciones.

Taquigrafía. El arte de escribir con la mis- ma velocidad que se habla es mui antiguo. Es probable que los Romanos, que con los despojos de la Grecia trasportaron las artes á Italia, lleva- ron tambien este género de escritura, de la que se dice que Jenofonte fué el autor; mas sea de esto lo que se quiera, lo que parece cierto es que los Romanos la extendieron y adelantaron mucho, y que se hizo una especie de escritura corriente, en la que se ejercitaba á los jóvenes. Plutarco atri- buye á Ciceron el arte de escribir con notas abre- viadas, y dice que le puso en práctica durante las turbulencias que Catilina excitó en la república. Ciceron se procuró el famaso discurso que Caton pronunció contra César, por medio de taquígrafos que colocaba en diferentes parajes del senado. Augusto, prendado de este descubrimiento, destinó muchos de sus libertos á este ejercicio; y el em- perador Tito llegó á ser uno de los mas hábiles ta- quígrafos. Sin embargo, este género de escritu- ra era entónces mui difícil, á causa de la multitud de caracteres que habia que usar: con el tiempo los Ingleses le han perfeccionado y simplificado hasta el punto de poder seguir fácilmente al ora- dor mas rápido.

Teatinos. Congregacion de clérigos regulares, llamados teatinos porque fueron fundados por Juan Pedro Caraffe, entónces obispo de Theati ó Chie- ti en el reino de Nápoles, y despues papa bajo el nombre de Paulo IV. Este prelado, en union con san Cayetano y otros dos piadosos varones, echa- ron los primeros fundamentos de esta órden, y re- solvieron imitar á los Apóstoles, sometiéndose con gran desinteres á la Providencia. Clemente VII aprobó este instituto en Roma en 1524.

Telégrafo. Esta máquina para comunicar no- ticias desde léjos por medio de ciertas señales combinadas, se inventó en 1794: en 1802 se ideó la aplicacion de los faroles á los telégrafos.

Telescopio. Instrumento óptico para observar los astros, cuya invencion se atribuye al célebre matemático Galileo, con el cual descubrió en 1610 los satélites de Júpiter y las manchas del sol, y en 1611 las fases de Vénus. Algunos han dado el honor de esta invencion al holandes Drebel.

Templarios. Hugo de Paganis, de la casa de los condes de Champaña, unido con otros ocho nobles, instituyó la órden militar de los templa- rios, de la cual fué su primer gran maestre. Es- tos nueve caballeros se consagraron al servicio de la religion el año de 1118, haciendo varios votos, é imponiéndose la obligacion de custodiar á los peregrinos que iban á la Tierra Santa, y defender- los de los ultrajes de los Sarracenos. Como esta nueva milicia no tenia ni iglesia ni edificio pro- pio, Balduino II, rei de Jerusalen, cedió á estos caballeros parte del palacio que estaba junto al templo, de donde tomaron el nombre de templa- rios. En 1128 se dió á estos militares una regla, en cuya observancia vivieron muchos años, sien- do admirados por su zelo y por su valor; pero or- gullosos con la gloria de sus armas y con la pose- sion de riquezas inmensas, se hicieron insufribles. Al cabo de dos siglos fueron acusados de los crí- menes mas horribles; por lo que Felipe el Her- moso de Francia, de acuerdo con el papa Clemen- te V., destruyó su órden en 1311, y dos años des- pues fué quemado, entre otros, su último gran maestre Santiago Molay.

Terciopelo. La antigüedad de esta tela está tan envuelta en tinieblas, que ni se puede decir en qué época apareció su invencion, ni á qué in- dividuo deba atribuirse el honor de haber ideado un tejido de tanta hermosura y brillantez. Lo ú- nico que se saca en claro de los manuscritos y crónicas antiguas es que en el siglo XIII se ha- cia ya muchísimo uso del terciopelo, y se le tenia en la estimacion que merece.

Termómetro. Instrumento para medir los gra-

dos de calor y de frio, inventado en 1627 por el filóso holandes Cornelio Drebel. Un siglo despues inventó Reaumur el termómetro que lleva su nombre.

Teutónica (Orden). Esta órden debe su orígen á algunos religiosos alemanes de Jerusalen, que en tiempo de las cruzadas tomaron el título de caballeros teutónicos, ó hermanos del hospital de nuestra Señora de los alemanes de Jerusalen. Acia el año 1230 fueron á Prusia á instancias de Conrado, duque de Suabia; y unos 50 años despues estos mismos caballeros se apoderaron de aquel pais, y llegaron á constituir una de las órdenes mas poderosas de Europa.

Timbal. Parece que la invencion de este instrumento no es mui antigua, y que se debe á los Alemanes.

Tinte. El arte de dar á las telas, paños ú otra cosa un color diferente del suyo es antiquísimo, y es lo que se entiende por la palabra *tinte.* Este arte debió comenzar con la sociedad, tanto por su naturaleza cuanto porque en la historia antigua de todos los pueblos se hallan noticias de él. Su inventor, lo mismo que la época en que apareció por primera vez, se ignoran.

Tipografía ó imprenta. Se ha querido privar á los Europeos modernos de la gloria de esta maravillosa invencion, diciendo que los Chinos la conocian 300 años ántes de Jesucristo; pero la opinion generalmente recibida es la que da el honor de este descubrimiento al caballero aleman Juan de Guttemberg, que fué el primero que concibió la idea de la imprenta en Strasburgo por los años 1435. Sus primeros ensayos consistieron en grabar las letras al reves y en relieve sobre planchas de madera para formar páginas enteras, y reproducirlas por medio de la impresion. Despues de muchas tentativas, en las que gastó casi todo su caudal, y desesperando de poder lograr su intento, fué á Maguncia, y descubrió su proyecto á Juan Fusth ó Fausto, platero de profesion, quien contribuyó mucho al adelantamiento de esta empresa. Luego se asoció á ellos Pedro Schoeffer, sugeto ingenioso, que habiendo penetrado algo del secreto, fué admitido en la compañía, y se aplicó tambien á perfeccionar aquella invencion: desde entónces estos tres socios, á fuerza de trabajar y discurrir, hicieron practicable el arte de la imprenta acia el año 1450, logrando hacer algunas impresiones, aunque sumamente groseras. Pero al fin Schoeffer felizmente imaginó el grabar punzones para abrir matrizes y fundir letras de metal, semejantes á las que han sido imitadas y perfeccionadas despues: esta idea dichosa dió nacimiento á la imprenta tal como es y como debe ser. El primer libro impreso fué una Biblia en latin, que costó sumas inmensas, ejecutada entre los años 1450 y 1456. La toma de Maguncia por Adolfo, duque de Nasau, en 1462, fué causa de que abandonasen aquella ciudad muchos impresores, quienes se esparcieron por varios paises, difundiendo de este modo en Europa el arte de imprimir. El primer libro impréso en Roma fué en 1467.

Títeres. Los títeres fueron conocidos de los Griegos, que les llamaban *neurospata,* esto es, objetos puestos en movimiento por cuerdecitas. Jenofonte, Sócrates, Platon y Aristóteles han hablado mucho sobre los títeres. De Grecia pasaron á Roma con las victorias obtenidas por los Romanos contra los Griegos, y habiendo adoptado todas las invenciones útiles ó agradables de estos se apropiaron tambien los títeres.

Título de Excelencia. Este título de honor que en su orígen solo se daba á los monarcas aun al papa, fué generalizándose con el tiempo cuando los soberanos tomaron los de alteza, majestad, &c.

Toison de oro (Orden del). Esta órden de caballería fué instituida en Brújas, ciudad de Flandes, en 1429, por Felipe el Bueno, duque de Borgoña, en celebridad de su boda con la infanta doña Isabel, hija de don Juan I de Portugal. Suponen algunos que tomó la insignia del toison de la principal fábrica de lanas del pais. En su orígen constaba esta órden de 30 caballeros, inclusso el soberano, los cuales eran de las primeras familias de los Paises Bajos; y en el dia es una de las órdenes mas ilustres de Europa: está dividida en dos ramas: el emperador de Austria es el jefe de la una, y el rei de España lo era de la otra.

Toneles. El arte de tonelero es mui antiguo, y se cree que los habitantes del pais llamado ahora Piamonte fueron los primeros que inventaron y usaron los toneles.

Torneos. Algunos creen que se celebraban ya en el siglo IX, porque dicen que el papa Eugenio II (que murió en 827) excomulgó á los que se presentaban en los torneos; pero la opinion mas probable, segun el P. Menestrier y otros, es de que estas diversiones y ejercicios guerreros y de galantería, que hacian los caballeros antiguos para demostrar su destreza y su valor, fueron instituidos en Alemania por el emperador Enrique I, acia el año 922, celebrándose cada tres años con gran solemnidad; y de allí pasaron á otras naciones.

Tornear (Arte de). La invencion del torno parece ser de una grande antigüedad, segun el testimonio de muchos autores antiguos, y entre ellos el de Plinio, que dice se torneaban vasos preciosos enriquecidos de figuras y relieves; algunos de los cuales sirven aun de adorno en los gabinetes.

Torno para hilar. Esta máquina fué inventada en 1530 por Surgen de Brunswick.

Toro de bronce. El artífice Perilo, secundando la crueldad de Faláris, tirano de Agrigento en Sicilia, inventó por los años 571 ántes de la era vulgar, un toro de bronce, con tal arte, que encerrado un hombre por dentro, y puesto fuego debajo, resonaban sus gritos como bramidos de toro. Perilo pidió la recompensa de tan terrible invencion, y Faláris le hizo quemar el primero en ella; pero este monstruo tambien pereció dentro de la misma máquina.

Toros (Corridas de). El año 1110 parece que empezaron las corridas de toros en España; pero el contínuo peligro á que voluntariamente se exponen los toreros fué la causa de que algunos pontífices los excomulgasen, y de que Pio V prohibiese con todo rigor dichas corridas: sin embargo, el papa Clemente VIII las toleró, á pesar de aquella prohibicion.

Tragedia. Théspis, poeta griego, que floreció 536 años ántes de Jesucristo, fué mirado como el inventor de la tragedia; género de poesía mui grosero é imperfecto en su orígen. Se cree que las tragedias, lo mismo que las comedias, empeza-

motivo de las fiestas y regocijos que se
en honor de Baco, en tiempo de las
. Thésp is embadurnaba las caras de
, y los paseaba por las aldeas del Atica
re un carro, desde donde representaban
. El poeta Esquilo, y despues Sófocles
s, perfeccionaron la tragedia griega.
uracion (La). Esta festividad es mui
n España empezó á celebrarse en el si-
uego pasó á otras iglesias del Occiden-
ue por los años 1457 dispuso el papa
I que fuese general en toda la Iglesia,
de gracias por el triunfo que consiguie-
stianos sobre los turcos cerca de la ciu-
grado.
d. Parece que la fiesta que se celebra
de la Santísima Trinidad tuvo orígen
s 920, cuando Estéban, obispo de Lie-
mponer un oficio propio para este obje-
icha festividad no se extendió á toda la
sta el siglo XIV, en que el papa Juan
bó el oficio de Lieja.
ta. El orígen de este instrumento se
la mas remota antigüedad, y la prueba
que Moises hizo hacer dos trompetas de
el uso de los sacerdotes. Aunque los
etendian que los Tirrenos eran sus in-
s mas verosímil que lo fuesen los Egip-
s que pasó este instrumento á los Israe-
P. Kircher inventó una trompeta ó bo-
levaba la voz á una milla de distancia.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

relativa á la ciudad santa.

querido general,
llegado á la ciudad de David y Salomon;
los santos lugares, humillándome ante la
Redentor; vi aquel monte de los Oli-
donde prosternado con el rostro en
licaba á su padre celestial alejase de él
e le estaba preparado, aunque se some-
luntad omnipotente: he pasado por la
Amargura; he subido al Gólgota, y
vacilante he hollado la tierra de los mi-

. que deslumbrado el hombre en Jerusa-
esplendor de aquellas grandezas, vuel-
tirlo á la igualdad primitiva: parece
aire mas puro y está mas rareficado, y
ella inmensa cantidad de vapores gro-
pesan sobre el cuerpo; obra el espíritu
r libertad, y desempeña el alma todas
nes con mucha expedicion. Todos los
tos rastreros son ajenos del hombre
mira en la cumbre del Calvario; repug-
todo afecto terreno, y acercándose á
s regiones, parece que adquiere cierta
celestial pureza.
lle de Josafat sembrado de sepulcros;
de la sangre, en donde gime la naturale-
nte desecada de Siloe, y el torrente de
on sus aguas cristalinas. He recorrido
nes del Jordan; he visto correr las a-
ue recibió el bautismo el Salvador del
e mirado el dormido mar de dolores, y
su vista ha traido á mi imaginacion las siete ciudades que por sus culpas quedaron sepultadas en un mar de betun á la sola palabra del Eterno. Miré las ruinas de Jericó, asombrada todavía de la destruccion de sus muros: en fin, vi la ciudad de Júdas, aquel Bethlem, lugar sagrado donde nació el hijo de María.

Lo digo como lo siento, mi general; una dulce piedad se ha apoderado de mi alma, me siento mejor, mas dispuesto al bien obrar, y el recojimiento se ha convertido en una necesidad para mí.

Excusaré el repetir aquí cuanto han dicho los viajeros tan enfáticamente acerca de la santa ciudad. Segun creo, ya habrá leido V. á Danville, á Deshayes y principalmente á Zuallardo; pues sepa V. que ya conoce tan perfectamente como yo los cuatro montes de Moria, Sion, Besetha y Acra: ya sabe V. dónde está la puerta de los Peregrinos, la de los Rebaños, la Esterquilinaria, la capilla de Elena, la columna de Improperio, y el lugar en donde reposan las cenizas de Balduino y de su hermano el glorioso Godofredo.

Así pues, me limitaré á decir lo que siento interiormente. Paréceme que oigo la voz de los profetas; en cada ruina creo leer la palabra de verdad: todo me prueba la divinidad de Jesucristo: esta poblacion judía que vive extranjera en su tierra natal, la poblacion musulmana, que descarga su cuchilla sobre el endurecimiento y la incredulidad, y la corta porcion de cristianos consagrados al servicio de los altares del Dios verdadero; todo se reune para proclamar aquí los decretos de la eterna justicia.

En vano corre veloz el tiempo; en vano pasan las generaciones; en vano un error nuevo sustituye mil creencias falsas; en vano los dominadores de las naciones suceden á los dominadores: el brazo de Dios, siempre inmóvil y terrible, pesa sobre una tierra manchada con la sangre del Hijo del Hombre; los hijos de Israel yacen siempre agoviados debajo del peso de la reprobacion: oprobio, padecimientos, destierro, persecuciones y ninguna consideracion á los derechos sacrosantos del hombre, esta es su triste vida; de manera que en esto miro un milagro perpetuo, que revela á mi mente el orígen del hombre y el fin para que fué criado. Rompióse el velo ya; ya ven mis ojos la espesura de las tinieblas: me transporto á los primeros tiempos de la creacion; veo al hombre en su primera aparicion en medio de la naturaleza, animado con el aliento del Omnipotente; lo contemplo en su primitiva pureza; de allí á poco lo veo mancillado con la fealdad del pecado, desatento á la voluntad del criador de su ser, y soportando con resignacion la pena del crímen que cometió. Pónese ante mi vista el cuadro de las edades: el diluvio confunde al orgullo humano; un justo sobrevive á la universal destruccion; la tierra vuelve á ser poblada, y nuevos desórdenes suceden á los primeros: Abraham es separado de las naciones pervertidas; á su descendencia está reservado el honor de llamarse pueblo de Dios: siendo este pueblo esclavo de Faraon, libértalo Moises; pasa milagrosamente el mar Rojo, y entra al desierto de Sina; allí es donde recibe la lei santa; sale de allí, despues de algun tiempo de padecimientos, para pasar el Jordan, conducido por Josué; llena de terror á los pueblos idólatras, y toma posesion de la tierra prometida. ¡Dichoso

este pueblo escojido y predilecto, si hubiese sido siempre fiel! mas ai! ya se separó de la senda de la virtud.... Dios quiere, y con una señal de su mano lo hace caer en la servidumbre. Llegó en fin la hora; el Redentor va á venir; la luz del mundo va á brillar en lo mas alto del firmamento: nació ya el niño, el rei de Israel, el conductor del indócil pueblo; nació y creció en sabiduría; predica una moral divina; se le escucha, y se desatiende su doctrina; se le acusa, y es prendido y muerto. Pueblo ingrato! has merecido tu suerte; ¡guárdate de murmurar del decreto pronunciado contra ti y tu posteridad!

A esto atribuyo, mi general, la dispersion de los habitantes de Jerusalen, y la destruccion de esta santa ciudad, ménos de cincuenta años despues de la muerte de Jesucristo; y en el hijo heroico de Vespasiano miro el instrumento que Dios empleó para cumplir sus justas venganzas....

Despues de haber dicho á V. lo que siento y me parece, aunque acaso V., como otros, no será de mi propia opinion, permítame que concluya aquí esta carta, que ya es bastante larga, y reciba el afecto de su invariable amigo y servidor

B. Pergami. *Traducido por* M. G.

CLARA.

Acababan de dar las once de la noche.

Estábamos reunidos en el gabinete Enrique M..., su mujer y yo. Llevábamos ya un buen rato de silencio; Enrique permanecia pensativo, sin apartar los ojos de la chimenea, en que brillaban algunos tizones medio consumidos, mas que para fijarlos de cuando en cuando á hurtadillas y con cierto sobresalto en las mejillas pálidas y enjutas de su esposa. La salud de Clara nos causaba hacia mucho tiempo vivos cuidados; aquella noche parecia mucho mas abatida que nunca, y un amargo presentimiento me hacia preveer su próximo fin.

— Cárlos, me dijo mi amigo levántandose de repente; ven, tengo que hablarte una palabra. Llevóme á una pieza inmediata, á donde Clara nos siguió con los ojos, inquieta, casi azorada. Cerró Enrique la puerta, y luego continuó apretándome la mano: — Amigo mio, no puedo soportar por mas tiempo la horrible incertidumbre que me devora. Clara se desmejora por dias, ya lo ves; no puedes negar que su vida solo pende de un hilo, y conozco que la mata un pesar cuya causa ignoro.... Ternura, atenciones, lágrimas, amenazas, violentas quejas, nada ha podido arrancarla ese secreto que me arrebata la única mujer á quien he amado en mi vida. Cuando la estrecho á preguntas, solo me responde con lágrimas; si la muestro alguna sospecha, me pregunta con una especie de terror si he observado algo en su conducta que pueda hacerla aparecer culpable; y luego llora.... y con todo, no puedo negar que jamas mujer alguna cumplió mejor sus deberes ni fué mas afectuosa con su marido que Clara. Pero apénas me separo de ella, mis inquietudes, mis sospechas, mi dolor, en fin, vienen de nuevo á desgarrar mi corazon. Veo que esa infeliz camina al sepulcro á pasos agigantados.... Quién sabe tal vez dentro de algunos dias la habré perdido para siempre. Cárlos, soi tu amigo de todo corazon; eres el marido de mi hermana.... una tierna y santa amistad nos une desde la infancia; yo te pido que me prestes tu ayuda. Acaso Clara tendrá confianza en ti; sé que te aprecia, que te quiere mucho; háblala. Dila cuánto sufro; obtén de ella que te declare la causa de su melancolía; asegúrala del placer que será para mí satisfacer todos sus deseos. Ahora, vé, y no me niegues por Dios lo que te pido: nada me digas en este instante; mañana hablaremos....

Salió precipitadamente y fué á encerrarse en su cuarto como si hubiera querido evitar toda contradiccion de parte mia. Desgraciado! él no sabia, él no podia saber cuán doloroso cuidado era el que confiaba á mi amistad.... Qué digo á mi amistad! Blasfemia! Vergüenza me dió de mí mismo cuando en aquel momento me atreví á sondear mi corazon. Pero la ocasion era demasiado favorable; merced á aquel encargo, podria yo averiguar en fin lo que tanto como á él me importaba saber. Volví entónces al gabinete: al abrir la puerta, alzó Clara los ojos, y sus mejillas se cubrieron de un ligero carmin cuando vió que yo entraba solo. Sentéme de nuevo en el sitio que habia dejado pocos minutos ántes: mi corazon latia con tal violencia que parecia que me ahogaba. No sabiendo cómo entablar la conversacion sobre punto tan delicado, quedé en silencio por algunos momentos. Clara habló la primera.

— Qué le ha dicho á V. Enrique? me preguntó fijando en mí sus ojos brillantes como cristal. Yo procuré disimular mi turbacion.

— Enrique es desgraciado, Clara.

— Y le parece que él solo lo es! me dijo con vehemencia.

— No, Clara, no; cree que V. tambien es digna de compasion, y su alma sufre y es mui infeliz, porque ignora la pena secreta que emponzoña su vida de V.... ¿Y no ha de estremecerse en efecto al contemplar las huellas que ha dejado el pesar en ese rostro ántes tan sereno, tan radiante de felicidad y de hermosura?....

— Con que es verdad que he perdido toda mi hermosura, Cárlos?.... Pero de qué me serviria ser hermosa? de qué me serviria estar alegre y serena como ántes? He sido hermosa, feliz; he tenido algunos talentos de sociedad.... Y de qué me ha servido todo esto?

Yo estaba á punto de decirla: — "Clara, tú eres ahora mas hermosa que nunca; eres como siempre la primera de las mujeres;" pero contuve estas imprudentes palabras, y dejé caer su mano que tenia cojida entre las mias.

— Clara, la dije, Enrique espera que V. tendrá confianza en mí, y me ha encargado que insista con empeño en que revele V. el secreto de su corazon. Yo no hubiera querido encargarme de este cuidado, porque no me siento digno de desempeñarle; pero no he podido rehusar. Clara, amiga mia, qué debo esperar? tendrá V. confianza en mí? podrá V. decirme lo que le ha callado á él?....

— A V! á V!!!.... repuso Clara con singular agitacion. Es posible? oh! no; Enrique no ha podido encargarle á V. que lea lo que pasa en mi corazon: nada puedo decirle á V.... nada.

—Él creia que en atencion á la amistad que
e une, sobre todo desde mi casamiento....
—Dios mio! y qué me quiere? á qué fin ator-
entarme de ese modo? Nada tengo que decir-
, nada. Y la infeliz se cubria el rostro con las
manos, sollozando amargamente.
—Y á mí, Clara, nada me dirá V.?
—Por Dios, Cárlos, déjeme V. No puedo....
V. ménos que á nadie. Qué digo! No, no ten-
nada, retírese V. por Dios; Cárlos..... déjeme
. sola.
—En medio de su turbacion, demasiado me ha
cho V. ya para que yo la deje. Clara, por a-
or de Dios, por todo lo mas sagrado que hai en
mundo, tenga V. confianza en mí; dígame V.
que falta á su felicidad, y Enrique se apresu-
rá á colmar vuestros deseos. Ah! qué me in-
a esa amarga sonrisa? Así pudiera yo contri-
ir á volverle á V. el reposo y la salud! Clara,
en algo puedo contribuir á la felicidad de V.,
me haga por Dios la injusticia de dudar de
.... si así fuera, eso solo bastaria á hacerme
rir de pesadumbre.
—Morir! y qué seria entónces de su esposa
V.?
No pude continuar. Clara acababa de herir
a cuerda harto dolorosa.... No sé si advirtió en
rostro el agudo pesar que me causaba; pero
mo para reparar la crueldad de aquella pregun-
me cojió la mano diciendo:
—Perdon, Cárlos, perdon!
—Ah! cruel es V., Clara, mui cruel conmigo:
qué fin recordarme ese funesto himeneo?
—¡Dichosa ella, Cárlos, dichosa ella que ha
rdido la razon! Ah! si yo como ella hubiera
rdido todo sentimiento, toda razon, no sufriria
l muertes en un minuto.... V. me pregunta lo
e siento! Aquí, prosiguió apoyando la mano
bre su corazon, aquí está el mal. Dice V. que
rique le ha enviado para espiar mi dolor, para
rancarme mi secreto. Pues bien! voi á decla-
rlo todo, y cuando V. lo sepa sentirá, yo lo ju-
haber exijido de mí esta declaracion.
El estado de exaltacion en que se hallaba me
o estremecer.... temblé entónces á la idea de
algun terrible secreto. Habló Clara por fin....
aun todavía me parece que resuena su voz en
e oidos.
—V. me conoció, Cárlos, cuando yo estaba en
sa de mi anciana tia, de aquella que fué para
una segunda madre, y cuya ternura, siempre
ual, me hizo olvidar que yo era huérfana. Mi
imera juventud se deslizó como un sueño de ven-
ra; teatros, bailes, conciertos, todo lo que pue-
seducir y hechizar á una niña, me fué prodi-
do por aquella excelente mujer; nuestra casa
a el centro de la mas brillante sociedad; mima-
y querida de todos, respiré por algun tiempo a-
el incienso seductor, sin que mi corazon partici-
se en nada del placer que me causaban sus
lagos; pero aquella indiferencia no debia durar
mpre. Oh Cárlos! ¿por qué no ha hecho el
lo que yo muriera ántes de saber que podia a-
r?
Entre los hombres que me rodeaban habia u-
.... Dios mio! qué voi á decir?.... habia uno
concurria á casa de mi tia con mas frecuen-
y mas intimidad que la mayor parte de las per-
as que nos visitaban. No tardé en distinguir-
le ventajosamente entre todos sus amigos, en preferirle á cuantos hombres yo conocia; pero ah! él no me amaba, amaba á otra, y yo lo supe. V. se acordará que hace tres años nos pusimos en camino, mi tia, yo y algunas de mis amigas para los Pirineos, donde pasamos el verano: V. vino igualmente con Enrique y algunos otros jóvenes. Él vino tambien; la que amaba era una de mis amigas, y él no habia podido quedarse en Paris léjos de ella. Le volví á ver y le amé mas que nunca; pero ah! cuál fué mi dolor cuando descubrí su pasion, cuando él mismo!.... Desde entónces, contento, dicha, amistad, todo lo olvidé. Rubor me causa decirlo.... pero por un momento me abandoné insensata al amor sin esperanza que me consumia.... Luego, avergonzada de mí misma, busqué pretestos para no volver á verle jamas.... Sin embargo, le volví á ver.... supe que iba á casarse con la que amaba.... le vi ciego de amor en los brazos de su querida.... oí sus juramentos, porque ella le amaba tambien con delirio: ah! entónces hubiera yo querido morir! En fin, la entrada del otoño les hizo á todos VV. volver á Paris: como mi tia tenia aun que arreglar algunos asuntos en la provincia, nos quedamos allí dos meses mas.... él se fué, y me hallé entónces en un aislamiento que solo sirvió para aumentar mi desesperacion. Cuando él estaba conmigo, cuando podia verle á todas horas del dia, deleitarme al eco de su voz, respirar el aire que él respiraba, yo me decia con algun consuelo que su presencia era el principal pábulo de mi dolor.... luego que nos hubo dejado, me pareció que con él se habia desvanecido mi última esperanza, y le eché de ménos, y eché de ménos hasta aquellas palabras de amor que le oia prodigar á su amada.

La conviccion de que iba á casarse con otra, y de que un abismo me separaba de él, acabó con toda mi resolucion. Precisada á disimular lo que sufria, mis noches se pasaban entre las lágrimas y las angustias de la desesperacion. Ah! ojalá no hubiera nacido! me decia yo muchas veces; ¡ojalá me hubiera muerto al entrar en este mundo, del cual no debia conocer mas que las amarguras! ¡Rica, jóven, hermosa, ciega de amor, y él no me amaba! Mi único deseo, mi única idea fija, era la muerte. ¿De qué me servia una vida que yo hubiera podido y ya no podia consagrarle? Él ni aun llegaria á saber lo que yo sufria; otra poseia aquel corazon y aquella mano que yo hubiera comprado á costa de mi sangre; él mismo me habia pintado con caracteres de fuego aquel océano de delicias en que iba á sumerjirse.... Aquel hombre no necesitaba de mí para ser feliz. En vano llamé á la muerte en mi ayuda.... Cayó á la sazon mortalmente enferma mi buena tia; en su lecho de muerte me llamó, me bosquejó la imágen del aislamiento en que iba á dejarme; Enrique M. me ofrecia su mano.... Qué horror! ¿Y cómo habia yo de llevar á los brazos de otro hombre el amor que abrasaba mi corazon?

Lloré, supliqué.... todo en vano. Mi tia me acusó de ingratitud.... ella, Dios mio! que habia hecho tanto por mí! Debí ceder y di mi mano. Pocos dias despues espiró mi tia entre mis brazos. Oh Cárlos! si padecí mucho ántes de mi casamiento, cuán terribles suplicos sufrí despues! solo Dios y yo lo sabemos. Mi marido, ese hombre tan noble, tan bueno, tan apasionado, sí! por qué no he

de decirlo? conozco que á pesar de todos mis esfuerzos, esfuerzos que me matan, conozco que no puedo hacerle feliz. A pesar mio, este amor insensato absorbe todas las facultades de mi alma. Y no crea V. que la ausencia le aviva, no!.... He vuelto á ver á ese hombre, le veo muchas veces.... pero sé que es desgraciado: su enlace con mi rival le ha sido funesto, y su desgracia es un encanto, un atractivo mas para mi; atractivo á que yo no me siento capaz de resistir. Le amo, y conozco que este amor me quita la vida.

Oh! bendito será mil veces el dia que me arranque el peso de la existencia! Imploro la muerte como la implora un reo en medio de los tormentos.... Pero ya me ha oido, Cárlos, y pronto seré feliz.... Marchita como las hojas de otoño, caeré con ellas!....

No pude contener por mas tiempo mis sollozos: Clara, exclamé, no, no, tú no morirás.... tus palabras me desgarran el corazon!.... Miróme entónces con ojos desencajados, y luego, precipitándose en mis brazos, mezcló sus lágrimas con las mias, exclamando con dolorosa exaltacion: Oh Cárlos! cuán dulce me seria morir así! cuánto alivian mi dolor estas lágrimas!!!

Quise volverla á colocar en su sillon, porque veia con terror que estaba á punto de desmayarse; pero no lo consintió: Cárlos! no! dejadme reclinar una sola vez mi frente en vuestro seno! oh Dios mio! Dios mio! haced que yo muera así, añadió con vos casi imperceptible, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma.

Yo estaba fuera de mí.

—Clara, Clara! tú no morirás! ah! yo sí moriré de dolor!!!

Una lágrima cayó de mis ojos sobre su rostro; estremecióse profundamente y procuró sonreir.

—Cárlos, me siento mejor; no me compadezca V.

—Clara, aun no me lo ha dicho V. todo.... se siente V. en estado de proseguir? El nombre de ese jóven.... del que V. ama?....

—Qué me pide V.? Dios mio! No he dicho ya bastante! Demasiado he dicho. Pero no! ahora ya no debo vacilar. Ahora ó nunca! Ese hombre á quien amo mas que á mi vida, ese hombre cuyo recuerdo me mata.... ese hombre, oh Cárlos! eres tú!!! Y sus labios frios grabaron en mi boca estas dos últimas palabras. Un temblor de muerte corrió por todo mi cuerpo. Clara, exclamé estrechándola sobre mi corazon, yo te amo con toda mi alma!

—Infeliz! exclamó con voz moribunda... Entónces de repente vi reclinarse á un lado su cabeza inerte; sus brazos cayeron sin fuerza á uno y otro lado de su cuerpo, y espesos borbotones de sangre brotaron de su boca. Fuera de mí, empezé á gritar.... Enrique entró en la estancia, delirante, frenético; colocamos á Clara en su lecho, y enviamos al instante á llamar á un médico para que la sangrara.

Durante la operacion, Enrique me llamó á parte.

—Cárlos, me dijo con voz sombría, mui desgraciados somos los dos! todo lo he oido....

—Oh! sí, mui desgraciados!

Al dia siguiente ambos llorábamos su muerte!

A. Carle. *Traducido por* E. de O.

IMPRESIONES DE LA PRIMAVERA.

Otra vez en los árboles las hojas
Pueblan los vientos de murmullos leves,
Y se deshacen en las cumbres rojas
Al sol de mayo las brillantes nieves.
Límpidos los arroyos se dilatan
Por su márgen vestida de jazmines,
Y sus cantos suavísimos desatan
Los tiernos y pintados colorines.
Y cantan la esperanza y los amores,
Miéntras las plantas aman y florecen,
Y en el nítido cáliz de las flores
Los amorosas auras se adormecen.
¿Por qué no amar y al himno de natura
Juntar mi voz que por el yermo suena?
¿Por qué la frente jóven y segura
No levanto á la par de la azucena?
¿Por qué si el alma en ímpetu sublime
Puede medir los ámbitos del cielo,
Solitaria, y oscura, y triste gime
En pos de los amores y el consuelo?
¿Por qué en selvas vestidas de esmeralda
Y encantadas con música apacible
Buscar una fantástica guirnalda,
Corona de una imágen imposible?
¡Ai del que eterna juzga del oriente
La blanca luz al despuntar la aurora!
Porque el sol de la tarde falleciente
Solo la paz de los sepulcros dora.
Jóven y bella estás, naturaleza;
Ricas tus flores son, tu estrella amiga,
Tus céfiros aliento de pureza,
Y misterios y amor tu seno abriga.
Yo que al dormir gozoso en tu regazo
Despertaba al acento de tus fiestas,
Yo que estreché con ilusorio abrazo
El ángel protector de tus florestas;
Yo te miro volver sin alegría
Con tu ropa brillante de colores:
Que la tímida flor del alma mia
Perdió por siempre juventud y olores.
Sí; que al pasar el cierzo de las penas
El perfume robó de su corola,
Y la luna tan solo en las serenas
Noches la envuelve en pálida aureola.
Jamas tu relumbrante panorama,
Espléndida y vistosa primavera,
Me volverá la consumida llama,
Los sueños de oro de mi edad primera.
Yo te via llegar enajenado
Y mirarte en las aguas de los rios,
Rico de amor, ajeno de cuidado,
Perdido en esplendentes desvaríos.
Tú pasaste una vez y otra pasaste,
Y mis sueños de amor no se cumplian,
Y una vez y otra vez luego tornaste,
Y una vez y otra vez luego volvian.
Mas llegó julio, y la esperanza rota
Honda arruga selló sobre mi frente,
Y del pesar por la region remota
Busqué la paz del ánima doliente.
Tambien en ella el ruiseñor cantaba,
Tambien la fuente sin parar corria;
Pero la fuente ronca murmuraba,
Pero el doliente ruiseñor gemia.
Y era su trova moribunda y vaga,
Canto de amor, de incertidnmbre y pena,
Postrer acento de nocturna maga,
Flébil quejido que á lo léjos suena.

CANCION DEL RUISEÑOR.

Pasan de mayo las flores,
Con ellas va la esperanza,
Y apénas la mente alcanza
Voz lejana de placer;
Que al tornar los turbios ojos
Al campo de la memoria,
Solo encontramos la gloria
Entre las sombras de ayer.

Trovador de los pesares,
Que te finjiste ventura,
Paz, abandono y ternura
En las músicas de abril,
Ven á escuchar mis acentos,
Porque yo como tú lloro;
Tambien yo una sombra adoro
Que fué orgullo del pensil.

Yo suspiré en la enramada
Dulces ansias á la rosa,
Y abrió su cáliz la hermosa
Para escuchar mi cancion;
Y la luna desde el cielo
Con luz amante bañaba
Su frente, que arrebolaba
La esperanza y la ilusion.

Y yo entre sueños perdido
De fantásticos amores,
Aspiraba los olores
De su seno celestial;
Y entre las frágiles alas
Del aura de mayo tierna,
Visiones de gloria eterna
Miró el alma virginal.

Mas ai! que el sol del estío
Mi esperanza peregrina
De la rosa purpurina
En el cáliz agostó;
Y una á una con sus hojas
Volaron mis ilusiones,
Y de mis tiernas canciones
Solo un eco me quedó.

Un eco triste y confuso
Que el campo de la amargura
Encanta con la ventura
Del desvanecido bien;
Y que en las cuerdas se mece
Del arpa de los pesares,
Al reflejar sus cantares
Las músicas del Eden.

Ven á mí, triste poeta,
Arroja el arpa de oro,
Déjala al pié del tesoro
Que halagó tu juventud;
Que de tu amor los ensueños
Con mis ensueños volaron,
Y otro bien no nos dejaron
Que un ciprés y un ataúd.
"Ai! la fe pasa, y la ilusion se pierde;
Por lo de ayer el corazon suspira:
Cae de los campos la corona verde;
Lágrimas solo quedan á la lira!"

Calló la voz del ruiseñor, y el alma
Dejó sus flores en la playa obscura,
Su porvenir y su amorosa palma,
Y su corona de inmortal verdura.
Oh! nunca, nunca, abril esplendoroso,
Me traerás con tus pájaros gentiles
De lo pasado el campo venturoso,
La flor de mis creencias juveniles.
Volará la felize primavera
Sin que un suspiro mio la acompañe,
Sin que furtiva lágrima siquiera
La palidez de mi semblante bañe.
Que no de mayo en el feliz retoño
El término hallaré de mis congojas,
Y al soplo de los vientos del otoño
Veré volar las macilentas hojas.
Y cuando el alma en su dolor recuerde
Del corazon las flores esparcidas,
Yo cantaré el encanto que se pierde,
Como he cantado imágenes perdidas.

ENRIQUE GIL.

La Kalissa,

ó

LA CHINELA.

I.

DEJADME ante todo que os diga lo que significa la palabra *kalissa*.

Esta voz es hebrea y el nombre de una ceremonia hebraica que, segun me han dicho, significa *descalzamiento*.

Verificase esta ceremonia en el caso siguiente.

Cuando muere un hombre dejando mujer sin hijos, su hermano está obligado á casarse con la viuda, para *levantar familia á su hermano*, segun las expresiones de la Escritura.

Mas si por algun motivo, obstáculo ó capricho no quiere el cuñado contraer este matrimonio, la viuda debe llamarle ante un rabino, y preguntarle en presencia de diez testigos por lo ménos *si quiere levantar familia á su hermano*. Al oir la negativa, se practica la ceremonia de la *kalissa*.

Poco despues de la conquista de Argel por los Franceses, ocurrió en esta ciudad una aventura que dió lugar á que se practicase la indicada ceremonia, y es una historia tristísima por cierto.

Un mancebo frances llamado Emilio Thorvald llegó á Argel con pliegos de su gobierno para el general Clausel. Con aquella alegría propia de la edad de veinte años, habia emprendido Emilio la carrera militar, aunque contra la voluntad de su buena madre, viuda pobre, sin mas amparo en el mundo que su hijo.

Era su único amor; y así, cuando habló Emilio de ir á Argel, á aquella ciudad de infieles, tembló la tierna madre, porque su corazon le daba un presentimiento triste y sombrío, cual sentencia de muerte, y una voz interior le decia que ya no volveria á ver á su Emilio, á su hijo querido, tan hermoso y jóven; y llorando y enlazándolo con sus brazos, le rogaba que no se separase de ella; mas Emilio Thorvald, que habia heredado el genio mi-

litar de su padre, enseñó el pecho á su madre, diciéndole que aun no habia en él ninguna condecoracion.... y se partió.

Luego que entregó los pliegos al general, pidió boleta de alojamiento, y se le dió para la casa de la viuda de Lemuel, judía riquísima, segun le dijeron.

Encaminóse á dicha casa, que era de magnífica apariencia, y habiendo salido una vieja á recibirle, le preguntó:

— Vive aquí la viuda de Lemuel?

— Sí señor, respondió en frances la vieja.

Y á pesar de la decrépita ancianidad de aquella mujer, á pesar de formar pinzas sus narizes con la punta de su barba, á pesar de tener los ojillos sumidos hasta mui adentro del rostro, y á pesar de tener tan solo huesos forrados de pergamino en lugar de carrillos, se vió Emilio en ánimo de abrazarla y aun besarla, pues tanto fué el regocijo que sintió al oirla hablar en frances.

Y se acordó de su madre, y se sonrió al recordar que tan solo le habia predicho desgracia.

— Es V. francesa, buena señora?

— De Marsella, señorito, y fuí hecha prisionera ántes de la revolucion — de la revolucion grande, ya está V.? — y me vendieron al padre de mi señora.

— ¿Y no ha olvidado V. su lengua, aquí entre los turcos?

— Al contrario, [illegible]; se la he enseñado á mi querida Miriam: su mayor placer y mi única dicha es hablar en frances.

— Diantre! vaya, que soi el hombre mas feliz: ea, lléveme V. á ver á esa Miriam: vamos, quiero verla y hablarla: es doncella? es casada? y.... y.... y.... y ante todo, es bonita la tal niña?

A este flujo de palabras que la anciana se esforzaba en contener, contestó con mucha gravedad:

— Pasito, hijo: no es doncella ni casada; es la viuda de Lemuel, y no la verá V., por una razon mui poderosa, porque de un momento á otro está es-per-an-do á Me-saul, su no-no-no-vio, hermano de Lemuel, que viene para levantárle familia.

— Ah, entónces ya es otra cosa, dijo el frances un tanto disgustado.

Y despues, siguiendo á Elkala, que así se llamaba la vieja, entró al interior de la casa, y luego al comedor, en el cual estaba preparado un almuerzo frugal y simple.

— Quiere V. almorzar? preguntó Elkala al frances.

— Imposible, tia; mis camaradas me están esperando para armar frasca en celebridad de mi llegada: con que tenga V. esto, y ya vuelvo.

Y al decir esto, entregó Emilio su equipaje á la vieja, y se marchó.

Volvió tardísimo, y por sus pasos inciertos y vacilantes se conocia que en la francachela se habia bebido mas vino del necesario.

Elkala le condujo á un cuarto que se le habia preparado, puso una vela en el velador, y le preguntó si queria alguna cosa; mas como no le respondiese, se retiró.

Solo ya Emilio, se puso á examinar su aposento, y vió colgada en la pared una hermosa pipa de ámbar y oro, y junto de ella una bolsa henchida de tabaco. La vista de estos objetos le inspiró el antojo de fumar; tomó la pipa, la rellenó de tabaco, y se acercó á la vela para encenderla; pero, como ya se ha dicho, estaba su cabeza turbadísima con los humos del vino que habia bebido; por lo cual, al ir á encender la pipa, apagó la vela.

Hélo aquí en la mas profunda oscuridad.

— Cáscaras! dijo, y qué torpe que soi!

Y á tientas y sin saber á dónde ir á buscar luz, salió de su cuarto al corredor, en uno de cuyos ángulos se divisaba una amortiguada luz, que le sirvió de faro para llegar hasta donde estaba. Entónces vió una puerta, la empujó, y se halló en un aposento mui semejante al suyo: ardia en él una vela cerca de un sofá, y en este yacia dormida en actitud voluptuosa una jóven de peregrina hermosura. Acercóse, y deslumbrado y seducido con las gracias de aquella beldad, que respiraba con el sosiego de la inocencia, creyó que era una de las celestiales huríes que Mahoma tiene reservadas en el paraiso para sus escojidos: casi sin saber lo que hacia, tomó una de sus manos, y la llevó á la boca.

A este movimiento despertó la linda argelina, viendo un hombre junto á su lecho, quiso dar voces; mas el sobresalto y el temor paralisaron sus fuerzas....

Pobre mujer!....

A otro dia al amanecer salió el mancebo con un destacamento para Oran.

II.

Al cabo de dos meses llegó Mesaul, Mesaul, que habia de desposarse con Miriam!

— Miriam, dónde estás? dónde estas, Miriam, fueron sus primeras palabras al poner el pié en casa. Y Miriam salió á arrojarse en sus brazos.

— ¡Cuán otra estás, bien mio, de la que ántes eras!

Y es que cuando se habian separado la habia dejado alegre y robusta, y ahora la veia pálida y abatida.

Con todo, al oir esto se animó el rostro de la viuda, y bajó la vista al suelo como avergonzada.

— Pero para mí siempre eres linda, Miriam. Dime que por mi causa te has puesto pálida, dime que siempre me amas, prométeme que conmigo serás feliz y volverás á tu acostumbrada alegría, dime.... pero respóndeme, niña adorada, háblame, porque hace tanto, tanto tiempo que no oigo tu voz.

Quiso la jóven hablar y corresponder con alguna palabra de amor á los apasionados acentos de su novio; pero tan solo pudo pronunciar el nombre de Mesaul, soltando despues el llanto.

— Te amo, Miriam, cuando lloras, te amo al verte pálida, te amo tal cual eres, y te aseguro por el Dios de nuestros padres que me tengo por el mas venturoso de los hombres.

Miriam no hizo mas que suspirar.

A otro dia de su llegada quiso Mesaul hablar de matrimonio, y con gran admiracion suya, le rogó Miriam que lo difiriese por algun tiempo.

Enformalizóse el mancebo; pero con todo eso, habia tanto amor en las miradas de Miriam, y tal union de pudor y dolor difundidos por la faz de aquella mujer, que Mesaul creyó comprender el motivo que la tenia indecisa.

Y con esto se apaciguó.

— Está bien, esperaremos á que sane padre; pe-

ro luego que esté bueno, serás mia, no es verdad, ángel mio?

Quince dias despues, habiendo recobrado Nataniel la salud, dijo á su hijo que ya podia celebrar su matrimonio, y el jóven, ébrio de júbilo, se apresuró á ir á ver á su novia.

Mas apénas empezó á hablar de la ceremonia, cuando dió Miriam un grito doloroso, y cayó desmayada.

Al ruido de la caida, ocurrió Elkala, y merced á sus cuidados, la hizo volver en sí á breve rato.

El primer objeto que vió frente de sí, fué á Mesaul, que echándole una de aquellas penetrantes miradas que llegan hasta lo mas recóndito del alma, permanecia inmóvil.

Tembló Miriam cual un reo ante su juez, arrodillóse, y levantando las manos en ademan suplicatorio, solo faltó que dijera á su amante: Perdon!

— Salid de aquí, dijo Mesaul á la vieja; y luego, quedando solo con Miriam, cruzó los brazos, y con ademan severo preguntó á la judía:

— Acaso ya no me amas, Miriam?

— Que si no te amo? ai, Mesaul! pregúntalo á mis ojos, á mi rostro, á toda mi persona, que se estremece de gozo cuando estás junto á mí.... y me preguntas si no te amo ya!

— Siendo así, Miriam, en tu corazon se alberga algun secreto, y este secreto me causa zelos.

Los brazos de Miriam cayeron á ambos lados, su cabeza se inclinó, y calló.

— Ea, fuerza es hablar, Miriam.

El mismo silencio.

— Quiero que hables, Miriam.

— Perdóname; pero no puedo....

— No puedes?

Y al decir esto se puso mas sombría la mirada de Mesaul.

— Por Dios, Mesaul, que no me mires así: tu aspecto no me deja hablar.

El hebreo le hizo una seña imperativa.

— Te obedeceré, Mesaul, todo lo sabrás, que bastante oprimido está mi corazon con el peso de este secreto; pero no será ahora, oh! ahora no, porque de dia no lo puedo decir.

— Pues cuándo lo podréis?

— Qué tono! qué mirada, Dios mio! siento que me muero.

— Responded, cuándo lo podréis?

— A la noche.... en el jardin....

— A la noche, en el jardin.

Y se fué Mesaul sin volver la vista una sola vez acia Miriam, que aun permanecia de rodillas en medio del aposento.

III.

Llegada la noche, bajó con una escala de seda por la tapia del jardin de Miriam un mancebo de alta estatura, ancho pantalon blanco, chaleco bordado de oro y turbante de cachemir.

Entró al jardin, y echó una rápida mirada en torno suyo.

La luna alumbraba aquel sitio y sus cercanías con luz apacible y suave.

Ya estaba allí Miriam, ya hacia gran rato que estaba esperando!

Luego que Miriam vió á Mesaul se acercó á él, y en vez de separarlo de sí, ella, que recatada y ruborosa, se negaba á sus caricias, y aun no le permitia que le tomase la mano, esta noche, cual si estuviera delirante, lo estrechaba contra su seno, y con un fervor que Mesaul nunca habia notado en ella, le decia:

— Estréchame contra tu corazon, dueño querido, mira cómo palpita el mio; regálame los dulces besos de tu boca; enjuga mis lágrimas con tus labios; abrázame; llámame tu Miriam, tu querida Miriam; inventa las mas halagüeñas palabras de amor; porque cuando yo hable, cuando te descubra aquel misterio de horror é iniquidad, entónces me repulsarás.... y acaso me maldecirás... pero vuelve, vuelve á abrazarme para inspirarme valor.

Y el hebreo, fuera de sí mirando á aquella graciosa jóven darle muestras de tan grande amor, le pagaba caricias con caricias, y ternezas con ternezas.

— Tu razon se turba, ángel querido; vuelve en ti, idolatrada Miriam: dime, vida mia, por qué habia de maldecirte, cuando eres tan sensible y linda?

— Me amas, no es verdad, Mesaul? pues bien, pruébame tu amor: toma tu puñal é introdúcelo en mi seno: vaya, no temas, yo no tengo miedo á la muerte, y aun me será placentera viniendo de tu mano. Y el mirar de la jóven era torvo, y en todo su semblante se descubria la angustia de su alma.

— Qué es esto, Miriam? ¿algun ensueño espantoso te ha trastornado la cabeza? qué te ha sucedido? Dios de Israel!

A estas palabras vertió Miriam un mar de lágrimas, y entre cada sollo exclamaba:

— Ai! es horroroso.... criminal.... yo.... deshonrada.... yo.... desdichada de mí!.... yo que nunca me contagié con un pensamiento impuro...

— Tus palabras me matan, Miriam. Explícate por Dios.

Sin responder tomó el cojin de brocado en que estaba sentada, lo puso á los piés de Mesaul, y se hincó ante aquel hombre cual una esclava.

El quiso impedirlo; mas ella contestó:

— Déjame, déjame así.

Y empezó á hablar, y conforme seguia su narracion, sentia que temblaban mas y mas las rodillas de Mesaul, contra las cuales tenia apoyada la frente á causa de su vergüenza; y ya sea que el pudor no la dejase hablar con claridad, ó ya que su copioso llanto le cortase la voz, ó bien quizá queriendo Mesaul hacerse ilusion á sí propio, cuando llegó Miriam á la partida del frances, exclamó el hebreo con voz amortiguada:

— Bien.... y despues?....

— Despues? repitió Miriam con espanto, despues.... qué, no me has comprendido?

— Explícate.

— No me comprendes, Mesaul? ¿no te lo dicen bastante mi vergüenza y mis lágrimas?.... ¿no tienes compasion de mí?... Mesaul, estoi.... deshonrada....

Y como horrorizada de hacer tal confesion, ocultó su rostro entre las rodillas de Mesaul, quien exclamó:

— Miserable! seria posible que un hombre se hubiese atrevido.... No, he oido mal; eso no puede ser: daria yo toda mi sangre por que no fuese cierto.

Y sin miramiento ninguno al mudo dolor de la bella judía, el fogoso mancebo la apartó de sí con

violencia, levantóse de un salto, y en este momento parecia gigantesca su estatura. Sacó el puñal de su ceñidor, y lo dirijió á la cabeza de la desdichada, la cual viendo brillar el acero, creyó que su amado iba á dejarla sin vida, cerró los ojos, encomendó su alma á Dios, y esperó el golpe.

Despues de un instante sintió que le tomaban el brazo con toda fuerza, y oyó la ronca voz del argelino, que repetia:

— Bien.... y despues?...

Era tal el dolor que sentia Miriam, que solo pudo levantar los ojos acia Mesaul, como para implorar clemencia.

Todo el semblante del noble hebreo estaba trastornado, y sus facciones alteradas de un modo espantoso; sus ojos parecian lanzar centellas; vertia espuma por la boca, y aun permanecia con el puñal levantado en ademan de herir; mas la perspectiva de una próxima muerte no espantaba tanto á la tímida israelita cuanto la ira de su amado.

— Hiere, le dijo con débil voz; quítame la vida, lo merezco.

— Aun no me lo has dicho todo, mujer, y me es necesario saberlo: dónde está el infame? dónde está?

— No lo sé.

— Cómo se llama? cuál es el nombre de ese vil frances?

Miriam guardó silencio.

— Dime su nombre! repitió furioso, sacudiéndola del delicado brazo; me entiendes? quiero saber su nombre.

Y no recibiendo respuesta, obligó á Miriam á ponerse en pié delante de él, y con tono arrogante é imperioso á que Miriam no podia resistir, dijo echándole la voz en el rostro:

— Señora, os mando me digáis el nombre del frances.

— Emilio Thorvald, respondió ella casi entre dientes.

Luego sintió libre su brazo, oyó pasos cerca de sí, y levantó los ojos para buscar á Mesaul; pero Ya se habia partido.

IV.

Recostada Miriam en su sofá la noche del siguiente dia, sin haber querido levantarse en todo él, ni tomar alimento alguno. Entró la buena Elkala diciendo:

— Mesaul te espera en el jardin: bueno sería...

— Mesaul me espera en el jardin?....

No dejó á la anciana concluir la frase: levantóse temblorosa, y conmovida y sola bajó al jardin.

Allí estaba Mesaul: la jóven se acercó á él.

Del mismo modo que la noche anterior, alumbraba el jardin y sus cercanías la luna bella y serena.

De repente quedó Miriam sobrecojida de horror, porque vió manchados de sangre los vestidos del argelino.

— Qué es eso, Mesaul?

Entónces echó este de ver que ya habia llegado Miriam, y sin cambiar de postura, dijo con voz sorda:

— Ya estoi vengado.

— Cómo vengado?

— Mira!

E inclinándose al suelo parra desarrollar su albornoz que estaba á sus piés, sacó de él la ensangrentada cabeza de un hombre recien degollado.

— Mira, mira bien!

Estremecida de espanto, exclamó Miriam:

— Oh Dios! qué horror! qué cosa tan terrible!

— ¿Con que tan solo horror te inspira esta cabeza, eh mujer?

— Por Dios, Mesaul, quítala de mi vista.

— ¿Con que tan solo horror te inspira esta cabeza? repitió él con semblante iracundo. ¿Cómo es que no te regocijas ni bendices la mano que la separó del cuerpo? ¿Cómo no tomas esta cabeza en las manos y la acercas á tus ojos para verla bien, para cerciorarte de si en verdad es la cabeza del infame Emilio de Thorvald, ó si me he equivocado?

— Dios mio! me faltan ya las fuerzas.

No pudiendo sostenerse en pié la infeliz Miriam, dobló las rodillas, y cayó al suelo.

Guardó Mesaul silencio por un instante: Miriam no se atrevia á hacer el menor movimiento, ni á proferir una palabra, ni aun á levantar los ojos del suelo, porque aun veia en su mente la sangrienta cabeza.

Habló por fin Mesaul, diciendo á Miriam:

— Tenéis derecho á mi persona, señora: mañana luego que amanezca me haréis libre.

— Dios de Israel! qué significan esas palabras?

— Que mañana al despuntar el dia haremos la ceremonia de la kalissa.

Esto lo dijo con frialdad y sin ver á Miriam, la cual repuso:

— No es posible, Mesaul, no lo creo.

— No gaste V. chanzas, señora.

Asombrada Miriam con lo que oia, levantó la vista acia él, como dudando que hubiesen salido tales palabras de la boca de Mesaul, de aquel hombre que el dia anterior la amaba con tanto fervor, y ahora le daba la muerte con tanta serenidad.

— Fuera de que es V. jóven y hermosa, continuó diciendo el argelino; y así, no le faltará marido, ya sea frances, musulman ó acaso acaso judío.

— Ai! ya no puedo soportar tantas atrocidades: esas palabras son mas agudas que un puñal: clávame el tuyo en el seno, y no me ultrajes.

— Es mui sucia tu sangre para manchar con ella mi puñal.

Y sin echar una sola mirada en aquella infeliz, recojió su albornoz, tomó la cabeza y se fué.

Miriam no hizo ningun esfuerzo por detenerlo, porque quedó como fuera de sí.

V.

Amaneció.

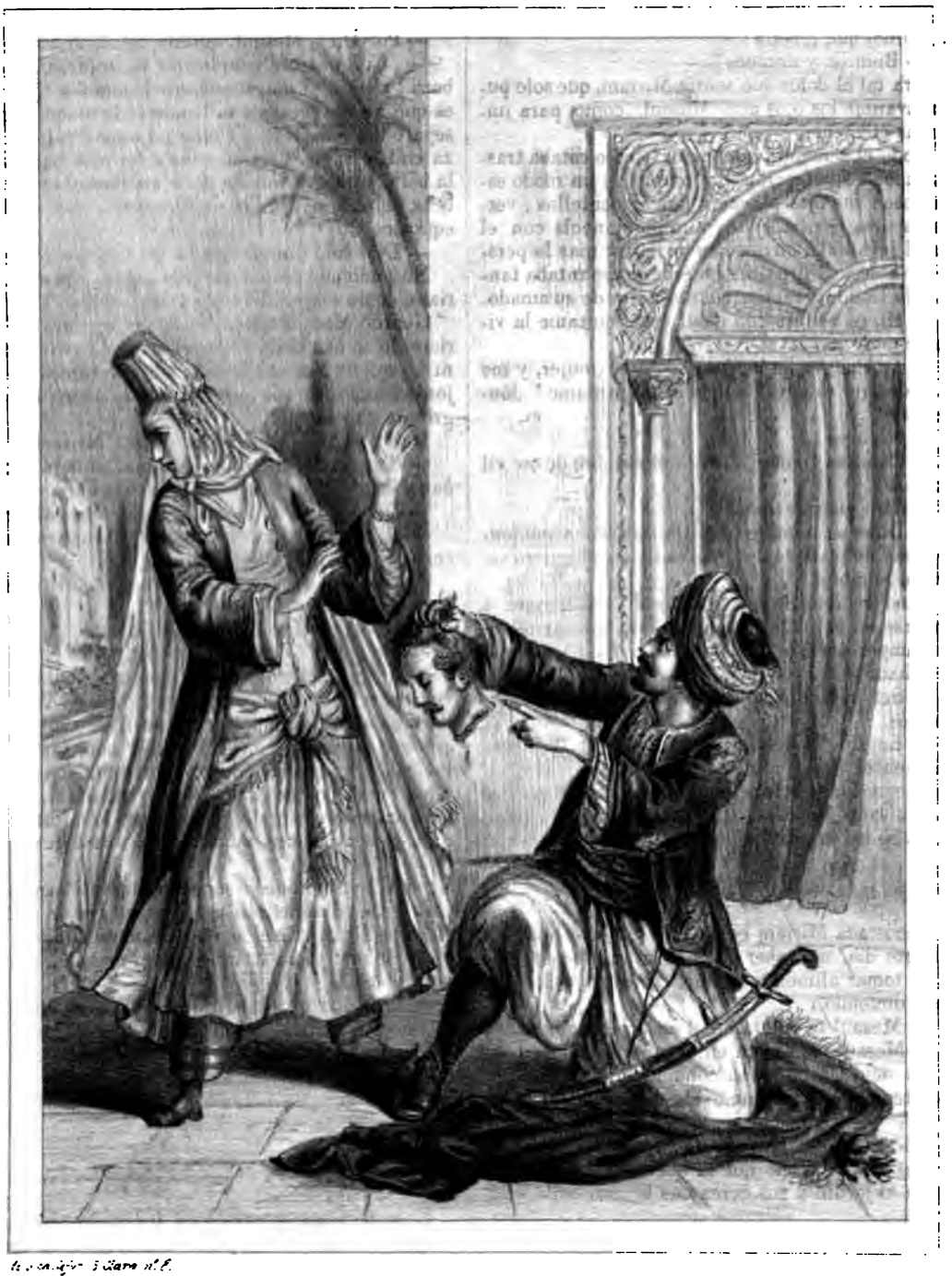
Varias personas estaban ya reunidas en el patio de la casa de Nataniel.

Eran personas graves y de avanzada edad, con largas barbas, unas negras, otras encanecidas y otras del todo blancas, y tenian turbantes blancos y rojos, y albornozes de color oscuro.

Sentados en cojines y con los rostros vueltos al oriente, tenian en sus cabezas el largo velo de seda ó lino llamado comunmente *taled*, y en las manos un libro escrito en extraño idioma.

Estos eran los rabinos y ancianos de Israel; veinticuatro en todos.

Un mancebo de semblante triste estaba en pié



Es un signo. Estampa nº 8.

LA ESCLAVA.

D. Ir. Tomada

ıpoyado contra una de las columnas que adorna-
ɔan el patio.

Junto á él estaba un venerable anciano, con los
ɔjos humedecidos y puestos en el mancebo.

Este anciano era Nataniel.

La puerta del patio, que estaba entornada, a-
:raia de vez en cuando la atencion del anciano y
le los demas asistentes, á excepcion del jóven,
ıue parecia impasible.

De allí á poco se abrió la puerta suavemente, y
ɔntró por ella una mujer cubierta con tantos ve-
os y con un albornoz blanco tan sumamente an-
:ho, que apénas podia distinguirse una forma hu-
nana.

El nombre de Miriam pasó de boca en boca.

La vieja Elkala iba sosteniéndola.

Caminaba Miriam con lentitud, y con la cabe-
za inclinada; mas luego que se vió ante Mesaul,
:ual si su presencia le hubiese dado fuerzas, apar-
ó de sí á su nodriza, se despojó de su albornoz y
velos, y con paso gallardo y majestuoso se acercó
ı Mesaul.

Con sobrenatural valor y la profunda descspe-
acion que se advertia en su semblante, le dijo:

— Vengo, Mesaul, aquí, en presencia del Dios
le Israel que nos ve y juzga, ante tu respetable
ɔadre y nuestros rabinos y amigos, vengo, digo, á
ıuplicarte levantes familia á tu hermano.

Estremecióse Mesaul al oir el argentino sonido
le aquella voz; mas componiendo su semblante
o mejor que pudo, y con la vista clavada en el
uelo, contestó:

— Viuda de Lemuel, me niego á levantar fa-
nilia á mi hermano.

— Dios de Israel! ten misericordia de mí! dijo
ı judía con voz apagada.

— Hijo mio! exclamó Nataniel, juntando am-
as manos.

— Perdonadme, padre, que no cumpla vuestra
oluntad á pesar mio; pero hago lo que debo.

Miriam permanecia silenciosa: Nataniel, en
ı mayor inquietud, queria descubrir en el sem-
lante de su hijo el motivo de aquella subitánea
esolucion: Elkala lloraba, y los testigos presta-
an atencion.

Entónces el rabino que por su mayor edad pre-
idia á los demas, tomó la palabra y dijo:

— Miriam hija de Arodi, ¿erais mujer legítima
e Lemuel hijo de Nataniel?

— Sí, respondió conmoviada.

— ¿Lleva ya vuestro marido tres meses de
ıuerto?

— Lleva trece.

— El hombre á quien acudís en nombre de
uestra santa lei es hermano de vuestro marido?

— Sí.

— De padre y madre?

— Sí, rabinos, dijo Nataniel suspirando.

— Viuda de Lemuel, qué edad tenéis?

— Diez y ocho años cumplí el 12 del mes de
siri.

— Estáis en ayúnas?

— Sí, la pobrecita! respondió Elkala: desde
yer no prueba bocado.

— Mui bien, dijo el rabino. Y despues á Me-
aul:

— Mesaul hijo de Nataniel, esta mujer que
ɔresente está, viuda de Lemuel, os pide en nom-
ɔre de nuestra santa lei levantéis familia á vues-
:ro hermano.

— No quiero, respondió el hebreo con voz al-
terada, pero firme.

— Segun eso, rehusáis desposaros con Miriam
hija de Arodi y viuda de vuestro hermano Lemuel.

— Rehuso desposarme con Miriam hija de Aro-
di y viuda de mi hermano Lemuel.

— ¿Podéis ó queréis decir el motivo?

Involuntariamente echó Miriam una ojeada á
Mesaul, el cual repuso:

— Estoi en obligacion de decirlo?

Una angustia vivísima se dejó ver en el rostro
de la israelita.

— De ningun modo: eso pende de vuestra vo-
luntad, contestó el rabino.

— Entónces callo.

Miriam bajó los ojos.

— Acabemos la ceremonia, dijo el rabino. El-
dad, traedme la chinela.

Presentóle el levita una pieza de paño de seda;
desdoblóla el rabino, y sacando de ella una pri-
morosa chinela de seda bordada de oro, llamada
chinela de ceremonia, se la presentó á Mesaul, di-
ciéndole:

— Calzaos, Mesaul, esta chinela en el pié de-
recho.

— Hijo mio.... por piedad.... reflexiona en lo
que haces, le dijo Nataniel deteniéndole la mano.

— Ya está todo reflexionado, padre mio.

Y se calzó la chinela en el pié derecho, como
se lo dijera el rabino.

— Viuda de Lemuel, dijo este á Miriam, id á
vuestro cuñado, y descalzadlo con la mano dere-
cha.

La pobre mujer obedeció con humildad; dió al-
gunos pasos; se inclinó al suelo; pero era tanto
su desfallecimiento, que al tomar el pié de Mesaul
vino á tierra.

Viendo esto Nataniel, y el alterado semblante
de su hijo, prorumpió en estas palabras:

—Mesaul, hijo mio mui amado, Miriam es un án-
gel, es una esposa casta y pura; nada dice la ino-
cente; mírala: qué! no te conmueve su dolor?

En este momento miró Miriam á Mesaul con
llorosos ojos; callaba; pero toda su alma se de-
jaba ver por aquella mirada.

— Acábese la ceremonia, dijo el jóven con frial-
dad.

— Dios de Israel! exclamó el anciano levan-
tando las manos al cielo, ¿en qué te he ofendido
para que así me castigues, viendo á mi hijo sordo
á mis ruegos, y desobediente á los mandatos de
nuestra santa lei? Pero soi padre.... y así man-
do....

— Sosegaos, padre mio, dijo la dulce voz de
Miriam: cuando Mesaul os desobedece, cuando a-
sí despedaza mi corazon, poderosos motivos ten-
drá.

— Dígalos luego, replicó Nataniel, dígalos
pronto: yo debo ampararte y protejerte, Miriam,
porque eres hija de mi mejor amigo, porque eres
hija mia, y porque ante el Dios de Israel te afren-
ta Mesaul: si tuvieses padre ó hermano, sabrian
pedirle cuenta de este ultraje; pero no los tienes,
hija de mi corazon; yo soi tu único apoyo; y por
tanto si Mesaul no se explica, mi maldicion....

— Deteneos, deteneos, padre mio, exclamó Mi-
riam; yo soi una desgraciada, culpable é inocente
al mismo tiempo. Mesaul me ha respetado como
si fuera su hermana, y.... estoi embarazada!

Un clamor de horror salió de las bocas de todos los circunstantes; solo Mesaul permaneció impasible; Nataniel ocultó su rostro en el albornoz; mas Miriam, levantando con altivez la cabeza, dijo:

— Dios ve mi corazon: no descarguéis sobre mí el peso de vuestro juicio, porque si ahora mismo muriera, podria presentarme ante el tribunal del Señor, inocente bajo este aspecto.

Despues de haber dicho esto, con aquella serenidad y calma propias de una conciencia limpia, descalzó á su cuñado, mostró la chinela á los testigos, escupió á un lado, y dijo:

— Mesaul, te has negado á levantar familia á tu hermano; yo te desprecio. Dios mio, hágase tu voluntad.

— Amen, respondieron en coro los circunstantes.

Envolvióse Miriam en sus velos, no dejando á descubierto mas que un ojo, con el cual echó á Mesaul una penetrante mirada, y retiróse.

Siguióla Elkala, y la asamblea quedó disuelta.

VI.

Era de noche.

A orilla del mar y á una legua de Argel estaba un hombre sentado sobre una peña. Maquinalmente volvia la vista de vez en cuando acia aquella ciudad, y luego descansaba sus miradas en el azulado mar que tenia á sus piés. Cual un remordimiento, así se presentaba á su imaginacion una imágen que le perseguia. Bien queria borrarla de su mente, mas no podia. Veiala pálida, diáfana y pronunciando el nombre de Mesaul; veia la penetrante mirada que como eterno adios echaba en él, y se ponia la mano en el corazon para comprimir sus latidos.

En esto pasaron dos turcos junto á él: iban hablando, y llevaban al hombro un saco de cuero, en el que se movia alguna cosa.

— Ya sabes lo que hizo? dijo un turco al otro.

— No, pero esto me huele á alguna aventurilla amorosa.

— ¿Y por qué no le echarian gatos en los pantalones?

— Porque no quiso el cadí.

— Mui blandito se nos ha vuelto el cadí de poco tiempo á esta parte: á fe que no lo hizo así con aquella linda muchacha de márras, te acuerdas?... Aguardo.... ese fué el primer año del reinado de Hussein Pachá. Y qué cosa tan triste! no es verdad? Porque se enamoró de un renegado, al cual, zas, abajo cabeza! y á la pobrecilla me la zampuzaron en un saco con cuatro gatazos en los pantalones. ¿Te acuerdas qué batahola venian armando los malditos animales con la infeliz, y qué calladita venia ella?

Aquí llegaban en su conversacion, cuando percibieron cerca de sí un hombre sentado en una peña á orillas del mar.

— Que es eso? les preguntó el hombre.

Y como en correspondencia de aquella voz se oyó un gemido dentro del saco.

— No es cosa de importancia; una mujer que vamos á echar al mar.

Entónces se levantó Mesaul para retirarse; pero le heló la sangre en las venas otro gemido que volvió á oir.

A pesar de estar acostumbrado á ver esta clase de castigos, no pudo ménos de estremecer el saco de cuero, por lo cual se alejó á tod

— Mesaul! Mesaul! clamó una moribu

Y él, deteniendo el paso, contestó:

— Quién me llama?

Mas la voz penetró hasta el fondo de

Los turcos siguieron adelante, y Mesa si estuviera clavado en el suelo por mági se puso á escuchar si aquella voz volvia á ciar su nombre.

Pero nada, nada oyó sino el sordo ruid cuerpo que cayó en el agua.

A poco rato volvieron á pasar los d junto á Mesaul; pero ya no llevaban el proseguian su marcha hablando tranqui

De repente, deteniendo el paso uno de dijo al otro:

— Oiste?

— Sí, es regular que sea otra ejecucion ticia.

— No, ese no es ruido de ejecucion, si guno que se echa al mar voluntariamente

— Vamos á ver?

— Qué ver ni qué calabazas!

Y prosigeieron su camino.

EUGENIA FOA. *Traducido por* M

NOTICIA HISTORICA

DE

VARIAS INVENCION

DESCUBRIMIENTOS, &c.

[*Conclusion.*]

Uniforme. La invencion de los unifo litares se cree que tuvo orígen en los torn el uso establecido en ellos de presentar partido con colores diferentes.

Vacuna. Es una viruela que sale á las las tetas. La inoculacion de las viruelas en el siglo pasado un inestimable benefic á la humanidad; pero la vacuna debia un verdadero milagro. Esta enfermedad da por los ingleses *cowpox*, es tambien un medad eruptiva, pero tan reconcentrada, cirlo así, que ni aun por las inquietudes siona pudiera compararse con la indisposi lijera. Su sitio es la ubre de la vaca; er se presenta por medio de pústulas. E Jenner, domiciliado en Bertheley, lugar dado de Glocester en Inglaterra, observó personas encargadas de ordeñar las vaca das de esta enfermedad, la adquirian in mente si tenian en las manos alguna co rasguño, corrosion ó herida cualquiera. ciróse igualmente por una multitud de obs nes repetidas que las personas que no ha sado las viruelas quedaban por efecto del preservadas de ellas tan eficazmente, qu la inoculacion tenia poder alguno sobre po. Para asegurarse mas y mas en sus ciones, que podian producir un bien tan

sus semejantes, inoculó el cowpox, ó como decimos hoi, vacunó á diferentes individuos, en los cuales no habia producido el menor efecto la inoculacion de las viruelas. Un vacunado, á quien hizo acostar entre dos niños cubiertos de viruelas en plena supuracion, permaneció inaccesible al contagio. Jenner publicó el resultado de sus experiencias en 1798. A pesar de las numerosas contradicciones que su inventor sufrió en un principio de parte de las personas desconfiadas ó adictas por sistema á la costumbre antigua, la vacuna no tardó en triunfar, al ver los resultados evidentemente favorables de su aplicacion. Desde entónces se llamó vacunar la accion de inocular la vacuna; operacion la mas sencilla que puede imaginarse, y que se ejecuta de la manera siguiente: en cada brazo se hacen tres ó cuatro picaduras lijeras al soslayo con una lanceta cargada de vacuna, es decir, de vírus extraido de las pústulas de la vaca ó de las que la vacunacion ha hecho nacer en los individuos de uno y otro sexo, cualquiera que sea su edad. Todo aparato y todo vendaje es inútil, y superflua toda precaucion extraordinaria: se trata solamente de dejar secar mui bien sobre la picadura la gotita de sangre que sale de ella, y alejar del vacunado cualquiera causa de indisposicion ó de enfermedad. La vacuna es aplicable á las mujeres en cinta igualmente que á los niños, aunque sea en la época de la denticion, ó cuando se hallan atacados de algun humor maligno, y á las personas cuya complexion sea débil ó enfermiza. La enfermedad de las viruelas no verifica su erupcion sino por las picaduras que han servido para introducir la vacuna. Los gobiernos europeos no solo han dispensado su proteccion á este precioso descubrimiento, sino que han tenido tambien cuidado de formar en todas partes establecimientos cuyo objeto es propagar la vacuna, y hacer de ella un preservativo general contra las viruelas. El doctor Jenner, en la opinion de los verdaderos apreciadores de las acciones del hombre, se cuenta entre los que han hecho los mayores beneficios á la humanidad, y su nombre debe recordarse en todos tiempos al reconocimiento y al respeto del género humano.

Vapor (Barcos de). Segun varios documentos y registros originales, que parece se conservan en el archivo real de Simáncas, consta que el español don Blasco de Garai, capitan de navío, fué el inventor de las máquinas de vapor con aplicacion á los barcos, el cual colocó una en un buque de 200 toneladas, que sin otro auxilio navegó rápidamente en el puerto de Barcelona el dia 17 de junio de 1543, á presencia de Cárlos V y de su hijo Felipe II, quienes quedaron mui satisfechos de tan útil invencion; el emperador regaló á Garai 200,000 maravedises, y le concedió ademas otras gracias.

Vaso. Cualquiera pieza cóncava dispuesta para recojer y contener en si algun líquido: entendiéndose comunmente por este nombre el que sirve para beber. Los antiguos creian que los cuernos de los animales habian sido los primeros vasos de que se habian servido los hombres: así es que el aceite sagrado del tabernáculo estaba guardado en un cuerno, y que los primeros poetas nos representan continuamente á sus héroes bebiendo en cuernos. Despues se hicieron vasos de tierra cocida; en seguida se fabricaron odres formadas con la piel de ciertos animales; y por último se trabajaron de todas materias, como plata, oro, vidrio, &c., dándoles multitud de formas preciosas, elegantes y raras.

Veleta. Banderilla de metal que se coloca en las agujas ó alto de las torres, para que hiriendo en ella el viento, la mueva y señale el que corre ó la parte de donde viene. La primera veleta se vió en Aténas. Andrónico de Cirra hizo levantar una torre octógona y grabar en cada uno de sus lados la figura correspondiente á cada uno de los ocho vientos principales; un triton de bronce era la veleta que giraba en lo alto de la torre, y que con una varita en la mano señalaba el viento que corria. En otro tiempo solo los nobles tenian el derecho de colocar veletas sobre sus castillos; y aun para esto era necesario que hubiesen dado el asalto á alguna ciudad y hubiesen plantado su bandera en lo alto de los muros.

Velas de sebo. Se inventaron acia el año 1298; y como hasta entónces en muchos pueblos solo se habia hecho uso para el alumbrado de lámparas con aceite, y de ciertas astillas resinosas, las velas de sebo fueron al principio un objeto de lujo.

Velocidad de la luz. Por los años 1675 el dinamarques Roemer averiguó la velocidad con que se propaga la luz.

Venéreo (Mal). Esta clase de enfermedad empezó á introducirse en Europa á fines del siglo XV: los Italianos le llamaban mal frances: los Franceses mal de Nápoles, y los Africanos mal de España: lo cierto es que pasó del Nuevo Mundo al antiguo continente.

Ventilador. Este instrumento, propio para renovar el aire de un paraje cerrado, le inventó el físico Mr. Hales, individuo de la sociedad real de Lóndres. En algunos paises se ha empleado con mucha utilidad para renovar el aire en los hospitales, en las minas de carbon, en los buques, &c.

Vidriado blanco. Se cree que esta especie de loza ó vajilla de barro fué inventada en la ciudad de Faenza en Italia.

Vidrio. Esta preciosa materia es uno de los mas bellos presentes que la química ha hecho á los hombres; y parece que se tuvo la primera idea de ella unos 1000 años ántes de la era cristiana. Plinio refiere un hecho que si es cierto, hace ver que su descubrimiento se debe á la casualidad, madre de tantas invenciones útiles. Dice que algunos mercaderes que llevaban nitro, y atravesaban la Fenicia, habiéndose parado á la orilla del rio Belus para hacer cocer sus viandas, pusieron en lugar de piedras algunos pedazos de nitro para sostener su caldera: la violencia del fuego inflamó aquella materia, que derretida y mezclada con la arena, formó un licor claro y transparente, que despues se condensó, y dió la primera idea de la composicion del vidrio. En tiempo del emperador Tiberio parece que un artífice encontró el modo de hacer el vidrio maleable, es decir, de poderlo trabajar al martillo; y creyendo aquel príncipe que si se divulgaba el secreto perderian el valor los metales, hizo degollar al autor. Posteriormente, en tiempo del cardenal Richelieu, se dice que hubo un particular que encontró el mismo secreto; pero la pérdida de su libertad fué la recompensa de su invencion. De lo dicho se infiere que el vidrio es de la mayor antigüedad; pero la perfeccion de esta materia se debe á los modernos.

Vino. Parece que Noé fué el primero que plantó cepas y sacó vino de las uvas.

Violin. Se ignora el órigen del violin; y se creeria que este instrumento se ha inventado acia los siglos IX ó X, si algunos monumentos antiguos no diesen la representacion exacta de su forma. En una de las viñetas que acompañan las descripciones de Filostrato se ven sobre un pozo antiguo muchos violines casi semejantes á los de nuestros dias, excepto el mango, que es mas corto.

Violon, violoncelo. Este instrumento, que sirve para acompañar en las orquestas, le inventó á principios del siglo pasado el P. Tardieu de Tarascon, hermano de un célebre maestro de capilla de la Provenza.

Volante. Máquina de hierro para acuñar. Su uso es cortar, estampar y formar relieves sobre planchas metálicas, monedas ó medallas, é imprimir sellos secos sobre el papel ó el pergamino con exactitud y celeridad. El volante fué inventado en Francia por Aubin Olivier, carpintero, quien en 1553 le propuso á Enrique II para la fabricacion de monedas. Esta máquina fué adoptada inmediatamente con preferencia al martillo, por sus mayores ventajas; pero obrando con demasiada lentitud á causa de sus imperfecciones, Cárlos IX mandó que se destinase exclusivamente á acuñar medallas, lo cual se observó así hasta Luis XIII, en que se usó igualmente para las monedas, por instigaciones del fabricante general Nicolas Briot. Ultimamente el célebre Doz ha perfeccionado el volante en términos, que doce ó catorce hombres acuñan en una hora 2000 piezas de á duro; y seis ú ocho acuñan en el mismo tiempo 6000 piezas de á media peseta.

Volar. El arte de sostenerse en el aire como las aves con alas facticias y sujetas al cuerpo, ha hecho estudiar mucho á los hombres desde tiempos bastante remotos; sin embargo, hasta ahora nada se ha adelantado en la materia, y desgraciadamente parece que poco se adelantará en lo sucesivo. Los temerarios que ántes de nosotros han creido haber descubierto el medio de volar, han sido por la mayor parte víctimas de sus ensayos. En 1660 un ingles llamado Kook inventó diferentes maneras de volar, de las cuales ninguna sirvió para ello. En el siglo pasado un frances loco llamado *Baqueville*, ideó un aparejo con el cual se lanzó desde una ventana de su casa y fué á caer en medio del Sena sobre un barco, contra el cual se rompió una pierna. A pesar de este triste resultado, su invencion debió ser bastante ingeniosa para sostenerle, como le sostuvo, durante una travesía de tantos pasos. En 1799 otro inventor, no ménos loco que el primero, quiso tambien atravesar el aire; pero ménos emprendedor que Baqueville, se contentó con anunciar al público que recorreria un cierto espacio, descendiendo en línea diagonal desde lo alto de la columna de donde debia partir. El suceso correspondió de tal modo á la promesa, que cayó como una masa de plomo al pié de la misma columna. Finalmente, en 1812 se presentó en Paris el austriaco *Deghen*, ingeniero mecánico de Viena, ofreciendo volar como un pájaro; y en efecto lo verificó así, y se le vió alzarse y cerner en el aire con sus alas, que movia como le parecia. La única diferencia sin embargo que habia entre él y las aves era que el ingeniero estaba sostenido por un globo aerostático. Habia prometido igualmente que se dirigiria á donde quisiese; pero no habia contado con la violencia del viento, que mal su grado le empujó acia otro rumbo.

Yesca. La primera yesca debió ser de plantas ó de madera seca: así es que los salvajes de la India hacen fuego estregando vigorosamente dos leños secos de cierta madera uno contra otro. Hoi se despoja la yesca de la materia leñosa que contiene, se la echa en agua, se macea, se pone á secar, se cuece en una solucion acuosa de potasa, se deja secar y se macea de nuevo, conservándola despues en sitio bien resguardado del aire húmedo.

Yunque. El yunque ha sido uno de los primeros instrumentos de los metalurgistas, pues para trabajar un metal cualquiera siempre ha sido necesaria una masa que no pudiese fundirse al calor de la pieza hecha ascua que se martillaba sobre ella, ni doblarse á los golpes que recibia. Por eso encontramos en la fábula los yunques de que se servian Vulcano y los cíclopes en las fraguas de Lémnos ó Lipari para forjar los terribles rayos de Júpiter y las armaduras divinas. Una de las cosas mas difíciles de hacer es un yunque. Para ello se tiene que dividir unas barras de acero en pedazitos de una pulgada cada uno, soldar estos pedazos al lado unos de otros, y formar con ellos una placa del tamaño y de la forma del yunque sobre el cual se suelda igualmente la placa: se pone despues en una caja llena de carbon, y todo ello se coloca en un horno, al que se le da fuego violento. Con esto el acero adquiere una dureza prodigiosa: se pule despues y se templa la superficie, vertiendo encima agua fria, y resulta un buen yunque, si el sonido del martillo es claro, y si este salta con fuerza cuando toca en la superficie misma.

Zapatos. Segun Plinio, Tikeo de Beocia inventó los zapatos.

Zedazo. Se cree que los zedazos para cernir la harina fueron inventados en España.

Zimosímetro. Se ha dado este nombre á un instrumento físico, cuyo uso es el de medir los grados de calor que tiene la sangre de los animales y al mismo tiempo los grados de fermentacion en que se encuentra la mezcla ó reunion de las materias. Este instrumento precedió desde mucho tiempo ántes á los termómetros, tales como se conocen hoi; y aun mucho despues de haber sido perfeccionados estos, el zimosímetro continuó sirviendo para verificar la medida con cuyo objeto se habia fabricado. Su uso sin embargo, que en otro tiempo era mui general, atendida la utilidad y la necesidad de calcular los grados de calor de fermentacion del cuerpo humano para la aplicacion de los remedios de la terapéutica, comenzó á perderse desde que Farhenheit, Reaumur, Leroi y otros perfeccionaron los termómetros. Desde esta época fué cayendo de dia en dia, hoi apénas se hace uso del zimosímetro, habiéndose sepultado en el olvido el autor de un instrumento tan maravilloso, y que tantos beneficios ha prodigado á la humanidad.

Zodiaco. Se dice que Anaximandro descubrió el zodiaco y la oblicuidad de la eclíptica por los años 600 ántes de nuestra era.

GEFE DE VILLA, Y EYALIETA.

SHAKSPEARE.

Acia fines del año de 1586 hubo grandes funciones en el corral de la posada del Toro Rojo en Lóndres, en donde se representaba el *Fausto* de Marlowe, una de las piezas mas justamente celebradas de aquella época.

Nuestros lectores tendrán á bien permitirnos que los introduzcamos en el teatro, por ser este el medio mas sencillo que hemos encontrado para indicarles de una manera mas fácil y pintoresca el punto verdadero á que habia llegado el arte teatral en dicha época.

El teatro de que hablamos era un corral bastante grande de una posada, como se puede ver todavía en el antiguo Rouen, y de forma cuadrada, como entónces se estilaban, con escaleras fuera del cerco: estas conducian á unas galerías de madera adornadas con columnas labradas, las cuales formaban el cerco interior del corral. De trecho en trecho, y á semejanza de los corredores de un convento, habia numerosos aposentos fabricados en las galerías, con el fin de que los viajeros no tuviesen que abrir sus puertas, y llamar para ser prontamente servidos. En frente de la entrada principal se habia levantado un teatro que se comunicaba interiormente con las piezas bajas, que eran los cuartos en donde se vestian los cómicos. En cuanto al público, estaba dividido como en nuestros teatros modernos, y el patio, que no era otra cosa que un suelo mal empedrado, servia de punto general de entrada, no teniendo el espacio suficiente para este caso. El primero y segundo corredor correspondian á nuestras primeras y segundas galerías, y las personas ricas alquilaban aposentos para retirarse en los entreactos, como lo hacen los Italianos en sus lonjas, con el fin de criticar la pieza ó tomar algun refresco.

La representacion se ejecutaba con gusto del autor, y con mucha satisfaccion por parte de los espectadores, á pesar de que hoi se ignora hasta el nombre de uno siquiera de los actores que representaban en la pieza, á pesar de que los papeles de mujeres eran desempeñados por jovencitos, costumbre que no se abolió sino hasta sesenta años despues de la época que procuramos diseñar, y á pesar de que en lugar de decoraciones solo se cambiaba una tablilla en la cual estaban escritas con letras mui gordas estas palabras: *Esta es una floresta: Este es un castillo;* lo cual facilitaba extraordinariamente el cambio de las vistas, pero servia de mui poco ó nada para la ilusion.

Por fortuna del autor del *Fausto*, los espectadores de aquel tiempo eran hombres primitivos, y cuya civilizacion databa de Isabel: no eran hombres escrupulosos acerca de esta parte de sus placeres, que se ha erijido despues en arte, y decorado con el pomposo dictado de *puesto en escena*. Así es que el telon caia hasta el último acto, retirándose los espectadores mui contentos del misterio que acababan de ver representar, y prometiéndose de todo corazon no faltar á las próximas representaciones que anunciaban para las siguientes semanas las compañías rivales instaladas en las posadas del Globo y de la Fortuna.

Ya habian salido todos los espectadores, á excepcion de un jóven á quien al parecer le habia gustado mas que á ningun otro el espectáculo, probablemente nuevo, y por consiguiente maravilloso para él. El entusiasmo que produjo en su alma parecia durarle aun despues de haberse acabado la representacion, porque se habia quedado inmóvil, puesto en pié, y apoyado contra uno de los pilares que sostenian la galería. Al verlo sepultado en sus reflexiones, hubiera creido el poeta que era el preciso resultado de una admiracion profunda; mas el posadero, acaso despues de algunos instantes de exámen, juzgó con mas acierto, pues acercándose al mancebo con cierta desconfianza, le asentó una palmadita en el hombro, como dándole á entender que cualquiera que sea el lugar que se ocupe en su casa, se paga por piés cuadrados. El jóven se estremeció, volviendo la cara no sin algun temor; pero echando una mirada al que le habia sacado de sus profundas reflexiones, su hermosa y expresiva faz tomó al momento el tinte de aquella alegría juvenil que formaba el principal carácter de aquella época.

—Por vida mia, señorito, dijo el posadero, que parece que os agrada extraordinariamente este lugar: tenéis acaso intencion de alquilarlo?

—No, respondió el jóven, porque de nada me serviria.

—Bah! pues entónces ¿qué es lo que aguardáis aquí?

—Quiero hablar con el director de la compañía que acaba de representar ese hermoso misterio.

—Quisierais agregaros á sus actores?

—Bien pudiera ser, contestó el jóven.

—Pues bien, seguidme, y os conduciré á su alojamiento. Diciendo estas palabras, se encaminó acia el fondo del patio, seguido del extranjero. Subió cuatro escaleras que conducian al teatro; atravesó la escena; pasó por detras del telon en que estaba todavía fijado el último rótulo que representaba el infierno, é introdujo al neófito en el santuario, es decir, en el cuarto donde estaban reunidos los cómicos, cuya descripcion nos dispensaremos de hacer, porque ya Scarron la ha hecho bastante acabada.

El posadero presentó su protejido al director, el cual, mirándolo atentamente de piés á cabeza, como no lo hubiera hecho un reclutador, y despues de haberlo examinado á toda su satisfaccion, le dijo:

—Y bien, jóven, qué me queréis?

—Entrar en vuestra compañía, respondió el extranjero.

—Qué es lo que sabéis?

—Nada: es la primera vez que asisto á una representacion dramática.

—Quién sois? replicó el director, sorprendido de semejante franqueza.

—Haced salir á todos los que nos escuchan, y lo sabréis.

El director hizo una seña, y fué obedecido inmediatamente como un monarca. Solo el posadero puso algunas dificultades; pero la representacion habia sido buena; el director pagaba bien; al dueño de la posada de la Cortina, que ambiciona el honor de transformar el corral de su casa en salon de teatro, se le habia visto la víspera en conferencias secretas con algunos actores: así es que el posadero creyó deberse conformar con el mandato, y se retiró, aunque refunfuñando.

—Vaya, ya estamos solos, dijo el director, ya os escucho.

— Dispensadme, respondió el jóven tomando una silla, y sentándose del otro lado de la mesa, porque mi relacion es mui larga.

— Bien hecho, contestó el director, inclinando la cabeza en señal de aprobacion.

— Sabed que es una confesion la que voi á haceros, y por tanto, ¿ tendréis la indulgencia y discrecion de un confesor ?

— Hablad.

— El jóven echó una rápida mirada á su interlocutor, y advirtiendo en su fisonomía franca y abierta todos los caracteres de la sinceridad, desechó todo temor, y dió principio á su relacion en estos terminos :

— Nací en Strafford sobre el Avon, en el Warwickshire, el 23 de abril de 1564, el año sexto del glorioso reinado de S. M. la reina Isabel ; y así, tengo en el dia veintidos años cumplidos.

— Adelante, dijo el director.

— Mi padre era guantero, y vino á establecerse á Strafford en 1550 : en 1568 fué nombrado mayordomo, y en 1571 primer alderman del consejo municipal, por cuya razon conoceréis que si no soi noble, por lo ménos soi de buena familia.

El director hizo un movimiento de cabeza en señal de aprobacion.

— A pesar de esto, como él era pobre y yo fuí el mayor de cinco hijos que tuvo, me puso en una escuela gratuita, en donde recibí una buena educacion : despues me pusieron con un abogado.... á propósito, tenéis algunos pleitos ?

— No.

— Tanto mejor, porque á excepcion de algunos términos bárbaros que he retenido en la memoria, seguramente no podria serviros de gran cosa. Pues, como iba diciendo, lo contencioso no era ciertamente mi vocacion : de aquí resultó que en lugar de dedicarme al estudio, me ocupaba en adiestrar en halcones, cuyo arte aprendí perfectamente. Entre tanto llegó el tiempo en que á mi padre le conviniese casarme, para lo cual elijió á la hija de uno de sus amigos ; y yo por mi parte no quise contradecirle en esto, en atencion á que ya le habia dado muchos disgustos, por la ninguna inclinacion que tenia á la abogacía, y mi mucha pasion á la caza. Así pues, me casé á los diez y siete años con una mujer que tenia siete y medio mas que yo. De aquí provino todo el yerro : hemos vivido en paz ; pero lo cierto es que no fuimos felizes. Casi abandoné á mi abogado, y me entregué con mas ardor á la caza ; de lo que resultó que en lugar de juntarme, como debia haberlo hecho, con honrados é inteligentes procuradores, contraje amistad con una docena de calaveras de mi clase, cazadores de profesion, y que pasaban los dias en inventar trampas y en fundir balas, y las noches en hacer la guerra á los gamos y javalíes.

— Diantre ! dijo el director.

— Pues ved, continuó el jóven cómo se echó á perder la cosa. Una noche que emprendimos (en el parque de Tomas Lucy, propietario de las cercanías de Strafford) una de nuestras incursiones aventureras, fuimos repentinamente sorprendidos por los guardas, de lo que resultó una terrible contienda, en la que los guardas, que eran ménos fuertes, salieron perdiendo ; pero como tenian de su parte á la justicia, mui pronto nos salió á la cara nuestra temeridad. Sir Tomas Lucy nos persiguió con tal encarnizamiento, que mi abo que por otra parte era un buen sugeto, me a tió que no haria mal en salir de Strafford ; al tiempo de estarle yo haciendo algunas obj nes acerca de una determinacion tan desespe aparecieron algunos guardas por la bocacall conducia á la casa de mi padre : entónces c que el abogado tenia razon, y que no habi perder tiempo. En consecuencia tomé un b de viaje y el poco dinero que tenia en mi a rio ; y miéntras que los que venian á prend golpeaban la puerta de la calla, salté por la del jardin, y dentro de breve me hallé en c abierto. Hace mucho tiempo que conside mundo como mi propiedad : caminaba á la v ra, y al cabo de una hora me encontré en mino de Lóndres, y lo seguí por instinto. H gado á la capital esta mañana, y despues de l andando vagando por las calles dos horas en me encontré repentinamente en la puerta posada del Toro Rojo : entré, y confiando pre en la Providencia, di el último peniqu me quedaba para ver la representacion. tras duró no tuve hambre ; pero hé aquí qu concluido, y me hallo con la bolsa y el estó vacíos : así pues, quiero ganar honradamen subsistencia ; por cuyo motivo he venido á ros un lugar en vuestra compañía.

— Pero, hijo mio, le dijo el director, con do de tanta confianza y franqueza ; para r sentar es necesario estudiar.

— Está bien, estudiaré.

— Pero entre tanto que estéis en estado d presentar....

— Os serviré en cuanto queráis ; ved en puedo seros útil.

— Me está faltando segundo apuntador.

— Mui bien.

— Os encargaréis al mismo tiempo de ad á los actores el momento en que deben salir escena.

— Excelente cosa.

— Despues, cuando ya tengáis los estudio cesarios, cosa que os será mui fácil, y mas te do siempre los modelos á la vista, saldréis á tro turno.

— Pues señor, esto es asunto concluido.

— En cuanto al sueldo....

— Me daréis qué comer, qué vestir, y de en cuando algunos peniques para jugar á lo dos con mis camaradas, y beber un jarro de veza.

— Está bien ; pero ante todas cosas, cóm llamáis ?

— Guillermo Shakspeare.

El convenio fué cumplido exactamente po bas partes ; pero aquí nos faltan documento ra seguir á nuestro poeta en el curso de su e ordinaria carrera. Nadie nos ha trasmiti fecha de sus piezas ni el órden como fuero presentadas : el tesoro nos ha sido legado en sa, y todos los dramas revueltos y sin sobresc

Es de notarse que habiendo sido dotado el ta de una organizacion vigorosa, pero al m tiempo viva y delicada, no pudo rebajar ni tomo de su clásico nivel la falta de una educ esmerada en una universidad, y ántes bi jóven Guillermo fué apto para todo absoluta te ; desde las inspiraciones que se reciben p

Lito callejon s. Clara nº 8

SHAKSPEARE.

instinto hasta las ciencias que se adquieren por medio del trabajo. Empleado en el teatro, aprendió el oficio; y á este aprendizaje debió la habilidad y destreza mecánica que sostienen el calor de sus piezas. Nacido en el pueblo y elevado hasta la corte, pasó por todas las clases, y subió por grados toda la escala social, desde los cazadores sus antiguos amigos, hasta Isabel su nueva protectora. En fin, dueño á su turno de una compañía, echó mano de todos los medios de ejecucion que eran conocidos en aquella época, no teniendo que sufrir ni los caprichos de un director, ni los escrúpulos de la censura, ni los retardos de una aprobacion: sus obras se representaban vivas, completas, independientes y tales como las habia imaginado y salian de su cabeza.

Shakspeare apareció y floreció en una de aquellas épocas felizes, en una de aquellas tierras cálidas y todavía vírgenes en que por lo regular crecen de un modo gigantesco los hombres de genio: encontró la lengua apénas formada, y el arte dramático recien salido de la infancia; la una balbuciente, y el otro caminando aun con andaderas. Hizo en la Bretaña lo que Dante en la Italia. Sacudida la antigua Inglaterra como un volcan por las guerras de la Rosa blanca y de la Rosa encarnada; escurriendo todavía sangre con la ejecucion de la católica María, encontró al fin su reposo bajo el largo reinado de la protestante Isabel. De vez en cuando se sentian algunos sacudimientos subterráneos que tenian su orígen en palacio; pero rara vez se extendian hasta el pueblo. La cabeza de un favorito perjuro, ó la de una reina rebelde, caia como para no dejar enmohecer la cuchilla del verdugo: hecha la ejecucion, el interes moria con el paciente; todo quedaba tranquilo, y cada cual procuraba olvidar por medio de las fiestas y de los espectáculos las emociones momentáneas que recordaban los pasados desastres y las antiguas guerras.

Así pues, en los dramas de Shakspeare se encuentran las opuestas impresiones que agitaban entónces la sociedad; una alegría descompasada, junta con lágrimas amargas; Falstaff el bufon, y Hamlet el misántropo; pero lo que hai de mas notable todavía, y que apoya aun mas nuestra opinion, es que estos dos tipos ya existian, áunque populares é informes; de manera que Shakspeare no tuvo mas que perfeccionarlos para volverlos poéticos y completos, tales en fin como nos los ha legado, y á los que en el dia tributamos tanta admiracion.

Una de las felizidades de nuestro poeta fué la ignorancia que se tenia entónces del teatro griego. Lo bello, decian los antiguos, no era reputado por algunos miserables críticos y algunos retóricos severos, como lo consideran los modernos. Esquíles, Eurípides y Sófocles eran enteramente extranjeros para Shakspeare, el cual estudió la historia romana en Plutarco, el mas vivo y pintoresco de los biógrafos antiguos, resultando de la ignorancia de unos y del profundo estudio del otro, tres obras maestras: Julio César, Coriolano y Cleopatra.

Pero en donde Shakspeare se muestra verdaderamente extraordinario (cuando el espíritu de partido le hace dar algunas vezes un tinte mas sombrío á ciertos caracteres) es en sus dramas históricos: en estos se encuentra la realidad y la ficcion de tal manera unidas la una con la otra, y como fundidas la una en la otra, que es casi imposible separarlas, habiendo ciertos rasgos que á los mismos ojos de los mas severos críticos se presentan con la misma forma y expresion que les ha dado el poeta: así es que Macbeth, el rei Juan, Ricardo, Ricardo especialmente, en el cual están retratados Horacio Walpole y Luis XVI, es decir, un ministro y un rei, hacen ver que ni aun los tiempos futuros han podido escaparse del juicio demasiado parcial del poeta.

En donde mas se echa de ver la lucha de su genio contra los recursos materiales, es en la creacion de sus personajes de mujer: los tipos de Shakspeare, Julieta, Desdémona, Ofelia y Miranda, han quedado como modelos de amor, de hechizo y de pureza. Nuestro teatro desde Corneille hasta Beaumarchais ignoraba estos caracteres suaves y poéticos, inventados por el poeta que ha dicho de su patria que la Inglaterra era un nido de cisnes en medio de un vasto estanque: las creaciones de nuestros grandes maestros, entre nosotros, son todas varoniles; las mujeres están, si no olvidadas, al ménos sacrificadas en sus obras; y las que levantan sus cabezas desmelenadas se asemejan casi siempre á los hombres por su lenguaje y por sus pasiones, como lo demuestran Camila, Emilia, Fedra, Hermione y Semíramis. Se acordarán nuestros lectores de que ya hemos dicho que en tiempo de Shakspeare los papeles de mujer eran desempeñados por hombres, y por aquí se comprenderá fácilmente qué inmenso tesoro de amor y de pasion era necesario que el poeta hubiese tenido en el alma, cuando no tenia otro espejo mas que sus pensamientos; no sucediendo así á Corneille, Moliere, Racine y Voltaire, los cuales tenian á la vista los ojos de la Desavillet, de la Bejart, de la Champmeslé y de la Clairon.

En los veinte años que duró la carrera dramática de Shakspeare, compuso treinta y cinco piezas; porque segun todas las probabilidades, Períclés y Tito, aunque se encuentran en las ediciones de Letourner y de Guizot, no son de él. Durante este periodo de veinte años, á excepcion de Marlowe su predecesor, de Ben Johnson su émulo, y de Guillermo Davenant su sucesor, él absorvió en sí toda la literatura de su época. ¿Quién conoce en el dia á Chapmam, Marston, Rowley, Middleton, Webster, Heyvood, Forde, Decker, Shirley, Drayton, Phincas, Fletcher, Daniel Chettle, Browne, Davenport, Field, Peeles, Quarles, Nash, Lodge, Sackville, Green, Gascoigne, Gager, Preston, Warner y Taylor? ¿y quién no conoce á Shakspeare?

Shakspeare se retiró del teatro por el año de 1610, es decir, en la época en que Corneille tenia cuatro años: conoció á todos los grandes hombres que produjo aquel siglo, desde el conde de Essex hasta el conde de Southampton, al cual dedicó su poema de Vénus y Adónis: fué el poeta favorito de Isabel, quien le mandó hacer la tragedia de Enrique VIII, y la comedia de las Comadres alegres de Windsor: obtuvo de Jacobo I á su advenimiento al trono el privilegio del teatro del Globo: tuvo la reputacion de primer poeta de su época: gozó de una fortuna de siete á ocho mil libras de renta, equivalentes á seis mil pesos duros: quiso volver en triunfo al pais de donde habia salido prófugo: volvió á Strafford sobre el Avon, al

cual durante el intervalo de veinticuatro años no habia hecho sino mui cortas y raras visitas. Una vez establecido en su pais natal, acabó su vida en la obscuridad de su nacimiento, pareciéndose á un arco íris que brilla en lo mas alto del cielo, pero que en sus dos horizontes se pierde en las nubes.

Todo lo mas que se sabe de Shakspeare es que murió el 23 de abril de 1616, dia del aniversario de su nacimiento, de edad de 52 años, de cuya misma edad murió, 57 años despues, Moliere, el único hombre á quien podemos compararle.

Shakspeare dejó dos hijas legítimas, Susana y Judit, y un hijo natural, sir Guillermo Davenant.

Susana casó en 1607 con el doctor John Hall, y murió en 1649, de edad de 66 años, dejando una hija, la que no tuvo posteridad.

Judit casó en 1616 con Mr. Tomas Quincy, y murió en 1662, dejando tres hijos que no tuvieron sucesion.

De esta manera se extinguió la posteridad legítima del gran poeta.

En cuanto á sir Guillermo Davenant, que se vanagloriaba de ser hijo de Shakspeare, persuadido de que el honor de tener semejante padre debia borrar la mancha de su nacimiento, despues de haber seguido la carrera trazada por el gran maestro que la habia dejado sola y desierta, obtuvo la direccion de un gran teatro: fué criado baronet en 1643 por Cárlos I. Bajo el protectorato, Milton le salvó la vida, servicio que le retribuyó á su turno cuando la restauracion: fué el primero que introdujo en el teatro las decoraciones y los cambios de vistas, y en 1660, bajo su direccion, mistriss Saunderson fué la primera que representó papel de mujer, verificándolo en la pieza titulada: Desdémona.

Sir Guillermo Davenant murió el 17 de abril de 1668, y con su muerte se extinguió el último vástago del gran poeta, que ha sido el mas creador despues de Dios.

ALEJANDRO DUMAS. *Traducido por* A. Rodríguez.

FEDERICO EL JUGADOR.

EL cuento que sigue es popular en el reino de Nápoles, y en él se nota, lo mismo que en otras muchas tradiciones originarias del propio pais, una mezcla singular de la mitología griega con las creencias del cristianismo. Parece que fué compuesto acia fines de la edad media.

Habia una vez un mancebo rico, llamado Federico, buen mozo, de gallarda estatura, mui cortes y benigno, pero de licenciosas costumbres; era mui dado al juego y al vino, y algun tanto enamoradillo; pero lo que mas llamaba su atencion era el juego. Nunca iba á confesarse, y si alguna vez entraba á la iglesia, era tan solo con la mira de buscar allí ocasiones de pecado. Sucedió pues que habiendo arruinado á doce hijos de familia (que se convirtieron despues en salteadores, y murieron por fin sin confesion en un sangriento combate con los capitanes del rei), él tambien llegó á perder, en un abrir y cerrar de ojos, su patrimonio y todo cuanto habia ganado, excepto una casita en el campo, donde fué á ocultar su miseria.

Hacia ya tres años que vivia en esta soledad cazando de dia, y empleando las noches en jugar al rentoi con un ranchero que le servia de criado. Un dia que acababa de entrar á su morada, despues de haber hecho tan buena caza cual en su vida lo habia logrado, llegó á tocar su puerta N. S. Jesucristo, seguido de sus santos apóstoles, y le pidió hospitalidad. Federico, que era de alma generosa, los recibió con gran placer, y estaba contentísimo al ver que llegaban estos personajes justamente el dia que con mas amplitud podia agasajarlos. Condújolos al comedor, y les suplicó con la mejor gracia del mundo se sentasen á la mesa y le dispensasen si no los trataba como merecian, porque esta visita le habia cojido de improviso, y por consecuencia desprevenido. Nuestro Señor, que conocia mui bien la oportunidad de ella, perdonó á Federico este rasguillo de vanidad, en atencion á sus disposiciones hospitalarias. "Con lo que tengáis nos contentaremos, le dijo; solo sí mandad preparar presto la cena, porque es tarde y ya este se muere de hambre;" y señaló á san Pedro con el dedo. No dió lugar Federico á que se le repitiese este encargo, y queriendo ofrecer á sus huéspedes algo mas que el producto de su caza, mandó á su criado que degollara al único cabrito que le habia quedado, poniéndolo al momento en el asador.

Luego que estuvo presta la cena, y los peregrinos se sentaron á la mesa, ya no tuvo Federico mas que un solo pesar, y era que su vino no era mui bueno.

Y así dijo á nuestro Redentor:

A pesar del buen afecto,
Conozco bien, oh Señor,
Que este vino que os ofrezco
No es por cierto del mejor.

Y habiéndolo gustado nuestro Señor, dijo á Federico: "De qué os quejáis? vuestro vino es riquísimo; y si no, que lo diga este hombre;" y dió el vaso á san Pedro, quien luego que lo llegó á los labios exclamó: "Lindísimo, soberbio, delicioso, estupendo!" y suplicó á su huésped que bebiera con él.

Federico creia que todo lo que decian era por pura política: se puso á trincar con el apóstol, y ¡cuál no seria su asombro al advertir que este vino era el mas delicioso de cuantos en su vida habia probado, aun en el tiempo de su mayor auge! Conociendo por este milagro que se hallaba en presencia del Salvador del mundo, se levantó al instante de la mesa, juzgándose indigno de cenar en tan santa compañía; pero nuestro Señor le mandó que se volviese á sentar, y él lo hizo sin etiqueta ninguna. Despues de la cena, que fué servida por el ranchero y su mujer, se retiró el Señor con sus apóstoles al aposento que se les habia preparado. Federico, mirándose solo con su criado, se puso á jugar con él su acostumbrado rentoi, echándose á pechos lo que quedaba del milagroso vino.

Habiéndose reunido al dia siguiente los santos viajeros en la sala baja con el dueño de la casa, dijo el Señor á Federico: "Quedamos mui contentos con la acojida que nos has dado, y quere-

se recompensártela. Pide las tres gracias que ieras, y te serán concedidas, porque se nos ha do poder sobre el cielo, sobre la tierra y sobre s infiernos."

Sacando entónces Federico de la bolsa el naipe e siempre lo acompañaba, le dijo: "Maestro, ced que todas las vezes que yo juegue con este aipe gane infaliblemente."

—Así sea, dijo nuestro Señor.

Mas san Pedro, que se hallaba júnto á Federico, dijo en voz baja:

—En qué piensas, miserable pecador? Lo ne debes pedir es la salvacion de tu alma.

—Eso no me da cuidado, respondió Federico.

—Todavía te faltan dos gracias que obtener, ijo Jesucristo.

—Pues, Maestro, prosiguió el huésped, supues- o que es tanta vuestra bondad para conmigo, ha- ed que todo aquel que suba al naranjo que da ombra á mi puerta, no pueda bajar de él sin mi ermiso.

—Así sea, contestó Jesucristo.

A estas palabros, dando el apóstol san Pedro un ran codazo á su vecino, le dijo:

—Infeliz pecador! ¿no temes el infierno que nereces por tus pecados? Pide, pide al maestro n lugar en su santo paraiso, que todavía es tiem- o....

—No precisa, repuso Federico separándose del póstol. Y habiéndole preguntado nuestro Señor:

—Cuál es la última gracia que deseas?

—Deseo, respondió, que cualquiera que se sien- e en aquel banquillo que tengo junto á la chime- ea, no pueda levantarse de él hasta que yo lo ermita.

Habiéndole concedido nuestro Señor esta gra- ia, como las otras dos, se fué con sus discípulos.

No bien hubo salido de la casa el último após- ol, cuando queriendo Federico probar la virtud le su naipe, llamó al criado, y se puso á jugar con él sin cuidar mucho su juego: lo ganó á poco ra- o, y lo mismo el segundo y el tercero. Seguro ntónces del milagro, se fué para la ciudad, y pa- ó en una buena posada, en la que tomó el mejor posento. Luego que se extendió por la ciudad a noticia de su llegada, corrieron sus antiguos ompañeros de maldad á hacerle visita.

—Ya te creiamos perdido para siempre! excla- nó uno de ellos; decian que te habias metido á ermitaño.

—Y tenian razon, respondió Federico.

—¿Pues en qué diablos has pasado tres años que hace que no nos vemos?

—En orar, carísimos hermanos, contestó Fe- derico con voz devota; y en prueba de ello, miren ustedes mi *Devocionario*, añadió sacando de la bol- sa el precioso naipe.

Esta respuesta movió á todos á risa, y queda- ron en la inteligencia de que Federico habia re- parado su fortuna en pais extraño á costa de al- gunos jugadores ménos diestros que los que entón- ces se hallaban con él, los cuales ya se abrasaban en el deseo de arruinarlo segunda vez. Algunos de ellos querian que sin esperar mas, se pusiese inmediatamente la mesa de juego; pero Federico les suplicó que lo difiriesen para la tardecita, y á todos los llevó á una pieza, donde habia mandado preparar una deliciosa comida, que devoraron con oda perfeccion.

Fué esta comida mas alegre que la cena de los apóstoles; bien es cierto que no bebieron sino bur- deos y jerez rancio; mas los de la rueda, ménos uno que yo sé, no conocian mejores vinos.

Antes que dichos huéspedes hubiesen llegado á casa de Federico, ya este se habia provisto de otro naipe mui parecido al suyo, con el fin de poder, en caso necesario, substituirlo al otro, y perdiendo un juego sobre cada tres ó cuatro, quitar toda sos- pecha del ánimo de sus adversarios, para lo cual se habia guardado uno en la bolsa derecha, y otro en la izquierda.

Despues de comer se puso la noble reunion al rededor de una mesa cubierta con su respectivo tapete verde: sacando Federico el naipe profano, fijó las apuestas en una regular suma para toda la velada: quiso dar interes al juego, y así, para co- nocer qué tal jugaba, lo hizo con todo el esmero posible; mas perdió los dos primeros juegos, no sin cierto disimulado despecho. Mandó entónces traer vino, y miéntras que los gananciosos echa- ban sendos tragos celebrando su fortuna, Federi- co se guardó sagazmente el naipe profano, sacan- do el bendito de la otra bolsa.

Cuando empezaron el tercer juego, como que ya no tenia Federico que empeñarse mucho, tuvo ocasion para observar el de los otros, y vió que es- taban haciéndole trampa; motivo porque habia perdido los primeros, á pesar de su afan. Dióle gran gusto este descubrimiento, pues podia desde luego mui concienzudamente vaciar las bolsas de sus adversarios. Obra del fraude de estos habia sido su ruina, no de su inteligencia ó fortuna: así que, podia tener mejor opinion de su habilidad, justificada con la buena suerte que en otro tiempo habia tenido. El amor propio (porque quién es aquel que no le tiene?), la certidumbre de la ven- ganza y de la ganancia, son tres sentimientos sua- vísimos para el corazon humano: á un tiempo los experimentó Federico; pero pensando en sus pa- sadas fortunas, le vinieron á la memoria los doce muchachos á cuyas costas se habia enriquecido; y persuadido de que eran estos los únicos jugado- res leales, entre todos aquellos con quienes habia tratado, se arrepintió por la primera vez de las victorias que sobre ellos habia alcanzado: apare- ció en su rostro la tristeza, lanzando á la alegría que en él se habia derramado; y dió un profundo suspiro al mismo tiempo que ganaba el tercer juego.

A este se siguieron otros, y Federico se manejó con tanta destreza para ganar la mayor parte de ellos, que de esta primera velada sacó cuanto le fué necesario para pagar su comida y un mes a- delantado por el alquiler de su aposento, que era todo lo que entónces necesitaba. Sus arrancados compañeros le prometieron, al despedirse, volver al dia siguiente.

El dia y los dias siguientes, supo Federico ga- nar y perder tan á propósito, que en poco tiempo se hizo de un considerable capital, sin que nadie sospechase la verdadera causa. Entónces dejó la posada para pasar á vivir á un gran palacio, en el cual daba de cuando en cuando magníficas fiestas. Las mujeres mas hermosas andaban disputándose una de sus miradas: los vinos mas deliciosos se hallaban siempre en su mesa, y por último, el pa- lacio de Federico tenia la fama de ser el emporio de los placeres.

Al cabo de un año de tan discreto modo de jugar, resolvió hacer completa su venganza, desollando á los principales señores del pais. Con esta mira, habiendo convertido en pedrerías la mayor parte de su oro, los convidó con ocho dias de anticipacion á una fiesta extraordinaria, para la cual buscó los mejores músicos, bailarines, &c., debiendo cerrarse la funcion con juego de los mas bien sostenidos. Los que no tenian dinero fueron á pedirlo prestado á los judíos, los demas llevaron lo que tenian, y á todos me los desolló sin compasion Federico, quien partió por la noche con su oro y sus diamantes.

Desde este momento tomó por regla no jugar sino con tahures de mala fe, porque á los demas no les tenia miedo. Así, recorrió todas las ciudades del mundo, jugando en todas ellas, ganando siempre, y consumiendo en cada lugar lo que el pais ofrecia de mas excelente.

Pero entre tanto, el recuerdo de sus doce víctimas se le presentaba sin cesar, y agriaba todos sus contentos. Por fin, resolvió un dia ir á libertarlas, ó perecer con ellas.

Tomada esta resolucion, se encaminó al infierno, con una caña en la mano y un talego al hombro, sin mas compañía que la de su perra favorita, que se llamaba Marquesilla. Luego que llegó á Sicilia, subió el monte Gibel (que es por donde se entra á los infiernos) y se introdujo por aquel volcan á tanta profundidad, cuanta es la altura de este monte sobre la tierra. De aquí para la vivienda de Pluton hai que atravesar un patio guardado por el Can Cerbero: Federico lo pasó sin dificultad (porque el susodicho can se entretuvo con Marquesilla) y fué á verse con Pluton.

Luego que se halló en su presencia le preguntó el rei de los abismos:

— Quién eres tú?

— Soi el jugador Federico.

— Y qué diablos vienes á buscar aquí?

— Pluton, respondió Federico, si tienes á bien que el primer jugador del mundo venga á jugar contigo un rentoicito, esto es cuanto tengo que proponerte: jugaremos todo el tiempo que quieras, con esta condicion: si pierdo un solo juego, mi alma vendrá á aumentar el número de tus súbditas; pero si gano, por cada juego me has de ir dando el alma que yo te pidiere, para llevármelas de aquí.

— Bueno, dijo Pluton; pero dónde habrá una barajita?

— Aquí traigo una, respondió en el momento Federico, sacándola de la bolsa.

Pusiéronse á jugar, y al primer juego que ganó Federico pidió el alma de Estévan Pagani, uno de los doce á quienes queria salvar. Entregáronsela, y habiéndola recibido, la metió en el costal. Siguieron jugando, y él ganando; y conforme recibia almas, las iba metiendo en el costal. Luego que completó la docena, y tenia ya tomadas cartas para otro juego, dijo á Pluton:

— Embido!

— Quiero! respondió Pluton (el cual ya empezaba á escaldarse); pero quitémonos de aquí por un momento, porque no sé qué cierto mal olor se percibe. Y es que buscaba un pretexto para deshacerse de Federico, quien apénas salió con su saco lleno de almas al hombro, cuando Pluton se puso á gritar con todas sus fuerzas que cerrasen bien la puerta.

Habiendo atravesado otra vez Federico el patio del infierno, sin que Cerbero lo echase de ver, porque tan fuera de sí le tenia la perrita, volvió á subir, aunque con gran incomodidad, á aquella cima. Y luego que estuvo fuera, llamó á Marquesilla, la cual no tardó en alcanzarlo, y se encaminó acia Mesina, mas gozoso con su ganancia espiritual que con cuantas habia tenido en este mundo. Llegado á Mesina, se embarcó para pasar á tierra firme, y acabar su carrera en su antigua casita.

Al cabo de treinta años (y entónces tenia sesenta Federico) llegó la Muerte á su casa, y le dijo que arreglara su conciencia, porque su hora habia llegado.

— Pronto estoi, dijo el moribundo; pero ánte de que de aquí me lleves, te suplico, oh Muerte, que me hagas la gracia de darme una naranja de esas que hai en el arbolillo que está junto de la puerta. Dame este gusto y moriré contento.

— Si no quieres mas que eso, contestó la muerte, voi á darte gusto; y se subió al naranjo para cortar una fruta; pero cuando quiso bajar no pudo, porque Federico se oponia á ello.

— Ai, Federico! me has chasqueado, ahora soi tu prisionera, exclamó la Muerte; pero vuélveme mi libertad, y te prometo diez años mas de vida.

— Diez años! cierto que es gran cosa! dijo Federico: si quieres bajar, amiga mia, es necesario que seas mas liberal.

— Te daré veinte.

— Qué, chanzeas?

— Pues te daré treinta.

— Ni á la tercera parte de lo que quiero has llegado.

— Pues qué, quieres vivir un siglo?

— Cábalito, amigota.

— No eres mui racional, Federico.

— Qué quieres! A mí me gusta vivir.

— Vaya, vive cien años, cómo ha de ser! dijo la Muerte; y bajó del árbol.

Al momento que esta se fué, se levantó Federico en estado de completa salud, y empezó una vida nueva con el vigor de un jóven y la experiencia de un anciano. Todo lo que se sabe de esta nueva existencia es, que continuó en satisfacer todas sus perversas inclinaciones mui á su sabor, haciendo tal cual bien siempre que se presentaba ocasion, pero en un olvido tal de su salvacion, como en su primera vida.

Concluidos los cien años volvió la Muerte á tocar á su puerta, y lo halló en la cama.

— Ya estás presto? le dijo.

— Acabo de mandar llamar á mi confesor, respondió Federico: mira, siéntate miéntras viene en ese banquito que está en el rincon de la chimenea. Solo estoi esperando la absolucion para lanzarme contigo en la eternidad.

La Muerte, que era mui buena persona, fué á sentarse al banquillo, y espera que espera, hasta que se pasó una hora, y el confesor no parecia. Ya empezaba á enfadarse; y así, dijo á su huésped:

— Viejo, por segunda vez ¿no has tenido tiempo de arreglar tu conciencia, cuando hace un siglo que no nos vemos?

— Cosas mas importantes me ocupaban, repuso el viejo con una sonrisa socarrona.

— Anda! dijo la Muerte indignada de su im

a no te queda mas que un minuto de vida.
ééé....! dijo Federico, miéntras que ella
a en vano levantarse del banco; ya sé
mui condescendente, y que me has de
todavía algunos añitos mas.
unos añitos, infeliz? Y trabajaba con
fuerzas por despegarse del banquito, y
de la chimenea.
sin duda; pero mira, no soi ya tan tira-
so no me agrada mucho la vejez, con
años me contento por última.
uerte conoció que estaba asida al banco,
otro tiempo lo estuvo al árbol, por un
pernatural; mas como estaba enojadísi-
ueria conceder nada.
es yo te haré condescender, dijo Federi-
ndó que con dos ó tres buenos leños ati-
chimenea, de modo que estaba la Muerte
plicio.
doi, me doi, exclamó al sentir que se le
n los huesos; te prometo cuarenta años

s palabras soltó Federico á la Muerte, y
á huir medio chamuscada.
ido el plazo, volvió á buscar á su amigo,
taba esperando á pié firme y con un sa-
lomos.
ora sí que se te llegó! le dijo entrando
ipitacion; ya no hai que irse atras; pero
s en ese costal?
uí van doce almas de doce jugadores a-
ios, á quienes saqué de los infiernos.
es allá tú y ellos! dijo la Muerte, agar-
por los cabellos, levantándose por los ai-
iéndose acia el sur, y sepultándose en las
del monte Gibel. Cuando llegó á la
el infierno, llamó dando tres golpecitos.
ién es? preguntó Pluton.
derico el jugador, respondió la Muerte.
abran, gritó Pluton, acordándose de los
gos que habia perdido: este maldito es
dejarme vacío el infierno.
que Pluton se negó á abrir, transportó la
su preso al purgatorio; mas el ángel
ba de centinela le impidió la entrada, por-
ció que estaba en pecado mortal. No
nedio: la Muerte, mui á su pesar, como
odia ver á Federico, lo llevó al cielo.
ién eres tú? dijo san Pedro á Federico.
estro antiguo huésped, respondió; aquel
tro tiempo os agasajó con el producto de

te atreves á presentarte aquí en el esta-
e te veo? exclamó san Pedro. ¿No sa-
el cielo está cerrado para los pecadores?
o eres digno ni aun del purgatorio, ¿y
n lugar en el paraiso?
sí fué como yo os recibí, señor san Pedro,
uisteis á mi casa con vuestro divino maes-
cosa de ciento y ochenta años á pedirme
dad?
do eso es mucha verdad, repuso san Pe-
tono regañon, aunque estaba mui enter-
pero yo no puedo dejarte entrar: no pue-
me acuestas esta responsabilidad. Mira,
sarle á Jesucristo, á ver qué dice.
ndole avisado á nuestro Señor, salió á la
lel cielo, y halló á Federico hincado en
con sus doce almas, seis de cada lado.
Entónces, compadeciéndose el Señor, le dijo
— Entra; pero estas almas que se vayan á donde se estaban.
— Cómo, Señor? dijo Federico; cuando tuve el honor de recibiros en mi casa, ¿no ibais acompañado de doce viajeros, á quienes acojí, como á vos, lo mejor que me fué posible?
— No hai medio de resistir á este hombre, dijo nuestro Señor; y luego, volviéndose á las almas, añadió: "Entren todas ustedes, pero sin ejemplar."

MERIMEE. *Traducido por* M. G.

La pretension de lo clásico.

MANDASME, amigo carísimo,
Como si fuera yo plático
Que te diga á lo ridículo
La pretension de lo clásico;
Y aunque mi talento es mínimo
Para un empeño tan árduo,
Por obedecer te dirigo
Este que se sigue cántico.
Juntábanse algunos críticos
En cierto puesto aromático,
Donde pasaban lo rígido
En un contubernio extático.
Hablaban de lo político
Unos, y otros de lo trágico
No ménos que de lo místico;
Mas todo en tono temático.
Por esto enfadado un físico
Con el rostro torvo y pálido
Ordenó que el contubérnico
Se dividiera instantáneo;
Lo criminal en el pórtico
Colocó de su habitáculo,
Por ser el puesto honorífico
Entre lechugas y rábanos.
Dispuso el sitial jurídico
Con asientos ménos tácitos,
Para que ayuden decrépitos
A los que sustentan gárrulos;
Y porque en materias frígidas
Haya concurrentes cálidos,
Dispuso que del introito
No pasasen los flemáticos.
Puesto el tribunal satírico
Con artificio mecánico,
Se sientan á los crepúsculos
Todos los jueces lunáticos;
Sacan literales crímenes,
Que es su cotidiano pábulo,
Sin perdonar á lo poético
Ni á lo sencillo y seráfico.
Es este un escollo pérfido
Donde padecen naufragio
Desde el navío mas ínclito
Hasta el barquillo mas rápido:
Es un tribunal de Dédalo,
Donde se juzga á lo zámbigo,
Unos con decreto esplícito,
Otros con susurro zángano.
En un tiempo tan estítico
Basta con estilo orgánico

Haber dicho lo mas lícito
Solo por tu beneplácito.
Vendrá el dia salutífero
En que con acento cándido
Diré de tales filósofos
Que son un hato de páparos.

N.

La Casera del Eclesiastico.

Una casera de clérigo,
Segun el trage y lo crítico,
Viéndola junto á san Lázaro
Enamoré mui solícito.
Como tuvo la carátula
Cubierta, yo gustosísimo,
Que era mas moza creyéndome,
Dije aquesto nada tímido:
— Mi señora doña Ursula,
Sepa me llamo don Iñigo,
Y no á mis partes incrédula
Me tenga por algun mísero.
Todo lo que en festejándola
Hubiere de estarme lícito,
Como pagare mis méritos,
Ofrezco de hacer finísimo.
Si gustase de una música,
Aunque no es don salutífero,
Haré suspender al cántico
Los superiores y mínimos.
No tema tratos mecánicos,
Que no están en lo político,
Y así puede con el ánima
Pagar de este amor lo intrínsico.
Quiérame, pues, no sea bárbara,
Que mi amor es sutilísimo,
Y ya que no las de Tántalo,
Pasa las penas de Sísifo.—
Respondió: — Mozo venático,
Yo sirvo á hombre mui rígido,
Y si lo sabe en esdrújulos
Ha de vengarse satírico.
No piense que concluyéndome
Con argumentos sofísticos,
He de olvidar mi eclesiástico
Por dueño ménos legítimo.—
Al responder conociéndola,
Huyendo de amor tan ínfimo,
Le dije: — Como un carámbano
Me he vuelto agora de frígido.
Del principio destapándose
Pudiera (portuguesísimo
Por ser mejor presumiéndome)
Descubrir luego lo íntimo.
A ese su dueño escolástico
Podrá decir, que un gradísimo
De picarones platónico
Se le encomienda muchísimo.
Que traga mui linda píldora
Segun lo que agora vídimus,
Y si hace versos diabólicos,
Yo me vengaré con dísticos;
Que deje pues lo poético,
En que soi hombre científico,
O he de apuralle impávido,
Pues hai asunto bonísimo.

Alberto Diez y Foncalda.

ROMANCE NEGRO.

Por una negra señora
Un negro galan doliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.
Hablóle una negra noche,
Y tan negra, que parece
Que de su negra pasion
El negro luto le viene:
Lleva una negra guitarra,
Negras las cuerdas y verdes,
Negras tambien las clavijas
Por ser negro el que las tuerce.
— Negras pascuas me dé Dios
Si mas negro no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende.
Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con favores negros
Un negro pagarse debe.—
La negra señora entónces,
Enfadada del negrete,
Con estas negras razones
Al galan negro entristece:
— Vaya mui enhoranegra
El negro que tal pretende,
Pues para galanes negros
Se hicieron negros desdenes.—
El negro señor entónces,
No queriendo ennegrecerse
Mas de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuése.

Góngora.

EPIGRAMAS.

De cuando en cuando Isabel
se marcha á Tabarabuena
á tomar aires, y buena
dicen que se pone en él.
Qué enfermedad ella tiene,
hasta el dia en duda está;
pero lo cierto es que va,
y á los nueve meses viene.

Preguntó un niño á su madre,
con ansia, pues lo ignoraba,
á quién de los que miraba
podia llamarle padre.
Y ella, dudosa cual él,
por no engañarle, le dijo:
Tu padre no lo sé, hijo;
mas mi marido es aquel.

Juega Anton con Feliciana
á juegos de diversion;
salta y brinca el tal Anton,
y ella se rie de gana.
Alguna vez se están quedos
y sin dejar de enredar:
¿en qué vendrán á parar
si siguen tales enredos?

Semanario Pintoresco.

EL BESAMANOS.

En el norte de Europa, á la entrada de un golfo del mar Báltico, hai otra Venecia, formada de algunas isletas diseminadas que han sido reunidas en una sola ciudad por el genio de la asociacion, como por el apellido se reunen los diversos miembros de una misma familia. No hace aun seis siglos que los cuarteles separados de la Venecia del Norte han traspasado sus límites naturales, y sin embargo, se van aproximando todavía mas. Oh, ¡cuán felizes serian los hombres si sus vínculos fuesen tan duraderos como los de las piedras!

Esta otra Venecia es Estokolmo, en la que reinaron dos Gustavos apellidados Grandes; el uno porque con un solo golpe rompió las fuertes cadenas que arrastrara su patria; y el otro porque á fuerza de valor y genio levantó á su pais á la gerarquía de las naciones militares de Europa.

Este último habia muerto, y ocupaba su trono una reina, á quien pudiera llamarse varon ínclito, y la cual, despues de un reinado de veinte años, no dejó nada en pos de sí, ni aun siquiera un sucesor.

Cristina reinaba, ó mas bien, el prudente Oxienstern, apoyándose en ella con los muchos servicios que prestara al gran Gustavo, continuaba gobernando el estado sabiamente, y su gran poderío hacia ver que el título de reina no siempre confiere la soberanía absoluta, en tanto que el venturoso conde de Lagardie sabia mui bien lo que significaba el voto de celibato de la soberana.

Hubo un dia, solemne besamános en el antiguo palacio de los reyes de Suecia. Nobles suecos, doctos extranjeros y filósofos cortesanos pasaron á saludar á Cristina en aquel dia, que era el vigésimo aniversario de su nacimiento. El pueblo se habia engalanado para la fiesta de su reina, y en gran tropel hasta el patio de palacio, acompañaba con sus ruidosos vivas las arengas en griego y los discursos en latin inspirados por la galantería sueca de los cortesanos, ansiosos de grangearse la estimacion de una soberana amada de Descartes, y celebrada por Salmasio.

Mas hé aquí que de repente se agita el pueblo, y murmura y habla en voz baja; los oficiales de la guardia de palacio corren á sus respectivos cuarteles, reunen la tropa y la forman en el vasto patio. Todas las ventanas del palacio se abren á un tiempo, y se llenan de hombres y mujeres ricamente vestidos. Todos los ojos y todas las manos se dirijian al mismo punto, y parecia que decian: "Allí está."

El conde de Lagardie, hermoso, jóven y altivo como favorito de una reina, se asomó al balcon principal de palacio, y desde allí dirijió estas palabras al capitan de policía, quien las oyó con la cabeza descubierta:

"No quiere la reina que se ponga en la cárcel á ese hombre: dénsele tan solo veinte palos en esta misma plaza, y déjesele en libertad; esta es la órden de su majestad."

El hombre que provocó este tumulto fué conducido entre una multitud de soldados. El capitan de policía, convertido aquel dia en verdugo por miramiento á la reina, mandó al culpable que se arrodillase, y con mucha lentitud descargó veinte vezes el baston sobre las espaldas del paciente, el cual á cada golpe que recibia exhalaba un ronco grito que excitaba un sentimiento de compasion en las almas de los diez mil espectadores que presenciaban aquella repentina ejecucion de justicia.

¿Y cuál era el crímen de aquel hombre tan afrentosamente castigado, en un dia tan solemne, y casi á presencia de Cristina? ¿Por qué se pondria tan colérico el conde de Lagardie cuando dijo: "No quiere la reina que se ponga en la cárcel á ese hombre"? ¿Y por qué se echaria de ver tanta alegría en los ojos del venturoso favorito cuando añadió: "Dénsele tan solo veinte palos; esta es la órden de su majestad"?

Aquel hombre no era mas que un mancebo de corta edad, que habia ido de Norberg á Estokolmo con el fin de asistir á las brillantes fiestas del cumpleaños de la reina. Su crímen consistió en ignorar las leyes de la etiqueta. Allá en su provincia de Westmanland habia oido decir que en semejantes dias se complacia el poder soberano en rodearse de todos sus vasallos y súbditos, cualquiera que fuese su clase, y que el pueblo succo besaba la regia mano.

Besar la mano de la reina! la mano de aquella Cristina, cuya adorada imágen era el principal ornamento y la alegría de la pobre casucha de Lambken! esta era para el mancebo la mayor dicha á que pudiera aspirar; y cuando supo que en el año habia un dia en que estaban abiertas las puertas de palacio para todo aquel que quisiese ir á arrodillarse ante Cristina, cuando esto supo Lambken, ya no veia la hora de que llegase el dia en que pudiese participar de los regios favores. Trabajaba del dia á la noche con el mayor teson, y tanto, que cuando llegó la época suspirada de los regocijos populares, tuvo lo bastante para comprar un vestido decente que supo ponerse con mucho garbo, porque su talle era bien hecho, y su modo de andar airoso. ¡Con cuánto esmero y cuidado se limpió del hollin de que estaba impregnando su rostro, por decirlo así, de resultas de tanto trabajar! ¡y cuánto no se restregó las manos hasta saltarle la sangre por ponérselas mas suaves y blancas! Partióse, y su primer cuidado al llegar á Estokolmo, fué entrar á la iglesia de san Nicolas á pedir á Dios largos años de vida para su amada la reina. Llegó por fin el dia en que la artillería de los fuertes de Fridericksborg y de Waxholm anunciase al pueblo con estrépito que cumplia Cristina veinte años. Al despertar Lambken con el estruendo, se complació en contemplar la belleza con que se le presentaba su vida, pues amaba con ardor á una reina de veinte años que era la admiracion de la Europa; y en cuanto á verse amado de ella, ni por la imaginacion le pasaba.

Engalanado con su vestido nuevo, con el corazon un poco comprimido, y el alma singularmente agitada, siguió á la multitud que se encaminaba á palacio. Lambken no echó de ver que el pueblo se detenia respetuosamente en el vestíbulo del palacio: siguió adelante, tropezando con encumbradas damas, gallardos oficiales y graves magistrados.

A sus primeros pasos por la galería causó escándalo su trage; hacianse á un lado con extrañeza para darle paso, y murmuraban de él en alta voz; mas Lambken, siguiendo adelante, no ponia cuidado en las enojadas miradas que por todos la-

dos le lanzaban, ni tampoco llegaron á sus oidos los clamores de la nobleza, indignada al verse en palacio con semejante compañero. Así llegó hasta la puerta de la sala en que Cristina estaba recibiendo los homenajes de su corte. El oficial encargado de introducir á los altos personajes, le preguntó su nombre é intentó detenerlo; mas el jóven, seducido al ver tanta grandeza, entró á la sala diciendo su plebeyo nombre al guardian de aquel santuario, y se precipitó á besar la mano de la reina, que la tenia en aquel momento graciosamente tendida para el presidente del senado. Al ver á aquel hombre, dió la reina un grito, retiró la mano, y se levantaron cien brazos para castigar al miserable que tuviera la osadía de apropiarse, no siendo mas que un plebeyo, hijo extraviado de la gran familia del pueblo, un favor reservado tan solo á los privilegiados de la fortuna y de la cuna.

— Cristina! amadísima Cristina! exclamó al verse asido por los guardias; solo he querido besar tu sagrada mano; y me niegas esta dicha? Y cuando ejecutó el capitan de policía la sentencia pronunciada por el favorito, siguió diciendo á gritos desde afuera:

— Cristina! cruel Cristina! juro á Dios que vendrá dia en que, á pesar tuyo, he de besar tu regia mano!

Luego que recibió Lambken el último azote, se puso en pié, miró con altivez al capitan de policía, y se abrió paso por entre la muchedumbre.

A otro dia ya no estaba el mancebo en Estokolmo, ni tampoco tomó el camino de Norberg.

Cinco años despues de este acontecimiento estaban dos presos conversando en un mismo calabozo: uno de ellos, acusado de tentativa de rapto, tendria de diez y seis á diez y siete años, y el otro, de mayor edad, se hallaba allí por haber sido capataz de salteadores.

— Lo que siento mas que nada, decia el mas jóven, es no volver á ver á mi querida.

— Libre quedarás, contestó el bandido, con algunos años de cárcel; ¡y te desesperas, como si el verdadero amor perdiese nunca sus derechos! Oyeme: Una reina hermosa, altiva y cruel mandó un dia dar veinte palos á un pobre hombre que le tenia una vehementísima pasion, y no queria el desdichado mas que imprimir respetuosamente sus labios en la mano de su amada. Castigáronle su temeridad, cual si su loca accion hubiese sido un crímen, y no un efecto de amor; y él juró ante Dios que aquella mano que lo despreció se acercaria algun dia por sí misma á recibir sus besos, y que aquella boca que decia: "Azotad al culpable" habia de pedir gracia al pobre hombre, tan indignamente azotado por el capitan de policía.

Cuánto tardó tan deseado dia! pero llegó por fin. En una eazería, la reina, que era mui buen ginete, haciendo apuestas de carreras con sus cortesanos, corrió tanto que vino á parar á mui largo trecho de su séquito, y se halló en la espesura de un bosque rodeada repentinamente por diez hombres que no sabian lo que era miedo ni compasion. Cristina, porque esta es la reina de quien hablo, les dijo: Yo soi la reina! Y yo, porque yo era el capataz de los bandidos, el hombre azotado, le respondí: Yo soi Lambken, aquel que juró besar tu regia mano, y hace cinco años que estoi esperando vinieses á ofrecérmela.

Y con las pistolas preparadas la amenazamos si no accedia. Vacilaba Cristina, yo me adelanté acia ella....Dios mio! cuán conmovido estaba!

— Arrodíllate, me dijo con serenidad, porque los que admito al besamanos solo así se acercan á mí.

Presentóme la mano, cubríla de besos, y gozoso y feliz con haber cumplido mi juramento, la dejé ir. A los dos dias caimos presos mis compañeros y yo. Pero qué importa? cumplí mi palabra. La experiencia me ha enseñado que en materia de amor no debe uno desesperar de nada, y que para con una mujer, aun cuando sea reina de Suecia, alguna vez llega á presentarse un momento favorable; todo consiste en saber aprovecharlo.

El carcelero abrió en este punto el calabozo, y llamó á Lambken, diciéndole:

— Vamos, hijo, ya es hora.

Lo cual queria decir:

"La horca está pronta, y el verdugo esperando."

MIGUEL MASSON. *Traducido por* M. G.

SAMUEL.

ENTRE las bellas composiciones que la historia del pueblo judío ha inspirado á los artistas, sobresale la de J. Singleton, pintor ingles, que copiamos en la estampa. En ella se ve al profeta Samuel, jóven todavía y levita del gran sacerdote Helí, contando á este anciano la revelacion que ha recibido del Señor; pasaje referido de la siguiente manera en la traduccion del P. Amat:

1 Entretanto el jóven Samuel proseguia sirviendo al Señor, bajo la direccion de Helí; y la palabra del Señor *ó revelacion* era *rara, y por consiguiente* de mucha estima: no era comun en aquellos dias la profecía.

2 Sucedió pues un dia que estando Helí, cuyos ojos habian perdido ya la facultad de ver, acostado en su aposento,

3 y Samuel durmiendo *junto á él* en el templo del Señor donde estaba el arca de Dios; hé aquí que el Señor, ántes que fuese apagada la lámpara de Dios, *ó candelero de oro*,

4 llamó á Samuel; y respondiendo este: Aquí estoy;

5 corrió al punto á Helí, y díjole: Héme aquí, pues que me has llamado. Helí le dijo: No te he llamado, vuélvete á dormir. Fuése Samuel, y acostóse de nuevo.

6 Volvió el Señor por segunda vez á llamar á Samuel, y levantándose este fué á Helí, y le dijo: Héme aquí, ya que me has llamado. Helí le respondió: Hijo mio, yo no te he llamado: vuélvete á dormir.

7 Y es que Samuel no conocia todavía la voz del Señor; pues hasta entónces no le habia sido revelada la palabra del Señor.

8 Repitió el Señor y llamó por tercera vez á Samuel; el cual levantándose volvió á Helí,

9 diciendo: Heme aquí, pues que me has llamado. Con esto reconoció Helí que era el Señor quien llamaba al jóven; dijo á Samuel: Vete á dormir; y si te llamare otra vez, responderás: Hablad, oh Señor, que vuestro siervo os escucha.

litº callejon s Clara nº 8.

Volvióse pues Samuel á su aposento, y se puso otra vez á dormir.

10 Vino entónces el Señor, y llegándose *á Samuel, le* llamó como las otras vezes: Samuel, Samuel. A lo que respondió Samuel: Hablad Señor, que vuestro siervo os escucha.

11 Y dijo el Señor á Samuel: Mira, yo voi á hacer una cosa en Israel; que á todo aquel que la oyere, le retiñirán *de terror* ambos oidos.

12 En aquel dia yo verificaré cuanto tengo dicho contra Helí y su casa: daré principio á ello y lo concluiré.

13 Porque ya le predijo que habia de castigar perpetuamente su casa por causa de su iniquidad: puesto que sabiendo lo indignamente que se portan sus hijos, no los ha correjido *como debia.*

14 Por lo cual he jurado á la casa de Helí, que su iniquidad no se expiará jamas ni con víctimas ni con ofrendas.

15 Durmió despues Samuel hasta la mañana, y *á su tiempo* abrió las puertas de la Casa del Señor: pero temia descubrir á Helí la vision.

16 Llamóle pues Helí, y le dijo: Samuel, hijo mio? El cual respondió: Aquí estoi.

17 Y le preguntó Helí: ¿Qué es lo que te ha dicho el Señor? Ruégote no me encubras nada: el Señor te castigue severamente si me ocultares alguna cosa de cuanto se te ha dicho.

18 Manifestóle pues Samuel una por una todas las palabras, sin ocultarle nada; y Helí respondió: Él es el Señor: haga lo que sea agradable á sus ojos.

Apología de la instruccion.

La instruccion pública es el eje principal de la prosperidad social. La instruccion desenvuelve las facultades intelectuales del hombre, y aumenta las fuerzas físicas de una nacion; mejora la índole humana, suaviza las costumbres, é ilumina á los gobernantes para dictar leyes sabias y adecuadas al bien de los pueblos; á ella se debe el acierto y buena direccion de todas las clases y profesiones del Estado; y es finalmente el mayor don que nos ha podido dispensar el criador.

Un monarca puede con un simple decreto crear de repente generales, ministros, consejeros, obispos, &c., mas no hombres sabios; para la formacion de estos se necesita de genio é instruccion; lo primero se debe á la naturaleza; en lo segundo puede tener el soberano una parte mui importante si fomenta todos los ramos de ilustracion, y no de otro modo.

Si recorremos todas las naciones del globo desde la mas remota antigüedad, veremos que las que han carecido de instruccion han vivido sumerjidas en las prácticas mas ferozes de la supersticion, y totalmente desprovistas de vínculos morales, que son los que obligan al hombre á separarse de la senda del vicio, del desórden y de la confusion.

Se dirá por algunos, y por desgracia se dice, que la instruccion tiene sus inconvenientes; que muchos abusan de ella sutilizando demasiado los principios políticos y barrenando el prestigio que debe tener la autoridad soberana, y aflojando los muelles de la obediencia y del respeto; que no pocos por haber querido profundizar los dogmas religiosos mas allá de lo que puede concebir el entendimiento humano, han llegado á claudicar, y han caido en un fatal pirronismo, destruyendo con su incredulidad uno de los diques mas fuertes que tienen las pasiones, y aumentando las inquietudes y zozobras de la conciencia.

Dirán asimismo que la cultura del espíritu ha sido causa de una extremada refinacion de modales y placeres; que ha fomentado la sensualidad, la vanidad, el orgullo y demas vicios que nacen del deseo de poseer lo que no es fácil conseguir, y dirán finalmente que á medida que se ha extendido la ilustracion, se ha desterrado la buena fe, la sinceridad, la cordialidad y la rectitud del corazon.

No negaremos que han ocurrido y ocurren con frecuencia varios casos que acreditan el fundamento de los temores indicados; pero este argumento es demasiado débil, y de ningun modo puede destruir las razones que obran á favor de la instruccion, del mismo modo que probaria mui poco en contra de las sangrías y de otros remedios de utilidad evidente, la citacion de algunos casos en que hubiera producido malos resultados al paciente.

Como todo está sujeto en el mundo á alteraciones, tropiezos y contrastes por un efecto de las mismas pasiones de los hombres, que cuando no están contenidas dentro de sus justos límites, todo lo invaden y todo lo talan; y como de estas mismas variaciones participan con mas ó ménos fuerza aun los actos mas plausibles en su orígen y en su objeto, el legislador mas zeloso por el bien de sus pueblos se ve muchas vezes en la necesidad de optar entre dos males irremediables, en cuyo caso no le queda mas alternativa que declararse por el menor.

Otra prueba convincente de que la falta de instruccion ni mejora la índole humana, ni aleja las discordias domésticas, ni asegura mas la obediencia de los pueblos á sus soberanos, ni consolida los gobiernos, nos la ofrece la historia española.

Es indudable que la invasion de godos y vándalos arrancó de España hasta la última semilla de ilustracion; y cuáles fueron los resultados de esta ignorancia? Que de treinta y tres reyes que se cuentan de aquella línea, mas de la mitad perdieron la corona, y muchos la vida por efecto de conmociones populares que se repetian á cada instante.

De los veinticuatro reyes que cuenta la línea de Leon, y de veintidos que corresponden á la de Castilla y Leon, ya reunidas ambas coronas, hasta que entró á reinar Isabel la Católica, escasamente seis de ellos concluyeron tranquilamente sus reinados; pero desde dicha época, en que principió á generalizarse la instruccion por el impulso que dió á las letras y á las artes el gran cardenal Cisnéros hasta el presente, es decir, durante el reinado de quince soberanos, ha permanecido el pueblo español constantemente sumiso y adicto mas que ninguno otro de Europa á la autoridad, si se exceptúa el aislado movimiento de los comuneros de Castilla en 1521, por el disgusto general que se introdujo al ver que los extranjeros ocupaban los cargos principales del estado, y si se exceptúa la revolucion de los pueblos de la corona de Aragon, y señaladamente de los Cata-

lanes contra Felipe V, suscitada por compromiso con la casa de Austria, á favor de cuya dinastía se habian declarado desde el principio de la guerra de sucesion, y de ningun modo por falta de respeto á la autoridad real, de que estaba revestido aquel ilustre soberano.

Si se exceptúan, pues, estos dos casos, no recuerdan las historias que nunca haya sido mas respetada la autoridad del monarca, ni el pueblo mas obediente y sumiso, que en el citado último periodo de trescientos años, que segun hemos indicado, es cuando han florecido mas las letras, las ciencias y las artes, y han sido mas estimados y protejidos los hombres de mérito.

Bajo cualquier aspecto que se considere esta cuestion, será preciso convenir en que la mejor salvaguardia que tienen los gobiernos, es la fuerza de las leyes; y la mejor garantía de que estas no han de ser infrinjidas, la ilustracion, apoyada asimismo en una arreglada educacion moral que corrija todos los desórdenes de la falsa filosofía y todos los desvaríos de la pedantería y presuncion; que dirija la juventud por la senda del honor y del deber; que la fortifique en sus principios religiosos y políticos, es decir, que le enseñe lo que debe á Dios, al soberano y á la sociedad en que vive. Este debe ser un objeto de preferente atencion para el gobierno, de cuyo acierto en establecer bases sólidas y bien meditadas, resultará indudablemente la mejora de costumbres y el exacto cumplimiento de las respectivas obligaciones de los gobernados.

Establecido ya el principio de que la instruccion es tan útil y necesaria, como que será mas feliz aquella nacion que poseyéndola en mayor grado sepa hacer mejor uso de ella, pasaremos á dar algunos apuntes sobre el empeño con que varios gobiernos han tratado de dar la posible extension á este precioso elemento.

Desde mediados del siglo pasado redoblaron sus esfuerzos todas las naciones de Europa en beneficio de las ciencias, letras y artes. Las nuevas y diversas invenciones que se han hecho en la maquinaria, los descubrimientos físicos, mineralógicos y botánicos, los progresos en las matemáticas, y los adelantamientos de la química en particular, han confundido la presuntuosa credulidad y la ligereza con que Terencio sentó la proposicion de que en su tiempo no habia ya cosa nueva, y que todo estaba dicho ó visto en el mundo; así como la poca razon con que afirmó el célebre frances La Bruyere, que los modernos solo espigaban y recojian los desperdicios que los antiguos dejaron esparcidos con desden en los campos de las ciencias y artes que habian segado.

Fácil nos seria hacinar citas y testimonios que acreditasen el zelo desplegado por varios gobiernos para fomentar provechosamente la instruccion, objeto tan necesario para su engrandecimiento; pero por no franquear los límites de la concision, mencionaremos los meramente precisos para ilustrar nuestro argumento.

Cuando el célebre cardenal de Richelieu meditó con tanta madurez el plan de la monarquía universal, contó con el apoyo de las letras no ménos que con el de las armas. Persuadido de que su mayor gloria habia de consistir en dirijir con acierto por el camino de las ciencias los proyectos que tenia en su mente, trató de dar á los hombres de mérito todo el brillo é importancia á que er acreedores, con cuya idea instituyó el famc cuerpo académico, bajo la presidencia de Segui que ha continuado hasta nuestros dias honran la memoria de su digno fundador, y enriquecien la Francia con sus sublimes producciones.

Juan Bautista Colbert, contralor general Luis XIV, representó á aquel monarca lo muc que convenia á su gloria y á la felicidad de su n no se declarase absolutamente y sin reserva p tector universal de todos los sabios, llevando recomendacion hasta el extremo de llamar á hombres mas célebres de los demas paises con p siones y honores. Durante el reinado de di monarca fué la Francia el centro de las cienc y Paris la Alejandría y Aténas de aquellos ti pos; de modo que la fama de Luis XIV no qu ménos grabada en los monumentos científicos en los guerreros.

Si en ninguna parte se hallan ingenios mas bresalientes que en Inglaterra, ni profesores n célebres en artes y ciencias, se debe á la ma proteccion que el monarca y los nobles dispen á los que se distinguen en cualquiera ramo saber.

La Rusia principió á prosperar desde que corriendo Pedro el Grande una parte de la Eu pa, y llevando á su corte algunos hombres inst dos, se dedicó con esmero á extender la civil cion y la cultura por todo aquel vasto impe desterrando la ignorancia, la supersticion y la b barie; de modo, que de un estado casi insign cante en la balanza europea, ha llegado á adc rir en el solo espacio de poco mas de un siglo influjo casi decisivo, debido á su formidable poc sin que puedan alegarse para este cambio extra dinario mas razones que las de la instruccion.

Tambien la Suecia debió una parte de su plendor á la decidida proteccion que Gustavo dolfo dispensó á las letras y á las artes; y á ejemplo la reina Cristina, con el apoyo de De cartes, Salmasio, Voltaire y otros literatos que trajo á su corte.

Federico II de Prusia, por sobrenombre el Gran de, adquirió títulos incontrastables á la gloria, n solo por sus empresas guerreras, sino por sus tr bajos literarios, en los que brilló como poeta, c mo filósofo, como legislador, y como estadista. I *Anti-Maquiavelo* (ensayo de crítica sobre el Prí cipe de Maquiavelo) publicado por Voltaire 1749 en la Haya, y las *Memorias de la casa Brandeburgo* (dedicadas á su hermana en 174 obras ambas de su real mano é ingenio, así cor otras muchas que se publicaron bajo sus auspici dieron á Berlin el aspecto de una segunda A nas, cuya corte se vió bien pronto cubierta de bios y literatos de los mas celebres.

El rei de Cerdeña, Víctor Amadeo I, princi de sublime talento y de profundo ingenio, co vencido de lo que podia influir en la gloria y bie estar de su pais el estudio de las letras, las pro jió con mano dadivosa. Ademas de la univer dad que fundó en Turin, erijió un colegio pa teología, jurisprudencia, medicina y cirujía, y tableció un retiro para doce sacerdotes nobl mantenidos á sus expensas en un templo suntu so con sus habitaciones correspondientes, fue de la ciudad, para que perfeccionándose en el ej cicio de la piedad y en las ciencias eclesiástic

se hiciesen dignos de las mitras; establecimiento único de esta especie en la Europa.

Tambien la república de Venecia dispensó el mas ardiente patrocinio, y fundó la universidad de Padua con mui buenos sueldos y gratificaciones á los profesores de todas las ciencias; con cuyos estímulos logró generalizar la instruccion, y reunir en su seno hombres eminentes en todas las profesiones.

Ya en Roma desde el siglo XVI, y pontificado de Leon X, se dió tal impulso á la instruccion, que puede decirse que fué aquel célebre papa el resucitador de las ciencias en Italia, y uno de los mayores apoyos de la ilustracion europea. Estaba por lo tanto su santidad bien distante de creer que las luzes se opusieran á la religion y á la moral; y lo estaba asimismo de creer que los pueblos habian de ser mas felizes y mas sumisos á la autoridad temporal bajo el imperio de la ignorancia.

Todos los demas estados de Italia, y del mismo modo los de Alemania, han honrado las letras con el mas vehemente entusiasmo, sin que se cuente uno solo que haya dejado de aplicar todos sus esfuerzos para propagar la instruccion, y aun para aventajar á los demas, habiendo nacido de este empeño una pugna literaria sumamente favorable á los progresos del entendimiento humano.

Y cuando todos los gobiernos sin distincion se han dedicado constantemente y con mui pocas excepciones á fomentar la instruccion, ¿habrá todavía quien declame contra ella, y quien pretenda que debiéndose una gran parte de la agitacion de los pueblos á los vuelos demasiado rápidos del ingenio, debe ser este aprisionado?

Concluiremos este discurso insertando el elogio que hace Ciceron de las ciencias en su oracion á favor del poeta Arquias; dice así:

"No hai cosa de mayor excelencia que las ciencias: ellas son de todos tiempos, para todas las edades y para todas partes. Ejercitan y forman al hombre en la juventud, lo deleitan en la vejez, aumentan los placeres y satisfacciones, y aun los exaltan y refinan en la próspera fortuna; consuelan en la adversa, divierten en casa, no embarazan fuera de ella, ántes bien nos habilitan y ayudan mucho para el desempeño de cualquier negocio; duermen, pasean y caminan con nosotros, y nos acompañan y recrean siempre."

"El que no lee y medita diariamente alguna cosa no debe tenerse por hombre, ó no lo será sino á medias; vivirá solo una vida animal, lo mismo que las bestias; ejercitará solamente el cuerpo y no el alma, que es la parte mas noble; solo hará lo que los irracionales, comerá, beberá, vegetará y disfrutará, si se quiere, de todos los placeres físicos, por lo comun violentos, uniformes, momentáneos, y á los cuales sucede inmediatamente el fastidio y la tristeza. ¿Mas qué vacio tan inmenso no quedará en su corazon? El hombre consta de cuerpo y alma: esta tiene sus funciones, sus ocupaciones, sus necesidades y sus placeres, lo mismo que aquel, con la diferencia de que estos son mas felizes, mas puros, mas agradables, mas encantadores, mas suaves, mas variados y mas duraderos. En efecto, ¡cuántos y cuán imponderables placeres proporcionan al hombre los buenos libros!"

"La historia, la filosofía, la política, la poesía, la física, la astronomía, las bellas artes, y en fin, todo el círculo de las ciencias, ¡cuántos ratos útiles y agrables no le hacen pasar!"

TORRENTE.

Herejes y brujas en el siglo XV.

En los tiempos de barbarie y supersticion no habia un espectáculo mas agradable que el de ver quemar las brujas y los herejes. En 1415, queriendo el concilio de Constanza destruir el cisma de Occidente, tuvo el gustazo de achicharrar á Juan Huss y á Gerónimo de Praga, precursores de la reforma de la religion cristiana. Los Ingleses quemaron por bruja en 1431, mediante el obispo de Beauvais, á Juana d'Arc, la doncella de Orleans, contra la cual la universidad de Paris habia presentado una acusacion de herejía y de magía. Pero en 1458 la ciudad de Arras se hizo principal teatro de sangrientos suplicios por crímen de *vauderie*, es decir, brujería. Las memorias de Duclercq cuentan que un tal Roberto de Vaux, que vivia en una ermita cerca de Langres, fué preso por *vaudois* (valdense) y quemado. El inquisidor de la fe que le habia formado el proceso, declaró que Roberto habia confesado en los últimos momentos de su vida que habia muchos *vaudois* en el pais. El obispo de Arras se hallaba ausente, y su diócesis estaba gobernada por frai Juan, obispo de Baruth *in partibus infidelium*. Este se habia hallado en Roma en el jubileo de 1450, y habia sido penitenciario del papa. Como era un hombre mui limitado y supersticioso, se le figuraba ver por todas partes *vaudois*; decia que habia obispos y aun cardenales plagados de aquella herejía, y aun estaba seguro de distinguir de una mirada si una persona pertenecia ó no á aquella secta, la *vauderie*. De este modo se explica esta rara pretension.

Sabido es que los sapos solian hacer gran papel en las hechicerías. Los nuevos brujos recibian de manos del diablo, por el intermedio de su padrino ó de su madrina, en la ceremonia del bautismo diabólico, un sapo vivo, forrado con una capa y una capilla de paño ó de terciopelo. Este sapo, animado por el mismo diablo, cuidaba de su amo, le advertia que acudiese á las juntas mágicas nocturnas, le conducia dando saltos extraordinariamente largos y rápidos, le daba de su propio cuerpo un licor que le servia para preparar el ungüento mágico y de todo género de venenos admirables, y le hacia otros muchos servicios de igual clase. El diablo imprimia con una moneda de oro, en el ojo izquierdo del iniciado, la figura de un sapo, que servia á los brujos para conocerse unos á otros. Y sin duda el obispo de Baruth tenia el don de descubrir este sapo en los ojos de los *vaudois*.

Con el pretexto de las declaraciones que habia hecho Roberto ántes de morir, pusieron presa en Arras á una tal Catalina Desinelle, que tenia los cascos alegres, y á un viejo pintor llamado Labitte, que componia jácaras y romances, y era mui bufon y chocarrero. Les dieron tormento, y confesaron que habian asistido á las juntas nocturnas de los *vaudois*, en donde habian visto á muchas personas de la ciudad. Labitte habia

querido cortarse la lengua con un cortaplúmas, y como no pudiese hablar, le obligaron á dar su declaracion por escrito. Se siguió la causa con mucha actividad, á impulso del obispo *in partibus* y del decano del cabildo de Arras, llamado Dubois. Metieron tambien en la cárcel á varias gentes del pueblo y de la aldea, que declararon lo mismo, despues de sufrir el tormento. El conde de Etampes fué á Arras, en nombre del duque de Borgoña, y aceleró la sentencia de los presos.

En fin, el dia 9 de mayo todos los culpables fueron llevados á un tablado que se habia dispuesto en frente del palacio del obispo, cubiertos de corazas, en las que habia hombres pintados que adoraban al diablo. Todo el pueblo de la ciudad y de las cercanías, muchas leguas á la redonda, habia acudido á ver la terrible ceremonia. El inquisidor dió principio con un largo discurso en que explicaba lo que venia á ser la *vauderie*. Cuando iban á las juntas nocturnas, decia que untaban un garrote con ungüento compuesto de las cenizas de un sapo, y con el polvo de huesos humanos humedecido con la sangre de un niño. Y que despues, montando á caballo sobre el garrote, llegaban en un instante, caminando por los aires, á la reunion mágica de los *vaudois*, en donde estaba presidiendo el diablo en forma de mono, de cabron, de perro, y á vezes de hombre.

Los *vaudois* le veneraban y adoraban con las ceremonias mas asquerosas que pueden imaginarse. Luego que el inquisidor hubo acabado su arenga, llamó á los acusados, y les preguntó si era cierto todo aquello; y ellos respondieron que sí. Entónces se pronunció su sentencia, fueron separados de la comunion de la iglesia, y entregados al brazo secular. Sus bienes fueron confiscados en beneficio del señor, y sus muebles en beneficio del obispo. Pero cuando aquellas infelizes víctimas oyeron que iban á ser quemadas, empezaron á acusar á gritos á sus juezes, y decian que solo á fuerza de tormentos y promesas les habian arrancado lo que habian declarado; pero que nada de cuanto habian dicho era verdad. Sin embargo de tales protestas y retractaciones, fueron quemados, á pesar de su inocencia.

El año siguiente continuaron las persecuciones, y no contra gentes del pueblo bajo, sino contra ciudadanos ricos y acomodados. En fin, pusieron preso á un caballero llamado Payen de Beaufort, hombre respetable, de edad de 72 años, que pertenecia á una familia poderosa. Sabiendo que le acusarian de *vauderie*, no quiso fugarse, porque le parecia un absurdo. Cuando se vió preso, quiso hablar al conde de Etampes, que se negó absolutamente á verle. Luego Antonio Saquepee, uno de los mas ricos ciudadanos de Arras, Juan Josset, posadero, y Carrieux, fueron puestos presos como *vaudois*. Los unos repitieron sus declaraciones al pié del quemadero, pidieron que les dejasen la vida, y fueron condenados á azotes, á encierro y grandes multas; y los otros, despechados, negaron sus primeras declaraciones, arrancadas á fuerza de tormentos, y murieron en medio de las llamas. Sus bienes fueron confiscados. Segun los privilegios de la ciudad de Arras, la confiscacion le pertenecia; pero el conde de Etampes y los otros empleados del duque de Borgoña se apoderaron de ella.

JERICA.

Rasgo de amistad.

Un español y un frances, marineros, se cautivos en Argel: el primero se llam nio, y el otro Rogerio; y la casualida empleasen en un mismo trabajo. Com tad es el consuelo de los desgraciados, lo tivos se consolaban mutuamente, hablal familias, lloraban juntos, y así sobrelle penas á que estaban condenados.

Estaban trabajando en la construcci camino que atravesaba una montaña: detuvo el español, y dejando caer sus b un profundo suspiro, mirando la extensio

— Amigo, dijo á Rogerio, todos mi hallan en esa extension de agua: que n atravesarla contigo! creo ver á mi muj que me alargan los brazos desde Cádiz, ran por mi muerte.

Antonio estaba embebido en esta imá da vez que venia á la montaña, mirab lancolía todo el espacio que le separaba

Un dia, abrazando con entusiasmo á ñero:

— Mira, le dijo, desde aquí veo un l no abordará acia este sitio; pero si tí Rogerio, mañana acabarán nuestros m remos libres. Sí, mañana ese buque pa leguas de la costa, y entónces nos preci al mar de lo alto de la roca: abordarem que, ó pereceremos, pues la muerte es p una cruel esclavitud.

— Si tú puedes salvarte, respondió con gusto lo sufriré todo; pero véte á b padre, y si su vejez no le ha quitado la le....

— Que vaya á ver á tu padre! pues q des hacer? yo no puedo partir dejándot

— Pero yo no sé nadar, y tú sí.

— Yo sé amarte, respondió el espa chando á Rogerio contra su pecho; mi tuya; los dos nos salvaremos, pues la a dará vigor; tú te agarrarás á este ceñid

— Es inútil, Antonio, pensar en eso; pongo á un amigo á que muera; ese c me escapará, ó te sumirá conmigo en el

— Pues bien, nos ahogaremos. Pero mar esos temores? La amistad sosten lor; te amo mucho para que deje de h gros. Mas los que nos guardan me par alerta, y aun hai compañeros tan vile pueden delatar. Adios, oigo la campan llama; es preciso separarnos. Adios, a gerio.

Toda la noche estuvo Antonio pensa viaje, creyendo mui fácil el paso del ma buque. Rogerio al contrario, se figura do y causante de la pérdida de su co Por la mañana, como no sacasen los ca hora ordinaria, el español se devoraba ciencia, y Rogerio no sabia si debia al sentir este contratiempo. En fin, vinie varlos al trabajo, y al caer el dia, viénd los dos amigos, exclamó Antonio:

— Aprovechemos el momento.

— No, amigo mio, jamas podré reso exponerte. Adios, adios, te abrazo por

ate, acuérdate de mí, no te olvides de mi
onsuélale.
is palabras, Rogerio cayó en los brazos
nio, derramando un torrente de lágrimas.
oras, Rogerio? no son lágrimas lo que
nviene, sino valor y espíritu; si nos de-
somos perdidos, y tal vez jamas hallare-
ocasion: escoje, ó vienes, ó me rompo la
ontra las rocas.
nces se arrodilla, pero el otro persiste; en
ibo de un instante, Antonio le abraza tier-
, y ganando la elevacion de una roca, se
n en el mar. Caen al fondo, suben; An-
la llevando á Rogerio, que parece opo-
os esfuerzos de su amigo, por temor de no
u pérdida.
ue estaban en el buque, sorprendidos de
táculo que no distinguian bien, creian que
nonstruo marino lo que se acercaba á e-
n nuevo objeto llama su curiosidad: una
se apresuraba en seguir lo que juzgaban
o marino, y eran los soldados de la guar-
s cautivos, que trataban de alcanzar á
y Rogerio. Este los vió venir; mira á
o que parecia debilitarse; hace un esfuer-
epara de Antonio, diciéndole:
s persiguen; sálvate y déjame morir, pues
o á tus esfuerzos.
is dijo esto, cayó al fondo del mar. Un
ipetu de amistad reanimó al español, y
ndose al frances, le coje al momento de
y ambos desaparecen.
alupa, incierta del rumbo que tomaria, se
enido, miéntras que una lancha enviada
o pasaba á reconocer lo que desde él apé-
iguian; en fin, vieron dos hombres, de
s el uno tenia abrazado al otro, esforzán-
adar acia la barca. Al momento voló
socorro, y ya Antonio estaba por dejar
á Rogerio, cuando oye gritar desde la
entónces estrecha á su amigo, hace nue-
rzos, y agarra con mano desfallecida uno
rdes de la barca. Próximo estaba á sol-
ando los ayudaron: las fuerzas de Anto-
an apuradas, y solo pudo exclamar:
orred á mi amigo; yo muero.
io, que estaba desmayado, abrió los ojos,
á Antonio tendido, sin muestras de vida,
ó á él abrazándole y dando gritos:
amigo! bienhechor mio! ¿es posible que
asesino? Ah! pierda yo una vida des-
, habiendo perdido á mi amigo!
imo tiempo, asiendo una espada, queria
rse con ella; mas las gentes del buque se
eron, oyendo con admiracion los detalles
zando les contó de la aventura.
lo, que sin duda se conmueve de las lá-
uando son sinceras, dió una muestra de
d en favor de un sentimiento tan raro.
arrojó un suspiro; Rogerio grita lleno de
odos se acercan á socorrer al desgraciado
quien abriendo los ojos y dirijiéndolos a-
mpañero, exclamó:
salvado á mi amado Rogerio?
rca llegó al navío, y estos dos hombres
n el mayor respeto á todos. Rogerio ar-
rancia, corre á los brazos de su padre,
a morir de alegría, y á poco fué nom-
ndolero de los estanques de Versálles.
El español, á quien se le ofreció un destino, quiso mejor irse á vivir con su mujer é hijos; mas la ausencia no disminuyó nada la amistad de ambos, que continuaron hasta su muerte una correspondencia tirada.

CUENTO.

Un caballero fué á ver á un amigo suyo enfermo de la gota, de que padecia mui frecuentemente, y le halló comiendo un plato de jamon.

— Qué hacéis, mi amigo? le dijo; ¿no sabéis ya que el jamon es contrario á la gota?

— Es cierto, respondió; es contrario á la gota; pero es mui bueno para el gotoso.

Rasgos históricos.

A LA LUNA.

Bendita mil vezes la luz desmayada
que avaro te presta magnífico el sol;
bendita mil vezes, oh luna callada!
tu luz que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,
que el mundo en silencio visitando vas,
esposa que viene constante á la urna
que guarda los restos del bien que amo mas.

En buen hora vengas, amante Lucina,
en pos de tu bello dormido Endimion,
zelosa asomando la faz argentina
por ese estrellado y azul pavellon.

Oh! miente quien dice que velas traidora,
cubriendo del crímen el réprobo afan,
que aguardan inquietos tu luz bienhechora
los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres oh luna! la lámpara opaca
que trémula vierte siniestra su luz
en bóveda impura dó nunca se aplaca
el alma á quien prensa su loza y su cruz.

No, no eres la tea que alumbra maldita
las manchas de sangre de regio panteon,
á cuyos reflejos soñando se agita
aun de ella sedienta rabiosa vision.

No, no eres la hoguera del gran cementerio
que guarda el del mundo secreto final,
que en esa morada de sombra y misterio
sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las vozes medrosas
que hierven, y turban la sombra dó quier;
no vienen contigo las nieblas odiosas
que doblan el ruido, y nos roban el ser.

No vienen contigo los vagos ensueños
que acosan y hieren el ruin corazon,
las torvas fantasmas de tétricos ceños
que cruzan los aires en pos del turbion.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
cual blanca creencia de casta niñez,
cual ángel que espía la triste plegaria

que eleva al Empíreo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
fanal de consuelo, de paz y de amor,
en alas de suave balsámico viento
que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
las lindas quimeras de antiguo placer,
las sombras queridas que alegre retrata
la mente olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
los besos que espiran del labio al salir,
las bellas historias de efímeras cuitas
dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,
la seña embozada con una cancion
que atrae á los ojos osados y amantes
un rostro que aguarda la seña á un balcon.

Y vienen contigo las dulces memorias,
la audaz esperanza, la gloria inmortal,
fantásticas luzes que van ilusorias
al soplo espirando de ráfaga real.

Ah! todo es consuelo, regalo y ventura,
fanal misterioso, delante de ti!
suspiran las fuentes, el rio murmura,
aquí te gorgean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,
el bosque se puebla de sombras de paz,
y el aire sonidos dulcísimos llenan
que lleva invisible la brisa fugaz.

Luna! ¡cuántas vezes tu luz ha alumbrado
mi larga vigilia, mi breve ilusion!
Luna! ¡cuántas vezes con ella ha sonado
perdida en el viento mi triste cancion!

¡Y aun cuántas vezes allá todavía
en playas remotas tal vez sonará!
Entónces, oh luna! la cítara mia
qué oido en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje
que ciñe del ancho desierto el lindal,
responda á mis vozes un ave salvaje,
huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso
tu pálida imágen por él seguiré;
tal vez con las ondas del mar proceloso
mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos del agua que broten
por entre el ardiente confuso cristal
verán sin que nunca sus fuentes se agoten
huir por los cielos tu errante fanal.

Luna! si esa noche de angustia llegara,
Si huyera esquivando mi pueblo español,
Luna! mas valiera que el sol te prestara
un rayo que apague mi gloria y mi sol.

Mas no, clara y celeste peregrina,
voz de los bosques, de los tristes luz,
á cuyos rayos el amor camina,
é invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
amiga del cantar del trovador,
tú que refrescas el modesto broche
que á tu luz plega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,
grandes como tu Dios y como tú,
como esos que del cielo luminares
orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira
el fuego del profeta que lloró,
el peligro de Pérgamo y Thyatira,
la rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva Luna,
cuya rápida y trémula ilusion
pinta el mar, y el arroyo, y la laguna
en vistosa y flotante aparicion;

De cuya imágen en redor tranquila
allá en bosques de conchas y coral
de errantes pezes multitud se apila
que te besan tu imágen de cristal;

Tú á quien un ángel invisible guia
y millares de estrellas van en pos,
tú me darás palabras de armonía
con que cantar la gloria de tu Dios.

Léjos de mí los velos de esa Diana
que del bosque en la oscura soledad
en brazos de un mortal busca profana
misterios de placer y liviandad.

Léjos de mí los cánticos impuros
de ese bello y perdido cazador
que los valles audaz cerró seguros
con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera,
tan solo por tu tibia brillantez,
y no veo en tu espléndida carrera
mas que la mano del eterno juez.

Surca, oh Luna! esos techos de topacio
que él te señala por camino á ti,
miéntras que preso en reducido espacio,
su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta
creo en el Dios á cuyo soplo fué
cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
cuanto no he visto, ni jamas veré.

Ah! cuando el mundo en su erial desierto
me dé un lecho de tierra en que dormir,
y vayan presa del destino incierto
conmigo mis cantares á morir,

Oh Luna! si en mi túmulo no brilla
de humana gloria la extinguida luz,
cuelga al ménos tu lámpara amarilla
sobre su rota y olvidada cruz.

J. Zorrilla.

MAR DEL NORTE
AMÉRICA SEPTENTRIONAL
LABRADOR
CANADA
TERRANOVA
ESTADOS UNIDOS
LUISIANA
OCEANO ATLANTICO
Islas Azores
I. Bermuda
Bahama Islas
Golfo de Mexico
Tropico de Cancer
Islas de Cabo Verde
Islas Canarias
Desierto de Berberia
AFRICA
NIGRICIA
GUINEA
Zona Torrida
Linea Equinoccial
Cabo del Norte
R. Amazonas
Cabo S. Roque
Ascension I.
Santa Elena
Cabo Negro
Golfo Frio
Tropico de Capricornio
Longitud Occidental y Oriental de Tenerife
MAR DEL SUR
AMERICA MERIDIONAL
BRASIL
INGLATERRA
FRANCIA
ALEMANIA
HUNGRIA
TURQUIA
ITALIA
ESPAÑA
MAR MEDITERRANEO
Grabado por Pedier en Mexico a 1832

LOS DOS ROBINSONES.

DANIEL De Foe, autor de *Robinson Crusoe*, se esmeró en convencer á sus lectores de que tan léjos estaba su historia de ser una novela, que el héroe de ella no era imaginario, ántes bien habia existido realmente, y le habian acontecido en efecto los principales sucesos que de él refiere; pero no descubrió con la comprobacion necesaria quién fué el verdadero Robinson, ni de dónde sacó las sustanciales noticias de los hechos de su vida. Hizo á su héroe natural de la ciudad de York en Inglaterra; y Campe, autor del *Nuevo Robinson*, le finjió hamburgues, demarcando su itinerario, segun se ve en el mapa, por el órden siguiente:

A invitacion de un amigo, se embarcó para Lóndres sin conocimiento de sus padres, y despues salió de allí para hacer el viaje de Guinea; pero no teniendo el capitan del navío en que iba víveres suficientes para varios pasajeros á quienes habia recojido, resolvió no excusar el rodeo de algunos centenares de leguas, y los llevó á la isla de Terranova. Volvió á darse á la vela para Africa, y con el fin de hacer provisiones, llegó á Tenerife, en donde á la sazon fondeó igualmente un navío portugues, que de Lisboa iba para el Brasil. El inconstante y antojadizo Robinson se concertó con el capitan portugues para pasar al Brasil. Embarcóse con él; mas al cabo de algunos dias, de resultas del viento y de una furiosa tempestad que echó á pique la embarcacion, se desviaron mucho del rumbo, y se encontraron mui cerca de las islas de los Caribes. Toda la gente pereció, excepto Robinson, que de una oleada fué á caer privado de sentido á la costa de una de dichas islas, en la cual vivió muchos años, volviendo de allí á Europa en un navío que la casualidad llevó á sus costas, y en el que fueron de paso conducidos á Cádiz varios españoles que Robinson recojió en su isla. De Cádiz salió para Portsmout, de allí para Kuxhave, y de Kuxhave para Hamburgo su patria.

A dos anécdotas se atribuye la composicion de ambos *Robinsones*: la primera referida por Garcilaso de la Vega, se contrae á un tal Pedro Serrano; y la segunda, contada por César Famin, es relativa á un llamado Alejandro Selkirk. Ambas relaciones son mui curiosas, y por tanto las copiamos aquí.

SERRANO.

La isla Serrana, que está en el viaje de Cartagena á la Habana, se llamó así por un español llamado Pedro Serrano, cuyo navío se perdió cerca della, y él solo escapó nadando, que era grandísimo nadador, y llegó á aquella isla, que es despoblada, inhabitable, sin agua ni leña, donde vivió siete años con industria y buena maña que tuvo, para tener leña y agua, y sacar fuego; (es un caso historial de grande admiracion; quizá lo diremos en otra parte) de cuyo nombre llamaron la Serrana aquella isla, y Serranilla á otra que está cerca de ella; por diferenciar la una de la otra....

. . . . . .

Será bien, ántes que pasemos adelante, digamos aquí el suceso de Pedro Serrano, que atras propusimos, porque no esté léjos de su lugar, y tambien porque este capítulo no sea tan corto. Pedro Serrano salió á nado á aquella isla desierta, que ántes de él no tenia nombre, la cual, como él decia, tenia dos leguas en contorno. Casi lo mismo dice la carta de marear, porque pinta tres islas mui pequeñas, con muchos bajíos á la redonda, y la misma figura le da á la que llaman Serranilla, que son cinco isletas pequeñas, con muchos mas bajíos que la Serrana; y en todo aquel paraje los hai, por lo cual huyen los navíos de ellos por no caer en peligro.

A Pedro Serrano le cupo en suerte perderse en ellos, y llegar nadando á la isla, donde se halló desconsladísimo, porque no halló en ella agua ni leña, ni aun yerba que poder pacer, ni otra cosa alguna con que entretener la vida, miéntras pasase algun navío que de allí lo sacase, para que no pereciese de hambre y de sed, que le parecia muerte mas cruel que haber muerto ahogado, porque es mas breve. Así pasó la primera noche, llorando su desventura, tan aflijido como se puede imaginar que estaria un hombre puesto en tal extremo. Luego que amaneció, volvió á pasear la isla, halló algun marisco que salia de la mar, como son cangrejos, camarones y otras sabandijas, de las cuales cojió las que pudo, y se las comió crudas, porque no habia candela donde asarlas ó cocerlas. Así se entretuvo hasta que vió salir tortugas: viéndolas léjos de la mar, arremetió con una de ellas, y la volvió de espaldas; lo mismo hizo de todas las que pudo, que para volverse á enderezar son torpes; y sacando un cuchillo, que de ordinario solia traer en la cinta, que fué el medio para escapar de la muerte, la degolló y bebió la sangre en lugar de agua: lo mismo hizo de las demas: la carne puso al sol para comerla hecha tasajos, y para desembarazar las conchas, para cojer agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella region, como es notorio, es mui lloviosa. Desta manera se sustentó los primeros dias; con matar todas las tortugas que podia; y algunas habia tan grandes y mayores que las mayores adargas, y otras como rodelas y como broqueles; de manera que las habia de todos tamaños. Con las mui grandes no se podia valer para volverlas de espaldas, porque le vencian de fuerzas, y aunque subia sobre ellas para cansarlas y sujetarlas, no le aprovechaba nada, porque con él á cuestas se iban á la mar; de manera, que la experiencia le decia á cuáles tortugas habia de acometer, y á cuáles se habia de rendir. En las conchas recojió mucha agua, porque algunas habia que cabian á dos arrobas, y de allí á bajo. Viéndose Pedro Serrano con bastante recaudo para comer y beber, le pareció que si pudiese sacar fuego para siquiera asar la comida, y para hacer ahumadas, cuando viese pasar algun navío, que no le faltaria nada. Con esta imaginacion, como hombre que habia andado por la mar (que cierto los tales en cualquiera trabajo hacen mucha ventaja á los demas), dió en buscar un par de guijarros que le sirviesen de pedernal, porque del cuchillo pensaba hacer eslabon; para lo cual no hallándolos en la isla, porque toda ella estaba cubierta de arena muerta, entraba en la mar nadando y se zabullia, y en el suelo con gran diligencia buscaba ya en unas partes, ya en otras lo que pretendia; y tanto porfió en su trabajo, que halló guijarros y sacó los que pudo, y dellos escojió los mejores, y quebrando los unos con los otros, para que tuviesen esquinas donde dar con el cuchillo, tentó su artificio, y

viendo que sacaba fuego, hizo hilas de un pedazo de la camisa mui desmenuzadas, que parecian algodon carmenado, que le sirvieron de yesca; y con su industria y buena maña, habiéndolo porfiado muchas vezes, sacó fuego. Cuando se vió con él, se dió por bien andante, y para sustentarlo recojió las horruras que la mar echaba en tierra, y por horas las recojia, donde hallaba mucha yerba, que llaman ovas marinas, y madera de navíos que por la mar se perdian, y conchas, y huesos de pescados, y otras cosas con que alimentaba el fuego. Y para que los aguaceros no se lo apagasen, hizo una choza de las mayores conchas que tenia de las tortugas que habia muerto, y con grandísima vigilancia cebaba el fuego, porque no se le fuese de las manos. Dentro de dos meses, y aun ántes, se vió como nació, porque con las muchas aguas, calor y humedad de la region, se le pudrió la poca ropa que tenia. El sol con su gran calor le fatigaba mucho, porque ni tenia ropa con que defenderse, ni habia sombra á que ponerse. Cuando se veia mui fatigado, se entraba en el agua para cubrirse con ella. Con este trabajo y cuidado vivió tres años, y en este tiempo vió pasar algunos navíos; mas aunque él hacia su ahumada, que en la mar es señal de gente perdida, no echaban de ver en ella, ó por el temor de los bajíos no osaban llegar donde él estaba, y se pasaban de largo. De lo cual Pedro Serrano quedaba tan desconsolado, que tomara por partido el morirse y acabar ya. Con las inclemencias del cielo le creció el vello de todo el cuerpo tan excesivamente, que parecia pellejo de animal, y no cualquiera, sino el de un jabalí: el cabello y la barba le pasaba de la cinta.

Al cabo de los tres años, una tarde sin pensarlo vió Pedro Serrano un hombre en su isla, que la noche ántes se habia perdido en los bajíos della, y se habia sustentado en una tabla del navío; y como luego que amaneció viese el humo del fuego de Pedro Serrano, sospechando lo que fué, se habia ido á él, ayudado de la tabla y de su buen nadar. Cuando se vieron ambos, no se puede certificar cuál quedó mas asombrado de cuál. Serrano imaginó que era el demonio que venia en figura de hombre para tentarle en alguna desesperacion. El huésped entendió que Serrano era el demonio en su propia figura, segun lo vió cubierto de cabellos, barbas y pelaje. Cada uno huyó del otro, y Pedro Serrano fué diciendo: Jesus, Jesus, líbrame, Señor del demonio. Oyendo esto, se aseguró el otro, y volviendo á él, le dijo: No huyáis, hermano, de mí que soi cristiano como vos; y para que se certificase, porque todavía huia, dijo á voces el *Credo*, lo cual oido por Pedro Serrano, volvió á él, y se abrazaron con grandísima ternura y muchas lágrimas y gemidos, viéndose ambos en una misma desventura sin esperanza de salir della. Cada uno dellos brevemente contó al otro su vida pasada. Pedro Serrano, sospechando la necesidad del huésped, le dió de comer y de beber de lo que tenia; con que quedó algun tanto consolado, y hablaron de nuevo en su desventura. Acomodaron su vida como mejor supieron, repartiendo las horas del dia y de la noche en sus menesteres de buscar marisco para comer, y ovas, y leña, y huesos de pescado, y cualquiera otra cosa que la mar echase para sustentar el fuego; y sobre todo la perpetua vigilia que sobre él habian de tener, velando por horas porq no se los apagase. Así vivieron algunos dia. mas no pasaron muchos que no riñeron, y de-m nera, que apartaron rancho, que no faltó sino l gar á las manos; porque se vea cuán grande la miseria de nuestras pasiones. La causa de pendencia fué decir el uno al otro que no cuid ba como convenia de lo que era menester; y es enojo y las palabras que con él se dijeron, l descompusieron y apartaron. Mas ellos mismo cayendo en su disparate, se pidieron perdon, y s hicieron amigos, y volvieron á su compañía, y e ella vivieron otros cuatro años. En este tiemp vieron pasar algunos navíos, y hacian sus ahuma das; mas no les aprovechaba; de que ellos queda ban tan desconsolados, que no les faltaba sin morir.

Al cabo deste largo tiempo acertó á pasar u navío tan cerca dellos, que vió la ahumada, y le echó el batel para recojerlos. Pedro Serrano su compañero, que se habia puesto de su mism pelaje, viendo el batel cerca, porque los marine ros que iban por ellos no entendiesen que era demonios y huyesen dellos, dieron en decir e *Credo*, y llamar el nombre de nuestro Redentor vozes; y valióles el aviso, que de otra maner sin duda huyeran los marineros, porque no te nian figura de hombres humanos. Así los lleva ron al navío, donde admiraron á cuantos los vie ron y oyeron sus trabajos pasados. El compa ñero murió en la mar viniendo á España. Pedr Serrano llegó acá, y pasó á Alemania, donde e emperador estaba entónces: llevó su pelaje, c mo lo traia, para que fuese prueba de su naufr gio, y de lo que en él habia pasado. Por tod los pueblos que pasaba á la ida (si quisiera mo trarse) ganara muchos dineros. Algunos señor y caballeros principales que gustaron de ver figura, le dieron ayudas de costa para el camin y la majestad imperial, habiéndole visto y oi le hizo merced de cuatro mil pesos de renta, q son cuatro mil y ochocientos ducados en el Pe Yendo á gozarlos, murió en Panamá, que no ll á verlos.

Todo este cuento, como se ha dicho, cont un caballero que se decia Garci-Sánchez de gueroa, á quien yo se lo oí, que conoció á Pe Serrano; y certificaba que se lo habia oido mismo, y que despues de haber visto al empera se habia quitado el cabello y la barba, y dejá poco mas corta que hasta la cinta; y para mir de noche, se la entrenzaba, porque no entr zándola, se tendia por toda la cama, y le estor ba el sueño.

SELKIRK.

Alejandro Selkirk, natural de Largo en el con dado de Fife en Escocia, era contramaestre de *Cinco-Puertos*, mandado por el capitan Stradling Selkirk, segun relacion de algunos marineros qu le han conocido y nos han dejado su retrato, er hombre de buenas costumbres, grave, reflexiv melancólico y entregado mas bien á los consuelo espirituales de la oracion y del misticismo, que los placeres y al bullicio del mundo. Habiend tenido una disputa con su comandante, se sinti poseido de un profundo disgusto de la vida, y p dió que le abandonasen en las riberas de la isla Juan Fernández (situada á 185 leguas distan

de la costa de Chile, acia los 33 grados 40 minutos de latitud sur). El *Cinco-Puertos* estuvo anclado allí muchos dias, en cuyo tiempo pudo Selkirk considerar detenidamente su extravagante acceso de misantropía. Desistió pues de su intento, y suplicó al capitan Stradling que le recibiese de nuevo á su bordo; pero este era hombre duro y vengativo, y no quiso acceder á su demanda. Algunos meses despues naufragó el *Cinco-Puertos*; y podria decirse que esta desgracia habia sido un castigo de la justicia de Dios, si no hubiese perecido al mismo tiempo una parte de la tripulacion, que habia sido inocente en el abandono del marino escoces.

Aislado en sí mismo, buscó Selkirk en sus sentimientos religiosos aquella resignacion y fuerza de espíritu que debian sostenerle en el largo destierro á que se veia condenado. En el acto de dejar el buque, consiguió llevarse su cama, un fusil, una libra de pólvora, algunas balas, una segur, un cuchillo, sus vestidos, un caldero, tabaco, una Biblia, algunos libros de piedad, y sus instrumentos de marina. Miéntras tuvo pólvora, mató algunas cabras, y pudo proveer á su subsistencia sin mucho trabajo; pero pronto le faltó este recurso, y su manutencion se le hizo entónces mas precaria y mas penosa. Pasó no obstante algun tiempo alimentándose de pesca y frutas silvestres, pero por fin, experimentando la necesidad que tenia de un alimento mas sólido y mas nutrivo, pensó en tender lazos á los tiernos cabritillos. Poco satisfecho de sus resultados, determinó echarse á correr detras de los animales cuyas carnes y pieles le eran indispensables, con el fin de fatigarlos y cojerlos. Sus primeros ensayos no fueron mui felizes; sin embargo, la necesidad y aun la desesperacion le dieron nuevas fuerzas, y perseverando con constancia en su proyecto, un ejercicio continuado le llevó por último al fin que deseaba. Desnudo hasta la cintura, del mismo modo que de piernas y piés, solamente cubiertas las caderas con algunos trozos de pieles de cabra cosidos de un modo grosero, saltaba de roca en roca, se lanzaba sobre las laderas mas escarpadas, sobre los espinales y los picos mas afilados; atravesaba los torrentes, y brincaba por las breñas con una agilidad extraordinaria, sin temor ni precaucion, y sin descansar un momento, hasta que el animal á quien perseguia se rendia en tierra jadeando y herido. Estas expediciones iban casi siempre acompañadas de desgracias. Cierto dia, entre otros, en el instante mismo en que acababa de cojer una cabra, cayó con ella en el fondo de un precipicio, en donde permaneció sin conocimiento por largo rato. Habiendo recobrado despues el uso de los sentidos, observó que la cabra yacia muerta debajo de él, y que él mismo debia su salvacion á la precaucion que habia tenido de no soltar su presa y caer agarrado de ella. Al cabo de algunos meses habia adquirido tan grande agilidad con este ejercicio, que esta caza peligrosa no era para él mas que un mero pasatiempo. Sucedia con frecuencia que despues de haber cojido una cabra, la señalaba en la oreja, y la soltaba otra vez, para tener el gusto de cojerla de nuevo. Estas y otras ocupaciones le templaban algun tanto la melancolía que debiera haberle producido una existencia tan penosa. Los primeros europeos que habian venido á la isla habian plantado en ella navos y palmitos. Selkirk quiso cultivarlos para de esta suerte procurarse con la carne de las cabras, algunos pescados y frutas, un alimento sano y agradable. Despues de algun tiempo, sus vestidos se habian estropeado, y él los reemplazó cubriéndose con pieles de cabras. En fin, para librarse de la importuna vecindad de los ratones, que le roian los vestidos y se le comian las provisiones, resolvió domesticar algunos pequeños gatos salvajes. Habia construido dos chozas, de las cuales la mas pequeña le servia de cocina: cuando tenia necesidad de fuego, al uso de los Indios, se proveia de él por medio de la frotacion de dos pedazos de madera resinosa. La falta absoluta de sal fué una de sus mas crueles privaciones, lo que muchas vezes le impedia comer pescado, y asimismo conservar por algun tiempo cierta provision de caza. La choza mayor le servia para comer y para reparar las fuerzas del cuerpo y del alma con el sueño ó con la oracion.

De este modo iba pasando Selkirk su existencia solitaria. La devocion, la caza y la agricultura ocupaban la mayor parte de su tiempo. Sepultado en vida, escrito ya en el libro de los muertos, y conociendo que estaba destinado á la vida, este infeliz á quien los hombres habian abandonado encontró solamente asilo en el seno de la Divinidad. Cuando en medio de su soledad le asaltaba un pensamiento mundano, cuando el porvenir de su familia le arrancaba algunas lágrimas, ó cuando su imaginacion acongojada vagaba por las montañas de su patria, se ponia á leer la Biblia, oraba, suplicaba, y se sentia consolado.

Cierto dia un navío español abordó en Juan Fernández. Al principio Selkirk se escondió en los bosques, porque habia resuelto no vivir jamas en sociedad, y porque temia, segun ha dicho despues, que los Españoles le enviaran á sus presidios. Sin embargo, la vista de los hombres bien pronto produjo en su alma una impresion á la cual no pudo resistirse, y se dejó ver á la entrada de los bosques; mas los españoles, sorprendidos con esta extraña aparicion, le dispararon algunos fusilazos, y le obligaron á esconderse de nuevo.

Habian trascurrido ya cuatro años y tres meses despues de esta aventura, y Selkirk habia perdido toda esperanza de volver al mundo, cuando el cielo le proporcionó un libertador. Woode-Rogers y Dampier cruzaban entónces las costas de Chile con dos corsarios, el *Duque* y la *Duquesa de Bristol*. El dia primero de febrero de 1709 abordaron en Juan Fernández, y Selkirk se les rindió. Dampier, que en otro tiempo le habia conocido, medió en su favor, y persuadió á Woode-Rogers á que lo recibiese á su bordo. Este último es el que nos ha conservado los detalles mas circunstanciados del naufragio y aventuras de este marino, cuyo nombre se ha hecho inseparable del del héroe imaginario de Daniel De Foe. Rogers nos cuenta que habia perdido de tal modo la costumbre de hablar, que pasó mucho tiempo ántes que pudiese hacerse comprender. No sabemos si Selkirk, despues de haber entrado de nuevo en la sociedad, sumerjido otra vez en la confusion y las miserias del mundo, echó algun dia de ménos las soledades de Juan Fernández.

FIN DEL TOMO I.

Stanford University Libraries
3 6105 124 440 053

STANFORD UNIVERSITY LIBRAR
Stanford, California

JAN 17 '89

NON-CIRC

PRINTED IN U.S.A.